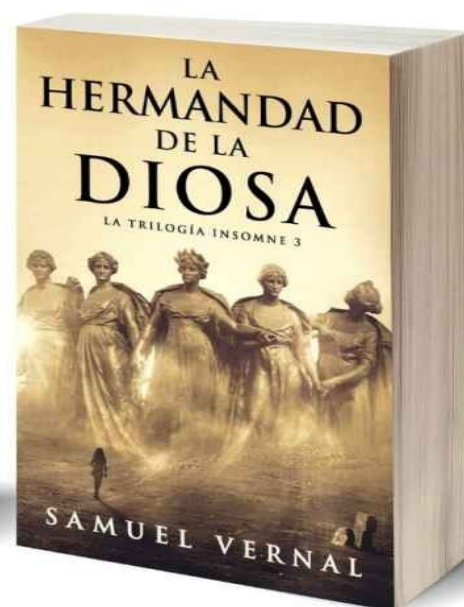
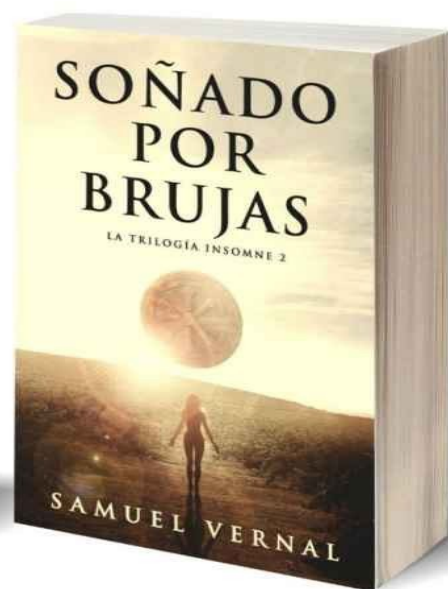


LA TRILOGÍA INSOMNE

SERIE COMPLETA



SAMUEL VERNAL

**EL
RENCOR
DE LA
MONTAÑA INSOMNE**

La Trilogía Insomne 1

Samuel Vernal

© Samuel Vernal, 2016

www.samuelvernal.com

Todos los derechos reservados. No se permite, sin autorización escrita y previa del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ni su incorporación a un sistema informático o electrónico. La infracción de los citados derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual y dar lugar a la aplicación de las sanciones establecidas por la ley.

Para Ángel, el alma de esta historia.

“Y vieron sus hermanos que su padre lo amaba más que a todos sus hermanos; por eso lo odiaban y no podían hablarle amistosamente.”

(Génesis 37:4)

Prólogo

Las manecillas doradas del viejo reloj de pared del salón marcaban las tres y veinte de la madrugada. La luz proveniente de las farolas de la calle se colaba perezosa entre las rendijas de las persianas que cubrían los ventanales, creando pequeños destellos sobre el cristal del espejo situado encima del aparador. En el exterior, un fino manto de hielo yacía inerte sobre el parque que rodeaba el edificio de apartamentos. El silencio reinante se veía interrumpido de vez en cuando por el ulular del viento agitando las ramas de los árboles. En el cálido confort de sus hogares, los vecinos descansaban aguardando el despuntar del alba. Todos menos uno. La inquilina del tercero A se revolvía en su cama incapaz de conciliar el sueño, sin saber que estaba a punto de morir.

Se había metido pronto a la cama en un intento desesperado de desocupar su cabeza de todos los pensamientos deprimentes que la atormentaban a todas horas debido a los recientes acontecimientos. Sin embargo, a eso de las dos y cuarto se había despertado empapada en sudor y ya no había podido volver a dormirse. Sin querer, había dejado la calefacción encendida antes de acostarse y la temperatura de la vivienda había alcanzado los veintitrés grados. Imposible dormir así. Tras vagar como una sonámbula camino de la cocina a servirse una copa de vino y a bajar el indicador del termostato hasta los dieciocho grados, había regresado a la cama y había continuado leyendo la novela policíaca que había empezado hacía un mes, con la esperanza de que los efluvios del alcohol y la lectura de aquel aburrido libro le ayudaran a dormirse. El sopor que normalmente le provocaba la novela esta vez no acudió a liberarla de su inesperado estado insomne. Releyó otra vez las dos últimas páginas esperando recuperar el hilo argumental, incapaz de avanzar en el desarrollo de la trama. Dejó el libro encima de la mesilla de noche y abandonó el lecho para dirigirse al cuarto de baño situado en la parte central del pasillo. Examinó en el espejo del tocador cada una de las arrugas que surcaban la piel de su rostro y se maldijo por haberse gastado una fortuna en aquel serum milagroso que obviamente no cumplía su cometido. Pasó la yema de sus dedos por aquellas horrendas ojeras, preguntándose si existiría algún remedio casero que fuera realmente efectivo para no parecer una muerta viviente cada mañana al despertar.

De repente un ruido extraño le hizo abandonar el análisis exhaustivo al que estaba sometiendo su piel facial. Le había parecido escuchar una especie de gáñido, pero enseguida desechó la idea. El propietario del inmueble había prohibido expresamente en los contratos de alquiler de todas las viviendas la presencia de animales de cualquier tipo, bajo pena de multa de diez mensualidades de las rentas arrendaticias. Cuando se disponía a salir del aseo, volvió a percibirlo. Al principio como un sonido débil y lejano, pero a medida que dejaba pasar los segundos, supo sin duda alguna que aquel extraño estertor se iba aproximando lenta pero inexorablemente hacia donde ella se encontraba. Dirigió su mirada hacia la rejilla de ventilación que interconectaba todos los cuartos de baño del bloque. Y mientras lo hacía comenzaron a

escucharse unos pequeños golpes al otro lado de la pared. Movida por un impulso irracional, la mujer respondió a aquella cantinela chocando sus nudillos contra el azulejo, siguiendo el mismo patrón rítmico que acababa de oír, intrigada ante el origen de aquellos ruidos. Que ella supiera, al otro lado de la pared se encontraban los ascensores. El ronroneo se hizo más intenso y ahora lo escuchaba de una forma mucho más nítida; sin ninguna duda provenía del conducto de respiración. Se subió al bidé con cuidado de no resbalarse y comenzó a golpear de nuevo la pared con los nudillos de su mano derecha, empezando desde abajo y ascendiendo lentamente hasta llegar a la rejilla de la que parecía provenir el sonido. Era un animal. Estaba convencida de que ese soniquete lo estaba realizando algún tipo de animal. ¿Pero cuál? Se preguntó si era factible que algún pájaro hubiera podido colarse por la chimenea del respiradero y ahora estuviera intentando escapar asustado de aquel túnel. Seguramente se trataba de eso, pero entonces, ¿por qué el animal no volaba hacia arriba? Lo que fuera que estaba produciendo aquella especie de ronquido seco estaba claramente descendiendo por la galería de ventilación y cada vez lo percibía más cerca. El suave gruñido se fue transformando poco a poco en un sonido más gutural y más rítmico. Quitó la tapa del conducto de aireamiento sorprendiéndose de lo fácil que le había resultado hacerlo. Mientras con su mano derecha seguía golpeando la pared con el objetivo de atraer al animal, introdujo su brazo izquierdo por el orificio, intentando alcanzar a aquel pobre ser atrapado en las entrañas del edificio. Fuera lo que fuera, aquello seguía descendiendo lentamente.

Al cabo de unos segundos notó algo húmedo rozando su piel y enseguida retiró la mano. Le había chupado. Aquello le había lamido. Se acercó los dedos a la nariz y un olor a huevos podridos caló hondo a través de sus fosas nasales, provocándole náuseas y unas ganas terribles de vomitar. Se limpió la mano como pudo restregándola contra la tela del camión y continuó con la danza tribal de sus nudillos contra la pared. Tenía que averiguar de qué se trataba. Le pareció ver algo asomando por el agujero. Un hocico negro y húmedo y una lengua rebosante de saliva. Antes de que le diera tiempo a reaccionar y comprender qué era lo que estaba viendo, la cabeza del animal asomó escurridiza por el hueco de la rejilla y clavó sus ojos irracionales en los de ella. El balido que emergió de la garganta del animal le dejó sin respiración durante unos segundos. La mujer bajó rápidamente del bidé y se apresuró a abrir la puerta. Justo antes de proferir un desgarrador grito de asco e incredulidad, volvió su mirada de nuevo hacia el hueco del respiradero, para comprobar que la cabeza de una cría de cabra negra asomaba ya completamente fuera, con sus diminutos cuernos grises curvados hacía atrás cubiertos de alguna sustancia de tipo gelatinoso y una de sus patas esforzándose por hacer impulso con el borde del orificio para lograr extraer el resto de su cuerpo.

Horrorizada, corrió por el pasillo buscando desesperada la entrada de la vivienda. Por el camino se clavó en el costado la manilla de la puerta de su habitación, pero el dolor no la detuvo. Encontró las llaves puestas en la cerradura, como últimamente solía hacer desde que se había estropeado la alarma, y, al borde de la histeria, giró la llave mientras oía al fondo del pasillo un nuevo balido y un golpe seco, como si el animal hubiera conseguido por fin salir de su prisión. Abrió la puerta y salió despavorida hacia las escaleras, pero no tuvo tiempo de ir más lejos. Alguien la estaba esperando agazapado en la oscuridad del descansillo. Notó unas manos presionando con fuerza la parte posterior de su espalda y haciéndole perder irremediamente el

equilibrio. Intentó aferrarse a la barandilla pero fue inútil. Cayó rodando escaleras abajo notando cómo su cuerpo iba quebrándose a medida que descendía los peldaños, hasta que al cabo de unos interminables segundos llegó al final. Seguía viva. No sabía cómo, pero milagrosamente había sobrevivido a la caída y por un momento pensó que sería capaz de salir indemne de aquella pesadilla. Ese pequeño atisbo de esperanza se acabó en un instante. Advirtió cómo una sombra se abalanzaba sobre ella y esa fue exactamente la última imagen que pudo registrar su cerebro. Por supuesto no pudo ver ya como su verdugo abandonaba rápidamente el lugar tras partirle el cuello. Tampoco pudo ver cómo la cabra, que había dejado de balar hacía rato, bajaba lentamente escalón a escalón, se acercaba sigilosa hasta donde yacía su cuerpo y le orinaba sobre su rostro yerto.

Primera parte

“BROTACIÓN”

1.

La primera vez que David Vanner atravesó el umbral del edificio Artechnia una sombra de incertidumbre se aferró a la suya propia, anclándole al parqué del vestíbulo, arrebatándole sin remedio el poco aliento que aún le quedaba en los pulmones tras haber tenido que correr los últimos diez minutos para no llegar tarde su primer día de trabajo. Al entrar, una sensación de angustia se apoderó de él impidiéndole siquiera dar el siguiente paso. Durante unos segundos pensó que le iba a volver a ocurrir, que se iba a desmayar como hacía unos meses en su apartamento de Londres. En aquella ocasión había caído desplomado al suelo y durante unos minutos había llegado a perder el conocimiento, según certificaron más tarde en el hospital. Afortunadamente esta vez consiguió retener la consciencia lo suficiente como para recordar la técnica de respiración que durante los últimos diez días había estado practicando en las clases de relajación a las que se había apuntado al poco de tiempo de comenzar los ataques de pánico. Cerró la boca e inhaló con fuerza por las fosas nasales dirigiendo el aire hacia su estómago, hinchándolo poco a poco, reteniéndolo unos instantes para después soltarlo lentamente de nuevo por la nariz. Repitió la operación dos veces hasta que comenzó a notar cómo la sensación de malestar se alejaba de él y volvía a recobrar el control. Una gota de sudor resbaló por su espalda y la sintió llegar hasta el final de la espalda. Levantó la mirada hacia el espectacular techo de cristal que se alzaba cuatro metros sobre su cabeza y se maravilló contemplando aquel portento arquitectónico. Los rayos de sol se colaban a través del entramado vítreo dibujando una serie de extrañas figuras hipnóticas que inundaban la estancia, y por un instante se sintió como un pez atrapado entre las cuatro paredes de un acuario observando desde el fondo la luz del día perforando el manto de agua.

Estaba tan absorto contemplando los reflejos de la luz sobre los ventanales que tardó en percatarse de que una joven de aspecto pulcro e indefinido llevaba un rato intentando captar su atención. Aterrizó de forma brusca en este plano de la realidad y se preguntó cuánto tiempo llevaba aquella mujer hablándole.

—Señor Vanner, ¿es usted el señor David Vanner, verdad? —preguntó pronunciando su nombre de pila usando la fonética latina. Le miraba de manera inquisitoria, esperando ansiosa su respuesta.

—Sí... soy yo. Pero si no le importa mi nombre se pronuncia como suena en inglés.

—Por favor, acompáñeme a la sala de recepciones. La conferencia de bienvenida comienza en apenas cinco minutos y no querrá ser el único en llegar tarde. Sígame, rápido, por favor.

Él la siguió escaleras arriba hasta la segunda planta y no pudo evitar fijarse en aquel trasero voluptuoso y musculado que se marcaba bajo la falda de ella. Se preguntó que edad tendría. No podía pasar de la treintena, eso seguro, pero aquellas ropas elegantes lo confundían. Se imaginó a

sí mismo frotando su entrepierna contra ella y por un instante dudó si fingir un leve tropiezo y así conseguir al menos un leve roce. Desechó la idea. Demasiado arriesgado y demasiado estúpido. ¿En qué estaba pensando?

2.

La sala estaba repleta de jóvenes como él, aspirantes a convertirse en trabajadores indefinidos de la empresa, llenos de aparente seguridad y probablemente sin ningún escrúpulo a la hora de conseguir su objetivo. Miró a su alrededor e intentó hacer un breve análisis de la situación. Por un lado estaban los ejecutivos, la mayoría hombres, a su pesar, con sus barbas afeitadas esa misma mañana y sus trajes recién sacados de la tintorería. Percibió en el ambiente un concentrado tufo a *after shave* y desodorante masculino. Sin duda, aquel grupo era su más directa competencia. Observó sus rostros intentando descubrir lo que estaban pensando en esos momentos, esperando así obtener algún tipo de ventaja con la que jugar en su contra en el momento oportuno. Obviamente, la capacidad de leer las mentes de extraños no estaba entre sus facultades innatas, pero sí que sacó más de una conclusión por el modo en que aquellos rostros ávidos de información miraban lo que tenían delante. No detectó ningún rival directo con el que tuviera que estar especialmente alerta, pero decidió no bajar la guardia.

De otro lado estaban los ingenieros técnicos. Sintió una breve sensación de repulsa al observar los atuendos con los que se habían atrevido a acudir a una cita tan importante como aquella. ¿Por qué aquellos cerebritos se empeñaban en su gran mayoría en ir vestidos con horribles camisas de cuadros pasadas de moda? ¿Acaso no les daban unas mínimas lecciones de saber estar y de protocolo en la facultad? Encontró un asiento libre junto a una joven de las suyas, ejecutiva sin duda alguna, a la vista del impecable vestido que llevaba y que le hacía resaltar sus pechos de una manera descaradamente sexy para tratarse de un traje de oficina.

“Bienvenidos a Artechnia Inc. Bienvenidos al mañana hecho hoy”. Todos los presentes levantaron la vista hacia la enorme pantalla de la que emanaba aquella voz, que como por arte de magia pareció materializarse delante de ellos surgiendo de la nada. Hasta David Vanner se sorprendió con aquel truco tecnológico. Si aquella compañía era capaz de crear una ilusión como la que acaba de producirse ante los ojos de cincuenta personas, definitivamente había elegido bien el lugar donde desarrollar su carrera profesional. La imagen de un afable anciano apareció ante ellos. “Mi nombre es Hans Bechs, y soy el fundador de ésta ahora su casa. Lamentablemente ya no me encuentro entre ustedes. Abandoné este mundo hace tiempo. Discúlpennme por no poder estrecharles la mano. Lo primero que me gustaría decirles, señoras y señores, es que no se dejen engañar por las apariencias. Como todos ustedes sabrán, somos una de las empresas de desarrollo de software más punteras a nivel internacional. De hecho, somos líderes del sector en cinco países europeos, y aspiramos a serlo también aquí en un plazo no mayor de tres años. Llegamos hace dos y ya hemos logrado una cuota de mercado de aproximadamente el quince por ciento. Sin embargo, como les decía, no se dejen engañar. Archtenia es ante todo una empresa familiar y queremos que todos ustedes formen parte de esta gran familia. Creemos en su creatividad, creemos en su talento y creemos en su capacidad de trabajo. Lamentablemente, no todos ustedes seguirán con nosotros

dentro de dos meses. Sin embargo, confiamos en que todos y cada uno de ustedes sepan entender qué gran oportunidad se les ha brindado y sepan aprovecharla al máximo. Hay quienes a nuestro trabajo lo llaman el Internet de las cosas. No estamos de acuerdo con tan abominable denominación. Nosotros preferimos llamarlo el Internet de las personas. Nuestro triunfo es consecuencia de nuestra apuesta por transformar la tecnología en servicio a las personas, a nuestros clientes, de modo que la tecnología pase a formar parte intrínseca de sus vidas, sin que lleguen a apreciarla como algo extraño y ajeno a ellos, sino como algo imprescindible, algo que definitivamente les ayude a ser más felices en el día a día. Y queremos que ustedes formen parte de nuestro éxito. Queremos seguir formando parte de la vida de millones de personas en el planeta, y para ello contamos con su inestimable ayuda. Confíen en sus capacidades y déjenos conocerles”. Esta vez la pantalla no desapareció, sino que comenzó a ascender lentamente hacia el techo de la estancia, hasta detenerse a una distancia de unos tres metros sobre las cabezas de los aspirantes. En ese momento el plasma se inclinó en un ángulo de cuarenta y cinco grados hacia los asientos, y volvió a mostrar la cara del anciano, que pareció escrutar a los asistentes. “Les observo”, dijo, y un silencio casi absoluto inundó la sala.

A continuación, las lámparas del techo adquirieron un brillo más intenso, y por los altavoces una grabación anunció a los presentes la entrada de la Presidenta del Consejo de Administración, la señora Suzanne Bechs. El aplauso de los presentes dejó paso a la tenue voz de la mujer, que se dirigió a ellos adoptando un tono maternal que encandiló y amedrentó a partes iguales a la audiencia allí congregada. David Vanner pertenecía al grupo de los primeros. Desde que había visto surgir la figura de la Presidenta, el mundo parecía haberse detenido a su alrededor. Suzanne Bechs era una mujer de mediana edad, probablemente le superaba en más de una década, y sin embargo la encontró absolutamente arrebatadora. Quizás eran sus suaves gestos, su voz melosa que acariciaba sus oídos como una suave brisa en un soleado día de primavera. Tal vez fueran sus manos, que acompañaban a sus comentarios con gestos concisos y armoniosos. Un vestido largo de terciopelo negro ceñía su silueta delgada, resaltando de una manera casi sobrenatural su melena rubia, de corte perfecto, que le llegaba más abajo de los hombros y que parecía permanecer estática a pesar de los gráciles movimientos de su portadora. El aspirante Vanner oía su voz, pero no podía escucharla. Un hechizo se había adueñado de él y apenas acertaba a respirar de vez en cuando, extasiado con aquella belleza sacada de otro mundo, de otra era. De repente, un sonido estridente rompió el embrujo devolviéndolo a la realidad. Su móvil. Sí, aquel sonido que había interrumpido el discurso de la Presidenta provenía de su teléfono. Duró apenas unos segundos, pero fueron los suficientes como para captar la atención de la mujer, la cual no dudó en dirigirse a él.

—Discúlpeme, señor...

—David Vanner, señora, le ruego me perdone. Es sólo un mensaje. Me he dejado el sonido del teléfono activado. No volverá a ocurrir —intentó zanjar, silenciando el aparato.

—Por supuesto que no volverá a ocurrir, señor Vanner—. Sonrió de un modo un tanto condescendiente, como una maestra de primaria dirigiéndose a su alumno. —Pero por favor, no se detenga, háganos partícipes de lo que le ha comunicado su interlocutor. Sin duda debe de tratarse de algo urgente, habida cuenta que usted ha preferido hacer caso omiso a las instrucciones para acudir a esta reunión sin ningún tipo de dispositivo capaz de grabar imágenes o sonido. Díganos si

es tan amable a qué se debe la interrupción. No quisiera que dejara de atender un asunto de tal importancia para usted.

Todos y cada uno de los allí presentes le observaban divertidos, alegrándose de que uno de sus rivales hiciera méritos propios para no obtener el tan deseado puesto de trabajo. David intentó idear una excusa para salir rápidamente de aquel entuerto, pero no fue capaz y se rindió. Extrajo el teléfono del bolsillo derecho de su pantalón y tras introducir el patrón de desbloqueo, abrió la barra de notificaciones. Era un correo electrónico. Se dirigió a la bandeja de entrada y un escalofrío recorrió su cuerpo. Se trataba de un mensaje de Contact U, la web de contactos a la que había estado accediendo últimamente. Comenzó a leerlo para sí, lo cual no fue una buena idea. Enseguida empezó a notar los primeros síntomas que precedían a sus ya habituales ataques de pánico.

—Adelante, David, ilústrenos —le inquirió ella.

—Es... un mensaje de... mi novia, señora —mintió—. Su vuelo se ha retrasado por el temporal del norte de Europa y me pide que cuando llegue esta tarde vaya a recogerla al aeropuerto.

—Está bien, señor Vanner, por esta vez pase. Pero por favor, le ruego a usted y a todos ustedes que es absolutamente imprescindible que respeten todas y cada una de las órdenes que imparta la compañía, o cualquiera de sus superiores.

David sonrió para sus adentros, y al instante la incipiente sensación de angustia desapareció por completo. Había conseguido salir del paso, como siempre hacía. Estaba acostumbrado a sobrevivir en las situaciones más comprometidas, y aquello había constituido una buena prueba de ello. Definitivamente Suzanne Bechs había creído todas y cada una de sus palabras y él había quedado ante los ojos de los demás como un atento novio que cumple con sus obligaciones. Anne tardaría aún unos días en llegar a Bilbao. Un sudor frío recorrió la parte posterior de su cráneo. Se recostó en su asiento, ya más tranquilo, y, sin querer, dirigió sus ojos hacia la pantalla que minutos antes había ascendido y se había detenido a pocos centímetros del techo. En ella, el rostro del anciano Hans Bechs continuaba congelado, con aquella mirada penetrante que había conseguido infundirle cierto temor. Sobre la imagen, una frase aparecía sobreimpresionada: “Les observo”.

3.

La decimoquinta planta del Edificio Artechnia estaba subdividida a su vez en quince despachos individuales, dispuestos en torno a una gran plaza circular de trescientos metros cuadrados en la que estaba situado el ascensor principal que comunicaba todas las plantas del inmueble. Cada uno de los departamentos tenía una de sus puertas de acceso ubicadas en la mencionada estancia central, pero nadie sabía en realidad si además de dicha puerta principal existían otras entradas, o si los despachos estaban comunicados entre sí de alguna otra manera. De hecho, nadie sabía casi nada acerca de la distribución y el diseño de la edificación, lo que le confería un halo misterioso que había ido generando no pocas leyendas con el paso del tiempo. Todo el mundo llamaba a aquella planta “La Rueda” y de hecho, si un dios todopoderoso hubiera desmembrado el edificio y lo hubiera desgajado por niveles, hubiera observado que aquella planta efectivamente recordaba la forma de una rueda, con todos los despachos alineados como radios en torno al eje central. Lo que ese ser celestial hubiera descubierto además, es que en realidad, la rueda no era una figura perfecta y que todas sus irregularidades estaban perfectamente estudiadas para despistar al intruso y hacerle caer en la trampa de que se encontraba ante una estancia geoméricamente perfecta.

Habían pasado ya dos horas desde que Alicia Rández había conducido a David Vanner hasta el despacho número siete de “La Rueda”. David se alegró al comprobar que alguien en las altas esferas había decidido asignar a la joven para ejercer la función de guía del aspirante. Deseó con todas sus fuerzas que aquello no fuera un mero producto del azar. Había algo en ella que captaba su atención y no se trataba únicamente de sus glúteos tonificados. Se preguntó si ella le recordaba, si sabía que era el mismo candidato a quien había recibido a primera hora de la mañana y a quien había dirigido a la sala de recepciones. Intentó encontrar la respuesta en sus ojos, pero, intencionadamente o no, ella evitó todo contacto visual con él. Ya tendría tiempo para averiguarlo.

David observó el reloj digital que se proyectaba sobre una de las tres paredes del cubículo. Las doce y doce de la mañana. Sintió una vibración en el bolsillo derecho de su pantalón. Menos mal que había inhabilitado el sonido del aparato en el mismo momento en el que la Presidenta le había abroncado delante de todos. Era otro mensaje de Contact U, la web de contactos. Notó durante unos segundos una placentera presión en la entrepierna, pero tuvo la templanza suficiente para no visualizar el contenido de la misiva. “No, contrólate. En el trabajo no.” Se acarició ligeramente el miembro y se concentró en disminuir el amago de erección hasta que lo logró. Justo en ese momento la puerta principal del despacho se abrió y entraron un hombre de mediana edad con un impecable traje oscuro hecho a medida junto con otro unos diez años más joven, quien sin duda era su acólito, también vestido de negro. Ambos, amo y criado, compartían casi idéntica fisonomía, tallada a base de sudor y aislado de proteína. Carne de gimnasio. Como él. David se sintió durante un instante levemente incómodo, definitivamente tenía que entrenar más duro. Hinchó su pectoral todo lo que pudo y se levantó para saludar a los dos visitantes. El mayor se

excedió en la fuerza que empleó para estrechar su mano. “Vale, tu eres el que manda, campeón”, pensó David.

—Señor Vanner, es un placer contar con usted en nuestra familia—. David sintió los ojos del ayudante escrutándole desde la distancia. —Mi nombre es Pierre Gutiérrez, y voy a ser el encargado de observar y analizar su trabajo durante estos meses. Se preguntará la razón concreta por la cual Artechnia Inc, de entre los cientos de aspirantes que lo han intentado, ha decidido aceptar su candidatura a formar parte de nuestra compañía. Bien, en realidad no puedo ofrecerle una respuesta muy concreta, ya que eso pertenece a la esfera privada de los intereses de la empresa, pero por favor, siéntase como en su propia casa, necesitamos que se encuentre lo más cómodo y adaptado posible para lograr extraer el máximo potencial de usted. Durante este período de prueba, le iremos indicando día a día en qué ámbito se va a centrar su labor de investigación y los pasos concretos que queremos que vaya dando. No obstante, le recomendamos encarecidamente que en ningún momento deje de pensar que no está siendo observado y analizado. De hecho, esperamos que usted tome la iniciativa la mayor parte del tiempo, dentro de los límites que establece el contrato de confidencialidad que usted ha suscrito con nosotros, por supuesto.

El asistente no dejaba de observar detenidamente cada uno de los gestos de David, que empezó a ponerse nervioso. Debía de tener la misma edad que él y sin embargo, había algo en él que le intimidaba. Quizás se trataba de su espalda musculada que era ligeramente más ancha que la de él, o tal vez tan sólo se trataba de pura sugestión. Lo cierto es que empezó a sentir como las gotas de sudor resbalaban de nuevo por su nuca y surcaban su espalda hasta llegar a empapar la parte posterior de su ropa interior. Por suerte, el señor Gutiérrez no tardó mucho en terminar su discurso. Le explicó que aquél iba a ser su despacho particular durante su estancia en la empresa y que Ander Goikoetxea, que así se llamaba su ayudante, sería su supervisor más directo. De hecho, Ander iba a ocupar el despacho contiguo, el número ocho, para que pudiera haber una comunicación más directa y personal. A David no le hizo mucha gracia aquella idea, pero intentó por todos los medios que su lenguaje corporal no delatara su descontento.

4.

El aeropuerto de Bilbao estaba prácticamente desierto a esas horas de la noche. El vuelo procedente de Londres en el que viajaba Anne Wellington se había retrasado, como era habitual por otra parte en la compañía que lo operaba. Parte de los viajeros se había rebelado contra la tripulación, pero de poco habían servido las voces altas y las discusiones. La joven estaba acostumbrada a aquellas incidencias, las asumía como algo intrínseco a la naturaleza de aquel medio de transporte y ya había superado hacía tiempo el estrés y la frustración que supone llegar con horas de retraso al destino. Llevaba viajando los últimos tres años al continente debido a sus prácticas con la empresa de servicios de traducción jurada para la que trabajaba desde que había terminado sus estudios de filología hispánica y francesa en Cambridge. A muchos de sus compatriotas británicos les exasperaba la falta de puntualidad de aquellas aerolíneas y de los europeos del sur en general, pero no era el caso de Anne, que amaba su cultura y su forma de ser, y pequeños detalles como el de la impuntualidad habían dejado de molestarle hacía mucho tiempo. Estaba deseando llegar a la casa de David, ubicada en el centro de Bilbao. No conocía mucho acerca de aquella ciudad, salvo que era una de las sedes que la Fundación Guggenheim tenía repartidas por medio mundo. El año pasado había realizado una visita relámpago a San Sebastián invitada por una amiga a la proyección de una de las películas que competían en el Festival Internacional de Cine. Y de joven, durante una de sus estancias estivales en España, con motivo del programa de intercambio de estudiantes que su escuela de secundaria mantenía con un instituto de bachillerato de Burgos, había pasado un fin de semana de fiesta en Vitoria-Gasteiz. De las tres ciudades más importantes del País Vasco, Bilbao era la más desconocida para ella y en aquellos momentos, sentada en el asiento trasero del taxi que la llevaba al corazón de la Calle Iparaguirre, se comprometió a no dejar pasar la primera oportunidad que surgiera para realizar una visita al famoso Museo Guggenheim.

Abrió la aplicación de mensajería instantánea de su *smartphone* y escuchó la nota de voz que su compañera de piso en la capital británica le había enviado poco después de despegar el avión. Se emocionó al escuchar los ladridos de su *border collie* Júpiter y un sentimiento de culpa la embargó haciéndole dudar por un momento si había sido una buena idea dejarle en manos de Jessica hasta que ella volviera. Amaba a aquel perro y había empezado a echarle de menos desde que había pisado el aeropuerto de Heathrow.

Revisó su correo electrónico y se detuvo a analizar aquel siniestro *e-mail* que David le había mandado esa misma mañana desde su cuenta oficial de la empresa para la que había empezado a trabajar hacía una semana. David estaba conmocionado y no era para menos. Los empleados de la limpieza habían encontrado a primera hora del miércoles el cuerpo sin vida de Tomás Benguría, un adjunto al departamento de comunicación y prensa de Artechnia Inc, tendido en el suelo del fastuoso *hall* de entrada del edificio principal de la entidad, con el cráneo destrozado. Según las primeras informaciones oficiales, había caído desde uno de los miradores de la planta decimosexta que se asomaban al vestíbulo, y conforme a los primeros indicios todo apuntaba a un

suicidio. La prensa local afirmaba que la policía había encontrado en su despacho la carta de despido que la compañía le había hecho llegar hacía una semana con un preaviso para abandonar su puesto de trabajo en un plazo máximo de quince días. David le mandaba varios enlaces a diversos periódicos digitales de la provincia, que identificaban al fallecido con sus iniciales, así como la entrada al perfil que éste había abierto en una famosa red social profesional. La foto que mostraba aquella *web* le impactó, no porque Tomás Benguría fuese especialmente atractivo, sino porque en sus labios aparecía dibujada una sonrisa y su rostro irradiaba felicidad, sin presagiar el triste final que le esperaba. David terminaba su correo diciéndole que la echaba de menos, que llevaba dos días sin poder dormir, y que estaba deseando que llegara y se instalara en su casa. La joven estrechó su teléfono contra su pecho, justo en el preciso momento en el que el vehículo se detenía y el conductor le indicaba que ya habían llegado. Mientras el taxista extraía su equipaje del maletero, Anne reconoció enseguida el edificio de ocho plantas en el que vivía David y que tantas veces le había descrito, y suspiró emocionada al comprobar cómo al fondo de la calle, frente a la entrada principal del Museo Guggenheim, una gigantesca escultura vegetal, que emulaba la figura de un cachorro de varios metros de altura y henchido de flores, le daba la bienvenida a su nuevo hogar.

Cuando llegó a la planta donde se ubicaba el ático de David, llamó temerosa a la puerta de la vivienda situada enfrente de la número uno, siguiendo las instrucciones de su novio. David se había tenido que quedar en la empresa y no sabía a qué hora iba a poder volver a casa. No le parecía nada oportuno molestar a aquel vecino a aquellas horas de la noche, pero David le había insistido una y otra vez que no se preocupara y que le podía llamar a la hora que fuese. Tras unos segundos de incertidumbre, escuchó sorprendida la apertura de al menos cinco cerrojos antes de ver cómo se tornaba la puerta. Aguardó un momento pero no salió nadie a recibirla. Se preguntó qué se suponía que debía hacer. Estaba agotada por el viaje. Anhelaba estrenar el hidromasaje que David había instalado en uno de los dos baños, tomarse un buen vaso de mate e irse a dormir. Deseaba con toda su alma meterse a la cama. Se disponía a sacar el móvil de su bolso para llamar a David cuando escuchó una voz de hombre invitándola a entrar. “Pasa, Anne”. Sí, había pronunciado su nombre, con lo cual quedaba claro que no se había equivocado de piso y que aquél era el vecino al que David le había dejado una copia de las llaves para que la joven pudiera acceder a su casa. Se decidió a entrar sin más dilación esperando que la conversación con aquel tipo durara lo menos posible. Sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la que parecía ser la única iluminación de la casa, y que no era otra que luz proveniente del televisor encendido en el salón. No había recibidor, la puerta de la entrada era a su vez la puerta de la estancia principal. Era curioso porque el sonido del aparato estaba silenciado, por lo que dedujo que quien quiera que la estuviera esperando seguramente había sucumbido al sueño, sentado en el sofá de cuero negro situado de espaldas a la puerta. Un intenso aroma a almizcle e incienso impregnaba cada rincón de la sala envolviéndolo todo en una atmósfera plomiza que por un momento hizo tambalear el cuerpo cansado de la joven traductora, que a punto estuvo de tirar abajo la lámpara de pie ubicada junto a la entrada. Desde donde ella estaba, sólo se vislumbraba la parte posterior del sofá recortándose contra el gran plasma, lo cual dotaba al mueble de un halo espectral, creando la fantasmagórica ilusión de estar a punto de ser engullido por las ondas

electromagnéticas. Decidió acercarse un poco más esperando que en cualquier momento el morador de aquella penumbra hiciera el ademán de postrarse, pero al llegar a la altura del *chaise longue* contempló consternada que allí no había nadie sentado.

—Creo que estás buscando esto—. La voz de su anfitrión retumbó repentina tras su nuca, ronca, casi gutural. La británica percibió perfectamente durante un instante cómo los ventrículos de su corazón se detenían por el sobresalto. Consiguió sobreponerse lo suficientemente rápido como para no dar tiempo a su interlocutor a volver a dejar escapar aquella voz de ultratumba.

—Hooo... la —se volvió para encarar con decisión aquel sonido del averno. Lo que se encontró al girarse hizo que el poco aplomo que había conseguido reunir se disipara en un segundo. Ante ella había surgido la imagen celestial de un dios del Olimpo, cerniendo su musculatura y sus casi dos metros de estatura sobre ella. Se maldijo por no haberse puesto tacones aquella mañana; se sentía desmesuradamente pequeña al lado de aquel hombre. No supo muy bien a qué parte de aquella escultura dotada de movimiento dirigir su mirada, y se avergonzó al pensar que él se estaba dando cuenta de la impresión que le estaba causando. No sólo aquel torso desnudo que parecía cincelado por el más avezado de los artesanos era el culpable de la humedad que comenzaba a empapar su blusa blanca. Lo que la incomodaba por encima de todo era que él iba semidesnudo y no parecía importarle en absoluto. “Normal, está en su casa, estúpida, tú eres la extraña”. Unos pantalones negros de terciopelo se ceñían sobre sus piernas ensalzando aún más el contraste con la piel nívea de su torso y brazos. Unas botas altas del mismo color, hacían del conjunto una imagen siniestra, frágil, delicada, pero a la vez rebosante de rotundidad y virilidad. Llevaba el pelo teñido de rubio, casi platino, lo cual hacía resaltar de una manera deliciosa las esmeraldas de unas pupilas engarzadas en un rostro pétreo y anguloso. Nunca había conocido a un hombre con una melena de tal longitud, calculó que le debía llegar hasta casi el final de la espalda, aunque no la veía bien desde donde ella se encontraba. Sus labios, tiznados claramente con un perfilador marengo, dibujaban un amago de sonrisa que Anne interpretó como una invitación a que reaccionara, a que dejara de comportarse como una niña de parvulario y continuara la conversación. Intentó despegar sus labios, recobrar la compostura, pero fue incapaz. Algo estaba bloqueando las órdenes que su cerebro trataba de dictar a su propio cuerpo.

—Me llamo Adrián, tú debes ser Anne —le dijo tendiéndole la mano y modulando el tono abrupto de su voz—. David me ha dejado estas llaves para que puedas entrar en casa. Me había dicho que llegarías tarde, pero no esperaba que tanto —prosiguió mirándola de manera acusadora—. Has tenido suerte, estaba a punto de comenzar mis ejercicios de meditación y me hubiera molestado mucho que me hubieras interrumpido.

—Lo siento, de verdad —contestó ella por fin—. Ya le dije a David que no me parecía correcto llamar a tu casa a estas horas, pero él me insistió en que no importaba la hora, que tú te harías cargo.

—Muy bien. Pues aquí tienes lo que buscas —le dijo él entregándole el manojito de llaves—. Y ahora, si no te importa, me gustaría que te fueras —le empujó bruscamente hacia la puerta de entrada.

Ella no tuvo tiempo de contestar. Para cuando quiso abrir la boca se encontraba otra vez en el descansillo de la planta del ático, oyendo consternada cómo volvían a cerrarse los cinco cerrojos. Aquel tipo era un engreído con aires de estrella de rock venida a menos. Abrió la puerta de la casa de David y lo primero que hizo fue buscar el dormitorio. Había cambiado de idea. Estaba demasiado cansada para tomarse un baño. Sólo deseaba deslizarse entre las sábanas y abandonarse al sueño.

5.

David Vanner apenas había dormido. Ni siquiera una dosis alta de somníferos logró hacerle conciliar el sueño más de cuatro horas. Regresó a casa bien entrada la madrugada y para las ocho en punto ya se encontraba sentado frente a su ordenador en el despacho número siete de La Rueda. Ni siquiera había tenido tiempo de hablar con Anne. Un fugaz beso en la mejilla había sido todo el contacto físico que había tenido con la que era su pareja, su preciosa Anne, después de varias semanas sin verla. Al verla dormir plácidamente, le había dado pena despertarla y había optado por acostarse en el sofá del salón. No había podido resistirse a acariciarle el cabello, igual de sedoso que siempre, pero había tenido cuidado de no hacer ruido. Le había dejado una nota sobre la mesa del recibidor, pidiéndole disculpas por no haber conseguido llegar antes de que se durmiera. Anne era única. Aunque en público jamás lo reconocería, era seguramente la única mujer en su vida a la que había llegado a apreciar y valorar de verdad.

La había conocido dos años atrás en Mandy's, el pub irlandés al que solía acudir con sus compañeros de clase mientras estudiaba el máster en ingeniería de telecomunicaciones en Londres. Su amigo Harry Woods celebraba su cumpleaños en el establecimiento, y había organizado una especie de fiesta privada a la que había acudido demasiada gente. Entre los asistentes que no habían sido invitados se encontraba Anne Wellington. A decir verdad, aquello que sintió al verla en un primer momento no lo interpretó como amor ni nada parecido, sino más bien como una mera atracción física de las cientos que tenía cada fin de semana cuando salía de fiesta por el Soho. Pero aquella sensación inicial pronto se desvaneció para dar paso a un sentimiento más profundo, más arraigado dentro de él. No se atrevía a calificarlo como amor, de hecho, no estaba seguro de si alguna vez había llegado a estar enamorado de nadie. Pero lo que tenía claro es que la imagen de aquella inglesita de ojos azules, cabello bermejo sin llegar a ser pelirrojo y andares de niña pequeña, no se le iba de la cabeza. Poco a poco aquel impacto inicial fue evolucionando hasta convertirse en una pequeña obsesión por volver a verla. Pasaron varias semanas hasta que sus caminos volvieron a cruzarse. Los dos tenían un amigo en común, que iba al mismo centro universitario que David. Por eso siempre había agradecido a Michael Froster que aquella mañana de finales de junio le invitara a pasar el fin de semana con unos amigos en la casa que sus padres tenían junto al Lago Windermere. El sábado por la noche Michael organizó una barbacoa en el jardín, aprovechando que la temperatura durante aquel verano en el noroeste de Inglaterra estaba siendo propicia para ello, lo cual no era habitual. David y Anne tuvieron un primer acercamiento cuando ella se decidió a hablarle aprovechando que se habían quedado solos durante unos minutos mientras los demás entraban a por más bebidas a la cabaña. David, que para aquellas horas ya estaba demasiado borracho, apenas fue capaz de articular dos frases encadenadas antes de sucumbir a los efectos del alcohol y dormirse como un niño pequeño junto a la hoguera. La mañana del domingo Michael les propuso a todos ir a darse un chapuzón a una de las pequeñas lagunas que rodeaban el gran lago y que quedaba algo alejada de la casa, pero David, sumido en un malestar general debido a la resaca, prefirió quedarse descansando e ingiriendo cada poco tiempo zumo de tomate. Anne y otra chica se ofrecieron a acompañarle, y

aunque él insistió en que le dejaran solo, al final el empecinamiento de las dos jóvenes logró que aceptara que se quedaran con él. Después de comer, cuando parecía que la intoxicación etílica había desaparecido por completo de su organismo, David, sintiéndose mejor, fue a darse un baño al lago, con el ánimo de despejarse. Llevaba unos diez minutos en el agua cuando una sensación extraña le hizo detenerse, como si cientos de agujas estuvieran acribillando su pierna derecha. El dolor se hizo insoportable e intentó con todas sus fuerzas mantenerse a flote y acercarse a la orilla. Cuando solo le faltaban unos metros para llegar, los calambres paralizaron también su pierna izquierda, e irremediablemente comenzó a hundirse. Sus pulmones comenzaron a llenarse de agua y su mente empezó a fundirse a negro, y entonces supo que iba a morir. Tras varios minutos luchando desesperadamente contra el dolor, decidió abandonarse y que todo acabara cuanto antes. Hizo un último intento de salir a la superficie pero fue inútil, sus miembros no le respondieron. Lo último que recordaba antes de perder el conocimiento era cómo unas manos de mujer aparecían de la nada y tiraban con fuerza de él hacia arriba.

Los servicios de emergencia consiguieron reanimarle y a las pocas horas descansaba tranquilo en su cama del colegio mayor en el que se había instalado desde su llegada a Inglaterra. Le dijeron que Anne Wellington le había conseguido sacar del agua casi en el último momento antes de sucumbir al plácido descanso eterno. Desde aquel día junto al lago Windermere, Anne se había convertido en la persona más importante de su vida. Llevaban algo más de tres años juntos y ella seguía conservando la capacidad de salvar a David en numerosas ocasiones, quizás no literalmente como hizo aquel domingo de junio, pero David tenía comprobado que siempre que los nubarrones comenzaban a asomar por el horizonte, ella enseguida acudía rauda y, como dotada de una habilidad extraordinaria para prevenir la desgracia, conseguía reconducir su vida.

La puerta del despacho se abrió y Ander Goikoetxea entró luciendo un espectacular traje azul eléctrico de corte entallado, camisa blanca ceñida con cuello italiano y corbata negra y estrecha. David Vanner se quedó mirándole absorto durante unos segundos sin poder evitarlo, hasta que Ander carraspeó queriendo acabar con aquella incómoda situación cuanto antes. Tenía que averiguar dónde compraba aquel tío la ropa. Durante casi cuarenta minutos el supervisor se dedicó a impartir a David una serie de instrucciones relacionadas con el prototipo que su departamento estaba desarrollando, y que estaba relacionado con el diseño de una cámara de seguridad de última generación con un tamaño ultra reducido, la Safety Cam 3. El proyecto llevaba estancado unos días debido a la última fase del proceso de selección que la compañía venía realizando desde hacía unos meses, y era vital darle el último empujón para poder pasar a la fase de producción, y finalmente presentarlo en la feria que se celebraría en tres meses en Amsterdam. Era una gran oportunidad para David y no pensaba desaprovecharla. Si aquellos holandeses habían confiado en sus aptitudes y su formación académica, estaba dispuesto a darles lo que estaban esperando. Afianzar su carrera profesional en Artechnia Inc suponía más que lo que cualquier ingeniero de telecomunicaciones novato pudiera ni siquiera soñar. Aquella compañía era una de las multinacionales que más había despegado en el último año en el continente. Además, los sueldos de los ingenieros superiores estaban muy por encima de lo que se cobraba en otras empresas de la zona, y parecían más ajustados a la renta *per capita* holandesa. El suicidio de Tomás Benguría días atrás había sumido a la compañía en un ambiente depresivo y taciturno,

como si todos los empleados se hubieran percatado de repente de lo que podía llegar a suponer la presión laboral en una empresa como aquella, y las cañas de cerveza que muchos trabajadores consumían en los bares que rodeaban el edificio al terminar la jornada, habían sido sustituidas por corrillos lastimeros en los que todos se quejaban de lo dura que era la vida y de la poca suerte que tenían algunas personas. Pero David no pensaba dejarse arrastrar por aquel pesimismo generalizado, él estaba hecho de otra pasta. Si aquellos pobres débiles de espíritu pensaban seguir instalados en aquella atmósfera lóbrega, él aprovecharía para intentar sobresalir con una actitud energética y tomar posiciones aventajadas en su camino hacia la meta.

—¿Tú conocías a Tomás Benguría? —David se sorprendió a sí mismo haciendo aquella pregunta sin venir a cuento.

—Sí, supongo que ya lo sabrás, era el jefe de prensa de la compañía para el sur de Europa. Bueno, era eso y muchas más cosas, porque habían delegado en él otras responsabilidades, de diferentes departamentos incluso. En el último año estuvo supervisando la presentación del Cam Nova, el proyecto estrella de nuestro departamento hasta hace bien poco, y en los últimos meses también lo liaron con el relanzamiento de nuestra querida Safety Cam 3.

—Menudo palo, ¿no? He leído que tenía hijos pequeños.

—Sí, yo no lo conocía mucho, pero la verdad es que me parecía un buen tipo. Se rumoreaba que había tenido problemas con las drogas en el pasado, incluso debía de haber tenido algún pequeño susto con la policía. En un control de alcoholemia le debieron de requisar una cantidad bastante alta de cocaína. Creo que además se estaba divorciando y tenía dos hijos pequeños, no me pidas que te diga las edades porque soy malísimo en eso. Y por lo que dicen, su ex mujer le estaba haciendo pasar por un calvario judicial con la liquidación de la sociedad de gananciales. Pero bueno, no sé, tú hablabas con él y no te daba la sensación de estar pasando por un mal bache, o de estar medicado. Aunque ya te digo que tampoco tenía mucha relación con él.

—Dicen que llevaba con depresiones desde hacía bastante tiempo. Con lo que supongo que la carta de despido tampoco le vino muy bien.

—Sí, eso dicen, es una pena, y una putada para esos niños, pero bueno, seguro que terminan superándolo. Yo mismo prácticamente me crié sin la figura de un padre y una madre. No porque estuvieran muertos, no te creas, sino porque un buen día decidieron delegar toda su responsabilidad en sucesivas niñeras y aliviar así la pesada carga que supone educar a tu propio hijo. Y bueno, aquí me tienes, hecho un valiente, ¿o no?

David se le quedó mirando de nuevo fijamente, sopesando la intención de aquel repentino ataque de sinceridad del supervisor, pero esta vez se dio cuenta enseguida y bajó la mirada hacia la pantalla del ordenador. Dudó si seguir preguntándole para que le contara algo más acerca de sus padres, pero la prudencia y el miedo a meter la pata le hicieron contenerse. Estuvieron una hora más concentrados en el estudio de las diferentes vías para desarrollar el software complementario de la Safety Cam 3 que les habían encargado desde arriba. Tenían que ponerse las pilas si querían cumplir los plazos establecidos por la dirección y David sabía perfectamente que

del éxito de aquel encargo dependía su contratación al final del período de prueba. Ander propuso realizar un descanso de diez minutos y aprovechó para ir a su despacho a tomar su comida de media mañana. Al volver, se encontró a David haciendo lo mismo e intentando esconder como podía en el cajón ubicado debajo de su mesa los envases con la comida que había preparado el día anterior. El supervisor estalló en carcajadas y le dijo que no pasaba nada, que él acababa de hacer lo mismo al otro lado de la pared. Los dos tenían más en común de lo que David hubiera sospechado en un primer momento. Ander, al igual que él, realizaba una estricta dieta de lunes a domingo, destinada a incrementar su masa muscular y David, del mismo modo, seguía las pautas nutricionales que su entrenador personal le había marcado desde que había empezado la etapa de volumen hacía unos días. El supervisor terminó regalándole una invitación para acudir al gimnasio de alto *standing* al que acudía al menos cuatro veces por semana y David no se atrevió a rechazar el ofrecimiento. Toda la mañana se estuvo preguntando si había sido una buena idea aceptarlo.

6.

Cuando aquella gélida mañana de septiembre Anne Wellington acudió a abrir la puerta del ático al escuchar como alguien introducía una llave en la cerradura, esperaba hallar a David al otro lado de la puerta. Sin embargo, quien estaba intentando acceder a la casa de David era aquel vecino maleducado que prácticamente le había echado de su casa la noche anterior. Por suerte, en esta ocasión llevaba algo más de ropa encima. De hecho le hubiera costado reconocerlo de no ser por aquella larga melena de color rubio platino, que esta vez llevaba atada formando una coleta. Iba vestido con un abrigo de cuero negro que le llegaba hasta los tobillos y el maquillaje había desaparecido de su cara, aunque seguía conservando aquel halo espectral que tanto le había impactado en su primer encuentro. El gesto de su cara al descubrirla en el recibidor de la casa de David era de fastidio, seguramente no estaba en sus planes coincidir con ella allí a esas horas de la mañana. La saludó con desgana y le entregó un paquete que un repartidor había intentado entregar en la casa de David hacía una hora, cuando Anne aún dormía. De repente recordó su nombre. Adrián. No desconfió de sus palabras. No le extrañó no haber escuchado el timbre de la puerta cuando el repartidor había intentado hacer la entrega, puesto que ella siempre dormía con tapones de silicona en los oídos. Lo que le chocó es que Adrián dispusiera de otro juego de llaves de la casa de David además del que le había entregado la noche anterior, y sobre todo que tuviera permiso de David para acceder libremente a su ático cuando le diera la gana. Optó por no preguntarle acerca de este grado de confianza que sin duda existía entre ambos, no quería llevarse por respuesta alguna burda palabra de aquel grosero. Le dio las gracias y le despidió con la mejor de sus sonrisas. Él ni siquiera la miró a los ojos y se marchó escaleras abajo con prisa, como queriendo desaparecer cuanto antes.

Anne dejó el paquete encima de la mesa de la cocina. Abrió la caja sin pensar en que David pudiera molestarse por ello, y descubrió en su interior un cofre negro y un sobre lacrado. Cogió la carta y leyó curiosa la identidad manuscrita del remitente. Sabina Elguea. Nunca había oído hablar a David de aquella mujer. Se preguntó quién sería. Examinó el envoltorio buscando algún tipo de dirección o pista sobre el origen del envío. En una esquina de la base de la caja descubrió lo que parecía ser el nombre de la empresa que lo había fabricado, o al menos comercializado. Y justo debajo, impreso con un tamaño de letra apenas legible, lo que suponía era la localidad donde radicaba el establecimiento: Laguardia. Aquel nombre no le era del todo extraño. Recordaba vagamente una conversación que había tenido con David cuando aún vivían en Londres, acerca de una comarca del sur del País Vasco, famosa por regalar al mundo varios de los vinos más prestigiosos de Europa. No se acordaba de cómo se llamaba aquella zona pero estaba casi convencida de que Laguardia era la ciudad más importante o al menos una de las más interesantes a nivel turístico y cultural, puesto que habían hablado de proyectar una visita cuando ya estuvieran instalados en Bilbao. No se atrevió a romper el sello de cera roja que cerraba el sobre y leer el contenido de la misiva. Observó detenidamente el cofre. Se preguntó qué podía contener. Por sus

dimensiones calculó que podía albergar perfectamente una cafetera italiana, pero desechó aquella absurda idea. ¿Qué sentido tenía guardar una cafetera en un recipiente de ese estilo? Intentó abrirlo. Primero probó a abrir la tapa esperando que simplemente estuviera encajada en la parte inferior del recipiente, pero no hubo suerte. Usando una cucharilla de café trató de hacer palanca para romper el vacío que parecía impedir la apertura, pero tampoco fue capaz. Volteó el cofre con la intención de sacudirlo enérgicamente pero en el último momento se arrepintió y lo volvió a dejar encima de la mesa. La palabra “Frágil” impresa en el envoltorio le incitó a actuar con sensatez y no mover mucho aquella arca inexpugnable. Se sirvió una taza de mate y se sentó frente a aquella especie de joyero que parecía estar hecho de cobre o algún material parecido, aunque no estaba segura del todo de que el cobre pudiese ser negro. Se sintió inútil por no saber cómo abrirlo. “A lo mejor quien lo envía no quiere que se abra tan fácil”, pensó. Pero ¿cuál era el motivo? Si estaba dirigido a David, estaba claro que la remitente quería que éste lo abriese y pudiese disfrutar del contenido.

Fue a buscar el móvil que había dejado cargando en una de las mesillas del dormitorio. Activó el receptor de la red wifi e introdujo en el buscador los términos “laguardia” y “país vasco”. Efectivamente, el municipio de Laguardia podía ser considerado la capital de la comarca de La Rioja Alavesa, situada en el sur del País Vasco, cuya denominación oficial era precisamente Cuadrilla de Laguardia-Rioja Alavesa. Buscó el nombre de la empresa que comercializaba los envases, pero lo único que encontró fue una página de información mercantil que corroboraba que el domicilio social de dicha compañía radicaba en Laguardia. Buscó en Internet el nombre de aquella mujer asociado al término “laguardia”, pero no obtuvo resultado alguno, salvo alguna referencia a varias personas apellidadas Elguea, pero ninguna de ellas con aquel nombre. ¿A quién conocía David en aquel sitio como para que le mandara un paquete de ese tipo a su casa en Bilbao? Si el envío hubiera consistido en un sobre o caja al uso no le habría dado mayor importancia, habría pensado que se trataba de un conocido o de simple publicidad comercial. Pero ¿cuál era el propósito de aquella mujer? Pensó diferentes posibilidades acerca del contenido del cofre, a cada cual más descabellada, hasta que miró el reloj de la cocina y comprobó alarmada que apenas le quedaba media hora para prepararse y llegar hasta el restaurante donde había reservado mesa para comer. Metió el sobre y el cofre en la caja y le dejó una nota adhesiva a David, por si llegaba antes que ella a casa. “Lo siento, no me he podido resistir a abrirla”.

7.

Alicia Rández acompañó a David Vanner hasta el sótano segundo del edificio Artechnia. El director del proyecto Safety Cam 3 le había pedido que localizara en los archivos históricos de la compañía todos los documentos en soporte papel, discos compactos, memorias digitales, disquetes y cualquier tipo de material asociado a la labor realizada por Tomás Benguría en los últimos cinco años. Al parecer, antes de suicidarse, había bloqueado en el servidor de la compañía el acceso a la mayor parte del trabajo por él realizado en los diferentes proyectos en los que había estado implicado, lo que según el director Pierre Gutiérrez era una clara venganza por el reciente despido. Lo cierto era que el departamento de seguridad de La Pecera no había podido descifrar la clave para poder desbloquear aquella información. El aspirante David Vanner se había acostumbrado a llamar al Edificio Artechnia de aquella manera; le resultaba divertido que muchas de las plantas del edificio tuvieran adjudicado un sobrenombre por parte de los empleados, incluido el propio rascacielos en sí. Le hacía recordar los años de su adolescencia cuando acudía al campamento de verano que organizaba su colegio y la mayoría de los muchachos y de las diferentes áreas de la acampada tenían su propio mote. Supuso que, en cierta medida, al igual que en aquel entonces, la táctica de utilizar apodos ayudaba a rebajar la tensión que se respiraba día a día entre las paredes de aquella mole de acero y vidrio. Sin embargo, lo que había dicho el Director Gutiérrez no contribuía en absoluto a mantener la calma. Tras escucharle atentamente, a David le pareció paradójico que una empresa como aquella, que alardeaba de ser puntera a nivel internacional en el campo del software de seguridad, no fuera capaz de hallar la clave con la que el jefe de prensa había encriptado todos aquellos datos. Según Pierre Gutiérrez era vital dar con aquella maldita contraseña para poder recuperar cierta información privilegiada de la compañía, y David estaba dispuesto a contribuir a la resolución de aquel entuerto como pieza esencial en el engranaje que había ideado para conseguir llegar hacia la meta. El director se encargó de recordar a David el contrato de confidencialidad que semanas atrás había suscrito con la compañía, y, por si acaso, le prohibió expresamente comentar aquel pequeño obstáculo con el que se habían topado con nadie que no fuera adscrito al departamento. David se preguntó por qué el Director Gutiérrez le había escogido a él para aquella misión, cuando andaban tan mal de tiempo para llegar a la feria de Amsterdam.

Eran ya las siete y media de la tarde y la mayoría de los empleados habían abandonado el edificio. La hora de salida era a las seis de la tarde. Sin embargo, allí estaban los dos, la secretaria del Director Gutiérrez y el joven ingeniero en pruebas, y entre los dos, un muro de silencio y miradas esquivas. Tuvieron que pasar tres controles de seguridad, uno de ellos con reconocimiento del iris, hasta llegar al área donde se almacenaba toda la documentación histórica de la compañía.

—Esta parte del sótano segundo es conocida como “El Búnker” —le informó ella—. Todos los trabajadores que abandonan voluntariamente la empresa o son despedidos, están obligados, en virtud de los contratos que firmaron cuando entraron, a trasladar a esta especie de cámara acorazada todas sus pertenencias, tanto físicas como digitales, relacionadas con la labor profesional que han venido desarrollando hasta su marcha. En realidad, la cosa va más allá de lo que parece a simple vista. Una de las cláusulas más restrictivas nos obliga a cada uno de nosotros a dejar en la compañía cualquier tipo de objeto, en cualquier soporte, con el que hayamos entrado en cualquiera de los departamentos. Suena a broma, y, en la práctica, es bastante improbable que puedan verificar que así se hace. Pero lo que importa es que, según esa estipulación, estamos obligados a abandonar la empresa únicamente con nuestras pertenencias más personales, como la ropa y el móvil. Lo demás, absolutamente todo lo demás, se queda en la empresa para su posterior análisis por el departamento de seguridad. La mayor parte es destruida cuando han transcurrido cinco años desde la marcha de la persona en cuestión, pero si los de seguridad detectan cualquier tipo de anomalía o riesgo que pueda poner en juego los intereses de la compañía, el objeto en cuestión es almacenado y vigilado *sine die*.

Aquellas dos palabras pronunciadas en latín traspasaron la membrana protectora de sus oídos como una cortina de humo densa y caliente, dotadas de una intención misteriosa y cargadas de cierta reminiscencia exótica procedente de un tiempo mucho más antiguo que ellos. Quizás había sido la entonación con la que habían salido de los labios de ella, quizá fuera la proximidad de su boca en el momento exacto en que fueron vertidas. Lo cierto es que durante unos momentos se sintió envuelto en un espeso manto invisible que impedía que su cuerpo reaccionase con normalidad. La voz culpable de haber creado aquella ilusión permaneció sostenida en el aire mientras él intentaba por todos los medios que no desapareciese del todo, tratando de retener en su memoria cada fonema en una carrera imposible contra el tiempo. Aquella voz elevó unos grados la temperatura de su cuerpo y no tuvo más remedio que quitarse la americana. Al hacerlo sus fosas nasales se vieron aturcidas durante un instante por una mezcla de sudor y desodorante procedente de sus propias axilas, que a esas alturas de la tarde estaba completamente justificada. Sin embargo temió que ella lo hubiese llegado a percibir. Intentó no realizar movimientos bruscos, pero aún así aquel aroma dulzón seguía tiñendo de olor masculino la atmósfera recargada de la estancia, y lo hacía con evidente alevosía. Alicia Rández no pareció sentirse molesta, más bien al contrario, parecía como si desde el mismo instante en que él se había quitado la chaqueta, hubiera optado por acercarse a él, reduciendo aún más la corta distancia que hasta entonces les había separado.

David la observó frotar rítmicamente la parte superior de su pantorrilla derecha, deslizando sin querer la falda hacia una altura algo inapropiada en la vestimenta de cualquier oficinista, por lo menos de las que trabajaban en aquella empresa. Se encontraban examinando unos documentos que habían descubierto en uno de los expedientes de Tomás Benguría, pero David no estaba prestando la más mínima atención a su contenido. Estaba absorto observando el movimiento pausado de la mano de ella rozando su muslo, como quien se atusa el pelo, de una forma descaradamente natural, pero a la vez totalmente fuera de lugar. A esas alturas el miembro erecto de David intentaba por todos los medios escapar de su braguita mientras él lo acariciaba con

disimulo y seguía observándola. De repente ella le dijo algo, pero él ni siquiera la escuchó, sólo atendió al movimiento de su boca mientras le hablaba y se excitó aún más cuando vio asomar la lengua de ella en un gesto que a él le pareció obsceno, pero en el que seguramente ella no había puesto ninguna intención especial más allá de humedecerse los labios resecaos. Alicia Rández se subió a la pequeña escalera metálica colocada en la pared del fondo, y que se utilizaba para alcanzar las estanterías que estaban colocadas más cerca del techo, y permaneció durante al menos cinco minutos buscando algo entre aquel laberinto de legajos y cuadernos, de espaldas a David. Y entonces ocurrió. No se lo pensó mucho, simplemente lo hizo. David liberó su miembro tras bajar lentamente la cremallera del pantalón procurando hacer el menor ruido posible, y comenzó a masturbarse recreándose en el trasero y las caderas de Alicia Rández mientras ella, ignorándole, buscaba y rebuscaba en uno de los extremos de la estantería. Era imposible que desde su posición ella pudiera ver nada. Él trató de adivinar la ropa interior que ella escondía bajo aquella falda de tubo y llegó a la conclusión de que sin duda alguna tenía que estar utilizando un tanga, pues no conseguía vislumbrar los bordes de prenda íntima alguna rozando contra aquellos glúteos tonificados. ¿Acaso no llevaba bragas? Aquella posibilidad aumentó aún más su excitación y aceleró el movimiento de su mano derecha sobre su pene. Imploró, no sabía muy bien a quién, que ella no se diese la vuelta todavía, que le dejase acabar lo que había comenzado, sabiendo que aquella súplica carecía de todo fundamento, puesto que ella podía girarse en cualquier momento. Sólo un minuto más, sólo un minuto más.

De repente el móvil que había dejado sobre la mesa emitió la señal acústica que él había asignado a los mensajes que le llegaban por correo electrónico o por cualquiera de las aplicaciones de mensajería instantánea que tenía instaladas en el aparato. Desde que ocurriera aquel desagradable episodio ante la Presidenta del Consejo de Administración Suzanne Bechs durante el acto de recepción de los aspirantes a entrar en la compañía, había programado su móvil de manera que permaneciera en silencio desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde. Lamentablemente se le había olvidado silenciar el teléfono cuando habían bajado al Búnker. Llevado por un impulso, ocultó rápidamente sus piernas bajo la mesa y alcanzó el móvil. En ese momento Alicia Rández giró la cabeza pero no llegó a percibir ningún movimiento extraño. Tan sólo contempló a David leyendo un mensaje que le había llegado a su *smartphone* de última generación. Mientras colocaba la escalera en su sitio, él aprovechó para subirse la cremallera del pantalón y abrió el mensaje. De nuevo, la red de contactos Contact U a la que estaba suscrito. En otro momento hubiera optado por ocultar la notificación y verla cuando estuviera sólo, pero decidió aprovechar que Alicia aún le quedaban unos diez segundos para llegar hasta donde él se encontraba y abrió el archivo adjunto que alguien le había enviado. Sus pupilas se dilataron ante el contenido de la foto y rápidamente cerró el programa para que ella no pudiese atisbar lo que él acababa de contemplar. “Eres un cerdo. Un perverso”, pensó. “Deja de jugar con fuego. Al final te vas a terminar quemando”. Alicia por fin llegó hasta la mesa con una amplia sonrisa dibujada en su rostro y mostrando en su mano izquierda un documento. Parece que había encontrado algo importante.

8.

Eran casi las diez de la noche cuando David llegó a casa y se encontró a Anne ataviada únicamente con una camiseta blanca y su ropa interior deportiva de andar por casa, inmersa en la lectura de la investigación de un doctor de una universidad danesa acerca del origen del euskera, el idioma autóctono de aquella región, y que era ampliamente debatido por la doctrina. Mucho antes de decidirse a viajar a Bilbao a emprender una nueva vida con David, Anne se había interesado en varios aspectos de la cultura ancestral de los vascos, que a ella le atraía de un modo casi enfermizo, hasta el punto de que había escrito varios artículos en la revista de la universidad y en otros medios especializados, relacionados sobre todo con el origen étnico de aquel pueblo y de su idioma antiquísimo, que a ella le resultaba extraordinariamente complejo a la par que misterioso. Su pasión por esta cultura se la había contagiado el profesor O'Connor, uno de los maestros más brillantes que había tenido en la facultad y posiblemente uno de los pocos que disfrutaba realmente con su trabajo. De hecho, además de realizar un par de másteres sobre filología hispánica medieval y literatura del archiconocido siglo de oro español, había decidido especializarse en aquel antiguo idioma, y, gracias a un contacto de David, había logrado encontrar en pleno corazón de Inglaterra un profesor nativo del País Vasco con el que había dado sus primeros pasos aprendiendo aquella extraña lengua. Por supuesto, su nivel de expresión oral era básico. El maestro siempre se burlaba de ella diciendo que cuando visitara Euskadi, como él denominaba a su tierra, al menos sabría preguntar la hora en el mercado, aunque, posiblemente, jamás entendería la respuesta. Sin embargo, y a pesar de las dificultades, había conseguido alcanzar un nivel bastante aceptable en expresión escrita. No se consideraba una experta ni de lejos, pero gracias a la influencia del profesor O'Connor y de lo que le contaba acerca de aquel pueblo, había descubierto un apasionante campo de investigación que no pensaba desaprovechar ahora que se acababa de instalar en la zona cero. El autor defendía la tesis de que en realidad la lengua vasca era la que mayoritariamente hablaban los íberos, una de las culturas que poblaban la que actualmente se conocía como Península Ibérica antes de la llegada del imperio romano. En concreto, afirmaba que la antigua lengua aquitana, que era el nombre con el que eruditos solían referirse a la versión más primitiva del euskera, estaba emparentada con el lenguaje de los íberos, y para justificar su argumentación, aportaba una serie de supuestas evidencias arqueológicas sobre restos de escritura íbera encontrada en vasijas y otros objetos, que habían sido traducidas en gran medida sirviéndose de los parámetros gramaticales de aquel idioma vasco primigenio. Lo cierto es que aquella teoría era muy criticada por otros filólogos de renombre. Aun así, Anne estaba de acuerdo con algunas de las explicaciones de aquel doctor.

Cuando más absorta se encontraba analizando las conclusiones del estudio, escuchó cómo alguien abría la puerta de la entrada y se introducía en la vivienda. Por un momento pensó que podría tratarse de nuevo del vecino de enfrente. Tendría que hablar seriamente con David acerca del hecho de que el tal Adrián tuviera acceso libre a la casa. No acertaba a encontrar ninguna

razón por la que un extraño pudiera entrar en su hogar cuando le diese la gana. Sencillamente no lo entendía. Escuchó unos pasos acercándose por el pasillo y ruidos secos producidos por varios objetos caídos sobre el suelo de madera. A continuación solo silencio. Sabía que era David, su perfume y su desodorante lo delataban, y sabía que se encontraba de pie, tras ella, aguardando a que ella reaccionase. Cómo le había echado de menos esas semanas que habían permanecido separados. Despegó la mirada de la revista de investigación, y al hacerlo, observó reflejada en la pantalla apagada del televisor la silueta musculada de David, totalmente desnudo. Ahora comprendía el origen de los sonidos que acaba de escuchar. Era la ropa de él cayendo al suelo a medida que se desvestía. Él seguía sin pronunciar palabra. Percibió muy cerca de la parte posterior de su cuello el calor que emanaba el pene erecto de él, casi podía sentirlo sobre su piel. Cerró los ojos y aspiró lentamente el aroma dulzón que desprendía y casi al momento sintió el pulsar de sus propios pezones rozando contra la camiseta que se había puesto antes de sentarse a leer el artículo. Él se acercó aún más a ella y colocó su miembro en el lado derecho de su rostro, pero sin llegar a tocarle. Ella observó de reojo el vello púbico que coronaba la base del pene, y debajo, duros e hinchados, los testículos rasurados. Notó el latir de la parte interna de sus propios muslos y en ese momento sólo deseó hacerse con aquello que él le ofrecía. Se giró lentamente y se metió el pene en la boca, reviviendo las sensaciones que la embriagaban cuando compartía esa intimidad con David, mientras que con la mano derecha acompañaba la felación, tratando de aumentar el placer de él. David colocó sus manos sobre su propia cabeza, dejándose hacer y mostrando de este modo sus axilas, cubiertas de demasiado vello para lo que usualmente solía llevar. Aquella visión de David aumentó aún más la excitación de ella. Anne comenzó a acariciarse la vulva por encima de la ropa interior, acelerando el ritmo a medida que el calor que envolvía su cuerpo se incrementaba. Mientras, David, se debatía entre dejar que ella terminara su trabajo y derramarse sobre su boca, o intentar dar un paso más y acabar dentro de ella. No le dio tiempo a elegir entre una opción u otra. Anne se incorporó, se deshizo de sus bragas, pero no así de la camiseta que cubría su torso, y cogiendo de la mano a David, le invitó a sentarse en el sofá. Él accedió sin pensarlo, y cuando ya estaba sentado, ella se situó a horcajadas sobre él introduciéndose el miembro en la vagina y volviendo a colocar las manos de David sobre la cabeza, de manera que pudiera deleitarse en el espectáculo de sus tríceps y bíceps flexionados y aspirar la fragancia del desodorante de sus axilas mientras lo cabalgaba. Desde siempre le había excitado recrearse en el olor corporal de los novios que había tenido, y siempre que había tenido ocasión, había aprovechado para olerles y absorber su esencia, aunque la situación estuviera fuera de todo contexto sexual. A David al principio le había molestado encontrarse a Anne olisqueándole a la mínima oportunidad, pero al final se había acostumbrado, e incluso intentaba sorprenderla de vez en cuando cambiando de perfume o de desodorante. David aguantó unos minutos más en aquella posición, pero cuando la excitación ya había llegado casi al punto de no retorno, tumbó a Anne sobre el sofá y, colocándose sobre ella, la penetró con fuerza varias veces, llenando de saliva la oreja derecha de ella. A Anne le encantó sentir el pectoral duro de él aprisionando su propio cuerpo contra el sofá y presionando sus pechos erectos, mientras él le devoraba el cuello. Aspiró profundamente el olor masculino que desprendía cada poro de su piel. David aumentó aún más las embestidas llevado por un instinto animal que hacía mucho que no surgía entre ambos, y en aquel preciso instante, justo unos segundos antes de alcanzar el orgasmo, se imaginó penetrando salvajemente a Alicia Rández sobre la mesa de la sala del Búnker dónde se almacenaban los objetos de Tomás Benguría. Escuchó a Anne gemir de placer pero él sólo escuchaba la voz hechizante de Alicia Rández pidiéndole que lo hiciera más rápido. No tardó

mucho tiempo en derramar su semen dentro de Anne, esperando que ella hubiera tomado la píldora anticonceptiva, como habían acordado hacía tiempo. Ella sintió uno de los mejores orgasmos que jamás había experimentado con David. De hecho, le sorprendió el haber alcanzado el clímax casi a la vez que él. David mantuvo unos segundos más la erección dentro de su vagina y terminó retirándose, exhausto, cayendo sin querer sobre la alfombra sintética que cubría el suelo del salón. Ella, mientras tanto, volvió a estimularse hasta lograr alcanzar un segundo orgasmo, esta vez, un poco más intenso que el anterior. A continuación, los dos, desnudos sobre la tarima, sucumbieron al sueño.

A media noche David se despertó y tras tapar con una manta el cuerpo desnudo de la joven, se dirigió a la cocina con el objetivo de cenar, ya que por culpa de lo acontecido en el Búnker no había podido realizar las dos últimas comidas del día. Dudó si comer todo lo que le hubiera correspondido, pero al final, se decidió sólo por la cena, no le iba a entrar más en el estómago. Al encender la luz, descubrió sobre la mesa el paquete abierto que Adrián había entregado a Anne por la mañana. Notó una pequeña aprensión en el pecho, pero intentó relajarse y respiró hondo. Pensó que de nuevo iba a sufrir uno de aquellos malditos ataques de pánico, pero en esta ocasión no ocurrió. Esta vez consiguió ahuyentar aquel monstruo que le atormentaba desde que era niño. El envoltorio estaba abierto. Miró dentro y descubrió el cofre negro, que seguía herméticamente cerrado, y el sobre lacrado, con el sello de cera rojo roto por la mitad. Lo observó con incredulidad durante unos segundos y al instante una corriente de ira atravesó su cuerpo, subiendo desde los pies hasta situarse en algún punto entre su nuca y su oído derecho. Lo había leído. Anne había tenido el valor de abrir aquella carta y leer el contenido. No se lo podía creer. Cómo había sido capaz. Por suerte, lo que decía la misiva seguramente no le habría aclarado nada y era mejor así. Por su bien. Se preguntó si había sido buena idea el que ella hubiera venido desde Londres a vivir con él. Lo habían hablado muchas veces y habían llegado a la conclusión de que era la opción más adecuada si querían mantener aquella relación. Además, la oportunidad que se le había presentado a David al ser seleccionado por Artechnia Inc., podía brindarles a ambos el primer paso para un futuro prometedor. Ella había tenido que dejar todo atrás, pero aún así a los dos les había atraído la idea de empezar una nueva vida en aquel trocito del sur de Europa. A Anne no le costaría mucho encontrar un trabajo como intérprete o traductora, al fin y al cabo su castellano era casi perfecto. Por suerte o por desgracia su noviazgo no había ayudado mucho a desarrollar el conocimiento de David sobre el idioma de Shakespeare. A decir verdad, eran muy pocas las ocasiones en que ambos recurrían al inglés para comunicarse. Anne era licenciada en filología hispánica y francesa, y había pasado más de un verano en España con una familia de Burgos cuando era adolescente, como parte de un programa de intercambio intercultural de su escuela, de modo que su acento y su conocimiento del castellano eran casi los propios de una persona bilingüe. La furia, que se había adormecido durante unos segundos, volvió a hacer acto de presencia. Ella había abierto la carta. Había violado su intimidad y no estaba dispuesto a dejarlo pasar. Si realmente querían que aquello funcionase tendrían que establecer unas normas, y una de las principales tenía que ser sin duda alguna el respetar las parcelas de intimidad del otro. David llevaba media vida viviendo solo y le costaba compartir su día a día con otra persona. Muchas veces pensaba que se había convertido en una especie de insecto raro en peligro de extinción y

que jamás encontraría a nadie que aguantara sus manías y obsesiones. Por suerte, Anne había aparecido en su vida, con su luz y su temple tranquilo y generoso, y, aunque hasta ese momento no habían convivido durante más de quince días seguidos, la última vez durante las vacaciones del año pasado, habían aprendido, con más de una discusión de por medio, a respetar la personalidad del otro y a ceder cuando era necesario.

Regresó al salón y dudó durante un instante si interrumpir o no su sueño. Finalmente lo hizo. La conversación se prolongó durante dos horas. Esa noche David volvió a dormir en el sofá. Anne consiguió volver a conciliar el sueño a las seis de la mañana, justo diez minutos antes de que el despertador del dormitorio de David empezara a sonar.

9.

El museo Guggenheim de Bilbao le fascinó a pesar del cansancio que arrastraba por la mala noche que había pasado tras la discusión con David. Sí, es cierto, había abierto el paquete, en eso le había tenido que dar la razón. Pero de lo que estaba absolutamente segura era de que ella no había abierto la carta lacrada, tal y como le había acusado David. Por más que le juró que ella no lo había hecho, que tan sólo se había limitado a leer la identidad de la remitente, él no le había creído. Le había preguntado quién era esa tal Sabina Elguea, pero él se había limitado a reiterarle una y otra vez que si querían que aquello funcionase debían respetar la intimidad del otro, lo cual no le había tranquilizado en absoluto. Ya tendría tiempo de averiguar quién era aquella mujer. Al despertarse, encontró la carta sobre la encimera de granito de la cocina, pero ni rastro del cofre negro. La abrió con cierto reparo, temiendo encontrarse una declaración de amor, pero lo que leyó la dejó aún más desconcertada. “Ha empezado”. ¿Eso era todo? ¿de eso trataba el misterioso mensaje cuya supuesta lectura por parte de Anne había despertado la ira de David? No lo entendía. ¿Qué podían significar aquellas dos palabras? Imposible saberlo. Desde luego quedaba claro que aquella mujer conocía a David de una manera lo suficientemente cercana como para ni siquiera haber comenzado la carta con un saludo, o haberla terminado con una despedida. El mensaje era claro y conciso, como si tanto emisor como receptor supieran perfectamente de qué trataba el asunto, pero cuidándose de que ningún lector ajeno a aquello que se traían entre manos pudiera entender nada. Tenía que pensar en todo aquello detenidamente e intentar averiguar qué era eso que David trataba de ocultarle. Ya vería cómo arreglárselas para descubrirlo.

Deambuló durante al menos una hora por el paseo ajardinado que orillaba la ría que atravesaba la ciudad y en el que se alzaba majestuoso el edificio de vidrio y titanio. Se mostró maravillada con la ilusión que en su opinión el arquitecto había conseguido crear con semejante estructura, como si un barco futurista con velas de hojalata estuviera anclado junto a la corriente de agua, haciendo un guiño al pasado marinero e industrial de la villa. Observó con detenimiento la escultura vegetal del enorme cachorro de perro rebosante de hermosas flores y plantas que, como un guardián de proporciones gigantescas, vigilaba la entrada al edificio, y al cual ya se había acostumbrado a contemplar cada mañana desde la ventana del dormitorio de David. Recordó a su *collie* Júpiter y se preguntó si él la estaría echando de menos. Un sentimiento de culpabilidad volvió a embargarla al pensar que en el fondo era como si lo hubiera abandonado. Sí, estaba bien cuidado, o eso suponía, al cargo de su compañera de piso, pero quién sabe cuándo volvería a verle. Quizás en las vacaciones de Navidad podrían escaparse un fin de semana a Londres, todo dependía de los planes que tuviera David. Esperó poder convencerlo para poder hacer una visita rápida a la capital británica.

Estuvo un buen rato cobijada de la llovizna bajo su paraguas de enormes margaritas blancas, disfrutando del espectáculo visual que ofrecía la escultura de la colosal araña ubicada en el exterior del museo, y se emocionó al comprobar *in situ* cómo la autora, Louise Bourgeois, había conseguido transmitir una emoción contradictoria con una de sus obras más aclamadas. Por un lado, aquella silueta siniestra le provocaba un rechazo absoluto, jamás le habían gustado esos insectos; de hecho, sentía pavor cada vez que descubría a alguna habitando en algún rincón del techo de su apartamento de Londres. Sin embargo, al verla allí plantada, con sus enormes patas retando a las fuerzas de la física para mantenerse en equilibrio, y con el vientre henchido de los huevos que muy pronto se convertirían en su prole, y a los que protegía de los curiosos con su aspecto amenazante, empatizó con el animal y no pudo más que sentir ternura ante tal escena. Estrechó sus brazos contra su propio abdomen y recordó el vago anhelo de ser madre que venía acompañándola desde hacía algún tiempo. Pero enseguida desechó aquella idea de su cabeza. No era el momento oportuno. Aún no había conseguido un trabajo en aquella ciudad y David se encontraba en plena carrera hacia un puesto indefinido en Artechnia. Anne había tenido una entrevista al día siguiente de su llegada a Bilbao, pero su interlocutor no le había transmitido buenas vibraciones, y rechazó como pudo la oferta que le había propuesto de la forma más educada posible. El bebé que ella sabía que iba a tener algún día tendría que esperar un poco más para ver la luz de este mundo.

Tomó varias decenas de fotografías con su teléfono móvil, haciendo tiempo hasta la hora de apertura. Había comprado la entrada el día anterior y por suerte no había tenido ningún problema para hacerse con una. Si la parte externa del museo la había deslumbrado, lo que descubrió en sus entrañas terminó de enamorarla por completo. Desde el atrio central vislumbró las tres plantas surcadas por pasarelas y formas vítreas. A aquella primera hora de la mañana aún no había muchos visitantes y pudo pasear tranquila por las diferentes salas sin el agobio siempre presente de los turistas empujando para hacerse la foto de turno. Nada más entrar se sintió vigilada, como si alguien la hubiera estado esperando y ahora la estuviese examinando antes de dar el primer paso y presentarse. Se sintió estúpida ante tal idea, ya que no había comunicado a nadie, ni siquiera a David, que iba a visitar el museo. Aquella sensación la atribuyó a la impresión que el interior del edificio causaba en el visitante. Con sus techos altos y sus formas curvilíneas uno llegaba a sentirse como una pequeña mota de polvo perdida entre toda aquella grandeza. Dirigió su mirada hacia la tercera planta y allí descubrió a una mujer observándola. No le pareció que fuera extranjera, sus rasgos parecían ajustados a los de la población local. Aún así había algo en ella que no encajaba del todo, que la hacía destacar de un modo peculiar, como si su silueta estuviera superpuesta y un elemento extraño se hubiera colado en la imagen panorámica que los ojos de Anne estaban captando. Seguramente la vestimenta de la mujer era una de las razones causantes de aquella percepción. Resultaba raro que alguien eligiera una ropa tan oscura y a la vez de tanta calidad como la que aquella mujer llevaba, para visitar un museo a esas horas de la mañana. Parecía que acabara de regresar de un entierro de alguien de alta alcurnia.

Definitivamente no era el *look* usual de una turista ni de una lugareña cualquiera visitando una exposición una mañana de septiembre. Anne se miró a sí misma y sonrió. Lo mismo podría pensarse de ella. Aquel día había escogido un vestido vaporoso de aire *boho* color crudo que dejaba entrever levemente su ropa interior. Se había recogido su melena rojiza en una coleta alta y se había decidido por una mochila bolso con un estampado de leopardo excesivamente grande. La imagen que proyectaba tampoco era la más habitual en una visitante al uso, sobre todo en una fría mañana de finales de verano como aquella. Definitivamente la mujer y ella no cumplían los cánones de moda del estereotipo de una turista.

Tras visitar una exposición temporal de un importante artista sueco, se adentró en la sala donde se levantaba el conjunto escultórico “La materia del Tiempo”, del estadounidense Richard Serra. Un silencio sepulcral bañaba las piezas, envolviéndolas en una atmósfera casi irreal, como si estuvieran ancoradas en un bucle del espacio-tiempo. Curiosamente no parecía que hubiera nadie más en la estancia, lo que animó a Anne a perderse entre las diferentes formas de acero. Las recorrió con parsimonia, imbuyéndose de aquella sensación de vértigo y desasosegante incertidumbre ante lo desconocido, lo que en cierta medida le recordó a sus paseos por los jardines laberínticos de Longleat House en Horningsham, cuando era pequeña. Caminaba lentamente, mirando hacia arriba, turbada por la visión de aquellos muros curvilíneos que, en la mayoría de los tramos, la rebasaban en altura. De pronto, sintió una oleada de aire caliente rozándola, como si se hubiera estropeado el sistema de calefacción del edificio y la temperatura hubiera aumentado repentinamente varios grados. Avanzó mientras agitaba con las manos la tela de su vestido vaporoso, con la intención de que dejara transpirar la piel y aliviara así aquel calor sofocante. Al doblar una de las curvas de la pieza más grande del conjunto, volvió a verla. La mujer enlutada, la visitante que la había estado observando desde la tercera planta del atrio, se encontraba al fondo, de espaldas a ella. Quizá estuviera mirando su teléfono móvil o algún folleto informativo, puesto que parecía dirigir su cabeza a algo que sostenía entre las manos. Le inquietó lo estática que parecía, como si no se hubiera percatado de su presencia. Intentó averiguar qué era lo que ocultaba, pero desde donde se encontraba era imposible ver nada. Siguió avanzando pausadamente con intención de situarse al lado de la mujer, y justo cuando estaba a punto de alcanzarla, ella se dio la vuelta. Anne se detuvo paralizada, sin saber muy bien qué hacer. La mujer permanecía quieta, como un objeto inanimado más del museo. Clavó su mirada en la joven. No parecía muy mayor, debía de rondar los sesenta años. El color de su cabello era una curiosa mezcla de rubio y ceniza, probablemente teñido. Sus ojos eran grises y no parpadeaban. Escondía algo en sus manos, pero parecía no querer que Anne supiera de qué se trataba. La presencia de aquella mujer era amenazante, como una olla a presión rellena de ira contenida que fuera a explotar en cualquier momento. Su mirada, profunda y tremendamente hostil, había conseguido clavarla al suelo impidiéndole moverse, y, a medida que los segundos pasaban, aquella horrible sensación iba en aumento. La mujer avanzó un metro en dirección hacia Anne y abrió su boca como si fuera a decirle algo. Le vio mover los labios, pero Anne no fue capaz de percibir su voz. En su lugar, escuchó un ruido extraño semejante al zumbido lejano de un enjambre de abejas. Anne seguía sin poder dar un paso, por más que intentaba retroceder. Cuando la mujer se encontraba a apenas medio metro de ella se detuvo y el silencio volvió a adueñarse de la estancia. Abrió sus

manos y mostró a Anne lo que ocultaban. Una pequeña ave se retorció de dolor mientras las gotas de sangre escapaban de su cuerpecillo, derramándose por el suelo. La mujer agarró al animal sosteniéndolo frente a la joven, estirando con la punta de sus dedos los extremos de las alas, abriéndolas hasta lo imposible y empujándolo al borde de la muerte. Anne hizo acopio de toda la fuerza de voluntad que pudo y por fin logró moverse. Corrió en dirección contraria a la mujer, intentando encontrar la salida de la espiral que conformaba aquella escultura, golpeándose durante su huida contra las paredes. Mientras escapaba, miró hacia atrás en varias ocasiones esperando encontrarse a la mujer persiguiéndola, pero no volvió a verla.

Salió despavorida del museo y no dejó de correr hasta alcanzar la zona del Casco Viejo de la ciudad. Sólo entonces se sintió segura rodeada de los vecinos y turistas que hacían sus compras en aquella zona comercial, ajenos a la escena que ella acababa de vivir. Entró al primer bar que encontró, pero esta vez no pidió que le sirvieran mate. Vació una copa de vino tinto en un instante y a continuación solicitó otra al camarero. El alcohol pronto empezó a regar los vasos sanguíneos de su estómago y la calma fue retornando, poco a poco. Se preguntó qué era lo que acababa de vivir en el museo. Las dudas acerca de si realmente había sufrido una alucinación comenzaron a atormentarla. Apenas había dormido. Seguro que la falta de sueño y el estrés por la discusión nocturna con David habían contribuido a todo aquello. Terminó una tercera copa y decidió no seguir bebiendo. No solía ser muy buena idea acudir a una cita de trabajo en tales condiciones. Necesitaba estar al cien por cien para la entrevista que tenía esa misma tarde. Pensó en llamar a David y contarle lo que acababa de vivir en el museo, pero cambió de opinión, aún seguía cabreada con él. Llamó a Jessica esperando que su amiga pudiera aconsejarla desde las islas, pero su teléfono se encontraba apagado o fuera de cobertura. Finalmente hizo acopio de valor y volvió a casa. Necesitaba dormir algo antes de la reunión de la tarde.

10.

Aquella mañana la atmósfera de la Pecera estaba enrarecida, como si el ser omnisciente que cuidaba de todos los peces que habitaban aquel acuario de veinte plantas, se hubiera olvidado de limpiar el filtro y el agua se hubiera enturbiado. A primera hora el Director Pierre Gutiérrez había reunido a todos los miembros del departamento de la planta decimoquinta, al objeto de transmitirles lo que la compañía acababa de descubrir entre los objetos personales de Tomás Benguría. Al parecer era casi seguro que el jefe de prensa había estado realizando labores de espionaje industrial durante al menos el último año. Había sido cuidadoso al intentar no dejar rastro de su actividad delictiva, pero había cometido el error de apuntar en una de las agendas que la empresa regalaba a sus empleados a comienzos de año, una serie de notas manuscritas acerca de diferentes claves de acceso a diferentes secciones del servidor de la compañía que tenía claramente vetadas, junto con una serie de citas que habían tenido lugar en diferentes lugares de Bilbao, lo que, según el Consejo de Administración denotaba que había estado reuniéndose con alguien durante los últimos meses proporcionándole información confidencial. David pensó que aquella teoría conspirativa no resultaba del todo creíble, puesto que, en principio, ningún empleado podía disponer libremente de todo lo que se alojaba en los servidores de la compañía, ni siquiera alguien con el puesto de Tomás Benguría. Incluso dentro de cada proyecto, cada uno de los empleados tenía un acceso muy restringido única y exclusivamente a la parte que dependía de él, o a la que le permitía acceder su respectivo jefe. Desde luego no era nada sencillo conseguir todas las contraseñas que supuestamente Tomás Benguría había logrado reunir en tan poco tiempo. Aunque si desde la compañía se habían encargado de transmitirles aquella sospecha, sin duda era porque sabían algo más que no querían contar al resto de empleados. En cualquier caso, las órdenes de Pierre Gutiérrez resultaron contundentes: debían extremar la precaución a la hora de hacer efectiva la confidencialidad a la que todos se habían obligado cuando firmaron sus respectivos contratos, de lo contrario se exponían a un despido fulminante y a la correspondiente demanda por incumplimiento contractual, además de la oportuna responsabilidad penal. La compañía sospechaba además que Tomás Benguría podía tener un cómplice dentro de la Pecera. A partir de ese momento, todos los empleados debían dar cuenta inmediatamente a sus superiores de cualquier indicio de espionaje o cualquier otro tipo de actividad sospechosa que fuera en contra de los intereses de Artechnia, so pena de que recayera sobre ellos todo el peso de la empresa y el de la ley.

Al finalizar la reunión, David trató de localizar a Alicia Rández y preguntarle si aquella agenda a la que se había referido el Director Pierre Gutiérrez era el documento que ella había encontrado en el Búnker. Ella no había querido mostrarle lo que había descubierto entre las cosas de Tomás Benguría, porque, según le había contado, tenía miedo de estar incumpliendo su contrato de confidencialidad si se lo enseñaba antes a David que a sus superiores. La buscó en su despacho, en las diferentes salas de reuniones, hasta en la cafetería, pero, al cabo de veinte minutos desistió,

no podía tardar mucho más en volver a su puesto si no quería llamar la atención. Al volver a la planta decimoquinta, encontró a Ander Goikoetxea esperándole sentado en su silla y fisgando en su ordenador. El supervisor se había quitado la chaqueta y lucía una camisa blanca entallada que hacía resaltar de un modo algo exagerado los dorsales de su espalda y el pectoral. David se sintió culpable, llevaba tres días sin poder ir al gimnasio, y eso para él era algo inimaginable. Normalmente solía descansar uno o dos días a la semana, pero esos tres días seguidos sin pisarlo se estaban convirtiendo en una losa. Se propuso ir esa misma tarde al salir de trabajar, sí o sí. Ander le sonrió al verle entrar, le pidió que dejara la puerta abierta y se levantó invitándole a que ocupara su sitio. David se sintió doblemente observado en aquella posición, con Ander a su espalda escrutándole y con la cámara de seguridad del pasillo apuntando exactamente en dirección hacia donde se ubicaba su mesa. De hecho le pareció percibir un ligero parpadeo en los indicadores luminosos que rodeaban la lente, y un fugaz movimiento, como si estuviera enfocando. Notó cómo su respiración comenzaba a entrecortarse, pero consiguió calmarse a tiempo. “Te estás volviendo un paranoico”, pensó. Aunque tampoco era para menos. Las cosas no estaban yendo lo suficientemente bien, tal y como había planeado cuando entró en aquella empresa, y lo peor era que, por si no fuera poco el hecho de que no lograba avanzar al ritmo esperado en el desarrollo del proyecto que le habían encargado, se sentía vigilado, como si estuvieran siguiendo muy de cerca cada uno de sus pasos. Un escalofrío le recorrió el espinazo al recordar lo sucedido en el Búnker mientras observaba a Alicia Rández revolver entre los papeles de Tomás Benguría. Pensó que quizás había pasado por alto en las dependencias del sótano alguna cámara que pudiera haberlo grabado todo. Tenía que volver a bajar cuanto antes y comprobarlo. Lo peor era que no le podía preguntar a nadie si su sospecha era cierta. Además, ¿qué se suponía que podía hacer de ser verdad? Si aquel amago de masturbación había quedado registrado, ¿cómo demonios iba a recuperar la grabación?

—Ander, creo que debería volver a bajar al sótano para seguir investigando entre las cosas de Tomás Benguría. El otro día, cuando bajé con la secretaria de Pierre Gutiérrez, no nos dio tiempo a analizarlo todo. Además, el guarda de seguridad sólo nos dejó estar una hora, ya que a las ocho queda terminantemente prohibido que quede alguien en el búnker, según nos contó. Tengo el presentimiento de que hemos dejado de lado algo importante, y me gustaría volver a ver si encuentro alguna pista más que nos lleve al supuesto cómplice de Benguría, o al menos algún indicio de a quién le podía estar pasando información. ¿Tú como supervisor mío puedes autorizarme para poder acceder al sótano?

Ander Goikoetxea se le quedó mirando durante unos segundos. Le había sorprendido aquel atrevimiento por parte de David. Por un lado, estaba claro que no se podían permitir perder más tiempo en otra cosa que no fuera el proyecto si querían llegar a tiempo para la feria de Amsterdam, pero, por otro lado, le había agradado la iniciativa que había demostrado el aspirante y sobre todo su interés para con el bien de los intereses de la compañía. Desde luego aquella actitud iba a quedar reflejada en el informe que cada semana debía remitir al director del departamento sobre la evolución de David. Ander calculó rápidamente los beneficios que le podía reportar a él si el presentimiento de David finalmente llevaba a buen puerto y conseguían averiguar algo más de aquella trama de espionaje. Últimamente la relación con el Director Gutiérrez andaba más tensa de lo usual, debido en gran parte al retraso que acumulaba el proyecto de la Safety Cam 3. Si conseguían apuntarse un tanto descubriendo para quién obtenía información confidencial el jefe de prensa, o cómo había conseguido acceder a ella, la relación de confianza

con Pierre Gutiérrez mejoraría considerablemente y, en consecuencia, su posición en la compañía se vería reforzada.

—De acuerdo —respondió casi sin pensar—. Lo cierto es que andamos bastante pillados con los plazos del proyecto, pero supongo que un rato sí que nos podemos permitir bajar a la hora de la comida. Si encontramos algo, quizás nos sirva para que el señor Gutiérrez se tranquilice y no tense tanto la cuerda con nosotros. Conozco al jefe de seguridad del Búnker y supongo que nos dejará pasar con la comida, así no perderemos más tiempo que el que hubiéramos dedicado al almuerzo. Voy a gestionar la autorización para tenerla a tiempo para la una. Bajamos una hora, pero si no encontramos nada nos olvidamos del tema, ¿vale?

David asintió estupefacto ante la facilidad con la que había conseguido convencer a Ander. Aunque no contaba con que fuera a acompañarle al sótano, ahora al menos tenía una oportunidad para tratar de averiguar si había cámaras dentro de la sala donde había estado con Alicia Rández y quién sabe, a lo mejor encontraban algo importante relacionado con Tomás Benguría que le ayudara en su carrera hacia el tan ansiado contrato por tiempo indefinido. Vio alejarse a Ander en dirección a su despacho, contiguo al de él, y por un momento sintió verdadero placer al comprobar cómo sus dotes persuasivas estaban más en forma que nunca. Aunque en realidad no le sorprendía demasiado, había nacido con aquella habilidad y por lo que se ve, podía seguir haciendo muy buen uso de ella.

11.

Anne Wellington se despertó hacia las cuatro de la tarde. Debido a la conmoción de lo acaecido en el museo se le había olvidado por completo poner la alarma de su teléfono. Aún así, respiró aliviada al comprobar que faltaban aún dos horas para la reunión que había concertado con una importante empresa que, según había leído en Internet, había realizado varios trabajos para diferentes instituciones vascas, tanto públicas como privadas, sobre todo en el campo de la traducción a otros idiomas de obras clásicas escritas originariamente en euskera. Le dio tiempo a ducharse y maquillarse con cierta tranquilidad, aunque siempre observando de reojo el reloj. Optó por dejar a un lado su *look boho* de esa mañana y se vistió con un traje verde oscuro que hacía resaltar el color cobrizo de su cabello. Tras pensarlo un buen rato, había decidido recogerlo en un moño alto, dotándole de un aspecto típicamente británico. No se sentía muy cómoda con aquella indumentaria, y aunque en ese momento le parecía estar uniformada, sabía que la primera impresión en una entrevista de trabajo era esencial. Se había propuesto transmitir una imagen de profesionalidad y madurez, por lo que ir ataviada con la ropa que normalmente usaba no iba a ayudarla mucho en ese empeño. En la cocina volvió a ver encima de la mesa la caja que aquella mujer, Sabina Elguea, había enviado a David, pero no había ni rastro del sobre lacrado que él le había acusado de leer sin su permiso ni, por supuesto, del cofre negro. David no le había terminado de creer y eso la enfurecía. Recordó la escenita de la pasada madrugada y una sensación amarga acudió presta desde la boca de su estómago hasta su paladar. En mitad de la discusión había aprovechado para sacar el tema de Adrián, el vecino del piso de enfrente, pero David se había negado a darle explicaciones aludiendo a su intimidad y rogándole que confiara en él. No le soportaba cuando adoptaba aquella actitud arrogante con ella, y sobre todo, no aguantaba que no le explicara claramente a qué se debía aquella incomprensible confianza ciega en aquel vecino como para dejarle acceder libremente a su casa. Había intentado sonsacarle algo de información acerca de Adrián, pero sólo había conseguido que David se ofuscará aún más. Era increíble. Horas antes habían tenido un maravilloso polvo de reencuentro y ahora estaban enfadados. El caso es que necesitaba contarle lo que había vivido en el museo o se iba a volver loca, si es que no lo estaba ya. Pensó en prepararle una buena cena, quizás una ensalada templada con pulpo, que a él le entusiasmaba, y así forzar una reconciliación antes de que las cosas se torcieran aún más.

Miró el reloj y observó que apenas le faltaban cuarenta minutos para que diera comienzo la entrevista de trabajo que había concertado antes de marchar de Inglaterra. No había calculado bien el tiempo. Maldita sea. Tendría que llamar a un taxi, de lo contrario no iba a poder llegar a la hora fijada. Buscó en su bolso el teléfono móvil, pero debía de habérselo dejado en la habitación. Cuando se dirigía a ella, sonó el teléfono fijo que David había instalado en el salón. Dudó si descolgar o no, ya que no podía perder más minutos. Ante la insistencia de la llamada, tomó el

auricular inalámbrico y contestó, mientras buscaba desesperada su teléfono móvil por todo el dormitorio. Silencio. Nadie respondió. Ella volvió a hablar pero no obtuvo respuesta alguna. Sin embargo, tuvo el convencimiento de que alguien escuchaba al otro lado. Oyó su respiración claramente, e incluso le pareció percibir un ruido seco. Volvió a preguntar quién llamaba, pero ante la negativa de la otra persona a responderle, colgó. No tenía tiempo para tonterías. Miró la pantalla del aparato y observó que la llamada había sido realizada desde un número oculto, tal vez se trataba de publicidad. Definitivamente, en el dormitorio no estaba su teléfono móvil. Decidió utilizar el fijo para llamar al taxi. Media hora para que empezara la reunión. Corrió hacia la puerta de la entrada con el corazón a punto de sufrir un colapso. Con las prisas, se tropezó con las astas de ciervo que el interiorista que David había contratado para decorar la vivienda había colocado en la pared situada enfrente de la puerta del recibidor. Uno de los cuernos se cayó al suelo y se partió en tres pedazos. Lo que faltaba. Recogió los trozos rápidamente y los colocó sobre la mesa pequeña que utilizaban para dejar las llaves al entrar. Miró al conjunto de cinco astas que apuntaban hacia la puerta. El efecto era hermoso y, a pesar de que no eran exactamente iguales, lograban transmitir una sensación armónica, tal vez porque estaban dispuestas una junto a la otra guardando la misma distancia entre ellas. El cuerno roto estropeaba el cuadro, y estaba convencida de que a David no le iba a hacer gracia. Ya pensaría cómo explicárselo y compensarle. Abrió por fin y al hacerlo se topó con Adrián, que parecía llevar rato apostado enfrente de la puerta de la casa de David.

—Hola Anne—. Le saludó inclinando ligeramente la cabeza hacia atrás, lo que provocó que su larga melena rubio platino, que de nuevo llevaba suelta, se desplazara en la misma dirección. —¿Te encuentras bien? Me ha parecido escuchar unos ruidos, como si hubieras tenido un pequeño accidente —sonrió.

—Oye, mira, ahora mismo tengo mucha prisa y no puedo hablar. Pero te agradecería de todas formas que no entraras a la casa mientras yo viva en ella, si no te importa. No me gusta la idea de que puedas ver y tocar mis cosas. ¿Entendido? —le espetó la filóloga. El tono que había empleado le pareció excesivamente agresivo incluso a ella.

—Tranquila niña, que te va a dar algo. Como quieras, de todas formas eso es algo que tiene que decidir David, no tú. ¿No te parece?

Anne le empujó apartándole a un lado molesta con la respuesta de aquel insolente. Le sorprendió la dureza de su pectoral e inevitablemente volvió a recordar su primer encuentro y la visión de aquel torso desnudo que le había hecho comportarse como una quinceañera. ¿De verdad le estaba pasando todo aquello a la vez? Primero la discusión con David, luego lo que había ocurrido en el museo, ahora el vecino entrometido declarándole la guerra... Bajó corriendo las escaleras en busca del taxi, que seguramente llevaba rato esperando en la calle. Con el moño a punto de deshacerse y sin haber encontrado el móvil, abrió la puerta del portal enfurecida. Esperaba que al menos la reunión a la que sin duda iba a llegar tarde arreglara algo el día.

12.

El supervisor Ander Goikoetxea saludó enérgicamente a Ismael García, el jefe de seguridad del turno de mañana del Búnker. Al parecer ambos habían ido durante un año al mismo gimnasio y bromearon sobre los envases repletos de comida que tanto Ander como David traían y que se disponían a engullir mientras estuvieran en el sótano. Contaban con apenas una hora y el vigilante se encargó de recordar a Ander que tuvieran cuidado de no manchar nada y sobre todo de no dejar ningún recipiente ni resto alguno de comida al salir. Se podía meter en un lío por haberles dejado pasar con alimentos. Ander volvió a estrecharle la mano con un gesto similar al que David utilizaba con sus amigos en Londres. David le preguntó al supervisor si podían confiar en el guarda, temía que fuera a delatarles por haber entrado con comida. Ander le quitó importancia al asunto y le contestó que no se preocupara por semejante tontería. Ismael García podía parecer poco de fiar por su corpulencia y sus múltiples tatuajes, pero nada más lejos de la realidad. Él mismo había quedado para comer con el vigilante más de una vez en el Búnker cuando iban juntos al gimnasio. Ismael había estado más de seis meses con una lesión en la espalda debido a un accidente que había tenido haciendo escalada en los Pirineos, y desde entonces había tenido que abandonar el gimnasio y centrarse en la rehabilitación con su fisioterapeuta. Por suerte, la baja laboral sólo había durado medio año y ahora ya se encontraba recuperado.

Al entrar en la sala E-98, donde se almacenaba el material de Tomás Benguría y el de otros ex empleados que habían salido de la compañía en los últimos dos años, David volvió a recordar el episodio vivido con Alicia Rández. Observó detenidamente cada tramo del techo, buscando escrupulosamente alguna cámara de seguridad que no hubiera advertido la vez anterior. No le pareció ver ninguna a simple vista, aunque debía asegurarse bien si quería quedarse tranquilo. Todo seguía igual. Incluso los documentos que ambos habían estado leyendo y que habían olvidado volver a colocar en la estantería correspondiente, se apilaban amontonados sobre la mesa ubicada en el centro de la estancia. En una de las sillas se encontraron un pañuelo de color azul marino. Era de Alicia. Estaba totalmente seguro. Se acordaba perfectamente de cómo se lo había soltado del cuello al entrar en la sala. Seguramente ella ni se acordaba de que se lo había dejado allí. Lo habría buscado durante días por su casa, volviéndose loca ante tal inexplicable desaparición, y al final habría tirado la toalla. Se lo comentó a Ander y éste le prometió entregárselo a su propietaria tan pronto la viera. Encontraron también los vasos de plástico vacíos que habían utilizado los dos para beber agua mientras investigaban los enseres del jefe de prensa fallecido. Aparentemente todo seguía exactamente igual a cómo lo habían dejado al salir. Le extrañó que el personal de limpieza no hubiera pasado aún por allí. Ander le invitó a sentarse y le propuso comer primero para luego poder centrarse en la búsqueda. David sintió envidia al contemplar el apetitoso plato que su supervisor se había preparado, sin duda con mucho más esmero y dedicación que la que había empleado él. El contenido del recipiente era muy parecido al suyo, arroz y pechuga de pollo, pero el aspecto y el color no tenían nada que ver. El suyo le

pareció vulgar e insípido. Sin embargo, el de Ander resultaba realmente apetecible, como si lo acabara de preparar y no llevara cinco horas fuera del frigorífico. Los dos comentaron brevemente el tipo de dieta al que se estaban sometiendo. Tras unos duros meses estivales sin apenas ingerir calorías para conseguir definir sus cuerpos, ahora ambos estaban en plena fase de incremento de la masa muscular, por lo que las cantidades de hidratos de carbono, ya fuera en forma de pasta o arroz, eran considerablemente superiores a la etapa anterior. Habían incrementado considerablemente el nivel diario de calorías con el objetivo de aumentar músculo, pero controlando a la vez que la grasa acumulada no fuera excesiva. David se preguntó cómo se las arreglaba el supervisor para calcular las cantidades de los diferentes alimentos y el porcentaje de proteínas, hidratos de carbono y, en general, de todos los micronutrientes que debía consumir. Él se veía incapaz de hacerlo. A veces había intentado utilizar alguna de las aplicaciones para *smartphones* que había en el mercado, pero siempre las había terminado abandonando. Sencillamente no tenía ni el tiempo ni las ganas suficientes. Prefería pagar a alguien que hiciera ese trabajo por él, y esa función la realizaba a la perfección su entrenador personal. Estuvieron un rato más comentando los entresijos del entrenamiento que cada uno estaba siguiendo en esos momentos. Era agradable tener a alguien cerca con quien compartir aquella parte de su vida y que le comprendiera. Anne le había acusado alguna vez de estar demasiado obsesionado con su físico. Por más que había intentado hacerle valorar el sacrificio y la disciplina que suponía seguir una dieta como la suya y unas rutinas como las que él realizaba en el gimnasio, ella siempre terminaba acusándole de superficial. Ander le volvió a reiterar la invitación para acudir con él al Kingdom Fit, el club de *fitness* del que él era miembro desde hacía un año, que era justo el tiempo que dicho gimnasio llevaba funcionando en las antiguas instalaciones de unos cines ubicados en pleno centro de Bilbao. David aceptó la oferta y quedaron para ir juntos esa misma semana, ya verían cómo cuadraban sus respectivas agendas. El momento de la comida transcurrió rápidamente. A continuación decidieron repartirse las estanterías que debía mirar cada uno, con la intención de realizar una búsqueda más efectiva en los tres cuartos de hora que les quedaban por delante antes de tener que abandonar la estancia y volver a La Rueda. David se centró en la zona donde la vez anterior Alicia Rández y él habían estado indagando. Tenía la sensación de que algo se les había pasado por alto. Un presentimiento aferrado a lo más profundo de su subconsciencia pugnaba por salir a la superficie y transformarse en un hallazgo certero. Algo había leído la vez anterior que en su momento le había desconcertado, aunque finalmente no lo había considerado relevante.

Observó a Ander trepar por la escalera situada en el otro extremo de la habitación. Si aceptaba la invitación del supervisor para ir juntos al club de *fitness* iba a tener que prepararse a conciencia en su propio gimnasio los días previos, no quería hacer el ridículo. Estaba en forma, sí, pero desde que había comenzado a trabajar para Artechnia su nivel había descendido varios escalones, y, observando la musculatura de Ander ascender hacia el último peldaño, era evidente que en esos momentos éste le superaba ampliamente. No en volumen, porque Ander tenía menos masa muscular que él, pero sí que estaba bastante más tonificado. Dejó al supervisor hurgar tranquilo en la zona de la habitación que había elegido, y se concentró en su propia área de búsqueda, revolviendo entre los documentos que Alicia Rández y él habían estado analizando la última vez. Era cierto que no tenía la seguridad de qué era exactamente lo que la secretaria había

encontrado, pero estaba casi convencido de que se trataba de la agenda de la que había hablado el Director Gutiérrez en la reunión de esa mañana. Le extrañó que Alicia no se la hubiera querido enseñar, pero en aquel momento simplemente pensó que ella se estaba comportando como una trepa más de todas las alimañas que habitaban entre aquellas paredes. No se creyó del todo las explicaciones que ella le había dado más tarde argumentando que no quería violar el contrato de confidencialidad con la empresa. Aprovechó para volver a examinar el techo de la estancia en busca de alguna cámara, pero no encontró ninguna. Si aquel lugar tenía vigilancia audiovisual desde luego no iba a poder detectarlo fácilmente. Volvió a repasar los cuadernos y anotaciones manuscritas de Tomás Benguría. El departamento de seguridad estaba revisando todo el trabajo llevado a cabo por el jefe de prensa, así como todos y cada uno de los accesos que había realizado a los servidores de la compañía, pero una vez hubieran acabado con todo aquello, no tardarían en desembarcar en el Búnker para ponerlo todo patas arriba buscando entre el material tangible de Benguría. Tenía que aprovechar este *impasse*. Fue releendo los papeles que la vez anterior habían ido descartando pero no halló nada significativo o que le llamara especialmente la atención. En uno de los cuadernos se topó con un *post it* de color fucsia pegado en el reverso de la tapa y en él una única palabra anotada: “HAEGIWALLEP”. Lo había visto la vez anterior, pero ni siquiera se había detenido a leerlo. Debía de ser algo importante, porque Benguría lo había subrayado y resaltado con un par de flechas dibujadas apuntando hacia aquel nombre. Lo introdujo en el buscador de Internet de su teléfono, pero no obtuvo resultado alguno. Por lo demás, no detectó nada extraño en aquel cuaderno. Era una compilación de ensayos de discursos que el jefe de prensa había tenido que realizar en sus diversas apariciones en los medios de comunicación durante los últimos tiempos. Tomó diversas fotos aleatorias de las hojas y aunque dudó si sacarle una instantánea también, finalmente despegó disimuladamente la pegatina rosa en la que aparecía aquel extraño vocablo, y se la guardó en su cartera, no sin antes asegurarse de que Ander no le estaba mirando en ese momento.

Estuvo un buen rato analizando varias carpetas que contenían facturas y diversos borradores manuscritos con lenguaje de programación. Abrió una caja pequeña de color amarillo y se encontró con diferentes utensilios de oficina, desde gomas hasta clips de colores, rotuladores y bolígrafos. No pudo evitar la tentación de quedarse con uno de aquellos objetos, una especie de homenaje a las plumas estilográficas de principios del siglo XX. Durante un instante se sintió culpable por el hurto, pero enseguida se tranquilizó al pensar que ningún heredero de Tomás Benguría iba a reclamar un simple bolígrafo. En ese justo momento sintió vibrar su teléfono móvil en el bolsillo derecho de su pantalón. Ya había aprendido la lección y lo había programado para que se silenciara automáticamente todas las mañanas antes de entrar en La Pecera. Sacó el dispositivo y observó que le había llegado otro mensaje de Contact U. Desde su posición era imposible que Ander viera su contenido, así que se decidió a abrirlo. Observó la fotografía que le habían enviado y el pulsar de la excitación volvió a hacer acto de presencia, primero como una leve sensación placentera en el perineo, para a continuación transformarse en una erección completa. Volvió a mirar a Ander, que andaba entretenido leyendo un documento, y se recreó unos segundos más en la imagen que aparecía en la pantalla de cinco pulgadas y media de su terminal. Finalmente optó por almacenarla en la memoria del teléfono para verla más tarde con más tranquilidad.

Ander le pidió que se acercara. Parecía que había encontrado algo interesante. En una de las carpetas que contenía borradores y documentos aparentemente inconexos entre sí, le había llamado la atención un papel grapado con varias facturas de distintas estancias en diversos hoteles de Bilbao. Se trataba de una hoja cuadriculada arrancada de alguna libreta y en la que aparecían anotadas a mano varias fechas junto con unas iniciales al lado. Se aseguraron bien de que aquella letra era la de Tomás Benguría. Las mismas iniciales se repetían asociadas a varios días repartidos durante el último año. La última de las fechas correspondía al mes de junio.

—¿Crees que hemos topado con algo importante? —le preguntó al supervisor.

—Podría ser. Lo más lógico es que se trate de citas que Tomás Benguría tuvo con un cliente o quizás con un medio de comunicación, aunque no entiendo muy bien por qué lo identifica con sus iniciales. Quizás simplemente para ahorrar tiempo —dijo Ander.

—¿Te parece normal que unas facturas de estancias en hoteles se archiven sin ton ni son en una carpeta del propio Benguría? Lo lógico es que esto estuviera contabilizado en el departamento de recursos humanos, o en administración.

—A lo mejor simplemente no le dio tiempo a entregarlas.

—No tiene sentido, fijate en las fechas. Algunas son de hace casi un año. Si esto está aquí guardado es porque no quería que se supiera —apuntó David.

—O puede que Tomás Benguría fuera simplemente un poco despistado. Además, ¿cómo sabemos si la tarjeta con la que están pagados esos hoteles era suya o de la empresa? ¿Conoces un detective privado que nos pueda ayudar? —se burló Ander.

—No tengo ni idea de cómo averiguar eso, pero lo interesante sería hacerse con la agenda que nos mencionó el Director Gutiérrez. Estoy seguro de que esa agenda es lo que descubrió el otro día Alicia Rández y no me quiso enseñar. Si no entendí mal, Tomás Benguría había anotado diferentes claves de acceso a partes del servidor donde se alojaba el *software* y la información confidencial de alguno de los proyectos, junto con lo que parecen ser fechas y lugares repartidos por todo Bilbao. Podríamos comparar la agenda y esta hoja para ver si coinciden las fechas de las citas de la agenda que encontró Alicia con las que están apuntadas aquí. Lo único que tenemos claro es que las fechas que Benguría anotó en esta hoja coinciden con las fechas de las facturas de los hoteles que aparecen grapadas. Si comparáramos esto con lo que aparece en esa agenda igual llegamos a alguna conclusión.

—Puede ser buena idea. ¿Tú conoces bien a Alicia Rández, no? —preguntó Ander.

David se le quedó mirando detenidamente. Había captado en el tono de voz de Ander cierto matiz de suspicacia, como dando a entender que entre Alicia y David había algo más que mero compañerismo. Desde luego Alicia le atraía, pero de ahí a haber algo más había un largo trecho. De hecho, su desconfianza acerca de ella y sus intenciones había aumentado en las últimas horas, y ya no sabía qué pensar.

—Bueno, conocerla, conocerla... —David tragó saliva—. Digamos que los últimos días hemos coincidido más por el tema éste de Benguría. Alicia fue la que me pidió que bajara al Búnker con ella para investigar entre sus cosas, pero lo hizo por encargo del Director Gutiérrez. Creía que tú la podías conocer mejor, al llevar más tiempo en la empresa.

—Te equivocas —le respondió Ander abruptamente—. Y no es que Alicia no me caiga bien ni nada por el estilo. Pero ya sabes que es la secretaria del señor Gutiérrez, y los dos preferimos mantener cierta distancia, para no complicar las cosas. Además, Alicia no lleva aquí tanto tiempo, tampoco he tenido tantas oportunidades como para entablar algo más de relación con ella. Nuestro trato es meramente profesional y creo que seguirá siendo así, a los dos nos conviene. Digamos que... cómo decirlo... el que los dos estemos bajo el mando de Pierre Gutiérrez no ayuda mucho a abrir nuestro corazoncito el uno al otro —le sonrió.

En ese preciso instante, la puerta de la sala E-98 se abrió y la intimidad que Ander y David habían compartido durante la última media hora en aquel microcosmos en que habían convertido la estancia, se rasgó en jirones y tres nuevos habitantes de La Pecera dispersaron en el aire las partículas eléctricas que les habían interconectado.

13.

El Café Océano estaba inusualmente vacío para ser las seis y media de la tarde. Situado en pleno Casco Viejo de Bilbao, Anne había tenido problemas para encontrar la dirección exacta. Su teléfono móvil seguía sin aparecer y no había podido recurrir al GPS para poder orientarse. Se sentía como una niña pequeña perdida en unos grandes almacenes. Había tenido que pedir ayuda a un viandante para que le explicara el camino exacto hasta el establecimiento. Afortunadamente, sus indicaciones habían sido totalmente ajustadas a la realidad, aunque tuvo que llamar desde el teléfono fijo de otro bar para avisar de que iba a llegar tarde por culpa de un atasco. Se quedó maravillada al entrar al establecimiento y observar la enorme barra de “pintxos” dispuestos de manera tentadora. Aunque estaba nerviosa por la entrevista, el aroma de los diferentes aperitivos le hizo recordar que apenas había comido al mediodía. Según le había explicado David en varias ocasiones, era muy típico de los restaurantes y bares del País Vasco el exponer de aquel modo tan irresistible las diversas tapas o *snacks*, como ella los llamaba, pero que tan poco tenían que ver con los que se podían degustar en Inglaterra. Aunque al principio le había parecido aquel uso poco higiénico, se había hecho a él rápidamente en el poco tiempo que llevaba en Bilbao, y ya había caído más de una vez en las redes de aquellas succulentas mini porciones de gastronomía vasca.

Begoña Argenta le esperaba en una de las mesas situadas al fondo del local, leyendo el periódico. Desde el primer instante le pareció una mujer entrañable. Calculó que debería de rondar los setenta años. Su rostro, enmarcado por un cabello teñido de un elegante rubio y bastante corto, aparecía curtido de las arrugas que el paso del tiempo y seguramente una dilatada vida repleta de experiencias habían ido marcando sobre su piel a lo largo de los años. Siempre había admirado a las mujeres mayores que no sucumbían a los cánones de belleza impuestos por la sociedad para acabar con un rostro terso y pulcro, relleno de bótox, impropio de su edad. Ella misma había aumentado la talla de sus pechos en cuanto pudo ahorrar el dinero suficiente para la intervención. Sin embargo, a aquella mujer no parecía preocuparle a simple vista nada de lo que los patrones estéticos de la sociedad pudieran exigirle, y mostraba orgullosa sus imperfecciones y los rasgos de una vejez que, por otro lado, la conferían cierto aire familiar. De hecho, le recordaba mucho a su difunta abuela Mary Anne. Incluso las gafas de cristales ovalados enmarcadas en aquella montura dorada se parecían a las que utilizaba la *grandma* Mary Anne. La mujer iba ataviada con una falda de color gris oscuro que le llegaba por debajo de la rodilla y una blusa de seda asalmonada ligeramente abullonada en la cintura. Sobre su cuello descansaba un enorme collar de perlas blancas y, a pesar del tamaño desmesurado de éstas, el efecto estético del *look* en su conjunto era armónico, como si cada una de las piezas que componían aquel puzle, a priori difícilmente compatibles, hubiera sido diseñada meticulosamente para conseguir unas

proporciones perfectas. La mujer alargó el brazo y le hizo un gesto para que se acercara hasta la mesa.

—Buenas tardes, señorita Wellington —su tono de voz era cálido, casi tanto como la expresión maternal de sus ojos—. Ya siento que haya tenido el percance de perderse por las Siete Calles. No se preocupe, no es la primera persona de fuera a la que le pasa. En cuanto se dé unos cuantos paseos por la zona le parecerá casi imposible volver a perderse. Por favor, tome asiento – le sonrió—. Mientras venía me he permitido pedirle una taza de té, para que se sienta como en casa, aunque si prefiere otra cosa no tiene más que pedirlo.

—No, así esta bien, señora, muchas gracias.

—Oh, cariño, no me llames señora, no me sienta nada bien, me hace recordar la edad que tengo —volvió a sonreír—. ¿Me permites que te tutee? ¿Por cierto, sabes que te pareces mucho a mi nieta Maite?

—Por supuesto, puede tutearme. Encantada de conocerle – Anne le estrechó la mano.

—Trátame de tú, querida, me hace sentirme más cómoda. ¿Así que inglesa? Hace muchos, muchos años yo estuve viviendo en Gales—. Pareció que se retrotraía en el tiempo recordando aquel tiempo pasado en tierras británicas. Anne no supo muy bien interpretar el gesto del rostro de la mujer. —Viniedo de donde vienes, sé que te resultará raro dirigirte a una extraña con este tono tan coloquial, pero, es que no soporto que me traten como a una señora mayor –se quedó durante unos segundos absorta en sus pensamientos—. Bueno, ¡vaya maleducada que estoy hecha! Llevamos un ratito hablando y aún no te he dicho ni mi nombre. Me llamo Begoña Argenta, y tengo el honor de ser tu anfitriona en la Fundación Petunia. Supongo que algo habrás oído sobre nosotros. Nuestros fines son muy amplios, aunque básicamente pueden resumirse en que nuestra misión es promover la investigación y divulgación de las culturas antiguas y las lenguas clásicas y minoritarias, desde el latín y el griego hasta los distintos dialectos saami y el euskera. Normalmente nuestro ámbito de actuación se centra en lenguas antiquísimas ya muertas, no usadas desde hace mucho tiempo o que, como en el caso del propio latín, se han ido transformando en otras a través de los siglos. Pero luego tenemos el curioso caso de la lengua vasca, que siendo una de las más antiguas del mundo, aún se sigue hablando. No nos prejuzgues antes de tiempo, no somos una organización política ni nada por el estilo. De hecho, entre nuestros miembros hay sensibilidades ideológicas bastante alejadas unas de otras, y provenientes de estratos sociales muy diferentes. Sin embargo, hay algo que nos une a todos, y no es otra cosa que nuestra pasión por esos idiomas y culturas ancestrales. Hemos trabajado en alguna ocasión para diversas administraciones públicas, gobernadas por distintos partidos políticos, pero en general, no nos gusta demasiado mezclarnos con las clases dirigentes, digamos que preferimos ir por libre, ya me entiendes, sin pautas previamente establecidas. Una de nuestros objetivos es la rehabilitación de viejos libros y manuscritos. Además, nos preocupamos no sólo por digitalizarlos sino por traducirlos al latín y al inglés. Te preguntarás qué sentido tiene usar una lengua como el latín ya desaparecida. Bueno, aunque, si te decides a trabajar con nosotros, ya te lo explicaremos más detalladamente en otro momento, en esencia es porque desde hace mucho tiempo decidimos trabajar con dos de los idiomas más universales o que mayor influencia han tenido a lo largo de la historia de Occidente. A veces también recurrimos al griego. Pero, cariño, no te puedes imaginar lo difícil que es encontrar un buen profesional que sepa llevar a tu inglés del alma los matices y el

espíritu del euskera, por ejemplo. Hemos tenido conocimiento de tu interés acerca de esta hermosa lengua vasca. No me preguntes cómo lo hemos averiguado, por favor, no podría contestarte, son fuentes confidenciales. El caso es que sabemos que estuviste estudiando el idioma vasco cuando aún vivías en Inglaterra y, lo más sorprendente, que el nivel que alcanzaste es bastante aceptable para un no nativo. También sabemos que has escrito varios artículos en diferentes revistas especializadas en lingüística y con muy buena aceptación por parte de la crítica. Y sabemos que estás graduada en filología hispánica y francesa, aunque bueno, esos datos vienen claramente especificados en tu curriculum —sonrió traviesa—. Seguramente te estarás preguntando cómo hemos tenido acceso a tu curriculum vitae si tú no nos lo has enviado, pero ay, querida, eso es algo que tampoco te puedo responder fácilmente, simplemente piensa que has tenido la enorme suerte de que demos con él. Sí, suerte. Si te decides a trabajar con nosotros, tendrás la fortuna de pertenecer a una maravillosa organización en la que podrás desarrollar esa afición tuya por la filología en general y el euskera en particular, y en la que podrás plasmar todos tus conocimientos y profundizar hasta niveles que ni te imaginas a través de la investigación de nuestra inmensa colección literaria. Quién sabe, con un poco de buen tiento, dentro de muchos muchos años, igual eres tú la que está sentada aquí haciendo una entrevista a una joven aspirante.

—Begoña, yo... —intentó interrumpir Anne.

—Sí, ya sé que ahora mismo estás aturdida con todo esto que te estoy contando. No te preocupes por las condiciones económicas, seguro que van a cubrir de sobra tus expectativas —le tendió un folio doblado—. No son negociables, ya lo siento. Nuestros presupuestos son muy estrictos y eso es lo que te correspondería el primer año si te decides a trabajar con nosotros.

Anne leyó por encima el contenido de aquella hoja y el corazón comenzó a latirle con fuerza. Definitivamente estaba alucinando. Aquella amable señora no se encontraba delante de ella, aquel folio con ese increíble salario era una ilusión, un producto de su imaginación; seguramente seguía durmiendo plácidamente en su cama del ático de David, y todo era un maravilloso sueño. Volvió a mirar a la mujer, que sonriendo, parecía estar esperando una respuesta definitiva.

—Vamos a hacer una cosa, cariño. Llévate la hoja a casa, piénsatelo bien. Y si te decides, pásate mañana temprano, a las ocho, por esta dirección. Allí comenzarás a recibir las primeras instrucciones para desarrollar tu trabajo —dijo entregándole otro documento—. Sé que es muy poco tiempo, pero seguro que en tu interior ya has tomado una decisión. No nos gusta alargar los procesos de selección, y tenemos tantas ganas de que te unas a nosotros que estamos plenamente convencidos de que aceptarás la oferta. Sólo te pido una cosa, que espero que cumplas. Nuestra organización se basa en la confidencialidad y el compromiso por parte de nuestros jardineros, como nos llamamos entre nosotros. Te ruego no comuniques a nadie el contenido de esta entrevista ni por supuesto las condiciones económicas del contrato que te hemos ofrecido. Si te decides a aceptar la oferta, ya te indicaremos cómo nos gustaría que actuaras de cara a contar a tus allegados para quién has empezado a trabajar. Si rechazas el ofrecimiento, la Fundación Petunia negará siempre haber contactado contigo; como verás, en los documentos que te he dejado no hay ninguna pista que nos identifique. La dirección a la que espero que acudas mañana no es nuestra sede oficial ni ninguna de nuestras oficinas administrativas, somos muy cautelosos en ese aspecto. Te preguntarás por qué tanto secretismo. Bueno, lo que te puedo decir por ahora es que nos gusta trabajar en silencio, como los buenos jardineros —volvió a sonreír— y no nos gusta llamar mucho la atención. En el pasado hemos tenido bastantes problemas por tener una política más abierta en

cuanto a comunicación se refiere. Somos muy cuidadosos con las personas que seleccionamos, todo el trabajo de Petunia podría verse comprometido. Si revelas a alguien estos pequeños secretitos que te he contado, lo sabremos. Estate segura de que nos enteraremos. No es ninguna amenaza, no te me vayas a asustar, pero lo tendremos muy en cuenta a la hora de recomendarte o no a otros profesionales del sector. Digamos que las semillas de Petunia están sembradas por muchos huertos.

En ese momento sonó el teléfono móvil de la mujer, un modelo bastante anticuado, de aquellos con bisagra que se habían puesto de moda hace años. —Un momento, querida, asuntos familiares — se disculpó ante Anne. —A ver, ¿qué es lo que pasa ahora? ¿en qué lío te has metido ahora?—. La mujer parecía estar dirigiéndose a un niño pequeño. Seguramente su nieta, pensó Anne. Begoña Argenta se levantó de la mesa y se dirigió a la barra donde pidió al camarero uno de los pintxos de jamón que minutos antes le habían llamado la atención a la joven filóloga. La conversación con la otra persona continuó, mientras Anne releía una y otra vez el contenido del folio con el dinero que iba a ganar si aceptaba la oferta. Se había asustado un poco con la exigencia de mantener en secreto aquella entrevista, tenía la sensación de que aquella mujer no le había contado toda la verdad acerca de aquella estricta confidencialidad. La observó a lo lejos hacer aspavientos mientras seguía hablando por teléfono. Era todo muy extraño. A decir verdad, demasiado extraño. Días atrás Anne se había encontrado en la bandeja de entrada de su correo electrónico un *e-mail* remitido por alguien que decía haber leído su curriculum vitae y parecía estar interesado en contar con sus servicios profesionales. La dirección del correo electrónico pertenecía a un dominio de Internet que no conocía, y aunque al principio pensó en desechar aquel mensaje y mandarlo a la papelera, tuvo el presentimiento de que tenía que acudir a aquella entrevista de trabajo, para la que, desde luego, ella no había enviado sus credenciales. Lo curioso era que en aquel correo se dirigían a ella por su nombre y parecían saber perfectamente que andaba buscando trabajo para cuando se instalara en Bilbao. A cualquiera le hubiera parecido todo aquello sumamente extraño, pero ella decidió arriesgarse y acudir a la reunión. Al fin y al cabo la cita era en una cafetería, no tenía nada que perder y el riesgo de que se tratara de algún desequilibrado era bastante reducido. Además, lo cierto era que necesitaba encontrar trabajo cuanto antes. No sabía si lo suyo con David terminaría saliendo adelante, y aunque, tenía algo de dinero ahorrado, no estaba dispuesta a que se le acabaran aquellos fondos de emergencia. No quería tirar la toalla tan pronto y regresar a Londres. Y ahora se encontraba allí, sentada frente a una taza con té frío, del que no había probado una gota, contemplando a una mujer discutir por teléfono y que afirmaba pertenecer a una tal Fundación Petunia de la que no había oído jamás hablar y que, como si se tratase de una agencia privada de espías, le pedía guardar el secreto de aquella entrevista. Demasiado misterioso todo, algo había que no terminaba de encajar del todo.

—Perdona, querida —se acercó de nuevo a la mesa—. Era Juan Mari, mi marido, que no sabe dar dos pasos sin mi ayuda. Resulta que ha habido una fuga de agua en el fregadero de la cocina, y no se le ha ocurrido otra cosa que ponerse a intentar arreglarlo él solito. ¡Juan Mari!, que no sabe ni lo que es una llave inglesa. Y ahora tenemos toda la cocina inundada. Lamento que este encuentro termine de un modo tan abrupto, pero me temo que si no me voy ahora mismo a intentar

solucionarlo, puede que la siguiente llamada sea de los bomberos de Bilbao diciéndome que la casa ha ardido, o algo parecido. Este hombre... me pone de los nervios.

—Tranquila Begoña, ya me quedo yo aquí terminándome el té.

—Bueno, lo dicho, recapacita esta noche todo lo que hemos hablado y si te animas, que espero fervientemente que así sea, mañana acude por favor a la dirección que te he dado antes. Dame dos besos, guapa.

Anne no quiso parecer desconsiderada y le correspondió con aquel afectuoso saludo al que no estaba acostumbrada del todo, y se despidió de ella. La vio alejarse hacia la puerta con paso firme, como sabedora de que ella era la única que podía arreglar el entuerto en el que se había metido su esposo. Se dirigió a los aseos, y comprobó, con fastidio, que la cerradura de la puerta estaba estropeada, así que sólo le quedaba rezar para que nadie entrara al baño mientras ella lo utilizaba. Sólo había dos personas más en la cafetería, creía recordar, así que las probabilidades eran ínfimas. Justo cuando acababa de sentarse, notó cómo alguien intentaba empujar la puerta para entrar, mientras ella intentaba retenerla con la punta del pie, sin apenas conseguirlo.

—Perdone, está ocupado —dijo en voz alta.

Aquellas palabras no parecieron surtir efecto alguno en el intruso, que seguía presionando el pomo mientras Anne empleaba aún más fuerza con su pierna. Desde su posición, vio como la mano de una mujer se colaba entre el espacio que había logrado entreabrir. Era la mano de una mujer mayor. Pensó que se trataba de Begoña Argenta, que había vuelto a la cafetería para utilizar el baño antes de emprender el camino a su casa.

—Begoña, ¿eres tú? Ahora salgo, un segundo.

Anne se levantó lo más rápido que pudo y sin poder secarse, se acercó rápidamente a la puerta mientras no dejaba de intentar contener a aquella mujer. Por fin podía utilizar las dos manos.

—Perdone, ¿es que no ve que está ocupado? —volvió a insistir.

Desde luego, la mujer debía de tener problemas de audición, porque no parecía percatarse de sus palabras. Además, debía de estar bastante en forma. No era normal usar semejante fuerza para intentar entrar al baño. Anne observó a la mujer durante un instante a través de la rendija abierta entre la puerta y el marco y la sangre dejó de fluir por sus venas. Era ella. No Begoña Argenta, que seguramente se encontraba ya montada en el metro al encuentro con su marido. No. Era la mujer enlutada del museo. La que la había acosado durante su visita al Guggenheim. Observó su mirada, fría, carente de expresión, como si en realidad no estuviera allí, como si se tratara de un holograma que no se hubiera acabado de formar del todo. Pero claro que estaba y, o hacía algo, o terminaría derribando la puerta. Anne empleó aún más fuerza y haciendo impulso, se propulsó contra la puerta dispuesta a cerrarla como hiciera falta. Lo logró. Esperó unos segundos, convencida de que la mujer volvería a intentar abrirla, pero no sucedió nada. Esperó un poco más y cuando estaba prácticamente segura de que ya no había nadie al otro lado, se limpió y salió del aseo.

La cafetería seguía prácticamente vacía, tan sólo habían entrado dos jóvenes a tomarse una cerveza. Con el susto aún en el cuerpo, se acercó al camarero y le preguntó a ver si había visto a una mujer de unos sesenta años con el pelo rubio casi gris que acababa de salir. Quería averiguar

si efectivamente se estaba volviendo loca o no. El camarero le respondió afirmativamente. Una encantadora mujer le había pedido permiso para utilizar el baño y acababa de salir del local, como si tuviera mucha prisa. “Encantadora no es precisamente la palabra con la que yo la definiría”, pensó Anne. Le dio las gracias y salió a la calle. Miró a derecha e izquierda buscando a la mujer, pero había desaparecido. Guardó en su bolso los dos documentos que le había entregado Begoña Argenta y decidió volver a casa andando. Necesitaba tomar el aire.

14.

David Vanner observó detenidamente a los tres nuevos visitantes del Búnker, dos hombres y una mujer. Le sonaba la cara del más alto, que parecía el mayor de todos. Estaba casi seguro de que le había visto en la recepción de bienvenida a los aspirantes el primer día que él puso el pie en La Pecera. Era un tipo algo más espigado que él, con la piel extremadamente blanca, casi se podría decir albina, lo cual no encajaba demasiado bien con el negro intenso que pigmentaba cada uno de sus cabellos. Tenía una mirada fría y una expresión facial claramente agresiva, a lo cual contribuía en gran medida el grosor de sus cejas. Aquel aspecto amenazante intimidó durante unos segundos a David, el tiempo que necesitó para percatarse de su morfología musculada camuflada bajo aquel traje de *tweed* gris impecablemente planchado. Sonrió y pensó, divertido, que el personal de recursos humanos de la compañía había basado gran parte del proceso de selección de los aspirantes en el aspecto atlético de éstos, mucho más que en el intelecto y las aptitudes personales de cada uno. Intentó acordarse de algún trabajador con sobrepeso o con un cuerpo más común, pero no recordaba ninguno. La mayoría de las personas con las que se había relacionado durante los días que llevaba trabajando para Artechnia Inc ostentaban un físico cuidado y de aspecto cuanto menos saludable. Supuso que la imagen era algo a lo que la compañía daba especial valor, aunque no acertó a comprender el interés en que todos los empleados parecieran haber sido captados directamente en un gimnasio.

Junto a él, una mujer negra algo más joven, escudriñaba con su mano derecha su teléfono móvil mientras que con la otra se desprendía de la chaqueta que cubría su torso y la colocaba sobre el respaldo de la silla donde Alicia Rández había dejado olvidado su pañuelo. David no pudo evitar fijarse en sus pechos aprisionados contra su blusa entallada. Le pareció advertir en el escote un pequeño tatuaje realizado con tinta blanca que contrastaba con el tono oscuro de su piel, y que se asemejaba a una especie de insecto alado. Intentó captar su mirada, pero ella seguía sin levantar la cabeza del teléfono. Su indiferencia le irritaba. No sabía muy bien por qué, pero, por alguna extraña razón, aquella chica ni se había inmutado ante la presencia de David, y aquello le estaba enervando. Estaba acostumbrado a que las personas a su alrededor se fijaran en él. No eran pocas las veces en las que caminando por la calle, las cabezas de los viandantes se daban la vuelta al pasar a su lado. En alguna ocasión incluso había tenido que dirigir sus ojos hacia otra parte al no ser capaz de enfrentar la mirada insistente de algún transeúnte. Siempre había provocado aquel efecto en los demás. Y lo disfrutaba. Le encantaba ser el foco de atención allá donde estuviera. De pequeño, aquella reacción de la gente le incomodaba, le hacía sentirse un bicho raro, un insecto examinado bajo la lupa de un microscopio, pero a medida que se fue adentrando en el umbral de la adolescencia y comenzaron los primeros escauceos sexuales, fue aprendiendo a hacer buen uso de aquella atracción que despertaba en los demás. Fueron muchos los éxitos cosechados como consecuencia de aquella especie de don. En los últimos años, aquella habilidad innata había ido desembocando en otros mares de aguas más turbias, pero aún así, podía considerarse que había aprendido a explotarla al máximo. Sin embargo, la mujer que tenía ahora en frente no le había

hecho caso desde que había entrado en la sala. Se entretuvo unos segundos más observándola, allí plantada, envuelta en su aura de indolencia.

—Vaya, vaya, mirad a quién tenemos aquí —dijo el más alto. —Ander Goikoetxea fisgando entre las cosas de Tomás Benguría cuando debería estar en La Rueda desde hace más de un cuarto de hora—. David miró el reloj inteligente de su muñeca. Efectivamente, eran las tres y dieciséis de la tarde, se habían entretenido demasiado tiempo rebuscando en El Búnker.

—Señor Dik, debería usted meterse en sus asuntos — contestó en tono burlón el supervisor Goikoetxea. A pesar del tono fingidamente audaz de su voz, David captó un ápice de temor oculto bajo la aparente seguridad con la que Ander le había respondido. Seguramente el tal señor Dik también se había dado cuenta.

—Señor Goikoetxea, no me venga con tonterías, ¿debería usted estar o no en su despacho cumpliendo su horario laboral? Me temo que al Director Gutiérrez no le hará mucha gracia saber en qué emplea usted su tiempo. Supongo que no habrán venido simplemente de merendola y que habrán estado ocupados haciendo algo realmente interesante y productivo para la empresa — añadió señalando los envases con restos de comida que minutos atrás David y Ander habían engullido.

—Disculpe señor.... Dick, ¿verdad? —le interrumpió David haciendo énfasis en la pronunciación del apellido de aquel tipo. Le hacía gracia que aquel imbécil tuviera un apelativo igual de estúpido que su portador. ¿Desde cuándo era legal que alguien pudiera llamarse o apellidarse igual que cierto atributo masculino? Seguramente lo había entendido mal, pero aprovechó para usarlo en su contra. —El Director Gutiérrez nos ha autorizado expresamente a estar durante la hora del almuerzo en el Departamento de Seguridad. Puede pedir que se lo confirme si quiere.

—Perdona... ¿tú eres? —preguntó él utilizando un tono excesivamente hosco con David. La mujer y el otro hombre miraron a David con aire de condescendencia. David se alegró de que por fin ella le mirara.

—David Vanner.

—Muy bien David, te voy a dar un par de consejos que te servirán de mucha ayuda en esta compañía, si es que de verdad te interesa permanecer en ella. Primero, cuando no sepas a quien te estás dirigiendo, asegúrate de que has escuchado bien el apellido de tu interlocutor. Mi nombre es William Dik y no Dick como tú has pronunciado. Sé que suenan parecido, pero no es lo mismo. Supongo que no sabes holandés, cosa que deberías empezar a valorar aprender, habida cuenta de en qué tipo de compañía trabajas o aspiras a trabajar. Lo segundo, nunca, nunca, interrumpas una conversación en la que nadie te ha dado vela, y menos con esos aires de machito. Llevo en esta empresa unos cuantos años más que tú, chaval, así que te recomiendo que te guardes para otro tu tono insolente. Lo reconozco, parezco más joven de lo que realmente soy, pero no te equivoques. Tienes que aprender a jugar tus cartas mejor, si no quieres que una mala partida acabe con tu culo en la calle antes de tiempo.

—William, basta —dijo Ander—. David no ha querido molestarte, seguramente he sido yo el que he pronunciado mal tu apellido, lo siento. Tienes razón, David tiene mucho que aprender

todavía, pero no es cuestión de que lo crucifiques el primer día que tratas con él—. David miró sorprendido a Ander. Por una parte agradecía que le mostrara su apoyo de aquella manera tan contundente, pero por otra, sintió lástima al ver cómo Ander se mostraba tan sumiso ante aquel gilipollas.

—De acuerdo, señor Goikoetxea —contestó William Dik—. Tienes razón, no voy a juzgar a David antes de tiempo, parece un buen chaval, seguro que aprende pronto a comportarse—. David le fulminó con la mirada. —Y ya que estamos conociéndonos todos, David, tengo el honor de presentarte a Sharon Van Roden, jefa de proyecto en el departamento de marketing, y a Javier Ballesteros, adjunto a la señorita Van Roden.

—Hola, qué tal David, encantado —le saludó el tipo que había permanecido callado hasta el momento, estrechándole con fuerza la mano. David le correspondió con el mismo gesto y dibujó una amplia sonrisa desplegando todo su poder de seducción, con la esperanza de captar la atención de la mujer. Ésta le regaló un simple movimiento ascendente de su cabeza. David se frustró una vez más ante tanta muestra de indiferencia. No esperaba de ella ni siquiera que le espetara un simple “Hola”, pero al menos podía haberse dignado a mirarle a la cara. Una coraza invisible envolvía la escultura de basalto que constituía el cuerpo de la mujer, como si nada ni nadie pudiera perturbarla. David se puso nervioso, pero no dejó que nadie lo percibiera. Optó por el ataque. Con aquel tipo de personas lo mejor era pasar a la acción y sorprenderles, lograr desestabilizarles y hacerles bajar de su pedestal cuando menos se lo esperaban. Se acercó enérgicamente a ella, le levantó suavemente la mano derecha y se la estrechó.

—Hola, señora Van Roden, mucho gusto en conocerla.

—Hola, ¿cómo estás? —le respondió al fin ella—. A David le encantó la forma en que había entonado aquellas tres palabras, con un evidente acento holandés, mucho más acusado que el de William Dik. Pero sin duda, lo que más le agradó fue que se dirigiera a él de aquella forma tan coloquial. Durante sus años en Londres se había acostumbrado a dirigirse de usted a sus profesores y a la gente a la que acababa de conocer, pero en Bilbao no era tan común utilizar aquellos modales, sobre todo entre los compañeros de trabajo. En Artechnia Inc se producía una situación un tanto especial; por un lado, era norma obligada dirigirse a los superiores utilizando el usted, lo cual era también lo usual con algunos compañeros de trabajo procedentes de otros países. Sin embargo, muchos de estos trabajadores foráneos se habían adaptado pronto a las costumbres locales, y utilizaban un lenguaje más coloquial. Al final, uno no sabía cuál era la manera correcta de dirigirse a alguien que no estuviera por encima en el escalafón jerárquico, por lo que, sobre todo si la otra persona era extranjera, David optaba por dejar que hablara primero. Que él supiera, en Artechnia trabajaban, además de holandeses y franceses, algún británico, por lo que las confusiones y los malentendidos solían ser habituales por este motivo. El caso es que Sharon Van Roden había optado por contestarle utilizando la forma ordinaria, lo cual sólo podía significar dos cosas: o veía claramente a David varios escalones por debajo suyo dentro de la jerarquía de la compañía, o simplemente había querido agradecerle y mostrar más familiaridad. David se autoconvenció de que la segunda opción era la correcta. Aspiró con disimulo las notas florales y frutales del perfume de su melena, y se regodeó con el sutil aroma del sándalo. Sí, estaba casi seguro de que aquel toque final era sándalo, mezclado con madera, muy parecido a uno de los perfumes favoritos de Anne.

—Bueno, y... ¿qué estáis haciendo exactamente en el Búnker, si puede saberse? —inquirió William Dik.

—Supongo que lo mismo que vosotros, ¿no? —respondió Ander—. No creo que hayáis venido a barrer y quitar el polvo de las estanterías.

—¿Así que el departamento del Director Gutiérrez también está interesado en averiguar los tejemanejes de nuestro querido traidor Tomás Benguría? Qué interesante, porque yo pensaba que éramos los únicos autorizados directamente por la Presidenta Suzanne Bechs para ello. Pero veo que hay más gente en la compañía tratando de descubrir cuanto antes los riesgos a los que ese miserable de Benguría nos ha expuesto a todos.

—De hecho nosotros ya nos íbamos, ¿verdad David? —miró a David con ánimo de que éste le siguiera hacia la puerta—. Como bien dices, tendríamos que estar desde hace más de veinte minutos en La Rueda.

—Efectivamente, llegáis tarde, y ya sabes que una de las cosas que odia la señora Bechs es la falta de diligencia en los puestos de trabajo—. Ander volvió a mirar a David, que parecía ensimismado contemplando a la mujer. Ésta, volvía a estar absorta buceando en su teléfono, otra vez perdida en su universo interior, y absolutamente ajena a todo.

15.

Al llegar a casa, volvió a buscar su móvil. Removió toda la ropa de la cama, pensando que quizás se podía haber quedado oculto en el pliegue de alguna de las sábanas. Abrió todos los cajones de la habitación, incluso los de la cocina, pero el aparato seguía sin aparecer. Pensó si merecía la pena seguir rebuscando por toda la casa. No recordaba haber entrado con el teléfono en ninguna de las otras habitaciones, y se exponía a la ira de David si volvía a romper algo o cambiaba algo de sitio sin querer. Qué demonios. Tenía que encontrar el maldito móvil. Llamó desde el fijo a David varias veces, pero lo tenía apagado o fuera de cobertura. Eran ya las nueve de la noche y se suponía que él tendría que haber llegado ya a casa. Pensó en llamar a la empresa, pero tampoco le pareció muy buena idea. El horario de atención al público había acabado hacía ya tres horas y nadie le iba a responder al otro lado de la línea. Maldita sea. Dónde coño se había metido David. Necesitaba preguntarle si él había visto su móvil o lo había cambiado de sitio. A la mierda. A pesar de que él le había insistido en que no hurgara entre sus cosas, no le quedaba más remedio. Tenía que encontrarlo. Había decidido aceptar la oferta que Begoña Argenta le había hecho esa tarde. Aunque no terminaba de convencerle tanto secretismo y exigencia de confidencialidad, el hecho de que fuera la Fundación Petunia la que estuviera intentando reclutarle no podía significar otra cosa que ella era la candidata perfecta que estaban buscando en estos momentos, y no pensaba rechazar las jugosas condiciones económicas que le habían propuesto. Además, de este modo podría seguir dando rienda suelta a su pasión de los últimos años, la lengua vasca. ¿Qué más podía pedir? Si más adelante no le convencía el trabajo, siempre podía buscarse otro. Sí, la decisión estaba tomada. De hecho, durante el camino de regreso a casa, y a pesar del desagradable reencuentro con la mujer del museo, había llegado a la conclusión de que Begoña Argenta tenía razón. En realidad, desde el mismo momento en que la había escuchado contarle en qué consistiría el trabajo, no había tenido más opción. Amaba su profesión y amaba aquel viejo idioma. Desde luego, ganas e interés no le iban a faltar. Pero... ¿cómo se suponía que iba a empezar su nuevo trabajo a la mañana siguiente sin su teléfono móvil? Necesitaba encontrarlo.

Empleó media hora más buscando en la cocina, en el dormitorio y en el despacho de David. Cuando estaba a punto de tirar la toalla, se percató de que no había mirado en el armario aparador que había en la entrada de la vivienda. Esta vez tuvo especial cuidado en no tirar ninguno de los abalorios que adornaban las paredes del recibidor. El armario era bastante alto, casi le sobrepasaba en altura. No sabía exactamente de qué clase de madera estaba hecho, pero, al menos en apariencia, se notaba que era de gran calidad. En el cajón inferior sólo había vajilla y manteles blancos con unos bordados preciosos con extraños símbolos rojos y negros, algo un tanto fuera de lugar, ya que el rol de ama de casa no le pegaba para nada a David. Probablemente se trataba de un regalo familiar. Jamás obtendría de él una respuesta convincente si se lo preguntaba. La familia era otro de los temas que tan usualmente le solía vetar David. Abrió el segundo cajón, pero estaba casi vacío, a excepción de unos libros. En el cajón superior sólo había otro juego de llaves de repuesto de la vivienda y un par de guías turísticas de Bilbao y el País Vasco. Cerró el armario

con cuidado y regresó a la cocina. Se preparó una taza de mate y encendió una varilla aromática de incienso. Intentó relajarse y pensar dónde lo podía haber perdido. La última vez que lo había utilizado era en el exterior del Museo Guggenheim, cuando había estado tomando fotografías de las esculturas ubicadas en el entorno del edificio. Estaba segura de que había entrado a la pinacoteca con el móvil en su bolso, aunque quizás se le había podido perder afuera. ¿Se le habría caído al huir de la extraña mujer tras aquel horrible encuentro? Sólo le faltaba que aquella pirada se hubiera hecho con su teléfono. ¿Qué se supone que debía hacer? ¿Acudir a la policía y presentar una denuncia? Desechó la idea rápidamente. Cuando los agentes le preguntaran qué era exactamente lo que quería denunciar, ¿qué iba a decirles? ¿que una mujer se dedicaba a perseguirla por los museos y los cuartos de baño de los bares de la ciudad? Al fin y al cabo sólo había ocurrido dos veces, y tampoco estaba tan segura de que el incidente en la Cafetería Océano hubiera tenido como protagonista a la misma mujer. Probablemente le pareció que era ella porque estaba sugestionada por lo ocurrido en el museo. De todas formas procuraría estar atenta por si la volvía a ver rondándola, no fuera a tratarse de una desequilibrada.

Se terminó el mate y entró al salón con ánimo de tumbarse en el sofá hasta que David regresara. Al pasar junto a la estantería ubicada en la pared opuesta a la que albergaba el televisor, se detuvo un momento echando un vistazo a los libros que David tenía en su biblioteca particular. Casi todos eran novelas policíacas, su género favorito, y algún ensayo filosófico. Más de la mitad del espacio que ocupaban los estantes estaba vacío, lo cual era totalmente comprensible, ya que David apenas había tenido tiempo para ir rellenando los huecos vacíos. Entonces volvió a acordarse del aparador de la entrada. Si había tanto sitio libre en las estanterías del salón, se preguntó qué sentido tenía que David guardara un par de libros en el segundo cajón del armario. “Ves fantasmas donde no los hay”, se dijo así misma. Aún así regresó al vestíbulo y extrajo los dos libros del mueble. Uno de ellos era una novela de misterio de bolsillo y el otro una edición en inglés de *El Satiricón*, una de las obras clásicas de la literatura italiana que tanto le habían gustado a Anne en las clases de la Universidad. Volvió a colocar los dos libros donde los había encontrado y cerró el cajón de un puntapié. Al hacerlo se escuchó un ruido seco dentro del armario, como si algo se hubiera roto. Temiendo otra reacción iracunda de David, volvió a abrir con extrema diligencia el segundo cajón. Para su sorpresa los dos libros habían desaparecido. Imposible. Definitivamente se le estaba yendo la cabeza. Tanteó con su mano en la parte más profunda y, al apretar en una de las esquinas, la superficie cedió y se desencajó. No podía creerlo. Aquel cajón tenía un doble fondo. Retiró meticulosamente la tabla y encontró los dos libros. Junto a ellos descansaba el cofre negro que aquel maleducado vecino de enfrente, Adrián, le había entregado. Volvió a intentar abrir aquella caja de metal, pero fue imposible. Era curioso, porque no parecía tener ningún tipo de mecanismo de cierre ni hueco donde introducir una llave. Parecía que estuviera sellada de alguna manera. Buscó una hendidura oculta en alguna de las cuatro caras, pero no encontró nada. Agitó el cofre sin demasiado ímpetu, tratando de adivinar el objeto que ocultaba en su interior. Porque una cosa estaba clara, aquella dichosa caja guardaba algo lo suficientemente pesado como para que hubiera que emplearse algo de fuerza para moverlo. Una tostadora. La imagen del electrodoméstico le venía una y otra vez a la cabeza. “No seas imbécil, ¿qué sentido tiene ocultar una tostadora dentro de una urna de metal sellada? ¿Acaso era una

tostadora de platino?”, divagó mientras intentaba volver a abrirla haciendo presión en las cuatro superficies laterales. Sabina Elguea, quien quiera que fuese, le había enviado aquel paquete a David, pero al parecer su noviazgo con él no era lo suficientemente importante como para que él se dignara a contarle quién era aquella mujer y qué contenía el dichoso cofre. Volvió a guardarlo cuidadosamente donde lo había encontrado y colocó el falso fondo del cajón de tal manera que no pareciera que había sido movido. Se preguntó qué tipo de relación era aquella, donde cada paso que ella intentaba dar para conocer un poco mejor a David era desarmado por éste, sin ningún tipo de explicación coherente por su parte. ¿Había sido buena idea venir a Bilbao con David? Le amaba, de eso estaba segura, pero aquel comportamiento autosuficiente de él la irritaba y la desconcertaba. Al menos había tenido la suerte de encontrar de manera relativamente rápida un trabajo, que además, *a priori*, le apasionaba. Claro que se iba a quedar en aquella tierra, tanto si lo de David funcionaba como si no. Tenía que descubrir si aquel palpito que había sentido durante la conversación con Begoña Argenta había sido un buen presentimiento, o, al contrario, un mal presagio. Deseó con toda su alma que se tratara de la primera opción.

16.

Alicia Rández, la secretaria de dirección de Pierre Gutiérrez, llevaba dos días sin aparecer por el edificio Artechnia y, al parecer, nadie sabía a ciencia cierta el motivo. Al llegar a La Pecera esa mañana, David la había buscado en casi todos los departamentos, incluso le había preguntado directamente al Director Gutiérrez por ella, pero éste le había dado evasivas para no darle una respuesta clara. Cuando habló con alguno de los empleados que trabajaban en su entorno más cercano, llegó a la conclusión de que Alicia no mantenía ninguna relación estrecha con ninguno de ellos. Nadie supo decirle siquiera si Alicia vivía sola o si tenía algún tipo de carga familiar. Era como si en todo el tiempo que ella llevaba trabajando para Artechnia, se hubiera ocupado de no dejar en la compañía ningún rastro de su vida personal. Únicamente Inés San Juan, una de las dos secretarías de dirección de la Presidenta Suzanne Bechs, había podido facilitarle una pequeña pista acerca de su paradero. Le comentó que desde hacía varios días Alicia, que ya de por sí no era especialmente habladora con sus compañeros, parecía estar pasando por algún tipo de problema personal, ya que se mostraba especialmente reservada con todo el mundo, como si desconfiara hasta de su propia sombra. Cuando Inés San Juan coincidió con ella en la cafetería de la planta baja, le había preguntado si se encontraba mal o si podía ayudarle en algo, pero Alicia, aunque en un primer momento había hecho amago de mostrarse amable y receptiva, había terminado por recriminarle su interés, aconsejándole que se metiera en sus propios asuntos. Esa era la última vez que Inés San Juan había visto a Alicia Rández, y, según le comentó a David, estaba convencida de que algo no marchaba bien. David quiso saber si sabía dónde vivía Alicia, a lo cual Inés respondió con una carcajada. Nadie sabía eso, Alicia jamás se quedaba a tomar algo al salir de la oficina y por supuesto nunca había acudido a ninguna fiesta o cena de la empresa donde pudiera haber surgido el tema. Según le contó, en general no caía mal a sus compañeros, pero la mayoría de ellos se mostraba bastante distante con ella, habida cuenta de que esa era precisamente la actitud que Alicia adoptaba con ellos. Inés le preguntó qué tal le iba a él en la compañía, si había conseguido adaptarse. David quería dar por terminada la conversación, pero estaba claro que ella quería seguir charlando. Inés sabía que Ander Goikoetxea había sido designado por el Director Pierre Gutiérrez como supervisor de David, y, entre risas, le advirtió de que se portara bien con Ander, que era su ojito derecho, una de las pocas personas que tenía alma dentro de aquel nido de víboras.

“¿Qué escondes señorita Alicia?” —se preguntó David mientras abría su correo electrónico, ya en su despacho. Se quedó durante unos segundos atónito mirando el tercer *e-mail* de su bandeja de entrada. Su corazón comenzó a acelerarse mientras una tenue pulsación hacía acto de presencia en su sien derecha, como el preludio de lo que normalmente terminaba por convertirse en uno de sus ataques de pánico. No podía creerlo. Volvió a mirar la identidad del remitente como quien espera haber sido víctima de un espejismo y tiene la certeza de que el hecho extraordinario en

cuestión no va a volver a repetirse. Pero éste no era el caso. El mensaje continuaba en aquella tercera posición en el pódium de honor. De hecho era bastante reciente, había sido enviado apenas hacía una hora. Un sudor frío empapó las entrañas de David, propagándose hacia el exterior y formando surcos circulares sobres el tejido de su camisa blanca. Levantó la mirada unos instantes de la pantalla del ordenador y la dirigió al techo, pero enseguida tuvo que volver a bajarla. La habitación había comenzado a darle vueltas y la respiración era cada vez más entrecortada. Como pudo, se levantó y se acercó hasta la silla en cuyo respaldo había colocado su americana a primera hora. Extrajo del bolsillo interior un spray relajante preparado a base de dosis elevadas de valeriana, pasiflora y alguna otra planta cuyo nombre no recordaba, y pulverizó el líquido varias veces sobre su lengua, manteniéndolo unos instantes antes de tragarlo. Se sentó y comenzó a aplicar la técnica de respiración que tan bien le estaba yendo últimamente, hasta que, al cabo de un par de minutos, consiguió relajarse y recuperar el control. Tenía que borrarlo antes de que alguien lo descubriera. Sin embargo la tentación de abrirlo y consultar su contenido era demasiado tentadora. Contact U. Era un maldito mensaje de la red de contactos sexuales a la que llevaba suscrito desde hacía unos meses. ¿Cómo era posible? ¿En qué momento había comunicado su dirección de correo profesional a aquella red social? Por más que intentaba hallar una explicación coherente, no lo conseguía. ¿Acaso se la había revelado a alguno de sus contactos sin querer y había confundido su *e-mail* personal con el de Artechnia? Era posible, cosas peores había hecho en su vida, sobre todo en mitad de un colapso. Pero no recordaba haber llegado a tal enajenamiento mental durante los últimos meses. Releyó el asunto del correo: “Tiene un mensaje nuevo de uno de sus contactos”. Por suerte no había ningún archivo adjunto asociado al correo, con lo cual el riesgo de que le hubieran enviado otra foto subida de tono era muy poco probable. Se quedó algo más tranquilo, pero aún así no se decidía a eliminar la misiva. Finalmente optó por borrarla, pero justo en el momento en que se disponía a seleccionar el *e-mail* para deshacerse de él para siempre, pulsó sin querer con el ratón sobre el mensaje y éste se abrió ocupando gran parte de la pantalla. David miró a la cámara de seguridad ubicada en el pasillo, era prácticamente imposible que pudiera estar grabando el contenido del mensaje desde aquel ángulo. Además, la puerta del despacho estaba prácticamente cerrada del todo. Un nudo se le formó en la garganta a medida que avanzaba en su lectura. Afortunadamente, el remedio natural que había ingerido hacía unos minutos estaba haciéndole efecto, y pudo continuar leyendo relativamente en calma.

“Uno de sus contactos le ha dejado un mensaje nuevo. Recuerde que puede responder sin ningún coste añadido dentro de las próximas veinticuatro horas.

El mensaje es:

—Hola, ¿qué tal estás? ¿qué pensabas, que te ibas a librar de mí tan fácilmente? Jajajaj

No, en serio. Te he mandado varios mensajes pero parece que pasas de mí. Llevo varios días sin saber de ti y te echo de menos.

No te hagas el interesante y responde a mis mensajes, sé que te gusto. Ya va siendo hora de que quedemos, ¿o qué? Te envío una foto para que vayas abriendo boca de lo que te espera. Ya me dirás... no tardes en contestar!—

Si desea responder al mensaje ahora mismo, pulse en el icono de Responder.”

David se apresuró a eliminar el correo electrónico del sistema. Añadió la dirección de la empresa de contactos a la lista de bloqueados, y rezó para que nadie pudiera rescatarlo del

servidor de la compañía. Menos mal que el remitente se había olvidado de adjuntar la foto que mencionaba en el mensaje. Estaba en *shock*, no terminaba de creer lo que acababa de suceder. ¿Cómo había llegado un mensaje de Contac U a la bandeja de entrada de su correo profesional? ¿Era tan idiota como para haber cometido una distracción de ese calibre? Cogió su teléfono móvil dispuesto a bloquearle para siempre, aquello había llegado demasiado lejos. Tras introducir la clave de acceso en la pantalla de inicio de su dispositivo, descubrió que tenía otro mensaje de Contac U. Lo abrió y comprobó que era el mismo que acaba de leer en la pantalla del ordenador de su despacho, pero esta vez sí que tenía un archivo adjunto. Guardó el móvil en el bolsillo derecho de su pantalón, se dirigió a los baños de la planta duodécima, y, tras percatarse de que nadie más estaba utilizando el aseo en ese momento, se encerró echando el pestillo en uno de los inodoros con puerta. Se sentó y extrajo el teléfono con cuidado de no hacer mucho ruido. Abrió el archivo adjunto y se quedó extasiado contemplando la imagen, a pesar de los filtros con la que había sido editada y que le restaban naturalidad. La espalda y los glúteos de un hombre desnudo y musculado protagonizaban la instantánea. No aparecían ni la cabeza ni las piernas del sujeto, pero no hacía falta. Aquello era una invitación en toda regla, y no precisamente para tomar té con pastas. David miró su reloj de muñeca. Disponía de cinco minutos, quizás diez, antes de que Ander Goikoetxea hiciera acto de presencia en su despacho, tal y como habían acordado. Suficientes. Se masturbó mientras sujetaba el móvil con la otra mano. Lo hizo con cierto apremio, intentando alcanzar el orgasmo lo antes posible. Le bastaron apenas tres minutos recreándose en aquel cuerpo que sin duda pertenecía a alguien que deseaba conocerle a toda costa. En el tramo final, trató de imaginarse a aquel tipo por delante, y unos instantes antes de eyacular, se concentró en la esquina inferior derecha de la imagen, donde aparecía sobreimpreso el apodo que el remitente utilizaba en aquella red social. “Gymboy”. Qué original. Había sido un estúpido al pensar siquiera un instante que iba a ser capaz de bloquearle.

17.

Una tupida niebla envolvía la mitad superior de las torres gemelas Isozaki, creando una curiosa estampa, ya que en el resto de edificios que conformaban el conjunto arquitectónico en el que se hallaban ubicadas, los rayos del sol tempranero rebotaban jubilosos sobre los cristales. La mañana había amanecido clara, y, aunque la temperatura a esa hora era aún fresca, la previsión del tiempo apuntaba a que se iban a alcanzar los veinticinco grados en las horas centrales del día. Anne Wellington había madrugado con la intención de no llegar tarde. Había estado esperando a David hasta las doce de la noche, pero éste no había hecho acto de presencia. Cuando se despertó a las seis y media, descubrió a David durmiendo semidesnudo en el sofá. Por debajo de él, en el suelo, vio un bote abierto de pastillas para dormir con la mitad de las píldoras desparramadas por todas partes. Al menos había tenido el detalle de no despertarla al llegar. Se preguntó a qué hora habría aparecido por casa. Era increíble, desde que había llegado a Bilbao apenas habían tenido tiempo para verse. Seguramente los problemas de agenda que él aducía eran reales, pero Anne comenzaba a tener la sensación de que David intentaba mantenerla al margen la mayor parte del tiempo. No es que la evitara descaradamente, pero tampoco hacía nada por intentar encontrar un hueco para compartir un rato juntos. En la cocina descubrió una nota manuscrita de David en la que le pedía perdón alegando que la jornada laboral se había alargado más de la cuenta. No le quedaba otra que creerle. Al salir del piso de David, coincidió con una joven saliendo de la casa de Adrián, el vecino de enfrente. La chica esquivó su mirada y trató por todos los medios de no dar pie a ningún tipo de conversación, mientras huía rápidamente escaleras abajo. “Así que al imbécil le gustan las crías”. No es que Adrián fuera mucho mayor que Anne, pero estaba claro que aquella muchacha que acababa de salir de su casa no tenía más de veinte años.

La cita era en un quinto piso de un edificio destinado a viviendas de particulares. Los ascensores estaban estropeados, así que tuvo que subir por una de las escaleras, lo cual le irritó bastante. No quería llegar con aspecto descuidado o desaseado su primer día de trabajo. Llamó varias veces al timbre de la puerta hasta que escuchó un lejano “Ya va”, y aún así tuvo que esperar cerca de cuatro o cinco minutos más hasta que alguien descorrió los tres cerrojos de la puerta, dejándola entreabierta e invitándola a pasar. Al entrar, Anne vio alejarse por el pasillo a una mujer de aspecto taciturno, ataviada con una falda negra por debajo de la rodilla, zapatos de tacón bajo, de diseño clásico y mismo color, y chaqueta de punto en un tono grisáceo. Una cola de caballo constituía el sencillo peinado de la anfitriona, que entró en la habitación situada casi al final del corredor, mientras le indicaba a Anne que la siguiera. Al ver el tipo de ropa conservadora de la mujer de la coleta, la joven inglesa dudó de si había elegido un atuendo apropiado. No es que le importara mucho lo que pudieran opinar de ella, pero quería causar una buena impresión, y el mono ajustado con cuello *bardot* cruzado que se había puesto, de repente le pareció el *look* más inadecuado que había podido escoger. Al menos era negro. Cuando entró en

la habitación, se sorprendió al ver que la mujer era más joven de lo que había esperado; puede que incluso tuviera su misma edad. Una sonrisa forzada enmarcada en un rostro sin rastro de maquillaje precedió a las presentaciones.

—Buenos días Anne. Disculpa la molestia ocasionada por lo de los ascensores. Llevamos días detrás de la empresa de mantenimiento para que los arreglen definitivamente. Pero debe de haber algún problema de cortocircuitos y a pesar de que los reparan una y otra vez, vuelven a averiarse enseguida. Mi nombre es Lourdes del Río, y voy a ser tu compañera durante esta primera etapa en la Fundación Petunia. En realidad no soy una mera compañera, me han encargado darte la bienvenida y servirte de guía para que nos vayas conociendo poco a poco. De todas formas, quiero que me veas como una igual y no te acobardes a la hora de preguntarme cualquier cosa o pedirme consejo, en serio. Yo también pasé por un proceso parecido, y te aseguro que todo me hubiera sido mucho más fácil si mi guía hubiese sido algo más accesible.

—Hola Lourdes, encantada —sonrió Anne. Pero no se atrevió a incorporarse y darle dos besos, no parecía el tipo de chica acostumbrada a ese tipo de saludo tan familiar.

—Supongo que te estarás preguntando si yo vivo aquí y si ésta es mi casa —continuó mientras acariciaba el pequeño crucifijo de plata que colgaba de su cuello—. Sí y no. Me explico. Efectivamente, vivo aquí desde hace algún tiempo, pero obviamente no puedo permitirme una vivienda como ésta. El piso fue alquilado en su día por la Fundación, y es uno de los que utilizamos las guías para acoger a los aspirantes. Espero que no te ofendas por utilizar esa denominación, me refiero a lo de “aspirante”. Por supuesto te consideramos parte de nuestra organización, pero así es como llamamos a las personas que comienzan a trabajar con nosotros hasta que las hacemos indefinidas. Supongo que te habrás leído detenidamente el contrato que te entregó ayer Begoña.

—Perdona, pero Begoña no me dio nada ayer, tan sólo un papel con esta dirección.

—Tienes razón, disculpa —dijo mientras se levantaba y extraía de un cajón un portafolio con varios documentos—. En esta carpeta tienes los diferentes contratos que debes firmar para pasar a formar parte de la Fundación. Te voy a dejar unos minutos para que los leas con cuidado y los firmes, por favor. Si tienes cualquier duda, te responderé gustosa cuando vuelva —añadió mientras desaparecía otra vez por el pasillo.

Anne los leyó por encima. Eran bastante farragosos en cuanto a los términos jurídicos empleados. No encontró nada fuera de lugar o extraño, aunque tampoco estaba segura del todo, no dominaba el castellano hasta el punto de conocer todo aquel vocabulario, pero aún así, confió plenamente en su intuición con Begoña Argenta. Plasmó su firma en todos los documentos, incluido el contrato de confidencialidad de la Fundación. Al levantar la vista tras firmar la última de las hojas descubrió a Lourdes del Río observándola desde el marco de la puerta.

—Muchas gracias —dijo mientras recogía el portapapeles y lo volvía a introducir en el cajón del que lo había extraído—. ¿Alguna pregunta?

—Bueno, me gustaría saber cómo se supone que debo responder a mi novio y mis familiares cuando me pregunten dónde he empezado a trabajar. No quiero meter la pata desde el primer momento e incumplir la cláusula de confidencialidad.

—Es muy fácil, tranquila —intentó tranquilizarla con una amplia sonrisa—. La Fundación, bueno, el entorno de la Fundación, tiene varias empresas afines, por llamarlo de alguna manera. De hecho, supongo que te habrás fijado, en tu contrato laboral, uno de los documentos que acabas de firmar, la Fundación no figura como empleador, sino una de nuestras compañías, en concreto, Archivos Reunidos, S.L., cuyo objeto social es básicamente la traducción de documentos a diferentes idiomas. Si alguien te llegara a preguntar el nombre de la empresa ésa será tu respuesta. Nuestros asesores jurídicos se han encargado de que sea muy difícil relacionar a la Fundación con Archivos Reunidos, S.L., así que puedes estar bastante segura de que es prácticamente imposible de que nadie te relacione con nosotros. Y ahora, por favor, antes de que se me olvide, levántate y separa las piernas y pon los brazos en cruz.

—¿Perdona?

—No te preocupes, será un segundo. Debemos asegurarnos de que no llevas ningún tipo de grabadora o cámara oculta, o que no le hayas dado por error a la tecla de grabar de tu móvil —le respondió mientras extraía un pequeño artefacto metálico de uno de los bolsillos de su chaqueta.

—Me parece increíble, la verdad. ¿En serio es necesario esto?

—Bueno, te puedes negar, pero estarías incumpliendo la cláusula 27.2.a) del Anexo II del contrato de confidencialidad, y tendrías que abandonar ahora mismo esta vivienda y jamás volverías a saber de nosotros. Además, si comprobamos que nos has grabado, ya sea sonido o imagen, la indemnización que tendrías que abonarnos no te haría ninguna gracia. Y te puedo asegurar que tenemos métodos bastante fidedignos para enterarnos de si nos has grabado o no. No va a durar más de veinte segundos, tranquila.

—Está bien, hazlo —contestó enfadada Anne, mientras se incorporaba y adoptaba la postura que le había indicado.

Lourdes del Río acercó el dispositivo a su cuerpo y, sin llegar a tocarla, lo fue desplazando por toda su figura hasta que al cabo de unos segundos, emitió un extraño sonido. La perplejidad de la joven británica era palpable, pero al menos fue capaz de contener durante unos instantes su crispación y malestar ante una situación tan extraña. Sentía ganas de empujar a la guía y escapar de allí pegando un portazo.

—Está bien, todo correcto —le volvió a sonreír—. En muchas de nuestras oficinas y pisos tenemos instalados sistemas de seguridad parecidos, pero nada invasivos, para hacer cumplir esta pequeña exigencia. Antes de que entraras he desactivado el de este piso. Como no habías firmado aún los contratos me parecía feo someterte a ese análisis sin tu consentimiento. Ya te digo, que a partir de ahora, será bastante más cómodo para ti. Eso sí, debes saber que en cualquier momento, cualquier persona que pertenezca a la Fundación puede solicitar hacerte un control aleatorio parecido al que te acabo de hacer, si tiene cualquier tipo de sospecha, lo cual esperamos que no ocurra muy a menudo.

Anne no daba crédito a lo que acababa de ocurrir, y por un momento pensó seriamente en estar siendo víctima de una broma de algún programa de televisión con cámara oculta. Comenzó a arrepentirse de haber aceptado la oferta de Begoña Argenta. ¿En qué tipo de organización se había metido para que tuviera que haber tales medidas de seguridad? ¿Qué era lo que ocultaba la Fundación Petunia para invertir en esos sistemas que seguramente no eran nada baratos? ¿Acaso se trataba de un mero farol que usaba la Fundación para amedrentar a los nuevos miembros y hacerles cumplir con las exigencias de confidencialidad? Pensó en indagar algo más acerca del tema con Lourdes, pero, por otra parte, le pareció ridículo conducir la conversación por tales derroteros, no quería parecer una paranoica o desconfiada ante ellos. Si todo iba bien, aquella era una gran oportunidad en su carrera profesional que seguro iba a ayudar a conseguir trabajos más normales en el futuro. Como le había dicho Begoña Argenta, las semillas de Petunia se encontraban plantadas en muchas partes. En caso de que dicha afirmación fuera verdad, más le valía seguir las reglas de juego y parecer competente ante los ojos de la organización. Se fue calmando a medida que avanzó la conversación con Lourdes del Río, que por otra parte, le pareció una mujer encantadora y muy educada. La anfitriona le contó un par de detalles más acerca de la Fundación, y le explicó en qué consistiría su primer trabajo, que, en principio, era bastante sencillo. Tenía que traducir al inglés unos legajos del medievo, escritos en castellano antiguo, que, según dijo, tenían bastante interés desde el punto de vista histórico y antropológico. No le preocupó mucho el hecho de que la lengua fuera castellano romance hablado en el siglo X, al fin y al cabo en la universidad se había especializado en literatura hispánica de las Edades Media y Moderna. Estaba bastante familiarizada con ello. Además, el trabajo era compartido. Lourdes del Río le adelantó que contaría con la ayuda de uno de los jardineros más competentes de la Fundación en el País Vasco, Jon Arkaute, quien, al parecer, debía de ser toda una eminencia.

Volvió a quedar con ella a las cuatro de la tarde, ya que Lourdes le había prometido acompañarla hasta el punto de encuentro con el jardinero. Anne había comido en un restaurante japonés cerca de la Gran Vía que una aplicación de viajes le había recomendado debido al gran número de buenas críticas que había recibido entre los usuarios. Algo de la comida le había sentado mal y, a pesar de haberse tomado una manzanilla para tratar de aliviar la pesadez, un dolor punzante, ubicado en algún punto entre el final del esófago y el píloro, hacía mella en su ánimo con tal intensidad que por un momento pensó en llamar a Lourdes y cancelar la cita. Hizo acopio de valor y tratando de ignorar aquella molesta sensación acudió a la cafetería donde había quedado con la guía y juntas se encaminaron hacia el casco histórico de la ciudad. Entraron en un local que era una especie de fusión entre cafetería y librería, adornada con mobiliario de concepto industrial, pensado para satisfacer los instintos más esnobs de locales y visitantes, y accedieron a una de los dos espacios de similar tamaño ubicados en la parte más interior del establecimiento. Lourdes pidió un café con leche y ella un té rojo, pero ninguna de las dos bebidas llegó jamás a rozar sus paladares, ya que la guía le rogó que le acompañara al almacén después de que la camarera le entregara lo que parecía ser la llave de acceso al mismo. Anne trató de dar un sorbo rápido a su té, pero un tirón del brazo proveniente de Lourdes se lo impidió. La puerta de la trastienda tenía un discreto cartel en el que la palabra “Privado” compartía protagonismo con un simpático vinilo de un búho leyendo un libro. Lourdes se aseguró de que no había ningún cliente

mirando, e introdujo la llave en la cerradura con el máximo sigilo del que fue capaz. Al entrar, un olor húmedo y penetrante impregnó las ropas de ambas, mientras sus ojos se iban adaptando poco a poco a la poca luz del habitáculo. A derecha e izquierda había colocadas unas estanterías metálicas que llegaban hasta el techo, repletas de botellas, paquetes de café, azúcar, y vajilla de repuesto. Una bombilla de bajo consumo era la única iluminación y lo cierto era que costaba distinguir los nombres de los distintos envases. El silencio era abrumador, pero de vez en cuando, se veía interrumpido por el ruido lejano de dos, quizás tres, goteras. Anne intentó vislumbrar en qué parte del almacén podía estar colándose el agua, pero no encontró el origen de las filtraciones. Siguió a Lourdes hasta el fondo de la habitación, donde la luz de la bombilla no llegaba.

—Anne, no te lo tomes a mal, pero es necesario que te cubra los ojos con un pañuelo. Tomamos esta serie de precauciones con todos nuestros aspirantes. Piensa que es lógico, en realidad no sabemos si podemos gozar de vuestra lealtad y confidencialidad. No es la primera vez que uno de los candidatos a entrar en Petunia se echa para atrás y empieza a largar todo lo que ha visto. Como te he dicho esta mañana, tenemos nuestros métodos para silenciar a los novatos que hablan más de la cuenta, pero aún así siempre intentamos correr el mínimo riesgo. Por eso es necesario que, hasta que comprobemos que eres digna de nuestra confianza, tomemos estas medidas de seguridad. A partir de este punto, el almacén da paso a una serie de galerías y preferimos taparte los ojos para que, en caso de que algún día intentes por tu cuenta colarte aquí, lo cual es bastante difícil y nada aconsejable, no te sea tan fácil llegar hasta nuestra biblioteca. Bueno, una de nuestras bibliotecas, a decir verdad.

—Vamos, para desorientarme, ¿no?

—Efectivamente —contestó la guía mientras tapaba los ojos de Anne con un gran pañuelo negro que extrajo de su bolso, haciéndole tres nudos en la zona de la nuca. La inglesa no era capaz de ver nada, salvo un pequeño trozo del suelo. Tras cruzar otra puerta cerrada con llave, continuaron avanzando lentamente, mientras la guía la conducía agarrándole la mano izquierda. En ese punto, Lourdes hizo girar a Anne varias veces sobre sí misma, como para asegurarse de que la desorientación de la joven filóloga era total. A Anne le pareció totalmente ridícula aquella supuesta medida de seguridad. ¿Cómo era posible que utilizaran métodos tan supuestamente sofisticados como el aparato con el que Lourdes había rastreado su cuerpo en busca de una cámara oculta, y a la vez sistemas tan rudimentarios como aquel juego de la gallinita ciega? Probablemente todo aquello no era más que un mero ritual de iniciación para ver hasta qué punto ella estaba dispuesta a formar parte de la organización.

Llegaron a una escalera por la que empezaron a descender y Anne estuvo a punto de caer varias veces debido a la diferente altura de cada uno de los escalones. Una vez alcanzado el último peldaño, dieron varios pasos hasta chocar casi literalmente con una pared. Anne casi podía sentir sobre su piel la humedad del muro, mientras volvía a escuchar goteras a lo lejos. Escuchó teclear a Lourdes en algún dispositivo, seguramente una alarma, y la puerta que debían de tener enfrente se abrió con un ruido metálico. Continuaron un poco más hasta volver a detenerse. Lourdes volvió a teclear alguna especie de código de acceso, y Anne volvió a escuchar abrirse otra puerta, pero

esta vez tuvo la sensación de que era mucho más pesada que la anterior, debido al ruido que provocó sobre el pavimento al moverse y a la lentitud con la que se completó el proceso de apertura. Lourdes volvió a tirar de ella y mientras se alejaban, escuchó cerrarse tras ellas aquel enorme portón. Estaba segura de que era mucho más grande que las puertas anteriores. Giraron varias veces a izquierda y derecha en lo que parecía una especie de corredor laberíntico, y Lourdes volvió a hacerle girar sobre sí misma un par de ocasiones más a medida que continuaban su camino. Anne alargó su brazo izquierdo y comprobó que aquella especie de pasillo con mil recovecos era lo bastante estrecho en algunos tramos como para que dos personas no pudieran atravesarlo una al lado de la otra. Además, la oscuridad durante prácticamente todo el trayecto era casi absoluta. Se preguntó cómo se las arreglaba Lourdes para no tropezarse ni golpearse con ninguna de las paredes. Volvieron a toparse con otra escalera, esta vez ascendente, y Lourdes advirtió a la filóloga que tuviera especial cuidado, pues los escalones eran muy estrechos y ya habían ocurrido varios accidentes. A pesar del aviso, Anne resbaló un par de ocasiones, pero gracias a la rapidez de Lourdes, que la agarró con fuerza, no llegó a tocar suelo. Contó los peldaños a medida que iban subiendo, en total eran treinta y siete, si no se había equivocado.

—Hemos llegado —sentenció la guía mientras una última puerta de acceso se abría ante ellas—. Puedes destaparte los ojos.

Anne, que durante el trayecto había tenido más de una vez la tentación de quitarse el pañuelo y salir corriendo, le hizo caso de inmediato. Al caer la tela al suelo, tuvo la sensación de que éste se movía bajo sus pies, lo que unido al dolor punzante de su estómago, que no dejaba de atormentarla, estuvo a punto de provocarle un desvanecimiento. Lourdes del Río, que permanecía a su lado en silencio, pareció advertir lo que le estaba ocurriendo y en el último momento la sostuvo rodeándola con sus brazos. Anne se lo agradeció con una leve sonrisa y poco a poco comenzó a sentirse mejor, a medida que su cuerpo fue acostumbrándose a las dimensiones de aquella estancia. El espacio principal estaba conformado por cuatro salas idénticas de unos doscientos metros cuadrados unidas entre sí por unas pasarelas de madera robusta de roble. En la zona más cercana al suelo, una serie de luminarias eléctricas alumbraban el camino que dirigía a cada una de las salas. Además, una valla de protección de metro y medio de altura revestía el espacio delimitado por las pasarelas, y sobre ella aparecían también instaladas pequeñas lámparas incandescentes, que a simple vista parecían estar a punto de estallar en mil pedazos por la acción del calor. En la intersección de las pasarelas se abría un gran hueco donde se ubicaba el inicio de una escalera, también de madera, que descendía hacia un piso inferior. Cada una de las cuatro salas era de tamaño rectangular y tenía una puerta de acceso de cristal transparente por el que se vislumbraban cientos, tal vez miles de libros, colocados en estanterías extendidas por las cuatro paredes, cubriéndolas casi por completo. En el centro de cada sala, varias personas, la mayoría de ellas ataviadas con una bata blanca muy similar a la de los médicos, trabajaban en el más absoluto de los silencios sobre mesas de madera oscura iluminadas por lámparas de estética *vintage*. Las pantallas planas de los ordenadores de última generación contrarrestaban aquella arcaica atmósfera cargada de aroma a polvo y pergamino. Anne tardó aún un par de minutos en recomponerse del todo, mientras sus ojos analizaban y trataban de asimilar todo lo que estaba viendo.

—Anne, ¿estás bien? —le preguntó Lourdes—. Estate tranquila, supongo que has sentido algo de vértigo cuando te he quitado el pañuelo. Nos pasa a casi todos la primera vez que recorremos

el trayecto desde el almacén hasta la biblioteca, más aún si lo haces con los ojos tapados. Aunque te parezca mentira, pronto te acostumbrarás a este ambiente, incluso al hecho de que no haya ventanas ni luz natural. En unos días ni la echarás en falta. Te presento a Sofia, la bibliotecaria —añadió mientras señalaba a una anciana sentada tras un pequeño mostrador justo en el inicio de la pasarela central.

—Buenas tardes, señorita Wellington. Le doy la bienvenida a la que para mí es la biblioteca más bonita de todas las que tiene distribuidas la Fundación Petunia a lo largo de la península ibérica. Y una de las más antiguas, aunque fue reformada hace unos años. Es más, me aventuro a afirmar que es una de las más bellas de toda Europa, comparable a las de París y Brujas, aunque la de Bilbao para mí es la más entrañable.

—Sofia ama esta biblioteca porque lleva media vida aquí Anne. ¿Cuántos años ya, Sofia?

—Cuarenta y nueve años, casi cincuenta. Es como mi segunda casa, a veces incluso paso más tiempo aquí que en la mía, aunque no me importa, la verdad. El estar rodeada de tantos libros, muchos de ellos no disponibles para el gran público, y poder disfrutar de ellos en mis ratos libres, me hace inmensamente feliz, así que, ¿para qué iba a perder el tiempo haciendo tonterías en otro lado?

—Bueno, Sofia, hay otro mundo fuera de la Fundación, no va a ser todo trabajo —bromeó Lourdes.

—Mire Lourdes, yo hace mucho tiempo que me jubilé de cara a la galería, y sin embargo, aquí sigo, asistiendo a nuestros jardineros y colaborando para que la misión siga adelante. A lo largo de todos estos años he visto muchas caras nuevas, pero son muy pocas las que perduran. La gente se cansa de todo enseguida, no entienden lo importante que es que exista Petunia en este caos de sociedad en el que vivimos. Espero, señorita Wellington, que usted sepa apreciar el privilegio que tiene al poder trabajar para nuestra familia. Por eso, espero que sepa cumplir todas y cada una de las normas de uso de la biblioteca, de lo contrario se arriesgará usted a que me enfade, y no es nada aconsejable que yo me enfade.

—En eso tiene razón, Anne. No querrás enfrentarte a la ira de Sofia, ¿verdad, abuela? —le dijo a la bibliotecaria, que asintió con una sonrisa—. Vamos Anne, sígueme, nos está esperando Jon en la sala cuatro.

Anne se despidió de Sofia, a la que, según le contó Lourdes, todos la apodaban “la abuela”, y juntas, llegaron hasta la sala situada en el extremo más alejado del escritorio de la bibliotecaria. Al entrar, un joven de aspecto nórdico interrumpió súbitamente la conversación que estaba manteniendo con un hombre mayor que él y abandonó la estancia con prisa, no sin antes hacerse con siete libros que, como pudo, transportó en sus brazos fuera de aquellas cuatro paredes. Lourdes le saludó con un simple gesto de cabeza y se acercó sonriendo hacia donde les esperaba la gran eminencia de la Fundación Petunia.

—Buenas tardes Lourdes, pensaba que habíamos quedado hace media hora —dijo él a modo de saludo.

—Lo siento Jon, hemos tardado más de lo previsto dentro del laberinto. Es la primera vez que Anne lo cruza, y ya sabes, con los ojos tapados siempre se tarda un poco más...

—Está bien, no pasa nada —zanjó él. Anne observó a aquel hombre que tenía en frente, el cual, según calculó, probablemente era unos diez años mayor que ella. Estaba un tanto sorprendida. Desde luego su imagen no se correspondía con la que ella había atribuido en su cabeza a aquel supuesto gran erudito de la Fundación Petunia. Jon Arkaute era más joven de lo que ella había esperado y la única persona de toda la biblioteca, además de ellas dos, que no llevaba encima una de aquellas asépticas batas blancas. Montañero. Quizás surfista. No estaba segura de cuáles eran sus aficiones exactamente, pero lo que estaba claro era que practicaba deporte. Una silueta esbelta y bronceada marcada por unos vaqueros de corte *slim* algo impropios para aquella estación del año, y una camiseta de manga corta ajustada que hacía destacar sus pectorales, no parecía el atuendo más usual que alguien pudiera imaginar como propio de una celebridad dentro de aquel tipo de organización. Reparó también en sus zapatillas deportivas, blancas, con dos franjas negras cruzándolas de extremo a extremo, y en el reloj rojo que adornaba su muñeca izquierda y que probablemente monitorizaba toda su actividad fisiológica a lo largo del día. Pero sin duda, lo que más captó su atención fue su corte de pelo y el diminuto pendiente circular y plateado ubicado en el lóbulo de su oreja izquierda. Sin llegar a estar rapado del todo, su cabello rasurado del color del trigo maduro y aquella barba de tres días del mismo tono que encuadraba su rostro, le dotaban de cierto aire tosco, casi primitivo. Era fornido, pero sin llegar a estar excesivamente musculado, con una corpulencia natural propia de los que además de ostentar una genética privilegiada, practican a diario algún deporte, tal vez más de uno. Él la observó detenidamente de arriba a abajo, sometiéndola a un primer análisis meramente físico. La miró con cierto desdén, aunque enseguida quiso romper el hielo mostrándole una amplia sonrisa.

—Bienvenida. Así que tú eres la famosa Anne Wellington, la que los Mayores han considerado como aspirante idónea para cubrir el puesto de Jorge.

—Hola, encantada —asintió ella—. No tengo ni idea de quiénes son los Mayores y ese tal Jorge, pero sí, soy yo. Es un placer conocerte, cuentan maravillas de tu trabajo, y me siento una privilegiada por poder trabajar contigo.

—Por lo que veo, tu guía Lourdes no te ha contado apenas nada sobre la Fundación. Los Mayores son los jardineros que dirigen Petunia desde la sombra, por llamarlo de alguna manera. No es que sean ancianos, que no te engañe el nombre. No te imagines a una simpática pandilla de abuelos. Ese nombre es un signo de distinción y respeto hacia ellos, por la responsabilidad que asumen y la autoridad que ejercen sobre todos nosotros. Y tampoco forman parte de los puestos directivos. Digamos que los directores son elegidos por los Mayores. Si te digo la verdad, creo que nadie sabe a ciencia cierta la identidad de todos los Mayores, y, en mi caso, tampoco es que me interese mucho, la verdad.

—Sí que le he hablado sobre la Fundación, Jon, pero aún no habíamos llegado al capítulo de los Mayores, te me has adelantado —apuntó Lourdes con un ligero tono de irritación en su voz—. Anne, Jorge ha sido el compañero de aventuras de Jon durante los últimos diez años, pero lamentablemente se nos murió hace tres meses. Un infarto.

—Sí, ese era Jorge, pero además, era uno de los filólogos más brillantes que he conocido en todos mis años al servicio de Petunia y uno de los investigadores más acérrimos. Y por encima de todo, era el mejor de los compañeros, una gran persona. No se merecía ese final. Nadie se lo merece, pero él menos.

—Lo siento, no sabía nada —respondió Anne intentando salir de aquella situación tan incómoda. No le hacía ninguna gracia ocupar el puesto de alguien tan allegado a Jon Arkaute. Seguramente el escrutinio al que se iba a ver sometida por parte de éste iba a ser bastante más puntilloso, teniendo en cuenta la admiración que parecía tener por la labor que ese tal Jorge había desarrollado a su lado. En fin, nada podía hacer, no estaba en su mano el trato que Jon Arkaute pudiera dispensarle. Tendría que confiar en su buen hacer profesional para tratar de que él pudiera tenerla en consideración.

La siguiente hora Jon Arkaute y Lourdes del Río se dedicaron a enseñarle cada uno de los recovecos que integraban la biblioteca, presentándole a los diferentes miembros del equipo y los diversos departamentos que lo integraban. Anne preguntó hasta en tres ocasiones a dónde dirigían las escaleras que desde el centro de las pasarelas que unían las cuatro salas principales descendía hasta lo que parecía ser un piso inferior, seguramente el sótano. Y las tres veces recibió la misma respuesta. Aún era una principiante. No podía disponer de esa información. En cualquier caso, para bajar al nivel inferior necesitaría una clave de acceso que, con el tiempo, si conseguía escalar posiciones, se le proporcionaría sin ningún problema.

A las nueve de la noche, el último de los jardineros abandonó la biblioteca por la misma puerta por la que Anne había entrado horas atrás. Tan solo la abuela Sofía, la bibliotecaria, permaneció en su puesto, impertérrita, leyendo un libro. Aunque, en realidad, no tenía más remedio que esperar a que todos se marcharan; era la encargada de garantizar que nadie quedara atrapado en la estancia una vez se hubieran cerrado todos los accesos. Además, custodiaba las llaves antiguas de la biblioteca, las que se usaron durante mucho tiempo hasta que la tecnología inundó cada uno de los rincones del edificio, muy a su pesar. Jon Arkaute, Lourdes del Río y Anne Wellington discutían en la sala tres, sobre el uso del latín en los textos ceremoniales no religiosos durante la Alta Edad Media. De repente, como si un reloj interno le hubiera advertido que la noche ya se había cernido sobre la ciudad, Lourdes del Río interrumpió la conversación.

—Jon, por lo que veo, no queda ya gente en la biblioteca, creo que va siendo hora de que muestres a Anne el libro, salvo que quieras que pasemos la noche aquí los tres, lo cual no me parece muy apropiado, teniendo en cuenta que Anne nos acaba de conocer. Demasiada confianza —sonrió.

Los tres estaban dispuestos alrededor de una de las seis mesas rectangulares de madera maciza de la estancia, la única sobre la que no descansaba ningún ordenador ni cualquier otro tipo de dispositivo electrónico. En el centro, cuatro atriles similares a los que se usaban antaño en las iglesias para sostener los libros litúrgicos, eran los únicos elementos ajenos al mueble. Jon se levantó rápidamente, salió de la sala y al cabo de cinco minutos regresó con los restos de lo que asemejaba ser un vetusto libro, depositándolo cuidadosamente sobre la mesa. El jardinero se había colocado unos guantes de látex y exigió a las dos mujeres que hicieran lo mismo, mientras,

con suma diligencia, fue pasando las diferentes hojas hasta llegar a una, en la parte final, en la que se detuvo. Miró a Anne con impaciencia, deseando contarle cuanto antes lo que su mente estaba visualizando en esos momentos, pero se contuvo, intentando dar al momento un aire de solemnidad que hizo que las dos mujeres aguardaran en absoluto silencio a que él se decidiera por fin a hablar.

—Anne, sabemos que eres licenciada en filología hispánica y que, incluso, has hecho un grado de especialización en la lengua romance medieval. Seguramente habrás estudiado, o quizás con un poco de suerte hayas llegado a ver, el original de alguno de los textos medievales más conocidos. Bueno, pues espero que recuerdes este momento toda tu vida, como yo hago casi todas las mañanas cuando me despierto desde hace unas semanas. Lo que tus ojos están contemplando no figura en los libros de historia, de momento. Somos muy pocos los afortunados que hemos tenido la suerte de disfrutar de esta maravilla—. Volvió a mirar a Anne procurando causar cierta conmoción en su ánimo, con el objetivo de que aumentara su concentración ante lo que estaba a punto de revelar. Ella, por su parte, había olvidado el dolor punzante de su estómago, y, en su lugar, una desagradable sensación de sequedad se había adueñado de su garganta, motivada por el suspense creado intencionadamente por el jardinero. Tuvo un presentimiento. Sabía que estaba a punto de vivir uno de los momentos más emocionantes de su carrera profesional, y devolvió la mirada intimidatoria a Jon Arakaute, deseando que éste prosiguiera cuanto antes con la explicación.

—Seguramente hayas oído hablar de las glosas emilianenses, las famosas anotaciones al margen, algunas también entre líneas, que un monje del monasterio riojano de San Millán de la Cogolla realizó en el que se conoce como códice Aemilianensis 60 a finales del siglo X. Algunos autores sostienen que no fue un único monje el que las realizó, sino que atendiendo al tipo de letra y otros factores, pudieron ser varios. Además es casi seguro que todos ellos eran eruditos en latín y en las materias eclesiásticas, dado que dichos textos se utilizaban con carácter pedagógico y el latín utilizado para escribirlo, en la mayoría de los casos, era de un gran nivel. Anne asintió, recordaba perfectamente haber estudiado, aunque muy por encima, aquel libro escrito originariamente en latín y la historia de las glosas y su importancia desde el punto de vista filológico, ya que suponían uno de los testimonios más antiguos del incipiente idioma castellano. Era cierto que los autores discutían si en realidad esas anotaciones estaban manuscritas en la lengua de lo que luego sería el castellano, o en navarro aragonés. En cualquier caso, la mayoría sostenía que efectivamente estaban redactadas en la lengua viva que usaba la gente de la zona en aquella época, y que no era otra cosa que el idioma vernáculo que iría evolucionando hasta la lengua castellana.

—Bien, pues lo que tienes ante ti es otra copia recientemente descubierta del mismo códice, lo que ya de por sí no es nada usual. Yo diría que incluso es algo verdaderamente extraordinario. Por desgracia no tenemos el ejemplar completo de esta nueva copia. De hecho la parte que se conserva es tan sólo una quinta parte del original, pero casi todo su contenido es idéntico. No me preguntes cómo se ha descubierto esta nueva copia del códice, porque no estoy autorizado a revelártelo. Únicamente Lourdes y yo, aparte de los Mayores, conocemos de la existencia de este tesoro, por lo que no hace falta que te recuerde que este tema exige la máxima confidencialidad. Aunque al principio sospechamos que se trataba de una falsificación, nuestras investigaciones han concluido que se trata de un ejemplar original del siglo X y lo más asombroso, las glosas

marginales que aparecen a lo largo de todo el texto parecen realizadas en un pergamino similar al que se utilizó en la copia original y utilizando una tinta del mismo tipo. La diferencia reside en que estamos prácticamente seguros de que nuestra copia fue escrita por una única persona y, aunque no lo podemos asegurar al cien por cien desde el punto de vista científico, creemos que el autor de nuestra réplica es uno de los autores de la primera copia. La gran pregunta es qué sentido tiene realizar una copia prácticamente idéntica del código original en cuanto a lo que a contenidos respecta. Pero bueno, eso en realidad no es lo más importante de toda esta historia. Quiero que leas atentamente esta página, por favor, y me indiques si encuentras algo que se salga fuera de lo normal.

Anne observó el manuscrito con expectación, casi con actitud reverencial. Si era cierto lo que afirmaba el jardinero, se disponía a leer un libro que llevaba siglos oculto para el común de los mortales. La emoción la embargaba, pero no quiso parecer una quinceañera que acude por primera vez a un concierto de su ídolo musical, así que adoptó una actitud serena y profesional, intentando aparentar seguridad. En su interior, su corazón bombeaba sangre con brío mientras comenzaba a analizar aquel manuscrito antiquísimo. El texto escrito en latín no le pareció contener nada fuera de lo común, así que decidió centrarse en las glosas que aparecían en su mayoría en el margen derecho. Mientras avanzaba en la lectura, que se le hacía dificultosa debido a la ilegibilidad de la letra en algunas palabras, se dio cuenta de que la ilusión con la que se había enfrentado ante las anotaciones iba dando paso poco a poco al desconcierto, pero no debido al significado de aquellas frases, sino a que no se veía capaz de vislumbrar qué era aquello insólito que se suponía que tenía que descubrir. Levantó la vista y se topó con la mirada escudriñadora de Jon Arkaute, que parecía impaciente por obtener la conclusión de su análisis. Se puso nerviosa. Miró de soslayo a Lourdes y volvió al manuscrito, pero no fue capaz de continuar. Veía las palabras pero las encontraba vacías de contenido, no podía concentrarse. Se suponía que era una experta en aquella materia y en esos momentos se disponía a hacer el ridículo más espantoso. Se sentía como una niña pequeña que observa curiosa una pieza de arte contemporáneo en una exposición y no puede ver más allá del objeto que tiene delante, incapaz de atisbar qué es lo que el artista pretende transmitir. Por suerte, Jon percibió su angustia y trató de echarle una mano.

—Deja que te ayude, Anne, que veo que estás un poco bloqueada. No te preocupes, esto no se trata de un examen, deduzco que es tu primer contacto con un texto de estas características.

—Gracias —respondió ella—. No es que esté bloqueada, es que, por más que leo las glosas, no consigo ver nada raro en ellas. No hay nada que me llame la atención, salvo el hecho de que algunas palabras no las entiendo porque la caligrafía del autor deja bastante que desear.

—De acuerdo. Dime, ¿de qué trata el texto escrito en latín?

—Es la vida de un santo, aunque no se indica su nombre. Habla de sus años de juventud, de los milagros que realizó en vida, y, si no he entendido mal, de cómo logró hacer bajar el sol a la tierra para poder así iluminar el camino que utilizó un mártir para huir de sus perseguidores a través de las montañas.

—Muy bien, más o menos es lo que dice. Ahora, obviemos la primera glosa, y vayamos directamente a la segunda. ¿Qué es lo que nos dice el monje que la escribió?

—Aquí hay varias palabras que no entiendo. Creo que habla de los lugares de interés por los que pasó el santo durante su vida.

—De acuerdo. Y, dejando un momento de lado las palabras que no entiendes, ¿en serio no hay nada que te llame la atención?

La joven inglesa volvió a releer las líneas. Era un castellano muy primitivo, pero estaba casi segura de que lo que había interpretado era lo correcto. ¿Qué se supone que había de especial en aquello?

—Anne, volvamos al principio. Quizá se te está olvidando qué eran las glosas, cuál era el objetivo del autor al introducirlas en la copia del códice.

—Eran anotaciones que trataban de aclarar o traducir a aquel incipiente castellano parte de lo que estaba escrito en latín —apuntó ella, ligeramente molesta por la insinuación del jardinero sobre su desconocimiento del tema.

—Efectivamente. Y dime, ¿en qué parte del texto escrito en latín se mencionan los pueblos o villas por los que, como tú dices, el santo pasó durante su vida?

Anne se le quedó mirando sintiéndose otra vez imbécil. Era eso. Se había centrado en tratar de averiguar alguna incoherencia desde el punto de vista lingüístico, pero la cosa era mucho más simple. En la parte escrita en latín no se mencionaba en ningún momento las poblaciones por las que deambuló el santo. Sin embargo, en la parte redactada en protocastellano se detallaba claramente el nombre de al menos dos localizaciones junto con alguna que otra palabra que no conseguía descifrar.

—Hay bastantes cosas extraordinarias en este texto, de hecho, no sólo una —continuó Jon—. Lo primero, la más obvia, aunque tendrías que ser una experta en el Códice 60 para saberlo, es que la narración que se incluye sobre la vida de este santo en concreto en la copia que tienes delante no aparece originalmente en el Códice 60, al menos no en el ejemplar que se conserva oficialmente. Lo segundo es que, como bien te has dado cuenta, el autor de la segunda glosa no se ha limitado a traducir al romance lo que aparece escrito en latín, sino que se ha permitido añadir una explicación, una información adicional de su propia cosecha. Algo bastante insólito, por otra parte. Y además, hay una tercera cosa que tú has pasado por alto, porque no eres de aquí, pero que llama poderosamente la atención.

Anne se sintió de nuevo algo molesta con aquella puntualización del jardinero estrella de la Fundación, pero no quiso contestarle, a riesgo de quedar de nuevo en ridículo. Se limitó a sostenerle la mirada mientras él avanzaba en su discurso.

—Te sonará que en las glosas emilianenses aparecen también las que hoy en día se consideran las primeras palabras escritas en la lengua vasca, el euskera. Son muy pocas palabras, pero constituyen un testimonio esencial que demuestra que en el siglo X se hablaba este idioma en la zona.

—O que al menos el autor o autores de las glosas lo hablaban —apuntilló ella.

—Sí, tienes razón. El caso es que la glosa de la que estamos hablando está escrita en su mayor parte en ese castellano primigenio, salvo una parte, que está escrita utilizando términos en idioma vasco, y que quizás son las palabras que tú no has entendido. En concreto, en la parte en la que en el texto escrito en latín se nos habla de la persecución a la que se vio sometida el mártir al que ayudó el santo iluminando la noche con el astro rey que consiguió hacer descender desde los cielos, para que el fugitivo pudiera ver a través de las montañas y así conseguir huir, la Fundación ha llegado a la conclusión de que el monje que escribió la glosa ubicada al lado lo que pretendía es relacionar una serie de localizaciones por las que pasó dicho mártir durante su fuga. No se trata, como tú decías, de las poblaciones por las que peregrinó el santo durante su vida, sino de los lugares por los que pasó ese mártir, o los lugares en los que buscó refugio durante su persecución. Y precisamente, esas palabras que tú no lograbas desentrañar son en su mayoría los nombres de dichos lugares. Por un lado tenemos la denominación Oiraco, de la que sinceramente no tenemos ninguna referencia y ni siquiera estamos seguros de si corresponde a un término eusquérico, y por otra parte, tenemos el término Gastehiz. Y, a continuación el monje utiliza un adjetivo calificativo para referirse a ambas poblaciones: “arresidun saar” y otro término adicional, “munyan”. Es un poco complejo intentar explicarte la magnitud de las implicaciones que tienen estas pocas palabras utilizadas por el monje.

—De momento estoy enterándome de todo —quiso recalcar Anne, molesta una vez más por la opinión que parecía estar gestándose Jon Arkaute sobre ella.

—Está bien, tranquila, no era mi intención ofenderte. Vamos por partes. Como ya te he dicho, no tenemos la más remota idea de a qué lugar se está refiriendo con el topónimo Oiraco. Pero de lo que estamos plenamente seguros es de que con la palabra Gastehiz nos está hablando de la actual Vitoria, una de las tres ciudades más grandes del País Vasco, como sabrás, y cuyo nombre oficial hoy en día es precisamente Vitoria-Gasteiz.

—¿Pero cómo podéis estar tan seguros de esa deducción? Podría estar refiriéndose a cualquier otro sitio. Acabas de reconocer que no sabéis a qué lugar corresponde el nombre Oiraco.

—¿Has oído hablar de la Reja de San Millán?

A Anne le sonaba ese nombre, y trató por todos los medios de buscar en lo más recóndito de su subconsciente para recordar a qué se estaba refiriendo Jon Arkaute. ¿Dónde había escuchado ese nombre, en la universidad? No le dio tiempo a seguir con sus cavilaciones.

—La Reja de San Millán es un documento que data del año 1025. Como sabrás, en el sistema feudal medieval, las poblaciones tenían que pagar una cantidad dineraria al monasterio del que dependían, lo que se conoce como “diezmo”. Pues precisamente, la unidad por la que se medían esas aportaciones obligatorias que realizaban los pueblos al Monasterio de San Millán de la Cogolla era un documento conocido como la reja de hierro. En él, se hace mención a diversos topónimos de la zona de la Llanada Alavesa y de la zona de la Montaña de Álava, que corresponden a lugares, muchos de los cuales existen aún hoy en día. Algunos de ellos son diversas localidades que en la actualidad conforman el municipio de Vitoria-Gasteiz. Y entre todos, aparece reseñada una aldea denominada “Gastehiz”. Los expertos consideran que en realidad se está haciendo la primera mención escrita que se conoce de la Vitoria primitiva, a pesar de que no se dice exactamente dónde está ubicada. Pero el hecho de incluirla junto con los

otros topónimos que conforman el actual municipio de Vitoria, hace pensar que dicho nombre pertenece al poblado ubicado sobre la colina sobre la que se asentaron los primeros vitorianos. Más adelante, en el año 1181, el nombre Gasteiz aparece en el fuero dado a Vitoria por el rey Sancho el Sabio de Navarra. En concreto, en ese documento, se indica literalmente que se le puso nuevo nombre a la villa, a saber, Vitoria, que anteriormente se llamaba Gasteiz.

—De acuerdo, puedo aceptar entonces esa teoría —continuó Anne—. ¿Y qué hay de las otras palabras que has indicado antes, las que estaban escritas en el idioma vasco?

—“Arresidun saar” y “Munyan”. “Harresi”, con hache, significa pared de piedra o muralla. “Dun” es el sufijo que se añade en euskera para denotar la cualidad de poseer algo. Por ejemplo, si hablamos de “euskaldun”, que hoy en día se usa para denominar a las personas que hablan la lengua vasca, lo que literalmente estamos queriendo decir es “el que tiene el euskera”. De este modo, “Harresidun” significaría “que tiene muralla” y “saar” creemos que es una forma antigua para referirse al término que hoy se conoce como “zahar” y que quiere decir “viejo” o “antiguo”. Por otra parte tenemos el vocablo “munyan”. En este caso, aunque hay bastante opinión divergente por parte de nuestros expertos, creemos que puede provenir de lo que hoy en día se conoce como “muino”, que quiere decir “colina, cerro”. De este modo “munyan” significaría “en la colina”, ya que la “n” al final de la palabra sería equivalente a la preposición “en” del castellano, o “in”, del inglés, si prefieres —sonrió.

—Osea que esos pueblos Oiraco y Gastehiz tenían una muralla antigua.

—Así, es, si nos atenemos a lo que dice el glosador. Sí, y además, al menos el terreno de una de las dos localizaciones, Gastehiz, en el momento en que el monje escribió la glosa, se circunscribía a la colina sobre la que está situada la parte más antigua de la ciudad. El interés está en el término “saar” o “zahar”, ya que el cenobita da a entender que esas poblaciones tenían una muralla, que ya era “vieja” en el momento en que fue escrita la glosa. Vitoria fue fundada oficialmente como Nova Victoria por el rey navarro que te he comentado antes, Sancho VI, en el año 1181. Hasta hace bien poco se pensaba que la muralla de Vitoria era precisamente del siglo XII, aunque investigaciones más recientes han llegado a la conclusión de que la muralla ya contaba con cien años de antigüedad cuando tuvo lugar la fundación de la villa. Pero es que si tenemos en cuenta el calificativo de “saar” o “antiguo” que utiliza el monje de San Millán en su glosa, para referirse a Vitoria, todo parece apuntar a que esa muralla era incluso anterior a lo que los expertos consideran actualmente. Las glosas emilianenses datan de finales del siglo X o principios del siglo XI, y el monje considera con ese calificativo que para esa fecha las murallas de Vitoria ya eran “antiguas”.

—Fascinante, pero no entiendo muy bien qué importancia puede tener que una muralla sea más antigua de lo que se pensaba —dijo Anne, denotando cierta indiferencia ante las palabras del jardinero.

—¿Se nota tanto que soy de Vitoria? —rió estrepitosamente él tras escuchar las palabras de la inglesa.

—“Patatero” de pura cepa —añadió Lourdes, que había permanecido hasta entonces en el más absoluto de los silencios.

—¿“Patatero”? —preguntó curiosa Anne.

—Patatero es el calificativo con el que el resto de vascos, especialmente los de Bilbao, se refieren a los que hemos nacido en Vitoria. Las tierras alavesas que rodean Vitoria son conocidas, entre otras, cosas, por la enorme producción de patata, y los bilbaínos utilizan con sorna ese adjetivo para referirse a nosotros, los vitorianos y alaveses, con cierta intención peyorativa, como si nos estuvieran llamando aldeanos, o pueblerinos. Lo que no saben es el orgullo que tenemos por producir la mejor patata del mundo.

Lourdes y Jon estallaron en una carcajada mientras la joven inglesa trataba de sonreír y seguir la broma, aunque no acertaba del todo a entenderla. Tras un pequeño cruce de acusaciones amistosas propias del típico enfrentamiento entre un alavés y una vizcaína, como lo era Lourdes según descubrió Anne en ese momento, el jardinero continuó con la explicación.

—Fuera de bromas Anne, las palabras del monje que escribió la glosa tienen implicaciones históricas bastante loables. No es cuestión simplemente de discutir si la muralla de Vitoria es o no es anterior al siglo X, lo cual ya de por sí supondría un gran descubrimiento, aunque tú no lo creas, sino que hay algo que no cuadra. Se produce una paradoja histórica que no tiene fácil solución. Las excavaciones e investigaciones recientes de las que te hablaba antes, han llegado a la conclusión de que la muralla puede ser de principios del siglo XI. En el siglo XI Vitoria, que se llamaba como hemos dicho Gastehiz, o Gasteiz, como prefieras, era una pequeña aldea perdida en la llanada alavesa sin ninguna importancia o relevancia, o al menos eso dicen los libros de Historia. Entonces, ¿por qué se levantó una muralla defensiva en un poblado de cuatro casas? Y no estamos hablando de una pared de medio metro de altura construida por cuatro amigos, no. Se cree que la altura mínima de la primera muralla era de al menos dos metros. ¿Qué sentido tiene que una aldea minúscula edificara semejante defensa?

—Y sobre todo —añadió Lourdes—. ¿Quién la construyó y con qué dinero? No te puedes imaginar el coste económico que podía suponer levantar semejante cercado defensivo para aquellas gentes en teoría humildes.

—Ahora veo la importancia que tienen las palabras de la glosa del monje —se sonrojó Anne—. Disculpad mi ignorancia.

—No hay nada que perdonar —añadió Jon—. Pero es esencial que entiendas la contradicción histórica a la que nos enfrentamos. Además, hay muchas más preguntas que se nos plantean con el descubrimiento de esta segunda copia del Códice 60.

—Déjame adivinar —interrumpió Anne ansiosa por demostrar sus capacidades después de tanto bochorno—. La primera cuestión que se me ocurre es por qué existe una segunda copia de ese códice supuestamente glosada por al menos uno de los mismos monjes que comentaron la copia original, y que incluye un pasaje que para nada aparece en el ejemplar que se conserva hoy día como versión oficial. La segunda cuestión es quién es el santo del que se está narrando la vida en esta copia, capaz de hacer bajar al sol del cielo para iluminar la tierra. La tercera pregunta que me viene a la cabeza es quién era ese mártir al que ayudó el santo, y sobre todo, lo más importante, por qué el monje añade a su antojo la aclaración de que ese mártir huyó o buscó refugio en las colinas donde se levantaban Gastehiz, y seguramente Oiraco, con sus murallas antiguas, como si fuera un dato de vital importancia. ¿A qué viene esa puntualización?

—Eso es Anne, veo que esta historia te ha atrapado igual que a nosotros.

—¿Y cuál se supone que es mi trabajo?

—Tu misión consiste en seguir traduciendo del latín este pasaje de la vida del santo que se conserva en esta extraña copia que la Fundación tiene del Códice 60. Más adelante ya habrá tiempo de que lo traduzcas al inglés. Lo más urgente es tratar de descifrar el contenido de esta especie de copia apócrifa que hemos tenido la suerte de descubrir, por llamarlo de alguna forma. Y por supuesto, si descubrieras algo importante analizando el resto de las glosas, deberás comunicármelo a la mayor brevedad —respondió Jon.

—¿Pero eso no es lo que estás haciendo tú? —preguntó Anne, arrepintiéndose al instante del tono que había empleado.

—No tengo por qué contarte qué es lo que hago o dejo de hacer Anne —sentenció él—. Debes aprender a acatar órdenes e ir encontrando tu sitio poco a poco. Ahora bien, como prueba de buena voluntad y de que quiero que nos llevemos bien, por el éxito de la misión, te diré que obviamente yo tengo muchísimas más ocupaciones dentro de la Fundación en estos momentos. En lo que respecta a este asunto, yo estoy centrado en tratar de encontrar el resto de las partes de la copia del manuscrito que se han perdido. Normalmente en esta fase sería mi compañero Jorge el que tomaría las riendas de la investigación y se iría a ver mundo, mientras yo me dedicaría a lo que tú vas a hacer, pero considero que no estás preparada para este tipo de acción a pie de calle. Creo que nos puedes ser muchísimo más útil traduciendo el resto del pasaje. Con un poco de suerte conseguiremos retomar el ritmo de la investigación y, espero, llegar a alguna conclusión a corto plazo. Los Mayores empiezan a impacientarse. ¿Te parece bien?

Lourdes miró a Anne con un gesto adusto, que la inglesa interpretó como una clara advertencia para no contradecir a Jon Arkaute. En realidad, le entusiasmaba la misión que tenía por delante. Jamás en la vida hubiera imaginado tener esta increíble oportunidad para demostrar su valía, así que no le costó en absoluto mostrar la mejor de sus sonrisas y asentir pausadamente.

—Perfecto. Pues ahora devuélveme el manuscrito y vayámonos ya a casa, deben de ser casi las once —dijo él mientras se incorporaba y acompañaba a las mujeres a la entrada de la biblioteca—. Yo saldré enseguida, una vez haya puesto a buen recaudo la copia del códice. Espero que la abuela Sofía no se moleste por retenerle diez minutos más en este antro—dijo elevando considerablemente el tono de voz para que la anciana pudiera escucharle desde donde se encontraba.

—No se preocupe, señor Arkaute —contestó la bibliotecaria.—Ya sabe que para mí cada segundo que paso entre estas paredes es puro gozo.

—Y ahora Anne, por favor vuelve a ponerte el pañuelo sobre tus ojos —le dijo Lourdes tendiéndole el trozo de tela oscura—. Aún nos queda un rato a ti y a mí dentro del laberinto.

18.

Un rumor se había ido extendiendo de boca en boca entre todos los habitantes que poblaban aquel acuario de vidrio y acero de veinte plantas. Al principio como un susurro, como un pequeño secreto que alguien había dejado escapar inocentemente de sus labios mientras conversaba sobre la mala suerte que tienen algunas personas. Un desliz, una traición somera sin importancia, que de tanto circular por el aire había ido adquiriendo consistencia propia, como un ente dotado de materia, capaz de extenderse y propagarse a su antojo, haciéndose cada vez más visible, hasta que ya nadie puede escapar de sus tentáculos, atrapado bajo el influjo viscoso del morbo y la curiosidad. David había oído cómo Inés San Juan, la secretaria de la Presidenta del Consejo de Administración, se lo comentaba a una compañera en la zona de las fotocopiadoras de la planta segunda, a la que él había bajado tratando de localizar a alguien que pudiera facilitarle una pista sobre el paradero de Alicia Rández. Cuando lo escuchó pensó que se tenían que estar refiriendo a otra persona sin duda. A lo mejor había oído mal. No se atrevió a interrumpir la conversación entre las dos mujeres por temor a que pudieran considerar que se estaba entrometiendo, así que esperó a que la otra empleada abandonara la sala y se dirigió a la secretaria, cortándole el paso antes de que ésta hiciera lo propio. Inés San Juan le miró sorprendida y algo asustada desde el otro lado de sus gafas de pasta negra que tanto le excitaban a David. No era su prototipo de mujer para nada, normalmente le solían gustar por debajo de los treinta años, pero Inés San Juan constituía la excepción que confirmaba aquella regla generalmente inflexible que gobernaba el mundo de las atracciones sexuales de David Vanner. La secretaria era una mujer madura a los ojos del aspirante, probablemente con dos o tres hijos y felizmente casada desde hace varios años. Pero su mirada, esa mirada descaradamente libidinosa que David estaba convencido que utilizaba con todos los hombres con los que cruzaba palabra, le provocaba una mezcla a partes iguales de deseo y miedo a hacer el ridículo, como si temiera descubrir realmente qué era lo que pasaba por su mente cuando David entablaba una conversación con ella. Él sabía que su poder de atracción funcionaba también con Inés, pero esa forma de mirar le hacía sentirse ligeramente inseguro, como temeroso de que ella simplemente estuviera jugando con él y pensara que era un crío.

—Has oído bien, nene —esta vez David no percibió ningún matiz lujurioso en sus ojos.

—¿Pero qué ha pasado?

—La han encontrado muerta esta mañana, cuando la empresa de catering ha ido a llevarle la comida, como cada día, y se han encontrado la puerta del piso abierta.

—¿Y cuánto tiempo llevaba muerta?

—Debieron de entrarle en casa por la tarde o por la noche y todo parece indicar que ella les sorprendió dentro al llegar de la calle. El resto te lo puedes imaginar.

—Pero, ¿se sabe si está probado que la mataron ellos?

—Pues claro, David. Es *vox populi*. Incluso ha salido ya en las noticias de la radio esta mañana. La mataron, y de una manera horrible, por cierto. No quiero imaginarme lo que tuvo que pasar la pobre hasta perder la consciencia. Malditos hijos de su madre, ojalá los pillen y se pudran en la cárcel.

—Sí, ya te he oído antes, pero es que me parece increíble, la verdad.

—Sí, la molieron a palos, y por si fuera poco, además la degollaron.

—¿Y tenemos que creer que eso es verdad? Aún estará el secreto de sumario, ¿no?

—Sí, bueno, en la radio no han dado tanto detalle, pero al parecer, la persona encargada del catering, la que le llevó la comida, se ha ido de la lengua antes de tiempo. Pobre mujer. En la radio han dicho que la policía baraja como primera hipótesis la del robo con fuerza, debieron de poner la casa patas arriba, y han desaparecido objetos de valor.

David observó detenidamente durante unos segundos a Inés San Juan. Estaba disfrutando. Él lo sabía porque su intuición, que casi nunca fallaba, se lo estaba revelando. Cualquiera que hablara con ella pensaría que sus palabras y su modo de hablar denotaban preocupación y tristeza por la trágica noticia, pero él sabía que en el fondo la estaba gozando recreándose en todos los detalles escabrosos. Incluso le pareció advertir una leve excitación sexual en su lenguaje corporal. Sus pupilas estaban dilatadas y sus pezones, ligeramente duros, se marcaban a través de la fina tela blanca de su blusa. Y por una vez él no era el causante, estaba convencido de ello. Le pareció divertido haber descubierto esa pequeña parafilia sexual de Inés San Juan y se la imaginó en su casa, tumbada desnuda en el sofá frente al televisor, masturbándose ávidamente mientras veía documentales sobre asesinos en serie. Sonrió para sus adentros.

—¿Y los niños donde estaban cuando ocurrió todo?

—Estaban pasando unos días en casa de la abuela, para alejarles de todo el lío del juicio por el divorcio. Se puede decir que han vuelto a nacer. No me quiero ni imaginar lo que les podrían haber hecho esos cabrones.

—¿Y qué va a pasar ahora con los niños?

—No lo sé —contestó ella—. Seguramente se iniciará el proceso judicial para determinar quién va a ser el tutor legal de ambos. Y si el juez es buena persona, espero que designe a su abuela como tutora, solo faltaría que acabaran dependiendo de la Diputación.

—Seguro, no te preocupes.

—Es increíble tanta desdicha seguida en esa familia. Cuando la mala suerte se ceba, se ceba de verdad.

David no estaba de acuerdo con aquella sentencia de Inés San Juan. Él no creía en la mala suerte, ni en la buena, él sólo creía en las aptitudes y méritos de cada uno para labrarse su propio destino. Podía llegar a aceptar las sincronicidades o las casualidades, pero se negaba a admitir la existencia de un hado que guiara las vidas de las personas, y mucho menos tonterías como la mala o la buena suerte. Iratxe, que así se llamaba la ex mujer de Tomás Benguría, había sido víctima de un robo. Su muerte había sido causada por la acción criminal de uno o varios desalmados, y punto.

Que su marido se hubiera suicidado días atrás no tenía nada que ver. Los hijos de ambos eran unos desdichados, pero no porque la fortuna les hubiera abandonado, sino porque por casualidad, habían perdido a ambos progenitores en un brevísimo lapso de tiempo. Sólo quedaba esperar que el juzgado nombrase a la madre de Tomás Benguría como tutora legal de los menores, al fin y al cabo era ella la que prácticamente les había criado, según le explicó Inés. Dudó si sacar el tema a colación, pero, aun arriesgándose a quedar como un cretino por su falta de sensibilidad ante lo que le acababa de contar, David le preguntó si había tenido noticias del paradero de Alicia Rández. Para su sorpresa, Inés San Juan no mostró desagrado alguno ante la pregunta, y le respondió que Alicia estaba de baja, estaba confirmado. ¿La causa? Nadie la sabía, pero el Director Gutiérrez les había comunicado a todos que estaría fuera de la oficina durante un tiempo, hasta que los médicos determinaran que ya se encontraba apta para volver al trabajo.

David se despidió de ella con la mejor de sus sonrisas, una vez más, y se permitió incluso agarrarle suavemente el hombro cuando ella se emocionó al volver a recordar a los pequeños huérfanos Benguría. Inés San Juan, con su media melena rubia teñida, con sus blusas ajustadas, sus faldas rectas siempre de colores claros, y con sus sugerentes gafas colgando del cuello, se quedó recomponiéndose mientras él volvía a la decimoquinta planta.

Se decidió a subir por las escaleras, como parte del entrenamiento de cardio de ese día. Trece plantas no era mucho ejercicio, pero sí lo suficiente para ir abriendo boca de cara a la tarde que le esperaba con Ander Goikoetxea en el Kingdom Fit, el gimnasio de lujo al que le había invitado el supervisor tantas veces. Esta vez no tenía excusa. No le hacía mucha gracia compartir una actividad física con Ander por varios motivos, aunque el principal era que no deseaba coger tanta confianza en su relación con él. Prefería mantener la distancia. Al fin y al cabo Ander era la persona designada por el Director Gutiérrez para controlar su evolución en la compañía. Ander le caía bien, pero no estaba dispuesto a intimar mucho más, su carrera profesional en Artechnia Inc dependía de ello y no quería cagarla. Mientras subía por las escaleras de la planta séptima, su teléfono móvil comenzó a vibrar en el bolsillo derecho de su pantalón. En un principio pensó que podía ser Anne, para contarle qué tal le había ido en su primer día de trabajo. La noche anterior él ya estaba dormido para cuando ella llegó a casa, y, al levantarse a las seis, le dio pena despertarla para preguntarle qué tal le había ido, a ella le quedaba por lo menos una hora más de sueño. Le había notado algo raro hacía dos noches, cuando había vuelto de su entrevista de trabajo en una cafetería del casco viejo de la ciudad. La había visto como preocupada, nerviosa, sin querer dar mucho detalle acerca del empleo que le habían ofrecido. Según ella, porque no quería gafarlo antes de que la admitieran definitivamente. Era algo relacionado con su carrera, y muy bien remunerado, así que a David le encantó la idea de que ella hubiera encontrado un trabajo tan apropiado y en tan corto espacio de tiempo. Deseaba con todas sus fuerzas que le fuera bien en su nueva vida en Bilbao, sabía lo importante que era para Anne poder seguir desarrollando sus inquietudes profesionales. La ambición era uno de los hilos más importantes que entretejían su noviazgo y muchas veces había servido de nexo de unión a la hora de seguir dando pasos juntos. En ese sentido eran parecidos, aunque desde puntos de vista algo diferentes. Para David se trataba de lograr el éxito, mientras que Anne sentía verdadera vocación por lo que había estudiado. Además, le había demostrado en varias ocasiones su gran capacidad para adaptarse a las más variopintas situaciones. Anne era resolutiva, esa era una de sus mayores aptitudes, y la convertía en actitud en casi todos los casos, así que estaba prácticamente seguro de que todo iba a salir bien. Desde que había llegado de Londres, apenas habían compartido tiempo juntos y David

notaba que, aun no siendo demasiado tarde, era algo que estaba ya empezando a repercutir en su relación. Él valoraba su propia independencia por encima de todo, y aunque lo habían hablado mil veces y habían establecido una serie de lugares comunes donde ambos tenían que ceder para que aquello funcionase, sabía que ella le pedía siempre un poco más, que no fuera tan cerrado, que abriera esa coraza hermética con la que se cubría todos los días y le dejara disfrutar del David auténtico, el que se ocultaba bajo aquella armadura de prepotencia y apabullante seguridad en sí mismo. Anne era muy importante en su vida, y quería demostrárselo, aunque fuera imposible darle todo lo que ella le pedía. Al salir del gimnasio de Ander, le llamaría a casa para ver si le apetecía ir a cenar juntos a algún restaurante vegetariano, como solían hacer en Londres. A Anne le encantaba este tipo de restaurantes, esperaba sorprenderla.

Volvió a notar el temblor de su teléfono móvil. No podía tratarse de otro mensaje de aquel tipo, Gymboy, recordaba perfectamente haber deshabilitado la opción de notificaciones sonoras en la aplicación de Contact U. Además, la vibración se estaba prolongando demasiados segundos. Era una llamada, pero no le apetecía contestar en ese momento, en plena “minisesión” de cardio subiendo las escaleras. Ya vería quién le había llamado cuando llegara a su despacho. Siguió ascendiendo y cuando estaba a punto de alcanzar la planta duodécima el aparato volvió a vibrar. Decidió detenerse un momento y contestar la llamada, igual era algo urgente. Miró la pantalla del terminal para ver de quién se trataba, pero era un número privado. Tras aclararse la voz y recuperar el aliento, contestó sin mucha gana. Cuando escuchó la voz, una súbita corriente de angustia lo atravesó de abajo a arriba, hasta situarse en su sien derecha, donde se transformó en palpitación y empezó a absorberle poco a poco la energía. Tuvo que sentarse en el rellano. — ¿Cómo has encontrado este número de teléfono? — fue su contestación. Su interlocutora habló al otro lado, mientras él escuchaba pacientemente e intentaba relajarse y no perder la compostura. — Sé que has llamado varias veces a casa y ha descolgado Anne, aunque por suerte no ha llegado a oír tu voz — continuó—. Ella continuó su discurso mientras David guardaba silencio, estupefacto por lo que estaba oyendo. Ella le preguntó algo, pero él no respondió en ese momento, estaba aterrado. No sabía qué se suponía que debía contestar. Estuvo a punto de cortar abruptamente la llamada y volver a cambiar de número de teléfono móvil, pero estaba claro que ella era capaz de volver a encontrarlo. No había tardado ni dos semanas en hacerse con el nuevo número del teléfono fijo. No tenía ni idea de cómo lo había logrado, él se había asegurado de prohibir a la compañía telefónica que publicara su nombre asociado a ese número. Y poco tiempo más había empleado en conseguir el de su teléfono móvil. Además estaba claro que sabía donde vivía. ¿Tenía sentido seguir esquivándola y apartarla de su vida? ¿Hasta cuándo iba a poder huir de ella y de todo lo que representaba? Dudó unos segundos más, mientras ella insistía en su pregunta. Le horrorizaba el hecho de que todo aquello pudiera afectar a Anne de alguna manera. Tendría que poner los cortafuegos que fueran necesarios para que no se viera perjudicada, o al menos, para que el daño, que seguro que lo habría, fuera el menor posible. Quiso autoconvencerse de que podía lograrlo. No creyéndose del todo sus propias palabras mientras eran hilvanadas por sus cuerdas vocales, se escuchó a sí mismo responderle haciendo uso de una serenidad que en absoluto era coherente con el latido martilleante que le estaba haciendo polvo el lateral derecho de su cabeza.

—Está bien, Sabina, está bien, tú ganas.

19.

Lourdes del Río volvió a tardar unos cuatro minutos en abrir la puerta del invernadero situado junto a las Torres Isozaki. Anne se estaba acostumbrando a utilizar aquella jerga que los miembros de la Fundación Petunia usaban para referirse a sus acólitos, zonas de trabajo, líderes y demás. A decir verdad, le resultaba hasta cierto punto útil el usar ese tipo de vocabulario, no sólo para despistar a posibles oyentes ajenos que pudieran estar escuchando una conversación relacionada con la organización, sino también para enfatizar los lazos de unión entre los miembros de la Fundación. Si todos empleaban los mismos términos para referirse a lo mismo, una de las consecuencias inevitables era que terminaran sintiendo que pertenecían a un mismo grupo, a una misma familia, y con eso se veía reforzado el vínculo emocional entre ellos y, por supuesto, los intereses de Petunia. Y las casas que la Fundación tenía repartidas por diferentes ciudades del mundo no podían recibir otro nombre que el de “invernaderos”, recintos en los que se establecían las condiciones necesarias para favorecer los cultivos de los jardineros. Al entrar, Lourdes la recibió con una taza de café recién hecho que Anne aceptó encantada. En esta ocasión no la sometió al incómodo trámite del artefacto para detectar posibles grabaciones. Se preguntó si la vivienda contaba con otro tipo de sistemas de seguridad, como la guía le había contado el día anterior, o se trataba todo de un mero farol para intimidarla. En cualquier caso, la casa le pareció bastante distinta a la visión que recordaba de su primera visita. Las cortinas estaban descorridas y un sol radiante entraba por las distintas ventanas, haciendo que el invernadero hubiera pasado de ser algo lúgubre e incluso siniestro, a un acogedor lugar de trabajo luminoso y alegre. Al despedirse de ella, cuando salieron de la biblioteca la noche anterior, la guía le había citado para el día siguiente, pero no en la biblioteca, sino de nuevo en el piso donde le había dado la bienvenida a la Fundación por la mañana. Anne se había sentido algo decepcionada, porque esperaba pasar más tiempo entre los muros de aquel maravilloso archivo del Casco Viejo, donde Jon Arkaute le había mostrado el extraño ejemplar del Códice 60. Lourdes le aseguró que ya habría otras visitas a la biblioteca, pero que para una primera fase de la misión que le había sido encomendada, habían decidido que trabajara en el invernadero con una réplica fotográfica de la copia del manuscrito.

La guía le dirigió hasta una de las salas adyacentes al gran salón donde el día anterior había firmado los contratos. Anne comprobó gratamente que en aquel cuarto las estanterías repletas de libros cubrían también las cuatro paredes, aunque, lógicamente, poco tenía que ver con la magnitud de lo que había visto la tarde anterior en la biblioteca. Un gran ventanal ocupaba la parte central de la pared opuesta a la puerta de entrada, pero, incluso en este espacio, las estanterías con libros cubrían cada centímetro que no fuera cristal, de modo que la ventana parecía ser engullida por la habitación, cual agujero negro a punto de acabar con el último resquicio de materia. En el centro, una gran mesa rectangular de madera oscura, probablemente roble. Y sentado en un extremo, inmerso en la lectura de la pantalla de uno de los cuatro portátiles que

había sobre el mueble, un joven vestido con una camiseta negra *oversize* y con una gorra de ala ancha del mismo color en la cabeza. Anne miró a Lourdes, desconcertada ante la presencia de aquel muchacho, que aparentemente no pasaba de los veinte años.

—Borja, te he dicho mil veces que por favor te quites la gorra cuando estés en mi casa, no me gusta, me parece una distracción y una falta de respeto—. El joven hizo caso omiso a sus palabras y ni se inmutó. La guía se le acercó y se la retiró depositándola sobre la mesa, a lo que él respondió con una especie de gruñido.

—Anne, te presento a Borja. Borja saluda a Anne como es debido—. El joven se levantó de mala gana y le tendió la mano, mientras con la otra volvía a ponerse la gorra en la cabeza. — Borja, aunque lo ves tan joven, lleva prácticamente toda su vida en la Fundación. A pesar de lo irritante que puede llegar a ser, resulta que es todo un portento. Actualmente está cursando grado de Historia en Vitoria, pero también es graduado en traducción e interpretación, en filología clásica y en psicología. Bueno, y además sabe inglés, alemán, portugués, francés y ... ¿suajili?

El muchacho, que se había vuelto a quedar ensimismado mirando la pantalla de diecisiete pulgadas de su ordenador, levantó la mano e hizo el gesto obsceno de mostrarle el puño cerrado únicamente con el dedo corazón levantado. Anne estaba perpleja. ¿En qué momento de la conversación del día anterior con Lourdes había salido el tema de ese tal Borja? No lo recordaba. Ni Lourdes del Río ni Jon Arkaute le habían mencionado nada, estaba totalmente segura. Pensó en la teoría del karma, en la que creía fervientemente, y en su deseo de ser madre, a pesar de que las circunstancias actuales de su vida no eran las más propicias para plantearse en serio. ¿Acaso tenía que hacer de niñera con este chaval? Su instinto maternal, que últimamente andaba bastante activo, no abarcaba para nada a los adolescentes. Y mucho menos a los veinteañeros superdotados; eso eran palabras mayores. Observó a Borja desde la distancia, tratando de averiguar ante qué tipo de personalidad pubescente debía hacer frente. Imposible saberlo a simple vista.

—Borja te va a servir de gran ayuda, Anne, no te preocupes. Todo lo que tiene de insufrible lo tiene de inteligente, y es uno de nuestros jardineros más competentes de la zona norte. No es que la Fundación haya decidido específicamente asignártelo para tu misión en concreto, pero hemos considerado que te vendrían bien sus múltiples recursos sobre todo en estos primeros días de trabajo en nuestra familia. Además seguro que él está encantado de ayudarte, con tal de no pisar el suelo de la facultad, ¿verdad Borja?

—Cállate ya, monja de los cojones —le espetó de repente él haciendo gala de una agresividad que a Anne no le auguró nada bueno.

—Háblame bien, Borja, o sabes que habrá consecuencias.

—Que te den, te he dicho mil veces que no me llames Borja, joder.

—Anne, te dejo con él, yo voy a salir a la calle a hacer unos recados y volveré a la tarde. Cualquier problema me llamas al móvil.

—No tengo móvil, Lourdes. Lo perdí al día siguiente de llegar a Bilbao y aún no he tenido tiempo para comprarme uno nuevo. Pensaba ir al mediodía en la hora del *lunch*.

—No te preocupes, toma —dijo entregándole una tarjeta de visita—. Llámame desde el fijo que hay en la cocina. Los móviles no funcionan dentro de los invernaderos —sonrió.

—¿Y qué pasa con el Códice 60? ¿Dónde está esa réplica que me comentabas antes?

—Tienes razón, no sé dónde tengo la cabeza. ¿Ves el portátil azul? El archivo con la réplica está dentro de una carpeta que se llama “Anne W.”. Ese ordenador no tiene acceso a Internet, por seguridad. Supongo que no hace falta que te diga que tienes totalmente prohibido copiar o traspasar ese archivo a otro sitio que no sea ese ordenador. Pero vamos, salvo que seas una de las mejores *hackers* del mundo y no nos hayamos enterado, te resultaría prácticamente imposible disponer libremente de él. Y no te molestes en intentar siquiera sacar fotos de la pantalla, nos enteraríamos de que las has hecho y estarías metida en un problema muy gordo, ya sabes, los contratos que firmaste... Insisto Anne, confiamos en tu saber hacer y en tu lealtad, pero prométeme que no vas a hacer ninguna tontería, ¿de acuerdo?

Anne asintió mientras la guía se despedía de ellos y abandonaba la casa dando un portazo. Miró a Borja intranquila, mientras éste seguía enfrascado tecleando en su portátil haciendo caso omiso de su presencia. Cualquiera que viera a este muchacho por la calle pensaría sin dudarle que se trataba de un delincuente juvenil. Su indumentaria consistía por un lado en unos pantalones de chándal de color gris dos tallas por encima de la suya, que dejaban asomar casi la mitad de un trasero cubierto con unos calzoncillos de tela de color fucsia, y por otro, de una camiseta extra grande de temática urbana, más larga por la parte de delante, y con un gran número nueve de color blanco en la zona del pecho, que resaltaba sobre el fondo oscuro del resto de la prenda. Y no había que olvidarse de la gorra que tanto molestaba a Lourdes y que sin embargo a Anne le parecía de lo más estilosa, también de aspecto callejero, con una gran ala ladeada ligeramente a la derecha. Por lo demás, a la británica le pareció que aquel joven a medio hacer era bastante atractivo, a pesar de las perforaciones en los lóbulos de sus dos orejas, donde aparecían incrustados una especie de círculos enormes de madera, y del *piercing* que colgaba de sus fosas nasales. Se quedó mirándole esperando que él tomara la iniciativa y comenzara algún tipo de contacto, pero pronto se dio cuenta de que estaba literalmente pasando de ella. Temía la reacción del joven, habida cuenta de la ira que había mostrado con Lourdes, pero no estaba dispuesta a perder toda la mañana intentando agradarle.

—Hola, me llamo Anne. ¿Cómo se supone que te gusta que te llamen?

Él volvió la cabeza hacia ella, sorprendido por la valentía de Anne al sacar el tema del dichoso nombre.

—No me llames Borja, eso lo primero. Odio ese nombre y no me identifico con él para nada. Que me lo hayan puesto mis padres no significa que tenga que cargar con él el resto de mi vida. Mis amigos me llaman “Mechero”, así que puedes llamarme así, si no te importa.

—De acuerdo, Mechero, encantada de conocerte —le dijo extendiéndole la mano esperando que él se la estrechara. Sin embargo él optó por sonreírle de la manera más amigable de la que fue capaz y volvió su mirada a la pantalla de su portátil.

El ordenador azul estaba ubicado justo enfrente del joven. Anne tomó asiento y enseguida buscó la carpeta de la que le había hablado Lourdes del Río. Únicamente contenía un archivo denominado “60.2” que intentó abrir, pero que estaba protegido con una contraseña.

—Perdona, Mechero. Al intentar abrir el archivo que contiene el código me pide una clave, ¿tienes idea de qué se supone que tengo que teclear?

—Es muy fácil, ¿no te lo ha dicho la monja? —contestó él de manera ruda.

—Me temo que no —contestó ella esperando que el muchacho no irrumpiera de nuevo en un ataque de ira al mencionar a Lourdes.

—Existe una especie de norma dentro de la Fundación que dice que cualquier clave con la que se cifran mensajes o documentos confidenciales, como por ejemplo, un archivo de este tipo, es personal para cada jardinero que ha de usarlo. No te costará acordarte para la próxima vez. La regla general es que se trata del nombre de la primera persona perteneciente a Petunia que hayas conocido, aunque muchos dicen que también puede tratarse del nombre de la última persona de la Fundación que vas a conocer en tu vida. Aunque no queda claro si es porque simplemente te van a expulsar o tú vas a irte voluntariamente, o porque vas a morir. Ya sé que esta última opción es un poco más macabra que las otras, y seguramente se trata de una broma de los jardineros más veteranos, pero mola, ¿verdad? Le da vidilla al asunto, ¿que no?

Anne no supo qué contestar. Un adolescente de ¿cuántos años? ¿diecisiete? ¿dieciocho? que se hacía llamar “Mechero” acababa de darle una lección sobre uno de los múltiples preceptos de la Fundación y encima se había permitido el gusto de mofarse de ella sembrándole la duda acerca del tipo de organización en la que acababa de ingresar. Supuso que como novata, tendría que aprender a partir de ese momento a enfrentarse a las chanzas de los jardineros veteranos. Por su bien, esperaba que el niño que tenía sentado frente a ella no llevara mucho tiempo en Petunia, no quería sentirse una estúpida cada vez que tuviera que preguntarle algo. Se centró en la clave. Aunque estaba convencida de que la bromita de la última persona que iba a conocer en la Fundación era eso, una simple broma de mal gusto de Mechero, no pudo evitar en caer en la tentación y tecleó primero Borja, y después Mechero, sin obtener éxito. A continuación, tecleó Begoña, pero tampoco consiguió desbloquear el archivo. Probó con el apellido de la adorable mujer que le había entrevistado en el Café Océano. Lo intentó hasta tres veces, pero el archivo seguía sin abrirse. Miró a Mechero con ánimo de pedirle ayuda, pero cambió de opinión. No iba a estar siempre dependiendo de los demás; si quería triunfar en la Fundación, tenía que empezar a aprender a arreglárselas ella sola. Reflexionó sobre lo que acababa de ocurrir. No habían funcionado ni el nombre ni el apellido de la mujer que había conocido en aquella cafetería. Se preguntó si acaso Begoña no era la primera persona perteneciente a la Fundación Petunia a la que había conocido en su vida, pero aquella ocurrencia era absurda. Hasta que aquella mujer no le había hecho la entrevista jamás había oído hablar acerca de la Fundación, ni tenía el honor de haber conocido con anterioridad a nadie que fuera miembro de la misma. ¿O sí? ¿Alguno de sus conocidos pertenecía a Petunia? Pensó en David, pero enseguida desechó la idea. David se lo hubiera contado, estaba convencida. Además, ¿qué demonios haría David en una organización de este tipo? No tenía sentido. Entonces, ¿de quién podía tratarse? Repasó brevemente los nombres de sus amigos y familiares, pero pronto llegó a la conclusión de que aquello no iba a conducirle a ningún sitio. Se estaba volviendo paranoica. ¿Qué sentido tenía que la Fundación hubiera

programado como contraseña personalizada para que ella pudiera leer documentos confidenciales, el nombre de alguien a quien ella conociera pero que jamás le hubiera confesado que era miembro de la organización? Era un disparate. Enfadada consigo misma por no ser capaz de descifrar aquel primer entuerto, decidió pedir ayuda a su compañero de sala, asumiendo el riesgo de quedar como una incompetente.

—Perdona, Mechero, estoy intentando meter la contraseña del archivo, pero por más que pruebo no soy capaz. Algo me he debido perder, porque no lo entiendo.

—¿Has probado con el apellido? Te he dicho que suelen configurar las contraseñas con la primera persona que has conocido en Petunia, pero muchas veces lo hacen con el apellido.

—Sí, las dos cosas, y nada.

—Déjame ver —contestó él girando el portátil azul de Anne hasta colocarlo junto al suyo. Desde la posición de Anne, era imposible que ella viera la pantalla. Sin embargo, lo que no podía dejar de mirar eran los aros de los agujeros de sus orejas. —Ya está. Aquí lo tienes —añadió él al cabo de unos segundos, devolviéndole el portátil—. La contraseña era el apellido.

—Perdona, debo ser imbécil, porque he metido el apellido varias veces y no se desbloqueaba.

—¿Estás segura de que lo has escrito bien? Mucha gente se confunde y escribe Argenta con jota en vez de con ge.

—Creo que lo he escrito con ge, estoy segura —contestó—. Aunque a lo mejor tienes razón y me he equivocado, hay veces que sigo dudando de ciertas normas gramaticales escritas del castellano, sobre todo cuando el sonido es similar tanto si lo escribes con una letra como con la otra, como ocurre con el apellido de Begoña.

—Ajá —fue toda la respuesta de él.

Anne se centró en el archivo que por fin tenía abierto en la pantalla de su portátil. Allí estaba. Un facsímil electrónico de la segunda copia del Códice 60, el inhóspito paraje apenas explorado que se mostraba ante ella encarnando su primera misión como jardinera de la Fundación Petunia. Casi nada. La emoción la embargaba, pero trató de no perder los nervios y embeberse de aquella maravilla histórica que la Fundación le había puesto ante sus ojos, al objeto de que la estudiara, tradujera y consiguiera averiguar algo más de aquél extraño legajo que formaba parte del libro y que no aparecía en la copia original oficial. Durante unos minutos aprendió a manejar el programa de gestión para visualizar el texto, lo cual no le costó, ya que era bastante intuitivo. Le agradó que, tanto utilizando el ratón como sus propios dedos sobre la pantalla, pudiera, de un modo bastante sencillo y ágil, aumentar y disminuir el tamaño de la letra, pasar página, seleccionar parte del texto y copiarlo a un archivo de texto, subrayar, destacar en negrita, y, en definitiva, hacer los usos que cualquier dispositivo electrónico de lectura permitía ya con un libro o revista en formato digital.

Las primeras tres horas se limitó a tratar de averiguar si la narración de la vida del santo desconocido seguía algún tipo de patrón u orden cronológico. Le ayudó en su empeño la aplicación que Mechero le descargó de la red desde su propio portátil y que, afortunadamente, pudo instalar en el ordenador azul de Anne a través de un *pendrive*, haciendo uso de los permisos oportunos que él tenía otorgados y de los que era evidente que ella carecía. Gracias a dicha aplicación, le fue mucho más fácil descifrar la, en ocasiones, engorrosa letra con la que el monje de San Millán de la Cogolla había escrito tanto el relato de la vida del santo como las glosas al margen del texto principal. Se animó a comenzar con la traducción provisional al castellano actual, que fue anotando en un documento de texto al que llamó “Vida del Santo”, y en el que fue insertando varios comentarios y notas a pie de página, lo cual le resultó curioso. Ahora era ella la glosadora del siglo XXI, la que intentaba aclarar lo que el cenobita de San Millán había escrito once centurias atrás. A medida que iba desarrollando su labor, se fue imbuyendo del alma ancestral de aquellas palabras antiguas, no teniendo muy claro si al avanzar en su traducción, se estaba convirtiendo en la mejor de las aliadas de aquel célibe que a la luz de las velas había escrito pacientemente esta segunda copia del Códice 60 o si, por el contrario, cuanto más desentrañaba el contenido del texto, más alta era su traición por revelar los entresijos de un relato que había permanecido oculto al mundo durante tanto tiempo. Se preguntó dónde habría encontrado la Fundación Petunia esta copia del vetusto códice. En cualquier caso, aquella terrible duda sobre las consecuencias de su trabajo con el libro no le hizo detenerse o titubear en su empeño.

Pensó que la idea de Jon Arkaute de llevar a cabo en primer lugar la traslación al castellano del texto principal escrito en latín, y más adelante realizar la versión en inglés, era lo más acertado. Al fin y al cabo, estaba segura de que lo que a la Fundación le preocupaba en ese momento era analizar el texto de cabo a rabo, mucho más que adaptarlo a su lengua nativa. Optó por ir desengranando una traducción a un español más o menos contemporáneo, ya tendría tiempo de pulir el vocabulario y las formas gramaticales, cuando tuviera que entregar el informe definitivo a Jon Arkaute.

VIDA DEL SANTO. Primera parte.
Traducción de Anne Wellington.

“Por la gracia de nuestro Señor Todopoderoso, hubo de venir a este mundo hombre tenaz y piadoso, más allá del curso del río junto al bosque frondoso, bajo la morada del Altísimo, y de nombre desconocido. Las criaturas del páramo besaban sus pies y ungián sus cabellos, pues era tal la grandiosidad y nobleza de su alma, que su benignidad traspasaba fronteras y por todas ellas era sabida. Como recompensa a su corazón compasivo, las criaturas rogaron al Señor que le otorgara dones llenos de sabiduría. Y así fue hecho.

Una mujer, que por todos era respetada, suplicóle un día que sanara los ojos de su hijo, los cuales desde su alumbramiento no veían la luz del sol ni las estrellas. El hombre, preguntóle al niño si creía en el Señor, y el rapaz contestóle que oraba cada mañana una plegaria de agradecimiento al Altísimo por otorgarle la vida. El hombre, hizo un uncto con tierra y agua, exhaló su aliento en él, y cubrióle así la mirada. Dos mañanas y dos tardes y el hijo pudo ver de nuevo, y la mujer lloró de alegría.

Vino allende las montañas un viejo que comerciaba con pieles y que era benevolente en el reclamo de los anticipos que concedía a quienes le compraban el género, que hubo de empeñar toda su riqueza en dar sepelio a su amada esposa y sus tres hijos, que fueron llamados por el Señor tras padecer los terribles dolores de un humor maligno. El hombre bueno tomó prestado el macuto del viejo y llenólo de flores y nueces y, cuando el mercader hubo de vaciarlo esa misma noche, encontróse dentro monedas, grano, carne y pieles. El que vino desheredado retornó a su tierra y pudo seguir su oficio.

Al otro verano el arroyo quedóse sin aguas y los cielos cesaron en su lluvia bendita. Así treinta días y treinta noches, y los animales perecieron, y los huertos se perdieron. Todos rogáronle su intercesión, y el hombre bueno dijoles cómo facer manar las aguas de la tierra, y así lo hicieron ellos, y los pozos del averno fueron su alivio.

Las lunas fueron saliendo y ocultáronse de nuevo, y el hombre colmó su espíritu de grandes obras. Acudían todos a su paso, pues muchas cosas milagrosas sus manos santas hacían, y él les enseñaba a hablar con el Señor con la lengua santa venida de los cielos¹, y fue tan magnánimo el fortunio que todos tenían por su causa, que el Señor sonreía desde las alturas¹, y era feliz, y grandes gracias le concedía.”

¹Nota de la traductora: Nótese la diferenciación de las expresiones “de los cielos” y “desde las alturas” aun refiriéndose al lugar donde habita Dios.

Anne decidió parar. Se le había pasado el tiempo volando. Aquella historia era extrañamente embriagadora, como si las palabras estuvieran escritas con el único propósito de embaucar de un modo casi mágico al lector y mantenerlo atento. Sin embargo sabía que había algo que no encajaba, aunque ahora mismo no fuera capaz de averiguar de qué se trataba. El texto la había absorbido de tal manera que ni siquiera había visto a Mechero salir de la habitación. Le buscó por todo el invernadero, pero no estaba. Volvió a la sala de trabajo y comprobó que había dejado apagado su ordenador. ¿Se habría despedido de ella o simplemente se había limitado a abandonar sigilosamente la vivienda aprovechando el estado de concentración absoluta de ella? Casi prefería que se hubiese marchado de esa manera; en realidad no sabía muy bien qué tono o actitud adoptar con él. Desde luego no iba a permitir que la toreará como le había visto hacer con

Lourdes, pero por otro lado, quizás era mejor intentar ser amable y tratarle como si fuera una colega. Sí, tal vez esa fuese la mejor opción. El chaval la tenía desconcertada. Por si no fuera suficiente tener que trabajar para una eminencia como Jon Arkaute, con el que ya había tenido el dudoso honor de quedar como una inepta, ahora además tenía que vérselas con un sabelotodo con malas pulgas. ¿Cómo era posible que no hubiese sido capaz de escribir correctamente el apellido de Begoña Argenta para poder desbloquear el archivo y acceder al código? Estaba convencida de que lo había escrito bien. Se quedó pensando unos segundos en la respuesta que le había dado Mechero. ¿Cómo sabía él quién era la primera persona de la Fundación Petunia con la que Anne se había topado? En ningún momento ella le había mencionado el nombre, de hecho era él el que había hablado de Begoña en primer lugar. ¿Se lo habría comentado Lourdes? Era lo más probable, pero aún así decidió que estaría atenta a cualquier otra respuesta incongruente que el joven le diera. Un dolor punzante en el estómago volvió a mellarle el ánimo. Por suerte llevaba en el bolso dos sobres de la solución blanca que solía tomar para el ardor. Calculó el tiempo que le quedaba para comer antes de que volviera Lourdes. Sabía que muy cerca del Palacio Euskalduna, junto a la ría, había un centro comercial, con lo que podría matar dos pájaros de un tiro, almorzar y aprovechar para comprar de una vez un maldito teléfono móvil.

20.

El gimnasio Kingdom Fit hacía honor a su nombre, proveyendo a sus usuarios de todo tipo de cortesías y comodidades, en algunos casos verdaderos lujos, que sin lugar a dudas estaban destinadas a hacer sentir a cualquiera como un príncipe en un reino dispuesto y diseñado única y exclusivamente para su disfrute. Sí, esa era la palabra exacta que describía la sensación que embargaba a David Vanner cada vez que ponía el pie en un gimnasio, sobre todo si se trataba de un club de esta categoría. Tendría que preguntar por las tarifas antes de irse, seguramente merecería la pena gastarse un poco más y cambiarse a este centro. Cuando le comentó a Anne que su supervisor le había invitado al gimnasio, ella le había insistido una y otra vez que tenía que acudir, había visto la página *web* del centro y le había parecido espectacular. No se había equivocado en absoluto.

Tras abandonar los vestuarios buscó la zona de musculación. La sonrisa cordial de Ander Goikoetxea le dio la bienvenida desde uno de los bancos de *press* con barra. Treinta kilos en cada disco. No era mucho, la verdad, David era capaz de levantar bastante más, pero observando la corpulencia de Ander estaba claro que el peso elegido debía corresponderse a un tipo de entrenamiento más intenso, seguramente estaba realizando series combinadas de dos ejercicios. El supervisor iba ataviado con una camiseta negra sin tirantes hecha con algún material transpirable y de sisas muy abiertas, que dejaban ver unos serratos perfectamente definidos, como le gustaba a David. En el tren inferior, llevaba una malla corta de compresión que marcaba sus glúteos y sus genitales de una manera un tanto llamativa. David jamás se había atrevido a llevar un culote de ese tipo. Prefería los pantalones de algodón bastante anchos, como los que se acaba de poner encima. La camiseta de David también era de aperturas pronunciadas, aunque de color fucsia, que hacía destacar su piel bronceada. Ander le enseñó el área de peso libre, que a esas horas de la tarde estaba repleta de gente. Decidieron entrenar juntos y ayudarse, primero con el *press* banca horizontal y luego con el superior. Definitivamente Ander estaba en bastante mejor forma que él, lo comprobó enseguida cuando vio que, ante la misma cadencia con los diferentes ejercicios, su resistencia era bastante superior. De hecho, mientras que el sudor había invadido cada uno de los rincones del cuerpo de David, Ander permanecía impassible, como si aquella consecuencia fisiológica no afectara lo más mínimo a su cuerpo. Una solitaria gota resbalando por su frente era el único efecto ante aquel esfuerzo. Tras las primeras tandas, realizaron varias series de aperturas en banco, tanto horizontal como inclinado, para terminar ejercitando los bíceps con una combinación de *curl* con barra y *curl* en predicador. David no pudo evitar quedarse mirando en más de una ocasión el torso perfecto de Ander, maldiciéndose por no haber hecho lo suficiente para ponerse al nivel que había logrado alcanzar en Inglaterra, antes de aceptar la invitación para el Kingdom Fit. Se dirigieron a la zona de cardio, con ánimo de utilizar las elípticas durante treinta minutos, como fase final del entrenamiento. Por el camino, Ander sacó a colación el tema de la muerte de la ex mujer de Tomás Benguría.

—El funeral de Iratxe es mañana a las siete en la iglesia de San Vicente Mártir de Abando, no sé si la conocerás. Si quieres, podemos quedar en la puerta y sentarnos juntos. Ya sabes, se presentará la mitad de la empresa, por quedar bien, pero, si te soy sincero, no me apetece nada tener que sentarme ni con Pierre Gutiérrez ni con ninguno de los otros jefes.

—Por mí bien, no hay problema.

—Me parece increíble que esto esté sucediendo, la verdad. Pobres niños, espero que no acaben dependiendo de los servicios sociales. Los conocí una vez que Tomás y yo quedamos fuera de la oficina para preparar un encuentro con un cliente, y eran una gozada de chavales. Adoraban a su padre.

—Y Alicia Rández sigue sin aparecer por la oficina. Supongo que sabrás que está de baja. Nadie parece saber mucho del tema, ni siquiera el Director Gutiérrez, que siendo el jefe de Alicia se supone que tendría que conocer lo que le ocurre exactamente.

—Pues o aparece pronto o tendremos que ir a buscarla. No quiero que se nos adelante el trío la la la.

—Nada me haría más ilusión que conseguir averiguar algo más definitivo de lo que hacía Tomás Benguría, y darle con un canto en los dientes a William Dik y compañía. A mí me vendría de perlas de cara a obtener el puesto indefinido en Artechnia y supongo que sería un aliciente para que a ti te ascendieran o al menos te subieran el sueldo.

Ander volvió a sonreír mientras se subía a la elíptica que había elegido. Tras levantarse la camiseta, dejó al descubierto su torso desnudo para colocarse una banda a la altura del pecho que mediría sus pulsaciones durante el ejercicio. David volvió a sucumbir ante el espectáculo que suponía el cuerpo sin imperfecciones de Ander, y se preguntó cómo era posible que tuviera unos abdominales tan definidos, sin apenas grasa, y al mismo tiempo mantuviera una masa muscular más que decente. Definitivamente la genética jugaba del lado de Ander, pero él no estaba dispuesto a quedarse atrás. Hablaría con su entrenador personal y haría lo que tuviera que hacer para por lo menos estar al mismo nivel. ¿Qué clase de aspirante se suponía que era si no era capaz ni siquiera de igualarse a su supervisor? Sonrió para sus adentros. Aquel tipo de pensamiento podía parecer de lo más superficial, pero estaba claro que en Artechnia no sólo se valoraban los méritos profesionales y el intelecto de los candidatos, no había más que observar el aspecto saludable de la mayoría de los que habían superado la selección inicial. No sabía hasta qué punto tendría más o menos peso la apariencia física en la criba final, pero, por si acaso, estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta para ser uno de los mejores. ¿Era un frívolo por pensar así? Probablemente, pero le daba igual. La superficialidad podía ser su piel exterior, la que los demás veían, pero la ambición era su segunda piel, la más importante, su dermis interior, la que sustentaba todo su ser, y esa era la que realmente guiaba sus pasos. Afortunadamente, muy pocos eran capaces de atisbarla a simple vista.

21.

El restaurante que había elegido se encontraba en pleno barrio de Abando, no muy lejos del Kingdom Fit y prácticamente a un paseo de la parroquia donde al día siguiente se celebraría el funeral de Tomás Benguría. Ander se había marchado precipitadamente del gimnasio tras recibir una llamada mientras estaba usando la elíptica. Tenía que admitirlo, le hubiera gustado verle desnudo en las duchas, pero así era mejor, no podía permitirse que el supervisor le sorprendiera mirándole, lo cual era muy probable que ocurriera. Justo antes de abandonar el vestuario recibió un mensaje en su teléfono móvil. Era de Anne. Había conseguido hacerse con un nuevo aparato ese mismo mediodía y lo mejor era que había podido conservar su número de teléfono. David le propuso quedar en una hora para cenar juntos en un local del que le habían hablado maravillas, y ella había aceptado sin miramientos. Según le dijo le quedaba prácticamente al lado de su oficina, aunque no quiso concretarle la ubicación exacta de su lugar de trabajo. Eran las nueve y media de la noche y el restaurante estaba casi lleno de comensales. Tras anunciar su llegada, David decidió esperarla en la barra tomándose un refresco de cola sin calorías. Cuando Anne entró en el establecimiento, varios de los clientes volvieron la cabeza y se le quedaron mirando durante unos instantes, antes de proseguir con lo que estaban haciendo. Esa era otra de las virtudes que ambos compartían. Solían causar esa impresión en los demás, aunque no estuvieran especialmente arreglados para la ocasión. Era como si el resto de la gente percibiese en ellos una especie de aura atrayente que irremediamente captaba su atención, justo el tiempo necesario para darse cuenta de que la mayoría de ellos jamás llegarían a estar con nadie que portara ese halo hipnótico que les hacía tan apetitosos. El caso es que Anne estaba preciosa. Llevaba uno de esos vestidos vaporosos que tanto le gustaban e iba ligeramente maquillada, con el cabello cobrizo suelto. Él había tenido tiempo de pasarse por casa y cambiar el traje por unos vaqueros y una camiseta azul ajustada.

Eligieron los platos estrella del restaurante, ensaladilla de quinoa y ceviche para ella, y kebab vegano y raviolis de tofee para él, que había decidido utilizar esa cena como la comida libre que su entrenador personal le permitía una vez por semana. Un joven de aspecto desaliñado situado tres mesas por detrás de Anne la miraba de reojo cada dos por tres. David intentó ignorar su insolencia, estaba claro que aquel imberbe debía de tener las hormonas alborotadas, porque el efecto magnético que producía Anne en los demás, generalmente no solía durar más de dos minutos. Ella estaba especialmente habladora, la notaba emocionada, como si estuviera disfrutando de una de las mejores experiencias profesionales de su vida con su nuevo trabajo. Aun así, se negó a darle más detalle, todo debido a unos dichosos contratos de confidencialidad que le habían hecho firmar y que le impedían hablar más de la cuenta. En un momento de la conversación ella le había preguntado, entre risas, qué le parecía la idea de ser padre algún día, a lo que él había intentado responder con evasivas, yéndose por las ramas. Lo que faltaba. Tenía que hablarle

del tema y no sabía cómo empezar, no quería que aquella maravillosa velada se estropeará en un segundo por su culpa.

—Anne, hay algo que tengo que contarte —titubeó.

—Madre mía, te ha cambiado la cara de repente. ¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien?

—¿Te acuerdas del paquete que me trajo Adrián, el vecino de enfrente?

—Sí, como para no acordarme. Aún recuerdo tus gritos acusándome de haber roto el sello del sobre que venía dentro—. Anne también recordó sus intentos de volver a abrir el cofre negro cuando lo descubrió oculto en el doble fondo de uno de los cajones del aparador de la entrada de la casa de David, pero obviamente eso jamás se lo iba a contar.

—Me preguntaste varias veces que quién era la mujer que me había enviado el paquete, Sabina Elguea. No quería que supieras mucho de esta parte de mi vida, pero es que ha ocurrido algo y creo que tienes que saberlo. Sabina Elguea es mi tía, la hermana de mi madre—. Anne recordó la única conversación acerca de su familia que había tenido con David cuando aún vivían en Londres. Ocurrió poco después del incidente del lago Windermere. Una noche de borrachera, David le contó que su padre era un importante empresario nacido en Holanda, y que su madre había muerto cuando él tenía dos años.

—Venga, dímelo, no pasa nada, me estás asustando.

—Me ha llamado esta mañana. Tiene cáncer y la cosa no pinta muy bien. Los médicos le han dado, en el mejor de los casos, un año de vida, en el peor, dos meses. Me ha dicho que quiere verme, que ha pasado demasiado tiempo desde la última vez.

—¿Y tú qué quieres hacer?

—¿Sinceramente? Preferiría no volver a verla el resto de mi vida. Hizo mucho daño a mi familia Anne, pero tengo que hacerlo. Es como mi madre, me crió hasta que me marché de casa a Amsterdam para empezar la universidad. En realidad, yo pensaba que era mi verdadera madre hasta que con catorce años me contaron lo que realmente había sucedido, que mi madre biológica había muerto cuando yo era pequeño.

—Pero... y perdona que me meta donde no me llaman, ¿y tu padre? ¿cómo es que tu padre no te contó la verdad hasta que tenías catorce años?

—Es una larga historia, pero básicamente se puede resumir en que al morir mi madre, mi padre decidió pasar de mí y dejarme a cargo de mi tía Sabina. Jamás me ha explicado las razones que le llevaron a abandonarme, y no sé si ya quiero saberlas, después de tanto tiempo. Intuyo que en aquella decisión tuvo mucho que ver Sabina y mi abuela Véspero, no se llevaban bien con él. Alguna vez le volví a ver, pero jamás se dignó a acercarse o intentar hablar conmigo. Sé que volvió a casarse y tuvo familia, pero no tengo contacto con ninguno. De vez en cuando busco en Internet su nombre, para enterarme de qué es de su vida, pero llevo más de diez años sin verle.

—Lo siento, cariño, y te agradezco, no sabes cómo, que hayas confiado en mí para contarme esto, con lo que te cuesta abrirte.

—Sí, bueno, no te creas, si te lo estoy contando es porque me ha pedido que la visite este fin de semana, y quiere que tú vengas también, tiene ganas de conocerte—. David se arrepintió al instante de haber pronunciado esas palabras.

—Yo no tengo ningún problema, si tú quieres te acompaño, y si no, me quedo aquí trabajando.

—No me hace ninguna gracia que la conozcas, te lo aseguro. No es muy buena persona, la verdad, pero me temo que no tengo opción. Se lo debo. Es como mi madre, y se está muriendo. Anne, tengo que ir a verla. ¿Te apetece pasar un fin de semana turístico en La Rioja Alavesa? Mi tía vive en un pueblecito muy cerca de un hotel que me ha recomendado encarecidamente Inés San Juan, la secretaria de la Presidenta de Artechnia.

—Vaya, vaya, veo que ya te codeas con la *jet set* de la empresa—bromeó ella.

—Sí, bueno, Inés me cae bien, es una de las pocas personas con las que he tenido algo de contacto, aparte de Ander, mi supervisor. Es aquel hotel del que te hablé en Londres, no sé si te acordarás, el que había sido diseñado por el mismo arquitecto que el Guggenheim. Si te apetece, te invito a pasar la noche del viernes y el sábado allí.

—Claro que me apetece, sabes que estoy enamorada de ese hotel desde que me lo enseñaste en aquella foto. Además, por fin voy a conocer donde te criaste, me hace mucha ilusión. ¿Así que eres de por allí? No sé por qué no me lo habías dicho antes, podíamos haber planificado mejor una visita a la zona, con más tiempo.

—Créeme, si no te lo he contado antes, ha sido por tu bien. Mi familia no es la más idílica del planeta. Yo nací en Logroño, es una ciudad que está a pocos kilómetros de distancia, y que no pertenece al País Vasco, no sé si la conocerás. Pero sí, pasé en Lacaverna toda mi maravillosa infancia en manos de mi tía, la gran mentirosa. Por cierto, esto era lo más importante que quería contarte, pero aún hay más.

—Cualquier cosa que me digas me va a parecer una migaja en comparación —se rió ella.

—Bueno, no te creas. ¿Te acuerdas de lo que te conté de Tomás Benguría, el jefe de prensa de Artechnia, el que se suicidó al poco de llegar yo a la empresa? —Anne asintió—. Han encontrado muerta a su ex mujer en su casa, asesinada al parecer por ladrones. Y lo peor es que se han cebado con la pobre mujer, la han degollado. Mañana por la tarde es el funeral. He quedado con Ander para ir con él.

—Si quieres puedo acompañarte, ya que estamos en este maravilloso momento de confidencias y revelaciones. Me encantaría conocer un poco más a la gente con la que trabajas.

—Muy buenas, pelirroja —una voz juvenil sonó a espaldas de Anne. David fulminó con la mirada al mocoso que había estado echando miraditas a su novia desde que se habían sentado a la mesa. Al final, aquel pringado parecía que los tenía bien puestos. La inglesa se volvió hacia la voz sin saber muy bien qué contestar.

—Hola Mechero. No me había dado cuenta de que estabas también aquí—. David notó a Anne bastante incómoda, casi nerviosa—. David, te presento a Mechero, trabaja conmigo.

—No hace falta que me presentes a tu novio, guapa, ya tenemos confianza, nos hemos estado cruzando las miradas desde que habéis llegado, ¿verdad, campeón? —dijo mientras tendía la mano con intención de estrechársela a David. Anne no sabía dónde meterse, no sabía qué podía ser peor, si la reacción de David ante el descaro de Mechero, o lo que podía contestarle éste a su vez.

—Hola Mechero, encantado de conocerte—. David se mostró cordial y estrechó la mano del muchacho. —¿A qué se debe ese nombre tan chulo que tienes? Espero que sea porque fumas cosas muy malas y no porque seas un pirómano—. Anne carraspeó, aquello no podía terminar bien.

—Ostia, eres cojonudamente gracioso, chaval, me parto —respondió él, riéndose con sinceridad fingida.

—Sí, ¿verdad? —continuó David—. Era broma, hombre. Pero, si no te importa, me gustaría poder continuar la cena tranquilamente con mi novia, estábamos teniendo una conversación seria. ¿No te molesta, verdad?

—Claro que no, campeón, uno sabe cuándo sobra. Pelirroja, mañana nos vemos en la ofi —contestó Mechero guiñándole el ojo y haciendo el saludo típico de los surfistas mientras se alejaba a su mesa.

Anne tragó saliva, menuda manera de conocerse que acababan de tener David y Mechero. El caso es que la situación, aunque un tanto violenta, le había resultado graciosa. Por supuesto no le había gustado el tufo machista de Mechero cuando le había llamado “guapa”, pero aún así, la experiencia le había divertido. Se volvió hacia la mesa de Mechero y le vio acompañado de un señor mayor, que podía ser perfectamente su abuelo. Mechero advirtió que le miraba y volvió a guiñarle un ojo. Enfrente de ella, la ira se desbordaba por la comisura de los labios de David y lo peor era que el motivo no era ella. David no era celoso. Por lo menos hasta ahora. Estaba segura de que aquella furia se debía a la actitud de Mechero. David no aguantaba a los niños; a decir verdad, ella tampoco. Aunque con Mechero la cosa era diferente, él era su niño.

22.

Un frío helador atería a los asistentes al funeral de la ex mujer de Tomás Benguría. En el exterior, la lluvia torrencial atormentaba a los viandantes que, como podían, huían apresurados hacia los soportales. El día había amanecido gris y la temperatura había descendido varios grados respecto de la jornada anterior. Pero al párroco de San Vicente Mártir no pareció importarle lo más mínimo y no había encendido la calefacción. Los primeros quince minutos fueron soportables, pero la ceremonia se estaba alargando más de lo usual y no eran pocos los que habían decidido abandonar la iglesia en busca de sitios más confortables. David Vanner y Ander Goikoetxea estaban sentados en las últimas filas de asientos, muy cerca de otros compañeros de Artechnia que también habían acudido. Ningún jefe había hecho acto de presencia, seguramente influenciados por el hecho de la investigación que la compañía había emprendido para aclarar el supuesto espionaje industrial llevado a cabo por Tomás Benguría. Entre los trabajadores que sí asistieron, David reconoció varios rostros conocidos, entre ellos el de Inés San Juan. En la parte delantera, una mujer mayor lloraba desconsolada, posiblemente la abuela de los hijos de la difunta. Justo en el momento en que el coro interpretaba un estremecedor himno en euskera, la vio. Deseaba con todas sus fuerzas que fuera ella. Tenía que ser ella. Sentada en la esquina de uno de los bancos de las primeras filas, Alicia Rández permanecía inmóvil, atenta al folleto en el que aparecían las letras de las canciones que estaban sonando durante la ceremonia. David le dio un codazo a Ander y señaló en su dirección. No podían perderla de vista ahora que parecía que el funeral estaba acabando. Como si la joven hubiera podido leer su pensamiento, se levantó y caminó hacia la salida con el teléfono móvil en la mano. David no se lo pensó dos veces e hizo lo mismo, pero al incorporarse vio a Anne sentada en la última fila saludándole con la mano. Le pidió a Ander que por favor siguiera a Alicia, él les alcanzaría más tarde. Supervisor y supervisado abandonaron sus asientos hacia la puerta de entrada. David se sentó en el hueco que había libre junto a Anne y le frotó cariñosamente la pierna. Anne había estado todo el día liada en su lugar de trabajo y no había podido llegar a tiempo a las exequias por Tomás Benguría. Volvió a notarla especialmente entusiasmada, resplandeciente y llena de vida, lo que contrastaba con la atmósfera lúgubre del lugar. Al cabo de otros diez minutos interminables, el sacerdote bendijo a todos los asistentes y poco a poco, todos fueron levantándose y abandonando el templo. David, con Anne cogiéndole del brazo, buscó desesperadamente a Ander y a Alicia Rández al salir al exterior, donde un sol reluciente había desterrado a la molesta lluvia. Tiró de Anne cuando le pareció vislumbrar a Ander y a Alicia hablando con una tercera persona a lo lejos, en los Jardines de Albia, pero ella hizo caso omiso y permaneció anclada al suelo observando a un tipo de aspecto nórdico, se atrevería a decir que noruego, que en ese momento daba el pésame a uno de los asistentes. Le dijo que le esperara en algún bar cercano, que tenía que hablar con unos compañeros de la oficina y en seguida se reuniría con ella. Anne no contestó, seguía absorta mirando a aquel individuo, y se limitó a asentir con la cabeza.

David se alejó de ella y dirigió sus pasos hacia donde se encontraban el supervisor y Alicia hablando con un hombre al que no conocía. Al llegar, los tres interrumpieron su conversación abruptamente.

—Hola Alicia, me alegro de verte —dijo David—. Espero que estés mejor. Se te ve bien.

—Hola David, yo también me alegro de verte. Sí, estoy mejor, gracias.

—David, éste es Giuseppe Antonelli, amigo íntimo de Tomás Benguría. Giuseppe ha contactado con Alicia porque tenía que decirle algo muy importante —dijo Ander. David le saludó estrechándole la mano. —Hemos estado hablando los tres y bueno, creemos que tú también deberías saberlo, ya que está relacionado con lo que Tomás podía estar haciendo en Artechnia—. David se preguntó que tenía que ver Alicia Rández en todo aquello, y se molestó un poco al comprobar que entre ella y Ander había más que buena relación. Aquello era confianza el uno en el otro, lo cual contradecía lo que Ander le había comentado días atrás sobre su vínculo con ella.

—David, antes que nada, esperamos que todo esto no salga de aquí, por favor, confiamos plenamente en ti. Ander me asegura que eres legal y que estás de nuestra parte. Sólo espero que no lo echés todo a perder —dijo ella.

—Está bien, pero soltadlo ya, me tenéis en ascuas.

—David, amigo, estoy convencido de que Tomasso no se quitó la vida —dijo de repente el extraño, con un evidente acento italiano—. Es más, la muerte de Iratxe, su ex mujer, tampoco ha sido fruto de un trágico atraco. Los dos han sido asesinados David, puedes estar seguro.

David miró a Ander sin entender del todo las palabras del amigo de Tomás Benguría. Observó también a Alicia, que parecía estar rogándole con la mirada que no se asustara y no contara nada. Ander rodeó con su brazo el cuello de David colocando su mano sobre su hombro derecho.

—Puede que esto sea más grande de lo que nos estábamos imaginando, David. Giuseppe cree firmemente que alguien de Artechnia ha tenido mucho que ver tanto en la muerte de Tomás como en la de Iratxe, y creemos que puede tener razón —dijo Ander.

—David, antes que nada creo que deberías saber algo. No me siento cómoda sin que lo sepa él, chicos —añadió Alicia dirigiéndose a los otros dos, que parecieron darle permiso para continuar—. David, esto que te voy a contar tampoco puede salir de aquí, por favor, mi carrera puede verse perjudicada. Y no sabemos hasta qué punto mi seguridad también podría verse afectada, por decirlo de una manera suave.

David Vanner sabía cuáles serían las palabras que dejarían escapar los carnosos labios de Alicia Rández a continuación. Lo había sospechado desde que había visto desde la distancia a Ander hablando amigablemente con Alicia minutos atrás. No lo había querido creer del todo, porque no encajaba con la opinión inicial que él se había formado de Alicia Rández, pero, en realidad, tampoco la conocía tanto como para poder asegurar qué tipo de persona era. Alicia era la amante de Tomás Benguría, uno de los motivos por los que el jefe de prensa había decidido poner fin a quince años de matrimonio y la principal razón por la que su ex mujer había decidido emprender una guerra sin piedad para dejarle sin un céntimo. Y eso no era todo. Ander lo sabía desde mucho antes de que David llegara a la compañía, y había fingido no saber prácticamente nada de ambos cuando David le había sacado el tema. Meses atrás, el supervisor había encontrado

a Alicia Rández y a Tomás Benguría en una situación más que comprometida en uno de los aseos masculinos de la tercera planta de La Pecera. Días después, Alicia había suplicado a Ander entre lágrimas que por favor no contara nada. Y Ander había accedido. Ander era un buen tipo, jamás podría hacerle daño a nadie, y mucho menos a una compañera cuya situación dentro de la empresa podía correr peligro si se descubría aquella relación secreta. David se preguntó qué hubiera hecho él en ese caso. Seguramente hubiera chantajeado a Alicia Rández de alguna manera, hubiera buscado algún beneficio a cambio, o al menos se hubiese aprovechado de la situación. Pero Ander Goikoetxea no tenía ni de lejos, la misma dermis interior que David. Su piel no tenía diferentes capas, a cada cual más distinta. Su piel era tersa, firme, sin pliegues, podría decirse que era casi transparente. David sonrió mientras miraba a Ander de soslayo, que seguía con su brazo extendido sobre sus hombros, y le admiró. Ander Goikoetxea no era como él. Ander Goikoetxea tenía un corazón límpido, y que una buena persona como él confiara en alguien como David decía mucho de la candidez e ingenuidad del supervisor. David disfrutó de ese momento, sintiéndose apreciado, aquella sensación era verdaderamente agradable.

Segunda parte

“FLORACIÓN”

23.

La luz del sol del atardecer se reflejaba en las escarpadas cumbres de la cordillera que se asomaba majestuosa sobre las fértiles vegas repletas de hermosos viñedos, como un centinela silencioso encargado de dar cobijo y resguardo a aquellas tierras fecundas y a todos sus habitantes. Habían optado por alquilar un coche y conducir desde Bilbao hasta aquella bella comarca del sur del País Vasco. David aún no se había decidido a comprarse uno, y tampoco sabía si terminaría haciéndolo; quizás lo mejor era esperar al resultado final del proceso seleccionador en su compañía. Condujeron por la autopista que unía Bilbao y Logroño, pero en el alto de Altube, optaron por abandonar la vía y continuar a través de los puertos de Vitoria, primero, y Herrera, después. David había insistido en hacer ese recorrido porque quería que Anne se llevase la mejor de las impresiones cuando viera La Rioja por primera vez. Por el camino cruzaron por el este la ciudad de Vitoria, y Anne no pudo vencer la tentación de otear el horizonte en busca del casco medieval ubicado sobre la colina donde comenzó a existir la antigua Gasteiz. Sabía que era prácticamente imposible conseguir contemplar la muralla desde la zona por la que estaban circulando, pero aún así, la emoción de estar en ese momento en una de las localizaciones a las que se refería la copia del Códice 60 y además, tan cerca del antiguo cercado defensivo, la embargó de tal manera que se prometió a sí misma que tenía que volver en cuanto pudiera y disfrutar de aquella maravilla sobre el terreno. Recordó las palabras de Jon Arkaute acerca del misterio relativo a la antigüedad de la muralla, acentuado todavía más por lo que decía aquella glosa de la vida del santo que daba a entender que ya era “vieja” en el momento en que se escribió la copia, mucho antes de la fecha en la que se suponía que fue levantada. Aunque no pudo comentar nada con David, aprovechó para contener esa sensación de inmensa alegría el resto del viaje y desbordarla en el momento en que David aparcó el coche y le descubrió una de las mejores panorámicas de la Rioja Alavesa que la naturaleza brindaba a lugareños y visitantes. Descendiendo el puerto de Herrera, un balcón natural se abrió ante ellos, deleitándoles con unas espectaculares vistas de las tierras que cientos de metros más abajo henchían el paisaje de miles de hectáreas de vides repletas de uva. Anne contempló extasiada el horizonte, disfrutando de aquella visión abrumadora y de los colores aún verdosos de los viñedos, que salpicaban el entorno y parecían regocijarse con el baño de luz crepuscular de aquella tarde de septiembre. David le había advertido, pero aún así aquella escena superó todas sus expectativas. Lo que la sierra de Cantabria tenía ante sus pies era un precioso cuadro viviente que rebosaba vida y belleza. Dedicó unos minutos más a pasearse por el mirador, recreándose en cada detalle y tratando de adivinar cuál de los pequeños pueblos que se divisaban abajo podía ser Lacaverna.

David, sin embargo, no aparentaba estar disfrutando. Seguramente la causa no era otra que el hecho de que había visto aquel paisaje cientos de veces, pero aún así le notó raro, inquieto, mirando de reojo a su alrededor como si esperara la llegada de alguien. Tras esa breve parada, condujeron hasta una especie de cortijo ubicado en las afueras de una aldea, muy cerca de Laguardia. Finalmente no habían podido reservar habitación en el hotel de Elciego que tanto gustaba a Anne. Había un importante congreso vitivinícola en Logroño y las habitaciones de los

hoteles más prestigiosos de la zona estaban agotadas desde hacía meses. David se las arregló para encontrar una casa rural en un tiempo récord. No le quiso dar muchas explicaciones de cómo había logrado alquilarla para ellos dos, pero Anne tampoco hizo demasiadas preguntas al respecto.

La noche era ya cerrada cuando atravesaron la valla que delimitaba la finca donde se levantaba el caserío, que apareció ante ellos ligeramente iluminado por las bombillas que los dueños habían colocado en el porche. En la puerta principal les esperaba una mujer menuda vestida con una bata azul de andar por casa y unos zuecos. Anne advirtió cómo la anciana se mordía el labio inferior en una clara expresión de disgusto o preocupación. David se acercó a ella y le saludó dándole dos besos en cada mejilla.

—Buenas noches Rosa, muchas gracias por recibirnos a estas horas.

—Buenas noches, señor, me alegra que haya venido usted a hacernos una visita. Permítame que le diga que sé que es usted porque es clavadito a su padre.

—Espero que más guapo y joven que él, Rosa —bromeó David. —Pero no hablemos de mi padre, hemos venido a relajarnos y a pasar un fin de semana agradable, y no a recordar cosas feas. Rosa, te presento a mi novia, Anne.

La mujer clavó su mirada en ella dos segundos, pero apenas mostró interés ante su presencia.

—Señorito David —le llamó utilizando la fonética latina de su nombre—, le he arreglado la casa lo mejor que he podido con tan poco tiempo. Si me hubiera avisado antes, podía haberles traído algo para el desayuno. Sólo me ha dado tiempo a prepararles unas tortillas de patata y algo de picar. Hace ya algún tiempo que no abrimos la casa para turistas, requiere mucha dedicación y yo ya estoy mayor para esos trotes.

—Y una buena botella de vino, espero —le interrumpió él—. No te preocupes, Rosa, te agradezco el esfuerzo. Estamos bastante cansados así que comeremos algo y enseguida nos iremos a dormir, para aprovechar mañana todo el día.

—Muy bien, señorito, yo le dejo ya —seguía hablando en singular, a pesar de que Anne estaba plantada a medio metro de distancia de ella—. Voy a ver si llego al pueblo antes de que sea de noche del todo.

—Si quieres que te acerquemos, podemos llevarte en coche.

—No, déjelo, me conozco estos caminos como la palma de mi mano. Además, llevo una linterna para que me vean en la carretera y no se me lleven por delante.

—Está bien, Rosa, pero vete con cuidado.

David cogió a Anne del brazo y juntos atravesaron la robusta puerta de madera que daba acceso al salón principal de la casa, mientras la mujer se alejaba en dirección al vallado. A pesar de la poca consideración que había tenido la propietaria con ella, a Anne le encantó la decoración rústica y acogedora del inmueble. David le contó que la señora Rosa era una antigua empleada de la familia Elguea, y que la mayoría de sus ascendientes habían servido desde hacía generaciones a la familia materna de David. De hecho, Rosa fue una de las niñeras que David tuvo durante sus primeros años de vida, y a la que recordaba vagamente, pero con un gran cariño, pues siempre le trató bien. Sin embargo, cuando murió la madre de David y Ruud Vanner, el padre de David, decidió alejarse de los Elguea y de su propio hijo, la señora Rosa terminó yéndose a Logroño a servir al señor Vanner. David era muy pequeño cuando ocurrió todo y su tía Sabina jamás había querido explicarle nada de todo aquel asunto. A pesar de sufrir el doble abandono de su padre y de la señora Rosa, David no le guardaba rencor a la dueña de la casa rural. Al fin y al cabo, en aquel momento ella tuvo que mirar por los suyos, y, probablemente, Ruud Vanner le ofreció más dinero que los Elguea.

Comieron algo pero enseguida David se fue al dormitorio. Anne sacó su ordenador portátil y aprovechó para conectarse a la red WIFI y acceder al ordenador donde esa misma mañana Mechero, violando seguramente todas y cada una de las normas de seguridad establecidas por la Fundación Petunia, había conseguido copiar el archivo del Códice 60, algo que según Lourdes del Río era prácticamente imposible, salvo que uno fuera un experto pirata informático. La conclusión era evidente. O se trataba de un farol de la guía para amedrentar a Anne, o Mechero era un *hacker* en toda regla. Él había insistido en que era una tontería, que cualquiera con un par de conocimientos sobre el tema podría haber hecho lo mismo, pero a Anne le preocupó que el muchacho estuviera arriesgando su posición dentro de Petunia sólo por agradarla. En cualquier caso, no había puesto ningún impedimento a aquella actividad seguramente delictiva. Desde que había atravesado Vitoria esa tarde, estaba ansiosa por seguir trabajando en la traducción de la vida del santo. Presentía que aún no había llegado a la parte más interesante, y no podía aguantar hasta el lunes para poder continuar su trabajo. Tras ejecutar todas y cada una de las instrucciones que Mechero le había apuntado en una hoja de papel, como si Anne fuera una niña pequeña a la que hubiera que indicarle paso por paso hasta donde se hallaba situado el botón para encender el ordenador, consiguió sin problemas acceder al archivo que contenía la copia del códice. Al abrirlo y leer sobreimpreso en la pantalla el nombre de la Fundación, le vino a la cabeza la imagen del hombre de aspecto nórdico que vio en el funeral de la ex mujer de Tomás Benguría. Se había quedado de piedra al verle allí, dando el pésame y saludando a la abuela de los hijos de Benguría, que al final de la ceremonia había subido al altar y había agradecido en nombre de toda la familia la asistencia de los allí presentes. Lógicamente no había podido decirle nada a David, pero se había asustado de verdad. No estaba segura del todo de si el hombre la había visto a ella en la iglesia, pero no había duda de que era el mismo joven que se encontraba en la sala de la biblioteca de la Fundación Petunia el día que había conocido a Jon Arkaute. Se acordaba de él perfectamente, porque le había resultado curioso cómo había conseguido transportar, de una vez y utilizando únicamente sus brazos, al menos siete libros sin perder el equilibrio. Fueron solo un par de minutos, pero alguien con unos rasgos físicos tan poco frecuentes en Bilbao, era bastante fácil de recordar. Una de las normas de la Fundación que Lourdes sí le había explicado era que, en general, era recomendable no relacionarse con otros jardineros fuera del entorno estricto de la organización. Aunque se permitía alguna licencia, como por ejemplo, tener contacto siempre que

el resto de personas adyacentes no supieran en ningún momento que ambos trabajaban juntos, y mucho menos para Petunia. Así habían conseguido salvar los muebles en más de una ocasión, como cuando por ejemplo dos o más jardineros coincidían en un mismo acto social o familiar. Mechero había violado esa norma ostensiblemente en el restaurante vegetariano al que había acudido con David hacía dos noches, al presentarse ante ella y David con aquel desparpajo. ¿O había sido ella la que había quebrantado la norma al comunicar a David que Mechero y ella trabajaban juntos? Prefirió no analizar más aquel encuentro, no podía hacer nada por cambiarlo. En el funeral, estuvo a punto de acercarse al joven nórdico y saludarle, pero al final, no quiso arriesgarse a violar de nuevo aquel dichoso precepto. Se preguntó qué relación tendría el joven con la abuela de los hijos de Benguría.

Trabajó una hora más en la traducción del código, pero no se atrevió a adicionarla de manera telemática a la que había comenzado en el invernadero de Lourdes, a pesar de que Mechero le había indicado cómo hacerlo. Demasiados riesgos. Prefirió transcribirla en un nuevo archivo que guardó en la unidad C de su ordenador. Ya habría tiempo de pasarla al ordenador azul, seguro que Mechero no tenía ningún problema en hacerlo, a través de un *pendrive* u otra solución parecida.

“VIDA DEL SANTO. Segunda parte.

Traducción de Anne Wellington.

“Estimóse que por su prestancia fuera acaso imperioso hacer más seguros al hombre santo y a sus hijos que en buen grado le amaban, y levantáronse muros alrededor de su casa. El hombre convidó a todos y fueron días de prosperidad y alegría. Venados y caballos.

Mas la inquina de los tres parientes del otro lado del muro fuera tan honda por causa de la riqueza que el hombre bueno ostentase, que juntáronse los tres para vencerlo. Mas no pudieron. Los hijos del hombre bueno, que fieros guerreros eran, presentaron batalla e hirieron de muerte al pariente más viejo. Al sexto día, la paz retornó y acordóse que el hombre santo sanase al pariente mayor y que el resto de parientes prestase el socorro al hombre bueno y sus hijos para erigir la casa del Señor Todopoderoso. Cada uno de los tres parientes quedóse en su casa, el mayor en la más grande, y el hombre santo quedóse también en la suya, y junto a ella levantó la del Altísimo.

La noche más larga del año y al día siguiente celebróse en casa del hombre santo un gran convite. Los hijos del hombre lucieron sus mejores animales y sus más bellas pieles, y las intercambiaron. Todos veían lo de los demás en las puertas de sus casas y buenos tratos hiciéronse. Los hijos de los hijos, infantes y mujeres, jóvenes y viejos, todos dentro del muro. El hombre bueno rindiendo pleitesía al Altísimo en la casa levantada en su honor. El sol en lo alto y las flechas de fuego descendieron de los cielos. Del otro lado de la montaña horror y sangre llegaron. El muro acechado y el espectro venido de más allá de las montañas sembró la muerte. Unos pocos huyeron. El hijo preferido del hombre bueno huyó de su lado portando la llave¹ de la casa del Altísimo, las flechas a su espalda. El espectro acechóle y el hombre santo, rogando

socorro al Señor, hizo bajar el sol a la tierra y el hijo mártir, manando sangre, pudo marchar² a través de las montañas. Luego acabóse todo.”

¹GLOSA realizada al margen por el monje (en lengua vasca): “*Ich santuec*”: “*Las palabras sagradas*”, “*hitz santuak*” en euskera actual.

²GLOSA realizada al margen por el monje: “*Huyó. Oiraco. Gastehiz*” (escrito en incipiente castellano) “*con sus murallas viejas en la colina*” (escrito en lengua vasca).

Nota de la traductora a esta glosa²: La expresión en euskera “con sus murallas viejas” tal y como está escrito en la lengua vasca puede estar refiriéndose tanto a Oiraco, como a Gastehiz, o a ambas.”

Había llegado al final del texto. Volvió a emocionarse al llegar a la parte de la glosa escrita en euskera que se refería a las murallas antiguas de Oiraco y Gastehiz, recordando de nuevo las explicaciones que el jardinero Jon Arkaute le había dado días atrás en la biblioteca del Casco Viejo de Bilbao. Se sintió orgullosa de todo lo que había avanzado en tan poco tiempo, a pesar de que entre la primera y la segunda parte del texto que había traducido, faltaban al menos dos hojas. Cuando había tenido delante la copia del códice en la biblioteca, había visto perfectamente los restos en el lomo, como si alguien las hubiese arrancado de cuajo. A pesar de su satisfacción, había muchas frases que no llegaba a comprender del todo. Parecía que el monje hubiese querido dejar pequeñas adivinanzas al lector y fuera éste el encargado de ir descifrando todo el mensaje a través de esas pistas. Tenía que hablar con Jon Arkaute y analizar el texto, a ver si llegaban a algún tipo de conclusión. Miró el reloj de la pared. Había pasado casi hora y cuarto desde que David había subido a la planta de arriba. Ya era suficiente por esa noche, no quería meterse muy tarde a la cama, al día siguiente le esperaba una agenda repleta de actividades, incluida la comida que la tía de David había organizado en Lacaverna. Apagó el ordenador y se levantó de la mesa, pero un ruido repentino la hizo detenerse en seco. Había algo fuera del caserío. Deseó que no se tratara de ningún perro callejero, les tenía pánico. Su perro Júpiter era un adorable *collie* perfectamente adiestrado, pero un perro salvaje era otra cosa muy distinta. La idea de que fuera un jabalí revolviendo entre la basura tampoco le tranquilizó. ¿Y un lobo? ¿Sería un lobo rondando por la finca? ¿Había lobos en aquella comarca sureña del País Vasco?

Vio una sombra moverse a través de la ventana. Se acercó pero no vio nada, la oscuridad era absoluta más allá de la pequeña zona que alumbraban las bombillas del soportal. Pensó en abrir la puerta, a lo mejor si se asomaba de cuerpo entero conseguía ver algo. Agarró una especie de rastrillo metálico que había apoyado en una de las paredes del salón, convencida de que era un arma lo suficientemente amenazante como para defenderse de cualquier bestia. Abrió el portón lentamente y dejó los pestillos de seguridad bajados de manera que sirviesen de tope en caso de que la puerta se cerrase estando ella en el exterior de la casa. La noche era cerrada y el aire era denso. El silencio la aturdió, hacía mucho que no experimentaba la sensación de estar en un lugar tan aislado como aquel caserío. Los ecos del pasado regresaron inesperadamente y, muy a su

pesar, recordó aquella noche de agosto en Portsmouth, mientras veraneaba con sus padres. Tan sólo tenía diecisiete años. Había pasado mucho tiempo de aquello, pero el silencio reinante en aquella casa abandonada de la playa jamás lo había olvidado. Un silencio muy parecido al que ahora se sentía en el exterior de aquella casa perdida en mitad de la campiña. Avanzó lentamente por el porche blandiendo el rastrillo en posición de ataque. Oyó un crujido más allá del área iluminada. Había algo observándola a unos metros de distancia, sabía que estaba ahí, quieto, agazapado entre las sombras. Pero fuera lo que fuera ya no se movía, estaba alerta, completamente inmóvil. En ese momento, no se le ocurrió otra cosa que arrojar el tridente con todas sus fuerzas hacia donde sabía que aquello aguardaba acechándola. Volvió a escuchar un ruido, esta vez mucho más nítido. Y en medio de la oscuridad, algo metálico cayó a la tierra y comenzó a emitir luz. El intruso lo recogió del suelo y al intentar apagarlo iluminó brevemente su rostro. No podía creerlo. Era la mujer de antes, la señora Rosa, que huía despavorida a través de la maleza del terreno. Pudo escuchar su respiración entrecortada y sus pasos ágiles mientras escapaba. Se quedó petrificada sin poder reaccionar. Al fin, corrió histérica hacia el caserío y trancó la puerta con los dos cerrojos de seguridad, esta vez desde dentro. Por si acaso, empujó la mesa del salón y la apoyó contra la puerta. No sabía si serviría de mucho, pero menos era nada. Cogió el portátil y subió en busca de David. El corazón se le salía por la boca.

24.

El rocío fresco de la mañana le acariciaba mientras corría con el torso desnudo a través de las viñas, impulsado por una energía desbordante a pesar de lo mal que había dormido. Estaba feliz de volver a disfrutar de los aromas y colores que caracterizaban las tierras de cultivo en pleno mes de septiembre, antes de que llegara la vendimia. Se había levantado al amanecer, mucho antes de la hora que había programado en el despertador. De nuevo, los somníferos le habían dejado descansar apenas cinco horas. Abandonó el viñedo que rodeaba la aldea donde estaba situada la casa rural de la señora Rosa y tomó la carretera camino de Elvillar. La noche anterior Anne le había despertado fuera de sí. Había descubierto a la señora Rosa espiándola por la ventana casi hora y media después de que ambos se hubieran despedido de ella. David intentó convencerla de que lo más seguro es que se le hubiese olvidado algo en la casa e intentara recuperarlo tratando de no molestarles, pero Anne no atendía a razones, estaba totalmente segura de que la mujer no se había ido de la finca cuando creyeron que lo había hecho. Si lo que decía David era cierto, ¿qué sentido tenía que la mujer no hubiera dicho nada cuando Anne había salido al porche rastrillo en mano?

David siguió corriendo durante casi una hora intentando comprender todo lo que Ander, Alicia y el tal Giuseppe le habían contado acerca de las sospechas que tenían de que Tomás Benguría y su ex mujer habían sido asesinados por alguien de Artechnia. El italiano les reveló que Benguría le había confesado que había descubierto por casualidad algo muy grave respecto de la familia Bechs, los dueños de la compañía, al rastrear los servidores informáticos en busca de un documento que necesitaba para una presentación. Alguien se había equivocado y había colgado en la red de la empresa un archivo personal que no debía estar ahí, y que afectaba a los Bechs. David recordó la imagen sensual a la vez que maternal de la Presidenta del Consejo de Administración, Suzanne Bechs el primer día que pisó La Pecera, durante la ceremonia de bienvenida a los aspirantes. Tomás Benguría no había querido contar a Giuseppe nada más sobre ese misterioso archivo, a pesar de la insistencia de éste. Estaba preocupado por su propia seguridad y por la de sus hijos, no podía permitirse que su mejor amigo corriera también peligro. Aún así, en un intento por ayudarlo, Giuseppe le propuso acudir a la policía y contarlo todo, pero él se negó en rotundo. Aquello parecía demasiado peligroso como para asumir el riesgo de delatar a aquella familia. Tomás Benguría comenzó a encerrarse más y más en sí mismo, y cortó casi por completo el contacto con Giuseppe. De hecho, Iratxe, por entonces aún su esposa, también había comenzado a sospechar de él ante las ausencias repentinas del domicilio familiar y los silencios que recibía como respuesta cuando se lo recriminaba. Tomás aseguraba que su mujer pensaba que tenía una amante, aunque en aquel momento su relación con Alicia Rández no había pasado del plano profesional. El día que su ex mujer descubrió la identidad de Alicia, pensó que Tomás le estaba siendo infiel desde hacía meses, pero no era cierto. Cuando murió, Alicia Rández y Tomás Benguría llevaban juntos desde hacía solo un mes y medio. A la salida del funeral de Iratxe, al que

había acudido en un arrebato de culpabilidad y por respeto a los hijos de Tomás, Alicia les juró a David, Ander y Giuseppe que lo que sentía por Tomás era de verdad y que éste jamás le había contado nada acerca de ese supuesto descubrimiento sobre la familia Bechs. Por suerte, ningún miembro de la familia de la ex mujer de Tomás Benguría se había percatado de la presencia de Alicia en la iglesia, se podía haber vivido un momento nada agradable. Antes de la muerte de Tomás, Alicia no había conocido formalmente a Giuseppe, aunque sí que había visto fotos de él con Tomás en la *tablet* de éste. Pero Tomás jamás había querido involucrarla en su entorno social y presentarle a sus amistades, y ella tampoco le había exigido más. Al fin y al cabo él estaba siéndole infiel a su mujer, que formaba parte de ese círculo. Giuseppe Antonelli sí sabía que Tomás tenía una amante y había conseguido que éste le confesara quién era en mitad de una borrachera. Así que, cuando aparecieron muertos primero Tomás y luego su ex mujer, acudió en busca de Alicia para prevenirla del peligro en que podía encontrarse. Alicia por su parte, le había revelado al amigo de Tomás el contenido de la agenda que ella había encontrado en la sala del Búnker cuando había acudido con David a indagar en las pertenencias de Benguría. Lo que en ese momento no sabían ni Alicia ni el italiano era que David y Ander habían descubierto otro documento que podía dar alguna pista más acerca de la supuesta actividad delictiva de Tomás Benguría.

En los Jardines de Albia, tras salir de la parroquia de San Vicente Mártir, Ander le rogó a Alicia que le mostrara la agenda. David y él estaban seguros de que se trataba del documento que ella había encontrado en el Búnker. De este modo, la podrían comparar con la hoja del cuaderno con las anotaciones de Tomás y las facturas de los hoteles que David y él habían encontrado después. Al ver a Alicia sin ningún problema de salud aparente, Ander la había acusado de estar fingiendo una baja médica y además, de entorpecer la investigación que Artechnia estaba llevando a cabo para aclarar el alcance de la traición de Tomás Benguría. Nada podía sospechar Ander en ese momento lo que finalmente el italiano y la joven terminarían revelándole acerca de las circunstancias de la muerte de Tomás y su ex mujer Iratxe. Ante la resistencia de Alicia a darle explicaciones, Ander la había amenazado con hacer público su noviazgo con Tomás Benguría, por lo que, antes de que David se juntara con ellos, Alicia y Giuseppe, que también había acudido al funeral, habían decidido contarle todo a Ander y proponerle que David y él unieran fuerzas con ellos para intentar dar con el asesino de Tomás. Efectivamente, Alicia había conseguido que su médico de cabecera le concediera la baja laboral por estrés y ansiedad, y gracias a ello, había podido alejarse unos días de la empresa y pensar qué iba a hacer. Estaba muy asustada. Le confirmó que el documento que ella había descubierto en el Búnker era la famosa agenda a la que había hecho referencia el Director Gutiérrez. Aunque ya no la tenía porque se la había requisado la compañía, Alicia había sacado varias fotos con su teléfono móvil antes de entregársela a su jefe. El italiano y ella tenían la convicción de que las acusaciones de espionaje industrial vertidas contra Tomás Benguría por los dirigentes de Artechnia, eran un mero bulo para amedrentar a los empleados y una estrategia para así conseguir averiguar hasta qué punto Tomás había llegado en sus averiguaciones sobre los Bechs y si había podido revelar a alguien más lo que había descubierto, a través de las confesiones e indagaciones que dichos trabajadores pudieran brindarles a cambio de una generosa gratificación extraordinaria en sus nóminas a final de mes. Y sin quererlo, ella misma había contribuido al éxito de esa maniobra al entregar la agenda a Pierre Gutiérrez.

Los cuatro estuvieron casi una hora analizando ambos documentos en una cafetería cercana, aprovechando que Ander también llevaba escaneadas en su móvil tanto la hoja del cuaderno de Benguría como las facturas de los hoteles adjuntas a la misma. David había tenido que llamar a Anne para avisarle de que tenía que resolver un asunto urgente del trabajo y de que iría a casa en cuanto terminase. Las fechas en que tuvieron lugar los encuentros que figuraban en la agenda que había encontrado Alicia, coincidían plenamente con las fechas que aparecían en las facturas de hoteles que había descubierto Ander. Pero más allá de eso no conseguían encontrar ninguna otra conexión.

—Creo que nos estamos obcecando demasiado con el tema de las fechas, que ya sabemos que coinciden —había dicho Alicia.

—Pero es que no hay nada más que coincida —había añadido Giuseppe.

—Sí, sí que lo hay —era Ander el que había dado en el clavo. —Vamos a ver. Lo que yo encontré son facturas de hoteles y unas iniciales que se repiten anotadas junto a las fechas de esas facturas. Por otro lado, lo que hay escrito en la agenda que descubrió Alicia es también una relación de fechas y, junto a ellas, los lugares en los que Tomás quedaba con su cita. ¿Por qué no miramos a ver si esos restaurantes y cafeterías en los que se reunieron Tomás y su confidente están cerca de los hoteles en los que se alojó? Puede que saquemos algo más en claro.

Gracias a la idea de Ander, pudieron confirmar que en todos los casos, todos esos lugares de encuentro eran bares y cafeterías ubicadas muy cerca de los hoteles que figuraban en las facturas, y curiosamente esos locales tenían algo más en común. Todos tenían instalados en el exterior veladores en los que estaba permitido fumar mientras uno degustaba su bebida o aperitivo. Giuseppe lo sabía muy bien, como buen fumador que era.

—Además, fijaros en otra cosa —había añadido Ander—. La mayoría de hoteles están ubicados en el centro, y una de las cafeterías se repite hasta tres veces. Está claro que les gustaba quedar allí, a él o a su confidente.

—Quizás nos estamos volviendo locos y todo esto no lleve a ningún lado. ¿Quién nos asegura que no se trate únicamente de simples citas con clientes o periodistas? —había dudado David.

—Yo creo que estamos muy cuerdos, David —había respondido Giuseppe—. Creo firmemente que esa familia, los Bechs, ocultan algo que no quieren que se sepa y que Tomás lo descubrió. Estoy pensando que podría ser buena idea que me pase por casa de la madre de Tomás, quería a su hijo con locura, y me llevo bastante bien con ella, no vaya a ser que Tomás le contara algo al respecto. Con la excusa de que quiero ver a los hijos de Tomasso, no llamaría mucho la atención. Y por favor, ni se os ocurra tratar de convencerme de que contemos todo esto a la policía. Solo tenemos meros indicios y se nos reirían a la cara. Además saldría a la luz la infidelidad de Tomasso con Alicia, y no quiero que sus hijos sufran más. Bastante tienen con haber perdido a sus padres. No digo que no recurramos a ellos más adelante, pero de momento, no la caguemos. Si nos precipitamos, es probable que los Bechs se den cuenta de que estamos intentando descubrir lo que ocultan y se vaya todo al traste. Tomasso... Tomás, allá donde esté ahora, se merece que encontremos a su asesino.

—Estoy totalmente de acuerdo, Giuseppe. Nada de policía de momento. Yo voy a hablar con una amiga que es camarera en una cafetería del centro y puede que conozca a alguien que trabaje

en ese local al que tanto iban Tomás y su confidente, ¿cómo se llamaba? —había preguntado Alicia.

—Café Los Sotos—. Giuseppe había estado fumando en su terraza en varias ocasiones.

Se habían despedido con la certeza de que Tomás había sido la víctima colateral de un secreto custodiado por la familia Bechs y que él había descubierto por casualidad. No tenían tan claro que Iratxe, su ex mujer, hubiera sido también asesinada por el mismo motivo, pero era perfectamente factible que ella hubiera descubierto lo que había averiguado Benguría o que incluso hubiera sido él quien se lo hubiera revelado. Pero, ¿quién era el cómplice de Tomás? ¿A quién había recurrido el jefe de prensa? Lo único que sabían a ciencia cierta era que Tomás y su confidente, cuyas iniciales eran “S. J.”, habían quedado varias veces en el Café Los Sotos y que probablemente la razón no era otra que el hecho de que el misterioso cómplice fumaba. Además parecía que las citas con él se habían interrumpido casi tres meses antes de la muerte de Benguría. Aunque también cabía la posibilidad de que Tomás ya no hubiera guardado las facturas de los hoteles o hubiera dejado de anotar las reuniones por seguridad. Aparte de eso, no tenían nada. ¿Merecía la pena tratar de encontrar a esa persona y averiguar si realmente era un confidente al que Tomás Benguría podía haberle revelado lo que había descubierto de los Bechs? No estaba seguro de a dónde podía conducirles todo aquello. Entendía los motivos personales de Giuseppe y Alicia, que intentarían lo que fuera por descubrir la razón por la que Benguría había sido supuestamente asesinado. Pero, ¿qué sacaban Ander y él de todo esto? ¿Por qué no acudían simplemente a la policía y que se encargaran ellos de investigar lo que hiciera falta? Los dos estaban asumiendo un riesgo que podía no acabar bien. Ander parecía tan dispuesto a ayudar a Alicia a encontrar al asesino, que no acertaba a comprender del todo sus razones. Quizás la piel interior del supervisor no fuera tan pulcra como había pensado en un principio. Tal vez, alguna pequeña muesca la resquebrajaba en algún punto. En cualquier caso, si Ander quería seguir adelante, él también lo haría. No había nada mejor de lo que poder obtener beneficio en su carrera de fondo hasta lograr el puesto indefinido en Artechnia, que compartir un secreto de tal calibre con el supervisor de uno. Ya se estaba imaginando su ascenso. Aunque, si lo pensaba mejor, ¿tenía sentido continuar su carrera profesional en Artechnia si realmente era cierto que la familia Bechs ocultaba un secreto por el que alguien era capaz de matar? No tardó mucho en responderse. Por supuesto que tenía sentido, todo el sentido del mundo. Las posibilidades de promocionarse o incluso de enriquecerse que se le abrían por delante conociendo un enigma de tal calibre, eran enormes. Ya sabría a qué puerta tocar llegado el momento.

25.

La Chabola de la Hechicera se erguía de manera solemne sobre una pequeña colina de piedras junto a una frondosa encina, muy cerca del pueblo de Elvillar. Nueve losas de tamaño considerable conformaban la cámara y otras cinco la galería. David no había podido resistirse y tras llegar agotado por la carrera, se había tumbado sobre la tierra del interior del dolmen a descansar, contemplando pausadamente cada uno de los detalles de la parte inferior de la enorme piedra que constituía el techo del monumento megalítico. Era algo que solía hacer de pequeño, cuando la tía Sabina le llevaba a pasear por los humedales de Laguardia y aprovechaban el viaje de vuelta a casa al atardecer para recorrer los cuatro dólmenes levantados en las inmediaciones de la carretera. A veces incluso visitaban los otros cinco que había repartidos por toda la zona, incluso el de La Cascaja, que quedaba bastante lejos de Lacaverna. Pero sin duda el que más les gustaba a ambos era la Chabola de la Hechicera, con su armoniosa arquitectura alzándose orgullosa con la Sierra de Cantabria al fondo. David sintió cómo la humedad de las rocas se pegaba a su piel. La temperatura aún era fresca a esa hora de la mañana por lo que no era conveniente permanecer demasiado tiempo en el interior del monumento después de haber sudado. Salió al exterior y, tras comprobar que no había nadie en las inmediaciones, realizó unos estiramientos mientras contemplaba extasiado los viñedos exuberantes que circundaban la colina. Las imágenes de su infancia en Lacaverna acudían ávidas a su mente y, aunque le costara reconocerlo, sintió nostalgia de aquellos años junto a la tía Sabina. Demasiado tiempo sin pisar aquella hermosa tierra.

Miró de reojo a la montaña. No se atrevió a observarla directamente, pero sabía que estaba ahí, con su imperio de caliza y sus tupidos bosques de hayas, gobernando sigilosa toda la comarca desde lo alto. Y destacando entre todas las cumbres, el León Dormido, la montaña que tantas pesadillas le había provocado de pequeño. Un escalofrío le recorrió de arriba abajo. No quería recordar esa parte de su niñez, no ahora que había pasado tanto tiempo. Los ataques de pánico que aún hoy en día sufría de manera recurrente, se habían iniciado en aquella época y, aunque, con el paso del tiempo y la ayuda de varios psicoterapeutas, había aprendido a mantenerlos a raya, la sola visión de aquella peña le retrotraía a aquellas extrañas sesiones en las que, siendo aún un crío, trataban, sin mucho éxito, de acabar con aquellas crisis de ansiedad. Y el recuerdo era demasiado doloroso. Inspiró profundamente llenando su abdomen de aquel aire puro libre de contaminación, y lo fue expulsando lentamente, en varias tandas, hasta que recuperó de nuevo la calma. Miró el reloj de su muñeca y emprendió el camino de vuelta a la casa de la señora Rosa. En menos de una hora había quedado en recoger a Anne para ir a visitar Laguardia, y tenía seis kilómetros por delante. Tendría que apretar el ritmo.

26.

La Calle Mayor de Laguardia estaba llena de turistas, la mayoría de ellos tratando de decidir qué restaurante elegir para almorzar. Pero a Anne Wellington no parecía preocuparle mucho la degustación de la rica gastronomía local, al menos de momento. El pórtico de la Iglesia de Santa María de los Reyes le había cautivado desde el primer momento que había puesto los ojos en él, y no había dejado de sacar decenas de fotografías intentando capturar cada detalle de las figuras policromadas que adornaban cada rincón, mientras escuchaba las explicaciones de la guía turística. Le maravillaba que los vivos y hermosos colores, que dotaban al conjunto de una teatralidad asombrosa, se hubieran conservado tan bien desde el siglo XVII. El hecho de que hubieran estado resguardados de las inclemencias del tiempo gracias al porche exterior, había contribuido de manera determinante a su preservación. Y en medio de la portada, presidiéndola, la estatua de la Virgen, desproporcionadamente grande en comparación con el niño Jesús que portaba en su brazo izquierdo. Observó detenidamente la talla; había algo en el gesto del rostro y en la disposición del cuerpo de María que le inspiraba ternura. Anne frotó su mano derecha contra su propio vientre con un gesto suave, formando círculos por toda la superficie. Otra vez aquel lejano anhelo de ser madre. Se alejó del pórtico para tener una perspectiva más amplia y así poder disfrutar en toda su grandeza de las diferentes figuras y escenas del evangelio allí representadas. Miró la hora en su móvil. Desde que habían llegado a la villa, no habían dejado de recorrerla admirando su arquitectura, disfrutando de un agradable paseo. Cuando Anne le comunicó a David su intención de ir a visitar el templo, éste había decidido quedarse en la terraza interior de un bar cercano. Conocía aquel pórtico casi de memoria, así que había preferido que Anne realizase sola la visita guiada, para que pudiera deleitarse con más calma. Anne decidió ir a buscarle, se estaba acercando la hora de irse a Lacaverna, pero antes se encaminó hacia la cercana Torre Abacial con el objetivo de sacar un par de instantáneas.

Por el camino, presintió que alguien la estaba observando desde la distancia. Era una sensación extraña, parecida a la que la noche anterior había tenido cuando salió al soportal de la casa de la señora Rosa convencida de que la estaban espiando. Pero esta vez no sintió miedo, sino familiaridad, como cuando David la observaba en silencio mientras ella trabajaba en su ordenador en el apartamento de Londres. Pero no podía tratarse de David, salvo que estuviera jugando al gato y al ratón, lo cual no le pegaba nada en absoluto. Miró en todas direcciones pero no distinguió ninguna cara conocida entre los turistas que se afanaban por encontrar un sitio donde comer. Volvió a girarse y entonces le vio. A lo lejos, vestido con unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes, la gran eminencia de la Fundación Petunia, la observaba con disimulo. Iba acompañado de una mujer joven, ataviada con una indumentaria mucho más apropiada, habida cuenta de la temperatura que hacía en ese momento. Anne le saludó con la mano. No podía creerlo. ¿Qué hacía Jon Arkaute en Laguardia? El jardinero se despidió de su acompañante y se acercó con una amplia sonrisa dibujada en su rostro.

—Muy buenas, Anne, parece que no podemos estar separados mucho tiempo tú y yo.

—Sí, ¿verdad? ¡Qué casualidad! ¿Qué? ¿De visita turística tú también?

—Sí, bueno, he venido al congreso que se está celebrando en Logroño, a acompañar a mi hija Elia, que se está preparando para ser enóloga.

—¿La mujer que estaba contigo hace un minuto era tu hija? Muy joven debiste de tenerla, me parece a mí—. Anne no se creía una palabra.

—Sí, bueno, es una larga historia. Algún día, si tienes tiempo te la puedo contar tomando un café.

—Mira Jon, no me cuentes chorradas. No sé qué pretende la Fundación, si no confía en mí, o es que directamente os dedicáis a espiar a todos los novatos como yo—. Anne estaba realmente irritada.

—Oye, tranquila. ¿Pero qué te pasa? ¿Por qué me estás acusando de esto? Te prometo que he venido a acompañar a mi hija.

—Sí, ya, ¿y qué pasa con tu ayudante, aquel tío nórdico que conocí en la biblioteca el primer día que nos vimos? ¿Te acuerdas? Sí, ese, el que salió de la sala donde te encontrabas atiborrado de libros hasta arriba.

—¿Qué pasa con él? No entiendo nada.

—El otro día fui al funeral de la ex mujer de un compañero de trabajo de mi novio y me lo encontré allí. Demasiada casualidad, ¿no te parece?

—Mira, no sé de que me estás hablando. Supongo que te refieres a Peter, es una especie de becario que trabaja para mí en la biblioteca. El típico don nadie que alguien enchufó un día y que ahora no sabemos que hacer con él.

—Gracias por la información, pero no me creo que todo esto sean casualidades. Me estáis siguiendo a todas partes, y no sé cuál es el motivo, pero me está cabreando mucho. Si no confiáis en mí me lo decís y ya está. Punto y final. Me parece increíble que después de los contratos de confidencialidad extrema que me habéis hecho firmar y de todas y cada una de las sutiles amenazas que me habéis ido lanzando estos días para que no abriera la boca acerca de lo del código, me vengáis con este cuento de espías. Creo que de momento he demostrado lealtad, ¿o no? Me juego mi relación con mi chico ocultándole donde trabajo y respondiendo con silencio cada vez que intenta sonsacarme algo, ¿y aún así me venís con éstas? Se acabó. Estoy harta. Me da pena porque estaba entusiasmada con la traducción del código, pero esto es demasiado. No estoy dispuesta a que me sigáis a todas partes. Si tengo que perder mi intimidad para pertenecer a Petunia, decidme donde tengo que firmar para rescindir los contratos.

—Cálmate Anne, en serio. Te estás equivocando conmigo. La Fundación puede llegar a ser un lugar sombrío en ciertos momentos, pero te prometo que yo no estoy aquí con la misión de espiarte. Aunque tienes razón, no te he contado toda la verdad. Si tienes un minuto, podemos hablar de ello y luego decides si quieres o no abandonar Petunia.

27.

El viaje desde Laguardia a Lacaverna se le hizo eterno, a pesar de los escasos quince minutos que duró el trayecto. David conducía a toda velocidad por una carretera llena de curvas. Estaba cabreado. Había estado llamando al móvil de Anne al ver que ésta no llegaba a la hora que habían acordado, pero ella lo había silenciado al comenzar la visita de la Iglesia de Santa María. Lógicamente no le pudo decir que además se había encontrado con una de las personas más importantes dentro de la extraña organización para la que trabajaba y que el retraso de más de veinte minutos se debía a la charla que ambos habían mantenido. A eso se refería cuando había estallado contra Jon Arkaute. Su relación se resentía cada vez que por culpa del secretismo exigido por la Fundación, tenía que inventar mil excusas o mentir descaradamente a su novio. Anne no era transparente del todo con David, y él no era tonto. Sabía que algo pasaba, aunque no supiese el qué. ¿Cómo le podía exigir ella a David que abriera su corazón si luego ella era la primera que ponía obstáculos para lograr una comunicación fluida y sincera? Empezaba a estar cansada de esa situación.

Al menos la conversación con Jon Arkaute había merecido la pena, él sí que se había sincerado, y de qué manera. Le aseguró que todo lo que le había dicho acerca de acompañar a su hija al congreso vitivinícola en Logroño era cierto, pero en realidad, era una excusa para justificar su presencia en la zona. Elia llevaba años sin hablarle y sólo había admitido que su padre la acompañara porque necesitaba dinero. Su preparación como enóloga le estaba suponiendo la ruina, y al final, tragándose su orgullo, había acabado recurriendo a su padre. El jardinero había aprovechado la ocasión para dejarse ver con ella en Laguardia, pero en realidad su presencia en la villa tenía unas motivaciones muy diferentes. Llevaba tiempo planeando su visita, y la llamada repentina de su hija Elia pidiéndole ayuda le había venido de maravilla para su propósito. Anne le había preguntado que a qué venía tanto secretismo, que por qué tenía que justificar de esa manera ese viaje. “Anne, la Fundación tiene muchos enemigos”. Y ya está. Esa había sido toda su explicación. No se atrevió a seguir incidiendo en el tema, no fuera a gustarle las respuestas que el jardinero podía darle. Más adelante ya intentaría enterarse de a qué se refería.

Lo que le contó a continuación en aquella cafetería durante escasos veinte minutos la había trastocado en cierta medida. Se había dado cuenta de que sabía muy poco acerca de la Fundación y del tipo de personas que trabajaban en ella. Lourdes del Río, la amable jardinera guía que la había acogido en el invernadero de las Torres Isozaki de Bilbao, la que le había descubierto aquella maravilla de biblioteca oculta en el Casco Viejo y en la que había conocido a Jon Arkaute, era una novicia. Una aspirante a monja. Debía de haberlo deducido por el atuendo que solía llevar y sus aires recatados. Simplemente había pensado que se trataba de una mujer algo conservadora en la forma de vestir. Ahora entendía aquel comentario de mal gusto que Mechero profirió contra ella cuando le obligó a quitarse la gorra en el invernadero. La había llamado “monja de los cojones”. Ésas habían sido sus palabras exactas, que, por lo que se veía, contenían más verdad de lo que Anne jamás se hubiese imaginado. Así que Mechero también sabía lo de Lourdes. Se sintió como una inepta por enésima vez, pero disimuló como pudo delante de Jon Arkaute.

Lourdes del Río había estado a punto de contraer los votos monásticos en más de una ocasión, pero al final siempre se había echado para atrás. Ésta era la quinta vez que lo intentaba, y estaba dispuesta a que fuera la definitiva. Durante la semana, vivía en el invernadero de Bilbao, pero, desde hacía un tiempo colaboraba los fines de semana como voluntaria en una institución religiosa en Párganos, muy cerca de Laguardia. Se trataba de un centro de beneficencia en el que un grupo de religiosas ayudaba como podía a enfermos, en muchos casos terminales, en situaciones de pobreza o desarraigo familiar. La mayoría de ellos jamás había recibido la visita de sus familiares, bien porque no tenían familia o porque los suyos se habían olvidado de ellos hacía mucho tiempo. El centro, que recibía el nombre de La Sagrada Misericordia recibía alguna subvención de las administraciones públicas, pero sobre todo se sustentaba con las donaciones de particulares. Lourdes llevaba prestando sus servicios como voluntaria en la residencia desde hacía casi medio año, aunque en la Fundación Petunia llevaba bastante más tiempo. Lo cierto es que viajar todos los fines de semana desde Bilbao a Párganos para atender en la residencia se había convertido en una pequeña carga. Antes, el sacrificio que suponía aquella labor le era más cómodo, puesto que, aunque nacida en un pueblo de Vizcaya, desde muy pequeña vivía en Logroño con su padre, y la distancia a Párganos era prácticamente un paseo. Pero desde que la Fundación Petunia la había fichado para el invernadero de las Torres Isozaki tras la muerte de la anterior guía, la cosa había cambiado. Ella lo interpretaba como una prueba más que debía superar en su camino a su consagración como monja. Anne se preguntó cómo alguien como Lourdes del Río podía acabar en una Fundación como Petunia. Aunque, a decir verdad, lo mismo podría decirse de ella misma.

Pero ahí no acababa todo. Jon Arkaute le había confesado lo que en su primer encuentro se había mostrado tan reticente a revelar. Detrás de la aparente generosidad de Lourdes del Río, al colaborar como voluntaria en la residencia La Sagrada Misericordia, había algo más. Las semillas de la Fundación Petunia estaban repartidas por muchas partes. Meses atrás había llegado a oídos de la Fundación que las monjas que regentaban la residencia podían custodiar al menos un libro de la Antigüedad de gran valor, que se había mantenido oculto para la historia oficial. La Fundación consiguió que la congregación admitiese a Lourdes, a pesar de sus varios intentos fallidos de consagrar su vida a Dios. Lourdes del Río era la persona que había encontrado la copia del Códice 60 que incluía la vida del santo sin nombre. En el despacho de la madre superiora había aparecido el libro entre los libros de su biblioteca personal, camuflado con un revestimiento falso. Lourdes no lo sustrajo hasta dos meses después de comenzar su voluntariado, para no levantar sospechas, y probablemente, aún nadie había advertido su desaparición. Tal y como la propia Anne se había percatado, la copia del Códice 60 tenía arrancadas dos páginas y la Fundación tenía indicios para pensar que seguían dentro de la residencia. Desde entonces, los diferentes intentos de Lourdes por rastrear cada rincón del edificio en busca de esas dos hojas habían sido infructuosos. Es más, había sido sorprendida hasta dos veces por varias monjas hurgando en estancias en las que no debía estar. La situación se había vuelto delicada para Lourdes, y había rogado a la Fundación que idease otra manera para dar con esas hojas desaparecidas. El caso es que a esa misión en concreto, antes de que se incorporasen Anne y Mechero, sólo estaban asignados tanto él como Lourdes del Río, por lo que los Mayores de la Fundación decidieron que Jon Arkaute se hiciera pasar por un familiar de uno de los enfermos para así tener acceso al edificio. No lo tuvieron muy difícil porque el paciente elegido era Alfonso, un adorable anciano que necesitaba silla de ruedas para desplazarse y que tenía un severo retraso mental. Era imposible que nadie se diera cuenta del engaño.

Jon Arkaute le había explicado que tenía previsto visitar a Alfonso la mañana del domingo, muy temprano, antes de volver a Logroño para seguir con el congreso al que asistía su hija Elia. Si iba muy pronto, puede que los enemigos de la Fundación no le siguieran la pista. Aun así, siempre tenía la excusa de la visita a su hija Elia y de que había aprovechado para hacer turismo por Párganos. Lourdes le dejaría abierta la puerta del huerto, para no entrar por la puerta principal, ya inventaría algún pretexto si alguna de las hermanas le regañaba por acceder de esa manera al edificio.

Los enemigos de la Fundación. Jon Arkaute había vuelto a repetir aquella expresión, y a Anne se le ponían los pelos de punta sólo de pensar en qué turbios asuntos podía encontrarse inmersa Petunia. Mejor no saberlo. Comentaron brevemente la traducción de la segunda parte de la vida del Santo sin nombre que había llevado a cabo Anne. Aunque no quiso adelantarle nada, Jon le dijo que tenía el presentimiento de que se hallaban muy cerca de desentrañar el misterio que encerraba el texto, pero que ya tendrían tiempo de hablarlo el lunes en Bilbao con más calma.

28.

La casa de la tía Sabina no estaba propiamente en el núcleo urbano de Lacaverna, aunque el terreno sobre el que se asentaba sí que pertenecía al municipio. Se trataba de una combinación armoniosa de un típico caserío vasco rodeado de una considerable extensión de viñedos, aunque nada comparable a los enormes latifundios que rodeaban el pueblo. Los caseríos de ese estilo no eran muy comunes en esa zona del sur del País Vasco, con lo que la fuerte personalidad de aquella propiedad quedaba aún más realzada. Además, la casa tenía otra peculiaridad añadida. Todas las estancias habitables se distribuían en una única planta, y el piso superior únicamente estaba reservado para hacer las veces de desván. A Anne le llamó la atención que el terreno de vides no estuviera vallado, cualquiera podía entrar y robar los racimos de uvas en cualquier momento. Les recibió en una de las zonas del exterior de la casa habilitadas como jardín, aunque en realidad no hubiese más que viñas por todas partes, sentada en una silla blanca de metal leyendo un libro.

Sabina Elguea era una mujer impresionante, y no precisamente por su especial atractivo físico. Una enorme nariz aguileña sobresalía sobre un rostro de expresión dura y tosca. Su fuerza residía en su estatura y en la corpulencia de su cuerpo. Aunque Anne era bastante mala calculando medidas y tamaños, estimó que debía medir cerca de los dos metros de altura. Era ancha de hombros y estrecha de cintura, y sus piernas y sus brazos eran ligeramente desproporcionados, un poco más cortos de lo que deberían haber sido para crear una silueta armoniosa. Era una mujer de unos sesenta años con un tono de piel bronceado muy parecido al de David, aunque algo más oscuro. Su cabello, sin una cana, era oscuro y bastante corto, no muy usual para una mujer de su edad. No llevaba ninguna joya, excepto un anillo con una hermosa gema roja en el dedo anular de su mano derecha. Y sus ropas, clásicas pero elegantes, denotaban que tenía bastante gusto a la hora de vestir. Sus movimientos eran asombrosamente gráciles y delicados, y no había ningún signo exterior que delatase la enfermedad que estaba acabando con su vida. Anne leyó en su mirada un evidente gesto de contrariedad por llegar más tarde de la hora acordada. Les dio la bienvenida y les invitó a entrar. Para ello tuvieron que atravesar un extraño cercado de madera que rodeaba la casa, pero que aparentemente no tenía ninguna puerta que evitara el acceso de intrusos. Tenía preparado un copioso almuerzo ya dispuesto sobre los platos de la mesa, que había decorado con todo tipo de detalles.

—La comida se habrá quedado fría ya —refunfuñó—. Pero si me pongo a calentarla ahora no terminamos de comer hasta las cinco.

—Disculpe, señora, ha sido culpa mía, me he entretenido más de la cuenta en una visita que hemos hecho a Laguardia —intentó disculparse Anne.

—Pues venga, comed, que no tengo todo el día. Veo que se te han pegado las malas costumbres de David —dijo empleando la pronunciación en castellano del nombre de su sobrino—. De pequeño siempre llegaba a tarde a la hora de comer.

—¿Qué tal te encuentras tía? —preguntó él.

—Pues tú me dirás, con un cáncer carcomiéndome las entrañas, ¿cómo quieres que esté?—. David la miró de un modo extraño, como queriendo decirle algo pero evitando hacerlo delante de Anne—. Ha tenido que empezar esto para que te hayas dignado a venir a verme. ¿Cuántos años han pasado? ¿Diez? ¿Doce? Ya no llevo ni la cuenta. Después de todo lo que he hecho por ti.

—Lo importante es que ya estoy aquí, ¿no? —respondió irritado él, interrumpiendo el discurso acusador de la mujer—. Tú tampoco has hecho nada por irme a verme ni a Amsterdam ni luego a Londres, y dinero no te ha faltado para hacerlo.

—Serás desagradecido.

—Déjalo, tía, delante de Anne, no.

—¿Y ésta? ¿Ya se ha enterado de toda la pasta que tienes y se le ha abierto el cielo, verdad? —miró a Anne directamente a los ojos, mientras la inglesa no sabía donde meterse—. No te fies nunca de una muchachita mona que se te acerca en una fiesta y se hace la simpática. Y menos si es extranjera. ¡Con la de chicas que tienes en Lacaverna y te has tenido que buscar a una de fuera!

—¡Basta! Te prohíbo que hables así de Anne. Y si no quieres que me levante ahora mismo de la mesa y no volverme a ver en otros doce años, pídele disculpas ahora mismo y tengamos la fiesta en paz.

La mujer accedió a disculparse. David no tenía ni idea de cómo Sabina había averiguado el tema de la fiesta en Londres en la que conoció a Anne.

—Deberías ir a ver también a Véspero y a la tía Concha.

—Creo que la abuela Véspero no se iba a enterar mucho si voy a verla o no, ¿no te parece?

—Ella se entera de todo. Aunque los médicos digan lo contrario, yo sé que así es. Cuida de todos nosotros.

—Lo dudo mucho —insistió él pensando que las extravagancias de su tía quizás hubieran dado paso a la locura con el paso del tiempo—. Pero si te sirve de consuelo pensar así, tú misma.

David contó a Anne que la abuela Véspero padecía desde hace años una severa enfermedad degenerativa y nadie sabía a ciencia cierta de qué mal en concreto se trataba. La habían estudiado los más prestigiosos médicos del país, e incluso un especialista de Bruselas, pero no habían conseguido diagnosticar su dolencia ni encontrar un tratamiento eficaz. Aunque los síntomas eran parecidos a los del Alzheimer, los facultativos se mostraban estupefactos cuando comprobaban que llevaba más de treinta años en aquel estado de semi inconsciencia. David jamás había hablado con ella. Véspero, que tenía ese extraño nombre en honor a un antepasado de la familia, y cuyo significado era equivalente al del nombre Lucía que se utilizaba más hoy en día, emitía de vez en cuando algún ruido e incluso pronunciaba alguna palabra, pero la mayor parte del tiempo se limitaba a mirar por la ventana de su habitación de la residencia de Vitoria en la que llevaba hospedada desde hace años, peinando a su muñeca de los años 70. La abuela Véspero desde siempre había estado casi completamente calva. David siempre la había conocido con ese aspecto. Quizás de ahí le venía su obsesión por cepillar el cabello de la muñeca. Alguna vez habían intentado cambiársela por otra nueva que estuviera en mejores condiciones, pero siempre que había ocurrido esto, había comenzado a llorar. Esa era la única imagen de Véspero que David

conservaba en su memoria. En cuanto a la tía Concha, desde que se había separado de Alejandro Zuberoa, un importante empresario de Logroño de familia aristócrata, con el que había tenido a sus dos hijos, no había vuelto a encontrar una pareja estable. Ella aún vivía con su hija en Lacaverna. Sin embargo los comentarios sobre la tía Concha fueron mucho más breves que respecto de la abuela Véspero, y Anne no quiso seguir preguntando, por temor a meter la pata.

Durante la sobremesa, Anne prefirió salir al jardín a dar un paseo. David sabía perfectamente que intentaba que pasara el tiempo cuanto antes hasta que la visita hubiera terminado. Tía y sobrino se quedaron en la casa; tenían mucho de qué hablar. Al salir fuera, Anne pensó en terminar de pulir la traducción de la segunda parte de la vida del santo para entregársela perfecta a Jon Arkaute el lunes, pero se acordó de que había dejado el portátil en el coche. Se lo había llevado de casa de la señora Rosa. No estaba dispuesta a correr el riesgo de que aquella extraña mujer entrase mientras ellos no estaban y hurgase donde no debía. Rebuscó en sus bolsillos las llaves del automóvil pero se las había dejado en el bolso que Sabina había metido en alguna habitación de la casa cuando llegaron. Siempre que podía le guardaba las llaves y cualquier otra cosa de tamaño reducido a David; era experto en perder cualquier cosa que cupiera en la palma de la mano. Decidió entrar a la casa por una de las puertas laterales del jardín, que daba directamente al pasillo que llevaba a las habitaciones. No quería tener que pasar otra vez por el salón e interrumpir ninguna conversación familiar. Sabina le daba un poco de miedo. Entró sin hacer apenas ruido y fue mirando habitación por habitación hasta que llegó al que parecía el dormitorio de la mujer. Sobre la cama no había más que varios cojines decorativos y unas cajas de lo que parecían pastillas para dormir, pero la puerta del armario estaba medio abierta. El bolso tenía que estar dentro. Abrió lentamente la puerta, y observó que sus cuatro paredes interiores estaban revestidas de espejos, algo que no había visto nunca. Colgado en una percha pendía su bolso. Metió la mano y extrajo las llaves del coche, pero, sin querer, se le cayeron al suelo. Al agacharse a recogerlas, vio una extraña caja que parecía fabricada con metal, muy parecida a la que Sabina había enviado a David a su ático en Bilbao días atrás, y que no había logrado abrir a pesar de sus múltiples intentos. Pero ésta era algo diferente. Más grande que la que David ocultaba en el doble fondo del armario de la entrada a su piso, este cofre tenía grabado un precioso dibujo en la tapa. Parecía el trabajo de un artesano. Sobre un círculo negro había tallada una estrella amarilla y brillante de ocho puntas perfectamente equidistantes unas de otras. La parte central del astro era muy pequeña. Más que una estrella, en realidad parecía una cruz con los cuatro brazos de igual longitud y un aspa superpuesta sobre la misma, con las mismas medidas. El efecto era hermoso. Se preguntó si aquel material sería oro. No pudo resistirse y le sacó una foto con el móvil.

Al volver a cruzar el corredor en dirección a la puerta del jardín, escuchó a David discutir con su tía.

—Te necesito aquí, David —otra vez la pronunciación latina del nombre—. Tienes que instalarte en Lacaverna, se acerca la hora y a mí me queda muy poco tiempo. Sabes como es esto, una vez que empieza.

—¿Ahora te acuerdas de mí? ¿Y qué hay de todos estos años? No sé cómo no se te cae la cara de vergüenza, Sabina.

—Fuiste tú el que te fuiste. ¿Qué podía hacer yo?

—Déjalo, tía, dos no discuten si uno no quiere.

—David, en serio, tienes que hacerte cargo de todo, va a llegar un momento en que a mí me tendrán que ingresar. Puede que no haya estado físicamente contigo durante todos estos años, pero ¿quién crees que te ha mantenido y ha cuidado de ti? Estás loco si piensas que todo lo ha hecho el dinero del indeseable de tu padre.

—Pues dile a la tía Concha o a cualquiera de mis dos primos, seguro que estarán encantados.

—Tus primos no tienen ni idea y tu tía Concha tiene suficiente con la parroquia y con cuidar del párroco. David, no puedes escapar de lo que la vida espera de ti.

Anne salió al jardín y sacó el ordenador del coche. Volvió a la silla donde la tía Sabina les había dado la bienvenida a la finca. Sólo le dio tiempo a encender el ordenador. David salió de la casa hecho una furia dando un portazo. Le gritó a Anne para que recogiera todo. Se iban de allí. Sabina salió al jardín e intentó retenerlo, pero era demasiado tarde. Anne pudo observar la cara angustiada de la mujer. Era el rostro de alguien que acaba de perder la última esperanza que le quedaba.

—¿Por qué habéis discutido? —le preguntó Anne mientras volvían a la casa de la señora Rosa.

—Gilipolleces de mi tía, mejor que no te metas en sus líos. Si intenta algo contigo, por favor, avísame. Es capaz de eso y mucho más.

—¿A qué se dedica tu tía? Me ha parecido que vive sola.

—Claro que vive sola. Lleva sola toda la vida, es una amargada. Te puedes imaginar a qué se dedica, a sacar rentas del patrimonio familiar. Ya veremos lo que me queda a mí cuando se muera.

Anne intentó sonsacarle algo más, pero él se cerró en banda. No quería hablar de su tía. Nada más llegar a la casa rural, Anne se dio cuenta de que había olvidado el móvil en el jardín de Sabina, junto a la silla donde se había sentado. Sólo faltaba que descubriera la foto que había sacado y supiera que había entrado sin su permiso en su dormitorio. Dos móviles perdidos en menos de un mes. Se estaba superando a sí misma. Aquel viaje a La Rioja Alavesa le estaba poniendo de los nervios entre una cosa y otra.

A las diez y media, después de que David subiera a dormir a la habitación y ella se quedara trabajando abajo con el portátil, se puso en camino. Tenía que recuperar su teléfono. La noche no era tan cerrada como el día anterior. El cielo estaba despejado y la luna iluminaba los campos de viñedos, confiriéndoles un aspecto casi sobrenatural, como si fueran seres dotados de conciencia propia. Anne intentó arrancar el coche de alquiler, pero se le resistía. Sabía que David le había dicho algo de un truco relativo a la fuerza que tenía que emplear para pisar el embrague, pero era incapaz de hacer que funcionase. Cerró los ojos y se relajó unos segundos intentando acordarse de las palabras exactas de David. Cuando los abrió vio una figura de pie, a escasos cien metros del automóvil. En un primer momento pensó que se trataba de un espantapájaros, pero no recordaba

haber visto ninguno a la luz del día. Aquello empezó a moverse lentamente hacia el coche. Sus movimientos le eran familiares. La señora Rosa. Tenía que ser otra vez la señora Rosa. Esa mujer estaba loca. Le había cogido manía desde el momento que había pisado la casa rural por alguna razón que desconocía y ahora se dedicaba a espiarla. No pensaba esperar a preguntarle los motivos. Intentó arrancar una y otra vez, pero era imposible, no respondía. La silueta seguía acercándose, mientras desesperada, probaba diferentes formas de pisar el embrague y girar la llave. Levantó la vista y vio que la mujer estaba muy cerca. Llevaba algo en las manos. “Va a atacarme. La pirada va a atacarme y voy a morir.” Su estómago reaccionó ante la situación de estrés con un dolor agudo que le ayudó a mantener la concentración. No había tiempo de buscar aquel preparado blanco milagroso que tomaba cuando los ardores eran insoportables. De repente algo chocó contra la luna del coche. Un reguero de sangre se deslizó por el cristal mientras lo que parecía el cadáver de un pájaro se resbalaba hasta quedar sobre el capó. Se lo había lanzado ella. Estaba segura. No sabía cómo lo había hecho pero eso era lo que llevaba en las manos. Como en el Museo Guggenheim. Las manos se le quedaron heladas y un sudor frío comenzó a recorrer su espalda. ¿Y si...? Levantó la vista del volante. La mujer estaba muy cerca. Se había equivocado. Esta vez no era la señora Rosa. Era la mujer enlutada del museo, la que le había acosado en el interior de la escultura y la había seguido hasta la cafetería donde Begoña Argenta le había hecho la entrevista. Pero, ¿cómo? Pudo ver la expresión de su rostro, como ausente. Incluso creyó percibir una ligera sonrisa en sus labios. No era posible. ¿Era ella la que se estaba volviendo loca? El pájaro terminó de caer al suelo, y justo en ese momento fue capaz de poner en marcha el coche. Dio un volantazo y pisó con todas sus fuerzas el acelerador, dejando atrás a la mujer, mientras por el retrovisor vio su silueta confundirse con el halo fantasmagórico creado por la luz de la luna sobre la finca.

Jamás en su vida había conducido a tanta velocidad. Tuvo suerte de no encontrarse con ningún otro coche por el camino, podría haber provocado un accidente. Llegó a Lacaverna y a duras penas consiguió orientarse para localizar la finca de la tía Sabina. La forma del caserío y la claridad de la noche le ayudaron a encontrarla al cabo de unos minutos. Apagó las luces y aparcó bastante lejos, en un camino de acceso a uno de los predios colindantes. Con el susto aún en el cuerpo, avanzó con cuidado por el arcén de la carretera hasta llegar al huerto con viñedos. Se adentró sigilosamente tratando de encontrar la silla donde a la tarde había estado sentada. Pero no era una tarea fácil. Sin más luz que la de la luna enseguida se perdió entre las vides. No acertaba a dar con el caserío y así poder guiarse de alguna manera. Lo que por el día le había parecido un pequeño terreno con viñedos, ahora se había convertido en un inhóspito bosque de siluetas amenazantes. Tras dar unas cuantas vueltas en círculos, escuchó un ruido a lo lejos. Se detuvo e intentó escudriñar su procedencia. Sonaba como un llanto lejano. A falta de un recurso mejor, se dirigió hacia el lugar del que procedía el sonido, buscando la maldita silla donde había dejado su móvil. Seguramente la tía Sabina lo había encontrado y lo había metido dentro de la casa, en cuyo caso, la cosa se le complicaría bastante. Siguió avanzando entre los arbustos percibiendo el aroma de las uvas casi maduras que lo inundaba todo. De repente tropezó con algo. Se paró en seco. El ruido que venía de lejos también cesó. Había dado con la silla. Y su móvil estaba en el suelo, justo al lado. Lo recogió dispuesta a marchar de allí cuanto antes, pero el sonido volvió a

reanudarse. No era un llanto. Era más bien una cantinela. Aquella melodía era magnética. Se vio a sí misma continuando entre las vides en busca del origen de aquella música, sin poder resistirse a la atracción de aquellas notas.

A los pocos minutos descubrió el origen de aquellos bellos acordes. Distinguió entre la hojarasca a una figura femenina bailando con movimientos estrambóticos mientras sus labios dejaban escapar aquel agradable canturreo. Era la tía Sabina. Y estaba prácticamente desnuda, a excepción de las sandalias que cubrían sus pies. La imagen de aquella mujer sexagenaria danzando sin ropa bajo la luz de la luna le impresionó. Jamás se hubiera imaginado ver a la tía Sabina en una situación similar. Sin embargo, había algo en aquel baile que resultaba enternecedor, y visualmente la coreografía era embriagadora. Observó unos segundos más la danza de la mujer antes de dar la vuelta y alejarse lentamente entre los viñedos. Seguramente la tía Sabina no andaba muy bien de la cabeza. Tener la muerte tan próxima debido al cáncer seguramente la había trastornado. Pero, ¿quién era ella para juzgarla? Desde luego no se lo iba a contar a David, bastante negativa era la opinión que tenía de su tía como para que conociera además una excentricidad como ésta.

29.

A pesar del ruego insistente de Anne por volver la mañana del domingo a Laguardia para proseguir la visita turística, David se negó. Quería salir de allí cuanto antes. Demasiadas emociones juntas. Anne avisó a Jon Arkaute mándadole un mensaje con el móvil, pero éste no le contestó. Salieron de la comarca en dirección a Bilbao por la autopista A-68 dejando a la derecha los fértiles campos y sus hermosas bodegas, a la sombra de aquel gigante de piedra que recibía el nombre de Sierra de Cantabria. Anne miró por la ventana hasta que ya no pudo distinguir las vides. No quería irse tan pronto. Sus encuentros con la señora Rosa, la tía Sabina y la mujer del museo no habían constituido unas experiencias muy agradables. Seguía preguntándose cómo narices había dado con ella aquella mujer que no dejaba de acosarla. Pensó que quizás estaba perdiendo la cabeza y sufriendo algún tipo de alucinación. Había habido demasiados cambios en su vida en muy poco tiempo y su mente podía estar avisándola de que echara el freno y se lo tomara con más calma. Se consideraba una persona fuerte y decidida que se adaptaba bien a todo tipo de situaciones, pero lo de aquella mujer apareciéndosele cuando menos lo esperaba la estaba trastornando. Y lo peor era que no se atrevía a contárselo a David, no quería que éste cambiara su concepción sobre ella. Aún así, había algo en aquellas bellas tierras que la había cautivado, y la sensación que tenía mientras se alejaban hacia el Norte era de profunda nostalgia. Tenía que volver y seguir explorando aquel territorio. Intentaría convencer a David, pero no pensaba cambiar de idea si éste no accedía.

A la altura del Parque Natural del Gorbea, su móvil comenzó a sonar. Era su compañera del apartamento de Londres. Anne comenzó a llorar mientras al otro lado Jessica trataba de explicarle lo que había ocurrido. David pensó en parar el coche, algo iba mal. Jessica había encontrado a Júpiter, el perro de Anne, agonizando en el portal del edificio. A veces, el animal se escapaba al entrar ella en casa, pero siempre terminaba volviendo. El veterinario sólo pudo certificar su muerte cuando llegó a su consulta con el perro. El seguro del animal cubría la autopsia, así que Jessica dio permiso para que se la efectuaran. Júpiter había muerto envenenado con una mezcla explosiva de plantas tóxicas, y lo peor es que no había sido una muerte rápida, el pobre animal había sufrido lo indecible hasta morir. Había enterrado a Júpiter en el campo, junto a un enorme abeto. Le mandaría una foto y las coordenadas por si quería localizarlo si volvía a Londres.

David aparcó en un área de descanso. Abrazó a Anne con todas sus fuerzas, sabía lo que ella quería a ese perro. Se lo regalaron al empezar la universidad y desde entonces la había acompañado a todas partes. Anne intentaba aferrarse al recuerdo de su perro vivo, pero no conseguía acordarse de su cara. Mientras David la abrazaba, la tristeza que sentía fue transformándose en una ira incontenible por la crueldad empleada con Júpiter. Y la imagen de Jon Arkaute, Lourdes del Río, Begoña Argenta, Mechero... hasta la de la bibliotecaria Sofia, la cegaron el resto del trayecto. Habían sido ellos. La Fundación Petunia había matado a Júpiter. Algo en su interior le decía que la organización estaba detrás de todo. ¿Desde cuándo alguien empleaba una combinación tan elaborada de plantas venenosas para matar a un perro? Era mucho

más sencillo que todo eso. El haber utilizado las plantas era una clara advertencia. En la muerte de Júpiter había un mensaje tácito dirigido a ella y tenía claro cuál era el motivo. Había violado las sacrosantas normas de Petunia. A pesar de las advertencias de Lourdes, había sacado fuera del invernadero la copia del código utilizando los tejemanejes de Mechero y sus habilidades informáticas. Y encima no podía contarle a David nada de aquello. Estuvo llorando el resto del día.

Tercera parte

“ENVERO”

30.

Los rostros de Sharon Van Roden y William Dik al otro lado de la mesa eran de pura satisfacción. Sobre todo el de él. La impasibilidad de Sharon que tanto exasperaba a David Vanner seguía siendo una constante. Incluso en esta situación mantenía una frialdad que sólo se quebraba con un sutil gesto de regocijo dibujado en sus labios. Por contra, la expresión gozosa de William Dik era más que notoria. Todo su lenguaje corporal mostraba lo feliz que se sentía tras escuchar las palabras del Director Gutiérrez en la sala de reuniones. Enfrente de ellos, David Vanner y Ander Goikoetxea se miraban abrumados sin saber muy bien cómo se suponía que debían reaccionar para no agravar el asunto.

—Señor Gutiérrez, asumo toda la responsabilidad por el retraso en el proyecto de la Safety Cam 3 —dijo de repente Ander—. He sido un irresponsable al no prever los tiempos exactos que nos iba a tomar cada una de las fases, y al final todo se ha descontrolado. David se ha comportado de una manera profesional y leal, y jamás ha contradicho ninguna de mis instrucciones. De hecho, me gustaría recalcar su gran disposición a tomar parte activa en el desarrollo de la cámara. Los avances, que obviamente no han sido suficientes, se deben sobre todo a él, señor, a su iniciativa y a su trabajo. Yo me he limitado a supervisarle, pero está claro que me he equivocado con el cálculo de los plazos.

—Me parece muy loable por su parte el que reconozca su responsabilidad en el proyecto. Le recuerdo que usted se había comprometido a tenerlo listo para la feria de Amsterdam, pero el incumplimiento de los objetivos para la primera fase no puede traernos nada bueno. He estado reunido esta mañana con la Presidenta del Consejo de Administración y hemos acordado relevarle de este proyecto. Esperamos que en el siguiente que se le asigne sepa usted dar su mejor versión de sí mismo. En cuanto a usted, señor Vanner, a pesar de los elogios que su supervisor acaba de verter, nos vemos obligados a retirarle del mismo modo de la Safety Cam 3. En cualquier caso, esto no quiere decir que usted ha sido eliminado del proceso de selección. Gracias al informe favorable que el señor Goikoetxea ha elaborado acerca de su trabajo, hemos decidido asignarle otra misión.

—Señor, si se me permite... —intentó decir David.

—No, David, te lo agradezco pero no lo intentes —le interrumpió Ander sonriéndole—. Nadie tiene queja alguna de ti. Soy yo el que ha fallado.

David no daba crédito al sacrificio que Ander acababa de hacer con el solo objeto de que no les cortaran la cabeza a ambos. Con los últimos acontecimientos sobre el supuesto asesinato de Tomás Benguría y su ex mujer, lo cierto es que se habían relajado bastante a la hora de cumplir los plazos previstos en el desarrollo de la Safety Cam 3. Pero él era tan culpable como Ander. Seguramente Ander tenía más que perder que él dentro de la empresa. Al fin y al cabo David era un mero aspirante, pero Ander llevaba años trabajando para ellos; aquello no iba a quedar muy

bien en su currículum. Definitivamente Ander tenía un alma generosa, como le había dicho Inés San Juan. Le debía una muy grande.

A continuación el Director Gutiérrez indicó el nuevo proyecto asignado a David, que a simple vista no parecía nada atractivo y que se encuadraba más dentro del departamento de marketing que en el de desarrollo de software. David pensó en mostrar su disconformidad, pero cambió de opinión cuando conoció el nombre de su nueva supervisora: Sharon Van Roden, la pétrea estatua con aroma a rosa y sándalo. Por su parte, William Dik asumió el proyecto de la Safety Cam 3, aunque todavía no se había decidido cuál de los otros aspirantes ocuparía el puesto de David Vanner.

Al salir, Sharon Van Roden indicó a David que le esperaba dentro de media hora en su despacho de La Rueda, el número dos, no tenían tiempo que perder. El nuevo supervisor de la Safety Cam 3 se alejó canturreando hacia los ascensores. David y Ander bajaron a la cafetería de la planta baja, aprovechando aquellos treinta minutos de cortesía que la nueva supervisora de David le había concedido.

—No tenías por qué haberlo hecho, Ander. Yo no soy nadie aquí y tú tenías casi media carrera hecha. De todas formas, quiero agradecértelo. Eres un buen tío —le dijo tendiéndole la mano.

—No tienes nada que agradecer David. Tengo que asumir mi responsabilidad, no me queda otra. Además, no me gustaría que te echaran y perderte de vista con todo esto que nos traemos entre manos con Alicia y Giuseppe. Y por cierto, tú también me caes bien —dijo sonriéndole mientras se alejaba hacia la máquina de café.

David se le quedó mirando. Lo de rodearse de buena gente era algo relativamente nuevo para él, pero definitivamente merecía la pena. Se sentía muy a gusto con Ander. Su forma de ser tan ingenua le hacía querer intentar ser mejor y no tan cretino, y eso no podía ser nada malo.

31.

Begoña Argenta llegó al invernadero de las Torres Isozaki con las bolsas de la compra en la mano. Al llegar, les ofreció un trozo de la barra de pan que había comprado, pero ninguno estaba por la labor de aceptar su ofrecimiento. Ambos habían sido citados allí para una reunión de urgencia. La tensión se palpaba en el ambiente, a pesar de los esfuerzos de la jardinera por mostrarse cordial. Anne Wellington y Mechero llevaban esperándola casi media hora sentados en el sofá del salón principal de la vivienda. Mechero se sentía tremendamente culpable por la muerte de Júpiter, el perro de Anne. No podía creer que la Fundación hubiera recurrido a un método tan rastrero y despiadado para dar muerte a un ser inocente y así mandar un aviso a su dueña. Pero estaba de acuerdo con Anne. Era demasiada casualidad que el animal hubiera sido envenenado con un cóctel mortal de plantas venenosas. Aunque no estaba tan desconcertado como Anne. Le habían llegado rumores de los métodos que utilizaba Petunia en ocasiones para amedrentar a alguien o conseguir un objetivo, pero nunca había vivido un caso tan cercano. Estaba visto que aquellos chismes tenían más base de realidad de lo que había pensado. Al igual que Anne, creía que la razón no podía ser otra que el hecho de que la organización se hubiera enterado de las artimañas que había empleado para poder sacar el archivo de la vida del santo fuera del ordenador azul. Ni que fuera tan difícil. No le había costado demasiado esfuerzo. La Fundación tenía un serio problema si creía que no tenía fugas de seguridad.

—Bueno, cariños, supongo que os preguntaréis por qué estamos aquí.

—Nos podemos hacer una idea —contestó el joven. Anne permaneció en silencio.

—Me ha tocado a mí tener una charla seria con vosotros. Me hubiera gustado que nuestro segundo encuentro —dijo dirigiéndose a Anne— hubiera tenido otro cariz, pero ¡qué se le va a hacer!—. Terminó de asentarse en el sillón que había enfrente de Anne y Mechero. No llegaba a tocar con los pies el parqué y le costó un rato aposentarse con una postura relajada. —Mechero, empiezo contigo. La Fundación ha decidido anular tu asignación económica de los próximos tres meses, espero que tengas dinero ahorrado, jovencito. Sabes perfectamente el voto de lealtad que hiciste hace cuatro años y que no se puede violar así como así. Esto no es un videojuego, cariño. Los juramentos de honor se cumplen o no se cumplen, pero si optas por no acatarlos te expones a sufrir consecuencias nada agradables. Nadie te obligó a hacerlo, fuiste tú el que rogó que se te aceptara como jardinero. ¿Recuerdas?

Mechero asintió avergonzado, mientras Anne no daba crédito a lo que estaba escuchando. Aquella mujer con el aspecto de un ama de casa del montón acababa de hablar de juramentos de honor y de horribles consecuencias si no se acataban, con la tranquilidad de quien habla del tiempo.

—Anne, cariño, sé que llevas muy poco tiempo entre nosotros y que de hecho ni siquiera eres una jardinera de manera oficial. Lo entiendo. Todo esto es nuevo para ti y es normal que te cueste un tiempo adaptarte a nuestras normas. Pero debes tener muy claro que la confidencialidad es uno

de los pilares básicos sobre los que se sustenta la Fundación, y tú, con la ayuda de Mechero — dirigió una mirada severa al muchacho— la has violado, y de qué manera. Nos consta que habéis conseguido sacar la copia del código, que obviamente es un archivo secreto de Petunia, fuera de este invernadero sin contar con permiso para hacerlo. Me cansa mucho tener que recordar los contratos de confidencialidad que se firman para poder empezar a trabajar con nosotros, pero creo que no está de más que te lo recuerde. La Fundación ha decidido darte otra oportunidad, creemos en ti, sabemos que vas a ser una de las mejores jardineras que jamás se hayan unido a nosotros. Cariño, no sabes todo lo que insistí en su día para que los Mayores te aceptaran en la Fundación. Defendí con uñas y dientes tu candidatura, sé que eres perfecta para esto y para lo que Petunia representa. No suelo equivocarme. Aún no lo entiendes del todo, pero créeme, eres un tesoro en bruto y no estoy dispuesta a que te nos vayas. Nos hace falta gente joven como tú, rebosante de talento. Pero por favor, no vuelvas a ponérmelo tan difícil, ¿me lo prometes? La próxima vez no sabría como excusarte. Únicamente vamos a anular tu sueldo de este mes. Pero te aseguro que si esto vuelve a ocurrir no habrá tanta consideración contigo. Si quisiera, la Fundación podría despedirte ahora mismo y exigirte una indemnización que te dejaría en una posición económica muy delicada. ¿Es que no te acuerdas de las cláusulas penales que suscribiste al firmar los contratos? Además, Lourdes del Río asegura que te insistió varias veces, delante de este jovencito, que estaba absolutamente prohibido sacar el archivo del invernadero, que ni siquiera podías tomar fotos.

—Y por eso habéis asesinado a mi perro, para dejármelo bien claro y que la próxima vez me lo piense dos veces antes de incumplir una norma. Pero ¿qué clase de mafia sois, panda de psicópatas? Porque no tengo pruebas, pero me dan ganas de ir a la policía y denunciaros a todos —dijo Anne entre lágrimas.

—Pero, cariño, ¿de qué demonios me estás hablando?—. Begoña Argenta se incorporó de su asiento y se acercó a Anne con intención de consolarla. —¿Qué es lo que le ha pasado a tu perro, cielo?

Anne miró a los ojos de la mujer. Su mirada de preocupación le pareció sincera. ¿Era posible que Begoña Argenta no supiera nada al respecto?

—Alguien ha matado a mi perro Júpiter en Londres. Lo han envenenado con una poción de hierbas tóxicas. ¿Demasiada casualidad, no te parece? Sé que ha sido la Fundación, Begoña. Puede que tú lo sepas y estés ahora haciendo el papel de tu vida, o puede que seas inocente, pero sé que ha sido Petunia, como advertencia y castigo por lo que he hecho.

—Cariño, eso que dices es horrible. Lo siento mucho por tu perro, ningún animal se merece una muerte tan horrenda. Pero te juro por lo que más quiero que yo no sé nada de eso. Me cuesta creer que la Fundación haya hecho una cosa así, la verdad. Se dicen muchas cosas por ahí, pero no debes creer que todas son ciertas. La Fundación tiene muchos enemigos.

Otra vez aquella frase. Las mismas palabras que Jon Arkaute había pronunciado en Laguardia. Mechero intentó hablar pero Anne advirtió como Begoña le mandaba callar suavemente con un gesto de su mano, mientras se fundía en un abrazo rebosante de ternura con ella. Anne lloró en los brazos de Begoña y al hacerlo recordó los achuchones y arrumacos de su difunta abuela Mary Anne. Durante unos minutos se retrotrajo a aquellos años de su infancia que compartió con ella en Inglaterra y se sintió segura, a salvo de cualquier mal que pudiera acecharla. Pero aquel espejismo

se difuminó enseguida. Volvía a estar en aquella vivienda, en los brazos de una mujer que hasta hace bien poco era una perfecta desconocida y junto a un adolescente que la miraba con preocupación. No sabía si era cierta o no aquella afirmación de que la Fundación Petunia tenía muchos enemigos, pero aquellas dos personas que tenía a su lado no parecían ser los suyos, a menos que aquello no fuera más que puro teatro y estuvieran realizando su mejor actuación. Prefirió creer que no estaban fingiendo.

32.

La casa de David estaba hecha un desastre. Con los horarios laborales que tenían, ninguno de los dos disponía de tiempo suficiente para mantenerla limpia y ordenada. La semana anterior Anne le había sugerido a David la posibilidad de contratar una asistenta para que realizara las labores del hogar pero David había desechado la idea de una manera rotunda, no quería meter a nadie extraño en su casa. Habían vuelto a discutir cuando ella le recordó que sin embargo sí permitía que Adrián, el vecino maleducado que vivía enfrente, accediese al piso cuando le viniera en gana. “*Eso es diferente*”, había sentenciado él. Y ya está. No había habido más explicaciones, a pesar de los insistentes intentos de ella. Aprovechó que Begoña Argenta les había dado a ella y a Mechero el resto de la mañana libre, para barrer y limpiar el polvo. Esas labores las solía realizar normalmente David, pero estaba claro que no había limpiado desde hace días. Hasta la tarde no tenía que volver, así que tenía más que tiempo suficiente para poner algo de orden. Además, le vendría bien despejar la cabeza después de la noche horrible que había pasado recordando a su perro Júpiter.

El despacho adyacente al dormitorio era una leonera. David lo solía utilizar como vestidor y zona de recreo. Ella no entendía cómo era capaz de reunir en una misma habitación una consola con decenas de carátulas de videojuegos tiradas por el suelo, un banco de entrenamiento, un conjunto de mancuernas, y un escritorio con el ordenador, donde se suponía que trabajaba cuando estaba en casa. A todo ello se añadían varias camisetas y calzoncillos desperdigados por la mesa y las sillas, y cuatro cajas de somníferos tiradas sobre la alfombra. Se preguntaba cómo era capaz de mantener la mente en paz con semejante caos. Dobló la ropa y decidió guardar los juegos en uno de los cuatro cajones del escritorio. En el de más abajo encontró varios álbumes de fotos. La mayoría eran de viajes turísticos que había hecho David antes de conocerla, aunque también había alguno con fotos de los dos en Inglaterra. Le llamó la atención uno de los álbumes, en cuya portada había dibujada una enorme cruz. Al abrirlo, sonó una melodía infantil un tanto anticuada. En la primera página alguien había escrito a mano “*Regalo de mi primera comunión*”. Eran fotos familiares de David de cuando era apenas un niño, aunque había alguna también de su adolescencia. Reconoció en varias de ellas a la tía Sabina y al caserío de Lacaverna. En una de las imágenes, Sabina posaba con el que sin duda era David en la finca de viñedos que rodeaba la casa de la tía. Él debía de tener unos diez años. Tenía que ser primavera o verano, porque habían instalado una pequeña piscina hinchable donde David chapoteaba y jugaba con otro niño de edad similar y una niña de apenas dos o tres años. Anne pensó que David era adorable de pequeño. Se fijó en el otro niño que le acompañaba. Sus rasgos le eran familiares, lo cual no tenía sentido, no conocía a ningún pariente o amigo de David de la infancia. Sin embargo, estaba convencida de que aquel pequeño le recordaba a alguien. Era Adrián. Tenía que ser él. Se parecía muchísimo al vecino insolente de enfrente. Los mismos labios, el mismo color de ojos... hasta la expresión de

soberbia de su cara eran idénticos a los de aquel arrogante de pacotilla. Así que ésa era la razón por la que David permitía el acceso a su casa a aquel deslenguado. Con toda seguridad se trataba de un amigo de la infancia. Tenía que preguntarle sin falta.

Tras ver el resto de fotos se sentó un momento a descansar y a revisar las que ella misma había sacado con su móvil durante su visita a La Rioja Alavesa. Fue mirándolas una a una, borrando las que habían quedado borrosas o estaban duplicadas. Una de los monumentos que más le habían gustado en Laguardia y que más había retratado era la Iglesia de Santa María de los Reyes. Rememoró las explicaciones de la guía acerca de las diferentes escenas del Nuevo Testamento representadas en el maravilloso pórtico, algunas de ellas pertenecientes a evangelios apócrifos. Se decía incluso que el templo había pertenecido a un monasterio de la orden del Temple, aunque la guía no estaba a favor de dicha teoría. Era asombroso cómo el artista había conseguido plasmar en los rostros de todas las figuras aquellas expresiones tan humanas. Volvió a admirar la efigie de la Virgen con el niño Jesús que presidía la portada y las estatuas del rey Don Sancho Abarca, que levantó el castillo para defender el Reino de Navarra sobre el cerro en el que hoy en día se asentaba la villa, junto con su esposa. Había sacado fotos prácticamente de todo el pórtico, sobre todo de las escenas bíblicas como la Anunciación, la Visitación de Isabel a la Virgen María y la Epifanía. Fue precisamente mirando las fotos que había tomado de esta última, cuando el corazón le dio un vuelco. La adoración de los Reyes Magos estaba maravillosamente representada, pero algo en ella le hizo agarrarse al respaldo de la silla, como si temiese desmayarse en cualquier momento. Como no podía ser de otra manera, el autor había tallado la estrella de Oriente, la que guió a los magos hasta el portal de Belén. Pero la forma en la que lo había hecho le recordó a algo que había visto no hacía mucho. La estrella aparecía moldeada sin cola, sólo con el cuerpo central, con un color dorado precioso, y enmarcada dentro de un círculo oscuro. Avanzó rápidamente las fotos que había sacado con su teléfono, buscando la que había tomado en el dormitorio de la tía Sabina cuando se le cayeron las llaves del coche al suelo. La estrella del pórtico de Santa María de los Reyes era la misma estrella que había esculpida sobre el cofre que descubrió dentro del armario de Sabina. Los ocho brazos, el círculo negro sobre el que el astro reposaba... eran prácticamente idénticas. ¿Qué podía significar todo aquello? No podía tratarse de una casualidad. ¿Acaso el artista que había realizado la portada de la iglesia era el mismo que había tallado el cofre de Sabina? Era una de las posibilidades. Sin embargo, algo le hacía intuir que la cosa no era tan simple. La mejor opción que tenía era preguntarle a David, aunque, teniendo en cuenta como habían ido las cosas con la tía Sabina, quizás no fuera buena idea sacar el tema. Volvió a guardar el álbum de David y terminó de limpiar la habitación; en breve tendría que empezar a preparar la comida.

33.

Carmen García, la madre de Tomás Benguría, les recibió en su casa con los brazos abiertos. Adoraba a Giuseppe Antonelli. No sólo le parecía un hombre de lo más apuesto, a pesar del olor a tabaco que le acompañaba allí donde iba, sino que apreciaba mucho todo lo bueno que había hecho por su hijo en el pasado. Cuando Tomás tuvo aquellos problemas de drogas, Giuseppe fue uno de los pocos amigos que no le dieron la espalda. Incluso pagó la fianza cuando le detuvieron por posesión de cocaína. Gracias al apoyo de Giuseppe y de la terapia, había conseguido dejar atrás aquel infierno de adicciones. Aunque todo aquel esfuerzo ahora no servía para nada. Tomás y su ex mujer Iratxe estaban muertos, y ya nadie iba a poder devolverle a su único hijo. Al menos le quedaba el consuelo de disfrutar viendo crecer a sus nietos. El pequeño era clavadito a su padre. Rezaba a Dios todas las noches para que el Juez le nombrara a ella tutora legal de los hijos de Tomás e Iratxe.

David Vanner, Giuseppe Antonelli y Ander Goikoetxea llegaron a las ocho de la tarde, después de que David y Ander salieran del trabajo. Habían decidido acudir juntos con la intención de tener más posibilidades de rastrear la casa sin que ella se diera cuenta. Alicia Rández había intentado en vano conseguir algún hilo del que seguir tirando preguntando a una amiga que trabajaba en una cafetería del centro de Bilbao, por si conocía a alguno de los trabajadores del Café Los Sotos, pero había fracasado estrepitosamente. La amiga había dejado de trabajar hacía más de un año en la hostelería y no conocía a ninguno de los trabajadores del café donde Tomás Benguría y su confidente se reunieron en varias ocasiones. Al llegar al portal del edificio, pensaron que quizá no fuera tan buena idea que David subiera a casa de Doña Carmen, al fin y al cabo la anciana no le conocía de nada, y, aunque probablemente no ocurriría nada, era demasiado arriesgado que empezase a hacer preguntas incómodas. Ella tampoco conocía a Ander en persona, pero sí le había visto en fotografías de cenas de empresa que Tomás y Giuseppe le habían enseñado alguna vez. Además, si el italiano le decía que Ander era otro buen amigo de Tomás, estaban convencidos de que se lo creería sin mayores problemas. David pensó en esperarles en la calle, pero finalmente decidió marcharse. La madre de Tomás Benguría les ofreció a Giuseppe y a Ander un aperitivo y una cerveza.

—Doña Carmen, muchas gracias por dejarnos venir a visitar a los niños —dijo el italiano.

—Lo cierto es que aún tardarán un poco en llegar, están en clase de natación. Los trae su tía, la hermana de Iratxe, en una media hora.

—Perfecto, tenemos tiempo. Además les hemos traído un regalo —añadió Giuseppe mientras Ander pedía permiso para ir al baño.

Mientras Doña Carmen y Giuseppe seguían charlando amigablemente en el salón, Ander se dirigió directamente a la habitación de Tomás Benguría. Giuseppe le había explicado que estaba situada al final del pasillo, junto al único cuarto de baño de la vivienda. El dormitorio rezumaba años ochenta por todas partes. Tanto los muebles pasados de moda como la raída tela de las cortinas le hicieron ver que no se había reformado en cuarenta años. Una gran foto de Tomás el día

de su primera comunión presidía la estancia. Rebuscó en todos los cajones que había bajo el escritorio donde reposaba el viejo ordenador con pantalla de tubo. Abrió el único armario ubicado junto a la cama de Tomás, pero la madre lo había vaciado de ropa y únicamente albergaba dos conjuntos de sábanas perfectamente planchadas. Miró también en las estanterías de la pared, atiborradas de libros de texto de cuando Tomás iba al instituto y a la universidad. Descolgó hasta el cuadro, por si había escondido algo detrás, pero nada. Aquella idea no había sido buena. Seguramente, fuera lo que fuera lo que hubiese encontrado, Tomás no había querido implicar a su madre. Probablemente lo había ocultado en el piso de alquiler en el que vivía desde que se separó de Iratxe, pero era una locura intentar siquiera acceder a él, ya estaría ocupado por otros inquilinos a estas alturas. Justo cuando se disponía a salir de la habitación, tuvo una idea. ¿Y si Tomás había recurrido al colchón de la cama? Tenía que darse prisa, no tenía mucho tiempo para hacer creíble su visita al aseo. Levantó el colchón y lo analizó minuciosamente, incluso hurgó entre las sábanas y la manta, pero allí no había nada. Por último buscó en la almohada. Al tocarla notó algo. Si uno no la apretaba mucho podía pasar perfectamente desapercibido, pero sin duda había algo duro escondido dentro. Retiró la funda y comprobó que había una pequeña hendidura hecha con algún cuchillo o unas tijeras. Metió la mano y extrajo un CD envuelto en un mapa de los Países Bajos. Volvió a colocar la funda y estiró las sábanas, intentando que no se notara que las había movido. Al volverse hacia la puerta descubrió a Doña Carmen plantada bajo el marco, con una sonrisa en su rostro.

—No te has podido a resistir a entrar aquí, ¿verdad, hijo? —le dijo mientras descargaba todos su peso sobre el bastón que utilizaba para desplazarse—. A mí me pasa a menudo. Entro aquí, miro esa fotografía y recuerdo los buenos tiempos, cuando Tomás era un prometedor estudiante.

—Lo siento, Doña Carmen, no era mi intención molestarla —dijo Ander.

—No te preocupes, majo. Si quieres te puedes llevar algo de recuerdo, no me importa, de verdad.

Ander no supo si se estaba refiriendo al CD que acababa de encontrar dentro de la almohada, pero, por si acaso, no quiso alargar la conversación. Volvieron al salón y esperaron media hora más, pero no pudieron ver a los niños. Su tía llamó para comunicarle a Doña Carmen que se quedaban a dormir esa noche en su casa; se les había hecho muy tarde en la piscina. Doña Carmen suspiró al colgar el teléfono. Su propia experiencia vital le hizo ver que conseguir la tutoría legal de sus nietos no iba a ser tan fácil como había pensado. Estaba claro que la tía de los pequeños iba a presentarle batalla.

34.

Al salir de casa de Doña Carmen, Ander y Giuseppe entraron a una cafetería y se sentaron en una de las mesas del fondo. Tras pedir una cerveza para el italiano y un refresco sin calorías para él, Ander extrajo del bolsillo interior de su americana el CD que había encontrado en la habitación de Tomás Benguría envuelto en un mapa de Holanda. Sobre el disco aparecía manuscrita una palabra escrita en un idioma extraño.

—Es la letra de Tomás —dijo Giuseppe—. Puedes estar seguro.

—¿Pero en qué idioma está escrito esto?

—“HAEGIWALLEI” —leyó el italiano con dificultad—. No tengo ni idea. Puede que sea una palabra inventada por Tomasso.

—Fíjate en el mapa —añadió Ander extendiéndolo sobre la mesa. El jefe de prensa parecía haber trazado un círculo alrededor de una zona donde aparecían varias localidades, pero la que más destacaba era una que recibía el nombre de Nimega.

—Es la ciudad más antigua de Holanda —dijo Giuseppe tras consultar Internet en su teléfono—. Pero he metido en el buscador la palabra “Nimega” junto con la palabra “Bechs” y no da ningún resultado. Lo mismo ocurre si escribo los nombres de Hans Bechs o Suzanne Bechs, no aparece nada. ¡Qué raro!

—¿Será la ciudad de donde son originarios los Bechs? Mira a ver.

—No. Por lo que parece los Bechs provienen del pueblo de Haaften, al oeste de Nimega. De hecho, según esto, todos sus negocios en los Países Bajos tienen el domicilio social en Neerijnen, la provincia donde se encuentra Haaften. Pero por lo que veo ni Haaften ni Neerijnen aparecen dentro del círculo.

—Pues no se me ocurre entonces a qué viene ese círculo sobre el mapa—dijo Ander sacando de su pantalón su teléfono móvil—. Voy a enviarles una foto a David y a Alicia a ver qué les parece. Ocho ojos ven más que cuatro.

Al cabo de unos minutos el teléfono de Ander comenzó a vibrar y a desplazarse lentamente sobre la mesa. Era David. Cuando había visto la foto con la palabra “HAEGIWALLEI” escrita sobre el CD, tuvo el convencimiento de que ya la había leído antes.

—Os acabo de enviar una foto de la pegatina fucsia que encontré en uno de los cuadernos de Tomás. En aquel momento me llamó la atención porque, como veis, aparece subrayada y con dos flechas apuntando hacia ella. Pensé que era algo importante, aunque luego se me olvidó por completo —la voz de David sonó a través del altavoz del móvil de Ander—. Como veís, en ese *post it* Tomás escribió la misma palabra, “HAEGIWALLEI”.

—Yo creo que se trata del nombre de algo ilegal que han hecho los Bechs en la ciudad esta, Nimega —apuntó Giuseppe.

—¿Habéis intentado leer el contenido del CD? Puede que se trate de la clave para poder abrirlo y leerlo. No me extrañaría nada que Tomás lo hubiese protegido por si caía en manos de la persona menos adecuada.

—Lo comprobaré en cuanto llegue a casa, igual tienes razón —respondió Ander, terminándose de tomar el refresco.

35.

Jon Arkaute vivía en el barrio de Algorta, en Getxo, a escasos quince kilómetros de Bilbao. Era un bonito apartamento diseñado con concepto abierto donde tan solo el baño y las dos habitaciones estaban delimitadas por paredes; el resto de estancias conformaban un único espacio, lo que lo hacía parecer más amplio de lo que realmente era. Estaba ubicado en el último piso de un bloque de cinco plantas levantado sobre una colina, en una urbanización residencial. Desde la terraza del salón, Anne Wellington contemplaba, con una taza de mate en la mano, una espectacular vista del mar Cantábrico que, a esas horas de la noche, con el sol ya oculto tras el horizonte, dibujaba un lienzo evocador que le transportó durante unos minutos a Portsmouth, al sur de Inglaterra, donde solía veranear con su familia hasta que cumplió diecisiete años. Anne aspiró la brisa marina que llegaba hasta aquel quinto piso y se imaginó a sí misma dando aquellos largos paseos nocturnos por la playa cerca del hotel donde se alojaba con sus padres. Volvía a sentir la arena colándose entre los dedos de sus pies mientras intentaba apartar las pequeñas conchas marinas que se iba encontrando a su paso. Recordó a aquel hombre que empezó a caminar detrás de ella, al principio a bastante distancia. En aquella época era una adolescente algo inocente para la edad que tenía. Sus padres la habían sobreprotegido durante aquellos primeros diecisiete años de vida y, aunque su cuerpo se encontraba plenamente desarrollado, en el fondo su mente era la de una niña. No advirtió el peligro cuando el hombre que la seguía comenzó a acelerar el paso y a llamarla con un siseo insistente. Ni siquiera cuando él llegó a su altura y la tomó de la mano. Al principio le resultó hasta simpático. Estuvieron paseando un rato más mientras él le contaba toda su vida. Acababa de llegar a Portsmouth procedente de Francia y estaba empezando una nueva vida como asistente de cocina en uno de los restaurantes de la ciudad. Anne aún podía oler el aliento a vino de aquel hombre. A él debió de parecerle lo suficientemente ingenua como para inventar una estratagema tan simple como pedirle que le acompañara a una casa abandonada que había cerca, porque esa mañana se le había perdido allí la cartera. Anne le creyó. Aún hoy en día se preguntaba qué es lo que pudo ver en aquel individuo para confiar en él de aquella manera. Le acompañó hasta el edificio y en cuanto estuvieron aislados entre los escombros y protegidos por las paredes que aún se mantenían en pie, se le echó encima. Anne volvió a sentir aquel silencio espeso que la rodeó dentro de aquella casa a medio derruir. Un silencio que aturdía, y que fue lo único que le hizo darse cuenta, ya demasiado tarde, de lo aislada que estaba del mundo en ese momento y de que nadie la oiría si comenzaba a gritar. Al principio se quedó paralizada por el miedo. Su madre le había avisado mil veces de lo que pretendían todos los chicos en cuanto tenían a su alcance una joven atractiva como ella. Pero ella siempre había pensado que era una exagerada. Y ahora se encontraba allí, sin poder pedir auxilio a nadie, a punto de sufrir en sus carnes la parte más abominable de lo que implicaba aquella advertencia de su madre. El hombre la empujó y la hizo caer boca arriba mientras se bajaba los pantalones. Y en ese momento Anne lo tuvo claro. No iba a permitir que aquel monstruo se aprovechara de ella. Esperó hasta que él se hubo colocado sobre ella y en el instante en que se disponía a consumir su agresión, Anne le asestó varios cortes en el cuello valiéndose de la esquila punzante de uno de los cientos de ladrillos que había dispersos por todo el suelo. El hombre intentó taponarse la herida con las

manos pero era demasiado tarde. Un charco de sangre fue abriéndose paso alrededor del cuerpo, mientras Anne corría despavorida fuera de las ruinas. Jamás supo si aquel hombre había sobrevivido y en las noticias de los días siguientes no dijeron nada sobre un cadáver hallado en la playa. Le rogó a sus padres no volver jamás a Portsmouth y aunque ellos se mostraron reticentes en un primer momento, supieron ver en su mirada que algo grave había ocurrido, y aceptaron su petición sin querer indagar más en sus motivos. Habían pasado muchos años desde aquello y aunque jamás lo había olvidado, había conseguido sobreponerse a una experiencia traumática como aquella sin contar con ayuda de nadie. En realidad, ya no le afectaba todo aquello, lo había superado hacía mucho tiempo. Pero de vez en cuando, cuando volvía a estar presente en un entorno excesivamente silencioso, como había ocurrido cuando el sábado por la noche había agarrado el rastrillo para enfrentarse a la señora Rosa en la casa rural, el animal herido que aún llevaba dentro se revolvía furioso y la situación podía llegar a descontrolarse. Lo que pasó en Portsmouth fue la primera vez que Anne había tomado el control de su vida y la primera ocasión de todas las que vendrían después en las que había sabido salir indemne de situaciones bastante comprometidas. David solía decirle que era una de las mujeres más valientes y resolutivas que había conocido nunca. Y probablemente tuviera razón. Aunque David no tenía ni idea de lo que había ocurrido en aquella casa de la playa y seguramente jamás se lo contaría.

Jon Arkaute salió a la terraza para avisarle de que la cena ya estaba preparada. Durante la tarde, Anne había acudido al invernadero para seguir mejorando la traducción de las dos partes de la Vida del Santo que ya tenía prácticamente terminadas. Lourdes del Río no había acudido en todo el día y ella se imaginó dónde podía estar. Jon le había llamado para decirle que el domingo ni él ni Lourdes habían conseguido encontrar la parte del texto que faltaba, pero que presentían estar muy cerca, no les quedaban ya tantas estancias donde buscar. La guía se había quedado un par de días más en Logroño, en casa de su padre, con lo que disponía de más tiempo para acudir a la residencia La Sagrada Misericordia de Párganos, aprovechando que la madre superiora se había ausentado para ir a visitar a un familiar a San Sebastián. Así tendría más libertad de movimientos y, por tanto, más probabilidades de encontrar las hojas que alguien había arrancado a la copia del códice. Anne no se atrevió a comentar con Mechero nada acerca de lo que tramaban Jon Arkaute y Lourdes del Río. No sabía con certeza si su perro Júpiter había muerto a manos de la Fundación como castigo por haber incumplido las normas de confidencialidad, pero, por si acaso, no quiso arriesgarse a decirle nada a Mechero, por si éste no sabía nada.

El caso es que en esa llamada Anne había aprovechado para comentar con Jon Arkaute parte de lo que había traducido, y él la había invitado a cenar esa noche en su casa para comentar los avances obtenidos por la joven filóloga. Se había enterado de lo que le había pasado a Júpiter y creía que era buena idea reunirse fuera de los dominios de Petunia y cambiar un poco de aires. A Anne le pareció genial el ofrecimiento y avisó a David de que llegaría tarde a casa por motivos de trabajo, sin especificar nada más. Éste le respondió por su parte que aprovecharía su ausencia para quedarse más tiempo entrenando en el gimnasio.

Jon había preparado una cena ligera a base de sushi y sashimi. Y había tenido el detalle de preguntarle a Anne cuál era su bebida preferida, con lo que se había abastecido de suficiente cantidad de mate como para aguantar toda la noche en vela. Iba vestido con unos pantalones cortos de deporte, que marcaban sus piernas musculadas, y con una camiseta de tirantes blanca que resaltaba su bronceado y dejaba entrever el vello casi rubio de su pecho. A Anne le volvió a parecer que de nuevo iba ataviado con una indumentaria totalmente inapropiada, y mucho más para ser el anfitrión en una cena de trabajo. Aún así le gustó que Jon mantuviera su personalidad a costa de lo que fuera. Además, estaba especialmente atractivo con aquellos *shorts* de tela transpirable. Se acercó a ella y le sirvió más mate en su taza. Anne aspiró con disimulo el aroma natural que emanaba su cuerpo y que le encantaba. Era un olor fuerte, sumamente masculino, totalmente diferente al de David. Ni en la biblioteca del Casco Viejo de Bilbao ni en Laguardia le había parecido percibir en él ningún atisbo de desodorante o perfume de algún tipo. Ni falta que hacía. Aquel olor propio que desprendía le gustaba, le atraía de un modo sutil pero consistente, aunque por supuesto no hizo ningún gesto evidente que pudiera hacer que él se diera cuenta de ello.

—Veamos lo que tenemos —comenzó ella—. Estamos todos de acuerdo en que estamos ante la vida de un santo, ¿no? De hecho, como te habrás dado cuenta, hay ciertos paralelismos con la vida de Jesucristo que se cuenta en la Biblia, aunque al final la historia evoluciona de una manera totalmente diferente. En la primera parte el autor nos cuenta que nació, que su bondad era tan grande que Dios le premió con la facultad de hacer milagros. Cura la ceguera de un niño, devuelve la riqueza a un comerciante que lo había perdido todo, y enseña a la gente a conseguir agua en tiempos de sequía. Con el tiempo su fama va creciendo y sus milagros se multiplican. Incluso enseña a la gente a comunicarse con Dios. Sus seguidores deciden protegerle construyendo unos muros alrededor de su casa. Y de repente, la historia adquiere un carácter belicoso un tanto insólito. Resulta que el santo tiene tres parientes que le tienen mucha envidia y se enfrentan a él, entendemos que de manera violenta. Pero los seguidores del hombre son buenos guerreros y terminan hiriendo al pariente mayor de los tres. Total, al final los cuatro deciden pactar una especie de capitulaciones por las que se acuerda que el santo cure al pariente mayor, el que había caído herido en la batalla, a cambio de que le dejen construir un templo en honor a Dios.

—Veo que has hecho un comentario en la traducción de esta parte—. Mientras ella hablaba Jon miraba unos folios que recogían la traducción llevada a cabo por Anne y que se supone había obtenido del ordenador azul. Al parecer él si tenía los permisos oportunos para sacar información fuera de las sedes de Petunia. Por si acaso, no quiso sacar el tema para no verse inmersa en otro incumplimiento de las dichas normas de la Fundación. Si él las había infringido, que fuera su única responsabilidad.

—Sí, me sorprende un poco que cuando se dice que les enseñó a hablar el lenguaje venido de los cielos, refiriéndose a que les mostró cómo orar o comunicarse con Dios, emplea precisamente la expresión “de los cielos”. Sin embargo un poco más adelante afirma que Dios sonreía “desde las alturas”. En un primer momento pensé que simplemente el autor está usando diferentes recursos estilísticos para referirse a lo mismo, el cielo, el lugar en el que habita Dios. Pero, ¿y si nos quiere dar a entender dos cosas diferentes con esas dos expresiones?

—Buena apreciación, habrá que tenerlo en cuenta para analizar el texto en su conjunto, aunque yo creo que es simplemente una cuestión de estilo —dijo él.

—Y en la segunda parte, el carácter bélico de la historia se acentúa aún más si cabe —continuó Anne—. Narra un nuevo ataque que sufrió el santo, pero esta vez perpetrado por un espectro venido de más allá de las montañas que le asalta a él y a sus seguidores en lo que parece que era un día de fiesta, porque habla de que los seguidores del santo estaban celebrando un convite, supongo que sería algún tipo de fiesta religiosa, no sé. Y a partir de aquí la cosa se complica. Uno de los hijos del santo, que creo que es la forma que usa el autor para referirse a sus seguidores, consigue sacar del templo construido en honor a Dios la llave sagrada y huir con ella a través de las montañas, gracias a que el santo pide la intercesión de Dios y consigue hacer bajar el sol a la tierra para iluminar su camino. Es aquí donde el monje introduce dos glosas en el margen del texto, y las dos contienen términos en euskera. Al hablar de la llave, el monje añade en lengua vasca la expresión “*las palabras secretas*” y luego, cuando el hijo preferido, al que también se califica como mártir, consigue huir de la casa del santo, escribe en romance la frase “*Huyó. Oiraco. Gastehiz*” y añade en euskera “*con sus murallas viejas en la colina*”. Es importante que el término vasco “arresidun” que utiliza para referirse a las murallas antiguas yo creo que se puede referir a uno de los dos lugares, o a ambos.

—Aunque es discutible, estoy de acuerdo —añadió él—. Es una pena que el texto no continúe. Espero que Lourdes termine encontrando las dos hojas que faltan. Si alguien ha considerado necesario arrancar esas dos hojas, me temo que es porque la información que contienen es de vital importancia. De todas formas este texto que acabamos de comentar se aleja y mucho de lo que suelen contar las narraciones de vidas de santos medievales, de hecho el vocabulario empleado y la estructura en el desarrollo de la historia no es nada usual. En la copia original del códice se transcriben oraciones, homilías, oficios religiosos... pero nada aparece de la vida de un santo como éste. Es obvio que aquí hay gato encerrado. Si te fijas, están mezclando elementos religiosos como lo es la narración de la vida en sí del santo, con numerosas referencias a enfrentamientos cargados de violencia, y con claras connotaciones fantasiosas, como si se tratase de una fábula.

—¿Una fábula? ¿Y cuál es entonces la moraleja? —preguntó Anne.

—“Si eres un hombre santo y temeroso de Dios, ten cuidado con tus parientes y tus fantasmas, porque acabarán dándote por saco” —bromeó Jon.

Anne soltó una carcajada que retumbó en toda la casa. Estaban empezando a divagar y aquello sólo podía significar que era hora de marcharse e intentarlo en otro momento. Estuvieron un rato más charlando distendidamente sobre cosas banales, hasta que Jon Arkaute decidió ofrecerle de beber algo un poco más fuerte y sentarse en el sofá. En ese momento Anne decidió dar por finalizada la velada.

36.

Diez plantas separaban los nuevos lugares de trabajo de Ander Goikoetxea y David Vanner desde que el Consejo de Administración había decidido retirarles del proyecto estrella de la Safety Cam 3. David había empezado a trabajar codo con codo con Sharon Van Roden en la duodécima planta de La Pecera, inmerso en el desarrollo de una nueva estrategia de marketing cuyo objetivo era conseguir que en un plazo de no más de dos años, cada uno de los hogares del País Vasco dispusieran de una Safety Cam 3 instalada, controlando no sólo la domótica de las viviendas, sino integrándola en la vida diaria de sus habitantes tanto dentro como en la calle. Si la campaña funcionaba bien, el siguiente paso sería intentar abarcar al completo el mercado del sur de Europa. Aunque la numeración de las plantas era aparentemente casual, Ander sentía que no había calculado bien las consecuencias cuando asumió toda la responsabilidad del retraso en el proyecto en el que supervisaba a David Vanner. William Dik había asumido su puesto y él había sido trasladado a la planta segunda del edificio, donde muchos de los becarios intentaban labrarse su futuro en la compañía a base de servir cafés y hacer fotocopias. La segunda planta podía considerarse el inframundo de La Pecera, no solo porque las personas que trabajaban allí estuviesen muertas de aburrimiento, sino porque todos los proyectos que se dirigían desde esa planta eran de segunda o tercera categoría, nada que ver con los que se desarrollaban a partir de la décima planta. Casualidad o no, el caso es que llevaba todo el día deprimido, intentando que algún superior le explicase qué era lo que realmente tenía que hacer en su nuevo puesto, algo relativo a una versión mejorada de una cámara que se había descatalogado hace tiempo. Para colmo, alguien había decidido que fuese él el que al día siguiente viajaría hasta Barcelona para recibir en el aeropuerto de El Prat a un importante cliente de Hannover. Así que ahora se iba a dedicar a eso, a hacer el trabajo sucio, lo que nadie quería hacer. Pensó en mil excusas para librarse de aquel encargo, sobre todo porque la idea era traer al cliente en un flamante coche de la empresa desde la capital catalana. Odiaba conducir, pero aún más aborrecía conducir y tener que ejecutar al volante todo tipo de tácticas comerciales dirigidas a conseguir la inversión del cliente. Al menos se alegraba de corazón de que David no hubiera retrocedido demasiado en su carrera para hacerse con el ansiado contrato indefinido.

—Nene, a ver si alegras esa cara. ¡Madre mía, que no se acaba el mundo, hombre!—. Inés San Juan, la secretaria de la Presidenta Suzanne Bechs era la única compañera de su círculo más cercano que se había dignado a hacerle una visita. —Así que el imbécil de William Dik ha conseguido quitarte el puesto, se habrá quedado a gusto. Llevaba detrás de ti desde hace tiempo. Puedes estar tranquilo, acabará metiendo la pata, siempre lo hace. Todo lo que toca se va al garete. No sé cómo pasó el proceso de selección para entrar en Artechnia, supongo que hace años no se hacían *castings* tan rigurosos. Bueno, ¿y qué tal? ¿cómo se presenta la cosa?

—Estoy en la segunda planta, Inés, con lo que te puedes imaginar que muy bien no lo tengo. Además, todo el mundo me lleva dando esquinazo todo el día. No sé ni por dónde tengo que empezar. ¡Quién me mandaría a mí meterme en una empresa de trepas como ésta!

—Ya te digo, nene. Ya sabes que esto está lleno de ratas y de víboras. Bueno, también hay zorros y zorras que se dejan querer por los de arriba, tú ya me entiendes. Un zoo completo, vamos. Pero tú no te preocupes, nene, que yo te invito a un par de vinos y ya verás cómo se te quita la pena enseguida.

Ander se rió. Inés San Juan, la secretaria a la que muchos veían prácticamente como una ninfómana, había conseguido hacerle sonreír. A Inés le encantaba saber todo de los demás y tener la primicia a la hora de contar un chisme acerca de alguien. Ander se había preguntado muchas veces cómo se las podía ingeniar Inés para saber media vida de cada uno de los empleados de la compañía. Aún así tenía razón; no eran pocos los rumores sobre ciertos jefes que se acostaban con sus empleados. La miró y sintió una profunda empatía con ella. Casi nadie la conocía de verdad y muy pocos sabían por todo lo que había pasado. Vivía en Atxondo, un pueblecito vizcaíno ubicado en plena montaña. Durante veinte años vivió allí con su marido y sus dos hijas, hasta que un accidente de tráfico se llevó la vida de los tres y ella salió milagrosamente ilesa. Durante una cena de la empresa, ella se había sincerado con él y desde entonces no eran pocos los días que quedaban para charlar a la hora del café. Todo el mundo se quedaba con su fachada de mujer sexy y descarada, pero muy pocos tenían la suerte de conocerla más allá. Él tenía la suerte de ser uno de esos privilegiados.

Por fin había llegado la hora de marcharse a casa. No había visto a David más que un momento a la hora del café después de comer, y la conversación tampoco había dado para mucho. Su nueva supervisora enseguida le había reclamado para proseguir con el trabajo. Por lo menos habían podido comentar brevemente el asunto del CD que Ander se había llevado de casa de la madre de Tomás Benguría. La noche anterior había intentado acceder a su contenido, pero, tal y como les había sugerido David a él y a Giuseppe, Tomás había protegido el disco con una contraseña. Había probado a insertar la misteriosa palabra “HAEGIWALLEI” que aparecía escrita sobre el CD, pero no había funcionado. Incluso había intentado descifrar la clave utilizando dos programas de procedencia algo dudosa que había encontrado en Internet, pero tampoco había conseguido averiguarla. Había sacado una foto del mapa con el que Benguría había envuelto el disco y prácticamente no había dejado de mirarla una y otra vez durante todo el día en la oficina. Nimega. La ciudad que aparecía dentro del círculo que había dibujado Tomás sobre el mapa. Por más que había buscado en Internet no había conseguido localizar un vínculo de ese lugar con la familia Bechs, todos sus negocios se focalizaban en la provincia de Neerijnen, ubicada más a la izquierda en el mapa, bastante lejos del círculo que había trazado Benguría.

Volvió a mirar el mapa en la pantalla de su teléfono y una idea le vino a la cabeza. ¿Y si se estaban obcecando con aquella ciudad, Nimega, y realmente lo que Tomás Benguría había querido enmarcar con aquel círculo era otra cosa? Miró por enésima vez la imagen. Dentro del círculo, no aparecía el nombre de ninguna otra ciudad o pueblo. Tan solo el nombre de Nimega y el del Waal, un afluente del Rhin, aunque en realidad su curso no solo se ceñía al espacio que quedaba cercado por el círculo. Por si acaso, no abandonó del todo la idea; lo pensaría mejor cuando llegara a casa.

37.

Sharon Van Roden era una tirana. Jamás hubiera imaginado que la frialdad de la que había hecho gala con él antes de convertirse en su supervisora, se transformaría en puro despotismo cada vez que se quedaban solos trabajando en la duodécima planta. Sus despachos estaban ubicados tres plantas más arriba, en la planta decimoquinta, conocida por todos como La Rueda, pero aún así alguien se había encargado de que David Vanner retrocediera un par de peldaños en sus aspiraciones, y se viese rebajado a trabajar en una planta inferior. Aquella táctica de disponer el orden de las plantas conforme eran más o menos importantes los proyectos que se desarrollaban en ellas, era un buen sistema para mellar de una manera psicológica a los empleados. La planta doce no estaba mal, peor estaba Ander en la segunda planta. Pero aquello no le gustaba. Aborrecía a su nueva supervisora y el nuevo proyecto a partes iguales. ¿Desde cuándo él había estudiado para desarrollar un programa de marketing? Se consoló a sí mismo pensando en que ya idearía un plan para recuperar su posición en Artechnia, aún le quedaba algún mes por delante hasta que finalizara el proceso de selección. Echaba mucho de menos a Ander. Sharon Van Roden y Ander Goikoetxea eran polos opuestos. Al contrario que ella, Ander era transparente y cándido, y sabía contagiar entusiasmo a sus supervisados. Ahora que no estaba con él se estaba dando cuenta de lo mucho que le extrañaba y de todo lo que había perdido en un segundo.

Salió tarde de la oficina por culpa de Sharon, que se había empeinado en terminar un asunto, aunque no fuera en absoluto urgente. Aquella mujer le desquiciaba. Se decidió a ir andando a casa, necesitaba despejarse y caminar un poco, o se iba a volver loco de un momento a otro. La noche era fresca, perfecta para pasear. Sin embargo, la tranquilidad le duró bien poco. Recordó la enorme discusión que había tenido con Anne cuando la noche anterior ella había llegado a casa tarde del trabajo y él simplemente le había pedido explicaciones. La reacción de ella había sido desmesurada para lo que él le había dicho. David estaba cada vez más convencido de que Anne le ocultaba algo, lo cual tampoco le extrañó viendo cómo él se comportaba con ella mostrándole siempre una versión reducida de lo que era su vida de verdad. ¿Cuándo había empezado todo a irse al traste? En mitad de la bronca, Anne le acusó de nuevo de ocultarle cosas. David no había tenido más remedio que decirle la verdad cuando ella le había sacado el tema del álbum de fotos que había encontrado en el cajón de su escritorio. Tuvo que confesarle que el niño que aparecía junto a él en la fotografía de la piscina hinchable en el jardín de la tía Sabina no era otro que su primo Adrián Zuberoa, el hijo de su tía Concha, la hermana de Sabina. En esa foto los dos debían de tener unos diez años. Hizo prometer a Anne que lo mantendría en secreto, no quería que ni la tía Sabina ni la tía Concha se enterasen de que Adrián llevaba tiempo viviendo en el piso de enfrente. Adrián era un espíritu libre, que no casaba muy bien con lo que la familia esperaba de él. Formaba parte de un grupo de rock gótico y esa no era precisamente la carrera que su padre, el honorable Alejandro Zuberoa, esperaba de su primogénito. Además, tanto la tía Sabina como la tía Concha podían interpretar aquello en el peor de los sentidos, cada una de ellas desde un punto de

vista totalmente opuesto. Por suerte, esas explicaciones habían sido suficientes para Anne, y la discusión se había ido calmando poco a poco hasta que habían terminado haciendo las paces.

Al llegar a la altura de la Calle Henao se detuvo en seco. Muy cerca de él, a tan sólo unos pocos metros de distancia, Alicia Rández se acababa de bajar de un coche de alta gama con un ramo de flores en la mano. Estuvo a punto de llamarla para saludarla, pero en ese momento el conductor del vehículo salió para despedirse de ella con un apasionado beso. David abrió y cerró los ojos varias veces, incrédulo ante la escena de la que estaba siendo testigo. El Director Pierre Gutiérrez volvió a besar los labios de Alicia y esta vez ella le correspondió con una suave caricia en los glúteos. No podía creerlo. ¿Qué narices estaba pasando? ¿Desde cuándo Alicia y el Director Gutiérrez estaban juntos? El cadáver de Tomás Benguría aún no había terminado de enfriarse y ella ya se había encargado de buscarle el repuesto. ¿O acaso estaba liada con los dos al mismo tiempo? Esperó pacientemente a que Gutiérrez se alejase al volante de su flamante deportivo y corrió para alcanzarla. Ella le vio llegar y se dio cuenta de que lo había visto todo. No había más que mirarle los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué coño está pasando Alicia?

—David, de verdad, siento mucho que te hayas enterado de esta manera. Hace tiempo que os lo debería haber dicho a Ander y a ti.

—¿El qué nos deberías haber dicho? Explícate, soy todo oídos —David estaba a punto de perder el control.

—Lo que acabas de ver, David. ¿Es que te lo tengo que explicar? Creo que está claro.

—¿Desde cuándo estás con él? No entiendo nada. ¿Y todo tu dolor por la muerte de Tomás?

—Mira, David, no es que me sienta especialmente orgullosa de esta parte de mi vida, pero no te voy a engañar, ahora que te has enterado. Pierre y yo llevamos juntos desde que entré a trabajar en Artechnia, hace tres años. Lo de Tomás ocurrió después, fue fruto de un calentón que terminó evolucionando en algo más serio.

—Eres la bomba, tía. No solo eres la causante del divorcio de Tomás sino que a la vez engañabas tanto a tu jefe como al pobre Benguría. ¿De qué coño vas? ¿Te gusta jugar con la gente, o cómo?

—David, tranquilízate, ¿vale? ¿Quién te crees que eres para hablarme así? No eres nadie para juzgarme de esa manera. Tus aires de machito te los puedes ahorrar. A lo mejor te piensas que soy tonta. Sé perfectamente que tienes novia, aunque jamás nos comentes nada de ella a Ander ni a mí. Y sé la razón por la que te empeñas en evitar hablar de ese tema. Te he visto como miras a la mitad de las tías de Artechnia, a Inés San Juan, a Beatriz García, a Nekane la de la cafetería... Incluso a mí. En cuanto tengas una oportunidad, se la pegarás a tu novia. Conozco de sobra a los tíos como tú. Así que no me vengas con juicios moralistas.

—A ver si te enteras guapa, que me da igual tu rollito de mujer liberada que se acuesta con quien quiere. ¿Pero es que no te das cuenta? —inquirió él.

—¿No me doy cuenta de qué?

—De que probablemente el tío al que acabas de besar es el asesino de Tomás. ¿Acaso te crees que el Director Gutiérrez no tiene recursos suficientes para saber si le estabas engañando con alguien? Puede que tú misma corras peligro ahora mismo a su lado.

—Pierre no sería capaz de hacer una cosa así. Además, ¿qué sentido tiene que matara también a la ex mujer de Tomás?

—Todo el sentido del mundo, so lista. Seguramente ella le descubrió de alguna manera y él decidió cargársela. Espero que la patada que tu querido Pierre nos ha dado a Ander y a mí para dejarnos fuera del proyecto de la Safety Cam 3 no signifique además que sabe que estamos tratando de averiguar si Tomás fue asesinado o no, y nos esté tratando de putear por ello, porque entonces estamos todos bien jodidos.

Alicia Rández no podía articular palabra. Estaba aterrada por si era cierto lo que decía David. ¿Sería Pierre capaz de haber hecho algo así? ¿Y si toda aquella pesadilla había sido causada por los celos de Pierre al enterarse de que ella le estaba siendo infiel con Tomás? ¿Y si Giuseppe se había excedido al creer que Tomás había descubierto algo inconfesable de los Bechs y los cuatro se habían montado una película de espías y espionaje industrial nada más alejada de la realidad?

Se alejó lentamente de David, mientras éste le seguía hablando. Pero ella no podía escucharle. El miedo que sentía había anulado los sonidos del universo que la rodeaba, y de repente todo sonaba como si tuviera la cabeza sumergida en un cubo de agua. Ahora mismo no quería saber nada de él ni de nadie. Sólo deseaba llegar a casa cuanto antes y cerrar la puerta con llave.

38.

“*Eso que has traducido no es la vida de ningún santo, te lo digo yo*”. Aquellas palabras que había pronunciado Mechero al poco tiempo de llegar al invernadero aquella tarde no se le iban de la cabeza. Desde la ventana del salón del piso de las Torres Isozaki, Anne había visto llegar a Mechero acompañado de aquel hombre mayor con el que estaba cenando cuando coincidieron en el restaurante vegetariano. Al despedirse de él, el anciano le había pagado por algo. No sabía exactamente de qué cantidad de dinero se trataba, pero a la vista del número de billetes que le había dado, no parecía pequeña. En qué líos andaría metido Mechero. Le caía bien, se la había jugado por ayudarla incumpliendo las normas de la Fundación y, en cierto modo, le preocupaba que el muchacho estuviese inmerso en algún asunto turbio, o que tuviera problemas económicos por culpa de la sanción que le había impuesto la organización. En cualquier caso, era ya mayor de edad, así que poco se podía hacer al respecto. Además, Mechero no era de los que se dejaban aconsejar fácilmente. Sus ataques furibundos sobrevenían al más mínimo indicio de contrariedad que pudiera detectar. Ya conseguiría averiguar el modo de enterarse qué hacía con ese hombre.

—Esa historia del santo sin nombre parece más un cuento de ciencia ficción. Humanos luchando contra espectros. Sólo hace falta que aparezca algún elfo escondido detrás de un árbol. Ni el mejor juego de rol —siguió bromeando Mechero—. ¿Pero es que no os dais cuenta ni tú ni el resabido Jon Arkaute que esto no es ni de coña la vida ejemplar de un santo? A ver, pelirroja, hazme caso. Es una metáfora tras otra, todo simbolismos, ¿no te das cuenta?

—Es una alegoría —le había interrumpido Anne.

—Eso es, no me salía ahora cómo se llamaba esa figura literaria. ¿No te parece extraño que el hombre santo no tenga un nombre, que no se cite en ningún lado cómo le bautizaron? Está claro que no se trata de nadie en concreto, tiene que simbolizar algo más genérico, pero desde luego no un único individuo. ¿Qué sentido tendría narrar la vida de un santo si los cristianos que la lean o la escuchen no saben a quién se está refiriendo?

—Entonces si el hombre santo no es una persona en concreto, siguiendo tu teoría, el espectro que le ataca tampoco lo sería.

—Incluso las criaturas esas del páramo que besaban sus pies y ungían sus cabellos al principio de la narración, fijo que tampoco eran los animalitos del bosque dándole besitos como a Blancanieves mientras cantaban todos juntos una canción. Yo creo que el que escribió el relato lo único que quería era contar una historia censurada o secreta para el común de los mortales y para eso la encubrió con imágenes preconcebidas de lo que se supone que era la vida de un santo, contando tres milagritos en la primera parte de la historia, para que sólo los más avispados pudieran descubrir lo que realmente quería contar. Lo que pasa es que luego se le fue la olla al contar lo de los ataques de los tres hermanos y el fantasma ese.

— Sí, Jon dice que las narraciones de las vidas de los santos ni empleaban ese tipo de vocabulario ni esas estructuras gramaticales, ni siquiera desarrollaban un argumento de ese tipo.

—Pues eso, más claro agua. Y fijo que el monje que glosó el texto original seguramente estaba también en el ajo, haciendo comentarios en el margen de la derecha, la mayoría de ellos por cierto en euskera. A lo mejor los destinatarios del texto podían entender mejor en euskera todos esos comentarios raretes. Y cuando habla de los hijos del hombre santo, tú te piensas que se refiere a sus fieles seguidores, los que le seguían a todas partes. Pero, si partimos de la idea de que el hombre santo no es nadie en concreto, puede que lo que el autor del texto llama “los hijos del santo” sea simplemente otra forma de referirse en plural a ese dichoso hombre santo.

—Pero si la casa del santo y el muro que construyen a su alrededor no es una casa, ¿qué es entonces? —Anne empezaba a agobiarse.

—Dímelo tú, pelirroja, que a mí no me da para tanto la cabeza.

—La casa y el muro puede que en realidad sea un conjunto de casas y de muros, con lo cual no estaríamos hablando de una única casa, sino de varias, muchas casas.

—¡Una ciudad! Me tienes loco, pelirroja. Creo que has dado en el clavo.

—Y los tres parientes del hombre santo entonces podrían ser personas de la misma ciudad pero viviendo en otros lugares o ciudades distintas.

—Y puede que el hijo preferido del hombre santo, el que también es nombrado en otro lado como el mártir, se refiera a un grupo de personas en concreto dentro de esa ciudad que eran especiales por algo, o incluso puede que fuesen los líderes. No te olvides que en la ciudad representada por el hombre santo estaba construido el templo de Dios.

—Siempre que por “templo de Dios” el autor se esté refiriendo a eso, a una iglesia, o a una catedral, y no estemos hablando de un conjunto de iglesias, porque entonces ya me pierdo del todo. Por cierto, si el famoso espectro que ataca la ciudad es en realidad un conjunto de espectros, ¿de qué estamos hablando, de un ejército de fantasmas asesinos? Es una estupidez, no tiene sentido.

—¿Y si con la palabra “espectro” el autor esta citando a los antepasados que los habitantes de la ciudad creían muertos? —se aventuró a imaginar Mechero.

—Eso me parece muy rebuscado Mechero. Estoy convencida de que se refiere a otra cosa más simple que todo eso. Además, no paro de darle vueltas a esa historia de los tres parientes atacando a su propio familiar. Tres ciudades atacando a otra ciudad. Sé que he escuchado algo parecido en algún sitio, pero no me acuerdo.

—¿Y esa historia de la llave que consiguieron sacar del templo y huir con ella, cuando el santo hizo bajar el sol a la tierra?

—Lo de la llave no tengo ni idea qué quiere decir la verdad, ¿se referirá a las llaves de la ciudad? No sé. Pero creo que ya sé a qué se refiere con lo del sol bajando a la tierra. Al leerlo nos hemos quedado únicamente con la segunda parte, lo de que al bajar al astro al suelo consiguió iluminar el camino de los que huían de la ciudad. Pero piensa un poco. ¿Qué pasa si de repente el

sol desaparece del cielo? Creo que es evidente que el autor ha empleado una bonita metáfora para referirse a un curioso fenómeno astronómico que se tuvo que producir en aquel momento trágico.

—¡Un eclipse! —exclamó Mechero entusiasmado—. Aprovecharon la oscuridad provocada por un eclipse de sol para conseguir escapar con la llave. Eso fue lo que iluminó su camino, lo que les ayudó a huir. Eres la bomba, pelirroja. Más lista no nos has podido salir.

—Anda, calla, bobo, y estate a lo que tienes que estar.

Sentada en una banqueta en la isla de la cocina del ático de David mientras tomaba una taza de mate, Anne no dejaba de repetir una y otra vez en su cabeza aquella conversación que había mantenido con Mechero. Tenía el presentimiento de que podían haber dado con la clave para descifrar el enigma de aquella segunda copia no oficial del Códice Aemilianensis 60. Faltaban piezas por encajar pero estaban caminando en la dirección correcta.

Pensó en todo lo que había cambiado su vida desde que había entrado a formar parte de la Fundación Petunia. Quizá no fuera tan malo llegar a ser aceptada como jardinera si ello iba a suponer vivir experiencias tan satisfactorias como ésta. Ojalá Jon Arkaute estuviera con ella en ese momento para poder compartir con él la emoción que casi no le dejaba respirar. Pero Jon Arkaute no estaba ni en aquel piso ni probablemente estaría ya en Bilbao a esas horas. Se lo imaginó paseándose semi desnudo por su apartamento de Algorta, soltando a su paso aquella estela de feromonas viriles tan característica de él, mientras preparaba la cena y se tomaba una copa de vino, con sus pantalones cortos de deporte y nada más encima. El ruido de unas llaves abriendo la puerta de la entrada la hizo volver a la realidad. David acababa de llegar a casa.

39.

Doña Carmen, la madre de Tomás Benguría, abrió la puerta de su casa e invitó a entrar al asesino de su hijo y de su ex mujer Irache. Le conocía desde hace tiempo, aunque no tan bien como para saber que era él quien había acabado con la vida de lo que más había amado en este mundo. Él la cogió del brazo y la acompañó hasta el salón. Estuvieron un buen rato charlando, mientras él se relamía degustando las pastas de té que la anciana le había ofrecido, aunque prefería la tortilla de patata. Siempre que la visitaba le sacaba algo rico de comer; esa era una de las razones por las que le gustaba tanto ir a aquella casa. A Doña Carmen le encantaba compartir con los demás todo lo que vivía en su día a día. Podía llegar a aburrir cuando se detenía a explicar detalles nimios que a nadie interesaban lo más mínimo, pero a ella le daba igual. Lo único que le importaba era sentirse el centro de atención por un momento. Desde que había enviudado hacía tres años, aquel pisito en el que había convivido con su marido y con su único hijo le venía muy grande. Muchas veces se tiraba horas sentada en la cama de Tomás recordando los tiempos en que era un chiquillo simpático y aplicado en el colegio. Incluso ahora que había muerto, seguía pasando mucho rato sobre aquella colcha descolorida, aferrándose a una imagen de su hijo que hacía ya años que no se correspondía con la realidad. Todo se había complicado cuando su hijo comenzó a consumir aquella droga del diablo. Fue ella la que muchas veces se vio obligada a darle dinero para que la comprara. Otras muchas había sido el propio Tomás el que se lo había robado del segundo cajón del armario de la cocina, donde ella guardaba los ahorros. Tomás empezó a traer nuevos amigos a la casa, unos más agradables que otros, incluso años después de haber nacido los niños, y se pasaba con ellos horas encerrado en su antigua habitación hablando vete a saber de qué. Ella sabía que todas esas amistades estaban relacionadas con aquella porquería que se metía por la nariz, y aunque al principio los detestaba a todos, con el tiempo aprendió a aceptarlo y a valorar que su hijo confiara tanto en ella como para volver a casa siempre que lo necesitaba, aunque fuese para pedirle dinero. Incluso llegó a coger aprecio a alguno de sus nuevos amigos. El asesino que tenía sentado en frente de ella era uno de los amigos de Tomás que mejor le caían, siempre agradecía con palabras bonitas todo lo que le ofrecía de comer, aunque en realidad ya no recordaba de qué le conocía exactamente ni desde cuándo. Intentó hacer memoria pero fue imposible, de un tiempo aquí ya no conseguía acordarse bien de las cosas que no fueran muy recientes. En cualquier caso, le agradaba darle conversación; él siempre parecía tan interesado en preguntarle cómo le iba ...

Las cosas empezaron a torcerse cuando Doña Carmen le dijo que el día anterior, cuando había sorprendido a Ander Goikoetxea en la habitación de Tomás, sólo le había visto llevarse un disco de música. Se acordaba perfectamente de ese chico y de su nombre. Tenía la suerte de que al menos la memoria a corto plazo aún no le fallaba. Sabía que su hijo escondía ese disco dentro de

la almohada, envuelto en un precioso mapa de algún país extranjero. Ella jamás lo hubiera sacado de ahí si no llega a ser por Ander. Ante la insistencia del asesino, tuvo que reconocer que no estaba segura de si Ander se había llevado algo más de la habitación, ya que había permanecido varios minutos él solo en el cuarto. Entonces, él se levantó e irrumpió en el antiguo dormitorio de Tomás Benguría dando una patada a la puerta. Empezó a romper los cajones del escritorio, las baldas, el armario ... hasta rajó el colchón de la cama con una navaja multiusos que llevaba encima. Mientras, ella le rogaba que no destrozara lo único bonito que le quedaba de su hijo. Pero él no la escuchaba, su afán era encontrar algo que ella estaba segura que no estaba en ese cuarto. Conocía cada rincón de aquellos ocho metros cuadrados. Entonces él comenzó a acusarla de estar encubriendo a su hijo, y le preguntó de muy malas maneras dónde había escondido aquello. Ella solo lloraba y le contestaba que no tenía ni idea de qué estaba hablando. Él volvió a sacar la navaja, pero esta vez no la utilizó para seguir hurgando en el colchón. Se la clavó varias veces en el vientre mientras la insultaba. Doña Carmen cayó sobre el falso parqué de la habitación de su hijo y mientras agonizaba herida de muerte, pensó en sus pobres nietos y en qué iba a ser de ellos. Al final la tía de los pequeños había ganado la batalla por la custodia, antes incluso de empezarla.

40.

“HAEGIWALLEI”. Sentado frente al ordenador de su habitación, Ander Goikoetxea releía una y otra vez la misteriosa palabra que Tomás Benguría había escrito sobre el CD que el propio Ander había encontrado oculto en la almohada de su dormitorio en casa de Doña Carmen. Había dejado ya preparada la maleta para el viaje que al día siguiente tenía que hacer al aeropuerto de Barcelona para ir a recibir a un potencial inversor de Artechnia y traerlo personalmente hasta Bilbao. La idea era recogerle en El Prat y llevarle hasta una de las sedes que una filial de Artechnia había abierto en Zaragoza y que iba a acoger una presentación comercial muy importante al mediodía. El objetivo era traerle, una vez terminado el acto, desde la capital aragonesa hasta Bilbao, donde Artechnia le había preparado una espectacular cena de bienvenida en uno de los restaurantes más afamados de la ciudad esa misma noche. Los horarios de los aviones no cuadraban para aquel programa de actividades tan complicado, así que habían decidido que fuera un empleado de la compañía el que hiciera de chófer durante todo el día. En principio iba a ir y venir en el mismo día, pero, por si acaso, había preparado un equipaje básico, por si ocurría cualquier imprevisto y tenía que pernoctar fuera de casa. Volvió a centrarse en el mapa y en aquel círculo rojo que aparecía rodeando la ciudad de Nimega y el nombre del río Waal. Decidió apartar por el momento la idea de que Tomás hubiera querido resaltar el nombre de la ciudad y se centró en el nombre de aquel afluente del Rin. Por supuesto, los términos “Waal” y “Bechs” combinados tampoco daban ningún tipo de resultado en el buscador de Internet. “HAEGIWALLEI”. Aquella palabra parecía tener vida propia, como si fuera la guardiana de un gran secreto, pero, ¿y si simplemente era una palabra inventada por Tomás? Se le ocurrió dividir la palabra en dos partes, “HAEGI” y “WALLEI”. Curiosamente la segunda parte se parecía al nombre del río señalado en el mapa, Waal. El término “WALLEI” tenía tres letras en común con “Waal”, pero aún así faltaba una segunda letra “A”. Miró la primera parte de la palabra, “HAEGI”; en ésta si que había una “A”. Si a la palabra “HAEGI” le quitaba la letra “A” que en teoría correspondía a la palabra “Waal” y a las letras restantes le sumaba las dos letras sobrantes de “WALLEI”, es decir, una “L”, una “E” y una “I”, obtenía la palabra “HEGILEI”. Buscó esa palabra en Internet, sin éxito. Intentó del mismo modo con un traductor en línea tanto en inglés como en holandés, pero tampoco obtuvo nada. Sin embargo, al introducir “HEGILEI” en un diccionario de holandés, el programa, aun no facilitándole ningún resultado, le dio la respuesta que buscaba. Sobre la pantalla del ordenador, había aparecido la siguiente pregunta: “¿Quiso usted decir “HEILIGE”?”. Rápidamente intentó de nuevo descifrar la contraseña que bloqueaba el CD insertando las palabras “WAAL” primero y “HEILIGE” después, sin conseguir abrirlo. Probó a introducir las dos palabras juntas “HEILIGEWaal” y por fin pudo acceder. Tomás simplemente había jugado con las letras que conformaban las palabras “WAAL” y “HEILIGE”, que sí que existían, hasta construir el término inventado “HAEGIWALLEI”.

Respiró profundamente. El disco albergaba cinco archivos distintos que estaban comprimidos. Tres de ellos eran fotografías, otro era un documento de texto bastante extenso y el restante parecía tratarse de un póster o una especie de dibujo. Se detuvo en las instantáneas. Las dos primeras eran claramente unas reproducciones escaneadas de las originales.

En una de ellas había retratado un conjunto de personas alrededor de una especie de barbacoa en mitad de un jardín inmenso. La fotografía original se había ido decolorando, pero aun así pudo deducir que se trataba de una boda, ya que el hombre y la mujer que aparecían en el centro estaban intercambiando unos anillos. Desde luego era un acontecimiento festivo. A diferencia de los novios, el resto de invitados aparecía sin apenas ropa encima, como si se tratara de una especie de encuentro nudista. Incluso los más jóvenes y algún que otro niño estaban prácticamente desnudos. Curiosamente, la mayoría de los allí congregados eran altos y rubios, muchos de ellos con los ojos azules o grises. Aquello debía de haber ocurrido en los años ochenta, los tipos de peinados de los invitados y de los contrayentes así lo sugerían. Se fijó en la novia, era una hermosa joven con el cabello liso que le llegaba hasta la cintura, portadora de una expresión facial que denotaba una madurez que no se correspondía con la edad que aparentaba tener. Reconoció a aquella mujer. Era Suzanne Bechs, la Presidenta de Artechnia, estaba completamente seguro. Aquella nariz espigada, aquellos labios finos, aquella mirada... era ella sin duda. No habían sido pocas las veces que la había tenido en frente de él en las reuniones que organizaba el Consejo de Administración con los jefes de proyecto y a veces también con los supervisores. Ander no sabía que estuviera casada. Desde luego Inés San Juan, que lo sabía todo de todo el mundo, nunca se lo había comentado. En Internet encontró el nombre y apellidos del esposo junto con una foto más reciente. Era el mismo tipo. Lo curioso es que, conforme a un artículo de una revista sensacionalista, Suzanne Bechs y su difunto marido eran primos segundos.

La siguiente foto era algo más reciente y también correspondía a un evento familiar. En la esquina derecha, un hombre de unos sesenta años soplabla las velas de una tarta. Se trataba de Hans Bechs, el presidente honorífico de Artechnia, fallecido hacía no mucho tiempo. Su propia hija, Suzanne Bechs y el esposo de ésta aparecían sonrientes junto a él y otros miembros de la familia, aunque tal vez fueran simplemente amigos. Una mujer sonriente rodeaba con su brazo a Hans Bechs; posiblemente se trataba de su esposa, de edad muy similar. De nuevo, la mayoría de personas que aparecían en la fotografía eran bastante altos, con el pelo rubio o castaño, y muchos de ellos iban desnudos. Definitivamente los Bechs eran nudistas u organizaban fiestas naturistas, eso no se podía negar. Demasiada coincidencia entre ambas imágenes. Buscó en Internet a la esposa de Hans Bechs para comprobar que efectivamente se trataba de la mujer que le abrazaba en la foto, y se quedó estupefacto al leer que la señora Bechs también era prima del Presidente honorífico, aunque en grado tercero.

Sólo le quedaba por analizar la tercera de las fotografías, que era mucho más reciente que las dos primeras. A diferencia de aquéllas, esta instantánea estaba directamente tomada en soporte digital. En la imagen, una mujer de unos treinta o cuarenta años salía de un edificio. Debía de ser un hospital, bastante viejo en apariencia. En la fachada se veía parte de lo que parecía una cruz de color azul eléctrico que probablemente formara parte del logotipo del centro. Pero aparte de eso, no encontró ninguna otra pista que le ayudara a averiguar quién era esa mujer o el nombre del hospital.

A continuación, abrió el archivo de texto que, para su decepción, estaba escrito en holandés. Ander hablaba inglés y algo de alemán, pero el holandés era su tarea pendiente. Al poco tiempo

de confirmarse su contrato indefinido en Artechnia, se había apuntado a clases particulares para aprender el idioma, pero había terminado dejándolo. El texto era una especie de libro de actas de reuniones de la familia Bechs, escrupulosamente ordenadas cronológicamente y con extensísimas listas de asistentes; muchos de ellos tenían el término “Bechs” como primer o segundo apellido. Venciendo la animadversión que sentía hacia aquel idioma, se animó a elegir algún párrafo al azar y trasladarlo al castellano con un traductor en línea. Uno de los párrafos daba extensos detalles de una especie de medicina hecha a base de grasa de cerdo y estómago de cordero liofilizado. No quiso seguir leyendo. Aún no había cenado y aquello le estaba revolviendo el estómago.

Se decidió a ver el archivo que a simple vista parecía un dibujo. Aumentó el tamaño para observarlo más de cerca. No era una ilustración, sino la portada del disco de un grupo de música. Las letras HBVB aparecían grabadas en el fondo de la imagen y, sobre ellas, aparecían estampadas las siluetas de los cuatro miembros del grupo, dos de ellos portando guitarras eléctricas. En la esquina inferior derecha de la imagen alguien había insertado un enlace de Internet. Lo copió en la barra de direcciones de su explorador y pulsó la tecla Intro. Era un artículo escaneado de un periódico de diciembre del año 1997. Las siglas HBVB se correspondían efectivamente con un grupo de rock que tuvo un éxito relativo en la Holanda de mediados de los años noventa, con tres discos en el mercado. El artículo era una especie de retrospectiva de grupos cuya carrera se había visto interrumpida inesperadamente y jamás se había vuelto a saber de ellos. En el caso de HBVB, que eran originarios de la zona de Nimega, al este del país, todo había acabado cuando el líder del grupo había sido detenido acusado de la tortura y asesinato de una joven mulata durante una orgía de alcohol, drogas y sexo. Según confirmó la investigación, la habían conocido en un *pub* y habían conseguido convencerla para que se uniera a la juerga a cambio de una nada desdeñable cantidad de dinero. Otros dos miembros del grupo también habían sido detenidos por las autoridades en la misma fiesta, pero finalmente fueron absueltos de los cargos por falta de pruebas. En el juicio sólo abrieron la boca para afirmar que lo único que pretendía el líder era divertirse un poco con la muchacha antes de sacrificarla. Tras una farragosa fase de instrucción que duró varios meses, aquel indeseable fue condenado por asesinato y por tratar de establecer de forma permanente en la zona una secta destructiva de carácter segregacionista basada en la supremacía de la raza blanca. Había muerto poco después en la cárcel, apaleado por varios de los reclusos.

Ander terminó de leer el artículo del periódico. ¿Qué tenía que ver aquel grupo de música con los Bechs? Imaginó a Tomás Benguría atónito ante lo que acababa de leer, como él lo estaba ahora mismo. ¿Por qué Tomás Benguría había guardado esa portada del disco de HBVB y había insertado el enlace que llevaba al artículo del periódico? Algo se le estaba pasando por alto. Volvió a leer el artículo. Los detenidos habían sido tres, los dos que habían sido absueltos más el líder. Pero, ¿qué había pasado con el cuarto miembro del grupo? ¿Por qué no lo habían juzgado como a los otros? Buscó información de HBVB en la red. Al ser un grupo que había dejado de existir antes de finalizar la década de los noventa, no había muchas referencias sobre ellos. Tras buscar en varios foros, consiguió localizar una página de un fanático de los crímenes sangrientos y de los asesinos en serie, y entre los casos que recopilaba, encontró el de HBVB, que había causado gran conmoción en la sociedad holandesa de finales del siglo XX. Abrió la ficha que el diseñador de la *web* había creado para facilitar información más concreta del grupo. Allí estaban. Los nombres de los cuatro miembros de la banda. Reconoció el del líder y el de los otros dos

detenidos. Al leer el nombre del cuarto componente, el único que no había sido arrestado, sintió una oleada de calor atravesándole todo el cuerpo hasta acabar concentrándose en su rostro. Wilfried Dick. En otra página leyó que Wilfried Dick no había sido detenido porque los otros tres miembros de la banda habían insistido en que él no estaba presente en aquella fiesta, y las autoridades no habían logrado encontrar pruebas concluyentes de que sí asistiera. Wilfried Dick... aquel nombre se parecía demasiado al del nuevo supervisor del proyecto de la Safety Cam 3, William Dik, el imbécil que había conseguido arrebatarse el puesto. ¿Habría modificado ligeramente su identidad aquel indeseable para que no se le pudiese relacionar con aquellos terribles hechos de su pasado? Si esto era así, no entendía como no había cambiado por completo el nombre y el apellido para hacerlos totalmente irreconocibles. Probablemente no lo hizo porque no debía ser tan sencillo hacer una modificación integral desde el punto de vista burocrático. ¿Serían la misma persona Wilfried Dick y William Dik? ¿Estarían encubriendo los Bechs a un sospechoso de participar en el asesinato de una inocente muchacha, aunque no se encontraran pruebas contra él? Necesitaba encontrar una foto de ese tipo. Buscó y buscó durante casi tres cuartos de hora, pero parecía que alguien había borrado todo rastro de él. Hasta que tuvo un golpe de suerte y consiguió localizar una página de una red social en la que una compañera de clase había colgado una foto de la graduación del instituto, y se había dedicado a identificar con nombres y apellidos a todos los integrantes de la orla. Entre ellos aparecía un tal Wilfried Dick con la cara plagada de granos. Aumentó el tamaño de la instantánea y lo comparó con la foto de William Dik que había colgado en la web corporativa de Artechnia. Eran la misma persona. Puede que aquel adolescente con el rostro invadido por el acné no tuviera el aspecto saludable que William Dik tenía en la actualidad, pero aquellas cejas excesivamente pobladas y sobre todo, el contraste del intenso color negro de su cabello con la palidez casi albina de su piel, eran inconfundibles. Así que el idiota de William Dik podía ser, además de imbécil, el torturador y verdugo de una joven o, al menos, haber participado en aquel horrible crimen. Pero entonces, ¿qué nexo de unión había entre William Dik y los Bechs? ¿Por qué había recopilado Tomás Benguría aquella noticia con las otras tres fotografías y el libro de actas digitalizado?

Llamó a Inés San Juan. Si había alguien en Artechnia que sabía qué tipo de relación podía haber entre Dik y la familia Bechs ésa era Inés. Era un poco tarde para llamarle a esas horas, pero confió en que ella le contestase tratándose de él. Finalmente, al quinto tono, la secretaria de Suzanne Bechs descolgó el teléfono.

—Buenas noches, nene. ¿Qué? ¿me echas tanto de menos que no puedes esperar hasta mañana?

—Inés, perdona que te llame tan tarde.

—Tranquilo nene, ya sabes que estoy aquí para lo que me necesites. Además, casi no puedo dormir del frío que hace en la casa. ¿Tú te puedes creer que en pleno septiembre haga este rasca? Como no den pronto la calefacción central, se me van a congelar las ideas.

—Tú nunca te congelarías, llevas la estufa siempre encendida —rió Ander.

—Serás cabrito...

—Es broma, es broma, perdona —se disculpó él—. Oye, Inés, todavía estoy dándole vueltas a lo de que el Director Gutiérrez me haya quitado el puesto de supervisor para dárselo a William Dik, no me lo explico. Ese tío arruina siempre todos los proyectos en los que participa. Es un absoluto incompetente. No es la primera vez que lo meten en algún proyecto importante y termina todo yéndose al garete. ¿Tú no sabrás por casualidad si William Dik y el Director Gutiérrez tienen algún tipo de nexos en común que justifique que lo haya elegido para el puesto, no?

—Ay, nene, estás más perdido que un pulpo en un garaje. A ver, esto que te voy a decir no es oficial, así que prométeme que no lo vas a soltar a los cuatro vientos. Me juego mi reputación como cotilla oficial del reino —bromeó ella.

—Prometido.

—Tengo la ligera sospecha, bueno, no, tengo la certeza de que William Dik es sobrino de mi querida jefa, Doña Suzanne Bechs. Nadie lo diría, ¿verdad? Porque más distintos no pueden ser físicamente. La una alta, rubia y estilizada, así, como una *top model* alemana de las de antes, y el otro un gandul moreno, algo más chaparro en comparación, más basto, vamos. Bueno, algo sí tienen en común, ese color de piel tan claro que, chico, parece que se les va a caer a pedazos en cuanto se pongan a tomar un rato el sol.

—No te puedo creer. ¿Me estás diciendo que un enchufado de pacotilla me ha quitado el puesto?

—Efectivamente nene, un enchufado de segunda en toda regla, porque por lo que les he oído discutir, la Presidenta y él no se tienen mucho aprecio que digamos. Pero tú, nene, a todo esto chitón, ¿eh? Me lo has prometido.

Tras volvérselo a asegurar, se habían despedido hasta la mañana siguiente. William Dik era el sobrino de Suzanne Bechs, ahí estaba el vínculo con los Bechs. Ahora todo cobraba sentido. Ése era el gran secreto de los Bechs que había descubierto Tomás Benguría, estaba seguro. ¿Habría formado parte William de una secta racista como los demás miembros del grupo? Pensó en la posibilidad de que la propia familia Bechs al completo perteneciera a un grupo de esa clase. Aquellas costumbres nudistas nada convencionales que se reflejaban en las fotografías, donde niños y adultos posaban juntos sin ropa, no ayudaban mucho a descartar la idea del todo.

Llamó a David y a Alicia para contárselo, pero los dos tenían los móviles apagados. Miró la maleta que había dejado preparada sobre la mesa. En buena hora le habían programado ese viaje a Barcelona. Por mucho que le fastidiaba no le quedaba más remedio que agachar la cabeza y conducir hasta la ciudad condal y traer de vuelta a Bilbao a aquel cliente. Su situación en la empresa era bastante delicada en estos momentos y no se podía permitir el lujo de intentar esquivar aquella orden. Tenía que hacerle llegar todo aquello a David de alguna manera, pero no se atrevió a mandárselo a través del móvil o de un correo electrónico. Aquello era demasiado grave como para arriesgarse a que alguien interceptara esos mensajes. Si Tomás Benguría y su ex mujer habían sido asesinados por este descubrimiento, entonces él ahora mismo también estaba en peligro. A lo mejor no había sido tan buena idea intentar averiguar por su cuenta por qué había

muerto Tomás. Pensó en lo que había dicho David, quizá tuviera razón y lo mejor era dejar todo aquel lío en manos de la policía, se les estaba yendo de las manos. Hablaría de ello con David, Alicia y Giuseppe en cuanto pudiera reunirse con ellos. Aquello había llegado demasiado lejos y, él al menos, estaba bastante asustado.

Decidió hacer una copia de todos los archivos y la guardó en el disco duro de su ordenador personal. A continuación, metió en una caja el CD, el mapa, y una carta manuscrita contándole a David sus impresiones y lo que creía haber descubierto respecto de William Dik y los Bechs. Se cercioró de indicar bien cuál era la contraseña para poder acceder al contenido del disco, y realizó los trámites oportunos, a través de la página *web* de la empresa de transporte que solía utilizar, para que a primera hora de la mañana, antes de que él saliera de casa, vinieran a recoger a casa el paquete y lo remitieran con carácter urgente para que pudiera ser entregado en el mismo día. Aquello le iba a costar una pasta. Buscó la copia del curriculum vitae de David que el Director Gutiérrez le había facilitado tras anunciarle que él iba a ser su supervisor. Copió con sumo cuidado la dirección de la casa de David y la revisó varias veces, para que no pudiera haber ningún tipo de error y confió en la profesionalidad y diligencia de aquella agencia, que jamás le había defraudado. Si todo iba bien, David Vanner recibiría en su domicilio un paquete con un enorme cartel con la palabra “CONFIDENCIAL” pegado sobre la tapa, antes de las ocho de la tarde del día siguiente. Ya se encargaría de llamar a David por la mañana para avisarle.

Revisó la maleta que había preparado y miró la hora. Se le había hecho demasiado tarde. No era muy buena idea dormir sólo cinco horas cuando le esperaba un largo viaje conduciendo a Barcelona.

41.

No había podido dormir en toda la noche. Ni aun ingiriendo dos somníferos más de los que se solía tomar cada día, había conseguido olvidar la discusión con Alicia Rández. Cada una de aquellas palabras que se habían proferido el uno al otro en la calle Henao habían restallado en su cerebro mientras pasaban las horas, impidiéndole conciliar el sueño. Alicia le había decepcionado. No, le había traicionado. O por lo menos había traicionado a la imagen que él se había hecho de ella. Estaba visto que uno jamás podía confiar en las primeras impresiones, pero nunca hubiera podido imaginar, ni aun haciendo uso de su facultad innata para intuir los rincones más recónditos del alma de la gente, que Alicia Rández pudiera haberles ocultado a Ander, Giuseppe y a él mismo, aquel pequeño detalle acerca de su vida sentimental. Liada a la vez con Tomás Benguría y con el Director Gutiérrez. Estaba visto que la mentira y el disimulo se estaban asentando cómodamente en su vida, contaminando a las personas de su alrededor, incluida Anne. Estaba harto de que Anne evitara constantemente hacer comentarios de su día a día en el trabajo y de que cuando él intentara sondearla sobre el tema, ella cerrara rápidamente esa puerta sin darle ninguna opción para intentar averiguar algo. Aunque la actitud de ella no era de extrañar si teníamos en cuenta que Anne tampoco sabía nada acerca de todo aquel embrollo sobre la muerte de Tomás Benguría en el que él estaba inmerso. Ella le había preguntado en varias ocasiones si le ocurría algo, porque le notaba especialmente nervioso últimamente, pero David se había limitado a decirle que llevaba un tiempo durmiendo mal por culpa del estrés que se respiraba en Artechnia. Sí, Anne sabía que se llevaba bien con el que hasta hace poco era su supervisor y que incluso habían quedado para ir juntos al gimnasio, pero aparte de eso, no tenía ni la más remota idea de cuál era la razón concreta de la ansiedad de David. Por supuesto no conocía la existencia de Alicia Rández y Giuseppe Antonelli. Los dos habían ido tejiendo una telaraña de mentiras y medias verdades que les permitía estar cómodos el uno con el otro sin tener que ser sinceros, y ahora esa telaraña se estaba volviendo contra ellos, ahogándoles con su manto de falsas apariencias. Al menos, Ander aún no parecía haberse contagiado de aquella falacia en que se estaba convirtiendo su vida. Se sentía culpable por el sacrificio que él había hecho asumiendo toda la responsabilidad del retraso del proyecto de la Safety Cam 3. Ni en la Universidad ni en la empresa de Londres en la que había estado haciendo prácticas, David jamás había conocido a nadie que no intentara salvar su reputación o buscara su propio beneficio de alguna manera. Era algo inherente a la condición del ser humano. Pero Ander le descolocaba, parecía diferente, y aquella generosidad que había mostrado con él le hacía apreciarle un poco más si cabe.

Tenía que avisarle para que estuviera alerta con el Director Gutiérrez. La noche anterior había llegado tan cabreado a casa tras la discusión con Alicia Rández que nada más llegar había apagado el móvil y se había metido a la cama. Al despertar había visto que tenía una llamada perdida de Ander. A lo mejor Alicia ya le había avisado. Pensó en mandarle un mensaje a través de una aplicación de mensajería instantánea de su móvil, pero le parecía demasiado frío, teniendo en cuenta cómo Ander se había portado con él. Así que aprovechando el descanso de media mañana acudió a buscarle a la segunda planta de La Pecera para hablar con él en persona. Pero

Ander no estaba. Según le dijeron, había ido hasta Barcelona a recoger a un cliente al aeropuerto de El Prat y no volvería hasta la noche a Bilbao. Dedujo que la llamada perdida de Ander era para comunicarle que al día siguiente marchaba para Barcelona. No podía esperar, tenía que avisarle. Intentó varias veces localizarle en su teléfono móvil, pero no daba señal, lo tenía apagado. Llamó también a Alicia pero le saltó el buzón de voz. Así que no tuvo más remedio que volver a las fauces de Sharon Van Roden, que aquella mañana estaba especialmente agresiva. Él intentaba rebajar la tensión haciendo uso de su persuasión y su capacidad para seducir, pero con Sharon aquello no funcionaba. De hecho, cuanto más simpático y cautivador se mostraba él, más le atacaba ella valiéndose de su posición de superioridad. Había llegado un punto en que simplemente la aborrecía. Echaba de menos aquella frialdad e indiferencia de su primer encuentro, cuando le llegó a parecer una mujer atractiva, misteriosa y magnética. Pero salvo la parte de su excepcional físico, aquella primera impresión se había disipado por completo. Tenía que intentar escapar de sus dominios en cuanto le fuera posible o iba a acabar volviéndose loco.

—Hola Alicia —contestó David tras comprobar que era ella quien le estaba llamando por teléfono. Había conseguido que la supervisora Van Roden le dejara salir un momento al pasillo para atender la llamada. Él había ido directamente al cuarto de baño.

—Giuseppe ha desaparecido —balbuceó Alicia—. Había quedado con él esta mañana para comentarle lo de Pierre, y al llegar a su casa me he encontrado la puerta abierta. David, estaba todo patas arriba, los muebles destrozados, los cajones volcados, hasta la cama estaba prácticamente para tirarla a la basura. No he tocado nada, por si acaso. He pensado en lo peor, he pensado que me iba a encontrar a Giuseppe tirado en el suelo con un disparo en la cabeza. No sabes el miedo que he pasado, David. Pero no había ni rastro de él. Se ha llevado la mayor parte de su ropa, los armarios estaban vacíos. Le he llamado por teléfono varias veces pero lo tiene apagado. Creo que ha decidido fugarse, David. Igual ha llegado a casa y ha visto todo lo que había pasado y la situación le ha sobrepasado.

—O a lo mejor quien le haya destrozado el piso quiere hacernos creer que Giuseppe ha huido —puntualizó David.

—No me digas eso, por favor, que estoy al borde del infarto. Estoy metida en una cafetería porque casi no me atrevo ni a ir a mi casa. Y lo peor es que la médica de cabecera me ha dado el alta, David. Me ha dicho que lo mejor es que vaya retomando poco a poco mi vida normal. Si ella supiera... He intentado por todos los medios que me la alargara unos días más, no quiero volver al trabajo y ver a Pierre todos los días. Soy su secretaria, joder, no puedo evitar tener que tratar con él. ¿Y si tú tienes razón y es el asesino de Tomás y su ex mujer? ¿Y si ha ido a casa de Giuseppe y se lo ha cargado?

—Cálmate, Alicia. Lo primero, él no va a hacerte nada en la oficina. Sería de locos. Y fuera, le puedes evitar si quieres, seguro que sabes cómo hacerlo. De todas formas, veo que mi teoría la estás dando como válida con una fe casi ciega en ella. ¿Qué te hace pensar que Pierre sí que pueda haber hecho todo esto?

—David, eso son cosas personales. No te enfades, por favor, pero eso es algo que pertenece a mi intimidad. Pero sí, aunque no quiera creerlo, puede que Pierre haya podido llegar tan lejos. No sé qué pensar ya, me estoy volviendo loca. He llamado a Pierre a la empresa, porque no contesta al móvil, y me han dicho que no había llegado aún. No sé dónde está David, puede que me esté buscando.

—Bueno, estate tranquila, y en casa cierra con llave por dentro. He intentado llamar a Ander para avisarle pero no responde a las llamadas, me han dicho que está en un viaje a Barcelona y que no volverá a Bilbao hasta la noche.

—Esta mañana yo tenía una llamada perdida de él en el móvil —dijo ella.

David tuvo que cortar la comunicación con Alicia. Su supervisora había ido a buscarle hasta el cuarto de baño al ver que tardaba tanto en volver.

42.

A media mañana Inés San Juan irrumpió con la cara desencajada en la sala donde Sharon Van Roden fustigaba a David Vanner. La supervisora miró a Inés con cierto desdén, fulminándola con la mirada por haberles interrumpido en plena hora lectiva sin llamar a la puerta. Tomó aire y se contuvo para no decirle nada de lo que pudiera arrepentirse. Inés San Juan era una de las secretarias de la Presidenta Suzanne Bechs, por lo que había que tener en cuenta su posición de poder dentro de Artechnia. Venía a buscar a David. Sharon Van Roden le dio permiso para que se llevara a su supervisado, pero le hizo prometer que lo devolvería en menos de media hora. Inés San Juan aceptó el trato e hizo que David le siguiera hasta el exterior del edificio. El día había amanecido gris y no había dejado de caer una persistente llovizna desde primera hora de la mañana. Aún así la secretaria no había pasado por su despacho para ponerse un abrigo. Algo grave ocurría.

—David, nene, no sé cómo decirte esta noticia. La verdad es que no es muy agradable tener que hacerlo, pero creo que debes enterarte por mí antes de que te llegue el rumor por otro lado.

—Inés, ¿qué ha pasado? —preguntó él, cruzando los brazos sobre su pecho en un vano intento de mitigar la sensación de frío.

—Es Ander. Sé que él te tiene aprecio, así que creo que debes saberlo.

—Dispara ya, me estás asustando.

—Ha tenido un accidente de coche a la salida de Bilbao esta mañana. Creo que tenía que ir a recoger a Barcelona a un cliente. Otro coche le ha embestido por detrás y el de Ander se ha salido del carril y ha terminado dando una vuelta de campana para acabar estrellándose contra la mediana de la autopista. Pobre chiquillo.

—¿Está ... ? —David no se atrevía a terminar aquella frase.

—Está muy grave. Le han llevado a Cruces para operarle, creo que ya ha salido del quirófano y ahora lo tienen en la UCI. Yo me he enterado porque el hospital ha llamado a la empresa al encontrar su nombre en varios de los documentos que Ander llevaba en el coche. Al parecer el otro coche se ha dado a la fuga. ¿Estás bien, David?

Ganas de llorar. Las lágrimas habían acudido prestas con la intención de asomarse a las cuencas de sus ojos, desbordando el sentimiento de ira e impotencia que ahora mismo le estaba obcecando. Estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no ponerse a lloriquear como un niño delante de Inés San Juan. Aquel cabrón había provocado el accidente. Estaba convencido. Giuseppe no daba señales de vida y ahora le había tocado el turno a Ander. Tenía que haberle mandado al menos un mensaje para que estuviera precavido. Era su culpa. Ander estaba en el hospital por su culpa. Rogó, no sabía muy bien a quién, que no se muriera. No podía abandonarle y dejarle solo enfrentándose al día a día en aquella compañía. Le necesitaba. Ander era el bálsamo que aliviaba el estrés y la angustia que implicaba pertenecer a Artechnia, más aún si cabe

con todo el asunto de Tomás Benguría. Le había fallado. Le había dejado solo. No había puesto suficiente empeño en avisarle y ahora puede que terminase muriendo. Era un miserable egocéntrico que sólo sabía mirar por sí mismo. Precisamente Ander. Una de las pocas personas que había conocido que sabía que le apreciaba de verdad, a pesar de toda su mezquindad.

Inés San Juan se quedó sin respuesta, mientras observaba cómo David salía corriendo de allí bajo la lluvia, que comenzaba a arreciar. Intentó gritarle que subiera a por un chubasquero o un paraguas, pero era demasiado tarde, él ya se había metido en la boca del metro que había a pocos metros de La Pecera, y sabía perfectamente a dónde se dirigía.

43.

El hospital de Cruces estaba atestado de gente corriendo de un lado para otro. Había habido un incendio en un bloque de pisos del barrio de Begoña que había devastado el edificio casi por completo, y el centro médico estaba plagado de familiares y amigos de las víctimas intentando averiguar si habían conseguido sobrevivir. Una olla con comida que alguien se había dejado en el fuego parecía haber sido la culpable de aquella catástrofe. Durante el trayecto en metro, David había mandado un mensaje de texto a Alicia Rández informándole de lo que le había ocurrido a Ander y de dónde se encontraba ingresado. Cuando atravesó las puertas de la entrada, fue a preguntar a la mujer que había tras el mostrador de información dónde se encontraba la unidad de cuidados intensivos. Ésta le contestó que si era uno de los familiares de las víctimas del incendio tenía que esperar en la sala de espera a que los médicos realizaran el primer parte, estaba estrictamente prohibido acceder a las plantas por razones de seguridad ante la avalancha de personas que estaban llegando al hospital. David asintió y se retiró hacia un lado, fuera del ángulo de visión de la mujer. Esperó unos diez minutos hasta que vio llegar por uno de los pasillos un equipo de médicos arrastrando a uno de los heridos en una camilla. Aprovechando el tumulto que se formó entre los familiares al intentar acercarse al paciente para confirmar si se trataba o no de uno de los suyos, logró escabullirse hacia una de las escaleras. Buscó en el mapa del hospital que había colgado en una de las paredes y en menos de cinco minutos consiguió llegar a la sección donde se ubicaban los centros de tratamiento intensivo. Se hizo el despistado y preguntó a una de las enfermeras dónde se encontraba la unidad de Ander Goikoetxea. La joven le señaló hacia el final del pasillo, donde un policía local parecía estar entrevistando a dos sanitarios. Al llegar hasta ellos, se mantuvo a una distancia prudencial y pudo ver a Ander dentro de la sala cuando una de las facultativas entró a realizar algún tipo de maniobra con una de las máquinas que monitorizaban sus signos vitales. Apenas pudo ver unos segundos su rostro, lleno de heridas y entubado. Se le encogió el corazón al verle allí tan sólo, y, en silencio, le dijo que aguantara, que estaba a su lado, que ni se le ocurriera morir. Se quedó de pie, apoyado en una pared, sin saber muy bien qué hacer. El gran David Vanner, con su saber hacer y su confianza ciega en sí mismo, se sintió pequeño, casi minúsculo, y deseó que Anne estuviera a su lado para consolarle y ayudarle, como hacía siempre que lo necesitaba. Pero Anne no estaba, hacía mucho tiempo que había dejado de estar como lo hacía antes, y reconoció que en gran parte la culpa era también de él.

El policía se despidió del personal del hospital al que había estado interrogando y se le acercó. Era un tipo más alto que él, con el pelo rapado al cero, y con una presencia que le intimidaba.

—Disculpe, me ha parecido ver que parecía interesado en el estado de salud del paciente de esta unidad. ¿Me puede decir su nombre, por favor? —le preguntó el agente.

—David Vanner. Ander es mi amigo. Trabajamos juntos. Nos hemos enterado en la empresa que ha tenido el accidente, y me he venido aquí enseguida. ¿Cómo ha ocurrido?

—El señor Goikoetxea ha sufrido un terrible accidente de tráfico, y los indicios nos hacen sospechar que ha podido no ser fortuito. Todo parece indicar que hay otro vehículo implicado, pero, de ser así, ha tenido que huir. Se han establecido dos controles en la autopista para tratar de localizar algún otro vehículo que tenga daños en la parte delantera, aunque es muy difícil que demos con nada. Ha podido escaparse por cualquiera de las salidas de la vía. ¿Me puede decir cuál es el modelo, color y matrícula de su coche, por favor?

—Creo que se está confundiendo. Ya le he dicho que soy un compañero de trabajo. Llevo en la oficina desde las ocho. Puede comprobarlo, si quiere. Además, ni siquiera tengo coche.

—Así lo haremos, señor Vanner. Disculpe que le haga este tipo de preguntas, pero no sería la primera vez que el culpable de un siniestro visita a los heridos en el hospital en un ataque de arrepentimiento.

—¿Cuál es el pronóstico de Ander? ¿Han dicho algo los médicos? —David casi balbuceaba.

—Las siguientes cuarenta y ocho horas son cruciales. Tiene traumatismo craneoencefálico, uno de los brazos está fracturado, y han tenido que intervenirle por las heridas provocadas por el impacto de una parte de la carrocería en su abdomen. Ha perdido mucha sangre. Aún así, ha tenido mucha suerte. Por como ha quedado el vehículo, podía haber fallecido fácilmente.

David tragó saliva. Había una leve esperanza de que todo saliera finalmente bien. Volvió a repetirle mentalmente a Ander que aguantara, que ya quedaba menos, que luchara con todas sus fuerzas. El policía le dijo que si el accidente había sido fortuito, quizás el conductor del otro vehículo simplemente se había fugado paralizado por el miedo, pero que habida cuenta de la gravedad de las lesiones, y de la velocidad con la que el otro coche le tenía que haber alcanzado para provocar semejante accidente, no era descartable que pudiera tratarse de algún tipo de ajuste de cuentas o de la obra de un imprudente conduciendo bajo los efectos de las drogas o el alcohol. De momento todas las hipótesis estaban abiertas. Realizó algunas preguntas más a David relativas a la última vez que había visto a Ander, si le había notado nervioso por algo, o si sabía si estaba metido en algún lío o tuviera enemigos. David miró al agente fijamente. Dudó si contárselo todo y acabar con aquella pesadilla de una vez. Sin embargo, no encontraba la forma creíble de decirle que Alicia, Giuseppe y él habían decidido no acudir a la policía hasta que tuvieran pruebas de lo que realmente le había sucedido a Tomás. Ahora más que nunca estaba convencido de que Tomás Benguría había sido arrojado desde la planta decimosexta de La Pecera y alguien en Artechnia había simulado que se trataba de un suicidio. Probablemente, su ex mujer había sido asesinada por la misma persona. Pensó en el Director Gutiérrez, el amante despechado de Alicia Rández que se habría enterado de que ella le había sido infiel con Tomás y por eso le había matado. Alicia había dudado cuando él insinuó que el asesino podía ser Pierre Gutiérrez; la idea no le sorprendía demasiado, sus razones tendría. Tras matar a Tomás, asesinó a la ex mujer porque le descubrió de algún modo y luego había ido a por Giuseppe Antonelli, del que no tenían noticias, y a por Ander, porque se había enterado de que andaban investigando por su cuenta la muerte de Tomás. Sonaba a disparate que una persona pudiera atacar a cuatro personas por un mero ataque de celos, pero todo encajaba. Allí no había ninguna trama de espionaje industrial ni de ocultación de algún secreto

inconfesable de la familia Bechs, todo se reducía a un mundano crimen pasional. Y aquel policía podía ayudarles.

En ese momento Alicia Rández apareció corriendo desde la otra punta del corredor, en dirección hacia ellos. Llevaba la misma ropa con la que la había visto la noche anterior e iba totalmente desmaquillada. Supuso que se había puesto lo primero que había visto en cuanto había leído el mensaje de David y había salido hacia el hospital. David se preocupó por ella, su rostro reflejaba que no había pasado una muy buena noche, seguramente se la había pasado llorando y pensando en si era posible que estuviera saliendo con un asesino. Decidió darle un abrazo en cuanto llegara hasta él y poder transmitirle algo de tranquilidad. Sin embargo, ella le evitó y se tiró a los brazos del agente de policía, que le respondió con otro cálido gesto de complicidad. David no entendía nada.

—Manu, cuánto lo siento, de verdad. Ander no se merece esto. Nadie se lo merece pero Ander menos. Y tú tampoco, joder. Siempre le ocurren las cosas malas a la buena gente. Ya veo que te has dado prisa en venir desde Vitoria. ¿Te han dicho algo más los médicos?

—Gracias Alicia, la verdad es que la cosa es seria, según me han comentado. Es lo que te he contado antes, lo más grave es el traumatismo en la cabeza, por suerte las heridas del abdomen no han sido tan graves como parecía en un principio. Tenemos que esperar cuarenta y ocho horas para ver cómo evoluciona, pero esta noche va a ser determinante para saber si hay esperanza de que sobreviva. Pero te juro que como se muera, me tiro por la ventana.

—No digas tonterías, anda, ven aquí —trató de consolarle Alicia mientras volvía a abrazarle—. Ya verás cómo todo sale bien. Aquí está en las mejores manos. Sólo hace falta un poco de suerte, nada más.

Los siguientes cuarenta y cinco minutos los pasaron sentados en la sala de espera más cercana a la unidad donde habían ingresado a Ander. David apenas abrió la boca un par de veces, el peso de la conversación lo llevó Alicia desde el principio. Era ella la que conocía al tal Manu. Él no era más que un mero compañero de trabajo de Ander. El hecho de que Alicia pareciera aún resentida con él desde la discusión de la noche anterior tampoco ayudaba mucho a hacerle partícipe. Manu Olabe y Ander Goikoetxea se habían casado hacía cinco años en Vitoria. Habían estado viviendo un par de años en la capital alavesa, donde Manu trabajaba como policía local, pero tras el fichaje de Ander por Artechnia habían decidido mudarse a Bilbao, y ahora era Manu el que hacía el recorrido todos los días a Vitoria. Por supuesto, Manu no era el designado por las autoridades policiales bilbaínas para investigar aquel siniestro de tráfico. Le habían avisado al encontrar su número de teléfono señalado con las iniciales “Aa” dentro de la agenda del móvil de Ander, que eran las utilizadas normalmente para indicar a quién había que avisar en caso de accidente, y había abandonado inmediatamente su puesto de trabajo en Vitoria para acudir al hospital de Cruces. Los agentes encargados del caso se habían ido hacía mucho tras realizar las diligencias oportunas. Al ver a David llegar y mostrarse interesado por Ander, había aprovechado que llevaba puesto el uniforme para asegurarse de que David era de fiar. Le pidió disculpas a David, que ni siquiera había reparado en que sobre el uniforme aparecía estampado el nombre de la policía de Vitoria y no el de la de Bilbao. ¡Cómo iba a saber él si esa era o no la vestimenta oficial de la policía de Bilbao! Era prácticamente nuevo en la ciudad.

Al parecer Ander sí que le había hablado de David a su marido, incluso sabía que habían ido juntos al Kingdom Fit. Pero no le había contado nada acerca de la aventura que estaba viviendo junto con Alicia, Giuseppe y el propio David. Fue Alicia la que se encargó de narrar a Manu Olabe casi todo lo que había sucedido y las sospechas que tenían de que el asesino pudiera ser el compañero sentimental de Alicia, Pierre Gutiérrez, al que seguía sin poder localizar. No le dijo nada acerca de la primera teoría que habían tenido sobre el supuesto secreto de los Bechs descubierto por Ander, y David optó también por mantenerse callado al respecto. Ya tendrían tiempo de hablarlo y decidir si era conveniente que el esposo de Ander lo supiera o no. El caso es que Giuseppe Antonelli se encontraba desaparecido y ahora Ander había sufrido aquel accidente.

Manu Olabe les informó de que en el caso de que se encontraran indicios de que se trataba de una tentativa de asesinato, el caso podía pasar a manos de la policía autonómica vasca, aunque en principio, al tratarse de un mero accidente de tráfico ocurrido dentro del término municipal de Bilbao, los competentes eran los guardias urbanos. Además, *a priori* no había nada que asegurara la teoría conspiratoria de Alicia y David. Aún así, pareció que les había creído. Tenía varios conocidos dentro de la policía local de Bilbao, incluso alguno dentro de la Ertzaintza, la policía vasca, así que le mantendrían informado de cada paso de la investigación. A David aquella contestación le supo a poco. Él estaba convencido de que habían tratado de matar a Ander y así se lo hizo saber. Manu le intentó tranquilizar y le tomó el número de teléfono por si necesitaba preguntarle algo más. Ahora tenía que volver a Vitoria, quería informar en persona a su cuñada de lo que le había ocurrido a Ander.

—Así que Ander y tú os guardabais este secretito, ¿no? —estalló David cuando Alicia y él se quedaron solos—. Ahora entiendo por qué Ander estaba tan dispuesto a ayudarte a encontrar al asesino de Tomás sin acudir a la policía. Él te guardó el secreto de tu relación con Tomás y tú a cambio le prometiste no contar a nadie este pequeño detalle de su vida personal, ¿no?

—Cállate, David, no tienes ni idea, en serio.

—A ver si te enteras, Alicia. Me da igual lo que os contéis u os dejéis de contar, pero puede que mi vida también esté en peligro. No sé, me esperaba un poco más de información de vuestra parte. Seguro que Ander también sabía hasta lo de tu relación con el Director Gutiérrez.

—Cállate David. ¿Cómo te atreves a montar este numerito con Ander a unos metros de ti más del otro lado que de éste?

—Tienes razón, perdona —se disculpó él. No era el momento ni el lugar para tener esa conversación. —Solo es que me duele saber que no confiáis en mí, joder.

—Mira David, las cosas no son tan sencillas como decir esto es blanco o negro. Lo del tema de Ander y Manu no lo sabe casi nadie de la familia de Ander, tan sólo su hermana, ¿vale? Ander tuvo muchos problemas en la adolescencia con este tema, no te puedo decir mucho más, pero, para que me entiendas, sus padres no son precisamente un derroche de tolerancia y respeto hacia su orientación sexual. Y sí, te ocultamos lo mío con Pierre, porque yo me jugaba mucho tanto a nivel personal como profesional. Ya está, ¿contento? ¿qué quieres, que haga penitencia y me flagele con un cilicio?

David le hizo callar con un gesto de su mano y señaló la pantalla del televisor de plasma que desde el techo de la sala de espera mostraba un avance de las noticias de las tres de la tarde. La

noticia principal era el trágico incendio del barrio de Begoña, en el que parecía que estaban confirmadas dos víctimas mortales, una de ellas la anciana dueña del piso en el que se había originado el fuego. David no dejaba de mirar el portal del edificio desde donde la corresponsal estaba realizando la conexión en directo. Él conocía ese bloque. Era la torre a la que había acompañado a Giuseppe y Ander para visitar a Doña Carmen, la madre de Tomás Benguría.

44.

Mechero abrió cuidadosamente la tapa de la caja en la que había escondido la tarta. Lo hizo con sumo cuidado, procurando que su obra maestra no se estropeará. Había pasado la tarde anterior preparando aquel succulento postre para celebrar su vigésimo cumpleaños. Jon Arkaute fue el encargado de encender la vela con forma de número veinte mientras el joven cerraba los ojos y formulaba su deseo. Begoña Argenta había estado presente la primera media hora, pero luego se había tenido que ir, con lo que únicamente dos eran los convidados que quedaban en aquella celebración, Jon Arkaute y Anne Wellington. El jardinero bromeó con el muchacho aconsejándole que se quitara la gorra de vez en cuando, aunque fuera sólo para ducharse, ya que, de lo contrario, se arriesgaba a quedarse calvo antes de llegar a los treinta. La contestación soez de Mechero no se hizo esperar, pero por si acaso, para reforzar el carácter grosero de sus palabras, las acompañó con un eructo que dejó durante unos segundos flotando en el ambiente un extraño aroma a chorizo mezclado con pepinillos en vinagre que le hizo revolver el estómago a Anne.

—Anda, pelirroja, no pongas esa cara, como que tu novio no se tira eructos todos los días. Además estarás acostumbrada a los malos olores, tiene pinta de que le huele fatal el aliento por culpa de toda esa proteína que se mete en el cuerpo como buen machote que es.

—Cuando quieres ser chabacano, te esfuerzas y te esfuerzas hasta que te sale redondo —contestó Anne.

—Bueeeno, está bien, se me olvida que eres una princesita inglesa —contestó él fingiendo el acento británico.

—Si eres así con veinte años no me quiero ni imaginar cómo serás con cuarenta.

—Con un poco de suerte tú serás la bella dama que me acompañe cuando tenga cuarenta tacos y estarás más que hecha a mis guarradas.

—Seguro —rió Anne—. Estaba feliz. A pesar del distanciamiento con David y de la pérdida reciente de su perro Júpiter, se sentía a gusto con sus compañeros y con aquel trabajo que estaban llevando a cabo para la Fundación. Además, no había vuelto a encontrarse con la mujer enlutada del museo, con lo que había podido relajarse un poco.

En ese momento sonó el teléfono del invernadero. Nadie esperaba ninguna llamada, pero supusieron que se trataba de alguno de los otros jardineros que se habían enterado del festín y querían felicitar a Mechero. El joven descolgó el teléfono y sin dejar terminar la frase a la persona que hablaba al otro lado, le entregó el inalámbrico a Jon Arkaute.

—Es la monja —fue lo único que dijo.

Anne se impacientó ante los monosílabos que Jon Arkaute estaba empleando con Lourdes del Río, así no había forma de enterarse de qué trataba la conversación. Se preguntó si era posible

que Lourdes hubiera conseguido avanzar en la búsqueda de la parte del código que faltaba. Jon colgó el teléfono y mantuvo unos interminables segundos de suspense antes de abrir la boca.

—Las ha encontrado, chicos. Lourdes ha encontrado las hojas arrancadas del código. Está viniendo ahora mismo desde Logroño en el autobús de línea. Esperemos que las hojas lleguen sanas y salvas. Si sabéis alguna oración, por favor rezad. Me ha dicho que las lleva escondidas en el refajo de su falda.

Hasta Mechero le rió la gracia al jardinero. Jon organizó una reunión urgente con Mechero, Lourdes y Anne para esa misma tarde a las siete en la biblioteca del Casco Viejo. Anne debía acudir tres horas antes, al objeto de intentar tener preparado un primer borrador de la traducción para cuando llegaran los demás. Jon iba a recoger a Lourdes a la estación de autobuses y le llevaría a Anne las hojas del código a las cuatro. Los Mayores de la Fundación estaban presionándole para avanzar más rápido en la investigación de la copia del código. La idea de Jon era proceder a la mayor brevedad a la traducción del texto que traía Lourdes desde la residencia de Páganos, y poder así ofrecer cuanto antes las primeras conclusiones a las que habían llegado. Anne y Mechero le habían comentado su teoría de que la vida del santo no era más que una alegoría utilizada por el autor de la narración para transmitir una historia censurada o secreta. Aunque a regañadientes, Jon había tenido que admitir que aquella hipótesis era una posibilidad real. De hecho, la lectura del texto era mucho más comprensible si se aplicaban los parámetros interpretativos de Anne y Mechero. Ella volvió a insistir en aquella idea de los tres parientes atacando la casa del hombre santo o, lo que era lo mismo, las tres ciudades asaltando a la ciudad hermana que acogía el templo divino. Le recordaba a algo que había oído antes, pero era incapaz de recordar dónde. No había tiempo para eso. Si Jon Arkaute no ofrecía un primer informe a los Mayores pronto, tratarían de desprestigiarle como fuera aludiendo a su falta de criterio y terminarían quitándole la investigación para asignársela a otro jardinero. Anne notó en la voz de Jon Arkaute una evidente preocupación por mostrar una respuesta satisfactoria a los Mayores, su reputación estaba en juego. Además, las altas esferas de Petunia estaban especialmente sensibles con este caso, como si la necesidad de dar con algún resultado fuera realmente urgente.

Al llegar a casa de David, Anne estuvo a punto de sufrir un colapso. Adrián Zuberoa, el vecino insolente del ático de enfrente, el que había resultado ser el primo carnal de David, prácticamente la atracó en el rellano de la escalera entregándole un paquete para David que un mensajero había intentado entregar esa mañana y que finalmente se lo había dejado a él. Le dio un susto de muerte cuando lo vio aparecer detrás de ella con la caja en las manos. No le había escuchado salir de su piso. Desde la última bronca con Adrián, Anne no le había vuelto a ver, pero tenía la sospecha de que era él el que la había estado evitando a conciencia, para reducir al máximo las posibilidades de un nuevo enfrentamiento entre ambos. Le sorprendió gratamente que Adrián no hubiera entrado en casa de David como estaba visto que estaba autorizado a hacer. Parecía que la petición que ella le había hecho de no acceder mientras ella estuviera viviendo allí había surtido efecto. Quizás David había tenido una charla con su primo. En cualquier caso, era una novedad agradable. Le dio las gracias con la mejor sonrisa que fue capaz de dibujar en sus labios y entró con la caja a casa. Esta vez el paquete era mucho más pequeño que el misterioso cofre que David escondía en el armario de la entrada, y no provenía de Laguardia. Anne respiró aliviada. Cualquier cosa que pudiese enviar Sabina Elguea no podía traer nada bueno consigo. Estuvo a punto de volver a tirar al suelo una de aquellas hermosas cuernas de ciervo que adornaban las paredes opuestas a la de la

puerta de entrada, pero esta vez tuvo más suerte. Mientras se servía una taza de mate, observó el paquete. Estaba precintado con un sistema de seguridad especial anti-aperturas y un letrero de grandes dimensiones aludía a la confidencialidad del envío. El remitente era Ander Goikoetxea, el compañero de trabajo de David. Seguramente era algo relacionado con ese proyecto que se traían entre manos y que tenían que presentar en aquella feria europea cuyo nombre no recordaba.

Se preparó un sándwich vegetal y lo engulló mientras veía las noticias en el televisor de la cocina. Casi todas las cadenas estaban abriendo con la misma noticia. Un terrible incendio había arrasado un edificio de viviendas de Bilbao y, además de la dueña de la casa donde se había originado, eran ya cinco los fallecidos y otras dos personas se encontraban en estado crítico. Anne pensó en lo que aquella pobre anciana había causado olvidándose la cazuela en el fuego. Uno nunca podía imaginarse hasta dónde podían llegar los efectos causados por sus propias acciones. Asustada aún por el encontronazo con Adrián en el descansillo, y casi sin haber comido, se dirigió al dormitorio para prepararse para la reunión con Jon Arkaute. Tenía que darse prisa si quería estar puntual para las cuatro. Sobre la mesilla de David vio otro paquete de pastillas para dormir. Aquel estrés que tenía desde que había entrado a trabajar en Artechnia le estaba matando lentamente. Se preocupó al ver que las dosis de somníferos había aumentado. No le había dicho nada, pero llevaba un tiempo contándole el número de pastillas que iban desapareciendo de las cajas cada día. Tendría que hablar con él. Igual era buena idea plantearse la visita a un terapeuta.

Miró el reloj del despertador. Las cuatro menos veinticinco. No iba a llegar si no aceleraba el ritmo. Abrió el armario y tiró todas las perchas con ropa sobre la cama, para poder elegir qué ponerse de una forma más rápida. Al hacerlo, unos folletos a medio doblar que había olvidado en la cazadora de cuero que había llevado el fin de semana en La Rioja Alavesa cayeron al suelo. Los recogió y los miró por encima para decidir si merecía la pena guardarlos o no. Tuvo que sentarse sobre la cama para poder terminar de leer uno de ellos. Ahí estaba. Había encontrado aquello que le rondaba por la cabeza y que tenía que ver con el ataque de las tres ciudades a la ciudad hermana que relataba la vida del santo. Sonrió mientras notaba los latidos de su corazón aumentando el ritmo. Ya sabía por qué le sonaba aquella parte del relato. Pensó inmediatamente en lo que podría suponer para ella el haber encontrado aquella pista. Sin duda, aquello iba a contribuir a que la Fundación Petunia la nombrase jardinera de manera definitiva. Pensó también en Jon Arkaute y en la presión que le iba a quitar de encima cuando le comunicase aquel hallazgo. La adrenalina le provocó la sublime sensación de estar flotando a varios centímetros del parqué. Mientras cogía su bolso y salía por la puerta pensó en Mechero, su Mechero, y lo orgulloso que iba a estar de su pelirroja.

45.

Al entrar en casa, David se percató de que alguien había movido una de las cornamentas ubicadas junto al armario donde había escondido el cofre que la tía Sabina le había enviado días atrás. Seguramente Anne se había vuelto a tropezar con una de las cuernas. Esta vez no le dio importancia, tenía cosas mucho más importantes en las que pensar. No podía quitarse la imagen de Ander atrapado entre aquellas máquinas que trataban de anclarle desesperadamente a este mundo. Si su vida y la de Alicia estaban en peligro, lo mejor era advertir a Anne para que tuviera cuidado también. La locura del Director Gutiérrez parecía no tener fin. Había matado a Tomás, a su ex mujer, posiblemente a Giuseppe y lo había intentado con Ander. Por si fuera poco, la madre de Tomás Benguría era la dueña del piso donde se había originado el incendio que había acabado con la vida de otras cuatro personas además de ella. Aquello no podía ser una casualidad. ¿Y si Pierre Gutiérrez había asesinado también a Doña Carmen y había provocado el fuego para simular un accidente doméstico? Cualquier cosa le parecía posible a esas alturas.

Cuando leyó el nombre del remitente del paquete que reposaba sobre la mesa de la cocina, tuvo la extraña sensación de que Ander estaba tratando de comunicarse con él desde el limbo en el que se encontraba ahora mismo a la espera de que su organismo consiguiera resistir aquellas cuarenta y ocho horas tras la intervención quirúrgica. Aquella palabra, “CONFIDENCIAL”, escrita en letras mayúsculas no le hizo presagiar nada bueno. Había olvidado por completo el *compact disc* que Ander había encontrado en el dormitorio de Tomás Benguría en casa de Doña Carmen. Extrajo el CD y el texto manuscrito por Ander y se fue rápidamente al cuarto donde se ubicaba el escritorio con su ordenador de sobremesa. Siguiendo las instrucciones de Ander, introdujo la contraseña “HEILIGEWALD” y accedió al contenido. Durante media hora observó las fotografías y aquella especie de libro de actas, y leyó una y otra vez las conclusiones de Ander. ¿Qué significaba todo aquello? Si Ander estaba en lo cierto, Tomás Benguría sí que había descubierto un secreto inconfesable de la familia Bechs, en concreto de William Dik, o Wilfried Dick, como se llamaba originalmente el sobrino de la Presidenta Suzanne Bechs. Lo más insólito es que no se trataba de un secreto que tuviera que ver con la actividad empresarial de los Bechs, sino que la cosa era mucho más grave. ¿William Dik miembro de una secta racista acusada de la tortura y asesinato de una joven mulata? Según Ander, todo podía ser incluso más serio si cabe. ¿Serían los Bechs una secta de psicópatas que propugnaba la supremacía de la raza blanca? Desde luego aquello sí que era una razón lo suficientemente creíble como para que uno de aquellos pirados hubiese acabado con Tomás Benguría al enterarse de que éste había descubierto el secreto familiar.

Dejó para el final la fotografía que Ander no había sido capaz de interpretar. Una mujer entraba a lo que parecía efectivamente un viejo hospital. Observó cada detalle de la instantánea. Aquella pequeña porción del edificio que retrataba la imagen le resultaba familiar, como si un minúsculo

rincón olvidado de su subconsciente estuviera pugnando por hacerle recordar un lugar recóndito de su pasado. Miró detenidamente aquel trozo de cruz azul que parecía formar parte del logotipo o del nombre del sanatorio, y entonces lo reconoció. Aquello no era un hospital, por lo menos no era un hospital en el sentido estricto de la palabra. Era el centro privado de Páganos en el que la abuela Véspero había pasado más de quince años antes de que la trasladasen a la residencia de Vitoria cuando él era aún un niño. Volvió a evocar aquella imagen de la anciana, sin apenas pelo, asomada a la ventana del centro, peinando incansablemente a su muñeca. La misma escena se repetiría luego en la residencia de Vitoria, y, por lo que le había creído entender a Sabina, la abuela Véspero no había cambiado mucho de costumbres. Por entonces el centro lo regentaba una congregación de monjas y, según creía, aún lo seguían haciendo, aunque en los últimos tiempos había ido transformándose en una institución de beneficencia que asistía a personas enfermas sin apenas recursos. La Sagrada Misericordia. Sí, ese era el nombre. Se preguntó quién sería la mujer que aparecía fotografiada entrando al edificio, y quién habría tomado la instantánea, si el propio Tomás o algún miembro de la familia Bechs. En cualquier caso aquello suponía un vuelco a todo lo que Alicia Rández y él habían pensado respecto de la muerte de Tomás. Y esa fotografía de La Sagrada Misericordia en concreto suponía una pista importante que debían seguir cuanto antes. ¿Tendrían algo que ver los Bechs con aquel centro de caridad?

—Pierre ha venido a buscarme a casa, hemos estado toda la tarde juntos dando un paseo —le dijo Alicia por teléfono—. Te he mandado un mensaje antes.

—No lo he visto, perdona —se disculpó él.

—Al principio estaba muerta de miedo. No quería abrirle. Él se pensaba que yo estaba enfadada por no haber podido cogerme el teléfono en toda la mañana. Luego se ha derrumbado y ha empezado a llorar como un niño pequeño al otro lado de la puerta. Resulta que esta madrugada han ingresado a su madre en el hospital por un amago de infarto. Por eso no había acudido a trabajar. Creo que me ha dicho la verdad, David. Por si acaso, le he dicho que me esperara en la calle y no le dejado entrar en casa. Hemos estado toda la tarde por ahí. Se ha estado desahogando conmigo. Hasta le he acompañado a la puerta del hospital después del paseo. Me ha invitado a subir a la habitación a visitar a su madre, que ya me conoce, aunque no sabe nada de lo nuestro. Pero no me he sentido con ánimo suficiente. No creo que haya montado todo ese numerito para que yo bajara la guardia.

—¿Te das cuenta de lo que eso significa, no? Puede que nos hayamos equivocado, que yo me haya equivocado totalmente respecto del Director Gutiérrez. Creo que Ander ha dado con el secreto de los Bechs que descubrió Tomás Benguría.

—Por lo menos todo lo que me has contado que contiene el CD encaja perfectamente, si nos atenemos a la interpretación que ha hecho Ander, claro.

—¿Es que hay otra interpretación posible? He visto la foto de la orla del tal Wilfried Dick y te puedo asegurar que es William Dik de adolescente. Es él, Alicia.

—¿Y qué tiene que ver el hospital ese con todo este lío? No entiendo nada.

—Yo tampoco Alicia, pero te juro que ese es el centro donde vivió mi abuela cuando yo era pequeño. He estado allí decenas de veces visitándola. No tengo ni idea de qué pinta en todo esto, puede que incluso sea una pista falsa, o que Tomás Benguría guardara esa foto en el mismo CD por otro motivo. Pero si tenemos una mínima probabilidad de aclarar todo este embrollo y saber a ciencia cierta si William Dick o cualquier otro miembro de la familia Bechs ha matado a Tomás y puede que lo haya intentando con Ander, no podemos desechar esta idea. Tenemos que saber qué hijo de puta le ha hecho esto a Ander.

—Y posiblemente a Giuseppe. Le he llamado mil veces ya pero sigue con el móvil apagado. Me pregunto cuánto tiempo tardará su familia de Italia en denunciar su desaparición.

—No tenemos tiempo que perder. He enviado un *e-mail* a recursos humanos diciendo que me ha surgido un imprevisto familiar grave y que me cojo dos de los días que tengo reservados para asuntos propios. Mañana me voy a Páganos a tratar de averiguar qué pinta La Sagrada Misericordia en todo esto.

—Si quieres podemos ir en mi coche. Puedo pedirle a Pierre que interceda por mí ante la empresa e invente algo para justificar el retraso de un día en mi reincorporación al trabajo.

—Perfecto —contestó él—. Así no tendré que alquilar otro de nuevo.

David volvió a repasar de nuevo todos los documentos guardados por Tomás en el CD. Reparó en la extraña clave que había elegido para proteger aquellos archivos. “HEILIGEWAAAL”. Ander había llegado a la conclusión de que era una palabra compuesta por los términos “HEILIGE” y “WAAAL”, que era precisamente el nombre del río que Tomás había remarcado en el mapa de Holanda con el que había envuelto el disco. Buscó la palabra “HEILIGE” en un traductor de holandés. Significaba “Sagrado” o “Santo”. “El santo Waal”. ¿Por qué Tomás había puesto aquel adjetivo calificativo que denotaba sacralidad a aquel río? ¿Acaso sabía que aquella supuesta secta de maníacos racistas consideraba al río Waal como un lugar divino en su forma de entender la realidad?

Volvió a sentir la presencia de Ander en la habitación, intentando comunicarse con él. Pero pronto volvió a la realidad. Aquello era imposible, Ander no podía estar allí. Ander permanecía en coma en una camilla de la unidad de cuidados intensivos del hospital de Cruces. Y por desgracia, la posibilidad de comunicación entre ellos no había sido más que un espejismo pasajero.

46.

La biblioteca de la Fundación Petunia ubicada en la trastienda de aquella cafetería-librería del Casco Viejo de Bilbao estaba prácticamente vacía. Tan solo Sofía, la vieja bibliotecaria, permanecía fiel a su puesto de centinela honorífico de aquel recinto plagado de legajos antiquísimos y siglos de sabiduría. Además de ella, Jon Arkaute y Anne Wellington eran los únicos miembros de la organización que en aquellos momentos estaban trabajando allí. Anne se había visto obligada a cumplir con aquella estupidez de ritual para poder acceder a la biblioteca. Esta vez era Jon Arkaute el que la había acompañado a través de los pasillos laberínticos mientras ella caminaba con los ojos tapados con un pañuelo. Por lo visto, la Fundación aún no la consideraba de plena confianza. Pronto cambiarían las cosas. Lo que había recordado leyendo aquel folleto turístico de Laguardia, mejoraría su posición dentro de Petunia.

Cuando llegaron a la sala número dos, vio la copia del códice reposando sobre uno de los atriles. La belleza que transpiraba aquel conjunto de hojas de pergamino volvió a sobrecogerla. Junto al libro, dos páginas del mismo material descansaban sobre una bandeja de madera, esperando que alguien desentrañara su contenido. La elegida era ella, Anne Wellington, la filóloga, la que jamás en su vida hubiera imaginado poder tener el privilegio de estudiar un libro de esas características. A pesar de las rasgaduras producidas como consecuencia de haber sido arrancadas, las hojas parecían estar en buen estado. Jon le invitó a comenzar su trabajo. Si todo iba bien, podrían tener una primera traducción para cuando llegaran Mechero y Lourdes del Río tres horas después. Anne comenzó a leer el texto. A diferencia de las que ya había trasladado al castellano, esta parte era mucho más breve. De hecho, creía que Jon había sido bastante generoso concediéndole aquel plazo de tres horas, porque seguramente en una hora o antes habría terminado. A pesar del frío intenso que hacía en la biblioteca, la joven avanzó entusiasmada en la lectura y traducción del texto. La abuela Sofía, la bibliotecaria, le ofreció su chaqueta, pero Anne Wellington rechazó gentilmente el ofrecimiento. El frío no podía afectarla en esos momentos. Ni aunque hubiera estado nevando dentro de la biblioteca, nada podría haberla detenido.

Los minutos fueron pasando mientras ella transcribía en uno de los ordenadores el resultado de su trabajo. Estaba ansiosa por contarle a Jon Arkaute lo que había recordado leyendo la publicidad turística de aquel folleto que le habían dado en la oficina de turismo de Laguardia, pero prefirió esperar a tener terminada la traducción de la última parte de la vida del santo, para poder tener una visión en conjunto de la narración y poder analizarla a la vista de aquello que había recordado. En menos de tres cuartos de hora terminó la traducción. Jon Arkaute se sorprendió al comprobar el poco tiempo que había necesitado. Ella le invitó a leer el texto directamente en la pantalla de su ordenador.

VIDA DEL SANTO. Tercera y última parte.
Traducción de Anne Wellington.

“Y el espectro no pudo encontrar la llave ni tampoco al hijo mártir, y hubo de retornar al lugar de donde había salido, y su fuente siguió cerrada³. Y llegaron los tres parientes del hombre santo, que habían visto el fuego, mas nada pudieron hacer por su casa.

Pasaron las lunas y los soles, y el hombre santo abandonó este mundo y el hijo mártir construyó una nueva casa, y puso la llave en custodia. Quiso el Señor, que todo lo ve, que los hijos del mártir velaran por él día y noche sin descanso, y dispúsole todo, pues así lo dijo el oráculo, que dos milenios habrán aguardado en la noche más larga con los ojos abiertos, y el espectro habrá regresado de su tierra baja, mas no vendrá solo, con él retornará aquel que estaba antes.”

³GLOSA realizada al margen por el monje (en lengua vasca): “La sangre de las doncellas flota en los meandros del río”.

³Nota de la traductora: Dudas de la traducción llevada a cabo de la expresión “y su fuente siguió cerrada”.

Jon Arkaute la felicitó. Salvo un par de fallos menores que había detectado, el trabajo era excelente.

—Esta glosa que escribe el monje amanuense también está escrita en lengua vasca. Tengo bastantes dudas acerca de la traducción que he hecho cuando habla de que el espectro regresó a su lugar de origen y literalmente dice “y su fuente siguió cerrada”. El comentario que hace el monje al margen me ha dejado sin palabras, no le encuentro ningún sentido.

—“La sangre de las doncellas flota en los meandros del río” —leyó él en la pantalla del ordenador—. Está claro que el autor de la glosa ha querido aclarar o complementar la frase “y su fuente siguió cerrada”, que tampoco es muy explícita en cuanto a su significado. Es curioso que para las partes más extrañas de sus comentarios utilice el euskera.

—Jon, tengo algo importante que contarte —dijo ella—. Este mediodía, cuando estaba en casa preparándome para venir aquí, he conseguido acordarme de a qué me sonaba aquella historia de las tres ciudades hermanas atacando a la otra ciudad. He encontrado por casualidad uno de los

folletos que me llevé de la oficina de turismo de Laguardia—. Anne le extendió el tríptico para que Jon pudiera leerlo con sus propios ojos.

—Vareia, Tritium y Libia —leyó él lentamente.

—Efectivamente, las tres ciudades más importantes de los berones, el pueblo prerromano que habitó la zona de La Rioja, el sur de Álava y parte de Navarra, en la cuenca del río Ebro. Aunque esos tres nombres son las latinizaciones que hicieron los romanos a partir de los vocablos originales.

—Curiosamente hace unos años la Fundación se ocupó de la investigación de una tésera de hospitalidad encontrada entre los restos arqueológicos de la antigua ciudad de Libia, en lo que en la actualidad es el pueblo riojano de Herramélluri.

—¿Qué son las téseras de hospitalidad? —preguntó Anne.

—En muchos de los pueblos que habitaban la península a la llegada de los romanos, los pactos de hospitalidad eran uno de los elementos más característicos de su cultura. Como podrías imaginar, en aquellos tiempos, la beligerancia entre los diferentes etnias estaba a la orden del día, y se valoraban mucho los acuerdos entre distintas tribus, o incluso entre dos personas, en virtud de los cuales se pactaba, por ejemplo, que los miembros de ambos pueblos pudieran entrar en los territorios o en las ciudades del otro, con garantías de no verse atacados. Al principio estos pactos eran verbales, pero los romanos establecieron una forma física de representarlos, a través de las téseras, unas pequeñas figuras normalmente de bronce, y con formas de animales o geométricas, que simbolizaban el pacto establecido. Cada una de las partes se quedaba con una mitad de la tablilla, de manera que cuando uno visitaba al otro, se pudiera saber si los anfitriones y los visitantes habían suscrito o no un pacto de hospitalidad. Lo extraño de esta tésera en concreto es que junto a la palabra “Libiako”, es decir, “De Libia”, en el idioma celtíbero, aparecía un extraño símbolo que parecía aducir a algún tipo de divinidad aún no registrada por los arqueólogos. Por desgracia, la Fundación no fue capaz de determinar a qué hacía referencia aquella inscripción. Fue uno de los primeros casos en los que participó tu amigo Mechero, por cierto. Creo que por entonces tendría unos dieciséis años.

—Pues estoy convencida de que los tres parientes del hombre santo representan a esas ciudades, Vareia, Tritium y Libia. Y el pariente mayor, el que fue herido en la batalla y que después fue sanado por el hombre santo, alude a Vareia, que era la ciudad más importante de los berones, posiblemente su capital, según los historiadores. El propio texto, al referirse al pariente mayor, habla de que, al finalizar la guerra, se quedó en la casa más grande y poderosa.

—Pero, que yo sepa, no hay ningún texto ni cualquier otro tipo de prueba arqueológica que nos hable de esa supuesta guerra de las tres ciudades beronas unidas en contra de la representada por el hombre santo —puntualizó él.

—Estás precisamente ante la prueba más fehaciente —contestó emocionada Anne señalando el códice—. Jon, si lo que creo es cierto, el autor escribió la ficticia vida del santo para encubrir otra historia mucho más real, la de los berones y los enfrentamientos que hubo entre ellos.

—Pero, ¿qué sentido tendría? ¿Por qué no hablar de aquel pueblo directamente?

—Porque por algún motivo, la transmisión de todo ese conocimiento no quería que fuese de dominio público —dijo ella.

—De acuerdo. Entonces, si los tres parientes son Vareia, Tritium y Libia, ¿cuál es la ciudad representada por el hombre santo?

—La Hoya —contestó una voz conocida detrás de ellos—. Bueno, más bien lo que hoy se conoce como el poblado de La Hoya. Venga, colegas, ¿en serio pensabais pasar de mí de esta manera relegándome para los postres?

Anne sonrió mientras se volvía para comprobar que la voz era la de Mechero. Había llegado al poco de haber entrado ellos, pero le había pedido a la abuela Sofía que no les anunciara su presencia, quería darles una sorpresa. Llevaba aguardando casi una hora en la pasarela que unía las salas uno y dos, oculto a la vista de Anne y Jon, esperando a que llegara el momento oportuno para hacer su entrada triunfal. Reiteró su malestar por el hecho de que Jon Arkaute le hubiera citado más tarde junto con Lourdes del Río. ¿Cómo había sido capaz de equipararle con aquella monja? Al final, Jon tuvo que pedirle disculpas para que dejara de quejarse y así poder centrarse en la interpretación de la vida del santo.

—Como ha dicho Jon, la investigación de la tésera de Libia fue una de mis primeras investigaciones para Petunia. Por aquel entonces yo era un pringado aprendiz de jardinero —miró a Anne mientras le guiñaba un ojo—, pero aún así me empollé concienzudamente la historia del pueblo de los berones, quería causar una buena impresión a mi mentora. Creo, pelirroja, que de nuevo has conseguido que nos toque el premio gordo de la lotería. Estoy totalmente de acuerdo contigo. Los tres parientes son Vareia, Tritium y Libia, y el hombre santo no es otro que el que hoy se conoce como poblado de La Hoya, muy cerca de Laguardia.

—En la oficina de turismo de Laguardia me ofrecieron una visita guiada al yacimiento, pero, sinceramente, no me apetecía nada ver unas ruinas prerromanas, teniendo además el pórtico de la iglesia de Santa María de los Reyes —dijo ella.

—Pues muy mal, deberías haber hecho una visita a La Hoya. Es uno de los yacimientos arqueológicos más importantes de todo el País Vasco. Así quizás hubiéramos llegado a este punto de la investigación mucho antes. Aunque, a decir verdad, a mí tampoco se me había ocurrido. Así, que estás perdonada, pero por los pelos.

—Agradezco en demasía su piedad, maestre Borja —bromeó ella, a lo que Mechero respondió con un eructo en clara señal de que le había molestado que le llamara con su verdadero nombre.

—Entonces creo que parte del misterio está resuelto. Se sabe que el poblado berón de La Hoya fue atacado en varias ocasiones a lo largo de su dilatada historia. Aunque en principio todo parece indicar que se trataría de invasiones de pueblos celtíberos más lejanos, podría encajar también la historia que nos cuenta la vida del santo, es decir, el ataque perpetrado por las otras tres ciudades beronas contra La Hoya, según dice el autor, porque le tenían envidia por la riqueza que poseía. Pero no nos olvidemos que sin duda, el peor de los asaltos que sufrió fue precisamente el que

arrasó prácticamente con la totalidad del poblado, y que fue el inicio de una decadencia que acabó por hacerle desaparecer mientras sus habitantes se cree que huyeron a otros lugares, como el cerro donde hoy se asienta Laguardia. La parte final del relato, la que venía recogida en las hojas arrancadas, también casaría perfectamente con esta idea, cuando dice que, tiempo después de que los tres parientes y el hombre bueno firmaran la paz, el día en que la casa del hombre santo fue de nuevo atacada, esta vez por el espectro, los tres parientes acudieron a ayudar, posiblemente al ver el fuego en la lejanía, pero cuando llegaron ya nada pudieron hacer. Al final el hombre santo termina abandonando este mundo, lo que puede hacer referencia al declive progresivo que sufrió el poblado de La Hoya tras el brutal asalto, y el hijo mártir construye otra casa, en alusión a que los supervivientes huyeron y edificaron nuevos asentamientos. Todo este tema de los tres parientes y del espectro me tenía totalmente despistado, pero al escuchar hablar a Anne de Vareia, Tritium y Libia creo que todo cobra sentido. El hombre santo tiene que simbolizar al poblado de La Hoya. Es que además, está demostrado que la gran emboscada que sufrió la ciudad ocurrió un día de mercado, puesto que en las excavaciones arqueológicas se encontraron los restos de los recipientes repletos de cereal sobre las aceras, junto a las puertas de las casas, así como restos de animales también depositados sobre el pavimento. Si os acordáis, el asalto del espectro tiene lugar en un día de fiesta, de celebración, donde el autor del texto indica que los lugareños lucían sus mejores pieles, y las intercambiaban y todos veían lo que tenían los demás en las puertas de sus casas. Está claro que el monje que escribió la vida del santo sin nombre en realidad quería transmitir, de manera encubierta, hechos históricos fundamentales que afectaron a este pueblo prerromano en concreto, los berones. Lo que no sabemos es por qué.

—Magnífico chicos, tengo que daros la enhorabuena. Creo que entre los dos habéis dado con la clave para interpretar la mayor parte del texto —dijo Jon—. Aunque no hayamos descifrado al completo el significado de la alegoría, creo que los Mayores se van a mostrar satisfechos con el informe que les voy a preparar, y supongo que nos darán más tiempo, o al menos, rebajarán un poco la presión.

—Me pregunto qué simboliza el espectro, aquello que asaltó el poblado de aquella manera tan cruenta y supuso el principio de su fin —dijo Anne—.

—No solo eso, pelirroja —apuntó Mechero—. Nos falta por interpretar la parte más esotérica de la vida del santo. ¿Qué significa la palabra “Oiraco” y qué tiene que ver Gastehiz, la actual Vitoria, en toda aquella historia de la huida de los supervivientes cuando atacó el espectro? Acordaros también de la parte en la que dice que Gastehiz tenía murallas viejas. ¿Qué quiere decir además el monje cuando en la parte en la que se narra que los supervivientes huyeron con la llave, él escribe una glosa que dice literalmente “*las palabras sagradas*”? O lo de que el espectro regresó al lugar del que había salido y su fuente siguió cerrada. ¿Qué demonios significa eso? ¿Y la movida de la glosa esa que dice precisamente al hablar de la dichosa fuente que la sangre de las vírgenes flotaba en los meandros del río? Y bueno, sobre todo, no os olvidéis de la brutal profecía apocalíptica del final, amenazando con que el espectro volverá y con él el que estaba antes. A mí me ha acojonado bastante cuando lo habéis leído.

—Sí, eres tú bueno para asustarte —ironizó Anne—.

—A mí lo que más me desconcierta son los “por qué” —dijo Jon—. Por qué el poblado de La Hoya fue atacado por las otras ciudades de los berones. ¿El único motivo era la envidia por la

riqueza que poseía? De ser así ¿por qué una aldea de mucha menos importancia que las otras tres acaparaba tanta riqueza? Y el gran por qué. Por qué el espectro perpetra ese ataque que destruye la ciudad. ¿Qué era lo que poseían los habitantes de La Hoya que era tan ansiado tanto por sus hermanos de etnia como por el dichoso espectro venido de más allá de la montaña? ¿Quiénes eran aquellas gentes de La Hoya para que su dios tuviera tantos miramientos con ellos?

Cuando Lourdes del Río llegó a la biblioteca a eso de las siete menos diez, se encontró a tres personas absolutamente entregadas a la causa. Trataron de resumirle y ponerle al día de todo lo que habían estado hablando, mientras buscaban y rebuscaban entre los libros de las cuatro salas de la biblioteca, tratando de encontrar más información acerca de los berones que pudiera ayudarles. Lourdes había encontrado las hojas arrancadas escondidas en una caja que había en la despensa de la cocina. Cualquiera de las hermanas podía haberlas ocultado allí. Los tres intentaban aparentar que la estaban escuchando, pero, en ese momento, averiguar quién había arrancado y escondido las hojas de la vida del santo no era tan urgente. Tenían que tratar de averiguar algo más acerca de los interrogantes que habían quedado sin respuesta. Lourdes les ayudó en su búsqueda, hasta bien entrada la noche. Al final decidieron marcharse a casa. Mechero se fue el primero, y Lourdes poco después. Durante la tarde, algún que otro jardinero había hecho acto de presencia en las instalaciones, pero a esas horas ya no quedaba nadie, exceptuando a Jon, Anne y la abuela Sofia. Jon estaba especialmente atractivo con aquellas marcas de sudor en su camiseta ajustada. Lo que en cualquier otro hombre le hubiera parecido un signo evidente de desaliño o falta de aseo, en Jon Arkaute cobraba otra dimensión. Le observó durante un buen rato mientras él se afanaba por recoger todos los libros que habían ido dejando sobre las mesas. Le gustaba su forma de moverse entre todos aquellos volúmenes, sabedor del dominio que ostentaba sobre todo lo que tenía a su alrededor. Se preguntó si también sería consciente del influjo que ejercía sobre ella misma. Aunque dudó en acercarse y comprobarlo más de cerca, al final pensó que no era el momento adecuado. Se acercó a la mesa donde reposaba el vetusto códice, se puso los guantes de látex y lo cerró con sumo cuidado. Al recoger de la bandeja de madera las hojas arrancadas de la vida del santo, creyó estar temporalmente bajo los efectos de una droga alucinógena. Aquello no podía ser. Se habían dedicado a analizar el anverso y reverso de la primera hoja y el anverso de la segunda, pero se habían olvidado por completo de darle la vuelta a la segunda hoja por si había escrito algo más de texto. Por la parte de atrás de esta última no había nada escrito, pero sí había algo dibujado. Anne la sostuvo en lo alto poniéndola a contraluz con una de las lámparas. No terminaba de creérselo. En el centro de la lámina, el autor de la narración, o tal vez el propio monje glosador, había dibujado un círculo casi perfecto tiznado de negro. Sobre el círculo había trazado lo que parecía un sol o una estrella de ocho puntas sin colorear. Aquel era el mismo símbolo que había visto en el cofre en casa de tía Sabina y en la representación de la estrella de Belén en la adoración de los Reyes Magos del pórtico de la iglesia de Santa María de los Reyes de Laguardia. Jon Arkaute se le acercó por si necesitaba ayuda para acondicionar el libro. Ella fue rápida y colocó las hojas arrancadas en la posición en la que se encontraban antes de ser separadas del códice.

Jon se lo llevó al piso inferior de la biblioteca, aquel agujero sin iluminar que se abría en la intersección de las pasarelas que unían las cuatro salas de la planta superior. Anne se quedó

arriba esperándole. Su cabeza no paraba de dar vueltas a lo que acababa de ver en el reverso de la segunda hoja arrancada. Tal vez fuera ése el motivo por el que una mano invisible había decidido extirpar aquella última parte de la historia. ¿Qué tenía que ver Sabina Elguea con toda aquella trama? ¿Acaso se trataba de una mera casualidad? Lo dudaba. Aquello no podía obedecer al azar y ella sabía quién le debía una explicación al respecto.

47.

El agente Manu Olabe les había citado a media mañana en la vivienda que compartía con Ander Goikoetxea. Se trataba de un espacioso *loft* con decoración de estilo industrial ubicado en un viejo almacén del barrio bilbaíno de Deusto. David tuvo bastantes problemas para localizar la casa, y al final había tenido que pedirle a Manu que le mandara la ubicación exacta a través de una aplicación del teléfono móvil. Cuando por fin llegó, observó que habían dejado la puerta de la casa abierta. Al entrar, se encontró a Alicia Rández charlando con el policía sentados alrededor de la isla que había situada en la cocina de concepto abierto, y que servía para delimitar ese espacio con el del salón. Sobre la encimera, Manu le estaba mostrando en un ordenador portátil lo que parecían unas imágenes de una cámara de seguridad. La complicidad entre ambos era evidente.

—¡Ah! Hola David, eres tú —le saludó el policía—. La casa está un poco perdida, no eres el primero al que le cuesta dar con ella. Pasa, por favor, tenemos algo importante que contarte.

Manu había aprovechado los días de permiso que le habían concedido en el trabajo con motivo del ingreso hospitalario de su marido, para reunirse con varios conocidos que tenía en la policía municipal y autonómica de Bilbao, en un intento de averiguar si existía o no algún nexo de unión entre las muertes de la ex mujer y la madre de Tomás Benguría y el accidente de Ander. Las primeras pruebas que le habían entregado respecto de las investigaciones de la muerte de Iratxe y del incendio del bloque donde vivía Doña Carmen eran bastante reveladoras. Le hizo prometer que todo lo que iba a ver a continuación no podía salir de ahí, de lo contrario se podían ver en un serio aprieto por desvelar partes del sumario que el juez que investigaba la muerte de la ex mujer de Tomás Benguría había decretado como secreto. En las imágenes que Manu accionó en su ordenador, se veía el portal de la casa de Irache, la ex mujer de Benguría, una hora antes de que fuera asesinada según el análisis del forense. La grabación pertenecía a las cámaras de seguridad de una gasolinera situada en frente. En ellas, se veía, con bastante mala calidad, cómo un hombre de constitución fornida y con una gorra de gran tamaño que cubría su cabeza y gran parte de su rostro, accedía al portal portando una mochila de grandes dimensiones a sus espaldas. La imagen no tenía nada en particular, podía tratarse de cualquiera de los vecinos o incluso de un visitante.

—Mira ahora este vídeo de la cámara de un cajero automático situado junto al portal de Doña Carmen, la madre de Tomás Benguría, minutos antes del incendio —le indicó Manu.

Tras unos segundos en los que se vio pasar por delante del cajero a varias personas, Manu paralizó la imagen cuando apareció en pantalla un individuo ataviado con la misma gorra que la del hombre grabado entrando al portal de la ex mujer de Tomás Benguría.

—El muy gilipollas ha usado la misma gorra —dijo Manu—. La policía tiene serios indicios de que el incendio que arrasó el bloque de pisos donde vivía Doña Carmen fue provocado, a pesar de que fue originado por una supuesta cazuela olvidada por la anciana en el fuego. Han encontrado trazas de gasolina impregnando los restos que quedan de las paredes de la casa de la

pobre mujer. Fíjate en la grabación del cajero. El sospechoso lleva también la misma mochila que en el otro vídeo, aunque en esta ocasión parece mucho más cargada. Mis compañeros creen que el peso se corresponde con las latas de gasolina con las que luego rociaría el piso de Doña Carmen. Lamentablemente, la calidad de ambas grabaciones deja mucho que desear, y es imposible identificar al individuo. El muy cabrón ha tenido suerte.

—Entonces está claro que la persona que cometió el crimen de la ex mujer de Tomás y de Doña Carmen es el mismo tipo —dijo Alicia.

—Bueno, de momento son solo indicios, no hay nada concluyente. La investigación se encuentra en una fase muy inicial, pero al menos, el hallazgo de este individuo en las imágenes servirá para acumular en la misma investigación ambos sucesos. Aun así, es prácticamente imposible demostrar que asesinara a Doña Carmen, su cuerpo estaba reducido a cenizas en su mayor parte —explicó Manu—. Mientras, el accidente de Ander se sigue investigando aparte, en principio no hay nada que apunte a algo intencionado ni que tenga relación con todo esto. Aún tratan de localizar el vehículo huido, pero me temo que ya es muy tarde para encontrarlo. Además, lo de Ander no tiene por qué ser obra del mismo hombre, estoy seguro de que es un accidente fortuito.

—Créeme, no lo es —contestó David. Manu no sabía nada acerca del descubrimiento de Tomás Benguría acerca de los Bechs y de que Ander había encontrado el CD en la casa de Doña Carmen.

Estuvieron un rato más mirando las imágenes, pero era imposible vislumbrar la identidad del hombre. Aquello probablemente no serviría como prueba en un juicio. Manu y Anne pasaron a la zona del salón y se sentaron en el sofá enorme de seis piezas que abarcaba la mitad de la estancia. Justo encima de ellos, colgado en una pared pintada de gris oscuro, había un enorme lienzo rectangular que en realidad era una foto de los rostros sonrientes de Ander y Manu en blanco y negro, probablemente del día de su enlace. Parecían muy felices. Debajo, dos jarrones grandes con motivos asiáticos le conferían a la estancia el único toque exótico dentro de la pulcritud generalizada de aquella decoración de estilo urbano. Manu les comentó las últimas noticias que tenía del estado de salud de Ander, que apenas había variado, aunque tampoco había empeorado. Quedaba esperar hasta el día siguiente para ver si era capaz de superar esta primera fase crítica. David no le escuchaba con atención. Vio las grabaciones varias veces seguidas, sin conseguir sacar nada en claro, hasta que se le ocurrió una idea. Con el mismo programa que había utilizado Manu para visualizar los vídeos, fue pausándolos a medida que se reproducían. Amplió el tamaño de las diferentes capturas, intentando detectar algún detalle que pudiera haberseles escapado. La gorra del tipo llevaba unas letras en la parte posterior, pero era imposible detectar qué palabra conformaban. Tampoco se apreciaba ni la marca de la mochila ni la del suéter ni la del pantalón. La calidad de las imágenes era pésima. Además, aquel cabrón no lo había hecho a propósito, pero ninguna de las cámaras le había captado el rostro por delante. Al cabo de varios minutos le pareció distinguir en uno de los vídeos una especie de mancha negra en la parte superior del jersey, en la base del cuello, pero no fue capaz de descubrir de qué se trataba.

—Déjame a mí —le dijo Manu después de que David les anunciara lo que había descubierto. El marido de Ander analizó concienzudamente la imagen durante tres largos minutos, como esperando a que se aclarara sola a fuerza de mirarla. —Creo que es simplemente la etiqueta de la sudadera —dijo al fin.

—David, déjalo. Con esto no vamos a ninguna parte. Es imposible distinguir algo con claridad —dijo Alicia.

Pero David ni siquiera la oyó. Hacía un rato que en su cabeza bullía un torbellino de ideas a cada cual más disparatada sobre qué podía ser aquella mancha oscura. Estaba convencido de que no se trataba de una etiqueta. Aquella figura no era simétrica, era mucho más estrecha en la parte superior que en la base. Retiró los ojos de la pantalla y se alejó hacia el centro del salón, tratando de asignar un significado a aquello. Se sentó en el sofá y observó en silencio el rostro sonriente de Ander. Reparó en los dibujos que adornaban los jarrones gemelos que había situados bajo el cuadro. Y entonces, como si algo o alguien se lo hubiera revelado repentinamente, supo de qué se trataba. Aquel borrón era un tatuaje que el sospechoso llevaba en la parte posterior de la espalda. Volvió donde se encontraban Manu y Alicia y revisó una vez más la imagen. Al cabo de unos segundos se marchó corriendo hacia la puerta del *loft*.

—¡Voy a matar a ese hijo de puta! ¡Me cago en tu puta madre, desgraciado! —gritó mientras corría escaleras abajo.

Manu consiguió atraparlo a unos metros de la entrada del edificio. Un sirimiri persistente volvía a caer sobre la ciudad. El marido de Ander tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para retener a David, y a punto estuvo de reducirlo y tirarlo al suelo para conseguirlo. Detrás llegó Alicia corriendo.

—¡Suéltame, joder! —chilló David, mientras trataba de librarse del agente.

—¡Cálmate, David! ¿Dónde te crees que vas? Tranquilízate, y cuéntanos qué te pasa —rogó Manu.

—David, ¿lo has reconocido, no? ¿Has reconocido al sospechoso de las grabaciones? Dinos quién es, por favor —le suplicó Alicia, temiéndose una respuesta que no le gustara.

—¿Es que no sabes quién es Alicia? ¿No le has visto mil veces en Artechnia con ese tatuaje asomando por el cuello?

—Pero si ni siquiera he podido distinguir el dibujo del tatuaje —respondió ella.

—Un dragón chino, joder. La mancha negra es uno de los putos cuernos de la cabeza del dragón.

Alicia permaneció en silencio unos segundos, mientras la llovizna calaba sobre su cabello moreno e iba borrando poco a poco el maquillaje de su cara. Acababa de reconocerlo. Contempló a David mientras asentía lentamente. Sabía perfectamente a qué tatuaje se refería y quién era su portador. Pero ni él ni ella iban a hacer nada por castigar a aquel malnacido. No pensaba poner en

riesgo su vida ahora que estaban tan cerca de llegar al final de toda aquella pesadilla. Volvió la mirada a Manu. Él sabría lo que había que hacer.

Cuarta parte

**“MUCHO ANTES DE LA PRIMERA COSECHA.
SIGLO III A.C.”**

CUARTA PARTE.

SIGLO III A.C.

“MUCHO ANTES DE LA PRIMERA COSECHA”

48.

Leuken estaba feliz. Se despertó con el aroma dulzón del cereal cocinándose al fuego en el centro de la habitación. Mientras se desperezaba, observó a su amada madre yendo al almacén de la parte trasera de la casa y volviendo con diferentes ingredientes que iba añadiendo al asado. La adoraba. Tras la muerte de su padre, ella se había encargado de criarles a su hermana Kara y a él, y había creado su propio negocio de venta de cuencos y cacerolas que ella misma fabricaba. Era una mujer recia en todos los sentidos de la palabra. Su aspecto robusto y su gran altura podían atemorizar a cualquiera que se le acercara con malas intenciones, pero en el fondo era una mujer con un gran corazón. Valiente y aguerrida, solía ser bastante parca en palabras con todo el mundo, incluso con Kara y él, pero en cuanto se ponía a la puerta de la casa a vender sus pucheros, se transformaba en el más feroz de los comerciantes, y era capaz de venderle un cazo hasta a un perro. La notó contenta. En breve prepararía todo el material que había estado torneando, saldría a la calle y lo extendería sobre una esterilla de paja sobre la acera.

Su hermana pequeña ya estaba levantada, paseándose de una manera bastante desmañada mientras balbuceaba las primeras palabras que había aprendido hacía bien poco. Leuken terminó de incorporarse, saludó respetuosamente a su madre y dio un beso en la frente a Kara. Había dormido fatal, apenas había podido conciliar el sueño en toda la noche. Le llevaba ocurriendo alrededor de un mes pero, a pesar del cansancio que acumulaba sobre sus espaldas, estaba feliz, se sentía afortunado. Al pasar junto al altar en el que reposaba el cráneo de su difunto padre, realizó una pequeña reverencia y pronunció una breve oración, como hacía todas las mañanas. Entró en la habitación que servía de almacén en la parte posterior de la vivienda, y extrajo de uno de los cofres el puñal y la vaina que portaba su progenitor el día de su muerte. Observó los dibujos trazados sobre la empuñadura del arma. Era uno de las dagas más hermosas que había visto en su vida. Su padre, al igual que él, era uno de los miembros guerreros del poblado, encargado de la vigilancia de las tierras que se extendían al otro lado de la muralla. Aunque muchas veces su trabajo consistía en permanecer apostado sobre la muralla, oteando el horizonte en busca de cualquier amenaza, no eran pocas las ocasiones en que dejaba atrás la aldea y se aventuraba en los extensos bosques que lo rodeaban. El día del ataque su padre no estaba intramuros, había salido en una de sus expediciones. Cuando volvió, se encontró con la tragedia. Los guerreros de las ciudades hermanas de Oliba, Teitia y Uaria, la capital, se habían confabulado y estaban asaltando la aldea y aniquilando a los lugareños. Su padre sabía perfectamente lo que pretendían, pero el horror de lo que estaba viendo no le amedrentó. Reunió a los combatientes que aún permanecían con vida y junto con los cien hombres que le habían acompañado en la expedición, consiguieron vencer a los invasores, tras seis largas jornadas. De las tres ciudades, Uaria fue la más perjudicada tras la contienda, al ser la que más bajas había sufrido. En la firma de la paz, se acordó que algunos de los guerreros más fieros del poblado acudieran a Uaria durante un tiempo, hasta que la capital consiguiera rehacer su ejército. A cambio, se permitió que el poblado pudiera seguir acogiendo el templo sagrado.

Pero Leuken no era su padre. A él le faltaba todavía mucho para alcanzar la gallardía que tenía su progenitor. Cuando vigilaba desde lo alto de la muralla y contemplaba los frondosos bosques que rodeaban la aldea, se preguntaba de dónde sacaba su padre el valor para explorar aquella espesura. Esperaba llegar un día a ser la mitad de valiente que aquel que le había dado la vida.

Tras tomar el delicioso desayuno que su madre había preparado, se despidió de ella y de la pequeña Kara. Al salir a la calle, se detuvo unos segundos en el vestíbulo y rezó la plegaria de “los que no fueron”, en honor a sus cuatro hermanos muertos al poco tiempo de nacer, y cuyos cuerpos permanecerían para siempre enterrados en aquella estancia, protegiendo a sus moradores. Cruzó al otro lado de la calle sirviéndose de las piedras colocadas a tal efecto sobre la calzada y que, a esa hora de la mañana, cubiertas de decenas de gotas de rocío, a punto estuvieron de hacerle resbalar y caer. Siguió caminando en dirección a la casa de Stena, con la esperanza de que ella ya se hubiese levantado y estuviera en esos momentos preparando sobre la acera el cereal recolectado por su familia para venderlo cuando empezara la hora del mercado. Tuvo suerte. Se la encontró tratando de arrastrar un enorme saco. Él se le acercó y le ofreció ayuda pero ella declinó el ofrecimiento, podía perfectamente con ese peso y más. Normalmente, Stena no solía darle mucha conversación, sobre todo si su padre estaba cerca, pero esta vez se comportó de manera diferente. Seguramente se había enterado de la noticia. Leuken había pasado de ser un pobre guerrero hijo de una viuda a uno de los elegidos por las Madres. Habló con él durante un buen rato, incluso a Leuken le pareció que le guiñaba un ojo, pero todo terminó abruptamente cuando el padre de ella la reclamó desde el interior de la casa. A diferencia de la madre de Leuken, la familia de Stena tenía su propia tienda para vender el cereal y otros víveres, adosada junto a la vivienda.

—Mis más sinceras felicitaciones, centinela de las Madres—. Una voz familiar le habló desde detrás. Se trataba de su amigo Ambon, que, al igual que él, se encargaba de vigilar las murallas.

—Muchas gracias, amigo —contestó Leuken—. Ahora mismo me dirijo al templo. Si me acompañas, a lo mejor una de las novicias de las sacerdotisas te deja entrar, si te comportas como un señor, claro.

—Nada me agradaría más que conocer a una de las novicias. Dicen que conservan su virginidad hasta la muerte, aunque yo no termino de creérmelo. Si alguna de ellas me lo pudiera demostrar de alguna manera...

—¡Calla! —rió Leuken—. Ni se te ocurra entonces acompañarme. Bastante tengo con estar atento durante toda la ceremonia, como para tener además que vigilarte por si cometes alguna locura.

Ambon se despidió de él entre chanzas. Por mucho que aquel fuera el día grande en honor al que todo lo ve, alguien tenía que seguir encargándose de velar por la seguridad del poblado. Además, desde lo alto de la muralla podría tener una vista panorámica de todas las muchachas que se acercaran a comprar a los diferentes puestos. Tenía edad ya para tener esposa, así que debía permanecer alerta y buscar la adecuada. Leuken prosiguió su camino hasta que llegó a la calle principal. Se paró a admirar aquel espectáculo que suponía ver todas las tiendas con las

mercancías en la calle, listas para recibir a los compradores. Incluso los cerdos que algunos comerciantes vendían a las familias más pudientes, le parecieron hermosos desde donde se encontraba. Por el camino recibió las felicitaciones de más lugareños. La noticia había corrido como la pólvora. Avanzó lentamente por la calle, disfrutando de sus últimos momentos antes de pasar a convertirse en centinela de las Madres. Su final podía estar cerca, pero le daba igual. Aquel era el mayor de los honores que se podía recibir dentro del poblado. Su padre estaría orgulloso de él.

49.

Tres de las novicias le esperaban a la puerta del edificio, entre las dos columnas de madera erigidas sobre unas enormes piedras circulares de molino que servían de basas. Algunos llamaban al templo “la casa del molino”, pero a Leuken le parecía totalmente ofensivo. No se podía vulgarizar de esa manera un recinto sagrado como aquel. Las jóvenes no podían salir del espacio delimitado por las dos columnas, y esperaron pacientemente hasta que Leuken se colocó entre ellas. Le sonrieron y le hicieron pasar dentro, cerrando la pesada puerta, adornada con fastuosos herrajes. Dentro, apenas se podía ver nada. Tan solo unas pocas velas iluminaban de manera precaria la estancia, de modo que era imposible ver más allá de dos palmos de distancia. Le dirigieron hacia un lateral de la estancia, donde, para su sorpresa, comenzaron a desnudarle. Él protestó al principio, pero al final no tuvo más remedio que dejarse hacer, no podía contradecir a aquellas aprendices de sacerdotisa. Le lavaron minuciosamente con aceites y esencias y le colocaron encima una túnica corta, que le llegaba hasta las rodillas, totalmente blanca, y ceñida a su cuerpo. A continuación, le acompañaron a otra zona de la sala, para que obtuviera la bendición del oráculo.

La vidente era una mujer anciana, casi decrepita, y estaba sentada en un trono de madera. A pesar de su delicado estado de salud, su lucidez era asombrosa y no tardó en dirigirse a Leuken en cuanto lo tuvo delante.

—Joven guerrero Leuken. Estás a punto de convertirte en centinela de las Madres, y por ello tu corazón rebosa orgullo. Te ha sido concedido el don de la vigilia, igual que le fue otorgado a la madre de tu padre, igual que le fue concedido a la que te habla y también al resto de tus hermanos centinelas. Y es por ello que el que todo lo ve te ha elegido como su guardián. Noche y día velarás por custodiar su legado. Nuestros ancestros, que habitaron estas tierras y levantaron sus propios templos hechos de pesadas rocas, en honor de los muertos y del que todo lo ve, hoy comparten tu alegría. Sé que tu corazón es bravo, aunque aún no te des cuenta de ello, y más bien pronto que tarde harás buen uso de él. Los ciclos se repiten, y al igual que tu padre salvó al poblado hace un verano, más pronto que tarde, cuando ya seas un honorable centinela, tú y tus hermanos centinelas haréis lo mismo. En el fragor de la batalla, yo intercederé por ti ante el que habita en la montaña, y su ayuda te será conferida. Pero recuerda bien que de nada sirve que salves a todo un pueblo si no eres capaz de salvar a la sangre de tu sangre. Todo volverá a pasar. Los hijos de tus hijos continuarán su vigilia en la noche más larga, y los espíritus lívidos seguirán retornando hasta que llegue el día —le dijo, susurrándole algo al oído que solo él pudo escuchar—. Ahora ve, noble guerrero, a ser investido como centinela de las Madres y guardián del que todo lo observa. Más pronto que tarde tu destino te saldrá al encuentro.

Leuken intentó que la anciana le aclarase aquellas proféticas palabras, pero las novicias no se lo permitieron. Nadie tenía el privilegio de poder dirigirse al oráculo, ni siquiera los centinelas de las Madres. Lo llevaron hasta el fondo del templo donde la oscuridad era plena. Le hicieron arrodillarse y le indicaron que aguardase a que la Sacerdotisa se presentara ante él. Se quedó en

el más absoluto de los silencios. Al cabo de un rato, escuchó unos pasos acercándose desde la lejanía. Miró en dirección a aquel sonido, y observó a una mujer acercarse hasta él portando una antorcha. La llama iluminando las paredes permitió a Leuken contemplar los maravillosos grabados tanto de los tabiques como del altar situado enfrente de él. La Sacerdotisa, con la cara cubierta por una máscara sagrada, se colocó delante de él y puso su mano derecha sobre el hombro izquierdo de Leuken. Las palabras que el joven escuchó a continuación las recordaría hasta el fin de sus días.

—¡Oh, Señor, que habitas en la montaña y todo lo ves! Ante ti presentamos a Leuken, hijo de Lebbo. Tú, que le has otorgado el don de la vigilia, concédele el honor de admitirle a formar parte de tu séquito de guardianes. Te damos las gracias por elegirnos como tu pueblo, por compartir con nosotros lo que muy pocos saben. Gracias por hacernos custodios de tu llave y de las antiguas palabras sagradas. Infunde a este joven tu valor para que junto con el resto de sus hermanos centinelas, velen día y noche tu sacra morada, hasta que llegue la hora. Y si por esta causa hubieran de morir, bendícelos con tu gracia para que su descanso sea eterno.

Las novicias prorrumpieron en gritos de júbilo y entonaron un extraño cántico, mientras acompañaban a Leuken para que contemplara la llave y consagrara su vida a ella. El joven, aturdido por la emoción del momento, permaneció un buen rato ante aquel regalo del Señor de la montaña mientras la Sacerdotisa le instruía con las palabras secretas. Claro que estaba dispuesto a entregar su vida por el que todo lo ve. Solo esperaba ser digno del honor de pertenecer a su séquito.

50.

Al salir del templo, muchos de los otros centinelas de las Madres se le unieron y le felicitaron. El silencio de las calles a primera hora de la mañana se había transformado en un bullicio ensordecedor, con decenas de personas recorriendo la calle principal haciendo tratos con los comerciantes. Vio a Stena a lo lejos acompañada de su padre. Parecía que estaban discutiendo con uno de sus clientes sobre el precio de la mercancía. Se asomó a la bocacalle que llevaba a la casa de su madre, y se regocijó al ver que se había formado una cola de al menos veinte mujeres tratando de hacerse con uno de los recipientes que ella vendía, mientras su hermana Kara revoloteaba a su alrededor cayéndose y volviéndose a levantar. Volvió la vista hacia la montaña, la morada del que todo lo ve, y se sintió bendecido.

Le pareció escuchar en la lejanía a alguien gritando, seguramente se trataba de alguna trifulca entre muchachos. Pensó en entrar en su casa y quitarse la túnica blanca para volver a ponerse su ropa de guerrero. Las novicias sólo le habían permitido llevarse del templo el puñal de su padre. Pero en ese momento Ambon llegó corriendo hasta él casi sin aliento.

—¡Nos atacan, Leuken! Están entrando por el recinto del ganado.

—¿Son muchos? —preguntó esperanzado él. Rezó para que no se tratara de una nueva conspiración de Oliba, Teitia y Uaria.

—Compruébalo tú mismo —le contestó mientras se encaramaban a la muralla.

Eran cientos, quizás llegaban al millar. Revisó la parte de la muralla que cercaba la zona del ganado, por donde estaban haciendo la primera incursión. En esa sección de la muralla habían decidido no colocar cuernas de ciervo con los candiles apuntando hacia fuera, como en el resto del trazado. Había sido una decisión meramente económica de los jefes del poblado, y ahora estaban pagando las consecuencias. Estaba claro que el ritual de protección de las cuernas no había funcionado porque no habían colocado ni una en aquella parte de la muralla. Intentando vislumbrar el tipo de armas que portaban los atacantes, le dijo a Ambon, que permanecía tras él, que diera de inmediato la voz de alarma para poner a salvo la llave del templo y para que las mujeres y los niños pudieran huir hacia las montañas. Pero al no obtener respuesta alguna de su amigo, se volvió y lo encontró agonizando sobre la empalizada. Una flecha había atravesado su cabeza. No había tiempo que perder. Bajó del cercado y corrió en dirección al templo gritando a todo aquel con el que se cruzaba que les estaban atacando. En pocos minutos, todo el mundo estaba al tanto de la noticia y las calles se convirtieron en ríos de personas corriendo e intentando poner a salvo a sus familiares mientras los primeros edificios comenzaban a arder.

Buscó durante un buen rato a los hombres de Sekilo, el jefe mayor del poblado, pero parecía que la tierra se los hubiera tragado. En pocos minutos el caos fue total y la muerte se adueñó del

destino de cada uno de los lugareños. Muchos yacían en el suelo moribundos tras haber sido atacados por los invasores. Cruzó como pudo la calle principal mientras observaba cómo el tejado del templo comenzaba a humear. Al pasar junto a la tienda del padre de Stena, le pareció escuchar un sollozo en mitad de todo aquel estruendo. Algo iba mal. Entró en la tienda y se encontró a la joven tumbada en el suelo mientras uno de aquellos desgraciados la estaba ultrajando. No se lo pensó dos veces y le clavó el puñal de su padre en la espalda, matándolo casi en el acto. Stena se quitó a aquel malnacido de encima y ambos se quedaron petrificados observando el cuerpo. La piel de aquel monstruo era blanca, casi transparente, y su cabello era como el sol, reluciente y brillante, de una claridad cegadora. Jamás habían visto a nadie con aquel aspecto y se asustaron. Quizás la aldea estaba siendo víctima del asalto de algún tipo de espíritu maligno. Leuken le dio la vuelta al cadáver para no tener que observar más ese rostro sin color, y le gritó a Stena que corriera fuera de la muralla, allí podría reunirse con los que habían conseguido salir del poblado.

Al salir de nuevo a la calle contempló horrorizado como parte del tejado del templo sagrado se había derrumbado como consecuencia de las llamas. La imagen de su hermana y de su madre presas de alguno de aquellos monstruos le cegaba de furia, pero ahora él era uno de los guardianes del que todo lo ve, y su misión era poner a salvo la llave. Entró al edificio pero no encontró a ninguna de las novicias ni a la Sacerdotisa. Al parecer habían conseguido huir. Tampoco había rastro del resto de centinelas de las Madres. El templo estaba destrozado. Aquellos indeseables habían hecho lo imposible por tratar de encontrar la llave. La luz que entraba por el agujero del tejado le permitió descubrir junto a una de las paredes el trono del oráculo. La anciana había sido apuñalada en el pecho y se estaba desangrando. Con un hilo de voz le indicó que mirara en la parte inferior del sitial. Las Madres habían conseguido esconder la llave en un compartimento que a simple vista no era perceptible. Leuken aprovechó el zurrón de cuero que alguna de las novicias se había dejado durante su huida, y, tras despedirse del oráculo, metió la llave en la bolsa y se la echó a la espalda.

En el exterior, el olor a muerte y a carne quemada era insoportable. Apunto estuvo de vomitar, pero no podía permitirse el lujo de perder un segundo. Corrió hacia su casa con la esperanza de que los atacantes la hubieran dejado de lado. Entró directamente a la cocina. Su madre yacía sobre el suelo en mitad de un charco de sangre. Buscó desesperadamente a su hermana Kara pero la pequeña no aparecía. Procurando no levantar mucho la voz comenzó a llamarla por su nombre. Algo se movió en el almacén. Una de las tinajas que su madre utilizaba para almacenar el cereal se había convertido en el improvisado refugio de Kara. La cogió en brazos y salió de la casa. Miró hacia un lado y otro de la calle pero las posibilidades de salir de allí con vida eran nulas. Por todas partes llegaban gritos de horror de los lugareños mientras los atacantes les apuñalaban o degollaban. Además el humo de las casas ardiendo hacía el ambiente irrespirable. Miró a la pequeña Kara, que había enmudecido desde que habían salido al exterior de su casa. ¿Qué podía hacer? Recordó las palabras del oráculo. De nada le servía salvar a todo un pueblo si no salvaba

a la sangre de su sangre. Suplicó llorando al señor de la montaña que le ayudara, estaba paralizado por el miedo.

51.

Al principio creyó que se trataba de una nube. La noche llegó repentinamente, cuando aún faltaba más de media jornada para que la luna hiciera acto de presencia en el firmamento. Durante unos minutos, el ruido de la masacre se detuvo y tan sólo se escuchaban los gritos de los moribundos y el crepitar de la madera ardiendo. Leuken volvió a mirar a Kara, que permanecía muda, presa del horror. Había sido él. Había sido el que todo lo ve, el que no tiene nombre, quien había hecho desaparecer el sol del cielo, bajándolo de las alturas. Tal vez fuera su única oportunidad para escapar. Con Kara en brazos, avanzó lentamente hasta el edificio donde los guerreros solían reunirse para sudar con el calor que emanaba de las paredes y el suelo. Sabía que allí había un pasadizo que llevaba hasta la zona donde se guardaba el ganado. Lo solían utilizar los hombres para acceder sin ser vistos a los burdeles situados junto a los corrales. Si tenía suerte, podía llegar hasta el recinto de los animales y aprovechar el boquete hecho por los atacantes en la muralla y así poder huir hacia el exterior. La idea no sólo se le había ocurrido a él. Muchos de sus hermanos centinelas, que, al igual que él, poseían el don de la vigilia, habían tenido la misma ocurrencia. Algunos incluso habían conseguido traer a algún familiar consigo. En total debían de ser unos treinta, entre ellos varias mujeres y tan sólo una niña, la pequeña Kara. Recorrieron el estrecho pasadizo con la esperanza de no encontrarse con aquellos monstruos pálidos a la salida del túnel. El señor de la montaña les protegía. Leuken lo sabía, nada podía salir mal.

El camino estaba despejado. En el recinto del ganado sólo quedaban los cuerpos de los animales asesinados y algún que otro cerdo que había conseguido escapar de sus verdugos. Salieron al exterior. La noche continuaba, pero algo raro sucedía. No se escuchaba a las aves nocturnas ni al resto de animales que habitaban las tinieblas de la noche. Avanzaron en silencio a través de los árboles y la maleza, agachados, en dirección a la montaña, que les esperaba a lo lejos. Durante la marcha les pareció escuchar el trote de los caballos de los asaltantes recorriendo el bosque, pero no lo suficientemente cerca de ellos como para detectarles. A medida que caminaban, la noche se iba haciendo más clara, como si estuviera de nuevo amaneciendo. Se dieron prisa. Si querían tener alguna oportunidad debían llegar a las montañas antes de que volviera a salir el sol. Kara sollozaba en su regazo mientras él trataba de consolarla. Tras unos cuantos rodeos en los que creyeron haberse perdido, consiguieron su objetivo. Subieron a uno de los montes más altos mientras la luz del día volvía a iluminar el cielo. Al llegar a la cumbre, suspiraron aliviados. Muchos de ellos hicieron una reverencia como muestra de agradecimiento al señor que allí habitaba. Contemplaron el poblado abajo en el valle, ardiendo por los cuatro costados, mientras aquellos malditos espectros abandonaban su asedio y volvían a la cloaca de la que habían salido. Afortunadamente, el camino que habían elegido los atacantes quedaba muy lejos del lugar en el que ellos se encontraban.

Leuken besó a Kara mientras le daba de comer unas bayas que había recolectado durante la travesía a través del bosque. Su madre y su padre habían muerto. Stena probablemente también. Su mejor amigo Ambon también se había ido. Tan solo le quedaba aquella personita que tenía en su

regazo y que en esos momentos le estaba manchando, con la pulpa de los frutos rojos que le había dado, la pulcra túnica con la que las novicias lo habían vestido durante su ceremonia de consagración. La tristeza le embargaba pero no podía sucumbir, él era la única posibilidad de supervivencia de su hermana. Recordó los votos pronunciados por la Sacerdotisa en el templo. Ya era un guardián del que habita en la montaña y estaba dispuesto a llevar a cabo su misión. No sabía cuánto le quedaba de vida, seguramente no mucho, pero no importaba. Lograría poner a buen recaudo la llave. Miró a su alrededor. Los supervivientes que habían conseguido huir con él estaban desfallecidos. Muchos dudaban a qué lugar debían dirigir sus pasos. Unos pensaron en acudir a Uaria, Oliba o Teitia, haciendo uso del pacto de hermandad que habían sellado tras la última batalla. Otros decidieron que lo mejor era emprender una nueva vida lejos de allí, al otro lado de la cadena de montañas. Siempre habría una colina sobre la que asentarse y así poder tener una mejor defensa. Leuken estaba de acuerdo con la idea de establecerse en un lugar más alto. El poblado estaba a ras del suelo y las consecuencias habían sido desastrosas. Pero no quería alejarse de la montaña, su misión era velarla día y noche. Escudriñó el horizonte más allá de los restos del poblado, que aún humeaban. Localizó no muy lejos un cerro desde el cual era mucho más sencillo defenderse de cualquier ataque. Sí, ese debía de ser su nuevo hogar. Trataría de convencer a unos cuantos de los centinelas de las Madres para que les acompañaran a él y a Kara.

Quinta parte

“VENDIMIA”

La planta donde se ubicaban las unidades de cuidados intensivos del hospital de Cruces estaba llena de curiosos que intentaban averiguar la razón de la presencia de varios agentes de la ertzaintza junto a la sala del fondo del pasillo. Enfermeras, auxiliares, bedeles y hasta algún que otro médico disimulaban mientras deambulaban por los corredores comentando los unos con los otros sus teorías. La jefa de enfermeras tuvo que intervenir para llamarles la atención y pedirles que abandonaran la planta. Estaban estorbando y molestando a los pacientes y a sus familiares.

Ander Goikoetxea seguía inconsciente, y no presentaba signos de mejora. Aún había que esperar un poco más a que se agotase el plazo establecido por los facultativos para hacer una nueva revisión de su estado de salud y comprobar si había logrado sobrevivir a la fase más crítica. En la sala de espera situada a varios metros de distancia de las habitaciones, y fuera del perímetro de vigilancia especial de los pacientes, Manu Olabe, Alicia Rández y David Vanner contestaban impertérritos a las preguntas de los policías, con el alivio de saber que el sospechoso de la muerte de la ex mujer de Tomás Benguría y de haber provocado el incendio del bloque de pisos donde vivía su madre, Doña Carmen, había sido detenido. El arresto había causado una gran conmoción entre los empleados de Artechnia, que habían asistido atónitos a la entrada del cuerpo de agentes armados mientras rastreaban el edificio. No les costó mucho encontrarle. Ismael García, el jefe de seguridad del turno de mañana de las dos plantas del sótano, no había opuesto resistencia. En ese momento se encontraba en dependencias policiales, pero se había negado a abrir la boca. La investigación se estaba centrando en su pasado delictivo. Ismael García ya había tenido problemas tiempo atrás relacionados con el trapicheo de drogas, sobre todo esteroides y anabolizantes, que vendía en gimnasios, y cocaína. De hecho, había sido investigado por otro asunto relacionado con el tráfico de drogas a mayor escala que llevaba abierto desde hacía dos años. Se cree que formaba parte de un entramado que introducía las sustancias ilegales en el sur de Europa a través del puerto de Bilbao. Durante una redada de la policía había sido detenido, pero la falta de pruebas obligaron a dejarle en libertad. Poco tiempo después desapareció de la faz de la tierra durante seis meses, abandonando su puesto de trabajo. La policía creía que se había ocultado en algún lugar del norte de Europa, puesto que había volado hasta el aeropuerto de Amsterdam, aunque luego se le había perdido la vista. Según el departamento de recursos humanos de Artechnia, para justificar su ausencia, Ismael García había alegado una baja médica como consecuencia de una lesión en la espalda que había sufrido en un accidente haciendo escalada. Habían tratado de localizar al médico que le otorgó la baja, pero lamentablemente ya había fallecido. Cuando volvió a su puesto de trabajo, la investigación por tráfico de drogas ya había dado sus resultados y habían sido detenidas siete personas, así que la policía decidió no invertir más tiempo en tratar de encontrar una conexión probada entre Ismael y los arrestados. Sin embargo, los investigadores lo tenían claro esta vez. Estaban plenamente convencidos de que Ismael García era el responsable de la muerte de Iratxe, la ex mujer de Benguría, y de su madre, Doña Carmen. Y probablemente también de la del propio Tomás, aunque ésta fuera prácticamente imposible de demostrar, ya que las grabaciones de las cámaras de seguridad de Artechnia que

registraron lo ocurrido en la compañía el día del supuesto suicidio de Benguría, ya habían sido borradas por el personal de la compañía. Quizás el propio Ismael había tenido algo que ver en ello. La policía ya había detenido una vez a Tomás Benguría por posesión de cocaína, y era prácticamente seguro que su camello no era otro que Ismael García. Algo había debido de torcerse, tal vez un pedido no abonado a tiempo, y el jefe de seguridad se había encargado de hacérselo pagar. Probablemente, la ex mujer y la madre de Tomás habían muerto a manos de Ismael García cuando éste había acudido a reclamarles el dinero que su familiar le debía y éstas no le habían respondido como él esperaba.

—Pero, entonces, ¿Ismael García no ha tenido nada que ver con el accidente de tráfico de Ander? —preguntó incrédulo Manu a uno de los ertzainas.

—Aún lo estamos investigando, ten en cuenta que el sospechoso acaba de ser detenido hace unas pocas horas. Sabemos que era propietario de un cuatro por cuatro de alta gama, pero de momento, ese vehículo no ha aparecido por ningún lado. Además, por desgracia, no se ha detectado nada fuera de lo común en las grabaciones de las cámaras de la autopista donde ocurrió el siniestro. En cuanto a usted, señor Vanner —el agente se dirigió a David— le agradecemos que haya sido capaz de reconocer el tatuaje del detenido en las grabaciones de la gasolinera y el cajero. Desde luego, nos ha ahorrado mucho trabajo. Tendrá que pasarse esta tarde o mañana por la comisaría para tomarle declaración. El señor Olabe le puede indicar dónde estamos.

—Esta tarde imposible, agente —se disculpó David—, tengo un viaje programado que es ineludible, pero mañana me pasaré por la comisaría, se lo prometo.

Manu se apartó de ellos para seguir hablando de manera más confidencial con el ertzaina. David no se creía en absoluto la teoría del ajuste de cuentas que propugnaba la policía, y Alicia parecía que pensaba igual que él. Todo encajaba con la versión que les había contado el agente, excepto el accidente de Ander, que él sabía que no había sido fortuito. ¿Qué tenía que ver Ander Goikoetxea en todo aquel asunto de la cocaína? Nada, porque simplemente, Ander había sido atacado por otro motivo bien distinto. Manu se había creído lo que aquel ertzaina les había contado y había desechado por completo la teoría de que el Director Gutiérrez pudiera ser el asesino, tal y como le habían expuesto Alicia y él. Ellos también habían abandonado esa hipótesis. Ahora todo apuntaba a que alguien muy astuto había conseguido que un necio como lo era Ismael García acabara con la vida de todas aquellas personas y lo intentara con la de Ander, y el plan le había salido redondo. ¿Qué mejor que aprovechar un punto débil de Tomás Benguría, como lo era su condición de drogadicto, para crear la apariencia de una trama de ajuste de cuentas que justificara los asesinatos, y así poder librarse al mismo tiempo de aquel mastodonte que era Ismael García? No sabía qué pensar. Tal vez la persona que estaba detrás de todo esto no era tan inteligente y no había ideado semejante estrategia de antemano. A lo mejor simplemente había escogido a Ismael García como perro ejecutor a cambio de algo, posiblemente dinero, y ahora le vendría de perlas lo que la policía opinaba que había ocurrido. Seguramente hasta hubiera algo de cierto en la hipótesis de la propia ertzaintza.

Alicia se despidió de él, tenía que pasarse por casa para comer algo y prepararse para el viaje de la tarde a La Rioja Alavesa. Quedaron a las tres y media en la calle Iparraguirre, junto al portal

de David.

Al poco tiempo de marcharse Alicia, las puertas de los ascensores se abrieron para dar paso a Inés San Juan, que había acudido a visitar a Ander aprovechando el descanso para el almuerzo. Esta vez su vestimenta era mucho más sobria que la que solía utilizar en la empresa.

—¿Qué tal está? ¿Han dicho algo nuevo los médicos? —preguntó preocupada.

—Que no muestra signos de mejora, pero por lo menos tampoco empeora —contestó David.

—Pobre chiquillo mío, no se merece lo que le ha pasado. ¿Te has enterado de que la ertzaintza se ha llevado detenido a Ismael, el *segurata* del Búnker, ¿no? No me digas que ese anormal es el que le ha hecho esto a Ander.

—No, no, tranquila, creo que no tiene nada que ver—. David trató de parecer seguro de sus palabras. —Al tipo ése le habrán detenido por alguna otra cosa, vete tú a saber en qué líos andarás metido.

—Pues lo que me faltaba, si ya el trato que la Presidenta tiene conmigo suele ser insufrible, por decirlo suavemente, ahora no habrá quién le aguante el mal humor.

—¿Qué quieres decir?

—Igual estoy yéndome de la lengua, pero me da igual. Son los nervios, joder. Tú eres de confianza, ¿no?

—Sí, tranquila.

—Suzanne Bechs se tira, bueno, se tiraba, al *segurata*, a Ismael.

David no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. ¿Sería verdad lo que le estaba contando Inés San Juan, o era solo uno de los muchos chismorreos que se encargaba de difundir entre el personal de Artechnia? Si aquello era cierto, acababa de revelarle, sin saberlo, la identidad de la persona que podía estar detrás de toda aquella locura.

—¿En serio me estás hablando? Yo pensaba que esa mujer estaba casada.

—Y lo está —sonrió ella—. Pero con éste, que yo sepa, lleva por lo menos un año liada.

—Inés, ¿te puedo contar algo relacionado con Ander y confiar en que no se lo digas absolutamente a nadie? Sé que te gusta hablar más de la cuenta, ya sabes...

—Sí, vamos, que soy una cotorra. Mira, nene, tratándose de Ander te puedo asegurar que soy una tumba. Ese chiquillo es una de las pocas personas de toda la empresa que me conoce de verdad y sé que me aprecia, igual que yo a él, así que cualquier cosa que me puedas decir de él, de mi boca no saldrá. Te lo puedo asegurar.

—Está bien, me arriesgaré —dijo David, mientras trataba de pensar bien las palabras que iba a pronunciar a continuación—. Esto no se lo digas a nadie, pero creo que tanto el supuesto

accidente de Ander, como el hecho de que nos apartaran a ambos del proyecto de la Safety Cam 3 para asignarnos otros proyectos menores, sobre todo en el caso de Ander, tiene que ver con algo que me contó Ander antes del accidente. Me dijo que había descubierto casi por casualidad y metiéndose donde no debía, un fraude gordo en la contabilidad de la empresa. Creo que Artechnia se ha enterado y que alguien nos ha querido dar un aviso, especialmente a él. Tú eres una de las secretarias de la Presidenta del Consejo. Si pudieras hurgar en su despacho para ver si encuentras algún documento que pruebe esto, o por si ves algo raro, te lo agradecería en el alma. No quise creerle a Ander cuando me contó lo del fraude, y esto se lo debo. Si él tenía razón, necesito pruebas para cazar al responsable de que le haya sucedido esto.

—Mira, nene, lo que me pides es muy peliagudo —contestó Inés—. Lo primero, creo que Ander y tú os estáis montando una película con todo esto. Lo de que os hayan retirado de la Safety Cam 3 y lo del accidente de Ander seguro que es algo casual, y que nada tiene que ver con eso del fraude que dices que descubrió Ander. Además, ¿tú sabes lo que me juego entrando en el despacho de la Presidenta sin su permiso y revolviendo entre sus cosas?

—Ya lo sé, te entiendo, Inés. Tienes razón, no tengo derecho a pedirte este tipo de favor. Ya me las arreglaré para tratar de demostrar que tengo razón, no sé cómo, pero ya pensaré en algo.

—A ver, nene, que no te he dicho que no —sonrió ella—. Mira, yo por Ander hago lo que sea, y si puedo ayudarle ahora que está el pobre como está, ni me lo pienso. Esta tarde la Presidenta tiene una reunión fuera de la empresa, así que aprovecharé para entrar. No creo que encuentre nada, pero bueno. Si veo algo raro, te mando una foto por el móvil. Dime tu número.

David sonrió. Su poder de atracción, que tantas veces había utilizado, había vuelto a dar sus frutos. Inés San Juan se lo había tragado todo. Ahora sólo le quedaba esperar que la suerte le acompañara y Suzanne Bechs no hubiera sido lo suficientemente previsora como para adivinar que su secretaria pudiese entrar en sus dominios sin su permiso, y hubiera dejado alguna pista perdida entre los documentos de su despacho que la relacionara con aquel encarguito que le había hecho a su amante, Ismael García. Esperaba no estar equivocándose de persona.

53.

A mitad de camino, el tiempo había cambiado radicalmente, y el apacible viaje por la autopista bajo un sol radiante, se había convertido en toda una odisea que puso a prueba la destreza de Alicia Rández al volante de su recién adquirido coche. Incluso el GPS les jugó una mala pasada y, cuando les faltaba muy poco para llegar a su destino, les hizo desviarse hacia Leza y Navaridas. A punto estuvieron de tener que detener el vehículo ante la tromba de agua que les acompañó hasta que por fin llegaron a Laguardia. Los turistas habían huido en busca de refugio hasta que pasara la tormenta, y al circular por la carretera que rodeaba la parte alta de la villa, dejándola a la izquierda, tuvieron la extraña sensación de estar atravesando un pueblo fantasma abandonado a su suerte. La única prueba de que hasta hace muy pocos minutos la vida bullía en aquellas calles eran los autobuses de los visitantes aparcados en uno de los laterales de la calzada.

Dejaron atrás Laguardia y se dirigieron a Páganos, ubicado a tan solo tres kilómetros y medio. Aparcaron el coche a la entrada del pueblo, junto a un panel informativo que anunciaba las atracciones turísticas de la aldea. Les sorprendió el gran número de vehículos aparcados en las calles. No llevaban paraguas pero por suerte encontraron la residencia enseguida. Muy cerca de la plaza de la Diputación, se levantaba una casona del siglo XVI de dos plantas. No había cambiado mucho desde que David era un niño. Una de las fachadas estaba ubicada en la calle principal pero, curiosamente, la puerta de entrada estaba situada en el frente que daba a una calle secundaria con escasos edificios enfrente. Detrás de la casa, un pequeño huerto albergaba varios tipos de verduras y hortalizas, que con toda seguridad contribuían al sustento de las monjas y los pacientes. Alicia reconoció la cruz azul que aparecía en la foto almacenada en el CD de Tomás Benguría. En uno de los laterales, una placa metálica anunciaba el nombre del lugar: La Sagrada Misericordia. Quienquiera que hubiera tomado la foto de aquella mujer entrando en la residencia lo había tenido que hacer desde una de las casas situadas en la acera de enfrente o desde cualquiera de los espacios abiertos que había entre dichos inmuebles.

Una monja joven salió a abrirles la puerta y les hizo pasar, mientras les ofrecía una toalla para secarse. Por dentro, el edificio parecía mucho más grande de lo que aparentaba desde el exterior. Se notaba que en tiempos pasados había sido reformado para dar un mejor servicio a los huéspedes, y, aunque el abandono era evidente en algunos detalles, en general, la impresión era la de cualquier residencia privada, con su salón, su cocina, su almacén, la zona de baños y las habitaciones de los enfermos. Un patio trasero con una gran fuente en el centro servía de linde con otro edificio anexo donde aparentemente se ubicaban los dormitorios de las religiosas.

—Les agradecemos que nos hayan atendido tan pronto, teniendo en cuenta que les he llamado esta mañana —se disculpó Alicia—. Pero como comprenderá, estamos muy preocupados por nuestro padre.

Durante el trayecto desde Bilbao, David y ella habían ideado una rocambolesca historia que esperaban que las hermanas creyeran, precisamente por su carácter tan extraordinario. Le dijo a la joven monja que David y ella eran hermanos y que desde hace unos días estaban preocupados por la desaparición de su padre, del que le enseñaron una fotografía. En realidad, la foto era de Tomás Benguría. Le contaron que su progenitor estaba pasando una mala racha con su madre, que él se había ido de casa y que únicamente querían encontrarle y lograr que volviera con su mujer, pero no daba señales de vida.

—Sus padres tuvieron que tenerles a los dos de muy jóvenes porque ustedes ya andarán cerca de los treinta —dijo la monja.

—Papá dejó embarazada a mamá con diecisiete años, ella tenía dieciséis. Bueno, se casaron y al poco llegué también yo —contestó Alicia rezando para que la mujer no se diera cuenta de que estaba mintiendo. David la miró sorprendido por su capacidad por tejer aquella red de mentiras sobre la marcha.

—Bueno, ¿y cómo quieren que les ayudemos nosotras?

—Mire, hermana, hace dos días encontramos esta foto entre las cosas de papá —le dijo mientras le tendía una copia impresa de la foto del CD de Tomás Benguría. —En la foto aparece una mujer entrando a la residencia, y no sé, igual es una tontería, pero tengo la intuición de que papá podía conocer a esta mujer, si no de qué iba a tener una foto suya. Sabemos que papá venía mucho por esta residencia a hacer compañía a los enfermos, como voluntario.

—Déjeme ver —dijo ella sosteniendo la fotografía—. Esperen aquí, por favor, yo no tengo competencia para ayudarles; esto es cosa de la madre superiora.

Al cabo de veinte interminables minutos, la monja volvió a por ellos y los dirigió al edificio levantado al otro lado de aquella especie de claustro, donde la madre superiora tenía su despacho. Al pasar junto a la fuente, David miró hacia la ventana que creía recordar que pertenecía a la habitación donde vivió la abuela Véspero antes de que la trasladaran a Vitoria. Volvió a verla sentada en su silla, con la mirada perdida en el horizonte, mientras peinaba sin descanso a su inseparable muñeca. Antes de dejar el patio, observaron una puerta lateral que debía de conducir hasta el huerto que habían visto desde fuera.

A diferencia del que albergaba la residencia propiamente dicha, el inmueble que acogía las dependencias de las monjas era austero y sobrio, carente de cualquier tipo de lujos. La madre superiora aún les hizo esperar otro cuarto de hora más hasta que les hizo entrar. Era una mujer de unos sesenta años alta y espigada, que no dejaba de colocarse una y otra vez las gafas, que continuamente se le resbalaban hasta la punta de la nariz.

—La hermana Teresa me ha estado contando el propósito de su visita. Déjenme ver por favor esas fotografías.

—Tome hermana —dijo Alicia tendiéndole las instantáneas. —Seguramente mi padre le sonará, ha estado varias veces por aquí visitando a los enfermos, para hacerles compañía.

—Su padre no venía aquí a visitar a los enfermos, querida —contestó ella riéndose—. O no únicamente a eso.

David y Alicia se miraron sin entender nada. David se preguntó hasta qué punto podrían alargar aquella mentira antes de que la monja descubriera el engaño. Rezó para que la mujer no les exigiera ver sus documentos de identidad.

—Efectivamente, su padre, Tomás creo que se llamaba, conocía a la mujer de la fotografía. Aunque ella nos juraba y perjuraba que se trataba de un tío segundo suyo que venía a visitarla porque quería convencerla para que no tomara los hábitos, yo nunca la creí. No es normal que un familiar haga visitas tan a menudo y encima viniendo desde Bilbao. Creo que vivía allí —continuó mientras Alicia asentía con la cabeza—. Estoy segura que el padre de ustedes, Tomás, pretendía a nuestra hermana, aunque prefiero pensar que no habían llegado más allá de un simple cortejo. Por suerte, aquella historia, si es que la hubo, se terminó hace tiempo. Desde principios del verano no se han vuelto a reproducir las visitas.

—Pero, esa mujer, ¿sigue viviendo aquí? ¿está aquí ahora mismo?

—Me temo que no. Sor Juana tiene asuntos familiares que atender. Su hermano Beltrán tiene una enfermedad de esas que llaman raras. La familia le ha tenido que trasladar a Bilbao a un centro especializado, y ella ha alquilado un pisito allí, para estar más cerca de él. De vez en cuando viene por aquí, pero no es nada regular.

—Pero madre, no entiendo. ¿Desde cuándo una de ustedes puede vivir fuera de la comunidad y seguir perteneciendo a la congregación? —preguntó David, que hasta ese momento permanecía callado.

—Sor Juana, aunque nosotras tenemos la norma de llamarla así para que vaya interiorizando su nueva identidad, en realidad es una novicia. Aún no ha pronunciado sus votos monásticos. Digamos que ha elegido esta residencia como lugar en el que confirmar su vocación y prepararse para cuando llegue el momento. Fíjense en todas las cartas que aún le siguen llegando aquí a su nombre. Las tengo aquí mismo, en el escritorio. Estoy esperando a juntar unas cuantas más para enviárselas a Bilbao. Hace poco estuvo aquí pero yo no estaba cuando se fue y se me olvidó entregárselas. Aunque sinceramente, de esa niña podemos esperar cualquier cosa, la verdad.

—¿A qué se refiere?—preguntó Alicia.

—Digamos que no tenemos mucha esperanza de que termine aceptando a Cristo. Rezo todos los días para que no nos haya engañado y esté viviendo allí, en Bilbao, con el padre de ustedes.

—¿Podríamos ver su habitación un momento? Con usted delante, por supuesto. Entiéندانos, madre, es la única pista que tenemos que nos puede llevar hasta nuestro padre. Si nos dice usted que puede que esa mujer esté viviendo en Bilbao con nuestro padre, igual no estamos tan lejos de encontrarle.

Inesperadamente, la madre superiora atendió gustosa a la petición de Alicia. David sospechó de que en realidad quería quitarse a aquella novicia de en medio, estaba claro que desde su punto de vista no estaba hecha para la vida célibe. De camino a la habitación de Sor Juana, David recibió

un mensaje en su teléfono móvil que incluía una foto adjunta. La remitente era Inés San Juan. Lo tendría que ver después, cuando estuvieran fuera de allí.

La madre superiora les abrió la puerta de la celda con lo que parecía una llave maestra. La habitación, de unos seis metros cuadrados de superficie, sólo tenía una cama, un armario, y una mesilla de noche. Sobre ésta, algo captó poderosamente la atención de David y Alicia. Sor Juana había dispuesto una especie de altar compuesto de tres paquetes de cigarrillos. Y encima de la última cajetilla había colocado un pequeño crucifijo metálico.

—No se escandalicen, señores —dijo la monja—. Como les decía, no creo que Sor Juana termine consagrando su vida a Jesucristo. Digamos que su apego por la vida no monacal es demasiado fuerte. Por un lado, tengo la sospecha de que aunque las visitas de su padre hayan dejado de producirse, puede que esté viviendo con él en Bilbao. Pero además, por si ése no fuera motivo suficiente como para no poder tomar los hábitos, digamos que..., cómo decirlo..., Sor Juana siempre ha tenido alguna que otra tentación más a la que hacer frente. Cuando vino por primera vez, una de las hermanas le descubrió una botella de pacharán escondida en su armario. Parece que aquel hábito lo abandonó rápido, pero lo que le costó más fue el tabaco. Hay que ver lo que una persona puede depender de algo tan asqueroso. Tras muchas idas y venidas, llegamos al acuerdo de que debía de vencer al diablo mirándole de frente, y fui yo la que le sugerí enfrentarse todos los días a dos o tres paquetes de tabaco, los cuales no podía tocar. Así se demostraría a sí misma y a la comunidad que podía vencer la tentación. Durante un tiempo sé que lo cumplió. Ahora, desde que vive en Bilbao, no sé si habrá vuelto a las andadas.

—Menuda pieza, madre —bromeó David.

—Dígame usted a mí —contestó ella—. Pero era algo predecible, cuando te llega una novicia recomendada desde otra congregación, sólo hay dos posibles razones. O es la propia novicia la que ha insistido en cambiar de comunidad, o es porque la congregación de la que viene quiere deshacerse de ella. Me temo que con Sor Juana estamos en el segundo caso.

David pidió permiso a la monja para ir al baño, mientras la mujer se quedaba charlando con Alicia en la habitación de la novicia. Su idea era entrar en el despacho de la madre superiora y averiguar de alguna forma la dirección de Sor Juana en Bilbao. Mientras recorría el corredor que llevaba hasta la oficina de la monja, se topó con dos de las hermanas, que le miraron como si estuvieran contemplando al mismísimo demonio. Una de ellas le indicó que no podía estar en esa parte de la residencia, y él tuvo que indicarles que contaba con el permiso de la madre superiora. Su respuesta les debió de parecer satisfactoria, porque prosiguieron su camino y le dejaron en paz.

La madre superiora había dejado la puerta del despacho abierta. Entró procurando no hacer ruido y la dejó cerrada. Fue directamente a la zona que la mujer les había señalado hacía un rato, donde almacenaba las cartas que iba a reenviar a Sor Juana a Bilbao. Le pareció curioso que la destinataria de todas aquellas misivas no fuera la propia monja, sino La Sagrada Misericordia en

sí, aunque más adelante sí que se indicaba a la atención de quién iban dirigidas. Sacó su teléfono móvil y tomó una fotografía del nombre y apellidos reales de la monja. A continuación, buscó por todas partes la dirección a la que se supone que la madre superiora iba a remitir las cartas, pero aquello era como buscar una aguja en un pajar. Revolvió entre varios de los documentos que la mujer tenía sobre la mesa. Los minutos pasaron y no encontró nada. No podía retrasar más su regreso a la habitación de Sor Juana, donde la esperaban Alicia y la madre superiora. Cuando estaba a punto de desistir, se detuvo a analizar una de las cartas. ¡Cómo podía haberse pasado por alto! La monja ya tenía preparado un sobre de un tamaño algo mayor en el que había introducido cuatro cartas de la novicia para reenviárselas juntas a Bilbao. El sobre estaba aún sin cerrar, pero ya tenía los sellos puestos, por eso no le había llamado la atención especialmente. Allí estaba. Por fin tenía la dirección de Sor Juana. Capturó otra instantánea con su teléfono y se alejó de allí a grandes zancadas mientras subía la escalera.

—Ya pensábamos que te habías perdido, David —le dijo Alicia.

—Espero que no haya tenido que ir hasta los baños de los residentes, en este ala del recinto tenemos dos aseos —añadió la monja.

—Sí, no se preocupe, madre. Es que estaba un poco indispuerto, pero ya estoy mejor —se excusó como pudo él.

—La madre superiora ha sido muy amable, David. Me ha dicho que probablemente Sor Juana volverá uno de estos días a proseguir con su voluntariado. Le he dejado mi número de teléfono y me ha prometido que nos llamará en cuanto llegue, por si queremos venir a hablar con ella directamente.

Se despidieron de ella dándole las gracias por su disponibilidad para ayudarles a encontrar a su padre. Cruzaron como pudieron el patio interior y volvieron a mojarse. La tormenta no parecía tener fin. Al llegar al área de los residentes, un enfermo que utilizaba silla de ruedas salió a su encuentro y les pidió que le sacaran de allí. Una de las hermanas corrió hacia el paciente y se disculpó ante ellos, haciendo una mueca que daba a entender que el hombre no estaba en sus cabales.

—¿Te has dado cuenta, no? —le preguntó Alicia a David, una vez entraron en el coche.

—¿De qué? ¿De qué Sor Juana es la confidente de Tomás Benguría? Pues claro —contestó él.

—“S. J.”. Sor Juana. Las iniciales coinciden con las que Tomás tenía anotadas.

—Sí, ¿y qué me dices de lo del altar con los paquetes de tabaco? Ahí tienes la respuesta de por qué quedaban en cafeterías con veladores en los que se pudiera fumar. Giuseppe tenía razón.

—Lástima que tengamos que esperar a que esa mujer vuelva por aquí. Pero yo confío en la madre superiora, seguro que nos llama. Creo que le hemos caído muy bien —dijo Alicia.

—No va a hacer falta —dijo David—. Mientras tú seguías de charleta con ella, he ido hasta su despacho y he encontrado una carta que ya tenía preparada para enviar a nuestra novicia

misteriosa. Tenemos su nombre y la dirección.

—No te puedo creer.

—Pues cree, cree —le dijo él enseñándole las dos fotografías que había sacado con su teléfono.

—Lourdes del Río Zabaleta. Paseo Uribitarte... ¿ahí no es donde están las Torres Isozaki? —le preguntó Alicia.

—A mí no me digas, yo casi no conozco Bilbao todavía. Pero mañana me presento allí sin falta. De todas formas te quería comentar otra cosa. Veo que se nos ha hecho ya tarde, y con la que está cayendo, he pensado, si no te parece mal, que podríamos alojarnos en la casa rural de una señora que conozco que es de aquí al lado.

—Luego me dices a mí, señor Vanner —bromeó Alicia—. Tú con novia en Bilbao, con otra señora aquí... ¿cuántas más hay por ahí? ¿Ves? Si cuando te dije todo aquello, por algo era. No suelo equivocarme con la gente.

—Pero que no. Yo nací en un pueblo que no está muy lejos de Laguardia. Algún día te llevaré a conocerlo, si quieres. Tenemos alguno de los mejores vinos de toda la zona. El caso es que una señora que trabaja para mi padre tiene una casa rural que casi nunca alquila, y sé que no va a poner ningún impedimento para que nos quedemos allí esta noche. Mañana podemos salir temprano para Bilbao, para que tú llegues a tiempo al trabajo.

—¡Bueno, bueno! David Vanner abriendo su corazoncito y contándome cosas de su vida. Esto sí que es nuevo —dijo Alicia.

—Pues nada, nos vamos entonces a Bilbao —contestó irritado él.

—Que no, bobo, que te estaba vacilando. Me parece una idea perfecta. No me apetece ponerme en camino con este temporal. Pero prométeme que no vas a intentar propasarte conmigo —volvió a burlarse.

—Más bien sería al revés, yo creo.

54.

La señora Rosa les abrió sin problemas la casa rural para que pudieran pasar la noche, no sin antes soltar un comentario hiriente acerca de la variedad de novias que el señorito David traía de visita últimamente. Él esquivó el tema como pudo y le prometió que no ensuciarían nada. A primera hora de la mañana se marcharían. Antes de irse, la mujer le susurró al oído que el señor Ruud, el padre de David, quería verle, que se había enterado que había vuelto y que le invitaba a su casa de Logroño. David le encargó que le contestara que no le interesaba lo más mínimo la invitación. La mujer trató de insistir, pero David la despidió en la puerta dejándola con la palabra en la boca. Al entrar al salón, vieron que había tenido tiempo de dejarles preparado un poco de queso, fruta y pan para que no se fueran a la cama sin probar bocado. David pensó en su dieta, pero a esas alturas, la verdad es que le daba bastante igual. Lo único que quería era que amaneciese cuanto antes y regresar a Bilbao en busca de la confidente de Tomás Benguría.

Mientras cenaban, se acordó del mensaje que Inés San Juan le había enviado mientras estaban en la residencia de Páganos. Era un texto bastante escueto. Se limitaba a decirle que no había encontrado nada de lo que él buscaba, pero que le había parecido algo raro encontrar los expedientes con los curriculum vitae tanto de David como de Ander sobre la mesa de la Presidenta, así que los había fotografiado y se los había enviado. Le había encantado la experiencia como espía. David abrió el archivo.

—Esto puede probar que Suzanne Bechs os ha tenido en mente a Ander y a ti últimamente. Pero de ahí a deducir que ella encargó los asesinatos a Ismael García, me parece que es mucho suponer.

—Ismael García era el amante de la Presidenta —dijo David—. —No estoy convencido de que esto sea totalmente cierto, pero te puedo asegurar que me lo creo perfectamente, por la persona a través de la cual me ha llegado el rumor.

—Pero en caso de que eso sea verdad, ¿tú te crees que se va a arriesgar a utilizar a su propio amante para encargarle todos esas muertes? ¿Estamos locos?

—¿Tú sabías que ella estaba liada con Ismael?

—No, jamás he oído el rumor. Sé que está casada pero nada más. Es la primera noticia que tengo.

—Por eso te digo que creo que es cierto —continuó David—. La persona que me lo ha dicho es de las pocas que podía haberse enterado de esa relación en caso de que Suzanne Bechs hubiera tenido un descuido.

—Inés San Juan, seguro. Es una de las secretarias de la Presidenta, así que tiene mucho más contacto con ella que cualquier otro trabajador de Artechnia. Pero David, no te creas a Inés, ya

sabes cómo es...

—Me la creo, Alicia. Sé que me está diciendo la verdad. Me lo ha contado en el hospital, estábamos hablando de Ismael García, y me lo ha soltado.

—¿No le habrás dicho nada acerca de todo lo demás?

—No, puedes estar tranquila. Pero Inés adora a Ander, y sé que no me ha podido mentir en estas circunstancias.

Continuaron la cena mientras David terminaba de hojear el curriculum de Ander. En cuanto a él, Inés también había fotografiado la carta de recomendación que se supone que David había enviado en su día junto a su historial académico cuando se postuló como candidato a entrar en Artechnia. Pero él no recordaba haber mandado nada más que el currículum. Leyó la carta y se quedó estupefacto. Era una extensa misiva redactada de puño y letra por su tío Alejandro Zuberoa, el que en su día fuera pareja sentimental de su tía Concha. El padre de su primo Adrián utilizaba con absoluto descaro su estatus social como miembro de la aristocracia para recomendar al Consejo de Administración de Artechnia que admitiera a su sobrino David Vanner en el proceso de selección. Aprovechaba también para hacer un largo listado de todas las empresas que formaban parte de su patrimonio, intentando influir en la decisión final de la empresa. A David le extrañó que su tío no hubiera solicitado directamente que le admitieran sin ningún tipo de proceso selectivo. Visto lo visto, para qué andarse con rodeos. Al menos su tío aún conservaba algo de vergüenza. Sin embargo, sabía perfectamente que aquello no había sido idea de Don Alejandro Zuberoa ni de su tía Concha, apenas tenían trato con él desde que se había ido a vivir a Amsterdam. Aquello era fruto de las artimañas de la tía Sabina. Estaba convencido. ¿Por qué se empeñaba una y otra vez en dirigir su vida como si fuera una marioneta? ¿Qué interés podía tener Sabina en querer que admitieran a David en Artechnia? Estaba seguro de que no se trataba de un mero deseo de procurarle un buen futuro profesional en una empresa puntera como aquella. Tenía que hablar con ella ahora mismo.

—Alicia, aprovechando que estoy aquí y que todavía no son las once, voy a acercarme un momento a Lacaverna, mi pueblo, para saludar a mi tía, si me dejas tu coche un momento. Anda delicada de la salud y no me gustaría irme sin hacerle una visita.

—Vale, cógelo, pero recuerda que mañana sobre las seis y cuarto salimos hacia Bilbao, tengo que estar a las ocho en la empresa —le contestó mientras terminaba de tomarse una infusión.

David se despidió de ella y puso rumbo a Lacaverna. La ira que sentía fluir densa bañando sus entrañas le hizo pisar el acelerador más de lo debido. A punto estuvo de estrellarse contra un árbol al tomar la carretera secundaria que llevaba hasta la casa de su tía.

55.

Sabina Elguea no estaba en casa. Aún así no había cerrado las puertas exteriores con llave, por lo que David dedujo que andaría cerca, quizás estuviera dando un paseo por la finca. Entró en la casa, donde la oscuridad era total. Tan solo una lámpara de mesa iluminaba lánguidamente el salón, pero la luz no alcanzaba más allá de la entrada del pasillo que llevaba hasta las habitaciones. Recorrió con la mirada las fotos que su tía había colocado sobre uno de los aparadores. En una de ellas aparecía una sonriente María Elguea, la madre de David, sosteniéndole en brazos cuando él aún era un bebé. En otra de las imágenes, David aparecía retratado cuando contaba con unos nueve años, con cara de enfadado, mientras una niña a su lado, algo más pequeña que él, parecía haberle robado el plátano que estaba degustando y ahora era ella la que lo devoraba. Era su hermana pequeña, la hija que su padre había tenido con su segunda mujer y a la que llevaba más de veinte años sin ver. Por supuesto no había ninguna foto de Ruud Vanner. David sabía que no encontraría ninguna instantánea de su progenitor ni sobre ese mueble ni en toda la casa.

Sin saber muy bien qué hacer, avanzó a ciegas hasta llegar a su antiguo dormitorio, que ahora Sabina lo había convertido en el suyo propio. Al entrar comprobó que su tía no había variado excesivamente la decoración en todos estos años. El edredón y las cortinas se habían modernizado, pero la cama, el espejo de la pared y el armario eran los mismos que cuando él dormía allí. Incluso Alucio, el peluche con forma de ciervo que su tía Concha le había regalado tras la muerte de su madre y que se había convertido en su inseparable compañero de cama, seguía allí, aunque ahora colgara de una de las esquinas del espejo. ¡Cómo le gustaba de pequeño abrir el armario y enfrentar los espejos que revestían las paredes interiores del mueble con el espejo de la pared! Su propio reflejo y el del resto de elementos de la habitación multiplicados hasta el infinito sobre los cristales, le hacían imaginarse que podía atravesarlos y viajar hasta mundos lejanos que sólo él conocía. Abrió el armario y comprobó que los espejos seguían allí. Incluso el cofre que la tía Sabina le regaló cuando murió su madre, continuaba colocado en la misma balda. Se agachó y se lo llevó hasta la cama. Rozó con la yema de sus dedos aquel maravilloso grabado tallado sobre la tapa que la tía Sabina le había descrito más de una vez como el tesoro que él, que ella, que toda la familia llevaba dentro. Una estrella dorada, que en realidad representaba al sol, sobre un círculo negro. Siempre le había atraído aquella figura, como si encerrara más significado del que la tía le había contado, y solía fantasear con que se trataba de un antiguo escudo de poder que algún día lograría activar para recibir toda su magia.

Aquellos primeros años, a pesar de la muerte temprana de su madre, habían sido buenos. La tía Sabina inventó unas entrañables historias que le solía contar todas las noches antes de acostarse y que le hacían viajar a fantásticos mundos de frondosas selvas donde valerosos guerreros luchaban contra monstruos pálidos, donde los ciervos eran animales sagrados y sus cuernas mágicas

protegían frente a los malos espíritus, donde príncipes mestizos custodiaban los objetos sagrados de poder y donde el señor que habitaba en la montaña los gobernaba a todos y les concedía, a cambio de su fidelidad, magníficos regalos. Siempre que el pequeño David le preguntaba que cuál era esa gran montaña en la que habitaba aquel señor, ella le respondía cariñosamente que eran los montes que él veía todos los días al ir al colegio, pero él se reía y no le creía. Sin duda, la tía Sabina había tenido buena intención con todo aquello, tratando de hacerle superar cuanto antes la dolorosa pérdida de su madre, y utilizando para ello cuentos mágicos que estimulaban su imaginación y le hacían pensar en otras cosas.

Las cosas empezaron a torcerse a medida que David fue entrando en la pubertad. Él jamás había creído las extravagantes historias de su tía. Pensaba que no eran más que cuentos de abuelas que su tía no dejaba de repetir en cuanto tenía ocasión. Recordó la noche que supuso el principio del fin de su relación cordial con Sabina. Por aquel entonces él debía de tener catorce o quince años. Eran las fiestas patronales de Lacaverna, y como la mayoría de jóvenes, había estado bebiendo zurracapote y kalimotxo en el local que su cuadrilla de amigos había alquilado para esos días. Él se había emborrachado demasiado pronto y todos le habían aconsejado que se fuera a casa a dormir la mona. Todavía recordaba los tumbos que iba dando por la carretera bajo la luz de la luna llena hasta que alcanzó la finca de su tía. Con el objetivo de no toparse con ella y así evitar una reprimenda por su estado de embriaguez, accedió por la parte de atrás de los viñedos con la intención de colarse por una de las puertas laterales que daba al jardín, que en aquella época era un huerto minúsculo. Estaba claro que ella no esperaba que David llegara tan pronto a casa. Camuflados entre las vides, su tía Sabina, su tía Concha y otro hombre del que no recordaba su rostro, bailaban al son de una cantinela que ellos mismos tarareaban, totalmente desnudos, formando un círculo en torno a algo que había en la tierra y que el joven David no atinaba a ver desde su posición. De vez en cuando los tres pronunciaban una serie de palabras al unísono, que David era incapaz de escuchar de forma nítida. Aún le costaba recrear en su mente aquella dantesca imagen de sus tías sin ropa acompañadas de aquel desconocido. Petrificado por el miedo, permaneció oculto entre los viñedos hasta que los tres danzantes dieron por terminado su baile y se alejaron. David no pudo resistirse y se acercó hasta la zona donde había tenido lugar la extraña ceremonia. Descubrió en el suelo varias astas de ciervo dispuestas en torno a una circunferencia trazada con tiza blanca, y en el centro, halló una tela circular de color oscuro con una estrella dorada bordada sobre ella. En la parte central del astro, aparecía una palabra trazada con lo que parecía lana negra cosida sobre la pieza principal. “OIRACO”. Jamás se pudo olvidar de aquellas seis letras. A la mañana siguiente no quedaba ni rastro de aquellos objetos. Durante días pensó que había tenido una alucinación, que había bebido más de lo que imaginaba y todo había sido producto de los efluvios del alcohol.

Pero la locura de tía Sabina siguió evolucionando hasta límites insospechados. Durante varios años intentó convencerle de que las historias que le contaba de pequeño eran reales, que él formaba parte del linaje de una gran familia, y que su misión era transmitirle todo ese conocimiento, como la abuela Véspero había hecho con ella. David la evitaba siempre que podía, pero llegó un punto en que la convivencia se hizo insostenible. Le llegaron rumores de que la tía Sabina había sido la responsable del alejamiento de Ruud Vanner de su propio hijo, y aquello fue

la gota que colmó el vaso. Gracias al dinero que su progenitor le enviaba todos los meses, consiguió matricularse en una universidad privada de Amsterdam y pudo alejarse de Lacaverna. Más adelante, se mudaría a Londres para completar sus estudios. Nunca había querido creer las chifladuras de su tía, pero estaba claro que algunas de aquellas supersticiones en las que ella había intentado que creyera, sí que habían conseguido calar en su subconsciente. Había sido el propio David quien había ordenado al interiorista que había decorado el ático de Bilbao que instalara aquellas cuernas de ciervo frente a la puerta de entrada. Sabía que no tenía ningún fundamento científico, pero con aquellas astas en casa se sentía más tranquilo. Volvió a mirar a los espejos del interior del armario. Esta vez reflejaban la imagen de Sabina Elguea apostada bajo el marco de la puerta del dormitorio. Pero aquello no era una visión. Su tía había regresado a casa.

56.

La mujer parecía feliz por encontrarse a su sobrino con el cofre familiar en su regazo. Se acercó y se sentó en la cama a su lado. En aquella posición, Sabina Elguea parecía aún más alta.

—Me alegro de que hayas vuelto. Sabía que lo harías, no puedes escapar de tu sangre.

—Tía, ¿tuviste tú algo que ver en la carta de recomendación que envió el tío Alejandro a mi empresa para que me admitieran como candidato? —le preguntó él a bocajarro.

—David, tú sabes que te quiero muchísimo, te quiero como si fueras el hijo que nunca tuve. Pero es que además te quiero porque eres el futuro de esta familia, y estoy convencida de que tú eres el que tiene que cumplir nuestro destino. Sí, yo le dije a tu tío que escribiera esa carta. Era vital que esa empresa de indeseables te admitiera y así poder destruirlos desde dentro. Además, no te pienses que nos salió gratis, tu tío tuvo que pagar una cuantiosa donación para que al fin te admitieran.

—¿Merece la pena, tía? ¿Tan grande es el rencor que tienes por algo que supuestamente sucedió hace tanto tiempo? ¿Estás tan amargada como para dedicar tu vida a planear una venganza así? Estás completamente loca —dijo David.

—La profecía se está cumpliendo, David. Nuestros antepasados se han ocupado de ir transmitiéndola de padres a hijos hasta llegar hasta nuestros días. Tú no lo entiendes porque nunca has querido tomarte en serio todo lo que he intentado contarte una y mil veces. Aquellos desgraciados acabaron con nuestros ancestros, con hombres, mujeres y niños inocentes que fueron aniquilados un día de fiesta, cuando celebraban el orgullo de tener el privilegio de contar con la protección de su dios y ser portadores de un gran secreto. Yo no sé si el señor de la montaña existe o hace mucho tiempo que se olvidó de todos nosotros, pero lo que te puedo asegurar es que este mundo en el que vivimos no es como nos han hecho creer que es. Todo se repite, David, como ocurre con el ciclo biológico de la vid. La existencia que tú conoces, la que todos disfrutamos, podría decirse que es muy similar al estado latente en el que permanece la vid desde que tiene lugar la vendimia a principios del otoño hasta que empieza de nuevo a brotar con el comienzo de la primavera. Desde hace mucho, mucho tiempo, disfrutamos de esta bendita situación de calma y sosiego, pero no te engañes. Tarde o temprano una de las puertas permanecerá demasiado tiempo abierta y el ciclo habrá entrado en la siguiente fase. La hora está cerca. Nuestros ancestros así lo predijeron. No quieras saber lo que ocurrirá si el ciclo cambia de fase. Muchos dicen que es inevitable, pero somos más los que pensamos que podemos impedirlo. Nuestra familia ha conseguido mantener en secreto durante más de dos mil años lo que nos fue revelado, y gracias a eso hemos obtenido prosperidad y riqueza. No sé si este éxito nos lo ha dado el que habita en la montaña o si ha sido consecuencia de nuestro buen hacer, pero te aseguro que muy pocos linajes perduran tanto en el tiempo, y yo creo, que siempre hemos contado con la protección de algo que está por encima de todos nosotros. Llámalo como quieras.

—Pero, ¿por qué ese empeño, tía? ¿por qué estás tan convencida de que los Bechs son los descendientes de aquellos que cometieron el genocidio con nuestros antepasados? —le preguntó David, recordando todo el contenido del CD de Tomás Benguría.

—Son ellos, David. Durante todos estos siglos hemos tenido nuestros más y nuestros menos con esa familia, pero jamás se habían decidido a volver a acercarse tanto. Esos malnacidos han intentado hacer varias incursiones a lo largo de la historia, pero siempre hemos sido capaces de enfrentarlos de una u otra manera. La última vez fue hace casi un siglo. Pero los tiempos han cambiado. No podemos enfrentarnos a una multinacional tan poderosa como Artechnia del mismo modo que en el pasado hacíamos con las familias que intentaban instalarse cerca de nuestras fronteras para arrebatar nos la llave.

—Y si tan claro tienes que son ellos, ¿cómo puedes estar segura de que ellos no saben quién soy yo? ¿o que no sepan quién es Alejandro Zuberoa?

—No creo que lo sepan, David. Tu tío Alejandro lleva más de veinte años separado de tu tía Concha, jamás llegaron a casarse. Por una vez alguien en esta familia me hizo caso. Ni siquiera llegaron a vivir juntos de manera oficial. El único rastro que podrían haber seguido es el de tus primos, los hijos de Concha y Alejandro, pero ya nos habríamos enterado si lo hubieran hecho. En cuanto a ti, has estado muchos años fuera. Incluso cuando estuviste estudiando en Amsterdam, llegaste demasiado cerca de sus dominios y no hicieron nada. Si hubieran descubierto quién eres, ten seguro que habrías notado las consecuencias. Además, al igual que tus primos, tú eres mestizo, cariño. Seguramente esos malditos ni siquiera llegan a considerarnos como parte de la familia. En nuestro mundo, son muy pocos los que consideran a un mestizo como un digno descendiente de los antiguos linajes. Sois los despojados, como os suelen llamar. Los que no debieron haberse mezclado con nosotros, los que no tienen la pureza para hacer perdurar el legado, y desde luego, a los que jamás hay que revelar el legado, porque jamás lo entenderían ni lo respetarían. Tu madre, que también poseía el don de la vigilia como yo, se casó con tu padre en contra de nuestra voluntad, de mi voluntad. Estuvo a punto de arruinarlo todo. Y lo peor es que le contó gran parte de nuestro legado familiar. Al menos tu tía Concha jamás reveló nada de nuestro secreto a tu tío Alejandro. Concha siempre fue más fuerte que María. Afortunadamente, la abuela Véspero se las arregló para que tu padre no se fuera de la lengua. Ahora entenderás por qué hice todo lo posible para alejar a Ruud de ti.

—Hasta que lo conseguiste. Igual que hiciste con mi hermana, la hija de Ruud, que probablemente ya ni se acuerde de mí. No quiero ni imaginarme qué tienes en la cabeza para creer que la abuela Véspero, en su estado, te ayudó a mantener callado a mi padre. Estás loca, Sabina. ¿Cómo se te ocurre frivolar llamando “don de la vigilia” a esta enfermedad que nos condena a la mitad de los miembros de esta familia! ¡Morimos! Entérate, esto es una jodida mutación genética, no es ningún regalo de ningún dios. ¿Tú sabes todas las personas que han muerto y seguirán muriendo por culpa de esta enfermedad, dentro y fuera de nuestra familia? Deja de denominarlo con nombres pseudoreligiosos para intentar justificar como un don algo que es una puta maldición y llámalo por su verdadero nombre. Síndrome del Insomnio Familiar Fatal. ¿No suena tan bien como “don de la vigilia”, verdad? ¡Te vas a morir, Sabina! Ahora no puedes pegar ojo, enseguida llegarán las alucinaciones y en menos de dos años, como mucho, estarás muerta.

—Por desgracia, creemos que nuestro don fue transmitido a personas que no formaban parte de nuestro linaje, por relaciones mixtas no permitidas, y ahora, además de nosotros, existen unas cuantas familias más en el mundo que, desafortunadamente, sufren las consecuencias. Son muy pocas, pero están ahí. Ocurrió en algún momento, y ya no hay vuelta atrás. Pero ni se te ocurra acusarme de frívola con este tema. La familia lleva más de veinte años contribuyendo con cuantiosas donaciones anónimas a la investigación del síndrome, como tú lo llamas, pero lamentablemente, no parece que se vaya a encontrar tratamiento a corto plazo.

—Tergiversas la realidad como te da la gana para justificar tus planteamientos morales. Estás como una jodida cabra.

—David, escúchame, por favor—. Sabina Elguea pareció salir durante un momento de aquel trance en el que parecía haber entrado desde que había comenzado a contarle a David todo aquello. —Lo admito, de verdad. Lo digo de corazón. Sé que durante siglos nuestros antepasados han interpretado lo que no entendían como si fuera un don que nos fue otorgado por el que habita en la montaña. Tal vez fuera una manera de tratar de explicar aquella maldición y sobrevivir al terrible dolor que supone para los que la padecen y quienes les rodean. ¿Cómo podía un pueblo elegido por su dios sufrir un mal de aquellas características? Por suerte, la ciencia ha ido demostrando que esto que nos afecta es una terrible enfermedad hereditaria. Pero, ¿en qué cambia eso? El caso es que, coincidencia o no, esa alteración ha permanecido en nuestra sangre y se ha transmitido de generación en generación. Muchos científicos defienden que el origen de la mutación es mucho más reciente, y yo no soy quién para llevarles la contraria. Posiblemente, eso que tú has llamado Síndrome de Insomnio Familiar Fatal sea algo parecido a lo que nosotros padecemos, pero a la vez totalmente diferente. Fíjate en la abuela Véspero, ahí la tienes, y empezó a sufrir los primeros síntomas hace décadas. Nadie permanece con vida tanto tiempo. Desde luego nuestra familia jamás se ha prestado a someterse a ningún tipo de análisis científico, sería demasiado peligroso para todos nosotros. Puede que lo que le afecte a esas personas que no forman parte de nuestra familia sea algo totalmente distinto que surgiera más tarde que lo nuestro. En cualquier caso, ni tú ni yo ni ningún miembro de esta familia tiene la culpa de lo que esas personas padecen, ni del sufrimiento de sus familiares. ¡Ojalá todas las enfermedades raras tuvieran la repercusión mediática suficiente como para conseguir inversores que financiaran su investigación! Pero por desgracia eso no suele ser lo frecuente.

—No intentes convencerme. No quiero pertenecer a esto que tú llamas familia. No sois una familia, no sois ningún linaje antiguo que se remonta a hace milenios. No sé cómo ni quién comenzó todo este disparate, ni como ha pervivido en el tiempo. Te voy a decir lo que sois. Sois una panda de lunáticos, una puta secta que juega con cosas tan delicadas como lo es una enfermedad de este tipo.

—David, no te quedes solo con eso. Ya te he dicho que esa parte de la historia te reconozco que puede tratarse de una forma que tuvo nuestro linaje de enfrentar el sufrimiento causado por esta enfermedad. Pero eso no es lo más importante. Defendemos un gran legado, sí, pero no somos los únicos. Hay otras familias en el mundo poseedoras de esta verdad. La mayoría de ellas vigila sus puertas cumpliendo con gozo el legado de sus ancestros, pero muchas otras pretenden hacer un mal uso de ellas o ponerse del lado que no deben. Nuestra profecía, nuestra tradición familiar, llámalo como quieras, coincide con la de otros linajes repartidos por el mundo, y todos hablan de

lo mismo, de que nada es eterno, que todo es un viaje de ida y vuelta, y que todo se repite. Las puertas están constantemente abriéndose y volviéndose a cerrar. Lo peligroso es cuando una de ellas queda demasiado tiempo abierta, y entonces, todo puede acabar en un segundo, y volver al principio. Los que estaban antes pueden volver, pero en ningún caso ellos y nuestro mundo, tal y como lo conoces ahora, podemos cohabitar a la vez.

—¿Estás tratando de decirme que hay una red de familias a lo largo de este planeta poseedoras de ese secreto?

—Así es, pero no todas pensamos lo mismo sobre cómo manejarlo. Ahí reside el problema. El linaje de los Bechs también lo conoce, pero, para que puedas entenderlo, por algún motivo que desconozco, un día se quedaron sin el acceso a su puerta, que permanece cerrada desde entonces. Su afán no es otro que el de tratar de arrebatar el control sobre otra de las puertas, para recuperar el poder que perdieron.

David recordó las palabras de Ander plasmadas en las anotaciones en las que le explicaba las conclusiones a las que había llegado tras analizar el contenido del CD de Tomás Benguría. ¿Sería acaso el río Waal una puerta de acceso a ese secreto al que se estaba refiriendo su tía? “HEILIGEWAAL”, la contraseña inventada por Benguría para proteger el CD significaba precisamente “el río sagrado”. ¿Una coincidencia? ¿Acaso Tomás había llegado a descubrir qué tipo de familia eran realmente los Bechs? Desechó la idea. Era imposible que Tomás Benguría hubiera llegado tan lejos en sus deducciones. No tenía ni la más remota idea del conocimiento sagrado. Con toda seguridad Benguría se había quedado en la parte más superficial de la trama, y simplemente había llegado a la conclusión de que los Bechs trataban de encubrir el horrible crimen en el que William Dik se había visto implicado torturando y asesinando a aquella pobre chica. Probablemente Tomás había concluido que la propia familia Bechs conformaba una especie de grupo clandestino de psicópatas racistas.

Pero los Bechs no eran una secta de ese tipo. De serlo, jamás habrían aceptado contar con alguien de la raza de Sharon Van Roden como miembro destacado de Artechnia. Ni siquiera los HBVB, el grupo de música al que había pertenecido el joven Wilfried Dick, formaban parte de una secta segregacionista, tal y como aseguraron en su día las investigaciones policiales holandesas. No. Aquello iba mucho más allá. Si Sabina tenía razón, la familia de los Bechs formaba parte de aquel submundo de linajes antiquísimos conocedores de la verdad.

—Déjalo, Sabina, has intentado durante años que volviera para seguir comiéndome la cabeza con todas estas majaderías. Pero asúmelo, has fracasado. No quiero saber nada de esto. Bastante tengo con la incertidumbre de no saber si yo seré uno de los siguientes afectados por tu maldito don de la vigilia. Igual es que yo he visto más mundo y tengo la mente más abierta, pero creo que os realimentáis los unos a los otros contándoos y creyéndoos esta sarta de fábulas mitológicas que no tiene ni pies ni cabeza. Me da absolutamente igual que existan otras familias que crean en las mismas chorradas, y que nosotros seamos ahora mismo la clave para salvar el mundo. ¿Pero tú te oyes? Estás para que te ingresen. ¿Sabes lo que creo? Que lo único que pretendes es vengarte. Pero no vengarte del genocidio de nuestros supuestos ancestros ocurrido hace más de dos mil años. Lo que tú quieres es vengarte porque has perdido los mejores años de tu vida, porque has malgastado tu tiempo creyéndoos estas supercherías y ahora que ves la muerte cerca, no soportas la idea de no haber sido feliz, de no haber encontrado el amor, tal vez hijos... Aunque pensándolo

mejor, has hecho bien en no seguir transmitiendo a tus descendientes esta condena. Eres una amargada y quieres vengarte de esta carga que llevas soportando durante años por culpa de todas estas supersticiones. Es tan grande el rencor que tienes por haberte obligado a ti misma a creer en todo esto, que lo único que pretendes es descargar tu resentimiento en el que ha de seguir tu legado de pacotilla. Y me temo que pretendes que sea yo.

—David, por favor, no te vayas —rogó ella mientras él se alejaba por el pasillo hacia la puerta de la entrada—. Debes salvaguardar nuestra herencia familiar y custodiar lo que reside en el cofre que te envié a casa. Está en tu sangre, no puedes escapar de ello. Sé que me crees. Admítelo. Sé que en el fondo de tu corazón sabes que todo esto que te estoy contando es verdad. Siempre lo has sabido.

—¡Basta ya, Sabina! Olvídate de mí, ¿entendido? Yo no soy tú. ¿Qué pretendes enviándome esa maldita caja a mi casa? Eres una ingenua si piensas que esos que tú quieres convertir también en mis enemigos no saben nada de quién soy yo, y que van a permanecer impasibles y no van a intentar investigarme, o quizás algo peor, solo por el mero hecho de que yo sea uno de esos que llamáis “mestizos”. Un indigno. Sí, eso es lo que soy. ¿Qué te hace pensar que no hayan seguido la misma estrategia que tú aceptando gustosamente mi candidatura en Artechnia y no sepan perfectamente a qué familia pertenezco? Esto que estáis haciendo, que tú estás haciendo, es casi peor que lo que se le hace a una rata en el laboratorio, porque al menos ella no es consciente de que está siendo objeto de un cruel experimento. ¿Es que no ves que además estás poniendo en peligro a Anne? Pero eso a ti te da igual, ¿verdad?—. Sabina le miraba en el más absoluto de los silencios. —Además, no te has parado ni siquiera un minuto a pensar en lo ridícula que es tu estrategia. ¿Cómo se te ocurre mandarme el cofre a través de una empresa de transporte? Si tan importante es lo que contiene, ¿cómo te atreves a enviármelo de una manera tan ordinaria? Te arriesgas a que se extravíe, se rompa, o incluso a que cualquiera pueda abrirla. No tiene sentido.

—David, yo...—. Sabina dudó, como si temiera darle una explicación coherente de toda aquella treta. David captó un destello de arrepentimiento en la mirada de su tía, como si en ese momento se estuviera percatando del daño que le estaba haciendo con todo aquello. Y entonces David lo vio claro. Sabina no le había dicho toda la verdad acerca de su estrategia. Era evidente. Y no podía terminar de creérselo. Desde luego aquella familia había sobrepasado el límite de la locura hacía mucho tiempo.

—No mandaste el cofre a través de ninguna empresa de mensajería, ¿verdad? Fue el primo Adrián, ¿no?. Y yo dejándole entrar en casa como si nada. Se portó tan bien conmigo cuando le dije que me iba a mudar a Bilbao... ¿Cómo he sido tan imbécil de no darme cuenta antes! Anne me dijo que fue Adrián el que le dio el paquete con el cofre porque, según él, un mensajero había intentado entregarlo en casa y finalmente se lo había dejado a él. Ahora lo entiendo todo.

—David, déjame que te explique...

—¿Cómo has podido convencerle para ayudarte, Sabina? Mucho han tenido que cambiar las cosas para que Adrián haya accedido a colaborar contigo. Te aborrecía. Eras el principal obstáculo para que lograra hacer con su vida lo que realmente quería. Desde que se dejó el pelo largo, se lo tiñó de rubio y empezó a ensayar con su grupo de rock intentaste por todos los medios cortarle las alas y que volviera a tu redil. Le pusiste muchos más impedimentos que su propio

padre, el tío Alejandro, que ya es decir. No sé cómo te las arreglas, pero al final la gente termina odiándote. Y no me extraña. Algo grande le has debido de prometer para que haya decidido estar de tu parte. Ahora entiendo cómo conseguiste hacerte con mis números de teléfono. Te los dio él, ¿verdad?

—Lo hemos hecho por tu bien, David. Adrián es un cabeza loca, pero sabe perfectamente a qué familia pertenece y cuál es legado que hemos de proteger entre todos. Fui yo la que le sugerí que se acercara a ti. Yo me encargué de encontrar un edificio en Bilbao que reuniera unas mínimas condiciones de seguridad y que tuviera dos pisos a la venta en la misma planta. Adrián tenía que estar muy cerca de ti. Antes de que tú llegaras hicimos unas cuantas reformas para dejarlo todo a punto. Tu primo ha sido educado para servir a los intereses de la familia. A diferencia de ti, que te fuiste de mi lado demasiado temprano, Adrián comprende perfectamente cuál es nuestro destino. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Debía vigilarte, velar por tu seguridad e informarme de todo. Y sobre todo, debía contribuir a mantener a buen recaudo el cofre. Lo dispusimos todo para que, en la medida de lo posible, fuera seguro el que tú tuvieras la llave. Tú eres quien debe defenderla, lo siento dentro de mí. Todos lo sentimos así. Estás destinado a sucederme cuando yo me haya ido. Lamentablemente, no contábamos con que tu querida novia viniera a vivir contigo a Bilbao a entorpecerlo todo.

—Mientes. No te creo, Sabina. ¿Así que Adrián acepta sin más ser mi perro guardián? ¿A cambio de nada? No te lo crees ni tú. Adrián es un cabeza loca, sí, pero, aunque tú no quieras aceptarlo, es un espíritu que vuela libre. Ni tú, ni yo, ni nadie, puede someterle. Solo se me ocurre una cosa que pueda doblegar su voluntad. El dinero. Dime qué le has prometido, no me mientas. Apuesto a que tiene que ver con tu herencia ¿Se lo vas a dejar todo a él, verdad? Es eso.

—¿Cómo puedes pensar una cosa así? Sabes perfectamente que tú eres como mi hijo, mi único heredero. *Maite haut, laztana* —le dijo apoyando sus manos en los hombros de David. Su sobrino había crecido con el paso de los años, pero aún así, ella le sacaba más de una cabeza.

David se le quedó mirando. Aquellos tres vocablos que su tía acababa de pronunciar le retrotrajeron a aquellos primeros años de su infancia, cuando su vida en Lacaverna era la de un niño feliz que adoraba a la que él creía que era su madre. Aunque en aquella época el euskera no era ya prácticamente hablado en esa zona del sur del País Vasco, los Elguea siempre se habían comunicado entre sí usando aquel complejo idioma. Había llegado a ser bilingüe, pero David ya no recordaba prácticamente nada de esa lengua. Aquello había sucedido hacía demasiado tiempo. Hacía años que no había vuelto a tener un contacto tan directo con ella. Ni siquiera cuando Anne había comenzado a interesarse por ella en Inglaterra, había mostrado el más mínimo interés por volver a aprenderla. Le recordaba demasiado a todo lo que había querido dejar atrás.

—Déjalo Sabina. Ahórrate tus palabras zalameras. Hace ya tiempo que olvidé el euskera—. Sabía perfectamente que su tía le acaba de decir que le amaba, pero no quería hacerle concesiones. —En cuanto llegue a Bilbao te enviaré de vuelta tu dichoso cofre. No quiero saber nada de él, ni de ti, ni de todos esos lunáticos de los que te rodeas. Estaba pletórico pensando que podía asegurarme mi futuro en una empresa tan importante como Artechnia y resulta que todo ha sido una farsa, una puta artimaña tuya y vete a saber si también de los Bechs. Me has jodido bien, Sabina. Déjame vivir mi vida con Anne, y aléjate de nosotros, ¿entendido? Quédate ahí

puđriéndote con tus fábulas de vieja y espera sola a que alguien te cuente la parte de la moraleja. Si es que estás viva para entonces.

David salió del caserío dando un portazo y, en cuanto estuvo fuera de la finca, echó a correr hacia donde había aparcado el coche. Aunque le costaba aceptarlo, en el fondo de su alma sentía que su tía no le había mentido, que toda aquella locura, por muy disparatada que fuera, era real, o al menos aquellas personas, incluida su propia familia, así lo creían. David había mentido a Anne al contarle que Sabina estaba enferma de cáncer. No podía decirle que lo que realmente le sucedía era que había comenzado a tener los primeros síntomas de aquel maldito insomnio letal que muchos miembros de la familia habían padecido, incluida su madre. Él mismo podía ser el siguiente. No quería preocuparla.

Pero, al parecer, no sólo Anne había sido víctima de un reciente embuste. Pensó en Adrián. Su primo le había engañado vilmente. Se acordaba perfectamente de aquella llamada de Adrián semanas antes de que David llegara a Bilbao. Adrián se había mostrado especialmente amable, lo cual no era muy habitual en él, haciéndole creer que había acudido a él buscando el apoyo que no encontraba en el resto de la familia. Recordaba cómo le había contado sus planes para mudarse desde Inglaterra a Bilbao porque había conseguido superar el proceso de selección de personal de Artechnia, y cómo él le había ofrecido vivir en el piso ubicado enfrente del suyo y que supuestamente utilizaba como oficina para su grupo de música. Así que todo había sido idea de Sabina. Como siempre, urdiendo sus planes en la sombra. ¡Qué ingenuo había sido al pensar que había sido capaz de escapar de sus garras todos estos años! Al final había conseguido lo que pretendía, que volviera de Inglaterra y se enfrentara de una vez a lo que ella creía que era su misión en la vida. Arrancó el coche y pisó el acelerador a fondo. Sabía que aquello no había acabado, pero esperaba que la tregua durase lo máximo posible.

57.

Anne Wellington había intentado ponerse en contacto con David varias veces desde que había escuchado la noticia a primera hora de la mañana en el programa matinal de la radio mientras desayunaba, pero el teléfono de él continuaba apagado desde la noche anterior. David había tenido que hacer un viaje imprevisto de trabajo a Madrid, justo el día después de que su compañero Ander había tenido un terrible accidente de tráfico que a punto había estado de costarle la vida. Cuando aquella tarde David la había llamado para comunicarle que tenía que quedarse un día más en la capital, lo había notado destrozado. Ella sabía que tenía aprecio por Ander. Era una de las pocas personas con las que había tenido tiempo de intimar en Artechnia.

No sabía cómo iba a encajar otra trágica noticia ni hasta qué punto podía llegar a conocer a aquella mujer, pero su nombre sí que había salido durante aquella cena en aquel fabuloso restaurante vegetariano en el que habían cenado hacía unos días. Inés San Juan había aparecido muerta en el portal del bloque de apartamentos en el que vivía, en Atxondo. Según dijeron en el programa, era una persona muy popular en la localidad e incluso había sido concejala del Ayuntamiento hacía unos años. Un vecino había descubierto su cadáver junto al ascensor del edificio cuando regresaba a casa después del turno de noche. De acuerdo a las primeras informaciones, la mujer se había precipitado por las escaleras y se había partido el cuello durante la caída. Seguramente se había resbalado con los orines de un perro, ya que parecía tener restos de micciones de algún animal por diferentes partes del cuerpo. El vecino que la había encontrado había sido entrevistado por la presentadora del programa, sin revelar su identidad. Al parecer, no era la primera vez que se encontraba a Isabel con alguna que otra copa de más encima, así que tampoco le había extrañado mucho que la mujer hubiera resbalado. La mala suerte había querido que la caída tuviera consecuencias fatales. Otra de las vecinas afirmaba que durante la noche había oído ruidos extraños que parecían provenir de casa de la secretaria, como si se tratara de extraños gruñidos emitidos por algún animal, aunque finalmente había llegado a la conclusión de que no era más que el sonido de las viejas cañerías. Se había abierto una investigación pero todo apuntaba a que se trataba de un trágico accidente. Tal vez lo más recomendable sería esperar a que David volviera del viaje para contárselo, probablemente la noticia no saldría de los medios locales. Anne no estaba muy unida a David últimamente, pero no soportaba verle sufrir. Sabía que aquella noticia le afectaría. Quizá si no hubiera ocurrido lo del accidente de Ander, la cosa sería diferente, pero tenía claro que aquello le iba a entristecer aún más.

Miró el reloj de la cocina. No había calculado bien. Se había levantado demasiado temprano, aún tenía tiempo antes de salir de casa. Entró en el cuarto donde David tenía su ordenador, que seguía encendido. Era extraño que él no lo hubiera apagado antes de irse a Madrid; siempre tenía bastante recelo respecto del aparato. El día anterior había cerrado la bandeja para los discos compactos que David se había dejado abierta, pero se le había olvidado apagarlo. Se sentó en la

silla, y cuando estaba a punto de pinchar con el ratón en el icono correspondiente, se decidió a abrir el navegador de Internet que usaba David. Éste había borrado todo el historial y eliminado las *cookies*. Por un momento había tenido la esperanza de conocerle un poco mejor rastreando las *webs* que solía visitar, pero aquella ilusión se había desvanecido enseguida. Su correo electrónico estaba protegido con una clave y no tenía guardada ninguna página en la barra de marcadores. Se levantó de la silla. ¿Cómo había sido capaz de intentar violar la intimidad de David de esa manera! Si se enteraba David, no se atrevía ni a imaginar su reacción. Se dio media vuelta con ánimo de salir de aquella habitación, pero un sonido volvió a captar su atención. Sobre la pantalla había aparecido una notificación emergente asociada a alguno de los programas que David había instalado. El icono del mensaje le resultó curioso. Se trataba de un corazón en el que la parte superior simulaba ser los pechos de una mujer. Porno. Seguro que se trataba de alguna página para adultos. Dudó si abrirlo. Pero lo que había comenzado como una mera curiosidad pronto se transformó en una tentación imposible de resistir. No podía dejar de preguntarse una y otra vez qué clase de películas eróticas veía David y qué tipo de cosas eran las que le excitaban. Hizo clic varias veces sobre el mensaje pero no hubo manera. Era necesaria una clave para poder acceder al contenido. Buscó el nombre de la aplicación en Internet y descubrió que se trataba de una red social de contactos sexuales. “Contact U”, leyó mentalmente. ¿Acaso David estaba viéndose con otras mujeres?

Probablemente todo se trataba de un simple juego que le excitaba y le daba morbo. ¿O no? ¿Le estaba siendo infiel? Comprobó una vez más lo poco que conocía al David de verdad, al David auténtico. Y tuvo que reconocer que ya no confiaba en él. Al menos no como antes. Simplemente le era imposible. En los últimos tiempos él había dado algún paso hacia adelante; por ejemplo, cuando le había llevado a conocer a la tía Sabina. Pero Anne tenía la sensación de que era mucho más todo lo que les hacía retroceder como pareja. Demasiado ya. No estaba segura de si lo que acababa de ver significaba que él la pudiera estar engañando, pero definitivamente el que ella tuviera la duda no era buena señal. Estaban edificando su futuro sobre arenas movedizas, y, por lo que a ella concernía, no tenía nada claro ya si valía la pena seguir adelante.

Intentando borrar de su cabeza la imagen de David acostándose con otra, se fue al cuarto de baño. Jamás se había duchado con agua tan caliente. Tuvo la momentánea ilusión de que el dolor provocado por la temperatura del líquido sobre su piel podía hacerle olvidar el dolor que le suponía el tener que admitir que su relación con David hacía mucho que no iba bien. Los últimos acontecimientos tampoco iban a ayudar mucho a mejorar la situación. Lo que había descubierto en la biblioteca de la Fundación la tenía desconcertada. No dejaba de darle vueltas. Se puso el albornoz y se dirigió al armario de la entrada. Quería ver otra vez el cofre que la tía Sabina le había enviado a David desde Laguardia. A diferencia del otro que había visto dentro del armario del dormitorio de la casa de Sabina, no recordaba que éste tuviera trazado el dibujo del círculo y la estrella de ocho puntas en ninguna de sus caras. Aún así, quizás se le había pasado algo por alto que no había apreciado en su día. Abrió el cajón que tenía el doble fondo donde David lo había escondido, pero esta vez la trampilla no cedió. La golpeó con la mano, pero no se atrevió a emplear demasiada energía, por si estropeaba el mecanismo. Volvió a intentarlo un par de veces pero fue imposible. Se puso de pie y movió ligeramente el mueble. Quizás así podía lograr que se

desencajara. Nada. Se le estaba agotando la paciencia. Tenía que ver el dichoso cofre. Sin pensar mucho en las consecuencias, comenzó a zarandear violentamente el armario, haciendo uso de toda la fuerza que fue capaz de reunir, hasta que dos de los cajones salieron despedidos y cayeron al suelo provocando un gran estruendo. Se paró en seco. Rezó para que no se hubiera roto nada. Los observó en la distancia. No parecía que se hubieran dañado. En silencio, pensó unos segundos qué se supone que iba a tener que contar a David en caso de que realmente sí se hubieran estropeado. Mientras lo hacía, le pareció escuchar un sonido en el descansillo de la escalera. Permaneció atenta unos segundos procurando no hacer ruido. Otra vez. Había alguien ahí fuera. Se descalzó con cuidado y se acercó con sigilo a la puerta. Observó a través de la mirilla que, efectivamente, la luz, que se activaba con un sensor de presencia, estaba encendida, y, lo que era más curioso, la puerta de la casa de Adrián estaba abierta de par en par, pero no había rastro de él. Siguió mirando. El primo de David seguía sin aparecer. De repente, una sombra cruzó por delante de su campo de visión y a punto estuvo de gritar del susto. Contuvo la respiración como pudo y siguió mirando, sin atreverse a moverse. Se trataba de Adrián, que hasta ese momento había permanecido, como ella, en el más absoluto de los silencios, al otro lado de la puerta. Le vio alejarse lentamente hacia su casa, sin dar la espalda al ático de David. Al llegar al umbral de su puerta, se detuvo unos segundos más, expectante. En la mano derecha, empuñaba una extraña daga de enormes dimensiones. En la mano izquierda sostenía lo que parecía la llave del piso de David. Sin hacer apenas ruido, entró en su casa y cerró la puerta.

Anne permaneció unos minutos más en aquella postura, sin atreverse a moverse. ¿Qué significaba lo que acababa de ver? Siempre había pensado que el primo de David era raro, además de un maleducado, pero aquello nunca lo habría esperado de él. A saber lo que pretendía ese pirado con aquel puñal. Tenía que hablar con David. No podía dejarlo pasar. Temblando aún de miedo, tragó saliva, y volvió a colocar los cajones en su sitio. El que ocultaba el cofre de la tía Sabina no se había movido. Intentaría acceder a él en otro momento.

Recibió la llamada de Alicia Rández mientras se dirigía al hospital de Cruces. Acababa de salir de la comisaría de la ertzaintza para prestar declaración en relación con Ismael García, que ya había sido puesto a disposición judicial. Tenía varias llamadas perdidas de Anne, pero no tenía humor para hablar con ella en ese momento. Le había dicho que estaba de viaje en Madrid y se suponía que hasta la noche no llegaría a Bilbao. Se sentía culpable por haberla mentido descaradamente, pero ahora no había vuelta atrás. Le mandaría un mensaje más adelante. A Alicia Rández sí le respondió, aunque hubiera sido mejor haberla ignorado, porque lo que le había contado le había amargado el día. Inés San Juan había aparecido muerta en el portal de su casa. La noticia la habían dado varios medios de comunicación locales, que resaltaban su labor como concejala de cultura al frente del Ayuntamiento de Atxondo. En el poco tiempo que llevaba en Artechnia, los rumores acerca de la predisposición al contacto sexual y a la afición por el vino de Inés San Juan habían sido constantes. Seguramente ambos tenían parte de verdad, pero sin duda eran desmesurados. Él no había hecho nada por tratar de discernir si se correspondían o no con la realidad, y tenía que reconocer que el poco trato que había tenido con ella siempre había sido desde la curiosidad y el morbo, dejándose llevar por todos aquellos prejuicios. La prensa afirmaba que se trataba de un triste accidente, se había caído bajando las escaleras del edificio. Alicia Rández así lo creía también, pero David no las tenía todas consigo. En cualquier caso, prefería pensar que con Ismael García en la cárcel, probablemente la versión del accidente era la verdadera.

Mientras el ascensor le llevaba a la planta donde se ubicaban las unidades de vigilancia intensiva, David volvió a recordar la discusión con la tía Sabina de la noche anterior. Estaba completamente loca. Siempre lo había pensado, pero la última conversación con ella se lo había dejado bien claro. Vivía en una fantasía perpetua. Había deformado hasta tal punto la realidad que se creía protagonista de una supuesta profecía que se había ido transmitiendo verbalmente dentro de la familia desde hacía siglos. Sintió pena por ella. La soledad que ella misma había elegido le había llevado hasta ese punto. Lo que no estaba dispuesto es a dejar que intentara hacer lo mismo con él. Por eso en su día había tenido que huir de Lacaverna. Ahora había regresado, pero ya no era un niño que alguien pudiera manipular tan fácilmente. Ahora sabía lo que quería y si ello implicaba el enfrentarse a su tía estaba dispuesto a librar la batalla. Sabina había estado a punto de convencerle de que todas aquellas supersticiones eran reales, pero se negaba a aceptarlo. Una cosa era que los Elguea y a saber cuántas familias más en el mundo creyeran que todo eso era cierto, y otra muy distinta que aquello fuera real. No pensaba caer en aquella histeria colectiva que se había adueñado de la familia. Tal vez no fuera mala idea ver qué era lo que su padre quería de él. La señora Rosa había intentado por todos los medios que David aceptara su invitación para reunirse con él. Quizá su progenitor estaba arrepentido y lo único que quería era pedirle perdón por todos estos años de abandono. Sí, le había sustentado económicamente, pero de la misma

forma que uno tiene una casa de verano a la que nunca va y contrata a unos guardeses para su mantenimiento. Así es como se sentía David, como una posesión más del todopoderoso Ruud Vanner.

Pensó en Anne, a la que en los últimos tiempos había ido apartando poco a poco de su vida, a pesar de convivir bajo el mismo techo. Sentía que le debía todo. Al fin y al cabo ella era la que siempre había estado ahí en los malos momentos. Incluso le había salvado la vida en el lago Windermere. No había querido meterla en todo el embrollo de la investigación de la muerte de Tomás Benguría, pero ahora se preguntaba si había merecido la pena. Seguramente no había servido para evitar ponerla en peligro, y lo único que había logrado era alejarla y alejarla cada vez más de él. Su vida era un galimatías ahora mismo y no sabía bien cuál era el rumbo que tenía que tomar. Estaba claro que tenía que hablar con esa tal Lourdes del Río, la novicia confidente de Tomás Benguría. Se preguntó cómo habría llegado hasta ella el jefe de prensa. Probablemente, la foto en la que ella salía retratada junto a la residencia de La Sagrada Misericordia había sido clave para localizarla. Pero, ¿por qué había acudido a ella? ¿sabía algo más de aquella mujer? ¿quizás había descubierto que ella se encontraba en peligro? Lo que no acertaba a entender era por qué había confiado en ella. ¿Quién era realmente Lourdes del Río? ¿Y si se habían equivocado totalmente? ¿Y si Tomás no le había llegado a contar nada acerca de los Bechs? No. Era imposible que fuera casualidad que las iniciales de ella, Sor Juana, estuvieran anotadas en la hoja de cuaderno que había encontrado Ander. En ese papel, además de las iniciales S. J., había anotadas una serie de fechas que coincidían exactamente con las fechas que aparecían en la agenda que había descubierto Alicia Rández. Sin olvidar que en esa agenda se reflejaban asimismo varias claves de acceso a diferentes partes restringidas del servidor de Artechnia a las que Tomás Benguría no tenía en principio acceso y que, con toda probabilidad, le permitieron descubrir aquellos archivos con las fotos y el libro de actas de los Bechs que alguien, intencionadamente o no, había dejado colgados allí. Sor Juana, Lourdes del Río, era la clave. Lo que era innegable era que la foto de la novicia aparecía en el CD en el que Benguría había reunido todo lo que había descubierto de los Bechs. Ella era el camino más directo que tenían para intentar averiguar si esa familia estaba o no detrás de la muerte de Tomás y del intento de acabar con Ander. Si aquellos cabrones pirados se creían también elegidos por el universo para perpetuar su linaje demencial, él se encargaría de pararles los pies y de hacerles pagar lo que habían hecho. Le daba rabia hacerle el juego a Sabina, pero no tenía más remedio. Ander no se merecía lo que le había pasado y él no había puesto empeño suficiente en protegerle. Si además toda aquella historia sin sentido le implicaba a él personalmente, no se podía permitir el lujo de quedarse parado. Eso sí, no iba a permitir que Sabina le dijera lo que tenía que hacer. Lo haría a su modo. Tal vez la tía Sabina no fuera el único miembro rencoroso de la familia. Lo que sentía David en estos momentos no podía calificarse de otra manera. Ira. Deseo de venganza. Se lo debía a Ander.

59.

La encontró en la planta baja del Mercado de la Ribera, tal y como le había dicho Jon Arkaute, comprando su ración diaria de pescado fresco. Anne había llegado a las ocho y media de la mañana y había tenido que esperar casi dos horas hasta que la vio aparecer. Aprovechó el frío que llevaba instalado en la ciudad desde el lunes para ponerse un abrigo y un gorro de lana, y así pasar más desapercibida. Se sentía como una espía vigilando a un objetivo. En el fondo eso era exactamente lo que estaba haciendo. Por nada del mundo quería que se le escapase. Cuando salió del mercado con la cesta de la compra, la siguió con cautela unos metros por detrás de ella, mientras recorrían la calle Artekale del casco viejo de Bilbao, no muy lejos de donde se ocultaba la biblioteca de la Fundación. Begoña Argenta giró la cabeza cuando ya se acercaba al final de la vía, como presintiendo que la estaban siguiendo. Pero Anne tuvo suerte y pudo camuflarse entre un grupo de turistas que, mapa en mano, trataban de localizar la catedral de Santiago. Su teléfono móvil comenzó a vibrar. Era la tercera vez que Mechero intentaba hablar con ella esa mañana, pero aún no le había devuelto las llamadas. Apagó el móvil. Ya hablaría con él más tarde.

Muy cerca de la iglesia de los Santos Juanes, la jardinera se detuvo frente a uno de los portales, sacando un enorme manojito de llaves del bolsillo de su chubasquero. Tuvo que dejar las bolsas con el pescado en el suelo, hasta que encontró la llave con la que se accedía al edificio.

—Hola Begoña —le saludó Anne cuando ya había introducido la llave en la cerradura. Begoña Argenta trató de disimular, en un vano intento por continuar su camino calle abajo, pero finalmente pareció cambiar de opinión. Era ridículo. Se notaba perfectamente que aquella era su casa.

—Buenos días, Anne, ¡qué casualidad! —le respondió.

—¿Fuiste tú, verdad? —le preguntó Anne, haciendo ver que no estaba dispuesta a dejar que la jardinera se fuera por las ramas.

—¿A qué te refieres, cariño? —dijo Begoña, sorprendida.

—Tú eres la que está detrás de mi elección como miembro de la Fundación Petunia. Eres la persona que ha diseñado toda esta trama para que yo forme parte de esta organización.

—Calla, insensata —le dijo la jardinera mirando hacia ambos lados de la calle por si alguien había escuchado las palabras de Anne. —Vamos, sube, y en casa hablamos de lo que quieras, pero hazme el favor y cierra el pico. Nunca sabes quién puede estar escuchando.

La casa de Begoña Argenta estaba conformada por dos pisos que habían sido unidos tras tirar abajo dos de los tabiques que originalmente los separaban. Era una vivienda antigua totalmente interior, cuyas ventanas daban a los tres pequeños patios con los que contaba el edificio. Una moqueta verde, algo desgastada en algunos tramos, cubría todo la madera del suelo. Anne sintió

los crujidos a su paso mientras caminaban en dirección al salón. La jardinera fue a la cocina, para meter el pescado en el frigorífico. Al volver, le invitó a Anne a sentarse en el sofá, mientras ella hacía lo propio en una de las butacas, tapizada también de verde, de similar tono al de la tela que cubría la caja de la persiana de la ventana y muy parecido al de la moqueta.

—Juan Mari no tardará en volver, así que no tenemos mucho tiempo. ¿Qué es lo que me has dicho en la calle? ¿Cómo has llegado a esa conclusión? —le preguntó, mientras limpiaba con su blusa el cristal de las gafas de montura dorada con las que siempre adornaba su rostro.

—Cuando nos echaste la charla a Mechero y a mí en el invernadero recordándonos que no podíamos desobedecer las normas de la Fundación, dijiste que habías hecho verdaderos esfuerzos para convencer a los Mayores para que no me echaran, pero que no siempre podrías hacer lo mismo. Que estabas convencida de que yo era la persona idónea para formar parte de Petunia. Al principio pensé que lo decías porque me habías cogido cariño. Como tú habías sido la que me había hecho la entrevista, te lo estabas tomando como algo personal para tratar de defender mi posición dentro de la organización.

—Y así es, cariño —dijo la jardinera.

—No mientas, Begoña, sé que hay algo más. Eres uno de ellos, ¿verdad? —preguntó Anne.

—¿Qué quieres decir?

—Eres uno de los Mayores.

Begoña Argenta se le quedó mirando sin pestañear, conteniendo la respiración. Anne llegó a pensar que en ese momento su vida podía correr peligro. A decir verdad, sabía muy poco acerca de la Fundación y de los Mayores. Pero si la confidencialidad y el secretismo era uno de los pilares en los que se asentaba Petunia, no quería ni imaginar qué consecuencias podría tener para ella el haber descubierto la identidad de uno de los Mayores.

—No me creo ese interés maternal tuyo en defenderme con uñas y dientes delante de los Mayores como dijiste —continuó. —Sé perfectamente por qué te has asegurado de que la Fundación me fichase. ¿Recuerdas lo que me dijiste? Que yo era un tesoro en bruto, la candidata perfecta. Tú sabías perfectamente quién era yo antes de hacerme la entrevista, ¿verdad?—. Begoña seguía en silencio. —El primer día que tuve ante mis ojos la copia del código 60 en la biblioteca, Jon Arkaute me dejó bien claro que solo él, Lourdes del Río y los Mayores conocían la existencia del libro y que debía mantenerlo en secreto. Luego se añadiría Mechero a la investigación, pero dudo mucho que Mechero pueda manejar los hilos de la organización en la sombra como lo hacéis tú y tus amigos. Cuando nos echaste la bronca por haber sacado la copia fuera del ordenador del invernadero, te referiste al código con total tranquilidad. En aquel momento me extrañó, pero luego lo dejé pasar. Eres uno de los Mayores. Si no, Jon Arkaute te habría mencionado cuando me indicó en la biblioteca quiénes sabíamos de la existencia del libro. No te citó expresamente, lo cual es un poco extraño, ¿no crees?

—¿Ves como yo tenía razón cuando te dije que eres la candidata perfecta para formar parte de la Fundación Petunia? —sonrió la jardinera. —Sí, soy uno de los Mayores. Pero por favor te ruego que esto no salga de estas cuatro paredes, Anne. No sé si Mechero es tan avisado como tú

y también ha captado este pequeño detalle, pero ni Jon Arkaute ni Lourdes del Río tienen idea de que yo soy uno de los Mayores. Al menos eso creo.

—Te guardaré el secreto si me reconoces que tú fuiste la que te encargaste de seleccionarme. Probablemente hasta fuiste tú la responsable de que me llegara aquel extraño *e-mail* citándome para la entrevista en el Café Océano. No creo en las casualidades, Begoña. Siempre me había extrañado que una organización del tipo de Petunia hubiera confiado ciegamente en una chica como yo, extranjera, con estudios, sí, pero... ¿no hay nadie con mi misma formación que sea de por aquí y que perfectamente haría lo que yo hago? No me lo creo. Queríais, querías, que yo entrara a formar parte de la Fundación. Me di cuenta al ver lo que el monje glosador había dibujado en el reverso de la segunda hoja arrancada de la vida del santo, la que correspondía a la última parte que encontró Lourdes. Un círculo negro con una estrella de ocho puntas.

—El símbolo privado de los Elguea Leiva, los actuales descendientes de una de las familias más antiguas de La Rioja Alavesa —dijo Begoña.

—¿Privado? Querrás decir secreto. No he encontrado en ninguna parte que la familia de David tenga ningún escudo de armas.

—No, no lo tiene, al menos de forma pública —continuó Begoña—. Así que habéis encontrado las hojas que faltaban en el manuscrito. Aún no nos ha llegado el informe de Jon.

—¿Por qué Begoña? ¿Me puedes explicar qué tiene que ver mi novio David con el códice 60 y la vida del santo sin nombre? Primero fue lo de mi perro Júpiter, ahora esto. Dime quiénes sois, qué es de verdad la Fundación Petunia. Creo que estoy empezando a perder la cabeza. Estáis consiguiendo entre todos que me vuelva loca. ¿De qué coño va todo esto? —le interpeló Anne gritando.

—¿Se te ha aparecido, verdad? —preguntó de repente la jardinera.

—¿A qué te refieres? —respondió Anne.

—Sabes perfectamente a quién me refiero, cariño. Hay quienes la conocen como La Vieja, otros como La Enlutada. Qué más da. Lo importante es que quien la ve jamás olvida su rostro. Seguro que tú tampoco lo has olvidado.

Anne se quedó petrificada durante unos segundos mientras asimilaba las palabras de Begoña. Volvió a recordar la mirada ausente de la mujer del museo y su último encuentro con ella junto a la casa de la señora Rosa la noche que descubrió a Sabina Elguea bailando desnuda entre las viñas. Un escalofrío le atravesó de arriba a abajo, y el dolor recurrente de estómago que hacía tiempo que no sentía, volvió a hacer acto de presencia. No supo bien si sentir alivio al comprobar que aquella mujer vestida de negro no era fruto de su imaginación, que no era la única que se había topado con ella.

—¿Qué sabes tú de esa mujer? ¿Qué tiene que ver con todo esto?—. Anne estaba a punto de estallar en un ataque de cólera. —¿Qué coño queréis de mí, Begoña?

—Cariño, cálmate —intentó tranquilizarla Begoña—. Eres sumamente inteligente, yo lo sabía desde el momento en que te conocí. Todo se ha precipitado, no deberías haberte enterado tan

pronto. Pero no quieras ver a tu enemigo en quien te tiende la mano.

En ese momento la puerta de la entrada de la vivienda se abrió. Era Juan Mari, el marido de Begoña, que había vuelto a casa. Como si estuviera acostumbrada a mantener la sangre fría en las situaciones más comprometidas, Begoña dirigió rápidamente a Anne hasta la puerta por la que antiguamente accedían las empleadas de hogar y le hizo salir por allí. La joven intentó pedirle explicaciones. ¿Acaso el marido de Begoña no sabía a qué se dedicaba su esposa? Al volverse para preguntarle sobre ello, vio a Juan Mari reflejado en uno de los espejos del estrecho corredor, mientras se quitaba el abrigo. Conocía a ese hombre. Era el anciano que acompañaba a Mechero en el restaurante vegetariano, el mismo hombre al que había visto otro día entregarle un fajo de billetes al muchacho. ¿Qué estaba pasando? No entendía nada. Begoña no le dio opción a tratar de obtener algún tipo de explicación. Simplemente le dijo que confiara en ella, y le cerró la puerta en las narices. Anne salió a la calle consternada. Con las prisas, se había dejado el gorro en el sofá. Maldijo a la Fundación Petunia y a Begoña Argenta mientras caminaba bajo un sirimiri helador en busca de una cafetería donde poder tomarse una taza de mate caliente.

Encendió de nuevo su teléfono móvil. No llevaba andados ni cincuenta metros cuando Mechero volvió a llamarla. Algo importante debía de ocurrir. No era normal que insistiera tanto. Había acordado con Lourdes y con él que llegaría al invernadero de las Torres Isozaki a media mañana, aduciendo que tenía consulta con el médico.

—Dime, pesadito —dijo ella.

—¿Vas a tardar mucho? Lourdes se ha marchado hace un rato a la calle, pero me ha dicho que volvería enseguida —dijo él. —¿Has salido ya del médico?

—¿Qué ha pasado? Me estás asustando con tanta llamada.

—No te lo vas a creer, pero creo que he descubierto algo importante de la vida del santo en lo que no habíamos reparado del todo. Creo que a fuerza de estar contigo se me está pegando algo de tu talento, pelirroja.

—Seguro. Pero vete al grano, anda. Me estoy congelando y quiero entrar a tomarme algo caliente a un bar antes de ir al invernadero. ¿Qué has descubierto?

—He pasado toda la noche dándole vueltas. Esta mañana he ido a primera hora a la biblioteca. Menos mal que la abuela Sofía me ha dejado entrar sin problemas. No estaba previsto en la agenda del día que yo acudiera hoy a la biblioteca. Es la jefa esa mujer.

—Al grano, Mechero —insistió Anne.

—Que ya voy, no me metas presión —contestó él—. Creo que he encontrado la prueba que demuestra mi teoría, aunque me gustaría contrastarla contigo antes de exponérsela a Jon. A Lourdes no le he dicho nada aún.

—¿Y no puedes esperar a que llegue al invernadero? En menos de tres cuartos de hora estoy allí.

—Creo que he descubierto a qué se refería el autor de la vida del santo cuando en el texto escribe que el hombre santo enseñó a sus hijos a hablar con el Señor con la lengua santa venida de los cielos. Estoy convencido de que ese señor, el Altísimo que aparece tantas veces reseñado a lo largo de la narración, es algún tipo de divinidad adorada por el pueblo de los berones.

—Sí, estoy de acuerdo. Yo también he estado investigando ese punto. Puede ser un dios similar al dios Dercetius atestiguado en un ara de San Millán de la Cogolla, que podría vincularse a las sierras de San Lorenzo y la Demanda, en La Rioja —dijo ella.

—Teoría interesante. Es curioso que el monje glosador del Códice 60 perteneciese al monasterio de San Millán de la Cogolla. Aunque, personalmente, más bien creo que el dios al que hace referencia la vida del santo es Tullonius, al que se dedica otro altar en el castillo alavés de Henayo, y cuyo nombre ha quedado en el orónimo actual de la Sierra de Toloño, que forma parte de la Sierra de Cantabria, muy cerca del antiguo poblado de la Hoya. Bueno, el caso es que creo que cuando el autor del texto habla de la lengua venida de los cielos, realmente quiere diferenciar esa procedencia celestial del lugar en el que habita el dios, que no es otro que la montaña. Si te fijas, el monje siempre usa la expresión “*las alturas*” para referirse a la morada del dios. Incluso al propio dios le llama en ocasiones “*el Altísimo*”.

—Me estoy, perdiendo, Mechero. No tengo un día muy bueno hoy, así que por favor, hálbame como si te estuvieras dirigiendo a una niña pequeña —dijo Anne, recordando otra vez el rostro de Juan Mari, el marido de Begoña Argenta.

—Ya voy, ya voy, impaciente. Creo que está claro. Cuando leímos por primera vez lo de que el hombre santo les enseñó a sus hijos a hablar la lengua venida de los cielos, creíamos que se refería a que les enseñó a orar, a rezar a ese dios, a comunicarse con él. Pero creo que estábamos equivocados. He llegado a la conclusión de que el autor sí quería enfatizar el hecho de que efectivamente el hombre bueno les enseñó a sus hijos una lengua, un lenguaje, un idioma concreto, proveniente de los cielos. Insisto que esto no quiere decir que esa lengua procediese de ese dios, sino de otro sitio, un lugar diferente al que el autor denomina “*los cielos*”. Tú misma hiciste una anotación en tu traducción diciendo que te sorprendía que el monje utilizara esos dos términos diferentes, “*los cielos*” y “*las alturas*”, para referirse al lugar en el que habitaba el Señor.

—Creo que se te está yendo la cabeza, Mechero. No entiendo nada... —añadió ella, tiritando de frío.

—El euskera, pelirroja —le interrumpió él.

—¿Cómo?—. Anne se había parado en seco en mitad de un paso de cebra. Tuvo que pitarle un coche para darse cuenta y continuar caminando.

—La lengua que ese dios supuestamente enseñó a los habitantes del poblado era el euskera. Creo que esa lengua forma parte de la herencia cultural de los berones que habitaron el poblado de la Hoya. Con esto no estoy queriendo decir que hablaran únicamente este idioma, pero estoy convencido de que este pueblo atribuía al euskera un carácter casi sagrado, que era un signo distintivo de su identidad desde tiempos remotos. Creo además que esta lengua que el autor califica como procedente de los cielos tiene bastante que ver con la famosa llave sagrada que los

lugareños consiguieron sacar de la aldea cuando fue atacada por los espectros. Acuérdate que al hablarse de la llave en el texto, el monje añade al lado una glosa escrita en euskera que quiere decir “*las palabras sagradas*”. Por eso la información más relevante de todas las glosas que aparecen a lo largo de la transcripción de la vida del santo están redactadas en euskera, Anne. Creo que la relación es clara.

—¿Me estás diciendo que ése es el gran secreto oculto en toda la historia de la vida del santo?

—No sé si es el único gran secreto, pero estoy plenamente convencido de que el propósito del monje que hizo la segunda copia del códice 60 y añadió la vida del santo sin nombre era precisamente ese, preservar ese secreto, ese legado cultural de los berones de La Hoya y probablemente de sus ancestros: el origen de la lengua celestial, el euskera —afirmó rotundamente él.

—¿Y qué me quieres decir, que el euskera que les fue transmitido a los berones y a sus antepasados provenía de los cielos? ¿que procede del espacio exterior?

—Jamás se ha sabido a ciencia cierta cuál es el origen del euskera, Anne. Sólo se sabe que es la lengua más antigua de Europa y que no tiene el mismo origen indoeuropeo que el resto de las que subsisten hoy en día. No está demostrada claramente su relación con ningún otro idioma. No se sabe prácticamente nada de esta misteriosa lengua.

—No hace falta que me lo expliques, Mechero. Aunque no soy una experta, te recuerdo que estoy especializada en el tema. Incluso escribí varios artículos referentes a esto en Inglaterra. Pero de ahí a decir que el euskera lo trajeron los marcianos...

—Yo no he dicho eso, pelirroja. Es una de las posibilidades, pero puede haber más. No sabemos exactamente qué quería decir el monje con la expresión “*la lengua venida de los cielos*”.

Anne permaneció en silencio durante unos segundos dándole vueltas a todo lo que le acababa de contar Mechero. Desde luego, si su teoría era correcta, era perfectamente comprensible que el autor del texto hubiera inventado toda aquella maravillosa alegoría para transmitir ese secreto a las generaciones venideras, esperando que ese conocimiento recayera en las manos adecuadas. ¿Acaso era el monje glosador un descendiente de los berones? Se preguntó si la Fundación Petunia era precisamente el receptor más adecuado para aquella información. Decidió abandonar la idea de tomar una taza de mate y le comunicó a Mechero que no se moviera del invernadero, en veinte minutos se reuniría con él para volver a comentar el asunto, y ver cómo se lo planteaban a Jon Arkaute. Quería ver las pruebas en las que se había basado el joven para llegar a aquella conclusión. De ser cierta, podían encontrarse ante uno de los secretos mejor custodiados en la historia de aquel pequeño territorio del sur de Europa. El corazón le latía a gran velocidad. No podía creerse del todo el hecho de tener el privilegio de haber participado en su descubrimiento.

60.

Ander había conseguido superar la fase más crítica tras la intervención quirúrgica, aunque aún no había despertado del coma. Según le informaron las enfermeras en el hospital, los médicos estaban esperanzados, pero había que ser precavidos, en cualquier momento su estado de salud podía complicarse. Cuando vio a Ander tras el cristal de la unidad de cuidados intensivos recibiendo una visita, sus ojos se humedecieron. Sabía que su amigo había mejorado, de lo contrario los médicos no le hubieran permitido aquel contacto. Contempló absorto cómo la mujer agarraba la mano de Ander y la acariciaba con ternura. Debía de tratarse de su hermana. Junto a ella, Manu Olabe, el marido de Ander, se afanaba en vigilar que los registros de las máquinas que controlaban los signos vitales de Ander fueran correctos, aunque probablemente no entendiera su funcionamiento. No se atrevió a molestarles. Él era el elemento extraño de aquel cuadro y no pensaba estropear la escena. Se marchó del hospital con el corazón reconfortado, pero con la incertidumbre que suponía el que Ander no hubiera aún despertado. Pensó en las terribles secuelas que podrían quedarle si no salía del coma relativamente pronto. En su mente, la imagen cándida de la Presidenta Suzanne Bechs había pasado a convertirse en la viva estampa del diablo. Si aquella familia, clan, o lo que quisieran creerse que eran, estaba detrás de aquello, lo iban a pagar caro.

Se había bajado del metro en la parada de San Mamés y desde allí había cogido el tranvía hasta el Paseo de Uribitarte. Dejó atrás el puente Zubizuri y se detuvo a pocos metros de su destino, contemplando el complejo arquitectónico de las Torres Isozaki. La dirección de Lourdes del Río correspondía a uno de los edificios adyacentes de viviendas. Localizó con la mirada las ventanas de la vivienda. Piso quinto. Tenía que ser ese, no había más que un piso por planta. Memorizó el dato. El frío era intenso, pero no le importó esperar unos minutos más, mientras el sirimiri helador entumecía sus articulaciones. Aquella molesta sensación le hacía mantenerse alerta, como si esperara que la novicia pudiera aparecer en cualquier momento.

Miró a su alrededor. No se veía ni un alma en los alrededores. Dudó si aguardar allí por si veía llegar a la confidente de Tomás Benguría. Tenía el resto del día libre, así que podía esperar el tiempo que hiciese falta. Aunque lo más probable era que a esas horas la mujer estuviera aún en casa. Planificó la estrategia que seguiría con ella. Aquello era un disparate. Seguramente lo mejor sería plantearle la verdad desde el primer minuto, pero tal vez no era tan mala idea continuar con la farsa ideada por Alicia Rández y que tan bien les había ido en la residencia de La Sagrada Misericordia. ¿Hasta qué punto conocería Lourdes del Río la vida personal de Tomás Benguría? En ese momento, le sobresaltó una vibración procedente del bolsillo derecho de su pantalón. Era su móvil. Sacó el aparato y leyó el mensaje que le había llegado. *“Pensaba que no volvías hasta la noche. ¿Qué haces aquí? Date la vuelta, anda ¿no me ves?”* Anne estaba allí. Se giró y la vio acercarse a lo lejos mientras agitaba el brazo en alto, con el teléfono en la mano. David comenzó a

idear cuál sería la respuesta que iba a darle para justificar su presencia en Bilbao y en esa calle en concreto, cuando se suponía que aún estaba volviendo de Madrid. Pero no le dio tiempo a pensar mucho más.

La onda expansiva le hizo caer al suelo mientras un ruido ensordecedor daba paso a una gran columna de humo negro proveniente de la zona de las torres. Cientos de diminutos pedazos de cristal salieron volando. Uno de ellos le hizo un corte profundo en la cara. Aturdido, y con un terrible dolor en los oídos, trató de incorporarse mientras un escozor insoportable le quemaba el pómulo derecho. No podía moverse, le dolía todo el cuerpo. Horrorizado, comprobó que el humo salía del boquete que la explosión había dejado en la vivienda de Lourdes del Río. Las alarmas de los coches aparcados en los alrededores habían comenzado a emitir sus señales acústicas casi a la vez. Pero él no podía escuchar nada. Una gran losa de silencio lo aprisionaba contra el pavimento y por un momento pensó que estaba soñando, que volvía a estar bajo las aguas del lago Windermere, en Inglaterra. Volvía a hundirse hacia las profundidades, incapaz de resistir la presión y salir a la superficie. Sus piernas volvían a estar inmóviles, y la terrible sensación de estar a punto de morir ahogado volvía a hacer acto de presencia.

Pero aquello no era un sueño y no estaba en Inglaterra. Estaba en Bilbao, y acababa de ser testigo de una enorme explosión en la vivienda de la mujer que podía darle alguna pista sobre lo sucedido con Tomás Benguría. Las lágrimas de impotencia inundaron sus pupilas mientras permanecía tendido sobre la acera. De repente sintió el tacto de unas manos palpándole con suavidad el rostro. Pensó en Ander, que trataba de volver a comunicarse con él desde el limbo en el que aún se encontraba. Pero aquellas no eran las manos de Ander. Sabía perfectamente a quién pertenecían. Anne, su preciosa Anne, una vez más, había acudido a rescatarle.

**SOÑADO
POR
BRUJAS**

La Trilogía Insomne 2

Samuel Vernal

© Samuel Vernal, 2017

www.samuelvernal.com

Todos los derechos reservados. No se permite, sin autorización escrita y previa del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ni su incorporación a un sistema informático o electrónico. La infracción de los citados derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual y dar lugar a la aplicación de las sanciones establecidas por la ley.

*Para mis padres y mi hermano.
No hay mejor linaje.*

*“En el año de 1284 en el día de Juan y Pablo
siendo el 26 de junio
por un flautista vestido con muchos colores,
fueron seducidos 130 niños nacidos en Hamelin
y se perdieron en el lugar del calvario, cerca de las colinas.”*

EL FLAUTISTA DE HAMELIN

LEUKEN

Las primeras jornadas de la estación de las flores habían traído consigo el vuelo alborozado de las aves provenientes de las lejanas tierras. Las temperaturas comenzaban por fin a ser agradables después de las interminables nevadas que habían caído sobre el valle cubriéndolo con su grueso y gélido manto blanco. Como si de una gran sierpe mudando su piel se tratara, los bosques y praderas comenzaban a sacudirse el hielo de encima, y los brotes de las hojas rebosantes de euforia verde salpicaban las ramas que hasta hacía bien poco parecían haber perecido para siempre. La vida había retornado, como lo llevaba haciendo desde siempre.

Era un día especial. La nieve se estaba fundiendo muy deprisa y el agua de los manantiales estaba creciendo mucho más rápido que en otras ocasiones. Las fuentes del abismo que discurrían bajo el suelo recogían todo el líquido que a sus hermanas de la superficie les sobraba, y eso implicaba mucho más caudal en la laguna sagrada. Los lugareños habían ido llegando paulatinamente con las primeras luces del alba y habían ido ocupando las mejores posiciones para no perder detalle de la ceremonia. Era importante guardar silencio, tal y como establecía la tradición, pero aún así, un murmullo continuo se había instalado entre los asistentes, que comentaban emocionados lo que estaba a punto de suceder. Cuando ya por fin había amanecido, todos callaron para dar paso a la sacerdotisa. Muy pocos eran los que se atrevían a mirarla a los ojos, temerosos por estar ante una de las dos únicas mujeres consagradas al Señor de la montaña que habían sobrevivido al ataque perpetrado en la aldea el año anterior por aquellos espectros inmisericordes llegados de más allá de la gran muralla de montañas. Por aquel entonces era una novicia más del grupo de las Madres que habitaba el templo, pero ahora se había convertido en otra mujer. Ya no sería una niña nunca más. Ahora dirigía los designios espirituales de la comunidad, pues tanto la anterior sacerdotisa como el oráculo habían perecido durante la invasión, y este nuevo honor la acompañaría el resto de sus días. Cuando se situó junto a la charca, muchos se arrodillaron en señal de respeto y admiración. Incluso los animales parecieron enmudecer.

—Hoy, Señor que todo lo ve, queremos bendecir todos los dones que nos has entregado, para que siempre continúen con nosotros. Agradecemos tu compasión para con tu pueblo, al que, a pesar de la muerte y la destrucción, salvaste para que pudiera continuar la misión que nos encomendaste. Hoy te presentamos y te ofrecemos a Kara, tu hija. Que tu gracia la proteja y la ampare en el largo viaje que va a emprender. Apíadate de ella y no dejes que le ocurra nada malo, pues en ella están puestas todas nuestras esperanzas.

Leuken acercó a su hermana Kara hasta donde se había situado la sacerdotisa. La pequeña caminaba perfectamente desde hacía un tiempo y podía haber hecho ese recorrido por sí misma, pero prefirió no tentar a la suerte. Kara podía sorprender a todos y echar a correr hacia otro lado, le encantaba hacerlo cada vez que tenía ocasión. La sacerdotisa la alzó y la sumergió en el agua durante un breve instante para después secarla con un paño que las novicias habían tejido. Kara ni

se inmutó. Sabía perfectamente lo que iba a ocurrir, Leuken se lo había explicado en casa mil veces. Las Madres le ataron en el cuello un precioso colgante con una gema de un espectacular color verde. Estaba deseando que lo hicieran. Kara había soñado con aquella joya desde hacía una semana y, por lo que parecía, no se había equivocado en el aspecto que había asegurado que iba a tener. La sacerdotisa la besó en la frente y todos prorrumpieron en vítores y gritos de júbilo. Estaba hecho. Ahora estaba lista para iniciar el camino.

Rodearon la colina por la parte más cercana al bosque. Habían preparado todo con mucha antelación, así que después de la bendición ni siquiera se pasaron por casa. Desde que habían comenzado una nueva vida en aquel cerro, tras la aniquilación del poblado que había sido su hogar, la mayor preocupación de Leuken había sido cumplir lo que el oráculo le había susurrado al oído poco antes de que aquellos invasores pálidos incendiaran el templo sagrado y arrasaran la aldea. Todo lo que necesitaban iba en el zurrón que había comprado en el mercado no hacía muchos días. No le preocupaba en absoluto el aprovisionamiento de comida y agua. La frondosa selva que se extendía ante ellos estaba repleta de animales que él podía cazar. Además, tras el deshielo, había manantiales de agua fresca y abundante por todas partes.

Antes de que se adentraran en la espesura, ella se les unió. Al principio Leuken había opuesto resistencia a que aquella mujer ocupara el lugar de su madre, que había muerto a manos de los invasores. Pero después tuvo que aceptarla al comprender que él no estaba preparado para atender las necesidades de una niña tan pequeña como lo era su hermana. No tenía ni idea de cómo hacerlo. La mujer se llamaba Elba y había sido elegida por las novicias para acompañar a Kara en sus primeros años de vida, por lo menos hasta que ya estuviera preparada para engendrar hijos. Ellas la habían traído y él no había hecho preguntas. Como centinela que era, no podía contrariar la voluntad de las Madres. Además, al final había terminado cogiendo cariño a la mujer, que se notaba que tenía experiencia en el cuidado de infantes. Las Madres le habían dicho que provenía de un lugar lejano en el que se hablaba otra lengua y quizás eso había contribuido a que los dos se entendieran y toleraran mejor el uno al otro, pues jamás hablaba con ella ni ella con él. Kara le había llegado a preguntar una vez si Elba no sabía hablar, y él había tratado de explicárselo lo mejor que había podido. Aun así, la pequeña enseguida había mostrado su aprecio por la mujer, a la que no dejaba de achuchar siempre que podía.

Subieron a la montaña y aprovecharon para realizar una ofrenda al Señor que allí habitaba. Elba prefirió quedarse atrás, seguramente sus creencias eran muy diferentes a las de Kara y él. Sacrificaron una liebre que Leuken había atrapado viva poco antes de empezar la ascensión y comieron de ella. Kara insistió en quedarse la piel del animal, y Leuken le tuvo que recriminar su actitud. Aquel ser había honrado al Señor de la montaña, y era el Señor de la montaña el que tenía derecho a quedársela, no ella. Tras unos cuantos sollozos y gritos de la pequeña, que no entendía nada, los tres continuaron su camino.

Llegaron a una pradera que estaba surcada por un caudaloso arroyo y donde apenas había árboles. Leuken se acercó, con cuidado de no precipitarse y caer dentro, para recoger un poco de agua en el cuenco que había traído de casa y así darle de beber a Kara, que llevaba un buen rato

quejándose porque tenía sed. Cuando se incorporó para entregárselo a la pequeña, se encontró a una fiera de proporciones descomunales acechándoles a muy corta distancia. El animal era muy parecido a un lobo, pero mucho más grande. Elba rodeó con sus brazos a Kara y Leuken desvainó el puñal que había heredado de su difunto padre, tratando de amedrentar a la bestia. Pero el animal no se acobardó. Al contrario. No dudó en abalanzarse sobre él. Leuken había recibido entrenamiento de guerrero, por lo que sabía manejar perfectamente la mayor parte de las dagas y puñales, incluso los más pesados. Tras unos cuantos forcejeos con el animal, consiguió clavarle el arma bajo la mandíbula, pero aún le costó un buen rato abatirle. Kara no volvió a abrir la boca el resto de la tarde. Pasaron la noche en una fría cueva ubicada en un promontorio y cuya entrada estaba completamente camuflada por la hojarasca. Leuken cubrió con la piel que llevaba en su macuto el cuerpo de Kara, que durmió entre sus brazos. Al despuntar el día, vio a Elba salir de la oscuridad del fondo de la cueva, a donde se había retirado antes de que Kara sucumbiera al sueño. Él había insistido en que se acostara junto a ellos y se cubriera con la piel, pero ella no pareció entenderle.

Al cabo de casi cuatro jornadas dirigiéndose al norte, en las que Leuken apenas había dormido, cruzaron la segunda y última cadena de montañas. Pocos se habían aventurado tan lejos, pero las crónicas de Arkilo, el guerrero más afamado en la historia del poblado, y que hacía unos años había conseguido llegar hasta el gran mar sin fin que bañaba las lejanas tierras septentrionales, no habían errado hasta ese momento. Se había ido cumpliendo punto por punto todo lo que les había dicho que se iban a encontrar antes de partir. El don de la vigilia no era el mejor compañero de viaje para una travesía junto a una niña de tan poca edad. Desde que la falta de sueño se había convertido en una constante, los pequeños desmayos que sufría eran muy habituales, pero aún así no había perdido en ningún momento la fuerza y el vigor que como centinela se le suponía. Gracias a ello habían logrado salir indemnes del encuentro con aquella fiera salvaje. Sabía que en parte se debía a su juventud. Cuando el don de la vigilia se manifestaba en los más mayores, el cansancio y la fatiga acompañaban cada uno de sus pasos, pero en los jóvenes como él era diferente. Afortunadamente.

Divisó la llanura desde lo alto de un pequeño monte. Era más grande de lo que Arkilo le había dicho o, por lo menos, de como él se la había imaginado. Las nubes flotaban a muy poca distancia de la tierra, atrapadas entre la vegetación, creando una densa capa blanquecina a ras del suelo. A lo lejos, una montaña mucho más alta de la que servía de morada a su Señor, se levantaba orgullosa mostrando su majestuosidad y su grandeza sobre el resto de las cumbres que la escoltaban. Las nieves aún cubrían más de la mitad del pico. Volvió a fijarse en la planicie, tratando de averiguar cuál de todas aquellas pequeñas colinas que la surcaban sería el lugar acordado.

—Hemos llegado, Kara —dijo mientras levantaba a su hermana del suelo y la sentaba en la parte alta de su espalda, con sus dos piernecitas bailando a cada lado de su cuello—. Mira, ¿no te parece bonito lo que ves?

—¿Allí abajo es? —preguntó la pequeña.

—Sí. Allí es. Ahora tenemos que buscar las señales de las hogueras. No podemos confundirnos de colina. ¿Me ayudas a encontrarla?

Intentó dejarla con cuidado sobre el suelo pero, en el último momento, sintió uno de aquellos vahídos y tropezó, de modo que Kara se dio de bruces contra la tierra mojada por la lluvia del día anterior. Elba acudió rauda a socorrerla. Cuando el mareo hubo pasado, se incorporó lentamente para localizar el rastro de humo que avisaría del lugar donde iba a tener lugar la reunión. En cuanto sus ojos rastrearon de nuevo el horizonte, se topó con lo que buscaba. Pero allí no había ninguna fogata ni nada parecido. Sobre una de las colinas más cercanas, vio una enorme muralla, mucho más alta, gruesa y robusta que la que había tenido el poblado que lo había visto nacer antes de que fuera destruido. Aquel muro sobrepasaba varias cabezas la altura de un hombre y parecía hecho de las rocas traídas de alguna montaña cercana. Divisó varios torreones alzándose sobre la parte más alta del cercado, desde los cuales se podría divisar fácilmente la mayor parte de la extensión que ocupaba la llanada. Un ave gigantesca y salvaje pasó aleteando sobre su cabeza despeinando su cabello con el batir de sus alas y, como si hubiera adivinado su pensamiento, dirigió su vuelo hasta aquella imponente fortaleza hasta desaparecer por el otro lado de la colina. En el interior, una espectacular ciudad se erigía hasta casi abarcar por completo el área delimitada por la muralla. Leuken sintió cómo su alma se estremecía al contemplar la magnificencia de los edificios construidos con piedra. Observó los tejados altos y el humo de los hogares abriéndose paso hacia el cielo. La ciudad bullía vida, estaba seguro. Un lejano rumor proveniente de la colina se dejaba escuchar a través de la explanada, como si de un acto milagroso se tratara. Era el sonido de las gentes que habitaban intramuros. Pero ¿cómo era que no había oído hablar de aquella maravilla antes? ¿cómo era que nadie en el poblado le había hablado jamás de la existencia de un lugar como aquel estando tan cerca?

Obtuvo la respuesta cuando trató de encontrar a Kara para enseñarle lo que estaba divisando. Kara no estaba. Ni Elba. Por más que buscó y rebuscó no las vio a su lado. Y entonces se dio cuenta. Supo que la ciudad que contemplaban sus ojos no estaba allí, al menos no de la misma manera que él lo estaba. Ahora lo comprendía. Se trataba de una visión. Su madre le había contado antes de morir que cuando el don de la vigilia llegaba al final de su trayecto, quien lo portaba sufría visiones extrañas y apariciones de seres monstruosos que muchas veces lo conducían a la locura y a la muerte de manera precipitada. Volvió a observar la ciudad. Aquella no era una visión aberrante. Era una de las más hermosas imágenes que sus ojos habían contemplado en toda su vida. El oráculo se lo había advertido, y él no lo había creído. Pero no cabía duda de que había acertado en su augurio. Estaba contemplando algo que muy pocos tenían el privilegio de ver. Las lágrimas de emoción inundaron sus pupilas. No quería que aquel sueño terminara. La ciudad eterna era esplendorosa, mucho más bella de lo que nunca hubiera imaginado. Pronunció su nombre imbuyendo de grandiosidad cada uno de los fonemas que lo componían. “*Oiraco*”. Volvió a repetirlo. “*Oiraco*”. Una vez más. “*Oiraco*”. El eco de la palabra sagrada resonó en su corazón haciéndole sentirse el hombre más afortunado del mundo y, en ese preciso momento, la visión simplemente desapareció.

Primera parte

“PRENSADO”

1.

Aquella no era la primera vez que acudía a lo que para ella había llegado a convertirse en un templo a la memoria de un pasado perdido en la nebulosa del tiempo, el de sus ancestros, pero aún así, cada vez que se adentraba en aquella planta del museo de arqueología de Álava, no podía evitar estremecerse y hacía verdaderos esfuerzos por contener la emoción. Aunque las otras exposiciones del recinto también le gustaban, la que de verdad le entusiasmaba hasta límites insospechados era la dedicada a la Edad del Hierro. Siempre que la visitaba seguía el mismo ritual. La primera media hora la dedicaba a pasearse tranquilamente ojeando las diferentes vitrinas repletas de lo que a ojos de cualquier persona eran simples vasijas, armas y joyas, pero que para ella constituían un tesoro de incalculable valor y de carácter casi religioso. Una vez terminaba con el recorrido, se sentaba en uno de los bancos dispuestos frente a la gran pantalla en la que se podía disfrutar de una visita interactiva al poblado de La Hoya, uno de los yacimientos más importantes desde el punto de vista arqueológico de toda Álava y de todo el País Vasco.

La Hoya. La ciudad santa de los berones, el pueblo que habitaba las tierras del sur de Álava y parte de Burgos, de La Rioja y de Navarra antes de la llegada de los romanos. Sabía perfectamente que aquel no era el nombre que recibía originalmente la aldea, pero hasta ella se había acostumbrado a referirse a ella con aquella denominación. En el fondo de su corazón retumbó la palabra sagrada con la que el poblado era conocido por sus habitantes, pero no se atrevió a despertar del todo a aquel vocablo. Prefirió que volviera a asentarse en el sedimento profundo del río de sus recuerdos, no era bueno tentar a la suerte. Nadie debía pronunciar aquel nombre si no era estrictamente necesario. Una nunca sabía cuándo podía despertar el Señor de la montaña de su letargo, pero importunarle de aquella manera no era buena idea. Las cosas tenían que permanecer como estaban, sin sobresaltos. Aunque el tiempo de la profecía estaba cerca, cuanto más tardasen en desencadenarse los acontecimientos, mejor. A veces pensaba que quizás era preferible que el proceso se adelantara y así por fin enfrentarse cuanto antes a lo que había de venir. ¿Qué podían hacer para evitarlo? Nada. Los que pensasen que la situación era reversible eran unos ingenuos. El ciclo iba a entrar muy pronto en la siguiente fase, y todo se iría al garete. Sacudió a izquierda y derecha la cabeza en señal de negación. ¿Pero en qué estaba pensando? Claro que se podía actuar contra lo que estaba por pasar. Esa era la misión de la familia. Durante siglos así había sido. No podía permitirse el lujo de titubear y echar por tierra el esfuerzo de generaciones y generaciones de antepasados velando la puerta. Al menos, había que intentarlo. Se mordió varias veces la punta de la lengua como castigo por siquiera haber pensado que no merecía la pena la lucha. Cuando notó la sangre caliente empapando su paladar, paró.

Un hombre pasó a su lado y la hizo despertar de su embelesamiento. Solía acudir al museo en la hora de la apertura o cuando estaba a punto de cerrar. No soportaba que los turistas y visitantes irrumpieran en la estancia con sus móviles en mano sacando instantáneas de manera compulsiva y elevando sus voces varios decibelios por encima de lo que podía considerarse buena educación. Prefería estar sola. Los sábados a última hora del mediodía, a partir de las dos, era un buen momento ya que la mayoría de la gente abandonaba antes las instalaciones en busca de uno de los

deliciosos *pintxos* que podían degustarse en las tabernas y restaurantes de la zona. Ella ya había comido un bocadillo nada más llegar a Vitoria, así que no tenía prisa. Observó de nuevo la pantalla, analizando hasta el último detalle reconstruido por aquel portento tecnológico que, como si se tratase de alguna antigua magia arcana, lograba representar en imágenes lo que las diferentes excavaciones arqueológicas habían ido descubriendo acerca del poblado. Se sentía de buen humor, así que decidió hacer uso del dispositivo manual con el que se podía dirigir la cámara hacia diferentes áreas de la aldea para poder observar más detenidamente un edificio o una calle en concreto. Se detuvo al llegar al templo, con las dos columnas ubicadas en la fachada principal y colocadas sobre dos basas que no eran otra cosa que ruedas de molino. Se persignó a la antigua usanza, como su madre le había enseñado, utilizando los gestos de la antigua religión. Primero colocó la palma de su mano izquierda abierta sobre su vientre, en honor a las Madres, las sacerdotisas que guiaban espiritualmente a los berones de La Hoya. A continuación la cerró formando un puño y la posó en la parte central de su pecho, girando hacia la izquierda dos veces en círculos concéntricos, como tributo a la herencia de los antepasados. Por último, volvió a abrir la misma mano y, situándola perpendicular a su tronco, la acercó hasta la boca para después soltarla hacia adelante, formando un arco de noventa grados, como saludo reverencial al legado ancestral.

Aquella recreación tecnológica era maravillosa, pero aún así, no lograba captar la belleza y la espiritualidad del santuario que realmente existió, o por lo menos, no de acuerdo a lo que la tradición de su familia había ido transmitiendo de forma oral a sus descendientes a través de los siglos. Rezó en voz baja una breve plegaria utilizando parte de las palabras santas reveladas a los antiguos moradores de la ciudad. Dirigió la mirada hacia el edificio que se usaba en aquel entonces de un modo bastante similar a lo que hoy se conocía como una sauna y que era utilizado por muchos de los hombres de la ciudad para escapar a escondidas a través del pasadizo escondido en el suelo, en busca de los burdeles que se situaban junto al recinto del ganado. La tradición decía que gracias a uno de esos túneles, Leuken, el último centinela de las Madres, consiguió escapar del ataque de los invasores, que aniquilaron la aldea masacrando a las dos terceras partes de sus habitantes, y del que jamás consiguieron recuperarse. Intentó imaginar a aquel joven guerrero huyendo aterrorizado a través de la espesura que rodeaba la muralla, buscando la protección de las montañas. ¿Qué hubiera hecho ella en su lugar? Probablemente se hubiera escondido con la esperanza de que ninguno de aquellos malnacidos la encontrase. No, ella no hubiera puesto en peligro su vida huyendo a través del bosque, por mucho que el oráculo le hubiese encargado la protección de la llave. Ella habría sido mucho más práctica. El joven centinela sabía que iba a morir. A diferencia de ella, que por suerte de momento se había librado de aquella condena que afectaba a muchos miembros de la familia desde tiempos inmemoriales, el muchacho tenía el don de la vigilia y, por tanto, su hora estaba cerca, lo cual debió de ser decisivo a la hora de emprender aquella huida suicida con aquellos asesinos a sus espaldas. Por suerte, todo había salido bien y, gracias a la intervención del Señor de la montaña, pudo escapar y poner la llave a buen recaudo.

2.

Miró la hora del reloj de su muñeca izquierda. Faltaban apenas diez minutos para que el museo cerrara sus puertas. Dudó si completar la visita con la última cosa que solía hacer antes de abandonar el edificio. Sabía que iba a sufrir, que aquellas imágenes siempre lograban perturbarla de tal modo que le costaba conciliar el sueño durante al menos los dos días siguientes. Pero la tentación pudo con ella. Avanzó hacia uno de los paneles que contenía otra pantalla en la que se visualizaba un vídeo sobre el que pendía un aviso de que era posible que hiriese la sensibilidad del espectador. Observó a su alrededor. Estaba completamente sola, así que podía llorar a gusto llegado el caso, lo cual era bastante probable que sucediese. Se sentó en el banco situado enfrente y apretó el botón para que se iniciase la grabación. Un escalofrío la recorrió de arriba a abajo. Allí estaba. La película del ataque. La tecnología y los efectos especiales habían conseguido visualizar la crueldad y la barbarie de aquella matanza. Se emocionó al meterse en la piel de aquellas gentes inocentes celebrando el día grande en honor de su dios en las calles, comprando y vendiendo los productos fabricados o recolectados semanas atrás. Y de repente la tragedia. La muerte planeando sobre los tejados en forma de flechas y fuego. El enemigo derribando la muralla y adentrándose con paso firme en el poblado, destruyendo todo a su paso, asesinando a mujeres y niños sin ningún tipo de compasión. Una lágrima de emoción resbaló tímida por su mejilla derecha. En pocos minutos, las vidas de decenas de personas fueron sesgadas de la manera más cruel. Sin embargo, aquel vídeo, a pesar de representar con crudeza la tragedia, se olvidaba de lo más importante. Pero claro, aquello no era de conocimiento público. La grabación no reconstruía lo que aconteció en los cielos y gracias a lo cual el joven guerrero Leuken y los demás supervivientes pudieron huir del poblado. Un pequeño detalle para los ojos ajenos, pero no para ella. El eclipse. Nada se mostraba en la película acerca de aquel fenómeno astronómico que hizo bajar el sol a la tierra, como rezaba la leyenda de la familia, y que fue clave para que, amparado en las sombras de la repentina noche, el último centinela de las Madres pudiera huir en busca de refugio.

Se llevó la mano al centro del pecho, donde reposaba la cadena de plata con el crucifijo que el padre Emiliano le había regalado las últimas Navidades. Levantó la cruz con la mano izquierda y con la derecha comenzó a acariciar el círculo de cobre con la estrella de ocho puntas en el centro que colgaba de su cuello por la parte interior de la blusa, oculto a las miradas ajenas. El símbolo ancestral de su familia, los Elguea Leiva, los actuales descendientes de los antiguos habitantes berones de La Hoya, y que precisamente era una metáfora de aquel eclipse, representando al sol convertido en estrella iluminando la noche para que la llave sagrada pudiese ser salvada y trasladada fuera del poblado. Volvió a rezar mentalmente utilizando las palabras sacras, y pensó en las almas de todos aquellos ancestros exterminados por aquellos asesinos provenientes de lo que hoy se conocía como Países Bajos.

Una mano se posó sobre su hombro izquierdo. Era una de las vigilantes del museo, recordándole amablemente que la hora de visitas había terminado y que debía abandonar el edificio. Se disculpó por haberse distraído mirando aquel vídeo y, como pudo, se incorporó

enjuagándose disimuladamente las lágrimas con la manga derecha de su blusa. Mientras se alejaba hacia el ascensor, volvió una última vez la mirada hacia la pantalla donde acababa de proyectarse el genocidio que sufrieron sus antepasados y, santiguándose, esta vez conforme a la religión católica, suplicó a Jesucristo que la perdonase por toda aquella aberración herética de la que llevaba siendo víctima desde que había venido al mundo.

Salió al exterior y se maldijo por no haberse puesto una ropa más apropiada para aquel frío intenso. Cuando había salido de su casa en Lacaverna la temperatura no era tan gélida.

—Disculpe, señora. ¿Quiere que le ayude a salir fuera del área del museo? El temporal nos ha pillado desprevenidos y no nos ha dado tiempo de avisar para que venga alguien a retirar toda la nieve—. Se trataba de un hombre de unos cuarenta años y que probablemente trabajaba en el museo.

—De acuerdo—dijo ella tomando su brazo derecho, mientras le acompañaba hasta alcanzar la valla que daba a la calle Cuchillería.

—Aquí ya va a poder caminar sola. Los servicios de limpieza ya han despejado la acera. Pero si me permite el consejo, una mujer como usted no debería pasearse sola por las calles, sobre todo después de lo que ha ocurrido. Váyase a casa, mujer. No me querrá coger una pulmonía.

Ella se alejó sin contestarle. No soportaba que la trataran como a una anciana desvalida. Dejó atrás el moderno edificio de cobre que albergaba al museo de arqueología y pasó junto al palacio renacentista de Bendaña, donde se ubicaba uno de los cinco museos de naipes más prestigiosos del mundo. Ambos edificios conformaban el conjunto arquitectónico denominado Bibat, que desde hacía varios años se había convertido en lugar de paso obligado para Concha Elguea cada vez que acudía a Vitoria. Giró a la izquierda en el cantón que cortaba perpendicularmente la vía principal y subió a la parte alta de la colina donde en su día se asentó la antigua Gastehiz, la aldea que con los años se acabaría convirtiendo en la actual Vitoria. Cuando llegó a la zona superior de la almendra medieval que conformaba el casco histórico de la ciudad, y que recibía tal apelativo precisamente porque recordaba en su forma a la de dicho fruto seco por la disposición de las diferentes calles y cantones, tuvo que detenerse unos instantes a descansar apoyada contra la pared de otro palacio renacentista, el de Escoriaza-Esquivel, uno de los más bellos del casco viejo y que en su día perteneció a Don Fernán López de Escoriaza, médico del rey inglés Enrique VIII y del emperador Carlos V, y a su esposa Victoria de Anda y Esquivel. Avanzó un poco más hasta llegar a la plazuela a la que daba la fachada principal del edificio y se sentó en uno de los bancos. Volvió a mirar el reloj y le extrañó que en los alrededores no se viera ni un alma. El tiempo era desapacible y la hora tampoco invitaba a ello, pero aun así el silencio reinante en toda la calle no era usual. Los reyes magos habían llegado la noche anterior a la ciudad colmando de regalos a los más pequeños y, sin embargo, desde que había puesto el pie en el barrio, no había visto ni escuchado las risas de ningún niño divirtiéndose en la calle con sus juguetes nuevos. De hecho, prácticamente no se había topado con nadie en su recorrido. Algo ocurría. Mientras sacaba un tentempié del bolso, se entretuvo observando la bella portada plateresca del palacio, algo que solía hacer cada vez que visitaba la ciudad. Le gustaba imaginarse viviendo la vida de Doña Victoria de Anda y Esquivel junto a su marido en aquel hermoso edificio repleto de lujosas alcobas y aposentos. Ella había estado a punto de vivir algo parecido junto al padre de sus hijos, el aristócrata Alejandro Zuberoa, en la mansión que éste tenía en Logroño y que había pertenecido a la familia desde hacía dos siglos, testimonio de su linaje perteneciente a la nobleza. Pero jamás

había llegado a instalarse en aquella casona. Su relación se había acabado mucho antes de ni tan siquiera plantárselo. La imagen de su hermana Sabina interrumpió su ensoñación, y un sabor amargo se desplazó desde la boca de su estómago hasta su paladar.

A continuación contempló la muralla medieval adosada al palacio, con la puerta gótica enrejada dando acceso a la parte alta de la ciudad. La muralla. Volvió a persignarse haciendo uso del ritual de la antigua religión, y de nuevo volvió a maldecirse a sí misma por recurrir a aquellos gestos heréticos, pero esta vez decidió no morderse la lengua, aún la tenía en carne viva. Optó por pellizcarse con fuerza el párpado del ojo derecho, hasta que el dolor se hizo insoportable.

Sabía que su madre la estaba mirando. Desde que se había sentado en la plaza había notado sus ojos clavados en su nuca. Ella sabía que era así, aunque los médicos se empeñaran en asegurar que no sentía ni padecía nada. ¡Qué equivocados estaban! Ningún especialista había sido capaz de diagnosticar de manera certera el mal que padecía desde hacía años y que aparentemente había ido degenerando su capacidad cognitiva hasta someterla a un estado semivegetativo. Pero ella no estaba de acuerdo con el dictamen de los facultativos. En absoluto. En eso le tenía que dar la razón a su hermana Sabina, por mucho que le fastidiase. Miró la hora. No podía demorarse mucho más, las hermanas la estaban esperando desde hacía rato. Evitó dirigir su mirada hacia la ventana del último piso del edificio de enfrente, pero no pudo. La vio allí, asomada a la ventana, oteando el horizonte, peinando una y otra vez su vieja y raída muñeca. Se santiguó y se levantó en dirección al inmueble. La abuela Véspero la esperaba, y no le gustaba que la gente llegara tarde.

3.

Anne Wellington colocó con delicadeza el juguete favorito de su perro, un peluche con forma de pato, sobre la tumba en la que yacían los restos de Júpiter. Había que reconocer que su amiga Jessica había elegido uno de los lugares más hermosos de aquel bosque donde solía pasear con él casi todos los fines de semana. Bajo un gigantesco abeto Jessica había improvisado como mejor había podido el lugar del descanso eterno del *border collie* que tanto había querido Anne. Esperaba que su amiga hubiera excavado la tierra con la suficiente profundidad para que ninguna alimaña pudiera desenterrar el cuerpo. Jessica permanecía a su lado, consolándola con su presencia, lo cual ya era mucho decir para tratarse de Jessica. A esas alturas debía de estar deseando volver a la ciudad y seguir enredada con su consola, ajena al mundo que la rodeaba. Anne agradeció el esfuerzo que había supuesto para su amiga quedarse con Júpiter y tener que enfrentarse ella sola a su trágica muerte. Se había ocupado de todos los trámites con el seguro, incluso ella misma había llevado el cadáver al forense para que le practicara la autopsia. Mientras tanto, Anne se encontraba a miles de kilómetros de distancia, perdida en un rincón recóndito del sur continental. Se sintió culpable de nuevo. No debería haber abandonado a Júpiter de esa manera. De acuerdo. Era cierto que lo había dejado al cuidado de su mejor amiga, pero aún así se suponía que nadie dejaba atrás a los seres que quería. Y ella lo había hecho. Con la esperanza de volver, sí, pero había decidido que esa era la mejor opción de todas. No tenía sentido mudarse a Bilbao con él. No solo por el coste económico del viaje en sí, sino porque David odiaba a los perros. A Júpiter había aprendido a tolerarlo, pero aún así, siempre que podía evitaba quedarse con el animal en la misma habitación. Buscó y rebuscó en los alrededores del enterramiento, hasta que logró encontrar un par de rocas lo suficientemente pesadas como para que el peluche preferido de Júpiter no fuera arrastrado por el viento. Las colocó sobre el juguete y se incorporó cuando Jessica le tendió la mano. Era hora de volver a casa.

Durante el camino, Jessica intentó por todos los medios que Anne se olvidara del duro momento que acababa de vivir. Aunque estuvo tentada de hacerlo, finalmente optó por no comentarle que estaba casi convencida de que un coche negro llevaba siguiéndolas desde que habían salido del aparcamiento del aeropuerto de Heathrow. Seguramente estaba equivocada, pero tenía la sensación de que había visto el mismo automóvil por el espejo del retrovisor varias veces, antes y después de haber hecho la parada para visitar la tumba de Júpiter. Nunca había sido una buena observadora, así que probablemente se tratara de diferentes vehículos. Jessica le habló del chico que acababa de conocer por Internet hacía unas semanas y con el que ya había tenido un par de citas. Estaba especialmente habladora, algo que no solía ser muy habitual en ella. Se notaba que esa relación le importaba más de lo que ella estaba dispuesta a admitir. Solo habían pasado cuatro meses desde la última vez que se habían visto y, aún así, le pareció que su amiga no era la misma persona que había dejado atrás en Inglaterra. Había cambiado. No se atrevía a afirmar si lo había hecho a peor, pero estaba claro que aquella no era la Jessica que ella había conocido. La Jessica de antes jamás le hubiera contado sus aventuras amorosas, y menos tratándose de alguien a quien

prácticamente acababa de conocer. La Jessica de antes hubiera quedado, se hubiera acostado con él y muchos meses después, cuando ya lo hubiese olvidado por completo, hubiera terminado revelárselo en mitad de una borrachera. Pero estaba claro que ella consideraba que aquel tipo era lo suficientemente importante como para introducirlo en una conversación íntima con su amiga. No la reconocía. ¿Se habría enamorado de él? Deseaba que así fuese. Jessica podía tener sus defectos, demasiados tal vez, pero en el fondo era una de las personas más leales a las que Anne había tenido la suerte de conocer, y se merecía todo lo bueno que pudiera pasarle. Además, había cuidado de Júpiter varias veces cuando aún vivía en Londres, y no había puesto ninguna pega cuando Anne le había pedido que se quedara con el animal cuando había decidido irse a vivir a Bilbao con David. Miró a Jessica mientras ésta conducía su coche con entusiasmo, como si de verdad estuviera disfrutando del trayecto. Con lo que odiaba conducir antes de que Anne se fuera. Definitivamente ésa no era la Jessica que ella había dejado en Inglaterra cuando se marchó a vivir al País Vasco.

Miró por la ventanilla tratando de evadirse y de no escuchar el a menudo hiriente tono de voz de su amiga. Jessica estaba feliz y la envidiaba por eso. Una nueva vida llena de esperanza se abría ante ella con un futuro inexplorado por delante. Y sin embargo, Anne sentía que la suya se dirigía a un abismo del que quizás con suerte lograría salir dentro de unos cuantos años, cuando el paso del tiempo hubiese limado el dolor que arañaba su alma en esos momentos. Mientras se lamentaba por su sino, los nubarrones fueron haciéndose cada vez más densos y la claridad del día fue desapareciendo poco a poco dando paso a las primeras gotas de agua. Fascinante. Hasta el tiempo la acompañaba en su desgracia. No pudo evitar volver a pensar en Júpiter y en lo mucho que sin duda había tenido que sufrir desde que fuera intoxicado hasta que el veneno había terminado arrebatándole la vida. La autopsia del forense hablaba de un cóctel letal de diferentes plantas. Hasta habían conseguido rastrear una minúscula cantidad de cicuta. El perro había vomitado y defecado sin control por toda la escalera del edificio mientras su respiración se iba entrecortando hasta finalmente morir. El veterinario lo resumió en una palabra: crueldad. A ella se le ocurría otra: amenaza. Al principio echó la culpa a Jessica por no estar más atenta y permitir que el animal se escapara del apartamento, pero ahora estaba convencida de que aquella organización era la culpable de la muerte de Júpiter. Ni toda la diligencia del mundo hubiera podido evitar el triste desenlace. La Fundación Petunia. Se le revolvió el estómago al pensar en aquel nombre.

—Stuart es súper gracioso. Me parto de risa cada vez que estoy con él. Es extraño, porque no es que sea el típico extrovertido que cae bien a todo el mundo y sabe cómo llevarse a la gente a su terreno para que le rían las tonterías. Al contrario. Si lo ves, puedes llegar a pensar que es un tío aburrido y taciturno. Tiene ese aire de empollón sabelotodo que a cualquier tía le echaría para atrás. Pues a mí me pasa todo lo contrario. Fíjate que jamás se me hubiera pasado por la cabeza salir con un graduado en Oxford, y aquí me tienes. No sé qué tiene, pero me hace reír, y a mí jamás un tío me había hecho reír de esa manera.

Anne permanecía con la mirada perdida en el horizonte, tratando de no escuchar a su amiga, con la esperanza de que la indiferencia le hiciese callar de una vez. Tanta felicidad le estaba empezando a exasperar.

—Bueno, a decir verdad, tampoco hubiese imaginado nunca tener una amiga como tú — continuó intentando captar la atención de Anne—. ¡Quién me iba a decir a mí que iba a tener a toda una filóloga, traductora y no sé cuántas cosas más como amiga! Tendrías que conocer a Stuart, creo que os llevaríais muy bien. Por lo menos tendríais cosas de qué hablar, todo ese rollo de universidad y tal. ¿Hasta cuándo tienes pensado quedarte?

—Déjame un poco tranquila, Jessica, no me apetece hablar.

—¿Qué te pasa? Prácticamente no has abierto la boca desde que has llegado. Llevas todo el rato como si estuvieras zombi. Tardas siglos en reaccionar. ¿Es por Júpiter? —le preguntó—. Por cierto, tenías que haberte quedado en mi casa. Sé que no es muy grande, pero de verdad, Anne, hay veces que no te entiendo. A ver, que sé que puedo parecer una insensible y que puede que lo que busques es alejarte de todo lo que te recuerda a Júpiter, pero vamos, me parece una locura que hayas decidido quedarte en casa de tus padres. ¿Es que ya no te acuerdas de todo lo que te han hecho sufrir? Vamos, que a mí me da igual. Que yo te acompaño a donde me digas y te hago de taxista y lo que tú quieras, pero luego vendrás llorando como siempre para que te consuele. Lo veo venir. Siempre haces lo mismo. Hay veces que pienso que tienes un gen masoquista que no te permite librarte de todas esas cadenas que te atan a ellos. ¡Con lo fácil que es! Mírame a mí. Con dieciséis años ya me había marchado de casa. Que no, Anne, que no. Que las cosas no son así. Que hay que aprender de los errores, y a ti te encanta tropezar dos, tres y hasta diez veces en la misma piedra. No sé cómo tienes el valor de volver a esa casa de locos.

—Para el coche —la interrumpió Anne sin despegar la mirada de la ventanilla. Había echado de menos hablar en inglés desde que se había mudado a vivir a Bilbao, pero no estaba dispuesta a seguir con aquella conversación. Jessica la estaba cabreando.

—¿Qué pare el coche? Tú estás mal de la cabeza. ¿Cómo voy a parar el coche aquí, en mitad de la nada? Aún nos quedan por lo menos quince minutos de camino. ¡Qué sensibilidad, madre mía! No se te pueden decir las verdades a la cara. Vamos, entiendo que estés triste por lo de Júpiter. Es normal. Pero ya. Tienes que seguir adelante. Estas cosas ocurren, Anne. Intenta olvidarlo. El día que se te muera algún familiar no va a haber quien te aguante.

—Para el coche, Jessica. No te lo digo más veces —volvió a insistir Anne, sin mirar a su amiga.

—Estamos sin vernos un montón de tiempo, te empiezo a contar que he conocido a un tío que me está empezando a gustar de verdad, y ni me contestas. Puede que no todas tengamos la suerte de tener al hombre perfecto a nuestro lado, ¿sabes? A algunas nos cuesta un poco más que alguien que merezca la pena se interese por nosotras. Pero claro, a Anne Wellington, no. Para Doña Perfecta eso son gilipolleces. Ella está acostumbrada a que los tíos hagan cola para intentar acostarse con ella.

—¡Qué pares, joder! —gritó Anne a punto de perder los nervios.

—Ni de coña, tía, espérate, que en nada te dejo en la puerta de tus queridos papis —contestó Jessica, mientras frenaba el vehículo para detenerse ante una señal de *Stop*.

No le dio tiempo a reaccionar cuando Anne abrió la puerta y se lanzó a correr campo a través cruzando un maizal como alma que lleva el diablo. Jessica decidió aparcar el coche en la zona por la que los tractores accedían a la finca, rezando para no tener que enfrentarse a ningún agricultor iracundo por obstaculizar la entrada a su terreno. Vio a Anne corriendo a lo lejos. Si no se daba

prisa, pronto la perdería de vista. Se alegró de haber dejado de fumar hacía ya tres meses. Aprovechando que su amiga reducía el ritmo, aceleró el paso y al cabo de dos minutos consiguió alcanzarla. Empujó a Anne y ambas cayeron al suelo.

—¡Pero tú estás tonta o qué te pasa! —volvió a gritar Anne tratando de quitarse a su amiga de encima.

—¡Anne, para ya! —contestó ella sorprendiéndose por haber conseguido inmovilizarla a pesar de estar a punto de desfallecer por la carrera. Tras revolcarse por el suelo como dos niñas de parvulario peleándose en el patio del colegio, ambas se detuvieron—. ¿Estás más tranquila?

—Tú no entiendes nada —Anne comenzó a sollozar.

—Perdóname, ya sabes que soy una basta. Ya veo que querías de verdad a Júpiter. Ya sabes que yo soy un poco más práctica. Cuando algo me duele hago borrón y cuenta nueva. Aunque así me va —contestó mientras trataba de limpiarse el barro de su larga melena teñida de rubio hacía solo un par de días.

—No es solo eso, Jessica —continuó Anne—. Han pasado muchas cosas en Bilbao, y apenas te he contado nada.

—Bueno, aún no es demasiado tarde. Prueba a ver. No te hagas la dura y desahógate de una vez.

—Es mejor que no sepas nada, por tu bien —las lágrimas comenzaban a resbalar por las mejillas de la joven.

—Tía, ni que se te hubiera muerto tu hermana. Seguro que no es tan grave. Venga, cuéntaselo a mami —contestó Jessica, adoptando un tono maternal en sus palabras, con el ánimo de que su amiga se relajase y le contara lo que le preocupaba. No pudo prever que lo que acababa de decir iba a dar paso a un intenso llanto que le hizo temerse lo peor. ¿Estaría Anne enferma? La abrazó con toda la dulzura que fue capaz y la besó en la frente mientras Anne empapaba con la humedad de su desgracia personal la chaqueta de aviadora que Jessica se había puesto antes de salir de casa—. Cuéntamelo, va. Sabes que por muy burra que me ponga siempre voy a estar aquí, a tu lado. No te preocupes por lo que pueda pensar. Venga, Anne, cuéntamelo.

Anne se separó lentamente del regazo de su amiga y se limpió las lágrimas con la manga derecha de su abrigo. Miró directamente a los ojos de Jessica. Su mejor amiga estaba preocupada de verdad. Probablemente se arrepentiría de las palabras que iba a pronunciar a continuación, pero en ese momento, solo deseó compartir un momento de intimidad con ella, como solían hacer antes de que abandonara Inglaterra. Tomó las dos manos de Jessica y con un hilo de voz que apenas le dejaba hablar, decidió contárselo.

—Está muerto, Jessica. Está muerto.

4.

La monja que abrió la puerta a Concha Elguea debía de tratarse de una incorporación reciente, porque su rostro no le era familiar. Era buena fisonomista, o al menos, hasta el momento lo había sido, pero desde luego nadie le había hablado de aquella mujer que con una espléndida sonrisa se afanaba por darle la bienvenida de manera cordial y amigable. ¿Desde cuándo no se le informaba de las nuevas hermanas que comenzaban a trabajar en la residencia? Era una de las condiciones que había impuesto en su día a la directora, y no estaba dispuesta a dejarlo pasar. Aquel hogar no era nada barato para ninguna de las ancianas que vivían en él, pero mucho menos para Véspero Aizaga. La familia se había encargado no solo de costear el mantenimiento de la anciana durante los años que le quedaran de vida, sino que además se había encargado de realizar cuantiosas donaciones periódicas a la congregación, al objeto de proporcionar a Véspero los cuidados y atenciones especiales que precisaba.

—Creo que no nos conocemos —dijo Concha dirigiéndose a la monja.

—No, señora. He llegado hace apenas dos días desde Bergara.

—Me resulta raro que la directora no me haya avisado, siempre suele hacerlo —contestó Concha esbozando una fingida sonrisa.

—Me temo que la directora no se encuentra muy bien, señora. ¿No la han avisado?

—¿A mí? ¿Qué ocurre? ¿De qué se supone que me habrían tenido que avisar?

—A la madre Elisa la han tenido que ingresar. Lleva casi una semana en el hospital.

—¿Ingresar? ¿Estaba enferma?

—Algo muy raro, señora. Se ha quedado ciega de repente. El sábado pasado al despertar ya no veía. Los médicos le han dicho que probablemente se trata de una ceguera transitoria, pero lo que les extraña es que se trate de los dos ojos a la vez, normalmente dicen que suele ocurrir en uno de los dos, pero no en ambos.

—¿Pero bueno! No sabía nada. Pobre mujer. ¿Y cómo es que nadie me ha avisado? ¿Quién se supone que está a cargo ahora de la residencia?

—Hola Concha—. Una voz conocida se abrió paso entre las enormes puertas vítreas que separaban el hall del resto de la vivienda. Concha Elguea se volvió hacia ella. Tuvo que concentrarse para no mostrar el disgusto que le provocaba la mera presencia de aquella mujer.

—Hola Blanca. No sabía nada. Supongo que estarás de visita, ¿verdad? Creo recordar que la última vez que hablé contigo te iban a trasladar a Pamplona—. Concha Elguea trató de no recordar aquel domingo de junio del año pasado y esperó que ella tampoco hiciera ninguna referencia al mismo. No se atrevería.

—Pues sí, tienes toda la razón. Me trasladaron a Pamplona, pero, a la vista de lo que ha ocurrido con la madre Elisa, alguien ha decidido hacerme volver temporalmente para hacerme con las riendas de esta casa. Al fin y al cabo, yo era quien ostentaba el mando hasta que la madre Elisa fue nombrada directora —sonrió la mujer.

—Pero supongo que no será algo definitivo, ¿verdad? Seguro que en Pamplona ya te están echando de menos —prosiguió Concha. La monja que le había abierto la puerta minutos atrás decidió abandonar la estancia. Estaba claro que sobraba en aquella conversación.

—Sí, bueno, esa es la idea, pero los caminos del Señor son inescrutables. Una nunca sabe dónde va a ser más necesaria para la congregación.

—Me parece increíble que nadie me haya avisado de lo que ha pasado con la madre Elisa, de verdad. Me esperaba otra consideración por parte de la residencia hacia mi familia y hacia mí, después de todo lo que hemos contribuido para el buen funcionamiento de esta honorable casa.

—Bueno, ya sabes Concha. Una tiene que adaptarse a los cambios. Sin ir más lejos, yo misma me he tenido que hacer en un tiempo récord a esta nueva situación cuando ya había abandonado la idea de volver a desempeñar labores de dirección. En Pamplona me tenían reservado otra misión, mucho más contemplativa. Alguien se encargó de que no volviera a ocupar un puesto de mando.

—Como tú misma acabas de decir, la voluntad del Señor es un misterio. Lo importante es que no abandones tu confianza plena en él, Blanca. ¿O debería llamarte madre Blanca?

—Déjalo en Blanca, o hermana Blanca, como prefieras. A ti y a mí no nos gustan todas estas parafernalias protocolarias, ¿verdad? —sonrió la mujer—. Pero pasa, pasa, no te quedes ahí con esa cara de pasmo. Enseguida podrás ver a Doña Véspero. La están terminando de asear.

Acompañó a Concha Elguea a uno de los dos salones de la vivienda. En la residencia había cama para un máximo de diez ancianas, pero en esos momentos apenas había ocupadas cuatro plazas. O por lo menos eso era lo que le había contado la madre Elisa antes de su ingreso hospitalario. Aun viviendo únicamente tres ancianas más además de Véspero, Concha Elguea contabilizó al menos siete monjas diferentes desde que había entrado por la puerta. En el salón se encontraban cinco de ellas, hipnotizadas ante el televisor mientras trataban de jugar una partida de cartas con dos de las residentes. A ellas había que añadir la nueva incorporación que le había dado la bienvenida y lógicamente, la monja que en esos momentos estaba preparando a Véspero. Siete religiosas y Blanca. Demasiada monja para tan poco trabajo. Observó a las cinco que tenía delante. No reconocía a ninguna de ellas. ¿Por qué nadie la había avisado de todos esos cambios? Se preguntó que era lo que miraban en la televisión con tanto interés como para estar prácticamente ignorando a las ancianas que tenían a su cargo.

—¿No te has enterado, Concha? —le preguntó la hermana Blanca.

—No me he enterado, ¿de qué?

—Ha aparecido muerta una chica en el belén del parque de La Florida esta mañana. Están todos los informativos con el tema y tú sin enterarte. ¿En qué mundo vives?

Concha Elguea prestó atención a la periodista que estaba narrando la noticia. A primera hora de la mañana, un agente de la policía municipal había descubierto el cadáver de una mujer de unos veinte años de edad en los brazos de una de las figuras a tamaño natural que conformaban el tradicional belén que desde principios de los años sesenta adornaba el parque más céntrico de Vitoria-Gasteiz, ubicado junto al Parlamento Vasco. En los últimos años había ido adquiriendo un gran prestigio a nivel internacional, ocupando el primer puesto en las listas de los belenes monumentales más interesantes del mundo. El cuerpo de la joven había aparecido en el regazo de una de las esculturas colocadas junto al riachuelo que recorría el parque, concretamente en el de una de las lavanderas. Lo curioso del caso es que no había signos aparentes de violencia, y el

cadáver parecía intacto. Sin embargo, dos eran los factores que habían hecho saltar todas las alarmas. Por un lado, el hecho de que el cuerpo hubiera sido colocado en los brazos de aquella figura, y, por otro, un pequeño detalle que al principio había pasado desapercibido, pero que, gracias a la información que un periódico había filtrado, ya estaba en boca de todo el mundo. El pantalón de la muchacha había aparecido recortado en la parte inferior de las piernas, de manera que la largura de la prenda sobrepasaba apenas unos centímetros las rodillas de la víctima. Y algo similar ocurría con la chaqueta. Las mangas aparecían también seccionadas a la altura de los codos y la parte inferior había sido arrancada con lo que a simple vista parecía un cuchillo, a la vista de las rasgaduras que presentaba la tela. Además, alguien se había ocupado de desplazar unos metros algunas de las figuras más cercanas a la de la lavandera, concretamente las de tres pastores y un labrador, hasta plantarlas prácticamente junto a la víctima. Aún no había aparecido ninguna prenda de abrigo en los alrededores.

La ciudad entera estaba conmocionada por el macabro suceso, que parecía ser obra sin lugar a dudas de un demente. Las autoridades recomendaban especialmente a las mujeres y niños no caminar solos por la calle hasta que las investigaciones policiales consiguieran algún tipo de pista que lograra dar con el asesino. Aunque en un primer momento se había intentado ocultar el suceso para no alarmar a la opinión pública, la noticia había corrido como la pólvora, y desde primera hora de la mañana, la mayoría de los lugareños había optado por quedarse en casa, aprovechando que se trataba del día de Reyes.

—¡Pero qué disparate! ¿Quién es el salvaje que ha podido hacer una cosa así? —comentó una de las monjas, con un evidente acento latinoamericano.

—Locos hay en todas partes, Asunción —le contestó la hermana Blanca—. Además, de momento no se ha corroborado que la chica haya sido asesinada.

—¡Lo que hay que oír! ¿Me está usted diciendo que esa chica no ha sido víctima de un loco? Además, suponiendo que como usted dice no la hayan matado, es un sacrilegio. Profanar uno de los símbolos más representativos de las Navidades, el Belén de La Florida. Y a pocos metros del pesebre de nuestro Señor Jesucristo. Que Dios me perdone, pero ese animal se merece arder en el infierno.

—¡Asunción! —le gritó la hermana Blanca—. Hazme el favor de no asustar a las demás hermanas. Yo no digo que no se trate de un asesinato, pero no adelantemos acontecimientos, hay que mantener la calma. De todas formas, tendréis que tener cuidado y no bajar solas a hacer los recados. Como mínimo quiero que bajéis de dos en dos y, hasta que esto se aclare un poco, os quiero como muy tarde a las ocho de la tarde dentro de casa.

Concha Elguea no daba crédito a lo que acababa de escuchar de mano de aquella periodista. Ahora entendía por qué no había visto a casi nadie por la calle desde que se había bajado del coche al llegar. Probablemente se trataría de un hecho aislado, pero comprendía perfectamente a todos los padres y madres que habían decidido no dejar a sus hijos salir a la calle a jugar con los juguetes que los Reyes Magos les habían traído la noche anterior. Y ella se había paseado sola tan campante. Ahora entendía la advertencia que le había hecho aquel hombre al salir del Museo Bibat. En fin. Procuraría no irse muy tarde e ir con toda la cautela del mundo de vuelta al coche. La monja que le había abierto la puerta entró en el salón y se dirigió a ella.

—Señora, ya puede pasar a ver a su madre. Doña Véspero ya está en su cuarto, limpiita y aseada. Si quiere, puedo acompañarla.

—No te preocupes, maja. Prefiero ir sola.

5.

El coche de Jessica aparcó junto a la puerta trasera de la casa de los Wellington, tal y como Anne le había indicado. Jessica se bajó un momento del automóvil y se despidió fundiéndose en un cálido abrazo con ella. Ahora comprendía por qué Anne se había comportado de una forma tan extraña durante el trayecto. El haberle confesado lo que la atormentaba tumbadas sobre el lodo de aquella finca, les había servido para recuperar esa conexión que ambas creían haber perdido como consecuencia de la marcha de Anne a tierras vascas. Le hizo prometer que la llamaría a la noche y hablarían más tranquilas por teléfono o por Internet. Y le rogó que le respondiera a los mensajes que le mandara a través del teléfono móvil. Anne le respondió afirmativamente y además añadió que si las cosas se complicaban con sus padres la llamaría inmediatamente y, en caso de que fuera necesario, se trasladaría con ella a la ciudad.

Mientras Jessica se alejaba en su coche, Anne contempló la casa de sus padres. Se trataba de un típico *cottage* inglés de dos plantas y un torreón situado en el lateral derecho de la fachada principal, de color marrón, que había pertenecido a la familia desde hacía tres siglos. No vio humo saliendo por la chimenea, así que supuso que su padre se había vuelto a olvidar de encender el fuego, como casi siempre. La casa se levantaba a las afueras de Cobham, una pequeña localidad de nueve mil habitantes al suroeste de Londres. El aislamiento era casi completo, y no solo por la situación de Cobham con respecto al resto de ciudades del entorno, sino porque los Wellington la habían construido en una parcela que estaba alejada lo suficiente del núcleo urbano como para que el servicio de correos no se acordara la mitad de las veces de acercarse hasta aquel rincón olvidado del condado. Anne respiró profundamente tratando de tranquilizarse y entró por la puerta de la cocina, que, como siempre, habían olvidado cerrar. Su madre había dejado algo de comida preparada sobre la encimera, pero no se veía ni rastro de ella ni de su padre. Avanzó hacia el salón y comprobó que todo seguía en su lugar. Un par de cuadros movidos de sitio fue lo único que percibió que había cambiado desde que años atrás ella decidiera mudarse a Londres para comenzar sus estudios universitarios. En realidad, fue su padre el que la animó e insistió para que dejara el domicilio familiar. Él fue el que se encargó de buscarle alojamiento en un edificio de apartamentos destinados a los estudiantes y tramitó todo el papeleo para que Anne no encontrara ninguna excusa para permanecer en Cobham. Anne no recordaba ni un solo momento de su infancia en el que su padre hubiera mostrado el más mínimo gesto de afecto hacia ella y sabía perfectamente cuál era la razón. Anne era el ojito derecho de su abuela Mary Anne Merrick, la madre de la señora Wellington. Y todo el mundo sabía que la abuela y Henry Wellington no se llevaban bien. Esa animadversión venía de mucho tiempo atrás, y con los años había ido tornándose en un odio visceral que hacía que cada vez que ambos coincidían en una misma habitación todo el mundo saliera corriendo para evitar los daños colaterales de los agresivos enfrentamientos verbales que protagonizaban. Anne se emocionó al recordar a la abuela Mary Anne, a la que no había dejado de echar de menos desde su muerte. Comprendía perfectamente que la *grandma* se comportara así con su padre. Ella tampoco lo soportaba. De hecho, muy pocas personas en la familia le tenían en consideración. Su mal carácter y su machismo recalcitrante no ayudaban demasiado a que cayese bien.

Anne subió la escalera que separaba la planta inferior del área donde se ubicaban las cuatro habitaciones y los dos cuartos de baño. A medida que avanzaba, notó la vieja madera crujir a su paso, y recuerdos desagradables de su niñez acudieron ávidos a su memoria. Aquellos escalones habían sido testigos de unas vivencias que en su día le habían hecho mucho daño, pero que, afortunadamente, hacía tiempo que había superado. O al menos eso quería creer. Recorrió los dormitorios, limpios y ordenados con una pulcritud quizás algo exagerada, muy propia de su madre. No había nadie en la casa para recibirla, pero no le extrañó. Sería una ingenua si pensara que los años habrían suavizado la aspereza que gobernaba el alma de sus progenitores. Su padre sencillamente no la quería. Su madre, que había decidido hacía muchos años tirar la toalla y someterse a la perversa voluntad de Henry Wellington, tal vez para evitar males mayores, había terminado por considerar a Anne como el elemento discordante de la familia, el que con su mera presencia volvía a traer el pasado de vuelta. Por eso cada vez que la visitaba se sentía tan incómoda. Temía que en cualquier momento apareciera su marido por la puerta dispuesto a montar un nuevo numerito al ver a su hija entre aquellas paredes. Sin embargo, esta vez parecía que había conseguido domar al demonio que había poseído el alma de Henry Wellington y ambos habían aceptado la visita de su hija mayor. Igual resultaba que finalmente su padre sí tenía corazón.

Volvió al salón y trató de encender el fuego de la chimenea, pero fue incapaz. Por suerte, se había acordado de decirle a Jessica que le trajera mate cuando fuera a recogerla al aeropuerto, así que no se lo pensó dos veces y entró en la cocina para prepararse una taza caliente. No podía pasar más de un día sin ingerir aquella infusión prodigiosa que la abuela Mary Anne le había dado a conocer a la vuelta de uno de sus viajes por Sudamérica. Por alguna razón que no llegaba a comprender del todo, aquella bebida le hacía mantener vivo su recuerdo. Estaba a punto de degustarla cuando vio a su madre observándola bajo el marco de la puerta. Se preguntó cuánto tiempo llevaría en esa posición sin que hubiera advertido su presencia.

—Hola mamá —saludó Anne intentando esbozar una sonrisa.

—¿Hace cuánto tiempo que has llegado? ¿No sabes llamar por teléfono? —contestó irritada Betrys Wellington.

Anne se la quedó mirando sin saber bien qué actitud se suponía que debía adoptar. Podía pasar al ataque, pero, con todo lo que había sucedido, no se sentía con fuerzas. Analizó la figura de su madre. A diferencia de los distintos elementos que conformaban la decoración de la casa, Betrys Wellington sí que había cambiado con el transcurrir de los años. Había engordado varias tallas desde la última vez que la había visto y su pelo estaba cubierto por las canas, aunque conservaba el tono cobrizo que ella misma había heredado. Sintió lástima al comprobar que su progenitora había decidido abandonarse completamente y no hacía nada por conservar la belleza que siempre había ostentado. Advirtió la sombra de un ligero bigote en su rostro ajado por las arrugas y vello en las piernas.

—Mamá, yo también te he echado de menos.

La mujer pareció ablandarse momentáneamente con las palabras sinceras de su hija y decidió adoptar un tono de voz más amigable, mientras trataba de adoptar una postura corporal que denotara lo que realmente amaba a su hija mayor.

—Siento mucho todo lo que te ha pasado, Anne, de verdad. Ya sé que no tenemos mucho contacto y que las cosas no han ido todo lo bien que me hubiera gustado, pero no puedo soportar la idea de verte sufrir. Tu hermana Elin me contó por encima lo que había sucedido, y créeme, lo

siento de verdad. Sé lo unida que estabas a él. Como tú no me cuentas nada de tu vida, he tenido que recurrir a Elin para que me vaya informando de qué es de ti.

—Gracias mamá. Fue horrible. Han pasado más de tres meses desde la explosión, y aún tengo pesadillas. De vez en cuando tengo que tomar un tranquilizante para poder dormir.

—Ven, siéntate aquí conmigo y cuéntame —le pidió la mujer mientras la acompañaba hasta la mesa situada al fondo de la cocina. —¿Cómo es posible que pasen cosas así? ¿Cómo ocurrió?

—Dijeron que todo fue culpa de una fuga de gas. Simplemente sucedió. Hubo una explosión enorme. Yo tuve suerte de estar a la distancia suficiente como para que no me alcanzara la onda expansiva.

—Pero Anne, ¿cómo puede una explosión de gas causar una onda expansiva de ese calibre?

—Yo me he preguntado lo mismo mil veces, mamá. Pero es lo que sucedió. Y ya no se puede hacer nada para cambiarlo —continuó Anne con lágrimas en los ojos—. Muerto. Está muerto, mamá. Y lo que no me deja dormir es el hecho de lo injusto que es todo esto. Era una de las personas más auténticas y talentosas que he conocido en mi vida. Y no pude despedirme de él.

—¿Cómo se llamaba tu amigo?

—Mechero, mamá. Ése era su nombre. Sin apellidos. Simplemente Mechero.

6.

Un incisivo rayo de luz se colaba por una de las ventanas, taladrando la nuca de Véspero Aizaga, pero a ella no parecía molestarla lo más mínimo. La habitación estaba ubicada en la última planta del edificio, como el resto de la residencia, pero, a diferencia de los demás dormitorios, el de la abuela Véspero coincidía con una de las esquinas del inmueble, por lo que la anciana podía disfrutar del lujo de contar con hasta cuatro ventanas, dos en cada una de las fachadas que conformaban las paredes exteriores del cuarto. Su hija Sabina Elguea había insistido en su día que ésa debía ser la habitación de su madre, e hizo todo lo posible hasta que convenció a la directora del centro para que así fuera. Tuvieron que trasladar a la residente que hasta ese momento ocupaba la habitación a otra mucho menos luminosa, y, aunque la familia de la otra anciana mostró una queja formal, al final Sabina Elguea consiguió salirse con la suya. Una cuantiosa donación pecuniaria consiguió ablandar la resistencia inicial de los familiares de la otra mujer. Véspero debía vivir en esa habitación. Lo que podía parecer un simple capricho en realidad ocultaba una razón muy importante. La muralla. Aquél era el único dormitorio desde el que se observaba la muralla, y eso para Véspero era de vital importancia.

—Buenos días, madre— dijo Concha Elguea cuando entró en la habitación. Por supuesto, no obtuvo respuesta alguna. Véspero había dejado de hablar hacía muchos años, aunque de vez en cuando sorprendía con la emisión de algún sonido gutural, que, si se prestaba atención, podía recordar a ciertas palabras. Observó a la mujer desde atrás. Llevaba puesta la última bata que su hermana Sabina le había regalado para *Olentzero* esas navidades. Aunque ninguna de las dos hermanas celebraba la Navidad como tal, sí que trataban de guardar las apariencias y cumplir con las tradiciones que caracterizaban aquellas fechas. A Sabina le encantaba el personaje de *Olentzero*, el carbonero mitológico. Era uno de los pocos elementos paganos que aún hoy en día se mantenían en aquella celebración cristiana. Sin embargo, el pasado veinticinco de diciembre, hacía apenas unos días, mientras que el resto de las residentes recibía la visita de sus familiares y abrían las decenas de regalos que el *Olentzero* había dejado para ellas en las casas de sus parientes, Véspero Aizaga se tuvo que conformar con que una de las hermanas le abriera su regalo, que había llegado por servicio postal días atrás procedente de Lacaverna. Ese año Sabina no había acudido a entregárselo en persona. Concha tampoco pudo, sus obligaciones para con la parroquia se lo impidieron. El padre Emiliano la necesitaba para organizar todas las celebraciones y liturgias, demasiado que hacer para asumir él solo toda aquella responsabilidad. Todo el mundo lo sabía, aunque nadie se atrevía a decirlo en voz alta. Concha Elguea era la artífice de que toda la actividad parroquial funcionara a la perfección en Lacaverna, y, aunque no todos veían con buenos ojos que pasara tanto tiempo con el viejo sacerdote, en el fondo, todos reconocían la labor que la mujer desempeñaba. Sin ella, el padre Emiliano estaba perdido.

De repente la puerta de la habitación volvió a abrirse. Se trataba de una de las monjas más jóvenes.

—Señora, si quiere puedo mover a Doña Véspero para colocarla en el centro de la habitación.

—He dicho que prefiero estar sola con ella. ¿Cuántas veces tengo que repetir lo mismo? — contestó Concha airada.

—Disculpe, señora, no era mi intención molestarla ...

—Está bien. Perdóname tú a mí por levantar la voz. Eres nueva y obviamente no tienes por qué saber mis preferencias.

—En cualquier caso, si necesita cualquier cosa, no tiene nada más que buscarme —dijo la joven mientras abandonaba la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Concha Elguea se acercó hasta su madre. Un aroma a flores frescas emanaba de la piel de la anciana. Aspiró cada una de los matices olfativos de aquel perfume mientras posaba su mano derecha sobre el hombro de ella. Había vuelto a perder pelo. Los escasos cabellos que aún conservaba en la parte inferior de su cabeza habían disminuido en número. Desde lejos había que fijarse mucho para poder distinguirlos. A los ojos de cualquiera que la observara en la distancia, la anciana estaba completamente calva. Miró la muñeca. Por muy raídas que estuvieran sus ropas, su larga cabellera morena se conservaba casi intacta. Como siempre, Véspero la peinaba con dulzura, como si aquel ser inanimado, fabricado en algún momento de la década de los setenta del siglo pasado, se tratara de su propia hija. Sintió celos de la muñeca. Los médicos decían que Véspero se encontraba en un estado semivegetativo en el que su mente había dejado de funcionar hacía muchos años. Lo que no se explicaban era cómo la anciana seguía siendo capaz de atusar los cabellos de la muñeca con el cuidado y la diligencia de una madre. Parecía que toda su actividad neuronal se hubiera concentrado en esa labor, como si no le importara nada más que peinarla y volver a peinarla. Habían sido muchos los facultativos que habían tratado de diagnosticar el mal que padecía, pero, tras muchos años de análisis y dinero malgastado, ninguno de ellos había logrado llegar a una conclusión certera. El caso de Véspero Aizaga era *rara avis*. Una enfermedad poco común que la mantenía despierta casi todo el día y que, a pesar de la aparente inactividad de su mente, le permitía abrir la boca, tragar los alimentos que se le proporcionaban y seguir peinando incansablemente aquella vieja muñeca. Concha Elguea aún recordaba la discusión con la última doctora que había tratado de identificar el mal que sufría su madre. Había prometido a la familia encontrar una solución para aquella terrible incógnita y, tras varios exámenes y ensayos clínicos, había terminado por abandonar el caso. Desde entonces, Sabina y ella habían decidido no permitir que ningún otro médico o científico volviera a acercarse a su madre. Habían pasado ya muchos años. Ellas sabían perfectamente lo que le ocurría, aunque, en realidad, les tenía bastante desconcertadas porque no recordaban ningún otro caso similar en la familia. Véspero, al igual que muchos otros antepasados, tenía el don de la vigilia, que la mantenía en un estado insomne permanente. Pero, a diferencia de lo que ocurría en la mayoría de ocasiones, Véspero no había terminado muriendo al poco tiempo de comenzar con las alucinaciones. Al contrario. Parecía que el don había conseguido alargarle la vida hasta límites insospechados.

—¿Qué tal estás, madre? —le preguntó mientras se interponía entre ella y el cristal de la ventana. La anciana seguía mirando al frente. Parecía que no hubiera advertido que su hija pequeña acababa de reducir drásticamente su campo de visión —. ¿La muralla sigue en su sitio?

Le pareció advertir un pequeño movimiento en los músculos faciales de la anciana, como si su cuerpo hubiera reaccionado ante el estímulo de aquella pregunta. La mujer continuaba peinando impasible a la muñeca. Pero Concha Elguea no estaba dispuesta a seguirle el juego una vez más. Estaba harta de no obtener respuesta cada vez que intentaba comunicarse con ella. Pisó el pie

izquierdo de la mujer y fue aumentando la presión hasta que no pudo aguantar más su propio dolor como consecuencia de la fuerza que había empleado. Véspero soltó un carraspeo casi imperceptible.

—¿Qué te ocurre, madre?

Volvió a pisarle el mismo pie y esta vez aún empleó más fuerza. Estaba acostumbrada a soportar el dolor, así que trató de concentrar la ira que sentía y canalizarla a través de su pierna para incrementar aún más la presión. Véspero permanecía impertérrita. En ese momento, y sin dejar de pisarla, Concha Elguea pensó en arrebatarle la muñeca. Odiaba a aquel ser de plástico y pelo sintético. Pero pronto cambió de opinión. Era una locura tratar de arrancársela de las manos. Véspero hacía mucho que había dejado de hacer cualquier otro movimiento que no fuera el de peinar a su dichosa muñeca y abrir la boca para tragar la comida o beber agua, pero eso no significaba que su estado aletargado no fuera a cesar en cualquier momento, como ya había ocurrido alguna vez.

—Eres el mismísimo diablo —le dijo mientras se alejaba hacia la puerta—. Sé que puedes oírme así que no te hagas la sorda. No sé cómo he podido dejar que Sabina me convenciera para venir. Dice que el tiempo ha llegado y que nuestros enemigos están cerca, demasiado cerca. Me envía para decirte que te necesita, que despiertes. El don de la vigilia está cada vez más arraigado en ella y nuestro sobrino parece no querer saber nada de la familia. Pero a ti todo eso te da igual, ¿verdad? — Véspero seguía sin inmutarse—. Que Dios me perdone por estar hablando con el Maligno. Porque eso es lo que eres, madre. Peor que Lucifer.

Concha Elguea se santiguó a la manera cristiana y salió de la habitación. Desde su ventana, la abuela Véspero continuó oteando el horizonte con la mirada puesta en la antigua muralla medieval que se extendía ante el edificio, la cual había sido objeto de reformas y modificaciones a lo largo de su extensa historia. Al cabo de unos minutos vio a su hija cruzando la calle, seguramente de vuelta hasta el lugar donde había aparcado su coche. En ese preciso momento, su amada muñeca resbaló de sus manos y cayó sobre su regazo.

Henry Wellington irrumpió en la casa dando un portazo. Sabía que su mujer ya había llegado porque el coche estaba en la puerta, así que se dirigió directamente a la cocina. Tenía hambre. Más le valía a Betrys tener la comida preparada, no le apetecía tener que obligarla a cocinarle algo con prisas. Siempre que hacía algo bajo presión el resultado era pésimo. Se quitó el abrigo y las botas llenas de barro y las dejó tiradas en el suelo del vestíbulo. Ya se las limpiaría luego ella. Dejó la escopeta apoyada contra el armario empotrado y avanzó con paso firme relamiéndose mientras pensaba en el pastel de carne que le había pedido a su mujer esa mañana al despertar. Pero se detuvo en seco al encontrarla abrazada a alguien que hacía mucho que no veía. Anne lo vio pararse a un metro de distancia de ellas, y nada más darse cuenta de su llegada, se le revolvió el estómago. Su padre era un tipo alto, pero con el paso de los años la chepa de su espalda había ido aumentando de tamaño y ahora su cuerpo se mostraba mucho más encorvado que la última vez que le había visto. Su cabello, al igual que el de su madre, estaba cubierto de canas, pero al menos él no había engordado tanto como su progenitora, aún conservaba la forma física que había mantenido desde su juventud; siempre le había gustado practicar todo tipo de deportes. Un tufo a sudor y a roña penetró sus fosas nasales y durante unos segundos sintió arcadas. Su padre nunca había sido muy propenso al aseo personal. *“Acicalarse tanto no es propio de hombres”*, solía repetir cuando durante los primeros años del matrimonio Betrys le recriminaba su desaliño. Probablemente había estado cazando. Tenía los pantalones manchados de sangre. Aunque no estaba segura de que fuera temporada de caza. En cualquier caso, era evidente que había estado disparando no hacía mucho tiempo, aún se podía percibir el olor a pólvora en su piel.

—Ponme la comida, tengo hambre —se limitó a decir.

—Ha venido a vernos Anne, Henry. ¿No vas a saludar a tu hija? —dijo Betrys. El hombre miró enfurecido a su esposa, ignorando deliberadamente la presencia de Anne.

—He dicho que me pongas la comida.

—Deja, mamá, ya le sirvo yo —dijo Anne levantándose en busca de la fiambarrera que su madre había colocado sobre la encimera de granito. Notó la ira de su progenitor golpeando su espalda, pero fue capaz de conservar la calma y cumplir lo prometido. Tragó saliva y se volvió en dirección a la mesa, donde su madre ya había dispuesto un plato, los cubiertos y un vaso de cerveza. Al llegar donde Henry, éste seguía sin mirarla. Anne sintió un nudo en el estómago y por un momento dudó de si seguir adelante. Cuando estaba a punto de posar el plato sobre el mantel, los nervios le hicieron tropezarse con una de las sillas y derramó el contenido del envase por el suelo, manchando los pies descalzos de su padre.

—Maldita bruja —le espetó él incorporándose—. Betrys, limpia esto y dame algo del frigorífico. No quiero cabrearme.

—No, mamá. Ya lo limpio yo —contestó Anne mientras se agachaba para tratar de arreglar el estropicio con papel de cocina.

—Ni se te ocurra tocarme los pies, arpía —continuó él a punto de perder el control—. Betrys, traeme ahora mismo un par de calcetines limpios.

Anne se levantó y colocó su rostro a escasos diez centímetros del de su padre. No soportaba su aliento nauseabundo, así que trató de no respirar mientras pensaba rápidamente las palabras que le iba a dirigir.

—Te levantas y vas a por ellos tú —le dijo. Él no tuvo más remedio que devolverle la mirada. Era absurdo tratar de aparentar que ella no estaba allí. Se incorporó y apartó bruscamente a su hija.

—¿Te crees muy lista, verdad? —dijo mientras se quitaba los calcetines y los dejaba sobre la mesa—. ¿Ya le has dicho a tu hija lo que le tenías que decir? —le preguntó a Betrys.

—¿Qué es lo que me tiene que decir mamá, Henry?

—No me sale de los cojones contestarte. Que te lo diga ella, que es la que te ha permitido entrar en esta santa casa.

—Anne ... —trató de intervenir Betrys.

—¿Qué te pasa Henry? Me decepcionas. ¿No tienes lo que hay que tener para contestar a esta arpía, tal y como me acabas de llamar? —Anne se sorprendió a sí misma con el tono agresivo que había adoptado su voz. Con los ojos inyectados en sangre, su padre abandonó la cocina y subió a la planta de arriba. Al cabo de unos segundos, Anne escuchó una serie de golpes provenientes de uno de los dormitorios. Se preguntó qué mueble estaría pagando las consecuencias de la ira de su padre.

—Anne, siéntate —le dijo Betrys.

—¿Qué pasa, mamá?

—No tengas en cuenta las palabras de tu padre, habrá venido cansado de la calle y estaba hambriento. Seguro que no ha querido decir todo lo que ha dicho.

—Mamá, ya es tarde para tratar de justificarle. ¿No te parece?

—Pero Anne...

—En serio, déjalo, mamá. Hace años que Henry dejó de ser un padre para mí. No te preocupes, lo tengo asumido. Solo espero que algún día tú te decidas a dar un paso al frente y te divorcies de él.

—Yo...

—Déjalo estar, mamá. Ya sé lo que me vas a contestar. Que a dónde vas a ir tú con la edad que tienes y sin trabajo. Son excusas, mamá. Tienes todo el patrimonio de la abuela como respaldo. Si quisieras, podrías dejarle perfectamente.

—De eso precisamente te quería hablar tu padre.

—¿De la abuela Mary Anne? A ver, ¿cómo quiere ahora ese demente manchar la memoria de la abuela? Sorpréndeme.

—Vamos a venderla, Anne.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Tu padre ha encontrado un comprador para la casa de Holyhead.

—No habrás sido capaz...

—Lo siento Anne. Sé el cariño que le tienes a Sunny House, pero ya no hay vuelta atrás. Necesitamos el dinero.

—Querrás decir que Henry necesita el dinero. ¿En qué lío se ha metido esta vez? ¿A quién le debe dinero?

—Es una historia muy larga, la verdad, y sinceramente, prefiero que no te inmiscuyas. Créeme cuando te digo que necesitamos ese dinero. Además, el comprador nos ha ofrecido bastantes libras más de las que pedíamos.

—No puedo creerte, mamá. Dime que lo que me acabas de decir es una broma.

—Anne...

—¿Has visto en lo que te has convertido, mamá? ¿Cómo permites que Henry te trate como lo hace y además se permita el lujo de mangonear lo que solo a ti te pertenece. No te reconozco.

—Anne...

—¿Qué diría la abuela si levantara la cabeza?

—¡Ya está bien! —gritó la mujer dando un golpe en la mesa con la mano izquierda—. La decisión está tomada. No te pido que lo entiendas, solo que la respetes.

Anne decidió que la conversación con su madre había terminado. Salió de la cocina y subió escaleras arriba rezando para no encontrarse otra vez con su padre.

8.

Entró en su antiguo dormitorio pero casi no lo reconoció. Su madre había cambiado los muebles, había quitado el viejo papel de las paredes y en su lugar una horrible capa de pintura amarilla cubría cada rincón de la estancia, dándole un aspecto chillón y con muy poco gusto. Se sentó en la cama y pensó en qué era lo que se suponía que iba a hacer. Desde luego no le entusiasmaba la idea de no poder volver a entrar en Sunny House, pero tampoco encontraba la manera de poder evitar que su madre la vendiera. ¿Por qué? ¿Qué necesidad tenía de deshacerse de la casa en estos momentos? ¿Cómo había podido convencerla Henry? Acababa de llegar a Cobham y ya estaba deseando marcharse. Se tumbó sin retirar la colcha y permaneció en silencio observando el techo. El sonido de un mensaje entrante en su teléfono móvil le hizo volver a la realidad. Cogió el aparato, leyó el texto y lo tiró al suelo. Por suerte, su madre no había cambiado la moqueta, con lo que el teléfono salió indemne de la caída. Begoña Argenta. Otra vez otro dichoso mensaje de aquella mujer. *“Anne, cariño, tus plantas te echan de menos. Yo las puedo cuidar, pero no sé por cuánto tiempo. Te necesito. Ellas te necesitan. Pronto llegará la primavera, y no sé si voy a ser capaz de lograr que florezcan. Vuelve, por favor.”*

Era increíble que con todo el tiempo que había pasado desde la explosión de las Torres Isozaki, aún insistiera para que regresara a las garras de la Fundación Petunia. ¿Cómo tenía el valor de pedirselo? Había pensado en cambiar de número de teléfono, pero sabía que eso no iba a impedir que la volviera a localizar. Estaba claro que las semillas de Petunia estaban sembradas por muchas partes, como tantas veces había escuchado. Volvió a rememorar el ensordecedor estruendo que asoló lo poco que le unía a aquella maravillosa tierra vasca a la que prácticamente acababa de llegar cuando todo sucedió. La imagen ensangrentada de David tendido en el suelo le hizo temerse lo peor. Durante unos segundos pensó que estaba muerto, pero cuando se acercó a socorrerle y comprobó que aún respiraba, dio gracias por la suerte que su novio había tenido. Si la onda expansiva le hubiera llegado a sorprender un poco más cerca, las secuelas podrían haber sido mucho más graves. Afortunadamente, todo había salido bien, dentro de lo que cabía. Una rotura de tímpano, de la cual ya se había recuperado, y una horrible marca en la cara producida como consecuencia de las heridas provocadas por uno de los cristales de las ventanas más próximas. Habían pasado tres meses y ahora todo aquello parecía un mal sueño. Incluso la cicatriz del rostro de David se había suavizado bastante para el poco tiempo que había transcurrido. Había tenido muchísima suerte. No así Mechero. La humedad volvió a hacer acto de presencia en sus pupilas al recordar a su compañero de la Fundación Petunia, el portento superdotado de veinte años con el que había trabajado en la traducción e interpretación del código medieval Aemilianensis 60, el manuscrito que había constituido su primera misión para la Fundación. No podía creer que hubiera muerto. Minutos antes de la detonación habían hablado por teléfono, y jamás hubiera llegado a pensar que aquellas palabras iban a convertirse en las últimas que cruzaría con él. Él estaba convencido de que el Código 60 albergaba un mensaje oculto relacionado con el origen celestial del euskera, el idioma autóctono de los vascos, y cuya procedencia nadie había conseguido aclarar hasta el día de hoy. *“La lengua venida de los cielos.”* Ésa era la conclusión a la que Mechero había llegado tras haber encontrado esa misma mañana una supuesta prueba de ello entre los libros y archivos de la biblioteca que la Fundación Petunia

tenía oculta en el casco viejo de Bilbao. Desgraciadamente la muerte se cruzó en su camino y Anne no llegó a tiempo para reunirse con él y que le desvelara lo que había averiguado. No iba a negarlo. El descubrimiento del origen de aquella antiquísima lengua era el sueño para cualquier lingüista, pero sobre todo para ella, que llevaba especializándose en aquel maravilloso campo de investigación desde hacía años. Seguramente aquella obsesión por tratar de discernir de dónde provenía el idioma vivo más antiguo de Europa jamás llegaría a desaparecer del todo. Ella no podía escapar de lo que realmente la hacía feliz. Pero sinceramente ahora todo eso le daba igual. Mechero, su amigo Mechero, había muerto y ahora que no lo tenía a su lado se daba cuenta de cuánto lo echaba de menos. ¿Cómo se le podía coger a alguien tanto cariño en tan poco espacio de tiempo? Extrañaba su compañerismo, su energía vital, su buen humor. Hasta su actitud soez y sus frecuentes comentarios chabacanos. Auténtico. Esa es la palabra que le venía una y otra vez a la cabeza cada vez que lo recordaba.

Había tratado de acudir al entierro y al funeral, pero la Fundación Petunia no se lo permitió. Lo intentó una y mil veces, necesitaba despedirse de él. *“Los enemigos de la Fundación están por todas partes, es necesario el barbecho”*. Esa fue la respuesta que obtuvo en cada ocasión que trató de averiguar cuándo y dónde se celebrarían las exequias por Mechero. Aunque de cara a la galería lo que había ocurrido era simplemente un accidente doméstico, una explosión fortuita provocada por un escape de gas, todo el mundo en la Fundación sospechaba que una mano negra estaba tras la muerte de Mechero. Incluso hicieron desaparecer de escena a Lourdes del Río. Nadie sabía dónde la habían destinado o dónde la habían escondido. Según le dijo Jon, era demasiado peligroso. Los Mayores, los dirigentes de la Fundación en la sombra, estaban convencidos de que alguien había descubierto la ubicación de uno de los invernaderos de Petunia, como así eran conocidas las viviendas en las que los miembros de la organización desarrollaban parte de su trabajo, y no se podían permitir más fallos en la seguridad de la Fundación. Tratarían de averiguar el por qué de la explosión, aunque probablemente tardarían bastante en obtener una pista. Probablemente jamás lo averiguarían.

Anne volvió a visualizar en su *smartphone* el minúsculo recorte del periódico local que había hablado de la explosión de las Torres Isozaki y que casi se sabía ya de memoria. *“Una fuerte explosión en una vivienda del Paseo Uribitarte debida a una fuga de gas ha acabado con la vida del joven bilbaíno B.L.A. que en el momento de la detonación era la única persona que se encontraba en el inmueble. Por suerte, no ha habido que lamentar más daños personales, y la infraestructura del edificio parece que no ha sido afectada”*. Nada más. Ni una esquila ni ningún otra mención en ningún otro medio de comunicación que ella conociese.

Necesitaba distraerse. Se incorporó y buscó en las estanterías que había colocadas sobre su antiguo escritorio alguno de los libros que la abuela Mary Anne le había regalado antes de morir. Se acordaba especialmente de aquella colección de novelas de misterio juveniles protagonizadas por una pandilla de quinceañeros con dotes detectivescas que tanto había disfrutado cuando era una adolescente. Pero no encontró ninguno. En su lugar, descubrió bajo un montón de revistas de música y moda de los noventa, un libro sobre cultura vasca que el profesor O'Connor le había dejado estando ya en la universidad y que jamás había llegado a devolverle. ¿Cómo había ido a

parar allí? No lo recordaba. Tal vez en su día ella se lo había prestado a su vez a su hermana y ella lo había depositado allí. Cuando comenzó a interesarse por la cultura vasca, Anne se había interesado por su rica mitología, pero finalmente había decidido decantarse por especializarse en el euskera, por lo que apenas había tenido tiempo para leer libros y artículos relacionados con el tema. De hecho, su desconocimiento del tema era casi absoluto. Abrió el primer capítulo. Como cabía esperar, estaba dedicado a *Mari*, la diosa principal del panteón mitológico vasco. Reina de la naturaleza y de todo lo que en ella habitaba, *Mari* era la divinidad más importante y muchos la relacionaban con la figura de la Diosa adorada por otras religiones prehistóricas, antes de que llegaran los dioses celestes, y con el arquetipo de la Gran Madre, vinculada al concepto de la fertilidad. Por eso una parte de la doctrina opinaba que su nombre original había sido en realidad *Amari*, que, en euskera, aludía a la actividad de ser madre. Adoptaba gran diversidad de formas y tenía hasta un esposo y dos hijos representantes del bien y del mal, como ocurría en otras religiones. En ocasiones, era asistida por las *sorginak*, que significaba “brujas” en euskera, y que originariamente tenían un sentido y una función diferente al de las brujas que llegarían siglos después y que también se incorporarían a los relatos míticos. Recibía muchos otros nombres, aunque el que más le había gustado siempre a Anne era el de la Dama de Anboto, en alusión a uno de los montes donde tenía su morada. Leyó el artículo por completo y parte del siguiente capítulo dedicado a *Ama Lur*, la Madre Tierra, *Eguzki Amandrea*, la Abuela Sol e *Ilargi Amandrea*, la Abuela Luna, todas ellas entidades subterráneas femeninas, lo que denotaba que aquella antigua sociedad que había creído en estos seres tenía un profundo carácter matriarcal y lo femenino era preponderante. Anne pensó que algo de todo eso había quedado impregnado en el alma de aquellas gentes y había llegado hasta el día de hoy, donde la figura de la *amatxu*, la madre en euskera, y la mujer en general, ocupaba uno de los lugares principales, si no el más importante, de la idiosincrasia vasca. Amaba aquella cultura y aquella forma de ser. Se acababa de marchar de Bilbao y ya la estaba echando de menos.

Escuchó en la lejanía el motor del coche de su padre arrancando. Miró por la ventana y lo vio alejarse seguramente en dirección a la ciudad. Se enjuagó las lágrimas con un pañuelo de papel y decidió que no iba a quedarse sin hacer nada. A lo mejor no podía impedir que su madre vendiera la casa de la abuela Mary Anne, pero lo que nadie iba a poder evitar es que la visitara por última vez. Necesitaba hacerlo. Mary Anne Merrick había sido el faro que había iluminado los umbríos pilares que habían sostenido su infancia y su adolescencia, mucho más que su propia madre en su momento. Tenía que entrar en Sunny House y recuperar alguno de los valiosos objetos que la abuela había ido acumulando en sus numerosos viajes y expediciones alrededor del mundo. Necesitaba volver a sentir aquel sentimiento hogareño que solo había logrado encontrar bajo su techo. Estaba harta de que lo que más le importaba en la vida le fuera arrebatado sin razón aparente. Salió del dormitorio con cuidado de no hacer ruido y se dirigió a la habitación de sus padres. Al recorrer el pasillo escuchó a su madre fregando los platos en la planta de abajo. Betrys Wellington era una mujer de costumbres fijas. Si tenía suerte, encontraría el juego de llaves de Sunny House exactamente en el mismo lugar donde recordaba haber visto a su madre guardarlas cientos de veces.

9.

Un calor sofocante aturdió a los sesenta hombres y mujeres que se afanaban por hacer uso de las distintas máquinas y aparatos de *fitness* repartidos por cada una de las áreas de aquel club deportivo de alto *standing* situado en las antiguas instalaciones de un cine en el centro de Bilbao. Al parecer, las altas cuotas mensuales que se exigían a los socios del Kingdom Fit no eran lo suficientemente cuantiosas como para conseguir que el sistema de aire acondicionado no fallara cada dos por tres. David Vanner se había quejado en numerosas ocasiones al encargado, y tenía constancia de que muchos otros clientes habían hecho lo propio, pero aún así, nadie había puesto remedio a aquel incómodo inconveniente que restaba bastantes puntos a la impresión que se había ido formando del establecimiento. No quería ni imaginarse qué sucedería cuando llegaran las altas temperaturas del verano. Aún así, seguía acudiendo cada tarde que se lo permitía el horario de Artechnia, la empresa de telecomunicaciones para la que llevaba trabajando en período de prueba desde su llegada a Bilbao. Atrás habían quedado las semanas en las que había tenido que solicitar la baja laboral. El tímpano de su oído izquierdo había estallado pero, afortunadamente, se había curado en apenas cuatro semanas. Una leve cicatriz en el pómulos derecho de su rostro era el único vestigio que quedaba de aquella horrible explosión de las Torres Isozaki.

Había tenido mucha suerte. Si se le podía llamar suerte al hecho de que se hubiera ido al garete la única oportunidad que había tenido de aclarar si los Bechs, la familia de holandeses propietaria de Artechnia, estaban detrás del presunto suicidio de Tomás Benguría, el antiguo jefe de prensa de la compañía. Benguría había averiguado que uno de los Bechs, Wilfried Dick, o William Dik, como se hacía llamar en la actualidad, estaba implicado en el atroz crimen cometido contra una joven mulata en Holanda en la década de los noventa, cuando William formaba parte de un grupo de música, los HVBV. En su día, los demás miembros de la banda fueron condenados por la tortura y el asesinato de la muchacha, que se consideró entonces un crimen de odio debido a la raza de la víctima. Pero William Dik se había salvado y, con mucha probabilidad, el poder de la familia Bechs había sido determinante para lograrlo.

David, junto con Alicia Rández y Ander Goikoetxea, que al igual que él trabajaban en Artechnia y que se habían convertido en los únicos amigos que había logrado hacer desde su llegada a Bilbao, había descubierto lo que Tomás Benguría había averiguado acerca del asesinato que había cometido William Dik. Los tres estaban convencidos de que Benguría, a su vez, se lo había contado todo a Lourdes del Río, una misteriosa novicia con la que Tomás se había citado varias veces. Cuando ocurrió la explosión, David se dirigía a hablar con ella, pero ahora le habían perdido completamente la pista.

Cuatro eran las personas que, fuera de la familia Bechs, conocían el temible secreto de William Dik y continuaban vivas. Lourdes del Río, Alicia Rández, Ander Goikoetxea y él mismo.

La policía había detenido a Ismael García, el jefe de seguridad de Artechnia, como presunto autor de las muertes de la ex mujer y la madre de Tomás Benguría, que habían sido asesinadas unos días después del supuesto suicidio de este último. Pero David sabía que Ismael García

simplemente había sido un mero perro ejecutor. Sospechaba que la autora intelectual de la muerte de las dos mujeres y de la del propio Benguría era Suzanne Bechs, la Presidenta del Consejo de Administración de la compañía. Lo comenzó a creer cuando Inés San Juan, la antigua secretaria de la Presidenta, le había revelado que Suzanne Bechs e Ismael García eran amantes. Al poco tiempo de contárselo, Inés había muerto también en extrañas circunstancias. Por su parte, Ander Goikoetxea había sufrido asimismo un accidente con el coche que a punto había estado de arrebatarse la vida.

Al menos, ni Ander ni Alicia habían llegado a sospechar la verdadera naturaleza del secreto del crimen cometido por William Dik ni de quiénes eran realmente los Bechs.

Los aniquiladores. Los enemigos ancestrales de los antepasados de David Vanner desde hacía más de dos mil años. David se enfureció al recordar la conversación que había mantenido con su tía Sabina Elguea la última vez que la había visitado en Lacaverna, el pueblo originario de David, ubicado en plena Rioja Alavesa. Ella se lo había advertido mil veces y no perdió ocasión de volver a repetírselo aquella noche. Los Bechs eran los descendientes actuales de la tribu que arrasó y masacró a los antiguos habitantes de La Hoya, el poblado sagrado de la etnia de los berones, los ancestros de la familia de David, tres siglos antes del nacimiento de Cristo. Llegaron desde los actuales Países Bajos hasta los dominios berones, en el valle del río Ebro, con el único objetivo de arrebatarse la llave y así poder tener el control de la puerta. Según su tía, lo habían vuelto a intentar en varias ocasiones durante los siglos que siguieron al exterminio, pero nunca lo habían conseguido. Sin embargo, Sabina Elguea temía que esta vez sí pudieran lograrlo. Y había ideado un plan maquiavélico para que Artechnia admitiera a David como trabajador y poder destruirles desde dentro. Ése había sido su objetivo durante toda su vida y había hecho lo imposible para que su sobrino David acatara de una vez su misión dentro de la familia. Él era el elegido. Él debía proteger la llave. Él tenía que destruir a los Bechs e impedir que la profecía se hiciera realidad. El legado ancestral de los Elguea, el secreto que tanto había hecho prosperar a la familia a lo largo de los siglos, estaba en peligro.

Rencor. En eso se resumía todo. Puro y simple rencor. David no estaba convencido de que todo lo que su tía defendía tuviera algo que ver con la realidad, pero presentía que muchas personas, no solo Sabina Elguea, creían en las mismas fábulas, tal y como ella misma le había asegurado. *“Hay otras familias que conocen el legado, pero no todas pensamos igual sobre cómo gestionarlo”*. Fuera o no cierto todo lo que su tía sostenía, él ya había decidido hacía mucho tiempo que haría todo lo imposible para que los Bechs pagaran por lo que habían hecho, aunque la razón fuera algo diferente a la que su tía desearía que tuviera. Estaba seguro de que la familia Bechs, con Suzanne Bechs a la cabeza, era la responsable de lo que le había ocurrido a Ander.

Anne Wellington circulaba a toda velocidad en el coche de su madre. Si se daba prisa, llegaría a Holyhead antes de que anoheciera. Betrys Wellington la iba a matar cuando se enterara de que le había cogido prestado el coche sin su permiso. Aunque la cosa empeoraría cuando Anne le revelara que había decidido hacer una visita relámpago a Sunny House. Le quedaban más de cuatro horas y media de camino, pero no pensaba parar. No se atrevía a conducir de noche, y menos en un sitio al que hacía años que no iba. Calculó mentalmente si el depósito de gasolina estaba lo suficientemente lleno como para aguantar hasta Holyhead y quiso pensar que sí, aunque no lo tenía nada claro. Decidió poner un *compact disc* en el aparato de música del vehículo. Hacía mucho tiempo que había dejado de utilizar ese tipo de discos, pero le resultó agradable el hecho de sacarlo de su estuche transparente e insertarlo en la ranura del reproductor. Había algo entrañable en el hecho de tener que ejecutar tantos pasos hasta lograr que la música sonara a través de los altavoces. La reproducción *on line* no poseía ni un ápice de la magia de aquel ritual. Era todo mucho más inmediato. Se dio cuenta de que había llegado a no considerar a la música como algo de valor, o por lo menos a no otorgarle el valor que le daba durante sus años universitarios, cuando la estantería de su apartamento rebosaba de decenas de cajitas de plástico con aquellos discos en su interior, conformando una auténtica colección. Y sin saber por qué exactamente, un sentimiento de nostalgia se apoderó de su estado de ánimo, recordando aquella etapa de su vida en la que había conseguido alejarse de sus padres y descubrir su pasión por el euskera, gracias al profesor O'Connor.

Una colección de éxitos de Barbra Streissand y Céline Dion la acompañaron el resto de viaje. No era muy fanática de ese tipo de música, pero era eso o Nana Mouskouri, y la cantante griega se situaba aún más si cabe en las antípodas de sus gustos musicales.

Cuando acababa de sobrepasar Birmingham, se dio cuenta de que la seguían. Al principio quiso creer que se trataba de una simple coincidencia, pero cuando varió la ruta hasta tres veces de lo que se suponía que era el trayecto más lógico hasta Holyhead, y al cabo de pocos minutos aquel coche negro volvía a situarse detrás de ella, comenzó a inquietarse. ¿Se estaría volviendo una paranoica? “*Son ellos. Me han seguido hasta aquí.*” Intentó eliminar ese pensamiento de su cabeza pero no fue capaz. ¿La estaría espiando la Fundación Petunia? Dudaba mucho de que aquella organización dispusiera de tanto presupuesto como para montar una cédula de seguimiento en Inglaterra, pero, si se creía su propia teoría de que ellos estaban detrás del envenenamiento de su perro Júpiter, ¿por qué no era posible que aquel vehículo perteneciera a la Fundación? La propia Sofia, la bibliotecaria de Petunia en Bilbao, había afirmado que había otras sedes de la Fundación repartidas por Europa, o por lo menos, así lo creyó entender cuando la escuchó comparar la biblioteca oculta en el casco viejo de Bilbao con las de París y Brujas.

—Jessica, soy yo —dijo tras llamar a su amiga haciendo uso del sistema de “manos libres” del que sorprendentemente sí disponía el coche de su madre.

—¿Qué pasa, Anne? ¿Estás bien?

—Sí, sí tranquila. Mi padre no ha perdido tiempo en llamarme arpía y demás, pero bueno, nada que no me esperase. Para Henry, cualquier mujer que le planta cara se convierte directamente en la personificación del diablo.

—Te lo vuelvo a decir, tía. Vente conmigo a Londres, no tienes por qué pasar por esto.

—Intentaré aguantar un poco más, las cosas se han complicado un poco. Ahora mismo estoy conduciendo el coche de mi madre camino a Holyhead.

—¿Holyhead? ¿Ahí no es donde vivía tu abuela Mary Anne?

—Sí, en Sunny House. Es muy largo de contar, ya te diré más detalladamente, pero te llamaba para preguntarte una cosa.

—Dime.

—En el camino desde el aeropuerto hasta Cobham, ¿has notado algo raro?

—¿Qué quieres decir?

—Tengo un coche pegado todo el rato detrás y me estoy asustando.

—¿Un coche negro grande?

—Sí, un Mercedes o algo parecido. No me digas que tú también lo has visto...

—Claro que lo he visto, nos ha seguido desde Heathrow, y después de que paráramos en el bosque donde enterré a Júpiter también lo he vuelto a ver.

—Vale, ahora sí que estoy asustada de verdad.

—¿Por qué no llamas a la policía?

—¿Y qué quieres que les diga? ¿Que hay un coche muy sospechoso a varios metros por detrás de mí? De momento no ha hecho nada malo.

—¿Acosarte no lo consideras como algo malo?

—Me refiero a que no ha intentado alcanzarme ni nada por el estilo. Lo de acosarme me parece un poco exagerado, Jessica.

—Anne, en serio. Para en la comisaría que tengas más cerca. Ese tío puede ser un psicópata. Imagina que te ha visto en el aeropuerto y se ha obsesionado contigo. Creo que debes llamar a la policía pero ya.

—No, tranquila. Si veo que me sigue hasta Holyhead ya intentaré despistarle de alguna manera. Pero nada me va a impedir que hoy llegue a Sunny House.

—Estás pirada. Haz el favor de hacerme caso —esta vez el tono de voz de Jessica adquirió un matiz suplicante.

—Te voy a dejar Jessica. No te preocupes que en cuanto llegue te mando un mensaje para que te quedes tranquila.

—Anne, en serio, creo que deberías ...

—Adiós, mamá, un beso ... —le contestó Anne en tono burlón mientras cortaba la comunicación.

“Así que me habéis seguido hasta aquí”. Anne pisó el acelerador mientras el sabor amargo de la ira agriaba su paladar. No podía creerse que aquello le estuviese sucediendo a ella. Pensó en Júpiter. Pero sobre todo pensó en Mechero. Demasiados seres queridos muertos en poco tiempo. Apagó el reproductor de música y decidió silenciar a Barbra Streissand y a Céline Dion para el resto del viaje. Sin saber muy bien por qué, se encomendó a la abuela Mary Anne. Desde donde quiera que se encontrase, ella le echaría una mano para salir de aquel entuerto.

11.

Cuando por fin pudo recuperarse del todo y reincorporarse a su trabajo en Artechnia, David pensó en cambiar de gimnasio, pero al final, siempre terminaba postergando la decisión, con la inútil esperanza de ver aparecer por las instalaciones del Kingdom Fit a su amigo Ander Goikoetxea, que era precisamente la persona que le había introducido en aquel club de *fitness*. Sin embargo, los días fueron pasando y aquella ilusión naciente fue apagándose poco a poco, hasta que el transcurrir del tiempo le hizo aceptar que aquel espejismo que su mente trataba de proyectar una y otra vez no se iba a materializar. Ander no iba a aparecer por aquel gimnasio. Aquella idea estúpida sólo era una mera quimera.

—Perdona, llevas bastante rato ocupando la máquina. ¿Te queda aún mucho? —le preguntó alguien a su espalda. David tuvo que contenerse para no contestarle ninguna crueldad. No soportaba que ningún pardillo le interrumpiese su rutina de entrenamiento. Además el *press* de hombro no era de sus ejercicios predilectos. Arrastraba una lesión crónica en el antebrazo derecho desde hacía años, con lo que necesitaba bastantes series preliminares para ir calentando el músculo antes de comenzar el ejercicio en sí. Su sorpresa fue mayúscula al descubrir que quien le hablaba era ella. La había visto ya varios días en el gimnasio pero aún no se había decidido a entablar contacto. Parecía que esta vez no era David Vanner quien iba a tomar la iniciativa. Ella se colocó bien la coleta en la que había recogido su larga cabellera castaña mientras esperaba ansiosa a que él le contestara algo.

—Solo me quedan dos series más y es toda tuya —respondió David haciendo alarde de la sonrisa más cautivadora que fue capaz de esbozar.

—Ah, vale tranquilo —le sonrió ella, haciendo un extraño gesto con la nariz que a David le pareció de lo más tierno—. Si quieres, puedo venir más tarde.

Había algo en su forma de hablar que le resultaba excitante a la vez que extraño. Se esforzaba por pronunciar bien cada uno de los fonemas, pero de vez en cuando sus cuerdas vocales formaban algún sonido que no resultaba del todo nítido, como si no hubiera conseguido superar alguna pequeña dificultad de dicción adquirida durante la infancia. Decidió dar el brazo a torcer y le cedió la máquina para que la pudiera utilizar, mientras él se secaba el sudor de la frente y las axilas con la toalla que había dejado sobre el aparato minutos atrás.

—Hace un calor horrible, ¿verdad? —le dijo ella mientras trataba de llegar al dispositivo que regulaba el volumen de peso a levantar y al mismo tiempo desenroscar con la boca el tapón de su botellín de agua.

—Espera, que te ayudo —dijo él, mientras ella le sonreía. David se sintió satisfecho por comprobar cómo una vez más su poder de atracción volvía a funcionar a la perfección. Muy pocas personas conseguían escapar del influjo seductor del que desde pequeño había hecho gala. Al agacharse para alcanzar el regulador de los pesos, apoyó deliberadamente su pectoral sobre las piernas de ella.

—Gracias, me llamo Sandra —le dijo extendiéndole la mano.

—David —le contestó él, pronunciándolo con la fonética inglesa. Durante unos segundos se quedó embelesado admirando el rostro casi infantil de su interlocutora.

—¿Hace mucho que vienes al gimnasio? No me suena tu cara.

—Unos cuatro meses, pero he estado bastante tiempo sin venir por una baja laboral.

—¿Te importa echarme una mano levantando el peso en la primera tanda? Luego ya puedo yo sola.

David accedió sin pensárselo, sorprendido por los kilos que ella estaba dispuesta a levantar. Su cuerpo menudo no inducía a pensar que fuera capaz tan siquiera de sostener un par de mancuernas. La volvió a ayudar en la primera de las alzadas de cada una de las tres series restantes que ella dedicó al ejercicio. Se colocó frente a ella por si le necesitaba en caso de que llegara el fallo muscular repentinamente y no pudiera terminar la ejecución de alguna de las subidas. Pero no hizo falta. Sandra acabó la rutina sin apenas fatigarse, o al menos, eso trató de aparentar. Durante la última secuencia, le pareció que ella le había mirado fugazmente la entrepierna, aunque enseguida había vuelto a dirigir sus ojos al frente, a la altura del vientre de David. En ese momento él había aprovechado para subirse la camiseta hasta el pectoral y secarse el sudor de la zona de los abdominales. No estaba en plena forma, y menos después de las semanas que había estado sin poder ir al gimnasio, pero aún así no dudó en hacerlo. Le agradó comprobar cómo ella se ruborizaba ante el gesto descarado de él. Cuando finalizó el ejercicio, ella le dio las gracias y se despidió dirigiéndose a la zona de estiramientos.

—Oye, espera. ¿Te apetece quedar un día de estos y tomarnos un algo a la salida del gimnasio?

—De acuerdo ... —le respondió ella sonrojada—. La verdad es que soy prácticamente nueva en la ciudad así que perfecto. No me vendría mal que alguien me la enseñara.

Tras intercambiarse los números de teléfono, él la observó alejarse y se relamió con disimulo mientras rellenaba su botella en el surtidor de agua. No había sido tan difícil. Al final había sido ella la que había dallado las zarzas que impedían acceder a los primeros metros del camino, pero ahora no había vuelta atrás. El sendero estaba despejado y no iba a desaprovecharlo.

Decidió tomar el desvío hacia un pueblecito situado a unos veinte minutos de Holyhead. Gaerwen apareció ante sus ojos nada más adentrarse en la isla de Anglesey, al noroeste de Gales. De pequeña había acudido más de una vez allí a visitar a una amiga de la abuela Mary Anne, así que no le costó mucho encontrar el camino desde la autovía. Dio varias vueltas internándose por los senderos de un bosque cercano al municipio, aunque disminuyó considerablemente la velocidad, ya que el riesgo de pinchar las ruedas era bastante elevado debido a los afilados cantos que salpicaban la pista por todas partes. Miró por el espejo retrovisor varias veces temiendo encontrarse con el coche negro en cualquier momento, pero no sucedió. Parecía que por fin había conseguido despistar a quienquiera que la estuviera siguiendo. Con el ánimo un poco más sosegado, decidió volver a incorporarse a la carretera que la llevaría directamente a Holyhead. Tardó menos de lo que esperaba en llegar a su destino.

La ciudad estaba ubicada en otra isla más pequeña, Holy Island, unida a la isla principal de Anglesey por un puente. Al toparse con las primeras calles, una súbita ráfaga de recuerdos la sacudió de manera inesperada, y no pudo dejar de sonreír recordando los buenos momentos que había pasado junto a su abuela. Bajó el cristal de la ventanilla y aspiró el aroma tan característico del cercano puerto, mientras el sol se ponía. Recordó las tardes de verano en las que la abuela Mary Anne la había llevado a pasear por el muelle mientras le describía los hermosos países que había conocido en sus viajes y ella se quedaba absorta escuchándola, soñando con poder visitar aquellas extrañas tierras algún día. Ella había sido su verdadera madre y ello a pesar de que la mayor parte del año la pasara en el extranjero, “*viajando por la Tierra*”, como a ella le gustaba decir. Con Betrys jamás había conseguido igualar la conexión tan especial que tenía con la *grandma* Mary Anne.

Paró a comprar algo de comida en un hipermercado abierto las veinticuatro horas del día y que estaba situado a las afueras de un barrio residencial. Cuando regresó al coche ya había anochecido. Condujo con cuidado mientras atravesaba una de las vías principales de Holy Head y trataba de reconocer las calles y los parques de su infancia. Fue tal su ensimismamiento que estuvo a punto de sobrepasar el desvío a Sunny House. No recordaba que el bosque por el que discurría la vía secundaria que llevaba a la casa fuera tan frondoso. De hecho, si uno miraba hacia el cielo apenas podía distinguir la claridad de la luna colándose entre las tupidas copas de los árboles, la mayoría de ellos abetos centenarios. Aunque la calzada solo tenía un carril, el riesgo de encontrarse con otro vehículo en aquella apartada carretera a esas horas era prácticamente inexistente, así que aceleró deseando llegar cuanto antes. Al cabo de unos veinte minutos, la espesura cesó súbitamente dando paso a un enorme claro, y al fondo, iluminada únicamente con la débil luz de las siete farolas que delimitaban el terreno sobre el que se levantaba, Sunny House apareció majestuosa, con sus blanquecinas paredes alzándose de manera fantasmagórica en medio de la oscuridad. Se trataba de una espectacular construcción de tres plantas y treinta habitaciones edificada en el siglo XVIII inspirada en el estilo clásico de la antigua Roma y que la abuela Mary

Anne había heredado de un primo perteneciente a la aristocracia que había muerto sin familia directa. Mary Anne Merrick era su pariente más directo, aunque apenas se habían visto en un par de ocasiones.

Aparcó el coche lo más cerca que pudo de la entrada principal y, tras descargar las bolsas de la comida que había comprado, se plantó ante la enorme puerta de hierro forjado de casi tres metros de altura. Recordó la vieja historia que le solía contar la abuela en relación a la gran discusión que mantuvo con el abuelo Joseph el día que tuvieron que decidirse por el tipo de puerta que querían cuando reformaron Sunny House. El abuelo jamás terminó de entender la insistencia de su esposa Mary Anne para que fuera hierro el material con el que debían fabricarse cada una de las puertas exteriores de la casa. Él prefería instalar hermosas puertas hechas con algún tipo de madera noble, que realzaran la silueta señorial de la mansión, pero, tras muchas peleas y discusiones, terminó cediendo ante los deseos de su mujer, y aceptó que todas y cada una de las puertas se hicieran de hierro. La abuela siempre solía decir que la madera era un material endeble y que el hierro soportaría mejor las embestidas del fuego en el caso de que se declarase un incendio en el bosque que rodeaba la propiedad.

Anne intentó abrir el portón varias veces, probando con todas y cada una de las llaves del juego que había sustraído de casa de sus padres en Cobham, pero no fue capaz. Desesperada, trató de empujarlo y echarlo abajo, pero, enseguida desistió dándose cuenta de lo absurda que era aquella idea. Se le ocurrió llamar a Mr. y Mrs. Hound, los viejos guardeses de Sunny House, que vivían a unos cinco kilómetros de distancia, al otro lado del bosque. Quizá no fuera demasiado tarde y aún no se habían ido a dormir. Pero pronto se desvaneció aquel atisbo de esperanza. No tenía cobertura. Dedujo que las tecnologías del siglo XXI lo tenían aún difícil para llegar a la casa de la abuela Mary Anne, lo cual a ella le hubiera encantado, ya que tenía aversión a los ordenadores y a los modernos dispositivos electrónicos. Iluminó con la linterna de su teléfono móvil el perímetro de la casa, buscando otra de las puertas de acceso, mientras iba siguiendo el camino de baldosas de granito que la rodeaban. Enseguida percibió el olor intenso de las flores favoritas de su abuela. Dirigió el haz de luz hacia el jardín y comprobó que estaba repleto de esplendorosas rosas rojas. Parecía que los ancianos Mr. y Mrs. Hound habían tenido el detalle de seguir cultivando aquella flor, sin duda alguna en memoria de Mary Anne Merrick, que siempre los trató como si fueran parte de la familia. Si tenía tiempo, a la mañana siguiente se pasaría por su casa para agradecerse. En la fachada de la parte de atrás, localizó la puerta del servicio. Probó con tres de las llaves y esta vez sí tuvo suerte. Entró al zaguán donde los empleados dejaban su ropa y se ponían los uniformes de trabajo. El frío era intenso. Pensó en encender las chimeneas de la planta inferior, pero no tenía ni las fuerzas ni las ganas suficientes para buscar la madera y tratar de prender el fuego. Al cerrar la puerta, comprobó, para su disgusto, que el sistema de alarmas de la casa estaba apagado. Trató de ponerlo en marcha pero le dio la sensación de que llevaba mucho tiempo estropeado. A primera hora llamaría a la empresa de mantenimiento para que vinieran a repararlo. Sunny House era demasiado tentadora como para dejar vía libre a los ladrones. Al parecer los señores Hound no habían sido tan diligentes como había presupuesto. Se preguntó cuántos años tendrían ya. Debían de ser muy mayores.

Las lámparas del salón y de la mayoría de las estancias de la planta baja no funcionaban, así que decidió guardar la comida en uno de los enormes frigoríficos de la cocina, y tras hacerse con una ensalada que ya venía preparada para consumir, subió en busca de una de las habitaciones de invitados. Mientras subía la escalera iluminándose únicamente con la pantalla de su teléfono, le pareció percibir un ruido en el exterior y creyó ver el reflejo de una ráfaga de luz durante unos segundos. Aceleró el paso y se asomó a uno de los ventanales ubicados en el descansillo de la planta primera, pero no vio nada. Todo permanecía en absoluta quietud. Abrió el pestillo y sacó la cabeza en un intento de abarcar más ángulo de visión, pero aún así no vio nada. La oscuridad de la noche envolviendo el bosque cercano la sobrecogió y, en ese momento, a pesar de estar probablemente en una de las mansiones más grandes de la isla, se sintió pequeña, diminuta, a merced de aquella penumbra que se cernía amenazante sobre el edificio. Pensó en echar un vistazo a la planta primera, pero enseguida cambió de opinión. A diferencia de la abuela, que hubiera explorado el inmueble sin ningún tipo de reparo, ella sabía cuándo era mejor no tentar a la suerte. Al llegar a la segunda planta, y antes de elegir el dormitorio donde iba a pasar la noche, no pudo evitar hacer una visita a la habitación de la abuela Mary Anne, situada en el pasillo de la derecha.

Los techos altos y los enormes cristales de las ventanas, que prácticamente cubrían toda la pared que daba al exterior, conferían a la estancia un halo de grandiosidad que quedaba aún más enfatizado por el hecho de que la cama de Mary Anne Merrick, cubierta por un elegante dosel, estaba ubicada justo en el centro de la habitación, de modo que uno podía pasearse alrededor de ella con comodidad. A pesar de que tampoco funcionaba la luz, Anne vislumbró la espesa capa de polvo que cubría tanto la colcha como el armario y el escritorio. Aunque era bastante escrupulosa con el orden y la limpieza, esta vez no le desagradó. Tenía otras cosas más importantes en qué pensar. Se dirigió al armario que tapaba una de las paredes laterales y, tras empujarlo con todas sus fuerzas, consiguió separarlo lo suficiente como para permitirle pasar por detrás y buscar la hendidura en el papel pintado. Repasó con la punta de los dedos la zona en la que se suponía que estaba el botón que permitía el acceso a aquella habitación de cuya existencia solo sabían su abuela y ella. Comenzó a sudar, agobiada por el estrecho espacio que había quedado entre el mueble y la pared. Un tanto confusa, se desplazó un poco más hacia la izquierda, y al final, después de toquetear el papel por todas partes, lo encontró. Pulsó siete veces consecutivas, esperó cinco segundos, pulsó tres veces más y comprobó cómo el dispositivo seguía funcionando a la perfección, a pesar de los años transcurridos. La puerta oculta se movió lentamente hacia el interior y por fin pudo entrar. El corazón le latía a mil por hora. El Reino de las Ánimas, con su aroma a polvo y libro viejo, le dio la bienvenida.

13.

Aparcó el coche de su madre frente a la puerta de la casa de Mr. y Mrs. Hound, los guardeses de Sunny House. Llamó insistentemente al timbre, pero nadie respondió. Se asomó por una de las ventanas y miró hacia el interior. No había nadie. Estaba convencida de que no había nadie en la casa. Quizás estuvieran aún durmiendo, pero le resultó extraño que no hubieran bajado a abrirle la puerta. Eran las nueve de la mañana y aún no se veía un alma paseando por la calle en aquella tranquila aldea. Miró a su alrededor. La escarcha cubría los parterres distribuidos a lo largo de la calle. Se puso el gorro de su abrigo y cruzó la carretera que atravesaba el pueblo. La casa más cercana estaba prácticamente enfrente, así que apenas tardó unos minutos en plantarse en la puerta de aquellos vecinos de los Hound.

—Buenos días, señora, disculpe que la moleste a estas horas.

—¿Quién es usted? —le preguntó la anciana que vivía en aquella casa.

—Me llamo Anne, soy la nieta de Mary Anne Merrick, no sé si le suena el nombre o si la llegó a conocer...

—¿Cómo no iba a conocerla, querida? Estuve trabajando durante dos años para ella, cuando aún vivía su esposo. En este pueblo quien más y quien menos ha trabajado o tiene algún familiar que ha trabajado en Sunny House o incluso en la casita de verano que su abuela tenía en la costa. Oí que murió hace unos años. No me diga que usted es la pequeña Annie.

—Supongo que sí... —contestó Anne, avergonzada al escuchar aquel apelativo.

—Veo que se ha convertido en toda una mujer elegante y educada. Sus padres hicieron un buen trabajo con usted.

—Sí, bueno... —continuó Anne, pensando en lo que aquella mujer le acababa de decir. No habían sido precisamente sus padres los responsables de haber conseguido que se convirtiera en la mujer que hoy era. O quizás sí, en el peor de los sentidos. En cualquier caso, prefería pensar que la persona que sin duda había influido en su vida y en su personalidad era su amada abuela Mary Anne—. Verá, he venido esta mañana para saludar a sus vecinos de enfrente, los señores Hound, y darles las gracias por cuidar de Sunny House durante todos estos años, pero me da la sensación de que no vive nadie en su casa.

—No querida, ya no vive nadie. Mr. y Mrs. Hound fallecieron hace dos años por culpa de la gripe. Hace ya mucho que nadie se encarga de Sunny House. De hecho, los del pueblo solemos comentar que es una pena que nadie cuide de la mansión, con todo lo que llegó a ser en otra época.

—Pero no lo entiendo. Los jardines de Sunny House están perfectamente atendidos.

—Sí, en eso lleva usted razón. Pero le aseguro que las luces de la mansión llevan años sin encenderse. Hay quien dice que su abuela se las ha arreglado, desde allí donde se encuentre ahora mismo, para que las rosas no falten en Sunny House, pero querida, yo prefiero no hablar de los muertos...

—¿Qué quiere decir con que “se las ha arreglado”?

—Disculpe querida, he de volver a mis quehaceres. Me alegro mucho de haberla visto, le deseo que le vaya muy bien en la vida —le contestó mientras cerraba la puerta de manera inesperada.

Anne Wellington no quiso dar importancia a las palabras de la mujer. Seguramente se trataba de simples cuentos de viejas. Aprovechó la cobertura que había en esa zona de la isla y llamó a la compañía de seguridad. Le dijeron que no podía contratar un servicio de vigilancia sin el consentimiento expreso y la firma de Betrys Wellington, la actual propietaria, así que, abrió el maletero y, tras comprobar que no se había olvidado de meter ninguna de las cajas que había estado preparando durante la noche con las cosas de la abuela, se montó en el coche dispuesta a llegar cuanto antes a Cobham y arreglar cuentas con su madre. Estaba loca si pensaba que iba a permitir que vendiera la que había sido la casa de la abuela Mary Anne. Ya idearía algo para impedirsele.

Al pasar junto a Sunny House, estuvo a punto de parar y echar un último vistazo a la casa, pero le dio pereza iniciar otra excursión exploratoria por sus heladas estancias, así que prosiguió su camino. Acababa de salir de la larga senda que, escoltada a ambos lados por cientos de exuberantes abetos, comunicaba la casa de la abuela con la carretera principal, cuando se percató de que de nuevo la estaban siguiendo. Ajustó la posición del espejo retrovisor varias veces tratando de dilucidar si el vehículo que se situaba dos coches por detrás de ella era aquel maldito coche negro que la había seguido el día anterior desde Cobham hasta la isla de Anglesey. Condujo con prisa tratando de despistarle en cuanto se le presentaba una oportunidad, pero quienquiera que manejase aquel automóvil no parecía querer dejarla escapar tan fácil. Intentó mantener la calma, mientras las primeras gotas de sudor comenzaban a recorrer su espalda. ¿Qué se suponía que podía hacer para librarse de él? A la altura de Gaerwen decidió volver a salirse de la autovía para tratar de despistar a su perseguidor, repitiendo la estrategia del día anterior. Pero justo cuando acababa de tomar el desvío, el coche negro consiguió situarse detrás de ella y la embistió tratando de hacerle salir de la vía. Anne pensó que lo que estaba sintiendo en ese momento era lo que debía de sentir un gladiador cuando se quedaba sin armadura a merced del león que se suponía que tenía que derrotar. Miedo. Miedo al dolor. Miedo a morir. Miedo a dejar de existir. El corazón se le salía por la boca, pero, sin saber muy bien cómo, logró enderezar la dirección y controlar el coche para no caer en la cuneta. Y sin pensárselo dos veces, pisó a fondo el pedal del acelerador. Le daba igual el riesgo de tener un accidente. Necesitaba alejarse cuanto antes de allí o iba a morir, estaba convencida. Se adentró en los senderos que se internaban en el bosque que rodeaba Gaerwen, tal y como había hecho un día antes. Parecía que el coche negro no había conseguido seguirla esta vez. Por si acaso, no deceleró. Siguió avanzando procurando girar en cada intersección que se iba encontrando y hacerle más difícil a su acosador seguirle el rastro. Tan concentrada estaba en enredar los hilos que trazaba la madeja de su trayectoria, que no se dio cuenta de que el depósito de gasolina estaba a punto de agotarse, con lo que no le quedó más remedio que reducir la velocidad y tratar de localizar la gasolinera más cercana sirviéndose del GPS de su móvil. Tenía que salir del bosque. Volvió sobre sus pasos esperando haber elegido el camino más corto hacia la autopista. Cuando apenas le quedaban unos metros para alcanzarla, vio al coche negro a lo lejos, a punto de salir de la arboleda. No podía creerlo. Desesperada, comprobó que aún le quedaban varias millas para llegar a la estación de servicio más cercana. Se paró ante la señal de *Stop* que marcaba el acceso a la autovía y volvió a mirar por el espejo retrovisor. El coche negro la iba a alcanzar en menos de un minuto. Notó la tensión royendo sus entrañas y las primeras lágrimas comenzaron a navegar el cauce de sus mejillas. Aturdida, aceleró sin pensarlo y se incorporó a la carretera, lo cual debió de sorprender al conductor del coche negro, porque en ese momento incrementó del mismo modo su velocidad y en una clara negligencia, se saltó el *Stop* para acceder cuanto antes a la autovía. El estruendo del golpe y las frenadas en seco del resto de vehículos para no chocarse con los dos coches siniestrados, le devolvió el aliento. “*Gracias, abuela*”. Solo entonces, tras comprobar que el coche negro se había empotrado contra otro automóvil, levantó el pie del acelerador. Si sus cálculos eran

correctos, le quedaban los litros suficientes de combustible para llegar hasta la siguiente estación de servicio.

La luz cegadora del sol de aquella mañana de enero atravesaba de manera insistente el cristal de la duodécima planta de La Pecera, el edificio en el que Artechnia Inc. había ubicado su sede en Bilbao, incidiendo directamente sobre sus ojos. David trataba de zafarse de aquella molestia pero, desde su posición, no podía evitarlo. Con disimulo, fue cerrando alternativamente los ojos tratando de disminuir la incomodidad de la situación, hasta que su supervisora, Sharon Van Roden, le llamó la atención.

—Señor Vanner, ¿me puede explicar a qué se debe ese tic en el ojo? ¿Le molesta algo de lo que estamos diciendo?

David pensó en responderle con sinceridad y contestarle que le aburría ella y todas y cada una de las personas que estaban asistiendo a la reunión. Los meses que había estado de baja no habían servido para acortar el período de pruebas en Artechnia, sino todo lo contrario. La compañía había decidido alargárselo, no sin antes haberle casi obligado a agradecerles aquel compasivo gesto, ya que no solía ser habitual que se tuvieran tantos miramientos con un trabajador no fijo. El caso es que allí se encontraba, formando parte de una reunión en la que él no pintaba nada salvo por el hecho de que era el acólito de Sharon Van Roden y debía asistir sin ningún tipo de excusa, como se había encargado de recordárselo ella el día anterior.

—No, señora, disculpe.

—El señor David Vanner creo que se aburre, Sharon. Él se imaginaba que para estas alturas ya formaría parte de la plantilla de Artechnia con un contrato indefinido y estaría triunfando y escalando posiciones. Pero uno nunca sabe lo que le va a deparar la vida, ¿verdad, David?

David miró a su interlocutor. William Dik, el supervisor del proyecto estrella de Artechnia, le miraba con una sonrisa burlona dibujada en los labios. David le devolvió la mirada tratando de contenerse y no responderle de un modo del que terminaría arrepintiéndose. William Dik no solo le había arrebatado a su mejor amigo, Ander Goikoetxea, el puesto como jefe del proyecto de la Safety Cam 3. No solo era un ser de lo más despreciable. No solo era, aunque muy pocas personas lo supiesen, el sobrino de Suzanne Bechs, la Presidenta del Consejo de Administración de Artechnia. Por encima de todo eso, William Dik, era un asesino que no había pagado por lo que había hecho. Un criminal al que su familia, los Bechs, habían conseguido salvar de ser acusado del homicidio de la joven holandesa en el que participó en la década de los años noventa. Sería muy interesante ver su reacción si le respondía llámándole con su verdadero nombre, Wilfried Dick. Seguro que se meaba en los pantalones. Pero no era el momento.

—La feria de Amsterdam, a pesar de los contratiempos, no se desarrolló con tan mal pie como esperábamos —continuó Sharon mirando a David—. A decir verdad, nos ha servido para entablar muchos contactos a nivel europeo y con Oriente Medio. Los medios especializados nos han puesto por las nubes. El Consejo de Administración se ha reunido estas pasadas Navidades y ha decidido lanzar comercialmente la Safety Cam 3 el próximo mes en Holanda. Hemos sido invitados por el alcalde de Nimega para la inauguración de la ampliación del nuevo parque tecnológico de la ciudad, y hemos aceptado. Nos han cedido un espacio en la ceremonia principal para presentar el producto y anunciar la salida al mercado. Al Consejo le parece una extraordinaria idea el hacer

coincidir el lanzamiento de nuestro más prometedor proyecto con el evento de Nimega. No siempre se tiene la oportunidad de contar con la presencia de los principales empresarios del sector a nivel mundial. Se dice que incluso el rey de Holanda podría presidir la ceremonia.

David se quedó paralizado. Recordó el mapa de los Países Bajos con el que Tomás Benguría había envuelto el CD en el que había guardado toda la información que había descubierto acerca de los Bechs y del horrible crimen que había cometido William Dik en su juventud. Nimega era la ciudad que aparecía, junto con el río Waal, dentro del círculo que Tomás había trazado. Se trataba de una ciudad próxima a Haaften, el pueblo holandés originario de la familia Bechs y de todo su imperio empresarial. No podía ser casualidad. O tal vez sí. Se estaba volviendo un paranoico.

—Sabemos que los plazos son muy ajustados, pero lo cierto es que estamos muy contentos con el trabajo que ha realizado el equipo encargado de la Safety Cam 3, Pierre Gutiérrez, director del proyecto, el señor William Dik y Javier Ballesteros —continuó Sharon Van Roden—. No obstante, debido al poco tiempo del que disponemos para prepararlo todo, el Consejo de Administración ha decidido que dicho equipo se refuerce de cara al lanzamiento, por lo que, a partir de este momento, David Vanner y yo misma, pasamos a formar parte del equipo del Director Gutiérrez. El señor Dik y yo supervisaremos el proyecto no solo en la fase de preparación para su comercialización, sino durante los primeros meses tras el lanzamiento. Es vital para Artechnia que la Safety Cam 3 sea todo un éxito. El Director Gutiérrez volverá mañana de su viaje a París, con lo que les espero a todos a primera hora en la sala de reuniones número cinco, donde nos dará las primeras instrucciones.

David se levantó y subió a su despacho, ubicado tres plantas más arriba. Alegó que tenía que coger unos informes, aunque, en realidad, lo que pretendía era tomarse la segunda comida del día, que tan diligentemente había preparado nada más levantarse esa mañana. Mientras engullía a toda prisa los doscientos gramos de arroz integral cocido y la tortilla de dos yemas y seis claras, analizó la situación. No le apetecía nada tener que verle la cara todos los días a William Dik y menos después de lo que habían averiguado Alicia, Ander y él. Pero por otro lado, el estar rodeado de tanta gente le iba a suponer sin duda un respiro y un descanso de la tiranía a la que le sometía todos los días Sharon Van Roden. El proyecto de marketing que venía desarrollando con ella no le motivaba lo más mínimo. La Safety Cam 3 era un gran proyecto. Además, él y Ander eran los que lo habían echado a andar bajo la dirección del Director Gutiérrez al poco tiempo de entrar en Artechnia. Seguro que Ander estaría feliz de saber que David volvía a formar parte de aquel trabajo. Se lo merecía. Ambos se lo merecían. Deseó con todas sus fuerzas tener a Ander a su lado en este retorno. Pero enseguida, la cruda realidad volvió a abofetearle y le hizo abandonar esa ensoñación. Dondequiera que estuviera Ander, seguro que las intrigas palaciegas de Artechnia no tenían ningún valor.

Mientras circulaba a toda velocidad de regreso a casa de sus padres, la cabeza de Anne Wellington bullía con decenas de pensamientos y teorías conspiratorias a cada cual más enrevesada, mientras trataba de dar con una explicación racional a lo que acababa de sucederle con el coche negro. ¿A qué se debía el ataque? ¿Por qué se había producido esa mañana y no el día anterior, cuando había tenido varias ocasiones mucho más favorables para sacarla de la carretera? No tenía sentido. Repasó mentalmente la cronología de todo lo que había hecho desde que había salido de Cobham. Creía haberlo despistado antes de llegar a Holyhead, pero estaba visto que no lo había conseguido. Probablemente, el ruido y la ráfaga de luz que había percibido cuando se encontraba en Sunny House correspondían al mismo vehículo, que había esperado agazapado en las sombras de la noche hasta el día siguiente. Pero, ¿por qué? Si quien la perseguía quería acabar con ella, ¿por qué no había entrado simplemente en la casa y había puesto fin a su vida? Lo habría tenido fácil. No hubiera saltado ninguna alarma ni nadie la hubiera oído gritar pidiendo socorro.

El bocinazo de un camión le hizo percatarse de que acababa de saltarse un semáforo en rojo. Había parado en un área de descanso durante casi tres horas tratando de tranquilizarse y poner en orden sus ideas y aprovechar para tomar una tila y comer algo. Estaba visto que no había servido de mucho. Tenía que llegar cuanto antes a Cobham, estaba demasiado nerviosa. Si no se tranquilizaba, acabaría cometiendo otra imprudencia y tendría un accidente. Respiró con profundidad tratando de que la mayor cantidad posible de oxígeno entrara en sus pulmones. De repente lo tuvo claro. Las cajas. Era evidente que lo que buscaba su perseguidor eran las cajas con las cosas de la abuela. Estaba casi convencida de que él había entrado en la casa después de que ella saliese a la mañana en busca de Mr. y Mrs. Hound. Y seguramente, había dado con el Reino de las Ánimas. No recordaba haber vuelto a colocar el armario en su sitio tapando el acceso a la habitación secreta de la abuela Mary Anne. ¿Se le había olvidado con las prisas? De ser así, seguro que no había tenido nada difícil dar con aquel habitáculo oculto en la pared; probablemente hasta se había dejado la puerta abierta. Era una incauta. Pero claro, qué le iba a hacer a ella prever que era eso lo que aquel desalmado estaba buscando. Además, para ponérselo un poco más fácil, había vuelto a pasar por Sunny House mientras conducía de camino a la autopista, con lo que el coche negro no había tenido más que seguirla. Sí, eso era lo que había ocurrido. No se le ocurría ninguna otra explicación que fuera lo suficientemente coherente. ¿Se trataría de un simple ladrón? ¿Alguien que sabía que era la nieta de Mary Anne Merrick y buscaba el patrimonio de la abuela? Demasiado rebuscado.

Jamás pensó que se alegraría tanto de atisbar en el horizonte la silueta de la casa de sus padres bajo el sol radiante de la mañana. Al llegar, se percató de que había un coche extraño aparcado frente a la puerta. Dudó de si era buena idea entrar en ese momento. No le apetecía tener que fingir una sonrisa y dar conversación a la persona que había ido a ver a sus padres. Pero estaba agotada;

seguir conduciendo no era una opción. Así que decidió llamar a la puerta, esperando que la visita de aquella persona terminase lo más rápido posible. Betrys Wellington acudió a abrir.

—Ya hablaremos tú y yo, jovencita —le dijo Betrys nada más verla, empleando un tono de voz que le recordó a cuando era una adolescente y llegaba tarde a casa los viernes por la noche—. Que sea la última vez que coges mi coche sin mi permiso. ¿Es que no se te ha ocurrido siquiera mandarme un mensaje para avisar de que no venias a dormir? Me tenías preocupadísima.

—Mamá, yo ...

—Sí, ya sé dónde has estado. Tú cara es un poema. Ya hablaremos tú y yo de ese tema.

—No, mamá. Soy yo la que tiene que hablar contigo. Y ahora.

—Ahora no es buen momento, tienes visita.

Anne la miró sin saber cómo reaccionar. ¿Qué era eso de que tenía visita? Debía de ser Jessica, que había acudido al rescate preocupada por la conversación que habían mantenido ambas el día anterior sobre el coche negro. Pero ¿por qué no había traído su propio coche?

—*Kaixo* Anne —el dueño de aquella voz tan familiar la esperaba sentado en el sofá del salón, mientras Henry Wellington trataba de servirle una copa de licor de arándanos que él mismo preparaba.

La joven le observó y solo se le ocurrió pensar que estaba sufriendo alguna extraña alucinación como consecuencia del estrés que había vivido hacía unas horas en la autopista. Cerró y volvió a abrir los ojos. Tragó saliva varias veces mientras Betrys y Henry Wellington la observaban atónitos, sin comprender por qué su hija no contestaba a aquel hombre que afirmaba conocerla. Pero Anne no se atrevía a contestar. Simplemente no acertaba a entender qué hacía él allí.

—*Kaixo* —le contestó por fin. Al utilizar aquella palabra en euskera para devolverle el saludo, sintió cómo se le erizaba la piel. Había llegado a pensar que si se alejaba lo suficiente, pronto olvidaría lo mucho que amaba aquella mágica lengua, pero nada más lejos de la realidad.

—Bueno... ¿y no nos vas a presentar a este amable caballero? Ya nos ha contado que te conoció en Bilbao —le preguntó su madre, tratando de animarla para continuar la conversación. Anne le miró y volvió a tragar saliva.

—Mamá, este es Jon Arkaute. Es... un compañero de trabajo.

Pequeñas ventoleras del polvo reseco del camino interrumpían el paseo de Anne Wellington y Jon Arkaute a través de la finca que partía de la parte trasera de la casa de Betrys y Henry Wellington y se internaba en un hermoso bosque de hayas bañado por el discurrir alborozado de un riachuelo. A pesar del sol radiante, el frío atería el cuerpo de Anne que, con las prisas, se había olvidado el abrigo. A Jon Arkaute aquella sensación térmica no parecía importarle lo más mínimo. Su cuerpo de deportista no entendía de inclemencias del tiempo ni de temperaturas. Ataviado con unas zapatillas, una camiseta de tirantes y un pantalón corto blanco que a Anne le recordaba a los que utilizaban los jugadores profesionales de tenis, el vasco trataba de hacer entrar en razón a la joven, que se negaba a seguir escuchándole.

—Anne, hazme caso por favor. Esto no es una broma.

—¿Quién te crees que eres para venir de esta manera a casa de mis padres?

—No había otra manera, necesitaba localizarte y advertirte en persona.

—Y no se te ocurre una mejor solución que plantarte en casa de mis padres para involucrarles sin su consentimiento en una historia de la que no quiero volver a formar parte.

—La Fundación continua oficialmente en barbecho, pero han ocurrido cosas, y algunos no pensamos quedarnos quietos.

—Las semillas de la Fundación están por todas partes, ¿verdad? —dijo Anne, recordándole las palabras que tantas veces le había escuchado decir—. Me parece increíble que hayas venido hasta aquí, pero lo que no te voy a perdonar es que hayas metido a mi familia en todo este embrollo.

—No había otro modo, Anne. Entiendo que estés cabreada, pero necesitaba dar contigo, y no contestabas a mis llamadas. Se me ocurrió que quizá tus padres sabrían dónde te encontrabas.

—No quiero saber nada de lo que quieras contarme. Mi labor como jardinera de la Fundación ha terminado. Tengo la sensación de que todo lo que me importa termina destruido de una u otra manera desde hace unos meses, y el mínimo común denominador de toda esa destrucción es Petunia. Vuelve a Bilbao y dile a Begoña Argenta que se olvide de mí. No quiero saber nada de ninguna misión ni nada por el estilo. Traduje el Códice 60, resolví el misterio que encerraba el manuscrito. Te recuerdo que fui yo la que descubrió que el mensaje oculto era la historia de las cuatro ciudades hermanas de los berones y el ataque al poblado de La Hoya. Mientras tanto, Mechero y mi perro Júpiter se han quedado por el camino.

—Anne, eso es solo la punta del iceberg...

—Que no, Jon. Que ya he tenido suficiente. Creo que he cumplido con el trabajo que se me encomendó a la perfección, así que se acabó. Vuelve a Bilbao y olvidadme de una vez —dijo irritada, dándose la vuelta con intención de volver ya hacia la casa de sus padres. Jon la agarró del brazo para que no se fuera—. ¡Suéltame! —le gritó Anne enfurecida por aquel gesto mientras conseguía escaparse y echar a correr. El jardinero no tardó en alcanzarla y esta vez la retuvo empleando más fuerza—. O me sueltas o empiezo a gritar.

—Creo que tu vida corre peligro —dijo Jon mirándola a los ojos. Ella le propinó un golpe seco en el pecho tratando de soltarse, pero él no cedió—. ¿Te quieres tranquilizar y escucharme de una

vez?

Mientras embarcaba en el vuelo que la llevaría de vuelta a Bilbao, Anne Wellington trataba de digerir lo que había supuesto el encuentro con Jon Arkate y todo lo que le había contado. Tenía la sensación de estar volviendo a la boca del lobo, y probablemente así fuera. ¿En qué momento se le había torcido la vida de esa manera? Jon se había mostrado sorprendido cuando Anne había aceptado su propuesta.

—¿Pretendes que vuelva contigo a Bilbao? —le había preguntado ella, tras escuchar sus explicaciones, a punto de llegar a casa de los Wellington.

—Sé que ahora mismo tienes que estar muerta de miedo, pero créeme que es verdad lo que te digo. Creo que tu vida corre peligro. Yo también estoy en la cuerda floja.

—Y piensas que todo está relacionado con la maldita copia del Códice 60 y el mensaje que descubrimos oculto en ella.

—Creo que la explosión del invernadero de las Torres Isozaki no fue un accidente. Como ya sabes, estoy convencido de que Mechero fue asesinado. He intentado localizar a Lourdes, pero no he sido capaz.

—Pero no puedes decirme quién crees que está detrás. En eso se resume todo. Yo callo y obedezco ciegamente, y con eso salvo la vida.

—Ni yo mismo sé quién puede estar detrás. La Fundación tiene muchos enemigos, Anne.

—Sí, te he escuchado más de una vez soltar esa frase. Me aburre ya.

—Sé que ahora mismo tu concepto sobre Petunia debe de estar por los suelos, pero créeme si te digo que pertenecer a la Fundación merece la pena. En su día, a mí me devolvió las ganas de vivir. Y no puedo estar más agradecido. Ha sido tanto lo que me ha dado la Fundación durante todos estos años que no sabría cómo explicarte lo que ha supuesto en mi vida.

—Sin embargo, ser jardinero tiene su coste, ¿no? Estás loco si piensas que le debo algo a la Fundación.

—Tu caso es especial, no es lo mismo. Pero algún día, cuando todo esto haya pasado, vendrás a verme y me dirás “Jon, ¡cuánta razón tenías!”

—Lo dudo mucho. ¿Quién quiere matarnos?

—Créeme que no lo sé.

—Fantástico.

—Anne, cuando estés preparada, sopesaré la idea de contarte más acerca de los enemigos que tiene la Fundación. Por lo menos lo que yo conozco. Pero hasta entonces, por tu seguridad, es mejor que no lo sepas. La Fundación puede ser un lugar maravilloso, pero ahora mismo no estás a salvo. Creo que ninguno de los dos estamos a salvo. Si estamos juntos, quizás tengas una oportunidad de sobrevivir. Tampoco puedo asegurártelo. Pero si te quedas en Inglaterra es muy probable que, más pronto que tarde, tu cuerpo aparezca tirado en una cuneta porque alguien te haya atropellado, o encuentren tu cadáver en tu cama, y la autopsia solo podrá demostrar que has muerto de un infarto. No servirá de nada que te escondas. Morirás de todas formas.

—Y te tengo que creer —le había contestado ella recordando el episodio vivido con el coche negro. El miedo que Jon le estaba infundiendo con todas aquellas ideas conspirativas, hizo que tomara la decisión de no contarle nada.

—Créeme, por favor. Si por mí fuera, le podrías decir a tus padres dónde vivo para que vinieran a visitarte, pero no creo que sea buena idea. Cuantas menos pistas dejemos mejor.

—No puedo irme así de repente. Tengo que resolver un asunto muy importante aquí.

—Anne, yo tengo que volverme. Elia, mi hija... bueno... digamos que las cosas parece que empiezan a arreglarse con ella después de tantos años. No puedo alejarme de ella otra vez. Si lo hago no me lo perdonará jamás. No puedo perder esta oportunidad de recuperarla.

—No puedo, Jon...

—Ven conmigo, por favor. Ayúdame a descubrir quién ha matado a Mechero —le había rogado él tomando sus dos manos mientras su mirada le suplicaba que hiciera caso a sus advertencias.

Y Anne finalmente había accedido. Le molestaba aquella actitud paternalista de Jon. Ella sola había conseguido salir indemne de situaciones peores, pero ¿qué podía hacer? Desde luego que estaba en peligro. Había estado a punto de tener un accidente por culpa del coche negro. Estaba claro que alguien la perseguía. Había pensado que lo que había tomado prestado de casa de la abuela era el motivo. Pero la cosa era mucho más seria. No quería poner en peligro a su madre ni a su hermana Elin. Y, aunque le importaba más bien poco lo que le ocurriera a su padre, no quería ser la causante de un desastre. A saber cómo reaccionaría su madre si a Henry le pasara algo. Bastante destrucción había generado ya su aventura dentro de aquella organización.

Betrys no había comprendido del todo los motivos de su hija para volverse tan pronto, pero tampoco había hecho nada por retenerla.

—No vendas Sunny House, mamá, te lo ruego.

—Ya te dije que estaba decidido, necesitamos el dinero.

—¿Para cuándo está prevista la venta?

—En cuanto los abogados arreglen todos los papeles. Esperemos que en menos de un mes.

Henry ni siquiera se había despedido de ella. Ni falta que hacía. Anne no sabía qué le dolía más, si el hecho de que su padre la detestara de aquella manera como para ni tan siquiera decirle un simple adiós o el hecho de que Betrys no hubiera hecho nada por tratar de convencerla para que se quedara en Inglaterra. *“Así matas dos pájaros de un tiro, ¿verdad, mamá?”*, pensó mientras el azafato le indicaba dónde se situaba su asiento. La marcha de Anne a Bilbao le había venido a su madre que ni pintado. Por una parte, se libraba de ella y así podía vender Sunny House sin ningún contratiempo. Por otro lado, si Anne volvía a desaparecer las cosas con su marido volverían a encauzarse. Anne estuvo a punto de revelarle lo que había encontrado en casa de la abuela Mary Anne, pero le pareció que su madre no se merecía que se lo contara. El Reino de las Ánimas había sido el secreto que Anne y Mary Anne Merrick habían compartido toda la vida, y no pensaba traicionar la memoria de su abuela de aquella manera. Leyó en la pantalla de su móvil el mensaje que acababa de enviarle su amiga Jessica echándole la bronca por no haberse

despedido de ella, pero a la vez midiendo las palabras para mantener su dignidad y no mostrarle lo mucho que la quería. La iba a echar mucho de menos.

Sabina Elguea estaba nerviosa. Llevaba varios días sin dormir. El efecto narcótico de los somníferos que su médico de confianza le había recetado no parecía surtir efecto alguno en su organismo. Al principio se lo había tomado con filosofía, dispuesta a vivir con gozo y alegría la fase final de su vida, preparada para entregarse al regalo divino que sus ancestros habían ido heredando de generación en generación. Pero lo que había tratado de vivir como un viaje espiritual en busca del final del camino, pronto se había tornado en una pesadilla. Literalmente. El don de la vigilia no era una experiencia tan poética como la había imaginado. A veces se sorprendía a sí misma tumbada en el huerto que rodeaba el caserío donde había pasado media vida. Le costaba recordar cómo había llegado a tenderse sobre el suelo. Incluso una vez tuvo que acudir al cuarto de socorro ya que en uno de sus desvanecimientos, había ido a caer sobre una de las vides y había acabado con parte del brazo derecho repleto de cortes sangrantes. Pero lo peor era la sensación de agotamiento. Necesitaba cerrar los ojos y que los genios de los sueños se la llevaran muy lejos, pero sabía que eso no iba a ocurrir. Al menos hasta que llegara el instante final. Aunque estaba teniendo suerte, dentro de lo que cabía. De momento no había experimentado ninguna de las visiones que otros antepasados habían sufrido en mayor o menor medida. Aunque jamás lo reconocería delante de nadie, le daba pánico llegar a visualizar algo que no estuviera realmente frente a ella. No dormir era una cosa, pero ver espejismos y percibir cosas extrañas era síntoma inequívoco de que la locura era inminente, y ella no quería acabar recluida en un psiquiátrico, como había ocurrido con algunos de los miembros de la familia ya fallecidos. En la soledad que abrigaba los lindes de su finca, los paseos al atardecer se habían convertido en sus más fieles compañeros durante este último trance vital. Le gustaba recorrer los pequeños caminos que dividían las hileras de viñedos mientras imaginaba las vides rebosantes de uva y soñaba con llegar al final del verano para poder contemplarlas en su plenitud.

—No quiere saber nada de nosotras. Hace mucho tiempo que dejamos de existir para ella—. Las palabras llenas de resentimiento de su hermana Concha refiriéndose a Véspero tras visitarla en Vitoria no eran precisamente halagüeñas. Aunque razón no le faltaba.

—¿Le has dicho exactamente lo que te dije que le dijeras? —le había replicado Sabina mientras tomaban un café en el salón del caserío.

—Le he advertido de que el tiempo estaba cerca y que David no quería saber nada de la familia. Solo me ha faltado arrastrarme por el suelo suplicándole su ayuda.

—Tranquila, tarde o temprano accederá. Sabe perfectamente que esta vez no tiene la opción de permanecer impasible. Ella también siente que la hora se acerca. Si yo no tuviera lo que tengo, habría ido en persona. Pero en mi estado, es mejor que no me aleje de casa.

—¿Cómo piensas obligarla? Estás loca si pretendes enfrentarte a ella. Jamás conseguirás nada si ella no quiere.

—Concha, parece mentira que no me conozcas. Tú sabes perfectamente que cuando algo se me mete entre ceja en ceja no paro hasta que lo consigo.

—Esto es diferente. Esta vez no se trata de intimidar o amenazar a una persona cualquiera. Estamos hablando de madre.

—Ya me las arreglaré, siempre me las he arreglado para sacar a esta familia adelante. Y esta vez no va a ser diferente.

—Lleva años en esa especie de trance perpetuo. No me quiero ni imaginar lo que hará cuando despierte. Eso si despierta.

—Sabremos afrontarlo, estate tranquila —intentó calmarla.

—Sabina, ¿no pretenderás...?

—¡Silencio! Ni se te ocurra decirlo en voz alta. Nunca se sabe quién puede estar escuchando.

Sabina Elguea se había despedido de Concha con el convencimiento de que había conseguido tranquilizarla. Aunque, a decir verdad, no estaba del todo segura de que, llegado el momento, reuniría las fuerzas suficientes para enfrentarse a Véspero en caso de que fuera necesario. Seguramente, la anciana era plenamente consciente de todas las intenciones de Sabina para hacerse con el mando durante todos estos años, así que la ira que podía estar albergando en su ser aparentemente inerte podía ser de proporciones titánicas. Necesitaba tomar las riendas antes de que fuera demasiado tarde.

Respiró los matices ígneos del sol crepuscular mientras se dirigía de nuevo al caserío. Afortunadamente aún no había perdido el apetito. Tomaría una cena ligera y, a las dos de la madrugada, cuando todo el mundo en Lacaverna estuviese durmiendo, saldría al jardín, se desvestiría y danzaría en un nuevo intento. Ya lo había conseguido en alguna ocasión, así que cada vez estaba más segura de poder llegar a controlar la situación al cien por cien. El problema era el tiempo. Sentía que la vida se le escapaba como si fuese agua colándose entre sus dedos descarnados. Temía por su propia existencia, sí. Pero sobre todo temía por el legado custodiado por la familia durante tantos siglos. La profecía se iba a cumplir más pronto que tarde y no pensaba defraudar a sus ancestros. No iba a ser ella la que lo mandase todo al traste. Si al menos lograra tener el control absoluto... Sí, esa era la solución más certera, aunque no la más fácil, desde luego. Miró hacia el cielo a través de una de las ventanas del salón. Esa noche habría luna llena y, por supuesto, no iba a dejar pasar esa oportunidad.

David Vanner no podía dormir. Llevaba unas dos horas tendido en la cama dando vueltas y más vueltas. Había probado con todo. Se había tomado tres valerianas y un somnífero, pero no se atrevía a ingerir ningún narcótico más, no fuera a llevarse un susto. Había empezado a leer la novela policíaca de la que tanto hablaban los compañeros de trabajo a la hora del café, pero no había podido pasar de la página veinte. Simplemente le aburría. Para él toda aquella parafernalia de aquel detective tratando de atrapar a un asesino en serie no era más que lo mismo de siempre y además, se perdía entre tanto nombre propio. Él prefería las novelas de terror, pero no tenía ninguna a mano. Así que había devuelto el libro a la mesilla y se había puesto a escuchar música clásica con los auriculares, pero tampoco había funcionado.

A pesar de que la calefacción llevaba apagada desde hacía cuatro horas y la temperatura de la casa había descendido unos cuantos grados desde entonces, estaba empapado en sudor. Se dirigió a la cocina a tomar un vaso de leche sin nada más encima que la ropa interior. Mientras ingería el líquido, rememoró las últimas palabras que había cruzado con su primo Adrián Zuberoa antes de que él partiera de gira con su grupo de rock gótico hacía unos días. Adrián seguía teniendo acceso libre a la casa de David, como había ocurrido desde que este se había instalado en Bilbao. Después de la terrible discusión con la tía Sabina la última vez que la visitó en Lacaverna, había decidido no volver a dirigir la palabra a su primo y cambiar la cerradura de la puerta hasta que encontrara una nueva casa a la que mudarse. Adrián había traicionado su confianza. Había colaborado con Sabina en la estrategia que ésta había diseñado para que David volviera a vivir al País Vasco y así volver a tenerle bajo control. Probablemente lo había hecho a cambio de que Sabina le prometiera una parte de su herencia. No había querido saber nada más de él. Sin embargo, la explosión en las Torres Isozaki lo había cambiado todo. Adrián se portó de maravilla con él y se hizo cargo de todos los gastos del hospital privado en el que David estuvo ingresado las dos primeras semanas tras el incidente. Pero eso no fue todo. Le visitó y le cuidó todos y cada uno de los días que duró la recuperación. Al principio David se resistió a aceptar su ayuda, pero cuando vio que la preocupación de Adrián parecía sincera terminó cediendo. Además, le necesitaba para que lo llevara en su coche a la clínica donde supervisaban su evolución durante el tiempo que duró la baja laboral. Finalmente no cambió la cerradura de la puerta pero, aun así, no se fiaba de él. Que hubiera aceptado su ayuda no significaba que olvidara que le había engañado y que se había confabulado con Sabina. La relación entre ambos era ahora simplemente cordial, pero no iba más allá de eso. Además, era preferible no tenerle en contra en caso de que surgiera cualquier discusión en la partición de la herencia de Sabina cuando ésta muriese.

—Tu hermana Nerea se casa dentro de unos días en Vitoria —le había anunciado Adrián—. Y ha removido cielo y tierra para hacerte llegar la invitación a la boda.

—¿Tú vas a ir? —le había preguntado David. Tenía que reconocer que la noticia del enlace de Nerea, la hija que su padre había tenido con su segunda mujer, le había alegrado. Hacía siglos que no sabía nada de ella. Estaba deseando volver a verla.

—¿Yo? ¿Qué pinto yo en esa boda? Creo que he visto a Nerea dos veces en mi vida después de que te marches a vivir a Amsterdam.

—¿Y entonces? ¿Cómo es que te ha dado la invitación a ti? —le había preguntado extrañado David.

—La señora Rosa, no sé si te acordarás de ella, la niñera que tuviste de pequeño, ha ido a ver a Lucía a Lacaverna para entregarle personalmente la invitación y le ha rogado que te la hiciera llegar. Lucía me la ha mandado a mí a casa y me ha pedido que te la dé—le había respondido Adrián. David se había dado cuenta en ese momento de que tampoco había visto a Lucía, la hermana de Adrián, desde que eran prácticamente unos niños—. Ha tenido que ser una verdadera tortura para ella volver a tener contacto con nuestra familia. Lucía me ha dicho que ha sido muy amable con ella, algo que no es nada habitual en esa mujer. Acuérdate del carácter agrio que tenía cuando éramos pequeños. Lucía dice que la señora Rosa ha hecho todo lo posible para mostrarse cordial y que ha insistido en que era muy importante para Nerea que aceptaras la invitación. Está deseando verte después de todos estos años.

—¿Cómo no me voy a acordar de la señora Rosa! Anne y yo estuvimos hospedados en su casa rural cuando fui a visitar a la tía Sabina a Lacaverna. No sé qué hacer, la verdad. Creo que detrás de todo esto está mi padre. Quiere verme.

—Bueno, tu verás —había dicho Adrián—. Pero si a mí mi hermana a la que no veo desde hace años me invita a su boda, no perdería la oportunidad. Vete a saber cuándo la vuelves a ver. Además, puede ser una bonita forma de que empecéis a recuperar el tiempo perdido.

—¿Y cómo es que ahora me ayudas con esto? A la tía Sabina seguro que no le hace nada de gracia que yo retome el contacto con Nerea.

—Es tu hermana, joder —había contestado abruptamente Adrián—. No dormiría tranquilo ocultándotelo. Además, te debía una. Sé que no me he portado bien contigo maquinando con la tía Sabina a tus espaldas, pero al fin y al cabo lo hice con buena intención. Y aunque te cabrees conmigo y no quieras saber nada del legado de la familia, en el fondo me alegro de que hayas vuelto. Te echaba de menos.

No había creído aquella súbita confesión de arrepentimiento por parte de Adrián, no podía fiarse de él. Si se la había jugado una vez podía volver a hacerlo en cualquier momento. El caso es que se moría de ganas de ver a Nerea. Había pasado demasiado tiempo. Y si asistir a esa boda molestaba a Sabina, aunque solo fuera un poco, sin duda merecía la pena.

Los copos de nieve cubren con su manto de silencio la inhóspita coraza del edificio, envolviéndola en un angustioso aislamiento capaz de volver loco a cualquiera que no esté acostumbrado a ese tipo de soledad. La niña juega en la planta baja con un amigo que, salvo ella, nadie más ve, y que le hace más llevadero aquel lento discurrir del tiempo. La nodriza se desespera intentando que no se quite la gruesa chaqueta de lana, no vaya a enfermar. El fuego crepita en la chimenea, pero aún así el calor muere al poco de nacer en el hogar, por lo que es más que recomendable llevar varias capas de ropa encima. La niña ríe y ríe las gracias de su amigo invisible, sin importarle lo más mínimo los gritos y reproches de la mujer. De repente, un descuido. Una llamada de teléfono inoportuna, un despiste que es aprovechado por la chiquilla que, rauda, sube veloz la escalera de madera ignorando la prohibición de acceder a las plantas superiores por las tardes. En la cocina, la mujer continúa hablando a susurros con quien quiera que la haya llamado, modulando el volumen de su voz para no molestar a la señora. La niña y su amigo incorpóreo se adentran en los dominios de la dueña de la casa, aun sabiendo que no les está permitido hacerlo. Pero la sonrisa de él invitándola a continuar es demasiado irresistible y juguetona, y ella no puede evitar seguirle. Cuatro pasos más y ya está la puerta, que él abre sin dificultad. ¡Qué fácil ha sido colarse dentro y llegar al centro de la habitación! No ha ocurrido nada, simplemente ha entrado. La niña siente crecer en su corazón la flor de la satisfacción y, por un momento, cree tener el mundo a sus pies. Si ha conseguido violar esa norma tan estricta, ¡qué no más será capaz de lograr! Busca a su amigo, pero él ha preferido quedarse fuera. Sobre cada una de las dos mesillas, un jarrón de aspecto lujoso repleto de magníficas rosas rojas. La pequeña busca a la moradora del dormitorio, pero no aparece, ni siquiera en el diminuto aseo. Pero tiene que estar allí. La niñera se lo ha dejado bien claro. No se puede molestar a la señora durante las tardes que pasa en su cuarto. Busca y busca alrededor, pero no aparece. Escudriñando cada rincón de la habitación, por primera vez la niña es consciente de su propia independencia y de su capacidad de decisión, y esa nueva sensación le hace sentirse libre y osada. De repente, algo le llama la atención en la pared del fondo. La esquina derecha del gigantesco armario está desplazada hacia adelante. La curiosidad y el ansia de explorar mueven sus pequeños pies hasta allí. Siempre le han dado miedo los armarios. Desde siempre le han advertido de que los monstruos habitan en ellos y no es bueno tentar a la suerte. Observa detenidamente el mueble y se da cuenta de que la puerta está cerrada, no cree que haya peligro de que ningún ser del inframundo salga de su escondite. Mira detrás y, aunque al principio teme la oscuridad que alberga aquel rincón del dormitorio, pronto percibe la luz que sale a través de una estrecha rendija. Avanza despacio palpando la pared con sus manitas hasta que de repente ésta cede y lo que parece una puerta oculta se abre hacia el interior. La señora está allí, pero no parece enfadada al descubrir la presencia de la niña. Es más, una sonrisa resignada aflora en su rostro mientras la invita a llegar hasta ella. La pequeña se acerca y se funde en un abrazo cálido con la mujer, mientras atónita contempla las maravillas que pueblan aquel lugar tan extraño. Decenas de libros, objetos relucientes y cosas que no acierta a comprender qué son, ocupan cada uno de los rincones de la estancia. Si hubiera entrado sola, le habría dado un miedo atroz permanecer más de dos minutos seguidos allí, pero no es el caso. El amor del abrazo de su abuela la reconforta y la tranquiliza;

sabe que todo está bien, que está a salvo. La voz de la señora se cuela en sus recuerdos como una manifestación casi espectral. *“Bienvenida al Reino de las Ánimas, pequeña”*.

Anne Welington se despertó sobresaltada por la voz de la azafata exigiéndole que se abrochara el cinturón. Se había quedado dormida tras el despegue y por un momento el aturdimiento le impidió darse cuenta de dónde estaba y qué era lo que ocurría. Miró a su alrededor y observó las caras de tensión en el resto de pasajeros.

—No te preocupes, maja —le dijo el señor que ocupaba el asiento de al lado—. Suele pasar de vez en cuando. Nada de lo que preocuparse, los pilotos están más que acostumbrados.

Anne miró por la ventanilla y distinguió las verdes colinas que rodeaban la villa de Bilbao y el aeropuerto con su característica forma de paloma. Un nuevo bandazo sacudió el aparato. El grito de una mujer al fondo del pasillo provocó que todo el pasaje permaneciera en silencio, esperando que la situación se solventase lo más rápido posible.

—Es el viento —le dijo el hombre, intentando tranquilizarla con una sonrisa.

Anne miró el reloj de su muñeca. Jon Arkaute ya la estaría esperando en el área de llegadas. Él había volado a Bilbao en un avión que había salido de Londres a las seis de la mañana y que ya tenía reservado. Anne se había visto obligada a viajar en este otro vuelo, ya que en el de Jon no quedaban plazas libres. Tras una larga conversación, ambos habían decidido que Anne se hospedara en el apartamento en el que vivía Jon, situado en el municipio costero de Getxo, y que Anne ya había visitado. La joven había enviado las cajas que había preparado con las cosas de la abuela Mary Anne a través de una empresa de transporte, aprovechando una oferta de bienvenida que resultaba mucho más económica que facturarlas en el avión. Se suponía que llegarían al día siguiente. El avión empezó a descender lentamente aproximándose a la pista, pero algo no iba bien. La fuerza del viento era tal que la trayectoria del aparato no era ni mucho menos recta. Anne miraba por la ventanilla preguntándose qué pasaría si el piloto no conseguía realizar la maniobra de aterrizaje. De repente, vio acercarse a lo lejos a un enorme pájaro de color parduzco, batiendo sus alas de tal modo que parecía estar intentando acercarse al aeroplano. “*Lo que faltaba*”, pensó. El animal siguió aproximándose mientras Anne trataba de asustarlo, haciendo aspavientos con los brazos desde el interior. Pero no funcionó. El ave se estrelló contra la ventanilla y, durante unos segundos, su cuerpo sanguinoliento se mantuvo estampado contra el cristal hasta que el viento lo arrastró. Anne miró al hombre con el que había charlado hacía pocos minutos. Su cara horrorizada lo decía todo. Había contemplado la muerte del pájaro y estaba pálido, mientras murmuraba una serie de frases que probablemente eran oraciones. Los demás pasajeros permanecían en silencio con la cabeza pegada a la parte posterior de los respaldos de sus respectivos asientos, en un evidente gesto de tensión. Todos menos uno. Anne se fijó en una mujer situada tres filas por delante de ella al otro lado del pasillo. Tendría unos sesenta años, y, en vez de estar mirando hacia adelante reposando su cabeza en el asiento, la movía alternativamente de izquierda a derecha formando un ángulo de casi noventa grados. El resto del pasaje no parecía advertir lo extraño de su comportamiento. Anne se quedó hipnotizada con el movimiento pendular de la cabeza de la mujer, hasta que ella la giró de manera brusca hacia donde se encontraba la joven inglesa y se le quedó mirando con una expresión nada amistosa dibujada en su rostro. A Anne se le heló la sangre. Era la mujer que la había acosado en el Museo Guggenheim y en la

cafetería donde Begoña Argenta, la jardinera de la Fundación Petunia, le había hecho la entrevista antes de contratarla. “La Vieja”. “La Enlutada”. Así se había referido a ella Begoña Argenta la última vez que habló con ella, poco antes de la explosión de las Torres Isozaki. Aquella mujer la había seguido hasta La Rioja Alavesa cuando David y ella fueron a visitar a la tía Sabina. Anne intentó autoconvencerse de que no era ella. Pero era obvio que así era. El mismo tipo de ropa oscura, la misma mirada ausente y a la vez terriblemente amenazante. No era fácil olvidar aquellos ojos grises que no parpadeaban. Y por supuesto, casualidad o no, había venido acompañada de un pájaro, como en las anteriores ocasiones. Anne quiso gritar. No podía moverse. El avión estaba a punto de tomar pista, pero tuvo que volver a elevarse ante la dificultad del capitán para maniobrar por culpa de las violentas ráfagas de viento. La Vieja se levantó de su asiento y comenzó a acercarse lentamente hasta donde se encontraba Anne, que seguía paralizada sin poder articular ni una palabra. En el último momento, cuando la mujer del museo estaba a punto de alcanzarla, Anne consiguió librarse de aquel trance en el que su cuerpo había quedado aprisionado y le pegó un codazo al hombre de su izquierda, que continuaba rezando con los ojos cerrados. El hombre la miró sobresaltado y en ese instante, el avión tomó por fin tierra. Anne buscó a la mujer con la mirada, pero ésta, simplemente había desaparecido. Al fondo del pasillo, la luz del aseo indicaba que alguien lo había ocupado. ¿Se habría escondido allí? No pensaba ir a averiguarlo.

Con el rostro desenchajado por lo que acababa de ocurrir, ver a Jon Arkaute al otro lado del cristal en el lugar donde los familiares y amigos recibían a los recién llegados, fue un bálsamo que le hizo recomponerse y recuperar la cordura.

—¿Qué tal ha ido el vuelo? —le preguntó él mientras conducía su coche en dirección a Getxo.

—Ha ido todo bien salvo el aterrizaje, había muchísimo viento —contestó ella tragando saliva—. Por lo demás, perfecto.

No pensaba quedar como una loca delante de Jon. No era agradable acoger a alguien en tu casa y no tener la seguridad de que esa persona se encontrara en sus cabales. Así que optó por no contarle nada de La Vieja. El trayecto hasta su casa se le hizo muy corto. Apenas les dio tiempo a escuchar un par de canciones que el jardinero había elegido. Le sorprendió que a Jon le gustase aquel tipo de música tan tranquila.

—Es un cantante que me gusta mucho —le explicó él.

A Anne le daba igual quién era aquel artista, solo quería llegar cuanto antes a casa de Jon y darse una ducha. Pero pronto la suave cadencia de las notas que acompañaban aquella bella melodía le hizo relajarse y disfrutar de la canción. Sonriendo, acertó a traducir parte de la letra, escrita en un euskera algo distinto al que ella había estudiado. Aun así, le resultó curioso que él hubiera escogido una canción que hablaba de las flores de primavera. La nostalgia y la tristeza impregnaban los acordes para hablar de amor y desamor. Anne, sin embargo, al escuchar aquellas palabras no podía dejar de pensar en que de nuevo volvía a las fauces de la Fundación Petunia. Deseó con toda su alma haber tomado la decisión correcta volviendo tan pronto a Bilbao.

Segunda parte

“FERMENTACIÓN”

Un enorme vaso de mate frío como regalo de bienvenida. Jon Arkaute se había acordado de que a ella le encantaba aquella bebida, aunque normalmente prefería tomarla caliente. En cualquier caso, era todo un detalle por parte del jardinero, que además, había preparado una estupenda cena a base de *marmitako*, un delicioso guiso de bonito, típico de la zona, aderezado con patatas, pimiento, cebolla y tomate. Como buen alavés, Jon se había hecho con un par de botellas de un afamado vino de una bodega de La Rioja Alavesa. Anne se maldijo por no haber probado antes un caldo como aquel. Simplemente le encantó. Solo bebió dos tragos, no quería perder el control, pero fue suficiente para relajarla y le ayudó en gran medida a disfrutar tranquilamente de la velada. En pocos minutos, Jon había conseguido que casi olvidara por completo los acontecimientos de los últimos meses. El recuerdo del encuentro con La Vieja en el avión que la había traído hasta Bilbao le parecía ahora irreal, y se autoconvenció a sí misma de que probablemente se había tratado de un sueño. Hasta se permitieron bromear sobre los choques culturales que Anne había tenido en tierras vascas. Jon le ofreció sentarse un rato en el sofá a tomar la última copa antes de ir a dormir, pero ella le rechazó amablemente. Estaba rendida por el viaje. Solo pensaba en meterse a la cama. Jon se levantó de la mesa y comenzó a recoger los platos, prohibiéndole tajantemente que le ayudara. Ella le observó faenar en la cocina, mientras fregaba la vajilla y barría el suelo, ataviado con un pantalón de hacer deporte y una camiseta más propia de un día de playa que de andar por casa. La escena era cuanto menos peculiar. Jamás se hubiera imaginado a una celebridad dentro de la Fundación Petunia como Jon Arkaute vistiendo de aquella forma con ella de invitada, y mucho menos, recogiendo la cocina con esmero y maña. Aunque no sabía de qué se extrañaba tanto. La primera vez que había estado en su ático, él se había comportado de manera muy similar y había usado una vestimenta parecida. Jon Arkaute había sido fiel a su personalidad desde el principio. Recordó con nostalgia el día que le conoció. Fue la primera vez que Lourdes del Río la llevó a la biblioteca de la Fundación en el casco viejo de Bilbao. Se acordaba de cada detalle. Le volvió a visualizar hablando con aquel chico de aspecto nórdico, que había resultado llamarse Peter, y al que solo había vuelto a ver en otra ocasión, en el funeral de la ex mujer de Tomás Benguría, y del que incluso había llegado a sospechar que estaba vigilándola y siguiéndola a todas partes por encargo de la Fundación, aunque Jon se lo había negado tiempo después. Aquella primera imagen de Jon hablando con aquel becario, haciendo ostentación de aquella especie de soberbia que utilizaba con quienes estaban por debajo de él en la jerarquía de la Fundación, y que con ella también había empleado al principio, no era fácil de olvidar. Recordó el contraste que supuso ver al joven becario ataviado con su aséptica bata blanca y a Jon, a su lado, con su aspecto robusto y deportivo y su indumentaria excesivamente informal.

—Puedes dormir en mi cama. Yo dormiré en el sofá.

Anne estuvo a punto de comenzar una discusión dispuesta a no aceptar el ofrecimiento del jardinero, pero estaba tan cansada que se limitó a sonreír mientras él se alejaba rumbo al salón. Miró el equipaje que había dejado encima de una silla pero decidió que lo abriría a la mañana siguiente. El dormitorio no era muy grande, y apenas tenía muebles. Jon colgaba la mayoría de su ropa en las perchas de una barra metálica colocada en frente de la cama, a modo de armario

improvisado. Anne abrió uno de los cajones de la mesilla y se topó con la ropa interior de él, la mayoría calzoncillos de tipo *boxer* de color blanco o negro. En otro de los cajones halló un arsenal de preservativos y una amplia gama de geles de masaje erótico y lubricantes. Lo cerró inmediatamente, no quería ser una entrometida. Se imaginó al jardinero trayendo a sus conquistas a aquella cama y despidiéndose de ellas antes de que el sol despuntara por el horizonte. Analizó las sábanas y las olió. Estaban limpias, probablemente las había puesto esa misma mañana al llegar. Se preguntó qué tipo de mujer sería su prototipo y dónde las conocería. No tuvo tiempo de pensar mucho más, porque enseguida sucumbió al sueño.

A las cuatro de la madrugada se despertó súbitamente, como si hubiera escuchado la alarma del despertador. Miró a su alrededor un tanto desubicada, hasta que se percató de que estaba en el dormitorio de Jon Arkaute. La puerta de la habitación estaba abierta y a lo lejos escuchó la respiración profunda de él, que no llegaba a ser un ronquido. La luz de las farolas se colaba entre las rendijas de la persiana, así que no le hizo falta encender la lámpara. Estaba asada de calor. Se puso encima una camiseta y cruzó el pasillo casi de puntillas para no hacer ruido, con intención de ir a beber un vaso de agua fresca a la cocina. Al pasar junto al sofá, se quedó mirándole. Jon dormía plácidamente tumbado boca arriba completamente desnudo. La manta que había utilizado como sábana encimera se había caído al suelo, pero a él no parecía importarle lo más mínimo. No pudo evitar contemplar su cuerpo y su postura relajada. Y mucho menos fue capaz de impedir que su mirada se dirigiera a su entrepierna, que, a pesar de no estar erecta, tenía un tamaño considerablemente grande. Se sintió poderosa observándole y siendo testigo de aquella escena tan íntima, sin que él se percatara de su presencia. Había ido en dirección a la cocina con intención de refrescarse, pero ya lo había olvidado por completo. Casi sin darse cuenta, comenzó a acariciarse los pechos por encima de la camiseta mientras analizaba todos y cada uno de los rincones del cuerpo de él. Se acercó muy despacio, con temor de que Jon se despertara. Se colocó detrás del sofá y observó su rostro tranquilo. Él hizo un pequeño movimiento, como si estuviera soñando, pero no llegó a cambiar de postura. A pesar de que había sido tan solo un segundo, fue suficiente para que el olor corporal de él llegara hasta sus fosas nasales. Aquello le hizo desearle aún más. Volvió a recordar la primera vez que le vio en la biblioteca de la Fundación. El aroma natural de él fue lo que más le había atraído desde el primer momento. Mientras seguía acariciándose los senos con la mano izquierda, comenzó a frotarse con suavidad la vulva, imaginando que se sentaba sobre él sin que este tuviera posibilidad de reacción. Cerró los ojos y volvió a aspirar las notas olfativas de la piel de Jon Arkaute, mientras acompañaba el movimiento de su mano con una cadencia cada vez más rápida. Cuando volvió a abrirlos se dio cuenta de que él se había despertado y la observaba en silencio. Su mirada de deseo la encendió aún más y, sin mediar palabra, rodeó el sofá y se aproximó a él. Jon se incorporó y con suavidad la atrajo hasta él tomándola de la mano. La tumbó en la posición en la que se encontraba él segundos antes y, muy lentamente, le hizo desprenderse de la camiseta, mientras la bañaba en pequeños besos y mordiscos, primero por el cuello, luego en los pechos y por último en la zona del abdomen. Como si de un trance espiritual se tratara, los sentidos de ella estaban concentrados en una única cosa: el aroma de él, que la envolvía cual tela de araña cerniéndose sobre su presa. No era olor a limpio. No era olor a perfume o desodorante masculino. Era un olor profundo, rotundo, con ciertos matices de sudor acumulado durante el día, pero sin llegar a ser desagradable. Todo lo contrario.

Él bajó hasta sus piernas y le quitó la ropa interior. Anne dirigió la cabeza de Jon hasta su vulva. No tuvo que insistir mucho para que él accediera. Jon se deleitó lamiendo primero la parte interior de sus muslos y besándola de abajo hacia arriba. Cuando parecía que iba a llegar a su destino, volvió a bajar hacia la zona de las rodillas para de nuevo ascender. La última vez que lo hizo salivó con profusión la piel de Anne hasta que al fin se detuvo en la meta, recreándose a sorbos de lujuria desenfrenada, mientras que con las manos apretaba sus senos. Ella, a su vez, movía la cabeza de él dirigiéndole en función de lo que su mente y su cuerpo demandaban en cada momento. Al cabo de unos minutos, Anne tiró del pelo de Jon, haciéndole abandonar aquel juego, y lo arrastró hacia arriba hasta que lo tuvo lo suficientemente cerca como para que él pudiera escucharla con claridad.

—*Do it now or I'll kill you*—le dijo. A él no le hizo falta saber mucho inglés para descifrar lo que acababa de pedirle. Se introdujo en ella obedeciendo su orden, y no dejó de embestirla hasta acabar los dos exhaustos.

Las primeras tres horas de aquella borrascosa mañana de enero habían transcurrido igual de livianas que el tiempo de espera de un condenado a muerte antes de que el verdugo ejecute la orden para cortarle la cabeza. Al menos, Javier Ballesteros había resultado ser un tipo bastante accesible. Nada que ver con Sharon Van Roden o William Dik, que seguían empeñados en hacerle la vida imposible. No sabía si el hecho de que Javier Ballesteros fuera de Vitoria y, por tanto, alavés como él, había influido en la imagen que se había labrado de él, pero seguramente había tenido mucho que ver. Lo cierto era que le había agradado encontrar a una persona aparentemente equilibrada y agradable dentro de La Pecera. Desde la explosión de las Torres Isozaki, quizás desde bastante antes, su percepción acerca de las personas había ido cambiando y muchos de sus prejuicios habían ido desapareciendo. Por fin una persona que no cumplía los cánones de belleza tan prototípicos del personal de Artechnia. Y no era la primera persona a la que había visto en La Pecera últimamente rompiendo aquella regla no escrita. Cualquiera lo hubiera imaginado. Se preguntó si la ausencia de Artechnia de la Presidenta del Consejo de Administración desde que Ismael García había sido encarcelado, habría hecho que el baremo físico que parecía regir a todos los trabajadores se hubiera relajado.

A la hora del almuerzo el tiempo se detuvo y quedó atrapado en un fotograma, como si la película de su vida se hubiera atorado y no fuera capaz ni de seguir hacia delante ni de rebobinar. Ese día no había tenido tiempo de preparar todas las comidas correspondientes a la estricta dieta que aún seguía al pie de la letra, así que no había tenido más remedio que comer en la cafetería de la compañía, acompañado por Javier Ballesteros. A las 13:25 horas la puerta de la estancia se abrió y ante sus ojos lo vio aparecer, encaminando sus pasos hasta la máquina de café. Le hubiera gustado haberlo visto solo, pero la suerte a veces es esquiva. Ander Goikoetxea metió una moneda de un euro y seleccionó un café largo con sacarina. A su lado, su marido Manu Olabe le insistía para que se sentara en una de las mesas a tomarse el café. Manu era un agente de la policía municipal de Vitoria que les había ayudado a Alicia Rández y a David en la investigación para tratar de averiguar quién se hallaba tras las muertes de la ex mujer y la madre de Tomás Benguría. David agradecía mucho su colaboración, ya que, precisamente había podido averiguar que Ismael García era quien había matado a las dos mujeres, gracias a unas imágenes de unas cámaras de seguridad que la policía autonómica vasca había facilitado subrepticamente al guardia urbano. Pero en ese momento le hubiera gustado que Ander hubiera entrado solo a la cafetería. Habían pasado casi cuatro meses desde el accidente de tráfico de Ander y las secuelas físicas eran evidentes. Había perdido parte de su forma física y había engordado tres o cuatro kilos, pero, inexplicablemente, seguía conservando un aspecto saludable, como si nada le hubiera ocurrido. Ni siquiera la leve cojera que le acompañaba le había restado un ápice de su encanto innato. David se levantó y se acercó hasta la máquina de bebidas, dispuesto a saludar y dar la bienvenida a su amigo. Al llegar, Ander y Manu se alejaron rápidamente de él en dirección a la puerta. David se quedó perplejo sin entender lo que ocurría y aceleró el paso para alcanzarles, pero Manu retrocedió unos pasos y le paró en seco con la mano.

—David, ahora no.

—Pero..., ¿qué es lo que pasa? Solo quiero saludar a Ander —dijo él sin entender la situación.

—Déjalo David, es mejor para todos —dijo él mientras Ander cruzaba el marco de la puerta y se esfumaba por el pasillo, bastante rápido a pesar de la cojera.

David se enfureció y apartó el brazo de Manu de un manotazo y echó a correr hacia la puerta, pero al salir comprobó que Ander había desaparecido. Manu Olabe llegó hasta donde él.

—No vuelvas a atreverte a tocarme y no te acerques a él. ¿Me has entendido? —le amenazó mientras golpeaba el pecho de David con el dedo índice de su mano derecha.

David se quedó aturdimiento durante unos segundos sin llegar a comprender nada de lo que acababa de ocurrir. El fantasma de la angustia intentó hacer acto de presencia de manera súbita, demostrando que su poder sobre David no había mermado desde el último ataque de pánico, por mucho que creyera haberlo superado desde hacía mucho tiempo. Estaba claro que no era así. Tuvo que sentarse y recordar los ejercicios respiratorios que tan bien le habían funcionado las últimas veces. Poco a poco logró alejar al espectro de la ansiedad, aunque tendría que estar vigilante, en cualquier momento podría regresar. De repente, una voz conocida surgió a sus espaldas para tratar de tranquilizarle.

—David, no te enfades con Ander, él no tiene la culpa.

David se volvió hacia ella. Alicia Rández trataba de calmarle con una sonrisa dibujada en sus labios y ofreciéndole una taza de café caliente.

Mientras el sol perezoso de la primera hora de la mañana trataba de emprender su recurrente recorrido diurno surcando el firmamento, Anne Wellington y Jon Arkaute desayunaban un par de cafés con unas tostadas que el propio jardinero había cocinado de manera artesanal. Entre las muchas aptitudes ocultas de Jon, Anne había descubierto desde la noche anterior sus dotes para la cocina, algo que se presuponía por otra parte, habida cuenta de la leyenda que acompañaba a los hombres vascos y que daba a entender que todos eran habilidosos cocineros. En este caso, la fama estaba más que justificada. El pan creado por Jon Arkaute estaba delicioso, casi tanto como el *marmitako* de la cena de la noche anterior. Habían hablado brevemente sobre su encuentro sexual, pero tampoco habían querido exhibirse mucho. Los hechos hablaban por sí solos. No sabían a dónde les conduciría aquella historia, pero tampoco era cuestión de analizarlo todo desde el primer minuto.

—Creo que a Mechero lo mataron por culpa del Códice 60—dijo el jardinero mientras se relamía por la tostada que acababa de engullir.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Aunque la Fundación sigue en barbecho, mis fuentes me han asegurado que se ha abierto una investigación interna para tratar de aclarar lo sucedido, al margen de la versión oficial de la policía. Te aseguro que si los Mayores han emprendido esa ardua tarea, es porque saben que hay una mano negra detrás de la explosión de las Torres Isozaki. De todas formas, por lo que yo sé, no han llegado aún a ninguna conclusión sobre la autoría de la detonación.

—Alguien no quiere que se sepa la historia de los berones, de la invasión del poblado de La Hoya y de la huida del hijo preferido del hombre santo portando la llave. Por no mencionar todo el tema de esa misteriosa palabra, Oiraco, y de las murallas antiguas de Gasteiz.

—Y no te olvides de la siniestra profecía del final. El retorno del que estaba antes.

—¡Como para olvidarlo!

—¿Se te ocurre alguna razón concreta para que alguien decidiera volar por los aires el invernadero de las Torres Isozaki?

—¿A qué te refieres?

—¿Hay algo que descubrierais Mechero y tú, algún detalle del que os percatasteis y que no consta en los informes oficiales? Sé que me informabais de todo, pero piensa, por favor. ¿Hay algo más de lo que podamos tirar?

Anne se le quedó mirando sin saber muy bien qué se suponía que debía responderle. Por supuesto que había algo más. Aún tenía pesadillas con la última conversación que había mantenido por teléfono con Mechero minutos antes de la explosión. Él aseguraba que había encontrado en la biblioteca de la Fundación una prueba de que la lengua que el dios de los berones había enseñado a su pueblo era el euskera. “*La lengua santa venida de los cielos*”, tal y como la describía el propio manuscrito medieval. Pero dudó de si era buena idea contárselo a Jon

Arkaute. Si todo aquello había ocurrido en parte por ese descubrimiento de Mechero, más le valía guardar silencio.

—Tengo que confesarte una cosa —le dijo él tomándole la mano—. Pero prométeme que esto va a quedar entre tú y yo. Mi posición en Petunia podría verse muy afectada.

Anne se sintió culpable por no estar dispuesta a compartir ese mismo grado de intimidad con él.

—Creo que hay una conexión evidente con el hecho de que encontráramos la copia del Códice 60 escondida en la residencia de La Sagrada Misericordia en Páganos. Creo que no es casual que apareciera en esa zona en concreto, en La Rioja Alavesa, y que los Mayores no me han contado toda la verdad.

—Explicate, por favor —le pidió Anne.

—Sé que está más que prohibido sacar información confidencial de Petunia fuera de los dominios de la organización, pero bueno, es un riesgo que he querido correr. Mi puesto me permite conservar copias fotográficas del Códice 60, pero no es nada recomendable hacerlo ahora mismo, teniendo en cuenta que la Fundación está oficialmente en barbecho. En teoría debería haber devuelto las copias que tengo del manuscrito a la Fundación, pero no lo he hecho. En fin. Durante este tiempo, las he estado analizando exhaustivamente y ha habido algo que me ha llamado la atención. En el reverso de la última página aparece dibujado algo que un principio atribuí a las funciones propias de una especie de contraportada, pero que ahora creo que es de vital importancia. Se trata de un círculo oscuro con una estrella de ocho puntas insertada dentro de éste.

Anne tragó saliva. Así que Jon ya había reparado en aquella especie de sello, el símbolo privado de la familia de David, los Elguea Leiva. El mismo dibujo que aparecía tallado en el cofre que Sabina Elguea tenía guardado en el armario de su dormitorio en Lacaverna, y que también aparecía en la escena de la Epifanía de los Reyes Magos en el pórtico de la iglesia de Santa María de los Reyes de Laguardia. Ansiaba conocer hasta qué punto Jon había conseguido investigar acerca de ello.

—Ese dibujo enseguida me recordó algo que encontré hace unos años indagando entre los archivos secretos de la Fundación al trabajar en otro caso. Resulta que en 1985, durante las obras de remodelación del interior de una iglesia de un pueblo situado precisamente en La Rioja Alavesa, se encontró una extraña escultura de piedra que alguien había escondido en el techo. Se trataba de una figura antropomorfa sentada sobre una especie de trono y, a sus pies, adosada a ella, otra de menor tamaño que por su forma parece tratarse de algún tipo de equino —comenzó a explicarle Jon, mientras abría una enorme caja portafolios y le enseñaba las fotografías de aquel extraño ser.

—Eso es ...

—Sí, un enorme falo acompañado de sus correspondientes testículos —afirmó el jardinero señalando los atributos de la figura—. Pero hay otra cosa aún más especial. Si te fijas, a la altura del pecho hay esculpido una especie de círculo y una estrella de ocho puntas dentro.

Anne lo observó extasiada. Definitivamente se trataba del mismo símbolo que el utilizado por los Elguea Leiva. El cuadrante inferior derecho del círculo aparecía casi borrado, pero estaba claro que era la misma figura. Contempló la silueta que conformaba la escultura y se acordó de la figura de la Virgen que presidía el pórtico de la iglesia de Laguardia. No porque se pareciera,

sino porque ninguna de las dos respetaba el principio de proporcionalidad entre las figuras que las componían. No tenía sentido el tamaño del caballo ubicado a los pies de la figura, si se comparaba con el del resto del ser sentado en el trono, del mismo modo que el tamaño del niño Jesús de la Virgen de Santa María de los Reyes no cuadraba bien con el de su madre.

—El descubrimiento de este ser causó un enorme revuelo en toda la comarca. Nadie entendía cómo podía estar oculta aquella figura que parecía salida del averno en el techo de la iglesia. El párroco enseguida avisó al obispado y éste terminó contratando a una especie de empresa privada de arqueología para analizar la figura. Uno de los expertos que formaban parte del equipo contactó con la Fundación Petunia para avisarnos de las conclusiones a las que estaban llegando. No salían de su asombro. Incrustados dentro del cráneo de la figura, aparecieron pequeños restos de cerámica azul, algo totalmente inusual. Daba la sensación de que para esculpir la cabeza hubieran empleado adrede aquellos trozos, posiblemente procedentes de alguna vasija o recipiente que se utilizaba para algún tipo de ritual. El caso es que gracias a esos restos se pudo datar la escultura a través de la técnica de la termoluminiscencia, que en arqueología se emplea para fechar elementos sometidos a calentamiento, como las cerámicas. La figura, o, al menos esos trozos de los que hablamos, son de aproximadamente hace casi cuatro mil años.

—No soy una experta en el tema, pero eso es bastante antes de la época en que se desarrolló el pueblo de los berones en el valle del Ebro, ¿no?

—Nunca des nada por sentado hablando de historia o de prehistoria, pero sí, muchos de los autores defienden que las primeras oleadas de tribus celtas que fueron llegando y colonizando esa zona tuvieron lugar unos mil años antes de Cristo.

—¿Y a qué conclusión llegaron los expertos? ¿Se trataba de la representación de una deidad?

—No se sabe con certeza. Quizás se trataba de algún miembro de la clase dominante, o de un sacerdote.

—¿Y dónde está ahora la escultura?

—Desapareció. Alguien la robó y nunca se ha vuelto a saber de su paradero.

—¿Cómo se llamaba ese pueblo? —preguntó Anne inquieta.

—Pues espera, porque lo tengo que tener apuntado en algún sitio —le contestó Jon, mientras revolvía entre los papeles que acompañaban el expediente—. Aquí está. Lacaverna, no muy lejos de Laguardia. Creo que a falta de otro hilo del que tirar, deberíamos visitar ese pueblo para tratar de encontrar alguna otra pista. Tal vez, si pudiéramos acceder al archivo parroquial...

Anne asintió mientras un dolor punzante le ahogaba la boca del estómago. Hacía mucho que su delicado aparato digestivo no hacía acto de presencia. En su cabeza, la imagen de Sabina Elguea danzando desnuda bajo la luz de la luna en el huerto repleto de vides de su casa en Lacaverna, se repetía una y otra vez, rememorando aquel extraño episodio del que había sido testigo meses atrás cuando había sorprendido a la anciana en tan extraña situación. A pesar de todo, las palabras de Jon Arkaute eran una buena noticia. Anhelaba volver a visitar aquella hermosa tierra que había visto nacer a David. Aún recordaba el sentimiento de nostalgia que le provocó su repentina partida de la comarca tras visitar a la tía Sabina. Deseaba seguir explorándola y descubrir todos sus rincones.

Alicia Rández entró en el *loft* en el que Ander Goikoetxea y Manu Olabe llevaban viviendo desde que Artechnia había contratado al primero. A pesar del incordio que suponía para Manu tener que viajar todos los días hasta Vitoria, donde trabajaba como agente de la policía municipal, lo cierto era que muy pronto se habían adaptado a la vida en Bilbao y al barrio de Deusto. Ander abrió la puerta con cara de pocos amigos y la invitó a pasar. Todo seguía exactamente igual a la última vez que ella había visitado la vivienda, el día en el que David Vanner había descubierto que el asesino de la madre y ex mujer de Tomás Benguría era el jefe de seguridad de Artechnia. Se sentó junto a Ander en el sofá de seis plazas del salón, junto al enorme retrato fotográfico de él y Manu colgado en la pared de enfrente. No sabía muy bien cómo comenzar la conversación sin herir sus sentimientos, pero finalmente decidió ir directamente al grano.

—¿Te encuentras ya mejor? —le preguntó.

—¿Tú que crees? —su mirada daba a entender que la palabra “mejor” no encajaba demasiado bien con su estado anímico en ese momento.

—Esta mañana te he visto en la cafetería de La Pecera. Supongo que has ido a formalizar la excedencia.

—Sí. Yo no estaba muy por la labor, pero al final Manu me ha convencido. Cree que es mucho mejor para mí alejarme un tiempo de Artechnia y de las malas compañías.

—¿Las malas compañías?

—Sí. Tranquila, no lo dice por ti precisamente. Sabe el aprecio que me tienes.

—Entonces lo dice por David.

—Sí, bueno. Dice que desde que David ha entrado en mi vida todo ha ido a peor, y que es mejor que me aleje de las personas tóxicas.

—¿No le habrás contado nada de nuestra teoría? —Alicia se refería a la hipótesis que tanto ellos dos como David creían como la más plausible para explicar los asesinatos de la madre de Tomás Benguría y de su ex mujer Iratxe. Estaban convencidos de que habían sido asesinados porque Tomás había descubierto que William Dik era un asesino al que los Bechs, los propietarios de Artechnia, habían ayudado para librarse en su momento de la cárcel.

—No, no se lo he dicho —contestó Ander de modo tajante.

—Entonces no entiendo a Manu.

—Déjalo, Alicia, de verdad. No te estoy pidiendo que lo entiendas. Es mejor dejarlo así.

—Me decepcionas, Ander. No sabes lo que se ha preocupado David por ti. Llevas sin contestar a sus llamadas desde que saliste del coma.

—Más me habéis decepcionado vosotros a mí. ¿Cuánto tiempo pensabas que podríais ocultarme David y tú que Inés había muerto?

Alicia se sintió culpable por no haberle contado antes a Ander la muerte de su amiga, Inés San Juan, la ex secretaria de Suzanne Bechs, pero lo habían hecho por su bien. Hasta que no salió del hospital no quisieron decirle la verdad.

—Te he pedido perdón mil veces. Lo siento, ¿vale?

—Lo que me molesta es que ni David ni tú hayáis hecho nada por tratar de esclarecer qué le ocurrió a Inés. Estoy harto de que en esa empresa de mierda nadie apreciara a Inés ni se preocupara por ella.

—Ander, yo ...

—Inés era una excelente persona y David y tú la utilizasteis y la metisteis en todo este lío sin pensar en las consecuencias.

—Fue idea de David, yo no tuve nada que ver. Fue él el que le contó toda esa milonga de que creía que tú habías descubierto un fraude en la contabilidad de Artechnia. Y fue él el que le pidió a Inés que entrara en el despacho de la Presidenta para ver si localizaba alguna prueba de que Suzanne Bechs te hubiera hecho pagar por ello. Pero te equivocas otra vez con David, Ander. David ideó toda esa artimaña solo para tratar de averiguar si Suzanne Bechs había tenido algo que ver en tu accidente, una vez tuvimos claro que era la amante de Ismael García. No quería que el culpable se fuera de rositas.

—Pues lo único que consiguió es que se cargaran también a Inés.

—Eso no lo sabes. Los medios de comunicación dijeron que todo había sido un accidente, que se cayó escaleras abajo y se partió el cuello porque estaba ...

—Borracha, ¿verdad? Te ha faltado tiempo para volver a sacar el tema. Inés no era una alcohólica. Simplemente le gustaba disfrutar la vida. No tenéis ni idea de quién era realmente. Cuando consiga demostrar que su muerte no fue un accidente, entonces me daréis la razón.

—Ander, ¿estás loco? ¿Qué vas a hacer? ¿No crees que ya has tenido suficiente con todo este lío? Haz caso a Manu y aléjate por un tiempo de Artechnia, por favor. No removamos más la mierda, ahora que parece que las cosas se han calmado. Déjalo estar.

—Mira, Alicia, sé que a veces puedo parecer un pringado que se lleva bien con todo el mundo y cree que la vida es de color rosa. Pero esto no lo voy a dejar pasar. Inés era mi amiga, ¿lo entiendes? —la increpó con los ojos cegados por la rabia.

La siguiente media hora Alicia Rández trató de quitarle la idea de la cabeza, pero, por más que intentó hacerle ver que nada bueno podía suceder si seguían escarbando en todo aquel asunto, no fue capaz. Ander seguía siendo un buen hombre, con un corazón enorme. Pero algo había cambiado en él tras despertar del coma. Era un pequeño matiz, un detalle sin importancia que hubiera pasado desapercibido para alguien que no lo conociera bien. Pero ese no era el caso de Alicia. Ambos habían compartido muchas confidencias en el pasado, y sabía perfectamente que el Ander que estaba sentado junto a ella en el salón del *loft* de Deusto no era el mismo Ander de siempre. Un destello de odio casi inapreciable enturbiaba su límpida mirada. Y el odio casi nunca traía nada bueno consigo.

Anne Wellington abrió la puerta del ático de David al empleado de la empresa de transportes que había traído a Bilbao las cajas con las cosas de la abuela Mary Anne. Cuando contrató sus servicios antes de salir de Inglaterra, estuvo tentada de ordenar que los paquetes llegaran a casa de Jon Arkaute, pero al final decidió que la casa de David era mejor idea. Ahora que el transportista se había ido, no le parecía tan buena. Había quedado con él a esa hora, esperando no encontrarse a David en la casa, y, aunque el plan había funcionado, no dejaba de mirar la puerta de la entrada temiendo que él apareciera en cualquier momento. No quería hablar con él, no estaba preparada para enfrentarse a ninguna clase de conversación trascendental, y menos después de lo que había ocurrido con Jon.

Los últimos tres meses habían sido una pesadilla para ella. Tras la explosión de las Torres Isozaki y la muerte de Mechero, perdió todo contacto con la Fundación, salvo algún mensaje fugaz con Jon. Cuando sorprendió a David enfrente de las Torres Isozaki segundos antes de que el invernadero estallara por los aires, llegó a pensar que se estaba volviendo loca. David no podía estar allí. Él le aseguró que había llegado antes de su viaje a Madrid y que había aprovechado para dar un paseo junto a la ría, y ella no tuvo más remedio que creerle. Por supuesto Anne no le comentó que la explosión había tenido lugar en una de las sedes de la organización para la que trabajaba. Simplemente le dijo que en esos momentos se dirigía al trabajo. La excusa de haber firmado aquellos estrictos contratos de confidencialidad que le impedían hablar con nadie acerca de la Fundación y del trabajo que desempeñaba le volvió a servir de barrera de defensa cuando, una vez recuperado, David le volvió a preguntar sobre la ubicación de su oficina. Los primeros días en el hospital habían transcurrido muy lentos. Anne tenía la sensación de que habían sido meses, aunque realmente solo habían pasado tres semanas hasta que David fue dado de alta. Adrián, el primo de David, el insoportable vecino de enfrente, se comportó de maravilla con él. Le visitaba prácticamente a diario, e incluso se hizo cargo de todos los gastos de la clínica privada en la que David realizó la rehabilitación tras salir del hospital. Hasta le llevaba y traía a todas partes en su coche. Anne no sabía muy bien cómo tratar a Adrián. Aún recordaba el susto que se había llevado cuando le había sorprendido espiándola mientras ella trataba de localizar el cofre que Sabina Elguea había enviado a casa de David. No podía borrar de su cabeza la imagen de Adrián portando aquel enorme puñal al otro lado de la puerta del ático. Aunque trató por todos los medios de mantener las distancias, al final tuvo que aceptar y agradecer su ayuda, a pesar de que se sentía continuamente vigilada por él, como si desconfiara de ella.

Por su parte, David comenzó a comportarse de manera extraña con ella a los pocos días de su ingreso en el hospital. Al principio dejó de hablarle aduciendo que necesitaba descansar y que no tenía ganas de nada. Y, poco a poco, un muro de silencio se instaló entre ambos, separándoles cada vez más. Anne intentó romper aquel distanciamiento, pero lo cierto es que tampoco le quedaban muchas ganas de seguir tratando de salvar la relación tras haber descubierto que David utilizaba páginas *webs* de contactos sexuales. La sombra de una posible infidelidad era demasiado alargada y no conseguía desterrar del todo la duda de si David le estaba siendo leal o no. Así que no puso demasiado empeño en solventar aquella incómoda situación. Un día, cuando

David regresó de una sesión de rehabilitación, tras despedirse de Adrián en la puerta del ático, se dirigió al dormitorio y se encontró a Anne leyendo una novela tumbada sobre la cama.

—Lo siento, Anne. No puedo más. Se ha acabado.

Con esa frase lapidaria dio por terminada la relación. Ni siquiera concedió a Anne la oportunidad de replicar aquella decisión unilateral. Ella no hizo nada por hacerle cambiar de opinión. Por mucho que le doliera, quizás era lo mejor. Amaba a David, pero habían ocurrido demasiadas cosas y ya no era lo mismo. Desde que se habían mudado a Bilbao no habían dejado de distanciarse cada vez más. La actitud de David tras la explosión solo fue la gota que colmó el vaso. Acordaron que ella podía quedarse en el ático hasta que se buscara un sitio al que mudarse o hasta que decidiese qué quería hacer con su vida. En ese sentido, él se portó de manera bastante comprensiva y no le metió ningún tipo de presión para que abandonara la casa. Incluso dejó que ella durmiera en su cama mientras él hacía lo propio en el sofá. Fueron tres meses de idas y venidas, en los que siguieron acostándose hasta el último momento, pero cada vez que lo hacían, la sensación de culpabilidad que les embargaba a ambos provocaba que la situación cada vez fuera más insostenible. Si realmente querían que aquello acabara de una vez, era imprescindible que no convivieran bajo el mismo techo. La tentación siempre iba a estar ahí, por mucho que prometieran no volver a tener sexo. Así que al final, tras pasar las Navidades más tristes de su vida, y tras haber intentado sin éxito encontrar un nuevo trabajo como traductora, Anne había decidido volverse a Inglaterra.

Abrió las dos cajas y depositó los objetos que contenían sobre la mesa de la cocina. Lo cierto es que le extrañó que el Reino de las Ánimas, la habitación secreta de la abuela Mary Anne, estuviera tan deshabitado. Cuando era pequeña, las paredes estaban repletas de decenas de objetos y diferentes tesoros. Por eso le sorprendió encontrar aquel habitáculo tan vacío. Seguramente la abuela había ido deshaciéndose de la mayoría de ellos para poder seguir manteniendo Sunny House en las condiciones en que aquella mansión se merecía. De repente, escuchó cómo alguien introducía una llave en la cerradura de la puerta de la entrada. Así que al final no iba a poder evitar tener que hablar con David. Casi sintió alivio al comprobar que el visitante no era otro que Adrián Zuberoa, que, como siempre, llegaba en el momento más inoportuno.

—Hola Anne, pensaba que te habías marchado a Inglaterra —fue el saludo de él mientras trataba de esconder algo que traía en las manos entre los pliegues del abrigo de cuero que llevaba encima. Anne advirtió que el color del tinte de su larga cabellera se había oscurecido por lo menos un par de tonos.

—Yo también te he echado de menos, Adrián —le respondió ella tratando de no expresarse de manera demasiado hostil, para que aquella conversación no se alargara mucho—. He venido a recoger mis cosas, David me dijo que podía entrar cuando quisiera.

—Y que me devolvieras las llaves a mí cuando por fin te fueras.

—Así es. Pero me temo que hoy no va a ser ese día. Tengo que organizar mi vida. He decidido volver a Bilbao y estoy buscando dónde quedarme.

—¿Así que vuelves? Veo que la hospitalidad vasca ha hecho su efecto. Como veas. Tú sabrás cómo quedaste con él.

—¿Qué tal está? —preguntó Anne tratando de no mostrarse demasiado interesada.

—Bien, ya ha vuelto al trabajo. De lo del tímpano y la rehabilitación está totalmente recuperado. Te voy a dejar, que no quiero molestarte. Supongo que David te dejaría mi número. El día que hayas terminado con todo esto, llámame y quedamos para que me entregues las llaves. Y, por favor, no vayas a llevarte nada que no sea tuyo —le dijo con sorna mientras se dirigía a la salida.

Anne se preguntó si se refería al dichoso cofre que Sabina Elguea hizo llegar a David con aquel extraño mensaje, "*Ha empezado*". Volvió a revivir el miedo que sintió cuando descubrió a Adrián espiándole al otro lado de la puerta del ático el día que ella había intentado desencajar el doble fondo del cajón del armario donde David lo había escondido. Esta vez no iba a tentar a la suerte tratando de localizarlo. Tenía que darse prisa. Había quedado en menos de tres horas con Jon para emprender juntos el viaje hasta Lacaverna.

Jamás hubiera imaginado que Jon Arkaute, el celeberrimo jardinero de la Fundación Petunia, fuera un fanático de la velocidad y de los circuitos de carreras, aunque, en realidad, tampoco le extrañaba demasiado. Estaba empezando a acostumbrarse a sus continuas sorpresas y a no dar nada por sentado respecto de cada uno de los recovecos de su personalidad. Cuando le vio aparecer en el portal de su casa de Getxo montado en una espectacular moto deportiva de doscientos caballos y carrocería roja y negra, embutido en unos pantalones de cuero oscuro y una chaqueta *bomber* de la misma tonalidad, pensó que estaba siendo víctima de una broma con cámara oculta. Jon le ofreció un casco y una cazadora cortavientos diseñada específicamente para desplazarse en ese tipo de vehículos. Sin embargo, el no de Anne fue rotundo. Se negó a viajar como segunda pasajera en esa moto. Estaba loco si pretendía que se echara a la carretera agarrada simplemente a su cintura. Por más que Jon intentó convencerla con diferentes argumentos poniendo en valor las ventajas de viajar en moto y las sensaciones que se vivían sobre dos ruedas, Anne siguió negándose. Tenía pánico a los caballos desde que siendo pequeña se cayó de uno durante una excursión con el instituto a una escuela de hípica. Y aquella moto, a pesar de que no tenía nada que ver con un animal, se le antojó demasiado parecida en ese momento. Jon no estaba dispuesto a dar el brazo a torcer y discutió con ella durante más de quince minutos, pero al final llegaron a un acuerdo. Él viajaría en la moto y ella iría en el coche en el que él la había recogido el día anterior en el aeropuerto. Y así, sabedores de lo surrealista de la situación, pero a la vez orgullosos de no haber cedido a las pretensiones del otro, emprendieron camino hacia La Rioja Alavesa con la intención de llegar en menos de hora y media.

No le había sido difícil contratar el alquiler de un pequeño trastero para dejar las cajas de la abuela Mary Anne y tampoco había sido tan costoso como en un principio había supuesto. Ubicado en un polígono industrial a las afueras de Bilbao, lo cierto es que la empresa arrendadora se había comportado de maravilla y con eficiencia, e incluso habían pasado por casa de David a recoger los paquetes. De momento, le había parecido lo más oportuno no llevar las cajas a casa de Jon, no quería abusar de su hospitalidad. Además, aquellos objetos formaban parte del patrimonio de la abuela y de aquel Reino del que ambas eran las únicas conocedoras. No quería traicionar su recuerdo.

Se pasó la mano por el maravilloso colgante que contenía una de las cajas y que no había podido resistirse a colocar sobre su cuello. Se trataba de una pieza circular de oro o, al menos, eso quería pensar. En el centro de la pieza había trazado un extraño símbolo de carácter celta parecido a un tisquel. Al igual que éste, estaba conformado por tres espirales unidas en un punto central, pero el del collar de la abuela tenía una particularidad. En la intersección de los tres bucles, aparecía trazado un rectángulo. La cadena, al igual que la esfera, era de un precioso color dorado. El collar estaba oculto en un lugar especial dentro del Reino de las Ánimas, tapado bajo una losa en una de las esquinas del suelo. Cualquiera que hubiera entrado en la habitación no lo habría tenido fácil para descubrirlo. De hecho, a ella misma le llevó un buen rato recordar en qué

parte del firme debía presionar para lograr acceder a él, tal y como la abuela Mary Anne le había indicado mil veces. Junto al colgante, descubrió una pequeña llave plateada cuyo mango tenía la forma invertida de una *menorá*, el candelabro de la religión judía compuesto de seis brazos cuyos extremos estaban unidos formando tres semicircunferencias y un brazo central que las atravesaba por la mitad en sentido vertical, pero no encontró en la habitación ningún recipiente o cerradura en la que introducirla. No recordaba haberle oído hablar a la abuela Mary Anne acerca de aquella llave, pero, por si acaso, se la llevó. Seguramente, si ella la había dejado escondida junto al collar, lo habría hecho por alguna razón, aunque tal vez simplemente se le había caído allí.

Además de la llave y el colgante, se había llevado los otros cuatro objetos que había encontrado en el mismo receptáculo bajo la losa. Dos de ellos eran unos libros antiquísimos. Uno narraba viejas leyendas de la historia de Irlanda, Gales y de Escocia, y el otro era una colección de recetas de ungüentos medicinales escritas en pergamino, y en el que aparecían representados espectaculares dibujos de diferentes plantas y flores junto con otros de más difícil interpretación. Mary Anne Merrick tenía especial cariño a ese viejo libro. Por otro lado, estaba el pequeño puñal de sílex que la abuela había encontrado en uno de sus viajes por Centroamérica. Pero, sin duda, el objeto que más le había llamado la atención de todos los que la abuela había escondido en el suelo era un cuenco de cerámica de tamaño reducido con un precioso grabado reproducido de manera idéntica tanto en la parte delantera como trasera. Se trataba de un círculo que aparecía cortado por una línea horizontal que se asemejaba a una serpiente en la parte más alta de la mitad superior de la figura. Debajo del reptil, ya en la mitad inferior de la esfera, aparecían grabados otros dos círculos más pequeños en cada uno de los extremos, uno mucho más grande que el otro. Pero lo que más llamaba la atención era sin duda la línea diagonal que atravesaba el cuenco desde la esquina superior derecha hasta la esquina inferior izquierda. De todos los tesoros que se había llevado del Reino de las Ánimas, en esos momentos solo llevaba consigo el collar y la llave, además de un par de álbumes de fotografías que la abuela también había guardado en la habitación secreta. El resto los había depositado en el trastero que había arrendado, confiando en el sistema de seguridad y vigilancia de la compañía que se encargaba de custodiarlo. Nunca había preguntado a la abuela Mary Anne por la procedencia de todas aquellas reliquias, quizás por el temor de que le contestara que las había robado. Confiaba en ella, pero tampoco solía dar muchas explicaciones de lo que hacía en sus continuos viajes alrededor del mundo. En cualquier caso, era evidente que su misión era ponerlas a buen recaudo, sobre todo ahora que su madre se había empeñado en vender Sunny House. Esperaba no haberse dejado nada importante en la habitación secreta. Al parecer, ella era la única en la familia a la que le importaba algo aquella vieja casa, por lo que no podía permitirse cometer una equivocación y traicionar la memoria de su abuela.

Una fina cortina de lluvia caló con inesperada eficacia a David Vanner y a Sandra Esteban nada más salir del Kingdom Fit, sin que les diera tiempo a adoptar ninguna medida para tratar de escapar de aquel molesto incidente meteorológico, que había resultado absolutamente imprevisible habida cuenta del buen tiempo que hacía antes de entrar al gimnasio. Decidieron no otorgar demasiada importancia a la incomodidad de la humedad impregnando su piel y sus ropas, y como si aquel *sirimiri* no fuera lo suficientemente relevante, se internaron en una taberna situada a pocos metros. Él pidió una bebida sin calorías y ella un café con leche bien caliente, como se encargó de recalcar al camarero. Se sentaron en los voluptuosos sillones situados en la planta superior del establecimiento, con la esperanza de que no hubiera demasiados clientes en aquella zona. Tuvieron suerte.

—Creo que hoy no vamos a poder dar mucho paseo —dijo David mientras trataba de poner en marcha su facultad innata para seducir.

—Me da pena, la verdad es que Bilbao tiene buena pinta —contestó ella mientras daba un sorbo al café.

—Otro día, no te preocupes. Por cierto, te he estado observando en el Kingdom, veo que estás totalmente en forma. No has dejado de meterle caña a las piernas en la hora y media que hemos estado.

—Sí, un poco sorprendente para una tía con un cuerpo como el mío, ¿verdad?

—No..., no me entiendas mal. No he querido decir eso —trató de explicarse él, aunque era obvio que en su subconsciente sí que había pensado en el hecho de que era hasta cierto punto sorprendente que ella estuviera tan en forma para el peso que tenía.

—A ti sin embargo no te sobra ni un gramo de grasa —se burló ella con una sonrisa pícar—. Seguro que eres el típico que se ha tirado en el gimnasio desde que era un crío. Pues te diré que lo mío tiene más mérito. A mí no me hace falta estar escuchimizada como todas esas tías del gimnasio que no dejan de mirarse en el espejo mientras se retuercen de dolor por dentro del hambre que pasan. Viva el deporte y viva la comida.

—No he querido decir eso, de verdad...

—Mira, a mí me funciona de maravilla. Sé que no tengo ese culo prieto que tienen ellas, pero no me importa. Yo no busco eso, yo busco pasármelo bien, estar sana y estar a gusto conmigo misma. Estoy hasta las narices de tanta tontería con tratar de tener un cuerpo diez. Donde esté la naturalidad que se quite tanto sufrimiento.

—En serio, no has parado casi desde que has llegado. ¿Seguro que no tomas nada para tener esa resistencia? —intentó bromear David, aunque en realidad su tono podía interpretarse como acusatorio.

—Llevo haciendo deporte desde que tenía trece años. He sido capitana del equipo de baloncesto del colegio y del instituto, y en la universidad me encargué de juntar un grupo de chicas para crear una especie de liguilla con otras facultades del campus. Quedamos campeonas tres de los cinco años. No está mal, ¿no?

David la miraba absorto, enmudecido ante la autoconfianza y seguridad en sí misma que desprendían cada una de sus palabras y gestos. No estaba haciendo un papel. Se notaba perfectamente que se quería mucho a sí misma, y eso le gustó. Siguieron hablando durante un buen rato, ajenos a la llegada de un grupo de madres acompañadas de sus respectivos vástagos, que no dejaban de corretear de un lado para otro.

—Soy de Arrasate, aunque he estado trabajando en Pamplona muchos años, en una empresa de tubos industriales, como directora financiera. Hasta que quebró. Y no, no soy la responsable del concurso de acreedores —trató de zanjar antes de que él pudiera realizar algún comentario al respecto—. Mis manos estaban totalmente atadas por el gerente. Se cargó la empresa. Hay gente que no sabe dirigir y que además se cree que tiene la verdad absoluta sobre las previsiones de crecimiento. Es lo que tiene cuando eres un enchufado del propietario y no tienes la preparación suficiente. ¿Tú de dónde eres?

—Soy de Lacaverna, no sé si lo conocerás. Un pueblecito de Álava, cerca de Laguardia.

—De Rioja Alavesa, buenos vinos y buena gente —dijo ella con una amplia sonrisa dibujada en sus labios.

Continuaron hablando durante casi una hora más, completamente entregados a la diversión de descubrir en el otro las partes de su vida que cada uno quería desvelar. Hasta que una llamada repentina rompió en mil pedazos la intimidad que ambos habían creado de manera distendida. David bajó las escaleras hasta la planta inferior para atenderla.

—¿Es que no te quedó claro la última vez que hablamos? —David trataba de mantener la compostura y no elevar mucho la voz.

—¿Así contestas a tu tía? Ni siquiera un formal “Tía ¿qué tal estás?” o un “Tía, ¿te has muerto ya?” —Sabina Elguea parecía realmente dolida por la actitud de su sobrino.

—Tú te has encargado solita de que me forje la opinión que ahora mismo tengo de ti.

—Sabes que siempre he buscado tu bien.

—Querrás decir que siempre has mirado por el interés de la familia, no por el mío.

—Está bien. Tú ganas. Te pido perdón. Perdóname por todo el dolor que te haya podido causar. De corazón te lo digo, *laztana*. Me estoy muriendo, y no quiero llevarme este dolor a la tumba. Por favor, ten piedad y perdona a tu tía moribunda. No me he comportado bien, pero te quiero tanto, David, que no llegas a comprender las razones de mis actos.

—¿Qué quieres, tía? —preguntó David tras permanecer unos segundos en silencio. Fuera cual fuese el motivo de la llamada, Sabina no iba a dejarle en paz hasta hacérselo saber.

—Te necesitamos.

—No empieces otra vez...

—David, déjame hablar —le interrumpió usando un tono de voz amenazante—. Me muerdo. A ti parece que te da igual y yo lo tengo bastante asumido, o eso quiero pensar. Pero esto es mucho más importante que tú y que yo. Nos acechan. Ya sabes a quiénes me refiero. Lo van a intentar de una y mil formas. Podemos prepararnos, podemos ser precavidos, podemos tomar medidas... pero si tú no accedes, al final nada habrá servido. Tú eres el siguiente. Tú tienes que tomar el control.

Admite que lo sabes, que lo sientes dentro de ti. Reconócelo. Huir todos estos años no ha sido la solución. Una y otra vez el destino volverá a buscarte. Está escrito, cariño. Algunos de nuestros ancestros ya lo soñaron, y tú también lo has soñado.

—Cállate.

—No, ahora me vas a escuchar. Y si hace falta me planto en Bilbao para decírtelo a la cara, aunque me cueste la vida alejarme de Lacaverna.

—Yo no he soñado nada. No sé de qué me hablas.

—Lo sabes perfectamente. Por mucha terapia que hayas hecho, por mucho psiquiatra que haya intentado hacerte creer lo que no es, por mucha medicación que hayas tomado para tratar de borrarlo de tu cabeza, no vas a poder olvidarlo. Te ocurrió siendo un niño y te volverá a ocurrir. Es algo que acompaña a algunos portadores del don de la vigilia, tanto si este termina manifestándose como si no. Cada vez será más frecuente, a medida que la hora esté más cerca. No me digas que no sabes de qué estoy hablando.

—Me parece muy cruel que intentes sacar ahora el tema de mis ataques de pánico, que tú sabes perfectamente por qué empezaron —dijo David, mientras trataba de eliminar las instantáneas de sus pesadillas infantiles que repiqueteaban en su cabeza a modo de alarma acústica por el peligro que asomaba por el horizonte.

—Lo soñaste, *laztantxu*. Al igual que algunos de nuestros antepasados lo soñaron antes de que el don de la vigilia despertara en ellos. Algunos incluso siguieron soñando cuando el don ya se había manifestado.

El corazón de David latía a mil por hora, incapaz de contener el torrente sanguíneo que se desbocaba por culpa de aquellos recuerdos que creía olvidados y que ahora regresaban a su memoria dispuestos a no dejarle escapar. Volvió a visualizar las imágenes, volvió a sumergirse en aquella visión infernal que tantas veces había tenido siendo apenas un niño. El León Dormido, la montaña de la Sierra de Cantabria cuya silueta vista de lejos se asemejaba a la del felino yaciendo sobre el suelo, protagonizaba muchas de sus pesadillas cuando era pequeño. Una soledad infinita desde la cumbre, observando el panorama en perspectiva, visualizando todos y cada uno de los rincones de aquel paisaje, el de la tierra que le vio nacer, como si estuviera poseído por el alma de un ave milenaria que hubiera sobrevolado aquellos parajes desde tiempos remotos y conociera cada detalle, cada suspiro, cada secreto de todos los seres que los han ido poblando con el devenir de los tiempos. Aspirar el olor de la sangre derramada tantas veces, bañarse en el dolor de las madres que perdieron a sus hijos en el campo de batalla. Embriagarse en el horror y la desesperanza del sufrimiento humano, recurrente y repetitivo a lo largo de los siglos. Empaparse de las lágrimas de la Madre Tierra, resquebrajada por las cicatrices de tanto padecimiento provocado tanto en ella como en sus moradores. No poder evitar sentir una terrible pena, una nostalgia infinita por todas las vidas sesgadas de una u otra manera. Una ignorancia absoluta esta la de los seres humanos, que discurren por el minúsculo período de tiempo que dura su existencia, desconocedores de la gran verdad. Ay, si la supieran. Ay, si la conocieran. Ay, si pudieran disfrutar y vivir plenamente conscientes. Quizás todo cambiaría, quizás todo iría a mejor. O tal vez muy pocos soportarían ese conocimiento supremo. No han sido pocos los que han acabado sus vidas incapaces de mantener y asumir el legado, incluso dentro del linaje de los centinelas, de los portadores del don de la vigilia. Si muchos de ellos no han podido, qué esperar del resto de los mortales. Maldito y divino legado. Maldito y divino regalo que les fue conferido al linaje de los

insomnes. El ave milenaria sabe que ellos custodian la llave, que ellos vigilan las puertas, que a ellos les fue revelada la profecía. Siempre lo ha sabido, desde el principio del tiempo, cuando este ni siquiera había sido inventado. Por eso el ave sigue volando, y siempre retorna para descansar sobre la peña, en la cumbre del León Dormido. Porque en el fondo sabe que hay esperanza, que los que estaban antes pugnan por volver a ocupar su sitio, que la ciudad de la alianza pugna por extender su reinado, pero que esta tierra, sobre la que bate sus alas emplumadas de eternidad, sabrá cómo contenerlos, sabrá cómo hacer que la puerta vuelva a cerrarse. Y si finalmente no puede cerrarse, cubrirá con su sombra misericordiosa a quienes van a dejar de existir en este mundo. Y rendirá pleitesía a los otros. Y su vuelo perpetuo permanecerá por siempre.

David sintió el aliento de alguien posándose en su boca, tratando de insuflarle la vida que parecía alejarse rápidamente de su ser. Abrió los ojos y descubrió a Sandra Esteban practicándole una reanimación con el aire de sus pulmones. Poco a poco fue recuperando la consciencia y se incorporó con un fuerte dolor de cabeza. Miró a su alrededor. Decenas de clientes de la taberna le observaban con preocupación mientras una mujer le pedía a gritos a uno de los camareros que llamara a una ambulancia. Estaba en el suelo, pero no recordaba haberse caído. Vio su teléfono móvil tirado a lo lejos. No. No quería que aquel sueño, aquella pesadilla volviera a repetirse. ¿Ese era el destino que le esperaba? ¿En eso consistía el ancestral legado para el que se supone que había nacido en este mundo? No iba a poder soportarlo. Se volvería loco, como muchos otros lo hicieron antes. Pensó en Sabina. Lo había vuelto a conseguir. Había vuelto a lograr que el pasado que había deseado olvidar durante tantos años regresara súbitamente, como una lesión crónica que nunca termina de curar. La odiaba. Pero a la vez la necesitaba. Si aquello volvía a producirse, estaba claro que iba a tener que contar con ella.

“El Demonio Azul”. Anne Wellington no dejaba de repetir una y otra vez en su cabeza aquellas tres palabras con las que Eburne Martín, la joven ayudante de Don Emiliano, el párroco de Lacaverna, había denominado al ser antropomorfo descubierto en 1985 oculto en la bóveda de la iglesia, cuando Jon Arkaute le mostró la fotografía. A diferencia del sacerdote, que enseguida declinó hacer ningún tipo de declaración y se escabulló alegando que tenía que preparar la misa del día siguiente, Eburne Martín había resultado ser de lo más locuaz y servicial. Había escuchado al padre Emiliano hablar con aquel par de forasteros y no había podido resistirse a dirigirse a ellos una vez el cura les había invitado amablemente a abandonar el templo.

—Eso tiene que ser el Demonio Azul. Nuestra bisabuela aún lo menciona de vez en cuando, y eso a pesar de que la pobre ya está fatal de la cabeza. Cuando aún tenía perfectamente las facultades mentales, nos contó en más de una ocasión a todos los nietos esa leyenda.

—¿Leyenda? —le había tirado de la lengua Anne.

—Sí, todo el rollo ese de que en unas obras que hicieron en la iglesia apareció escondida la estatua del diablo, aunque ella siempre lo llamaba así, el Demonio Azul. Y que se formó mucho escándalo en el pueblo, y vinieron tres años seguidos de sequía y las cosechas se echaron a perder. Bueno, qué le voy a contar. Cuentos de viejas.

—Tu bisabuela ¿aún vive?

—Claro, no va a vivir. Noventa y cinco años cumplidos el mes pasado, y ahí la tienes, como una rosa, si no fuera por cómo tiene la cabeza, la pobre. Vive en Yécora con una tía mía. Iba a ir mañana a visitarla para llevarle unas pochas con sacramentos, que le encantan, pero si queréis, podemos ir a verla ahora antes de que se recoja para casa.

Y allí estaban. Dos absolutos desconocidos a punto de conocer a la mujer que con un poco de suerte les podía dar algún tipo de pista acerca de aquella misteriosa estatua. Tomaron un camino que salía del núcleo del pueblo y, tras una caminata de unos quince minutos, encontraron a la anciana tomando el fresco bajo un árbol, sentada en un banco frente a la ermita de la Virgen de Bercijana, un precioso templo levantado entre los siglos XIII y XIV, rodeado de una arboleda, y que contenía una imagen de Dios con su hijo en brazos, según les contó Eburne.

—¿Ya han visto ustedes a la Virgen? —les preguntó la anciana tras ser presentados por Eburne. Anne y Jon se miraron sin saber qué contestar.

—Abuela, ¿ya estás otra vez con las mismas? La abuela cree muchísimo en la Virgen de Bercijana, siente una gran devoción. Bueno, en realidad, todos en el pueblo sentimos una gran devoción por ella. Yo tengo el corazoncito partido, porque, mis padres son de Yécora pero yo siempre me he criado en Lacaverna, y tengo a mi Virgencita. Pero bueno, vamos al grano, que si no se nos va a hacer tarde. Abuela, mira esta foto que nos han traído estos simpáticos señores.

La mujer observó la instantánea, al principio con indiferencia, pero, de repente, pareció recuperar momentáneamente la lucidez y la apartó de un manotazo.

—¡Pero abuela! —le increpó cariñosamente Eburne.

—Señora, ¿reconoce esta figura? —le preguntó Jon Arkaute con delicadeza.

—Aleja eso de mí, desgraciado —le contestó.

—Es el Demonio Azul, ¿verdad, abuela? Con lo que te gustaba asustarnos contándonos esa vieja historia cuando éramos pequeños. Cuéntales, cuéntales a estos señores —dijo mientras les guiñaba un ojo como signo de complicidad.

—Al infierno vais a ir todos por andar con esas cosas —prosiguió la mujer mientras le miraba fijamente a Jon—. Usted es él, ¿verdad?

—¿Quién, abuela?

—El brujo de Laguardia. Sí, es él. Pues conmigo no tiene nada que hacer. Me protege la Virgen.

—Pero abuela, te estás confundiendo. Éste es Jon, un señor muy amable interesado por la historia de Lacaverna.

—Es él. ¿Es que no ves cómo mira a ese diablo? Lo sigue adorando, como siempre ha hecho.

—Señora, disculpe. Hola, me llamo Anne —trató de calmarla—. Acaba usted de decir que este señor es el brujo de Laguardia. Pero creo que se ha confundido. ¿Ha querido decir Lacaverna, verdad?

—He dicho Laguardia.

Anne miró extrañada a Jon, mientras Edurne hacía un gesto con la mano para indicar que la anciana no estaba en sus cabales. —¿Y dónde vive el brujo de Laguardia, señora?

La anciana se le quedó mirando con cara de muy pocos amigos, mientras comenzaba a santiguarse de manera frenética.

—Señora, por favor, es muy importante. ¿Dónde vive el brujo de Laguardia?

—Detrás de la estrella. Detrás de la estrella. La estrella... —comenzó a repetir la mujer presa de un ataque de nervios. Edurne Martín intentó tranquilizarla mientras les hacía un gesto para dar a entender que la conversación había terminado. No obstante, les dio su número de teléfono por si tenían más preguntas acerca de la historia de Lacaverna. Anne y Jon le dieron las gracias y le pidieron perdón por si habían incomodado a la mujer.

De vuelta a Lacaverna, Jon y Anne no dejaban de elucubrar acerca de las palabras de la anciana de Yécora. Jon estaba convencido de que todo lo que había dicho la mujer carecía de sentido. ¿Qué pintaba Laguardia en todo aquello? Estaba claro que estaba confundiendo Laguardia con Lacaverna, así que, a partir de ahí, todo lo que les había dicho podía no corresponderse con la realidad. Anne, por su parte, no dejaba de pensar en Sabina Elguea y su extraña danza bajo la luz de la luna en el viñado que rodeaba su casa de Lacaverna. Pero tampoco entendía que tenía que ver Laguardia con todo aquello. La anciana se había referido a un brujo, en masculino. A saber qué quería haber dicho en realidad.

Acababan de llegar al pueblo, cuando Jon recibió una llamada que parecía urgente a juzgar por la cara que se le quedó tras colgar. Tenía que volver a Bilbao cuanto antes. No le quiso dar muchas explicaciones, pero Anne consiguió sonsacarle que el motivo tenía que ver con su hija Elia. Anne le dijo que quería quedarse un poco más por la zona a ver si alguien le podía comentar algo acerca del dichoso brujo, pero Jon no podía esperar. Se despidió de ella y quedaron en verse a la noche en casa. Diez minutos después de que Jon se alejara a toda velocidad cabalgando su moto con la destreza propia de quien lleva años domándola, Anne recibió un mensaje en su

teléfono móvil. Se trataba de un correo electrónico, pero no reconocía al remitente. Alguien que se hacía llamar El Flautista de Hamelin. Leyó por encima el asunto del *e-mail*. “La fábula del pastor”. El contenido era simplemente un enlace a un artículo colgado en una especie de *blog* o página *web* personal de alguien, pero el texto era demasiado largo, no tenía tiempo para leerlo en ese momento. Pensó que alguien se había equivocado al enviárselo a ella y lo mandó directamente a la papelera.

Encontró el registro de la propiedad de Laguardia abierto. Situado en los bajos de un edificio en la Plaza de San Juan, no se veía ni un alma por los alrededores, debido seguramente a la persistente llovizna que no dejaba de caer desde hacía media hora. Al entrar, escuchó a un hombre vociferando y, por un momento, dudó de si era buena idea seguir adelante. Miró el reloj de su muñeca. El registro estaba a punto de cerrar, no le quedaba demasiado tiempo. Una mujer joven de unos veinte años asentía acongojada, mientras las lágrimas brotaban de sus ojos. El hombre debía de ser su superior, porque los gritos tenían que ver con algo que la muchacha había olvidado hacer, algo relacionado con unas notas simples.

—Perdone, ¿a usted le parece normal estar gritando de esa manera a esta pobre chica? —le interrumpió Anne, mientras la joven la miraba como un náufrago que acaba de encontrar una tabla a la que aferrarse en medio del mar.

—¿Disculpe? —se volvió el hombre hacia ella.

—Que si le parece normal tratar así a sus empleados —insistió Anne dispuesta a presentar batalla.

—Oiga, métase en sus asuntos. Vamos, hombre, me va a venir ahora una aquí a decirme a mí cómo tengo que tratar a nadie. ¿A qué viene? Estamos cerrados.

—Aún faltan diez minutos para la hora de cierre. Lo pone bien claro en el cartel de la puerta.

—¿Ha oído hablar del derecho de admisión? —el hombre no soportaba que Anne se estuviera enfrentando a él delante de la trabajadora.

—¿Y usted ha oído hablar del acoso laboral? Si quiere, podemos llamar a la policía, para que nos lo explique a ambos.

—No hace falta, tranquila —sentenció él—. Y tú, mañana a primera hora quiero que te pongas al día con todas y cada una de las notas simples. Que no se me vuelva a quejar ningún cliente.

Salió por la puerta mascullando algo que Anne no pudo descifrar, aunque le pareció escuchar un insulto.

—¿Estás mejor? —le preguntó a la joven, extendiéndole un pañuelo de papel.

—Sí, gracias. Estoy hasta las narices de él. Me está amargando la vida. Llevo solo un mes trabajando aquí y todos los días igual.

—Valóralo. Supongo que necesitarás el dinero, pero no merece la pena tener que aguantar una humillación constante. O demándale. Tienes todas las de ganar.

—¿Demandarle? No sabes lo que estás diciendo. En fin, dime. ¿Qué querías?

—No sé si me puedes ayudar. Estoy buscando información sobre las propiedades de una serie de familias de la zona. Es para un artículo sobre los orígenes de varios apellidos y cómo se han ido expandiendo por diferentes pueblos de Álava a lo largo del tiempo. Y una de las referencias que estoy tomando son las propiedades que han ido adquiriendo con los años. Si te doy unos apellidos ¿tú me puedes decir si tienen casas a su nombre?

A pesar de la resistencia inicial de la joven, alegando que se podía meter en un lío si facilitaba la información sin más, sin que Anne acreditase un interés legítimo, terminó accediendo. Se sentía en deuda con ella. Había conseguido hacer callar a su jefe, y solo por eso, merecía la pena correr el riesgo. Sin embargo, el resultado no le satisfizo. Los Elguea Leiva no tenían ningún bien inmueble a su nombre en Laguardia. Tan solo aparecían dos casas y varias tierras en Lacaverna, que supuso que pertenecían a Sabina y Concha Elguea. ¿Quién podía ser entonces el brujo de Laguardia? ¿A quién se podía referir la anciana de Yécora? A lo mejor se estaba precipitando deduciendo que la familia de David tenía algo que ver con aquella estatua encontrada en la iglesia de Lacaverna. Pero estaba claro que había una conexión. Aquella figura tenía grabado el símbolo del círculo y la estrella. Además, había otro detalle a tener en cuenta. Cuando Anne le había preguntado dónde vivía el brujo de Laguardia, la bisabuela de Edurne Martín había respondido “*Detrás de la estrella*”. Demasiada casualidad.

Le preguntó a la trabajadora del registro de la propiedad si Laguardia contaba con biblioteca municipal, con la intención de comprobar si conservaban algún periódico de 1985 que hubiera publicado la noticia del hallazgo del ser antropomorfo. Tuvo suerte. En apenas dos minutos llegó y preguntó a la bibliotecaria si disponían del servicio de hemeroteca. La mujer le atendió muy amablemente y le sugirió que para eso, lo mejor era acudir al Archivo Municipal de Vitoria o incluso a la Casa de Cultura de dicha ciudad. Allí podría encontrar lo que buscaba. Ante la pregunta de Anne de si conocía la leyenda del brujo de Laguardia, la mujer la miró extrañada. No había oído hablar de nada parecido en la vida. Anne se desesperó. La cosa no iba a ser tan fácil como había esperado. Calculó el tiempo que le iba a costar pasar por Vitoria e intentar llegar a tiempo a Getxo para cenar con Jon Arkaute. Imposible. Si quería tener alguna oportunidad de encontrar otra pista en Vitoria, necesitaba más horas. Le llamó para decirle que había decidido pasar la noche en Laguardia, hospedada en un hotel, pero él no descolgó el teléfono. Anne suspiró mientras dejaba la chaqueta y los álbumes de fotos de la abuela Mary Anne sobre la cama de la habitación. Deseaba perderse con tranquilidad entre aquella colección de instantáneas y recuerdos y dejarse llevar por la melancolía, pero no tenía el ánimo suficiente en ese momento. Un dolor agudo se instaló en la boca de su estómago y tuvo que sentarse sobre la colcha. El estómago volvía a hacer de las suyas. Estaba nerviosa. Iba a conocer por fin la ciudad de Vitoria, la antigua Gasteiz que aparecía mencionada en las glosas de la misteriosa copia del Códice 60 que la había llevado hasta el punto donde se encontraba ahora mismo. “*Oiraco. Gastehiz. Con sus murallas viejas en la colina*”. Aquella nota explicativa del monje glosador resonó con fuerza en el eco de su memoria. La emoción no le dejó dormir en toda la noche.

Ander Goikoetxea llegó a Atxondo pasadas las ocho de la mañana. Había quedado con Eva San Juan en el mismo portal del bloque de edificios donde Inés San Juan había estado viviendo los últimos veinticinco años de su vida, antes de partirse el cuello tras caer por las escaleras del edificio. La hermana de Inés se parecía mucho a ella. De hecho, cuando divisó su silueta a lo lejos mientras se aproximaba con el coche, creyó estar viendo una aparición fantasmagórica de Inés. Cuando ya por fin la tuvo enfrente comprobó que ambas compartían una fisonomía muy similar, pero Eva, a diferencia de Inés, no portaba en su mirada esa picardía y esa viveza que acompañaban a Inés a todas partes. Había sufrido lo indecible hasta que se había decidido a coger el coche para viajar desde Deusto hasta Atxondo. Habían sido solo treinta minutos de trayecto, pero los suficientes como para percatarse de que aún le iba a costar olvidar el accidente que había protagonizado hacía tres meses a la salida de Bilbao. Por lo menos había podido volver a conducir, pensaba que no iba a ser capaz.

El dolor se hizo insoportable cuando tuvo que subir uno a uno los escalones por los que había caído Inés. Y no solo por el hecho de tener que recorrer a la inversa aquel último paso de Inés por esta vida, sino porque la leve cojera que arrastraba desde el accidente le impedía realizar por completo el movimiento de la rodilla derecha. En el edificio no había ascensor.

—No vas a encontrar nada raro. Cuando murió, me pasé horas revisando todos y cada uno de los cajones, buscando las escrituras de la casa, recibos, el seguro de vida... Examiné cada rincón del apartamento, y no me llamó nada especialmente la atención —le dijo minutos después de que ambos cruzaran la puerta de entrada. Ander la había convencido para que le dejara revisar el piso diciéndole que sospechaba que Inés podía haber descubierto algo de la empresa para la que ambos trabajaban que podía haberla puesto en un apuro. Eva San Juan no creía en las teorías conspiratorias de Ander. Para ella, su hermana había sido víctima de un terrible accidente doméstico provocado, entre otras cosas, por la afición de Inés al vino. Pero había accedido a la petición de Ander, sabedora del gran aprecio que su hermana le profesaba. Ambos ya habían coincidido en un par de ocasiones antes de la muerte de Inés, pero jamás habían mantenido una conversación más allá de los meros formalismos del saludo.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Ander al encontrarse en el suelo la rejilla que tapaba el túnel de ventilación del cuarto de baño.

—Por más que la pongo en su sitio, vuelve a caerse una y otra vez. Estoy hasta la coronilla.

—¿Y todo ese estropicio? —preguntó él señalando los azulejos arrancados del trozo de pared ubicado sobre el orificio del respiradero.

—Me temo que eso jamás lo sabremos ni tú, ni yo ni nadie. Vete a saber qué haría Inés por cargarse todo eso. Da la sensación de que hubieran sido empujados desde dentro, ¿verdad? Fíjate en el abombamiento de la pared.

—No recuerdo la afición por el bricolaje de Inés —respondió él, atónito. Viendo la escena, parecía que una súbita grieta en la pared había provocado todo aquello, lo cual era bastante

extraño, ya que en el trozo de pared ubicado debajo de la rejilla los azulejos seguían en su sitio. —¿Y esa mancha del suelo? —preguntó.

—He probado con lejía, con aguarrás, y nada. No hay manera de quitarla. Parece que estuviera quemado.

Casi una hora de análisis exhaustivo del pequeño apartamento de Inés San Juan con resultados infructuosos no hicieron que Ander cesara en su empeño de encontrar algo que relacionara a Artechnia con la muerte de su amiga.

—¿Estuvo aquí la policía?

—Sí, yo creo que fue porque como Inés tenía contratado un seguro de vida a mi favor, pensaron que quizás no se había tratado de un accidente. Pero vamos, por más que tomaron huellas y todas esas cosas, no encontraron nada raro. Eso sí, me tomé una pequeña licencia, pero no se lo digas a nadie —le hizo prometer Eva San Juan mientras tapaba su boca con el dedo índice de su mano izquierda—. No dejé que encontraran el ordenador portátil. Ya sabes que Inés utilizaba Internet para quedar con hombres. Solo faltaba que se corriera la voz en el pueblo para dañar aún más su reputación.

—¿Y dónde está ese ordenador ahora? —preguntó Ander sin salir de su asombro.

—En casa de mis padres. Si me prometes que no va a salir de allí, te dejo verlo. Ahora, te advierto de que no vas a poder hacer nada con él, porque yo no he sido capaz de descubrir la contraseña de acceso.

La madre de Eva San Juan dio la bienvenida a su hija y a aquel amigo especial de Inés, tal y como fue presentado Ander, con un par de sonoros besos en cada mejilla. Les llevó hasta el dormitorio, les ofreció un refresco y después desapareció escaleras abajo. El ordenador reposaba sobre el escritorio que Inés había utilizado tantas veces durante su adolescencia. El cuarto estaba situado enfrente del único aseo que había en la planta superior. Cobijado en la sombra protectora del monte sagrado Anboto, el caserío de los padres de las hermanas San Juan aparentaba ser mucho más grande por fuera de lo que realmente era en el interior. Ander le pidió permiso a Eva para quedarse solo en la habitación y ella le indicó que iba a preparar algo de picotear con su madre a la planta de abajo. El joven encendió el aparato pero enseguida se topó con la pantalla que avisaba de que era necesario insertar una contraseña. Probó con varios datos personales de Inés y le tranquilizó comprobar que su amiga no había sido tan ingenua como para haber creado una clave con su propio nombre o su fecha de nacimiento. Desde luego, si ella había decidido establecer una clave de acceso, sin duda era porque no quería que cualquiera pudiera ver el contenido sin su consentimiento. Tecléo varias palabras al azar tratando de imaginar qué palabra o conjunto de palabras se le podrían haber ocurrido a Inés para proteger aquel ordenador. Era imposible. No iba a conseguirlo. Podría tratarse de cualquier término, incluso uno inventado. Estaba a punto de rendirse y abandonar la habitación para reunirse con la hermana y la madre de Inés, cuando reparó en un pequeño detalle que había pasado por alto. Bajo la línea en la que se suponía que debía teclear la contraseña, una frase del propio programa elegido por Inés para

restringir el acceso a su portátil indicaba la fecha en la que se había establecido esa clave secreta. No podía creerlo. Era el mismo día en el que David había engañado a Inés para que entrara en el despacho de su jefa, la Presidenta Suzanne Bechs, y rebuscara entre sus papeles, poco antes de que ella muriese. David le había mentado deliberadamente diciéndole que Ander había encontrado pruebas de un fraude en la contabilidad de la compañía y que sospechaba que alguien de las altas esferas se lo había hecho pagar caro provocando el accidente de coche. La pobre Inés había caído en la trampa. Sí, era el mismo día, no había duda. Cuando mucho tiempo después de que aquello sucediera Alicia Rández tuvo el valor de contárselo a Ander, le explicó con pelos y señales cómo había ocurrido el engaño perpetrado por David. Todo había ocurrido mientras él aún estaba en coma en la unidad de vigilancia del hospital de Cruces. Si hubiera estado consciente, jamás hubiera permitido que David pusiese a Inés en peligro. Ahora ya era tarde.

Nervioso, Ander tecleó las palabras “Ander”, “Goikoetxea” y “Ander Goikoetxea”, pero no funcionó. Estaba frustrado, pero no se desanimó, tenía la corazonada de que iba por el buen camino. Algo dentro de él le decía que pensara un poco más. De repente, como si Inés le hubiera insuflado la inspiración desde el más allá, una palabra corta, sencilla y directa acudió a su cabeza. Solo cuatro letras. Demasiado simple. Las tecleó y el programa de cifrado le permitió el acceso. Sonriendo, llevó su mano derecha a la boca y lanzó un beso al aire dirigido hacia el techo de la habitación. Sentía que ella le había ayudado. Una mezcla de alegría y emoción hizo brotar la humedad en sus ojos. La contraseña no era otra que la palabra cariñosa que tantas veces Inés San Juan había utilizado para dirigirse a él: “Nene”.

Un control policial en mitad de una rotonda de la zona Sur de la ciudad de Vitoria-Gasteiz era el culpable de que Anne Wellington llevara más de media hora en mitad de aquella retención, con el vehículo inmovilizado, esperando a que llegara su turno para que los agentes lo inspeccionaran, al igual que estaban haciendo con los demás. Había salido muy temprano de Laguardia con la esperanza de llegar pronto a Vitoria y aprovechar bien el día, pero sus cálculos no contaban con este imprevisto. Mientras esperaba en el interior del coche de Jon Arkaute, encendió la radio. Se trataba de un programa especial de noticias de una cadena local. Había aparecido el cadáver de una mujer joven en una de las balsas del humedal de Salburua de Vitoria. Anne buscó información en su teléfono móvil. El de Salburua, que destacaba por su riqueza ornitológica, era uno de los vastos parques que conformaban lo que se conocía como el anillo verde de la ciudad y que la circundaba por todo su perímetro. Vitoria-Gasteiz había recibido varios galardones y diferentes reconocimientos internacionales por sus iniciativas de protección y conservación del medio ambiente. El anillo verde era el resultado más visible de esas políticas de desarrollo sostenible. Un ambicioso proyecto de recuperación del valor ecológico y paisajístico de diversas zonas degradadas, que había comenzado a finales del siglo pasado y que con el tiempo se había convertido en un gran cinturón verde de uso recreativo. Cientos de lugareños lo frecuentaban cada día para pasear por los caminos que lo atravesaban o practicar deportes como el *running*.

A primera hora de la mañana un equipo de fútbol de primera regional que se entrenaba corriendo por los caminos que bordeaban una de las charcas del parque, había localizado el cuerpo dentro de la zona acondicionada para el grupo de corzos que habitaban el parque. La ciudad volvía a estar conmocionada solo unos días después del asesinato de la joven Elixabete García, cuyo cadáver había aparecido en el belén monumental del parque de La Florida, en pleno centro de Vitoria, la mañana del día de Reyes. A diferencia de la primera mujer, la periodista que narraba la noticia afirmaba con una asombrosa seguridad que en este caso no parecía haber ningún indicio de que se tratara de un asesinato. Probablemente la joven había fallecido por causas naturales el día anterior mientras corría por la zona, una práctica muy habitual entre los vecinos del barrio. Un colaborador del programa afirmaba que sus fuentes le habían confirmado que en esta ocasión la ropa de la mujer no aparecía recortada como en el caso del belén de La Florida. “*Entonces, si no se trata de otro asesinato, ¿a qué viene todo este revuelo?*”, se preguntó Anne mientras un agente de la guardia urbana le indicaba que bajara del coche para proceder a la inspección.

Con más de una hora de retraso sobre el horario previsto, Anne llegó a la casa de cultura Ignacio Aldecoa, tal y como le había sugerido la bibliotecaria de Laguardia y que, curiosamente, se levantaba en el parque de La Florida, a muy pocos metros de distancia de donde habían encontrado el cadáver de Elixabete García. Aún quedaban pequeños restos ennegrecidos de la nieve que había caído hacía unos días. En la puerta, un enorme cartel anunciaba el congreso internacional de antropología que próximamente se iba a celebrar en la ciudad y que, según había

escuchado en la radio, iba a suponer una importante inyección económica desde el punto de vista turístico. Además, se esperaba la asistencia de un importante arqueólogo alemán cuyo prestigio era reconocido en todo el mundo, con lo cual el nombre de la ciudad iba a escucharse en muchos países durante los días que durase el congreso. Mientras accedía a la hemeroteca, Anne reflexionó sobre la certeza que parecían transmitir los dos periodistas que acababan de narrar la terrible noticia de la mujer de Salburua. Ella jamás se hubiera atrevido a realizar esas afirmaciones con tanta rotundidad, sobre todo cuando la investigación acababa de iniciarse. Muy seguros tenían que estar de que no se trataba de la obra del mismo loco que había acabado con la vida de la víctima del belén. ¿O acaso estaban siguiendo un papel diseñado por las autoridades para no causar más alarma entre la población? No era normal que si no había ninguna sospecha de que había sido asesinada, hubiera ese control policial del que Anne había sido objeto. Se estaba volviendo una paranoica. Seguramente no había tenido nada que ver con la mujer del humedal de Salburua.

—¿Ha encontrado lo que buscaba? —le preguntó el joven encargado del área de la hemeroteca.

—Sí, gracias —le contestó Anne tratando de quitárselo de encima con una amable sonrisa.

Había localizado un recorte de un periódico de la época, hablando del extraño hallazgo en Lacaverna de una estatua que parecía sacada del mismísimo infierno. En la fotografía que ilustraba la pieza, aparecía el Demonio Azul, junto a un hombre vestido con la tradicional sotana negra de los sacerdotes católicos. Era el párroco encargado de la iglesia en 1985, que había realizado unas escuetas pero muy reveladoras declaraciones al redactor. *“El señor obispo ya ha mandado que la analicen y después, seguramente, la asociación de Vitoria se hará cargo de ella”*. El resto del texto no daba ningún tipo de información adicional a lo que Edurne Martín les había contado el día anterior. *“La asociación de Vitoria se hará cargo de ella”*. ¿A qué asociación se estaría refiriendo el cura? Anne buscó más noticias relacionadas con el descubrimiento de la escultura, pero no encontró nada más. Aquel silencio hacía presuponer que se había silenciado toda información al respecto. Buscó el término “asociación” unido al de “lacaverna”, pero la búsqueda no arrojó ningún resultado. Hizo lo mismo con la palabra “vitoria”, y esta vez sí que aparecieron varias páginas que hablaban de diferentes tipos de asociaciones culturales de la capital alavesa. Acotó aún más la búsqueda introduciendo la variable del año, 1985, pero el resultado no difería demasiado. Eran varias las asociaciones y grupos que aparecían vinculados a esa búsqueda. Se acordó de que Edurne Martín les había facilitado su número de teléfono poco antes de tener que interrumpir la conversación con su bisabuela, cuando había comenzado a delirar sobre el Demonio Azul.

—¿Le puedes preguntar a tu bisabuela a ver si nos puede decir algo o si recuerda algo de esa supuesta asociación?

—La abuela no ha vuelto a hablar desde que os despedisteis de ella ayer en la ermita. Se ha quedado como muda. Supongo que será el estrés de acordarse de esa estatua. Siempre le ha tenido mucho respeto a todo lo relacionado con el diablo y esas cosas. Pero espera, que le pregunto a mi madre a ver si le suena de algo.

Anne esperó pacientemente durante casi cinco minutos a que la joven retomara la conversación.

—Que dice mi madre que la noticia esa se tiene que estar refiriendo a Los Carlinos.

—¿Los Carlinos? ¿Seguro que ese era su nombre? —preguntó Anne dudando de la veracidad de la información que acababa de proporcionarle.

—Sí, dice mi madre que se llamaban así, o que, al menos, todo el mundo les conocía con ese nombre.

—¡Vaya nombre más raro! Un carlino es una raza de perro. ¿A qué se dedicaba esa asociación?

—Debía de ser un grupo de aficionados por la arqueología y el patrimonio cultural y artístico. Mi madre está segura de que venían de Vitoria y que se les apreciaba mucho en el pueblo y en toda la comarca, porque ayudaron mucho a la restauración de diferentes iglesias. Incluso en algún caso llegaron a poner ellos dinero para recuperar un retablo o una pieza dañada.

Anne oía a la madre de Edurne Martín hablándole por detrás a su hija. Estuvo a punto de decirle que no hacía falta que le repitiera las palabras de su progenitora, la estaba escuchando perfectamente, pero no quiso parecer descortés.

—¿Y siguen existiendo como asociación?

—Mi madre dice que no tiene ni idea. En el pueblo hace muchos años que no se habla de ellos. Pero que si quieres le puedes preguntar a la Miren, trabajó para ellos cuando vivía en Lacaverna.

—¿Lamiren? —preguntó Anne, sorprendida por lo extraño del nombre.

—Miren Martínez de Ilarduya, aunque aquí todos le llamamos “la Miren”. Mucho más fácil, ¿no te parece? ¡Cómo se nota que no eres de por aquí!—se rió. Anne no recordaba haber estudiado durante la carrera de filología hispánica que aquella forma de emplear el artículo determinado anteponiéndolo al nombre propio de alguien estuviera tan extendida.

—¿Y quién es esa señora?

—Durante muchos años trabajó haciendo las veces de secretaria del párroco en Lacaverna, aunque dice mi madre que cree que fue el obispado quien la colocó ahí. Sea como fuere, hizo de contacto entre Los Carlinos y el obispo cuando todo aquel lío del Demonio Azul. Tiene una tienda de antigüedades en Vitoria, seguro que no te es difícil dar con ella.

Anne tardó apenas quince minutos en llegar hasta la puerta del anticuario “Martínez de Ilarduya”, cuyo nombre se anunciaba de manera discreta con grafismo gótico en la parte superior de la puerta. Estaba situado en la calle Correría, una de las vías que conformaban la almendra medieval del centro histórico de la ciudad. En el interior, un aroma a polvo y madera vieja contaminaba el ambiente haciéndolo casi irrespirable. Miren Martínez de Ilarduya no tardó en aparecer tras el mostrador cuando Anne tocó la campana que había dispuesta sobre el mostrador para dar el aviso de la llegada. Era una mujer mayor, extremadamente delgada, lo cual no le impidió trasladar una pesada lámpara de mesa hasta el escaparate mientras la saludaba. Anne se fijó en su larga melena plateada que llevaba recogida en una coleta.

—Buenos días y bienvenida a esta casa, ¿qué desea, señorita? —le preguntó, haciendo uso de un tono tierno y dulce que enseguida conmovió a Anne.

—Buenos días, señora. Veo que tiene cosas muy interesantes a la venta pero, lo siento, no he entrado para comprar. Le voy a decir la verdad. Me manda Edurne Martín, de Lacaverna. Creo que usted estuvo trabajando unos años por allí.

—¿Edurne Martín? ¿La hija de Angelines?

—Esa misma —contestó Anne sin tener la más remota idea de cómo se llamaba la progenitora de Edurne.

—¡Cuánto tiempo! A ver si voy pronto a hacer una visita por el pueblo, que hace años que no me paso por allí. ¿Qué tal está Angelines? ¿Se recuperó del cáncer?

Anne asintió sintiéndose mal por dar a entender que conocía de aquella manera tan íntima a la madre de Edurne Martín, pero no podía perder aquella oportunidad de seguir tirando del hilo.

—El caso es que me ha dado su referencia y me preguntaba a ver si me podía usted ayudar.

—Claro, hija. Dime de qué se trata y si está en mi mano, estate segura de que haré lo que pueda para ayudarte.

—Estoy haciendo un reportaje sobre arqueología alavesa, y una de los temas que estoy tocando es el descubrimiento de una estatua antropomorfa, que muchos conocen como el Demonio Azul, en la iglesia de Lacaverna en el año 1985. Edurne me ha dicho que la asociación Los Carlinos fueron los encargados de custodiar la pieza. No sé si se acordará. Era una estatua que apareció escondida en el techo de la iglesia cuando se reformó en ese año...

—¡Cómo no me voy a acordar, joven! —suspiró la anticuaria. —¡Menudo revuelo se armó! Tuve que tratar con varios periodistas y curiosos, pero por suerte enseguida se olvidó la noticia. Claro que me acuerdo de Los Carlinos, ¡como para olvidarlos! Aún me deben dinero.

—¿Dinero? No la comprendo.

—Sí, dinero. Se aprovecharon de mi ingenuidad. Si hubieran tratado de engañarme hoy, otro gallo cantaría ...

—¿Trabajó usted para ellos?

—Sí, bueno... si se le puede llamar trabajar. Digamos que llegamos a un acuerdo para que yo tratara de influir en el obispado y así conseguir que aceptara que ellos fueran los encargados de analizar la escultura. Y como yo por aquel entonces tenía mi pequeña parcela de poder dentro de la diócesis, me pudo la avaricia. Al principio me pagaron muy bien, todo sin contrato ni nada, te puedes imaginar. Pero cuando consiguieron lo que buscaban, no volví a saber nada de ellos, a pesar de que me habían prometido pagarme el doble de lo que realmente me dieron. Intenté dar con ellos, pero fue imposible. Desaparecieron de la faz de la tierra.

—¿Desaparecieron? Así, ¿de un día para otro?

—Sí. Les busqué en el edificio en el que solían hacer las reuniones con los voluntarios que colaboraban desinteresadamente con ellos, pero el local estaba desierto para cuando fui. No había ni rastro de ellos. Se los tragó la tierra. Por supuesto, no estaban registrados oficialmente ni como asociación ni como nada.

—¿Recuerda la dirección de ese local?

—Era en el casco viejo, muy cerca de la Catedral Vieja, en uno de los cantones. Espera, que puede que hasta te pueda decir exactamente cuál era. Si mi memoria no me falla, creo que aún conservo los folletos que utilizaban para anunciarse.

La mujer desapareció tras la puerta que daba acceso a la trastienda y volvió a aparecer al cabo de unos minutos portando una enorme carpeta sujeta con unas gomas, rebosante de papeles y documentos. Rebuscó un buen rato entre los distintos apartados entre los que se subdividía el archivador, hasta que dio con lo que buscaba.

—Aquí está —le dijo tendiéndole el tríptico. Anne observó que en el reverso, alguien había anotado a mano la cifra de cincuenta mil pesetas. Probablemente era el dinero que la asociación adeudaba a Miren Martínez de Ilarduya, pero no quiso preguntarle y parecer una descarada. En la parte delantera aparecía el logotipo de Los Carlinos con una tipografía muy sencilla, y debajo, la frase “Amigos de la cultura de Gasteiz” y la dirección. Sacó una foto al documento con su móvil y agradeció a la mujer la ayuda que le había prestado. Mientras se dirigía a la puerta de la tienda, la anticuaria le advirtió:

—Más te valdría alejarte de esas personas. Me traicionaron. Y también traicionaron a Lacaverna. Nos hicieron creer que nos ayudarían a restaurar y conservar aquella escultura, pero, sinceramente, yo creo que lo único que pretendían era robarla. Ten mucho cuidado. Nada bueno puede venir de esa gente.

Anne no salía de su asombro. Estaba claro que la suerte la estaba acompañando desde que había llegado a Vitoria. Animada por los resultados positivos de su investigación, tuvo que contenerse para no echar a correr y llegar cuanto antes al lugar donde en su día se había ubicado la sede de la asociación de Los Carlinos. Recorrió la calle Correría hasta el final buscando con la mirada la torre de la Catedral de Santa María alzándose sobre los tejados de los edificios. Al cabo de unos minutos entró en la plaza que albergaba el templo. Había oído hablar de él, y sabía que su proceso de restauración había inspirado a uno de sus escritores favoritos en una de sus novelas. Se prometió a sí misma visitarla algún día, cuando las cosas se aclararan un poco. Avanzó hasta llegar al cantón que aparecía indicado en el tríptico y no le costó reconocer el local

de Los Carlinos, muy cerca de la fachada del edificio que albergaba la figura de San Marcos que daba nombre a la vía. Pero la lonja aparecía ocupada por un negocio que nada tenía que ver aparentemente con la asociación que tantos quebraderos de cabeza le estaba dando. Además, un cartel colocado en el cristal del escaparate anunciaba que estaba cerrado por cuestiones familiares. Llamó al telefonillo del portal adyacente, esperando que algún vecino contestase, pero la fortuna que había tenido hasta el momento parecía haberse esfumado en un segundo.

—¿Estás buscando a alguien, guapa? —le preguntó alguien a su espalda. Anne se volvió y descubrió a un anciano ataviado con una chaqueta gris y un pantalón del mismo color, y cuya cabeza aparecía cubierta por una *txapela*, la típica boina negra vasca. Había visto a muchos hombres de la tercera edad con una indumentaria parecida desde que había puesto los pies por primera vez en Bilbao. Incluso le había llamado la atención ver cómo algún que otro joven también utilizaba ese tipo de sombrero.

—Buenos días, señor —le contestó ella—. ¿Vive usted aquí?

—Desde hace más de sesenta años, guapa.

Si hubiera venido de cualquier otro hombre más joven, a Anne le hubiera molestado la insistencia en el uso de aquel calificativo, “guapa”, para referirse a ella, pero proviniendo de aquel entrañable anciano, no detectó ningún cariz sexual en dicho apelativo. Al contrario, las palabras del hombre solo denotaban afecto.

—Estoy haciendo un reportaje sobre los años 80 del siglo pasado, y todo el movimiento cultural que se respiraba en la ciudad en aquella época. Me han dicho que aquí estuvo instalada la sede de una asociación que tuvo cierto renombre...

—Los Carlinos —le interrumpió él—. Estuvieron aquí durante un tiempo, sí, pero, de repente, de la noche a la mañana desaparecieron. Pero vamos, yo no creo que tuvieran mucha relevancia, a decir verdad. Sí que es cierto que estaban dirigidos por toda una eminencia, un profesor de la universidad. Eran más un grupo de tiempo libre, o de “boi escaus” o como quiera que se diga en inglés, no sé.

—“*Boy Scouts*” —puntualizó Anne con una sonrisa, haciendo asomar su acento británico—. Lo ha dicho perfectamente. ¿Se acuerda del nombre de ese profesor?

—Sí, claro. El profesor Luis Andrés. Muy conocido en su momento, por diferentes investigaciones arqueológicas. Pero cuando se fueron de la lonja, no se volvió a saber nada de él. Dicen que se fue a vivir a Pamplona.

—¿Se acuerda del apellido de ese profesor?

—No lo sé, guapa. Todo el mundo le conocía como el profesor Luis Andrés.

—¿Y no recordará el nombre de algún otro miembro de ese grupo de tiempo libre?

El anciano negó con la cabeza, ajustándose la *txapela*.

—No recuerdo mucho más, la verdad. Solo que pagaban puntualmente la comunidad, hasta que desaparecieron. ¿Para qué periódico trabaja usted?

Anne se quedó en silencio sosteniendo la mirada del hombre. No quería mentirle, se había prestado a contestarle con la mejor de las intenciones. Así que lo único que se le ocurrió es intentar escapar de allí lo más rápido posible.

—No puedo decirlo, señor. Hasta que mi jefa no decida si se publica o no el reportaje, no me dejan decir nada —trató de salir del paso mientras volvía a subir por el cantón de San Marcos, alejándose lentamente—. Muchas gracias por su disponibilidad, ha sido usted muy amable.

Subió de prisa la calle hasta volver a entrar en la plaza de la catedral. Una densa gota de sudor brotó de su frente y resbaló por su mejilla derecha hasta desembocar en el escote palabra de honor de la blusa estilo *boho* que también había utilizado el día anterior. No había podido cambiarse de ropa al no haber previsto el pasar la noche en Laguardia. Intentó tranquilizarse y llamó de nuevo a Jon Arkaute.

—Me suena ese nombre y no sé de qué —le dijo él—. Estoy convencido de que lo he oído en algún lado. Pero ahora no caigo. Déjame que investigue un poco en Internet y en mis papeles, y si encuentro algo te digo. Por cierto, ¿vas a venir a cenar hoy o también tendré que tirar la cena a la basura, como hice ayer?

Anne notó un matiz acusatorio en las palabras de Jon. Era evidente que le había molestado que se quedara a dormir en Laguardia.

—Sí, esta tarde iré para Bilbao a hacer unos recados y a la noche te prometo que aceptaré encantada los manjares que me hayas preparado —le contestó.

—A ver si es verdad.

Anne intentó añadir algo más, pero no tuvo oportunidad. Jon había colgado el teléfono. ¿Se había enfadado por aquella tontería? No quiso pensar demasiado en ello.

Antes de abandonar Vitoria, se dirigió a la zona del casco medieval donde aún se conservaba una sección de la muralla original del siglo XI junto con otras partes de fechas más recientes. Sabía exactamente al punto que quería llegar, lo había buscado mil veces en Internet desde que había analizado la glosa del Códice 60 que se refería a Gasteiz y su antigua muralla. Un minuto a pie la separaba de su destino. Al acercarse, notó cómo su respiración comenzaba a acelerarse, presa de una sensación que quiso interpretar como emoción. Observó la puerta con arco ojival de acceso a la parte alta de la ciudad y las almenas que conformaban aquel trozo de muralla situada junto al palacio de Escoriaza Esquível. Como si de una turista fanática se tratase, comenzó a fotografiar con su móvil el muro defensivo presa de un irrefrenable deseo de cartografiar cada centímetro. Tras tomar al menos treinta instantáneas, intentó sosegarse y se colocó en el centro de la plaza, con la casa palaciega a la izquierda y la muralla enfrente de ella. La belleza del edificio era indiscutible, pero ella no podía dejar de mirar la fortificación, como si ésta ejerciese algún tipo de atracción magnética sobre su ser. Tenía la cabeza aturdida, lo cual le hizo recordar el embotamiento mental que sentía cuando durante su adolescencia fumaba algún que otro porro de marihuana. En realidad nunca había llegado a fumarse uno entero; la mayoría de las veces se limitaba a dar unas cuantas caladas cuando alguno de sus amigos se lo ofrecía, pero enseguida lo dejaba, asustada por las advertencias que su abuela Mary Anne le había hecho mil veces acerca de los efectos de las drogas. La sensación era muy parecida. Miró a su alrededor. No había nadie. Sin embargo, se sentía observada, como si alguien la estuviera vigilando con unos prismáticos. La

confusión que sentía dio paso a la angustia. Volvió a mirar en torno a su posición, pero allí no había nadie. Su corazón comenzó a palpar demasiado deprisa, como si estuviera sufriendo una taquicardia. Pero no era una taquicardia física, aquel sentimiento de pánico provenía de algún lugar recóndito de su mente. Era algo subjetivo, estaba segura de ello. Bajó la mirada al suelo intentando recuperar el control y en ese momento fue consciente de que decenas, quizás cientos, de palomas se arremolinaban a su alrededor rodeándola, ocupando gran parte del pavimento de la plaza. Había algo terrorífico en la escena, pues las aves estaban absolutamente quietas, como si formaran parte de una fotografía en la que ella era el único elemento vivo. Trató de moverse y salir corriendo, pero no pudo. Estaba paralizada. De repente la vio. Con paso lento, la silueta de La Vieja, la mujer enlutada que parecía perseguirla a todas partes, fue aproximándose a la plaza. Su mirada era ausente, como en otras ocasiones, pero le pareció advertir una leve sonrisa en su rostro. A medida que la mujer iba acercándose, las palomas iban abriéndole paso para que pudiera continuar su recorrido. Anne estaba furiosa. No iba a permitir que aquella mujer llegara hasta ella. Sintió una rabia parecida a la que la desbordó cuando aquel individuo trató de violarla en la casa abandonada de la playa de Portsmouth, en Inglaterra, cuando tenía diecisiete años. En aquella ocasión logró salir indemne gracias a los profundos cortes en el cuello que pudo realizarle valiéndose de la esquirla de un ladrillo. Mientras trataba de idear una manera de defenderse, observó que ella se detenía a unos tres metros de distancia. Las palomas comenzaron a emitir un arrullo continuo que iba aumentando de decibelios paulatinamente. Una de las aves levantó el vuelo y trató de atacar con el pico la cabeza de la joven, pero cayó fulminada al suelo, como si hubiera muerto presa de un síncope. Los demás pájaros empezaron a defecar compulsivamente mientras incrementaban aún más el volumen de sus arrullos, hasta que, de manera repentina, todos ellos echaron a volar y huyeron precipitadamente envueltos en una nube de plumas y olor a podredumbre. Anne observó atónita la escena, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo. Cuando la última paloma hubo desaparecido, buscó a La Vieja. La vio alejarse lentamente, volviendo la cabeza hasta en tres ocasiones, como tratando de discernir qué es lo que había ocurrido para no haber podido perpetrar su ataque. Porque de eso estaba más que segura, la Vieja había intentado agredirla. Y había fracasado. Cualquiera que hubiera sido testigo de lo que acababa de suceder habría pensado que simplemente las aves habían tenido un comportamiento inexplicable, pero ella sabía que habían sido dirigidas por la mujer.

Un joven se acercó a ella corriendo. Anne se sintió algo aliviada con su presencia.

—¿Estás bien? Tienes muy mala cara.

—Sí, tranquilo. Gracias. Enseguida se me pasa. Es solo un mareo.

—No sé qué les has hecho a esas palomas, pero se han vuelto locas del culo —se rió él—. A ver si has conseguido asustarlas de verdad y no vuelven por aquí, porque lo llenan todo de mierda.

—Pero si yo no he hecho nada, ha sido esa mujer —intentó explicarle ella.

—¿Qué mujer?

—¿No la has visto? Una señora vestida completamente de negro.

—No sé, yo acabo de llegar. Solo he visto cómo huían de ti todas esas ratas con alas como si les acabaran de meter una guindilla por el culo. Bueno, si te encuentras mejor... yo me tengo que ir, que llego tarde a clase —dijo el muchacho mientras se alejaba.

Anne se sentó en uno de los bancos. Le volvía a doler el estómago, pero no le quedaba otra que aguantarse. Había olvidado traer los sobres con el líquido antiácido que solía tomar cuando le ocurría y que tanto le aliviaba. Aún estaba ligeramente mareada. Y lo peor es que seguía sintiendo que alguien la observaba, aunque esta vez la sensación había mutado en algo diferente, como si ese alguien hubiera abandonado los prismáticos con los que la vigilaba y la mirara ahora de reojo tratando de pasar desapercibido. Levantó su vista hasta una de las ventanas que hacía esquina en uno de los edificios que daban a la plaza. Le pareció ver una sombra a través del cristal. Se incorporó y lentamente abandonó el lugar en busca del coche de Jon Arkaute. Por el camino, una llamada en su móvil interrumpió sus cavilaciones.

El amor que Eva San Juan sentía por su difunta hermana y el deseo de agradar a aquel amigo tan especial de Inés por el que ella había mostrado en más de una ocasión sentir un gran cariño, fueron suficientes para que aceptara que Ander se llevara de Atxondo el ordenador portátil de Inés San Juan, aunque le hizo prometer que si encontraba algo raro se lo comunicaría de inmediato. Tras pasar toda la mañana intentando encontrar algo relevante, el antiguo supervisor de David Vanner se había dado cuenta de que iba a necesitar mucho más tiempo para analizarlo. La maraña de carpetas, subcarpetas y archivos creados por su amiga era un puzle enrevesado en el que en un principio nada le había llamado especialmente la atención. Se trataba de un aparentemente inabarcable conjunto de facturas, tablas de cálculo relacionadas con la contabilidad de la empresa, documentos relacionados con su trabajo como secretaria de dirección de la Presidenta de Artechnia, y un sinfín de archivos de carácter más personal, como fotografías y pequeños escritos. Sentado en el sofá del *loft* de Deusto, Ander se desesperaba por hallar algo de luz en aquel laberinto cibernético. Tras acabar su jornada en Artechnia, Alicia Rández se presentó en la casa.

—Nos va a llevar siglos traducir el libro de actas de reuniones de la familia Bechs que encontró Tomás. Creía que sabía holandés lo suficientemente bien como para entender un texto de este tipo, pero estaba completamente equivocada. Hay muchas construcciones gramaticales que se me escapan, y no hablemos del vocabulario. Además, me da pánico utilizar traductores en línea, por si pudieran dejar algún rastro que ellos pudieran detectar de alguna manera. Y no hablemos de contratar a ningún traductor jurado, sería enorme el riesgo que asumiríamos. Bastante locura es ya que me hayas convencido para seguir desenredando todos los hilos de esta madeja. Aunque en el fondo sé que se lo debo a Tomás.

—Pues creo que es esencial que sigamos por esa vía.

—La mayoría de lo que he traducido hasta ahora es bastante normal, dentro de lo que cabe. Sí, está claro que a esta familia le va el rollo nudista, porque en algunas de las reuniones que parecen más relevantes aparece claramente reflejado un código de vestimenta para asistir a ellas, o de no vestimenta, mejor dicho. He llegado a un pasaje un tanto especial, pero es que me está dando tanta pereza traducirlo... Habla de la historia de la familia desde tiempos remotos. Al parecer, los orígenes de los Bechs se remontan a muchos siglos atrás. ¿Te lo puedes creer? Lo que pasa es que utilizan un neerlandés tan antiguo para relatar estos acontecimientos que me es muy difícil comprender el significado de todas las oraciones. Además, tengo que tener mucho cuidado de dónde almaceno lo que voy traduciendo. Como no me fío de nada ni de nadie, lo estoy guardando en un *pendrive* que tengo escondido en casa y que introduzco en el ordenador solo después de haberlo desconectado de Internet. No sé si servirá de algo. Bueno, y tú... ¿qué me dices de tu labor investigadora con el portátil de Inés? ¿qué era eso tan importante que me querías decir?

—Vas a alucinar. He pensado mucho en si era buena idea contártelo o no, porque seguro que me vas a echar el sermón de que ya me habías advertido de ella y demás.

—¿Te refieres a Inés?

—Sí. Lo que te voy a contar no va a ayudar precisamente a que cambies la concepción que te habías hecho de ella, pero bueno.

—Venga, dílo ya que me estás poniendo nerviosa.

—Echa un vistazo a esa carpeta que he encontrado en uno de los cientos de directorios de la unidad C —le dijo él acercándole la pantalla del ordenador.

—“Facturas calefacción y agua caliente antiguas”. ¿Qué interesante, no? —bromeó Alicia.

—Lo mismo he pensado yo cuando he visto el nombre. Pero hay un pequeño detalle que me ha llevado a abrirlo. Mira lo que ocupa esa carpeta.

—Dos gigas y medio.

—¿No te parece demasiado peso para unas facturas de calefacción? —le preguntó mientras ella asentía—. Lo mismo he pensado yo y me he quedado estupefacto cuando he accedido al contenido.

Ander pinchó en el icono que representaba a la carpeta y ante los ojos de Alicia surgió una enorme lista de carpetas de menor tamaño. Había muchas, quizás cientos. Alicia se quedó paralizada de asombro al leer el nombre de cada uno de aquellos pequeños directorios. Algunos eran los nombres propios de los trabajadores de Artechnia. Otros parecían inventados. Buscó su nombre pero no lo encontró. Abrió uno al azar y descubrió una lista interminable de datos personales relacionados con esa empleada en concreto, desde su situación familiar hasta el sueldo que ganaba. No daba crédito. Los rumores que apuntaban a que Inés San Juan era una cotilla no eran nada comparado con lo que realmente suponía toda aquella información que había ido recopilando gracias a su posición de secretaria de la Presidenta del Consejo de Administración.

—Te lo dije y no me hiciste caso.

—Déjalo, Alicia. No necesito que me vengas con sermoncitos, de verdad.

—Pero es que es increíble, esto es para hacérselo mirar. Mira, mira, lee esto: “2 de febrero. Hoy ha venido con un peinado nuevo que le queda muchísimo mejor que el que tenía antes. Su marido jamás sospechará que ese cambio de look se debe a que intenta parecer más atractiva para que su amante no la abandone”. Esto es el colmo. Encima, se permitía el lujo de hacer interpretaciones subjetivas de lo que iba averiguando. Inés está, estaba, muy mal.

—Igual si tú hubieras sufrido las pérdidas personales que ella sufrió no pensarías lo mismo —intentó defenderla Ander.

—Ander, venga ya. Reconoce que esto roza el acoso. Se ha servido de su puesto dentro de Artechnia para acceder a datos personales que no tendría por qué saber y, lo que es peor, parece que ha seguido personalmente a muchos de nuestros compañeros. Esa foto de ahí está sacada en la calle, no me lo puedo creer. La fotografió besándose con un hombre. En serio, esto es cárcel seguro.

—¿Cárcel? Todas las fotos que he visto son en lugares públicos. Que yo sepa eso no es delito. Pero sí, te reconozco que llegó bastante lejos en su afán chismoso. Me da mucha pena. Creo que se sentía tan sola que ocupó su vida físgando la de los demás para tener algo que le hiciera seguir adelante en su día a día.

—Yo también me he sentido sola muchas veces y no me he dedicado a hacer este espionaje con gente que ni me va ni me viene.

—¿Sola tú? No me hagas reír, Alicia. Eres el ser más sociable de toda La Pecera. Y además, tu vida sentimental y social no te va nada mal, nada que ver con la de Inés.

—No intentes justificarla.

—No la justifico, pero me da mucha pena. Y sobre todo, no la juzgo, igual que ella no me juzgó a mí cuando le conté todas mis miserias. De todas formas, aún no has visto lo peor.

—¿Lo peor?

—Sí, bueno, digamos que no todos los nombres que ha puesto a cada carpeta se corresponden con los nombres reales de las personas a las que espió. Algunos son motes, así que va a ser una tarea ardua analizar cada carpetita en busca de alguna pista. Ahora, creo que tengo una oportunidad de dar con algo. Si cotilleó la vida personal de sus compañeros, es muy probable que también cotilleara la de los Bechs, ¿no te parece?

Le sorprendió la amabilidad de la guía de la oficina de turismo de Elorrio cuando accedió a abrirle la ermita de San Adrián, a pesar de que no había ninguna visita programada ese día. Elorrio era un municipio vizcaíno situado en la comarca del Duranguesado, a apenas media hora en coche desde Vitoria, y que, durante los siglos XVI a XVIII había vivido una época de esplendor debido al éxito de los comerciantes locales con el Nuevo Mundo, lo que se había traducido en la edificación de varios palacios y casas solariegas de gran espectacularidad.

Esta vez Anne no utilizó la táctica de fingir ser una reportera ávida de información, sino que se limitó a decir la verdad o, al menos, la parte de verdad que ella quería que se supiese. Se había presentado como una filóloga británica que acababa de instalarse en Bilbao, experta en lengua y cultura vascas, e interesada especialmente en los monumentos funerarios de la zona, sobre los que estaba preparando un artículo para la empresa para la que trabajaba. Tras unas breves preguntas que demostraron a la guía que aquella joven inglesa sabía y conocía diferentes aspectos de la cultura local, ella misma le había ofrecido la posibilidad de abrir la ermita, no sin antes hacerse acompañar de su marido.

El templo se levantaba a las afueras de la localidad, frente a la necrópolis de Argiñeta, un cementerio compuesto por un grupo de sepulcros y estelas funerarias, y cuya datación había permitido saber que fueron construidos a partir de los siglos VII, VIII y IX y hasta la Alta Edad Media. De hecho, algunas de esas inscripciones cristianas eran consideradas las más antiguas e importantes de Bizkaia y posiblemente de todo el País Vasco. Todo apuntaba a que tanto los sepulcros como las estelas habían sido creados con piedra arenisca del monte Oiz. Se trataba sin duda alguna de uno de los conjuntos funerarios vascos más importantes.

Anne había recibido la llamada de Jon Arkaute justo cuando estaba abandonando Vitoria con la intención de regresar a Bilbao.

—Ya sé de qué me suena el nombre del profesor universitario que te ha mencionado el abuelo ese. Luis de Andrés. En realidad su nombre actual es Koldo de Andrés Etxeberria, ya que adaptó su nombre al euskera y le añadió el “de” a su primer apellido hace unos años. Formó parte del equipo que restauró a finales de los años ochenta las estelas más deterioradas de la necrópolis de Argiñeta, en Elorrio.

—He leído algo de ese cementerio en alguna revista especializada. Tiene un gran valor arqueológico, según creo recordar.

—Así es. Originalmente las piezas se encontraban dispersas por las tierras de alrededor hasta que fueron aglutinadas en esa parcela. Los sarcófagos y las estelas discoidales que se conservan allí son de un valor excepcional. Como sabrás, las estelas son monumentos funerarios relacionados con ritos ancestrales previos a la era cristiana. Son piedras planas en forma de disco, con dos caras paralelas que normalmente se encuentran talladas y generalmente contienen grabados en relieve, o hechos mediante incisiones, de diferentes símbolos y figuras astrales. Estas estelas tienen además una especie de tronco o pie con el que se clavaban en la tierra. Por supuesto, las estelas que más se conservan hoy en día son las que se levantaron en la Edad Media, pero existen algunos restos de estelas que algunos fechan con más de dos mil años de antigüedad.

Este tipo de monumentos funerarios tienen una especial importancia en el ámbito de influencia vasco. La mayor concentración de estelas discoidales del mundo se produce precisamente aquí, sobre todo en el País Vasco francés y en Navarra, aunque también hay, en menor medida, en Álava, Bizkaia y Gipuzkoa. En la península ibérica también se encuentran, de manera más dispersa, mayormente en la mitad norte y Cataluña. Y algo aún más curioso. Portugal alberga un gran número de estas estelas, en una concentración también muy alta, aunque menor que aquí.

—Sí que es curioso, realmente —contestó Anne, utilizando una forma de hablar claramente heredada de su idioma nativo, el inglés.

—El profesor de Andrés fue un eminente profesor universitario durante los ochenta, pero por más que he intentado buscar tanto entre mis archivos como en Internet, parece que su rastro se ha perdido.

—El señor mayor y la anticuaria con los que hablé en Vitoria también me dijeron eso, que los Carlinos, el grupo al que perteneció el profesor, también desapareció repentinamente y nunca volvieron a saber de ellos.

—Pues aún hay más. Resulta que la necrópolis de Argiñeta sufrió un robo el año pasado. En concreto, se llevaron una de las estelas funerarias colocadas en el exterior de la ermita.

—¿Y qué tiene que ver eso con el profesor de Andrés?

—Mira la foto que te acabo de enviar al móvil. Es de la estela que robaron.

Anne miró en su teléfono tratando de no tocar ninguna tecla que cortase la comunicación con Jon Arkaute. Abrió la imagen que éste le acababa de mandar y de nuevo volvió a sentir un dolor en la boca de su estómago. La estela sustraída en Elorrio tenía forma esférica, como cabía esperar, pero había algo más. Tenía trazados en su interior dos círculos concéntricos y dentro del más pequeño una estilizada estrella de ocho brazos rectilíneos ocupaba orgullosa la mayor parte de la superficie.

—No puedo creerlo. Es prácticamente el mismo símbolo que el que aparecía en la última hoja de la vida del santo sin nombre en el Códice 60 y el que encontraron grabado sobre el Demonio Azul en Lacaverna. La estrella de ocho puntas encerrada dentro del círculo. ¿Qué está pasando aquí, Jon?

Y allí se encontraba ella ahora, a las puertas del templo que había sido testigo de aquel robo, esperando encontrar alguna respuesta.

—La estela que robaron era una de las que están fuera, en la necrópolis —le explicó la guía—. Por suerte, era una réplica. Cuando se restauraron las estelas en los ochenta, se colocaron réplicas de las más valiosas en el exterior, pero las originales las guardamos dentro de la ermita. Mira, ésta es la que se llevaron.

Anne comprobó que efectivamente el original de aquella estela se seguía conservando, afortunadamente.

—Tenemos mucho miedo. Te voy a contar algo que espero que no largues por ahí, porque no nos interesa que se sepa, para no entorpecer la investigación que se está llevando a cabo. Hace

pocos días volvieron a robar otra de las estelas de fuera, una muy parecida a la anterior, pero por favor no lo cuentes.

—Tranquila, no lo haré. Pero, ¿qué sentido tiene que se lleven unas meras réplicas y no las originales?

—Las dos veces intentaron forzar también la ermita, pero por suerte, no consiguieron romper la cerradura. Muchos de los vecinos piensan que tuvo que haber una intervención divina que impidió que accediesen al interior. Tarde o temprano se tendrán que llevar estas que están aquí, quizás a algún museo o a un lugar más protegido dentro del pueblo. ¡Qué desgraciados!

—Por cierto, ¿no conocerás a este hombre, verdad? —le preguntó Anne enseñándole en su teléfono móvil una foto del profesor Koldo de Andrés. La guía miró a su novio de una forma muy extraña. Estaba claro que ambos lo habían reconocido.

—Sí, ese hombre fue uno de los que se encargó de la restauración de las estelas en los años ochenta. El profesor Koldo de Andrés. Tuve que estudiar varios de sus artículos doctrinales durante la carrera.

—Cállate, Maitane —le interrumpió súbitamente su marido—. No conocemos de nada a esta tipa.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Anne sorprendida por la reacción agresiva de él.

—El padre de Aitor, que en paz descanse, formó parte del grupo que se encargó de la restauración de las estelas en los años ochenta. El profesor Koldo de Andrés estuvo varias veces en su casa durante las obras cuando Aitor tenía veinte años. Aitor vio a ese hombre días antes de que robaran la segunda estela merodeando por la necrópolis en plena madrugada. Aitor suele sacar a pasear por aquí a Anker, nuestro perro, cuando llega del turno de noche, sobre las seis de la mañana. Bueno, no exactamente por aquí, sino más cerca del pueblo. El caso es que le pareció ver luces de una linterna a lo lejos y al acercarse vio a este hombre haciendo una especie de mediciones y sacando fotos a las estelas. A pesar de la oscuridad tiene claro que era el mismo hombre que había estado tantas veces en su casa cuando era joven. Todo muy raro. Pensó en contárselo a la policía, pero después de dormir volvió al cementerio y como vio que no había ningún destrozo y todo seguía en su sitio, se olvidó del tema.

—Estoy convencido de que ese hombre es el autor del robo de la segunda estela, y probablemente de la primera —dijo él—. Y ahora, si no te importa, tenemos que cerrar. Tenemos cosas que hacer.

—Sí, creo que será lo mejor. Anne, si necesitas cualquier otro dato para tu artículo en la revista, o tienes cualquier duda, llámame, yo encantada de ayudarte.

Anne se despidió de ellos en el camino en el que había dejado aparcado el coche de Jon Arkaute. La visita a Elorrio, aun no habiendo servido para encontrar una pista sobre el paradero de Koldo de Andrés, al menos había merecido la pena para demostrar que el profesor seguía vivo y, lo más importante, que su interés en aquella estela que portaba el símbolo de la estrella dentro del círculo era más que patente.

El flautista de Hamelin. Ése era el sobrenombre que había elegido el remitente anónimo que le había enviado aquel extraño *e-mail* durante su visita a La Rioja Alavesa. En aquel momento había pensado que simplemente se trataba de un mero error, pero ya había recibido hasta tres veces el mismo correo electrónico, así que finalmente se decidió a abrirlo. Había llegado antes de lo previsto al apartamento de Jon Arkaute en Getxo. La visita relámpago a Elorrio no le había llevado más de una hora, así que a pesar de que aún faltaban unos minutos para que las agujas del reloj marcaran las ocho de la tarde, había optado por ir preparando la cena, para cuando llegara él. Una de las cosas a las que más le había costado acostumbrarse tras su desembarco en Bilbao había sido los horarios de las diferentes comidas del día. Pero no le había quedado más remedio que adaptarse y al final le había cogido gusto a este lento discurrir del día. Jon le había dejado una copia de las llaves del piso. No estaba segura del todo de si aquel amable gesto era una buena idea, ya que podía tener más implicaciones emocionales de las que ella ahora mismo estaba dispuesta a asumir. Aún así, quiso prepararle una típica cena inglesa mientras él volvía del trastero que tenía en el garaje del edificio, donde al parecer almacenaba mucha de la documentación de su trabajo a lo largo de los años dentro de la Fundación Petunia. Cocinó cuatro *jacked potato* para cada uno. Se trataba de un plato tan sencillo como asar una patata al horno y rellenarla con diferentes alimentos; en este caso, ella optó por ensalada de col y mayonesa. Mientras esperaba a que se cocinaran los tubérculos, pinchó de nuevo en el enlace que contenía el correo electrónico, introdujo la clave que el remitente le había facilitado, y empezó a leer el artículo que había colgado El Flautista, que empezaba directamente con la transcripción de una especie de fábula.

“La fábula del pastor.

A quien quiera oír y ver lo que es que se era, cuentan que el pastor Orciano, que siempre andaba de cumbre en cumbre, apacentaba un día sus ovejas en las faldas del monte Gorbea, cuando pensó en subir de dos zancadas a la cima, porque los pastos allí eran más tiernos. Así que lo hizo, y enseguida llegó, pues entonces las montañas no eran tan altas.

Al cabo de un rato, Orciano, que era el pastor que más rebaños había guiado desde el principio, les preguntó a sus ovejas si acaso querían seguir comiendo los verdes brotes o regresar abajo, al corral donde siempre las guardaba para protegerlas del rayo. Las ovejas seguían pastando y peleando, sin hacer caso a su amo. Él les enseñaba cómo ayudarse las unas a las otras, pero ellas le ignoraban. Entretenido mientras saltaba de peña en peña, Orciano divisó una nube a lo lejos que se acercaba lentamente. Por aquel entonces nadie había conocido una nube así, pues hacía mucho tiempo que no se veían. Con temor, buscó al viejo pastor que habitaba en la cueva y que nunca yacía, pero no lo encontró.”

Anne no pudo releer de nuevo el relato. En cuanto volvió a pulsar sobre la pantalla para ir al principio, el texto sencillamente desapareció. Intentó acceder de nuevo introduciendo la clave, pero no funcionó. En su lugar, surgió un breve pero conciso mensaje que parecía dirigirse directamente a ella:

“Pocos son los privilegiados que conocen esta fábula. Cuidate de no contarlo, o el jardín volverá a ser un infierno.”

Estaba desconcertada. No entendía nada. Volvió a abrir el correo electrónico, pulsó otra vez en el enlace e introdujo la contraseña, pero el texto no volvió a aparecer. *“El jardín volverá a ser un infierno”*. Aquello era una amenaza directa, no cabía duda alguna. Las palabras “jardín” e “infierno” la retrotrajeron a la explosión del invernadero de la Fundación Petunia en las Torres Isozaki. Así que alguien había decidido que ella era la mejor destinataria de aquel relato y a la vez la conminaba a no contárselo a nadie. Además, aquella historia estaba incompleta. ¿Qué se suponía que era aquello? Lo cierto es que la narración tenía cierto encanto. Era muy corta, sí, pero la brevedad de la extensión de aquellas líneas no había evitado que de alguna manera lo que allí se contaba la hubiera atrapado. Le recordó a las viejas historietas que le solía contar la abuela Mary Anne cuando era pequeña, sentadas alrededor de la chimenea del salón principal de Sunny House.

Sacó las patatas del horno con cuidado de no quemarse y encendió el televisor. Jon llegaría enseguida, pero aún le quedaba algo de tiempo para introducir la verdura en cada una de las patatas. Estaba tan nerviosa por la amenaza expresa que incluía el mensaje de El Flautista que no tuvo cuidado y se le cayeron dos al suelo. Tenía que calmarse. Quizás la televisión la ayudase a pensar en otra cosa. Tras varios intentos buscando con el mando a distancia algo que mereciese la pena entre las distintas cadenas, se detuvo sobresaltada al ver la imagen que proyectaba la pantalla. Se trataba de un canal de noticias que abría su programa principal de la noche con diferentes fotografías relacionadas con la muerte de la joven Elixabete García la noche del día de Reyes en Vitoria. Según parecía, el agente que había descubierto el cadáver en el belén monumental del parque de La Florida no había sido el primero en ver el cuerpo. Los medios de comunicación habían recibido diferentes instantáneas tomadas en la escena del crimen con un teléfono móvil, enviadas al parecer por un testigo anónimo, aunque la policía no descartaba que el autor de las mismas fuese el propio asesino. La presentadora anunció que no iban a reproducirse todas las fotografías para no herir la sensibilidad de los espectadores. Anne reconoció en una de las imágenes la fachada de la casa de cultura Ignacio Aldecoa, donde el día anterior había estado consultando la hemeroteca. Dos analistas invitados por el programa opinaban que el hecho de que Elixabete García hubiera aparecido en el regazo de la figura de la lavandera dejaba muy claras las intenciones del asesino, que no eran otras que lavar o purificar los pecados de la joven ante los ojos de la sociedad, la cual estaría representada por las figuras de los pastorcillos y el labrador que el asesino había movido hasta plantarlas junto a la joven, como si estuviesen juzgándola. A Anne aquella teoría le pareció de lo más infantil, muy propio de una serie policíaca de televisión de tercera. Aunque quizás tuviesen razón; al fin y al cabo, no había por qué presuponer que el demente que había cometido el homicidio fuese un portento en cuanto a nivel intelectual. Sin embargo, sus ojos no dejaban de mirar dos de las instantáneas que el noticiero reproducía una y otra vez. En ambas, se observaba el cuerpo de la joven colocado sobre la lavandera,

distorsionado artificialmente con algún programa de edición de imágenes, junto al resto de figuras que el asesino había desplazado hasta colocarlas al lado de la víctima. Pero lo que Anne no podía dejar de mirar no era ese cuadro, que, en cierta medida, recordaba al de una *pietà*, con la Virgen María acogiendo en su seno el cadáver de su hijo, sino lo que había colgado justo encima de la figura de la lavandera, a pocos metros de distancia, emitiendo una tenue pero intensa luz azulada proveniente de los *leds* que constituían sus entrañas. Una estrella. La estrella de Oriente que guió a los Reyes Magos hasta el portal y que, por supuesto, también formaba parte de la recreación del belén de La Florida.

Anne tragó saliva. ¿Y si ...? No. Descartó la idea. Aquello era una mera coincidencia. Desde hacía un tiempo no dejaba de ver estrellas por todas partes; en el pórtico de la iglesia de Santa María de los Reyes de Laguardia, en el cofre que Sabina Elguea tenía guardado en su dormitorio, en el Códice 60, en la escultura del Demonio Azul, en la estela robada de la necrópolis de Argiñeta... Estaba sugestionada, simplemente. Tal vez obsesionada. Que el cadáver de Elixabete García hubiera aparecido justo bajo la estrella del belén no significaba nada. Siguió escuchando el programa. Uno de los colaboradores resaltaba que la joven acababa de cumplir veinte años y estaba en la flor de la vida, al igual que Maite Ortiz, la joven enfermera que había aparecido muerta el día anterior en el humedal de Salburua, a las afueras de la ciudad, aunque esta era algo mayor. Aquella comparación despertó la ira de otra de las colaboradoras, que acusó al primero de sensacionalismo, al querer dar a entender que Maite Ortiz también había sido asesinada, cuando de momento, no había nada que hiciera sospechar algo parecido. El programa proyectó diversas imágenes de la charca donde había aparecido el cuerpo sin vida de Maite Ortiz. Anne soltó el cuchillo y tuvo que agarrarse con fuerza al borde de la mesa para no caer desvanecida por la impresión. Por suerte, el mareo pasó enseguida. En su mente, una frase que le era bien conocida, resonaba con un eco fantasmagórico, como retornando desde una capa profunda de su subconsciente, donde la había almacenado sin creer que volvería a recuperarla.

“*La sangre de las doncellas flota en los meandros del río*”. Ella misma había traducido del euskera aquella glosa que aparecía en el texto de la vida del santo sin nombre del Códice 60. No le hacía falta comprobarlo, estaba totalmente segura. Se acordaba incluso de la parte de la narración en la que aparecía insertada, cuando el autor contaba que el espectro que había invadido la casa del hombre santo en busca de la llave, no pudo encontrarla y tuvo que retornar a su tierra, “*y su fuente siguió cerrada*”. Aquella glosa, que en su día le había parecido sumamente tétrica y desconcertante, ahora cobraba un nuevo significado. Las dos jóvenes de Vitoria habían aparecido junto a diferentes fuentes de agua. Elixabete García junto al riachuelo que discurría por el parque de La Florida y Maite Ortiz directamente en el agua de una de las charcas que conformaban el humedal de Salburua. Tenía una corazonada. Tomó su móvil y buscó en Internet más información acerca de Elixabete García y Maite Ortiz. No le costó dar con un nexo de unión que conectara a las dos mujeres. Podía parecer algo irrelevante, algo que quedaba completamente camuflado entre la maraña de datos escabrosos que las diferentes *webs* dedicaban a ambas noticias, pero para Anne se convirtió en la demostración de que aquel comentarista sensacionalista tenía razón. La muerte de Maite Ortiz no había sido natural. Las dos jóvenes habían nacido en un pequeño pueblecito del sur de Álava, Lacaverna. Ahí estaba. Eso era lo que tenían en común, además de ser dos mujeres jóvenes que acaban de comenzar como quien dice su vida adulta. Dos doncellas. Aun así, todos los periódicos digitales coincidían en lo mismo: Maite Ortiz no había sido asesinada. De pequeña había sufrido problemas cardíacos, que en teoría había superado con los años, aunque, visto ahora lo que había sucedido, todo apuntaba a que no lo había conseguido del todo, puesto que, al parecer, había muerto de un infarto mientras corría por la orilla del humedal.

Así que el asesino no quería que la policía le descubriera. No quería que le atraparan. No quería que la opinión pública supiera que estaba detrás de ambas muertes y de que un loco peligroso acechaba en las calles. Pero entonces, ¿qué sentido tenía el haber matado a ambas

mujeres? ¿Acaso quería transmitir un mensaje, algo que solo pudiese interpretar el destinatario correcto? Anne continuó buscando información en Internet. Si aquellos asesinatos respondían a algún tipo de muerte ritual perpetrada por quienquiera que estuviese asumiendo el papel de los invasores que invadieron y aniquilaron La Hoya, necesitaba saber más acerca de la cultura de los berones, la etnia que habitaba el poblado cuando sufrió el ataque de los espectros, tal y como narraba la vida del santo sin nombre del Códice 60. Todo comenzaba a cobrar sentido. Begoña Argenta, la jardinera Mayor de la Fundación, le había reconocido poco antes de la explosión del invernadero de las Torres Isozaki, que la estrella de ocho puntas dentro del círculo era el símbolo privado de los Elguea Leiva, los descendientes actuales de una de las familias más antiguas de La Rioja Alavesa. David era tal vez el miembro más reciente en la historia de esa familia. ¿Qué había querido decir exactamente Begoña al referirse a los Elguea como una de las familias más antiguas de Rioja Alavesa? ¿Sería acaso la familia de David descendiente de aquellos berones que poblaron La Hoya? Aunque sonaba a locura, desde luego era la explicación más plausible.

Cruzó información sobre el antiguo poblado berón de La Hoya y diferentes páginas que hablaban de la cultura celta. Al cabo de un rato encontró la explicación que buscaba. Entre los restos de la muralla que rodeaba la aldea encontrados en el yacimiento de La Hoya, los arqueólogos habían descubierto vestigios de cuernas de ciervo. Algunos autores relacionaban esta utilización de las astas de los cérvidos en el cercado defensivo del poblado con un ritual de protección mágica de los berones frente a las amenazas externas. El ciervo era uno de los animales más sagrados en diversas culturas, entre ellas la celta, grupo en el que la mayor parte de la doctrina incluía a los berones. Anne sonrió por haber tenido delante de ella todo el rato la respuesta sin darse cuenta. Recordó las cuernas de ciervo que David había mandado colocar en la entrada de su ático de Bilbao, con las puntas de las cornamentas apuntando hacia la puerta de acceso. ¡Cuántas veces había tropezado con ellas! Incluso en una ocasión llegó a romper una. En su día no había entendido muy bien aquel pintoresco gusto de David por ese tipo de adornos, pero ahora lo comprendía todo. No se trataba de un simple ornamento. La intención de David al colocarlos en la entrada de la casa podía haber sido perfectamente protegerla de alguna manera de las amenazas exteriores, al igual que los antiguos berones hicieron en la muralla de La Hoya. Ahora entendía por qué David siempre era reacio a hablar de su familia y de su pasado. No tenía que ser nada fácil tener que explicar a tu novia que tu familia, que tú mismo, seguías utilizando las costumbres y los rituales que tus antepasados ancestrales ya usaban hace más de dos mil años. Cualquiera hubiera pensado que no estaba en sus cabales.

Anne regresó a las *webs* que hablaban de las muertes de Elixabete García y Maite Ortiz. Una nueva prueba volvió a confirmar su teoría. Observó dos de las fotos de la charca del humedal de Salburua donde había aparecido el cuerpo de la segunda víctima. Ya lo había escuchado en la radio el día anterior, cuando llegó a Vitoria. La charca donde habían encontrado el cadáver de Maite Ortiz estaba ubicada dentro de la zona del parque donde habitaba una colonia de corzos. La belleza de las imágenes del humedal era sobrecogedora. Tuvo que buscar el significado de la palabra corzo, que desconocía, y comprobó que se trataba de un tipo de ciervo. Los indicios eran abrumadores. Alguien estaba perpetrando unos crímenes siguiendo la pauta marcada por la glosa del Códice 60, una conducta que, según parecía, formaba parte de la cultura de los espectros que

invadieron el poblado de La Hoya, tal y como quiso dejar claro y enfatizar el monje glosador. “*La sangre de las doncellas flota en los meandros del río*”. Y además lo estaba haciendo para que los berones, o los actuales descendientes de los berones, supieran claramente que eran ellos a quienes se dirigía la amenaza. No podía ser casualidad. Las dos víctimas junto a fuentes de agua, una de ellas bajo la estrella, el símbolo de identidad del pueblo de los berones, y la otra en el recinto cercado donde habitaban los ciervos, el animal sagrado de los berones, en el humedal.

Anne volvió la vista al televisor, donde el programa de noticias aún seguía analizando y comparando las claves de los dos sucesos. La presentadora mostró la portada del primer periódico al que habían llegado las fotografías de la primera persona que había presenciado la escena del crimen del belén y que probablemente habían sido tomadas por el propio asesino. El diario había llevado a primera plana una instantánea a todo color que el misterioso fotógrafo había sacado desde un ángulo en picado. Según el rotativo, era evidente que la había tomado tras haberse subido a la parte superior de la cueva ubicada en el parque y que hacía las veces de establo donde se encontraban las esculturas del niño Jesús, la Virgen María, San José, la mula y el buey. La cueva quedaba prácticamente al lado de la lavandera, a unos cinco o seis metros de distancia. No le había costado mucho hacerlo, ya que cualquiera podía subir haciendo uso de las escaleras y las rampas habilitadas a tal efecto. La fotografía confirmó su teoría. No cabía duda. No había otra interpretación posible. En la imagen, y a pesar de las ramas de los árboles, se veía la estrella de Oriente en primer plano y justo debajo, la lavandera con Elixabete García en su regazo, rodeada de los tres pastorcillos y el agricultor, formando un círculo casi perfecto. Las figuras no habían sido colocadas al tuntún. El asesino había querido que la víctima y la estrella ocuparan el centro de la circunferencia. La estrella dentro del círculo. A pesar de lo macabro de la escena, a Anne le pareció de una sensibilidad casi poética.

En cualquier caso, era una amenaza directa y una clara advertencia. Una combinación de actos sacrílegos con unos destinatarios muy concretos. De nada habían servido las supuestas cualidades sagradas de aquellos dos símbolos, la estrella y los ciervos, para proteger a aquellas mujeres. Se preguntó si las dos víctimas serían familiares de David. Rezó para que no lo fueran. De ser así, la vida de David podía estar en peligro.

Alicia Rández se despidió del Director Gutiérrez con un beso de buenas noches. Él entró en el dormitorio que ambos compartían y cerró la puerta, no sin antes rogarle que no hiciera ruido. La diferencia de edad que había entre ambos jamás había supuesto un problema en su relación, pero sí que había conllevado pequeñas diferencias de criterio que últimamente se habían acentuado. Una de ellas era el tiempo que Pierre Gutiérrez aguantaba sin sucumbir al sueño una vez ambos habían terminado de cenar, y que no solía traspasar la frontera de la media hora. Alicia, en cambio, era capaz de meterse a la cama a la una de la madrugada y levantarse descansada y rebosante de energía al cabo de cinco horas. Seguía siendo la secretaria del Director Gutiérrez, pero algo importante había cambiado en los últimos tiempos. Cuando Pierre le preguntó si quería irse a vivir con él a su chalet de Algorta, había aceptado sin pensar demasiado en las consecuencias. Con David en el hospital y Ander prácticamente desaparecido, la soledad y la vulnerabilidad que sentía en ese momento le hicieron inclinar la balanza a favor del sí. Ahora no estaba tan segura de haber tomado la decisión correcta. A medida que más tiempo pasaba con él, menos le gustaba lo que iba descubriendo. De un tiempo aquí se despertaba todas las mañanas pensando en la mejor manera de cortar la relación.

—No me lo puedo creer. Me vas a perdonar pero esto que hizo Inés es propio de una verdadera cabrona, lo siento.

Ander Goikoetxea se afanaba por poner buena cara en la pantalla del ordenador, pero no sabía muy bien como reconducir la situación.

—“La coneja”. Tampoco es para tanto. Te podía haber llamado cualquier otra cosa bastante peor. Si te cuento los apodos que puso a otros de nuestros queridos compañeros... —intentó argumentar Ander. Habían quedado en establecer una videoconferencia para hablar de sus respectivas averiguaciones.

—Sí, me podía haber llamado “la puta mayor del reino”. No, si al final voy a tener que estarle agradecida. Me parece increíble que me siguiera a todas partes y que yo no me haya enterado. Además, ¿para qué nos ponía apodos si luego recopilaba fotos de todos? Esa tía estaba enferma. No solo sabía, no me digas cómo, que yo estaba enrollada con Pierre y con Tomás, sino que además insinúa que me acostaba con David y ¡hasta con William Dik! Todos a la vez. Venga, ¿quién da más?

—Bueno, ¿deberías estar orgullosa, no? Tu ego debería estar por las nubes, siendo capaz de tirarte a tantos tíos a la vez. Si esto lo dijera de un hombre, seguro que lo verías desde un punto de vista diferente.

—Tienes parte de razón, pero lo que me preocupa es que haya ido largando esto por ahí sin ton ni son.

—¿Te acuerdas de que te dije que tenía el presentimiento de que Inés podía haber estado espiando también a los Bechs?

—¿Has encontrado algo interesante?

—He encontrado el expediente, llamémoslo así, de nuestro querido jefe de seguridad Ismael García. Adivina cuál era su mote.

—Sorpréndeme.

—“El gamba”. Supongo que lo decía por lo que se suele decir de las gambas, que se aprovecha el cuerpo pero no la cabeza.

—He de reconocer que ese apodo le venía como anillo al dedo. Buen cuerpo pero pocas luces. ¿Quién podría tener una idea tan descabellada como liarse con la Presidenta del Consejo de Administración y a la vez aceptar, según nuestra maravillosa teoría, el encargo de matar a Tomás, a su madre y a su ex mujer? Me pregunto cuál era el coeficiente intelectual de ese desgraciado.

—Tan tonto no sería, algo de inteligencia tendría que tener para ser el traficante que era. Seguro que ella se lo pagó con creces. Y no hablemos mal de los muertos, por favor, nunca se sabe si nos pueden estar escuchando —dijo Ander. A finales de noviembre, el jefe de seguridad de Artechnia había muerto de sobredosis mientras se desarrollaba la instrucción por los asesinatos de la ex mujer y la madre de Tomás Benguría.

—Ese no sería capaz de oírnos ahora ni aun contando con todos los poderes sobrenaturales del mundo. Bueno, venga, ¿qué has encontrado en su carpeta?

—Inés sabía perfectamente que Ismael era el amante de Suzanne Bechs al menos durante el último año antes de que fuera detenido. Es curioso, porque para referirse a la Presidenta del Consejo de Administración Inés utilizaba el sobrenombre “La ninfa”.

—Mira, ese no me hubiera importado para mí. Por lo de ninfómana —se burló Alicia mientras Ander reía.

—Espera, que hay más. Nuestro amigo Ismael García le preguntó a Inés hasta en tres ocasiones a ver si ella, como secretaria de Suzanne Bechs, sabía quién era un misterioso hombre con el que la Presidenta se había citado más de una vez y al que Inés llama todo el rato “el pez gordo”. Inés estaba convencida de que Ismael tenía la sospecha de que su querida ninfa le engañaba a su vez con ese hombre poderoso. Inés afirma que hasta llegó a ver una vez a Ismael García en el despacho de la Presidenta, hurgando entre sus papeles.

—Interesante el culebrón, pero... ¿me puedes explicar qué narices tiene que ver todo esto con lo nuestro?

—¿Te parece poco? De momento ya tenemos varias razones por las que, por ejemplo, Suzanne Bechs tendría muchas ganas de cargarse a Inés si hubiera descubierto sus labores de espionaje. Inés no solo sabía que la Presidenta estaba liada con Ismael García, sino que además intuía que a su vez Suzanne Bechs tenía trato secreto con ese misterioso hombre.

—¿Y quién es ese “pez gordo”, si puede saberse?

—No lo sé. Ya te digo que Inés jamás lo llama por su nombre. Déjame que siga descifrando todas estas carpetas, seguro que aparecen nuevas sorpresas. Hablando de sorpresas, ¿has encontrado tú algo en el libro de actas de los Bechs?

—Creo que esa familia es una panda de pirados, sin más. Y no lo digo solamente porque William Dik matase a aquella chica en los años noventa. A ver, igual lo estoy entendiendo mal, porque ya te digo que utilizan unas palabras y unas construcciones gramaticales que difieren mucho del holandés oficial que yo aprendí. Al principio hasta llegué a pensar que estaban hablando o discutiendo acerca de una película, de algo de ficción, pero resulta que no. He

encontrado un acta de una de sus reuniones que parece que hace referencia a algún tipo de ceremonia secreta que me ha dado muy mal rollo. Parece ser que esta gente profesa una religión animista o algo parecido, porque en esta ceremonia de la que te hablo hablan todo el rato de que el río tiene vida propia, de que el río se enfurece, que abre y cierra sus fauces y deja pasar a criaturas infernales a través de él, y que, para apaciguar su ira, hay que... atento, ofrecerle en sacrificio la sangre de los infieles.

—¿En serio?

—Tal y como lo oyes. A mí enseguida todo esto me ha recordado el asesinato de esa pobre chica negra a manos de William Dik y sus amiguitos. Y yo, que sé hacer muy bien mis deberes, me he puesto a indagar en Internet a ver si encontraba algo más relacionado con ese crimen.

—¿Y has encontrado algo nuevo?

—Nada. Salvo un pequeño detalle. He conseguido localizar una página escrita en holandés que habla de los asesinatos más raros de la historia del país, y, mira por donde, hace referencia al río en el que fue encontrada la víctima de William.

—No me lo digas. El río Waal.

—Efectivamente, nuestro célebre río Waal, el mismo que aparecía rodeado por un círculo en el mapa de los Países Bajos que tenía Tomás.

—Pero esto es demasiado fuerte, Alicia. Estamos hablando de que los Bechs pueden pertenecer a una especie de sociedad secreta que es capaz de realizar sacrificios humanos en base a, vete a saber, qué creencias.

—Bueno, tú por lo menos te has alejado de Artechnia. Yo me cruzo día sí y día también con William Dik por los pasillos. No te imaginas el estrés que supone tratar de no coincidir con él en ningún momento.

—Tendrás que tener especial cuidado, no sabemos hasta qué punto tú puedes estar en el punto de mira.

En ese momento, Manu Olabe apareció por detrás de Ander y bajó la pantalla del portátil de su marido, cortando la videconferencia. Alicia estuvo tentada de llamarle por teléfono, pero prefirió dejarlo pasar. Meditó las palabras de Ander mientras se dirigía al baño para desmaquillarse. De momento, se sentía algo protegida gracias a su relación sentimental con Pierre Gutiérrez, pero no dejaba de preguntarse si eso era suficiente para contener la locura del grupo de dementes que parecían ser los Bechs. Además, ¿hasta cuándo sería capaz de aguantar al lado de Pierre?

La religiosa entró en la habitación de Véspero con sigilo, pensando que la anciana podría estar durmiendo. No llevaba trabajando mucho tiempo en la residencia, pero sí lo suficiente como para saber que Véspero Aizaga era una de las pacientes más especiales y a la que más atención había que prestar, ya que, al parecer, su familia realizaba continuas donaciones a la congregación para que se le dispensara un trato especial. Casi todas las hermanas se creían aquellas historietas que relacionaban a Véspero con un insomnio perpetuo, pero ella no terminaba de aceptar aquella ridícula teoría. Era imposible que aquella mujer permaneciese tanto tiempo despierta sin que su organismo no terminara sucumbiendo. La encontró, como siempre, sentada en su silla y muy cerca de una de las ventanas, pero esta vez alguien la había apartado un metro del cristal, algo que no solía ser muy habitual. Observó que la muñeca que tanto le gustaba peinar yacía sobre el parqué del suelo. La recogió con cuidado y se acercó dispuesta a entregársela, pues sabía que no le gustaba estar mucho tiempo separada de ella. Cuando la tuvo enfrente, vio que tenía los ojos cerrados y se alegró de comprobar que su teoría era cierta. Todas aquellas leyendas de que jamás dormía eran un bulo. Se quedó mirándola unos segundos sin saber muy bien qué hacer con la muñeca. Aquella mujer era un ser adorable, no entendía cómo las demás hermanas temían tanto quedarse a solas con ella. Casi siempre era ella la que tenía que asearla y alimentarla; las demás no dejaban de inventar excusas para no tener que entrar en aquella habitación. Algunas incluso la acusaban de ser la culpable de la ceguera de la madre Elisa. Pobre mujer, no se merecía la fama que llevaba. ¿Qué podía haber de terrorífico en una anciana indefensa que apenas podía moverse?

De repente, presintió que algo no marchaba del todo bien. Le pareció que el cuerpo de la anciana estaba demasiado relajado. Buscó el abombamiento de su abdomen para comprobar que respiraba, pero no fue capaz. La expresión de su cara era excesivamente distendida. Temiéndose lo peor le tomó el pulso de manera rudimentaria con sus propias manos, primero colocándolas sobre su cuello y luego sobre la muñeca. No lo encontró. *“Dios mío, está muerta”*. No se lo pensó dos veces y puso todo su empeño en tratar de reanimarla haciendo presión con sus manos entrelazadas sobre el pecho de la anciana, sin conseguir ningún resultado. Era ridículo. Dada la posición en la que se encontraba la mujer, era imposible que aquello funcionara. Trató de levantarla de la silla y moverla hasta la cama, pero la grúa que solían utilizar con los pacientes estaba en otra de las habitaciones. Lo único que se le ocurrió fue insuflar aire, su propio aire, sobre la boca de la anciana. El hedor de la piel de Véspero la hizo retroceder durante unos segundos, pero no podía detenerse. En peores situaciones se había visto inmersa. Tiró la muñeca al suelo, cerró los ojos y fue insuflando aire recordando el cursillo de primeros auxilios que había hecho no hacía mucho. De pronto, se sintió indisputada. Un estallido horrible le estaba taladrando la cabeza. Abrió los ojos y comprobó espantada cómo la anciana había abierto también los suyos y la miraba de tal modo que creyó estar viendo a la mismísima muerte en persona. Intentó apartarse de ella pero no pudo. Sus labios estaban pegados a los de ella. El dolor era insoportable. Hizo impulso apoyando sus manos sobre el pecho de la mujer, pero sus fuerzas estaban cada vez más debilitadas. Cuando ya pensaba que todo iba a acabar y que iba a cruzar las

puertas del cielo, alguien entró corriendo en la habitación y consiguió separarla de Véspero. Cayó boca arriba sobre el suelo golpeándose la cabeza, pero se alegró al ver que poco a poco el dolor iba remitiendo y volvía a recuperar el aliento. Al cabo de pocos segundos, logró recomponerse casi al cien por cien y solo en ese momento fue consciente de que quien la había salvado era la hermana Blanca, que trataba de incorporarla.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupada. Se iba a montar un buen lío si otra persona relacionada con la residencia sufría otro horrible incidente. La madre Elisa seguía en el hospital sin recuperar la visión. Se encomendó a Dios rogándole que a aquella hermana no le hubiera ocurrido nada grave.

—Sí... creo que sí. Esa mujer está poseída, quería matarme.

—Deja de decir tonterías, has tenido una alucinación. Te he encontrado desvanecida en el suelo. ¿Es que no te acuerdas?

—¡Pero si ha sido usted la que me ha separado de ella!

—¡Cállate, no seas ridícula! ¿No ves que puedes asustar a las demás con tus gritos? Has tenido una visión, cuando he entrado estabas desmayada. Anda, vete a ayudar a las demás a preparar las cenas. Mañana a primera hora quiero que vayas al médico a que te mire, me preocupa tu estado de salud —dijo, mientras le levantaba los párpados para comprobar la dilatación de sus pupilas—. A partir de ahora me encargaré yo personalmente de atender a Doña Véspero, está visto que todas estáis sugestionadas por todas esas leyendas y cuentos que no sé quién ha empezado. O dejáis de comportaros como unas histéricas u os mando a todas a de donde sea que hayáis salido. Y escuchame bien —añadió mientras le sostenía la cabeza entre sus manos—. La madre Elisa se ha quedado ciega debido a un *ictus*. No ha tenido que ver ni Doña Véspero ni el gato con botas, ¿me has entendido? Y como se te ocurra ir ahora contando historias a tus compañeras sobre lo que acaba de pasar, te juro que hoy no duermes aquí. Prométeme que te vas a calmar, te vas a ir tranquilamente a atender tus obligaciones y no vas a contar ninguna tontería a las demás. ¡Prométemelo!

La joven asintió asustada mientras se levantaba y abandonaba la habitación. La hermana Blanca se acercó a Véspero, que volvía a tener la muñeca y el peine sobre su regazo. ¿Quién los había colocado allí? ¿Lo había hecho ella por inercia y no se acordaba? Al cabo de unos segundos, la anciana cogió la muñeca y comenzó a peinarla mientras trataba de buscar con la mirada la muralla medieval a través de la ventana. La monja le acercó la silla al cristal, a la distancia a la que sabía que le gustaba.

—Doña Véspero, Doña Véspero... veo que ha vuelto a las andadas... —dijo mientras la anciana continuaba sus labores de acicalamiento con la muñeca sin prestarle la más mínima atención—. Es usted una mujer de costumbres... Perdona a la hermana Marta, nadie le ha avisado de que a usted no le gusta que le toquen la muñeca. Pero prométeme que va a ser una chica buena de ahora en adelante. He tenido que trabajar duro para que alguien crea lo que vi en junio del año pasado. No se crea que se me ha olvidado. Otra cosa no, pero memoria tengo de sobra. Como para no recordarlo, ¿verdad? Usted ahí toda tiesa, que parece que no ha roto un plato nunca. Sé perfectamente que lo que vi hacer a su hija Concha con usted ocurrió de verdad. Sé que las dos flotaron unos centímetros sobre el suelo cuando ella trató de arrebatarse su muñeca. Afortunadamente, hay otras personas que la conocen bien. No la tengo miedo, ¿sabe? El Señor me

protege con su gracia y su misericordia, así que no intente tocarme las narices o le juro que su estancia en esta residencia cesará de inmediato. Y usted no quiere eso, ¿verdad?

La niña está enfadada con su amigo incorpóreo porque le ha dejado de hablar. Ella sabe que él está decepcionado, pero no sabe por qué y eso la frustra. Su mente infantil no entiende que los seres invisibles a veces se comportan de manera extraña y que no hay que buscar una explicación coherente a su forma de actuar. La niña entra sollozando en el dormitorio de la mujer y se la encuentra tumbada en la cama, leyendo un libro que a ella le parece viejísimo. La mujer se da cuenta de su presencia y le invita a subir al lecho, donde la acoge amorosamente entre sus brazos. Tras unas cuantas caricias y arrumacos la niña se siente mejor.

—¿Te acuerdas de lo que estuvimos hablando ayer en el Reino de las Ánimas, cariño?

—Sí, abuela.

—Vamos a ver si te lo has aprendido bien. Vuélvemelo a contar.

La niña está harta de hablar todo el rato de las mismas cosas pero no quiere desobedecer a la mujer. Quiere tanto a su abuela, que accede a su petición una vez más.

—Todas las cosas que hay guardadas en el Reino de las Ánimas tienen alma —comienza a canturrear la pequeña.

—¿Y por qué tienen alma?

—Porque todas las personas que han tenido esas cosas así lo creían.

—¿Y por qué lo creían?

—Porque vieron el poder que hay en ellas.

—¿Y qué harás si alguna vez tienes mucho mucho miedo y yo no estoy a tu lado para consolarte?

—Vendré aquí y las buscaré y las llevaré siempre conmigo.

—¿Por qué, mi amor?

—Porque tú las has reunido para que me protejan.

—¿Y me guardarás siempre el secreto y no se lo contarás jamás a nadie, ni siquiera a tu madre?

—Sí, porque te quiero mucho abuela.

La mujer se abalanza sobre ella y la estrecha contra su pecho, cubriéndola de besos. La niña es feliz y piensa que la vida es larga y no tiene fin. En la puerta de la habitación, su amigo, al que nadie ve, la observa en silencio. Él sabe que no es así, y que pronto él será el único que quede para jugar con ella.

Anne se despertó sobresaltada en mitad de la noche. Había vuelto a soñar con la abuela Mary Anne. Desde que había visitado recientemente Sunny House los sueños se estaban repitiendo muy a menudo, como si la abuela estuviese intentando avisarle de algo desde el más allá. Cuando murió, tuvo sueños similares durante mucho tiempo, pero poco a poco fueron desapareciendo. Algo estaba pasando en su cabeza para que hubieran regresado. Escuchó a Jon Arkaute roncar durante un minuto al fondo del pasillo. Ella prefería que él siguiese durmiendo en el sofá, al menos de momento. Al fin y al cabo solo se habían acostado una vez. Se incorporó en la cama. Estaba nerviosa. No paraba de pensar en las conclusiones a las que había llegado respecto de las muertes de Elixabete García y Maite Ortiz. Sentía que debía avisar a David, pero por otro lado no quería volver a hablar con él, no había pasado el tiempo suficiente. Además, si ella tenía razón, no sabía hasta qué punto podía ser peligroso retomar el contacto. ¿Era una mala persona por no coger el teléfono y llamarle? Tal vez, pero no estaba preparada. Además, él era el que la había dejado.

Antes de darse las buenas noches, Anne le había preguntado a Jon si había recibido algún *e-mail* más extraño de lo habitual últimamente, y él le había dicho que no. Y ya está. Ahí se había acabado la conversación, muerta nada más nacer. Quizás era lo mejor, por lo menos hasta que pensase un poco más si merecía la pena correr el riesgo y contarle el contenido del enigmático correo que había recibido. No tenía claro el alcance de aquella amenaza que había aparecido en la pantalla tras leer la fábula del pastor. Por si esto fuera poco, no se atrevía a contar nada a Jon acerca de lo que pensaba de los asesinatos de las dos jóvenes de Vitoria. Quería pensar que su cobardía se debía a que temía que él la tomase por loca o por una histérica, pero, en el fondo, le daba miedo confesarle al jardinero todo lo que ella sospechaba acerca de David y de su familia. No sabía cómo podía reaccionar. Le preocupaba no solo que aquello que tenían Jon y ella se fuera de repente al traste, sino que Jon o, peor aún, la Fundación Petunia, tomara cartas en el asunto, y la vida de David pudiera estar, aún más si cabía, en peligro.

Abrió uno de los álbumes familiares que había encontrado en la habitación secreta de Sunny House y fue pasando las hojas lentamente, rememorando los mejores momentos de su infancia. En ese tipo de libros siempre se tendía a guardar las instantáneas de los momentos de felicidad, y, en este caso, eso era un gran alivio. No soportaría ver fotografías de todas y cada una de las discusiones y humillaciones a las que ella y su madre se habían visto sometidas por parte de su padre. De hecho, en aquellas imágenes, Henry Wellington únicamente aparecía una vez, cuando ella era apenas un bebé y aún no había comenzado lo peor. Guardó el álbum en su bolso y abrió el otro. Nada más comenzar a pasar las páginas notó algo raro. No había ninguna fotografía en la que no apareciera Anne y además, estaban datadas y escurpulosamente ordenadas de manera cronológica. Aunque también había retratada alguna celebración familiar, como en el anterior álbum, el noventa y cinco por ciento de las imágenes parecían haber sido tomadas sin que Anne hubiera sido consciente de estar siendo fotografiada. Algunas eran realmente extrañas. No entendía qué interés podía tener retratarla saliendo de la consulta del médico o yendo a estudiar a la biblioteca. Parecía que alguien hubiera estado siguiendo todos y cada uno de sus pasos durante toda su vida y ella no se hubiera percatado de ello. ¿Qué hacía la abuela con un álbum tan raro como aquel? Incluso había fotografías de su estancia en Burgos, donde pasó varios veranos durante su adolescencia y donde había aprendido a hablar castellano casi como una nativa.

Siempre había tenido la sensación de que su madre la había mandado a aquel remoto lugar del sur de Europa para deshacerse de ella durante los meses estivales.

Se detuvo en una de las imágenes. Era una reunión bulliciosa de muchachos y muchachas de su edad realizando algún tipo de actividad lúdica, parecía una competición. El rostro de la joven Anne mostraba lo bien que se lo estaba pasando; estaba exultante de felicidad. A pocos metros de ella, los que parecían ser los monitores que organizaban el evento también reían y vitoreaban a los chavales. No había nada especial en la escena, salvo el hecho de que, de nuevo, alguien había tomado aquella fotografía sin que ella se percatase. Pasó la yema del dedo corazón de su mano derecha por la imagen, tratando de discernir si lo que parecía un punto brillante era un defecto fotográfico o un destello. Llegó a la conclusión de que se trataba del brillo del *flash* de la cámara de la persona que estaba tomando la instantánea reflejándose sobre el cristal de un coche que aparecía en primer plano. Y entonces lo vio. Vio al hombre que estaba sacando la foto. Su cara se reflejaba sobre el espejo lateral de la puerta del conductor, de una forma bastante nítida. Un escalofrío atravesó su espina dorsal mientras trataba de entender lo que acababa de ver. Lo comprobó una y otra vez, pero no cabía ninguna duda de que se trataba de él, aunque con unos cuantos años menos. Su cabello rubio y lacio, sus ojos de un color azul intenso y aquel mentón ancho con un lunar enorme en la barbilla eran inconfundibles. Pertenecían a James O'Connor, el profesor que más había respetado y admirado en la universidad, y que era precisamente la persona que le había contagiado aquella pasión por la cultura vasca y el euskera. ¿Qué hacía el profesor O'Connor en Burgos? ¿Sería él el autor del resto de fotografías del álbum? La única persona en el mundo que podía aclarárselo se encontraba a miles de kilómetros de distancia.

Sandra Esteban le caía bien, no podía negarlo. Que alguien le practicara el boca a boca a uno en mitad de un ataque de pánico no era algo que fácilmente se pudiese olvidar. Además, no solo se había limitado a prestarle socorro cuando más lo había necesitado, tendido sobre el suelo de aquella taberna. Sandra Esteban había insistido en acompañarle las casi cinco horas que había pasado en el servicio de urgencias del hospital de Basurto, y hasta había hablado con el médico de guardia como si se tratase de una pariente, interesándose por el resultado de las diferentes pruebas que le habían practicado. Su generosidad le conmovía. Afortunadamente, el diagnóstico no había ido más allá de otro desagradable ataque de pánico, y a ella aquella respuesta le había satisfecho. Que no sospechara que David acababa de sufrir una alucinación espeluznante era un alivio. Había quedado completamente expuesto ante ella, como un ser indefenso y vulnerable, pero, a lo mejor, la jugada no le había resultado tan mal. Ella no dejaba de mandarle mensajes preguntándole por su estado de salud y él le respondía encantado.

—¿Te encuentras ya bien? —le dijo ella mientras le vertía el café que acababa de preparar en su cafetera italiana.

—Sí, Sandra. Muchas gracias, de verdad, por todo —le contestó David mientras le sonreía. El piso que Sandra había alquilado en el centro de Bilbao era mucho más grande que su ático. Se preguntó si el dueño sería algún familiar, porque la renta tenía que ser altísima teniendo en cuenta que estaba ubicado en plena Gran Vía.

—Una amiga mía también tiene problemas de ansiedad y, de vez en cuando, le dan crisis nerviosas.

—Así que no te pilló de sorpresa cuando me desmayé.

—Te diste un buen porrazo, te podías haber abierto la cabeza, pero me parece a mí que la tienes muy dura —bromeó ella dándole una palmada en la espalda.

—Voy a tener que contratarte de guardaespaldas, por si me vuelve a pasar, para que me rescates y me vuelvas a hacer el boca a boca.

Ella sonrió y David percibió que se había ruborizado, aunque ella trató de evitar que él se diera cuenta.

—No tendrías dinero suficiente para pagar mis servicios —le contestó al fin. —Oye, ¿te apetece pasar al salón, para estar más cómodos? Ya sabes dónde está, lo has tenido que ver al entrar. Yo me voy a cambiar y enseguida estoy contigo.

Se alejó por el pasillo en dirección a su cuarto, mientras David hacía lo mismo en la dirección opuesta buscando el salón. Pero sus pasos se detuvieron a medio camino, en una de las habitaciones que parecía ser el despacho de Sandra. Se trataba de una estancia amplia y bien iluminada, con dos enormes ventanales cubiertos por unos estores translúcidos. Entró con sigilo. Miró el reloj. Dos minutos, tal vez cinco. Ella no tardaría mucho más en volver. Abrió los cajones ubicados bajo el escritorio. Al parecer, Sandra era una mujer ordenada y pulcra con sus objetos personales, todo lo contrario que él. Revolvió entre los papeles, procurando que no se notara mucho que los había movido. Buscó también en las estanterías de la pared situada junto al

ordenador. Por último abrió el armario que ocupaba uno de los laterales de la habitación y que guardaba parte de su vestuario. Era imposible, había demasiado sitios en los que mirar. Volvió corriendo al salón mientras escuchaba a lo lejos cómo Sandra cerraba las puertas de su vestidor.

—Te traigo esta sidra, es de una empresa familiar de una amiga de Arrasate. Sé que esto va en contra de tus principios y que la sidra no le tiene que ir muy bien a tus músculos, pero... ¿no me vas a hacer el feo, verdad? —le preguntó ella mientras escanciaba la bebida en un vaso. David, que acababa de sentarse en el salón hacía menos de un minuto, aceptó el ofrecimiento intentando mostrarse amigable y simpático. Bebieron varios vasos hasta que, sin darse cuenta, acabaron con la botella.

—Me parece a mí que mañana ya puedo hacer una buena sesión de cardio para quemar este veneno que me acabas de dar —dijo él.

—Sí, no vaya a ser que se te descompensen los nutrientes y tengas que hacerte una liposucción urgente —dijo ella riendo. Los dos estaban algo achispados por los efluvios del alcohol.

—¿Qué me recomiendas que haga? ¿*Spinning* o quizás una buena sesión de *bodypump*?

—No tengo ni idea de qué es eso del *bodypump*, pero se me ocurren mejores formas de acelerar el metabolismo y quemar grasa —contestó ella acercándose a su boca.

Él accedió a su invitación, sorprendido por su actitud y su arrolladora confianza en sí misma. No pudo evitar tener una erección mientras los dos compartían cada uno de los recovecos de sus bocas y ella le rodeaba con sus brazos. Hacía mucho que no experimentaba un beso de aquel tipo. Aquella mezcla de ingenuidad y actitud avasalladora era demasiado excitante. Deseó que aquel momento no terminara nunca.

Una capa invisible de frío helador cubría todos y cada uno de los libros almacenados en la biblioteca que la Fundación Petunia tenía oculta en el casco viejo de Bilbao. En realidad, la baja temperatura, provocada por la falta de calefacción, reinaba a sus anchas en cada rincón de aquel apartado santuario del saber. Desde que la Fundación había entrado en barbecho, tras la explosión de las Torres Iozaki, el cálido confort que otrora caracterizara al recinto había desaparecido por completo. Aun así, los libros y las mesas se mantenían ausentes de polvo, como si los duendes que probablemente poblaban la estancia, hubieran mantenido en perfecto estado la limpieza de todos y cada uno de los objetos allí contenidos. Ni siquiera funcionaban todas las luces, tan solo las instaladas dentro de las cuatro salas principales, y alguna ubicada en las pasarelas de acceso. Sola en mitad de aquel imperio de pergamino y papel, Anne Wellington se debatía entre permanecer de pie o sentarse en una de las sillas, mientras trataba de dilucidar cuál de las dos opciones contribuiría más a que el escaso calor corporal que aún conservaba tardara más en esfumarse. Jon Arkaute llevaba más de media hora varios metros por debajo de donde ella se encontraba, en la sala oculta que ella aún tenía vedada y a la que solo podían acceder los jardineros de mayor rango. Él le había prometido que no tardaría mucho en regresar, pero Anne sabía que le había mentado descaradamente. Volvió a mirar al agujero negro por el que descendían las escaleras que llevaban a aquella misteriosa estancia. Ni rastro de Jon.

—¿Qué hace usted aquí?

Anne sintió un escalofrío. No había escuchado llegar a la portadora de aquella voz, que había surgido de la nada, como una aparición. Se volvió hacia ella. La abuela Sofía, la vieja bibliotecaria, la miraba con el entrecejo fruncido mientras cruzaba los brazos en un evidente signo de desaprobación.

—Hola Sofía, ¿qué tal está?

—Ni hola ni leches, ¿qué hace usted aquí? —insistió.

—Yo también me alegro de verla, señora —trató de calmarla Anne mientras miraba por encima del hombro de la mujer, esperando que Jon no apareciera de repente.

—Mire señorita, la Fundación está en barbecho, ¿es que no se ha enterado? Nadie, repito, nadie, excepto yo, obviamente, puede acceder a la biblioteca hasta nueva orden. ¿Me puede explicar que hace usted aquí?

—Lo siento, Sofía, tenía que entrar. Me parece muy bien que la Fundación clausure todas sus instalaciones hasta que se aclare un poco la situación, pero como comprenderá, no puedo estar sin mi ordenador portátil tanto tiempo —dijo Anne apretando contra sí el enorme bolso que había traído consigo.

—¿Su ordenador? Abra el bolso —le pidió la bibliotecaria. A Anne no le dio tiempo a reaccionar. La anciana se abalanzó sobre ella y tiró de él arrebatándoselo.

—¡Oiga! ¿Pero usted quién se ha creído que es? —exclamó enfurecida. Por suerte el ordenador estaba dentro del bolso, lo había metido esa mañana en el piso de Jon. Solo esperaba que la anciana se creyese la excusa.

—De acuerdo, tome su bolso, y acompáñeme ahora mismo a la salida. Me veré obligada a dar parte de esta intrusión a los Mayores.

—Venga, Sofia, ¿no hay nada que podamos hacer para solucionar esto sin que se enteren los Mayores?

—Desde que usted llegó las cosas no han ido más que a peor. Pero bueno, como a mí nadie me pide mi opinión... Esto de contratar a la gente así porque sí, sin hacer ningún tipo de examen más concienzudo... Luego pasa lo que pasa.

—Sofia, yo ...

—Fuera.

Y así, sin opción a réplica, Anne había abandonado las instalaciones a través de uno de los pisos que la Fundación tenía en los edificios de viviendas que se ubicaban sobre la biblioteca. La puerta de acceso desde la cafetería-librería por la que había entrado en otras ocasiones estaba clausurada. De hecho, el local permanecía cerrado desde hacía meses. Mientras salían a la calle, Anne se preguntó cuántos puntos de acceso tendría la biblioteca además del piso por el que había entrado con Jon y del que había utilizado la abuela Sofia para expulsarla de allí. Cuando ya pensaba que todo se había resuelto más o menos bien, Sofia la agarró del brazo y la retuvo durante unos instantes antes de dejarla marchar calle abajo.

—Usted se cree que yo soy tonta, ¿verdad?

—¿Qué pasa ahora, Sofia?

—Mire, joven, más sabe el diablo por viejo que por diablo. Sé que usted aún no puede acceder libremente a la biblioteca, no ha llegado a donde tiene que llegar para hacerlo. Así que dígame a quienquiera que haya entrado con usted o le haya permitido hacerlo que violar las normas de la Fundación de esta manera es una falta muy grave, y que habrá consecuencias.

Anne miró estupefacta a la mujer mientras ésta se alejaba de ella sin despedirse. Cualquiera que observara a Sofia en la distancia, pensaría que se trataba de una adorable viejecita que había salido a tomar el fresco mientras daba un paseo antes de volver a casa. Anne sabía que de adorable tenía poco. No podía dejar de pensar qué habría querido decir con lo de que habría consecuencias.

El coche circulaba a toda velocidad por la autopista AP-68 que les conducía a su destino mientras en la radio la mayoría de emisoras no dejaban de hablar de lo mismo. La noticia había saltado a una de las principales cadenas y rápidamente se había ido extendiendo por todos y cada uno de los programas informativos, contagiando y acaparando las ondas, como si no hubiera nada más de lo que hablar. *El asesino del blog*. Así lo habían bautizado. Lo cierto era que el nombre era de lo más apropiado, sencillo y efectista, perfecto para que la noticia hiciera cundir el pánico entre la población. La policía había encontrado en Internet una *web* creada *ex profeso* en la que alguien había subido todas y cada una de las fotografías del asesinato del belén del parque de La Florida de Vitoria que habían ido recibiendo los diferentes medios de comunicación y muchas otras nuevas que hasta ese momento no habían visto la luz. La mayoría de estas nuevas imágenes se centraban en destacar primeros planos de muchas de los rostros de las figuras monumentales del belén, sobre todo de la Virgen, el Niño y San José, las cuales habían sido tomadas sin duda alguna en un momento anterior o posterior al asesinato, puesto que la cueva donde esas esculturas estaban colocadas estaba cerrada de noche y las puertas no habían sido forzadas. Pero lo peor había venido cuando al hacer *click* sobre un botón rotulado con la frase “*El show debe seguir*”, se habían confirmado las sospechas de muchos de los ciudadanos. El enlace llevaba a otra sección en la que aparecían subidas casi una veintena de instantáneas del cadáver de Maite Ortiz, la enfermera que había aparecido muerta en el humedal de Salburua. El autor de las mismas había puesto especial énfasis en retratar a los ciervos que habitaban el recinto donde habían encontrado el cadáver. Y a la vez, la valla que delimitaba el área donde moraban los cérvidos surgía protagonizando muchas de las imágenes con unos primeros planos en los que solo se veía la cerca, y cuyo significado era muy difícil de interpretar.

Anne no dejaba de pensar en el *blog* del Flautista de Hamelin, el remitente anónimo que le había enviado el cuento del pastor Orciano y que la había amenazado para no contárselo a nadie. ¿Sería el Flautista de Hamelin el asesino del *blog*? No conseguía encontrar ninguna relación entre ambos más allá de que habían utilizado Internet para propagar sus mensajes, pero no podía dejar de darle vueltas a la cabeza. Jon, por su parte, parecía no mostrar el más mínimo interés en la noticia, y no paraba de bajar el volumen del aparato cada dos por tres para seguirle comentando a Anne lo que había descubierto en la biblioteca de la Fundación.

—No sabía que te gustaba tanto toda esta basura sensacionalista —le había dicho a Anne tratando de retomar la conversación donde la habían dejado antes de que Anne le hubiese pedido que subiese el volumen.

—¿No te parece fuerte? Un loco que se dedica a colgar en Internet fotos de esas pobres mujeres a las que acaba de matar.

—No me creo toda esa historia del asesino del *blog*. Creo que más bien esto es obra de algún bromista o de algún adolescente con mucho tiempo libre.

—Me parece demasiado trabajo recopilar todas esas fotos y a la vez colgar nuevas, no sé.

—Déjate de tanta tontería. Deberíamos pensar qué vamos a decir cuando llegemos a Páganos.

Cuando dos horas después de que ella lo hiciese, Jon había regresado al apartamento de Getxo, su rostro evidenciaba que estaba emocionado por lo que acababa de descubrir. En la sala que ocupaba el nivel inferior de la biblioteca, Jon había encontrado el nombre del profesor Koldo de Andrés dentro del listado de miembros de la Fundación Petunia, aunque parecía que había sido expulsado hacía un año, porque no había ninguna referencia de él a partir del mes de agosto del año que acababa de terminar. Es más, su expediente oficial como jardinero estaba completamente vacío, como si alguien se hubiera encargado de eliminar su contenido. Aun así, pudo encontrar dentro de la sección de objetos pendientes de clasificar, una libreta que había pertenecido al profesor que recordaba a los antiguos cuadernos de bitácora de los marinos, y en la que se había dedicado a recopilar una serie de lugares y fechas a las que había ido añadiendo la palabra “Expedición” junto con el número que el jardinero había asignado a cada una de sus misiones en la Fundación a lo largo del tiempo. Algunas se remontaban hasta los años ochenta. La mayoría de esos lugares, sobre todo en los últimos siete años, eran pueblos de la comarca de La Rioja Alavesa, incluidos Laguardia y Lacaverna. Pero había uno que le había llamado especialmente la atención. El nombre de la localidad de Páganos aparecía en último lugar y era el único en el que el jardinero había apuntado unas coordenadas geográficas al lado y una palabra. “Aizaga”. En cualquier caso, no tenían mucho más a lo que agarrarse.

—Así que ustedes son periodistas —les dijo la monja mientras les invitaba a sentarse en los sillones que había dispuestos en el vestíbulo de aquella casona que hacía las veces de residencia para personas mayores. Las coordenadas les habían llevado directamente a La Sagrada Misericordia, la residencia donde había aparecido la copia del Códice 60 que contenía la vida del santo sin nombre. Aquello no podía ser casualidad, tenía que significar algo.

—Nos gustaría hablar con la persona al mando, si no es mucho pedir. Estamos haciendo un reportaje sobre heráldica y el origen de ciertos apellidos alaveses y sabemos que la familia Aizaga tiene que ver mucho con esta residencia. Nos gustaría saber si alguno de sus miembros vive cerca para hacerle algunas preguntas.

Anne miró a Jon Arkaute con cara de incredulidad. ¿Esa era la maravillosa estrategia que había ideado el jardinero? Aquello no se sostenía por ningún lado. ¿Qué tenía que ver el estudio de la heráldica con una residencia regentada por monjas? Además, esa manera de introducir en la conversación la palabra Aizaga era ridícula. Dedujo que Jon sabía perfectamente que ese vocablo se refería a un apellido vasco. Por suerte, la joven monja que les estaba atendiendo no parecía muy despierta.

—La madre superiora no está, vuelve dentro de dos días, creo —les dijo—. Pero mientras tanto yo les puedo ayudar —continuó mientras levantaba la barbilla en un gesto claramente de soberbia. Anne dudó mucho de que aquella pobre chica pudiese aclararles algo. —Aquí vivió hasta no hace

mucho tiempo una señora, Véspero Aizaga, pero creo que se la llevaron a Vitoria, a otra residencia, si es que no ha muerto ya.

Anne se quedó estupefacta escuchando a la monja pronunciando aquel nombre. Véspero. Tenía que tratarse de la abuela de David. Ese nombre no era muy común y además coincidía el hecho de que ahora la mujer estuviese viviendo en Vitoria, tal y como él le había contado. La insistencia de Jon para que la monja les contase a qué residencia de Vitoria la habían trasladado o que al menos les dijese dónde vivía su familia hizo que la monja se asustara y cortara en seco la conversación. No estaba autorizada a facilitar esa información, ni a ellos ni a nadie, se podía meter en un buen lío. Les despidió con una amable sonrisa mientras les acompañaba a la puerta.

—Será lerdá la tía —dijo Jon mientras se subían al coche—. Justo cuando la cosa se ponía más interesante se asusta y nos echa.

—Déjala en paz, pobre mujer. Se habrá dado cuenta de que no era muy normal todo lo que le estábamos preguntando. ¿Periodistas? ¿Heráldica? Te ha faltado decirle que éramos de la C.I.A. o algo parecido. Da gracias de que nadie te ha reconocido. Te recuerdo que visitaste a Lourdes en esa residencia cuando andabais buscando la última parte de la vida del santo sin nombre.

—Voy a volver a la noche, a ver si consigo colarme dentro y encuentro algún dato.

—Tú estás loco. ¿Quién te crees que eres, un agente secreto? Imagínate qué pasaría si te descubren. Allanamiento de morada para empezar. Bueno, y ni imaginemos la reacción de la Fundación al enterarse de que uno de sus jardineros ha sido detenido. Pensemos con la cabeza fría. Vámonos al hotel y ya se nos ocurrirá algo.

La cara de disgusto de David Vanner al encontrarse a su tía Concha plantada en el marco de la puerta del ático de la calle Iparraguirre de Bilbao fue tan evidente que a punto estuvo de provocar que Concha Elguea diera la vuelta y saliera corriendo, arrepintiéndose de haberse dejado convencer por Sabina. Hacía años que no veía a su tía, pero David pudo comprobar que, a pesar del paso del tiempo, había conservado prácticamente intacta la belleza que tantos quebraderos de cabeza había dado a Sabina. Sin llegar a ser tan alta como su hermana, lo cierto era que el porte de Concha Elguea era también imponente. Era algo más joven que Sabina y, al igual que ella, le gustaba vestir de manera elegante y discreta. Incluso sus peinados tenían un corte muy similar. Sin embargo, había algo que las diferenciaba a ambas de manera clara. Concha Elguea poseía unos rasgos faciales agradables que invitaban a no dejar de mirarla y que conjugaban de manera armoniosa con el resto de sus características corporales. Era una mujer guapa y como tal había sido considerada toda su vida. Además, mientras Sabina poseía una expresión ceñuda la mayor parte del tiempo, a lo cual contribuía sin duda alguna su enorme nariz aguileña, la dulzura de cada uno de los pequeños gestos de la cara de Concha era cautivadora. A pesar de ello, David apreció que su tía había cambiado considerablemente su forma de vestir y arreglarse. Atrás quedaron aquellos vestidos de vivos colores que solía ponerse cuando era más joven y causaba estragos en los corazones de los vecinos de Lacaverna y que incluso siguió llevando durante los años que compartió con Alejandro Zuberoa, el padre de sus primos Adrián y Lucía. Era evidente que su estilo se había tornado mucho más conservador y ya nada quedaba de aquella alegría que denotaba su indumentaria en el pasado. Se preguntó si el hecho de que su tía fuera la ayudante del sacerdote de la parroquia de Lacaverna habría influido en ello. David detectó una mueca de preocupación en el rostro de la mujer.

—Tía, si me hubieras avisado habría arreglado la casa un poco. No me lo tengas en cuenta, sabes que siempre he sido un desastre —le dijo, mientras la invitaba a sentarse en la mesa de la cocina y cerraba la puerta.

—No te preocupes, *txiki*. He llamado a Adrián y me ha dicho a qué hora solías estar en casa —le dijo ella. Su tía siempre le había llamado con aquel cariñoso apelativo en euskera. *Txiki* significaba “pequeño”, lo recordaba perfectamente, pero ahora, con más de treinta años sobre sus espaldas, se sintió un poco ridículo al oírla referirse a él de aquella manera.

—Espero que no vengas a darme malas noticias, tu cara es un poema.

—Me temo que, por desgracia, así es.

—Dime por favor que eso que llamáis el don de la vigilia no se ha manifestado en ti también.

—No, por el momento no noto ningún síntoma especial más allá del insomnio este que no me deja dormir más de cuatro horas seguidas. Tengo que medicarme todas las noches.

—Me lo vas a decir a mí...

—La que está mal es Sabina, *txiki*, cada día que pasa la voy notando más y más debilitada. Tengo miedo de que en cualquier momento comiencen las alucinaciones.

—¿Qué quiere Sabina? —la interrumpió.

—¿Por qué dices eso?

—Venga, tía, dejémonos de rodeos. Llevo más de cuatro meses en Bilbao y hasta ahora no habías dado señales de vida. Ni siquiera cuando estuve en el hospital.

—Tienes razón, no tengo perdón de Dios. De todas formas, Adrián me ha mantenido informada durante todo este tiempo de tu estado de salud, no creas que no me he preocupado. Pero ya sabes que no puedo dejar mucho tiempo sola a Lucía.

—¿Qué tal está la prima?

—Bien, últimamente está algo mejor, aunque el psiquiatra dice que hay que mantenerla vigilada. Parece que la medicación esta vez sí le está funcionando.

—Me alegro, de verdad —contestó David. Su prima Lucía había padecido depresión desde que era una adolescente y aunque había tenido muy buenas épocas, de una forma u otra siempre terminaba recayendo. Él también había pasado por varios psiquiatras desde que había comenzado a sufrir los ataques de pánico y aquellas extrañas visiones, pero lo de su prima iba más allá. Era una mujer muy inteligente y atractiva, al igual que Concha, y siempre había congeniado con ella. Se alegraba de corazón de que las cosas le fueran un poco mejor.

Siguieron charlando durante un buen rato recordando tiempos pasados y los momentos de diversión compartidos por David y sus primos cuando él aún vivía en Lacaverna. Pero David sabía que Sabina había encargado a Concha alguna misión, estaba convencido, así que, tras varios intentos sin éxito, por fin pudo tirar de la lengua a su tía.

—Ha ocurrido algo horrible, *txiki*. No te has enterado, ¿verdad?

—No me he enterado ¿de qué?

—Se ha muerto Maite, la hija de la Nekane. La han encontrado muerta en Vitoria. El funeral es pasado mañana.

—Pero... ¿te estás refiriendo a la enfermera?

—La misma. Con lo joven que era...

—¿Qué le ha pasado? ¿Esa chica no era una de las que cuidaba a la abuela Véspero en la residencia?

—Sí. Sabina se encargó de que la congregación aceptase que ella fuera la que dispensara semanalmente los cuidados a tu abuela, y lo suyo le costó. No sabes lo testaruda que puede llegar a ser una monja cuando tratas de imponerle algo que va en contra de sus principios.

—Bueno, las monjas tienen su propia enfermera. Me parece normal que no les hiciera gracia la propuesta de Sabina. Pero, ¿qué le ha pasado?

—La han encontrado muerta en uno de esos parques enormes que rodean Vitoria, no me acuerdo ahora cómo se llama. He hablado con la hermana de Nekane y al parecer le ha pasado mientras corría. Un ataque al corazón o algo parecido. Pobrecilla. No es normal que pasen estas cosas.

—Pero un momento —la interrumpió David, pensando en lo que su tía acababa de decir —. ¿Maite no es la mujer de la que no dejan de hablar a todas horas en las noticias?

—¿Cómo? —Concha Elguea no sabía a qué se refería.

—Sí, hombre, sí. El asesino del *blog*. Debe haber algún tarado que se ha cargado a dos chicas en Vitoria, una en el belén de La Florida y otra en el humedal de Salburua y ha colgado las fotos de los crímenes en una *web*. Espera, que busco en Internet —dijo abriendo el explorador en su teléfono móvil—. Efectivamente, Maite Ortiz.

—Es ella —dijo Concha—. Dios mío, pobre Nekane. Que el Señor tenga en su gloria a esa pobre niña. Pero a mí nadie me ha hablado de un asesinato, se supone que había muerto de un ataque.

—La otra víctima se llama Elixabete García. Mira las fotos. Hay que reconocer que ese tío será un psicópata, pero tiene talento artístico.

—¿Cómo dices? —preguntó Concha sin dar crédito a lo que acababa de oír mientras observaba estupefacta las imágenes.

—Sí, la chica del belén de La Florida. Se llamaba Elixabete García. La mataron la noche de Reyes.

Concha recordó haber escuchado la noticia en la residencia de Vitoria, cuando visitó a Véspero el seis de enero. No podía creer que aquella muchacha que habían encontrado muerta fuese Elixabete García. Volvió a observar las fotografías que le estaba mostrando David en el móvil.

—Han sido ellos —dijo Concha—. Madre misericordiosa, tengo que llamar ahora mismo a Sabina. Se va a poner como una loca. ¿Dónde he metido el teléfono? Madre bondadosa, ten piedad de todos nosotros...

—¡Tía, basta! —le interrumpió David mientras le agarraba los brazos—. ¿Qué está pasando?

—¿Es que no sabes quién es Elixabete García? ¿Tanto tiempo hace que no estás en Lacaverna que ya no te acuerdas de tus amigos de la infancia?

—No te puedo creer. ¿Elixabete? ¿Estamos hablando de la misma Elixabete?

—Pues claro. Tengo que hablar ya con Sabina, las cosas se están precipitando. Que Dios nos dé amparo a todos cuando se haya cumplido la profecía.

—¿Me puedes explicar que tiene que ver todo esto con toda esa locura de la profecía?

Concha respiró hondo y se tranquilizó momentáneamente. —Tu tía se encargó de que la congregación de monjas aceptase que Elixabete García limpiara de vez en cuando la residencia donde vive Véspero, en Vitoria, ya sabes que no andaba muy bien de dinero. ¿Es que no te das cuenta?

—No me doy cuenta ¿de qué? —David seguía sin entender bien la conexión.

—*Txikitxo*, me estás decepcionando. Mira esas fotos que ha colgado el loco ese en Internet. ¿No hay nada que te llame la atención?

David las revisó con más atención. Concha Elguea le señaló las más relevantes. En concreto, aquellas en las que aparecían los ciervos, y sobre todo la fotografía de la estrella del belén colgada en lo alto sobre el círculo de las figuras que rodeaban la lavandera.

—¿Me estás queriendo decir que esto se trata de un mensaje oculto para nosotros?

—Creo que es evidente. ¿Quién iba a montar si no toda esa escenografía con la estrella y el círculo? Por no hablar de los ciervos. Que Dios nos acoja a todos en su seno.

—¿Pero qué tienen que ver Elixabete y Maite con todo esto? Ellas no forman parte de la familia.

—No me digas cómo, pero han averiguado que Sabina tenía relación con ellas y que tarde o temprano iba a captar el mensaje. Son unos cobardes, han ido a por esas pobres chicas porque saben que con nosotros lo tienen más difícil.

—¿Pero por qué matarlas? ¿Qué consiguen con ello?

—¿En serio me lo estás preguntando, David? Primero asustarnos y demostrar fuerza. Y en segundo lugar, decirnos a la cara que están dispuestos a todo para conseguirla.

—¿Para conseguir el qué? ¿Quieres por favor hablar claro de una vez?

—No sé si decirlo en voz alta, para que la amiguita que tienes escondida en el dormitorio nos oiga. No creo que sea lo más oportuno. Te crees que soy tonta si no me he dado cuenta de que estabas con alguien cuando he llegado. Has cerrado la puerta de la cocina mientras hablábamos.

—Estás mal de la cabeza, tía. La he cerrado sin darme cuenta.

—Anda, quita, que tengo que volver cuanto antes a Lacaverna —dijo Concha mientras se dirigía a la puerta de entrada—. Y lávate bien la cara, la tienes llena de pintalabios.

David se dio cuenta de que no tenía excusa para aquello, así que decidió callar. Justo cuando su tía salía al rellano, la retuvo durante unos segundos y volvió a lanzar la pregunta.

—¿Qué es lo que quieren conseguir, tía?

—La llave, David, la llave —dijo Concha mientras se alejaba escaleras abajo.

David se quedó en el descansillo un par de minutos mientras analizaba las palabras de la tía Concha. Regresó al dormitorio esperando que ella no hubiese escuchado nada. Al abrir la puerta, se la encontró medio dormida.

—¿Quién era esa mujer, David?

—Nada, la presidenta de la comunidad, contándome un lío que tenemos montado con el vecino del cuarto.

—Me voy a levantar ya, no quiero llegar tarde a casa. Pierre se puede mosquear.

David se sentó sobre la cama mientras observaba a Alicia Rández volver a ponerse encima la ropa que minutos atrás él mismo le había arrancado. Acostarse de vez en cuando con la pareja sentimental del Director Pierre Gutiérrez no era la mejor de las ideas si uno quería mantener su puesto de trabajo. Sin embargo, aquel era el menor de sus problemas. No dejaba de pensar en las últimas palabras que había cruzado con la tía Concha. Si ella tenía razón, los Bechs habían dado un paso al frente y habían lanzado el primer ataque. Se preguntó cuánto tiempo tardaría Sabina Elguea en responderles.

El tono de voz de Betrys Wellington denotaba que no estaba a gusto manteniendo aquella conversación con su hija. La venta de Sunny House se estaba retrasando por motivos burocráticos y estaba de mal humor. Escuchar a su hija era lo que menos le apetecía en aquel momento. No quería volverla a oír rogarle que no vendiera la mansión de Holyhead.

—Mamá, aunque me haga daño conocer la respuesta, necesito saberlo. ¿De quién fue la idea de mandarme a Burgos cuando era adolescente en aquellos intercambios?

—Fue idea de tu abuela Mary Anne. Te lo he contado mil veces. De pequeña quisieron secuestrarte varias veces debido a la fortuna de tus abuelos y, al final, tu abuela decidió enviarte los veranos a Burgos, para mantenerte alejada. Afortunadamente, aquella pesadilla terminó hace mucho tiempo.

—Pero... ¿por qué tan lejos?

—No sé, tú abuela estuvo mirando varios sitios con los que tu escuela hacía intercambios y terminó eligiendo ese. ¿A qué viene tanta preguntita de repente sobre este tema?

—Nada, siempre he pensado que había sido idea tuya y de papá, para mantenerme lejos el mayor tiempo posible.

—No digas tonterías.

—Otra cosa. Te acabo de enviar una foto por el móvil, es de un señor que aparecía en uno de los álbumes que tenía la abuela en Sunny House. ¿Tú sabes quién es?

El silencio se adueñó de Betrys. Anne supuso que su madre estaba mirando la fotografía del profesor O'Connor.

—Es un amigo de tu abuela. James creo que se llamaba. No sé si seguirá vivo, tiene que ser muy mayor ya.

—¿Un amigo?

—Sí, un amigo, aunque muchos trataron de ver en él a alguien más cercano, no sé si me entiendes.

—¿Un amante de la abuela? —Anne no salía de su asombro.

—No sé, hija, tu abuela jamás me lo confirmó. Pero era lo que se rumoreaba en aquella época. La acompañó en muchos de los viajes que hizo alrededor del mundo. Ya sabes que a tu abuelo no le gustaba salir de Holyhead. Y, sinceramente, creo que ella se buscó un sustituto.

—¿Pero por qué yo jamás me he enterado de esto?

—Tú abuela murió hace años y ya no volvimos a saber nada de James. Es normal que nunca nos hayas oído hablar de él.

Habló con ella durante un cuarto de hora más preguntándole más cosas acerca del hombre al que ella conocía simplemente como James, pero no consiguió arrancarle mucho más. Anne sabía

que el profesor O'Connor seguía dando clases en la universidad, así que le dejó un mensaje a la secretaria de la facultad diciéndole que Anne Wellington quería hablar con él por un tema de un artículo sobre el euskera que estaba preparando para una revista especializada. Esperaba que el profesor picara el anzuelo y le devolviera la llamada.

Se encontró a Jon esperándola en la puerta del registro de la propiedad de Laguardia, tal y como habían quedado antes de que ella se alejara de él para llamar a su madre. Al entrar, se topó con la misma empleada a la que había defendido delante del tirano de su jefe la última vez que había visitado la villa. Ella la reconoció y enseguida aceptó ayudarles, haciéndoles prometer a Jon y a ella que no dijeran nada, ya que si no se podía ver metida en un apuro.

—Véspero Aizaga Armentia, aquí está —dijo mientras buscaba la información en la base de datos de su ordenador—. Viuda de Francisco Elguea Leiva y Zubia. Esta señora es propietaria de un inmueble en Páganos, muy cerquita de aquí. Es una casona. Unas monjas tienen una residencia montada allí. Y luego... me aparece que es la dueña de una casa aquí, en Laguardia, en la calle Mayor. Las dos heredadas de su padre Ezequiel Aizaga.

—¿Conoces a ese hombre, Ezequiel Aizaga?

—No me suena de nada, pero espera que le pregunto a mi compañera, que está dentro ordenando unos expedientes —dijo mientras se dirigía a una habitación interior.

Anne y Jon se miraron impacientes. Anne trataba de no mostrar su nerviosismo delante de él. En aquella investigación ella jugaba con ventaja, sabía quiénes eran aquellas personas que para Jon eran unas absolutas desconocidas.

—Mi compañera dice que mejor no juguéis con fuego —les dijo cuando regresó.

—¿Y eso?

—Nada, cosas tuyas. Dice que ese hombre era un curandero bastante conocido que murió hace ya muchos años, y al que algunos acusaron de practicar una medicina demasiado alternativa —se rió.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jon.

—Nada, cosas de la gente mayor de los pueblos. Habladurías. Antes, cuando la gente no entendía algo, enseguida lo achacaba al diablo.

Jon y Anne se despidieron de ella agradeciéndole lo amable que había sido con ellos y le dijeron que estuviese tranquila, no le iban a decir a nadie que les había facilitado aquella información. Siguiendo las instrucciones de la joven, dejaron atrás la iglesia de San Juan y se internaron por la calle Mayor en busca de la casa que había pertenecido a Ezequiel Aizaga. No les resultó difícil encontrarla. Cuando la tuvieron delante, no pudieron más que contemplar anonadados la fachada principal, donde un antiguo y hermoso adorno de piedra parecía anunciar, como si se tratara de un moderno letrero luminoso de neón, que, efectivamente, se encontraban ante el edificio correcto. Anne miró a Jon y le cogió de la mano mientras notaba los primeros síntomas de un desvanecimiento, probablemente provocado por la terrible desazón que sentía en el estómago. Él la agarró con fuerza y la apretó contra su pecho, presintiendo que no se encontraba bien. Anne notó cómo el corazón de Jon palpitaba con una cadencia más rápida de lo normal, seguramente animado por la emoción que en esos momentos estaba sintiendo. Anne se acordó de

la bisabuela de Edurne Martín, con la que habían hablado del Demonio Azul en Yécora. Sonrió pensando en la enigmática respuesta de la anciana cuando Anne le había preguntado dónde vivía “el brujo de Laguardia”.

“*Detrás de la estrella*”. Aquel curandero, el brujo de Laguardia vivía, o había vivido, en Laguardia, tal y como había insistido la anciana y, efectivamente, detrás de la estrella. Literalmente. Anne observó entusiasmada el ornamento pétreo incrustado en la fachada de la casa, incapaz de escapar de su hechizo. Justo encima del arco de medio punto que en la actualidad enmarcaba una de las enormes ventanas de la tienda ubicada en la parte baja del edificio, una preciosa estrella de ocho puntas se mostraba orgullosa ante los ojos de los viandantes. Estaba encerrada dentro de un círculo y flanqueada a izquierda y derecha por las figuras de dos animales. Uno de ellos le recordó mucho al caballo adosado a la escultura del Demonio Azul. Anne y Jon cruzaron las miradas buscando una respuesta el uno en el otro, algo que explicara la presencia continua de aquel símbolo ancestral que parecía perseguirles a todas partes. Pero no la encontraron. En su lugar, hallaron complicidad y la sensación de estar siendo testigos de algo extraordinario.

El profesor James O'Connor la saludó de un modo extremadamente cortés, y con un marcado acento británico que hizo que Anne anhelara en ese momento estar junto a él, a más de mil cuatrocientos kilómetros de donde se encontraba ahora mismo, asistiendo a una de las inspiradoras clases del viejo docente. Al principio, había habido alguna pequeña interrupción en la transmisión, pero ahora veía de manera nítida al hombre que, para su sorpresa, había decidido realizar una videollamada para hablar con ella desde lo que parecía su teléfono móvil personal. Lo encontró más mayor, como si hubiera envejecido diez años desde que lo había visto por última vez, cuando realmente no había pasado tanto tiempo.

—Me sorprende que tu madre haya reconocido mi amistad con tu abuela Mary Anne. En su momento, hizo todo lo que pudo para separarnos.

—Así que es verdad... Pero sigo sin entender una cosa. ¿Me puede explicar que hacía usted en Burgos hace catorce años sacándome fotos? Creo que conoce muy bien la ciudad.

—¿Cómo te has enterado tú de eso? —el profesor no parecía amedrentado ante la pregunta. Al contrario, Anne percibió cierto alivio en el tono de su voz.

—Da igual cómo me he enterado. ¿Qué hacía usted allí?

El hombre guardó silencio durante unos segundos mientras se ajustaba la corbata. La piel de su rostro destilaba gotas de melancolía, como si el recuerdo del pasado le hiciera añorar tiempos mejores.

—Siempre he estado a tu lado, Anne, aunque tú no te hayas dado cuenta. He procurado ser lo más discreto posible para no intervenir en tu vida más allá de lo que era estrictamente necesario y creo, sinceramente, que lo he hecho muy bien. Tu abuela, mi querida Mary Anne, me encargó que así lo hiciera, y he cumplido mi cometido.

—¿Qué cometido? —Anne empezaba a impacientarse.

—Tu abuela supo que iba a morir mucho antes de que ocurriera, y me encargó cuidar de ti hasta comprobar que te podías valer por ti misma y defenderte en la vida.

—¿Por cuidar de mí se refiere usted a seguir cada paso que yo daba y sacarme mil fotografías sin mi permiso?

—Era parte de la misión, todo tenía que estar perfectamente documentado. Tenía que ser así.

—¿Sabe lo que creo? Que ya no me creo a nadie. Empiezo a dudar hasta de la abuela, y eso no me gusta nada. ¿Por qué tenía que estar todo documentado?

—No puedo darte todas las respuestas que buscas, no te gustaría conocer toda la verdad, Anne. Pero créeme que he hecho todo lo posible para protegerte y veo que tú también has hecho lo mismo —le dijo llevándose la mano al cuello y simulando coger entre sus dedos un collar invisible. Anne entendió el gesto. El profesor se estaba refiriendo al colgante que ella había encontrado en el Reino de las Ánimas y que en ese momento llevaba puesto. —Sí, ese hermoso

abalorio era de tu abuela. Siempre lo llevaba encima, decía que la protegía. Yo no la creía, pero al final resultó ser verdad. El día que murió no lo llevaba puesto. Así que si tú lo llevas ahora será porque ella así lo ha querido también. Y puedes estar segura de que te protegerá.

—Me protegerá ¿de qué?

—De todo aquel que quiera hacerte daño. Cuando llegue el momento, lo sabrás.

—Cuando le he dejado el mensaje para que me devolviera la llamada, usted ya sabía que yo estaba aquí ahora, en el País Vasco, ¿verdad?

—Sí, querida, claro que lo sabía. Pero puedes estar tranquila. No he podido seguirte hasta allí. Estoy ya mayor y algo cansado. Pero me alegra comprobar que mis años dedicados a cuidar de ti y a instruirte han dado su fruto.

—Profesor, tengo que hacerle una pregunta. Me siento ridícula por lo estúpida que va a parecerle pero no me puedo quedar con esta duda. Después de lo que me ha contado, supongo que no fue casual que usted me diera clases en la universidad e incentivara aún más si cabe mi pasión por los idiomas, ¿no?

—Bueno, de eso creo que no soy el único responsable. Creo recordar que tu abuela ya te inculcó el gusto por las lenguas del mundo desde muy pequeña.

—Sí. De hecho fue ella la que de alguna manera me educó en el amor sobre todo por las lenguas minoritarias. Fue ella la que me ayudó a comprender la belleza y el alma de todos los libros que iba recopilando en sus viajes y de las palabras contenidas en ellos. Yo era muy pequeña para entenderlo todo, pero supongo que algo de todo aquello se me debió de quedar en la cabeza para acabar eligiendo la carrera de filología.

—Cuando vi que te habías matriculado en la universidad, no me fue difícil pedir un traslado a tu campus. Los años hacen que uno tenga amigos en todas partes. Necesitaba estar cerca de ti y prepararte.

—Prepararme ¿para qué?

—Para lo que está por venir. Cuando llegue el momento lo sabrás. Hasta entonces, ¿para qué dar vueltas a las cosas?

Anne observó detenidamente cada uno de los gestos faciales del profesor. Desde luego, si lo que decía era verdad, era admirable que hubiera sacrificado media vida para cumplir aquel cometido que le había encargado la abuela Mary Anne.

—Fue usted quien cultivó y mantuvo con vida las rosas del jardín de Sunny House, ¿verdad?

—Tu abuela solía decir que tú habías nacido bajo el influjo de una estrella, y ahora entiendo a qué se refería. Estaría orgullosa si viera la mujer fuerte e inteligente en la que te has convertido. Sí, yo he cultivado esas rosas todos estos años. Qué menos podía hacer por Mary Anne, las rosas rojas siempre fueron sus flores favoritas.

—Disculpe, profesor, me está entrando otra llamada y tengo que atenderla —lo interrumpió Anne mientras un mensaje en su teléfono móvil indicaba que era su amiga Jessica quien trataba de comunicarse con ella.

—No te preocupes, querida. Cualquier cosa, insisto, cualquier cosa o consejo que necesites, aquí me tendrás dispuesto a ayudarte en lo que pueda.

—Así lo haré, profesor —le dijo Anne mientras él se despedía haciendo un gesto con la mano.

—Hola Jessica —dijo Anne saludando a su amiga.

—He visto tu mensaje hace dos minutos. ¿Cómo has conseguido esa foto? —preguntó. Anne le había mandado la instantánea gracias a la cual había descubierto que el profesor O'Connor era quien la había fotografiado durante una de sus estancias estivales en Burgos, y también le había enviado el retrato oficial del profesor que aparecía en la orla de la facultad. Quería saber si ella también opinaba que en ambos casos se trataba del mismo hombre.

—Es una larga historia ...

—Ese tío es el asesino de Júpiter —dijo Jessica.

—¿Cómo?

—Ese hombre estuvo merodeando por mi bloque de apartamentos días antes de la muerte de Júpiter. En cuanto he visto las fotos le he reconocido, aunque en realidad está un poco más envejecido que en esa foto de la orla. He preguntado a los vecinos a ver si también les sonaba y Mrs. White, la vecina del segundo, me ha dicho que ese hombre le preguntó un día en el portal si en el edificio vivía una joven con un *border collie*.

—¿Estás segura, Jessica? Esa afirmación es muy grave.

—Te estoy diciendo que es él. Lo vi en el parque varias veces cuando sacaba a Júpiter a pasear. Ese enorme lunar en la barbilla es inconfundible. Te digo que ese tío nos estuvo siguiendo a Júpiter y a mí días antes de que lo envenenaran. El muy cabrón debió de aprovechar aquella mañana que se me escapó de casa para hacerlo. Si quieres voy ahora mismo a la poli y le denuncio.

—No, estate tranquila, no lo sabemos con seguridad. Además no tenemos ninguna prueba de que fue él quien lo mató.

—Tú piensa lo que quieras, pero yo te digo que es él.

Anne estaba de acuerdo con la afirmación de su amiga, pero no quería preocuparla. Se preguntó si había sido buena idea mandar aquellas fotografías a Jessica. Optó por cambiar de tema para distraer su atención.

—¿Qué tal con Stuart?

—Otro cabrón. Me la ha pegado a la primera de cambio. Le he dado puerta. Sin más. Es mi destino. Está visto que estoy mucho mejor sola.

Jessica le explicó detalladamente cómo se había enterado de que Stuart le había sido infiel, pero Anne apenas la escuchaba. No dejaba de imaginar al profesor O'Connor dándole alguna golosina envenenada a Júpiter, y se le estaba revolviendo el estómago. Tuvo que sentarse en un banco hasta que pudo recomponerse lo suficiente como para hacer un par de preguntas más de cortesía y colgarle a Jessica sin que ésta se sintiera defraudada otra vez por no hacerle caso. La ira cegaba sus sentidos, incapaz de comprender cómo el profesor O'Connor había sido capaz de haberle hecho aquella monstruosidad a un ser indefenso y noble como su perro Júpiter. De repente, la imagen de Begoña Argenta, la Mayor de la Fundación Petunia, acudió a su memoria, y recordó aquellas palabras que la jardinera le había dicho el día que la conoció, en aquella cafetería del casco viejo de Bilbao, mientras la entrevistaba para entrar a formar parte de la organización. Aún podía escuchar la voz de Begoña, que en aquella ocasión le había parecido amigable y cordial. *“Hace muchos años yo estuve viviendo en Gales”*. Recordaba perfectamente

que la jardinera se había quedado callada unos instantes tras acabar de pronunciar esas palabras, como si se estuviera acordando de algo importante que, en aquel momento, Anne no supo cómo interpretar. ¿Qué pintaba Begoña Argenta en Gales? ¿Cabía la posibilidad de que hubiera conocido a la abuela Mary Anne? ¿Por qué el profesor O'Connor había envenenado a Júpiter? La cabeza estaba a punto de estallarle. Por primera vez en su vida la imagen idealizada que se había ido construyendo de la abuela Mary Anne se le estaba desmoronando, y ya no sabía qué pensar. Un pensamiento espeluznante interrumpió sus cavilaciones. La abuela Mary Anne podía haber pertenecido a la Fundación Petunia. Puede que incluso el profesor O'Connor aún fuese jardinero.

Sintió que la vista se le nublaba y los primeros síntomas de un desvanecimiento, pero logró recuperar el control. Tardó casi diez minutos en ser consciente de que estaba sentada en un banco en la plaza del Gaitero, en Laguardia, muy cerca de la Iglesia de Santa María de los Reyes.

El autor de la explosión en el invernadero de las Torres Isozaki se sentía el hombre más orgulloso del mundo. Había sido capaz de poner contra las cuerdas a la mismísima Fundación Petunia y eso no era tarea fácil. Sus semillas sembraban muchos de los rincones del planeta y uno nunca sabía cuándo iba a toparse sin querer con una de ellas. Pero había funcionado. Y de qué manera. Sonrió mientras imaginaba las caras de desesperación de los líderes de la organización sin saber muy bien cómo reaccionar ante lo que había sucedido. Uno de sus invernaderos volado por los aires. Todos sus sistemas de seguridad habían fracasado estrepitosamente. Desde luego se merecía pasar a los anales de la historia por haber borrado de la faz de la tierra una de las sedes de la Fundación y haber salido indemne. Al menos de momento. Sabía que no podía descuidarse, cualquier paso en falso, cualquier pequeño error podía hacer que terminaran localizándolo. Tenía que evitarlo a toda costa, de lo contrario su plan se iría al traste y no podría cumplir su siguiente objetivo.

Se paseó por la habitación recordando todo lo que había conseguido. Pensó en cuál sería el mejor momento para ejecutar la siguiente fase. Tenía que conseguir causar el mayor daño posible. Sí, el ataque al invernadero de las Torres Isozaki había estado bien, y había conseguido debilitar a la organización, pero no era suficiente. Si quería asestar el golpe final, no bastaba con andar jugando con fuegos de artificio. Sabía que lo tenía difícil; la Fundación había resistido al paso del tiempo pese a las muchas amenazas que habían intentado acabar con ella. En el pasado habían tenido lugar acontecimientos muy graves que a punto habían estado de hacerla desaparecer para siempre pero, al final, de un modo u otro, siempre había conseguido salir adelante. Ni siquiera el último gran barbecho, que había durado varios años, había conseguido acabar con ella. Él iba a ser quien lo conseguiría. Nada se iba a interponer esta vez. Una vez juró que lo haría y no pensaba traicionar aquella promesa. Se lo debía a ella. La Fundación pagaría por todo el sufrimiento causado. No se trataba de un mero ajuste de cuentas. En su misión, había cierto cariz espiritual que le animaba y le daba fuerzas para continuar hasta el final. Sabía que lo lograría. Esperaba que no se derramara más sangre de inocentes, pero aquella organización, tal y como era ahora, tenía que terminar. En este caso, el fin justificaba cualquier medio. Sentía sobre sus espaldas el aliento de todos los que lo habían intentado antes, y no podía fallarles.

La noticia era la comidilla de todos los habitantes de La Pecera. Desde primera hora de la tarde alguien se había ido de la lengua y ahora nadie podía detener aquel torrente irrefrenable de compulsión cotilla y regocijo inconmensurable. Quien más quien menos tenía una cuenta pendiente con él, así que no era de extrañar que la mayoría de los empleados de Artechnia se alegrasen, aunque no quisieran reconocerlo públicamente, del accidente que había sufrido William Dik esa misma mañana, cuando había salido de su casa para dirigirse a la oficina.

Alicia Rández era quien se lo había contado a David. Lo había encontrado en la cafetería, acompañado por Javier Ballesteros, hablando del viaje que su departamento estaba preparando para la presentación de la Safety Cam 3 en Holanda. Procuró no parecer demasiado entusiasmada con la noticia.

—Esto que no salga de aquí —le dijo Alicia después de que Javier abandonara la cafetería para regresar a su puesto de trabajo—. ¿Qué quieres, la versión oficial o la de verdad?

—La oficial ya la sé. Le ha debido de atropellar un coche, ¿no?

—Suena creíble, ¿verdad? Así se puede justificar su ausencia de Artechnia durante los días que dure su recuperación. Pero me temo que la cosa ha sido un poquito más escabrosa.

—Venga, suéltalo de una vez.

—Lo han apuñalado cuando salía de su maravilloso chalé. Parece que se trata de un atraco, porque se han llevado su maletín con el portátil, el reloj de oro y la cartera. Pierre dice que el botín puede sumar en total los cinco o seis mil euros. Él se ha enterado porque se lo ha dicho la mismísima Presidenta, que ha volado a Bilbao en cuanto se ha enterado.

—¿En qué hospital está?

—No lo sé. Supongo que lo habrán llevado a Cruces, aunque en cuanto les sea posible lo trasladarán a alguna clínica privada. Dudo mucho que nuestro William Dik soporte compartir hospital con la plebe.

—¿Y ha sido muy grave?

—A la asistenta que lo ha encontrado le ha debido de dar un ataque de ansiedad, supongo que habría sangre por todas partes. Pero ha tenido suerte. A pesar de lo aparatoso de las heridas, no han dañado ningún órgano vital. Su vida no corre peligro. Dice Pierre que jamás había visto a Suzanne Bechs tan asustada, que debía de estar destrozada.

—¿Pero Pierre sabe que William Dik es el sobrino de la Presidenta?

—Sí, me lo ha confesado cuando le he preguntado que quién era William Dik para que Suzanne Bechs se plantase en Bilbao para visitarle en el hospital. Me ha hecho prometer que no se lo diría a nadie. Si él supiera...

—Supongo que una casa como esa tendría sistema de videovigilancia.

—Es lo primero que le he preguntado a Pierre, pero no me ha dicho nada, supongo que es demasiado pronto para que se hayan puesto a analizar las cámaras.

David guardó silencio mientras Alicia terminaba de contarle todos los detalles del atraco. Cinco puñaladas. ¿Qué sentido tenía asestar tantas cuchilladas para perpetrar el robo? La cantidad robada, desde luego, no era nada desdeñable, pero le pareció excesivo el ensañamiento del atracador. Había algo que no le cuadraba del todo. La sospecha de que, si era verdad lo que le había contado la tía Concha en relación con los asesinatos de Elixabete García y Maite Ortiz, ya habían comenzado las escaramuzas previas a la gran batalla entre su familia y los Bechs, le hizo pensar irremediabilmente en Sabina Elguea. ¿Habría sido capaz Sabina de atacar de aquella manera a William Dik para demostrar su fuerza a los Bechs? No la creía capaz de encargar algo tan horrible, pero que el apuñalamiento del indeseable de William Dik hubiera ocurrido justo después de la visita de la tía Concha a Bilbao, le hizo temerse lo peor.

Sentada en la cama de aquel pequeño hotel situado muy cerca de la iglesia de San Andrés de la villa de Elciego, a escasos diez minutos en coche desde Laguardia, Anne trataba de no volverse loca con la idea de que Mary Anne Merrick, la persona a la que más había querido durante su infancia, su querida abuela, fuera una de las jardineras de la Fundación Petunia en el Reino Unido. No quería creer que pudiera haber pertenecido a aquella siniestra organización. Su abuela era bondadosa y caritativa, nada que ver con el alma de aquella fundación oscurantista y, en cierto modo, peligrosa. Miró el despertador que había en una de las mesillas. Las cuatro y cuarto de la madrugada. Jon seguía sin volver. Empezó a impacientarse, no era normal que tardase tanto. Habían ocupado dos habitaciones contiguas en aquel hostel; aún seguían manteniendo aquel distanciamiento impuesto por ella, para disgusto de Jon, quien, sin embargo, había respetado en todo momento su decisión. Se preguntó si tal vez él ya había regresado y ella no le había oído entrar. Se había quedado adormecida en algún momento, pero se habría enterado de su llegada. Tras descubrir la ubicación de la casa de Ezequiel Aizaga, el brujo de Laguardia, habían entrado a preguntar en la tienda que ocupaba los bajos de la vivienda, pero la dependienta se había negado a responderles. Ella no era quién para decirle a nadie si aquella casa había pertenecido a la familia Aizaga y si quedaba algún pariente cercano en Laguardia. Así que, a pesar de haber obtenido un indicio más que evidente de que ahí había vivido Ezequiel Aizaga, con aquella majestuosa estrella presidiendo la fachada, habían tenido que desistir de su intento de localizar a algún familiar del supuesto brujo. De momento, su reencuentro con Sabina, la tía de David, había quedado postergado.

Anne había estado a punto de contarle todo a Jon, ella conocía perfectamente quiénes eran los parientes de Ezequiel Aizaga y no vivían precisamente en Laguardia, sino en Lacaverna, no muy lejos de allí. Pero no había tenido valor. Tenía pánico de que Jon descubriese que le había estado ocultando todo aquello y que se decidiese a actuar por su cuenta. Además, no quería poner en peligro a David. Bastante difícil era la situación para David y su familia si lo que había deducido acerca de los asesinatos de Elixabete García y Maite Ortiz era verdad. Alguien había cometido aquellos asesinatos para amenazarles. Además, tenía que reconocerlo, empezaba a estar asustada de verdad con toda aquella historia. El Demonio Azul, el brujo de Laguardia, aquel símbolo estrellado que encontraba por todas partes y que tanto se parecía al pentáculo utilizado en muchos ritos ocultistas. Incluso la imagen de Sabina danzando desnuda a la luz de la luna en mitad de aquel viñedo ahora se le antojaba casi demoníaca.

¿Qué sería aquello de lo que el collar de la abuela Mary Anne la protegería llegado el momento, tal y como le había asegurado el profesor O'Connor? La abuela se lo había hecho aprender de memoria cuando ella era una niña; aquel colgante y el resto de objetos que había escondido en el Reino de las Ánimas los había reunido para proteger a Anne. Siempre que tuviera miedo debía volver a buscarlos a Sunny House. Nunca se había considerado supersticiosa, pero en esos momentos, en plena madrugada y sola en aquella habitación de hotel, sintió que formaba parte de una trama que le ponía los pelos de punta y que ella no había elegido. Por si acaso, decidió dejarse puesto aquel collar.

Se levantó y salió al pasillo. No se oía nada, ni siquiera un lejano ronquido. Probablemente Jon y ella eran los únicos huéspedes esa noche. Llegó hasta la puerta de la habitación de Jon y escuchó en silencio, con intención de dilucidar si el jardinero había vuelto o no. Metió la llave en la cerradura rezando para que el jardinero no se encontrara dentro. Jon se había dejado el petate que llevaba a todas partes, con la llave y su documentación personal dentro, en la habitación de Anne cuando había acudido a despedirse de ella hacía ya casi cinco horas. Cuando volviese, el jardinero no tendría más remedio que llamar a la dueña del establecimiento para pedir una nueva. Anne entró con sigilo y comprobó que la cama estaba vacía, pero no se atrevió a encender la luz. En su lugar, se sirvió de la pantalla luminiscente de su móvil para alumbrarse. Necesitaba volver a ver la libreta del profesor Koldo de Andrés gracias a la cual habían encontrado la pista de Véspero Aizaga que la relacionaba con la residencia de Páganos. Tal vez se les había escapado algo.

La maleta de Jon estaba abierta de par en par, en el suelo. Metió la mano entre la ropa hasta que dio con algo duro que extrajo despacio, con cuidado de no desordenar la ropa del jardinero. Al iluminarlo con la luz del móvil, se dio cuenta de que se trataba de una carpeta. Sin pensárselo dos veces, se acomodó como pudo en el suelo y la abrió. Cuando vio las fotografías se temió lo peor. ¿Qué hacía Jon con todas aquellas fotos de aquella chica? Las apartó a un lado y volvió a abrir la carpeta. Era una especie de dossier con viejos mapas y una serie de documentos a cada cual más extraño, algunos de ellos escritos a máquina y otros a mano. Era curioso porque en algunos casos el color amarillento de los folios daba a entender que eran muy antiguos, pero, en otros casos, se notaba que no habían sido impresos hacía mucho tiempo. Al cabo de un rato, cuando más absorta se encontraba leyéndolos y tratando de interpretar su contenido, una sombra hizo acto de presencia bajo el marco de la puerta de la habitación.

—¿Qué te crees que estás haciendo?

El corazón de Anne estuvo a punto de pararse en seco. No había oído llegar a Jon. Lo observó con detenimiento antes de contestar. En la oscuridad, su silueta se camuflaba con el contorno del resto de elementos de la habitación. Aquella visión de Jon confundiendo con la penumbra que lo envolvía todo le hizo darse cuenta de que, en realidad, no le conocía tan bien como había pensado.

—Déjame preguntarte mejor a mí primero, Jon. ¿Me puedes explicar qué significan todos estos papeles?

—Me parece increíble que hayas entrado aquí sin mi permiso y encima te permitas el lujo de adoptar ese tono.

—¿Me vas a responder o prefieres que me vaya? Piénsalo bien, porque si cruzo esa puerta te prometo que no me vuelves a ver en la vida.

Jon pareció pensárselo. Anne se levantó con intención de dar por finiquitada aquella aventura compartida pero, en el último momento, él la retuvo agarrándola del brazo y la hizo volver a sentarse.

—No es lo que piensas.

—¿El qué, que eres un farsante o, peor aún, que profesas cierta ideología... cómo decirlo sin que suene exagerado... “nazi”? ¿Te gusta esa palabra? ¿Estás a gusto con ella? ¿Te define bien?

¿O prefieres mejor “fascista”?

—Anne, en serio, estás totalmente equivocada.

—Todos esos informes que tienes bien guardaditos en esa carpeta me lo han dejado bien claro. ¿Así que para eso estás tú en la Fundación? ¿Para hacer realidad tu gran sueño nazi?

—Deja de repetir esa palabra, me están dando arcadas cada vez que te oigo decirla. Me parece alucinante que creas que pienso de esa manera. ¿Te vas a calmar y me vas a dejar hablar de una vez?

—¿Por dónde prefieres empezar? Creo que lo más sensato es que me expliques todos esos documentos cronológicamente, aunque igual se nos hace de día, teniendo en cuenta que te tendrías que remontar a la Alemania de Hitler. Aunque quizás me apetece más que me cuentes mejor todos esos viajes que esa gente con la que te identificas ha hecho a lo largo de los años buscando esa cosa. O tal vez lo mejor sea que me expliques qué hacen ahí todas esas fotos de Eburne Martín, la chica de Lacaverna. Ni el mejor de los acosadores hubiera hecho un reportaje fotográfico tan detallado de esa pobre chica. Ahora me dirás que no las has sacado tú.

—¿Todo eso no es mío, joder! Bueno, salvo las fotos de Eburne Martín, lo confieso. Todo lo demás, todos y cada uno de esos documentos, fotografías, recortes de periódicos, informes... todo, pertenece a nuestro hombre misterioso Koldo de Andrés.

Anne se quedó perpleja al escuchar aquellas palabras. ¿Debía creerle? Decidió dejarle hablar.

—¿Del profesor Koldo de Andrés?

—Te mentí, ¿vale? Cuando estuve en la biblioteca de la Fundación, en la sala a la que tú tienes prohibido el paso, efectivamente encontré el expediente del profesor De Andrés, pero no estaba vacío, joder. Te mentí. Creo que es obvio por qué lo hice.

—¿Por qué Jon?

—Para protegerte. No sabes nada de la Fundación Petunia. Anne, te crees que somos una secta, una mafia, pero no tienes ni idea. Todo es mucho más complicado de lo que te puedas llegar a imaginar. Como te he dicho mil veces, la Fundación tiene muchos enemigos repartidos por todas partes. No sé si el profesor Koldo de Andrés es uno de esos enemigos, sinceramente creo que no. No se me ocurre la razón por la cual la Fundación tendría ese expediente con toda esta documentación a la vista de cualquier jardinero que entrara en la Sala Cero.

—¿La Sala Cero? ¿Así llamáis a esa habitación del sótano de la biblioteca?

—Sí, algunos la llamamos así. Tengo el presentimiento de que Koldo de Andrés ha ido recopilando toda esa información a lo largo de los años, pero lo ha hecho porque así se lo ha encargado la Fundación. Y que todo esto está relacionado con ese extraño símbolo, la estrella de ocho puntas dentro del círculo, con el mensaje que ocultaba el Códice 60 y con esa mujer, Véspero, la hija del brujo de Laguardia. He intentado contactar con Begoña Argenta, pero es imposible. Es como si todos los malditos jardineros de este planeta se hubieran escondido bajo tierra.

Anne se quedó callada unos segundos, dándole vueltas a lo que acababa de leer en alguno de los informes. ¿Debía confiar en que lo que le había contado Jon era verdad?

—Esa cosa a la que se refieren esos documentos ¿en serio fue ansiada y buscada por los nazis en la época de Hitler?

—Sí. La Sociedad para la Investigación y Enseñanza sobre la Herencia Ancestral Alemana, también conocida como “La Ahnenerbe”, fue una sección ocultista de las SS, la organización militar y policial de la Alemania nazi. Fue una secta que se dedicó, entre otras cosas, a buscar objetos de poder por todo el mundo para dominarlo y someterlo. Buscaron el Santo Grial en Francia y en Montserrat, la Lanza del Destino en Viena, el Arca de la Alianza en Toledo... en fin, la lista es interminable. Bueno, el caso es que, por lo que parece, parte del trabajo del profesor Koldo de Andrés en la Fundación Petunia consiste o ha consistido en seguir la pista nazi de esa cosa, como tú la llamas. O más bien, averiguar hasta qué punto los nazis fueron conscientes del significado verdadero de ese objeto, hasta qué punto indagaron lo que había detrás.

—¿Y qué hay detrás?

—No lo sé, tengo varias teorías, pero si te soy sincero, en realidad no tengo ni la más remota idea. Solo sé que la Fundación está implicada en este asunto y no tengo muy claro de qué parte está.

—Pero... ¿qué tiene que ver esa cosa con la estrella dentro del círculo y con todo lo demás? — preguntó Anne sabiendo perfectamente cuál iba a ser la respuesta del jardinero.

—Creo que está claro. Si esa sección de las SS estuvo por aquí buscando esa cosa, algún indicio tendrían de que este era el lugar donde podía encontrarse escondida. Los informes son claros, fueron varias las visitas que hicieron a diferentes pueblos del sur de Álava y de La Rioja. Estoy convencido de que el objeto de poder que buscaban los nazis tiene que ser la llave a la que se refiere la historia que se cuenta en el Códice 60. Todo encaja. Como sabemos ahora, la vida del santo sin nombre en realidad narra de manera encubierta la historia de los berones que habitaron el poblado de La Hoya hasta que fue destruido por culpa del ataque de los invasores. Si recuerdas, en la historia se decía que, cuando tuvo lugar la ofensiva, el mártir, el hijo preferido del hombre santo, huyó del poblado portando la llave. Y en otro pasaje de la historia se nos cuenta que los atacantes, no pudieron encontrar la llave.

—Y cuando el mártir, el hombre que consiguió salvar la llave, estuvo a salvo y construyó una nueva casa, puso la llave en custodia.

—Es evidente que eso era lo que buscaban los invasores, querían encontrar la llave, que en ese momento estaba en manos de los berones de La Hoya y que les proporcionaba prosperidad y riqueza, tal y como el texto del Códice 60 apunta en varias ocasiones.

—Sí. De hecho, si nos atenemos a lo que dice la vida del santo, esa prosperidad provocaba la envidia de muchos, incluso de los otros poblados berones que atacaron previamente La Hoya. ¿Qué crees tú que es esa cosa?

—Los nazis lo tenían claro. Según ellos, se trataba de un objeto con un gran poder con el que someter al mundo. Sus crónicas hablan de un objeto antiquísimo, anterior a la era cristiana, que no siempre ha estado ubicado en el mismo lugar. Ha ido circulando por diferentes puntos de Europa. Por lo que parece, el último lugar en el que ha permanecido custodiado, según apuntan todas sus investigaciones, es el área de influencia del pueblo de los berones. Según cuentan, desde que cayó en manos de los berones no ha vuelto a cambiar de guardianes.

—Dios mío, coincide plenamente con lo que se narra en la vida del santo sin nombre. No me quiero ni imaginar la sangre que habrá corrido a lo largo de los siglos para tratar de arrebatar ese objeto.

—El profesor Koldo de Andrés debía de pensar igual que tú, porque, no sé si te habrá dado tiempo a leerlo, en sus informes habla de guerras encubiertas causadas precisamente por intentar hacerse con el control de ese objeto. De Andrés encontró pruebas de que diferentes culturas prerromanas del continente europeo hacen referencia de alguna u otra manera a un objeto parecido. Por ejemplo, leyendas y mitos de los antiguos caledonios de Escocia y de los bátavos de Holanda hablan de una especie de profecía apocalíptica relacionada con un objeto similar, capaz de abrir las puertas de los cielos. Todas coinciden en describir su poder de esa forma.

Al escuchar a Jon pronunciar aquellas palabras, Anne recordó las referencias que la vida del santo sin nombre hacía a la lengua venida de los cielos y que, según Mechero, estaban relacionadas directamente con el origen del euskera. Pensó en el joven, le hubiera encantado estar ahora mismo en aquella habitación de hotel con Jon y ella. Tras escuchar al jardinero, la idea de que alguien hubiera hecho saltar por los aires el invernadero de las Torres Isozaki para silenciar lo que se supone que Mechero había descubierto acerca de aquella lengua celestial, le parecía totalmente factible.

—Has hablado de los bátavos de Holanda —continuó Anne—. En la vida del santo sin nombre, en la parte final, cuando el autor del texto habla de la profecía y de que cuando hayan pasado dos milenios el espectro regresará de su tierra baja, ¿crees que se está refiriendo a los bátavos?

—No se me había ocurrido, pero podría ser. Si los bátavos habitaron lo que actualmente es Holanda, los Países Bajos, no se me ocurre mejor forma para referirse a su lugar de procedencia que como lo describió el monje, “su tierra baja”.

Anne releyó en voz baja otro de los documentos del profesor De Andrés, aunque no estaba prestando mucha atención. No dejaba de pensar en el asesino de Elixabete García y Maite Ortiz y en su *modus operandi*, amenazando a la familia de David, los actuales descendientes de los berones de La Hoya, con toda aquella escenografía especialmente diseñada para la ocasión. Y tampoco dejaba de pensar en la marca de la casa usada por el asesino al cometer los crímenes. Las dos chicas habían aparecido junto a fuentes de agua, una al lado de un riachuelo y la otra en una charca. “*La sangre de las doncellas flota en los meandros del río*”. Si su intuición era correcta, el responsable de aquellos asesinatos tenía que ser un descendiente de los antiguos bátavos holandeses. Todo encajaba. Pero ¿por qué había matado a aquellas chicas precisamente en Vitoria? ¿Por qué había escogido aquella ciudad como escenario de su locura? ¿Tenía que ver con el hecho de que Véspero Aizaga, la abuela de David viviera allí? Recordó otra de las glosas del Códice 60. “*Huyó. Oiraco. Gastehiz. Con sus murallas viejas en la colina*”. Ahí tenía que estar la clave. Vitoria, la antigua Gastehiz, tenía que jugar un papel fundamental en todo este lío.

—¿Qué crees que quiere decir eso, lo de que esa cosa es capaz de abrir las puertas de los cielos? —preguntó Anne.

—No lo sé. Puede referirse a algún tipo de arma, o quizás algo más literal, como una máquina para manipular el clima, las lluvias...

—Si todo esto está relacionado con el brujo de Laguardia y el Demonio Azul... espero por Dios que lo que abra ese objeto sean los cielos y no las puertas del infierno.

—Tenemos que encontrar al profesor De Andrés. En estos momentos estamos en un punto muerto. Él es la clave para seguir tirando del hilo y que nos aporte algo más de luz.

—¿Por qué has espiado a esa chica, a Edurne Martín? ¿Por qué le has sacado esas fotos? —preguntó Anne.

—Las saqué el mismo día que hablamos con ella en Yécora, antes de marcharme a Bilbao. Estaba seguro de que nos podía estar ocultando algo que no se había atrevido a decirnos. Pero fue un fracaso. Le saqué unas cuantas fotos, me di cuenta de lo estúpido de la situación y me fui para Bilbao. Y, antes de que me lo preguntes, tampoco he encontrado nada en mi escapada nocturna a Laguardia. He esperado hasta que no se veía ni un alma por la calle, convencido de que podía trepar por la tubería que recorre la pared de la casa de Ezequiel Aizaga. Pero cuando llevaba metro y medio escalados, me he resbalado y me he caído —le dijo quitándose el jersey y la camiseta para mostrarle a Anne las heridas de la espalda.

—Estás loco. Te podías haber matado —le dijo ella mientras le acariciaba los rasguños con delicadeza.

—Sí, lo reconozco, de vez en cuando se me va la cabeza. Tengo estos ramalazos. Me creo que soy todavía un crío.

—Pues no, no lo eres —le dijo ella segundos antes de besar su boca.

Eran ya casi las seis cuando Anne regresó a su habitación. Cuando estaba a punto de cerrar los ojos, Jon llamó a su puerta. Tenía que ver lo que acababa de descubrir entre el resto de documentos archivados en el expediente del profesor. La emoción se desbordaba por su boca, incapaz de contener la alegría por el hallazgo. Se trataba de un listado con lo que parecían ser algunos de los componentes de Los Carlinos y las fechas en las que habían formado parte de aquel extraño grupo. Entre los nombres de los miembros más recientes, uno había captado poderosamente su atención. Estuvieron sopesando el paso siguiente a dar durante casi media hora más, hasta que al final Jon regresó a su cuarto.

A pesar de lo cansados que estaban, decidieron no levantarse muy tarde, tenían que encontrar a Koldo de Andrés como fuera. Tumbada en su cama, Anne pensaba en el objeto de poder perseguido por los nazis y por todos aquellos antiguos pueblos. La llave. ¿Por eso la había contratado la Fundación Petunia? ¿Para localizar esa maldita llave? Aquel objeto de poder podía estar oculto en cualquier sitio. Sin embargo, algo en su interior le decía que quizás había estado más cerca de él de lo que pensaba. Recordó el cofre metálico que Sabina Elguea le había enviado meses atrás a David y que había sido incapaz de abrir. Cuando había intentado hacerlo y había armado aquel estruendo en la entrada del ático de David, su primo Adrián había acudido a ver lo que ocurría con aquel enorme puñal en la mano. ¿Estaría la llave guardada en aquel cofre?

Manu Olabe no dejaba solo a Ander Goikoetxea ni un segundo. Cualquiera que los hubiera visto desde la distancia y no supiera que realmente conformaban un matrimonio, hubiera pensado que se trataba de alguien importante y su guardaespaldas. Ni siquiera cuando Alicia Rández le pidió a Ander que pasara a la sala de reuniones para tratar de un tema de la empresa, Manu abandonó su puesto de centinela. Alicia sabía que Ander estaba agobiado, no había más que verle la cara cada vez que se daba la vuelta y veía a su marido escudriñándole dos metros por detrás de él. Al final, Alicia se había tenido que mostrar firme y cerrar la puerta a Manu en las narices, aludiendo a la confidencialidad de la conversación.

—No es por nada, pero no me da ninguna pena lo que le ha pasado a William Dik —dijo Ander.

—A mí tampoco, la verdad. Yo creo mucho en el karma. Simplemente ha recibido lo que sembró al matar a aquella chica en Holanda.

—He traído el papel que faltaba de lo de la excedencia. Toma —dijo mientras se lo entregaba.

—De acuerdo, luego se lo paso a recursos humanos. Por cierto, ¿me puedes explicar a qué vino lo del otro día? —le preguntó a Ander, una vez que se hubo asegurado de que la puerta estaba bien cerrada.

—¿A qué te refieres?

—Cuando estábamos hablando en la videoconferencia, sé que fue Manu el que bajó la pantalla de tu portátil y cortó la comunicación.

—Ya te lo he dicho, Alicia. Manu quiere que me aleje de esta empresa y eso supone por supuesto alejarme de David y de ti. Solo se preocupa por mí.

—No me parece normal. ¿Seguro que no pasa nada más? —preguntó preocupada mientras le cogía de la mano.

—Dejemos de hablar de mi vida personal, que para eso es personal, y hablemos de lo nuestro. Eres una ingenua si piensas que Manu se ha tragado lo de que me querías hablar de algo de la empresa. He intentado venir sin él, le he dicho mil veces que era para resolver un tema de papeleo por la excedencia, pero no sé si se lo ha creído del todo. Creo que sospecha que tramamos algo. ¿Qué era eso tan importante que me tenías que decir?

Alicia cogió una pegatina de color amarillo y escribió sobre ella las siglas HBVB, colocando su dedo índice sobre sus labios para indicar a Ander que no las pronunciara en voz alta.

—¿Esas son las siglas del grupo de música que tenía William Dik cuando aún era Wilfried Dick, no?

Alicia hizo un gesto con su mano derecha para indicarle que bajara el tono.

—He descubierto lo que significan. Me he tenido que meter en un foro de esos que utilizan los frikis de Internet, y encima hablando en holandés, te puedes imaginar. Bueno, el caso es que me hecho medio novia virtual de uno de esos tipos y le he pedido que averiguara todo lo que pudiese sobre el grupo. No ha tardado ni un cuarto de hora. Te vas a quedar muerto cuando te diga lo que significan esas siglas.

—¿Qué significan, pues?

—“*Het Bloed Van de Bataven*”. O lo que es lo mismo, “la sangre de los bátavos” en holandés —dijo Alicia en un susurro casi inaudible.

—¿Los bátavos?

—Fueron un pueblo prerromano que habitó en los Países Bajos en la zona donde el río Rin se separa en dos brazos, dando lugar a un afluente, el río Waal, muy cerca de la ciudad de Nimega. ¿Te suena?

—Es el río y la ciudad que aparecían señalados en el mapa que tenía Tomás Benguría en casa de su madre.

—Creo que pusieron ese nombre a la banda adrede, como homenaje al verdadero grupo al que pertenecían William Dik y el resto de sus amigos.

—No te entiendo.

—A ver si me explico mejor. Estoy convencida de que William Dik, así como el resto de miembros de la banda y toda la familia Bechs son una puñetera secta de pirados que siguen actuando conforme a la cultura y religión que profesaban los antiguos bátavos. He hecho los deberes y me he empollado lo poco que se conoce hoy en día de los bátavos. Se sabe que cuando llegaron los romanos a su territorio, los bátavos no se enfrentaron a ellos, sino que formalizaron diferentes alianzas ofreciéndoles guerreros a cambio de no pagar tributos. Por lo que parece, eran fieros combatientes que tenían gran destreza con los caballos y eran duchos en técnicas de guerrilla. Aunque más tarde sí que se sublevaron contra Roma y acabaron derrotados y casi aniquilados.

—¿Y qué tiene que ver eso con todo lo que aparece en el libro de actas de las reuniones de la familia Bechs?

—He encontrado en Internet un trabajo de un alumno de una universidad de Rotterdam que analiza la cultura de los bátavos y otros pueblos germánicos que habitaron los Países Bajos. Al parecer, las crónicas de los romanos hablan de que los bátavos tenían predilección por realizar ceremonias rituales tal y como venían al mundo, o sea, desnudos. Y, en concreto, una de las tribus bátavas más temidas profesaba una especie de culto o adoración por los carneros y los machos cabríos.

Ander guardó silencio, como si aquellas palabras de Alicia le hubieran hecho reflexionar o acordarse de algo.

—¿Hola? —le dijo Alicia, para hacerle volver a la tierra.

—Eso cuadra con todas aquellas fotos de los Bechs que descubrió Tomás Benguría en las que aparecían prácticamente desnudos, y justificaría el hecho de que fueran tan endogámicos en sus relaciones, para preservar sus tradiciones. Recuerda que nuestra querida Presidenta está casada con su primo segundo, y que el abuelo Hans Bechs y su esposa eran primos en grado tercero.

—Calla, que aún no te he dicho lo mejor —le interrumpió Alicia—. Uno de los historiadores romanos en concreto habla de que las primeras legiones que tomaron contacto con los bátavos les tenían pánico y les acusaban de ser hechiceros y retar a los dioses. Al parecer, las tribus limítrofes les culpabilizaban de las no pocas desapariciones de niñas y mujeres adolescentes que cada cierto tiempo tenían lugar en la ribera del río Waal. Pero eran tan temidos que nadie se atrevía a enfrentarse a ellos. Quizás por eso los romanos optaron por aliarse con ellos desde el principio.

—¿Crees que el asesinato de esa chica a manos de los HBVB está relacionado con toda esa historia de las desapariciones de mujeres por las que eran temidos los bátavos?

—Me parece que es mucha casualidad que el cuerpo de la chica que mataron William y los suyos acabara en el río Waal. Están locos, Ander. Te digo que los Bechs no solo están encubriendo a William por lo que los HBVB hicieron con esa chica. Se están encubriendo a sí mismos. Quizá sospecharon que Tomás no solo había descubierto lo que hizo William, sino también el tipo de familia que son realmente los Bechs. Y se lo cargaron.

Ander le hizo un gesto con la mano para que se mantuviera en silencio mientras trataba de discernir si su marido seguía al otro lado de la puerta. Un tosido de éste le confirmó que así era. Esperaba que no estuviera escuchando nada de lo que había dicho Alicia. Bastante había tenido Manu cuando Ander le había contado cómo había ocurrido exactamente el accidente de coche que lo había llevado al hospital. No soportaría escuchar más historias raras.

—Bueno, ¿y tú qué? ¿Has avanzado con los “*Inésleaks*”? —se burló Alicia haciendo referencia a los archivos que Inés San Juan almacenaba en su ordenador portátil.

—No he encontrado la carpeta de Suzanne Bechs. Pero aún me queda bastante por revisar.

—“La ninfa” es escurridiza.

—Sí, pero su sobrino no lo es tanto —dijo Ander—. Suzanne Bechs tenía dos secretarias. Una de ellas era Inés y la otra....

—Arrate Mendia. Está de baja, ha sido madre hace poco.

—¿La conoces?

—Bueno, ya sabes que yo aquí no tengo amigos, pero sí, he tenido que cruzar alguna vez algún informe con ella y demás —contestó Alicia.

—La carpeta que habla de Arrate Mendia deja claro que, según Inés, estaba harta de que William Dik la utilizara como si fuera su secretaria. No le soportaba. No entendía cómo la Presidenta permitía que William se aprovechara y encargara a Arrate hacer todos sus recados personales y el trabajo sucio que él no quería hacer. Se había quejado a la Presidenta y ésta le había dicho que seguro que no era para tanto y que siguiese ayudando a William en lo que pudiese. Arrate Mendia le confesó a Inés que pensaba que la Presidenta Suzanne Bechs y William Dik estaban liados, de ahí ese trato de favor a William. La pobre no debía de tener ni idea de que en realidad William es el sobrino de Suzanne Bechs.

—Me pierdo...

—Ya voy, ya voy, impaciente —dijo Ander—. Te lo resumo. Por lo que interpreto de las anotaciones de Inés, una mañana en la que William Dik y Suzanne Bechs estaban discutiendo acaloradamente en su despacho, aprovechando que la Presidenta se había dejado abierta la puerta, Arrate Mendia escuchó parte de la conversación. Según le contó a Inés, hablaban acerca de un hombre. Parecía que se trataba de un cliente muy importante, porque William gritaba a la Presidenta diciéndole que estaba harto de tener que agasajar y convencer a aquel hombre, que lo hiciera ella, que él no estaba allí para hacer ese trabajo, que estaba harto de que la familia le hiciera pagar por lo que hizo de esa manera, que lo había intentado de mil maneras y demás. Inés no logró averiguar a qué se refería William exactamente. Todas sus anotaciones a este respecto son un poco caóticas, no tienen mucho sentido.

—¿Piensas que ese hombre al que se refería William es “el pez gordo”, el hombre con el que se citaba Suzanne Bechs en secreto?

—Puede ser, desde luego. Inés también lo creyó así, porque hace una serie de comentarios muy jocosos acerca de la Presidenta y su secreto. Si quieres te lo imprimo para que lo leas, no tiene desperdicio —sonrió—. Sin embargo, no he encontrado ninguna mención más a ese hombre misterioso. Si descubro algo más en lo que me falta por mirar, ya te diré. Y prométeme que vas a dejar a David al margen de todo esto. Aun sigo cabreado por la trampa que le tendió a Inés. De no ser por él seguro que no estaría muerta ahora.

—De acuerdo, paranoico. Sigo pensando que Inés tuvo un accidente, pero bueno, tú mismo. Espero que el rencor no termine de consumir esa sonrisa tuya que tanto me gustaba. Y ahora vete con Manu, anda, que no para de mirar a través del cristal y tengo miedo de que eche la puerta abajo para averiguar de qué estamos hablando.

Ander se despidió de ella y salió al pasillo. Al pasar junto al cuarto de baño, le dijo a Manu que se fuera a dar una vuelta por el vestíbulo de La Pecera hasta que él saliese del aseo. Aunque al principio insistió en esperarle junto a la puerta, la cara de enfado de Ander le hizo desistir y aceptó ir a la cafetería a tomar un refresco hasta que terminase. Le dijo que le esperaría allí.

Ander entró y se dirigió directamente a uno de los inodoros. Tras cerrar la puerta con el pestillo, vomitó durante dos minutos seguidos, incapaz de contener las náuseas al recordar lo que Alicia le acababa de contar acerca del culto pagano de los bátavos. Habían pasado varios meses pero, por lo visto, le iba a costar bastante más de lo que había pensado olvidar todo lo que ocurrió en el accidente de coche. Quizás no fuera tan mala la idea de Manu de visitar a un psicólogo. Sacó un pañuelo de papel del bolsillo, se limpió los labios y lo tiró a la taza. Accionó la cadena, pero estaba estropeada. “Perfecto”. Intentó abrir el pestillo pero parecía que se había trabado. Golpeó con las manos la puerta, pero no consiguió nada. Calculó si sería capaz de escapar por el hueco que había entre la parte inferior de la puerta y el suelo, pero era imposible. Miró hacia arriba y descubrió que las paredes del receptáculo llegaban hasta el techo; no había manera de salir de allí. Preguntó en voz alta si había alguien más en el cuarto de baño, pero no obtuvo respuesta. De repente, un sonido proveniente de la taza del váter le hizo darse la vuelta. Subió la tapa y comprobó aterrado que todo lo que acababa de salir de su estómago estaba bullendo produciendo unas desagradables pompas que elevaban el hedor de la bilis hasta sus fosas nasales. Volvió a sentir náuseas y fue entonces cuando supo que la cabra había vuelto. Observó sus cuatro patas negras a través del hueco de debajo de la puerta, inmóviles. Pero el animal no permaneció mucho tiempo quieto; enseguida comenzó a golpearla de manera insistente con la cabeza. Ander no daba crédito a lo que estaba viviendo, pero no estaba dispuesto a que la pesadilla volviera a repetirse. Otra vez no. Bajó la tapa del retrete y se subió encima justo en el preciso momento en el que la cabra comenzaba a orinar y el líquido amarillento y putrefacto de su micción se iba colando desde el exterior hacia el pie del inodoro. El olor era nauseabundo. Vio cómo el pestillo estaba a punto de ceder ante las embestidas. Entonces gritó. Ander gritó a pleno pulmón pidiendo auxilio. Sabía que no había nadie al otro lado, pero qué otra cosa podía hacer. Volvió a chillar con todas sus fuerzas, hasta que un ángel salvador abrió la puerta de una patada y

se lo encontró al borde del síncope. David Vanner tomó a Ander por las axilas y lo arrastró a la zona de lavabos.

Ander estaba avergonzado, quería marcharse del cuarto de baño cuanto antes, pero el malestar que sentía no le permitía reunir las fuerzas necesarias para ello. David Vanner se afanaba por asearle y limpiar de sus labios los restos reseco del vómito. Lo había dejado sentado sobre uno de los radiadores y le había quitado la camisa para tratar de lavar la enorme mancha que tenía en la parte delantera. La potencia del secador de manos no era suficiente pero, al menos, había conseguido adecentarla un poco. Mientras le abrochaba los botones, David volvió a rogarle que le contara qué le había sucedido para gritar de aquella manera. Ander no decía nada, incapaz de verbalizar lo que acababa de ocurrir.

—Está bien, si no quieres contarme qué te ha pasado, no te lo volveré a preguntar más. Tranquilo. Solo dime si te encuentras un poco mejor, por favor —el tono de voz de David denotaba desesperación por conseguir arrancar una palabra a su amigo.

—Déjame en paz, David —le dijo por fin Ander.

—¿Me vas a decir de una vez por qué estás cabreado conmigo? El otro día en la cafetería no entendí nada.

—Muy bonito tu numerito de héroe salvador. Tenía que haberle dicho a Manu que esperara en la puerta, así no habrías tenido los huevos de acercarte.

—Vale, lo reconozco. Alicia me había dicho la hora a la que habíais quedado y cuando he visto que salías de la sala te he seguido hasta aquí. Quería hablar contigo, y no hay forma de hacerlo con ese perro guardián que te acompaña a todas partes.

—Ni se te ocurra hablar de esa forma de Manu.

—Vale, perdona. Pero es que no entiendo nada. Llevo unos días que no paro de darle vueltas a la cabeza, porque no sé qué te he hecho para que de repente dejes de hablarme y no me contestes a las llamadas. Llevo meses sin poder quedar contigo, entre una cosa y otra. Y el otro día intento acercarme y pasas de mí. Joder, pensaba que éramos colegas.

—¿Colegas? ¿A qué le llamas tú ser colegas? A ver, explícame, que me interesa.

—Pues eso, colegas, amigos, como quieras llamarlo. Pensaba que nos caíamos bien y tal. Después de todo lo que hemos vivido juntos con lo de Tomás y todo el lío del CD y los Bechs...

—Eres tan egocéntrico que no tienes ni la más remota idea de por qué no quiero saber nada de ti.

—Joder, Ander, en serio. No sé qué leches te pasa, de verdad. Me has tenido preocupado. No me aparté de ti cuando estuviste en coma y me lo pagas así.

—Gracias David, gracias por acompañarme todas esas horas que estuve en la UCI. Fue muy generoso por tu parte. ¿Ya te sientes mejor?

—Desde luego si me hablas en ese tono no sé qué es mejor...

—Vete a la mierda y sigue pensando en ti mismo. Estoy harto de todo. Y la próxima vez que se te vuelva a ocurrir vender a alguien para conseguir tus putos objetivos, piénsatelo dos veces. Tus actos tienen consecuencias.

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¿qué cojones te pasa conmigo?

En ese momento la puerta de la estancia se abrió de par en par. La ira de Manu Olabe al ver a su marido recostado contra la pared, con la camisa a medio abrochar y a aquel miserable de David Vanner a menos de medio metro de distancia de su boca, desencadenó el monstruo que llevaba dentro. Ander trató de detenerlo, pero no fue capaz, estaba aún mareado. David se incorporó y recibió varios puñetazos en el estómago. Cayó rodando por el suelo con el agente de policía encima, pero no se amilanó. Contraatacó como pudo devolviéndole los golpes. Aun así, la superioridad de Manu era evidente. Ander trató de sujetar a su marido pero solo consiguió recibir una patada en mitad de la pelea. Al cabo de un par de interminables minutos, dos trabajadores de Artechnia entraron a aliviar su vejiga y, al ver la escena, no dudaron en separarles.

Un cielo plomizo se cernía sobre la ciudad de Logroño, como preludio de una tormenta que se avecinaba desde algún punto de la cercana Sierra de Cantabria, sobre la que se divisaban ya los primeros relámpagos. El frío era intenso, pero nada comparable al que habían pasado en las escasas cuatro horas y media que habían dormido en el hostel de Elciego. La casera les había pedido perdón mil veces, avergonzada por habersele olvidado encender la calefacción. En realidad tampoco les había importado tanto, habían encontrado una forma alternativa de calentarse. A pesar del cansancio acumulado, la pasión les había arrinconado contra el colchón de la cama de Anne y habían hecho el amor cuando Jon había entrado en la habitación para asegurarse de que ella se había despertado.

Se habían plantado en unos veinte minutos en pleno centro de la capital riojana, con la esperanza de hallar pronto la forma de localizar al profesor Koldo de Andrés. Muy cerca del Museo de La Rioja, en la plaza de San Agustín, junto a la afamada zona de tapas de la calle Laurel, se levantaba el edificio donde residía desde hace décadas el anciano. La fachada había sido reformada recientemente, pero todo indicaba que el presupuesto no había llegado para restaurar el interior, donde una escalera de madera vieja resquebrajada les condujo hasta la primera planta.

—El señor Félix está muy malito, señorita, no puede salir a recibirles. ¿Son ustedes familiares? —les preguntó una mujer joven con acento venezolano.

—Somos amigos de su hija —contestó Anne utilizando la mejor de sus sonrisas—. Nos gustaría hablar con el señor Félix.

—Disculpenle, pero el señor Félix no puede recibir visitas. Recuérdense de que su cabeza no está muy bien —dijo la mujer.— Además, la señora dio orden de no recibir a nadie.

—¿Está cerca la señora? —preguntó Jon.

—Sí, enseguidica llegará del culto. Pueden esperarla en la calle si lo desean.

—Disculpe, tenemos bastante prisa. Si nos pudiera indicar dónde se encuentra ahora, se lo agradeceríamos. Ha ocurrido algo grave y no podemos esperar.

—Algo... ¿grave? —la mujer pareció dudar. —¿No pueden esperar a que venga la señora de la catedral?

—No, no podemos, es una cuestión de vida o muerte y debe saberlo cuanto antes —dijo Anne mientras miraba de soslayo a Jon. Ambos se habían dado cuenta de que la empleada les había revelado sin querer el lugar donde se encontraba, aunque ella no parecía haberse percatado.

—Lo siento mucho, pero no puedo decirles dónde se encuentra la señora. Tendrán que esperar en la calle. Disculpenme, pero debo entrar a atender al señor Félix —les dijo cerrando la puerta.

La vieron sentada en uno de los bancos más cercanos al altar mayor, completamente entregada a sus oraciones y portando lo que parecía un rosario entre sus manos. La concatedral de Santa María de La Redonda estaba prácticamente vacía a esas horas. De vez en cuando, algún turista curioso se asomaba por la puerta y tomaba un par de fotografías. La soledad que se respiraba en el templo era turbadora e invitaba a conectar con lo divino. Las dos torres gemelas que coronaban el edificio les habían ayudado a localizarlo rápidamente. Situada en el casco viejo de la ciudad, al igual que la casa del anciano, la iglesia rebosaba elegancia y rotundidad a partes iguales, y se erigía orgullosa junto a la Plaza del Mercado, completamente ajena a la mujer que en esos momentos rezaba en voz baja sus plegarias sentada en la parte delantera. Anne se situó a su lado y se puso de rodillas mientras se persignaba. La mujer continuaba su rezo con los ojos cerrados.

—¡Cuánto tiempo! Veo que a pesar de todo lo ocurrido tu fe no se ha visto afectada —le dijo Anne. La mujer levantó la vista y se quedó petrificada al descubrir a la inglesa a su lado.

—Hola Anne, ha pasado tiempo, sí. ¿Qué haces tú aquí? Lo último que me dijeron es que habías vuelto a Inglaterra.

—Me fui pero he vuelto. Jon está junto a la puerta, ¿lo ves? —preguntó Anne señalando al jardinero mientras la mujer volvía la cabeza.

—¿Qué queréis?

—Tenemos que hablar contigo. La empleada que has contratado para cuidar de tu padre hace muy bien su labor, lo nuestro nos ha costado sonsacarle dónde te encontrabas.

—¿Habéis estado en casa de mi padre?

—Sí, pero ni siquiera hemos entrado. ¿Por qué no sales y nos damos un paseo por la orilla del río? No todo va a ser rezar en esta vida.

Después de que Jon y Anne le explicaran las conclusiones a las que habían llegado tras revisar el expediente del profesor De Andrés, Lourdes del Río no fue capaz de inventar ninguna excusa creíble para el hecho de que su nombre apareciera en el listado de miembros de Los Carlinos, y tampoco hizo ningún intento para salir airosa de aquella conversación tan incómoda. La calle Sagasta les había llevado directamente hasta la zona ajardinada habilitada junto al río Ebro, y allí, bajo el Puente de Hierro, tuvo que enfrentarse a las preguntas y acusaciones lanzadas por sus dos compañeros. En realidad, se alegraba de verlos. El barbecho en el que se encontraba inmersa la Fundación Petunia y su absurdo intento de esconderse en casa de su padre, la estaban convirtiendo en una persona huraña y esquiva con todo aquel que trataba de relacionarse con ella. No se fiaba de nadie. Al igual que ellos, también estaba preocupada por lo acontecido en el invernadero de las Torres Isozaki y echaba mucho de menos a aquel mocoso que no dejaba de insultarla y dirigirse a ella con desprecio cuando aún vivía. Nunca se había sentido totalmente integrada en aquel grupo que conformaban Anne, Jon, Mechero y ella, pero ahora, después del tiempo que había pasado, se había percatado de lo mucho que les echaba a todos de menos, especialmente a Mechero.

—Todo el mundo en la Fundación sabe de mis idas y venidas durante mi noviciado. Nunca he sido lo que la mayoría de la gente entiende como un buen ejemplo para llegar a ser algún día monja. He tenido muchísimas dudas durante todo mi proceso y algunas etapas de debilidad han estado a punto de hacerme abandonar más de una vez la idea de tomar los votos. Pero, al final, siempre hay algo o alguien que me anima a continuar el camino. Durante una de esas crisis de fe, que además coincidió con un agravamiento de la enfermedad de mi padre, acudí a una charla organizada por varios profesores universitarios y algunos arqueólogos, aquí en Logroño, sobre el legado de los romanos en la zona y su confluencia con las tribus que habitaban la ribera del Ebro. Yo no dejaba de hacer preguntas y más preguntas, porque desde siempre me ha apasionado la historia. Y no solo lo digo por haber hecho la carrera. Desde pequeña mi padre me ha contagiado su afición por los libros históricos. Durante la conferencia, incluso tuvieron que pedirme en varias ocasiones que diera la oportunidad de hablar al resto de las personas allí congregadas. Cuando terminó, uno de los asistentes se me acercó para decirme que le había maravillado todo el conocimiento y el entusiasmo que había demostrado con mis preguntas y que, según él, habían hecho sonrojar a más de uno de los conferenciantes al no haber sabido cómo responderme.

—Era Koldo de Andrés —dijo Jon.

—Sí. Enseguida congeniamos, o quizás fui yo la que me dejé querer, no lo sé. Estaba atravesando por uno de los peores momentos de mi vida y aquel hombre apareció y simplemente me escuchó. No os podéis imaginar lo que llegué a llorar con él. Me animó a entrar en un grupo de aficionados a la arqueología y a la historia en el que él estaba metido y que solían reunirse de vez en cuando. Al principio no le hice el más mínimo caso, pero, a medida que nuestra amistad se iba

consolidando e íbamos hablando cada vez más frecuentemente por teléfono, me fue picando la curiosidad. Era un hombre tan entregado, tan culto, tan humano, que poco a poco, fue haciendo que le cogiera cariño. Hasta que un día me presenté en una de esas reuniones que organizaban de manera clandestina en las casas de los miembros del grupo. Por primera vez en mi vida sentí que formaba parte de un todo en el que encajaba. Aquellas personas no solo se convirtieron en mis amigos, sino que a muchas de ellas las llegué a considerar parte de mi familia.

—Los Carlinos —la interrumpió Anne.

—Sí, aunque todavía pasó bastante tiempo hasta que Koldo me explicó que por encima de Los Carlinos había algo mucho más grande, una entidad en la que él estaba convencido de que yo estaba llamada a integrarme.

—Fuiste tú la que encontró el Códice 60 en la residencia de Páganos, pero jamás tuve la certeza de quién te había encargado la misión. Los rumores apuntaban a que tu mentor era alguien muy importante dentro de Petunia, pero, si te soy sincero, no tenía ni idea de que fuera Koldo de Andrés —dijo Jon—. Lo que me sorprende es que fueras capaz de fingir no saber nada del código mientras lo analizábamos. Es obvio que ya conocías toda la historia del objeto de poder y del enfrentamiento entre los berones y los bátavos desde hace más de dos milenios...

—Te equivocas, Jon. Lo descubrí a la vez que vosotros, gracias a las conclusiones a las que llegaron Anne y Mechero tras analizar la vida del santo sin nombre. Koldo podía ser como un segundo padre para mí, pero la información que nos daba al resto de miembros del grupo la iba soltando con cuentagotas. Yo sabía que el objetivo de Koldo era encontrar ese manuscrito, aquella extraña copia del Códice 60 que se sabía que existía, puesto que podía albergar algún mensaje oculto relacionado con un gran secreto que había permanecido al margen de la versión oficial de la historia, pero poco más. Por más que intenté que me dijera todo lo que sabía, él insistía en que no estaba preparada y que, por mi seguridad, era mejor que no conociera toda la información.

—Eso me suena —dijo Anne mirando a Jon—. Pero entonces, ¿por qué te eligió a ti para encontrar la copia del Códice 60 en la residencia de Páganos?

—No fui yo la elegida en un principio. Koldo prefirió encomendárselo a Julia Ayala, una de mis mejores amigas dentro de Los Carlinos. Julia me precedió a mí en el cargo de guía del invernadero de Bilbao. Cuando ella me confesó la encomienda que le había hecho Koldo, fui yo quien la animé a aceptar la misión, a pesar del peligro. Me arrepentiré toda la vida de haberla empujado a hacerlo.

—¿Peligro? —preguntó Jon.

—La Fundación sabía desde hacía mucho tiempo que esa copia del Códice 60 había ido pasando de mano en mano, ocultándose a los ojos de todo el mundo, por diferentes lugares, la mayoría de ellos situados en La Rioja Alavesa. Y en todos y cada uno de sus intentos por tratar de localizarlo siempre había fracasado. A veces incluso con resultados fatales. Ha habido más de un jardinero que ha perdido la vida por ello —dijo mientras sacaba una cajetilla de tabaco y se encendía un cigarrillo.

—Pero ¿cómo sabía la Fundación dónde se ocultaba el manuscrito?

—Fácil. Si sabes quién es el perro guardián que lo protege de manos ajenas, es sencillo saber en qué zona puede esconderse, aunque no sepas el lugar exacto.

—¿Y quién era ese guardián?

—Véspero Aizaga, y, anteriormente, su padre, Ezequiel Aizaga. Véspero vivía hasta no hace muchos años en la residencia La Sagrada Misericordia de Páganos. Una paciente muy especial, puesto que, siendo miembro de una familia bastante acomodada, vivía en aquella residencia, que en principio estaba destinada a personas sin recursos. Está claro que esa mujer tenía que tener un poderoso motivo para estar allí, por muy bien atendida que estuviese. La Fundación sabía que por alguna razón que yo, al menos, no llegué nunca a saber, la copia del código no había acompañado a Véspero cuando se trasladó a vivir a Vitoria. Mi opinión personal es que la familia de la anciana contaba con alguna persona de confianza en la residencia que siguió custodiando el manuscrito en secreto después de que Véspero se fuera, aunque jamás conseguí averiguar de quién se trataba. Sea como fuere, debíamos intentarlo. Si los rumores eran ciertos, teníamos una oportunidad de oro para encontrar el manuscrito sin que Véspero Aizaga andara cerca.

Anne miró a Jon, que parecía estar pensando exactamente lo mismo. Así que el brujo de Laguardia y su hija habían sido los guardianes de aquella extraña copia del Código 60 durante los últimos años y quién sabe, si además, también lo habían sido de aquel objeto de poder que tantas personas habían anhelado a lo largo del tiempo. Sin embargo, a Anne había algo que no le cuadraba. Ella sabía que Véspero Aizaga era la abuela de David y, por lo que éste le había contado, no la veía capaz de enfrentarse a ningún miembro de la Fundación que tratara de sustraer el Código, y mucho menos de acabar con la vida de nadie. Aquella mujer estaba en un estado semivegetativo que le impedía valerse por sí misma.

—Julia Ayala se infiltró como voluntaria en la residencia de Páganos pero, desgraciadamente, no tuvo tiempo de encontrar la copia del Código. La mataron.

—¿Cómo ocurrió?

—La versión oficial es que sufrió un accidente al caer por el hueco de la escalera de la zona donde estaban alojados los residentes. Pero yo nunca me lo creí. Ninguno de Los Carlinos nos lo creímos. Como ya te he dicho, muchos otros jardineros murieron en tiempos pasados intentando localizar el Código.

—Y entonces te nombraron a ti nueva guía del invernadero de Bilbao.

—Sí. Pero eso no fue todo. En contra de la voluntad de Koldo, los Mayores me eligieron a mí para volver a infiltrar a la Fundación dentro de la residencia. Había que encontrar el código. Mi condición de novicia en otra congregación fue la única solución que se le ocurrió a Petunia para camuflar a uno de sus jardineros en La Sagrada Misericordia. Así que acabé en Páganos, con una extensa carta de recomendación de la madre superiora de mi antigua comunidad, que no sabía cómo deshacerse de mí, todo sea dicho.

—Lourdes, necesitamos encontrar a Koldo de Andrés y hablar con él. Si, tal y como creo, la explosión de las Torres Isozaki fue motivada por nuestra investigación con el Código 60, no quiero ni imaginar en qué situación de riesgo nos encontramos ahora cada uno de nosotros —dijo Jon.

—No creo que sirva para mucho. Créeme, si lo que decís es verdad, me temo que poco podemos hacer. Además, seguro que la Fundación ya se estará haciendo cargo de todo —contestó, mientras encendía otro cigarro.

—¿En serio, Lourdes? ¿Esa es tu respuesta? ¿Te vas a quedar de brazos cruzados sin saber quién mató a Mechero? —le preguntó Anne irritada por la pasividad de la novicia.

—No lo entiendes, Anne...

—¿Qué es lo que no entiendo? Ya sé que tu relación con Mechero no era precisamente buena pero, por favor, hazlo por él. Tenía veinte años recién cumplidos.

Aquellas palabras parecieron hacer recapacitar a Lourdes, que decidió sentarse en el muro que bordeaba el río. Anne percibió un cierto sentimiento de culpabilidad en la expresión de su rostro, pero no supo cómo interpretarlo.

—No es tan fácil como piensas. Koldo dejó de hablarme hace tiempo. Digamos que traicioné su confianza.

—¿Qué quieres decir?

Lourdes miró a su derecha calculando si la distancia que les separaba de la mujer que leía un libro sentada en un banco cercano era suficiente para que no pudiera escuchar una palabra de lo que iba a decir.

—Me enfadé con él porque no había confiado en mí desde un principio y había preferido a Julia Ayala. Pero la cosa aún fue a peor. Cuando me enteré de que Koldo había vuelto a elegir a otro de Los Carlinos, y no a mí, para ejecutar otra misión, lo reconozco, me sentí humillada de nuevo. Como cuando tu padre elige siempre a tus hermanos mayores para hacer las cosas importantes porque no confía en ti.

—¿Qué pasó, Lourdes? —preguntó Anne.

—Yo ya llevaba un tiempo infiltrada en la residencia de Páganos, como novicia. Era una suerte que me permitieran entrar y salir a mi antojo, aunque yo sé que a la madre superiora no le hacía la más mínima gracia. De repente, un día, recibí la visita de un hombre que afirmaba que me podía encontrar en peligro. Yo no le conocía de nada, pero, al parecer, él a mí sí. Según él, habíamos coincidido en una de las reuniones de Los Carlinos, pero yo no le recordaba. Tened en cuenta que en algunos de esos encuentros llegamos a ser hasta cincuenta personas, y que no todos los asistentes a esas reuniones sabían que la Fundación Petunia estaba detrás. El caso es que jamás había hablado con él, pero cuando me enseñó la prueba que demostraba que yo estaba siendo vigilada, supe que Dios me había enviado aquel ángel para protegerme. Él estaba en una situación parecida a la mía. Koldo le había encargado una misión sin apenas darle detalles. De hecho, ni siquiera sabíamos si ambas investigaciones estaban relacionadas.

—¿Quién era ese chico? —preguntó Jon.

—Un alma atormentada, pero que reconocía sus debilidades. Por eso nos entendimos perfectamente desde el principio. En cierta forma, me sentía identificada con él. Yo recaía una y otra vez en mis dudas de fe y él hacía lo mismo pero con algo mucho más dañino. Había intentado mil y una formas de salir del mundo de la droga, aunque al final siempre terminaba recayendo. En un retiro espiritual organizado por uno de los centros de desintoxicación por los que pasó, conoció a Koldo, que acudió invitado a dar una charla sobre mitología vasca. Algo debió de ver Koldo en él porque, al igual que hizo conmigo, le invitó a acudir a las reuniones de Los Carlinos, y durante mucho tiempo, consiguió mantenerlo alejado del infierno de la droga. El caso es que él trabajaba en una empresa muy importante en Bilbao y su misión consistía en vigilar los movimientos de los propietarios, hacerles un seguimiento e informar puntualmente a Koldo. Muchas veces me he preguntado si la razón verdadera por la que Koldo le acogió en Los Carlinos fue por compasión y altruismo, o más bien porque sabía en qué compañía trabajaba y que le podía

ser muy útil. He llegado a pensar que Koldo acudió a aquella charla de mitología buscándole, porque sabía que él estaría allí.

—¿Cómo se llama ese chico? ¿Qué fue lo que averiguó? —preguntó Anne.

—Se llamaba Tomás Benguría.

—¿Se llamaba? —preguntó Jon.

—Se suicidó el año pasado —contestó Lourdes conteniendo la emoción—. Dejó huérfanos a dos niños pequeños.

Una náusea inesperada estuvo a punto de hacer vomitar a Anne al escuchar a Lourdes pronunciar aquel nombre. Jon se dio cuenta de su malestar y la invitó a sentarse junto a Lourdes al tiempo que le daba de beber de su botellín de agua. Tomás Benguría. Ese era el nombre del trabajador de Artechnia, la empresa en la que trabajaba David, que se había quitado la vida al poco tiempo de que David entrara en la compañía. Se acordaba perfectamente de cómo David le había mandado los enlaces a la noticia de su muerte.

—Tomás y yo —continuó Lourdes— nos estuvimos viendo en varias ocasiones, tanto en la residencia de Páganos como luego en Bilbao. Él sabía que yo me hacía llamar Sor Juana y tuvo mucho cuidado de que nadie en la residencia sospechara jamás que yo no era quien decía ser o cuáles eran mis verdaderos motivos para estar allí. Solo la madre superiora conocía mi verdadero nombre, pero jamás llegó a intuir mis intenciones, o eso quiero pensar. El caso es que Tomás había descubierto, casi por casualidad, colgada en el servidor de esa empresa, una fotografía que alguien me había sacado frente a la residencia de La Sagrada Misericordia, junto con muchos otros documentos, a cada cual más extraño, relacionados con la familia que dirigía la compañía. Los dos llegamos a pensar que ambas misiones tenían que estar relacionadas de alguna manera, al fin y al cabo había sido Koldo el que había dirigido ambas.

—¿Y por qué no acudió Tomás a Koldo de Andrés cuando descubrió esa fotografía en la que aparecías?

—Lo hizo, pero no lo localizó. Koldo podía encontrarte a ti cuando quisiera, pero no era tan sencillo tratar de encontrarle tú a él. Así que, al reconocermelo, y temiendo que yo pudiera estar en peligro, vino a Páganos a avisarme. Tomás sabía que yo estaba allí embarcada en una misión encomendada por la Fundación. Yo le hice prometerme que no avisaría a Koldo de lo que había descubierto. Si Koldo se enteraba de que alguien de esa empresa me había estado vigilando, podía asustarse y retirarme de la misión. Quería demostrarle que estaba más que preparada para llevarla a cabo y que se había equivocado al no confiar en mí.

—¿Y qué es lo que descubrió Tomás? —preguntó Jon mientras Anne guardaba silencio.

—Básicamente que los Bechs, los propietarios de esa empresa, tenían muchos secretos. El más importante era que ocultaban entre sus miembros a un asesino. William Dik había logrado escapar de una acusación de asesinato cuando el grupo de música al que él pertenecía mató a una chica en Holanda a finales del siglo pasado. Encontraron su cuerpo desangrado en un río cerca de la zona de donde procedían los Bechs. Tomás descubrió que ese hombre, William Dik, era sobrino de la Presidenta del Consejo de Administración, Suzanne Bechs.

—¿En Holanda?

—Sí, los propietarios son una familia proveniente de los Países Bajos que desembarcaron con su imperio empresarial en Bilbao hace unos años. Y eso no es todo. Tomás encontró otras fotos

comprometidas en las que varios miembros de los Bechs aparecían desnudos en diferentes reuniones familiares, por llamarlas de alguna forma. Y además, un libro escrito en holandés que recogía las actas de esas reuniones que, en muchos casos, parecían auténticas ceremonias secretas, y que Tomás había empezado a traducir. Estaba convencido de que aquella familia era en realidad una secta que practicaba antiguos rituales esotéricos relacionados con una religión pagana. Aunque no le dio tiempo a analizarlo con profundidad.

Jon dio un paso al frente y bajó el tono de su voz.

—¿Os dais cuenta de que esa familia pueden ser los descendientes de los bátavos, la tribu procedente de Holanda que supuestamente atacó el poblado de La Hoya en busca de la llave?

—Creo que tienes razón, Jon —contestó Lourdes—. En aquel momento, Tomás y yo no entendíamos nada. Pensábamos que los Bechs eran una simple secta que albergaba a un criminal entre sus miembros, pero no entendíamos por qué el interés de Petunia y de Koldo en investigarles. Después de todo lo que me habéis contado, ahora todo tiene mucho más sentido. Todo encaja. Desafortunadamente, Tomás no pudo seguir investigando más. Días antes de suicidarse, me confesó que había vuelto a consumir cocaína. Se estaba divorciando de su mujer y lo estaba pasando muy mal. Ella quería que el juez lo incapacitara para que no pudiera ejercer la patria potestad sobre sus hijos y así no pudiera volver a verles. Consideraba que Tomás no podía ser un drogadicto y un padre a la vez. Yo creo que el pobre no aguantó la presión y se quitó la vida.

—Tenemos que encontrar a Koldo de Andrés. Por favor, ayúdanos a buscarle —le rogó Jon.

—Se me ocurre una forma de poder encontrarle —dijo Lourdes—. Otra cosa es que él quiera volver a hablar conmigo.

Acababa de entrar apenas hacía media hora a su ático de la calle Iparraguirre de Bilbao, cuando escuchó a Adrián Zuberoa llegar y abrir los candados de la puerta de su casa, situada enfrente de la suya. David Vanner vio a su primo arrastrando una maleta y sus sospechas cobraron aún más fuerza. Cualquiera hubiera pensado que simplemente llegaba de una gira con su grupo de música, pero él intuía que detrás de aquel viaje relámpago había algo más. Adrián estaba completamente desmejorado, el cansancio se aposentaba bajo sus ojos convertido en unas desagradables bolsas que daban a entender que apenas había dormido. David le arrastró hasta su ático y cerró la puerta.

—¿Cómo has sido capaz? —le preguntó después de propinarle un empujón que a punto estuvo de tirar al suelo las cuernas de ciervo que adornaban el vestíbulo de la vivienda.

—David, te advierto de que estoy muy cansado del viaje, así que no me toques mucho las narices —contestó Adrián, tratando de no perder los nervios.

—¿Cinco puñaladas? ¿Por qué no veinte ya puestos? —le acusó David.

—¿De qué cojones estás hablando?

—¿Ha sido Sabina, verdad? ¿Qué te ha prometido esta vez? Vamos a acabar todos en la cárcel.

—David, ¿te quieres tranquilizar? ¿de qué estás hablando?

—Han apuñalado a William Dik, el sobrino de Suzanne Bechs, cuando salía de su casa. Muy manido el numerito de hacer creer que ha sido un atraco. Pero os pensáis que la policía es imbécil, seguro que has dejado tu rastro por todas partes.

—Y piensas que he sido yo, claro. Pues siento decepcionarte, pero me parece que el único que se va dando de hostias por ahí eres tú por lo que veo —contestó Adrián, señalando los moratones que David tenía en la cara, consecuencia de su reciente pelea con Manu Olabe.

—Enséñame lo que llevas en la maleta.

—Tú estás zumbado.

—Abre la puta maleta o te juro que llamo a la policía ahora mismo.

—Se te ha ido la olla completamente —le dijo Adrián mientras cumplía la orden—. ¿Ves? Solo ropa. ¿Qué pensabas que podía tener dentro? Ah, espera, ya lo sé. Pensabas que guardaba la daga ceremonial con los restos de la sangre de ese tío.

David estaba desconcertado. Estaba plenamente convencido de que la tía Concha le había transmitido a Adrián el deseo de Sabina de devolver el ataque a los Bechs, como represalia por los asesinatos de Elixabete García y Maite Ortiz. Quizás a Adrián se la había ido la situación de las manos. Tal vez había tirado el puñal, aunque no lo creía capaz de hacerlo. Aquella arma había pertenecido a la familia desde hacía más de dos mil años. Sabina se volvería loca si se enteraba de que se había deshecho de ella.

—¿En serio pensabas que iba a aparecer en la casa del tipo ese y me lo iba a cargar así sin más? ¡Pero qué tipo de persona te crees que soy! —Adrián aparentaba estar realmente irritado por las sospechas de David—. Acabo de volver de un bolo, devuélveme mi maleta y déjame en paz. Y

si quieres saber qué es lo que piensa Sabina de todo esto, ve a verla, joder. ¿No te das cuenta de que en realidad sí que te importa lo que le pase a la familia? Acéptalo de una puta vez. Acepta lo que eres y actúa en consecuencia. Todos estamos esperando que tomes las riendas de la situación.

David se disculpó ante Adrián y le dejó marchar. Estaba claro que se había equivocado con él, su reacción no podía haber sido más clarificadora. Se dirigió al cuarto de baño y se quitó la ropa. Mientras esperaba a que el agua alcanzara la temperatura adecuada, miró en el espejo del lavabo las heridas que la pelea con Manu Olabe había dejado por todo su cuerpo. Aquel cabrón estaba entrenado para saber cómo noquear al adversario. Sin embargo, lo que más le dolía era la actitud de Ander con él. Seguía sin entender del todo por qué estaba tan enfadado. Todo lo que había hecho desde que había sufrido aquel accidente había sido acompañarle primero, y después intentar averiguar si los Bechs habían estado detrás. Todo lo había hecho por él. Sentía que se lo debía. ¿Por qué entonces le trataba de esa manera? Ander tenía razón cuando le había acusado de ser un egocéntrico. Nunca había tenido problemas en reconocerlo, incluso había llegado a vanagloriarse de ello más de una vez. Pero aquella acusación en boca de Ander lo había hundido. Pensaba que le caía bien, que Ander le apreciaba. Pero estaba claro que la opinión que su antiguo supervisor tenía de él difería mucho de la que él hubiera deseado. Se metió en la ducha. El agua estaba a la temperatura perfecta pero cambió de opinión. Giró el grifo hasta que salió helada y se colocó debajo del chorro esperando que el dolor que sentía bajo la piel fuera amortiguándose. Pero no lo consiguió. Al cabo de tres minutos aquella horrible sensación no había remitido. Tenía ganas de llorar y no soportaba sentirse tan vulnerable.

Mientras se dirigían en el coche de Jon a la localidad de Labastida, en la parte más occidental de La Rioja Alavesa, Anne no dejaba de releer el segundo *e-mail* que aquel remitente anónimo que se hacía llamar El Falutista de Hamelin le acababa de enviar. De nuevo, el contenido se limitaba a un enlace y una clave que, probablemente, la llevaría a alguna sección de aquella misteriosa página *web* a la cual no podría volver a acceder una vez la hubiera leído. Pero esta vez estaba prevenida. En cuanto visualizara la publicación, haría una captura de pantalla para poder releerlo tranquilamente más tarde en caso de que desapareciese. Desde su posición de copiloto, era imposible que Jon, al volante, viera el mensaje. Lourdes, por su parte, se encontraba mirando su propio teléfono móvil en el asiento de atrás. Así que, después de sopesar los riesgos que había de que ambos vieran el correo electrónico, llegó a la conclusión de que eran mínimos. Al pinchar en el *link* e introducir la clave volvió a acceder, como esperaba, a aquel extraño *blog* de la primera vez.

“ La fábula del pastor. Moraleja.”

Bajó a la ciudad de la alianza, y no lo halló. Buscó en el corral de sus ovejas, y no lo halló. Vagó por la gran llanura que rodea la ciudad llamándole, mas tampoco lo halló. Vólvió a subir al monte y, al fin, encontró Orciano al viejo.

—Anciano, algo extraordinario ocurre en las alturas. Una nube maravillosa se acerca lentamente por el horizonte.

—Llama a tus hermanos y abridme los ojos con unas barras.

Así lo hizo Orciano y él y sus hermanos subieron los párpados al viejo, que al fin pudo ver: Su sueño fue claro como la luz del día.

—La nube nos arrancará la lengua y se la llevará de aquí, aunque nunca logrará silenciar nuestra voz. Llorad, porque el tiempo ha llegado. El fin de nuestra raza ahora es. Tiradme montaña abajo y corred con vuestras piernas jóvenes.

Así lo hicieron Orciano y sus hermanos y, una vez llegados abajo, escondieron el cuerpo del anciano bajo las piedras sagradas. Y corrieron. Y nunca más se supo de ellos”.

De nuevo, al terminar de leer el relato, volvió a aparecer el mismo mensaje que cuando recibió la primera parte de la historia.

“Pocos son los privilegiados que conocen esta fábula. Cuidate de no contarlo, o el jardín volverá a ser un infierno.”

¿Y la moraleja? Anne revisó las dos capturas de pantalla que había tomado, pero no encontró nada parecido a una moraleja. Miró a Jon, que seguía concentrado con la mirada fija en la carretera. Lourdes, por su parte, seguía enredando en su teléfono móvil con cara de preocupación. Anne volvió a releer la segunda parte del cuento. Había algo que le resultaba terriblemente familiar. Enseguida supo de qué se trataba.

“*La nube nos arrancará la lengua y se la llevará de aquí, aunque nunca logrará silenciar nuestra voz*”. Aquella frase se parecía mucho a la conclusión a la que había llegado Mechero tras analizar la vida del santo sin nombre de la copia del Códice 60. El manuscrito medieval hablaba de algo muy parecido. “*Él les enseñaba a hablar con el Señor con la lengua santa venida de los cielos.*” Anne no dejaba de pensar en la expresión “*los cielos*”, relacionándola directamente con el concepto de “*nube*” que aparecía en la historia que le había enviado El Flautista de Hamelin. Era una metáfora muy clara. La lengua de Orciano y sus hermanos podía ser el euskera. Si la nube se había llevado aquel idioma lejos del lugar donde vivía el pastor y aun así había pervivido, como dejaba entrever la fábula, desde luego podría decirse que de alguna forma esa lengua provenía de los cielos. Volvió a sentir una terrible sensación en la boca del estómago, que terminó derivando en un ligero mareo. Respiró hondo. El recuerdo de la última conversación con Mechero, cuando éste la llamó por teléfono desde el invernadero de las Torres Isozaki, minutos antes de la explosión, se hizo más presente que nunca. Y, en ese momento, sentada en aquel coche, con Jon Arkaute a su izquierda y Lourdes del Río detrás, se dio cuenta de que estaba asistiendo a un acontecimiento milagroso. Nunca había otorgado credibilidad a la creencia religiosa de la resurrección de los muertos. Pero era evidente que, de vez en cuando, alguno se levantaba de la tumba y volvía a la vida. La fábula del pastor tenía que ser la prueba que Mechero había encontrado en la biblioteca de la Fundación poco antes de la explosión, y que, según él, demostraba su teoría del origen celestial del euskera. Ahora entendía la amenaza del mensaje final que aparecía después de haber leído el relato. No le podía contar a nadie el contenido de aquel cuento porque el jardín podía volver a ser un infierno. La idea de un jardín ardiendo en el infierno se parecía mucho a la imagen del invernadero de la Fundación Petunia quemándose tras la explosión. El remitente del *e-mail* le estaba aconsejando que no dijera nada a nadie, porque podía volver a ocurrir lo mismo, porque continuaban en peligro. Y lo más importante, aún faltaba la moraleja. Se moría de ganas de leer la enseñanza camuflada en aquellas líneas. Nadie como él podía haber ideado algo tan ingenioso y a la vez tan cauteloso. Allí donde se escondiera tenía que estar muy asustado. Ansiaba verle. Mechero tenía que estar vivo. Mechero tenía que ser el Flautista de Hamelin.

Sentada de aquella manera sobre la encimera de granito de la cocina del *loft* de Deusto, Alicia Rández aparentaba tener unos diez años menos de los que realmente tenía. Había algo en la manera en que había doblado su pierna izquierda para después sentarse sobre ella que recordaba mucho a la actitud desenfadada y descarada de una adolescente. Su fachada jovial no dejaba entrever la ansiedad y la preocupación que tenía por no saber cómo interpretar el moratón en el pómulo y la herida en el labio de su amigo. Trataba de aparentar que aquella visión de Ander no la afectaba lo más mínimo, pero el presentimiento de que algo grave había ocurrido no le dejaba adoptar una actitud serena y calmada como le hubiera gustado transmitir. Ander le había contado lo que había sucedido en aquel cuarto de baño de La Pecera cuando Manu había entrado y se había encontrado a su marido y a David en una situación aparentemente íntima. Al parecer, en mitad de la reyerta, Ander se había llevado algún que otro golpe aunque, según él, el peor parado había sido David. Alicia se sentía culpable por no ser del todo sincera con Ander. Sentía no haberle contado que desde hacía un tiempo se acostaba con David, pero temía que él no la entendiera y terminara rechazándola. Para ella David no significaba nada más que un mero disfrute sexual. Lo cierto es que congeniaban en la cama y de vez en cuando le echaba de menos, pero en aquella relación, si se le podía llamar así, ella no buscaba nada, y estaba convencida de que David tampoco. Los dos eran demasiado parecidos para comprometerse de una manera más profunda. Se caían bien y se apreciaban, pero aquello no era más que una simple amistad con ciertos privilegios consentidos por ambos. Mientras analizaba las ventajas e inconvenientes de contárselo a Ander, él cambió de tema drásticamente.

—He encontrado en los archivos de Inés la carpeta de David.

—¿Qué interesante! ¿Cómo le llamaba Inés a David?

—“Chuloplaya”, todo seguido, tal cual. ¿Alguna objeción al mote?

—No, le viene que ni pintado —trató de bromear ella sin poder evitar fijarse de nuevo en las heridas del rostro de Ander. —De todas formas, ¿también habla de David? ¿Hay alguien a quien Inés no espiase?

—¿Ya estamos otra vez a vueltas con lo mismo? A ver, no todo ese trabajo de espionaje, como tú lo llamas, lo hizo Inés personalmente. La mayor parte de la información que tenía de los trabajadores de Artechnia se la facilitaron precisamente algunos de nuestros propios compañeros. No sabes lo que le gusta cotorrear a la gente. Inés tenía el don de hacer que la gente confiara en ella y hablara más de la cuenta. En cuanto a David, lo único que habla de él es que estaba convencida de que había entrado en Artechnia con enchufe. Inés encontró mi currículum y el de David en el despacho de Suzanne Bechs. Y, por lo que parece, junto al de David había una carta de recomendación para que Artechnia le admitiera escrita por un hombre muy influyente. Un tal Alejandro Zuberoa.

—¿Insinúas que ese hombre podría ser “el pez gordo”, el hombre misterioso con el que quedaba la Presidenta?

—Todo apunta a que así es. Los últimos momentos de Inés en este mundo los dedicó a investigar por su cuenta la identidad de ese hombre, lo cual demuestra lo mucho que Inés me apreciaba. Se tomó muy en serio el engaño de David cuando le dijo que él y yo habíamos descubierto un fraude en la contabilidad de la empresa y que por eso David sospechaba que alguien me lo había hecho pagar con el accidente de coche. Creo que tras descubrir la carta de recomendación, Inés indagó por su cuenta y comprobó que varias sociedades en las que Alejandro Zuberoa figuraba como miembro del órgano de administración o como apoderado, habían hecho, en diferentes momentos, varias transferencias a las cuentas de Artechnia, de cantidades no muy grandes para no levantar sospechas. La pista se la tuvo que dar una transferencia que ese hombre había hecho a Artechnia, esta vez a título personal, sin justificación alguna. Mira, está señalada aquí —le dijo enseñándole un documento—. Inés accedió fácilmente a la información que el Registro Mercantil publica *on line*, cualquiera puede hacerlo de hecho, y fue comprobando cómo varias empresas en las que él ocupaba algún cargo, habían hecho todos esos traspasos de dinero. Fue anotando todo lo que iba descubriendo pero, por lo que deduzco, no fue capaz de encontrar todas las facturas que justificasen esas transferencias y las que localizó no había por dónde cogerlas. No te lo pierdas, en total sumaban ¡más de cien mil euros! Mira, lo he impreso. Inés lo apuntó todo concienzudamente. Sería una cotorra y una portera, pero era la trabajadora de Artechnia más eficiente. Quiso ayudarme a toda costa y ver si lo que le había dicho David era verdad, y mira cómo lo pagó —dijo Ander, mientras le entregaba varios folios.

—Blanco y en botella. Pero ¿qué relación tenía ese señor con David como para recomendarle e insistir de esa manera en que le contratara Artechnia?

—Inés no dice nada más del tema. De hecho, he mirado las fechas de los archivos y esta especie de informe es lo último que escribió antes de morir. Pero he tirado de Internet y sí que aparecen cosas de ese tal Alejandro Zuberoa. Es un empresario importante de Logroño y es aristócrata, no te lo pierdas. Y, según un reportaje de sociedad en una revista, es padre de dos hijos, Adrián y Lucía, que tuvo con una mujer con la que no llegó a casarse, Concepción Elguea. Aquí la tienes, en una foto colgada en la *web* de la asociación de vecinos de Lacaverna. Es un pueblecito de La Rioja Alavesa.

—Ah, entonces ya sé cuál es la conexión. Alejandro Zuberoa tiene que ser un familiar de David, no se me ocurre otra explicación. Cuando visitamos La Rioja Alavesa, David y yo estuvimos alojados en la casa rural de una señora que él conocía. Y David aprovechó que estaba cerca para ir a ver a su tía, que vivía en Lacaverna. Igual esa mujer, Concepción Elguea, es la tía a la que visitó.

—Puede ser. Si al menos Arrate Mendía pudiese confirmarnos el nombre del hombre misterioso con el que se citaba William Dik por encargo de Suzanne Bechs... A lo mejor nos podría aclarar alguna cosa más de esa conversación que escuchó entre la Presidenta y William.

Cuando Ander se levantó de la silla para acompañarla hasta la puerta, Alicia Rández se dio cuenta de que su cojera había empeorado desde la última vez que lo había visto. ¿Tendría algo que ver la pelea que habían protagonizado Manu, David y él en Artechnia? Quiso pensar que probablemente esa sería la razón, pero, en el fondo de su corazón, una alarma silenciosa no dejaba de advertirle de que Ander no le había contado toda la verdad.

La mujer les abrió la puerta después de comprobar que quien había llamado al timbre era Lourdes del Río. Ubicada muy cerca de la Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción y de la céntrica plaza donde se levantaba el Ayuntamiento de Labastida, la casa de la hermana del profesor Koldo de Andrés era, con diferencia, uno de los inmuebles más antiguos de la zona o, al menos, eso le pareció a Anne. Al entrar, dos gatos persas y tres siameses les habían dado la bienvenida interpretando todo un recital de bufidos y maullidos que les pusieron los pelos de punta. No parecían muy acostumbrados a la presencia de extraños en el domicilio. Sentados en el sofá deshilachado del espacioso salón, Anne y Jon esperaban en absoluto silencio mientras Erkuden de Andrés les miraba de reojo desde el pasillo y hablaba con Lourdes del Río. Las dos se comunicaban mediante susurros, como si desearan pasar inadvertidas en medio del concierto gatuno, que de vez en cuando se reactivaba. Al cabo de un rato, después de que Jon se viera obligado a apartar de un manotazo a uno de los animales que acababa de morderle en el brazo, las dos mujeres regresaron con el semblante ensombrecido. Aquello no podía ser muy buena señal.

—Erkuden dice que Koldo lleva desaparecido unos días. Al principio pensó en llamar a la policía, pero él le ha mandado un par de mensajes por el móvil para tranquilizarla.

Anne observó a la hermana del profesor. Era una mujer avejentada que no tenía la edad que aparentaba. Su aspecto físico recordaba al de una señora rozando los ochenta, vestida de negro de los pies a la cabeza y con un estrafalario pañuelo de motivos florales que cubría todo su cabello. Pero su mirada la delataba. A pesar de la primera impresión que se había llevado de ella, no debía de andar lejos de los cincuenta.

—Estoy convencida de que está escondido en Vitoria, en casa de alguno de los antiguos miembros de Los Carlinos, pero no tengo ni idea de quién. Hace menos de un mes estuvo aquí en casa, y lo noté especialmente nervioso. Había pasado la mañana en el monte, como casi todos los días que está en el pueblo; le gusta mucho pegarse unas buenas caminatas nada más amanecer. Decía que estaba ocurriendo algo horrible, algo relacionado con la asociación, y que no podía decirme nada, porque temía que me pasara algo si me lo contaba.

—¿Y por qué cree que está en Vitoria? —preguntó Jon.

—Porque le vi el billete de autobús que había sacado para ir a Vitoria al día siguiente. Se marchó sin despedirse, algo muy extraño en él, pero, aun así, le dio tiempo a hacer la maleta y meter algo de ropa. Yo tengo las llaves de su casa, porque se la limpio de vez en cuando y le llevo comida. Cuando vi que no daba señales de vida ni contestaba a mis llamadas, entré en su casa y descubrí que también se había llevado el ordenador portátil y dinero. Creo que se llevó hasta parte de la colección de viejos discos de vinilo que le regalé por su cumpleaños y que me juró que no le gustaban. Faltaban bastantes de la caja. O eso o los había tirado anteriormente a la basura, el muy cabrito. Espero que no, porque me costaron un ojo de la cara.

—Pero yo pensaba que Los Carlinos habían desaparecido ya como asociación —apuntó Anne.

—No, cariño —sonrió la mujer—. Bueno, de cara a la galería dejaron de existir hace mucho tiempo, pero yo sé que aún se siguen reuniendo, aún de forma más clandestina a cómo lo hacían

antes. No os voy a mentir, yo formé parte del grupo hasta hace algunos años, aunque poco a poco lo fui dejando. Pero otros muchos se siguen reuniendo a día de hoy, ¿verdad que sí, Lourdes?

Lourdes del Río bajo la mirada avergonzada. Había algo en la forma en que había agachado la cabeza que denotaba que aquella afirmación le causaba dolor. La voz temblorosa que empleó a continuación para contestar así lo confirmó.

—Sí, se siguen reuniendo. Lo sé por alguno de los compañeros. Pero yo hace mucho que no voy. Sé que no soy bien recibida.

—¡Qué tonterías dices, Lourdes! Mira, no sé qué paso exactamente para que mi hermano y tú riñerais, pero seguro que fue por el bocazas de Koldo. Ya sabes que cuando se calienta puede decir muchas tonterías. En el fondo seguro que te echa de menos. Deberíais hablar y arreglarlo.

—No es tan fácil, Erkuden, pero gracias.

Se despidieron de ella agradeciéndole su hospitalidad. No les dejó irse hasta que degustaron el queso y el vino crianza de una bodega de la villa. Jon Arkaute no probó ni gota, estaba aún molesto con el trato que había recibido por parte de los gatos de Erkuden, pero Lourdes y Anne dieron buena cuenta del ofrecimiento, y entre las dos acabaron con casi la tercera parte del queso y Lourdes además con más de un cuarto de la botella de tinto. Nada más abandonar el edificio, y con las chispas del alcohol asomándose de manera graciosa en cada una de sus palabras, Lourdes les reconoció el esfuerzo de no hablar de la Fundación Petunia delante de Erkuden de Andrés. Salvo que su hermano se lo hubiera revelado en el tiempo que había pasado desde la última vez que había hablado con él, Erkuden era uno de tantos miembros de Los Carlinos que no habían pasado el filtro para acceder a la Fundación. Si alguna vez llegaba a enterarse, no quería ni imaginar cómo se lo haría pagar a Koldo.

—Vámonos a Vitoria. En menos de media hora estamos allí. Koldo no me habla desde lo que ocurrió con Tomás Benguría. Erkuden me ha dicho que Koldo piensa que mi ambición hizo que yo le empujara a Tomás a arriesgarse demasiado en la misión que Koldo le había encargado y que por eso no pudo soportar la presión y se suicidó. No tiene ni idea del infierno personal por el que Tomás estaba pasando.

—Y una vez allí, ¿qué hacemos?

—Pues está claro. Tenemos dos opciones. O nos recorremos todas las residencias de la tercera edad buscando a Véspero Aizaga para que nos cuente qué es lo que está pasando, lo cual no me parece muy oportuno teniendo en cuenta que esa amable señora tiene la habilidad innata de acabar con todo aquel jardinero que se le acerca, o bien vamos a hablar con Koldo directamente.

—Pero, ¿sabes dónde está?

—Por supuesto. Erkuden me ha dado la pista —afirmó apretando la mandíbula y los puños. El alcohol la afectaba de una manera jocosa, confiriéndole una locuacidad y una seguridad en sí misma que normalmente no mostraba. Mientras ponían el coche en marcha en dirección a Vitoria, Anne solo pensaba en una cosa. No dejaba de recordar la fábula del pastor, esperanzada por la idea de que Mechero fuera El Flautista de Hamelin y estuviera vivo.

Sabina Elguea miraba con atención las sombras fantasmagóricas que el sol del atardecer dibujaba al reflejarse sobre el tronco podado de una de las vides que rodeaban su caserío en Lacaverna. La imagen de la planta, descarnada, desnuda, solitaria en medio de aquel conjunto de cepas hermanas, abandonada a su suerte esperando el resurgir de la primavera, hizo que la melancolía que arrastraba desde hacía un tiempo se incrementara aún más. Siempre se había considerado a sí misma una mujer fuerte y poderosa, pero ahora, sus casi dos metros de altura no impedían que se sintiese pequeña y desprotegida. Sabía que era una mera sensación subjetiva, que su condición de centinela llevaba aparejada la protección eterna de la cercana montaña, del señor que la gobernaba y de las criaturas que la habitaban. Pero aun así, ya no era lo mismo que antes. El don de la vigilia era en sí un regalo maravilloso, pues era el símbolo de la alianza entre su dios y su pueblo, y así había ocurrido desde hacía más de dos milenios. Pero no lo soportaba más. Tenía que reconocerlo. Quería volver a ser la que había sido durante tantos años y no verse esclavizada por aquel destino fatal escrito en su sangre. Aunque eso significase volver a tener aquellas extenuantes visiones que la hacían perder la consciencia la mayoría de las veces. Prefería padecer aquellos extraños sueños antes de tener que pasar por este sufrimiento de camino a su calvario particular. No quería morir. Al menos no tan pronto, cuando todo estaba por hacer. Se sentía tan sola...

Y tenía miedo. Sí, tenía que admitirlo. Odiaba no saber a ciencia cierta quién era el autor de las muertes de aquellas pobres chicas, Elixabete y Maite, a las que ella había ayudado en su momento. Se sentía tremendamente culpable por lo que les había ocurrido; ellas eran inocentes, no se merecían haberse marchado de este mundo de esa manera tan horrible. Si tuviera enfrente al que todos llamaban “El asesino del *blog*” le sacaría los ojos de las cuencas con sus propias manos y le arrancaría la piel a bocados. Atreverse de aquella manera tan descarada a revelar al mundo parte del legado sagrado tendría sus consecuencias. Los enemigos de su linaje tenían que pagar cara su osadía. Aquellos asesinatos eran un mensaje directo dirigido a ella como cabeza visible de la familia. Un despropósito sacrílego mancillando la muralla eterna. Estaban locos si pensaban que iba a permitir que lo consiguieran. El sabor del rencor volvió a amargar su paladar, como lo había hecho prácticamente desde que era una niña, cuando Véspero comenzó a instruir la acerca de la malignidad que caracterizaba a aquellos miserables invasores y a todos sus descendientes.

Todas las señales apuntaban a que la profecía estaba cumpliéndose y la puerta a punto de abrirse. Así lo soñó el oráculo hacía más de dos mil años, así lo soñaron algunos otros centinelas insomnes después y así lo aseguraban las palabras sagradas transmitidas de generación en generación. Si al menos Véspero despertara de su letargo, habría alguna posibilidad de enfrentarse al usurpador. Con David negándose a defender la causa de la familia, las probabilidades de triunfo eran escasas, pero no iba a dejar de intentarlo. Sabía que tenía una posibilidad.

Completó su paseo vespertino por los lindes más exteriores de la finca y decidió volver a casa. Se sentía cada vez más agotada y había comenzado a perder el apetito. Antes de llegar a la puerta lateral de la vivienda por la que se accedía al jardín, sintió que ella la observaba, agazapada en la penumbra cada vez más densa que cubría las vides. Estaba allí, con su rumor aviar y su mirada vacía, sopesando si Sabina era digna o no, escrutando cada partícula de su ser. Sabina estaba aterrada, pero a la vez excitada ante el carácter extraordinario de aquella visita. Ésta era la primera vez que ella acudía, por voluntad propia, a su presencia. ¿Acaso había ocurrido algo que la hubiera empujado a hacerlo? Las lágrimas de emoción inundaban sus pupilas. Rogó al señor de la montaña que la ayudara y la protegiera. Iba a ser una noche muy larga.

Anne Wellington entró en el establecimiento procurando hacer el suficiente ruido como para que la persona a cargo supiese que un cliente había entrado. Esta vez no le hizo falta llamar al timbre del mostrador. La propietaria enseguida salió de la trastienda para atenderla. Anne la saludó mostrándole una gran sonrisa, esperando que la mujer le correspondiera con un trato igual de cordial al de la última vez que había hablado con ella. Pero Miren Martínez de Ilarduya, la anticuaria de la calle Correría del casco viejo de Vitoria, no se mostró tan entusiasmada como ella.

—¿Qué desea, señorita? —le preguntó.

—Buenos días, no sé si se acordará de mí. Estuve el otro día hablando con usted. Me dio su referencia Edurne Martín, la hija de Angelines, de Lacaverna...

—¿Y qué quiere ahora? Ya le dije todo lo que sabía —la interrumpió.

—Mire, señora, no quiero molestarla, pero es que estoy un poco perdida y no sé a quién más acudir. La pista que usted me dio me fue de gran ayuda, pero ahora mismo estoy en un callejón sin salida. He llegado a la conclusión de que la persona que se encargó en su día del análisis de la escultura que apareció en la iglesia de Lacaverna, el Demonio Azul, fue un profesor universitario de renombre, Koldo de Andrés, aunque también se le conoce como Luis Andrés. Me preguntaba si este nombre le dice algo o si tiene idea de dónde anda... No sé, si ha oído hablar de él. Cualquier cosa que me diga me puede servir.

—Mire, señorita, no sé quién es ese hombre, pero ya le dije que lo mejor es que se alejara de Los Carlinos. No son buena gente y puede acabar escaldada. Y ahora, si me lo permite, he de regresar dentro para seguir haciendo inventario. Ha sido un placer volver a verla —dijo mientras volvía a la trastienda.

Anne abandonó el anticuario y al cabo de unos cinco minutos volvió a entrar, esta vez acompañada de Jon Arkaute y Lourdes del Río, que tocó con energía el timbre del mostrador varias veces seguidas hasta que la mujer volvió a aparecer. Anne estaba algo asustada por la actitud un tanto agresiva de Lourdes. Meses atrás no se hubiera imaginado una escena así. La anticuaria, al verles, hizo un pequeño amago de volver a meterse en el almacén, pero desistió cuando Lourdes comenzó de nuevo a tocar el timbre de manera frenética.

—¡Basta! No permito esta escandalera en mi tienda —dijo la mujer, enfadada.

—¿Así que ahora resulta que no conoces de nada a Koldo de Andrés? Me sorprendes, Miren —dijo Lourdes.

—¿Qué haces tú aquí y que tienes que ver con esta joven?

—Esta joven y este caballero, ahí donde los ves, cultivan maravillosamente bien los jardines que Petunia tiene plantados por el mundo. Te los presento. Anne Wellington y Jon Arkaute.

Miren Martínez de Ilarduya enmudeció de repente ante el atrevimiento de Lourdes al pronunciar el nombre de la Fundación.

—¿Dónde está Koldo? —preguntó Lourdes con un tono de voz que no dejaba lugar a dudas acerca de lo irritada que estaba.

—Hace siglos que no le veo —contestó ella. —Ya sabes que no son buenos tiempos para la Fundación.

—Ya. Venga, ahora dime la verdad. Muy interesante el numerito que montaste cuando Anne vino a preguntarte si sabías algo del Demonio Azul. Y muy inteligente por tu parte, tengo que reconocértelo. Poner a parir a Los Carlinos y asustar a quien te pregunta por ellos haciendo ver que son muy muy malos y que es mejor alejarse de ellos. Te felicito. Anne se creyó tu actuación de pe a pa. ¿Dónde está Koldo?

—¿Por qué tendría que saberlo?

—¿Te ha gustado la colección de vinilos antiguos que te trajo? —le preguntó Lourdes.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Erkuden me lo dijo sin saber que me acababa de confirmar el paradero de su hermano. No se me ocurre otra persona que Koldo conozca en Vitoria que pueda tener interés en una colección desfasada de viejos vinilos. Si a eso le sumas que lleváis juntos más de treinta años ... tú me dirás.

—¡Cállate, tú qué sabrás! —gritó airada la mujer.

—Hola, Miren, encantado de conocerte —intervino Jon—. Mira, sé que estás asustada y que realmente no sabes si puedes confiar en nosotros, pero puedes estar segura de que es vital que demos con el paradero del profesor De Andrés. Un amigo nuestro ha muerto por culpa de algo que no alcanzamos a comprender del todo y que involucra directamente al profesor y a la Fundación.

—¿Vuestro amigo es el joven que murió en la explosión del invernadero de Bilbao? —preguntó Miren.

—Sí, acababa de cumplir veinte años —contestó Jon.

Anne bajó la vista tratando de disimular, no quería que la anticuaria le notase que no terminaba de creerse del todo que Mechero estuviera muerto. Era imprescindible que aquella mujer les diese información.

—Siento lo de ese muchacho, de verdad —dijo la anticuaria—. Pero creedme que es mejor que no revolbamos más la mierda. Si todo ese lío de la explosión significa que Petunia está en serio peligro, creo que todos podemos ser potenciales objetivos de quien quiera que esté haciendo esto.

—¿De verdad te crees que vamos a quedarnos de brazos cruzados? —preguntó Lourdes—. ¿Dónde está Koldo? Contéstanos o me pongo a gritar como una posesa. Con suerte, algún vecino llamará a la policía. ¿Es eso lo que quieres?

—Está en Bilbao —contestó al fin Miren.

—¿Qué hace allí?

—Ha ocurrido algo horrible. Por eso os digo que me da miedo seguir hablando del tema.

—¿Qué ha pasado, por Dios? —Lourdes estaba a punto de perder los nervios.

—Nos han atacado de nuevo, Lourdes.

—¿La biblioteca? —preguntó Jon.

—No, la biblioteca está bien blindada. Han entrado en casa de Begoña Argenta. Han asesinado a su marido —contestó Miren tragando saliva.

—¿Juan Mari? —preguntó Anne. Recordaba a aquel anciano de aspecto extraño al que había visto de manera fugaz reflejado en un espejo en casa de Begoña la última vez que había hablado con ella. El mismo hombre con el que Mechero había quedado en más de una ocasión. Aún recordaba aquel día en el que había visto cómo el anciano le entregaba varios billetes al joven.

—Sí. Lo enterraron ayer en la más estricta confidencialidad. La policía lo relaciona con una oleada de robos en casas particulares que se llevan produciendo desde hace un tiempo en Bilbao. Koldo vuelve mañana, o eso me ha prometido.

—¿Y por qué nadie nos ha dicho nada? Un mísero *e-mail*, un mensaje, algo... —dijo Jon, extrañado de no haber escuchado nada en el informativo.

—Los Mayores lo han preferido así. Koldo... bueno, Koldo tiene sus razones para que Begoña le haya avisado. Me ha dicho que estaba muy asustada. Nunca hemos asistido a tal cadena de desgracias en tan poco tiempo. Koldo dice que el ataque iba dirigido a la Fundación, y en especial a Begoña. Por suerte no se encontraba en casa cuando sucedió todo.

—¿Qué sabes tú de todo este lío, Miren? —preguntó Lourdes—. Seguro que Koldo te ha contado más cosas de las que todos nosotros sabemos.

—Parece mentira que no conozcas a Koldo, Lourdes. A las personas que quiere trata de protegerlas a toda costa, y la mejor protección tratándose de Petunia es conocer cuanto menos mejor. Contigo también lo hizo en su día, pero parece que tú no te quedaste muy conforme y actuaste por tu cuenta —la recriminó.

—Eso es algo entre Koldo y yo, te agradecería que no te metieras. ¿Quién te has creído que eres?

—Tranquilízate, Lourdes —dijo Jon tratando de suavizar la tensión que se palpaba entre ambas mujeres—. Confíemos en Miren. Podemos esperar. Si Koldo llega mañana a Vitoria podemos quedar con él, si a ti te parece bien, Miren.

—Vistas las circunstancias, creo que es lo mejor —dijo ella.

Un sonido agudo y débil, casi imperceptible, acompañó sus pasos mientras abría la puerta de madera maciza y entraba rápidamente en aquel despacho de casi veinte metros cuadrados que, a diferencia del suyo, contaba con dos enormes ventanas. Era la señal que avisaba de que la cámara que vigilaba el área donde se ubicaba la estancia, había girado hacia el otro lado. Aunque muchas de las cámaras que había dispuestas por todo el edificio eran discretas y silenciosas, el modelo elegido para vigilar los espacios comunes donde se ubicaban los despachos era el de la tradicional cámara que giraba hasta abarcar un arco de ciento ochenta grados. Era una forma de hacer ver a los empleados que estaban siendo observados. Una vez dentro, cerró la puerta inmediatamente, de manera que cuando la lente de la cámara volviera a registrar ese ángulo, se la encontrara tal y como la había dejado antes de rotar. Aquella estratagema hubiera hecho avergonzarse a cualquier espía profesional, pero no se le había ocurrido otra forma más rápida y sencilla de evitar ser grabada.

Examinó visualmente el cuarto y no pudo evitar sentir envidia por la amplitud y el lujo con que estaba decorado. Pero enseguida consiguió espantar el monstruo de los celos, no había tiempo que perder. El noventa y cinco por ciento de los empleados que trabajaban en aquella planta de Artechnia estaba en esos momentos en la cafetería, en sus casas o en algún restaurante cercano, tomando el almuerzo, incluida la titular de aquel despacho, pero en cualquier momento podían regresar. Se concentró. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer. El programa no le era ajeno, lo había utilizado en más de una ocasión en su propio puesto. Activó la pantalla del ordenador e introdujo la llave personal e intransferible que los empleados de más alto nivel utilizaban para acceder al sistema. Hizo los cambios oportunos sirviéndose de un lápiz de memoria que había preparado con la información de la que disponía. Manipuló las fechas para que no figurara que aquellos cambios habían sido introducidos en ese momento. Sabía que era algo ridículo, además de un poco chapucero, y que solamente serviría para despistar en un primer momento, ya que, cualquier experto podría averiguar que esas fechas habían sido adulteradas a propósito. No obstante, si eso ocurría, estaba segura de que, en cualquier caso, la segunda parte del plan pondría también contra las cuerdas a Artechnia. Los auditores externos de la compañía estaban al caer. Seguramente todo se precipitaría muy pronto. Repasó cada uno de los pasos que había dado y comprobó que no se había equivocado. Había terminado mucho antes de lo que había estimado. Extrajo la llave de acceso y la guardó en el primer cajón del escritorio. Miró el reloj de su muñeca. Faltaban exactamente doce segundos para que la lente de la cámara del pasillo volviera a girar hacia el otro lado. Había estudiado durante varias jornadas lo que tardaba en moverse en uno y otro sentido. El patrón se repetía sin variación todos los días de la semana. Entreabrió la puerta y, por si acaso, comprobó que la cámara no estaba apuntando en su dirección. La pequeña señal lumínica roja que acompañaba la lente en cada uno de sus movimientos estaba resultando verdaderamente útil. El despacho quedaba muy cerca de las escaleras así que, al igual que había hecho al acceder a la planta, las volvió a usar para salir de allí.

Solo cuando se hubo encerrado en uno de los aseos de la novena planta, se quitó los guantes de látex. Se sentía desbordada por la adrenalina. Pensó en que aquella sensación tenía que ser muy parecida a la que tendría un ladrón al salir de un museo del que acabara de robar una pieza de gran valor. Ella no había robado nada, pero no estaba libre de culpa. Lo que acababa de hacer era un delito. Intentó convencerse a sí misma de que el fin había justificado el medio. Tomás se merecía aquello. Ander se merecía aquello. Ahora que había planificado su futuro fuera de Artechnia, no se iba a marchar sin que nadie pagara por lo que le habían hecho tanto al que consideraba el amor de su vida como al que creía que era una de las personas más nobles que había conocido. Pensó en las consecuencias que aquello tendría para el futuro laboral de Pierre y no se sintió culpable. No le importaba lo más mínimo lo que pudiera pasarle. Se sintió mal por tener ese tipo de pensamientos y aún seguir compartiendo su vida con él. Tarde o temprano tendrían que hablar.

La casa de Miren Martínez de Ilarduya estaba ubicada en uno de los pequeños pueblos que conformaban el municipio de Vitoria-Gasteiz. El concejo de Aretxabaleta colindaba con la ciudad, de cuyo casco medieval apenas le separaban a pie treinta minutos. Aun así, el silencio y la sensación de aislamiento eran palpables en sus calles del interior, las más alejadas del centro comercial que hacía las veces de muga con el núcleo urbano. La anticuaria vivía en un caserío que había comprado al poco tiempo de trasladarse a vivir a Vitoria. Disponía de una planta baja inmensa, que albergaba el salón y la cocina de concepto abierto, además de un pequeño aseo, y de una planta superior con cuatro dormitorios y el cuarto de baño principal. Jon Arcaute, Lourdes del Río y Anne Wellington habían podido alojarse en habitaciones separadas, lo cual les había permitido desconectar del estrés al que se estaban viendo sometidos los últimos días. Al amanecer, Anne había salido a dar un paseo disfrutando de la tranquilidad de las calles y de una pradera cercana donde había aprovechado para descalzarse y caminar sobre la hierba impregnada aún con las gotas de la lluvia que había caído durante la noche. Cuando regresó, pasadas las ocho, se encontró a Jon, Lourdes y Miren contemplando un programa de noticias en un canal de televisión estatal, mientras desayunaban. Algo importante había ocurrido, porque ninguno de los tres levantó la vista del aparato para saludarla.

El asesino del *blog* había vuelto a actuar. Anne tuvo que sentarse en una de las sillas dispuestas alrededor de la mesa cuando vio las imágenes del cordón policial rodeando la escena del crimen. Aún no había confirmación de que fuera obra del mismo demente, pero todos los indicios parecían apuntar en esa dirección. De nuevo, había actuado de noche, cuando la probabilidad de ser sorprendido disminuía considerablemente. En plena almendra medieval, en la calle Santa María, el servicio municipal de limpieza había encontrado a primera hora de la mañana el cadáver de una mujer de mediana edad. Estaba colocado cuidadosamente sobre un banco de piedra de una plaza que albergaba un coqueto jardín público, muy conocido entre los vecinos de Vitoria por acoger en su interior la fachada lateral de un edificio de viviendas cubierta por un espectacular mural pintado a mano. Anne se quedó embelesada contemplando la belleza abrumadora de aquella obra de arte, expresión de lo mejor del ser humano, que contrastaba con el horror del asesinato representado a sus pies. El periodista explicaba a los telespectadores que el mural formaba parte de un proyecto cultural por el que diferentes personas, provenientes de muy diferentes ámbitos, profesionales y de carácter *amateur*, habían ido dotando a diferentes fachadas de edificios ubicados en el casco viejo y en otros barrios de la ciudad, de maravillosas obras de arte como la que parecía que había elegido el asesino para enmarcar su crimen. El mural en cuestión se llamaba “El triunfo de Vitoria” y estaba inspirado en el cuadro “El tahúr del as de diamantes” del pintor barroco francés George de La Tour. Tres eran los personajes que protagonizaban el mural, todos ellos retratados con indumentaria medieval. En primer plano, la Dama Vitoria, símbolo de la ciudad, aparecía jugando una partida de naipes con un hombre corrupto que le estaba haciendo trampas y enseñando sus cartas al público, orgulloso de su maquinación. Pero, sin duda, el personaje principal era la criada de la Dama, que, dándose cuenta del engaño, avisaba a su señora

de lo que estaba ocurriendo. La criada simbolizaba al pueblo de Vitoria, que permanecía fiel y protegía a la ciudad.

En el suelo, el asesino había colocado el cuerpo de la víctima sobre un pequeño muro de piedra que solía ser utilizado como banco, pegado a la fachada. En esta ocasión, la mujer rondaba los cuarenta años y, al igual que la primera víctima, Elixabete García, su blusa había sido recortada en la parte inferior y en las mangas, con lo que la conexión entre ambos crímenes era clara. El jardín, a pesar de ser público, tenía un horario limitado de visitas y en invierno cerraba a última hora de la tarde, de modo que se especulaba con que la puerta de la verja de acceso hubiera sido forzada para dejar el cuerpo allí. Las autoridades estaban muy preocupadas, debían atrapar a aquel loco cuanto antes. Vitoria estaba a punto de acoger el prestigioso congreso internacional de antropología y pronto comenzarían a llegar varias personalidades de diferentes países, tanto pertenecientes al ámbito político como al cultural. La ciudad no podía permitirse que el asesino siguiera campando a sus anchas. Dos de los conferenciantes habían cancelado su asistencia alegando razones personales, pero corría el rumor de que en realidad lo habían hecho por la sensación de inseguridad que se estaba proyectando hacia el exterior, lo cual no encajaba en absoluto con el espíritu tranquilo y hospitalario de la ciudad.

Anne observaba las imágenes que la cadena estaba retransmitiendo en directo, con su corresponsal alejado varios metros del cordón policial. Había algo que no cuadraba con su propia teoría. Lo más evidente era la edad de la víctima, que sobrepasaba con creces lo que podía identificarse con una “doncella”. Además, exceptuando el hecho de que había estallado una tormenta a media noche y seguramente el cuerpo estaría empapado, no veía ningún rastro de agua en las inmediaciones, como en los otros dos asesinatos. Aunque quizá sí que había alguna fuente pública en la plaza que no estaba siendo captada por la cámara. Por otro lado, le resultaba intrigante cómo se las había arreglado el asesino para dejar allí el cadáver sin ser visto. Aun así, estaba convencida de que este nuevo crimen era otro aviso para David y su familia. Se imaginó el cadáver de David protagonizando el próximo asesinato. Si el autor había roto su regla de escoger una joven como víctima, no veía por qué no había de elegir a un hombre. Había algún detalle que seguramente se le estaba escapando en todo aquel decorado, pero no le cabía duda de que, efectivamente, aquel monstruo era el mismo que había acabado con Elixabete García y Maite Ortiz.

—Vaya, parece que hemos llegado a Vitoria en el momento más oportuno, cuando toda la atención mediática está puesta sobre la ciudad —dijo Lourdes.

—Parecía que la cosa se había calmado desde que apareció esa chica muerta en el humedal de Salburua, pero esto ya no es ninguna broma —dijo Miren—. Me va a dar miedo quedarme sola en la tienda. ¿Tan difícil es atraparle?

—No sabemos cómo de avanzada está la investigación policial —puntualizó Jon.

—Ahora, yo no sé qué ven los periodistas en común a las tres muertes. Para mí no se parecen en nada, salvo lo de las ropas recortadas en la primera y la tercera mujer —añadió Lourdes—. Mucho asesino del *blog* por todas partes, pero no hay dios que entienda lo que quiere transmitir con sus crímenes.

—Bueno, igual no quiere transmitir nada, igual simplemente está loco. ¿No te parece? —dijo Miren—. ¿Tú qué opinas, Anne?

Anne ni siquiera escuchó la pregunta, sus ojos no podían despegarse de la pantalla de su teléfono móvil. Acababa de recibir un nuevo correo electrónico de El Flautista de Hamelin y el asunto del *e-mail* no podía ser más atrayente en esos momentos: “Moraleja”. Sonrió mientras imaginaba a Mechero diseñando todos aquellos acertijos y mensajes enigmáticos. Cuando lo tuviera delante, le daría un par de besos, como era la costumbre local, y le felicitaría por su ingenio.

60.

Suzanne Bechs se consideraba a sí misma una mujer paciente y con los nervios templados, pero en esos momentos, la ira que cegaba cada uno de sus movimientos mientras paseaba por la sala de reuniones número diez de La Pecera, no le dejaba pensar con claridad. En sus años al mando de la compañía, jamás se había encontrado con un frente como el que de repente se le había abierto y no estaba segura de cuál era el mejor paso a dar para tratar de frenar la situación. Sabía que lo tenía muy difícil. Todo el mundo esperaba que la Presidenta del Consejo de Administración tuviera siempre en mente la solución óptima a todos los problemas con los que Artechnia pudiera toparse y, de hecho, casi siempre había cumplido con aquella expectativa. Pero esto era demasiado. Los auditores de la compañía se lo habían dejado muy claro, la situación era de riesgo inminente. Si aquello saltaba a los medios de comunicación, sería el principio del fin de Artechnia en Bilbao, y, probablemente, el principio del fin del imperio de los Bechs en toda Europa. Ahora que parecía que comenzaban a levantar cabeza después de tanto sufrimiento, se presentaba este golpe del destino.

Desde que había regresado a Bilbao por lo que había pasado con Wilfried, todo había ido de mal en peor. En buena hora se le ocurrió prometer a su hermana Fiona en el lecho de muerte que cuidaría del pequeño Wilfried y le protegería de cualquier peligro. Si Fiona hubiera sabido el hombre vil en el que acabaría convirtiéndose su hijo, jamás le hubiera pedido aquello. Wilfried siempre había sido el miembro más débil de la familia y sus actos habían puesto en peligro lo que durante tantos siglos habían conseguido mantener en secreto. La muerte de aquella muchacha en el río sagrado había sido la gota que había colmado el vaso de todos sus desvaríos. Por suerte, consiguieron que las aguas se calmasen y Wilfried no acabara en la cárcel.

Había estado visitándole en la clínica donde estaba ingresado y lo había visto de buen ánimo, aunque apenas podía moverse. A pesar de que el cariño por aquel pequeño monstruo en el que se había transformado su sobrino con el paso de los años había desaparecido hacía mucho tiempo, no había podido evitar sentir lástima por él. Ni siquiera alguien como Wilfried se merecía algo tan horrible. Tendría que reunirse con el resto de la familia para decidir entre todos cuál iba a ser el paso a dar para solucionar aquel desafío. Este ataque no se podía quedar sin respuesta, había mucho en juego. Sabía quién estaba detrás de todo aquello, tejiendo su tela de araña en la sombra, para que otros hicieran el trabajo sucio que ella no quería hacer. Había habido otros enfrentamientos entre ambos linajes en el pasado, pero lo de aquella mujer superaba todas las expectativas. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera por mantener su posición privilegiada y eso, de alguna manera, le hacía sentirse invencible. Ella le pararía los pies.

—Pasen y ocupen sus sillas —ordenó a los asistentes a la reunión sin ni siquiera saludarles—. Como sabrán, les he citado personalmente a cada uno de ustedes porque quiero saber cuál es su versión de los hechos.

—Disculpe, señora Bechs, si me lo permite me gustaría saber qué hago yo aquí —intervino Sharon Van Roden malhumorada—. Sin ánimo de ofender, creo que esto no me incumbe para nada. Y me gustaría añadir que estoy perdiendo un precioso tiempo aquí mientras podía estar terminando de perfilar el programa de lanzamiento de la Safety Cam 3. Tengo a todo mi equipo esperándome para que vuelva.

—Usted, señora Van Roden, al igual que los demás, están aquí porque en mayor o menor medida han tenido acceso al programa que gestiona la contabilidad de la empresa. Le recuerdo que usted no ha estado siempre en la posición que ahora ocupa —le contestó la Presidenta.

—¿Qué es lo que ha ocurrido exactamente? —preguntó otro de los presentes.

—Como sabrán, recientemente ha comenzado la auditoría trimestral de la empresa, y el despacho que la está llevando a cabo ha detectado varias actuaciones negligentes, si no dolosas, que nos pueden dejar en muy mal lugar, por decirlo de manera suave. Necesito que me aclaren qué es lo que ha podido suceder para que la compañía esté en la situación límite en la que se encuentra ahora mismo. Si saben algo, si han oído hablar a alguien más de la cuenta, cualquier cosa, deben decírmelo. Ya.

—Señora, creo que piensa que todos los que estamos en esta sala tenemos conocimiento de lo que está hablando, pero le aseguro que yo, personalmente, no tengo ni la más remota idea —dijo uno de los asistentes más jóvenes.

—Delito contable. Les estoy hablando de delito contable. Alguien ha manipulado la contabilidad de la empresa realizando anotaciones ficticias. No estamos hablando de un mero despiste o error material, se trata de algo mucho más grave. Se han incluido gastos que no tienen su correspondencia real, no hay ninguna factura que los justifique. Y no les estoy hablando de una cantidad pequeña. Esto es muy serio.

Un murmullo se extendió entre los trabajadores que ocupaban la fila más alejada del centro de la estancia. Suzanne Bechs tuvo que insistir varias veces hasta conseguir que volvieran a guardar silencio. Solamente uno de los allí presentes no había abierto la boca desde que había comenzado la reunión. Pero no tuvo más remedio que contestar ante las graves acusaciones vertidas por el resto de sus compañeros. Estaba segura de que ella no había hecho nada ilegal en el tiempo que llevaba en su puesto. Sin embargo, sentía que los demás la consideraban la responsable más directa de aquel desaguisado, y no estaba dispuesta a tolerarlo. Podía ser muchas cosas, pero no una incompetente.

—Suzanne, como veo que la mayoría de mis compañeros piensan que yo debo pagar el pato por lo que supuestamente han encontrado los auditores, me veo en la obligación de defenderme. Me gustaría decir un par de cosas, si me lo permite.

Suzanne Bechs la miró con delicadeza. Sentía un gran afecto por aquella joven, le recordaba a la mujer que ella misma había sido un día, decidida, aguerrida, valiente, cabal y consecuente con sus actos. Desde un punto de vista objetivo, la primera decisión que debería haber tomado era despedirla, pero, tratándose de ella, no quería cometer una equivocación. Sí, ella era una de las dos máximas responsables de la llevanza de la contabilidad de la empresa. De hecho, su rango profesional en Artechnia le permitía acceder a cierta información privilegiada que la mayoría de empleados no tenían. La empresa encargada de la auditoría y el departamento de informática lo habían dejado bien claro en su informe. Los datos de aquellos apuntes contables ficticios habían sido introducidos desde el ordenador de una de sus secretarías de dirección. Todo apuntaba a que

aquella muchacha, que apenas llevaba unos meses ocupando el puesto de su anterior secretaria, Inés San Juan, era la culpable de todo aquello. Quizás la presión de su puesto había podido con ella y no estaba lo suficientemente preparada como para ocupar el cargo. Tal vez el departamento de recursos humanos se había equivocado estrepitosamente con ella a pesar de los exámenes psicológicos del procedimiento de selección y su excelente formación académica. Pero no quería creerlo. Su instinto le decía que ella no podía ser la responsable. A lo mejor había sido alguno de los administrativos a su cargo.

—No llevo mucho tiempo en esta compañía, pero creo que no necesito demostrar mi valía y mi experiencia profesional, por no hablar de mi matrícula de honor tanto en mi grado universitario como en los dos postgrados.

—Perdona, pero creo que la empresa en la que estuviste trabajando antes de venir aquí entró en concurso de acreedores —dijo Sharon Van Roden, mientras buena parte del resto de los presentes asentía con la cabeza.

—¡Qué obvio! ¿verdad? —se defendió—. Muy oportuno el dato. Gracias, Sharon. Un placer hablar contigo, de verdad. Mira, yo no voy a ser la cabeza de turco que pague por esto. No he hecho nada. Insisto, mi integridad personal le da mil vueltas a la de la mayoría de los que estáis aquí. Como sabrás, y si no te lo cuento, la situación de concurso de acreedores de mi anterior empresa se debió a muchos factores, entre ellos, a la falta de previsión y diligencia de los administradores.

—Y qué casualidad que tú fueras la directora financiera —insistió Sharon.

—¡Basta! —las interrumpió Suzanne Bechs—. Si les he reunido aquí no es para que se acusen sin pruebas los unos a los otros. Si esta situación salta a la prensa, les puedo asegurar que habrá más de un puesto de trabajo en peligro. La credibilidad de la compañía quedaría por los suelos y podría acabar con su prestigio y forzar su desaparición. ¿Me entienden? Les doy un plazo de tres días para que encuentren una explicación lógica a lo que ha sucedido o demuestren que los auditores se han equivocado en su diagnóstico. Quiero pruebas. Si no las tengo, me veré obligada a despedir a unas cuantas personas de las aquí presentes. Todos ustedes tienen una parte de responsabilidad en la llevanza de la contabilidad. No me puedo permitir, Artechnia no se puede permitir trabajar con gente incapaz. Y no me temblará el pulso si tengo que cortar varias cabezas. Les aseguro que serán despidos procedentes.

Un murmullo volvió a emerger entre la muchedumbre, mientras unos y otros se acusaban mutuamente de ser los responsables de aquella situación. La Presidenta salió de la sala sin despedirse. Mientras Sandra Esteban hacía lo propio y se dirigía a su despacho, una lágrima resbalaba por su mejilla, consecuencia directa de la rabia que sentía por la trampa que alguien le había tendido. Las palabras de Sharon Van Roden habían sido de lo más elocuentes, todos le habían dado la razón. La sombra de su pasado al frente del departamento financiero de su anterior empresa volvía a perseguirla y a condicionar su futuro laboral. ¿Cómo se suponía que iba a encontrar pruebas del verdadero responsable y salvar el cuello en tan poco tiempo?

Junto a la máquina de café del pasillo, Alicia Rández se tomó un té frío sopesando las palabras que había dicho la Presidenta Suzanne Bechs en la sala de reuniones. Se sentía pletórica por el exitoso resultado de sus actos, pero a la vez, el miedo a que acabaran descubriéndola y la terrible

culpabilidad que sentía por haberle hecho aquello a Sandra Esteban, consiguieron amargarle el triunfo. Acababa de aterrizar como quien dice en Artechnia y no se merecía esto, pero no había otra forma más rápida de conseguir el objetivo. Era el plan perfecto. Aún así tenía que darse prisa. No podía correr el riesgo de que la sombra de la sospecha se alargara de alguna manera sobre ella. Mientras se dirigía a buscar su teléfono, pensó en Ander, pero sobre todo pensó en Tomás Benguría. Aquella familia de dementes le había arrebatado al hombre que más había amado en su vida y el sabor de la venganza comenzaba a aplacar la ira que devoraba sus entrañas. Aun así, aún le faltaba rematar la jugada. De lo contrario, las cosas podían ponerse muy feas para ella.

61.

Las caras de Lourdes del Río, Jon Arkaute y Anne Wellington evidenciaban lo mal que les acababa de sentar que Miren Martínez de Ilarduya les confirmara la decisión de Koldo de Andrés de retrasar su llegada a Vitoria. Ella misma se sentía decepcionada, pero las circunstancias habían forzado al profesor a quedarse en Bilbao. Un escueto mensaje de *whatsapp* había sido la vía utilizada por De Andrés para comunicárselo a Miren, que no había dejado de llamarlo desde el día anterior. Sentados alrededor de la mesa de roble del salón del caserío de la anticuaria, sin haber recogido aún lo que había sobrado del desayuno, los tres trataban de no perder la calma, mientras analizaban las alternativas que tenían para dar el siguiente paso y esclarecer algo más de lo descubierto por el profesor, hasta que éste regresase. Estaban en un punto muerto. Lo único que se les ocurrió fue tratar de localizar a Véspero Aizaga e intentar de alguna manera contactar con ella, a pesar del riesgo que ello suponía, teniendo en cuenta el reguero de sangre que la anciana había dejado en la Fundación. Miren les dijo que ella tenía un par de amigas que trabajaban en empresas de limpieza en la ciudad. Sabía que habían trabajado en residencias de ancianos. Podía preguntarles a ver si tenían algún tipo de referencia de la anciana. Tampoco tenía que ser tan difícil recordar a alguien con un nombre tan peculiar. Cuando, a pesar de las dudas, ya habían decidido apostar por esa vía de investigación y la anticuaria ya había contactado por teléfono con una de sus amigas, los tres recibieron cinco llamadas perdidas consecutivas en sus respectivos teléfonos móviles de manera casi simultánea. Se miraron aterrorizados. Sabían perfectamente qué significaba aquel código. Rápidamente buscaron la respuesta en la bandeja de entrada de sus correos electrónicos. Anne les observaba intrigada, no solo por lo extraña que resultaba en sí aquella comunicación, sino porque intuía que algo grave estaba ocurriendo.

—¿Me podéis explicar qué ocurre? —preguntó al fin.

—Es la Fundación —respondió Jon—. Nos citan a una reunión de urgencia en Bilbao. Los Mayores han decidido hablar por fin. Es obvio que lo que ha pasado con el marido de Begoña Argenta les ha hecho reaccionar.

—Esta noche a las once, en la biblioteca del casco viejo —añadió Lourdes—. Supongo que querrán, en la medida de lo posible, no llamar mucho la atención. Espero que por fin hayan dado por finalizado el barbecho.

—¿Tú crees? —preguntó Miren—. No creo que nos hayan citado para comunicarnos simplemente eso. Me temo que si han decidido reunirnos a todos hay algo importante que desean revelarnos. De todas formas deberíamos intentar quedar con Begoña antes, me gustaría darle el pésame.

—Perfecto, así podréis hablar por fin con Koldo, seguro que no falta a la cita —apuntó Anne. Estaba extrañada por el método tan vulgar que había utilizado Petunia para avisar a los jardineros. Pero después del paseo con los ojos tapados por el laberinto por el que se accedía a la biblioteca, lo cierto es que no le había sorprendido del todo. Había algo ridículo, casi cómico, en todo aquel sistema de códigos y ritos iniciáticos tan desfasados, probablemente heredados de una época anterior, cuando aún no había explotado la revolución tecnológica de finales del siglo XX y del siglo XXI, y de la que no habían conseguido desprenderse del todo.

—Siento que no te hayan invitado, Anne —dijo Jon—. Se trata de una reunión al máximo nivel. Estos encuentros requieren la máxima confidencialidad y solo los jardineros de más rango en la Fundación pueden asistir. No te lo tomes como algo personal.

—No, si lo entiendo. Al fin y al cabo soy una recién llegada. Además, creo que es buena idea que yo me quede aquí y hable con la amiga de Miren, a ver si conseguimos averiguar en qué residencia se aloja Véspero Aizaga.

—No sé, no me parece muy buena idea. Esther no sabe nada sobre Los Carlinos o Petunia. Si se te escapara algo, al instante lo sabría media Vitoria. Con Esther nunca te aburres, pero la discreción no es su fuerte —dijo la anticuaria.

—Por favor, insisto. Yo me quedo en un hotel, no tengo ningún inconveniente. ¿Qué pretendéis, que me quede en Getxo, en casa de Jon, todo el santo día mientras os reunís con los demás? El tiempo está en nuestra contra. ¿O esperamos pacientemente a que muera alguien más?

—Creo que Anne tiene razón, Miren —dijo Lourdes—. No perdemos nada por intentar averiguar algo sobre el paradero de Véspero. Aunque no logremos nada, tenemos que intentarlo.

—No me parece que sea lo más correcto dejar a Anne sola —dijo Jon—. Creo que debería quedarse en mi casa hasta que sepamos qué es lo que han decidido los Mayores.

—Jon, me sé valer por mí misma —dijo Anne molesta por lo que él acababa de decir—. No os preocupéis por mí, prometo que estaré todo el tiempo en sitios públicos y que me iré directa al hotel, probablemente hasta pida algo de cenar para que me lo suban a la habitación.

—Estoy con Anne, no podemos perder la oportunidad de hablar con tu amiga, Miren —insistió Lourdes—. No sabemos lo que nos va a deparar la reunión en la biblioteca, pero lo que está claro es que tenemos que intentarlo todo.

El apoyo insistente de Lourdes del Río había sido determinante para que Miren y Jon terminaran accediendo a que Anne se quedara sola en Vitoria. Estaba agradecida a la guía de la Fundación, meses atrás no habría esperado un gesto similar. Miren no había aceptado que Anne se alojara en un hotel esa noche, era mucho más seguro y más cómodo que se quedara en su casa. Minutos antes de que partieran hacia Bilbao, Lourdes entró en la habitación de Anne y cerró la puerta echando el pestillo, mientras Jon y Miren terminaban de prepararse. Sorprendida, Anne se dio la vuelta tratando de ocultar su teléfono móvil debajo de una almohada de la cama.

—¿Qué pasa, Lourdes? ¿Por qué cierras con el pestillo? —le preguntó.

—No trates de aparentar lo que no es Anne, a mí no me engañas. Sé muy bien por qué quieres quedarte en Vitoria. Antes he leído sin querer el pantallazo que habías sacado con tu móvil.

—¿Cómo?

—Lo siento, de verdad, me ha podido la curiosidad. Desde ayer no paras de mirar el móvil a todas horas, como esperando noticias de algo. Sé cuándo alguien oculta algo. Mi experiencia como guía de los jardineros novatos cuando entran en la Fundación me ha enseñado a discernir cuándo alguien no es del todo sincero. Y sé que tú no lo estás siendo.

—¿Me has cogido el móvil sin mi permiso?

—Ha sido un momento, antes, cuando has ido al baño. Y tranquila, solo he visto lo que tenías en pantalla, ni siquiera ha dado tiempo a que el patrón de seguridad se activase. Te prometo que no he visto nada más.

Anne no sabía si creer del todo sus palabras. Decidió dejarla hablar. Si había leído el último mensaje de El Flautista de Hamelin, podía haber interpretado cualquier cosa. Sin embargo, sus esperanzas de que Lourdes no hubiera reparado en el pequeño matiz que se escondía en las líneas del mensaje, se desvanecieron enseguida.

—¿Crees que está vivo?

—¿De qué hablas? —contestó Anne.

—Venga, Anne. Después de a dónde hemos llegado no me trates como si fuera una idiota. ¿Crees que es Borja? —le preguntó Lourdes, utilizando el verdadero nombre de Mechero.

—Sí, tiene que ser él. Estoy convencida.

—¿Pero qué es toda esa historia de la moraleja?

—Creo que lo que trata de revelarme es algo que descubrió poco antes de que supuestamente muriese en la explosión del invernadero. Tengo la certeza de que esa pudo ser la razón del ataque y seguramente él piensa lo mismo. Por eso está tomando tantas precauciones. Creo que no se fía de nadie. Y no me extraña. No tiene que ser sencillo digerir que alguien haya intentado matarte. Así que si ha decidido confiar en mí, no voy a dejarle tirado.

—Pero... ¿cómo lo ha hecho? ¿Cómo ha conseguido que todos nos creyésemos que había muerto? Por Dios, Anne, que la noticia de su muerte salió hasta en el periódico. ¿En serio crees que es él?

—Lourdes, ahora no me trates de tonta tú a mí. Sabes perfectamente que la Fundación es capaz de hacer creer al mundo la muerte de Mechero y de mucho más.

—¿Te ha mandado algún mensaje más después de este?

—No —dijo Anne, dándose cuenta en ese momento de que Lourdes no sabía nada de los correos anteriores.

—¿Vas a quedar con él si te lo propone?

—Claro que voy a quedar con él.

—Estás loca, no sabes con seguridad que es él. ¿Y si es una trampa? ¿Y si resulta que tú eres el siguiente objetivo de quien quiera que esté haciendo esto a Petunia?

—Voy a quedar con él, Lourdes, tengo que hacerlo. Es él. Tiene que ser él. ¿Has leído bien el mensaje?

—Espero que no estés basando tu convencimiento de que es él en el hecho de que te llame “pelirroja”.

—Creo que esa es precisamente la señal que me lanza para confirmarme que es él —afirmó Anne—. Nadie me ha llamado así desde hace mucho, salvo él.

—Virgen Santa, Anne. No seas ridícula. Es obvio que eso puede llamártelo hasta el mismísimo diablo. Puede que simplemente quienquiera que te haya enviado el mensaje quiera confirmar que tú eres la destinataria y que te conoce, o que incluso quiera hacerte creer que es Mechero. Muchos

hemos oído a Borja llamarte así más de una vez. ¿En serio vas a aceptar quedar con ese tipo solo por el hecho de que te haya llamado “pelirroja”?

—Sé que es él, Lourdes. Tú no lo entiendes, pero sé que es él. Y te juro que si se lo cuentas a alguien, incluido Jon, me encargaré de hacerte la vida imposible. De esto me quiero ocupar sola. Mechero está confiando en mí y no voy a traicionarle. ¿Está claro?

—No me hagas reír, Anne. Sé perfectamente como eres, y este numerito de matona no te pega nada.

—No me conoces de nada, Lourdes. He hecho cosas peores en mi vida, puedes estar segura — le contestó Anne, recordando el episodio vivido en Portsmouth cuando era una adolescente y atacó mortalmente al hombre que había pretendido violarla. Lourdes pareció creer sus palabras. Si era cierto que sabía distinguir cuándo alguien era o no sincero, tenía que haber detectado que lo que acababa de decirle se correspondía con la realidad.

—Está bien... —dijo Lourdes—. Puede que tengas razón. Si de verdad es Mechero, puede que lo mejor sea que nadie más sepa esto de momento. Espero no arrepentirme de haberte dejado citarte a solas con ese tipo. Pero júrame por Dios que si finalmente quedas con él, vas a estar siempre a la vista de la gente. Ni se te ocurra quedarte a solas con él. Y, por favor, mantenme informada todo el rato por el móvil, dónde es el encuentro, a qué hora has quedado, qué es lo que quiere...

—Lo haré, te lo prometo.

Lourdes salió del dormitorio sabedora de que aquello era de todo menos una buena idea. Anne se dio prisa y terminó de arreglarse. Miró por la ventana y vio a los demás esperándola en la calle para despedirse. Jon le saludó levantando el brazo e invitándola a bajar. Volvió a leer el último mensaje de El Flautista de Hamelín, que desafortunadamente también había leído Lourdes, y no pudo evitar sonreír. Ansiaba que Mechero volviera a ponerse en contacto con ella y le indicara la hora y el lugar para reunirse con él.

“*Moraleja.*”

“Toda fábula tiene una moraleja, y, ésta, a pesar de no ser como las demás, también la tiene. Pero solo los elegidos pueden acceder a la verdad. Si estás preparada, estoy dispuesto a revelártela. Ni te imaginas de qué se trata. Tienes derecho a saber qué papel juegas en esta historia, qué papel jugamos todos. Por mi parte, lo tengo claro. Es hora de que la verdad salga finalmente a la luz. Tal vez vaya siendo hora de que nos veamos. Hoy puede ser el día perfecto. Y por favor, no le cuentes nada de todo esto a nadie. Ni tú ni yo queremos que el jardín vuelva a arder. Permanece atenta a tu móvil, pelirroja.”

El lento discurrir del tiempo hacía que llevara varias noches sin conciliar el sueño, ansiando que llegara el día señalado para llevar a cabo su ansiado segundo ataque. El autor de la explosión en el invernadero de las Torres Isozaki sabía que no iba a tener otra oportunidad como aquella. Quizás lo más sensato fuera esperar a tener todos y cada uno de los cabos atados, de manera que el riesgo se minimizase lo máximo posible. Su sexto sentido le indicaba que probablemente era descabellado adelantar tanto el plan. Pero no estaba dispuesto a que las dudas de última hora le hicieran echarse para atrás. Además, lo peor que podía ocurrir era que lo atraparan y, llegados hasta este punto, estaba casi hasta deseando asumir el papel de mártir con tal de que la Fundación Petunia pagara por todo el dolor causado. Su actuación pasaría a la historia y sería una clara advertencia para las generaciones venideras. No era la primera vez que una organización así había tenido que someterse a una purga semejante para purificar sus pecados. Era algo inevitable cuando las cosas se habían torcido de tal manera que el espíritu con el que se fundó en su día se había desvirtuado tanto. Sabía que la Fundación no desaparecería tras el ataque. Sus semillas estaban tan dispersas por el mundo que, pronto, todas se reorganizarían y resurgirían con más fuerza. Pero si su ataque era lo suficientemente impactante quizás sirviera de revulsivo para que las cosas cambiaran, como ya lo hicieron en el siglo XIX. Aquel concilio fue el principio de todos los males que azotaban hoy en día a la organización. Fue tan importante y tan drástica la alteración de su esencia, que incluso entonces se decidió cambiar hasta el nombre de la Fundación. Ahora era necesario más que nunca otro concilio para volver a los orígenes, a lo que siempre fue y jamás debería haber dejado de ser. Muchos eran los que propugnaban un gran cambio, pero muy pocos se habían atrevido a impulsar una acción concreta para conseguirlo. Él sería el acicate, el que les haría ver a todos que era posible, que por muy profundas que fueran las raíces podridas de Petunia, la poda siempre era posible, incluso el trasplante a tierras mejores.

Llevaba mucho tiempo esperando el gran momento, y por fin había llegado. El dolor provocado por la Fundación durante los dos últimos siglos quedaría vengado por su acción sanadora. Nadie se esperaba un ataque como el que estaba a punto de perpetrar. Se sentía incómodo por las consecuencias de sus actos, no era agradable pensar en la idea de acabar con la vida de alguien inocente. Pero no había otra forma. Era el paso necesario, y no se iba a acobardar. Ella era lo mejor que le había pasado en la vida. Su muerte siempre sería un doloroso recuerdo, pero, al menos, serviría para prender la mecha que haría arder los cimientos de Petunia.

63.

Un ruido sordo rebotando contra el eco de su propia esencia, perdiéndose en la soledad que acompaña a quien espera encontrar una respuesta pero a la vez teme hallarla. Los nudillos que vuelven a golpear la puerta, avisando al anfitrión que la visita ha llegado, que el protocolo de bienvenida ha de ser activado. Aunque en este caso no haya bienvenida que valga, tan solo la incertidumbre abriéndose paso con la esperanza de transformarse en certeza. Volver a llamar mientras uno piensa en qué está ocurriendo con su vida, en el daño que está infligiendo a quienes le rodean, en cuál es la decisión más acertada a adoptar, en la posibilidad de mandarlo todo al traste y huir. Pero esa no es la salida, sabe que su destino es demasiado insistente, que tarde o temprano regresará a por él, que no puede escapar, que pronto volverá a soñar lo mismo y, de nuevo, sentirá que debe acatar lo que se espera de él.

Sandra Esteban había irrumpido en su despacho mientras David estaba engullendo la merienda de media tarde que, siendo fiel a su disciplina, se había preparado nada más despertarse esa mañana. Doscientos gramos de claras de huevo líquidas y doscientos gramos de pasta integral cocida habían acabado por el parqué cuando la nueva secretaria de Suzanne Bechs había descargado su ira tirando al suelo los dos envases de plástico que los contenían. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para evitar que no lo destrozara todo.

—Eres un hijo de puta —sentenció ella después de abofetearle la cara—. ¿Qué te pensabas, que no me iba a enterar de que trabajabas aquí? ¿O pretendías encerrarte todos los días en este despacho para que no coincidiéramos?

—Sandra, cálmate.

—¿Qué me calme? ¿Qué me calme dices? Me acabas de joder la vida y ¿eso es todo lo que se te ocurre decir?

—¿De qué coño estás hablando?

—Pensaba que eras un tío decente, que congeniábamos. La idiota de mí acompañándote al hospital cuando te desmayaste. Lo tenías todo planeado, cabrón. Incluso acostarte conmigo si hacía falta, ¿verdad? No sé cómo lo has hecho, pero sé que has sido tú. Por más que le doy vueltas no se me ocurre otra solución. Sé que el otro día cuando estuviste en casa me robaste la llave para acceder al servidor desde el ordenador de mi despacho y manipular la contabilidad. Ni siquiera me di cuenta de que me había desaparecido la llave. Pero se te escapó un pequeño detalle, hijo de puta. Yo jamás dejo mi llave personal en el cajón de mi escritorio. Siempre la llevo encima cuando no estoy en casa.

—Estás loca, Sandra, no tengo ni idea de qué me hablas.

—¿Que estoy loca? Mira tío, me han metido muchas puñaladas traperas en mi vida, pero jamás me la habían jugado de esta manera. No sé qué interés tienes en hacer lo que has hecho, pero sé que has sido tú. ¡Me van a despedir, joder!

—Sandra, yo...

—No eres más que un pijo al que los demás te importamos una mierda. Ahora, te juro que como consiga probar que has sido tú, no voy a parar hasta verte en la cárcel.

Y tal como había llegado se había ido, dejándolo sumido en la soledad de su despacho y con sus zapatos de marca echados a perder por culpa de la clara de huevo.

A las ocho y media había llegado a casa después de haber entrenado un rato en el gimnasio. No había estado a gusto, y no solo por la cantidad excesiva de usuarios que se habían abonado recientemente tras los excesos cometidos durante las fiestas navideñas. Temía encontrarse en cualquier momento con Sandra Esteban allí y no le apetecía volver a enfrentarse a ella. En otros tiempos le habría dado igual y pronto se habría olvidado del tema. Pero el David de antes había dejado de existir hacía meses y no podía dejar de pensar en lo mal que Sandra lo tenía que estar pasando. Resulta que al final Alicia lo había hecho. ¿Pero cómo? Él no había sido capaz de llevar a cabo su parte del plan. Había estado a punto de hacerlo, pero, en el último momento, se había echado para atrás. No podía hacerle algo así a Sandra. Y menos después de cómo se había portado con él. Alicia se tenía que haber hecho con aquella llave de acceso al programa de contabilidad de alguna otra forma. Pero, ¿por qué no le había dicho nada? Estaba claro que había obrado por su cuenta y riesgo. Había pensado en disuadirla. Sandra no se merecía lo que estaban a punto de hacer. Pero no había llegado a tiempo. Alicia se había adelantado y ya no había vuelta atrás. Se sentía un ser despreciable. La excusa que se había puesto a sí mismo para trazar aquel plan con Alicia era su deseo de hacerles pagar a los Bechs todo el mal que habían hecho a su familia, pero en el fondo, sabía perfectamente que ese no era el motivo verdadero. Quería venganza, sí, pero por Ander. Quería que pagaran por lo que le habían hecho. ¿Pero qué sentido tenía tratar de vengar el ataque a un ser inocente como era Ander atacando a otro ser inocente como Sandra? No le daba vergüenza admitir que no había tenido el valor suficiente para ejecutar su parte del plan. En el pasado no habría dudado ni un segundo en llevarlo a cabo. ¿Desde cuándo le habían empezado a importar los sentimientos de los demás? Lo peor era que no se le ocurría ninguna forma de compensar a Sandra. Tuvo que marcharse enseguida del gimnasio agobiado por sus pensamientos.

Al entrar en su ático de la calle Iparraguirre, David se había dado cuenta de que, aun cuando pareciera que las cosas no podían ir a peor, siempre cabía la posibilidad de que sucediera algo que lo empeorase todo aún más. La casa estaba destrozada. Todas las habitaciones habían sido arrasadas por uno o más intrusos, que habían arruinado muebles, ropa y el sinfín de objetos personales que David amontonaba entre aquellas paredes. Pero lo que más le había dolido era comprobar cómo se habían ensañado con las cuernas de ciervo colocadas en la entrada. Hechas añicos. Literalmente. No se habían limitado a tirarlas al suelo, sino que la habían emprendido a martillazos con ellas, reduciéndolas a escombros. Ni siquiera había tenido fuerzas para enfadarse. Sabía que podía llegar a ocurrir en cualquier momento, pero, aún así, no había podido evitar que se le escapara alguna lágrima. Al ver aquella escena de destrucción, había sentido que todo lo bonito que había vivido durante su infancia a través de las fábulas que le contaba la tía Sabina se había esfumado en un segundo. Había llamado inmediatamente a la puerta de la casa de su primo Adrián pero no había obtenido respuesta, y su móvil estaba apagado. Había tratado de localizar también a las tías Sabina y Concha, pero ninguna de las dos había contestado a sus llamadas. Pensó en la estrategia de la tía Sabina al haber diseñado aquella supuesta fortaleza con toda clase

de medidas de seguridad para evitar precisamente un ataque como aquel. Ni las cuernas sagradas habían servido para nada ni Adrián había cumplido con su supuesta función de guardaespaldas. Afortunadamente, no habían encontrado lo que buscaban. El cofre de Sabina Elguea ya no estaba allí. Hacía mucho tiempo que se encontraba en un lugar bien distinto.

Volvió a golpear con sus nudillos la puerta. Si no abría pronto, sabía que otro de sus ataques de pánico podía desencadenarse. Aunque muy atenuadas todavía, notaba ya las primeras señales de su pulso acelerado y la respiración entrecortada, y no quería acabar otra vez en el hospital. A pesar del estado lamentable en el que había quedado su casa, no había dudado en dejarla para acudir a su llamada. Necesitaba aclarar lo que estaba sucediendo y si había alguna posibilidad de arreglarlo, sea lo que fuere que estuviera estropeado. Esa era su prioridad. Que las aguas volviesen a su cauce. Podía estar enfrentado a Sabina, a los Bechs y al mundo entero, pero no soportaba más su enfado. Intentó llamar pulsando de nuevo el timbre, pero fue en vano, no funcionaba. Al fin, la puerta se abrió y su anfitrión le invitó a pasar.

David observó el lento caminar de Ander Goikoetxea mientras éste se dirigía al salón. No estaba seguro del todo, pero tenía la sensación de que la leve cojera que le había quedado como consecuencia del accidente de coche, había empeorado. Parecía que cada paso que daba implicaba una verdadera tortura, por mucho que intentara fingir que no era así. Ander le invitó a sentarse en el sofá que ocupaba la parte central de la estancia. Enfrente de ellos presidía el salón el enorme lienzo fotográfico donde los retratos de Ander y Manu mostraban la mejor de sus sonrisas. En un acto reflejo, David se tocó las magulladuras de su rostro, recordando la pelea en los baños de Artechnia. Ander pareció adivinar su pensamiento.

—No te preocupes, no está —dijo, refiriéndose a su marido—. Se ha tenido que quedar unos días en Vitoria en casa de mi hermana, está hasta arriba de trabajo. Con todo ese lío del asesino en serie, cómo le llaman... el asesino del *blog*, la *ertzaintza* ha pedido la colaboración de los municipales para un operativo de refuerzo en la búsqueda de ese cabrón. Dice Manu que la alarma social en Vitoria es tan grande que ha conseguido unir a ambos cuerpos de policía, cuando, normalmente, no suelen cooperar de esta manera. Mi hermana está asustadísima, hace tres días que no lleva a mi sobrina al colegio; teme que ese tío pueda secuestrarla o hacerle daño o vete a saber qué. En fin, espero que lo atrapen pronto.

—Y yo —dijo David, pensando en los Bechs—. Bueno, qué... ¿ya se te ha pasado el enfado conmigo?

—Me hace gracia, David, porque aún sigues sin enterarte de nada. ¿No tienes ni idea de por qué he querido pasar de ti, verdad?

—Puedo intuir algo, pero sinceramente, prefiero que me lo expliques tú. Está claro que si me has invitado a tu casa es porque quieres hablar del tema.

—¿A ti te parece normal utilizar a Inés San Juan como lo hiciste?

—Yo no utilicé a nadie... simplemente le pedí un favor, nada más —respondió David—. Un momento... ¿me culpas de su muerte? Fue un accidente, joder. ¿Qué tengo yo que ver en eso?

—No fue un accidente, estoy convencido. Igual que no lo fue lo que me pasó a mí. Solo sé que si no la hubieras metido de manera directa en este lío igual ahora no estaba muerta.

—Ander, ¿en serio? ¿cómo puedes hablarme así después de todo lo que he hecho por ti? No sabes todo lo que he tenido que hacer para tratar de averiguar quién es el responsable último de lo que te pasó. Cuando te ocurrió lo del accidente, tuve claro que quien te hubiera hecho aquello debía pagar por ello. Y no se me ocurrió una mejor idea para tirar del hilo que pedirle a Inés que hurgara en el despacho de Suzanne Bechs. Estaba convencido, y lo sigo estando, de que los Bechs están detrás. Si lo de Inés no fue un accidente como tú dices y lo tuyo tampoco, ¿qué culpa tengo yo?

—Me lo podíais haber contado Alicia o tú, y no esperar tanto tiempo.

—Vale, en eso tienes razón, y te pido perdón, de verdad. Pero por favor, no me culpes de algo en lo que no he tenido nada que ver. Por cierto, ¿por qué dices que lo tuyo no fue un accidente? ¿has averiguado algo o cómo?

Ander se le quedó mirando sin saber muy bien cómo responderle.

—Prefiero no hablar de eso, lo siento. No me gusta recordar lo que pasó, intento pasar página, si no te importa.

—Vale, vale, pero... ¿qué tal te encuentras?

—¿Tú que crees? —le respondió de manera abrupta—. ¿Cómo quieres que esté? No me hace ninguna gracia lo que pasó entre Manu y tú en los baños de La Pecera.

—Me refería a cómo te encuentras físicamente, si sigues haciendo rehabilitación y demás, pero bueno, si quieres hablamos de lo que ocurrió con Manu.

—Voy tirando... no sé si algún día volveré a estar como antes del accidente.

—He visto que cojeas más que al principio...

—Ya sé que he empeorado, pero bueno, de momento, puedo caminar. Teniendo en cuenta que por poco me quedo en el accidente, ni tan mal...

David miró a su amigo con preocupación. Presentía que Ander no estaba siendo del todo sincero, había algo que empañaba su mirada, generalmente mucho más nítida.

—Respecto a lo de Manu del otro día... Lo siento, de verdad. No voy peleándome por ahí con la gente porque sí. Como tú mismo viste, básicamente me dediqué a defenderme y a parar sus golpes.

—Siento lo de Manu, David. Cuando me vio solo ahí, contigo, medio desnudo... te puedes imaginar lo que pensó. Lo que me jode es que encima pensase que yo le estaba siendo infiel, ¿te imaginas? ¿contigo? —dijo mientras sonreía. David se revolvió por dentro, no le había hecho ninguna gracia el tono jocoso de Ander.

—¿Y estás tranquilo con un tío que a la primera de cambio reacciona de manera tan violenta?

Ander permaneció en silencio durante unos segundos, era evidente que aquella pregunta le había incomodado.

—Manu no es así normalmente.

—¿Normalmente?

—Manu es un tío inteligente, educado y tiene buen fondo. Fue uno de los botes salvavidas a los que me aferré cuando tuve problemas con mi familia. Me ayudó a valorarme y a aceptarme con

orgullo tal y como soy y, te aseguro que eso era algo que me quedaba muy lejos por aquel entonces.

—¿Qué problemas tenías con tu familia?

—Nunca han aceptado que sea gay. Incluso mi hermana, hoy en día, sé que me quiere porque me lo ha demostrado con creces, pero en el fondo no termina de entender que sigo siendo la misma persona que creció con ella, independientemente de que me gusten los tíos o las tías. Pero bueno, ella no tiene la culpa. Mis padres nos educaron así. Durante mucho tiempo yo me odié por lo mismo. Me fui de casa cuando estaba en la universidad. Les abandoné. Tuve que ponerme a currar para pagarme el último año y la residencia. Me repudiaron. Tuve una época muy oscura en mi vida, hice muchas tonterías y jugué con fuego. Demasiadas veces. Hasta que apareció Manu y me trajo la luz que necesitaba.

—Joder, lo siento mucho. Lo has tenido que pasar fatal —dijo David, mientras colocaba su mano sobre el hombro izquierdo de Ander. Tenían en común más de lo que había pensado en un principio. Él también se había ido de Lacaverna escapando de su familia, intentando romper con el influjo y la dominación que Sabina ejercía sobre él.

—Gracias, pero eso pasó ya hace años —contestó Ander—. Por eso te digo que Manu tiene buen fondo.

—Sí, buen fondo, pero es un cabrón violento.

—Ya... bueno, normalmente no es así.

—La próxima vez que me vea voy a tener que salir por patas o no sé, igual me rompe un brazo o algo.

—He intentado hablar con él, explicarle que simplemente entraste a ayudarme cuando me oíste gritar, pero no se lo cree. Dice que le envié directamente a la cafetería para poder verte a solas. Está obsesionado con la idea de que desde que apareciste en mi vida, no han dejado de ocurrir desgracias.

—¿A ti no te habrá hecho algo alguna vez, no? —David lanzó aquella pregunta sin haber sopesado las consecuencias de haberla formulado. Se estaba arriesgando a que Ander se enfadara y decidiera terminar la conversación en ese momento. Alicia le había comentado sus sospechas, pero le había hecho jurarle que no le diría nada a Ander.

—David... yo... eso es muy personal...

—¿Así que es verdad?

—Solo ha pasado dos veces, la última cuando llegamos a casa después de la pelea contigo.

—¿Solo dos veces? —David no daba crédito a lo que acababa de confesarle Ander—. ¿Tú te estás oyendo?

—A ver, no te imagines nada serio. Han sido un par de empujones, no me ha dado una paliza, si es lo que estás sugiriendo. El otro día me caí al suelo, pero nada más.

—Por eso te ha empeorado la cojera. Lo sabía —David le sujetó con fuerza por los dos hombros—. Ander, querrás mucho a Manu por todo lo que te ayudó, pero eso que tú llamas como “nada serio” se llama maltrato. No sé qué cojones haces con él.

—No seas exagerado...

—Alucino, de verdad. Dices que Manu te ayudó a aceptarte y quererte como eres, pero creo que lo único que hizo fue encontrar la gallina de los huevos contigo, alguien vulnerable perfecto para manipular y moldear a su antojo. ¿No te das cuenta de que eso contradice lo que te está pasando ahora? ¿Cómo puedes decir que te quieres a ti mismo y a la vez tolerar que Manu te ponga las manos encima?

—Tú no lo entiendes... —contestó Ander levantándose y dirigiéndose a la cocina. Su paso renqueante y sus pequeños gemidos de dolor mientras avanzaba, estremecieron a David. ¿Cómo podía Ander permitir que Manu le maltratara? Se levantó y le siguió. Al llegar donde se encontraba, descubrió que estaba sollozando, aunque intentaba disimularlo mientras se preparaba un café. David se colocó detrás de él y le hizo soltar la taza, mientras volvía a colocar sus manos sobre sus hombros. No soportaba verle llorar y menos aún por algo como aquello. Iba a matar a aquel hijo de puta. Ander era una de las personas más buenas que había conocido en su vida. Él le había abierto su corazón sin juzgarle, sin importarle lo cretino que había llegado a ser. Simplemente lo había aceptado. Le había ofrecido su amistad sincera con la ingenuidad de quien regala todo lo que tiene sin pensar en recibir nada a cambio.

—No llores, por favor —le dijo—. Si tú quieres, puedes parar esto. Piensa que Manu no es el centro de tu vida. Puedes ser feliz sin él. Otras personas que te queremos podemos ayudarte, si nos dejas.

Ander se enjugó las lágrimas y se dio la vuelta. La expresión de su cara reflejaba el atisbo de una ligera esperanza. Las palabras de David parecían haber sufrido efecto y le habían reconfortado. Y entonces ocurrió. Acercó sus labios a David y le besó en la boca. David no se esperaba aquella reacción y se quedó paralizado. Pensó en echarse para atrás, pero no quiso herir a Ander y retirarse bruscamente. No en ese momento. Mientras dejaba que el beso se prolongase unos instantes más, se percató de que el corazón le latía a mil por hora. Tener a Ander tan cerca, compartiendo aquella intimidad con él, le hizo sentirse bien, muy bien. Pocas veces en su vida había experimentado la sublime sensación de saberse querido de esa manera. Estaba excitado, pero no quiso aprovecharse de la situación. Le devolvió tímidamente el beso, mientras le apartaba hacia atrás con delicadeza. Le miró a los ojos y se dio cuenta de que estaba asustado, que temía cómo pudiera reaccionar David en ese momento. Aquella expresión de incertidumbre en el rostro de Ander le incitó a abrazarle. Y lo hizo. Lo abrazó con fuerza mientras sentía la respiración acelerada y los latidos del corazón de Ander contra su pecho. Claro que lo iba a ayudar. No se merecía estar con un tipo como Manu Olabe. Haría lo que hiciese falta con tal de que fuera feliz. En ese momento le dio igual tener arrasado su ático, los asesinatos de Vitoria y el maldito legado. En ese momento lo único que le importaba era ayudar a su amigo y devolverle todo lo que él le había entregado y todo lo que, sin saberlo, había hecho por él.

Concha Elguea irrumpió sin llamar a la puerta en el caserío de su hermana. Sabina no solía cerrar la puerta con llave, a pesar de las advertencias que Concha le había hecho mil veces. Esta vez se alegró de que tampoco lo hubiera hecho. La había llamado por teléfono varias veces en los últimos cuarenta y cinco minutos, tanto al móvil como al teléfono fijo, pero no había conseguido localizarla. Estaba asustada, tenía la sensación de que podía haberle pasado algo. ¿Tal vez el don de la vigilia había acabado precipitadamente con su vida? Aunque no era lo usual, todo era posible, en la familia ya se habían vivido casos parecidos en el pasado. El don de la vigilia no siempre implicaba el pasar por la misma fase de alucinaciones progresivas hasta la muerte. No sería la primera vez que ésta sobreviniera de manera fulminante a las pocas semanas de haber comenzado el proceso. El caso de Sabina era especial, normalmente nadie sobrevivía tanto tiempo desde que se desencadenaba. Solo esperaba que Sabina no hubiera heredado de Véspero aquella especie de capacidad de permanecer viva durante años sometida a un letargo casi perpetuo.

La buscó en todas y cada una de las habitaciones de la planta baja, pero no estaba allí. Salio al exterior y recorrió con la vista el huerto repleto de vides, tratando de vislumbrar su silueta entre la maraña de ramas. No había ni rastro de ella. Volvió a entrar en la casa y subió las escaleras. La planta superior estaba recorrida de un extremo al otro por un estrecho pasillo con tres habitaciones a cada lado, la mayoría de ellas destinadas a hacer las veces de trastero. Aunque Concha sabía que no todas. Uno de los cuartos tenía una finalidad algo diferente que muy pocos conocían. La llamó a gritos, esperando que ella la contestase desde el interior, pero no escuchó ningún tipo de respuesta. Trató de abrir una de las habitaciones más alejadas de las escaleras, pero no hubo forma, estaba cerrada con llave. La oscuridad en aquel tramo del corredor era casi absoluta. La empujó con todas sus fuerzas con la intención de derribarla, pero al cabo de unos segundos se dio cuenta de lo absurdo de su idea. Aun así, estaba tan desesperada, que siguió golpeándola con la mano, convencida de que su hermana se encontraba dentro pero no quería responderla. De repente, notó una presencia detrás de ella.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —la voz de Sabina en su nuca la asustó, no la había oído subir por las escaleras.

—¿Dónde estabas? Llevo un buen rato buscándote a gritos.

—¿Qué quieres? ¿A qué viene este alboroto?

—¿Qué has hecho con Adrián? —le preguntó. Sabina se encontraba a apenas medio metro de ella, pero no era capaz de distinguir del todo los rasgos de su cara—. Le he llamado mil veces y no me contesta.

—¿Por qué crees que le he hecho algo?

—Dime dónde está o te juro que ...

—¿Qué vas a hacer Concha? Nada, como siempre. Dedícate a rezar a tu señor Jesucristo, eso se te da bien.

—¿Dónde está mi hijo? —le gritó Concha, a punto de perder los nervios—. Hace tres horas me ha dejado un mensaje en el contestador diciéndome que alguien había destrozado la casa de David

y que te estaba buscando. Parecía muy asustado.

—Tu hijo está donde tiene que estar —le respondió Sabina, aproximándose un poco más a ella.

—¿No le habrás mandado a ...?

—Cállate, ni se te ocurra decirlo en voz alta. Te he dicho un montón de veces que nunca sabes quién puede estar escuchando.

—Nos hemos equivocado totalmente, Sabina. Supongo que habrás visto las noticias.

—Sí, las he visto. No te preocupes, yo me hago cargo de todo, como siempre.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Lo que ha sucedido nos ha venido hasta bien. Sí, yo estaba equivocada. Aunque no lo parezca soy humana y también cometo errores. Adrián se encargará de todo.

—¿Cómo has sido capaz de tomar esa decisión sin consultarme? ¡Soy su madre! Te juro que como le pase algo...

La bofetada que le soltó Sabina resonó por todo el pasillo y a punto estuvo de tirarla al suelo. El dolor provocado por el golpe la paralizó. Miró a su hermana con temor, había algo en su mirada gélida que resultaba aterrador. A pocos centímetros de su cara, el aliento reseco de Sabina resultaba más que hediondo.

—Tu hijo va a hacer lo que tiene que hacer. Ni se te ocurra volver a enfrentarte a mí de esa manera o a discutir mis decisiones. Tú tuviste tu oportunidad y como siempre terminaste fastidiando todo. Nunca has tenido lo que hay que tener para llevar la carga del legado, así que no te quiero ni oír. ¿Quién te crees que ha entrado en casa de David? Ahora más que nunca es necesario no bajar la guardia y mantener al usurpador a raya. Así que vete. Corre a llorar a tu virgen y a tus santos, a ver si te consuelan. Tengo muchas cosas que hacer.

Anne Wellington andaba a paso ligero mirando cada dos por tres hacia atrás, con la sospecha de que alguien la seguía muy de cerca. Una fría lluvia salpicada de vez en cuando por pequeños copos de nieve la acompañó durante todo su trayecto desde Aretxabaleta hasta el casco viejo de Vitoria, donde había quedado con Esther Arburu, la amiga de Miren Martínez de Ilarduya. La calle Cuchillería estaba casi desierta, a excepción de algún que otro viandante esporádico que rompía de vez en cuando la monótona soledad que envolvía cada rincón, algo que no era nada habitual en una vía como aquella, repleta de establecimientos hosteleros dispuestos a satisfacer las exigencias gastronómicas de lugareños y visitantes. El tiempo helador y el hecho de que aún era primera hora de la tarde tenían la culpa. Aunque tal vez aquella ausencia de transeúntes se debía al miedo que imperaba debido al último crimen del asesino del *blog*. Faltaban pocos días para que tuviera lugar la inauguración del congreso internacional de antropología que traía de cabeza a las autoridades. Pronto, las calles del casco histórico de la ciudad estarían repletas de cientos de turistas y expertos en la materia llegados de todas partes del mundo. Caminó deprisa hasta que llegó a la taberna donde la esperaba la limpiadora. Esther Arburu estaba sentada en una de los taburetes situados junto a la barra, degustando una cerveza artesana local. Miren no se había equivocado al describir su aspecto físico. Sin tener aún la edad de la anticuaria, había algo que llamaba poderosamente la atención en ella. Un oscuro tono marrón cubría cada poro de su piel de una manera un tanto artificial, producto de las sesiones de rayos ultravioleta a las que semanalmente se sometía para no perder el bronceado adquirido durante las vacaciones estivales.

—Así que estáis tratando de encontrar a una abuela que se llama Véspero y que lleva algún tiempo en una residencia.

—Sí. Bueno, es muy largo de explicar. Digamos que tenemos la certeza de que es la propietaria de una interesante colección de figuras de porcelana de los años veinte, y queremos localizarla para hacerle una oferta —mintió Anne.

—Ya veo. Miren siempre anda buscando la ganga perfecta para luego sacarle partido en la tienda.

—Es una señora mayor, no sé exactamente los años que tendrá, pero tiene una enfermedad degenerativa que le hace estar postrada en una silla y apenas se mueve. Creo que tampoco puede hablar, por lo que nos han dicho. La persona que nos ha puesto en la pista nos asegura que alguien le dijo una vez que vivía en una residencia de ancianos en Vitoria, pero no tenemos ninguna pista más.

—No sé, así dicho... no recuerdo a ninguna de las residentes de los diferentes sitios en los que trabajado que tenga esas características...

—Siempre está peinando una vieja muñeca, a la que no suelta en ningún momento.

—Un momento. ¿Una muñeca dices? Me está viniendo algo a la cabeza, me has recordado algo. Déjame que piense.

Esther Arburu dio un largo trago a la cerveza mientras trataba de acordarse de por qué le sonaba tanto lo que le había comentado Anne. Al cabo de unos instantes, levantó la mirada de su botella y le propinó un pequeño empujón, motivado por la emoción de haberlo recordado.

—¡Ya está, ya sé por qué me sonaba lo de la muñeca! Esa vieja era una de las que vivían en la residencia donde curraba la pobre chica ésta, la que apareció muerta en el belén de La Florida. Sí, hombre, la del asesino del *blog* dichoso. Cómo se llamaba ...

—Elixabete García —contestó rápidamente Anne.

—Eso, Elixabete.

—¿La conocías?

—Pues no mucho, la verdad. Trabajaba en varias empresas de limpieza, una de ellas la mía. Creo que he coincidido un par de veces con ella. Pobre chica, parecía majísima. Debía de tener problemas de dinero, por lo que se decía.

—¿Entonces?

—La Pepi, una compañera que trabaja conmigo en mi empresa sí que la debía de conocer bien. Aunque ya sabes que a la gente le gusta cotillear lo que sea de los que ya no están para defenderse. Al parecer, antes de morir, le había comentado que estaba muy agobiada desde que había empezado a currar en una nueva residencia, que aunque la pagaban muy bien el trabajo exigía mucho... Y le habló más de una vez de una mujer a la que todas las monjas y las pacientes que vivían con ella le tenían pánico, porque parecía una niña pequeña atrapada en el cuerpo de una vieja y se dedicaba todo el día a peinar su muñeca...

—Puede que sea ella. ¿Sabes el nombre de la residencia?

—Pues no. Pero espera que llamo a La Pepi a ver si se acuerda —dijo mientras trataba sin éxito de contactar con ella—. ¡La madre que me trajo con el congreso ese de las narices! Desde hace dos días los móviles dan por saco en el casco viejo. Dicen que están haciendo pruebas con barridos de no sé qué tipo para evitar escuchas, o atentados, o no sé qué tonterías. Al parecer se espera la llegada de un importante antropólogo de Alemania, que tiene conexiones con el gobierno de su país. Y no se le ha ocurrido otra cosa más que organizar una visita al casco viejo.

Esther Arburu volvió a intentarlo hasta en cinco ocasiones más. Al final, decidieron salir del casco medieval y adentrarse en las calles aledañas. Cuando llevaban casi medio kilómetro andado, por fin pudo hablar con su compañera.

Anne observó el edificio con detenimiento. Pensar que la última vez que había estado en Vitoria había estado tan cerca de Véspero Aizaga cuando aún no sabía el papel que desempeñaba la abuela de David, la hizo recapacitar. Un grupo de turistas atendía las explicaciones de una guía sobre el trazado en forma de almendra del casco medieval de la antigua Gasteiz, que coronaba la colina sobre la que, con los siglos, la ciudad fue extendiéndose. Recordó el macabro encuentro que había tenido con aquella mujer, La Vieja, en la plaza ubicada entre el palacio de Escoriaza-Esquivel y el edificio que albergaba la residencia de Véspero Aizaga, con la muralla medieval de telón de fondo uniendo ambos inmuebles. Un cartel de grandes dimensiones colocado a la entrada de la casa palaciega anunciaba una exposición sobre la cosmovisión del mundo desde el punto de vista de diferentes culturas del mundo y, que sin duda, formaba parte de la agenda de actividades que se habían organizado con motivo del congreso de antropología. A diferencia de aquella vez, en la plaza se respiraba una atmósfera tranquila y acogedora. Tenía el presentimiento de que los caminos de la familia de David y el de ella no dejaban de cruzarse de una u otra manera. Era una

idea ridícula, pero cualquiera que analizara la situación desde fuera podría llegar a la misma conclusión. Miró a su alrededor nerviosa, seguía teniendo la sensación de que alguien la observaba de cerca. La había tenido desde que había salido de casa de Miren en Aretxabaleta y, aunque se había olvidado por completo de ello mientras había estado con Esther Arburu, ahora que estaba sola, volvía a sentir la presencia de alguien siguiendo cada uno de sus pasos. Palpó con sus dedos el collar que había encontrado entre las cosas que la abuela Mary Anne había escondido en la habitación secreta de Sunny House. El tacto de aquel antiquísimo colgante le hizo sentirse más segura. Cuando acababa de decidir volver ya a casa de Miren, notó una vibración en el bolsillo interior de su chaqueta. Era un *e-mail*. Emocionada por si se trataba de un nuevo mensaje de Mechero, abrió el correo y a punto estuvo de pegar un pequeño grito de júbilo. Era El Flautista de Hamelin y le proponía un lugar y una hora para encontrarse esa misma noche.

Lourdes del Río y Miren Martínez de Ilarduya dejaron atrás la iglesia de los Santos Juanes, en pleno casco viejo de Bilbao, y se internaron en la cercana calle Somera, con la precaución de hacerse pasar por dos vecinas más del barrio. Llevaban en la mano varias bolsas de un supermercado local que habían relleno con productos que habían comprado hacía media hora. No era bueno que llamaran la atención. Jon Arkaute se reuniría con ellas más tarde; había ido hasta su apartamento de Getxo a recoger unos documentos que creía podía ser oportuno presentarlos en la reunión secreta de la Fundación. Se internaron en el edificio después de llamar al telefonillo y decidieron subir por las escaleras, no querían cruzarse con ningún vecino. En el descansillo, se encontraron a un operario tratando de arreglar una de las lámparas que les saludó nada más verlas. Lourdes lo observó. ¿Tan obvio era que aquel hombre no era un electricista? Su aspecto fornido y el arma que llevaba oculta en la cintura del pantalón lo delataban. Lourdes sintió vergüenza ajena por lo poco profesional que parecía aquella especie de guardaespaldas que Petunia había colocado en la puerta de la casa de Begoña Argenta. A punto estuvo de decirle que el bulto que producía la pistola se veía desde varios metros de distancia, pero no quiso humillarlo. Por lo menos el otro piso que acogía la planta estaba deshabitado, o al menos eso parecía a juzgar por el cartel de “Se alquila” pegado en la puerta. Llamaron al timbre y les abrió otro hombre con aspecto de matón que ni siquiera les saludó. Directamente les separó las piernas y los brazos y las cacheó sin más miramientos. No tuvieron tiempo ni de protestar, aunque Miren le soltó una bofetada cuando la mano del tipo rozó ligeramente uno de sus pechos. Él ni se inmutó. Las invitó amablemente a que avanzaran por el pasillo hasta el salón. Begoña las estaba esperando desde hacía rato.

—Llegáis tarde —les dijo nada más entrar. La jardinera iba ataviada con una blusa entallada y una falda recta de color negro, y las bolsas bajo sus ojos indicaban que no había pasado muy buena noche. Lourdes se acercó a ella y la abrazó con dulzura, pero Begoña enseguida la apartó.

—¿Se sabe algo? —preguntó Miren.

—La policía sigue su línea de investigación, están convencidos de que se trata de una banda organizada que asalta pisos en Bilbao desde hace unos meses. Pero yo sé, la Fundación sabe, que no es así.

—¿Por qué estáis tan seguros?

Begoña la miró con cara de pocos amigos mientras les mostraba la pantalla de su teléfono móvil.

—Recibí este video en mi correo electrónico al día siguiente. Yo no quiero verlo más. Cada vez que veo esas imágenes siento que me quitan un año más de vida. No soporto ver la cara de sufrimiento de Juan Mari.

Lourdes accionó el botón para iniciar la reproducción del vídeo. En la pantalla, aparecía el marido de Begoña Argenta maniatado a una silla y con la boca tapada con cinta americana. La persona que grababa las imágenes mostraba a Juan Mari en la pantalla de su *tablet* una serie de vídeos de Begoña dentro de la biblioteca de la Fundación y diversas fotografías de la jardinera

hablando con personas desconocidas en diferentes ciudades del mundo. Lourdes reconoció las calles de París y Brujas. A continuación, el hombre reproducía una serie de archivos sonoros en los que se escuchaba a Begoña Argenta hablando de la Fundación Petunia. Eran seis grabaciones obtenidas en diversas reuniones de la organización. En alguna de ellas incluso se oía perfectamente cómo Begoña hablaba del tipo de castigo físico a emprender contra algún traidor de la organización. Visto desde fuera, la escena parecía sacada de una película de mafiosos. La cara de asombro y terror de Juan Mari estremecieron a Lourdes.

—Juan Mari no ... —intentó decir Miren.

—No, cariño. Juan Mari no sabía nada, absolutamente nada. Y yo soy la peor persona del mundo por haberle ocultado durante tantos años a quién tenía por mujer. No puedo aguantar ver su cara y pensar en lo que se le tenía que estar pasando por la cabeza y no me lo voy a perdonar en la vida.

—Pero ¿cómo es posible que no se enterara? Habéis pasado media vida juntos.

—Una vez juré lealtad a la Fundación y he cumplido a rajatabla con el compromiso de confidencialidad. Los juramentos de honor son eso. No se pueden romper.

—¿Y la Fundación te permitió seguir con Juan Mari sin decirle nada?

—Lo mío me costó convencerles. Pero supongo que creyeron en mi palabra. Por mi parte, no he traicionado jamás el juramento. Recuerdo una vez que Juan Mari me pilló hablando con dos de los Mayores que habían venido a visitarme a casa. Se presentó de repente, cuando se suponía que tenía que estar en el trabajo. Había tenido que volver precipitadamente a casa porque tenía casi cuarenta grados de fiebre. Le tuve que decir que eran dos miembros de la O.N.G. con la que suelo colaborar. Y creo que se lo creyó, al menos jamás me contó que sospechara nada.

—¿Sabéis quién lo hizo? —preguntó Miren.

—No. La única vez que se ve a ese miserable en toda la grabación es al pasar frente al televisor, que estaba apagado. Es un instante, pero no nos sirve de nada, llevaba pasamontañas y, además, o no habló mientras grababa a Juan Mari, o borró el audio después, porque no se le escucha en ningún momento. Los Mayores están analizando de nuevo el archivo, pero no tengo ninguna esperanza.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó de nuevo la anticuaria—. ¿Qué dice Koldo de todo esto? Aún no he podido hablar con él, no contesta a mis llamadas.

—Pronto le verás, está invitado a la reunión. Prefiero que te cuente él en persona lo que piensa.

Estuvieron hablando diez minutos más recordando a Juan Mari y su carácter bonachón. Lourdes deseó que, cuando ella muriese, la gente hablara de ella con tanto cariño como lo estaban haciendo en relación al marido de Begoña. Siempre que se enfrentaba a la muerte de alguien conocido tenía el mismo pensamiento y siempre terminaba llegando a la misma conclusión: cuando ella muriese nadie la recordaría ni hablaría de ella. Begoña Argenta le pidió a Miren que esperara abajo, en la calle, mientras terminaba de arreglarse. Las tres irían a cenar a un restaurante cercano antes de acudir a la biblioteca, pero quería hablar un tema personal con Lourdes. Cuando la anticuaria hubo abandonado la vivienda, Begoña volvió a sacar su teléfono móvil. Lourdes la miró temiéndose lo peor.

—¿Qué ocurre, Begoña?

—Aún hay más —contestó mientras le mostraba otro archivo de vídeo que parecía la continuación del primero.

El asesino portaba en la mano una fotografía impresa de Mechero mientras le enseñaba un vídeo a Juan Mari en el que se veía al joven y a Begoña entrando juntos a la librería-cafetería del casco viejo donde se ocultaba uno de los accesos a la biblioteca de la Fundación. Lourdes miró a Begoña y, por la expresión de su rostro, supo que lo peor aún estaba por venir. El asesino reproducía un archivo en el que había registrado una conversación entre Begoña y Mechero, grabada probablemente en la biblioteca de la Fundación, que no dejaba ninguna duda sobre la afiliación del joven a Petunia. Juan Mari parecía conmocionado. Al cabo de pocos minutos comenzó a sufrir unas violentas convulsiones que obligaron a su captor a retirarle la cinta americana de la boca. El marido de Begoña Argenta vomitó durante varios minutos de manera incontenible hasta que no le quedó en el organismo nada más que bilis, que también expulsó. Aun habiendo dejado de vomitar, seguía sufriendo continuas arcadas. La grabación se cortaba en ese punto. Lourdes se levantó de la butaca donde estaba sentada y se situó junto a Begoña. Intentó abrazarla, pero la jardinera se lo impidió apartándola con la mano.

—Begoña, no sé qué decir, la verdad.

—No tienes que decir nada. Tengo esta grabación para recordar el resto de mis días todo lo que sufrió Juan Mari antes de morir. Siento que le he traicionado, que he traicionado el amor puro que me regaló durante todos estos años. Ya no me quedan más lágrimas que derramar.

—¿Juan Mari tampoco sabía que Mechero...?

—Por supuesto que no. Y me consta que Borja tampoco le dijo nada al respecto.

—Lo siento de corazón, Begoña. No me quiero ni imaginar cómo te tienes que sentir. Primero Mechero, ahora Juan Mari... Sé que todos pensáis que no tenía aprecio por Borja, pero puedes creerme que, a pesar de cómo me trataba, yo le tenía un gran cariño. Te prometo que voy a rezar por ellos con toda mi alma.

—No vayas por ahí, Lourdes. A mí no me cuentes tus tonterías cristianas. ¡Antoine! —Begoña llamó a gritos al hombre que les había cacheado a Miren y a Lourdes al entrar en la vivienda. Se acercó hasta donde se encontraba la jardinera con las manos y la boca manchadas de chocolate; era evidente que se había estado pegando un buen atracón en la cocina—. Dile que venga.

Lourdes miró a Begoña sin comprenderla, pero la forma en que le dio la orden a aquel hombre la asustó. Creyó captar un destello despiadado en su mirada y, por un momento, temió por su propia integridad física. No sabía si quería presenciar lo que iba a ocurrir a continuación. El matón desapareció por el pasillo. Al cabo de unos instantes, escuchó con nitidez el ruido seco del gozne de una puerta abriéndose en otro punto de la casa y, unos segundos después, unos pasos aproximándose hacia el salón. Lourdes buscó algún objeto contundente con el que poder defenderse en caso de que lo necesitara, pero se dio cuenta de que no tenía nada que hacer. ¿Qué pretendía con aquellos dos hombres custodiando la vivienda?

Cuando por fin apareció, Lourdes, movida por un reflejo, abrió y cerró los ojos tres veces, sin poder creer lo que estaba viendo. Dirigió la mirada a Begoña, que permanecía impassible, y de nuevo observó a la persona que acababa de entrar al salón. Sintió que el aire se le escapaba de los pulmones, pero enseguida se tranquilizó cuando escuchó su voz.

—Hola, Lourdes.

La guía de la Fundación no entendía nada. Estaba claro que aquello no era una alucinación, pero no pudo evitar santiguarse. Tras hacerlo, se sintió mucho mejor.

—Borja... —acertó a decir por fin.

—Vaya, veo que ni siquiera habiéndome muerto respetas mi voluntad. Te he dicho que no me llames con ese puto nombre, joder.

—¡Borja! No hables así a Lourdes —gritó Begoña.

—Te llamo como tú quieras —dijo Lourdes segundos antes de abalanzarse sobre él y abrazarle. Mechero se sorprendió por la reacción sincera de la guía y las lágrimas de emoción humedecieron sus pupilas, pero fue capaz de retenerlas en el último instante y no llorar.

—Lourdes, es muy importante que, de momento, no digas a nadie que Borja está vivo, no sabemos todavía a quién nos estamos enfrentando. Si te lo he contado es porque me has ablandado antes al hacerme ver que lo echabas de menos de verdad.

—¿Seguro que ha sido solo por eso? —preguntó la guía.

—Tienes razón, ¿a quién pretendo engañar yo a estas alturas? Si te lo he contado es porque te necesito. No quiero que Borja se quede solo en este mundo si yo falto.

—Begoña, no digas eso, por favor... —la interrumpió Lourdes.

—Visto lo visto, cualquier día me tenéis que enterrar a mí también. Lourdes, eres la persona idónea. Sé que es muy egoísta por mí parte pedirte este favor tan grande, pero ahora mismo, no se me ocurre ninguna otra persona dentro de la Fundación que pueda y quiera aceptar este encargo. Y sobre todo de la que me fie al cien por cien. Prométeme por favor que si me pasa algo, vas a cuidarle, guiarle y protegerle dentro de la Fundación. Por supuesto, no te faltará el dinero, no te estoy pidiendo que encima comprometas tu situación económica. Si aceptas, lo tengo todo preparado para que nunca jamás te falte de nada.

—¿En serio le estás pidiendo eso a la monja? —preguntó Mechero irritado—. Preferiría quedarme con uno de esos maromos que tenéis contratados de guardaespaldas. ¿Cómo me va a defender esta de nada? Además, sé arreglármelas yo solito, gracias. Si quiero desaparezco y no me encuentra ni Dios.

—Tú vas a hacer lo que yo te diga —le dijo Begoña—. Te crees que lo sabes todo, pero no terminas de entender la gravedad de la situación. Si has podido esconderte durante estos meses es porque yo me he encargado de que así fuera. Pero no te confíes. No puedes escapar de Petunia, cariño, ¿es que no te acuerdas del juramento que hiciste? ¿Te crees que te van a dejar irte tranquilamente con todo lo que sabes y siendo quien eres?

—Me has jodido la vida, madre —respondió Mechero dando un puñetazo en la pared.

—¿Cómo me dices eso después de todo lo que he hecho por ti, de lo que hemos hecho por ti Juan Mari y yo todos estos años? ¿Quiénes te hemos pagado los estudios? ¿Quiénes te hemos comprado todas esas gorras y esos harapos que llevas puestos? ¿Quiénes te hemos seguido dando dinero aun teniendo edad para trabajar porque eres incapaz de conservar un empleo? Aun no entiendes todo lo que te hemos querido, lo que te quiero. Fuiste el regalo que nos devolvió la alegría a tu padre y a mí, y hemos intentado darte todo lo que creíamos que necesitabas para que salieras adelante. Así que no te permito que digas que te he jodido la vida, no te lo consiento,

porque es mentira y lo sabes. Madura de una vez. ¿No ves lo que ha pasado con tu padre? Necesitas a alguien que te guíe, que te acompañe, que te ayude si yo no estoy. Por lo menos hasta que seas capaz de hacerlo tú solo. ¿Qué me dices, Lourdes? Si no estuviera tan desesperada no te lo pediría.

Lourdes sintió que estaba asistiendo a uno de los momentos más importantes de toda su existencia. Aceptar ser la tutora de Mechero, el hijo de Begoña Argenta, dentro de la Fundación, para el caso de que ella muriese, podía significar un cambio de ciento ochenta grados en su vida y dudaba de estar lo suficientemente preparada para ello. Sin embargo, un sentimiento de culpa arraigado en su corazón desde hacía mucho tiempo y recubierto por varias capas de remordimientos, la ayudó a tomar la decisión. Siempre había estado buscando su lugar en este mundo y jamás lo había encontrado. Envidiaba a las personas de su entorno que tenían muy claro cuál era su razón de ser. Ella jamás lo había sabido. Había intentado llenar ese vacío interior con la fe y la religión y, durante un tiempo, creyó haber descubierto su camino, como sierva de Dios. Pero nunca había dado el paso definitivo y cada vez dudaba más de si llegaría el momento en que tomaría los votos monásticos. Le pidió a Begoña quedarse a solas con Mechero, necesitaba hablar con él y saber si él estaba dispuesto a aceptarla.

—Mechero, sé que nunca me has tenido demasiado aprecio —comenzó a decirle una vez que Begoña hubo cerrado la puerta del salón al salir—. No te culpo, yo en tu situación no sé cómo hubiera reaccionado. Pero déjame intentarlo, por favor. Siento que la vida me está dando esta oportunidad, que Dios me está hablando alto y claro, que por fin puedo redimir los errores del pasado. Sabes que Begoña tiene razón, necesitas un apoyo dentro de la Fundación. Déjame ser esa persona.

—No sé cómo tienes los huevos de pedirme esto, Lourdes. ¿Ya no te acuerdas de lo que hiciste? ¿Cómo pretendes que cambie el chip y haga como que no ha pasado nada? Me parece muy bien que te sientas culpable y quieras cumplir el encargo de Begoña para sentirte mejor. Pero no me pidas que acepte algo que no puedo. Te jodes. No te debo nada. Al contrario. Me alegro de que te reconcoma la conciencia.

—Mechero, por favor, se avecinan tiempos oscuros, no me hagas esto, sé que puedo hacerlo, sé que puede funcionar...

—¡Empujaste a mi madre a la muerte! —le gritó el joven—. ¿Qué te piensas? ¿Que soy un niño que no se entera de nada? Sé lo que hiciste. Sé que tu presión fue decisiva. Me he encargado de llamar a las puertas correctas hasta que me han contado lo que sucedió. ¿Y todo por qué? Por un mísero ascenso dentro de Petunia. ¿Cómo pudiste hacerlo? Te crees que eres la puta ama con tus aires de santurrón, tus rosarios y todas esas mierdas... Pues eres lo peor y me alegro de que lo que hiciste te haga comerte la cabeza.

—Tienes razón —dijo Lourdes a punto de llorar—. No hay día en que no me venga en algún momento a la cabeza el nombre de Julia Ayala. Tu madre era una buena mujer y una excelente jardinera. Jamás me perdonaré que fui yo la que la convenció para que aceptara aquella misión, pero te juro por mi santo padre que aún vive, que no pensé que sería tan peligroso. Tú no sabes la mitad de lo que pasó. Te han podido contar cosas, pero no tienes ni idea. Aun así tienes parte de razón. Me comporté como una trepa. Solo pensaba en hacerme con el puesto de guía de la Fundación en Bilbao. Si Julia fracasaba yo podía tener una oportunidad. Pero jamás deseé su muerte.

—Eres una hija de puta —arremetió Mechero contra ella.

—Perdóname, por favor. Te suplico que me perdones. Hice mal, pero no fue como tú te lo imaginas. Algún día quiero contarte todo lo que pasó para que lo entiendas y, solo entonces podrás juzgar si merezco o no tu odio. Cuanto tu madre murió, hice todo lo posible para que no acabaras en un centro de menores regentado por los servicios sociales. No te imaginas todo lo que tuve que hacer para conseguir que Begoña y Juan Mari pudieran adoptarte. No te imaginas todo lo que tuvo que hacer Begoña para que Juan Mari no se enterara de las circunstancias de la adopción. Lo habría hecho yo misma, pero mi situación económica no me lo permitía. Por favor, créeme. Tanto Begoña, Juan Mari como yo hemos cuidado de ti todo este tiempo lo mejor que hemos podido. Cada uno a nuestra manera. Perdóname, por favor, no puedo soportar que me odies —le suplicó arrodillándose y cogiendo sus manos entre las suyas. Mechero por fin pareció ceder y abandonó su actitud hostil.

—Anda, levántate del suelo. Está bien, te voy a conceder el beneficio de la duda. Quiero que Begoña se quede tranquila y no me dé más la brasa. Pero como resulte que al final yo tenía razón, te juro que no te vuelvo a hablar en la vida.

—Gracias —dijo ella incorporándose y enjuagándose las lágrimas—. No sabes cómo me alegro de que estés vivo y de que hayas decidido confiar en Anne para contarle tu pequeño secreto. No sabes lo emocionada que está de que la vayas a ver esta noche.

—¿Qué coño estás diciendo? ¿Anne Wellington? ¿Nuestra Anne? —preguntó extrañado—. ¿Pero no había vuelto a Inglaterra? Quería contactar con ella tarde o temprano, pero estaba dejando pasar el tiempo suficiente y buscar el modo más adecuado para quedar con ella y no dejar pistas de que aún sigo vivo y coleando. ¿Ha vuelto a Bilbao? Tengo muchas cosas que hablar con ella.

Lourdes se quedó petrificada al escuchar las palabras del joven. Antes de entrar en casa de Begoña había recibido en su teléfono móvil un mensaje de Anne en el que le confirmaba la hora y el lugar en el que había quedado con El Flautista de Hamelin. Miró el reloj de su muñeca. No había tiempo que perder. Cogió su teléfono y la llamó varias veces, pero no daba señal. Llamó a Jon Arkate, pero tenía el móvil apagado. Mechero la observaba moverse de un lado para otro de la habitación, presa del pánico. Lourdes sintió que se iba a desmayar y se volvió a sentar. Sesenta kilómetros y tres cuartos de hora en coche separaban a Vitoria de Bilbao. Pensó en llamar a la policía, pero ¿qué les iba a contar? Era ridículo, la iban a tomar por una desequilibrada. Lourdes miró angustiada a Mechero y supo que todo estaba perdido. Rogó a Dios que el extraño con el que Anne se había citado no fuera la misma persona que aparecía en los vídeos que le acababa de enseñar Begoña Argenta. Suplicó a la Virgen misericordiosa que aquel tipo no fuera el asesino de Juan Mari.

El punto de acceso acordado era uno de los pisos que la Fundación poseía en uno de los edificios de viviendas bajo los cuales se ubicaba la biblioteca del casco viejo de Bilbao. Desde una hora antes del inicio de la reunión, los asistentes habían ido llegando para verse sometidos a un estricto control con el objetivo de minimizar los riesgos. Varios hombres con aspecto intimidatorio se encargaron de registrar las pertenencias de los concurrentes y, en algunos casos, se llevaron a cabo exhaustivos cacheos que provocaron más de una situación incómoda. En los años que llevaba perteneciendo a la Fundación, Lourdes del Río jamás había visto nada semejante. La tensión se palpaba en el ambiente y el silencio reinante hacía presagiar que los Mayores iban a tener que esforzarse para lograr que los jardineros participasen y colaborasen. Era una situación inaudita. Los Mayores jamás habían dado la cara frente al resto de miembros, por muy elevado que fuera el rango de éstos. Petunia era una organización que se basaba precisamente en la opacidad y el secretismo. Si habían decidido hablar era que algo muy grave estaba ocurriendo. Uno a uno, fueron dirigidos a la estancia que hacía las veces de sótano dentro de la biblioteca y a la que muy pocos habían entrado alguna vez. La Sala Cero.

Pasaban casi quince minutos de las once cuando Lourdes del Río y Miren Martínez de Ilarduya accedieron juntas. El comienzo de la reunión se estaba retrasando. Enseguida buscaron un hueco libre entre las sillas que habían sido dispuestas alrededor de una especie de altar colocado al fondo de la sala, justo delante de la puerta blindada por la que se cruzaba a la cámara acorazada donde se custodiaban los archivos más sensibles de la Fundación, como algunos de los libros y documentos que precisaban de una especial protección, entre ellos, la extraña copia del Códice 60. Al final se les había echado el tiempo encima y solo habían comido un par de *pintxos* en un restaurante contiguo a la casa de Begoña Argenta. La madre adoptiva de Mechero finalmente no había ido con ellas, había preferido adelantarse y llegar con puntualidad a la reunión. Lourdes apenas había podido probar bocado. No dejaba de mirar la pantalla de su teléfono móvil a la espera de que Anne, Mechero o Jon contestaran a sus mensajes y llamadas. Ahora no le quedaba más remedio que esperar. En el sótano de la biblioteca no había cobertura, estaba totalmente aislada del mundo exterior. Al sentarse, estuvo a punto de quemarse el pelo con una de las velas colocadas en diferentes partes de la estancia. Le parecía una idea descabellada que se hubiera decidido alumbrar la reunión con ellas, habida cuenta de todos los libros y documentos que había en la biblioteca. Era cierto que la sala que servía de antesala a la cámara acorazada no tenía ningún libro, pero aún así le pareció un despropósito. Petunia tenía que aprender a saber adaptar sus antiguas tradiciones a los nuevos tiempos. Tener velas encendidas en un sitio como aquel no podía dar más que problemas, por mucho que formaran parte del ritual en las ceremonias más importantes de la organización.

Tras varios minutos en los que los jardineros fueron sentándose y saludándose, siempre en susurros, para respetar el protocolo, comenzaron a bajar por la escalera los que todos identificaron como miembros de la comitiva de los Mayores. Ataviados con una túnica de color granate con capucha que les cubría todo el cuerpo desde la cabeza hasta los tobillos, era prácticamente imposible adivinar sus rasgos faciales, a lo cual contribuía sin duda alguna las sombras creadas por la luz oscilante de las velas y la máscara que cubría la parte superior de sus

rostros, también de color granate. Al verlos, Lourdes se santiguó y agarró con fuerza el pequeño crucifijo metálico que adornaba su cuello. Algunos de los jardineros sentados junto a la guía también habían optado por cubrir sus caras con una máscara, en un intento de preservar su anonimato. Se preguntó si alguno de ellos sería Koldo de Andrés. Los Mayores fueron ocupando sus asientos alrededor del altar, mientras entonaban la oración del amanecer, una sobrecogedora plegaria en la que se alternaban versos recitados y pequeñas melodías cantadas en diferentes idiomas, aunque el mayoritario era el latín. Lourdes sintió cómo se le erizaba el vello de los brazos. Ella misma había sido instruida para aprender aquella oración que Petunia venía repitiendo desde hacía siglos pero la emoción le impidió seguir el compás. A continuación, todos los asistentes pronunciaron, esta vez en castellano, los votos secretos de la Fundación, algo en lo que debían de poner la máxima atención, pues era importante que aquellas palabras fueran vertidas por todos a la vez.

*Desde el principio y hasta el final
desde la siembra y hasta la cosecha,
protegemos la única verdad,
la que perdura, con nuestra vida.
Que no nos tiemble el pulso,
que no se marchite la flor,
que nuestra misión sagrada
sobreviva al tiempo y a la muerte.*

*Somos el relámpago en la tempestad,
somos la luciérnaga en la noche.
Somos la guardia que permanece,
somos los que nunca gritan.
Somos el silencio y la espera,
somos el jardín antiguo.
Somos la semilla y el fruto,
somos la hermosa rosa perenne.*

*Somos la hermosa rosa perenne.
Somos la hermosa rosa perenne.*

Un silencio abrumador se apoderó de la estancia. Tras la enunciación de los votos sagrados, el protocolo exigía que solo el jardinero con más rango de entre los que se encontraran presentes rompiera la quietud. Al cabo de unos instantes, uno de ellos se levantó y encendió el cirio carmesí colocado en el ara, presidiéndola.

—Bienvenidas y bienvenidos —les saludó. Lourdes reconoció enseguida aquella voz. Era Begoña Argenta. Nunca se le había pasado por la cabeza que pudiera tener un rango tan elevado dentro de la jerarquía de la Fundación. ¿Nadie más se estaba dando cuenta de que era ella? Probablemente muchos de los jardineros habían llegado a la misma conclusión, pero permanecieron en silencio, siguiendo el juego—. Estamos viviendo tiempos oscuros, por eso hoy más que nunca es necesario que permanezcamos juntos y no decaigamos. Nuestra misión es sagrada y no podemos defraudar a quienes nos precedieron. Como sabéis, se han producido diferentes ataques a la Fundación recientemente. Los ojos de nuestros hermanos dispersos por todo el mundo están puestos sobre nosotros y quieren que os transmitamos su amor y apoyo fraterno. Quiero dar la palabra al Mayor Acanthus, que nos explicará cómo están las investigaciones.

—Muchas gracias. Tal y como ha explicado la Mayor Ferula, la Fundación está siendo objeto de diferentes ataques, el último al esposo de una de nuestras jardineras.

El murmullo espontáneo de los asistentes interrumpió al hombre, que tuvo que levantarse para hacer valer su autoridad y pedir silencio. Lourdes presintió que no todos los que habían acudido se habían enterado previamente de lo acontecido con el marido de Begoña.

—Se trata de un horrible crimen que la policía ha calificado como un robo con fuerza, pero sabemos que no es así. El asesino se dedicó a grabar en vídeo las atrocidades que cometió con la víctima y, por si esto fuera poco, le obligó a escuchar varias conversaciones obtenidas con algún dispositivo de espionaje en diversas reuniones en las que estaban presentes varios jardineros. No debemos olvidar que su objetivo era precisamente que su víctima se enterara del engaño al que su mujer, una de nuestras hermanas, le había sometido durante todos sus años de matrimonio, ya que desconocía por completo la existencia de la Fundación y a qué se dedicaba ella. Por desgracia, no hemos conseguido averiguar la identidad de este infame ya que, mientras cometía su crimen, cubrió su rostro con un pasamontañas y creemos que borró el audio de su propia voz o, directamente, no habló durante las grabaciones. Hemos decidido citaros aquí para exponeros lo que está ocurriendo y pedir os que tengáis especial cautela tanto con vosotros mismos como con las personas que están a vuestro cargo y que no han podido acudir a esta reunión por no tener el rango apropiado para ello. Estamos convencidos de que volverá a matar.

De nuevo un murmullo estalló al fondo de la estancia y se propagó rápidamente entre todos los asistentes. Lourdes se revolvió en su asiento.

—Silencio, por favor —ordenó el Mayor Acanthus—. Hemos meditado mucho si era necesario o no contaros lo que os vamos a contar, porque la mayoría de vosotros no tenéis ni idea. Habéis sido instruidos en los fines y objetivos de la Fundación, pero, en realidad, muy pocos de vosotros conocéis la verdad suprema. Sabéis que ese conocimiento solo lo alcanzaréis cuando hayáis completado vuestro camino dentro de la Fundación y lleguéis al último estadio. Es esta una ley

sagrada dentro de Petunia y no vamos a romperla por ningún motivo. Pero parece que alguien está empeñado en hacerlo. Lo que ha hecho con su última víctima, obligándole a descubrir el engaño al que le había sometido su esposa, sintetiza el objetivo de este ser despreciable. Quiere que la verdad salga a la luz. Quiere que el mundo conozca la esencia de Petunia y lo que representamos. Creemos que, por algún motivo que se nos escapa, ha accedido a buena parte de ese conocimiento supremo, aunque, por suerte, todo apunta a que no en su totalidad. Aun así, está empeñado en que los ajenos descubran nuestra misión.

Lourdes trató de apartarse de nuevo de la vela colgada en la pared que tenía a escasos treinta centímetros de su cabeza. Un olor a pelo quemado le había dado la señal de alarma. Nunca le había gustado cómo la Fundación había llamado a las personas que no conocían de su existencia. Los ajenos. Le parecía que esa palabra desprendía un cierto matiz de desprecio que creía absolutamente innecesario.

—Lo que el Mayor Acanthus intenta decirnos es que ha habido más ataques a nuestros hermanos jardineros y a personas que han estado relacionadas con nosotros —dijo otro de los Mayores, sentado a la derecha de Begoña—. Por eso estamos convencidos de que la locura de este asesino no va a cesar. Creo que va siendo hora de que os expliquemos la gravedad de la situación.

—Así es —continuó el Mayor Acanthus—. Seguramente habréis oído hablar del asesino que recientemente ha sembrado el pánico muy cerca de aquí, en Vitoria. Creemos que es el mismo hombre que ha atacado al marido de nuestra hermana jardinera y, probablemente, el causante de la explosión del invernadero hace unos meses que acabó con la vida de uno de nuestros hermanos. Los medios de comunicación lo llaman el asesino del *blog* porque se ha dedicado a colgar en Internet fotos de los tres asesinatos que ha cometido en Vitoria. Al principio pensábamos que su objetivo era otro, también oscuro, pero dirigido a otras personas. Ahora sabemos que estábamos equivocados. Su mente enferma lo único que pretende es hacer ver a Petunia que ha descubierto parte de la verdad suprema, y que está dispuesto a que el mundo la conozca. No hace falta que os diga que si eso ocurre, será el principio de nuestro fin. Aún no sabemos por qué no ha culminado su misión, pero sospechamos que es porque no ha completado su lista de víctimas, por lo que os vuelvo a insistir en que tengáis especial cuidado.

A continuación, el hombre que había hablado en segundo lugar, se levantó y accionó la reproducción de unas imágenes en el televisor de sesenta pulgadas ubicado a la derecha del altar. Los asistentes apenas se movían, conmocionados por lo que les estaba siendo revelado. La imagen de una mujer joven se proyectó sobre la pantalla.

—Elixabete García, limpiadora. Llevaba tan solo unos meses dentro de la Fundación, y lógicamente le quedaba mucho para pronunciar los votos sagrados. Ni siquiera conocía la verdadera naturaleza de nuestra organización. La Fundación la fichó para una de nuestras misiones a cambio de una considerable cantidad de dinero. Algunos de vosotros sabéis de cuál se trata. Su misión, revelarnos si observaba algo raro en el entorno de la mujer a la que le encargamos vigilar. Su cadáver apareció la mañana del día de Reyes en el belén monumental del céntrico parte de La Florida. Fue la primera víctima del asesino del *blog*.

Una segunda fotografía de otra mujer joven ocupó el lugar de la anterior.

—Maite Ortiz, enfermera. Petunia la contactó hace unos meses cuando nos enteramos de que podía sernos útil para una de nuestras misiones. A pesar de reunirse con uno de nuestros

jardineros durante varios días, terminó rechazando el ofrecimiento. Jamás llegó a saber que la Fundación era la que realmente estaba detrás de la oferta. Aun así, quedó registrada en nuestras bases de datos como contactos futuribles. Fue atacada y asesinada mientras practicaba deporte en el humedal de Salburua, a las afueras de Vitoria.

El hombre dio paso a otra fotografía. En esta ocasión se trataba de una mujer de mediana edad cuya indumentaria causó gran impacto entre los presentes. Lourdes del Río volvió a santiguarse. La mujer de la fotografía era una religiosa, una monja.

—La hermana Blanca Uribe. En la actualidad dirigía una residencia de ancianas en el casco viejo de Vitoria, donde también vivía junto a otras religiosas. No llevaba mucho en el puesto. Había llegado recientemente desde Pamplona para sustituir a la anterior directora, que se había quedado ciega de manera inesperada. La Fundación trazó un plan con la hermana Blanca en cuanto supimos que iba a retomar el contacto con la persona cuya vigilancia constituía parte esencial de uno de nuestros objetivos. Su cadáver fue colocado bajo uno de los murales pintados que adornan algunas de las fachadas del casco viejo. Es esta sin duda la pérdida que más nos ha afectado, por cuanto habíamos depositado en ella toda nuestra esperanza para que pudiera completar nuestro encargo. Las tres víctimas están relacionadas con la misma misión de la Fundación, por lo que creemos que el asesino quiere demostrarnos su fuerza y que está dispuesto a todo con tal de destruirnos.

—El hombre que ha hecho todo esto ha recreado una serie de escenarios en sus atroces crímenes dirigidos directamente a captar la atención de la Fundación. Nos está desafiando. Quiere hacernos ver que ha accedido al conocimiento supremo y que está dispuesto a contárselo al mundo. No sabemos quién puede ser su siguiente víctima, así que os pedimos de nuevo que andéis con pies de plomo. Si aún anda por aquí cerca, cualquiera de vosotros podría convertirse en su nueva presa. Nadie estamos a salvo —dijo el Mayor Acanthus—. Nos gustaría pedir vuestra colaboración, si sospecháis de alguien, decidlo. Lo que sea. Aunque os parezca una tontería o un detalle sin importancia.

Los jardineros presentes retomaron la letanía de murmuraciones que venía acompañando casi cada una de las intervenciones de los Mayores. Lourdes creía que iba a volverse loca. Tenía que salir de allí. Estaba convencida de que la siguiente víctima del asesino del *blog* iba a ser Anne. La inglesa había caído en la trampa que le había tendido ese desalmado. Necesitaba salir a la calle para tener cobertura y poder llamar a Mechero y a Jon Arkaute. O intentar otra vez avisar a la propia Anne. De nuevo había cometido el mismo error imperdonable. De una forma parecida a lo que hizo con Julia Ayala en su día, había conducido a Anne hacia la muerte permitiendo que se reuniera con su verdugo. No se lo iba a perdonar en la vida. Miró a Miren Martínez de Ilarduya con desesperación, decidida a contarle todo. Si exponía a todos los allí reunidos lo que estaba a punto de suceder en Vitoria, tal vez se podría hacer algo. Seguro que alguno de los allí presentes podría encomendar a algún jardinero de Vitoria que acudiese al lugar donde Anne había quedado con el asesino y así evitar la tragedia. Sin embargo, eso implicaba romper la promesa de guardar silencio que había hecho recientemente. Si quería que la creyesen, tendría que explicarles que Anne había accedido a quedar con aquel hombre porque pensaba que Mechero estaba vivo. Y entonces les tendría que confesar que no se trataba de él, que acababa de estar con Mechero, que él no era El Flautista de Hamelin. Eso supondría traicionar la confianza de Begoña Argenta pero, sobre todo, implicaría dejar expuesto al propio Mechero. Se preguntó si acaso salvar la vida de

Anne no era más importante que todo aquello. Miren le dio un codazo y señaló hacia el fondo de la sala. Una mujer se acababa de levantar y se dirigía hacia el altar. Al llegar se detuvo y se arrodilló, no sin esfuerzo. El Mayor Acanthus le hizo un gesto con la mano dándole permiso para hablar.

—Creo que sé quien es ese canalla.

Todos se callaron de inmediato. La abuela Sofía, la vieja bibliotecaria, acababa de afirmar que conocía la identidad del asesino. Lourdes la miró y sintió pena por ella. Era evidente que lo único que pretendía era tener sus cinco minutos de gloria en un acto tan importante como aquel, después de toda una vida dedicada a la Fundación en un segundo plano, y completamente ignorada por casi todos.

—Si se me permite, me gustaría comunicar a todos los hermanos jardineros aquí presentes algo que ya registré en el libro de incidencias de la Fundación, pero que parece que nadie se ha molestado en revisar.

—Díganos, Sofía —le pidió el Mayor Acanthus.

—Hace unos días me encontré aquí, en una de las salas de arriba, a Anne Wellington, una de nuestras últimas incorporaciones. No sé si los Mayores sabrán de quién hablo, es la joven inglesa que se contrató para una de las últimas misiones.

Todos los Mayores se miraron unos a otros expectantes por lo que iba a decir la anciana. La mayoría de los jardineros allí presentes no sabía quién era Anne Wellington, y era mejor que continuara siendo así. Desde donde se encontraban Lourdes y Miren casi se podía percibir el temblor en los labios de los dirigentes.

—Bueno, pues esa jovencita inglesa me contó una milonga cuando le pregunté que qué hacía en la biblioteca en pleno barbecho. Me dijo que se había olvidado dentro el ordenador portátil y no sé que más pamplinas, y la invité a irse. La acompañé hasta la calle y me aseguré de que no volvía. Ella debió de pensarse que yo me había ido también, pero nada más lejos de la realidad. Quería saber con quién había entrado en la biblioteca. Esa muchacha no tiene los permisos para acceder por sí sola. Así que esperé varias horas en la calle, vigilando las otras entradas. Al fin vi salir a su amiguito. Jon Arkaute. Por cierto, creo que el señor Arkaute no está esta noche con nosotros, curiosa coincidencia.

—Sofía, estás mal de la cabeza —dijo de repente Lourdes en voz alta, para asombro de todos los allí congregados—. ¿Qué tiene que ver eso con los asesinatos?

—Todos ustedes se piensan que una se chupa el dedo y que mi labor se limita a abrir y cerrar las puertas de la biblioteca, ¿verdad? Pues no. Mi trabajo es tan importante como el de cualquiera de ustedes y, en cierta manera, mucho más relevante. Si supieran todo lo que estos oídos han escuchado a lo largo de todos estos años... Gracias a que normalmente mi presencia suele pasar desapercibida, he ayudado a la Fundación a solventar varios problemillas de seguridad, y no han sido pocos. Bueno, el caso es que después de que vi salir a Jon Arkaute, volví a la biblioteca y visioné las grabaciones de las cámaras de seguridad.

De nuevo, el ronroneo de susurros volvió a dejarse oír. Lo que acababa de decir la abuela Sofía no era baladí. Hacía muchos años se había decidido no colocar ningún sistema de vídeo vigilancia para preservar el anonimato de los jardineros. Estaba claro que si lo que decía era cierto, alguien había ordenado incumplir aquella decisión.

—No se asusten ustedes, tranquilos —prosiguió la bibliotecaria—. Solo hay cámaras en los portales. No hay ni en las salas ni donde estamos ahora mismo, ni mucho menos en la cámara acorazada. El caso es que vi como Jon Arkaute salía con una carpeta enorme en la mano que metió en su mochila antes de salir a la calle y me vine directa aquí abajo a ver qué era lo que se había llevado. Mi cabeza no me ha fallado en la vida y no me costó averiguar qué documentos habían desaparecido. Por si acaso, más tarde lo confirmé con la base de datos. No me había equivocado. El señor Arkaute robó varios archivos sensibles de la Fundación, entre ellos, buena parte de las investigaciones realizadas por algunos de los jardineros. Y no se imaginen ni uno ni dos, se había llevado al menos cuatro expedientes. De todo eso di buena cuenta en el libro de incidencias, pero veo que alguien no ha hecho sus deberes y no lo ha leído. Creo que es obvio que tramaba algo. Además, no se me ocurre nadie más idóneo que él para haber grabado a escondidas todas esas conversaciones y encuentros de las que ustedes han hablado antes.

—Sofía, cállate la boca —le dijo Lourdes—. ¡Cómo se nota que tienes mucho tiempo libre para inventar todas esas tonterías! No tienes derecho a hablar así de uno de los jardineros más respetados de Petunia. Sus razones tendría para hacer lo que hizo. No sé cómo no se te cae la cara de vergüenza.

—¡Vaya, señorita Del Río! No sabía yo que las novicias podían tener este tipo de aspiraciones vitales. Cualquiera diría que está usted enamorada de él. Su querido Jon Arkaute esconde mucho más de lo que todos se piensan. Y no lo digo solo porque esté hecho un rompecorazones. Pero mire, le voy a dar la razón en una cosa. Sí, es cierto, tengo mucho tiempo libre, pero gracias a eso he conseguido averiguar algo que probablemente ninguno de ustedes sepa. Tampoco tengo mucho mérito, todo está en la biblioteca. Es más, no he llegado a la conclusión de que el señor Arkaute podía ser el asesino hasta que he escuchado atentamente las explicaciones que nos acaban de dar nuestros hermanos jardineros Mayores sobre los motivos de ese criminal. Pero todo encaja. Es él.

—Hable de una vez, se lo ruego —la interrumpió el Mayor Acanthus.

—Como algunos de ustedes sabrán, el señor Arkaute es viudo. Estuvo muchos años casado con Maialen Zarate, con la que tuvo a su única hija, Elia, toda una mujer hecha y derecha ya.

—Sofía, no creo que la vida privada de Jon interese lo más mínimo a los aquí presentes —sentenció Begoña Argenta, desde el altar. A Lourdes le pareció que Begoña había tratado de modular su voz para que no se la pudiera reconocer tan fácil. Pero no lo había conseguido del todo.

—Sí que puede interesarles, y mucho —contestó desafiante la bibliotecaria—. Lo que acabo de decir no es ninguna novedad, probablemente más de uno de los que están aquí ya lo sabían. Pero lo que no sé si sabrán es lo que yo he averiguado hace poco. Maialen Zarate estuvo destinada como jardinera de la Fundación en Holanda, donde encontró la muerte.

—Basta, Sofía —dijo Begoña Argenta, poniéndose en pie—. No tienes derecho a exponer públicamente las circunstancias de la muerte de Maialen Zarate ni de ningún otro de nuestros hermanos jardineros. Te recuerdo tu deber de respetar la confidencialidad de Petunia y de no revelar secretos.

—La Mayor Ferula quizás no quiera que cuente yo aquí nada de lo que sucedió porque en aquel entonces ella formaba parte del equipo de apoyo de Maialen Zarate. Aunque más que apoyo deberíamos hablar de abandono. Porque eso fue lo que hicieron con ella. La abandonaron a su suerte cuando fue descubierta por el enemigo. Prefirieron que muriese antes que arriesgar la

misión. No sé me ocurre mejor motivo para Jon Arkaute que la venganza para desafiar a la Fundación y revelar al mundo todos sus secretos.

—¡Basta ya, Sofia! —gritó Begoña Argenta acercándose hasta donde se encontraba la bibliotecaria—. Como Mayor suprema del jardín del mar Cantábrico te prohíbo que continúes hablando. Estas poniendo en peligro la seguridad de Petunia. Llévaos de aquí a esta mujer.

Al instante, dos de los vigilantes llegaron hasta la anciana y se la llevaron en volandas, mientras ella trataba de librarse como podía de ellos. Muchos de los jardineros comenzaron a protestar ante el trato degradante que se estaba dispensando para con la bibliotecaria y otros muchos se levantaron y abandonaron sus sillas completamente indignados por lo que acababa de suceder. El resto permanecía en sus asientos, tratando de discernir si lo que había dicho Sofia acerca de Jon Arkaute era o no verosímil. Lourdes subió las escaleras dejando a Miren atrás. Necesitaba salir de allí cuanto antes.

De repente, todas las luminarias del recinto se apagaron a la vez sumiendo a la biblioteca en una oscuridad plena, hasta que pocos segundos después se activaron las luces de emergencia. A continuación, el sonido intimidatorio de una alarma acústica comenzó a sonar, mientras a lo lejos, se escuchaba el ruido de las diferentes puertas de entrada cerrándose simultáneamente. Era el sistema de seguridad, que se había activado y había sellado todos los accesos. Una de las jardineras, que a punto había estado de ser atrapada por una de las puertas mientras trataba de salir, regresó gritando a donde estaban los demás. Había visto tendidos en el suelo los cuerpos de los vigilantes. Mientras terminaba de decirlo, una fina capa de humo comenzó a cubrirlo todo, y las primeras toses no tardaron en hacer acto de presencia. Lourdes miró hacia la sala número dos. Enormes llamas arrasaban las estanterías y el resto del mobiliario, destruyendo cada uno de los tesoros centenarios almacenados allí durante años. El calor comenzaba a ser insoportable. Buscó una salida alternativa, mientras el caos se desataba y todos los asistentes a la reunión huían como podían de la muerte. La visión infernal del fuego le hizo temerse lo peor. Dios había mandado aquel castigo sobre la Fundación y ante la ira del Padre celestial poco se podía hacer.

Definitivamente se había perdido. Al llegar a la céntrica plaza de la Virgen Blanca de Vitoria, había dudado por cuál de las diferentes calles que partían de ella conformando una de las mitades de la almendra medieval debía adentrarse. Su intuición le había hecho tomar la decisión de aventurarse por la que más le había llamado la atención, la calle Herrería, pero no estaba nada convencida de haber acertado. Aquel no era el camino más directo para llegar al lugar donde había quedado con El Flautista de Hamelin. Sabía que tenía que acceder a la parte más alta de la antigua Gasteiz a través de una rampa mecánica que la llevaría directamente a su destino, pero no conseguía localizarla. Por más que intentaba activar el GPS de su teléfono móvil no lograba hacerlo funcionar. Por si fuera poco, no se veía ni un alma por la calle. Caminar sola a esas horas de la noche no era la mejor de las ideas cuando había un asesino suelto rondando la ciudad. Aun así, había aceptado todas las condiciones que le había impuesto Mechero en otro de sus mensajes. Le entendía perfectamente. No debía ser fácil exponerse cuando alguien había intentado acabar con tu vida y menos aún cuando no sabías quién. Había visto un par de patrullas de la guardia urbana apostadas junto a una de las calles por las que se accedía a la plaza de la Virgen Blanca, así que, en el caso de que notase algo extraño, no tenía más que correr para llegar hasta allí y avisarles. Seguramente habría más vigilancia de la habitual, debido al congreso de antropología que se iba a inaugurar en unos días y que había supuesto que la ciudad se volcara organizando distintos eventos culturales en diferentes partes del casco viejo. Aun así, no vio a ningún otro agente.

Siguió caminando hasta que llegó a la iglesia de San Pedro Apóstol. El templo gótico no ofrecía a esas horas de la noche una estampa especialmente acogedora. Miró de reojo el pórtico de la portada principal, del siglo XIV, presidido por la figura de la Virgen Madre y escoltada por los apóstoles. No pudo evitar acordarse del pórtico de la iglesia de Santa María de los Reyes de Laguardia. Un poco más adelante encontró por fin lo que buscaba. La luz que emanaba a través de las paredes y el techo de cristal de la estructura que cubría la rampa, como si de una sinuosa serpiente de anillos rectangulares se tratase, le brindó una momentánea sensación de paz y tranquilidad mientras se deslizaba por ella, que se esfumó en el preciso instante en el que abandonó la cinta al llegar a la cima de la colina. Enfrente de ella la fachada principal del espectacular palacio renacentista de Montehermoso, con su planta rectangular de dos alturas y sus torres de tres pisos en los ángulos, reflectaba la luz de las farolas, como si fuera un antiguo faro erigido en lo alto del cerro para alumbrar la llanada sobre la que se levantaba la ciudad. En la actualidad el palacio era sede de un importante centro cultural del País Vasco. Observó el lienzo de casi tres metros de altura colocado junto a la puerta, que anunciaba una exposición sobre profecía y adivinación en las religiones de la antigüedad, con motivo del congreso de antropología. Caminó hacia la izquierda bordeando el edificio. Su teléfono móvil seguía sin cobertura. Había estado mirando cómo llegar antes de salir de casa de Miren Martínez de Ilarduya. Creía recordar que el punto de encuentro estaba justo en la calle de detrás. Mientras andaba, volvió a sentir que alguien la seguía de cerca, observándola en la distancia. Giró la cabeza en todas direcciones pero no vio a nadie. Por si acaso, aceleró el paso. El frío era intenso, mucho más de lo que se había imaginado. Se maldijo por no haberse puesto el abrigo que había metido en la maleta.

Esta vez no se equivocó. Justo detrás del palacio de Montehermoso estaba ubicado el edificio del antiguo depósito de aguas, construido a finales del siglo XIX pero que desde los años noventa del siglo XX albergaba una sala de exposiciones. Según había averiguado en Internet, los dos inmuebles estaban conectados bajo tierra. De hecho, los visitantes accedían al depósito a través del propio palacio. Contempló la puerta durante unos segundos antes de intentar abrirla. Empujó con todas sus fuerzas pero no cedió. ¿Se habría echado Mechero para atrás? Revisó el último *e-mail* que le había enviado. Lo decía claramente. *“La puerta del depósito estará abierta para ti. Sigue la rampa, no tiene pérdida”*. No entendía nada. Retrocedió sobre sus pasos y continuó andando mientras rodeaba el edificio en busca de otra puerta. Recorrió la fachada opuesta hasta que la vio. Tapado por un andamio y tal como le había indicado, el acceso estaba justo al final de una rampa muy parecida a la que había elegido ella para subir, pero en el lado opuesto de la colina. Le pareció escuchar un murmullo lejano y, de nuevo, sintió unos ojos clavados sobre su nuca, pero por más que miró escudriñando la oscuridad, no vio a nadie. El andamio había sido colocado para adecentar el trozo de fachada ubicado sobre el portón, seguramente para que estuviera lista antes de que diera comienzo el congreso. Se percató de que la puerta estaba ligeramente entreabierta, aunque era prácticamente imposible que ningún viandante se diera cuenta salvo que se situase enfrente y prestara mucha atención. Se aseguró de que no había nadie observándola. La empujó y la volvió a colocar como estaba. Bajó lentamente por la escalera que se encontró nada más entrar, guiándose por las guías lumínicas instaladas en los peldaños. La oscuridad no era total, pero aún así no se sintió segura del todo en su descenso. Al llegar abajo levantó la vista, miró hacia la puerta por la que había accedido y confirmó lo que sospechaba; se trataba de una de las salidas de emergencia del complejo. El acceso principal debía de estar ubicado en el propio palacio. Dio unos pasos observando a su alrededor. A pesar de que habían pasado ya muchos años desde que perdiera su uso original, aún podían percibirse en el ambiente ciertas notas olfativas que evocaban la humedad que en otros tiempos reinaba en aquel recinto. Se trataba de un espacio amplio surcado por varias columnas estrechas y altas que a su vez se unían entre sí mediante diversos arcos de medio punto en su parte superior, conformando un llamativo techo abovedado. Anne nunca había sido buena calculando medidas ni superficies, pero la sensación que tenía allí dentro era la de estar en el interior de una vieja catedral.

A pesar de la penumbra generalizada, distinguió adheridos a las paredes varios paneles con sugerentes fotografías a gran tamaño cuya temática común parecía ser las profecías en las diferentes culturas a lo largo de la historia. Dedujo que el cartel que había visto en la puerta exterior del palacio de Montehermoso se refería precisamente a esa exposición. Aún faltaban por colocar algunos de los tablones. Desde donde estaba divisó al menos cuatro andamios y tres escaleras distribuidas por todo el espacio. Los organizadores tendrían que darse prisa si querían llegar a tiempo a la inauguración del congreso. Avanzó un poco más y observó que al otro lado de la sala, enfrente de la escalera por la que ella había bajado, se alzaba otra muy parecida que llevaba a otra puerta. Se preguntó si sería la primera que había intentado abrir desde el exterior. Bajo esta segunda escalera la oscuridad envolvía lo que parecía un enorme hueco que probablemente servía de nexo de unión con las dependencias del palacio. Llegó junto a una pantalla de gran tamaño sobre la que aparecía reflejado un punto de luz. Nada más colocarse delante, se inició la reproducción de un vídeo sin sonido. En medio de aquel silencio, la proyección de las imágenes resultaba embriagadora. Se trataba de una colección de fotografías

relativas a diferentes culturas del planeta en las que, por lo que parecía, las profecías y artes adivinatorias habían tenido un papel fundamental. Distinguió a varios chamanes de culturas sudamericanas existentes en la actualidad, así como recreaciones de hechiceros de lo que parecían ser etnias precolombinas. A éstas siguieron otras imágenes de adivinos de la Grecia y Roma clásicas, así como diversos nombres de profetas de las principales religiones monoteístas. De repente, el vídeo se detuvo. La imagen de una especie de hombre de las cavernas de aspecto rudimentario e imponente había quedado suspendida en la pantalla. Aquel ser prehistórico apenas iba vestido. Cubierto en sus extremidades inferiores por una piel de animal, el tronco superior lo llevaba completamente al descubierto. La persona que había realizado aquella recreación se había encargado de que la mirada de aquel ser se mostrara feroz y amenazante.

—No te quedes ahí pasmada mirándole, le conoces perfectamente.

Anne miró asustada entre las columnas, buscando al emisor de aquella voz que había surgido a través de los altavoces dispuestos por toda la sala.

—¿Mechero? —preguntó.

—¡Qué ganas tenía de tenerte aquí, Anne! —respondió la voz.

—¿Quién eres? —el hombre podía estar oculto en cualquier sitio. La voz sonaba distorsionada, como si estuviera siendo emitida con algún tipo de filtro, pero estaba claro que no era la de Mechero.

—¡Qué más da cuál sea mi nombre! Lo importante es lo que hemos venido a hacer a este maravilloso sitio. Además, aquí la protagonista eres tú. Dime, ¿de verdad que no reconoces al hombre que aparece en la pantalla?

—No —dijo Anne, avergonzándose por haber creído en la posibilidad de que Mechero estuviera vivo—. ¿Quién es?

—Me decepcionas, Anne. Es Orciano, el pastor protagonista de nuestra fábula. Bueno, una representación de él. Pero si te fijas bien, no es un pastor cualquiera. Seguramente habrás pensado cuando le has visto: “*Vaya troglodita más feo*”.

—¿Qué es? ¿Un neandertal?

—No vas del todo mal encaminada, pero no. ¿Has oído hablar de los gentiles?

—“Gentil” en castellano significa “amable”, “educado”, ¿no?

—Efectivamente, pero en este caso la acepción que nos interesa es otra. Para los judíos y para los antiguos cristianos, los gentiles eran los paganos, las personas que profesaban otra religión distinta a la hebrea o la cristiana. En la mitología del País Vasco, los gentiles eran un tipo de genios sobrenaturales de aspecto primitivo. Eran seres salvajes dotados de una gran fuerza que vivían sobre todo en los montes y las cuevas, y muy pocas veces descendían a los valles. Fueron los que construyeron todos los dólmenes, menhires y demás monumentos megalíticos. Hay multitud de leyendas por toda la geografía vasca asociadas a los *jentilak*, tal y como se les denomina en euskera. En muchas de ellas se cuenta que pastoreaban el ganado por las cimas más altas y que convivían en paz con los seres humanos, pero sin mezclarse, aunque los expertos tienden a sostener que esta convivencia entre humanos y gentiles, en realidad, fue añadida *a posteriori* a estas leyendas.

—¿Y qué tienen que ver los gentiles con los chamanes y los otros adivinos que han aparecido antes en el vídeo? ¿Por qué querías que nos viéramos en esta exposición?

—Como has podido deducir, la figura del adivino o profeta, llámalo como quieras, es esencial en muchas de las religiones mayoritarias, como el cristianismo y judaísmo, y en muchas civilizaciones. Mayas, aborígenes americanos... incluso los famosos oráculos de las antiguas Grecia y Roma jugaron un papel fundamental en el desarrollo de su sustrato cultural. Pues resulta que nuestro amigo Orciano, o más bien, un amigo suyo, el viejo que aparece en la fábula, también tenía dotes adivinatorias. Acuérdate de que cuando Orciano le pregunta al anciano que qué es la extraña nube que se aproxima por el horizonte, el viejo pide a Orciano y a sus hermanos que le abran los ojos con unas barras y, a continuación, les explica su visión, su sueño.

—¿Qué significa eso de abrirle los ojos con unas barras?

—No lo sé, nadie lo sabe en realidad. Personalmente, lo interpreto en el sentido de que el viejo, para poder tener su visión adivinatoria, necesita de la ayuda de sus congéneres. Lo que está claro es que nos está dando a entender que solo tras levantarle los párpados, el viejo ve y sueña, es decir, tiene lugar un acto extraordinario, la clarividencia. Yo sostengo que el hecho de que los hermanos de Orciano y el propio Orciano le ayuden a alzar los párpados, es un símbolo del vínculo que une a todos los gentiles. No quiere decir que todos los gentiles tengan esos sueños o visiones, pero sí que es su condición de gentiles lo que hace que algunos de ellos puedan tener esa facultad.

—¿Pero por qué sabes que Orciano es uno de esos gentiles?

—Tu currículo dice que eres experta en cultura vasca, pero veo que te falta alguna noción que otra. ¿No habías oído hablar antes del mito del fin de los gentiles?

—No —a Anne le pareció que algo se había movido detrás de una de las columnas que estaban más alejadas, pero no estaba segura del todo.

—La leyenda del fin de los gentiles es una de las más famosas y más repetidas a lo largo de la geografía vasca. Y lo cierto es que existen multitud de versiones del mismo mito, aunque la base es la misma en todas. La versión más conocida nos habla de que un día, unos gentiles observaron en el cielo una nube que les llamó poderosamente la atención, y consultaron con el anciano gentil qué era aquel prodigio. El viejo, después de que le ayudaran a alzar los párpados con unas palancas, consiguió ver y les indicó que la nube o la estrella, según algunos relatos, anunciaba la llegada de Kixmi, lo cual suponía el fin de la raza de los *jentilak*. Kixmi era la palabra con la que los gentiles denominaban a Jesucristo. Se suele entender que con este mito se está narrando la llegada del cristianismo y la extinción paulatina del paganismo. De hecho, en muchas de las versiones, el viejo termina suicidándose o empujado montaña abajo por sus congéneres y los gentiles desaparecen bajo un dolmen.

—Pero en la fábula que tú me enviaste no se dice nada de ese tal Kixmi.

—Así es. En el relato que te he mandado, al igual que sucede también en otras versiones, no se habla para nada de Kixmi. La versión que yo te he enviado es mucho más antigua y es una muy especial. Toda esa parafernalia de Kixmi es un mero postizo que se fue añadiendo con el paso de los siglos, para defender la victoria de la cristianización sobre la antigua religión pagana.

—¿Por qué lo sabes?

—Muy sencillo. Después de explicarle su visión a Orciano, el viejo les pide a sus hermanos gentiles que le tiren monte abajo y todos los gentiles huyen y se ocultan bajo las piedras sagradas, es decir, bajo un dolmen. Piensa un poco.

—No tengo ni la más remota idea de lo que estás tratando de decirme. Dime ya quién eres y qué hago aquí.

—No te pongas nerviosa, Anne, todo a su debido tiempo. Lo que voy a revelarte dentro de unos minutos es un conocimiento al que solo unos pocos privilegiados han tenido acceso. Vamos a ver, si analizas simplemente un poco los hechos que se narran, no tiene sentido que se nos hable a la vez de la llegada de Kixmi, Jesucristo, y de los gentiles, los hacedores de los dólmenes. Los dólmenes son infinitamente más antiguos a la fecha en la que el cristianismo llegó a tierras vascas. Los gentiles eran una suerte de seres prehistóricos, nada que ver con el tiempo en que nació Jesucristo o se expandió su credo. Cualquiera puede verlo.

—Ahora lo entiendo. Se aprovechó la leyenda original del fin de los gentiles para hacer ver que su extinción había tenido lugar gracias al triunfo del cristianismo. La eterna guerra entre religión oficialista y paganismo.

—Efectivamente. ¿Y si te dijera que los *jentilak*, aun siendo genios propios de la mitología vasca, tienen equivalentes parecidos en otras zonas del norte de la península ibérica, empezando por los *homes granizos* aragoneses, pero especialmente en la zona del Cantábrico, con los *mouros* de las mitologías gallega y asturiana?

—¿También en esas mitologías se habla de la extinción de esos seres?

—No, el fin de los gentiles es propio de la mitología vasca, pero todos esos seres comparten características muy parecidas. Antes, cuando has visto la imagen de nuestro Orciano, se te ha pasado por alto un pequeño detalle. Mírala otra vez.

Anne observó de nuevo la imagen, pero no veía nada especial más allá de todo lo que ya habían comentado respecto de su aspecto físico.

—¿En serio no hay nada que te llame la atención? —insistió la voz.

Anne volvió a analizarla. Un hombre de aspecto grotesco, primitivo, con el pecho descubierto, una mirada ruda, un monte, unos árboles a lo lejos, una oveja junto a él. Lo cierto es que la proporcionalidad del tamaño de algunos de los elementos situados junto al gentil dejaba mucho que desear, especialmente la del animal.

—Un momento —dijo al fin ella—. Ya sé que es. Al principio he pensado que el autor del dibujo no había tenido mucha destreza a la hora de situar las diferentes figuras en la escena. Esa oveja tan pequeña junto al gentil no la ha retratado tan minúscula por un error de perspectiva, ¿verdad? Es el tamaño real de la oveja. Incluso la cumbre del monte es más baja que la altura del gentil.

—Gigantes —la interrumpió él—. Los gentiles eran seres gigantes. Al igual que los *homes granizos* de Aragón y los *mouros* de Galicia y Asturias. Ese no es el único nexo que les une a todos ellos, pero sí el más relevante. En la fábula del pastor, Orciano sube a la cumbre del monte Gorbea en dos zancadas, porque, tal y como dice literalmente la narración, “*entonces las montañas no eran tal altas*”. Anne, lo que trato de hacerte ver es que el mito vasco del fin de los

gentiles nos está hablando del final de una raza de gigantes que existió antes de nuestra era, antes de la humanidad que tú y yo conocemos. Esa raza fue extinguida por alguna razón concreta, que en las leyendas se representa con una nube, y no por el advenimiento del cristianismo. Una extinción que fue predicha y adivinada por los propios miembros de esa raza que, al parecer tenían la capacidad de tener visiones o sueños premonitorios. Todos los mitos tienen una base real, pero éste especialmente está más conectado con la realidad de lo que la mayoría de la gente piensa. Es cierto que en el norte de la península ibérica el fin de los gentiles está circunscrito a la mitología vasca, lo cual, sin duda, tiene un motivo. Pero, en el planeta, existen otras muchas culturas donde se habla de la existencia de una antigua raza de gigantes. Sin ir más lejos, en el Génesis de la Biblia se habla de los *nephilim*. Además, no te olvides del archiconocido Goliat. Por no hablar de los famosos titanes de la Grecia clásica. En la mitología sumeria, en los textos más antiguos de la India, en la mitología escandinava, en Gales, en Irlanda, en la Patagonia, en las leyendas aztecas... son incontables las culturas de todo el planeta en las que aparece la figura mítica del gigante, concebido como un ser que existió en un tiempo antiguo, aunque, al igual que en la mitología vasca, los relatos se fueron transformando con el paso del tiempo hasta introducir encuentros de esos seres con los humanos.

—Pero entonces estás tratando de decirme que hubo una raza de seres monstruosos y malvados antes de que existieran los seres humanos.

—Te equivocas, Anne. En la mitología vasca, los *jentilak* se caracterizaban por su carácter solidario y cooperador, y, según algunos relatos, por su ingenuidad. Y en las leyendas donde aparece introducida la convivencia con los humanos, se narra su carácter pacífico en la mayor parte de las ocasiones. Esa idea que tú y tantos tenéis metida en la cabeza sobre el carácter monstruoso de los gigantes se debe a la demonización que la religión cristiana y otras religiones oficialistas hicieron de esos seres. Y claro, toda la literatura posterior que se desarrolló a partir de ellos ha tenido mucho que ver en la idea que hoy existe acerca de los gigantes. Al igual que ocurrió con la versión más extendida del mito del fin de los gentiles en la que Kixmi, Jesucristo, llegaba y acababa con ellos, las religiones institucionalizadas, especialmente el cristianismo, se encargaron de desvirtuar esa imagen original del gigante.

—¿Pero por qué es tan importante esto que me estás contando? Me parece inverosímil y además no veo el interés que puede haber en que existiera o no una raza de gigantes antes que la humana —dijo Anne.

—¿Y si te dijera que ese conocimiento de un primer mundo extraordinario anterior al nuestro es compartido por unos pocos privilegiados en nuestro querido planeta? ¿Y si te dijera que ese conocimiento ha sido heredado desde tiempos remotos por las tribus y las etnias anteriores a la era cristiana que hace milenios lo recibieron a su vez como legado cultural? ¿Y si te dijera que los descendientes de esos grupos de personas siguen conservando hoy en día las tradiciones y ritos de sus ancestros y siguen manteniendo el secreto de ese mundo primitivo? ¿Y si te dijera que esas tribus o familias vienen librando desde hace centurias una cruenta batalla por culpa de ello?

—Pero ¿por qué? ¿por qué ese antiguo saber ha causado una guerra?

— Por la profecía Anne, ahí está la parte que nos interesa.

—¿Qué profecía?

—Si he planeado nuestro encuentro en esta maravillosa exposición que está a punto de abrir sus puertas al gran público, es porque quería que entendieras la importancia de la profecía. Una profecía antiquísima que incluso se menciona en el propio mito del fin de los gentiles. Recuerda que el viejo gentil pide a sus hermanos gentiles que le levanten los párpados para poder interpretar el significado de esa nube amenazante que se aproxima por el horizonte. ¿Y cuál es esa profecía? Pues precisamente que esa nube traerá consigo la extinción de los gentiles, y se llevará consigo la lengua de los gigantes, que nunca morirá.

—El euskera —en su mente, Anne no dejaba de asociar la idea de la lengua vasca, el idioma de los gentiles, arrastrada por el aire por una nube, con el concepto de “*la lengua venida de los cielos*” que se mencionaba en la vida del santo sin nombre del Códice 60.

—Efectivamente. El euskera es el legado que aún perdura de ese mundo anterior al nuestro. De ahí que aún hoy en día no se haya conseguido determinar su origen, su parentesco con otras lenguas, e incluso su antigüedad. Sólo se sabe que es la lengua más vieja de Europa. Ahí tienes la razón, Anne. La lengua que has estudiado, el idioma en el que te has especializado y que tanto parece que amas, no proviene de nuestro mundo, sino de ese otro mundo primigenio. Ese es el gran secreto del euskera. Es por eso que, aun estando extendida la figura del gigante, es decir, esa raza anterior a la nuestra, por muchas de las culturas del planeta, el mito del fin de los gentiles o, al menos, el más explícito, se centra en el País Vasco.

—Un gran secreto, pero sigo sin entender la importancia de la profecía y el hecho de que haya una guerra por este motivo.

—Anne, la profecía se va a repetir. Hay muchas otras profecías similares recogidas por diferentes culturas. Pero me temo que esta vez la raza que se va a extinguir es la nuestra, la de los seres humanos y, los que estaban antes, los gentiles, los gigantes, volverán a ocupar nuestro sitio. Ese manuscrito medieval que has estado analizando con tanto ahínco, la copia del Códice 60, así lo establece.

Divisó la luminiscencia nocturna y artificial de la ciudad asomándose tímidamente en la lejanía, mientras descendía por la carretera que comunicaba el Alto de Altube con Vitoria. Begoña le iba a matar por haber cogido el coche de Juan Mari sin su permiso y por las multas que le iban a llegar a su casa por exceso de velocidad. Había estado a punto de tener un percance en dos de las curvas más pronunciadas de la autopista, pero aún así no había dejado de pisar el acelerador. El coche de su padre adoptivo no estaba dotado con excesivos caballos, pero aún así, consiguió que durante todo el trayecto la velocidad no disminuyera prácticamente de los ciento cuarenta kilómetros por hora. No se atrevía a forzar más. No se podía permitir tener un accidente. Ahora mismo, lo único en lo que pensaba era en llegar a Vitoria y buscar a Anne para advertirla de que probablemente, la persona con la que se había citado era la misma que había asesinado a Juan Mari. La rabia le corroía las entrañas recordando la ingenuidad y bondad del que había hecho las veces de su padre tras la muerte de su madre biológica. Juan Mari no se merecía la tortura a la que le había sometido aquel hijo de puta. La crueldad que había empleado descubriéndole la mentira en la que se había convertido su vida, con una mujer y un hijo adoptivo entregados a una causa para él totalmente desconocida, le dolía casi más que el hecho de que lo hubiera matado. No podía soportar imaginar el sufrimiento de Juan Mari viendo aquellas imágenes y escuchando aquellas conversaciones minutos antes de morir. Jamás se perdonaría haberle ocultado aquella doble vida que tanto Begoña como él tenían dentro de la Fundación Petunia. Los remordimientos le acompañarían el resto de sus días. Pero lo que no iba a permitir de ninguna manera era que aquel cabrón acabara con la vida de la que se había convertido en su mejor amiga dentro de aquel nido de víboras. Anne no iba a morir esa noche. Haría todo lo que fuera necesario para impedirlo.

Miró el reloj del salpicadero. A pesar de haber circulado a más velocidad de la permitida, si Anne había sido puntual a su cita, ya estaría en esos momentos con él. Aceleró un poco más al ver que la carretera estaba prácticamente desierta en ese tramo final. Lo poco que quedaba hasta llegar a la ciudad era una línea recta. El riesgo de sufrir un accidente estaba ahí, pero tenía que llegar cuanto antes. Miró la pistola que tenía en el asiento del copiloto. Se la había robado a uno de los matones que la Fundación había contratado para vigilar la casa de Begoña. En aquel momento le había parecido una idea espléndida, pero ahora mismo, a medida que se aproximaba a su destino, se dio cuenta de que no tenía ni idea de cómo utilizarla. Ni siquiera sabía si estaba cargada o no y, en el caso de que lo estuviera, ¿sería capaz de apretar el gatillo?

La luz de un radar, accionándose al sobrepasarlo, le hizo volver a tomar conciencia de la velocidad a la que estaba conduciendo. Si al menos Jon estuviera con él, entre los dos podrían pensar la mejor manera de detener a aquel cabrón. Pero había sido imposible localizarle. Le había llamado mil veces pero su móvil estaba apagado. Le había enviado varios mensajes esperando que tarde o temprano los leyese. Pero todo eso daba igual. Ahora mismo estaba solo. Sabía que Anne podía arreglárselas perfectamente sola, pero ante un jodido asesino como aquel temía que no tuviera ninguna posibilidad de defenderse. Le emocionó el pensar que ella había aceptado quedar con aquel tipo imaginando que era él. Había asumido un riesgo enorme solo por la esperanza de

que estuviera vivo y volver a verle. Tenía que haber contactado con ella antes. Por un instante se la imaginó desangrándose en el suelo y se le puso un nudo en el estómago. Su pelirroja le necesitaba, aunque no estuviese nada seguro de cómo iba a poder ayudarla.

Anne empezó a sentirse incómoda. Aquel hombre conocía el encargo que la Fundación Petunia le había hecho sobre el Códice 60. Una diminuta e invisible alarma interior comenzó a advertirla de que algo extraño estaba ocurriendo. No era normal que aquel tipo conociera la actividad a la que se había dedicado dentro de la Fundación, a no ser que, al igual que ella, perteneciera a Petunia.

—Te has quedado muda. ¿Qué pasa? ¿No te acuerdas de lo que decía la última parte del Códice 60? Te lo leo, lo tengo aquí apuntado. *“Pues así lo dijo el oráculo, que dos milenios habrán aguardado en la noche más larga con los ojos abiertos, y el espectro habrá regresado de su tierra baja, mas no vendrá solo, con él retornará aquel que estaba antes”*. Anne, ese oráculo del pueblo prerromano de los berones profetizó hace dos mil años que volvería a ocurrir, que regresarían los que estaban antes. Esa tribu, los berones, siguen compartiendo ese secreto ancestral a través de sus descendientes actuales. Ese secreto, lo comparten también en Europa muchas otras familias herederas de las antiguas tribus prerromanas. Todas estas tribus o pueblos heredaron a su vez ese conocimiento de sus antepasados más remotos. Y aquí es donde entras tú en escena.

En la pantalla, la imagen del gentil Orciano fue sustituida por una fotografía mucho más realista de alguien a quien Anne conocía muy bien. La instantánea era de hacía unos meses y había sido tomada en Bilbao, a la salida del funeral de la ex mujer de Tomás Benguría. Ella también había sido retratada pero el protagonista que aparecía en primer plano era David. La alarma que había comenzado a sonar en su subconsciente comenzó a incrementar su intensidad.

—David Vanner, tu novio y el último descendiente de los Elguea, los descendientes actuales de la antigua tribu de los berones y portadores de ese gran secreto. La nube del relato del fin de los gentiles es la clave, Anne. La nube traerá de vuelta a los que estaban antes. He investigado mucho los últimos meses comparando la profecía de la leyenda del fin de los gentiles con otras profecías que la Fundación Petunia ha recopilado buscando en la mitología de otros pueblos antiguos de Europa. Y todas coinciden en lo mismo. Esa nube traerá de vuelta a los que estaban antes. No sé lo que es exactamente esa nube, pero es evidente que tiene que ser algo que sea capaz de traer a los gentiles del sitio donde estén ahora mismo. Porque lo que está claro es que si los va a traer de vuelta es porque siguen existiendo de alguna manera.

—Una puerta entre dos mundos —concluyó Anne.

—Sí, así parece. Increíble, ¿verdad? Y tú eres la clave. Al principio pensé que Petunia te había contratado por ser quien eres, la nieta de la celeberrima Mary Anne Merrick, antigua Mayor suprema del jardín del mar del Norte. Al fin y al cabo la Fundación le debe mucho a esa mujer. Pero creo que eso no es todo. He encontrado en los archivos de la biblioteca de Bilbao varios expedientes dedicados por completo a ti, Anne Wellington, con un seguimiento, me atrevería a decir, casi diario de toda tu vida, desde que eras una simpática niña que pasaba más tiempo en Sunny House que en casa de sus padres. En uno de esos expedientes alguien había grapado una vieja transcripción manuscrita de la fábula del pastor Orciano a una fotografía tuya. Es como si hubieran querido que aceptaras formar parte de la Fundación sin contarte desde el principio el

papel esencial que tienes en toda esta historia. Si lo han querido hacer así por algo será. No sé exactamente cuál es tu función en todo esto, pero sé que no hay ningún otro jardinero que ocupe el lugar preferente que tú ocupas dentro de los archivos secretos de Petunia. Eres la pieza clave de este rompecabezas y la Fundación ha puesto mucho empeño en tenerte de su lado. Por eso estás hoy aquí, Anne. Por eso has aceptado quedar conmigo. Porque en el fondo sabes que hay algo que no te cuadra, que hay algo que te concierne y que no terminas de entender. Y quieres saberlo.

Anne se había quedado sin habla. Su alarma interior le estaba indicando a gritos que saliera como fuera de allí cuanto antes. Aquel hombre le acababa de confirmar sus sospechas sobre la abuela Mary Anne y parecía tener más conocimiento de su vida que ella misma.

—Hoy rendirás el tributo máximo a los antiguos gigantes, Anne. Hoy te convertirás en mi sacrificio final y la Fundación sabrá que no puede seguir manteniendo esta farsa eternamente. Yo le revelaré al mundo la gran verdad. Al igual que el viejo gentil pidió a sus congéneres que le tiraran montaña abajo, hoy tú vas a convertirte en mi sacrificio personal. Puedes sentirte orgullosa. Tu nombre pasará a la historia, Anne.

Anne no podía creer quién se ocultaba tras aquella voz camuflada por algún procesador que la distorsionaba. Solo quería salir de allí. Su alarma interior le acababa de revelar ante quién se encontraba ahora mismo en aquel edificio solitario, en plena noche, y sin nadie que pudiera ayudarla. ¿Cómo había sido tan ingenua de aceptar quedar allí? La esperanza de que Mechero pudiera estar vivo la había cegado por completo y le había hecho creer que El flautista de Hamelin era él. Se llevó la mano al cuello. El collar de la abuela Mary Anne seguía allí, pero, en esos momentos, le pareció una mera baratija, sin ninguna cualidad extraordinaria que pudiera sacarla del lío en el que ella sola se había metido.

—Tú mataste a esas mujeres —dijo Anne con voz temblorosa mientras miraba la escalera por la que había descendido al entrar al antiguo depósito de aguas—. Tú eres el asesino del *blog*.

—Vaya nombre más ridículo ese con el que me han bautizado los periódicos pero sí, soy yo.

—¿Por qué? ¿Qué culpa tenían esas pobres chicas? —preguntó mientras avanzaba lentamente hacia la escalera.

—¿Quién habla de culpa aquí, Anne? Ellas no tenían la culpa de haber sido contactadas por la Fundación, al igual que tú tampoco la tienes. Pero su sacrificio era necesario, como el tuyo. Esas mujeres fueron contratadas por Petunia para vigilar a Véspero Aizaga, la abuela de David Vanner. La Fundación ha estado vigilando a esa mujer durante años. Tiene que ser forzosamente otra de las piezas claves en esta historia. Los archivos de la Fundación pueden ser un lugar tremendamente clarificador una vez consigues acceder a ellos. Aunque, por desgracia, no he conseguido averiguar aún el motivo exacto de por qué la vigilaban, más allá de que esa mujer custodiaba algo que la Fundación ansía tener.

“*La llave*”, pensó Anne. De repente, aquel objeto de poder que hasta los nazis habían querido localizar, cobraba un significado más profundo que el de un mero amuleto que confería prosperidad y riqueza a su portador. La llave tenía que ser lo que permitiría cerrar la puerta por la que tratarían de retornar los gentiles. Si recibía ese nombre tenía que ser precisamente por eso, porque abría y cerraba esa puerta entre los dos mundos. Eso si todo lo que decía la voz era cierto.

—Ahora entiendo por qué recortaste las mangas y la parte inferior de las prendas de esas mujeres —dijo Anne—. Era una forma de dar a entender a la Fundación que habías descubierto el secreto de los gigantes y estabas dispuesto a revelárselo al mundo, ¿no? ¿Qué mejor forma que

recortar esa ropa para que pareciera que les quedaba pequeña, o mejor dicho, para que ellas pareciesen demasiado grandes para la talla escogida, para que parecieran gigantes?

—Tu inteligencia no deja de sorprenderme, Anne. Sí, quise hacerle ver a la Fundación que había descubierto el conocimiento de ese mundo anterior al nuestro que tanto se empeña en mantener en secreto. Pero también que había averiguado el papel que jugaban los berones en esta historia, de ahí todo el grandioso decorado que creé en el belén del parque de La Florida. Además, no se me ocurrió un sitio más idóneo para dejar el cuerpo de mi primer sacrificio que en esa aberración que constituye el belén. Una representación cristiana de una de las mayores mentiras jamás contadas por esa religión, el nacimiento de Cristo tal y como siempre nos lo han descrito. Quería hacerle ver a la Fundación que está haciendo exactamente lo mismo que ha hecho la Iglesia con sus creyentes, engañarles, no contarles la verdad tal y como es. Lo mismo hice con mi segundo sacrificio, en el humedal de Salburua. Me vino muy bien que esa chica corriera todos los anocheceres junto al recinto donde viven los ciervos. Y no solo porque el ciervo fuese un animal sagrado para los antiguos berones, sino porque esos animales también viven engañados. Creen que son libres y que viven en plena naturaleza pero, en realidad, viven rodeados por una valla. Al igual que la inmensa mayoría de personas de este mundo viven engañadas sin conocer la verdad suprema.

—¿Y qué me dices de la tercera mujer? —Anne se lamentaba de haber pensado que el asesino del *blog* pudiera ser uno de los descendientes de los bátavos, el pueblo invasor de La Hoya. Lo había deducido al interpretar erróneamente la escenificación de los crímenes, pensando que el asesino había dispuesto los cadáveres junto a fuentes de agua, como homenaje a la cultura de los bátavos. Volvió a recordar la frase que aparecía en una de las glosas del Códice 60 al referirse al pueblo invasor. “*La sangre de las doncellas flota en los meandros del río*”. Estaba claro que la tercera víctima poco tenía de doncella. Debía de rondar los cuarenta años.

—Blanca Uribe, la monja que regentaba la residencia en la que vive Véspero Aizaga —dijo—. Mi sacrificio más trabajado, sin desmerecerte a ti, claro está.

—Ahora entiendo por qué dejaste el cuerpo de esa mujer bajo el mural “El triunfo de Vitoria” —dijo Anne—. Querías dar a entender otra vez que, al igual que el noble corrupto del mural trataba de hacer trampas a la dama que representa a Vitoria, la Fundación Petunia está engañándonos a todos, ocultando ese conocimiento de un mundo anterior al nuestro.

—Sí. Quería que Petunia se enterara de que yo, al igual que lo que hace la criada de la dama al advertirle a su ama de que el hombre la está engañando, estaba dispuesto a revelar al mundo la verdad. Y no solo eso, Anne. El propio título del mural es revelador. “El triunfo de Vitoria”. Vitoria es la ciudad de la alianza que aparece mencionada en la fábula del pastor Orciano. Cuando el pastor baja del monte Gorbea para buscar al viejo, se nos dice que lo buscó en la ciudad de la alianza, y en la gran llanura que rodeaba la ciudad. La actual Vitoria está ubicada en la llanada alavesa, una inmensa llanura, muy cerca del monte Gorbea. De nuevo el relato del fin de los gentiles y el de la vida del santo sin nombre están conectados. Acuérdate de la glosa que aparecía en el Códice 60 haciendo referencia a Gasteiz, la antigua Vitoria. “*Oiraco. Gaste hiz, con sus murallas viejas en la colina*”. ¿Qué mejor lugar que Vitoria, la ciudad de la alianza, para llevar a cabo los sacrificios? Algunas de las versiones más conocidas que tratan el mito del fin de los gentiles ubican la escena en otros lugares distintos al monte Gorbea. Te aseguro que si esta

versión tan especial del mito, que habla precisamente del euskera, sitúa la acción en la llanada donde se levanta el monte Gorbea es porque la ciudad de la alianza es Vitoria. Tiene que ser Vitoria.

—¿Sabes lo que creo yo? Que estás loco. Eres un psicópata. Has matado a tres mujeres para, según tú, hacer ver a la Fundación que habías descubierto la verdad que supuestamente guarda con celo y que estabas dispuesto a revelársela a todo el mundo. Las vidas de esas mujeres valen menos que un mero anhelo de grandeza, de pasar a la historia, como tú dices. No hay nada noble ni grandioso en tus actos. Eres un asesino, un puto asesino egocéntrico.

—Cuidado con lo que dices Anne. No quieras que esto acabe peor de lo que había planeado para ti. Y ni se te ocurra seguir aproximándote a esa escalera por la que has bajado antes. Mientras veías el vídeo, me he encargado de dejarla bien cerrada. Vas a tener que pedirme la llave para poder salir —la amenazó—. Me ha costado mucho llegar hasta aquí y quiero que todo salga perfecto. Ahora quiero que observes la última fotografía que he preparado para ti.

Anne miró la pantalla. La imagen de David había dado paso a la del Demonio Azul, la escultura del ser antropomorfo que había aparecido escondido en el techo de la iglesia de Lacaverna en 1985. La imagen había sido manipulada digitalmente para resaltar tanto la estrella de ocho puntas encerrada dentro del círculo que aparecía grabada en su pecho, como el pequeño caballo adosado a sus pies.

—¿Y si te dijera que esta escultura es un antiguo tótem heredado de ese mundo desaparecido de los gigantes? Observa el tamaño del caballo, absolutamente desproporcionado si lo comparas con el del enorme ser que aparece sentado en el trono. ¿Y si te dijera que esa figura ha permanecido en manos de los berones y de sus ancestros antes que ellos, desde tiempos inmemoriales? El símbolo de la estrella y el círculo simboliza la etnia de los berones de La Hoya. A partir de un hecho catastrófico, el de la invasión de su poblado y, sobre todo, a partir del milagroso eclipse solar que ayudó a que la llave pudiera salir de la aldea y fuese ocultada en otro sitio, los antiguos berones crearon este símbolo, el de su identidad como pueblo escogido por los dioses para albergar y custodiar ese secreto, ese conocimiento de un mundo anterior. Pero no te fíes de las apariencias, tanto el símbolo de la estrella como el falo y los testículos que porta esa escultura fueron añadidos mucho tiempo después, no figuraban en la escultura original. Y aquí volvemos de nuevo a la demonización que el cristianismo y la Iglesia han hecho de todo lo pagano a lo largo de la historia. Brujería. Así fue manipulado todo lo pagano por parte de la Iglesia, maquillándolo, ensombreciéndolo y acusándolo de rendir culto al diablo. De hecho, es posible que hasta los mismos antepasados medievales de la familia de David Vanner fueran los que modificaran esa escultura prehistórica, influenciados por lo que el poder absoluto de la Iglesia les había hecho creer a ellos mismos. Brujas. Eso es lo que eran para la Iglesia, y puede que terminaran creyéndoselo y pensando que ese ser antropomorfo que venían adorando desde hacía siglos fuera en realidad una representación del diablo. Pero nada más lejos de la realidad. Afortunadamente, no abandonaron ni rechazaron esas costumbres paganas, las siguieron manteniendo vivas con orgullo.

Anne pensó en correr hacia el hueco oscuro ubicado bajo la otra escalera que había en la estancia. Podía optar por subir por esos peldaños tratando de salir a la calle por la otra puerta, pero dudaba de que pudiera abrirla. La única vía de escape que veía factible era correr hacia esa oscuridad y esperar que se tratara del pasillo que conectaba el depósito de aguas con el palacio

de Montehermoso. Si conseguía llegar hasta él, quizás tendría una oportunidad de salir o, al menos, de esconderse. Solo se le ocurrían en ese momento dos hombres que pudieran tener los conocimientos suficientes como para haber expuesto todo lo que aquel demente le acababa de contar. Uno era Jon Arkaute, pero la sola idea de pensar que Jon pudiera ser el asesino del *blog* le pareció enfermiza. No podía ser. Jon estaba ahora mismo en Bilbao asistiendo a la reunión en la biblioteca de la Fundación. Jon no era un asesino. Aunque no quería admitirlo, sabía que se estaba enamorando de él. Esperaba que eso no la estuviera cegando e impidiendo que viera lo evidente. No. Jon no podía ser un asesino. La otra persona que se podía esconder detrás de aquella voz modulada conocía muy bien también todos aquellos detalles.

—No sé cómo alguien como tú ha acabado convirtiéndose en un asesino —se aventuró a decir—. Te hemos estado buscando todos estos días porque eras nuestra luz en la oscuridad, la persona que nos podría guiar y aclarar qué era lo que estaba ocurriendo con la Fundación. Y resulta que eras tú. Y no te has limitado a matar a esas pobres mujeres, sino que seguramente provocaste la explosión que mató a Mechero. Toda la imagen que me había hecho de ti era completamente falsa. No eres un erudito profesor universitario y un miembro destacado de Petunia. Te admiraba por ser quién eras, por todo lo que habías conseguido ir descubriendo e investigando, por toda la ayuda que brindaste a Lourdes, incluso a Tomás Benguría, pero al final, resulta que el profesor Koldo de Andrés no es más que un loco, un asesino de mierda. Un enfermo que solo aspira a pasar a los anales de la historia y ser recordado para siempre. Seguro que fuiste tú el que robó esas estelas funerarias en la necrópolis de Argiñeta para que la Fundación supiese que habías comenzado tu plan de revelar al mundo lo que habías descubierto. Seguro que fuiste tú el que me siguió hasta Inglaterra y por poco acaba conmigo en aquella carretera. Lo que me da rabia es que no te mataras en aquel accidente. Estuve a punto de conseguirlo y así evitar las muertes de todas esas mujeres.

—Sí, estuviste a punto de lograrlo, Anne, pero, por muy aparatoso que te pudiera parecer el accidente, apenas me causó un par de rasguños. Bueno, y un dolor en el cuello que me acompaña desde entonces. Nada que no pueda soportar. El otro conductor salió también ileso. No sabes lo competentes que pueden llegar a ser la policía de Gales y las compañías de seguros de hoy en día. En menos de dos horas dieron parte, hicieron el atestado y mi aseguradora me facilitó un nuevo coche. ¿Te cuento otro secreto? En aquel momento no quería matarte. Aún. Tú tenías que ser el sacrificio final, el que culminara mi obra. Meses antes de que tú regresaras a Inglaterra, estuve haciendo una visita a la casa de tu abuela. Necesitaba saber si eran verdad todas esas leyendas sobre los tesoros que Mary Anne Merrick recopiló en vida y escondió en algún lugar de su maravillosa mansión. Estaba convencido de que aquellos rumores tenían que ser ciertos y de que esas reliquias tenían que estar relacionadas con el hecho de que tú fueras tan importante para los intereses de la Fundación. Quería hacerme con ellos y entregárselos al mundo, pero por más que busqué por todas partes, no encontré nada. Salí de la casa pensando que me había equivocado completamente. ¿Cómo era posible que aquellos objetos estuvieran escondidos allí si ni siquiera funcionaban las alarmas? Así que regresé a Bilbao y comencé a diseñar los últimos flecos de mi plan. Tenía que pensar todo muy bien, no me podía permitir un error que lo echara todo a perder. Cuando de repente decidiste volver a Inglaterra, te seguí hasta allí. Necesitaba saber por qué habías decidido regresar. Tenías que volver a Bilbao, de lo contrario mi plan no podría culminar. Tú solita me pusiste de nuevo tras la pista de los tesoros de tu abuela. Cuando te vi cargando aquellas cajas supe que tú los habías encontrado. Creí que la razón por la que habías vuelto a Inglaterra era para llevarte esos tesoros. Quise arrebatártelos y, lo reconozco, la rabia me cegó.

Por suerte, no conseguí alcanzarte en ese momento. Aquel accidente me detuvo. Lo cual te agradezco, Anne. Estaba fuera de mí. Si te hubiera atrapado entonces, probablemente te habría matado. Y tú no podías morir en ese momento. Tú tenías que ser el sacrificio final. Y sí, yo fui quien robó esas estelas de Argiñeta. Las hubiera robado todas, incluidas las originales, si hubiera podido. Esas estelas representan al linaje de tu novio. Era mi manera de decirle a la Fundación que lo sabía, que había descubierto el gran secreto que se empeña en mantener oculto y que estaba dispuesto a todo, que nadie me iba a detener.

—Estás enfermo...

—Al final resulta que me has decepcionado un poco, Anne —la interrumpió—. Creía que eras más inteligente, que eras más especial. Ya siento desilusionarte... pero no tengo el honor de ser el profesor Koldo de Andrés.

Mechero corría desesperado por las calles del casco viejo de Vitoria, con la certeza de que o se daba prisa, o jamás volvería a ver a Anne con vida. Había llevado el coche hasta la misma plaza de la Burullería, en una de las entradas a la almendra medieval, a los pies de la Torre de Anda. Mientras ascendía hasta la zona de la Catedral Vieja, no dejaba de pensar en si había cerrado o no con llave el maldito coche. El estrés de la situación le estaba obsesionando con aquel pensamiento estúpido. Tras dejar atrás el templo, se adentró en la larga calle Fray Zacarías Martínez, que le llevó directamente hasta la puerta del palacio de Montehermoso. Una fría aguanieve caía sobre la ciudad, pero no sentía frío. Al contrario, la adrenalina hacía bombear su corazón a mil por hora, provocando que la temperatura de su cuerpo fuera más alta de lo normal o, al menos, esa era la sensación que tenía en esos momentos. Recordó las palabras que le había dicho Lourdes antes de salir de casa de Begoña. *“Han quedado en el antiguo depósito de aguas. Es un edificio que está justo detrás del palacio de Montehermoso. No sé cómo van a hacer para entrar dentro, porque a esas horas el palacio está cerrado y, además, la entrada al depósito es a través del palacio.”*

Como era de esperar, la puerta de la casa señorial estaba cerrada a cal y canto. Se dirigió hacia el edificio que le había indicado Lourdes. Recorrió su perímetro mientras no dejaba de visualizar la imagen del cadáver de Anne. El antiguo depósito tenía dos puertas que daban a la calle, pero las dos estaban bloqueadas. Se abalanzó sobre la que parecía más endeble y que aparecía cubierta por un andamio. Pero era imposible abrirla.

Cuando Anne lo vio salir de detrás de uno de los paneles expositivos situados entre ella y la negrura del hueco de debajo de la escalera por donde pretendía escapar, pensó que estaba viendo un fantasma. Una aparición. No podía estar allí, a escasos metros de distancia de ella. No era posible. Y sin embargo, así era. El dueño de la voz que le había estado hablando durante los últimos minutos, avanzó lentamente hacia donde se encontraba ella, pero a mitad de camino se detuvo. Quiso cerciorarse de que ella percibía bien la belleza casi sobrenatural de la espada que empuñaba. Iba ataviado con una túnica con capucha de color granate que le llegaba a los pies. Su rostro pétreo destacaba en mitad de la penumbra.

—Tú... —dijo Anne a punto de sufrir un colapso.

—Hola Anne. Siento no ser tu amado profesor De Andrés, pero bueno, confórmate, porque soy lo más cerca que vas a estar nunca de él. No pongas esa cara. Él es mi mentor y quien me introdujo en la Fundación, así que supongo que muchas cosas de él se habrán quedado en mí también. ¿Tampoco está tan mal, no? He seguido sus pasos muy de cerca desde hace mucho tiempo. El profesor se llevará una grata sorpresa cuando descubra que yo soy el artífice de estos sacrificios, que soy el hacedor de tu sacrificio, Anne. Llevo casi siete años en la Fundación. El profesor verá recompensado todo nuestro trabajo y nuestro esfuerzo. Y el mundo por fin conocerá la verdad. He de reconocer que me da pena acabar con un ser tan bello como tú. Con el marido de Begoña Argenta fue más fácil. Se limitó a balbucear como un niño pequeño. Pero tú eres diferente. Me encargaré de esparcir hermosas flores sobre tu cadáver y procuraré no desvirtuar mucho tu belleza. Es importante que quien encuentre tu cuerpo sepa que no eres como los otros sacrificios, que tú eres el más importante. En tu honor me he vestido especialmente para ti, con la túnica sagrada de los Mayores. Se la he tomado prestada al profesor, supongo que no se molestará.

Era Peter. El becario de aspecto nórdico que vio en la biblioteca de la Fundación el día que la visitó por primera vez, cuando conoció a Jon Arkaute. El mismo hombre al que vio en el funeral de la ex mujer de Tomás Benguría. Ahora entendía la foto que le había enseñado minutos atrás con la imagen de David y de ella a la salida de la iglesia donde se habían celebrado las exequias fúnebres; él mismo les había sacado aquella instantánea. Meses atrás le había preguntado a Jon por él, convencida de que era un espía de la Fundación que la seguía a todas partes, y Jon se había limitado a contestarle que era un simple becario que alguien había enchufado. ¿Alguien? Si decía la verdad, Peter era el pupilo del mismísimo Koldo de Andrés. Todo tenía sentido. Quién mejor que él para conocer todo lo que el profesor había descubierto, probablemente hasta habría colaborado en alguna de sus investigaciones. Un becario que no había conseguido ascender a una mejor posición en Petunia en los casi siete años que llevaba dentro de la organización. Un don nadie que en el fondo lo único que pretendía era no ser relegado a un segundo plano, que se le reconociera. Un egocéntrico sin remordimientos. Un psicópata de manual.

—Y ahora, por favor, no me lo pongas difícil y déjame que te otorgue el golpe de gracia. Te prometo que todo acabará en un segundo.

Anne corrió hacia el hueco de debajo de la escalera, sorprendiéndole. Al pasar junto a él, trató de herirla con la espada, pero la reacción tan inesperada de ella le cogió desprevenido, y tan solo

atinó a rozarle el brazo. Anne sintió el fuego de la herida sobre su piel cuando le hundió la hoja, pero aún así, no dejó de correr mientras se adentraba en la oscuridad. Tenía que darse prisa, él no tardaría en alcanzarla.

No se había equivocado. Aquel pasillo conectaba, bajo el suelo, con el palacio de Montehermoso. La oscuridad en aquel nuevo espacio que se abrió ante ella era incluso mayor que la del antiguo depósito de aguas. Miró en todas direcciones buscando una escalera por la que poder huir, pero apenas distinguía el contorno de paredes y más paredes. La salida tenía que estar ahí, en algún sitio. No serviría para nada pedir auxilio. Nadie escucharía sus gritos. Peter había pensado en todo. Le pareció vislumbrar algo más de claridad en una de las paredes que tenía en frente. Había un hueco que se internaba en un pasillo. Comenzó a ascender por él. Se trataba de una serie de corredores consecutivos cuyo suelo era una rampa zigzagueante dividida en diferentes tramos que había que recorrer andando a medida que se iba subiendo. El brazo le ardía pero no se detuvo. Detrás de ella oía los pasos de Peter siguiéndola con la tranquilidad de quien sabe que su presa no tiene ninguna posibilidad de huir. Anne llegó por fin a la planta superior donde se encontraba el patio central interior del palacio renacentista. Pensó con rapidez. Una escalera partía hacia los pisos superiores, pero sabía que si se metía ahí no tendría opción de escapar. Se acercó a la pared ubicada al lado de la escalera y la manchó deliberadamente con la sangre de su brazo. Si su plan funcionaba él pensaría que había subido por ella. Se escondió tras el mostrador desde el que el personal de la casa palaciega ofrecía información a los visitantes. Contuvo la respiración. No quería que él la oyese. Al cabo de unos segundos escuchó sus pasos mientras Peter salía del último corredor. Y a continuación solo silencio. ¿Había caído en la trampa? Asomó un poco la cabeza por encima del mostrador y miró hacia el patio y la escalera. No había ni rastro de él. De repente, otra visión espectral hizo acto de presencia surgiendo de la oscuridad de la cadena de pasillos que comunicaba con el antiguo depósito de aguas. No podía creerlo. Su presentimiento no había errado. Estaba vivo. Mechero estaba vivo. ¿Cómo habría dado con ella? Le vio aproximarse lentamente hacia la mancha de sangre que ella misma había dejado para despistar a Peter. ¡Díos mío! Mechero estaba blandiendo una pistola. No entendía nada. ¿De dónde la habría sacado? Y cuando estaba a punto de hacerle una señal para que supiera dónde estaba escondida, una sombra se abalanzó sobre él. Peter surgió de la nada y le tiró al suelo. El arma de Mechero salió despedida a unos cuantos metros de distancia.

—Mira quién ha venido a salvarte Anne ¡y con una pistola y todo! Pero si es Borja, al que todo el mundo cree muerto. Veo que no soy el único que ha guardado secretos últimamente. Pues lo siento mucho, Borja, no tengo nada contra ti pero no voy a permitir que arruines mi sacrificio — dijo Peter mientras levantaba la espada en el aire. Mechero permanecía en el suelo, conmocionado por el golpe que se había dado en la cabeza al caer. Estaba inconsciente.

Anne no se lo pensó dos veces y, presa de una ira incontenible, agarró un abrecartas que había sobre el mostrador y corrió hacia Peter con ánimo de clavárselo en la espalda. Pero él la vio venir. Se dio la vuelta y la empujó con todas sus fuerzas mientras ella caía hacia atrás.

—¿En serio, Anne? ¿Pretendías atacarme con un abrecartas? —preguntó Peter—. Bueno, basta. Se me ha acabado la paciencia. Parece que nuestro amigo Borja quería unirse a la ceremonia pero

me temo que no voy a esperar a que se despierte. Ha llegado el momento, Anne. Prepárate para acceder al olimpo de los jardineros más recordados de la historia.

Anne estaba aturdida mirándole desde el suelo. Sentía un dolor horrible en la espalda y la herida del brazo se le había abierto aún más. Miró de reojo el cuerpo de Mechero, que seguía tendido. Iba a morir. Los dos iban a morir. De repente, le pareció escuchar una risa de niño a lo lejos. Y se acordó de la abuela Mary Anne y de los años felices que había vivido en Sunny House, descubriendo los secretos de la mansión. Al final, la abuela iba a estar presente de alguna forma en sus últimos momentos en este mundo. ¿La estaría esperando al otro lado? Los recuerdos de las reuniones clandestinas que abuela y nieta organizaban en el Reino de las Ánimas, la habitación secreta de Sunny House, se agolpaban en su memoria y, a pesar de estar mirando de frente al que se iba a convertir en su verdugo mientras levantaba la espalda para clavársela, no tuvo miedo. El amor de Mary Anne Merrick la acompañaba en el trance final de su vida. En ese instante volvió a escuchar la risa infantil. Era él. Su amigo de la niñez al que nadie más que ella veía, el que siempre había estado en los buenos y en los malos momentos. El que se enfadaba con ella cuando le dejaba de lado para acudir al Reino de las Ánimas con la abuela. Había regresado para despedirse de ella. Sabía que aquello no podía ser más que una alucinación, pero aún así, agradeció su visita. Lo vio mientras le arrebatava la espada a Peter. Lo vio mientras se la clavaba en el estómago y lo atravesaba. Lo vio reír después de que el cadáver de Peter cayera al suelo. Y entonces supo que no era un sueño. Supo que su amigo incorpóreo era real, que siempre lo había sido.

Tercera parte

“MADURACIÓN”

La plaza de la catedral de Santa María de Vitoria estaba repleta de cientos de invitados a la boda de Nerea Vanner e Iñaki Arrieta, que esperaban ansiosos a que los novios salieran del templo gótico para bendecirles arrojándoles los pétalos de rosas, de cuatro colores diferentes, que las amigas de la novia se habían encargado de repartir previamente. El arroz se había prohibido mediante una divertida insinuación en la invitación, muy a pesar de los amigos del novio que, aun así, se las habían ingeniado para llenar con kilos de granos el interior de la limusina que trasladaría a los recién casados al restaurante donde se celebraría el convite. David Vanner asistió atento al baile de honor que una *dantzari* dedicó a los novios cuando por fin salieron a la plaza, mientras sonaba la melodía ceremonial del *txistu* y el tamboril interpretada de manera sublime por los dos músicos que la acompañaban. El *aurresku* le había emocionado desde que era muy pequeño, aunque hacía demasiado años ya que no había vuelto a escucharlo. Disfrutó de los arriesgados pasos que componían la danza, con sus patadas al aire y sus saltos perfectamente medidos para que el conjunto no perdiera armonía y majestuosidad. Se alegró de estar en ese momento allí, con su hermanastra, radiante con su vestido de novia, disfrutando de un día soleado a pesar de ser pleno mes de enero. Entendió enseguida la razón por la que no se había esperado para celebrar la boda en primavera. Nerea presentaba un abombamiento en su abdomen, no muy abultado, pero lo suficientemente grande como para que cualquiera pudiera advertir que estaba embarazada. Sería un bebé afortunado. Era imposible que hubiera heredado el temible don de la vigilia que padecían muchos de los Elguea. El don de los insomnes provenía de la rama materna de David, por lo que aquel niño o niña que Nerea daría a luz dentro de unos meses no tenía riesgo alguno de sufrirlo.

Observó a Ruud Vanner. Su padre no había cambiado tanto como cabía esperar con el paso de los años. Sí, había perdido algo de pelo y engordado unos cuantos kilos, pero aún conservaba la constitución robusta y atlética que David había heredado, lo cual le hacía parecer mucho más joven de lo que realmente era. Debía de rondar ya los sesenta años, pero no aparentaba tener más de cincuenta. A pesar de provenir de Holanda sus rasgos físicos no encajaban con lo que se solía esperar de alguien nacido allí. Su piel mantenía el bronceado natural que siempre le había caracterizado y su cabello era negro y denso, muy parecido al de David. Quizás, lo único que podía llamar ligeramente la atención y acercarle un poco a su país de origen era el penetrante azul de su mirada, que, mientras estuvo con María Elguea, la madre de David, le había hecho merecer el apodo de “El Husky” entre los habitantes de Lacaverna, por recordar a la mirada hipnótica de esa raza de perro. Por lo demás, a simple vista, su físico encajaba perfectamente con el prototipo de hombre latino mediterráneo. Lo único que delataba su procedencia era el terrible acento holandés que aún conservaba, a pesar de que su fluidez hablando castellano era bastante aceptable.

Mientras los novios eran conducidos en la limusina al restaurante donde se iba a celebrar el convite, los invitados fueron paseando hasta el establecimiento, que estaba ubicado muy cerca de

allí. Por el camino, David se fijó en los carteles que aún adornaban muchos de los edificios más emblemáticos del casco viejo y que remitían con nostalgia al exitoso congreso de antropología que se había celebrado hacía pocos días. Finalmente, y a pesar de la amenaza que habían supuesto los crímenes del asesino del *blog*, el encuentro internacional había sido todo un éxito. La ciudad respiraba aliviada después de que la policía hubiera encontrado el cadáver del asesino en serie en el palacio de Montehermoso, poco antes de que el congreso se inaugurase. Las dudas acerca de cómo se habían producido los hechos que habían desembocado en la muerte de Peter Magnusson eran aún muy grandes. Los medios de comunicación habían especulado con la idea de una rápida actuación de la policía autonómica que, en cooperación con la guardia urbana, lo había abatido cuando estaba a punto de reunirse con su siguiente víctima. Aun con todo, un velo de silencio propiciado por el secreto de sumario, se había interpuesto entre las autoridades y la opinión pública, a lo cual habían contribuido los diferentes periódicos y canales de televisión, que parecían haber acatado alguna instrucción especial para no seguir causando más alarma social ante la inminente celebración del congreso. Tan solo un par de programas de cadenas generalistas trataron la noticia de manera más exhaustiva, pero enseguida el foco de atención de todos los medios se trasladó a Washington, donde acababa de tener lugar un grave atentado. Incluso la exposición prevista para el propio palacio y el antiguo depósito de aguas se abrió al público sin mayores problemas, aunque con dos días de retraso. Al final, lo único que trascendió fue que Peter Magnusson era un joven sueco que había llegado a Bilbao hacía casi diez años, que trabajaba como traductor e intérprete con diferentes empleos esporádicos y que, gracias a su grado en Historia y a su experiencia en el ámbito de la filología, había conseguido un puesto de trabajo temporal en el palacio de Montehermoso con motivo de la organización del congreso de antropología. Curiosamente no hubo ninguna aparición de familiares ni amigos extrañándose por lo sucedido. Tan solo la dueña de la pensión de Bilbao donde se alojaba declaró en un programa de televisión que Peter era muy reservado y que apenas tenía vida más allá de su trabajo, que le absorbía día y noche. Al parecer, procedía de una familia desestructurada y había conseguido acabar sus estudios universitarios gracias a subvenciones públicas. Después de tres asesinatos de mujeres inocentes y sin que ninguna autoridad explicara claramente las circunstancias del hallazgo de su cadáver, el monstruo había terminado su locura sin que se supieran realmente los motivos que le habían llevado a cometerlos.

David había acudido solo a la boda pero aún así no tuvo tiempo de aburrirse. Lo habían colocado en la mesa donde se sentaba la cuadrilla de amigos de los novios, con lo que no tuvo apenas un minuto de sosiego entre vítores, brindis, sucesivas bromas y la amena conversación que mantuvo con tres de los comensales. Justo antes de que los camareros trajeran la tarta nupcial, Nerea Vanner pidió silencio. Haciéndose con uno de los micrófonos que había dispuestos para los discursos que vendrían después, dio las gracias a David por haber aceptado su invitación y aprovechó para recordar una divertida anécdota que ambos vivieron cuando siendo niños, en una excursión escolar a Burgos, se perdieron por su culpa durante más de cinco horas y David acabó con el brazo roto en el hospital. David se emocionó por las palabras de su hermana e incluso habló con ella en privado durante casi veinte minutos, hasta que su marido se la llevó para cumplir con el protocolo de saludar a todos los invitados mesa por mesa. Prometieron quedar cuando volviera del viaje de novios, que comenzaba al día siguiente. Tras el vals de rigor de los

recién casados, que abrió el baile que se celebraba en un salón contiguo, el alcohol comenzó a hacer sus primeros estragos entre alguno de los invitados. David salió un momento a la calle, necesitaba abstraerse del bullicio.

—El señor Vanner quiere hablar con el señorito, si le parece bien.

David no había oído salir a la señora Rosa del restaurante, y, debido al sobresalto, a punto estuvo de tirar al suelo el refresco sin calorías que tenía entre las manos. La que había sido su niñera cuando trabajaba para la tía Sabina y que luego había entrado a servir en casa de Ruud Vanner tras la muerte de la madre de David, le condujo hasta un reservado muy cerca del salón donde había tenido lugar el banquete. Ruud Vanner estaba de pie, de espaldas a la puerta, mirando a través del enorme ventanal que ocupaba las tres cuartas partes de una de las paredes.

—Hola David —se dirigió a él hablándole en holandés—. Por fin has aceptado hablar conmigo. Me alegro de verte, hijo. Te has convertido en un hombre de provecho.

—Hola, papá —contestó David, sorprendiéndose a sí mismo por haber utilizado aquella palabra para referirse a él—. Me alegro de que te alegres de verme, después de haber pasado de mí durante todos estos años.

—Sé que no me he comportado bien contigo, pero tampoco he tenido ocasión de explicarte lo que ocurrió.

—Me parece que ya ha pasado demasiado tiempo como para que me des explicaciones, ¿no te parece?

—Quiero hacerlo, hijo. Quiero pedirte perdón por haberme alejado de ti, pero estaba totalmente cegado por el dolor. Por fin he comprendido que tú no tuviste la culpa de lo que pasó. Eras solo un niño. La culpa fue de esa perra que te crió.

—La tía Sabina puede no ser un cúmulo de virtudes —dijo David—, pero hizo mucho más que tú. Tener un hijo no solo significa abonarle todos los meses una asignación económica como has hecho tú. Es preocuparte, estar a su lado, quererle. Sabina, aunque a su manera, te gana en eso con creces.

—No sé qué te ha contado esa mujer de mí, pero, por tu bien, espero que no te haya lavado el cerebro del todo.

—Lo que me ha contado es que nunca quisiste tener un hijo, que bebías los vientos por mi madre, y que cuando murió no supiste cómo deshacerte de mí.

—Nunca me he deshecho de ti —le replicó Ruud—. Siempre me he ocupado de tu manutención. Incluso tu tía Concha quedaba conmigo a escondidas para que yo pudiera verte. Estás loco si piensas que Sabina fue a todas las reuniones de padres del colegio, si piensas que todo lo que tienes te lo ha dado ella. Si realmente te hubiera abandonado, ¿no crees que tu tía me habría denunciado?

—Entonces... ¿por qué papá? ¿por qué preferiste que me criara Sabina a tenerme a tu lado?

—Porque te tenía miedo, David.

—¿Miedo?

—Al principio creía que era odio, resentimiento, pero con el tiempo he aprendido que lo que realmente me ocurría era que te tenía miedo —dijo Ruud.

—No sé qué es mejor, que me hayas dicho que me tenías miedo o que me llegaras a odiar.

—¿Alguna vez has querido tanto a alguien que hubieras dado tu vida por protegerle? ¿Alguna vez has querido tanto a alguien como para que cada día al despertar solo pensaras en cómo estar siempre a su lado y alejarle del peligro? ¿Alguna vez has amado lo suficiente a alguien como para que todos sus padecimientos fueran como si los hubieras sufrido tú en tus propias carnes, pero multiplicados por diez?

David pensó en las palabras de su padre. Recordó a muchas de las personas que habían compartido su corazón y su cama a lo largo de su vida. En un lugar preponderante aparecía Anne, a la que le debía tanto y a la que había alejado de su vida precisamente para evitarle el peligro que implicaba estar con él. Anne era sin duda la persona que más tiempo había ocupado su corazón y la que más le había importado. La había querido, o eso creía, aunque tenía la desagradable sospecha de que sus caminos simplemente se habían cruzado en el momento oportuno. Ambos se habían necesitado mutuamente y una cosa había llevado a la otra. De vez en cuando, cuando abría un cajón y veía alguna prenda de ella que todavía no se había llevado del ático, la nostalgia le embargaba, lo cual significaba cuánto la echaba de menos. Anhelaba volver a verla, salir a cenar con ella, reír con ella, como tantas veces habían hecho. Extrañaba la seguridad deslumbrante que tenía en sí misma. Extrañaba tenerla por las noches a su lado y contarse mutuamente qué tal les había ido el día. Extrañaba el buen sexo que tenían, por lo menos hasta el último año. Pero sabía que esa relación no se reactivaría. Anne se había despedido de él para marcharse a Inglaterra. Adrián le había dicho que había vuelto a Bilbao, que se la había encontrado en el ático de David recogiendo sus cosas. Aún así, sentía que su relación con ella había terminado para siempre. Y aunque le doliera en el alma no volver a verla, en el fondo, quizás fuera mejor así.

—¿Alguna vez has amado tanto a alguien como para haber deseado matar a quien le hubiera hecho daño? —continuó Ruud. David estaba incómodo con tanta pregunta retórica, pero tenía que reconocerlo. Aunque sabía que la respuesta a todas ellas tenía que ser Anne, por todo lo que había significado en su vida, lo cierto era que quien le venía todo el rato a la cabeza era otra persona bien distinta. Ander Goikoetxea. Él era esa persona, por mucho que le costara reconocerlo. Aún recordaba el desgarró que sufrió en el alma cuando Inés San Juan le dio la noticia de que Ander había tenido aquel accidente de coche. No se había olvidado de todas las horas que pasó en la planta de unidades de cuidado intensivo mientras Ander permanecía ingresado en el hospital y la incertidumbre de si sobreviviría o no incrementaba aún más su insomnio. No podía olvidar cómo se le partió el corazón cuando Alicia le contó que Ander y Manu Olabe estaban casados. Volvió a sentir la ira al recordar la confesión que su antiguo supervisor le había hecho hacía poco en el *loft* de Deusto. Cada vez que se lo imaginaba tirado en el suelo, después de que aquel animal que tenía por marido lo hubiera empujado, no podía pensar en otra cosa que en matar a Manu Olabe, aniquilarle.

—Esa persona era tu madre para mí —continuó Ruud Vanner, mientras tomaba asiento en una de las butacas dispuestas junto a la ventana e invitaba a David a hacer lo mismo—. Tu madre y yo vivimos una maravillosa historia de amor a pesar de la oposición de Sabina y de todas las zancadillas que nos puso para separarnos. Aunque al principio nuestro encuentro fuera algo un poco forzado, enseguida supimos que estábamos enamorados. Éramos la envidia de unos, y la esperanza de muchos otros. Y fruto de ese amor naciste tú, hijo. No recuerdo haber sido tan feliz

en mi vida. Cuando nació Nerea también fue maravilloso, pero contigo era diferente, tú eras diferente. Tú eras el hijo de María.

—Y ¿qué paso entonces para que decidieras dejarme de lado? ¿Por qué me tenías miedo? — preguntó David. No lo preguntó con rencor. No era eso lo que sentía en ese momento. Las palabras de su padre parecían sinceras. O eso era lo que quería pensar.

—Desde que naciste diste diferentes señales de lo especial que eras. Tu madre te quería tanto... Su obsesión era protegerte y que fueras feliz. La mía era protegeros a los dos. Pero ella no tuvo tiempo de lograrlo. ¿Sabina nunca te ha contado cómo murió tu madre, verdad?

David se quedó estupefacto. No se esperaba que la conversación fuera por esos derroteros.

—Me dijo que fue un accidente mientras los tres paseábamos por el León Dormido. Ella resbaló y cayó al vacío. Desde entonces tengo pesadillas con esa montaña —contestó David recordando una de las cumbres más características de la Sierra de Cantabria y que tanto le había atormentado desde que era un niño.

—Sí, calló al vacío, hijo. Pero no fue exactamente un accidente lo que ocurrió. Era una mañana espléndida de verano, y aprovechamos los tres para subir muy temprano al León Dormido. A tu madre le encantaban las vistas desde allí y los dos pensamos que era una buena idea alejarte, aunque al menos fuera un día, de las garras de tu tía. Pero de poco nos sirvió. Tú hiciste que ella apareciera, hijo. Tú la llamaste. No sé cómo, porque eras prácticamente un bebé, pero sé que fuiste tú. Tu madre ya la había visto dos o tres veces rondándote por la noche mientras dormías en la cuna. Casi siempre llegaba acompañada de algún tipo de ave. En alguna ocasión incluso hasta te arrebató de los brazos de María mientras te daba el pecho. Yo no la quería creer al principio, hasta que una noche me desperté y la vi de pie, a mi lado, observándome en silencio, acariciando una lechuza que sostenía en sus manos. Por poco muero de la impresión. No volvió a hacer acto de presencia hasta el día en que ocurrió todo. Ella se presentó de repente, cuando llevábamos un buen rato en la cima. Yo estaba sacando una foto panorámica de las vistas y tu madre te acababa de dar de comer. La vimos surgir de detrás de una de las peñas más grandes, después de que una bandada de pájaros se echara sobre mí tratando de herirme. Yo me enfurecí. Habíamos planeado aquel día en familia para olvidarnos precisamente de todo y ella se había atrevido a seguirnos hasta allí. La encaré y me enfrenté a ella. Aún hoy en día me arrepiento de haberlo hecho. Tú empezaste a llorar y ella simplemente me atacó. Me fue empujando hasta el borde del precipicio. Yo sabía que iba a morir, que era imposible detenerla. Y entonces tu madre lo hizo. Te dejó en el suelo y se abalanzó sobre ella para impedir que me tirara montaña abajo, y fue María la que acabó despeñada.

David no acababa de entender las palabras de su padre. Creía estar siendo víctima de una alucinación. No estaba teniendo esa conversación con él. Su hermana Nerea no se había casado y no estaban en aquel restaurante de Vitoria. Miró a Ruud Vanner a los ojos. No mentía. Estaba seguro de que no estaba mintiendo.

—Te odié, David. Me habías arrebatado a tu madre, al amor de mi vida. Te odié durante tantos años... hasta que el paso del tiempo suavizó la herida y me di cuenta de que tú no tuviste culpa de nada. Eras un ser inocente, puro. Tuvo que ser Sabina. O quizás fue tu abuela Véspero. Una de las dos tuvo que urdir aquel plan para acabar conmigo. Una de las dos fue la que la llamó o la que te manipuló para que ella acudiera.

—¿Pero llamar a quién? ¿Quién era esa mujer? ¿De quién estás hablando? ¿Quién empujó a mi madre por el precipicio? —le preguntó David levantando la voz.

—Desde que me enteré de que habías vuelto he intentado varias veces que accedieras a hablar conmigo. Tengo tantas cosas que contarte, hijo... No sé ni por dónde empezar.

En ese momento la señora Rosa entró en la sala y avisó a Ruud Vanner de que el invitado que estaban esperando desde hacía tres horas acababa de llegar y requería su presencia. David observó a su padre salir de la estancia y dirigirse al salón donde esperaban el resto de asistentes a la boda. Se quedó unos minutos más sentado en la butaca, pensando en lo que le había revelado. Aunque no recordara lo sucedido, ahora entendía el terror que había sentido desde siempre hacia aquella montaña. La Sierra de Cantabria había protagonizado muchas de sus pesadillas durante toda su infancia. A medida que fue creciendo y comenzaron los sueños, aquella cordillera también había aparecido en muchas de sus visiones. Los ataques de pánico que padecía habían sido probablemente una consecuencia de todo aquello. Así que su madre no había muerto en un accidente fortuito. Alguien había acabado con ella. Y Sabina jamás le había hablado del tema.

Sandra Esteban ya no trabajaba en Artechnia. La habían despedido por falta de diligencia en el manejo de la contabilidad de la compañía. Además, la compañía le había anunciado que se reservaba su derecho a ejercer acciones legales contra ella en caso de que así lo decidiesen los asesores jurídicos. Los auditores y la empresa de informática encargada del sistema de gestión habían vuelto a aportar nuevas pruebas de que habían sido su ordenador y su código de acceso personal al servidor los que habían sido utilizados para falsear todos aquellos apuntes contables. Y ella no había podido desmentirlo. Se rumoreaba que Suzanne Bechs había retrasado tomar la decisión hasta el último momento, aunque al final había tenido que adoptarla ante la presión de los accionistas.

Alicia Rández se sentía mal por haber sido la causante del despido de Sandra Esteban. ¿En qué momento se había convertido en tan mala persona como para habersele ocurrido una idea semejante? Por si fuera poco, la segunda parte del plan no estaba yendo todo lo rápido que hubiera esperado. Había contactado con una antigua amiga de la universidad, Amanda Iñurreta, que le debía más de un favor y que ahora trabajaba en la redacción de un importante periódico, y le había transmitido aquella información tan reveladora. Artechnia, Inc., una de las multinacionales más relevantes y con mayor proyección en Europa, falseaba su contabilidad. Había conseguido hacerse con una copia del informe de los auditores que así lo establecía. Si aquello salía a la luz, era prácticamente seguro que la compañía se vería en un serio aprieto. A pesar de tratarse de una prueba fidedigna, su amiga le había puesto problemas desde el primer momento en el que había contactado con ella. Para empezar, no era tan fácil publicar una información de ese estilo sin medir bien las posibles consecuencias a las que podría enfrentarse el periódico. Era casi seguro que Artechnia emprendería acciones legales contra ellos, por mucho que aportaran como prueba aquel informe de la empresa de auditoría. Artechnia era un imperio que iba a emplear todo su arsenal de abogados para defender sus intereses y no era tan sencillo adoptar a la ligera una decisión tan importante como aquella. En estos momentos, el órgano de administración del diario se encontraba analizando la información y sopesando las ventajas y las desventajas que supondría su publicación. Le habían prometido darle una respuesta en el plazo máximo de una semana, pero ya habían pasado nueve días y aún no le habían contestado nada. Tendría que volver a llamarla. Confiaba en Amanda, jamás le había fallado.

Su plan le había parecido perfecto desde el primer momento, pero estaba claro que no había pensado bien en todas los obstáculos a los que podía tener que enfrentarse hasta conseguir su objetivo. Y además, por el camino, se había llevado por delante el futuro laboral de Sandra Esteban. Si finalmente el periódico no aceptaba publicar tenía la opción de acudir a otros medios, pero si había tenido impedimentos en el rotativo en el que su amiga ocupaba un puesto importante en la redacción, no quería ni imaginar qué se podría encontrar en otros diarios donde no tenía ningún tipo de contacto. También se le había pasado por la cabeza recurrir a la policía, pero el solo hecho de pensar en cruzar la puerta de una comisaría y que finalmente se terminara descubriendo que había sido ella la que había provocado aquella situación le daba pánico.

Trató de centrarse en el libro de actas de las reuniones de los Bechs. Lo cierto es que llevaba varios días atascada con la traducción del holandés de uno de los anexos que habían incorporado a una de ellas. Cada vez estaba más convencida de que aquella familia era el núcleo de una secta religiosa basada en los antiguos rituales paganos del pueblo de los bátavos y en el culto casi obsesivo a una oscura divinidad. Todas sus creencias giraban además en torno a su río sagrado, el Waal, y a una extraña profecía que estaba a punto de cumplirse y a la que no dejaban de aludir en muchas de las reuniones, aunque le costaba entender toda aquella terminología basada en extraños símbolos y ritos esotéricos. Por un lado, se narraban terribles sucesos que tendrían lugar si la profecía se llegara a cumplir. Los seres del abismo cruzarían la puerta y arrebatarían el mundo a los seres humanos. Pero, a la vez, la luz de la esperanza impregnaba muchas de las referencias a la profecía, puesto que parecía existir una solución para que aquello no ocurriese, que requería la realización de una ceremonia secreta y el poder de algún tipo de amuleto mágico. Una colección de leyendas a cada cual más enrevesada y a las que los Bechs parecían dar absoluta credibilidad.

Terminó de revisar la traducción y preparó el texto de un *e-mail* para enviárselo a Ander y contarle toda aquella locura. Llevaban unos días sin hablar y le echaba de menos. Intentaría quedar con él sin falta. Quería saber si las cosas con Manu se habían arreglado. Tras mandar el correo, decidió tomarse un descanso y relajarse. Aprovechó para quitarse el esmalte de las uñas de los pies y pintárselas de blanco. Colocó unos trozos de algodón entre sus dedos y esperó a que se secasen.

Creó escuchar un ruido seco que parecía provenir del pasillo. Pierre debía de haber llegado a casa. Últimamente se comportaba de una manera más extraña de lo habitual, como si sospechara que se acostaba con David, pero eso era imposible, habían tenido mucho cuidado de que nadie les viera cada vez que se encontraban. Tenía que hablar con él. En unos días abandonaría Artechnia para emprender una nueva aventura profesional en una empresa de Zamudio como secretaria de uno de los gerentes. Sentía que ya nada le ataba a él y que cada segundo que pasaba se estaba traicionando a sí misma y, sobre todo, estaba traicionando las esperanzas que sabía que él tenía depositadas en su relación. Tenía que romper con él.

Volvió a escuchar el ruido. Sonaba como si alguien hubiera entrado en el salón y hubiera tirado al suelo todos los libros de las estanterías. Con los algodones aún colocados entre sus dedos, se levantó sigilosamente y se acercó a la puerta de la habitación, tratando de adivinar qué era exactamente lo que tramaba Pierre al otro lado de la pared. El sonido cesó. ¿Se lo había imaginado? Volvió a sentarse en la silla de su tocador, pero no tuvo tiempo de culminar el proceso de ornamentación de sus pies. Sintió una presencia detrás de ella. Al levantar la cabeza y mirar en el espejo, se dio cuenta de que no era Pierre. Ojalá hubiera sido él. En su lugar, observó la silueta de un hombre alto y delgado, de unos setenta años, vestido íntegramente de negro con una camisa de manga larga entallada y un pantalón de traje de pierna estrecha, sin cabello, con las extremidades superiores huesudas y muy largas. La estampa era sobrecogedora pero no fue eso lo

que más la impresionó. Fue su mirada, ausente, perdida, como si en realidad no estuviera a escasos centímetros de ella, lo que la asustó. Parecía que aquel hombre fuera invidente, pero estaba claro que veía. Sabía que la estaba escrutando, analizando cada centímetro de su ser. Y tuvo miedo. Pánico. Trató de moverse, pero no fue capaz. Tenía la desagradable sensación de estar atrapada en su propio cuerpo, que no respondía a las órdenes que su cerebro trataba de transmitirle. El hombre se acercó un poco más y se quedó quieto, como aguardando a que algo sucediera. Alicia enseguida descubrió a quién esperaba. Escuchó los pequeños roces de sus pezuñas sobre la tarima flotante. Un olor fétido envolvió la habitación, como si hubieran abierto en canal el cadáver de alguien que llevara varios días muerto. Notó cómo el animal se aproximaba a la silla. Ella seguía sin poder moverse. Asqueada por la continua sensación de náusea que aquel olor la estaba provocando, la vio aparecer por su derecha, asomando su pequeña cabeza negra, sus diminutos cuernos y su lengua rebosante de hedionda espuma. La cabra comenzó a lamer los dedos del pie derecho de Alicia y fue liberando los algodones que aún seguían allí, que fueron cayendo uno a uno al suelo. Cuando terminó, mordió insistentemente el dedo meñique hasta que lo desgarró casi por completo. Alicia quiso gritar de dolor y espanto, pero seguía paralizada. El hombre, desde atrás, rodeó con sus manos enjutas su cuello. Y entonces se dio cuenta de que los Bechs habían vuelto a ganar la partida. Aquel hombre no era un hombre, era algo sobrenatural, casi espectral. Su mirada ausente, paradójicamente, reflejaba a la vez fiereza y determinación. Quince segundos antes de que su corazón se detuviera para siempre, Alicia Rández tuvo la certeza de que aquel ser era la divinidad que aparecía mencionada tantas veces en el libro de actas de las reuniones de los Bechs. Aquel ser era la oscura entidad adorada por aquella familia y, además, era el encargado de acabar con su vida. Miró a la cabra, esperando encontrarse con el pie arrancado de cuajo, pero, el animal había dejado de morder. Los cadáveres no constituían su plato favorito.

El agente Manu Olabe revisaba una y otra vez la grabación que le había enviado Aimar Errekamendi, su contacto dentro de la *ertzaintza*, y quizás el único policía al que podía considerar como un verdadero amigo. El dispositivo especial que la policía autonómica vasca había organizado con la colaboración de la guardia urbana vitoriana para atrapar al asesino del *blog* había resultado todo un éxito de cara a la opinión pública. Sin embargo, él sabía que, en realidad, no había dado los frutos que en un principio se habrían esperado. Los roces entre ambas policías habían sido continuos desde el inicio y aunque la investigación estaba muy avanzada cuando el cuerpo sin vida de Peter Magnusson apareció en el palacio de Montehermoso, hubieran requerido de algunos días más para poder siquiera tener un sospechoso. Aquel demente no había dejado ni una sola pista en los cadáveres de sus víctimas, salvo una minúscula muestra de su tejido epidérmico bajo una uña de la mano izquierda de la tercera víctima, que no había servido de nada puesto que el ADN que se había conseguido extraer no estaba registrado en ninguna base de datos. El único nexo común que se había conseguido detectar entre las tres mujeres asesinadas era su relación laboral con una residencia de ancianos del casco viejo de Vitoria regentada precisamente por la última víctima, además de que las dos primeras habían nacido en la misma localidad. Pero eso tenía toda la pinta de ser algo meramente circunstancial. Al fin y al cabo, salvo la última víctima, que dedicaba todo su tiempo a dirigir el asilo, las otras dos tenían varios trabajos más, con lo que sin duda se trataba de una simple casualidad. Se había abierto una línea de investigación en ese sentido, pero no se había llegado a ninguna conclusión. Aimar Errekamendi había sido uno de los cinco agentes de la *ertzaintza* que habían acudido al palacio de Montehermoso tras recibir una llamada anónima de que algo grave había ocurrido en el edificio. Él y otros dos compañeros habían encontrado el cadáver de Peter Magnusson en el suelo. La autopsia había determinado que había sido atravesado por un puñal o una daga de dimensiones enormes, pero no se había encontrado ni el arma ni ningún otro rastro humano que pudiera ayudar a determinar qué era lo que había ocurrido para que el asesino hubiera encontrado la muerte de un modo tan espeluznante. El escenario con el que se habían topado les había dejado estupefactos. La estancia donde yacía el cuerpo y buena parte de la cadena de pasillos que llevaban al antiguo depósito de aguas, habían sido rociados a conciencia con algún tipo de líquido corrosivo que aún no había podido ser identificado. Las paredes y el suelo aparecían impregnadas por aquella extraña sustancia que había sido utilizada deliberadamente para borrar cualquier rastro humano. Se había conseguido aislar varias huellas dactilares en los objetos más alejados del cadáver, al igual que en el edificio del antiguo depósito de aguas, pero eran tantas y tan variadas, que la investigación en ese sentido estaba en un punto muerto. Tratándose de un centro cultural visitado cada día por decenas de personas, podían corresponder a cualquiera. Afortunadamente, el análisis del ADN del cadáver había servido para determinar que pertenecía al mismo individuo que el encontrado en el trozo de piel que se había descubierto bajo una uña de la última mujer asesinada. En la pensión donde se alojaba el asesino, se había localizado un contrato de arrendamiento de una lonja ubicada en la calle de Las Escuelas del casco viejo de Vitoria. Los rastros de cabellos encontrados en el local apuntaban a que el sueco había citado a la última víctima allí, muy cerca de la residencia que dirigía y del lugar donde depositó después el cadáver, y allí mismo la había

estrangulado. Pero no se había podido determinar por qué, por qué la monja había accedido a quedar con él. Tampoco estaba claro dónde había asesinado a Elixabete García, pero la hipótesis más plausible hasta el momento era que lo había hecho en el propio parque de La Florida la madrugada del día de Reyes, cuando la joven volvía a su casa después de haber estado cenando con unos amigos. Un fuerte golpe en la cabeza y estrangulamiento. Ese había sido el camino que había llevado a las tres mujeres al más allá. Pero no había ni una pista que pudiera aclarar el significado de la escenografía que había montado en el belén del parque de La Florida ni por qué había decidido dejar el cuerpo de Blanca Uribe bajo el mural “El triunfo de Vitoria”. Y sobre todo, por qué parecía haber utilizado algún tipo de ritual en ambas muertes y, sin embargo, en el caso de Maite Ortiz se había limitado a acabar con ella mientras corría por el humedal de Salburua.

Rebobinó la grabación y volvió a reproducirla. Por culpa de las pruebas para el establecimiento de las estrictas medidas de seguridad que había impuesto el gobierno de Alemania, la cobertura de la telefonía móvil, las cámaras de vigilancia del casco viejo y del propio palacio habían presentado múltiples anomalías e interrupciones desde hacía varios días. Era paradójico que precisamente la puesta en marcha de ese supuesto sistema de seguridad tan riguroso hubiese sido el culpable del caos que había afectado a varias zonas del centro de la ciudad y que prácticamente las había dejado sin ningún tipo de vigilancia durante varias horas. En el antiguo depósito de aguas ni siquiera había sistema de videovigilancia. En el momento en que todo había ocurrido se estaban tratando de implementar todos los protocolos de seguridad impuestos por el gobierno alemán, pero hasta dos días después no estaba previsto realizar la instalación definitiva. ¿Había tenido acceso el asesino del *blog* a esa información gracias a su puesto de trabajo en el palacio de Montehermoso y la había aprovechado? Desde luego era una posibilidad. Estaba seguro de que iban a rodar cabezas. Alguien tenía que hacerse responsable de todo aquel desastre. La amenaza de un conflicto diplomático por este motivo era muy real aunque, de momento, nada de esto había trascendido al público.

El vídeo que no dejaba de ver una y otra vez se correspondía a la llegada a la plaza de la Burullería de un vehículo del que había bajado un hombre, con la cabeza cubierta por la capucha de su sudadera y por una gorra de ala muy ancha, para a continuación echar a correr por una de las calles que llevaban directamente al palacio. Esa era la única grabación con la que en esos momentos trabajaba la policía. De momento. Aún se estaban analizando el resto de cámaras de la zona. La calidad de las imágenes era pésima. Por supuesto, no había aparecido ni rastro del coche ni de aquel sospechoso. Alguien había dado la orden desde muy arriba para que no se filtrara nada a los medios de comunicación. Si se llegaba a saber que no había sido la policía quien había abatido al asesino, la alarma social se hubiera incrementado y, probablemente, el congreso de antropología hubiera sido cancelado. Aimar se la estaba jugando proporcionándole tanta información de la investigación que dirigía la *ertzaintza*. Estaba obsesionado con la idea de descubrir quién había acabado con la vida del asesino del *blog*. Aquel héroe anónimo se merecía el mayor de los reconocimientos.

Manu observó el reloj de la cocina. Ander llegaba tarde. Algo grave había ocurrido con algún compañero de trabajo, pero no había querido darle más explicaciones. Aún seguían enfadados por

lo que había sucedido hacía unos días. Quizás debería llamarle y hablar con él. Habían vuelto a discutir por culpa de David Vanner. Manu sabía que David había estado en casa con Ander gracias a la cámara que había instalado en la puerta del *loft* poco después del accidente de coche que había sufrido Ander. No podía entender cómo seguía quedando con él después de lo que habían hablado la última vez. Y encima en su propia casa. La llegada de David Vanner a sus vidas solo había traído problemas. Pero algo había cambiado en Ander desde la última vez que se habían peleado. Esta vez no había terminado dándole razón; de hecho, se había puesto bastante agresivo defendiendo a David. Desde entonces, apenas habían cruzado un par de palabras. Cogió el móvil y le llamó. Al cabo de unos segundos, Ander descolgó el teléfono para volver a colgarlo. Manu tiró el aparato contra la pared y, al chocar, estalló en varios pedazos. Iba a matar a David Vanner.

Adrián Zuberoa estaba dispuesto a cumplir el encargo de Sabina Elguea como fuera. La familia se jugaba demasiado como para ni siquiera pensar en la posibilidad de permanecer al margen. En cierto modo, le daba pánico tener que llevar a cabo aquella orden que su tía le había dado recientemente. Las consecuencias de lo que estaba a punto de hacer eran impredecibles. Una monja joven le abrió la puerta y le invitó a entrar. Sabina había comunicado su llegada así que no tuvo que dar muchas explicaciones. Un ambiente lóbrego y derrotista se había adueñado de la residencia. La reciente muerte de Blanca Uribe, la monja que la dirigía, a manos de el asesino del *blog*, había sumido a las religiosas en un estado depresivo que no ocultaban. Los familiares de algunas de las residentes habían optado por llevarse a sus familiares lejos de allí unos días, a la espera de que la congregación nombrara una sustituta de la fallecida. En ese momento, solo quedaban dos residentes además de Véspero Aizaga.

Cuando entró en su habitación notó que algo no marchaba del todo bien. Sentada en su silla, como siempre, y de cara a la ventana, su abuela apenas era capaz de levantar la mirada. No estaba observando la muralla medieval y eso era extraño, muy extraño. Avanzó con precaución hacia ella, no sin antes haber cerrado la puerta con pestillo. No quería ningún tipo de interrupción. Se colocó en frente de ella. Véspero tenía la cabeza gacha y no paraba de sollozar. ¿Qué le ocurría?

—Abuela, ¿estás bien? —preguntó. Véspero no hizo ningún ademán de contestarle, lo cual era habitual. Adrián pensó en llamar a una de las monjas por si la abuela había caído enferma. Estaba a punto de hacerlo, cuando Véspero, que parecía que le acababa de leer el pensamiento, por fin le respondió.

—No.... —balbuceó mientras incrementaba su llanto y movía sus manos con pequeños espasmos.

—¿Qué te pasa? ¿Ha ocurrido algo con la muralla? —preguntó él mientras miraba por la ventana, como si tuviera la más mínima posibilidad de detectar algún cambio en el muro medieval, lo cual era absurdo. Y entonces se percató de lo que ocurría. No estaba la muñeca. Era idiota, ¡cómo no se había dado cuenta antes! La buscó por todo el cuarto, incluso debajo de la cama y dentro de los armarios, pero la vieja muñeca simplemente había desaparecido.

—¡Hermanas! ¡Que alguien venga ahora mismo, por favor! —gritó asomándose al pasillo. Una de las monjas más jóvenes acudió corriendo.

—¿Qué sucede, señor?

—¿Dónde está la muñeca de mi abuela? Les hemos dicho mil veces que no puede separarse de ella. En el momento que lo hace, su estado anímico empeora y eso puede derivar en un agravamiento de su enfermedad.

—No sabemos dónde está, señor. Se ha perdido —contestó la religiosa con un hilo de voz y sin atreverse a entrar a la habitación.

—¡Cómo que se ha perdido! —gritó enfurecido Adrián—. ¡Cómo se va a perder! Búsquenla por toda la residencia, tiene que estar en algún sitio.

—No está. La hemos buscado por todas partes. Desde que vinieron ayer a visitarla, ha desaparecido. Que Dios me perdone por lo que voy a decir, pero creo que ese hombre se la llevó.

—¿Qué hombre? —preguntó Adrián sin dar crédito a lo que acababa de escuchar—. ¿A quién han permitido que la visite sin el consentimiento de la familia?

La monja tragó saliva. Había sido culpa de ella. El hombre le había parecido tan apuesto y había sido tan amable con ella preguntándole por la reciente muerte de la hermana Blanca que, casi sin darse cuenta, ella misma le había conducido a la habitación de Véspero Aizaga. Se encomendó a la Virgen y le rogó ayuda. Sin duda, la iba a necesitar para salir indemne de aquella situación.

Sunny House llevaba haciendo honor a su nombre desde primera hora de la mañana. La casa soleada. Normalmente el tiempo desapacible de la isla galesa de Anglesey no era muy propicio para que la cálida luz del sol se adentrara en los salones y estancias de la mansión, pero, muy de vez en cuando, el milagro se producía y los rayos conseguían atravesar la barrera que constituía el grueso vidrio de los ventanales para cubrir con su luminoso regocijo cada uno de los rincones del viejo edificio. Anne Wellington respiró reconfortada el aroma del que había sido su verdadero hogar durante tantos años. A pesar de haber nacido en Inglaterra, sentía que aquella isla y el pueblo de Holyhead en particular eran sus raíces, de donde ella provenía. De hecho, toda la familia por parte de la abuela Mary Anne procedía de aquel pequeño territorio septentrional de Gales, incluida su propia madre.

El fuego estaba encendido en la chimenea del salón principal. Miró a su alrededor. Los cortinajes y algunos de los muebles habían sido restaurados o cambiados. Aun así, no sintió ningún tipo de rechazo ante aquellas alteraciones producidas desde que había estado allí por última vez. El comprador de Sunny House había sabido mantener la esencia y la atmósfera sobria y a la vez acogedora de la casa e incluso había contratado a un ama de llaves para llevar el gobierno de la mansión tal y como ésta se merecía. No había podido evitar la venta, pero al menos tenía ese consuelo. La casa de la abuela volvía a estar habitada y cuidada.

—¿Qué te parece la nueva decoración, Anne?

—No está mal. Ha hecho un buen trabajo —contestó.

—Gracias. He intentado ser fiel al buen gusto de tu abuela.

El profesor James O'Connor le ofreció una taza de té caliente y despidió amablemente a Ms. White, el ama de llaves.

—¿Por qué no me dijo que usted era el comprador de Sunny House cuando hablamos el otro día?

—Porque no podía. Si te lo hubiera dicho, hubiera corrido el riesgo de que tú se lo dijeras a tu madre, y ella jamás hubiera permitido que yo comprara la casa. Cuando me enteré de que Betrys la había puesto a la venta no lo dudé ni un instante. Los ahorros de toda mi vida están ahora invertidos en Sunny House y no me arrepiento de ello.

—Pero... ¿entonces? ¿cómo ha conseguido comprarla sin que ella se entere?

—No la he comprado yo directamente, sino una de mis dos empresas. El contrato lo ha firmado un apoderado, ni siquiera he tenido que estar presente yo. Si tu madre termina descubriendo que yo estoy detrás de la compra, te aseguro que no le hará ninguna gracia —sonrió.

—¿Por qué mató usted a Júpiter? —preguntó Anne a bocajarro. Necesitaba saber las razones que le habían llevado a hacerlo, aunque, en el fondo, esperaba que el profesor le dijera que no había sido él.

—Yo no maté a Júpiter, querida —contestó el profesor—. Cuando me enteré de que la Fundación quería hacerte pagar tu falta de obediencia de esa manera tan atroz, intenté evitar por todos los medios la muerte de tu perro. Estuve a punto de secuestrarlo para evitarlo. Lo seguí durante varios días ideando la forma idónea de hacerlo, pero finalmente se me adelantaron.

—Y yo tengo que creerle, ¿verdad? —dijo Anne—. ¿Tengo que creerme sin más que usted no tuvo nada que ver?

—Puedes creerme o no, Anne. Pero te prometo, por la memoria de tu abuela, que yo no fui. Hacerlo hubiera ido en contra del juramento que hice a Mary Anne.

Anne observó al viejo profesor. No parecía que la estuviera mintiendo.

—¿La abuela fue una Mayor de Petunia? Dígame la verdad, por favor.

—Mary Anne no fue una simple Mayor de Petunia, querida. Fue la Mayor con mayúsculas. En la Fundación, las personas que ejercen el cargo del máximo rango reciben el nombre de Summa, en latín. O Summus, si es hombre. Mary Anne fue en su día Mayor suprema del jardín del mar del Norte, cargo que ahora tengo el honor de ocupar yo, y acabó siendo la máxima autoridad de todos los jardines del arco atlántico de Europa. Durante los años que duró su mandato, la paz reinó entre las diferentes corrientes de pensamiento que inundan nuestros jardines. Fue la única Summa que consiguió que se empezara a hablar de una refundación, nunca mejor dicho, de Petunia, de un retorno a sus orígenes. Desde el último concilio, la Fundación ha perdido su esencia o, mejor dicho, se ha desvirtuado. Son muchas las voces que se han levantado desde entonces defendiendo una necesidad de cambio. Mary Anne consiguió que incluso los más acérrimos defensores de la corriente que aún hoy por desgracia sigue dominando Petunia, se empezaran a plantear la necesidad de esa vuelta a los orígenes. Ella fue capaz de hacerles ver el error en el que habían caído. Fue la promotora de un nuevo concilio que lograría ese cambio, pero lamentablemente, nunca llegó a celebrarse. La mataron antes de que eso ocurriera.

—¿Quién la mató?

—Nunca se ha hecho una investigación seria al respecto. Hay miedo a los Caducos, Anne. Mucho miedo.

—¿Los Caducos?

—Es la corriente que impera en la mayoría de jardines de la Fundación ahora mismo. Por supuesto, ellos no se llaman a sí mismos de esa manera. Están en contra de cualquier tipo de cambio. Defienden a ultranza el último concilio. Lo que ha ocurrido recientemente en la biblioteca de Bilbao ha sido probablemente el ataque de uno de los revolucionarios, de uno de los defensores del cambio y la vuelta a los orígenes. Y muchos sospechan que la explosión del invernadero de Bilbao es obra del mismo autor.

—No me puedo creer que alguien sea capaz de causar tantas muertes por esa necesidad de cambio —dijo Anne.

—Los rumores apuntan hacia Jon Arkaute, al cual creo que conoces bien.

—No puedo creer que Jon haya hecho una cosa así. No el Jon al que yo conozco.

—Puede que en el caso del señor Arkaute pesaran más sus propias razones personales para hacerlo. Pocos las conocían antes. Ahora lamentablemente son de dominio público entre nuestra

familia de jardineros. La venganza y el amor son fuerzas muy poderosas, querida. La historia está llena de ejemplos similares.

—No. Es imposible que Jon haya actuado así. Jon es una persona íntegra, noble. Por muchos deseos de venganza que tuviera, no sería capaz de hacer algo así.

—¿Estás segura, Anne? —preguntó el profesor O'Connor.

Anne se quedó en silencio pensando. Jon no podía haber cometido un acto tan vil e inhumano. Afortunadamente, gracias al buen hacer de los jardineros que vivían en el edificio y que habían conseguido sofocar el fuego a tiempo, la biblioteca no se había destruido en su totalidad, pero habían muerto por culpa de la inhalación de humo tres de los miembros de Petunia que habían sido trasladados a los hospitales. Por suerte, los vigilantes de los accesos solo habían sido noqueados. No podía aceptar que Jon fuera el culpable de aquello. Tal vez se le había ido de las manos y solo había pretendido asustar a la Fundación.

—Peter Magnusson me dijo antes de morir que la Fundación me había contratado porque yo era especial —continuó Anne—. En los archivos secretos de la biblioteca de Bilbao debía de haber varios expedientes dedicados a mí, a mi vida. No sé si me dijo la verdad, pero sí que le creí. Al parecer, yo debo de ser la clave de toda esta historia que no he buscado.

—Veo que tu madre jamás te ha contado nada. Muy propio de ella y de ese marido retrógrado que tiene —dijo James O'Connor—. Tu padre siempre ha odiado lo que representas, lo que tu abuela representaba, porque simplemente no lo entiende. Todo su problema con el alcohol y las apuestas probablemente tenga su origen en su frustración, en su incapacidad para aceptar lo que no es capaz de comprender. Y tu madre parece que con los años se ha puesto de su lado.

—¿Qué me debería haber contado?

—Espérame aquí un segundo, ahora vuelvo —dijo el profesor mientras abandonaba el salón y subía hacia las plantas superiores. Anne miró el crepitar del fuego y recordó las escenas vividas en el palacio de Montehermoso y en el antiguo depósito de aguas de Vitoria. Todo parecía un sueño, pero había sido completamente real. Se volvió hacia las escaleras, le había parecido escuchar la risa lejana de un niño. Tal y como había ocurrido en el palacio. Se preguntó si él andaría cerca. Al cabo de unos minutos, el profesor O'Connor regresó con un pesado libro en sus manos. Nada más abrirlo, Anne se dio cuenta de su parecido con la copia del Códice 60.

—Esto que ves es un manuscrito medieval encontrado en la biblioteca particular de un banquero sueco que murió en el siglo pasado sin dejar descendencia. Se cree que anteriormente estuvo en la abadía de Dragsmark, en Suecia. Los expertos creen que fue arrebatado por los invasores vikingos al rey galés Maredudd ab Owain a finales del siglo X durante los terribles ataques que asolaron Gales en esa época.

—Entonces es más o menos coetáneo al Códice 60.

—Más o menos, sí. Tu abuela se hizo con este manuscrito hace muchos años y, cuando vio próxima su muerte, me encargó custodiarlo para enseñártelo cuando estuvieras preparada. Creo que ese momento ha llegado. Debes saber que aún hay más coincidencias con tu querido Códice 60, no nos quedemos en la superficie. He de decir que es bastante extraño que los vikingos robasen un libro de este estilo. No solían ser muy aficionados a coleccionarlos, preferían otro tipo de tesoros. El caso es que por alguna razón se hicieron con él y lo conservaron. La duda es si realmente llegaron a saber el poder que residía en él. Este manuscrito habla de una profecía y del

origen del pueblo que habitaba Gales mucho antes de la influencia celta y de la llegada de los romanos. Y lo que es mejor, no lo cuenta a través de una narración encriptada como la vida del santo sin nombre del Códice 60, lo hace directamente. Obviamente, cualquiera que lo lea y no sea un entendido puede pensar que es pura mitología, pero créeme si te digo que no es así.

—¿Una profecía? —dijo Anne recordando lo que Peter Magnusson le había contado acerca de los gigantes y de la profecía del viejo gentil, poco antes de intentar matarla.

—Sí. Aquí está —contestó el profesor tras localizar la página que buscaba—. Escucha bien. *“La sangre del hijo de los primeros hombres y de la hija del hijo de los primeros hombres heredará el camino al reino de los que estaban antes. La nube anunciará la llegada. La puerta se habrá abierto y todo volverá al principio. Y el linaje de los hombres será aniquilado. Solo la fuerza de la sangre del hijo y la hija podrá volver a cerrarla, con la luz de sus hacedores iluminando el camino de la llave y la gloria de los hermanos guardianes como testigo”*.

—¿Y a eso le llama usted una historia literal? A mí me parece que no es más que un mensaje en clave muy macabro, todo hay que decirlo. Un mero cuento —concluyó Anne irritada. Había percibido alguna similitud entre alguno de los detalles de esa historia con el mito del fin de los gentiles, como el concepto de la nube anunciadora y la aniquilación de un linaje. Incluso la expresión “los que estaban antes” aparecía también en la profecía que contenía el relato de la vida del santo sin nombre del Códice 60. Demasiada coincidencia.

—Anne, lo que te he leído es lo único que puede llegar a parecer no ser literal, pero te aseguro que el resto del contenido del manuscrito es bastante más explícito. Esta profecía se repite, de una forma u otra, en muchos de los mitos y leyendas de varios pueblos indígenas de la Europa precelta y prerromana. La Fundación ha ido recopilándolos a lo largo de su historia. Créeme, por favor, no puede haber tanta gente equivocada en nuestro ancho mundo desde hace tanto tiempo. La Fundación lleva estudiando estas profecías desde hace siglos, muchos siglos. Lo que te contó ese malnacido de Peter Magnusson es un secreto ancestral que Petunia conoce desde sus inicios y que custodia con celo. Desde luego tiene mérito lo que ha hecho ese criminal, porque acceder a esa información es de todo menos sencillo. Ni siquiera dentro de la Fundación es fácil llegar a ella. Solo los que consiguen llegar al último estadio del camino iniciático tienen acceso a ese conocimiento. Es algo que solo muy pocos sabemos y así debe seguir siendo. El problema reside en que, hasta ahora, no hemos conseguido averiguar cuándo tendrá lugar la llegada de los que estaban antes. Sabemos que ese momento es inminente. Tanto la profecía del Códice 60 como otras muchas dan a entender que el tiempo es ahora. Pero no sabemos cuándo se va a producir exactamente ni qué es la nube a la que tantas profecías aluden. El profesor Koldo de Andrés ha sido el que más se ha acercado a la verdad. Su labor de investigación a lo largo del planeta no tiene nada que envidiar a la que hizo tu abuela en su día. Quizás él sepa cuál es el siguiente paso a dar. Si hay alguien que puede saberlo te aseguro que es él. Lamentablemente, no tenemos ni idea de dónde se encuentra ahora mismo. Tras el incendio de la biblioteca de Bilbao ha sido imposible localizarlo, como a otros muchos jardineros. Hay mucho miedo por lo que pueda pasar con esta guerra interna que asola Petunia. Pero es esencial encontrarle, hablar con él.

—¿Y qué tiene que ver todo esto conmigo? ¿No puede ser más preciso? —preguntó Anne. Si Peter Magnusson, la vida del santo sin nombre y todas esas profecías estaban en lo cierto, la raza de los gentiles, los gigantes, los que estaban antes de que los seres humanos habitaran el mundo, volvería a reclamar su sitio, y la raza humana sería aniquilada. Aquello era peor que una maldita

pesadilla. Sintió un ligero vahído. No estaba segura del todo de querer conocer la respuesta a la pregunta que acababa de formular.

—Querida, creo que deberías mantener una conversación con tu madre, hay cosas acerca de tu familia materna que es mejor que te explique ella.

—¡Venga ya, profesor! Ahora mismo hablar con mi madre es lo que menos me apetece. Dígame de una vez la verdad. Si ha llegado hasta aquí es porque usted la conoce. ¿Qué pasa con mi familia materna? —preguntó Anne elevando el tono de voz. Estaba harta. Necesitaba respuestas concretas.

—Está bien, querida. Supongo que a tu abuela no le hubiera importado que fuera yo quien te lo explicara. Ahora, no me odies después de que te conteste. Tú has hecho la pregunta.

—Hable ya, por favor.

—Si tu abuela llegó a ser Summa de la Fundación no es casualidad. Imagínate. ¿En qué cabeza cabe que siendo la corriente de los Caducos la que imperaba en Petunia en aquel momento, eligieran a una revolucionaria, a una defensora del cambio, como máxima autoridad de la Fundación? Mary Anne fue una de las mejores jardineras que Petunia ha tenido a lo largo de la historia. Su carácter, su talento, su tesón y su inteligencia le hicieron ganarse el reconocimiento de buena parte de la familia de jardineros. Todas las misiones en las que estuvo involucrada resultaron exitosas. Su trabajo contribuyó al mantenimiento de la Fundación en esta época tan oscura que vivimos. Pero eso no es suficiente cuando defiendes un cambio en la jerarquía, cuando propugnas la necesidad de volver a los orígenes de lo que fue Petunia y estás en contra de su organización actual y, por qué no decirlo, de sus procedimientos a veces incluso criminales.

—Por eso terminaron matándola, sí. Pero, por favor, dígame ya. ¿Qué pasa con la familia de la abuela?

—Sois los últimos descendientes de los antiguos galeses, querida, los que habitaban esta isla de Anglesey mucho antes de la influencia celta y de la llegada de los romanos. Pertenecéis a un antiguo linaje de descendientes de los que estaban antes. Todas estas familias que existís hoy en día y que descendéis de diferentes tribus y pueblos antiquísimos de Europa que hablan de la misma profecía, que conocen este secreto ancestral, estáis emparentadas, aunque muchos renieguen de ello. La estirpe original suele situarse en la zona del norte de la península ibérica, aunque nadie lo sabe con certeza. A partir de ella surgirían las demás familias.

—¿La tribu de los berones es entonces esa estirpe primigenia?

—No, querida —sonrió el profesor—. Los berones fueron uno de los pueblos que heredaron ese pasado común, como muchos otros, pero son mucho más recientes en el tiempo que la estirpe primigenia. Aun así, son los descendientes más directos de los que estaban antes. En la tierra natal de tu novio, David, a los que estaban antes los llaman gentiles. En muchos otros lugares del mundo son conocidos como gigantes. Y, lo más importante, los descendientes actuales de los berones tienen una posición privilegiada, puesto que ellos poseen la llave que abre esa puerta al reino de ese mundo anterior al nuestro del que hablan las profecías. Ellos la heredaron desde mucho antes de que ni siquiera tuvieran conciencia como tribu. Además, se cree que esa llave está relacionada de alguna manera con el euskera, el idioma vasco, la lengua que hablaban los que estaban antes y que fue recibida como legado por los berones y sus antepasados más lejanos en el tiempo. Algunos creen que también pudo ser recibido por otras etnias vecinas de los berones. Tus ancestros, los antiguos galeses, también están emparentados con ellos. La historia oficial afirma

que el territorio de lo que hoy se conoce como Gales fue colonizado por diferentes oleadas de inmigrantes que sustituyeron a los habitantes originarios de la zona. Así se explica la supuesta colonización de Gales por los celtas. Pero varios estudios genéticos realizados no hace mucho entre la población galesa actual han demostrado que los galeses descienden de emigrantes originarios de la península ibérica que fueron llegando durante el Mesolítico y el Neolítico, al igual que ocurre con el resto de la población británica. La lengua galesa proviene del celta, sí, pero se cree que pudo ser producto de una oleada migratoria celta muy minoritaria y posterior. Como ves, la historia se reescribe día a día. Va cambiando a medida que se van descubriendo y demostrando nuevas evidencias.

—Usted está loco. Todo esto que me está contando es imposible. Son meras leyendas. No concuerda con la historia que el mundo acepta como válida —replicó Anne. Estaba claro que James O'Connor conocía perfectamente la hipótesis de esa supuesta raza anterior a los seres humanos y la naturaleza de la familia de David.

—Ésa es precisamente una de las funciones de la Fundación Petunia, querida. Conservar, descubrir la historia verdadera y vigilar la apertura de las puertas que conectan nuestro mundo y el otro, y que están repartidas por todo el planeta. Ahora, no me pidas todas las respuestas porque yo tampoco las tengo. Tu abuela me contó lo esencial, pero no le dio tiempo a revelarme toda la verdad o no quiso hacerlo. A veces he llegado a pensar que ni siquiera ella la conocía en su totalidad. Me hizo jurarle que, llegado el momento, te lo contaría. Por eso te digo que es imprescindible encontrar al profesor De Andrés. Seguramente él sepa contestarte mejor.

—Cuando el otro día me dijo usted que la abuela supo que iba a morir mucho antes de que ocurriera, ¿qué quiso decir exactamente? —preguntó Anne, temiendo la respuesta del profesor.

—Quise decir exactamente lo que te dije. Tu abuela poseía la capacidad de ver el futuro. Tenía unas visiones extrañísimas. Uno de esos sueños fue precisamente el de su propia muerte, aunque jamás supo quién iba a materializarla, o, al menos, no me lo dijo. Hay quien dice que precisamente esta capacidad de ver lo que va a ocurrir es un signo de pertenencia a esa antigua estirpe. Durante siglos, muchas de estas familias herederas del gran secreto han intentado dar cumplimiento a la profecía para detener la apertura de la puerta, aunque los intentos se han intensificado a partir del siglo XX, precisamente porque muchas de las profecías apuntan hacia el tiempo que estamos viviendo ahora como la era en la que se cumplirá lo que tantos oráculos han vaticinado. Nadie sabe cuándo será exactamente ni cómo será esa apertura. Pero muchos creen que tendrá lugar en la antigua tierra de los berones. Encuentra al profesor De Andrés, es vital que lo hagas.

—¿Pero por qué? ¿Por qué es tan importante que acepte esa misión? ¿Qué tengo que ver yo, qué tiene que ver mi familia con esa profecía? ¿Me puede decir de una vez toda la verdad, por favor? —le rogó.

—Está bien, Anne. Creo que el momento ha llegado. Estás más que preparada para lo que te voy a decir. ¿Recuerdas las palabras de la profecía que te he leído antes? Aunque muchos jardineros hoy en día siguen discutiendo su significado, ésta es la verdad que muchos defendemos. La Fundación Petunia es *“la gloria de los hermanos guardianes”*. Tu abuela Mary Anne, la estirpe de la familia de tu abuela, tú, en definitiva, eres *“la hija del hijo de los primeros hombres”*, la descendiente elegida de entre esos antiguos galeses provenientes de la península

ibérica. La familia de David Vanner es “*el hijo de los primeros hombres*”. David es el elegido de entre los descendientes más directos de los que estaban antes. Los dos estabais predestinados desde el principio a conoceros, vuestros caminos no tenían más opción que cruzarse. Y seguirán haciéndolo, por muy grande que sea la distancia que os separe ahora mismo. Habéis protagonizado los sueños premonitorios de varios profetas que compartían el conocimiento de este secreto ancestral. Los dos estáis llamados a cumplir la profecía y, con un poco de suerte, a detener la llegada de los que estaban antes.

—No puedo creerle, profesor. No puedo aceptar que nuestras vidas estén escritas de antemano. Es ridículo.

—¿Nunca has tenido la sensación de que tu relación con David era cosa del destino? Por ejemplo, ¿recuerdas cómo os conocisteis?

—Nos conocimos en un *pub*. No hay nada de profético en eso.

—No me refiero a cuándo os visteis por primera vez. Me refiero a cuándo te diste cuenta de que sentías algo profundo por él.

Anne recordó el episodio vivido en el lago Windermere, cuando había salvado a David de morir ahogado.

—Supongo que sería en aquel fin de semana que pasamos en el lago Windermere, cuando David estuvo a punto de morir en el agua por culpa de un calambre.

—Y tú le salvaste.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Querida, sé mucho más que eso. Te recuerdo que mi misión era cuidar de ti. Detengámonos en ese episodio. Si todo hubiera transcurrido de manera ordinaria, David probablemente hubiera muerto aquel día. Pero ahí estabas tú para salvarle. Porque no era su hora. ¿Nunca habéis vivido otros momentos parecidos en los que hayas sentido que estaba sucediendo algo fuera de lo común?

Anne pensó en lo que había ocurrido en el palacio de Montehermoso de Vitoria. Había estado a punto de morir a manos de Peter Magnusson, pero se había salvado. Su amigo incorpóreo la había salvado a ella y a Mechero. Pero no estaba dispuesta a compartir aquello con el profesor y quedar como una loca.

—David siempre me ha dicho que yo le he salvado la vida muchas veces, no de forma tan exagerada como sucedió en el lago, pero sí que ha habido pequeñas situaciones en las que por uno u otro motivo, he acabado sacándole las castañas del fuego.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Nunca has sentido la muerte cerca y finalmente has conseguido salvar la vida? —insistió el profesor.

Anne se le quedó mirando con estupefacción. ¿Era posible que el profesor supiera lo que le había ocurrido en Portsmouth cuando tenía diecisiete años? Aquel verano, había estado a punto de ser violada y quién sabe si asesinada, por un indeseable al que terminó hiriendo en el cuello con la esquila de un ladrillo y del que nunca más supo. ¿Se estaba refiriendo a eso el profesor?

—Puede —contestó Anne.

—Los dos tenéis la sangre de los que estaban antes corriendo por vuestras venas y, según creemos muchos, sois los elegidos para protagonizar la profecía.

—Está usted loco.

—Mira. Te voy a enseñar algo que seguro que te ayuda a comprenderlo mejor.

El profesor se acercó hasta una de las tres cómodas que adornaban la estancia y abrió el cajón inferior con una llave que guardaba en uno de los jarrones ubicados junto al mueble. Extrajo un *pen drive* y volvió hasta donde la esperaba Anne.

—La última vez que hablamos me preguntaste si era casualidad que yo hubiera incentivado tu amor por los idiomas y te contesté que tenías razón, que no era casualidad. Tu abuela así lo quería y yo hice lo que pude para continuar la educación que ella pretendía darte. Pero no te dije toda la verdad. No solo te motivé para que creciera más en ti la pasión por las lenguas, sino que hice hincapié en que descubrieras y amaras la cultura vasca y el euskera. ¿Es que ya no te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. Usted me abrió los ojos a todo ese mundo que desconocía casi por completo. Gracias a usted descubrí una de mis pasiones.

—Se lo debía a tu abuela. Ella quería que así fuera. Mary Anne también tenía fe ciega en que tú podías ser la elegida. Nunca quiso decirme por qué estaba tan segura. Siempre he pensado que también lo soñó, como soñó su propia muerte —dijo mostrándole el lápiz de memoria que había extraído de la cómoda.

—¿Qué es eso? —preguntó Anne. El profesor insertó el dispositivo en el ordenador portátil que había sobre la mesa más cercana y le hizo un gesto para que se acercara.

—Este vídeo que vas a ver es del primer verano que pasaste de intercambio en Burgos. Eras muy joven. Puede que tuvieras once o doce años, la cabeza comienza a fallarme. La calidad de las imágenes deja un poco que desear. Originalmente era una cinta de vídeo VHS, así que te puedes imaginar.

—¿Lo grabó usted?

—No, querida. Este vídeo no lo grabé yo, sino una de las monitoras que cuidaba de todos los niños durante esa actividad. Debió de ser el primer o segundo día. Yo aún no había llegado. Quiero que lo mires bien y me digas si no hay nada que te llame la atención.

Anne miró las imágenes. El vídeo duraba apenas medio minuto. Durante los primeros segundos de reproducción aparecían varias niñas saltando a la comba junto a otra de las monitoras. Había niños por todas partes.

—¿Es que no te reconoces? —le preguntó el profesor poniendo en pausa la grabación.

—¿Yo soy esa niña pelirroja que se ve al fondo, la que está sujetando una tirita con la mano?

—Sí, esa eres tú. Se ve un poco borroso, pero eres tú, fíjate bien. Esa tirita te la acababas de arrancar de tu rodilla. Te habías caído una hora antes de un tobogán y uno de los cuidadores te la había puesto para detener la hemorragia.

—¿Y qué tiene de especial? No me irá usted a decir ahora que mi vocación frustrada es la de enfermera —bromeó Anne para aliviar la tensión que sentía en ese momento.

—Seguro que hubieras sido una enfermera muy eficiente, no lo dudes —respondió el profesor—. De hecho, probablemente, este vídeo hubiera sido el primer testimonio del primer paciente al que habrías curado.

—¿Qué quiere decir?

—¿Es que no te has dado cuenta? ¿No ves lo que estabas haciendo? —le preguntó señalando con el dedo la imagen detenida en la pantalla del ordenador.

—Solo veo a una niña pelirroja que usted me dice que soy yo intentando poner la tirita que ella misma llevaba segundos antes sobre su rodilla, en el brazo del niño que tiene delante, que por cierto, parece que está llorando.

—Mira bien a tu paciente. No me digas que no lo reconoces.

Anne escudriñó la imagen tratando de descubrir algún detalle que le ayudara a saber de qué le estaba hablando el profesor. Se trataba de un niño que parecía ir acompañado a su vez de otra niña más pequeña.

—Es David, Anne. Es David.

Miró al profesor sin comprender lo que le acababa de decir. Volvió a analizar la imagen. No podía distinguir bien sus rasgos. El niño era moreno, con la piel bronceada, y parecía bastante más alto que ella, pero eso no significaba que fuera David. Era imposible. ¿Qué hacía David ahí? El profesor estaba delirando.

—David no formaba parte de esa actividad. De hecho, no estaba al cuidado de la monitora que aparece en el vídeo ni de la que estaba grabando con la cámara. A David le había llevado de excursión su colegio a Burgos ese día. La niña que ves a su lado es su hermana pequeña, Nerea. Y mientras jugaban en ese parque, David se hirió el brazo en un columpio. Tú fuiste la primera persona que trató de socorrerle. Con tu propia tirita. ¿Ahora me crees cuando te digo que estabais predestinados a conoceros?

“*Tu madre y yo creíamos ser los elegidos para dar cumplimiento a la profecía*”. David no dejaba de pensar en las palabras que Ruud Vanner había vertido en el restaurante en el que se había celebrado la boda de su hermana Nerea. La conversación se había alargado durante casi dos horas pero se le habían pasado volando. El invitado que había llegado tarde al banquete era Hubert Vanner, el hermano pequeño de Ruud, y el único miembro de su familia con el que el padre de David mantenía una buena relación. Cuando David se reincorporó a la fiesta, se dio cuenta de que la mayoría de los invitados ya habían abandonado el lugar. Tan solo los más jóvenes seguían dando rienda suelta a sus ganas de celebrar por todo lo alto el enlace. La sinceridad de la mirada pura y clara de su padre le había hecho comprender que no le había mentado. Jamás iba a olvidar aquel encuentro.

—Cuando conocí a tu madre a los pies de la Torre Abacial de Laguardia me enamoré perdidamente de ella. Y creo que ella también de mí. Yo la había contactado por carta primero y más tarde por teléfono, tras descubrir que ejercía como relaciones públicas de aquella importante bodega de Lacaverna. No me podía creer que aquella risueña muchacha, que pertenecía a la familia a la que nuestro linaje llevaba enfrentándose durante tantos siglos, hablara inglés y alemán perfectamente. Vi clara la oportunidad. Tenía que intentarlo. La esperanza de que la guerra que mantenían nuestras familias lograra una tregua, me animó a hacerlo. Estuvimos varias semanas hablando por teléfono. Yo codirigía junto a mi padre tres importantes empresas en Holanda, una de ellas de distribución de productos gastronómicos *delicatessen*, así que no me fue difícil que ella recibiera con interés mi oferta de incluir a su bodega en nuestro catálogo. He de confesar que mis sentimientos hacia tu madre se iniciaron al poco tiempo de que empezáramos a hablar por teléfono. Anhelaba que llegara el día y la hora acordada para mantener la siguiente conversación. Su alegría y su forma de ser tan dicharachera iluminaban mi vida gris y aburrida. Cuando por fin me decidí a visitar la zona y quedamos en vernos junto a la Torre Abacial, confirmé que lo que sentía por ella era de verdad. Fue la relación más apasionada que he tenido jamás. Fuimos muy felices aquellos primeros días. Tanto, que enseguida me busqué una casa de alquiler en Logroño para establecerme. Tu madre era preciosa. Por fuera y por dentro. Con solo mirarme conseguía que me sintiera el hombre más afortunado del mundo.

—Pero ella ¿supo desde el principio quién eras?

—Se lo conté todo a los pocos días de conocernos en persona. No podía seguir engañándola. Una tarde, cuando ya estaba anocheciendo, mientras retozábamos entre las sábanas de la cama de un hotel de Logroño, me sinceré con ella. Para mi sorpresa, ella me confesó que sabía perfectamente quién era mi familia. Había investigado quién se escondía detrás de aquel empresario holandés interesado en la bodega para la que ella trabajaba. Al igual que yo, creía que era necesario lograr la paz, aunque su hermana Sabina no pensara igual. Me dijo que no le había contado quién era yo por temor a cómo pudiese reaccionar. Sabina ni siquiera sabía que estábamos juntos. Yo le dije que solo tu tío Hubert sabía las razones por las que había entablado contacto con ella en un principio. Y entonces me habló de la profecía.

—¿La profecía? —había preguntado David—. ¿Te refieres a esa teoría de Sabina de que yo estoy llamado a sustituirla y a dirigir los designios de nuestra familia cuando ella falte?

—Veo que tu tía, de nuevo, no te ha contado toda la verdad. Aunque no me extraña nada que no lo haya hecho.

A continuación Ruud Vanner le había hablado de la profecía ancestral en la que creían tanto su familia como los Elguea. Los elegidos de entre los descendientes de dos de las familias que conocían el secreto del legado, uno por cada linaje, eran los únicos que podían conseguir cerrar la puerta e impedir que el mundo dejara de existir y regresase lo que había antes. La sangre de ambos elegidos era lo único que podía manipular la llave y cerrar la puerta cuando se abriera. David le había preguntado insistentemente por qué, por qué había que temer lo que había antes, qué era exactamente eso otro que se suponía que había existido antes del mundo, pero Ruud no había sabido o no había querido darle la respuesta. Se había limitado a decirle que nadie lo sabía con certeza, pero que debía de ser algo horrible si era capaz de acabar con la existencia que ambos conocían. La pregunta que había que hacerse era cómo detener el apocalipsis. María Elguea, la madre de David, y el propio Ruud habían creído ser los elegidos para cumplir la profecía. Habían hecho todo lo posible para que así fuera. Pero no siempre los deseos se correspondían con la realidad. Estaba claro que se habían equivocado por completo. La profecía no hablaba de María y él. No se podía tergiversar un vaticinio al antojo de uno, por mucho que la intención fuese la mejor. María Elguea había muerto y, con ella, la posibilidad de que Ruud y ella fueran los elegidos. Ruud había odiado primero a David y después a Sabina y a Véspero. Y aún seguía aborreciéndolas. David tembló al recordar cómo su padre le había revelado que Ruud y su hermano Hubert eran los hijos de Octavius Vanner y Alexandra Bechs, primos carnales de la todopoderosa Suzanne Bechs, a la que muchos consideraban la líder de la familia debido sobre todo a su posición de poder en el imperio empresarial que aglutinaba a la mayoría de sus miembros. Ruud había dado la espalda a su propia familia intentando llevar a cabo una vía pacífica para terminar con aquella guerra centenaria y había acabado perdiendo a su gran amor y odiando a su propio hijo.

—Ten mucho cuidado con Sabina, David. No sé qué te habrá contado de mí y de mi familia o de la próxima apertura de la puerta, pero te puedo asegurar que no tiene ningún interés más allá de conservar la llave y mantener la riqueza y la influencia de los Elguea. Ni te imaginas lo que la llave ha conseguido en ese sentido a lo largo de los siglos. El patrimonio de tu familia se ha ido gestando gracias a su poder. A Sabina le aterroriza pensar que su posición privilegiada, la de tu familia, desaparezca de la noche a la mañana si nosotros u otros le arrebatan la llave.

—¿Otros?

—Sí, el resto de familias que conocen el secreto. O incluso los hermanos vigías.

David le había rogado que le explicara qué había querido decir exactamente con aquello de los hermanos vigías y quién era la mujer que había empujado a su madre montaña abajo, pero Ruud le había dado largas. Tan solo le había dicho que procurara alejarse de todos ellos lo máximo posible. Ya tendrían tiempo de quedar Hubert, David y él otro día y hablar con más tranquilidad, si a David le parecía bien. Habían sido demasiadas emociones por ese día, necesitaba descansar. Claro que le había parecido perfecta la idea, se moría de ganas de seguir escuchando todo lo que su padre y su tío tuvieran que contarle. Antes de despedirse, Ruud le hizo prometer que no diría nada a Nerea, la hermanastra de David, a la cual había mantenido alejada de toda aquella trama familiar.

Mientras conducía a ciento veinte kilómetros por hora por la autopista, David se acordó de la conversación que meses atrás había mantenido con su tía. Sabina Elguea le había mentido descaradamente. David no era un mestizo. No era un despojado. Ella se había encargado de hacerle creer que Ruud era un don nadie, un hombre totalmente ajeno a las familias que guardaban el secreto ancestral del legado, por lo que, en consecuencia, David no era considerado como un verdadero peligro por los Bechs. ¡Qué lejos de la verdad! David era hijo de dos miembros de aquellos antiguos linajes. Sus padres habían intentado poner paz a la guerra que ambas familias mantenían, habían tratado de cumplir aquella extraña profecía y habían fracasado. Si Ruud tenía razón, Sabina o Véspero habían sido las que habían encargado a aquella misteriosa mujer que tirara a su padre montaña abajo, aunque finalmente había sido su madre la que había muerto tratando de salvar a Ruud. Estaba tan absorto pensando en la posible identidad de la mujer que había acabado con la vida de su madre que no se dio cuenta de las señales ubicadas a ambos lados de la carretera advirtiéndole de la obligación de reducir la velocidad debido a obras en la calzada. Estuvo a punto de estampar el vehículo que había alquilado esa misma mañana contra una de las barreras que los operarios habían instalado, pero el grito de la persona que viajaba a su lado en el asiento del copiloto le hizo percatarse del peligro en el último momento y fue capaz de girar el volante y evitar el obstáculo. Redujo drásticamente la velocidad y decidió parar un poco más adelante en un área de servicio. Al detener el motor y aún con el susto metido en el cuerpo, miró en silencio a su compañero de viaje. No hicieron falta las palabras para agradecerle lo que acababa de hacer. Ander Goikoetxea le sonrió y, a pesar de la herida aún sin cerrar del todo en la comisura de sus labios, a David le pareció la sonrisa más hermosa y sincera del mundo.

Después de repostar, entraron a la cafetería del establecimiento hostelero que se levantaba junto a la gasolinera. Los dos estaban extenuados. La muerte de Alicia les había sumido en una tristeza y un desasosiego de los que no estaban seguros de poder recuperarse. Durante buena parte del viaje habían recordado todos los momentos que habían vivido junto a ella en los últimos tiempos. Ninguna muerte era justa, pero la de Alicia era especialmente dolorosa. No se merecía morir tan joven.

David pidió algo de comer para Ander y un refresco de cola sin azúcar para él. No tenía apetito, algo nada habitual en él. Cuando llegó a la mesa Ander le hizo una señal con la mano para que se mantuviera en silencio y leyera la noticia que aparecía en la portada de uno de los principales periódicos que se vendían en el local. La noticia la firmaba una tal Amanda Iñurreta. David creía recordar que ese era el nombre de la amiga que Alicia tenía en aquel diario, según le había comentado cuando habían trazado el plan para acabar con Artechnia. *“Aparece muerta en extrañas circunstancias la mujer que habría destapado el escándalo financiero de Artechnia, Inc.”* Junto al titular, una impactante fotografía del rascacielos de La Pecera, la sede de la compañía en Bilbao, ocupaba casi la mitad de la plana. Lo abrió y leyó con avidez el contenido de la noticia. Al final la muerte de Alicia Rández no había sido en vano. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo y no pudo evitar emocionarse al recordarla. El rotativo afirmaba haber sido el medio elegido por la fallecida para hacerles llegar días antes de su muerte una prueba fidedigna del presunto delito contable que vendría cometiendo desde hacía tiempo la famosa empresa holandesa radicada en la capital vizcaína. Sin mencionar el nombre de los auditores ni la identidad de Alicia, a la que se referían con sus iniciales, mostraba diversos extractos del informe que delataba lo acontecido en la contabilidad de Artechnia sin atreverse a sentenciar, eso sí, que se correspondieran con la situación financiera real de la compañía. La noticia no era si aquellos datos contables eran reales o no y, por tanto, susceptibles de ser punibles. La noticia era que la mujer que había facilitado al periódico toda aquella información había aparecido muerta en su casa, semidesnuda y con parte de los dedos de uno de sus pies arrancados de cuajo. De alguna forma el periódico había accedido a la investigación policial que, a falta de lo que dictaminase la autopsia definitiva de la forense, no había encontrado pruebas fehacientes de que la muerte hubiera sido violenta. Aparentemente había fallecido por causas naturales mientras se pintaba las uñas de los pies, pero el hecho de que algunas de sus falanges hubieran aparecido mutiladas podía constituir un indicio de que se hubiera cometido un homicidio. La periodista insistía además en la idea de que en fechas muy próximas la compañía iba a proceder a la comercialización de un producto que revolucionaría los sistemas de videovigilancia en todo el mundo y que estaba previsto incluso que el rey de Holanda acudiera invitado al evento organizado para celebrar el lanzamiento en un parque tecnológico de los Países Bajos. David se imaginó a Suzanne Bechs revolviéndose en su sillón de piel incapaz de digerir la noticia. Se sintió satisfecho. Aquello iba a suponer un varapalo a la trayectoria triunfal de Artechnia en Bilbao. Emocionado, dio las gracias mentalmente a Alicia. De ella había sido la idea inicial para acometer su venganza, la de ambos. Y aunque en el plan no estaba incluida la inesperada muerte de Alicia, al menos le quedaba el consuelo de saber que, al final, su amiga había conseguido poner contra las cuerdas a los Bechs.

Muy pocos trabajadores de Artechnia habían acudido a las exequias fúnebres de Alicia. Ella no había sido un prodigio en cuanto a fomentar sus vínculos sociales dentro de la empresa. Su doble relación sentimental con el Director Gutiérrez y con Tomás Benguría le había hecho adoptar la decisión de pasar lo más desapercibida posible entre sus compañeros.

Cuando David había visto aparecer en el tanatorio a Ander, no había dudado ni un momento. Su antiguo supervisor no podía permanecer ni un segundo más bajo el mismo techo que Manu Olabe, el animal con el que convivía. Una herida sangrante en los labios y un horrible hematoma alrededor de la boca que parecía haber sido producido por el impacto de un puñetazo, le confirmaron que la situación había empeorado. Él le había asegurado que solamente habían sido un par de empujones, pero era evidente que si no se alejaba de Manu, la cosa podía evolucionar y acabar en una desgracia. Le había seguido a Ander hasta los aseos y allí, tras asegurarse de que nadie más les escuchaba, le había pedido que le acompañara. David se marchaba lejos de la ciudad. Necesitaba aclarar sus ideas y decidir qué quería hacer con su vida. Tras el ataque de las Torres Isozaki su vida había ido torciéndose en todos los sentidos. Lo suyo con Anne, su novia, había muerto hacía tiempo y la relación con su familia había llegado a un punto insostenible. No aguantaba más. Necesitaba desaparecer un tiempo. Por supuesto, no le había contado sus aventuras sexuales con Alicia Rández ni con Sandra Esteban. Ander, que no había negado en ningún momento de la conversación que el culpable de sus heridas faciales fuera su marido, le sorprendió con una pregunta inesperada.

—¿Me puedes explicar qué tiene que ver tu padre, Ruud Vanner, con Suzanne Bechs?

David se había quedado mirándole sin pronunciar palabra, sopesando la posibilidad de eludir responderle o directamente mentirle. Pero estaba harto. Su vida era una mentira constante. Ander no se merecía que le engañara, ni siquiera se merecía una verdad a medias.

—¿Qué quieres decir?

—Supongo que ahora que Alicia ha muerto te lo puedo decir. No tiene sentido no hacerlo. Alicia y yo hemos estado investigando quién podía hallarse detrás de la muerte de Inés San Juan y de Tomás Benguría. Alicia además ha estado analizando el libro de actas de reuniones de los Bechs que Tomás guardó en el CD que encontramos en casa de su madre. Inés almacenaba en su ordenador portátil una exhaustiva recopilación de muchos datos interesantes de la mayoría de trabajadores de Artechnia. No hace falta que hagas ningún comentario juzgándola. Sí, era una cotilla. Pero era mi amiga. Ahórrate tus palabras hirientes, Alicia ya me dijo suficientes. El caso es que Inés llegó a la conclusión de que Suzanne Bechs tenía contacto con un importante empresario de Logroño, al que Inés apodaba “el pez gordo”. Creíamos que se trataba del que fuera pareja de tu tía Concha, Alejandro Zuberona. Él fue el que mandó aquella carta de recomendación a Artechnia para que te admitieran, además de realizar unas cuantiosas donaciones. Pero estábamos equivocados. “El pez gordo” era tu padre, Ruud Vanner.

—Pero, ¿cómo habéis averiguado eso? —preguntó David sin salir de su asombro.

—Es muy largo de explicar. Digamos que he tenido una conversación muy entretenida con Arrate Mendia, la otra secretaria de Suzanne Bechs, y me ha confirmado que William Dik tuvo varias reuniones con tu padre, al cual agasajaba y trataba de convencer para algo que no llegó a

averiguar, por orden de la Presidenta. ¿Me puedes decir qué pinta tu padre reuniéndose con William Dik?

David había invitado a Ander a pasear con él en la playa de Azkorri, en Getxo, para explicárselo todo. El tiempo era desapacible y la temperatura no subía de los doce grados, pero aún así estuvieron más de dos horas hablando, al principio sentados sobre la hierba que cubría buena parte de la zona más alejada de la orilla, pero después tuvieron que caminar para tratar de mitigar la sensación de frío. No había nadie más en los alrededores. Y en medio de aquella soledad buscada, David se sinceró con Ander y dejó salir al exterior muchos de los secretos que atormentaban su vida. David le contó todo lo que le podía contar, todo lo que Ander podía asimilar. Le habló de su infancia, de la muerte de su madre, de cómo su padre se había alejado de él, de cómo había quedado al cuidado de sus tías Sabina y Concha, aunque su padre jamás había renunciado a sus obligaciones pecuniarias para con él. Le habló de sus ataques de pánico, de las pesadillas que sufría y de cómo tuvo que abandonar Lacaverna para huir de aquella vida; de cómo se trasladó a Holanda, y más tarde al Reino Unido, donde completó sus estudios y donde conoció a Anne, que le había salvado la vida en el lago Windermere. Le contó la historia de su familia, incluyendo la religión pagana que su tía Sabina aún seguía practicando. Le habló de los berones y de los bátavos, y de las costumbres que su familia y otros linajes compartían. Le habló de antiguos dioses y de ritos ancestrales, de eclipses y de la cornamenta sagrada de los ciervos. Le reveló el enfrentamiento centenario entre su familia y la de los Bechs por culpa de todas esas creencias. Le contó el plan urdido por Sabina para traerle de vuelta a Bilbao y para que le contrataran en Artechnia. Le habló del reciente acercamiento con su padre y de lo que le había dicho acerca de las circunstancias de la muerte de su madre. Ander llegó a tomarle hasta tres veces de la mano cuando David había estado a punto de derrumbarse al narrar alguno de los detalles más dolorosos.

—Estoy contigo, tranquilo —le dijo en varias ocasiones tras ver que David dudaba de si seguir hablando o callar. Ander le hizo varias preguntas, pero no quiso agobiar a David planteándole mil interrogantes a la vez. Prefirió escuchar. Ya tendrían tiempo de aclarar todas las dudas.

Al terminar su confesión, David se sintió pletórico. No le había revelado toda la verdad a Ander. No le había hablado de las puertas ni de la llave, ni de la profecía que amenazaba con aniquilar la realidad en la que ambos existían. Ni siquiera él sabía a ciencia cierta hasta qué punto todas esas historias se acercaban o no a la realidad. No creía que Ander estuviera preparado para escuchar todo aquello. No en ese momento. Esperaba contárselo algún día. Aun así, se sintió libre, como si un torrente de adrenalina lo hubiera elevado a un lugar más claro y más brillante, donde no había tanto sufrimiento y la vida era más agradable. Miró a Ander y no encontró rechazo en sus ojos. Al contrario. Una sonrisa amplia y generosa fue su primera reacción.

—¿Estás más tranquilo? —le preguntó su antiguo supervisor.

—Sí... tengo que reconocer que sí. Me siento mucho mejor ahora. Gracias por escucharme. Estarás alucinando.

—No me tienes por qué dar las gracias.

—Sí, sí que quiero dártelas. Por todo. Por ser tan buena gente conmigo, a pesar de que soy un capullo. Por defenderme en Artechnia cuando nos quitaron el proyecto. Por seguir apostando por nuestra amistad sin importarte lo que piensen los demás. Cuando estoy contigo me encuentro a

gusto. No me siento juzgado. Siento que me escuchas, que puedo contarte las cosas, que puedo confiar en ti. Esto es algo nuevo para mí, ¿sabes?

Ander volvió a sonreírle, pero de repente su mirada se ensombreció.

—Ahora que estamos de confesiones... yo también tengo algo que contarte.

—Dime —dijo David.

—La única persona con la que he hablado de esto es con Manu, pero su reacción no ha sido muy positiva, la verdad. Manu es racionalista, muy cerebral. No le entra en la cabeza que lo que le he contado sea real, aunque, en el fondo, sabe que lo es. Es capaz de detectar perfectamente si le estoy mintiendo o no.

—¿De qué se trata?

—¿Te acuerdas cómo estaba yo cuando me encontraste en el cuarto de baño de La Pecera, antes de la pelea con Manu?

—Sí. Estabas como ido, no dejabas de gritar —contestó David.

—Estaba gritando de pánico. Acababa de sufrir una alucinación muy parecida a la que viví cuando tuve el accidente de coche a la salida de Bilbao.

—¿Una alucinación?

—Una visión. Un espejismo. Llámalo como quieras. Pero te aseguro que para mí fue muy real. Mientras utilizaba el baño, volví a ver al mismo animal que vi en mitad de la carretera antes de perder el control del coche. Te juro que me puse histérico, no podía creerlo. Pero era la misma cabra. O una muy parecida. Solo le vi las patas, pero sé que era ella. Me estaba acechando —dijo Ander sintiéndose ridículo por lo disparatadas que sonaban sus palabras.

—Un momento. ¿Me estás diciendo que en tu accidente estuvo implicado ese animal? Creía que otro coche te alcanzó por detrás —dijo David.

—Esa cabra fue lo que me hizo perder el control. Pero justo antes de verla, un hombre terrorífico se me apareció en el asiento de atrás. Lo vi reflejado en el espejo retrovisor. Alto, esquelético, calvo. Iba vestido de negro y tenía una mirada que me atravesó el alma. Y después vi la cabra. Sé que es imposible que esa cabra estuviera en mitad de la autopista, pero te juro que la vi. A continuación vino el golpe. Era el coche que dices tú. Después ya no recuerdo nada.

—¿Has vuelto a tener esa visión después de lo del otro día?

—No, y espero no volver a tenerla. Pero estoy convencido de que esa cosa, ese hombre, lo mandaron ellos, los Bechs. Para acabar conmigo. No encuentro otra explicación. Y tengo la sospecha de que esa maldita cabra también tuvo algo que ver con la muerte de Inés.

—¿Por qué dices eso?

—Salió en la prensa. Encontraron restos de orina de un animal sobre el cuerpo de Inés. Sé que fue esa cabra.

—¿Y por qué estás tan convencido de que fue cosa de los Bechs?

—Por lo que me fue contando Alicia a medida que iba traduciendo el libro de actas de sus reuniones y por el mensaje que me envió antes de morir. Cuando me has hablado antes de los bátavos no te he dicho nada, pero Alicia y yo ya habíamos llegado a la conclusión de que los Bechs podían estar practicando los ritos paganos de esa tribu. Descubrimos lo que significaban

las siglas HBVB y de ahí empezamos a tirar del hilo hasta que vimos que las piezas podían encajar con esa hipótesis.

—Ese era el grupo de música de William, ¿no? —preguntó David.

—Sí. Al parecer, los pirados esos rinden culto, entre otras cosas, a una especie de deidad, un numen oscuro y poderoso, que asocian a la figura de la cabra, no me digas por qué. Sé que ese hombre que vi, esa cabra, era ese ser. Y sé que va a volver a por mí. Vete a saber si no ha sido también el culpable de la muerte de Alicia. Ni tú ni yo nos creemos que la muerte de Alicia haya sido por causas naturales. Tengo mucho miedo, David. Temo encontrarme a ese ser cada vez que voy al cuarto de baño, o cuando apago la luz al meterme a la cama. De momento, no ha vuelto a aparecer, pero, tarde o temprano, sé que lo hará. No va a dejarme en paz hasta que acabe conmigo —dijo Ander con el corazón encogido.

David había intentado tranquilizarlo, pero sabía que tenía razón. Ander estaba en peligro. Y él también lo estaba. Solo quedaban ellos dos frente a aquella amenaza. Si sus sospechas eran ciertas, Alicia, Inés San Juan, Tomás Benguría, la ex mujer y la madre de Tomás... todos ellos habían muerto por haber tenido conocimiento del secreto de los Bechs, o al menos del pasado delictivo de William Dik. Incluso Giuseppe Antonelli, el amigo italiano de Tomás que les había puesto sobre la pista de que Tomás podía haber sido asesinado, había desaparecido y nadie había vuelto a saber de él. Tenían que alejarse un tiempo de allí. Ahora con más razón si cabía.

David se montó en el coche sin percatarse de que Ander se dirigía a la parte posterior del vehículo para abrir el maletero y guardar unas botellas de agua que acababa de comprar. Lo vio aparecer a su lado segundos antes de abrir la puerta del copiloto y lanzarle desde fuera lo que acababa de encontrar.

—Veo que aún te quedan más secretos que contarme —sonrió—. ¿Desde cuándo te gustan las muñecas?

David miró la muñeca de su abuela Véspero con una combinación de estupor y temor. La cabeza había quedado atrapada en la palanca del cambio de marchas y las piernas se habían quedado abiertas, en forma de uve, con los pies apuntando hacia el salpicadero. La extrajo con cuidado de no romperla, le colocó bien el vestido y le atusó el pelo, ante los ojos atónitos de Ander. Con una actitud casi maternal, la llevó al maletero y se aseguró de que la caja en la que estaba guardada no volviera a abrirse. Cuando regresó y se puso al volante, trató de bromear y quitarle hierro al asunto. Le dijo a Ander que era un recuerdo de su abuela y que le tenía mucho cariño. Ander tenía razón. Tenía aún muchos más secretos que contarle. Uno de los más importantes era ese. Pero no era el momento. Ander no iba a entender nada si le revelaba en qué consistía el legado, si le contaba que la llave de la profecía, aquella que podía volver a cerrar la puerta, se ocultaba en el interior de aquella vieja muñeca porque Sabina había decidido que ese era el mejor lugar para esconderla después de que él no hubiera aceptado quedársela. Encendió el motor y pisó el acelerador. Sabina no tardaría en hacer lo que hiciera falta para tratar de recuperarla.

KARA

Kara estaba más silenciosa de lo que solía ser habitual en ella. Ni siquiera protestó cuando muchas de las personas que se habían congregado sobre la colina comenzaron a acariciarle el cabello a su paso, o cuando algunas de las mujeres más jóvenes se arrodillaron y besaron sus pequeños pies. Estaba exhausta. La experiencia estaba siendo extenuante para ella. Una niña tan pequeña no debería haber realizado un viaje tan largo a través de montañas y bosques repletos de peligros. Elba había sido una gran ayuda. Sin ella, Leuken no hubiera sabido calmar los llantos y las rabietas de la pequeña, que habían sido continuos durante todo el trayecto. La sacerdotisa le había asegurado antes de partir que la mujer le sería de gran ayuda; Elba ya había colaborado en otras situaciones en las que la habían necesitado. Y así había sido. A pesar de que la mujer no hablaba nunca y probablemente no entendía ni una palabra de lo que él le decía, Leuken se lo había agradecido antes de comenzar el ascenso a aquel altozano que se levantaba sobre la extensa llanada que Arkilo, el guerrero explorador del poblado, tantas veces le había descrito.

Habían venido miembros de algún clan vecino del sur, pero también se habían presentado familias de más allá de las grandes montañas de nieve perpetua y del ancho mar del norte. El llamamiento que se había ido extendiendo durante casi todo un año había surtido efecto. Cien jornadas tras el solsticio de invierno. Ese había sido el mensaje que los exploradores más avezados habían llevado por todos los territorios. Algunos se habían quejado de que llevaban esperando varios días sobre la colina, pero la mayoría no había errado en su cálculo para acudir puntuales a la cita. En total, Leuken estimó que los asistentes rondaban las dos centenas. Una gran pira ardía en la parte más elevada del cerro y muchos habían dispuesto sus pequeños campamentos alrededor. En cuanto los dos hermanos llegaron al altar que se había levantado, todo el mundo guardó silencio. En el firmamento, una hermosa águila batía sus alas oteando el horizonte. Un hombre robusto y de aspecto simplón se acercó a ellos y tomó la palabra. La lengua sagrada que todos conocían brotaba de su boca con un fuerte acento y convertida en palabras, muchas de las cuales los otros congregados no entendían. Aún así, se esforzó por vocalizar y hablar despacio. Era imprescindible que todos comprendieran lo que allí iba a suceder.

—Yo, Mael, del clan del lago helado, saludo a las hermanas y hermanos que hoy estáis aquí, en este gran día y en este lugar sagrado. Me habéis elegido para ser vuestro portavoz. Que así sea.

Kara empezó a ponerse nerviosa al escuchar el sonido gutural de la voz de aquel hombre, por lo que Leuken optó por cogerla en brazos para ver si se tranquilizaba. Entre el público, no eran pocos los que agachaban la cabeza conmocionados ante el hecho de que el hombre estuviera utilizando la lengua sagrada de una manera tan vulgar, cuando todos sabían que solo debía usarse en las ceremonias y rituales. Aun así, nadie montó un escándalo. La mayoría de los clanes usaban lenguas ordinarias muy distintas las unas de las otras por lo que no había otra forma de que todos se enteraran de lo que allí se iba a decidir.

—Hace no mucho nuestros hermanos de las tierras bajas del norte cometieron un acto sacrílego, un acto vil y cobarde motivado sin duda alguna por la avaricia. Quisieron arrebatarnos la llave sagrada a la ciudad santa de nuestros hermanos hoy aquí presentes —dijo señalando a Leuken y a Kara—. No hay razón ni excusa que justifique el atroz ataque que fue perpetrado. Ni siquiera una puerta clausurada. Mujeres, hombres y niños inocentes fueron asesinados. Entre ellos, muchos de nuestros hermanos. Nunca más puede volver a repetirse. El legado de nuestros ancestros no puede ser traicionado de esa manera ni de ninguna otra. El legado está por encima de las puertas que vigilamos. Debemos hacer un pacto de sangre y hacer un juramento de honor que sirva para las generaciones venideras.

Leuken dejó a Kara en el suelo y Elba acudió a hacerse cargo de ella. Las Madres le habían advertido de lo que era posible que sucediera, pero aún así no lograba dejar de sentirse culpable.

—Esta niña debe ser protegida. Nada malo debe ocurrirle hasta que tenga edad para engendrar vida —continuó Mael elevando el tono de su voz—. Su madre y el resto de sus familiares perecieron en el ataque. El único superviviente, su hermano, aquí presente, ha consagrado su vida como centinela de las Madres y, por tanto, no puede romper su voto de castidad. Además, si nada lo remedia, sus días están a punto de finalizar para siempre, debido al don sagrado que porta y que, si no me equivoco, ya se ha manifestado.

Leuken asintió avergonzado. Estaba orgulloso de que el don de la vigilia hubiera despertado en él, pero no le gustaba ser el centro de atención. Detrás de él, Kara jugaba ajena a todo intentando que Elba la persiguiera, pero la mujer se mostraba indiferente a sus deseos.

—Todos sabemos lo que los oráculos de algunos de los clanes que están hoy aquí representados han vaticinado y lo que muchos otros oráculos de nuestros antepasados ya soñaron. Sucederá dentro de muchos años, cuando nosotros no seamos más que polvo disuelto en la tierra. Pero no podemos permanecer impasibles, el futuro de nuestros hijos, y de los hijos de nuestros hijos, depende de esta niña —dijo Mael señalando a Kara—. Esta pequeña debe crecer a salvo y engendrar sangre de su sangre. Es la última descendiente del linaje de los primeros hijos de los que estaban antes. Los oráculos han hablado y será un miembro de este clan el que detenga su llegada. Algunas de las familias hemos hablado y pensamos que lo mejor es que la pequeña se críe con nosotros, el pueblo del lago helado. Procedemos de una antigua y respetada estirpe de guerreros desde hace muchas generaciones. Nadie mejor que nosotros podrá asegurar que esta niña sobreviva. Nuestras mujeres cuidarán de ella y nosotros la defenderemos con nuestras vidas.

Desde el ataque al poblado, el número de centinelas se había reducido drásticamente. La mayoría habían muerto durante la invasión y los cuatro que habían sobrevivido habían tratado de reconstruir la guardia junto a los hombres que ya vivían sobre el cerro donde los supervivientes se habían asentado, pero la tarea no estaba siendo nada fácil; los ánimos estaban mermados y ellos no eran los suficientes como para repeler una nueva agresión. Las Madres y otros linajes hermanos habían determinado que Kara fuera entregada al clan del lago helado. Su prestigio como aguerridos guerreros sería suficiente para disuadir a cualquiera que intentara poner en peligro la vida de la pequeña.

—¿Por qué habríamos de detener la llegada de los dioses verdaderos? —preguntó de repente una mujer ataviada con una gruesa piel de bisonte, con un acento mucho más suave que su

interlocutor. Se levantó y se acercó a él—. ¿Por qué hemos de impedir que los que estaban antes vuelvan a ocupar su lugar en el mundo? ¿Acaso no nos precedieron? ¿Acaso no estuvieron ellos en primer lugar? Soy Ula, del clan de las montañas grises, y digo que nosotros deseamos que vuelvan, que reinen en el mundo que siempre les ha pertenecido y nosotros les rindamos pleitesía. Y creo que no somos los únicos que pensamos igual.

Un murmullo se desató entre los asistentes. Leuken no daba crédito a lo que estaba sucediendo. Mael se enfureció ante lo que acababa de escuchar.

—No sabes lo que dices, Ula. Si eso sucede, si los antiguos dioses vuelven, los hijos de tus hijos, todos los hombres y mujeres de este mundo, morirán. No podrán rendirles pleitesía porque estarán muertos. Si ellos vuelven, nosotros desapareceremos.

—Eso no lo sabes. ¿Quién te lo ha dicho? Deja de decir sandeces. Ellos volverán y nos acogerán en su seno. Conviviremos todos en paz. Somos sus hijos. No manchemos nuestro honor impidiendo su regreso. Esa mocosa debe morir.

—Cállate, Ula. No alientes discordia entre los hermanos. No conoces toda la verdad. No pretendo que lo entiendas, porque los de tu clan sois menos listos que una oveja, pero te aseguro que ellos y nosotros no podemos convivir porque sencillamente no podemos ser a la vez.

Ula le miró sin comprender absolutamente nada de lo que había dicho, pero tampoco hizo ningún intento por preguntar para tratar de entenderlo. Aquel malnacido había osado humillarla a ella y a su clan delante de todos los hermanos.

—Desprecias lo que digo solo porque soy mujer. En mi pueblo ya habríamos cortado la lengua a un hombre como tú. Tú lo que quieres es llevarte a la niña a tu clan, porque quieres que sea uno de tus descendientes el que impida, junto con ella, el retorno de los dioses verdaderos, tal y como anuncia la profecía. Antes has condenado la avaricia del clan de las tierras bajas del norte, pero tú y tu clan os estáis comportando exactamente igual. Sois unas ratas poseídas por la ambición. Entregadnos a esa niña y nosotros acabaremos con ella, ya que no creo que tengáis lo que hay que tener para hacerlo.

Muchos de los asistentes se levantaron y comenzaron a protestar y a enfrentarse unos con otros. Kara se alejó de Elba y corrió hacia donde estaba su hermano. Le agarró la pierna lo más fuerte que se lo permitían sus pequeños brazos. No sabía lo que estaba ocurriendo, pero estaba claro que estaba percibiendo la tensión, la cual iba en aumento.

—Yo te enseñaré si tengo lo que hay que tener —dijo Mael totalmente fuera de sí, mientras uno de sus hombres le impedía el paso para evitar que hiciera algo de lo que más tarde se arrepintiese—. ¡Soltadme! ¡Esa perra me ha insultado!

Los hombres y mujeres que apoyaban a Ula comenzaron a blandir sus armas tratando de distinguir a los hermanos del clan del lago helado de entre la multitud, lo cual era prácticamente imposible debido al tumulto que se estaba formando. De repente, Leuken notó que Kara había dejado de abrazar su pierna. Buscó a su alrededor pero había desaparecido. Alguien se la había llevado. Los latidos desbocados de su corazón estuvieron a punto de hacer que su vida terminara de manera fulminante en ese momento. Kara no podía haber desaparecido. Ella era el futuro del linaje. Si ambos habían conseguido salvar la vida durante el ataque al poblado era porque estaban

llamados a cumplir lo que el oráculo le había revelado a Leuken poco antes del incendio del templo sagrado y de que le entregara la llave para que la custodiara. *“De nada sirve que salves a todo un pueblo si no eres capaz de salvar a la sangre de tu sangre.”* Kara no podía morir. Las lágrimas corrían por su rostro imaginando a la pequeña siendo víctima de una cruel y dolorosa muerte a manos de alguno de aquellos salvajes. Se repuso como pudo y empezó a buscarla desesperadamente, apartando a golpes a todo aquel que le cortaba el paso. Los miembros de los clanes enfrentados peleaban encarnizadamente y ya comenzaban a derramarse las primeras gotas de sangre.

—¡Leuken!

Era la voz de Kara llamándole, pero no la veía por ningún lado.

—¡Leuken! ¡Aquí! —gritó la pequeña aterrada.

—¡Silencio! —exclamó alguien haciendo sonar un cuerno. Todo el mundo se detuvo al instante, como si el eco de aquel instrumento hubiera paralizado los músculos y tendones de los que hasta ese momento estaban a punto de matarse los unos a los otros. A continuación, agacharon la cabeza en señal de respeto. Muchos se arrodillaron.

Leuken por fin pudo descubrir de dónde provenía la voz de Kara. Al otro lado de la parte más alta de la colina, un grupo de al menos trescientos hombres rodeaban al que parecía que llevaba la voz cantante. Sostenía a la pequeña en sus brazos. Abrieron el círculo por completo para que todos los clanes pudieran verle. Los intrusos iban ataviados con una hermosa túnica, de un color muy semejante al de la sangre, que les cubría el cuerpo desde la cabeza hasta los pies. La belleza de aquella visión era sobrecogedora. Algunos de los miembros de los clanes más tradicionales murmuraban extrañas plegarias en diferentes lenguas, pero la mayoría permaneció en el más absoluto de los silencios. Kara vio a Leuken a lo lejos y pareció tranquilizarse.

—Habéis venido a la ciudad eterna para parlamentar sobre el destino de esta joven —dijo el líder de los encapuchados— y nada más llegar habéis manchado su santo nombre. Vuestros actos sacrílegos avergüenzan a los que os precedieron. Estáis en Oiraco, la ciudad santa. Su muralla es más antigua que cualquiera de los linajes a los que pertenecéis. Ha soportado guerras y tempestades a través del tiempo y la distancia, y jamás ha dejado de ser. Ahora no la veis, pero os aseguro que aquí está. Dentro de unos siglos volverá a resurgir ante los ojos de los hombres, con otros nombres. Dará igual. Su nombre es Oiraco. Por siempre y para siempre.

Leuken le escuchaba como si estuviera atrapado en un hechizo, sin comprender del todo la extraña forma de hablar de aquel hombre al que todos parecían casi venerar. Le oía hablar en la lengua vulgar que se hablaba en su poblado antes de la invasión, lo cual era imposible, porque la mayoría de los clanes congregados en la colina hablaban lenguas muy diferentes y, sin embargo, todos ellos parecían entender lo que estaba diciendo. Tenía que ser un miembro de aquel enigmático clan de hombres sabios. Los hermanos guardianes. Había oído viejas leyendas referirse a ellos desde que tenía uso de razón, pero siempre había pensado que eran cuentos de su madre. Nadie sabía desde cuándo estaban sobre el mundo, dónde se reunían ni cuántos eran. Pero eran temidos y admirados por casi todos. Generalmente se dejaban ver de dos en dos o en grupos pequeños. Leuken jamás había escuchado ningún relato sobre los hermanos guardianes en el que se congregaran tantos a la vez.

—Lo que ha dicho vuestro hermano Mael es cierto, así que abrid bien vuestros oídos para aceptar esa verdad. Los dioses antiguos y todos nosotros, los dioses antiguos y todos los hijos que vengan después de nosotros, no podemos convivir. Su mundo y el nuestro no pueden ser a la vez. Si ellos retornan, nosotros moriremos. Si no retornan, seguiremos vivos. Por desgracia nada podemos hacer para evitar que las puertas se abran. Siempre ha sido así. Y así seguirá siendo. Ha ocurrido otras veces. Pueblos enteros han desaparecido por culpa de las puertas que se han abierto entre el otro mundo y el nuestro en el devenir de los tiempos. Nadie ha vuelto a verlos. Nadie sabe dónde están. Desde luego no están con los dioses antiguos. Pero la puerta que se abrirá en el tiempo predicho por los oráculos no será como las demás. No desaparecerá una ciudad o un pueblo. Desaparecerán todas los pueblos del mundo. Todos. La ciudad eterna resurgirá de entre la bruma en esta hermosa colina y su muralla antigua relucirá bajo un nuevo sol hasta que la puerta vuelva a abrirse. Así que escuchadnos bien, porque esta es la verdad: cuando llegue la hora de la profecía, deberá impedirse que los que estaban antes vuelvan. De lo contrario, los hombres y mujeres desaparecerán para siempre.

Se escucharon varios suspiros entre los asistentes. En el cielo, el águila había regresado y mostraba la envergadura de sus alas mientras escudriñaba el suelo. Parecía que estuviese tratando de escuchar lo que allí se estaba diciendo.

—Nosotros cuidaremos de esta pequeña. Nos la llevaremos y la protegeremos de todo mal como si fuera nuestra hija. En la ciudad eterna de Oiraco, sobre esta colina, otorgamos esta alianza sagrada. Cuando haya procreado dos generaciones de vástagos, los hijos de sus hijos podrán regresar y reunirse con los custodios de la llave. Hasta entonces, exigimos que cesen de inmediato las batallas entre los clanes de hermanos. ¡Somos la hermosa rosa perenne!

Casi de inmediato, la mayoría de los congregados prorrumpieron en gritos y vítores de alabanza repitiendo aquella extraña frase. Los hermanos guardianes habían hablado y se habían ofrecido a asegurar la custodia de la pequeña. Todos parecían conformes. Pero Leuken no gritaba ni levantaba los brazos en señal de aprobación. Había desenfundado su daga y se dirigía hacia el círculo del clan de los hombres sabios. No iba a permitir que desaparecieran con su hermana. Se enfrentaría a todos ellos si hiciera falta. Avanzó a zancadas pero enseguida le impidieron el paso. Dos de los hermanos guardianes lo habían visto venir y lo desarmaron con extraordinaria habilidad. Intentó zafarse de ellos pero no pudo. A lo lejos, el hombre que había hablado comenzó a descender la colina con Kara en su regazo. De repente, el cielo se oscureció. Decenas de aves rapaces surgieron de la nada y, como si de un ejército se tratara, águilas, halcones y gavilanes enfurecidos se abalanzaron sobre el hermano guardián que sostenía a Kara y sobre el resto de los hermanos que trataban de socorrerle. Picotearon sus cabezas y sus ojos mientras con sus garras de muerte arrancaban trozos de carne de sus rostros. Enseguida cayeron diez al suelo, pero el líder y cinco hombres más consiguieron llegar hasta sus caballos. En ese momento una sombra cayó sobre él y consiguió arrebatarse a Kara. Leuken no podía creer lo que estaba viendo. La sombra era Elba. Los dos hombres que estaban junto a Leuken intentaron alcanzarla, pero cuatro aves se lanzaron en picado sobre ellos para atacarles. Elba empujó al líder de los hermanos guardianes colina abajo mientras huía con Kara en brazos, que no dejaba de llorar. El resto de los guardianes trataron de seguirla, pero, de nuevo, las aves se lo impidieron. Los miembros de los distintos clanes estaban paralizados por el pánico. Nadie se atrevía a moverse. La escena que estaban contemplando jamás la olvidarían. Una anciana aparentemente desvalida, de aspecto extraño y

ataviada con siniestros ropajes negros, a todas luces proveniente de tierras muy lejanas, acababa de enfrentarse a más de trescientos hombres con una hueste emplumada de aves salvajes.

Leuken la observó detenidamente mientras se alejaba de ellos a paso lento. En ese momento, la mujer volvió la cabeza hacia él, como si quisiera despedirse. Su mirada no era la de siempre. Algo había cambiado. Su expresión tierna y afectuosa había desaparecido. Ahora sus ojos destilaban fiereza y ferocidad, y no parpadeaban. Daba la sensación de que sus pupilas desenfocadas no estuvieran allí sino en otro lugar muy lejano. Kara sonreía mientras jugaba con los cabellos de la anciana. Y entonces Leuken lo entendió. Elba jamás podría hablar la misma lengua que él. Porque Elba venía de muy lejos. Elba no era una mujer como las demás que había conocido en su vida. Elba era otra cosa. Las Madres la habían invocado para acompañar y proteger a Kara en su viaje, y ella se había limitado a cumplir su misión. Se preguntó hasta cuándo se quedaría junto a la pequeña.

Cuarta parte

FILTRADO

Los ecos remotos de la cultura ancestral de los antiguos galeses se colaban perezosos por las rendijas abiertas en el marco de madera de la ventana de aquella desvencijada habitación de hotel situada a las afueras de Holyhead, acogiéndola y dándole la bienvenida a su hogar, a su tierra, a sus raíces. Anne Wellington tenía la horrible sensación de que su madre jamás había aceptado aquel legado de sus antepasados y nunca había hecho nada por advertirla de los peligros a los que podía enfrentarse. No estaba segura ya de si era verdad lo que le había contado acerca de los intentos de secuestro de los que fue víctima cuando era pequeña. Tenía el presentimiento de que no se habían debido a la fortuna de los abuelos como ella le había hecho creer y de que, en realidad, estaban relacionados con aquella maldita profecía de la que muchos creían que ella era la protagonista. Pensado en frío era ridículo. ¿Quién se iba a creer una tontería semejante? Y, sin embargo, tenía el pleno convencimiento de que todo era verdad. En su corazón sabía que había encontrado la respuesta que buscaba, que por fin estaba en el sitio al que siempre había pertenecido y que ahora, más que nunca, este reclamaba que no le diera la espalda.

A primera hora de la tarde se había dado un paseo por los alrededores de la espectacular cámara funeraria neolítica de Barclodiad y Gawres, después de haber realizado una visita rápida a los menhires de Bryn Celli Dhu y Bryn Gwin por la mañana. La isla galesa de Anglesey estaba repleta de dólmenes y otros monumentos megalíticos. Eran las piedras sagradas de sus antepasados, de aquel viejo linaje emparentado con los ancestros de David. Pensó en él. La primera vez que estuvieron juntos en La Rioja Alavesa, mientras ella remoloneaba aún en la cama, él había visitado el dolmen de la Chabola de la Hechicera, uno de sus preferidos de la zona. De vuelta a Bilbao, ella había buscado en Internet una imagen del monumento y se había quedado impresionada por su belleza. Los de la isla de Anglesey tampoco se quedaban atrás. Los poros pétreos de las rocas que los conformaban respiraban sacralidad y espiritualidad, como si fueran restos de un mundo perdido donde la visión del cosmos y de la realidad era absolutamente diferente a la que el ser humano tenía hoy en día.

Se preguntó dónde estaría David en ese momento. Probablemente entrenando en el gimnasio al que iban muchos de sus compañeros de trabajo. Tenía que reconocer que le echaba de menos. Más ahora si cabía. David siempre había dicho que ella le había salvado en varias ocasiones la vida y, en el fondo, tenía razón. Sonrió para sus adentros. ¿Y si el profesor O'Connor tuviera razón? ¿Y si David y ella habían estado predestinados desde el principio a conocerse? Desde luego, el hecho de que hubieran vuelto a coincidir después de haberse conocido en aquel *pub* apoyaba mucho aquella hipótesis. ¿Y si ella le había salvado la vida porque así tenía que ser? ¿Y si el profesor tenía razón y los dos se habían conocido siendo unos niños aquel verano en Burgos? Era un disparate, pero la idea la enterneció. ¿Desde cuándo se había convertido en una ingenua y había decidido creer en el destino? Si David estuviera ahora mismo con ella, seguro que tendría una opinión al respecto; seguro que la abrazaría y la tranquilizaría. Siempre lo había hecho. Por mucho que él se empeñase en decir que ella le había salvado la vida más de una vez, Anne

también tenía la sensación de que gracias a él había logrado superar alguno de los momentos más difíciles por los que había pasado. Como cuando aquel año su padre le vació las cuentas corrientes y dejó de pagarle el alquiler, sin dar ningún tipo de explicación. Su madre ni siquiera había contestado a sus llamadas desesperadas pidiéndole ayuda. Sus progenitores habían decidido abandonarla a su suerte, sin previo aviso. Habían sido tiempos oscuros, en los que la cerrazón y el sufrimiento más descarnados habían estado a punto de acabar con ella. Menos mal que David la había acogido, de manera totalmente altruista, hasta que las cosas habían vuelto a encauzarse. Menos mal que David había estado ahí, consolándola y distrayéndola, para evitar que cayera en el abismo. Ella le podía haber salvado la vida, sí, pero él también, en cierto sentido, había hecho lo mismo.

Salió del cuarto de baño y se dirigió a la cama. Su mente era un ir y venir de pensamientos a cada cual más contradictorio y se sintió incapaz de procesar todo lo que en ese momento estaba sintiendo. Sobre la colcha raída de la cama, Mechero la esperaba bebiéndose una litrona de cerveza. Lo primero que hizo al verla salir del aseo fue eructar. En otro momento le hubiera recriminado aquella actitud tan grosera, pero sabía que aquel gesto tan zafio era una buena señal. La muerte de Begoña Argenta en el incendio de la biblioteca de Bilbao había sumido al joven en una tristeza y un desánimo que no eran propios de él pero, afortunadamente, parecía que poco a poco estaba recuperándose y volviendo a ser el de antes. Desde que habían llegado a Holyhead, el joven se había instalado en un hotelucho cuyas condiciones higiénicas dejaban mucho que desear, pero que era perfecto para pasar desapercibido por lo variopinto de los huéspedes que lo habitaban. Anne dudaba de que ni siquiera tuviera licencia para funcionar como hotel. Oficialmente Mechero seguía muerto, así que era conveniente que no llamara mucho la atención. Incluso había sopesado la idea de teñirse el color del pelo y abandonar durante un tiempo sus características gorras. Anne, por su parte, había aceptado la invitación del profesor O'Connor y se había instalado en una de las habitaciones del ala sur de Sunny House, que anteriormente había sido uno de los cuartos del personal de servicio. Tenía su propia cocina y entrada independiente y eso era todo lo que necesitaba para acceder y salir por la parte trasera de la mansión sin exponerse demasiado a miradas ajenas. Se sentó junto a Mechero.

—Así que el viejo te ha soltado todo eso de la profecía y se ha quedado tan ancho. Venga, localizad a Koldo de Andrés y que os diga cuándo va a venir la dichosa nube y cómo tenéis que parar el fin del mundo. ¡Qué cabronazo!

—Mechero, no empieces otra vez...

—¡Cómo si fuera tan fácil! ¿Me puedes explicar cómo vamos a encontrar a Koldo cuando seguramente tendremos a no sé cuántos jardineros que darían lo que fuera por dar contigo y no sabemos con qué intenciones?

—No exageres...

—¡Tú me dirás! ¡Pero si eras la *number one* en los archivos secretos de la biblioteca! ¿Tú te crees que se van a quedar tan tranquilos sin más? Ni siquiera sabemos si podemos fiarnos de Koldo, por no mencionar el pequeño detalle de que no tenemos ni puta idea de dónde está.

—Parece que me tuvieras envidia...

—¿A la elegida por el destino para salvar al mundo? —se burló—. Un poco sí, la verdad. Por cierto, se nos olvida otra cosa. ¿Tú te crees que los jardineros de Vitoria que nos rescataron de aquel psicópata no han dejado ningún rastro, ninguna pista que lleve a la policía directamente hasta nosotros? Te recuerdo que yo estoy muerto.

—Lourdes nos ha asegurado que no, que estemos tranquilos. La Fundación ya lo ha hecho en otras ocasiones. Ya sabes que las semillas de Petunia están sembradas por muchos huertos... —sonrió Anne. No le había contado que, en realidad, quien les había salvado había sido su amigo incorpóreo. Los jardineros de Vitoria se habían limitado a eliminar las pruebas de su paso por el palacio y a sacarlos de allí. Mechero seguía creyendo que, además, habían sido ellos los que habían acabado con Peter. Tenía que contarle la verdad.

—¡No me jodas, pelirroja! No te lo crees ni tú. A ver, que yo les doy las gracias por habernos ayudado a salir de aquel bonito palacio antes de que llegara la policía, pero he hecho cálculos, y tuvieron que actuar en menos de una hora. ¡Una hora! Yo recuerdo estar como en un cuelgue chungo mientras limpiaban todo, y me pareció que había pasado una eternidad hasta que nos llevaron a aquel piso del casco viejo, pero creo que lo debieron de hacer todo en una hora o quizás menos. Y sin levantar sospechas. Es imposible que hayan tenido en cuenta todos los detalles para no dejar ningún cabo suelto. Pero ¿estamos locos o qué? Ni que la Fundación fuera la CIA.

—Los llamaste tú, ¿no?

—Que no fui yo. ¿Otra vez con lo mismo? ¿Cuántas veces te lo tengo que repetir? ¡Que yo estoy muerto, joder! ¿Cómo iba a llamarles y correr el riesgo de que descubrieran mi pequeño secreto de resurrección?

—Pues Lourdes, me es lo mismo.

—Lourdes dice que tampoco les avisó ella, que tuvo miedo de que descubrieran que yo estaba vivo y no llamó a nadie. Creo que está claro quién fue.

—Jon.

—Tuvo que ser él, le dejé varios mensajes en el móvil antes de ponerme camino a Vitoria. Pero me temo que estaba demasiado ocupado quemando la biblioteca de la Fundación, el muy hijo de puta...

—Mechero, sabes perfectamente que Jon es incapaz de hacer lo que dicen que hizo.

—¿Pues me puedes explicar entonces dónde ostias se ha metido y por qué su teléfono no da señal?

—Quizás es porque no reconoce nuestras llamadas. No sé si fue tan buena tu idea el deshacernos de nuestros móviles y comprar nuevos.

—Vamos a ver... ¿te parece buena idea quedarte con tu móvil y que nos localicen en cinco minutos? No sé tú, pero yo, de momento, prefiero seguir muerto para el mundo. Además, no es que no reconozca nuestras llamadas, es que tiene el móvil apagado todo el día.

—Vale, vale. De acuerdo. Entendido.

—Estoy jodido de verdad. Estoy aquí escondido como un pringado porque me acojona no saber quién hizo volar el invernadero por los aires conmigo dentro. Y a la vez varios jardineros de Vitoria, que no sabemos si son de fiar, saben que estoy vivo. ¿Cuánto tiempo tardarán en irse de la

lengua? Cualquiera día encuentras mi cuerpo serrano tieso como un palo sobre esta bonita colcha. Así igual la lavan de una vez, que falta le hace, por otra parte —dijo Mechero, levantándose—. Además, por si fuera poco, no tenemos ni pajolera idea de cómo encontrar a Koldo. Y tú ahí, tan tranquila, con esa sonrisa de boba que no sé a qué viene.

—No seas tan negativo. Creo que hemos dado pasos de gigante en toda esta historia.

—Mírala, qué graciosa ella, ¡qué bien traído lo de “pasos de gigante”! Me parto.

—Tú tenías razón, desde el principio, aunque en aquel momento no supiéramos qué quería decir exactamente el autor de la copia del Códice 60 con aquello de “*la lengua venida de los cielos*”. El euskera es la lengua de los que habitaban ese mundo anterior al nuestro, de los que estaban antes. Como parece dar a entender la versión del mito del fin de los gentiles que me reveló Peter, ese idioma fue de lo poco, quizá lo único, que sobrevivió tras la extinción de los *jentilak*, tras ser arrastrado por esa nube aniquiladora.

—Sí, bueno. Es un poco ingenuo pensar que solo hablaban una lengua. Aunque tengo que reconocer que todo cuadra con el documento que encontré yo en la biblioteca de Bilbao antes de que reventaran el invernadero.

—¿Crees que la explosión tuvo lugar para silenciar lo que habías descubierto?

—Lo pensé desde el primer momento. Y Begoña también. No veas la que me cayó encima cuando se lo conté. Unos diez minutos antes de que ocurriera la explosión no aguanté más y me bajé con esos papeles a la calle, a una plaza que está detrás de las Torres Isozaki, para releerlos mientras me fumaba un peta hasta que tú llegaras. No sé, estaba nervioso. Me dirás que son tonterías, pero tenía un mal presentimiento. Para que luego me des el coñazo con lo de que las drogas son malas. Ese porro me salvó la vida. Cuando me recuperé de la impresión por el estacazo, me di cuenta de que había tenido lugar en el invernadero. Quise llamar a Lourdes, que aún no había vuelto, pero me había dejado el móvil en el piso. Así que, a punto de perder la cabeza por el miedo que tenía, caminé hasta casa de mis padres y se lo conté todo.

—Y fue Begoña la que ideó simular tu muerte —dijo Anne. Aún se le hacía raro hablar de ella sabiendo que era la madre adoptiva de Mechero.

—Fue idea de los dos, en realidad. Creo que fui yo hasta el que se lo propuse, no me acuerdo muy bien. Estaba cardíaco. Begoña no dejaba de gritarme que de dónde había sacado ese dichoso documento. No me creyó cuando le juré que no me había hecho falta entrar en la sala de los archivos secretos, que lo había encontrado en una de las mesas de trabajo, bajo un montón de papeles. Yo creo que alguien lo había tratado de esconder allí.

—Pero si me dijiste que no había nadie en la biblioteca cuando entraste.

—Bueno, pudo dejarlo alguien que me oyó entrar y salió por otro de los accesos antes de que yo le viera.

—O puede que esa persona fuera la abuela Sofia. Dijiste que te dejó entrar a pesar de que no estaba programada tu visita.

—No me acojones más, anda. La abuela Sofia me conoce desde que era un crío. No la creo capaz de una cosa así.

—¿Tú crees? Pudo avisar perfectamente a alguien para que provocara la explosión si se dio cuenta de que habías visto lo que no tenías que ver.

—No te flipes, pelirroja.

—O más fácil. Puede que incluso todo estuviera preparado de antemano y simplemente diera la orden en ese momento.

—Toda mi vida he oído rumores de que los sistemas de seguridad de los invernaderos son infalibles en caso de que por ejemplo se detecte la presencia de intrusos. Algunos hasta tienen instaladas habitaciones del pánico para refugiarse en caso de que tenga lugar un allanamiento con jardineros dentro de las viviendas. Pero me niego a admitir que tengan preparada una movida semejante para hacerlos explotar en caso de que sea necesario. Es de locos. Y una estupidez.

—Yo me creo ya cualquier cosa de la Fundación. Bueno, ¿qué le contaste a Begoña?

—Le enseñe el documento que había encontrado en la biblioteca. En realidad era una especie de tesis, un estudio exhaustivo de la obra de ese monje francés, Hugo el Potevino. Ella me contó que ese monje era considerado por muchos el verdadero autor de una especie de guía turística medieval para los peregrinos que viajaban a Santiago de Compostela y que aparece recogida dentro del Códice Calixtino, un famoso manuscrito de mediados del siglo XII. Siempre se ha atribuido su autoría al monje benedictino Aymeric Picaud, pero muchos defienden que el verdadero autor es el tal Hugo el Potevino y que Picaud fue solo el compilador de las diferentes secciones.

—Vuelve a contarme lo que me explicaste el otro día de los vascos y el nombre de Dios, pero esta vez con más detalle, por favor, a ver si conseguimos sacar algo más en claro.

—Pues eso. En ese libro de Hugo el Potevino se narra el viaje del autor por diferentes tierras que conforman el Camino de Santiago, y al llegar al País Vasco, describe a los vascos como un pueblo primitivo y grotesco, y enumera varias palabras en euskera y su significado. Lo más relevante es que el monje escribe en su obra que los vascos llamaban en esa época a Dios con el nombre de Urcia.

—La fábula del pastor. Urcia y Orciano. Son nombres muy parecidos, tiene que estar relacionado con el nombre del gigante que protagonizaba la leyenda del fin de los gentiles. Cada vez que recuerdo ese nombre, me viene a la cabeza la cara de Peter blandiendo esa extraña espada a punto de matarnos.

—Pero como eres masoca, bien que me vuelves a preguntar por lo mismo. Tú misma. Sí, yo también creo que Urcia se parece demasiado a Orciano y que probablemente, si es verdad que los vascos de esa época llamaban a Dios usando el nombre de Urcia, tal vez quiere decir que los gentiles del imaginario de la mitología vasca, o al menos uno de ellos, también eran considerados como dioses.

—Eso es mucho suponer. Además a mí Orciano y Urcia no me suenan para nada a euskera.

—Urcia viene de *Urtzi*, *Ortzi*, si prefieres. Y creo que Orciano es simplemente la castellanización o una derivación de *Ortzi*. Hay muchas palabras en euskera que contienen ese vocablo o el de “*Ost*”, que tiene la misma raíz. “*Ortzadar*” significa arco iris, “*Osteguna*” significa “jueves” o literalmente “día del cielo, o de la luz”, “*Ostarte*” se utiliza para denominar a los ratos en los que el cielo está despejado entre llovizna y llovizna, “*Ostargi*” significa “amanecer” y literalmente “luz del cielo o del día”, y así un largo etcétera. El autor de la tesis,

cuyo nombre por cierto no vi por ningún lado, sostenía que *Urtzi*, *Ortzi*, sería el dios del cielo, del firmamento como bóveda celeste, y que equivaldría al romano Júpiter o al escandinavo Thor.

—Pero entonces, si llamaban de esa manera a Dios, no entiendo nada. Según tengo entendido la religión pagana de los antiguos vascos era esencialmente femenina. La diosa principal de la mitología vasca es *Mari*.

—Así es. *Mari*, o *Amari*, como la llaman algunos, es la diosa suprema. No hay un equivalente masculino que esté al mismo nivel. Pero quizás el dios *Ortzi* sea herencia de una influencia indoeuropea posterior a la mitología original vasca. O tal vez *Ortzi* era simplemente el nombre con el que los vascos llamaban al Dios cristiano porque éste habita en el cielo. No me rayes. Lo importante no es eso. Que me lías. Lo importante es lo otro.

—Lo de las plegarias.

—Sí. El autor de la tesis afirmaba haber encontrado unos textos manuscritos que atribuía también a Hugo el Potevino. Y que había analizado la sintaxis y no sé qué más y había llegado a la conclusión de que fueron obra de la misma persona. Son unos escritos muy extraños. Como tú dices, unas plegarias. Una colección de oraciones que Hugo el Potevino escuchó en boca de unas familias de la región francesa de Aquitania, recitadas en el euskera que se hablaba entonces, en el siglo XII, en esa zona, y que parecen referirse al idioma vasco como una lengua venida de los cielos.

—Léemelas otra vez, por favor.

—Espera, que las tengo apuntadas —dijo mientras sacaba una *tablet* de una mochila que había encima de la mesa—. Son dos oraciones. Solo te leo las frases que parecen hablar del euskera, porque como te las lea enteras otra vez voy a vomitar. Ya sabes que a mí todo este rollo religioso-festivo me da bastante por saco.

—Al grano, Mechero.

—“*Gracias te damos por los dones recibidos con orgullo, por la lengua que trajeron del cielo las lágrimas de los ángeles.*” Esa es una. Y luego está esta otra, mucho más explícita: “*A ti venimos a adorarte, con la lengua que tú nos enseñaste y que llegó del cielo para alumbrar nuestro camino*”.

—La segunda se parece mucho a lo que contaba la vida del santo sin nombre —apuntó Anne.

—Pues hala, toma. Si quieres, te las lees todas y me haces un comentario de texto. Yo estoy hasta las narices ya. Por culpa de toda esta historia por poco me voy al otro barrio. Begoña me dijo que no sabía quién había dejado aquella tesis en la biblioteca pero que era muy peligroso haberla encontrado. Estoy gafado, joder.

—Pero ¿por qué? ¿por qué le tenía tanto miedo Begoña?

—Lo mío me costó que me lo dijera, no te creas. Resulta que el tal Hugo el Potevino es considerado un hereje dentro de la Fundación.

—¿Un hereje? —preguntó Anne sorprendida.

—Sí, un traidor a la doctrina “verdadera” de Petunia. Está prohibido siquiera pronunciar su nombre. Fue un destacado miembro de Petunia que quiso salirse del dogma que imperaba en la época. Por aquel entonces la Fundación ya daba pistas de hacia qué meta dirigía su camino, aunque todavía le quedaba un largo trecho para alcanzar el oscuro lugar que ocupa hoy en día. A

pesar de que en público jamás dejó entrever su ideología, en secreto el Potevino propugnaba una vuelta radical a los orígenes de la Fundación e incluso llegó a formar un pequeño grupo de acólitos que tuvieron bastante influencia en la zona de los Pirineos. Puso muy nerviosos a los mandamases de la Fundación. Muchos consideran hoy en día que sus ideas revolucionarias fueron el germen del que ahora se nutren los jardineros más extremistas que quieren acabar con la doctrina dominante en Petunia. Y no me pidas que te explique mucho más, porque Begoña se negó a seguir explicándomelo. Por mi seguridad, según ella. No tengo ni la más remota idea de qué significaba exactamente esa vuelta a los orígenes que propugnaba el tipo este. Ni siquiera sé desde cuándo exactamente existe Petunia. Esa clase de conocimientos se van adquiriendo con los años. No hace falta que te diga lo recelosa que es la Fundación con todo, imagínate cuánto si además hablamos de su propia historia.

—Me llama la atención que ese monje fuera un hombre de la Iglesia y a la vez perteneciera a Petunia.

—Nunca te fies de las apariencias, pelirroja. No sería el primer caso ni el último. Ahí tienes a nuestra amiga Lourdes. Lo cierto es que el hecho de que esa tesis estuviese en la biblioteca era casi un pecado mortal, según Begoña. Ese documento hablaba sin pelos en la lengua de la ideología subversiva de Hugo el Potevino. Nadie en sus cabales se hubiera atrevido jamás a traer el nombre de ese hereje al seno de la Fundación. Begoña no quería ni pensar en las consecuencias que podría acarrear el hecho de que alguien descubriese que yo, que los dos hubiésemos accedido a ese material. Estaba convencida de que alguien había causado la explosión en el invernadero para acabar conmigo. Ella, al igual que tú, también sospechaba de la abuela Sofía. Por eso, entre los dos, decidimos aprovechar la situación y simular mi muerte para protegerme. Begoña movió los hilos necesarios para que mi defunción fuera creíble y se encargó de esconder la tesis. Sin que se diera cuenta, apunté las plegarias antes de entregarle esos papeles, pero el documento original no tengo ni idea de dónde lo ocultó. No sé si fue una idea muy inteligente. Ahora es ella la que ha muerto de verdad. Espero no ser el siguiente de la lista. No me gustaría volver a palmarla —dijo mientras daba un trago grande a la cerveza y volvía a eructar—. Y eso es todo básicamente. ¿Qué te parece?

—Me parece que sigues siendo igual de basto que siempre —sentenció Anne.

William Dik dormía plácidamente en la habitación individual a la que tenía derecho de conformidad con la póliza de su seguro médico. Cerca de veinte metros cuadrados enmarcados por cuatro paredes forradas con elegantes listones de madera oscura en la mitad inferior, y papel decorativo de color azul celeste pasado de moda en la superior. Se encontraba mucho mejor, a pesar de que la recuperación no iba a ser rápida según el último parte de los facultativos. En realidad, su organismo gritaba de dolor cada vez que sentía el más leve roce, pero el aturdimiento al que le habían sometido a base de morfina le hacía caer en la ilusión de que su estado de salud era mucho mejor de lo que en realidad era. De vez en cuando, los efectos de la droga le hacían balbucear y hasta creía ver alucinaciones, que por fortuna desaparecían rápido. Llevaba en aquel estado de sopor inducido más de cinco horas y todas las máquinas que monitorizaban sus constantes vitales indicaban que aparentemente todo iba bien.

Ni siquiera se enteró cuando ella entró en el cuarto. Suzanne Bechs se recostó en uno de los dos sillones de cuero marrón que la clínica había dispuesto para las visitas. Antes de entrar en el centro, había tenido que atender a los periodistas que no dejaban de acosarla desde que había saltado a la luz la sospechosa muerte de Alicia Rández y el escándalo contable que se había encargado de filtrar a la prensa. Se había resistido todo lo que había podido, pero finalmente había cedido. Quizá sus breves respuestas les contendrían durante un tiempo. Había menospreciado la inteligencia de aquella víbora. Tenía que haber terminado con ella antes, al igual que había hecho con los demás. Si la policía no hubiera detenido a Ismael tan pronto, todo habría sido mucho más fácil. Pero sin poder contar ya con Ismael, no había tenido más remedio que optar por la otra vía, como ya había hecho en otras ocasiones. No le gustaba recurrir a ella. Cada vez que lo hacía, sentía cómo un pedazo de su alma se arrastraba a los infiernos. Y no porque considerara aquella práctica como algo maligno o diabólico. No tenía nada que ver con eso. La criatura siempre había acompañado a la familia. Todos sabían que si se la invocaba de la manera correcta ella acudía y, muchas veces, atendía los ruegos que se le hacían. Pero a veces se rebelaba, actuaba por su cuenta y las consecuencias eran imprevisibles. No sería la primera ni la última vez que un miembro del linaje moría tras llamarla y ella no quería ser la siguiente en hacerlo. Por fortuna, no todos los miembros de la familia eran capaces de hacer la llamada. Suzanne Bechs sí lo era y, de momento, parecía que la criatura se mostraba afable con ella, pero el terror se adueñaba de ella cada vez que después de realizar el ritual de invocación la veía llegar con su cabeza rasurada, su rostro anguloso y su cuerpo esquelético.

No había tenido más remedio. Alicia Rández era la culpable de la manipulación de los datos de la contabilidad de la empresa. La cámara de seguridad oculta en el despacho de Sandra Esteban no había dejado lugar a dudas. Se trataba de un prototipo secreto desarrollado a partir de la Safety Cam 3, que había conseguido reducir a la mínima expresión su volumen y su apariencia, de modo que era prácticamente invisible al ojo humano. Algún día esperaban hacerse de oro con aquel proyecto, que aún requería perfeccionarse. Habían revisado las grabaciones de los días anteriores al dictamen de los auditores esperando encontrar algo, lo cual había supuesto una tarea farragosa y

tremendamente dificultosa por cuanto no tenían ni idea desde cuándo tenían que empezar a analizarlas. Por eso, cuando los informáticos consiguieron concretar la fecha exacta en la que los datos de la contabilidad habían sido manipulados, enseguida encontraron el momento en el que ella había accedido al ordenador de Sandra. Lo peor es que no había forma de demostrar de manera legal que era Alicia Rández la que lo había hecho utilizando la clave de acceso de Sandra. Además, aunque se probara ante un juzgado que esos datos manipulados los había introducido intencionadamente alguien *a posteriori*, no serviría para evitar que el tribunal detectase la naturaleza fraudulenta de los mismos. Alicia Rández había relacionado esos apuntes adulterados con las distintas cantidades transferidas por las empresas de Alejandro Zuberoa a las cuentas de Artechnia meses atrás, la mayoría de las cuales correspondían a facturas ficticias y que Artechnia había intentado maquillar. Ahora aquel agujero había quedado al descubierto. Estaban en un buen lío. Alicia Rández les había tendido una trampa perfecta.

Desde que la familia había confirmado que Tomás Benguría había descubierto el pasado de Wilfried, habían decidido esconder varias cámaras de ese prototipo secreto en diferentes estancias del edificio, desde la cafetería hasta los sótanos, con el fin de vigilar mejor sus intereses y evitar que volviera a suceder algo semejante. Por supuesto, esas cámaras eran ilegales, por lo que no había tenido más remedio que rendirse ante la presión de los accionistas y despedir a Sandra Esteban. Pero ella sabía la verdad, sabía lo que Alicia había hecho y se lo había hecho pagar. Al menos, esas cámaras habían servido para empezar a descubrir que Tomás Benguría se había ido de la lengua y había contado a más personas lo que había descubierto. Con la muerte de Alicia Rández había conseguido matar dos pájaros de un tiro. Ya solo quedaban dos personas que conocían aquel secreto. Ander Goikoetxea y David Vanner. Pero después de lo ocurrido con el fallido intento en el accidente de coche del antiguo supervisor de David Vanner, le daba pánico intentar de nuevo algo sin que hubiera transcurrido el tiempo suficiente como para no levantar sospechas. Ya pensaría mejor qué hacer con él. De momento, no era la mayor de sus preocupaciones.

Miró a su sobrino. Y al hacerlo, solo pudo sentir rabia y desconsuelo. ¿Así que todo se iba a ir al traste? ¿En eso iban a acabar tantos siglos de lucha y todo el esfuerzo y dinero que la familia había invertido en aquel imperio empresarial? Ahora que empezaba a volver a recuperar el prestigio y el poder que un día tuvieron, los cimientos de Artechnia se balanceaban peligrosamente y el derribo parecía inminente. Tenía la angustiada sensación de que en cualquier momento podía llegar el final.

Volvió a pensar en Sabina Elguea. Nadie le iba a quitar de la cabeza la idea de que ella era la responsable del ataque que había sufrido Wilfried. Recapacitó sobre los pasos que había ido dando hasta ahora. Se había dejado convencer por Ruud para intentar tener a su hijo David de su lado e intentar emparejarlo con alguna de las mujeres de la familia y así tratar de dar cumplimiento a la profecía. Por eso había aceptado la amable oferta de Alejandro Zuberoa cuando este había hecho aquellas formidables donaciones para que Artechnia admitiera a David entre sus filas. Sabía que Sabina Elguea tenía que estar detrás de aquel ofrecimiento, pero en aquel momento le había dado igual lo que pretendiese con ello. No la había tenido miedo. Jamás lo había hecho. Aquel dinero le había venido muy bien a la compañía y además, Sabina le había

puesto en bandeja el hecho de tener más cerca al joven y, en consecuencia, una oportunidad para cumplir su objetivo. Lamentablemente, la ausencia de David durante los meses que había durado su baja laboral había hecho fracasar también esa estrategia. Y ahora el tiempo se les estaba echando encima. Pobre Ruud. Era un ingenuo. Seguía siendo un romántico empedernido y un soñador. Aún seguía pensando en historias de amor verdadero y finales felices. Debía de haber querido de verdad a María Elguea. Ruud tenía una visión enternecedora de lo que significaba la profecía, pero para ella todo eso era secundario. Lo primordial era hacerse con la llave. Le había tratado de convencer para que hablara con David e hiciese lo necesario para que le llevara hasta ese objeto. Y él siempre había rechazado todas sus propuestas. Se veía incapaz de utilizar a su hijo de esa manera. Por eso, ahora más que nunca era vital que la familia se hiciese con la llave y así poder disfrutar otra vez del poder y la riqueza que desde siempre habían acompañado a los linajes que la habían custodiado. Si no lo lograban, no se le ocurría otra manera de salir a flote en los tiempos oscuros que se avecinaban para la familia y para Artechnia.

Si al menos supiera con exactitud dónde se encontraba ahora la llave... La incursión en casa de David para buscarla no había tenido ningún éxito. ¿Qué debía hacer? Pensó en sus antepasados, los mismos que habían invadido la ciudad santa de los berones para tratar de robar la llave mucho antes de la era cristiana. Aquellos sí que habían sido hombres de honor y coraje. No se habían andado con remilgos. Por un momento, se estremeció de placer al imaginar la cara de Sabina al verse sorprendida por un ataque parecido. Era una idea ridícula y demasiado arriesgada. Pero el solo hecho de recrear la escena en su mente hizo que se sintiese mejor.

Una mujer. Pelirroja. La imagen era borrosa pero no cabía duda. Una de las cámaras de seguridad ubicada en el cantón de La Soledad del Casco Viejo de Vitoria la había registrado unos cuarenta minutos antes de la hora de la muerte de Peter Magnusson, a pesar de las continuas averías que se habían producido en el sistema de videovigilancia de la zona. Una buena noticia en medio de aquel despropósito de agujeros de seguridad. La cámara había grabado a la mujer mientras subía por la rampa mecánica que comunicaba la calle Herrería con el palacio de Montehermoso. La *ertzaintza* se estaba encargando de filtrar las imágenes para tratar de captar mejor sus rasgos faciales y ya habían comenzado las primeras rondas de preguntas a los vecinos por si habían visto algo que ayudase a identificarla mejor. Dos sospechosos. El hombre de la gorra y la capucha que se había bajado de un coche en la plaza de la Burullería y aquella mujer. Su amigo Aimar Errekamendi estaba convencido de que ambos estaban relacionados con lo sucedido. Su instinto nunca le había fallado hasta ahora. Era cuestión de tiempo que alguien diera con una pista, un hilo del que empezar a tirar.

Manu Olabe no estaba tan convencido. No sería la primera vez que la pésima calidad de una grabación no daba fruto alguno en una investigación. Por más que miraba ambas imágenes, solo veía dos figuras distorsionadas. Aun así no había querido discutir con Aimar. Tenía otras cosas más importantes en las que pensar. Había llamado a la hermana de Ander por lo menos cuatro veces en las últimas tres horas. Ella tampoco tenía ni idea de dónde se había podido meter. Le extrañaba mucho que Ander no diera señales de vida ni contestara tampoco a sus llamadas. No era propio de él. Ella le había preguntado a Manu si se habían vuelto a pelear y él sencillamente le había mentado. Habían discutido, pero nada del otro mundo, como casi todos los días. La había tranquilizado diciéndole que nada malo podía pasarle al marido de un policía. Esperaría un tiempo prudencial y si veía que seguía sin aparecer haría todo lo que estuviera en su mano para encontrarle.

Ese tiempo prudencial ya había pasado. Eran varias las horas que habían transcurrido desde que Ander le había colgado el teléfono. Estaba loco si pensaba que iba a dejarlo marchar sin más. Después de todo lo que había hecho por él. Abrió el armario de su todavía esposo. Se había llevado algo de ropa, pero no tenía ni idea de cuánta. Revolvió el escritorio donde solía dejar su portátil que, por supuesto, se había llevado consigo. Nada. No encontró nada que indicase dónde podía estar en esos momentos. Se sentó en la silla que utilizaba Ander para trabajar con el ordenador. Y entonces vio su libreta junto al bote donde guardaba los bolígrafos y lapiceros. Ander había arrancado la hoja superior pero se había dejado un pedazo sin quitar. Le extrañó. Ander era muy maniático para esas cosas. Observó el trozo de papel que aún permanecía encuadrado. El rastro de una palabra escrita se asomaba sobre él, pero era imposible adivinar cuál era. Tuvo una idea. A lo mejor, con un poco de suerte, si Ander había empleado suficiente fuerza con el bolígrafo para trazarla, la palabra había quedado marcada en la siguiente hoja. La tocó, la puso a contra luz y la analizó con detenimiento. Acertó a descifrar lo que parecía un nombre y un número de teléfono. Llamó sin pensarlo. Se trataba de un motel. Frustrado, la emprendió a golpes contra la puerta del cuarto de baño, que terminó resquebrajándose en la parte central. Iba a encontrarle. Iba a dar con él aunque fuese lo último que hiciese en la vida.

La conversación con su sobrino Adrián la había dejado descompuesta, y por más que trataba de entender las razones que habían llevado a David a arrebatarse la muñeca a Véspero, no lograba comprenderlo. Algo había tenido que ocurrir para que David hubiera adoptado una decisión tan arriesgada, y no solo por el hecho de que no le hubiera importado lo más mínimo enfrentarse a la familia con aquel gesto desafiante, sino porque el riesgo de lo que había hecho era lo suficientemente alto como para haber tenido que disuadirle de llevarlo a cabo. Pero no había sido así. David, su amado sobrino, el que estaba llamado a sucederla cuando ella ya no estuviera, había robado la llave y había salido indemne de su encuentro con Véspero. No había sido buena idea decirle a David que había escondido la llave dentro de la muñeca. Lo había hecho como gesto de acercamiento, para que viera que confiaba en él lo suficiente como para revelar aquella información tan valiosa. Esperaba que aquello ablandase su corazón y le ayudase a entender el papel que debía desempeñar, pero no había servido de nada. Él se había mostrado impasible cuando se lo había contado.

Se levantó de la cama y se puso la bata. No tenía sentido malgastar el tiempo tumbada sobre el colchón. Esa noche tampoco iba a dormir. Su hermana Concha pensaba que el don de la vigilia no estaba actuando tan rápido en ella como generalmente solía hacerlo y albergaba la esperanza de que quizás los genes heredados de Véspero pudieran alargar su vida, pero ella sabía que no era así. El don estaba cumpliendo a rajatabla el guión, un poco más despacio de lo usual, sí, pero pronto todo habría acabado. Sin encender las luces, arrastró sus casi dos metros de altura por el pasillo en dirección a las escaleras. Se sentía culpable. Había puesto en peligro la vida de Adrián al haberle encomendado la tarea de sustraer la muñeca. Y además había conseguido que Concha, que se lo había echado en cara, dejara de hablarla. No había tenido más opción. Ella no podía salir de Lacaverna a estas alturas, con el proceso del don tan avanzado. Y Concha jamás se hubiera atrevido a intentarlo después de lo que había pasado el año pasado, cuando su plan para que Véspero despertara de su letargo por poco acaba en tragedia. Aún recordaba los lloros de Concha cuando le contó cómo Véspero la había elevado por los aires como si de una marioneta de papel se tratara. Entonces tuvieron claro que solo Sabina podía manejar la muñeca sin que Véspero opusiera resistencia. Sabina había sido la que había visitado a Véspero en septiembre del año anterior en la residencia de Vitoria, justo cuando acababa de empezar a manifestarse el don en ella y aún los efectos no eran tan devastadores. Sabina había sido la que había llevado la llave, la que la había introducido en el interior de la vieja muñeca y había cosido pacientemente la abertura que había tenido que realizar para ocultarla allí. Concha le había jurado que ella no recordaba haber intentado quitarle la muñeca jamás. Quizás la había rozado inconscientemente, pero desde luego no había ido más allá. No desde que había visto cómo había reaccionado Véspero cuando Lucía se la había arrebatado durante el trayecto en el que la trasladaron en coche a la residencia de Páganos el día que comenzó a vivir en La Sagrada Misericordia. Jamás había olvidado los gritos de su madre y cómo habían estallado en mil pedazos los cristales del vehículo. Véspero se aferraba a aquella muñeca como si fuera el único vínculo que aún la ataba a este mundo. Nadie

más podía tocarla mientras ella la tuviera entre sus manos. De lo contrario, las consecuencias podían ser fatales. Habían llegado a la conclusión de que Sabina era la única capaz de coger la muñeca sin despertar la ira de la anciana precisamente por ser portadora del don en su interior, pero era evidente que David también había podido hacerlo sin mayores complicaciones. Era curioso, porque Véspero no reaccionaba si se la rozaba a ella, pero si alguien osaba siquiera acariciar la muñeca la cosa era muy diferente. Habían tenido que insistir y volver a insistir a las monjas que la habían cuidado todos estos años para que tuvieran especial cuidado en no violar aquella norma no escrita, alegando que la salud de su madre y su estado psíquico y emocional dependían de ello. Y había funcionado. De momento la suerte las había acompañado. No había ocurrido nada destacable con ninguna de las religiosas o, al menos, que ellas se hubiesen enterado.

Tras la negativa de David a asumir el papel que le correspondía como defensor de los intereses de la familia, había llegado a pensar que todo estaba perdido. Por eso, cuando él se negó a seguir custodiando en su casa de Bilbao la llave que ella misma le había hecho llegar a través de Adrián, no se le había ocurrido otra solución. La llave debía ocultarse dentro de la vieja muñeca de Véspero. Nadie jamás podría hacerse con ella si no quería enfrentarse a la furia de la anciana. Nadie excepto quienes poseyeran, al igual que ella, el don de la vigilia. En cualquier caso, las probabilidades se reducían bastante. Ahora todo eso daba igual. David se la había llevado lejos de Véspero. No quería ni imaginar las consecuencias que esa acción podría acarrear. Cuando Adrián le había contado que alguien había entrado en el ático de David y lo había destrozado, no tuvo duda de quién estaba detrás. Los Bechs. El linaje de los holandeses había arrasado la casa pensando que David custodiaba la llave. El piso de Adrián, en cambio, estaba intacto. Seguramente no tendrían ni idea de la identidad del vecino de enfrente de David. O quizás simplemente en ese caso los sistemas de seguridad habían conseguido frenarlos.

Tenía que reconocer que se había asustado. Adrián le había contado el ataque que había sufrido el sobrino de Suzanne Bechs y que David le había acusado de haber sido él quien lo había llevado a cabo. Era muy probable que aquel clan de malditos pensase lo mismo. Sabina no tenía ni idea de quién era el culpable del apuñalamiento, pero estaba claro que los holandeses clamaban venganza. Si aquellos miserables se habían atrevido a entrar en casa de David y ponerla patas arriba, del mismo modo podían intentarlo en la residencia de Vitoria. No es que desconfiara del poder de Véspero para enfrentarse a ellos en cuanto tocaran su muñeca, pero no quería asumir ese riesgo, no ahora que la amenaza del robo era tan directa. El tiempo estaba al caer y la llave debía estar con ella. No debería haberla escondido en la muñeca pero, en aquel momento, aún no había conseguido obtener y controlar la protección que necesitaba y no se le había ocurrido un sitio más seguro donde ocultarla. Con la ayuda de la que ahora disponía se sentía capaz de defender la llave de cuantos quisieran robarla. Lo haría hasta que el último aliento escapara de sus pulmones. No podía traicionar la memoria de cuantos la habían precedido. No podía traicionar el legado de los que habían existido antes. Además, los holandeses no eran los únicos que podían andar detrás de ella. Muchas otras familias podían intentar lo mismo, ahora que la puerta estaba a punto de abrirse. Incluso los que hasta el momento siempre se habían mantenido al margen. Estaba segura

de poder vencerlos a todos. Pero para ello necesitaba recuperar la llave cuanto antes. Ella la ayudaría.

Subió las escaleras despacio. Tan concentrada estaba en sus pensamientos que olvidó agachar la cabeza en el último peldaño, donde el techo no era tan alto como ella, y el golpe fue inevitable. No le importó el dolor. Una vez que el don de la vigilia se manifestaba, la sensibilidad se iba perdiendo paulatinamente, como si el sistema nervioso fuera adormeciéndose poco a poco. Avanzó por el pasillo a oscuras, conocía perfectamente cada tramo. A mitad de camino, le pareció oír ruidos fuera de la casa. Abrió la ventana de la pared del fondo y se asomó. No vio nada raro ni tampoco volvió a escuchar ningún sonido que desentonara en la banda sonora propia de aquella fría noche. Aún así, había algo en el ambiente que la inquietó. Notó una perturbación en la calma que normalmente solía envolver la finca. ¿Estaría ella rondando el caserío otra vez?

Retrocedió y abrió la puerta de una de las habitaciones situadas en la parte central del corredor y, a tientas, encendió las siete velas blancas que había dispuestas por el suelo con las cerillas que había dejado a la entrada la vez anterior. No podía más. Necesitaba saber cuándo se iba a abrir la puerta. Necesitaba saber cuánto tiempo le quedaba para recuperar la llave. No estaba segura de que lo que se proponía hacer fuera a dar resultado. El riesgo de que no funcionara era más que probable, pero lo que más le preocupaba era que, aun resultando, la experiencia podía acabar causándole la muerte. Con el proceso del don de la vigilia tan avanzado era muy posible que así sucediera. Tendría que extremar las precauciones y en el momento en que viera asomar el peligro, desistir. Lentamente, la luz fue iluminando cada rincón de la estancia, creando un baile de sombras sobre los objetos que la adornaban. Se quitó la bata, el camión y la ropa interior, como siempre hacía, y se acercó a la estatua. Era casi tan alta como ella, a pesar de que el ser que había representado allí no estaba erguido, sino sentado sobre un majestuoso trono, con el pequeño caballo adosado a sus pies. Una de las manos y parte de la espalda se habían dañado cuando la habían descubierto durante las obras de restauración de la iglesia de Lacaverna en los años ochenta. Literalmente había caído del techo. Nadie sabía quién la había ocultado allí ni cuándo ni por qué. El templo tenía varios siglos de antigüedad, así que el abanico de posibilidades era amplio. Afortunadamente, la familia había conseguido recuperarla después de que aquel grupo de aficionados de Vitoria que mandó el obispado para estudiarla se la llevase del pueblo. El símbolo del linaje aparecía tallado en la parte delantera de su torso. Un círculo perfecto con una preciosa estrella en su interior que, en el pasado, algún miembro de la familia había esculpido después de eliminar los pequeños senos que delataban el género original de aquella figura. La entrepierna y los testículos, que también habían sido añadidos con posterioridad, los rompió ella misma a martillazos cuando la familia recuperó la escultura. Aún se podía ver algún pequeño rastro de aquellos atributos masculinos que desvirtuaban la imagen real de quien estaba representada allí. Se arrodilló y, emocionada, besó sus pies. Era *Amari*. Su reina. La reina de los que estaban antes.

Abrió con cuidado el frasco de cristal que contenía la tintura que había dejado macerándose desde hacía tres días. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no vomitar cuando los efluvios del brebaje llegaron hasta sus fosas nasales. El olor era nauseabundo y enseguida se propagó por toda la habitación. Miró la estatua. La reina *Amari* la observaba desde su trono pétreo, esperando que iniciara el ritual. Sabina tuvo la sensación de que los ojos de la escultura se habían movido, como si estuvieran dotados de vida. A pesar de que la estancia no era muy amplia, era necesario realizar la danza ancestral que tantas veces había ejecutado en los viñedos que rodeaban la casa. Rodeó a la estatua mientras con sus brazos y piernas seguía cada uno de los movimientos del baile, tratando de no olvidarse de ninguno. En sus labios el nombre sagrado de la ciudad eterna brotaba orgullosa en susurros, convertido en una plegaria que la ayudó a concentrarse. *Oiraco*, *Oiraco*... La repitió varias veces hasta que las primeras gotas de sudor comenzaron a brotar de sus sienes.

Ligeramente mareada, decidió pasar a la siguiente fase. Antes de sentarse, abrió el cofre que tenía a su derecha y extrajo las barras. Eran dos hermosas agujas de hierro de cinco centímetros de longitud cada una de ellas que la familia había conservado desde hacía más de dos mil años. Según la tradición, en su día habían sido propiedad de las sacerdotisas que gobernaron los designios espirituales del poblado berón donde se custodió la llave. Las Madres. Ellas mismas las habían utilizado para acceder a los sueños de una manera directa, sin esperar a que sobrevinieran. Era el ritual heredado de los que estaban antes y solo los oráculos más experimentados se atrevían a llevarlo a cabo. Aterrorizada, Sabina se dispuso a hacer lo mismo. Era más que recomendable que el vaticinador se viera asistido por una o más personas durante la ceremonia, para minimizar los riesgos y para reaccionar en caso de que se produjera algún contratiempo. Sabina estaba sola. Podía haber pedido a Concha que la ayudase, pero su hermana no habría accedido. No solo por el hecho de que le había dejado de hablar al enterarse del encargo que Sabina le había hecho a Adrián, sino porque Concha jamás hubiera soportado participar en semejante aberración herética y habría hecho todo lo posible para tratar de disuadirla. Sabina suspiró. El momento había llegado.

Con unas pinzas sumergió las dos agujas en el oscuro brebaje del tarro de cristal y esperó unos segundos. Sacó la primera de ellas y usando los dedos pulgar e índice de la mano que tenía libre abrió todo lo que pudo los párpados superior e inferior de su ojo izquierdo. Respiró hondo e introdujo la aguja, colocándola con cuidado para que se mantuviera en posición vertical. Enseguida notó el veneno del líquido introduciéndose en su organismo. Se dio prisa e hizo lo mismo con la otra aguja y su ojo derecho. Al cabo de unos instantes, notó un escozor insoportable que estuvo a punto de hacerla abandonar. Sin embargo, tuvo la fuerza suficiente y aguantó el dolor. Sus pupilas estaban totalmente dilatadas. Comenzó a sentir un aturdimiento progresivo que fue sumiéndola en un estado de duermevela que la hizo derrumbarse sobre el suelo. Afortunadamente, las agujas permanecieron insertadas en sus ojos. La cabeza de Sabina miraba hacia el techo de la

habitación pero sus ojos abiertos no lo veían. En su lugar, imágenes nebulosas acudían de manera fugaz a su mente, incapaz de procesar tanta información. Dentro del sueño, Sabina fue consciente de lo que le estaba ocurriendo y se concentró para buscar y retener la visión que buscaba. Su pensamiento se dirigió hacia la profecía y la apertura de la puerta. Mentalmente pronunció algunas de las palabras sagradas para ayudarla a localizar el momento que deseaba encontrar. Tenía que darse prisa, el efecto del veneno duraba apenas unos minutos. Se centró en el recuerdo de su amado sobrino David y entonces la visión surgió de manera clara y brillante. Sintió el poder de la llave latiendo con fuerza en el centro de la escena. Había varias personas alrededor de ella, pero sus rostros esquivaban su mirada, como si la predicción no quisiera revelarles sus identidades. Algo en su interior le indicó que algunas de ellas eran miembros de aquella maldita orden, los hermanos guardianes. Había sido una ingenua al pensar que finalmente se mantendrían al margen.

De repente, una de aquellas personas se dio la vuelta y pudo contemplar su cara. Debía de haber cometido un error. Tenía que haberse equivocado. Sin embargo, la fuerza de la llave era deslumbrante y eso solo podía significar que en la visión la puerta estaba abierta. Sabina no podía creer lo que su mirada profética estaba observando. Aquella mujer que acababa de girarse no solo estaba inmersa en la escena, sino que la estaba protagonizando. La energía que desprendía era apabullante. Contempló su cabello rojizo cayendo sobre sus hombros. Analizó cada uno de sus rasgos para cerciorarse de que era ella. No había duda. Era Anne Wellington, la novia de David. La lagarta que seguramente había engatusado a David para hacerse con su patrimonio. Creía recordar que Adrián le había comentado que David y ella habían roto, pero entonces, ¿qué hacía ella allí? Trató de vislumbrar qué era lo que aquella arpía y sus secuaces estaban haciendo, pero no fue capaz de deducirlo. El veneno de la poción estaba empezando a perder su efectividad. Desesperada, aumentó su concentración para intentar averiguar la fecha, el momento en el que se iba a desarrollar aquella escena. Su cuerpo estaba desentumeciéndose, faltaba muy poco para que el sueño desapareciera. Si no abandonaba ya el trance, corría el riesgo de que su mente se quedara atrapada para siempre en aquel estado. Era uno de los mayores riesgos del ritual. Pero necesitaba hacerlo. Necesitaba descubrir la fecha.

Una imagen se superpuso en su visión. Trató de apartarla pensando que se trataba de una interferencia, pero no fue capaz. Reconoció el paisaje. Era el de su tierra, La Rioja Alavesa. Un campo de vides repletas de uvas maduras y una pareja de jornaleros cargando un cesto en el que iban depositando los racimos mientras los recogían de las parras. Sabina supo entonces que sus esfuerzos habían dado resultado. Entendió lo que el sueño trataba de transmitirle. La fecha en la que se abriría la puerta, la fecha en la que la pelirroja inglesa protagonizaría aquella escena, coincidiría con el tiempo de la vendimia. Septiembre, quizás octubre. Aún faltaban unos meses. En un último intento, logró apartar la imagen de los recolectores y volvió a la visión principal. Se fijó en la figura de Anne y, un segundo antes de despertar, le fue revelado qué era lo que estaba ocurriendo en la escena. El sueño se esfumó y Sabina recobró la consciencia. Se arrancó las agujas de los párpados y las lanzó lejos de ella. Un pequeño reguero de sangre brotó del párpado superior de su ojo derecho. Lo que acababa de ver era sencillamente inadmisible. No lo iba a tolerar. Haría lo que fuera necesario para permanecer viva hasta que llegara el momento e impedirlo. No iba a permitir que aquello sucediera. Sin poder contener la ira, gritó con todas sus fuerzas tratando de liberar la tensión acumulada. En el exterior de la casa, una lechuza que aguardaba sobre la rama de una vid a que apareciera una presa, emprendió el vuelo en el preciso momento en el que los cristales de las ventanas de la planta superior estallaron en mil pedazos.

David se despertó sobresaltado. A pesar de haberse metido a la cama en ropa interior, el sudor inundaba cada rincón de su cuerpo. Había tenido una pesadilla horrible. Aún recordaba el rostro iracundo de Sandra Esteban persiguiéndole en sueños para hacerle pagar por lo que ella creía que él había hecho. Se sentó en la cama mientras sopesaba la idea de ingerir otro somnífero. Si lo hacía, quizá consiguiera dormir un par de horas más. Las farolas de la calle iluminaban el interior del cuarto con una intensidad suficiente como para que en ese momento decidiese no encender la luz. Se levantó y entró al cuarto de baño. El espejo situado encima del lavabo le devolvió una imagen sobrecogedora de sí mismo. Su expresión era la de una persona agotada, exhausta. Unas enormes ojeras ensombrecían su mirada como signo inequívoco del insomnio crónico que padecía, aunque mucho más acentuadas de lo que solía ser habitual. Abrió la puerta del armario y buscó el frasco de los narcóticos que creía haber dejado junto al cepillo de dientes, pero estaba vacío. Rebuscó desesperado por toda la habitación, pero no encontró nada. Era vital que consiguiera dormir algo. No podía emprender ese viaje en esas condiciones. Además no quería que Ander le viera así. Habían llegado a ese motel perdido en mitad de la nada hacía apenas tres horas. Todas las habitaciones estaban comunicadas por un largo corredor exterior que daba al aparcamiento. La de Ander estaba junto a la suya. Mientras revolvía en su maleta buscando alguna pastilla que se hubiera quedado olvidada entre la ropa, escuchó un ruido extraño fuera. Una especie de ronquido seco, gutural, que le hizo ponerse en alerta inmediatamente. Podría haber correspondido al ronroneo de un gato si no fuera por el volumen con el que había sonado. Una sombra recorrió el espacio del pasillo delimitado por el marco de la única ventana del cuarto. A pesar del estor que la cubría, la había visto perfectamente. Había alguien afuera. Espero unos segundos y volvió a escuchar el ronquido, esta vez con una cadencia mucho más rápida. Llamó por el móvil a Ander pero lo tenía apagado. No tenía ni idea de qué código tenía que marcar para usar el teléfono fijo de la habitación. Se acercó a la puerta. Tenía que avisarle como fuera. De repente, el pomo comenzó a girar como si alguien estuviera intentando manipular la cerradura. No podía creerlo. Volvió hasta donde estaba la maleta y buscó la muñeca de Véspero para esconderla en un sitio más discreto. Pero no la encontró. ¿La había dejado en el maletero del coche? ¿La había cogido Ander?

Un golpe. Otro. Otro más. El intruso trataba de romper la cerradura sin ningún tipo de miramiento. Con el corazón a punto de salirse por la boca, volvió a entrar al baño en busca de algo con lo que defenderse. Una cuchilla de afeitar no parecía la mejor de las armas. Se le ocurrió una idea. Soltó la barra donde estaba enganchada la cortina de la ducha y la astilló. Era de plástico, pero menos era nada. Volvió hacia la cama con su puñal improvisado en la mano. La puerta de la habitación estaba entreabierta. Sin embargo, por más que escrutó la penumbra en busca del intruso, no vio nada extraño. Salió al exterior y se fue directo a buscar a Ander. La puerta de su habitación estaba del mismo modo entreabierta. Accedió sigilosamente y le vio durmiendo plácidamente sobre el colchón, pero no bajó la guardia. La luz del cuarto de baño estaba encendida. De nuevo escuchó aquel sonido gutural. El intruso estaba allí. Avanzó hacia la cama para despertar a Ander y salir de allí corriendo. Pero no le dio tiempo a llegar. Un ser monstruoso que parecía salido del mismísimo averno salió del aseo. Era una especie de híbrido

entre un enorme perro salvaje y un zorro. Su mirada rezumaba ira y hostilidad, como si la rabia hubiera poseído su alma. El animal dio un salto y se abalanzó sobre David, que ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar. Sintió un fuerte golpe en la cara y un intenso hormigueo que le recorrió todo el cuerpo. Abrió los ojos. Ander estaba a su lado gritándole con cara de preocupación. Tardó aún un tiempo en entender lo que le estaba diciendo.

—David, ¿estás bien? Estás temblando —le volvió a preguntar.

—Sí... —contestó David incorporándose. Estaba en la cama de Ander, pero no había ni rastro de aquel monstruo por ningún lado.

—Creo que esas pastillas que tomas para dormir te han jugado una mala pasada. Has entrado como un zombi en la habitación hasta que te has desmayado sobre la cama. ¿Te había pasado más veces? —le dijo.

—Eh... no... he debido de tomar dos en vez de una y creo que he sufrido una alucinación. Espero no haberte asustado —trató de disculparse.

Ander lo acompañó de vuelta a su habitación. Incluso se quedó a su lado casi una hora esperando a que David sucumbiera al sueño. Al final tuvo que fingir que dormía para que Ander pudiera irse a descansar. Cuando se hubo marchado, se levantó y buscó la muñeca de Véspero. Seguía en la maleta, exactamente donde la había dejado nada más llegar. Fue al cuarto de baño a beber un vaso de agua. La barra de la cortina de la ducha seguía en su sitio. Abrió el grifo del lavabo y las lágrimas asomaron a sus ojos. ¿Así que era verdad? ¿Así que todo lo que le había advertido Sabina acerca de aquel mal era cierto? ¿Así que en eso iba a consistir lo que le quedaba de vida de ahora en adelante, en alucinaciones monstruosas hasta que su corazón dejase de latir? Su tiempo se agotaba. La incertidumbre había desaparecido y había dado paso a la certeza más despiadada. Iba a morir. Si habían comenzado esas visiones no había vuelta atrás. Ahora que había decidido tomar las riendas de su vida, iba a abandonar este mundo y ya no vería más a Ander. Lo iba a dejar solo a merced de un malnacido que probablemente ya le estaría buscando. ¿Por qué tenía que pasar por todo eso? ¿Acaso se lo merecía? Regresó a por la muñeca y la estampó con todas sus fuerzas contra la puerta. El viejo títere cayó al suelo aparentemente intacto. Lo odió. Odió la muñeca y odió la llave. Odió a Sabina. Odió el legado y odió a su familia entera. Odió el destino del que no podía escapar. Odió sentirse como un esclavo sin posibilidad de lograr la libertad. El don de la vigilia se había despertado en él. Pero aquello no era un don. Era una desgracia. Mucho peor. Era una condena. Una maldita sentencia de muerte a punto de ejecutarse.

Anne Wellington leía una y otra vez el correo electrónico que había recibido, sin saber qué pensar. Era de Jon. Le rogaba que no se creyera nada de lo que La Fundación se estaba encargando de difundir por todas partes. Anne trataba de reconocer entre aquellas líneas al hombre del que había empezado a enamorarse, pero las dudas y la desconfianza le impedían creerle al cien por cien.

“Ahora mismo es mejor que me mantenga alejado durante un tiempo hasta que decida cómo enfrentarme a todo esto. Van a por mí. Por favor, no dejes que te laven el cerebro haciéndote creer lo que no es. Hay muchas cosas que debería haberte dicho antes sobre mí y mi pasado. Solo espero que no sea demasiado tarde para que pueda contártelas. No las creas, Anne. Y ten mucho cuidado. En cuanto pueda, volveré. Por favor, espérame...”

Releyó una vez más el mensaje intentando dilucidar si las palabras del jardinero eran sinceras. Quería creerle, ahora más que nunca necesitaba hacerlo, pero tanto el profesor O’Connor como Mechero no dejaban de insistir en la idea de que Jon había sido el autor del incendio de la biblioteca de Bilbao y probablemente de la explosión del invernadero. Albergaba la esperanza de que fuera inocente pero, en el fondo, no tenía nada claro que Jon no fuera el causante de la muerte de los tres miembros de Petunia que habían fallecido en el siniestro, incluida Begoña Argenta. De momento, decidió no contar nada acerca de aquel *e-mail* ni a Mechero ni al profesor.

El libro de leyendas de Irlanda, Escocia y Gales que la abuela Mary Anne había ocultado bajo la losa del suelo del Reino de las Ánimas y que Anne había recuperado en su primera visita a Sunny House, había resultado ser un compendio de diferentes mitos y cuentos populares, la mayoría de ellos no conocidos para el público, de muy diverso contenido, pero donde había una constante que se repetía en muchos de ellos: eran historias trágicas de guerras y cruentas batallas, ecos de invasiones legendarias perdidas en la noche de los tiempos, en las que intervenían de uno u otro modo seres con poderes adivinatorios, o personajes que tenían la capacidad de ver el futuro. Algunos además compartían otra característica en común: su gran altura. En varios casos incluso eran denominados directamente como “gigantes”. No lo había terminado de leer por completo, pero estaba deseando compararlo con el manuscrito de la historia de los antiguos galeses que el profesor O’Connor custodiaba en Sunny House. Quizás encontrarán alguna pista que les ayudara a determinar en qué iba a consistir la famosa nube de las profecías, la que anunciaría la llegada de los pobladores de aquel mundo anterior y que sería el preludio de la aniquilación de todo tal y como existía en la actualidad. Escondió de nuevo el libro y el cuenco que tenía tallado aquel extraño dibujo bajo el suelo del Reino de las Ánimas, donde los había encontrado la vez anterior. El profesor O’Connor había elegido como dormitorio una habitación de las más grandes de la mansión, pero muy alejada del que había sido el cuarto de Mary Anne Merrick. Lo más probable era que ni siquiera supiera de la existencia del Reino de las Ánimas. Había decidido no quitarse de encima el colgante con aquel extraño símbolo celta. Fuera verdad o no, lo cierto es que sentía que la había protegido. En su bolso, oculto en el estuche de unas gafas de sol y envuelto en varios pañuelos, llevaba el puñal de sílex. Al llevar consigo un arma de ese tipo sabía que se arriesgaba a ser detenida si lo descubría la policía, pero prefirió asumir el riesgo.

No había errado en su presentimiento. La llave con forma de *menorá*, el candelabro judío de siete brazos que formaban tres semicircunferencias, abría la puerta de la casa de verano que los abuelos habían mandado construir en el extremo noroccidental de la isla de Anglesey, junto al mar, y a la que Betrys siempre había evitado volver. Pero lo que jamás se hubiera imaginado era que la cerradura tuviera la forma de otra *menorá*, con la orientación de los brazos del candelabro de forma directamente inversa a la de la llave. Si la abuela la había dejado escondida bajo el suelo del Reino de las Ánimas solo podía significar que quería que Anne encontrara la llave en algún momento, junto con el resto de los tesoros. Su hermana Elin le confirmó por teléfono que la casa de verano no había sido puesta a la venta por Betrys. Aún. El edificio tenía dos plantas y un jardín trasero, y era mucho más pequeño que Sunny House, probablemente más incluso que el ala de la mansión donde se situaban las habitaciones del servicio, aunque compartía con ella el color de la fachada. Quizás debería valorar la idea de trasladarse a vivir allí. Así no molestaría al profesor O'Connor. El gran inconveniente era que, si lo hacía, se alejaría del Reino de las Ánimas y de los objetos allí escondidos. No se le ocurría mejor lugar para ocultarlos. Además la casa de verano estaba situada en un lugar inhóspito, al borde de un espectacular acantilado y lejos de la civilización. El pueblo más cercano se encontraba a no menos de media hora de camino por carreteras sinuosas y de pronunciadas curvas. Y el hecho de pensar en que tendría que hablar con su madre para ver si ella estaba de acuerdo con que Anne se trasladase allí a vivir, le parecía absolutamente inviable. No tenía ganas de verla ni de hablar con ella, aunque sabía que tarde o temprano ese reencuentro tendría que producirse. Sentía que Betrys la había estado engañando toda la vida. Jamás le había contado nada acerca de la familia de la abuela ni de la presunta capacidad de Mary Anne para ver el futuro. Aunque lo hubiera hecho para protegerla, en el fondo, se había debido a un acto de cobardía. ¿Cómo podía haberse abstraído de todo aquello durante tantos años? Seguramente debido al temor que tenía a su marido. Ahora entendía el rechazo de Henry hacia ella. Cuando él la había llamado “bruja” durante su última visita a Cobham, había pensado que se trataba de un insulto más, como tantos otros desprecios que Anne había sufrido en sus carnes por parte de su padre. Ahora estaba casi convencida de que detrás de aquel impropio había algo más. Detrás de aquel resentimiento se ocultaba la intolerancia, la incompreensión, el miedo a lo desconocido. Su padre provenía de una conservadora familia de tradición católica, aunque él hacía años que no pisaba una iglesia. En cierta manera, sus propias creencias y su entorno le habían obligado a casarse con Betrys cuando la había dejado embarazada de Anne tras conocerla durante unas vacaciones en Holyhead. Dudaba mucho de que hubiera contraído matrimonio con ella por amor. Su vida se había truncado por culpa de aquel desliz y, además, había ido a parar a una familia donde la religión católica era considerada como algo extraño, exótico y extravagante. Si Henry conocía mínimamente la historia de la familia de su mujer y las dotes adivinatorias de Mary Anne Merrick, no había tenido que ser fácil para él aceptar aquel mundo tan diferente al suyo. Además, la abuela Mary Anne había sido una mujer fuerte, determinada, con carácter, la indiscutible líder de la familia, lo cual no era compatible con la mentalidad retrógrada de Henry. Anne no solo había sido el ojito derecho de su abuela sino que

ante todo era la culpable directa de que Henry hubiera ido a parar a aquella familia. No trataba de justificarlo. Henry no se merecía ni un ápice de su compasión. Siempre había sido un hombre machista, amargado y agresivo, que había convertido su vida y la de su mujer en una pesadilla. Sus adicciones al alcohol y al juego, que habían ido agravándose con los años, habían contribuido asimismo a que el patrimonio de Betrys hubiera ido mermando poco a poco, hasta verse obligada a vender Sunny House. Lo aborrecía. Jamás se había sentido querida por él. El corazón de Henry estaba emponzoñado, era incapaz de amar a nadie. Mucho menos a una bruja, como él la había calificado.

“Bruja”. No sabía si aquella palabra era la que mejor la definía a ella, a la abuela Mary Anne, a su familia materna y, en consecuencia, a todas aquellas viejas familias emparentadas que compartían aquel conocimiento secreto. A los ojos de Henry seguramente eran todos hijos del mismísimo diablo. Sonrió. Si el término “bruja” significaba pertenecer al linaje de los descendientes de aquellos gigantes que habían poblado el mundo antes que los seres humanos y ser heredera de un secreto que la mayoría de los mortales ni imaginaba; si “bruja” significaba ser portadora de dones excepcionales como ver el futuro o poder comunicarse con seres invisibles que el resto de la gente era incapaz de percibir; si ser “bruja” implicaba tener en sus manos el destino de la humanidad y que aquella antigua profecía fuera cierta, entonces ella lo era. Era una bruja. Y estaba dispuesta a hacer valer su condición ante quien hiciera falta. Su mente le decía en voz baja que aquello era una locura, un disparate, pero su corazón gritaba henchido de orgullo que aceptara lo inevitable. Claro que lo aceptaba. Más aún ahora que sentía dentro de ella que todo aquello era cierto.

Salió al exterior. El sol brillaba con fuerza en el firmamento, a pesar de las predicciones de lluvia. Una pregunta rondaba su cabeza de una manera casi obsesiva. ¿Cuánto tiempo faltaba para que la profecía se cumpliera? Algo en su interior le decía que era probable que ya conociera la respuesta, aunque le costara reconocerlo. Tenía que localizar a Koldo de Andrés como fuera. Al cerrar la puerta, se dio cuenta de que la casa no tenía nombre. Toda la vida se habían referido a ella como la casa de la costa. Mientras bajaba las escaleras del porche tuvo claro cómo la iba a llamar ella a partir de ese momento. Le daba igual si a su madre le parecía bien como si no. Cuando todo hubiera acabado volvería y colocaría un cartel en condiciones sobre el dintel de la puerta principal. Y si Henry o su madre lo quitaban, volvería a ponerlo. Las veces que hiciera falta. Sería su manera de rendir homenaje a su abuela y a aquel antiguo linaje al que ambas pertenecían. Abrió el bolso y anotó el nombre en una hoja de su agenda. La arrancó, volvió sobre sus pasos y la colocó bajo uno de los maceteros ubicados junto a la puerta. Dos palabras, la primera en euskera, la lengua que amaba y que de alguna forma la había conducido hasta donde se encontraba ahora, y la segunda en inglés. “*Sorgina Cliff*”. El acantilado de la bruja.

Vio a Mechero esperándola unos metros más adelante. Se le encogió el corazón al verle ahí, solo, apostado junto al coche que habían alquilado, mirando hacia el mar, como tratando de obtener una respuesta que no encontraba. Lourdes del Río le había llamado para contarle algo que no se esperaba, no a estas alturas. La autopsia del cuerpo de Begoña Argenta revelaba que no había muerto por inhalación de humo como los otros dos jardineros fallecidos en el incendio de la biblioteca de Bilbao. Había perecido por un fuerte golpe en la cabeza proveniente de un objeto contundente. La hora de la muerte daba a entender que había ocurrido durante el incendio. Alguien había aprovechado el tumulto ocasionado por el fuego para asesinarla.

—¿Estás bien? —le preguntó poniéndole una mano sobre el hombro izquierdo.

—No me lo explico —dijo Mechero—. Creo que ella misma sabía o intuía que alguien quería hacerla desaparecer. Poco antes de que comenzara la reunión en la biblioteca, le pidió a Lourdes que cuidara de mí en el caso de que a ella le pasara algo. Yo pensé que se refería al peligro de morir a manos del demente que había matado a Juan Mari, pero no. Creo que ella lo decía por otro motivo. Y ni Lourdes ni yo nos dimos cuenta. Quizás, si nos lo hubiera contado, hubiésemos podido ayudarla.

—No le des más vueltas. Si lo que dices es así, yo tampoco me hubiera dado cuenta.

—No me va lo de hacerme la víctima, pero estoy bien jodido, Anne. No solo por el hecho de que yo esté muerto para el mundo y de toda esta movida de la profecía. Me he quedado solo, joder. En su día perdí a mi madre y ahora he perdido a los que han sido mis padres desde entonces.

—Bueno, si Lourdes quiere cumplir la última voluntad de Begoña, estoy segura de que ella se hará cargo de ti a partir de ahora.

—Perfecto. No sabes lo que me consuela. Igual así aprendo de una vez a rezar el padrenuestro.

—Además, se te olvida una cosa.

—¿El qué? —preguntó él. Había una tristeza y una resignación profundas en su mirada.

—No estás solo, bobo. Me tienes a mí. Yo siempre voy a cuidar de ti —le contestó ella sonriéndole. Mechero se derrumbó y comenzó a sollozar, mientras los dos se fundían en un abrazo. Estuvieron así durante un buen rato, hasta que Mechero se separó de ella.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —la interpeló.

—¿Decirte el qué? —preguntó a su vez ella.

—Lo del otro día cuando estuviste en el cuarto de baño de mi hotel. ¿Te crees que soy tonto?

Anne se le quedó mirando. No. Mechero no era tonto. Todo lo contrario.

—¿Encontraste el *test* en la papelera, ¿no? —le preguntó, mientras él asentía—. Supongo entonces que ya no tiene sentido callármelo. Ya ves, yo pensando que todos los mareos y náuseas que tenía se debían a lo delicado que he tenido siempre el estómago y al estrés de los últimos días. Y resulta que no. Resulta que vas a ser tío.

Esta vez fue Mechero el que se abalanzó sobre ella para abrazarla. Anne se emocionó y empezó a llorar.

—Enhorabuena, pelirroja —dijo él—. Espero que si es chico no le pongas un nombre tan cutre como el que me pusieron a mí. Me alegro mucho por ti, de verdad. Lo único... no te enfades por lo que voy a preguntarte pero es que tengo una pequeña duda que no me deja dormir ni comer. ¿A quién más tengo que felicitar por tan buena noticia? ¿Quién es el padre de la criatura?

Anne estuvo a punto de responder pero, en el último momento, se limitó a sonreír. Abrió la puerta del copiloto y empujó con delicadeza a Mechero para que entrara dentro. Él opuso cierta resistencia.

—No me dejes así. ¿No me lo vas a decir? —le preguntó.

—Anda, calla y métete al coche. Tenemos mucho que hacer —le contestó.

Anne arrancó y pisó el acelerador. Mientras se alejaban de la casa para tomar la carretera, el cielo se oscureció repentinamente. Cuando se incorporaron a la calzada, enormes gotas de lluvia comenzaron a cubrir cada centímetro cuadrado de la luna delantera del coche. Accionó el parabrisas y redujo la velocidad. Delante de ellos, los destellos de los primeros relámpagos reverberaron en una inmensa nube negra que pareció surgir de la nada, como preludio de la tormenta que estaba a punto de desencadenarse. El sonido de un trueno ensordecedor retumbó sobre los acantilados. Anne notó cómo Mechero se estremecía. Sabía que él estaba pensando en la profecía y en la nube aniquiladora que anunciaría el fin del mundo. Le acarició la pierna con la mano tratando de tranquilizarle, aunque enseguida la tuvo que volver a colocar sobre el volante. Mechero estaba asustado. Pero ella no tenía miedo. Al contrario. Se sentía poderosa y capaz de dirigir su propio destino. No le hacía falta nadie más. Ahora además tenía un aliciente muy especial. *“La sangre del hijo de los primeros hombres y de la hija del hijo de los primeros hombres heredará el camino al reino de los que estaban antes”*. No estaba segura del todo, pero las palabras de aquel viejo augurio parecían cobrar un nuevo significado ahora que había confirmado lo que llevaba días sospechando. Había deseado durante mucho tiempo tener un hijo. Siempre había sabido que aquel anhelo se haría realidad algún día. Ese momento había llegado y no estaba dispuesta a permitir que nada ni nadie impidiese que aquel ser que llevaba dentro naciera y se convirtiera en un nuevo y orgulloso descendiente del antiguo linaje de Mary Anne Merrick, en un nuevo y orgulloso miembro de aquella honorable estirpe de brujas. Ni siquiera una profecía ancestral iba a conseguir arrebatarse aquel sueño.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría agradecer de corazón a todas las personas que me han apoyado durante todo este tiempo desde que comencé a gestar La Trilogía Insomne.

A Roberto Fernández Casas, por prestarse a ayudarme desde el primer momento en que lo necesité, con absoluta entrega, profesionalidad, creatividad y entusiasmo. GRACIAS.

A Javier Fernández Bordegarai, director del Bibat, Museo de Arqueología de Álava, por su accesibilidad y disposición desde el minuto uno.

Al Bibat, Museo de Arqueología de Álava, por haberme dado la oportunidad de presentar allí *El rencor de la montaña insomne*.

A Juanxu Martínez Uzkiano, por su apoyo, su hospitalidad y su asesoramiento sobre Laguardia y La Rioja Alavesa.

A la Sociedad de Amigos de Laguardia, por haberme invitado a presentar *El rencor de la montaña insomne* en esa villa.

A Javier Martínez González, por su asesoramiento en el ámbito legal, y por su ayuda desinteresada para dar a conocer *El rencor de la montaña insomne*.

A David, por haber dado respuesta a mis preguntas para la trama policíaca.

A la Oficina de Turismo de Laguardia, por su apoyo constante en las redes sociales.

A Delia García, por haberme tendido la mano.

A Ainara López de Arregui, por ese *aurresku* espectacular.

A Dolors López, Thelma García, Diego Gutiérrez, Carlos González, Miguel Ángel Garrosa, Azul Tejerina, Pilar Ruiz de Larrea, Txaro Idokilis, Sara Esteban, Maku Belmonte, Kepa Menéndez y todas las personas que han apostado por La Trilogía Insomne y han contribuido a darla a conocer.

A Maite y Josune Asenjo, Ainara Martínez de Lafuente, David Sánchez y tantas otras personas que han mostrado su generosidad y disponibilidad.

Y por supuesto a ti, estimada lectora o lector, que has hecho que este sueño sea una realidad.

LA HERMANDAD DE LA DIOSA

La Trilogía Insomne 3.

Samuel Vernal

© Samuel Vernal, 2019

www.samuelvernal.com

Todos los derechos reservados. No se permite, sin autorización escrita y previa del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ni su incorporación a un sistema informático o electrónico. La infracción de los citados derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual y dar lugar a la aplicación de las sanciones establecidas por la ley.

*Para mi sobrina Izaro, con todo mi amor,
porque Kara nació con ella.*

*Para mi madre,
porque su legado permanecerá siempre en mí.*

"Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después que se llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres".
(Génesis 6:4)

"Allí nacieron los famosos gigantes de los primeros tiempos, de gran estatura y expertos en la guerra. Pero no fue a ellos a quienes Dios eligió y les dio el camino de la ciencia; ellos perecieron por su falta de discernimiento, perecieron por su insensatez".
(Baruc 3:26, 3:27, 3:28)

LA TRILOGÍA INSOMNE

En La Trilogía Insomne se narran las crónicas de varios linajes que se perpetúan desde tiempos ancestrales. He aquí una relación de los integrantes más destacados de dichas familias, así como de algunos miembros de la Fundación Petunia y personas o entidades que, de una forma u otra, han entrado en contacto con ellos. El siguiente listado contiene secretos revelados en *El Rencor de la Montaña Insomne* y *Sañado por Brujas*.

Linaje de los berones:

Véspero Aizaga: abuela materna de David Vanner.

Francisco Elguea Leiva y Zubia: esposo de Véspero Aizaga. Conocido también como “el brujo de Laguardia”. Fallecido.

Sabina Elguea: hija de Véspero Aizaga y tía de David Vanner. Líder actual del linaje de los berones. Guardiana de la llave.

Concha Elguea: hermana de Sabina Elguea y madre de Lucía y Adrián Zuberoa.

María Elguea: hermana de Sabina Elguea y madre de David Vanner. Fallecida.

David Vanner: hijo de María Elguea y Ruud Vanner. Criado por Sabina Elguea tras el fallecimiento de María Elguea.

Lucía Zuberoa: hija de Concha Elguea y del aristócrata Alejandro Zuberoa.

Adrián Zuberoa: hermano de Lucía Zuberoa.

Leuken: joven guerrero del poblado berón actualmente conocido como La Hoya. Centinela de Las Madres. Consiguió escapar del ataque a la aldea y poner a salvo la llave y a su hermana Kara.

Kara: hermana de Leuken y junto a él, protagonista de la huida del poblado de Luria / La Hoya para poner a resguardo la llave.

Linaje de los antiguos galeses de Anglesey:

Mary Anne Merrick: abuela de Anne Wellington. Fue Summa de la Fundación Petunia. Fallecida.

Betrys Wellington: hija de Mary Anne Merrick y madre de Anne Wellington. Esposa de Henry Wellington.

Anne Wellington: nieta de Mary Anne Merrick e hija de Betrys y Henry Wellington.

Elin Wellington: hermana de Anne Wellington.

Mildred Merrick: prima de Mary Anne Merrick.

Linaje de los bátavos:

Suzanne Bechs: líder actual del linaje de los bátavos. Presidenta del Consejo de Administración de Artechnia, la empresa donde trabaja David Vanner.

William Dik / Wilfried Dick: sobrino de Suzanne Bechs. En su juventud, fue sospechoso de participar en el asesinato de una muchacha en Holanda, motivo por el cual cambió su identidad por la de William Dik. Trabaja en Artechnia.

Fiona Bechs: hermana de Suzanne Bechs y madre de William Dik / Wilfried Dick. Fallecida.

Ruud Vanner: padre de David Vanner.

Hubert Vanner: hermano de Ruud Vanner.

Jacobus Vanner: familiar de Ruud y Hubert Vanner, autor de varios libros. Fallecido.

Fundación Petunia:

Begoña Argenta: Mayor del Jardín del Mar Cantábrico. Madre adoptiva de Mechero y esposa de Juan Mari. Fallecida.

Mechero / Borja Ayala: hijo adoptivo de Begoña Argenta y Juan Mari. Hijo biológico de la *jardinera* fallecida Julia Ayala.

Julia Ayala: madre biológica de Mechero. Fallecida.

Jon Arkaute: padre de Elia Arkaute y viudo de la también *jardinera* Maialen Zarate.

Maialen Zarate: esposa de Jon Arkaute. Fallecida.

James O'Connor: Mayor del Jardín del Mar del Norte. Amigo de la fallecida Mary Anne Merrick. Profesor, vigilante y cuidador de Anne Wellington.

Koldo de Andrés: *jardinero* mentor de Peter Magnusson.

Lourdes del Río: guía de Anne Wellington tras su ingreso en la Fundación Petunia. Pupila de Koldo de Andrés. Confidente y amiga del fallecido Tomás Benguría.

Tomás Benguría: jefe de prensa de Artechnia. *Jardinero* a las órdenes de Koldo de Andrés. Amigo de Lourdes del Río. Fallecido.

Peter Magnusson: pupilo de Koldo de Andrés. Conocido como “el asesino del *blog*”. Cometió varios crímenes en Vitoria y Bilbao. Fallecido.

Miren Martínez de Ilarduya: *jardinera* y anticuaria de Vitoria relacionada sentimentalmente con Koldo de Andrés.

Santiago Valls: Mayor del Jardín del Mar Balear.

Dimitri Megalos: ex Mayor del Jardín del Mar Adriático.

Filippa Costa: ex Mayor del Jardín del Mar Balear.

Hugo el Potevino: monje francés del siglo XII que escribió La Guía del Peregrino del Códice Calixtino. Fundador del movimiento de los Revolucionarios en la Fundación Petunia.

Otros personajes:

Ander Goikoetxea: ex supervisor de David Vanner en Artechnia. Marido de Manu Olabe.

Manu Olabe: marido de Ander Goikoetxea. Agente de la guardia urbana de Vitoria.

Amelia Aizaga: prima de Véspero Aizaga.

Aimar Errekamendi: agente de la *Ertzaintza*.

Rosa Iturritxu Asteguieta: empleada de hogar de Ruud Vanner. Anteriormente lo fue de Sabina Elguea.

Evaristo Palacios: marido de Rosa Iturritxu Asteguieta.

Calíope: guía turística de la isla griega de Eubea.

Margarita Toledo: arqueóloga. Madre de Mariona Maeztu.

Mariona Maeztu: hija de Margarita Toledo.

Itziar Azurmendi: periodista del diario La Luz de Navarra.

La Vieja / La Enlutada / Elba: mujer que persigue a Anne Wellington por todas partes. En sus apariciones siempre se presenta acompañada por aves. Fue cuidadora de Kara bajo el nombre de Elba.

La cabra / Hombre esquelético: animal y hombre que se aparecen a Ander Goikoetxea, Alicia Rández e Inés San Juan.

El pequeño Tommy: ser con apariencia de niño al que Anne Wellington ve desde que era pequeña pero que la mayoría de las personas no pueden ver.

Alicia Rández: secretaria de dirección de Artechnia. Amiga de Ander Goikoetxea y David Vanner. Los tres investigaron la muerte de Tomás Benguria. Fallecida.

Inés San Juan: secretaria de Suzanne Bechs y amiga de Ander Goikoetxea. Fallecida.

Henry Wellington: padre de Anne Wellington y marido de Betrys Wellington.

Rafaella Rinaldi: profesora universitaria de Dimitri Megalos, Filippa Costa y James O'Connor. Fallecida.

Juan María Lazkao: más conocido como Juan Mari. Marido de Begoña Argenta y padre adoptivo de Mechero. Fallecido.

LA HISTORIA DE KARA

(Extracto del Libro del Linaje de los Berones)

“En el siglo tercero antes de la era de Jesucristo, aconteció que Kara, la portadora de la Sangre, fue alumbrada en Luria, la ciudad santa de los berones, donde las Madres custodiaban la Llave. Cumplidos los dos años desde su nacimiento, los invasores del norte llegaron desde las tierras bajas y atacaron Luria. Y el sol oscurecióse. Y el día hízose noche. Y el guerrero Leuken inició el éxodo con los que sobrevivieron hasta encontrar un nuevo cerro sobre el que refundar Luria. Fue Leuken quien logró escapar con la Llave y refugiarse en las montañas. Fue Leuken quien consiguió que su hermana Kara viviera. Y con ella la Sangre. Y todo sucedió tal y como lo predijo el oráculo de las Madres.

Gloria eterna a Kara, la Madre de Madres.

Y las Madres llamaron a la anciana Elba. Y Elba veló por Kara. Como su madre la crió. Y siempre estaba a su lado. Cuando cumpliósese el día acordado, el guerrero Leuken acudió con Kara y Elba a la colina donde una vez fue el lugar sagrado de los que estaban antes. Oiraco. Allí tuvo una visión y soñó con Gastehiz, la ciudad que allí habría siglos después. Fue allí donde Leuken presentó a Kara a todos los linajes de las viejas tierras de Europa y muchos discutieron, pues no hubo acuerdo sobre qué hacer con la niña. Allí aparecieron los hermanos guardianes y quisieron llevarse con ellos a Kara. Y hubo un gran revuelo. Y Elba logró poner a Kara a buen recaudo. Y fue entonces cuando comenzó la guerra entre las Madres y los hermanos guardianes.

Cinco días más y Leuken feneció con la gloria y el honor de los ancestros, pues el don de la vigilia había despertado con fuerza en él. Como Centinela de las Madres murió. Como hermano y salvador de Kara murió.

Gloria eterna a Leuken, hermano de Kara.

Y Kara vivió. Con Elba y las Madres creció. Y cuando Kara se convirtió en mujer, Elba partió y no regresó. Y Kara alumbró tres hijas, mas nunca matrimonio. Las tres fueron portadoras de la Sangre, como ella. Y cuando pereció el padre de Acca, Edereta y Nunn, que así llamábanse las hijas, Kara fue coronada suma sacerdotisa de las Madres. Y siguió criándolas para que la Sangre continuara su camino cuando ellas pudieran engendrar. Muchas otras mujeres ingresaron entonces como novicias de las Madres y el pueblo de los berones continuó prosperando durante muchos años más. Hasta que ellos regresaron. Los hermanos guardianes retornaron, pues la herida no había sido cerrada. Y el rencor y la fiereza causaron gran padecimiento. Y mucha sangre fue derramada.”

LA MADRE DE MADRES

La primera vez que Kara se dio cuenta de que algo raro ocurría lo sintió en las entrañas. Fue muy parecido a la mordedura de una alimaña del bosque. Al albar, una sensación dolorosa y lacerante se enquistó en algún punto de su estómago y no abandonó aquel recóndito lugar de su anatomía hasta bien entrada la mañana. El día había amanecido nublado y frío y los pájaros habían enmudecido. A pesar del grueso manto de nieve que cubría las otrora verdes praderas que rodeaban el templo, todas las novicias sabían que Kara llegaría en esa fecha, pues así lo había prometido.

Siempre que una nueva muchacha pisaba por primera vez el santuario la emoción la embargaba, pues cada vez eran más las mujeres que decidían ingresar bajo la protección de las Madres. Cuando la nombraron suma sacerdotisa había dudado en aceptar el cargo. No estaba segura del todo de que los hombres y mujeres de la aldea, y mucho menos el resto de las Madres, fueran a aceptar de buen grado que una viuda como ella, con tres hijas a su cargo, asumiera ese rango. Cuando una novicia entraba a formar parte de la congregación, sabía que debía dedicar su vida a ella, sin posibilidad de yacer con hombre, desposarse o tener hijos. Ella, sin embargo, no solo había dado a luz a tres preciosas niñas, sino que además había vivido con el padre de ellas sin haber contraído matrimonio con él, lo cual había causado un escándalo. Afortunadamente, ella era la portadora de la sangre y la custodia de la llave, lo cual contribuyó a suavizar los ánimos y a que todo el mundo autorizara su designación.

El templo había sido construido fuera de los límites de la ciudad, y era velado día y noche por los Centinelas, hasta que el don de la vigilia era tan arraigado en ellos que ya no podían valerse por sí mismos. Había sido una decisión arriesgada elegir aquella ubicación para levantar aquel lugar de culto, lejos de la protección de las murallas, pero el ejército de los Centinelas era lo suficientemente numeroso como para amedrentar a quienes osaran acercarse a las Madres.

Kara llegaba tarde. Semanas atrás había partido en un largo viaje a través de las montañas gigantes del norte, que siempre estaban nevadas. Había escuchado historias acerca de la existencia de una mujer solitaria, que vivía en las cavernas por decisión propia, pues era tan inmenso su poder que causaba daño a los demás sin proponérselo. Tras varios días siguiendo su rastro, encontró a la mujer anacoreta. Kara se sorprendió al ver que se trataba de una anciana con el color de piel tan claro que parecía transparente, algo que no había visto en su vida. Su cabello, sus cejas y sus pestañas eran brillantes y blancas como el plumaje de un cisne. Por su acento, tenía que ser de muy lejos. Le recordó a Elba, la silenciosa anciana que la había criado hasta que le llegó el tiempo de tener hijos. Ella la recibió con cautela y aunque en un principio se negó a atenderla, cambió de idea en cuanto le dijo de dónde procedía.

—Lo que me pides es muy peligroso. Si quieres evitar que tu hija muera tendrás que pagar un precio muy alto —le advirtió.

—Lo que sea necesario. Edereta lleva casi diez lunas sin dormir. El don de la vigilia ha despertado en ella demasiado temprano. Mi hermano Leuken murió por lo mismo. Edereta no puede irse tan pronto.

—La muerte se evita con muerte. No hay otra forma.

—Daría mi vida por ella. Haz lo que tengas que hacer —dijo Kara.

—No sabes lo que dices.

Y así, la mujer le había concedido lo que deseaba haciendo uso de su poder, a sabiendas de que no traería más que desgracias.

Al acercarse, se percató de que no había ni rastro de ningún centinela vigilando el perímetro del templo, aunque había decenas de marcas de pisadas recientes sobre la nieve. Pensó que la gente de la aldea les habría llamado para sofocar algún incendio o para mediar en algún rifirrafe. Enseguida volverían. Nada más entrar en el edificio se dio cuenta de que algo no iba bien. Un aroma dulzón y sofocante flotaba en el ambiente creando una atmósfera casi imposible de respirar. Cuando volteó la puerta que daba acceso a la cripta donde las cenizas de las Madres y de los Centinelas difuntos eran depositadas, comprendió lo que sucedía. Decenas de cuerpos se agolpaban unos sobre otros en una orgía de sangre y miradas vacías de cualquier signo de vida. Todas las mujeres del templo habían sido masacradas, al igual que los Centinelas. Kara volvió la cabeza y vomitó. Deseó que Elba estuviera con ella en ese momento para ayudarla, como siempre había hecho cuando era una niña. El dolor que venía atormentándola en el estómago se hizo aún más agudo. ¿Quién había cometido semejante sacrilegio? Buscó desesperadamente a sus hijas. Las lágrimas asomaban a sus ojos y estuvo a punto de desmayarse incapaz de soportar el hedor. Tuvo que retirar varios cadáveres hasta localizar sus pequeños cuerpos bajo aquella montaña de carne dura a punto de corromperse. Acca y Nunn, sus amadas hijas, tenían el cuello cortado. La sangre había brotado a través de la herida y había empapado por completo los vestidos que ella misma les había tejido. Buscó a Edereta pero no la halló. Desesperada, salió al exterior pidiendo socorro pero enseguida se topó con el rostro de la muerte. Cincuenta hombres montados a caballo y cubiertos por una túnica del mismo color que el de la sangre que acababan de derramar, le frenaron el paso.

—Kara, suma sacerdotisa de las Madres, hemos regresado a por ti. A partir de hoy tu destino será con nosotros —dijo uno de ellos.

Eran los hermanos guardianes. Había escuchado mil veces a las Madres hablar de ellos con todo tipo de detalles. Cuando ella era pequeña intentaron llevársela por la fuerza, pero Elba la salvó.

—¿Dónde está Edereta? —les preguntó—. ¿Qué habéis hecho con ella?

Jamás escuchó la respuesta. Sintió el frío filo de una daga atravesándole la espalda desde atrás. Uno de los hermanos guardianes se había acercado a traición y la había apuñalado sin darle ninguna oportunidad de defenderse. El que había hablado le recriminó lo que acababa de hacer, pero ya era demasiado tarde. Mientras la vida huía lentamente de ella a medida que la sangre iba tiñendo la nieve sobre la que yacía su cuerpo, se acordó de la anciana de las montañas y del poder que había conjurado para salvar a Edereta. Ella misma había ofrecido su vida a cambio, pero no

habían hablado de sus otras dos hijas, ni de las Madres y los Centinelas. ¿Qué clase de fuerzas había invocado aquella mujer para provocar tanta destrucción? Mientras abandonaba este mundo, Elba se presentó junto a ella. Sin mediar palabra, Elba la tranquilizó y la confortó y le mostró la imagen de Edereta, viva y feliz, mientras crecía y se hacía mujer. No fue lo único que Elba le enseñó. Antes de exhalar su último aliento Kara vio rencor. Vio dolor. Vio venganza y vio muerte. Y en medio de tanta oscuridad, vio una luz de esperanza abriéndose paso. Era el rostro brillante de una mujer con el cabello de color rojo como el fuego.

JULIO.

Tres meses para la vendimia.

1.

La humedad del ambiente calaba hondo en el ánimo de los transeúntes, como si aquel acuoso repiqueteo sobre sus pieles y ropas sometiera sus almas a una pequeña pero continua tortura apenas apreciable. Aunque la temperatura era agradable Bilbao había amanecido gris, al igual que en las dos semanas anteriores. Al menos, esta vez la lluvia torrencial había desaparecido para dejar paso a un ligero, aunque tenaz, sirimiri.

Aimar Errekamendi llevaba casi un mes constipado. Por más que se atiborraba a diferentes analgésicos, cada día empeoraba más la congestión nasal y el recurrente dolor de cabeza que solía hacer acto de presencia cada mañana al despertar. Afortunadamente, solía desaparecerle al cabo de un par de horas. Desde pequeño había padecido diferentes infecciones respiratorias. La culpa de todo aquel sufrimiento torácico se debía, según su madre, a aquel maldito campamento de verano al que acudió cuando tenía once años. Fue su única experiencia comunitaria con otros chavales de su edad. Desde el primer minuto que había pisado aquel recinto y, sin saber muy bien la razón, todos le habían hecho la vida imposible. No es que no estuviera acostumbrado a no encajar, de hecho, siempre le había sucedido. Pero la soledad que solía acompañarle en su día a día se había ido transformando en un acoso deliberado por parte de la mayoría de los muchachos. Pequeños insultos, desprecios y humillaciones habían ido aumentando en gradación hasta que ocurrió el fatídico incidente. Aún le recorría un escalofrío por el espinazo cada vez que lo recordaba. No sabía qué era lo que le había causado mayor tormento, si el terrible suceso en sí, o la tortura psicológica a la que le habían sometido la mayor parte de sus compañeros los días previos.

Ama, “madre” en euskera, era mucho más que el apelativo con el que él se refería a su progenitora. Aquella palabra, que Aimar acentuaba en la segunda sílaba al pronunciarla, se había convertido con el transcurso del tiempo en sustantivo propio. Hasta el punto de que muchas veces olvidaba durante unos instantes el verdadero nombre de pila de ella, como si aquel vocablo hubiera absorbido para siempre la identidad primigenia de la mujer que le había traído al mundo. El caso era que *Ama* estaba empecinada en que todo había ido de mal en peor a partir de aquel momento pero él, en realidad, sabía que no era del todo cierto. La debilidad física había sido algo intrínseco a su estado de salud desde mucho antes de aquel fatídico verano. Aun así, aquel campamento había supuesto un importante punto de inflexión sobre todo en el desarrollo de su personalidad. Su fobia a la naturaleza en general, y a perderse de noche en el monte en particular, había surgido en aquel campamento y se había quedado junto a él para siempre. Desde aquel momento no había vuelto a querer tener contacto con otros jóvenes más allá de lo estrictamente necesario. Ni siquiera cuando Oier González, uno de los estudiantes más populares de su instituto, le invitó varias veces a diferentes fiestas. Oier siempre se había comportado de manera correcta con él y había intentado por todos los medios habidos y por haber integrarle dentro de su cuadrilla de amigos. Pero él simplemente no quería ni podía. La ansiedad que sentía cada vez que estaba rodeado por personas cuyas intenciones no quedaban del todo claras, le impedía llevar una vida

social al uso. Y así, poco a poco, había ido encerrándose en sí mismo y construyendo a su alrededor una gruesa coraza invisible para protegerse de aquello que él sabía que le podía hacer daño. *Ama* no hizo nada tampoco por ayudarlo y su instinto sobreprotector consiguió aislarle cada vez más del resto de la humanidad. “*Nadie va a volver a hacerte daño nunca*”, le decía ella muchas veces. Y durante los treinta años que habían seguido a aquel mes de julio había cumplido estrictamente su promesa. A su manera.

—Disculpa, ¿has terminado con el periódico? ¿Deseas algo más? —le preguntó el camarero de la cafetería donde hacía media hora había entrado a por una manzanilla. El tono insolente del hombre le invitaba a abandonar el establecimiento si no consumía algo más.

—No, no quiero nada más. Adiós —contestó mientras se levantaba de la mesa.

Ya en la calle abrió el paraguas para resguardarse de la insistente llovizna. Le quedaban apenas diez minutos para llegar a su destino. Visualizó mentalmente el artículo del periódico que acababa de leer. “*Encuentran muerta en extrañas circunstancias a la niña Lorea Eguinalde*”. Y tan extrañas. Los abuelos de la pequeña habían acudido a los platós de televisión denunciando su desaparición días atrás cuando se había perdido durante una excursión por las inmediaciones de Ziortza-Bolibar, un pueblecito vizcaíno donde residía la tía de la niña. Una ola de solidaridad emergió con fuerza entre los televidentes, aportando diferentes testimonios que afirmaban haberla visto deambular aquel día acompañada de un hombre por el cercano Balcón de Bizkaia, un famoso mirador ubicado en la ladera del monte Oiz. Ahora aquellas buenas intenciones no habían servido para nada. El rotativo afirmaba que el cadáver de Lorea había aparecido aparentemente intacto, salvo por un detalle. Sus ropas habían sido sustituidas por un camisón de algodón blanco. Aimar Errekamendi conocía otra circunstancia del hallazgo, mucho más escabrosa, aunque ésta aún no había salido a la luz. Apenas un centímetro en el interior de su vagina habían sido colocados con suma diligencia un conjunto de granos de maíz cuando la pequeña ya había perecido, sin que le causaran daño en ninguno de los tejidos. La autopsia había determinado además que no había sido violada y que la causa de la muerte había sido la asfixia provocada posiblemente por una almohada colocada sobre la boca y las fosas nasales. Una sensación de repugnancia bloqueó durante unos instantes la rabia que le consumía cada vez que se imaginaba a la pequeña siendo víctima de un animal de esa calaña. Pensaba en su cadáver abandonado en mitad de aquella crestería y el corazón se le encogía hasta el punto de hacerle llorar. Ningún ser indefenso merecía una muerte así. La vida de Lorea Eguinalde había sido sesgada demasiado pronto, tan solo siete años después de haber venido al mundo. ¿Por qué el ser humano se empeñaba una y otra vez en atacar al más débil?

Avanzó unos metros más hasta que llegó al portal del edificio donde la mujer trabajaba como cuidadora de un anciano. Aguardó unos minutos pacientemente, sabedor de que ella aparecería en cualquier momento. Así lo llevaba haciendo todos y cada uno de los días laborables del último

mes. Justo en el momento en que dejó de llover y él cerró el paraguas, la puerta se abrió y ella salió a la calle. Esperó a que cruzara la calzada y entonces le cortó el paso.

—Discúlpeme, señora, necesito hacerle unas preguntas —la abordó de una manera más brusca de lo que había previsto. Sus ciento noventa centímetros de altura parecieron intimidarla—. Es muy importante, Teresa.

—¿Cómo sabe usted mi nombre? —le contestó ella mientras retrocedía lentamente.

—No se asuste, por favor. Estoy aquí para ayudarla.

—Déjeme en paz o llamo a la policía —contestó la mujer con un hilo de voz.

—La tiene delante, Teresa. Mi nombre es Aimar Errekamendi. Soy suboficial de investigación criminal de la *Ertzaintza* —intentó que su tono de voz sonara autoritario.

—¿Qué es lo que quieren ahora? Ya les dije todo lo que sabía. Déjenme en paz, por favor. Mi abogado me dijo que ya no me iban a molestar más.

—Sé que ha rehecho su vida, Teresa, y que quiere permanecer alejada de todo aquello. Pero es usted prácticamente el único eslabón que nos conecta con aquel monstruo y aún hay muchas incógnitas sin resolver en el caso.

—No quiero hablar más. Ya dije todo lo que tenía que decir.

—Sé que la han amenazado para que no hable. Pero le prometo que si colabora conmigo no revelaré mi fuente de información.

—¿Cómo sabe usted que me han amenazado?

Aimar Errekamendi le sonrió tratando de mostrarse lo más cercano posible. El trabajo no había sido fácil. Tuvo que entrevistar a varios vecinos antes de dar con Doña Asunción. La solitaria anciana del quinto B, necesitada de hablar con alguien, le contó con todo lujo de detalles el calvario que había sufrido Teresa Zabalburu desde que la policía autonómica vasca había irrumpido en la pensión que regentaba en la calle Licenciado Poza de Bilbao cuando averiguaron que Peter Magnusson residía allí. El asesino del *blog*, que había sembrado el terror en Vitoria durante varios días hasta que su cuerpo fue hallado sin vida en el palacio de Montehermoso de la capital alavesa, apenas había dejado rastro de su actividad delictiva. Sus ejecutores, tampoco. Dos únicos sospechosos relacionados con la muerte de aquel demente. Una mujer pelirroja y un hombre ataviado con una gorra y una capucha. Ambos habían sido captados por distintas cámaras de seguridad del casco histórico de Vitoria minutos antes de que, según la autopsia, se produjera la muerte de Peter Magnusson. La calidad de las imágenes no había permitido finalmente descubrir su identidad, pero él sabía, estaba convencido, de que ambos tenían algún tipo de conexión con todo aquello. Aquella fría noche de enero Vitoria estaba desierta debido a las inclemencias del tiempo y, sobre todo, al pánico que se había extendido entre la ciudadanía por la acción criminal del asesino. Las cámaras no captaron a ninguna otra persona en las inmediaciones de la casa palaciega. Salvo a ellos dos. ¿Serían ellos los verdugos que lograron acabar con la vida de aquel animal? Aquellas tres mujeres inocentes habían muerto y alguien había ejecutado a su vez a su asesino. Las autoridades enseguida habían cerrado el caso, presionados por el

desarrollo del importante congreso internacional de antropología que estaba proyectado para esas fechas y que logró celebrarse con gran éxito.

Aimar era uno de los agentes que había encontrado el cadáver de Peter Magnusson. La escena que rodeaba el cuerpo era de todo menos normal. Alguien había rociado toda la estancia con un líquido corrosivo para borrar cualquier posible rastro de lo que allí había ocurrido. Ni una sola pista que pudiera ayudar a la policía a descubrir la identidad de sus ejecutores. Enseguida había llegado el inesperado carpetazo al caso mientras la opinión pública había asumido que había sido la *Ertzaintza* quien había acabado con él. Algo sumamente extraño rodeaba a todas esas muertes. ¿Por qué no se habían abierto otras líneas de investigación? Era evidente que alguien de las altas esferas no quería llegar al fondo del asunto, pero eso a Aimar le daba igual. No soportaba las injusticias. No podía tolerar que alguien burlara la ley de esa manera. Pero sobre todo no podía permanecer impasible ante aquellas terribles incógnitas acudiendo de manera insistente a su cabeza. ¿Quién había acabado con la vida de aquel monstruo y había salido indemne de la situación como si nada hubiera sucedido? ¿Quién había ayudado a los verdugos a desaparecer de la faz de la tierra? ¿Quiénes eran la mujer pelirroja y el hombre de la gorra? ¿Por qué alguien estaba empeñado en que no se averiguara la verdad de lo que allí había tenido lugar? Él lo descubriría. Haría lo que tuviera que hacer para lograrlo.

Miró de arriba a abajo a Teresa Zababuru incapaz de contener la emoción. La mujer había intentado también desaparecer, pero él había averiguado dónde trabajaba y no se le iba a escapar. Pronto atraparía a los responsables de aquella horrible ejecución. Pronto su mente le daría un respiro y conseguiría estar en paz durante al menos unos días. Estaba llamado a solucionar aquel entuerto. Tenía pleno convencimiento de ello. Y *Ama*, una vez más, volvería a estar orgullosa de él.

2.

Mechero estaba de mal humor. Desde que hacía cinco horas habían aterrizado en el aeropuerto de Atenas el gesto forzado de su entrecejo denotaba que estaba realmente contrariado. Su mirada somatizaba de un modo más que evidente la sensación subjetiva de que todo lo que les había ocurrido desde que habían pisado suelo griego había ido de mal en peor. Anne Wellington lo miraba de reojo de vez en cuando, buscando el momento más adecuado para contarle que esa noche no iban a dormir en un lujoso hotel costero como le había hecho creer poco antes de partir desde Londres. Había intentado hasta en tres ocasiones dar pie a la conversación, pero temía la reacción virulenta del joven.

Lo cierto era que Mechero tenía sus motivos para estar enfadado. La tensión acumulada durante el viaje por culpa de su pequeño secreto de identidad le había pasado factura casi desde el primer minuto que había aceptado embarcarse en aquel avión con destino a Grecia. El profesor James O'Connor había conseguido convencerle, tras varias horas de discusión airada, de que el pasaporte que le había facilitado no suponía ningún peligro, menos aún dentro de Europa. La Fundación Petunia llevaba utilizando documentación falsa para algunos de sus jardineros desde hacía casi dos décadas, y únicamente había habido cuatro percances serios a lo largo de todo ese tiempo. Mechero estaba seguro de que él iba a protagonizar el quinto incidente e iba a acabar en alguna oscura celda de una cárcel ateniense. Él, que se suponía que estaba muerto. ¿Cómo podían pretender que actuase como si no ocurriera nada, como si no estuviera delinquiendo? Lo peor era el nombre. Cuando vio el pasaporte por poco se tira a la yugular del profesor O'Connor. Anne tuvo que literalmente agarrarle para que no se abalanzara sobre el anciano.

—¿Jean-Baptiste Florian? —preguntó levantando la voz—. ¿En serio? ¿No había otro nombre más ridículo para ponerme? ¿Acaso tengo tanta cara de *pringao*?

—No sé por qué se enfada, joven —intentaba calmarle el profesor, sin perder un ápice de su exquisita educación británica—. El señor Florian es uno de nuestros mejores jardineros en el Reino Unido y he de decir que es bastante asombroso que hayamos conseguido encontrar en tan poco tiempo a alguien que se parezca físicamente a usted. Además, no se haga ideas equivocadas. El señor Florian nació en Zaragoza. Ni siquiera es un documento falso. Simplemente usted lo utilizará en su nombre.

—Mechero, no te pongas así —intentó tranquilizarlo Anne—. Ya sé que no te ha hecho nada de gracia tener que teñirte el pelo ni quitarte esos horribles aros de las orejas. Te prometo que dentro de poco se te terminarán cerrando los agujeros, no te preocupes. Además, no viene nada mal que cambies tu aspecto. Tú lo has dicho. Se supone que estás muerto, así que cuantas menos probabilidades haya de que alguien te reconozca mejor.

El joven recordó durante un instante el estruendo de la explosión que por poco acabó con su vida meses atrás en el invernadero que la Fundación tenía instalado en las Torres Isozaki de Bilbao.

—¿Jean-Baptiste Florian? —Mechero no daba su brazo a torcer—. ¿Por qué no mejor *Monsieur Oh la la*? No sé qué es más cutre, mi nombre verdadero o esta cursilada franchute.

—No sé por qué a usted no le gusta su nombre de pila, Borja. Es sin duda un nombre regio y con solera —dijo el profesor. A Anne le hacía gracia que James O'Connor se dirigiera a Mechero de usted, cuando a ella la tuteaba. Sin duda, pretendía imponer cierta autoridad sobre el joven.

—No siga por ahí, profesor —le rogó Anne, temiendo que la discusión no acabara nunca—. Vamos a ver, Mechero. No tenemos mucha más opción. O eso o te dedicas a huir permanentemente y evitar los controles policiales para que nadie dé contigo. Lo que te está ofreciendo el profesor es una salida que creo que no podemos dejar pasar.

—¿Y quién es ese tal Jean-Baptiste Florian? ¿Cómo es que ese tío permite que yo use su pasaporte así sin más? —preguntó el joven.

Anne miró al anciano. Estaba claro que no habían medido bien la resistencia que iba a oponer Mechero.

—Jean-Baptiste Florian ha cedido amablemente su identidad. Eso es todo lo que debe saber. Le aseguro por mi honor que no va a haber ningún tipo de reclamación por parte del señor Florian acerca de este nuevo uso de su nombre y apellido —sentenció James O'Connor dando un golpe con la mano sobre la mesa de su despacho.

Y así, sin haber sopesado de manera más pausada las consecuencias que podría acarrearle aceptar el ofrecimiento que le acaba de hacer James O'Connor, Mayor Supremo del Jardín del Mar del Norte y uno de los miembros más respetados de la Fundación Petunia, Mechero terminó por ceder y en menos de dos días prepararon el viaje. Mientras Anne y él volaban a bordo del aparato que los llevaría directamente al aeropuerto internacional Eleftherios Venizelos, no dejaba de pensar en una cosa. ¿Qué ocurriría si la policía le detenía y comparaba sus huellas dactilares con las del verdadero Jean-Baptiste Florian? ¿Y si a alguien le daba por comparar la caligrafía de ambos? ¿Estaba el ADN de Florian registrado en alguna base datos? Los riesgos eran múltiples. ¿Cómo había sido tan necio de aceptar aquello?

—Deja de darle vueltas —le dijo Anne—. Si el profesor O'Connor dice que la Fundación ha hecho esto más veces, no hay razón para pensar que en esta ocasión la cosa no vaya a salir bien. Seguro que Petunia tiene mecanismos suficientes para solventar los problemas que puedan surgir.

—Creo que lo mejor es que hubieras hecho el viaje tú sola —le contestó él.

—El profesor insistió en que en mi estado no iba a permitir que viajara sola. Puede ocurrir cualquier contratiempo y es mejor estar acompañada por alguien de confianza. Me costó lo mío reconocérselo, no te creas, pero creo que en el fondo tiene razón.

—Sí, vamos, ni que fuera yo a hacerte de guardaespaldas o de matrona llegado el caso —dijo Mechero—. Creo que tú no necesitas para nada mi ayuda. El profesor sabe perfectamente que tú te

vales por ti misma. ¿Yo defendiéndote? Lo que pasa es que el profesor tiene ya una edad y seguro que piensa que una mujer embarazada no puede encargarse sola de una misión así.

—No digas tonterías —le cortó Anne—. Además, yo quería que vinieras conmigo.

Con esa declaración de amistad Anne había conseguido que Mechero guardara silencio el resto del viaje aunque, en el fondo, también estaba preocupada por si la cosa pudiera torcerse. En realidad, la conversación que James O'Connor y ella habían mantenido antes de hablar con Mechero no había discurrido tal y como le habían contado al joven. Al profesor le había parecido totalmente innecesario tener que asumir un riesgo así, pero Anne se había mostrado tozuda y había insistido varias veces hasta que el anciano había accedido a su ruego. Era Anne la que por nada del mundo había querido dejar solo a Mechero en Gales. Se podía haber quedado con el viejo profesor en Sunny House, pero no le pareció lo más apropiado. James O'Connor no tenía ni la edad ni la paciencia suficiente como para aguantar la testosterona adolescente del joven. Hacía tiempo que Mechero y Anne habían ocupado, literalmente, uno de los apartamentos que Begoña Argenta y su esposo poseían en Bilbao. Era un piso pequeño situado en pleno casco viejo, muy cerca del mercado de La Ribera. Llevaba meses sin alquilarse por culpa de una avería en el tendido eléctrico, así que Mechero, ni corto ni perezoso, había decidido establecerse allí. Y había invitado a Anne a acompañarle. Lo que en un principio había parecido una idea divertida pronto había resultado de lo más incómodo, al tener que alumbrarse con bombonas de gas y velas. Para conservar los alimentos habían tenido que usar una nevera portátil a la que continuamente añadían hielos que compraban en un supermercado cercano. Aunque lo peor sin duda alguna había sido el frío. Aun así, no les pareció mejor sitio para pasar desapercibidos. ¿Quién iba a buscarles allí? Era prácticamente inhabitable. Pero cuando hacía unas semanas el profesor les había pedido que acudieran a Gales para reunirse con él, habían acabado quedándose como invitados en Sunny House. *“El tiempo que hiciera falta”*, les había dicho James O'Connor. En cualquier caso, no se iba a marchar tranquila dejando solo al joven, tanto si permanecía en Gales como si volvía a Bilbao.

Desde la muerte de Begoña Argenta en el incendio de la biblioteca de Bilbao, Mechero estaba más apagado de lo normal, lo cual era perfectamente comprensible. En poco tiempo había perdido a su madre biológica, Julia Ayala, la antigua guía del invernadero de Bilbao, y a sus padres adoptivos. Si la muerte de Begoña había sido dolorosa no menos lo había sido la de su marido Juan Mari. Ambos habían sido asesinados, pero la saña que Peter Magnusson había empleado con Juan Mari no era algo sencillo de asimilar y superar. Anne no había visto los vídeos en los que Peter aparecía torturando a Juan Mari, pero lo poco que le había contado Lourdes del Río al respecto había sido más que suficiente para hacerse una idea de la atrocidad que aquel demente había cometido. El asesino del *blog*. Así habían apodado a aquel monstruo los medios de comunicación. En muy breve espacio de tiempo había acabado con la vida de tres mujeres a las que la Fundación había contactado para vigilar a Véspero Aizaga, la abuela de David. Ella misma aún seguía teniendo pesadillas con Peter Magnusson. La mayoría de las noches se le presentaba en sueños, vestido con aquella túnica granate y aquella enorme espada con la que el jardinero había estado a punto de acabar con ella y con Mechero en el palacio de Montehermoso de Vitoria.

Afortunadamente, aquel loco había muerto. Y aunque había estado a punto de sacar a la luz el secreto ancestral que tan celosamente había guardado la Fundación Petunia desde hacía siglos, finalmente no había logrado su objetivo. Gracias a la confesión de Peter, Anne había iniciado un emocionante camino de descubrimientos acerca de la Fundación, de David Vanner y de ella misma y su familia materna, que le habían hecho cambiar para siempre su visión acerca del mundo. A veces, cuando se metía en la cama y el silencio de la noche la envolvía, aún no daba crédito a todo lo que le había sido revelado.

Gigantes. Los que estaban antes. Los que fueron aniquilados. Un mundo primigenio anterior al de los humanos habitado por una raza de seres gigantescos. Los *jentilak* de la mitología vasca. Un universo, que si Peter Magnusson estaba en lo cierto, seguía existiendo de alguna manera, aunque a ella esa conclusión le parecía demasiado paradójica. El origen del euskera, el idioma más viejo de Europa. *La lengua santa venida de los cielos* a la que se refería el códice Aemilinanensis 60 y que sobrevivió a la extinción de aquellos seres que la hablaban. Un conocimiento secreto conservado y mantenido desde tiempos inmemoriales por una red de antiquísimas familias emparentadas entre sí cuyos orígenes se perdían en la noche de los tiempos y que libraban una cruenta guerra por culpa de una profecía. La misma que el profesor O'Connor al fin le había revelado. Un vaticinio milenario que figuraba en el acervo cultural de muchos pueblos y etnias del viejo continente. Todo iba a volver a repetirse. Retornaría la nube que anunció el exterminio de los gigantes, pero esta vez sería la raza humana, el mundo de los hombres y mujeres, la que desaparecería. Necesitaban encontrar como fuera al profesor Koldo de Andrés. Él era el miembro de Petunia que más había investigado aquel secreto y ancestral augurio. Tanto el profesor O'Connor como Mechero estaban convencidos de que si había alguien que pudiera encontrar la clave para descifrar el misterio del significado de la nube y la forma en la que regresarían los *jentilak*, ese era Koldo de Andrés. Desafortunadamente, parecía que se lo hubiera tragado la tierra tras el incendio de la biblioteca del casco viejo de Bilbao.

Anne sacó de su bolso la *tablet* de Mechero y releyó por enésima vez el texto de aquel antiguo augurio. *“La sangre del hijo de los primeros hombres y de la hija del hijo de los primeros hombres heredará el camino al reino de los que estaban antes. La nube anunciará la llegada. La puerta se habrá abierto y todo volverá al principio. Y el linaje de los hombres será aniquilado. Solo la fuerza de la sangre del hijo y la hija podrá volver a cerrarla, con la luz de sus hacedores iluminando el camino de la llave y la gloria de los hermanos guardianes como testigo”*. Ahí era donde se suponía que ella entraba. Ella, que hasta hacía bien poco vivía absolutamente ajena a toda esa locura. Según el profesor O'Connor, David y ella eran los elegidos para dar cumplimiento a la profecía. Ambos llevaban en su sangre el linaje de aquella raza de gigantes. Ambos eran descendientes, respectivamente, de dos de las tribus que custodiaban el legado de ese viejo mundo. Los antepasados de David eran los berones que estuvieron asentados sobre la actual zona del sur de Álava, La Rioja y parte de Navarra, mientras que los de Anne eran los antiguos habitantes de la isla Anglesey de Gales. Muchos de los miembros de la Fundación Petunia estaban convencidos de que ellos dos iban a ser los protagonistas de aquel vaticinio que anunciaba el retorno de los que estaban antes. La Fundación había seguido los pasos de Anne

prácticamente desde que había nacido. Su amada abuela, Mary Anne Merrick, que llegó a ser Summa, el máximo cargo en la jerarquía de la Fundación, la educó y la preparó para lo que había de venir. Pero la muerte le sobrevino antes de tiempo. Y ahora era ella la encargada de hacer respetar el honor del linaje al que su abuela, su madre, ella y su hermana pertenecían. La estirpe de los antiguos galeses. ¿Cómo se las arreglaría para salir triunfante de aquella supuesta guerra? El profesor O'Connor le había explicado que muchas de las familias que conservaban el legado no estaban de acuerdo sobre cómo manejar el secreto, mostrando un absoluto desencuentro en cuanto a la forma de enfrentarse a lo que estaba a punto de ocurrir. Incluso había llegado a haber agresiones físicas y ataques más sibilinos con devastadoras consecuencias. Esperaba tener el coraje suficiente para poder actuar llegada la ocasión. De momento, lo primordial era cumplir cuanto antes la misión.

—Esta es —dijo Mechero cerrando la aplicación de mapas de su teléfono móvil—. ¿Me estás vacilando, no?

Anne miró el destartado edificio al que apuntaba el dedo índice de la mano derecha del joven. Por desgracia, había llegado la hora de decirle la verdad a Mechero. El hotel donde iban a alojarse no era un *resort* de lujo. Más bien todo lo contrario. Pero era el lugar en el que James O'Connor había reservado habitación para los dos. Si la información del profesor era correcta Koldo de Andrés estaba alojado en el mismo hostel.

3.

La llegada a Atenas había sido caótica. Había habido un atentado con varias decenas de muertos en el principal aeropuerto de Berlín y las medidas de control se habían acentuado de manera considerable. Al igual que el ataque perpetrado en el mes de enero en Washington, nadie había reclamado de momento la autoría, por lo que la psicosis había vuelto a hacer acto de presencia en las ciudades más importantes del mundo. Mechero prácticamente tiritaba mientras Anne y él hacían la pertinente cola para mostrar sus pasaportes. Los policías retenían a muchos de los pasajeros haciéndoles interminables preguntas y analizando minuciosamente sus documentos de identidad, incluso a los viajeros provenientes de Europa. Se había restringido parcialmente la libertad de circulación en el continente, ya que se sospechaba que los responsables del ataque aún se encontraban dentro de las fronteras comunitarias.

—Anne, creo que aquí se acaba el viaje. Por lo menos para mí —le dijo cuando apenas faltaban cinco personas por delante de él para que le llegara el turno.

—No digas tonterías, tengo la intuición de que todo va a ir bien, ya verás —trató ella de calmarle mientras se colocaba unos metros alejada de él. El profesor O'Connor le había dicho que si en algún momento había cualquier problema con Mechero llamara a Dimitri Megalos, miembro de la Fundación en el Jardín del Mar Adriático. Él sabría qué hacer llegado el caso.

—Dígame para qué a venido a Grecia, señor Florian —la voz de aquel policía sonó especialmente acusadora, o por lo menos Mechero así lo sintió. Era tal la presión que sentía que estuvo a punto de desmayarse.

—Turismo, señor —contestó haciendo uso del mejor inglés que pudo.

—¿Cuántos días durará su estancia en Grecia? —el hombre le miraba fijamente a los ojos. Mechero sabía que los policías encargados del control de pasajeros estaban entrenados para detectar variaciones en las pupilas y en la dirección que tomaban los globos oculares. En cualquier momento podía captar que estaba mintiendo.

—Tres días.

—Unas vacaciones muy cortas, si me permite la observación —añadió el agente, escudriñando la mirada del joven—. Veo que su acento no es precisamente británico, señor Florian.

—Mi padre es de ascendencia francesa y mi madre es española, me he criado en Zaragoza, no sé si le suena la ciudad —Mechero tragó saliva mientras trataba de recordar todo lo que le había contado el profesor O'Connor acerca del verdadero Jean-Baptiste Florian.

—¡Qué rocambolesco! —el hombre agrió la expresión de su rostro mientras comparaba la fotografía del pasaporte con la persona que tenía delante—. Veo que tiene usted los lóbulos de las orejas abiertos. ¿Es usted de cambiar de parecer rápidamente, señor Florian? Lo digo porque en la fotografía de su documento usted no se había decidido aún por usar esos horribles aros que se ponen ahora los jóvenes y veo que su pasaporte está renovado hace apenas medio mes.

De repente una anciana gritó en la fila de al lado mientras varias personas se arremolinaban alrededor de una de las viajeras que había caído desplomada al suelo cuando estaba a punto de tocarle el turno. Tuvieron que llamar al servicio médico del aeropuerto pero, por suerte, finalmente solo se trató de una indisposición. Gracias al tumulto que se creó en pocos segundos, el policía que interrogaba a Mechero decidió dejarle pasar sin hacerle más preguntas, con el único objetivo de que la cola se aligerase.

Mientras Anne y Mechero bajaban las escaleras del hostel Medusa después de haber dejado las maletas en sus respectivas habitaciones, el joven aún no se había recuperado del susto.

—Gracias otra vez, pelirroja. Si no llega a ser por tu numerito, vete a saber si ese policía no hubiera decidido hacerme pasar a la oficina de detención.

—No fue tan numerito, realmente me mareé. Desde hace unos días me dan una especie de vahídos. Solamente lo exageré un poco —le contestó ella mientras le guiñaba un ojo. Lo cierto era que el embarazo lo estaba llevando peor de lo que había supuesto en un principio. A pesar de que ya no tenía náuseas, desde hacía un tiempo sufría unos ligeros desvanecimientos que por suerte se le pasaban enseguida.

La dueña del hotel acababa de despedir a una pareja de turistas italianos. Junto a ella, una muchacha de unos diecisiete o dieciocho años de edad y aspecto enfermizo se afanaba por fregar el suelo de la recepción, impregnando el ambiente de un aroma cítrico excesivamente concentrado. Anne se dirigió directamente a la mujer mayor.

—Hola otra vez, señora —le dijo procurando hablar despacio y pronunciar bien cada palabra—. Mi hermano y yo ya nos hemos instalado en nuestras habitaciones, pero nos gustaría preguntarle algo, por si nos puede ayudar. Hace unos días estuvimos haciendo una excursión por la Garganta Dimosaris e hicimos buenas migas con un turista. El caso es que quedamos en vernos aquí, en este hotel, para hacer una ruta por esta parte de la isla, pero lamentablemente no debí de apuntar bien su número de teléfono y ahora no somos capaces de localizarlo. Nos dijo que se iba a hospedar aquí —le explicó extendiéndole una fotografía de Koldo de Andrés que les había facilitado James O'Connor.

La mujer observó apenas un segundo la imagen y apartó a Anne de un empujón a la vez que farfullaba algo en griego. Mientras se alejaba escaleras arriba, la muchacha que limpiaba el suelo se acercó a Anne y le preguntó si estaba bien.

—No le hagan caso a la señora Dora —les dijo con una pronunciación casi perfecta—. Apenas entiende inglés y enseguida se enfada cuando los huéspedes le preguntan o le piden consejos durante su estancia. Yo puedo ayudarles. Yo he visto a ese hombre de la fotografía y no muy lejos de aquí.

—¿Cómo que le has visto? —quiso saber Mechero adelantándose a Anne—. ¿No está alojado en este hotel?

—No. Y no son ustedes los únicos que han preguntado por él. Si la señora me da una pequeña propina —sonrió dirigiéndose a Anne— les diré con gusto dónde le he visto.

—Vámonos, pelirroja. Esta tía quiere timarnos —le dijo a Anne en castellano mientras se dirigía a la calle tirando de ella.

—Espera, Mechero. ¿Y si no es así? —respondió Anne tratando de dilucidar si aquella joven les estaba o no engañando—. ¿Te valen veinte euros y nos dices dónde le has visto?

—Cincuenta.

Mechero observó a la muchacha indignado pero Anne no dudó ni un instante en entregarle la cantidad que le demandaba.

—Al final de esta calle, solo son cuatro portales más hacia la derecha según salgan de aquí. Es la cafetería Parthenon. Limpio allí tres días a la semana por las mañanas. La hija del dueño organiza rutas turísticas por diferentes partes de la isla. El hombre al que ustedes están buscando estuvo hace dos días preguntando por una de esas visitas de una manera un tanto insistente. Y ayer otro hombre llegó a la cafetería preguntando por él. Hablen con Calíope. Sabe varios idiomas, así que podrán comunicarse perfectamente con ella.

4.

Aimar Errekamendi sabía que Teresa Zabalburu escudriñaba cada centímetro de su rostro porque desconfiaba de cada gesto, de cada uno de sus movimientos faciales. Intentaba dilucidar si el individuo que tenía delante merecía o no su confianza. Aimar era un hombre alto y de constitución media, de cabellos negros perfectamente peinados, entre los que asomaba tímida alguna cana, y siempre llevaba la barba afeitada. Su aspecto era pulcro y aseado, y él se esforzaba por mantener esa apariencia día tras día. Todas las mañanas se levantaba casi dos horas antes de emprender camino a la comisaría y así disponer del tiempo suficiente para ducharse, afeitarse, limar las uñas de los dedos de las manos y los pies y recortar los pelos que pudieran haber asomado por sus fosas nasales. Se duchaba utilizando un potente jabón exfoliante y una esponja desechable que empleaba con fuerza sobre su cuerpo. La mayoría de las veces acababa con la piel enrojecida, con lo que se veía obligado a embadurnarse con una crema creada específicamente para él en el laboratorio de la farmacia de su barrio, hasta que poco a poco el color blanquecino, casi mortuario, de su delicada dermis volvía a su estado natural. Los lunes y los jueves recortaba el vello de su pecho, abdomen, brazos, piernas, pubis y axilas con una maquinilla diseñada para tal función. Siempre lo hacía usando el nivel intermedio de rasurado. El más apurado le causaba demasiada irritación y el que producía el efecto más sutil no le gustaba, le parecía que no servía para nada y no entendía muy bien su razón de ser. Todos los domingos al mediodía, después de comer, se afanaba en recortar los escasos milímetros que hubiera crecido su pelo durante la semana. Además, una vez al trimestre, siempre el sábado a primera hora de la mañana, acudía a un centro de belleza ubicado cerca de su casa y se sometía a una depilación casi integral a base de cera especialmente diseñada para pieles sensibles. La esteticista le había recomendado varias veces someterse a una depilación láser, pero él se negaba aduciendo que no se fiaba de las consecuencias que pudiera tener ese procedimiento sobre su organismo a largo plazo. En realidad, la verdadera razón para no aceptar tal ofrecimiento era que la hora y media que empleaba la mujer en untar la cera y retirársela a base de estirones, le servía como terapia para descargar su cabeza de toda la energía negativa acumulada durante los tres meses anteriores. Entre tirón y tirón, el dolor le ayudaba a abrir los canales atascados de su mente y a liberar toda la tensión psíquica. Disfrutaba sobre todo con la parte interna de los muslos, la zona más cercana a los genitales, donde la sensibilidad era mucho mayor. Pero claro, aquel pequeño secreto no hubiera sido comprendido del todo por la mujer. Ni siquiera Ama conocía aquel placer oculto.

—No sé si voy a poder ayudarle —insistió ella una vez más ante el ruego del agente de que le contase todo lo que pudiera recordar.

—Teresa, sé que tiene miedo, pero créame que no hubiera acudido a usted si tuviera algún otro hilo del que tirar. Me ha costado encontrarla, no se crea. Le prometo que si me echa una mano haré todo lo posible por ayudarla a permanecer en el anonimato.

—¿Cómo va a usted a conseguir tal cosa? ¿Se cree que soy boba? Déjeme en paz, por favor, no quiero tener más problemas.

—Sé que recibió al menos en dos ocasiones la visita de un hombre y una mujer en su pensión, días después de que la *Ertzaintza* le tomara testimonio.

La mujer posó rápidamente la taza de café que estaba sorbiendo sobre la mesa. Miró alrededor temerosa de que alguien pudiera haber escuchado aquella afirmación, pero el local estaba vacío. Tan solo una mujer mayor degustaba un *pintxo* de tortilla y pimiento verde en la barra.

—¿La amenazaron para que no hablara, verdad?

—No sé si se le puede llamar amenaza, la verdad. Lo cierto es que me dijeron que Peter trabajaba en una de sus empresas y que no les interesaba que aquella relación laboral saliera a la luz, por lo que me solicitaron amablemente que fuera discreta con mis declaraciones. La segunda vez vino sola la mujer. Me pidió entrar en la habitación en la que había estado hospedado Peter, pero yo me negué. Le dije que ahora mismo había otro huésped alojado allí y que no podía permitirle el paso, que me podía meter en un buen lío.

—¿Y qué ocurrió? ¿Cómo reaccionó ella?

—Sé que entró. No me diga cómo ni cuándo lo hizo, pero me encontré la puerta de la habitación abierta esa misma tarde. Era mentira, ¿sabe? No había nadie hospedado allí. Fue una excusa que me inventé para que me dejara en paz. Pero esa mujer o alguno de sus amigos entró. Fueron muy cuidadosos, pero yo sé que estuvieron allí. No solo porque se dejaron la puerta sin cerrar con llave, sino porque cambiaron de orden los dos cojines que hay sobre la cama. Soy muy quisquillosa con esas cosas y nunca me equivoco en algo así. Sé que fueron ellos. Me asusté tanto que me desahugué con Doña Asunción, una vecina, y se lo conté todo. Al cabo de tres días, me encontré a mi pobre perra, *Zuri*, muerta sobre el felpudo de la entrada. La veterinaria me acusó de negligencia, porque al parecer *Zuri* había comido de alguna planta tóxica. Pero yo no tenía más que un triste cactus en toda la pensión, no me gustan las plantas. Siempre se me mueren.

—Usted piensa que fueron ellos, el hombre y la mujer que la visitaron.

—No lo pienso. Sé que fueron ellos. Por suerte solo tardé tres semanas en traspasar el negocio. Huí. Conseguí este trabajo cuidando a un abuelo. Hasta me he mudado.

—¿Me podría dar una descripción física del hombre y la mujer que la visitaron?

—Eran de apariencia normal, no sé. El hombre era algo más alto que ella, con el pelo blanco, e iba vestido de manera muy elegante, con un abrigo de esos que se sabe que son carísimos. Ella llevaba el pelo suelto, morena, y me pareció en un principio muy amable.

—¿Qué años tendrían?

—Uff, no lo sé, nunca se me ha dado bien calcular edades. Pero vamos, yo creo que ella rondaría los cuarenta y él era mayor, unos sesenta o quizás más —contestó mientras el agente tomaba notas en su teléfono móvil.

—Teresa, ¿recuerda algo extraño, algo raro sobre Peter Magnusson? Me refiero a algo que le llamara la atención. Cualquier cosa me puede ayudar —preguntó Aimar, tratando de mostrar un tono cercano y amistoso.

—Era un huésped muy huraño, apenas le gustaba entablar conversación, lo justo para saludar y pedir que le cambiara las sábanas, y poco más. Además, casi nunca le veía. Solía venir muy tarde por las noches. Lo sé porque recibí varias quejas de otros huéspedes a los que les molestaba que

se abriera la puerta de la pensión a las tantas de la madrugada. El sistema de apertura es automático a través de un código que les doy a todos cuando llegan.

—¿Le dijo alguna vez la razón por la que llegara tan tarde?

—No, ya le digo que era parco en palabras. Me solía pagar un mes por adelantado y muchas veces me daba propinas bastante generosas, así que nunca quise reprochárselo. Aunque yo deduje que era por su profesión. Sé que últimamente estaba trabajando en Vitoria, porque encontré encima de su mesa un bono de autobús de línea que se había sacado para ir hasta allí, pero aparte de eso, no sabía muy bien dónde trabajaba. En las noticias me enteré de que era traductor, o lingüista, e historiador creo que dijeron. ¡Vaya usted a saber! ¡Cómo una persona tan culta puede cometer semejante atrocidades! Tiene que estar ardiendo en el infierno. Y pensar que tuve a ese monstruo cerca de mí durante tanto tiempo...

—Me acaba de decir que usted entraba libremente en su habitación...

—Sí, muchos días era yo quien se la limpiaba. Tenía contratada a una chica que me ayudaba dos veces por semana, pero el resto del tiempo me ocupaba yo.

—¿Nunca vio nada raro entre sus pertenencias? ¿Algo que llamara especialmente su atención por algún motivo?

—Pues no...

—Piénselo bien, Teresa, por favor. Es muy importante —insistió Aimar concentrando su mirada en los ojos atemorizados de ella. La mujer pareció recordar algo.

—Es una tontería...

—¿El qué? Dígamelo. Cualquier cosa puede ayudarnos.

—Verá. Suelo hacer limpieza de cada habitación a fondo una vez al mes. Ya sabe a qué me refiero. Lavo las cortinas, abro el armario, paso el polvo por cada rincón, limpio con esmero todos los muebles... El caso es que un sábado en el que estaba limpiando su habitación... Normalmente lo hago los domingos porque es cuando hay menos llegadas...

—Al grano, Teresa, se lo ruego.

—Bueno, el caso es que ese sábado encontré escondida entre las mantas que hay en la balda superior del armario de su dormitorio una libreta. Una de esas antiguas con el papel blanco y rayas horizontales azules para marcar las líneas donde se escribe. Mi padre, que en paz descansa, solía usarlas. Pensaba que ya no las hacían, pero está visto que sí.

Aimar se le quedó mirando fijamente, decepcionado con la información facilitada. —¿Una libreta?

—Sí.

—¿Y qué tiene de raro eso?

—Bueno, para empezar, que estuviera escondida entre las mantas, con lo cual yo creo que quería evitar que la encontráramos al hacer la limpieza. Y para continuar, me llamó bastante la atención que tuviera apuntados una serie de nombres, fechas... Era muy raro, era como si estuviera registrando las entradas y salidas en algún sitio. Hoy en día es muy poco frecuente que alguien use papel y bolígrafo para apuntar esas cosas. Lo normal es hacerlo en una *tablet* de esas, o en el móvil mismo...

—¿Se acuerda de alguno de los nombres que Peter había apuntado en esa libreta?

—¿En serio? ¿Cómo pretende que me acuerde después de tanto tiempo?

—Tiene razón, disculpe. Muchas gracias por su ayuda —contestó Aimar, tratando de dar por terminada la entrevista. Era un iluso por haber pensado que podría sonsacar información interesante a aquella mujer. —Le voy a dejar mi tarjeta. Si recuerda algo más, cualquier cosa, llámeme o mándeme un *WhatsApp* a cualquier hora y yo la llamo. ¿Me lo promete?

—Espere un segundo —esta vez fue ella la que lo interrumpió—. Ahora que lo pienso... creo que vamos a tener suerte —añadió sacando su teléfono móvil—. Estoy casi segura de que le saqué una o dos fotos a la libreta. Me gustó tanto el tipo de papel, grueso, de calidad, y me trajo tantos recuerdos de mi padre que se me pasó por la cabeza comprarme una similar aunque la verdad, luego se me olvidó por completo.

La mujer comenzó a buscar las imágenes registradas por la memoria interna de su dispositivo mientras comentaba en voz alta algún detalle íntimo de alguna de las fotografías. Aimar la observaba con paciencia, sin inmutarse.

—¡Aquí está! —exclamó de repente—. Mire, mire, saqué unas cuantas. Si quiere, se las puedo enviar.

El agente aceptó la propuesta y en menos de medio minuto ya las tenía en su teléfono.

—Mire, ésta es la lista de nombres que le comentaba antes.

Aimar los leyó atentamente. Se trataba del nombre de pila de seis personas: Anne, Jon, Lourdes, Borja, Begoña y Juan Mari. El primero y el último estaban resaltados con un círculo. Junto a cada uno aparecía además una serie de fechas y en la mayoría de los casos figuraba hasta la hora de lo que parecía ser las entradas y salidas de un lugar que Peter Magnusson denominaba “Biblioteca”. Junto a los dos últimos se indicaba además una dirección completa de lo que parecía un domicilio particular. Calle Somera. Aquella vía estaba ubicada en el casco viejo de Bilbao. Miró en Internet a qué altura quedaba el número. Lo que no se esperaba en absoluto era que el resultado de las búsquedas en el explorador de esa dirección le ofreciera un enlace a una noticia publicada en el mes de enero en un periódico digital local. “*Robo con fuerza en un piso del portal 4 de la Calle Somera. El propietario J.M.B. aparece muerto con signos de violencia en el interior.*” Según se narraba, todo apuntaba a que una banda de atracadores había asaltado la vivienda y se había llevado por delante la vida de su morador. *J.M.B.* ¿Se corresponderían aquellas iniciales con el nombre de “Juan Mari” que aparecía en la libreta? ¿Estaría implicado el asesino del *blog* en la muerte de aquel hombre?

—¿Qué le ocurre? ¿Se encuentra bien? —preguntó alarmada Teresa Zababuru, al observar las gotas de sudor que resbalaban por el rostro lívido del *ertzaina*.

Pero aparentemente él no la escuchaba. En el interior de la cabeza de Aimar Errekamendi su propio pensamiento se aceleraba a trompicones intentando gestionar la excitación por el hallazgo de aquella pista. Su intuición le decía que allí había algo. En las investigaciones en las que había participado, siempre había tenido un sexto sentido para detectar cualquier tipo de indicio. Imaginó la cara de satisfacción de su madre cuando le contara lo que había encontrado. Estaría tan orgullosa de él... “*Ama. Por fin. Por fin tengo algo*”.

5.

Calíope sonreía a Mechero mientras accedían a la parte alta de la montaña. Anne Wellington se había quedado abajo esperándoles. Aunque se sentía en perfecto estado no pudo aguantar la resistencia del joven y de la guía turística cuando les argumentó que podía subir la colina. Que estuviera embarazada no significaba que no tuviera piernas. Tras casi cinco minutos de discusión, se dio por vencida. Sabía que era capaz de llegar a la cumbre sin problemas, pero lo que no estaba dispuesta era a tener que aguantar los sermones continuos de sus dos acompañantes durante todo el trayecto. Finalmente decidió permanecer junto al cuatro por cuatro en el que Calíope los había traído, revisando sus notas.

Aprovechó para seguir leyendo el libro de relatos y batallas míticas que la abuela Mary Anne había ocultado en su día en El Reino de las Ánimas, la habitación secreta de su dormitorio en Sunny House, y que ahora obraba en su poder. Ni siquiera le había hablado de su existencia a Mechero. No porque no se fiara de él, sino porque tenía el presentimiento de que era mejor actuar sola. La situación en la Fundación Petunia era extremadamente delicada. Jon Arkaute le había dicho antes de desaparecer que no se fiara de nadie, que regresaría y le contaría toda la verdad acerca de su pasado. De momento, prefería ser cauta y no cometer ninguna torpeza. Sus dudas habían llegado hasta el punto de no saber con seguridad qué papel había jugado de verdad la abuela Mary Anne en la historia de la Fundación.

—Aquí es —dijo Calíope señalando las ruinas con un gesto de su cabeza. Su forma de pronunciar el castellano había encandilado al joven desde el primer momento que la había escuchado hablar. Eso había ocurrido hacía menos de dos horas, pero tenía la agradable sensación de que la conociera de toda la vida. Su acento era una extraña mezcla de griego e italiano, pero esa circunstancia no le impedía entablar conversaciones complejas y realizar construcciones gramaticales en castellano nada sencillas. Era una joven de edad muy similar a la de Mechero, quizás algo mayor. De lo que no cabía duda alguna era de que era ligeramente más alta que él y bastante más fornida. Al lado de la silueta enclenque del joven, Calíope parecía sacada de un cuadro del mismísimo Boticelli. De hecho, su voluptuosidad y su larga cabellera del color del trigo maduro no eran nada envidiables a los de la protagonista de *El nacimiento de Venus*, el famoso cuadro del pintor italiano. Con la diferencia de que el tono de piel de la guía turística era bastante más bronceado que el de la diosa.

—Tenías razón —acertó a decir él tratando de recuperar el aliento—. No queda ni un turista.

—El último viaje organizado sale de aquí a las siete de la tarde, y es muy poco usual que los turistas se aventuren montaña arriba cuando falta poco para el ocaso. Pero ven, no te quedes ahí parado como un tonto. Detrás de esas rocas comienza lo bueno.

El joven jardinero la siguió esperanzado por lo que sus ojos iban a contemplar, de lo cual ella le había adelantado parte durante el trayecto hasta el monte Oqui. Cuando hacía dos horas Anne y él la habían visto a llegar a la cafetería que les había indicado la empleada de la pensión, ella se había mostrado amable y dispuesta a ayudarles en lo que hiciera falta para encontrar al hombre

que buscaban. Según les había contado, Koldo de Andrés se había interesado hacía dos días por las rutas que la empresa familiar de su padre organizaba por las diferentes ruinas de la isla, en concreto por la del monte Oqui, pero finalmente no había contratado sus servicios. Eubea era una de las islas más grandes de Grecia y tenía varias sorpresas arqueológicas repartidas por varios puntos del territorio. Mechero le había pedido que le dijera todo lo que supiera del segundo hombre que había preguntado poco tiempo después por el profesor en la cafetería, pero ella apenas lo recordaba.

—Bienvenido a una *drakospita*, una de las casas de gigantes más famosas de la isla de Eubea — anunció con solemnidad la joven, mientras colocaba su brazo derecho sobre los hombros de Mechero. Él se sintió levemente desconcertado por aquel gesto de intimidad. —¿Qué te parece?

El jardinero contempló extasiado las ruinas que se alzaban ante sus incrédulos ojos. Se trataba de una espectacular construcción megalítica rectangular, de unos cien metros cuadrados de superficie, que recordaba inevitablemente a una casa. Las cuatro paredes que la delimitaban estaban compuestas por enormes bloques de piedra que parecían encajados los unos en los otros. El techo estaba incompleto, pero aún permanecía intacto en un buen trecho. La puerta de entrada era un gigantesco acceso de forma también rectangular de aproximadamente tres metros y medio de altura y dos de ancho. Mechero no daba crédito a lo que estaba observando. El sol comenzaba a ocultarse tras la línea de montañas que había a su derecha, creando un fantasmagórico baile de sombras sobre las rocas que conformaban aquella edificación ancestral. Por un momento creyó estar inmerso en una ensoñación producida por algún tipo de sustancia alucinógena.

—Pero... ¿cómo es posible? ¿cuánto pesan estas piedras? —preguntó sin salir de su asombro.

—Mucho. La mayoría pesan toneladas. Las paredes tienen un grosor de casi metro y medio — contestó Calíope con orgullo—. Además, no hay ninguna argamasa o mortero que las una. Están todas superpuestas y los minúsculos huecos que hay allí donde se juntan, están a su vez rellenos por otras piedras más pequeñas.

Mechero se situó bajo el arco de entrada y se sintió el ser más diminuto del universo mientras trataba de abarcar con su mirada el dintel superior de la puerta. —¿Quién construyó esta maravilla? ¿Y cómo?

—Esa es la gran pregunta, amigo —le contestó rápidamente ella. A Mechero no le hizo mucha gracia que hubiera empleado aquel término amistoso para referirse a él. —Los investigadores no se ponen de acuerdo. Hay veinte *drakospita* repartidas por toda la isla, y no se sabe cuál es su antigüedad. Unos dicen que fueron levantadas siete mil años antes del nacimiento de Cristo, como precursoras de los famosos templos del inicio de la civilización de la antigua Grecia. Otros consideran sin embargo que son más recientes, del siglo III o IV antes de Cristo. Hay quien cree que fueron construidas por los Driope, un pueblo que colonizó la isla hace tres mil doscientos años, pero las fechas son muy dudosas. Otros muchos dicen que su estructura se asemeja demasiado a la de los dólmenes de la Bretaña francesa, de hace más de siete mil años. Creen que pudieron ser obra de alguna tribu emigrada desde la zona atlántica de Europa. ¿Sabes cuánto pesa el bloque que tienes sobre la cabeza?

—No sé si quiero saberlo...

—Diez toneladas.

—Pero ¿cómo? ¿cómo pudieron transportar esas enormes rocas y levantarlas para construir las casas?

—Esa incógnita se da en muchas otras construcciones megalíticas, como en Stonehenge, en Inglaterra. Pero aquí el enigma es aún mayor si cabe. Estamos a unos mil cuatrocientos metros de altitud. Nadie sabe cómo fueron capaces de arrastrar esos bloques hasta aquí arriba ni qué tecnología emplearon. Todas las *drakospita* de la isla tienen una forma similar, con una apertura en el techo en la parte central, unos dicen que para que entrara la luz del sol o saliera el humo. Hay quien asegura que en realidad eran observatorios astronómicos.

—¿Por qué ese nombre? —preguntó Mechero—. *Drakospita*. Parece que suena a dragón más que a obra de gigantes.

—*Drakospita* significa “casas de los dragones”. Hay cierta confusión en torno a esto. En la mitología de la isla los dragones eran seres gigantes que podían adoptar forma humana. Aunque hay quien dice que en realidad el origen de la palabra proviene del término “*derca*”, que se refiere a una mirada penetrante, aguda, mágica, que supuestamente poseían los moradores de estas construcciones.

Aquellas palabras empleadas por Calíope retrotrajeron a Mechero al momento en el que Anne le había contado las revelaciones que le había hecho Peter Magnusson, el asesino del *blog*, acerca de aquella antigua raza de gigantes que había poblado el mundo. Poseedores, algunos de ellos, de la capacidad de ver o interpretar el futuro, precisamente ese don se representaba físicamente en los relatos a través del ritual ancestral de la apertura de los ojos con unas barras o varas. Así se narraba en la leyenda del fin de los gentiles de la mitología vasca. El anciano gentil había necesitado de la ayuda de sus congéneres para que le abrieran los ojos con aquellos artilugios y así poder interpretar el significado de la extraña nube que se asomaba por el horizonte. Si Calíope tenía razón, los habitantes de las *drakospita* tenían también una mirada penetrante. “Mágica”. Esa había sido la palabra que había usado. ¿Estaba tan solo viendo lo que quería ver o cabía la posibilidad de que aquellos antiguos griegos fueran los mismos gigantes que se mencionaban en las leyendas vascas y en otras muchas culturas?

—Deberíamos irnos ya —dijo de repente Calíope—. No es buena idea andar por este lugar sagrado cuando se pone el sol. Mi bisabuelo solía decirme que en algunas noches de luna llena los gigantes pueden atravesar la puerta a nuestro mundo a través del agujero de los techos de las *drakospita*. Y es mejor no cruzarse en su camino.

“*La puerta se habrá abierto y todo volverá al principio*”. Esas eran las palabras de la profecía que auguraba el retorno de los gigantes. Mechero tuvo la extraña sensación de estar asistiendo a la reconstrucción de un rompecabezas místico en el que todas las piezas iban encajando poco a poco.

—Creo que ya eres mayorcita para creer en esas supersticiones —bromeó.

—No lo digo solo por eso. Estos montes no son seguros por la noche. Son el escondite de muchos contrabandistas.

—Déjame entrar dentro de la casa. Quiero sacar alguna foto —contestó él mientras se introducía en el interior de la construcción. Si el profesor Koldo de Andrés había viajado hasta la isla de Eubea y se había interesado por aquella estructura megalítica en concreto, era evidente que no podía desperdiciar la oportunidad de retratarla en busca de cualquier pista. Era más que probable que De Andrés hubiera decidido visitar las ruinas personalmente.

Dentro de la casa, la oscuridad del atardecer comenzaba a dificultar la visión y en algunos rincones era prácticamente imposible distinguir apenas el contorno de los bloques pétreos. Tomó varias instantáneas de los restos del techo y observó cómo en la pared del fondo sobresalían una especie de estanterías sobre las que algún turista había ido colocando piedras más pequeñas. En ese momento fue consciente del silencio. Un espeso manto insonoro envolvía la atmósfera del interior de aquel antiguo vestigio de aquella civilización perdida. El silencio era tan abrumador que caía como una losa de varias toneladas de peso cubriendo cada rincón de la estancia. Mechero comenzó a inquietarse. Hacía rato que no escuchaba los movimientos de Calíope en el exterior. Sin embargo, algo le impedía salir de allí. Sin saber muy bien por qué, algo o alguien le obligaba a permanecer entre aquellas cuatro paredes. ¿O era más bien una invitación a quedarse? Decidió encender la linterna de su teléfono e iluminar las zonas sumidas en la penumbra. Faltaban muy pocos minutos para que la noche se cerniera sobre la montaña.

Avanzó unos pasos y se dio la vuelta para observar los bloques que conformaban la puerta. Se dio cuenta de que, muy cerca del techo, a ambos lados del dintel, dos pequeños salientes muy similares a los que acababa de ver en la pared opuesta, estaban adornados con lo que parecía una especie de grabado. Había que fijarse mucho para darse cuenta, pues las líneas aparecían casi completamente borradas. El color, si es que alguna vez lo hubo, había desaparecido por completo. Acercó un viejo tonel de latón que alguien había dejado abandonado allí. ¿Utilizarían los contrabandistas de los que le había hablado Calíope aquellas ruinas para esconderse? Se subió en él y contempló de una manera más pormenorizada los dos dibujos. Estaban muy deteriorados, sobre todo el de la izquierda. Enfocó con la luz la parte posterior del de la derecha. Había algo en las imágenes que le resultaba familiar, pero no sabía concretar qué era. En la zona inferior aparecían trazadas lo que sin duda eran siluetas humanoides y lo curioso era que estaban vestidas con ropajes cincelados con detalle sobre la roca. Daba la impresión de que aquellos seres estuvieran en movimiento, casi bailando. Sobre sus cabezas la imagen se interrumpía, como si el paso del tiempo hubiera hecho que parte de la piedra se desprendiera. Pero aquella antigua representación artística continuaba más arriba. Desgraciadamente, la concreción de las figuras de la parte inferior daba paso en el área superior a una masa sin contorno definido, mucho más abstracta. Mechero volvió a fijarse en los humanoides y de repente lo tuvo claro. Aquello no se trataba de una danza ancestral. Aquellos seres no estaban bailando. Estaban corriendo. Huyendo. Aparecían incluso un par de cuerpos yaciendo sobre el suelo. Notó cómo el pulso se le aceleraba y una leve opresión hacía acto de presencia en el lateral izquierdo de su cuello.

Rápidamente dirigió su mirada de nuevo hacia la parte superior del dibujo. No podía ser. ¡Cómo había sido tan estúpido! Aquella masa uniforme que se dispersaba de una manera indeterminada no era una figura abstracta. En realidad, el contorno aparecía perfectamente determinado, aunque la extensión de la figura era mucho mayor de lo que previamente había supuesto. Por eso le había resultado tan familiar el grabado cuando lo había observado por primera vez. Una nube. Aquel dibujo enorme era una nube de proporciones descomunales. Dios mío. Tenía que fotografiarlo todo y bajar cuanto antes a enseñárselo a Anne. Decidió grabar también un vídeo. Mientras registraba con la cámara de su móvil los restos de aquella obra de arte perpetuada a través de los milenios, la sensación de opresión en su cuello se acentuó. ¡Cómo no se había dado cuenta antes! La escena que allí se representaba era muy parecida a lo que narraba la

leyenda del fin de los gentiles de la mitología vasca. ¿Sería aquella nube la misma que vieron los gigantes aproximarse por el horizonte? ¿Sería aquella la nube de la profecía que anunciaría el inminente retorno de los que estaban antes? Justo cuando estaba a punto de apagar la cámara, todo se volvió negro, como si las tinieblas de la noche hubieran arrasado con todo a su llegada. De repente aquel grabado ancestral, la casa de dragones, el monte Oqui, la isla Eubea y el mundo entero habían desaparecido. En el rápido viaje a la inconsciencia, Mechero sonrió. Sabía que la verdad estaba ahora mucho más cerca.

6.

La calle Somera del casco viejo de Bilbao estaba abarrotada de turistas. No hacía ni un par de semanas que habían abierto en la zona una cafetería perteneciente a una famosa multinacional y el trasiego de gente había aumentado considerablemente. El buen tiempo que había llegado de manera súbita había contribuido del mismo modo a incentivar el ambiente festivo de muchos de los restaurantes de la zona. Los rostros de la mayoría de los viandantes se mostraban relajados y alegres, como si la presencia del sol y la ausencia de nubes les hubieran hecho olvidar sus preocupaciones, al menos momentáneamente. Sin embargo, no todo era relajación y sosiego. Entre la multitud, un hombre alto y de aspecto excesivamente pulcro avanzaba lentamente tratando de pasar inadvertido. De hecho, nadie se dio cuenta de cómo accedía al portal y subía las escaleras buscando su destino. Al final, el testimonio de Teresa Zabalburu había sido vital para salir de aquel callejón sin salida en el que se encontraba inmerso desde hacía semanas. Los buzones situados junto a la puerta del cuarto de la limpieza habían confirmado que no se había equivocado de sitio. En uno de ellos figuraban dos nombres que le eran conocidos. “Juan María Lazkao y Begoña Argenta”. En la libreta que Teresa Zabalburu había encontrado en el dormitorio de Peter Magnusson aparecían varios nombres, entre ellos los de aquellas dos personas, ambas recientemente fallecidas según había podido comprobar. El hombre había muerto no hacía mucho allí mismo, a manos de una supuesta banda de atracadores que llevaba aterrorizando la villa de Bilbao desde hacía meses. Eso era lo que los medios de comunicación habían publicado al respecto, aunque la instrucción del caso estaba en un punto muerto. ¿Estaría Peter Magnusson implicado también en aquel fallecimiento? Era lo más probable, aunque no acertaba a encontrar la relación entre ese asesinato y el de las tres mujeres de Vitoria. Begoña Argenta, en cambio, supuestamente había fallecido por inhalación de humo mientras se encontraba en el piso de una amiga ubicado no muy lejos de allí que se había incendiado. ¿Por qué tenía Peter Magnusson apuntados ambos nombres en aquella misteriosa libreta?

Al llegar al rellano se detuvo unos segundos en silencio. Le había parecido escuchar un ruido en el interior de la vivienda. Estaba convencido de que allí dentro había alguien. Armado de paciencia y desde una planta más arriba, se dispuso a esperar el tiempo que hiciera falta hasta que la persona o personas que se encontrasen en el interior salieran. Al cabo de veinte minutos estuvo tentado de llamar al timbre para ver si le contestaba alguien, pero justo en ese momento, la puerta se abrió y, desde su posición, vio salir a una mujer de una edad similar a la suya que parecía tener prisa. Con disimulo la siguió hasta la calle guardando una distancia prudencial como para que ella no se percatase de ello. No tuvo que andar mucho. En una de las vías aledañas, la mujer entró en una cercana cafetería-librería de aspecto *vintage*. Decidió esperarla fuera. Salvo que hubiera quedado allí con alguien, no tardaría en salir. Se sentó en una terraza de un restaurante contiguo y pidió un refresco de cola. A *Ama* no le gustaba que tomara tanta cafeína, pero necesitaba mantener todos sus sentidos en alerta y no había nada mejor que aquella sustancia del demonio para lograrlo. Tuvo que pedir una segunda bebida cuando la camarera se acercó varias veces para preguntarle de manera bastante despectiva si deseaba algo más. ¿Por qué caía mal a la gente? Muchas veces se sentía como si portara un imán bajo la piel que emitiera alguna especie de radiación tóxica que atrajera los malos humos y las malas contestaciones. Ahuyentó aquellos

fantasmas de su cabeza. No podía distraerse ni un segundo. La mujer podía salir de la cafetería en cualquier momento.

—Perdone, he quedado aquí con una amiga hace un rato, pero me temo que llego tarde. Es alta, pelo negro, un poco más baja que yo. Morena, suele llevar coleta... Me ha dicho que estaba aquí dentro, pero ahora no la veo y no me contesta en el móvil. ¿No la habrá visto, no? —le preguntó a la camarera. Se había hartado de esperar y había decidido entrar.

—¿Ves toda la gente que hay aquí? —le contestó ella con cara de pocos amigos—. ¿Tú te crees que me puedo acordar de si entra o no entra una tía morena con coleta?

Aimar optó por no responder y se adentró aún más buscando a la mujer entre las estanterías de libros. Recorrió con la mirada todas las mesas y la barra, esperando encontrarla, pero no había rastro de ella. Además, los dos cuartos de baño estaban vacíos. Era imposible. No había levantado la vista de aquel establecimiento en ningún momento. ¿Se habría despistado mientras pagaba las bebidas en la terraza del restaurante de al lado? Decepcionado consigo mismo abandonó la cafetería. *Ama* no iba a entender que se le escapara un posible testigo de aquella manera tan tonta. Oteó la calle girando la cabeza a izquierda y derecha, con la esperanza de que la mujer se hallara aún en las cercanías. Y de repente la vio. O creyó verla. Pero no podía ser ella. Su imaginación le estaba jugando una mala pasada. Sin embargo, aquella forma de andar, aquella melena recogida en una coleta, aquellas ropas anticuadas tan impropias de una mujer joven como lo era ella... Hubiera jurado que era la misma persona. Pero no podía ser. La mujer que tenía a unos cuantos pasos delante de él acababa de salir de un portal ubicado al menos a cincuenta metros de la cafetería-librería donde minutos atrás había entrado. Era imposible que fuera ella. Estaba seguro de que no la había visto salir e internarse en el bloque de viviendas adyacente. Se hubiera dado cuenta. Parecía asustada, atemorizada por algo o alguien. Se dio la vuelta como si temiera que alguien la estuviera siguiendo. Y al fin Aimar pudo confirmar sus sospechas. Desde luego que se trataba de la misma mujer. No cabía duda alguna. Y aquello solo podía significar dos cosas. O por algún motivo que no lograba comprender no la había visto salir del local, o bien el interior de aquella cafetería-librería estaba conectada de alguna manera con aquel portal por el que ella acababa de salir.

La cara de la muchacha la estaba delatando. Su mirada felina trataba de esquivar el dedo acusador de Mechero. Definitivamente sabía algo más que no les había contado la primera vez que habían hablado con ella. Ya entonces le había parecido poco fiable y no estaba dispuesto a que jugara más con ellos. De vuelta de la excursión al monte Oqui, Calíope le había mencionado que Koldo de Andrés estaba hospedado en el hostel Medusa. Él mismo se lo había contado. La limpiadora les había mentido de manera descarada cuando le habían preguntado si el profesor De Andrés se alojaba allí.

—¿Nos quieres decir la puta verdad? —le gritó Mechero a punto de perder los papeles.

Anne se interpuso entre los dos. Mechero no estaba bien. Le conocía perfectamente y sabía que estaba asustado. La agresividad era una de las dos actitudes que adoptaba cuando el miedo se apoderaba de él y le impedía actuar con racionalidad. La otra solía consistir en fumar un par de canutos de hachís, algo que era totalmente imposible en ese momento porque Anne le había prohibido pisar el aeropuerto de Heathrow con droga encima. Mechero se había desmayado dentro de la casa de gigantes del monte Oqui. Según él simplemente se había resbalado del barril al que se había subido para observar de cerca el grabado que había a ambos lados del dintel de la puerta. Pero Calíope le había confesado a Anne a escondidas que le había costado bastante reanimarlo y que cuando abandonaron el recinto de la *drakospita* el joven había vuelto a tener un desvanecimiento. Afortunadamente, todo había quedado en un susto. Aunque estaba claro que en su interior, Mechero estaba preocupado por lo que le había sucedido.

—Vamos a ver, Mechero —le interrumpió mostrando cierto tono autoritario—. Tengamos la fiesta en paz. ¿No ves que la estás asustando?

La muchacha sonrió aliviada mientras Anne la tomaba de la mano. Mechero tenía razón. La joven les había engañado la primera vez pero sabía muy bien cómo hacerle hablar.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó tratando de mostrarse amigable.

—Hatria —respondió ella apartándose.

—Mira Hatria —continuó Anne—. Sé que probablemente no ha sido tu intención engañarnos, y que seguramente no pretendías contarnos una mentira, pero es muy importante que nos digas la verdad, por favor. ¿Ha estado aquí hospedado el hombre de la fotografía?

—Puede ser.

—No puedo con ella. Déjame a mí Anne, ya verás cómo yo le hago hablar alto y claro —dijo Mechero. Anne le empujó con suavidad hacia atrás.

—Hatria. Haz memoria, por favor. ¿Estuvo o no ese hombre hospedado en el Medusa?

—No sé, señora. Es que tengo mala memoria.

—Quieres más dinero, ¿verdad? —le preguntó Anne sacando la cartera del bolsillo interior de su chaqueta.

—Pelirroja, por favor. ¿Vas a volver a caer en su trampa? —Mechero no daba crédito a lo que estaba viendo.

—Toma cien euros —le dijo Anne—. Creo que es más que suficiente.

—Empiezo a recordar, señora —dijo la joven—. Pero ame cuesta. Por aquí pasan muchos señores extranjeros muy parecidos.

—Yo la mato —sentenció Mechero dando un paso adelante. Pero la mirada asesina que le dedicó Anne fue suficiente para que desistiera de lo que quiera que pretendiera hacer.

—Bueno, Hatria. Basta ya. Dime cuánto dinero quieres y veré si merece la pena confiar o no en tu palabra —le dijo Anne.

—Está bien, señora. Con trescientos euros creo que es suficiente.

—Vamos a hacer una cosa. Te doy ciento cincuenta —dijo extendiéndole los billetes—. Y si considero que la información que me das es valiosa te doy a continuación los ciento cincuenta euros restantes.

—Está bien, señora —dijo dando el brazo a torcer—. Me equivoqué de señor cuando usted me preguntó la otra vez. Ese hombre de la foto se ha ido del hotel esta tarde. Hace cosa de una hora.

Anne se le quedó mirando sin saber cómo reaccionar. ¿Sería posible que aquella maldita estafadora les hubiera mentido y que Koldo de Andrés hubiera estado delante de sus morros todo el rato sin que ellos lo supieran?

—La habitación —dijo Anne.

—¿Perdone? ¿Qué quiere decir? —preguntó Hatria.

—¡Que me digas en qué habitación ha estado alojado! —le gritó Anne mientras se abalanzaba sobre ella. Mechero tuvo que retenerla.

La muchacha vigilaba desde la puerta temiendo que la dueña del hostel apareciera en cualquier momento. Había sucumbido a las amenazas de Anne y finalmente había accedido a abrirles la puerta de la habitación donde Koldo de Andrés había estado hospedado. Cada medio minuto se asomaba al interior del cuarto, rogándoles a Anne y Mechero que salieran cuanto antes de allí.

—Por favor, señora. Salgan ya. Ustedes no deberían estar aquí. Yo no debería estar aquí. No quiero perder mi trabajo —les suplicaba.

Mechero había puesto la habitación literalmente patas arriba. Había mirado bajo el colchón, en el armario, en el cuarto de baño, en todos y cada uno de los cajones del mobiliario, pero no había encontrado ninguna pista que les ayudase a averiguar el siguiente destino de Koldo de Andrés.

—¿Estás segura de que esta es la habitación? —le preguntó a la empleada—. Como nos hayas vuelto a mentir...

—Mechero, espera. Parece mentira que se te haya olvidado mirar en el único sitio donde tienes costumbre de rebuscar normalmente —le dijo Anne sosteniendo algo que acababa de extraer de la papelera. Mechero sonrió. Anne se estaba refiriendo al momento en el que él había descubierto su *test* de embarazo en el hotel de Gales meses atrás.

—¿Qué es ese papel? —preguntó.

—Por favor, señora, salgan ya... —volvió a insistir Hatria.

—¡Que te calles, pesada! —le recriminó Mechero.

—No me lo puedo creer —dijo Anne.

—¿Qué pasa?

—Pues que o nos están tratando de tontos todo el mundo o no me lo explico. Mira este *ticket*. Es la factura pagada por el señor Koldo de Andrés Amaritu —dijo releyendo el documento— por el servicio de guía turístico prestado por la empresa del padre de Calíope ayer por la mañana. Tu amiga la “escalamontañas” nos ha mentado. De Andrés sí que hizo la ruta de las *drakospita*.

—Señora, por favor —repitió por enésima vez Hatria—. Deme ya los ciento cincuenta euros que me ha prometido y váyanse ya de la habitación.

—Solo se me ocurre una razón por la que no me dijeras la verdad la primera vez —Anne volvió a emplear un tono intimidatorio con la joven—. ¿Cuánto te pagó el hombre de la foto para que te mantuvieras calladita si alguien preguntaba por él?

Mechero miró a Hatria. La muchacha había bajado inmediatamente la mirada. Era evidente que Anne había dado en el clavo.

—Pues mira guapa. Vamos a hacer una cosa. Veo que este empleo te importa lo suficiente. Así que si no quieres que la señora Dora se entere de los tejemanejes que te traes con los clientes y de tu espíritu emprendedor, por llamarlo de alguna forma, vas a arreglar ahora mismo el desorden que mi hermano acaba de hacer en el cuarto y vas a mantener la boquita cerrada. ¿De acuerdo?

—Pero señora, ¿y los ciento cincuenta euros que faltan?

—Pídeselos al hombre de la fotografía. Está claro que paga mucho mejor que yo.

Mechero miró estupefacto a Anne. Sabía que ella había intentado defenderle de Peter Magnusson cuando el asesino del *blog* le había atacado en el palacio de Montehermoso de Vitoria. Aunque él no recordaba nada por el golpe que se había dado en la cabeza al caer, Anne se lo había contado todo y no dudaba de su palabra. Pero jamás la había visto así, con esa fiereza implantada en cada una de sus pupilas. Determinada y aguerrida. Justo las virtudes de las que él carecía en la mayoría de ocasiones. Se sentía afortunado de tener a alguien como ella a su lado, imprimiendo seguridad a aquellos tiempos inciertos que le había tocado vivir. Por supuesto jamás lo reconocería en público.

8.

Anne Wellington había dormido apenas cuatro horas. La escena que había protagonizado con Hatria, la empleada del hostel Medusa, le había provocado un profundo malestar que no desapareció hasta bien entrada la madrugada. Además, el ser que crecía en su vientre había decidido no darle tregua y entre las náuseas, que habían regresado de manera inexplicable, y el horrible punto de dolor que se había instalado en la parte alta de su espalda, casi no había pegado ojo. Mechero le había obligado a desayunar, a pesar de que el apetito le había desaparecido desde la noche anterior. Estaba disgustada y enfadada consigo misma. ¿Tan difícil era que las cosas les salieran bien a la primera? No iba a permitir que nadie le volviera a tomar el pelo de la misma forma que aquella insolente empleada chantajista.

Abordaron a Calíope en cuanto la vieron aparecer calle abajo aproximándose a la cafetería de su padre. Ella intentó retroceder y camuflarse entre las decenas de vehículos y motocicletas que, aun siendo primera hora de la mañana, contaminaban con su reguero de humo y neumáticos chirriantes la concurrida avenida. Estuvo a punto de ser arrollada por un autobús y al final desistió de la idea.

—Buenos días amigos—les saludó tratando de rebajar la tensión que se dibujaba en los rostros de los dos jardineros.

—¿Buenos días? —preguntó Anne—. ¿Tú te crees que puede ser un buen día sabiendo que ayer nos engañaste como si fuéramos idiotas?

—Anne, tampoco hace falta ser maleducados —le cortó Mechero. Anne clavó su mirada desairada en el joven, molesta por sus palabras.

—¿Por qué nos mentiste ayer, Calíope? ¿Por qué no nos dijiste que el profesor De Andrés sí que había reservado la visita a las *drakospita* contigo?

La joven griega se sintió abrumada por la situación y les invitó a pasar dentro del establecimiento. Los primeros turistas ya habían hecho acto de presencia al reclamo de las rutas turísticas por la isla que allí se ofrecían. Les hizo pasar a un área privada del local. La decoración de la sala evocaba a un viejo despacho de principios del siglo XX repleto de estanterías con libros. Un enorme y antiguo póster con algunas de las constelaciones más conocidas presidía la pared más grande. Por todas partes los libros de astronomía se mezclaban con novelas clásicas y alguna revista de arqueología. Mechero no dudó ni un segundo en tumbarse sobre el diván forrado de cuero marrón sintético y colocar sus zapatillas manchadas de polvo de la calle sobre un enorme cojín situado en uno de los extremos. Anne estuvo a punto de recriminar su mala educación, pero estaba tan enfadada que en aquel momento aquel detalle de descortesía le pareció nimio. Calíope se sentó en el sillón situado detrás de la mesa de roble sobre la que reposaban dos ordenadores portátiles de última generación. Extrajo un *dossier* con documentos de uno de los cajones y le entregó uno de los folios a la jardinera.

—Esta es la denuncia que mi padre presentó ayer por la mañana en la policía.

Anne leyó mentalmente el contenido de la hoja mientras Mechero se incorporaba de su improvisada cama con curiosidad.

—No entiendo nada, está escrito en griego. Lo único que entiendo es el nombre de Koldo de Andrés.

—Siento haberos mentido. Pero tenéis que entenderlo. Mi padre está enfadadísimo conmigo y no me podía permitir fallarle otra vez.

—Explícate —le pidió Anne.

—El hombre que buscáis, Koldo de Andrés, solicitó nuestros servicios para hacer la excursión al monte Oqui. En un principio me extrañó que quisiera hacer la ruta él solo y que estuviera tan empeinado en esa *drakospita* en concreto. Yo le aconsejé visitar otras casas repartidas por la isla, mucho más accesibles para un hombre de su edad. Pero él insistió en que quería ir al monte Oqui. Mi padre me había advertido acerca de los saqueadores de ruinas, pero os juro que en ningún momento pensé que ese hombre era uno de esos delincuentes.

—¿Saqueadores de ruinas? —preguntó Mechero.

—Sí. No es la primera vez que hemos sufrido incidentes con este tipo de personas amigas de lo ajeno, que lo único que buscan es enriquecerse vendiendo los materiales robados al mejor postor, la mayor parte de las veces en el mercado negro. Pero este hombre era tan amable... Además, he de reconocerlo. Me pagó casi el doble de lo que hubiera costado guiar hasta allí a un grupo de diez personas, que es lo usual en este tipo de visitas.

—¿Qué ocurrió exactamente? —Anne estaba sorprendida por la explicación de la griega.

—Estuvimos allí al amanecer. Él me pidió privacidad y yo le dije que si no quería encontrarse con más turistas lo mejor era ir o al anochecer o a primera hora de la mañana. Lo cierto es que le costó bastante subir a pie el último tramo de la montaña, pero era tal su determinación que, aun resoplando, consiguió llegar hasta el objetivo. Allí me pidió que le dejara tranquilo inspeccionar la casa a su aire, así que me alejé un poco buscando rastros de los bandidos que suelen acampar por las noches en la zona huyendo de las autoridades. Estamos hartos de esa lacra. Al cabo de unos tres cuartos de hora, cuando regresé, ese hombre se había esfumado. Lo busqué por todas partes, pero simplemente había desaparecido.

—¿Y no llamaste a la policía? —preguntó Anne.

—No. Supuse que había decidido volver por su propio pie a la ciudad. Aunque no me explico cómo lo hizo, porque a esas horas aún no circulan autobuses turísticos. Quizás debería haber llamado a la policía en aquel momento. El caso es que después de buscarle durante un buen rato por los alrededores decidí que era hora de marcharse. El primer grupo concertado de turistas debía de estar a punto de llegar a la cafetería.

—Pero entonces, ¿qué es lo que robó el profesor? —la interrumpió Anne.

—Antes de bajar del monte Oqui regresé a la *drakospita* y esta vez me di cuenta de algo de lo que no me había percatado la primera vez que entré a buscarle. Junto a la puerta, había trozos pequeños de piedra, como si se hubiera desprendido parte del techo. No me lo podía creer. Pero la realidad era aún peor de lo que había imaginado. Aquel hombre había arrancado parte del grabado que aparece junto al dintel de la puerta.

—El dibujo de la nube y los gigantes —dijo Mechero.

—Sí, pero es que no es solo eso. Ese hombre había aplicado alguna especie de sustancia sobre las figuras, porque, te puedo asegurar, amigo, que ese dibujo se veía mucho peor antes de que aquel hombre entrara en la casa. Hizo algo para limpiar y resaltar las líneas trazadas. Eso mi padre lo llama atentado arqueológico.

—¿Pero qué fue lo que robó, por el amor de Dios? —levantó la voz Anne.

—Ya sé lo que se llevó, pelirroja. Fueron los trozos que faltaban en el grabado, los que te conté que estaban situados entre las figuras de los gigantes y la nube.

—Eso que tú llamas “nube” es una masa abstracta, Mechero. Yo no diría que es una nube en sí —dijo la inglesa.

—Vamos, Anne, no me fastidies —respondió irritado Mechero—. ¿A estas alturas me vas a decir que eso no es una nube? Casa de gigantes, gigantes corriendo... Venga ya. Eso tiene que ser la famosa nube sí o sí.

—Si tú lo dices...

—El profesor, como vosotros lo llamáis, se llevó la parte central del grabado situado a la derecha del dintel —dijo Calíope.

—¿Y qué pasa con el otro trozo, el que estaba situado a la izquierda? Apenas se distinguían un par de trazos —preguntó ansioso Mechero.

—Se lo llevaron hace tiempo.

—¿Se lo llevaron? ¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Anne.

—Quiero decir que... nunca ha estado ahí —titubeó Calíope—. Nadie sabe cuándo se cayó ese trozo.

—¿Cómo? Si acabas de decir que alguien se lo llevó. Eso significa que eres consciente del momento en que dejó de estar allí. ¿Otra vez vuelves a ocultarnos información? —dijo Anne situándose al lado de la griega. Calíope se alejó medio metro de ella arrastrando el sillón con su propio cuerpo.

—Déjala en paz, Anne! —exclamó Mechero, acercándose a las dos—. ¿Por qué le tienes que sacar punta a todo? Si te ha dicho que no estaba, es que no estaba. Desde ayer estás insoportable.

—¿Insoportable? Estoy harta —sentenció Anne—. Estoy harta de que nadie en esta isla me diga la puñetera verdad. Estoy harta de que todo el mundo se nos adelante y de que el tiempo se nos acabe.

—Calíope nos está ayudando todo lo que puede. Sabe lo importante que es para nosotros dar cuanto antes con Koldo —respondió Mechero—. Además tiene otra cosa importante que contarte que prefiero que te diga ella. Así que cálmate, ¿vale?

—¿Cómo? —preguntó incrédula Anne—. ¿Qué es esto? ¿Un complot? ¿Cómo que sabe lo importante que es para nosotros encontrar a Koldo? ¿A qué viene esta familiaridad? O sea, que una desconocida te reanima cuando te desmayas ¿y ya es merecedora de tu confianza? ¿Qué pasa aquí? ¿Qué le has contado, Mechero? ¿No habrás...?

—Cállate, Anne. No te enteras de nada —dijo Mechero avergonzado por el tono que había empleado con ella.

—Anne, Mechero. Os pido perdón por haberos ocultado lo de ese hombre, Koldo de Andrés. Como os dije, poco después de que desapareciera, llegó otro hombre a la cafetería preguntando por el grabado de la *drakospita* del monte Oqui. Tuve miedo de que fuera otro saqueador. Lo mismo pensé de vosotros cuando acudisteis a mí preguntando por Koldo de Andrés. No me podía arriesgar a contaros toda la verdad. No podía revelaros lo que ese hombre se había llevado. Mi padre no me lo hubiera perdonado jamás.

—¿Tu padre? —preguntó la jardinera, sin entender nada.

—Mi padre es Dimitri Megalos —respondió ella con cierto temor—. Mechero me dijo ayer que ya habíais oído hablar de él.

Anne la miró de arriba abajo sin saber qué creer. Dimitri Megalos era la persona a la que debían contactar en caso de que tuvieran algún tipo de problema en Grecia. Dimitri Megalos era el hombre al que el profesor James O'Connor les había indicado que debían acudir en caso de que ocurriera cualquier emergencia. Miró a Mechero y deseó con todas sus fuerzas que el joven no le hubiera contado toda la verdad a Calíope. Se volvió de nuevo hacia ella y la observó con detenimiento. La respiración de la muchacha era entrecortada y se frotaba las manos en un evidente signo de nerviosismo. ¿Sabría ella quién era realmente Dimitri Megalos? ¿Sabría Calíope que su padre era Mayor del Jardín del Mar Adriático?

Doscientos cincuenta y siete. Doscientos cincuenta y ocho. Doscientos cincuenta y nueve. ¿Dónde estaba el escalón número doscientos sesenta? ¿Se había equivocado al contar? Estuvo tentado de coger el ascensor, bajar a la primera planta y volver a empezar. Miró el reloj. No tenía tiempo. *Ama* le estaba esperando. *Ama* tenía muchas virtudes pero una de ellas no era precisamente la paciencia. Le gustaba saberlo todo de su hijo, ser la primera en enterarse de todos y cada uno de los pasos que daba en la vida. Cada detalle, cada cosa que hacía, eran motivo suficiente para entablar una conversación eterna con él y lanzarle cientos de preguntas, a cada cual más indiscreta. Ella lo llamaba “preocupación de madre”. Aimar Errekamendi prefería denominarlo “afán por cotillearlo todo”. Pero no le importaba. Amaba a su madre. A veces le violentaba el tono de alguna de sus cuestiones pero siempre terminaba cediendo y le contaba todo. Bueno, casi todo. Había algo importante que aún no le había explicado, pero no había reunido el valor suficiente como para revelárselo. Ya encontraría el momento.

Tenía la costumbre de subir y bajar por lo menos cinco veces las escaleras del bloque de pisos donde él residía en el barrio bilbaíno de Miribilla. No le gustaba ir al gimnasio ni correr, ni nada que implicara tener que relacionarse con personas. Tampoco que la gente le viera sudar. Así que muchas veces optaba por someter a sus piernas al esfuerzo de escalar uno a uno los peldaños de su edificio. En ocasiones incluso portaba una mochila a la espalda cargada con libros, para que la intensidad del ejercicio fuera aún mayor. Le dio rabia haber errado en el conteo de los escalones. La única vez que le había pasado había sido al día siguiente de encontrar al asesino del *blog*, Peter Magnusson, desangrándose sobre el suelo del antiguo atrio central del palacio de Montehermoso de Vitoria. Aquella equivocación había estado totalmente justificada. Aunque se consideraba un tipo con las agallas suficientes como para que no le afectaran demasiado las escenas especialmente grotescas, en el fondo el hallazgo del cuerpo de aquel criminal sí le había afligido.

—¿Y quién es esa mujer si puede saberse? —le preguntó *Ama* en cuanto él sacó el tema. Había cierto matiz inquisitorio en su interpelación. Probablemente le resultaba preocupante que su querido hijo hubiera tardado tanto tiempo en contarle que llevaba varios días siguiéndola.

—No sé cómo se llama, *Ama*. Aún no he podido averiguarlo.

—Ya, ya sé qué no sabes su nombre. Pero, ¿quién es? ¿qué hacía en casa de esa otra mujer, la tal Begoña Argenta?

—No lo sé, pero está claro que la conocía.

—Puede ser simplemente una vecina a la que hubiera dejado un juego de las llaves de su casa antes de morir. O una hija.

—No. La sospechosa vive en Basurto. Estoy investigando una posible relación de parentesco, pero mi intuición me dice que no hay ningún vínculo de sangre entre ambas.

—¿Entonces?

—Verás, he estado analizando lo poco que he podido averiguar de la mujer mayor, Begoña. Es muy extraño, porque hay varios agujeros en su pasado y no he sido capaz de completarlos. De hecho, todo lo que estoy investigando es bastante reciente, de unos diez años para aquí, cuando se trasladó a vivir a Bilbao.

—¿Dónde vivía antes?

—No lo sé con exactitud. Puede que en el extranjero. No figura ningún inmueble a su nombre. Un contacto que tengo en la Diputación me ha confirmado que jamás ha presentado declaración de la renta aquí. O quizás antes de llegar a Bilbao vivió siempre de alquiler. Todo en dinero negro, ya me entiendes.

—¡Qué raro!

—Bueno, hay mucha más gente de la que piensas que vive de alquiler, *Ama*.

—A ti ni se te ocurra nunca hacer semejante tontería. Eso es tirar el dinero.

—Sabía que me lo ibas a decir. En fin, el caso es que hay algo que me ha llamado mucho la atención en la historia reciente de Begoña Argenta. Hay bastantes cosas peculiares, en realidad. En menos de un año han muerto su marido y el hijo adoptivo de ambos, Borja. El primero asesinado en el piso de la calle Somera donde tenían la residencia familiar y el segundo en una explosión de gas en una vivienda de una de las Torres Isozaki.

—Ya me acuerdo de esa explosión. Menuda humareda que echaba. Se veía hasta desde el teatro Arriaga. Pobre familia. Desgracia tras desgracia.

—¿Y qué me dices de ella? —preguntó Aimar levantando las cejas.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que si ya son raras las muertes de su marido y de su hijo, no lo es menos la propia muerte de Begoña Argenta—contestó él.

—¿Cómo murió?

—Por inhalación de humo en un incendio de una vivienda en el casco viejo. He intentado localizar la autopsia, pero no he sido capaz.

—¡Madre del amor hermoso! ¿Pero quién le ha echado semejante mal de ojo a esa familia? - exclamó horrorizada *Ama*.

—Aún hay más.

—No me asustes, hijo.

—¿Te acuerdas de que el otro día te conté que seguí a la sospechosa?

—No me gusta que la llames así.

—¿Cómo dices?

—Que tendrá un nombre, digo yo. ¡Qué manía tenéis los policías de despersonalizarlo todo! ¡Así de mal va el mundo!

—¿Y qué quieres, que me invente su nombre?

—A mí siempre me ha gustado Consuelo. Si llegas a nacer niña te hubiéramos bautizado así. Así se llamaba mi abuela materna, mi bisabuela y mi tatarabuela. ¿A dónde seguiste a Consuelo?

—¿En serio *Ama*? —Aimar no entendía muchas veces a su progenitora, pero no quería disgustarla de ninguna manera.

—¿A dónde decías que seguiste a Consuelo? —insistió ella.

—En fin. Como te acordarás, Consuelo estaba en casa de Begoña Argenta y cuando salió del piso, la seguí hasta esa cafetería donde te he dicho más de una vez que he entrado a leer un libro.

—¡Ah sí! ¿Consuelo también entró a leer un libro? Me cae bien Consuelo.

Aimar miró a su madre con ternura. Normalmente razonaba bien, pero desde hacía un tiempo los signos de demencia comenzaban a ser más acusados. La tomó de la mano mientras le sonreía.

—Sí, *Ama*. Consuelo entró en la cafetería a leer un libro. Pero lo que te quería decir era que no salió a la calle por donde había entrado, sino por un portal contiguo.

—Me acuerdo perfectamente de que ya me lo habías dicho—sentenció con rotundidad ella. Aimar tuvo la sensación de que su madre acababa de darse cuenta de que él estaba pensando en su enfermedad—. Según tú ese portal y la cafetería están comunicados de alguna manera por dentro.

—Tú me dirás. ¿Se te ocurre otra explicación para lo que vi?

—Pues no sé, chico, no entiendo nada. ¿Qué pasa con esa dichosa cafetería?

—No estoy hablando ahora de la cafetería. Estoy hablando del portal del edificio por el que ella salió a la calle.

—¡Ay hijo, arranca ya, que me tienes en un sinvivir con tanto rodeo!

—Según he averiguado, Begoña Argenta murió en el incendio de una de las viviendas de ese edificio, concretamente el segundo A.

—Pues sí que es raro, sí. Muy casual me parece todo —sentenció *Ama*—. ¿Qué te está rondando por la cabeza?

—No lo sé con exactitud. Pero sé que algo ocurre en ese lugar.

—¿Has mirado a nombre de quién consta ese piso en el Registro de la Propiedad?

Aimar miró fijamente a su madre. En su estado, seguía siendo una mujer perspicaz e inteligente. Siempre lo había sido.

—Sí. Es propiedad de una señora empadronada en otro piso del casco viejo. Una anciana llamada Sofía Arrizabalaga.

—Bueno, tendrá el piso ese del incendio alquilado o algo.

—No. Y lo más curioso no es eso. Lo más curioso es que Sofía Arrizabalaga no es propietaria solo del segundo A de ese portal. Es titular de otros cuatro pisos más de los portales adyacentes, los más próximos a la cafetería.

—Esa anciana, Sofía, es rica, entonces.

—No sé si se le puede llamar rica a alguien que está cobrando una pensión de jubilación de setecientos euros. Algo no cuadra.

—¿Y el otro piso? Ese en el que murió el hijo de Begoña en la explosión de gas.

—¿El de las Torres Isozaki?

—Sí. ¿A nombre de quién está?

—Es propiedad de una empresa radicada aquí. “Traducciones El Helecho Rojo, S.L.”.

—¿Y qué hacía el hijo de Begoña Argenta aquel día allí?

—No lo sé, *Ama*.

—Mmm... ¿Y el piso de Consuelo?

—¿Te refieres al piso de Basurto donde vive la sospechosa?

—Sí. No me digas que se te ha olvidado comprobarlo —le recriminó—. No sé dónde tienes la cabeza últimamente.

—Es una comunidad de bienes de varias personas. Ninguna de ellas aparecía en la libreta que el asesino del *blog* guardaba en su pensión —contestó él mientras abría la ventana de la habitación para que se aireara.

—¿Qué te ocurre, hijo?

Ama sabía detectar cualquier alteración en su estado de ánimo, por muy insignificante que esta fuera.

—Tengo el presentimiento de que el caso del asesino del *blog* no es tan sencillo como nos han hecho creer.

—Pues sigue lo que te dicte tu corazón, hijo. Nunca te ha fallado. Yo sé que tú tienes un objetivo en la vida que Dios te ha reservado. Todos nacemos con un propósito, pero solo muy pocas personas tienen un destino especial. Yo sé que tú eres una de esas personas. Tú viniste al mundo para cumplir los designios que Dios te tiene preparados. Quizá tu misión en la vida sea desentrañar este misterio.

—No empieces, *Ama* —le dijo. Se sentía incómodo cada vez que ella le hablaba de esa forma. Ella lo hacía para animarle pero lo que *Ama* no sabía era que no era necesario que se lo repitiera constantemente. En su interior, él había tenido muchas veces una intuición parecida respecto del sentido de su propia existencia. Ayudar al débil, resolver las injusticias. Pero su madre iba más allá; hablaba de él como si fuera el nuevo Mesías. ¿Y si *Ama* tenía razón y su misión en la vida era algo aún más especial que socorrer al desprotegido? —Creo que ese criminal, Peter Magnusson, está relacionado con las muertes de Begoña Argenta y de su esposo, y quizás también con la del hijo de ambos.

—No siempre es cuestión de creer sino de saber mirar, hijo.

—Sé dónde tengo que mirar, *Ama*. Lo sé perfectamente.

—Querrás decir en quién tienes que mirar —le corrigió ella enfatizando la pronunciación del pronombre “quién”.

—Ella. La clave está en la sospechosa.

—Consuelo —dijo *Ama* bajando el tono de su voz.

—Sí, Consuelo.

—Ten cuidado, hijo. Todo esto me da muy mala espina.

—*Ama*, no empieces.

Se alejó de ella lentamente, no le apetecía aguantar uno de sus sermones. Sabía que sus consejos generalmente eran acertados, pero no estaba dispuesto a que volviera a soltarle el discurso de que la gente era mala por naturaleza y que tarde o temprano todo el mundo acababa traicionándole. El caso era que así había sucedido toda su vida, pero no necesitaba que ella se lo recordase a cada segundo. Además, seguir hablando con *Ama* podía suponer aumentar el riesgo de que terminara metiendo la pata contándole aquello que aún no se había atrevido a revelar. Quizás otro día, cuando se sintiera más preparado. No tenía tiempo que perder. Si no variaba su horario habitual, Consuelo estaría llegando ahora mismo a su piso de Basurto para el almuerzo. Con un poco de suerte llegaría a tiempo para apostarse en el bar que daba a la fachada del bloque de viviendas y vigilaría el portal atento a cualquier salida que ella hiciera. Tenía todo el tiempo del mundo. Pero... un momento. ¿Acababa de pensar en la sospechosa llamándola Consuelo? De nuevo había vuelto a ocurrir. El poder de persuasión que ejercía *Ama* sobre él a veces le asustaba. Lo cierto era que ahora que le había puesto un nombre, la sospechosa había adquirido un cierto matiz misterioso de lo más atractivo. ¿Qué clase de mujer se ocultaba tras aquella indumentaria conservadora que no encajaba demasiado bien con la edad que aparentaba tener? ¿Cómo hablaría Consuelo? ¿Cómo olería Consuelo? Abrió la puerta y salió a la calle con determinación. Consuelo le esperaba.

10.

Calíope Megalos se abrazó al cuello de su progenitor. Dimitri era un hombre orondo, con una tupida barba negra que le llegaba hasta la altura del pecho, y con una presencia rotunda y en cierto modo intimidatoria. Iba ataviado con una especie de camisola de lino blanco excesivamente amplia, que no conseguía disimular el tamaño de su abdomen. Algo parecido sucedía con las bermudas del mismo color que cubrían la parte alta de sus muslos. Tampoco daba la sensación de que a él le importara lo más mínimo la impresión que causaba en los demás. Cada uno de sus gestos, incluso el tono grave de su voz, contribuían a mostrar una apabullante seguridad en sí mismo. Pero toda esa aparente fortaleza había desaparecido en el momento en el que había visto a su hija abalanzarse sobre él. Mechero incluso creía haber advertido como las lágrimas de emoción humedecían ligeramente las pupilas del hombre cuando Calíope le había saludado de aquella manera tan efusiva.

—Papá, te presento a Anne Wellington y a su hermano, Mechero.

—¿Mechero? —preguntó el hombre.

—Es un apodo, señor. Mi nombre verdadero es Jean-Baptiste Florien, pero todo el mundo me conoce como Mechero —contestó el joven. Aún no se había acostumbrado del todo a aquella identidad falsa que recientemente había adoptado.

—Encantado de conocerles. Calíope ya me ha contado que han visitado la *drakospita* del monte Oqui —añadió Dimitri extendiéndoles la mano. Aunque su pronunciación era bastante desastrosa, su inglés era fluido—. ¿Están ustedes interesados en los descubrimientos arqueológicos de la isla de Eubea?

—Verá, señor —dijo Anne después de carraspear—. Lo cierto es que mi hermano y yo somos muy aficionados a la arqueología griega. De hecho, estas vacaciones las habíamos concebido expresamente para explorar la isla y disfrutar de las *drakospita*. Conocimos a un hombre en una de las excursiones con el cual congeniamos y acordamos con él hacer la visita al monte Oqui juntos. El caso es que habíamos quedado en el hotel Medusa, pero parece que se lo haya tragado la tierra.

—Koldo de Andrés. Profesor universitario del País Vasco. Y un saqueador de ruinas —dijo Dimitri—. Ese hombre no solo se ha llevado parte de un grabado de la casa de gigantes del monte Oqui, sino que, por si fuera poco, ha dañado el resto de la composición. ¿Por qué quieren encontrarle después de lo que ha hecho? No lo entiendo.

Calíope miró a su padre preocupada. Ante su insistencia, Mechero había acabado contándole parcialmente la verdad. Le había revelado que Anne y él formaban parte de una organización cultural dedicada al análisis de antiguos textos escritos en las lenguas clásicas y en otros idiomas minoritarios. Durante uno de sus trabajos de investigación, habían dado con un importe hallazgo. Al parecer, muchos de los antiguos pueblos que habitaban Europa en el pasado albergaban, en sus respectivas mitologías y culturas, referencias a una extraña profecía relacionada con el inminente fin del mundo y con una raza de gigantes que lo habían poblado antes de que lo hiciera el ser humano. Anne y Mechero estaban convencidos además de que el origen del euskera, la lengua

propia de los vascos, estaba directamente relacionado con ello. Ellos sabían que el profesor Koldo de Andrés estaba realizando su propia investigación paralela sobre el asunto y todo apuntaba a que ahora mismo era la persona que más sabía sobre el tema. Probablemente ya habría averiguado todos los entresijos de aquel extraño augurio y sabría mejor cómo interpretarlo. Desde un punto de vista antropológico se trataba de un gran descubrimiento, pero lo que lo hacía más interesante aún era que todo apuntaba a que la profecía estaba a punto de cumplirse. Necesitaban encontrar cuanto antes a Koldo de Andrés para que les ayudara a descifrar aquel enigma. Pero el profesor había desaparecido de la faz de la tierra. No habían sido capaces de localizarle en todo este tiempo. La última pista que tenían era que se encontraba en la isla Eubea.

—Verá, señor —dijo Mechero—. Le vamos a contar la verdad. Anne y yo trabajamos para una fundación. Nos dedicamos al análisis de viejos textos escritos en latín, griego y en algunas lenguas minoritarias. No sé si ha oído hablar del euskera, la lengua del País Vasco. Nuestra última investigación versaba sobre un antiguo códice medieval que incluía un mensaje oculto relacionado con el origen de ese idioma. El caso es que sabemos que el profesor Koldo de Andrés ha investigado esta cuestión en profundidad. Es una eminencia en este campo. Por eso necesitamos encontrarle cuanto antes. Estamos en un punto muerto y no sabemos por dónde continuar en nuestro análisis. Supimos que había venido a Grecia, a esta isla...

—¿Una fundación? —le interrumpió Dimitri.

—Sí, una fundación cultural —contestó Mechero. Anne le fulminó con la mirada. No podía creer que el joven le estuviera contando todo aquello. Definitivamente había perdido la cabeza tras desmayarse en el monte Oqui.

—¿Ustedes son de allí, del País Vasco?

—Trabajamos allí, sí. Mi familia procede de allí. Anne es de Inglaterra.

—¡Fuera! —gritó Dimitri inesperadamente.

—Pero papá, ¿qué te pasa? —le preguntó Calíope.

Anne y Mechero se miraron sin saber cómo reaccionar. Calíope conocía perfectamente los ataques repentinos de ira que solía tener su progenitor pero aún así le sorprendió que actuara así delante de dos extraños.

—Señor, por favor, necesitamos saber qué era lo que estaba investigando Koldo de Andrés en la isla... —trató de argumentar Anne.

—¡Fuera ahora mismo los dos de aquí! ¡Fuera! —volvió a gritar el hombre empujándolos de manera violenta hacia la puerta.

—¡James O'Connor! —gritó desesperado Mechero. El hombre se detuvo en seco y retrocedió unos pasos. La cólera desapareció de su mirada.

—¿Qué acaba usted de decir? —balbuceó.

—James O'Connor —repitió el joven—. Nos dijo que acudiéramos a usted en caso de necesitarlo.

11.

El museo de arqueología de Caristo llevaba seis meses cerrado debido a unas obras de remodelación cuya ejecución se estaba retrasando más de lo inicialmente previsto. Una maraña metálica de andamios y contenedores de escombros sepultaban las principales fachadas, afeando aún más la ya de por sí sobria y austera arquitectura del edificio. Dimitri Megalos había conseguido convencer sin dificultad a la directora del museo, una prima segunda suya, de que les dejara entrar a pesar de estar prohibido el acceso al público. Una vez en el interior, se dedicó a pasear por las galerías mostrando con orgullo las diferentes exposiciones. Los yacimientos repartidos por toda la isla de Eubea habían sacado a la luz varios interesantes tesoros arqueológicos procedentes de diferentes culturas que habían poblado la zona. Calíope se había quedado en la cafetería a la espera de que llegara el siguiente grupo de turistas que había contratado la visita al monte Oqui. Anne Wellington y Mechero observaban extasiados las vitrinas, tratando de adivinar la razón exacta por la que Dimitri les había traído hasta allí.

—Si me hubieran dicho antes que eran ustedes amigos de mi viejo colega James, les habría atendido con gusto desde el principio —se disculpó.

—Deberíamos haberle dicho la verdad —dijo Mechero—. El problema es que por lo que he hablado con ella, Calíope no sabe qué es la Fundación Petunia ni que usted es Mayor del Jardín del Mar Adriático. No queríamos arriesgarnos a meter la pata.

—Y así seguirá siendo. No quiero que mi preciosa hija se vea involucrada de ninguna manera en los tejemanejes de la Fundación. Su madre me hizo prometer antes de morir que jamás le contaría nada a Calíope. Y me alegro de no haberlo hecho, la verdad.

—¿De qué se conocen el profesor O'Connor y usted? —preguntó Anne. No estaba segura del todo de que Mechero no le hubiera contado más de la cuenta a Calíope. Tendría que tener una conversación seria con él.

—Nos conocemos desde hace muchos años. Cuando entré a formar parte de la organización, James fue uno de mis mayores apoyos para llegar hasta donde conseguí llegar. Ingresé lleno de ilusión y con miles de proyectos en mente. No me podía creer que un grupo de prestigiosos expertos pusieran en valor los descubrimientos de los yacimientos de esta isla. Por fin alguien se había atrevido a ir más allá y a tratar de discernir el origen de las *drakospita*. Pero, por lo que veo, creo que James aún no ha tenido conocimiento de mi renuncia.

—¿Su renuncia? ¿Ha abandonado usted la Fundación? —preguntó Anne esperanzada con la posibilidad de que hacerlo fuera posible.

—He renunciado a mi cargo como Mayor del Jardín del Adriático. Ustedes deben de saber ya que no es fácil abandonar del todo la Fundación. Si por mí fuera, lo habría hecho hace tiempo. Pero me temo que no me lo iban a permitir. Así que, de momento, he optado por bajar mi perfil. Al menos hasta que encuentre la forma segura de abandonar la organización sin poner en peligro a Calíope. Los Caducos se han hecho más fuertes que nunca tras los acontecimientos ocurridos en el invernadero y en la biblioteca de Bilbao. Santiago Valls y sus secuaces lideran a los Caducos de la mayoría de los jardines. Dirigen la Fundación con mano férrea. Y lo peor es que su ideología

reaccionaria se ha agudizado aún más si cabe. Se ha desatado una oleada de pánico hacia los Revolucionarios. Se da por hecho de que son ellos los responsables de todo lo sucedido. Ha habido una purga en un gran número de jardines y muchos mayores han abandonado sus puestos de manera forzada. Conmigo no tuvieron tiempo. Renuncié yo antes de que me lo pidieran.

—¿Pero por qué? —preguntó Mechero—. ¿Por qué este enfrentamiento? ¿Todo esto es por culpa de las ideas que propagó ese monje de la Edad Media, Hugo el Potevino?

—¡Mechero, cállate! —le gritó Anne. El joven estaba entrando en un terreno muy peligroso. Era increíble que hablara tranquilamente con Dimitri Megalos sobre el personaje más odiado por los Caducos, que lo consideraban un hereje. Poco antes de que el invernadero de las Torres Isozaki de Bilbao volara por los aires, Mechero había descubierto en la biblioteca de la Fundación que alguien había dejado allí una tesis que analizaba la ideología subversiva de aquel monje francés del siglo XII conocido como El Potevino. A Mechero no se le había ocurrido otra cosa que sacar a escondidas aquel documento de la biblioteca y llevárselo al invernadero. Él mismo le había dicho que estaba convencido de que la explosión había sido motivada precisamente por ese hallazgo. Begoña Argenta pensaba lo mismo. Por eso habían fingido la muerte de Mechero, para que quien fuera que hubiera atacado el invernadero pensase que había fallecido.

—Tranquila, Anne —dijo Dimitri—. Aunque el joven Mechero acaba de cometer una imprudencia, no tienen nada que temer conmigo.

—Entonces cuéntenos de una vez cuál es esa vuelta a los orígenes que defendía Hugo el Potevino y por qué los Caducos están empeñados en que no triunfe esa idea —rogó Mechero. Anne suspiró desconcertada. Esperaba que el padre de Calíope fuera de fiar y no los estuviera engañando.

—No les puedo contar todo. Ese es un conocimiento al que solo se accede en el último estadio del proceso iniciático dentro de Petunia. Hice un juramento de honor. Además, no me quiero ni imaginar las consecuencias que tendría revelárselo. La vida de mi hija Calíope me importa más que nada en este mundo. Los Caducos gobiernan con mano dura la Fundación desde hace siglos. Ha habido algún intento de volver a los orígenes, pero sin ningún éxito. Al final han conseguido imponer su doctrina con unos métodos nada amables. A veces me pregunto si yo mismo conozco de manera completa esa verdad o puede que se me haya ocultado parcialmente. Lo único que les puedo decir es que se trata de una vieja guerra. Dos formas de concebir el mundo y la realidad. Dos caras de un espejo en el que los Caducos han cubierto deliberadamente uno de los lados con un tupido velo.

Mechero intentó persuadirle para que accediera a contarles ese misterioso conocimiento. Pero no hubo manera. Anne tuvo que intervenir para hacerle desistir, temerosa de que Dimitri Megalos acabara harto y decidiera dar por terminado aquel encuentro.

—Señor Megalos, ¿por qué nos ha traído a este museo? —preguntó Anne.

El padre de Calíope les hizo pasar a una de las galerías ubicadas junto a los despachos de la directora y los funcionarios. Nada hacía presagiar que aquella estancia contuviera nada especialmente relevante. A simple vista pasaba desapercibida, con tan solo un par de vitrinas dedicadas a objetos con origen desconocido. Dimitri Megalos se detuvo frente a la más pequeña.

Una espesa capa de polvo cubría el cristal. Tuvo que utilizar la manga de su camisola para quitar la suciedad y que Anne y Mechero pudieran ver el objeto que se conservaba en su interior.

—Observen este trozo de cerámica —les dijo.

Anne miró el cubículo. Una pequeña pieza, probablemente la parte abombada de alguna vasija, descansaba en su interior. Por fuera, un sobrio cartel anunciaba de qué se trataba. “*Cerámica. Monte Oqui.*”

—En 1959, el profesor Niki Moutsopoulos halló en la *drakospita* del monte Oqui varios trozos de cerámica, cerraduras y algún que otro resto. La mayoría no tienen el menor interés. Sin embargo, hay dos que llamaron poderosamente la atención de los arqueólogos. Una de ellas es la que tienen ustedes delante. Mírenla bien. ¿No ven lo especial que es?

Mechero pegó su nariz al cristal, con el ánimo de adelantarse a Anne y pronunciarse primero.

—Hay algo escrito, ¿verdad? —preguntó Anne desde atrás. Mechero se cruzó de brazos.

—Así es —contestó Dimitri—. Esos signos corresponden a una escritura desconocida. Nadie ha sido capaz de descifrar su significado. Bueno, al menos no del todo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Anne.

—Margarita Toledo. Es de Pamplona, cerca de donde ustedes viven. ¿La conocen?

Anne y Mechero negaron con la cabeza.

—Es una de las arqueólogas que han analizado la pieza desde que se descubrió el siglo pasado. Tiene que ser ya bastante mayor, probablemente no ande lejos de los noventa años. La señora Toledo se obsesionó con el estudio de esta pieza. Estaba convencida de que se trataba de la misma escritura que había hallado durante una expedición en una cueva de Rumanía... No recuerdo ahora el nombre.

—¿En una cueva? —preguntó Mechero.

—Sí. En los años noventa se descubrió en Rumanía una espectacular galería subterránea de cavernas de varias decenas de kilómetros de longitud que hasta ese momento habían pasado inadvertidas para casi todo el mundo. Un niño desapareció misteriosamente mientras paseaba con sus padres por un bosque. Hallaron su chaqueta junto a lo que parecía la abertura de una sima. El equipo de espeleólogos que acompañó a la policía durante el rescate, sacó a la luz aquella maravilla de la naturaleza. Desgraciadamente, también descubrieron que el niño había muerto al caer desde una altura de seis metros. La mayor parte de las cuevas estaban inundadas por agua pero, en una de ellas fueron descubiertos extraños signos grabados sobre la roca. Nadie pudo determinar su antigüedad. Margarita Toledo visitó con su equipo el lugar y reconoció en esos signos alguno de los que ustedes están viendo ahora mismo escritos en esta pieza de cerámica. Aunque no tuvo suerte y la mayoría de sus colegas se le echaron encima. Ella misma me confesó que se encontró con una oposición casi irracional por parte de los académicos. En algunos casos incluso hasta se publicaron artículos repletos de injurias dirigidas hacia su persona tratando de menoscabar su reputación. En el fondo yo creo que no soportaban que una mujer se atreviera a cuestionar lo históricamente admitido por una doctrina impuesta casi mayoritariamente por hombres. La acusaron de manipular las pruebas y querer a toda costa alcanzar la fama. Al parecer, aunque tenían una ligera semejanza, faltaban ciertos trazos para concluir que los caracteres de las cuevas y los de la cerámica fueran totalmente idénticos. La señora Toledo insistió en que la

escritura de esta pieza hallada en la *drakospita* era una evolución de la descubierta en las cavernas de Rumanía, que sin duda era varios milenios más antigua. Siempre recordaré el símil que solía poner en sus intervenciones ante la prensa. Si la lengua encontrada en las cuevas de Rumanía era el latín, la escritura de la cerámica de la casa de dragones era una evolución natural de la misma, como el castellano o el italiano. Nadie la creyó y su carrera poco a poco fue hundiéndose. Creo que ahora vive en una residencia de Navarra. Si no ha muerto ya.

—Pero... ¿consiguió descifrar esos mensajes? —preguntó Mechero.

—No lo sé, joven. Lo último que sé es que durante sus últimos años en activo, trató de divulgar en las revistas más prestigiosas un estudio que afirmaba que aquella extraña lengua pertenecía en su origen a una antigua civilización olvidada que dominó parte del mundo. Al final, ese trabajo fue publicado por una revista sensacionalista dedicada al esoterismo. Ni qué decir tiene que nadie prestó la mínima atención. Y poco a poco, Margarita Toledo fue cayendo en el olvido.

—¿Usted la creyó? —preguntó Anne. Dimitri Megalos permaneció en silencio unos segundos antes de volver a hablar.

—Antes les he comentado que junto a esta pieza se encontró otra de extraordinario valor.

—¿De qué se trataba? —preguntó Mechero.

—Un trozo de un collar. Pero no un collar cualquiera. Aunque desgraciadamente alguien lo consideró de su propiedad y lo robó. No se ha vuelto a saber de él.

—¿Qué tenía de especial esa joya? —se interesó Anne.

—La pieza en sí no mucho. Me refiero a que el material y los dibujos que contenía no llamaron especialmente la atención.

—¿Entonces? —preguntó Mechero.

—El collar estaba incompleto. Solo se conservaba parte de la medalla. Lo curioso era el tamaño de la cadena, que era desproporcionadamente grande. Muchos sostuvieron entonces que debía de tratarse del adorno de algún caballo o de un carruaje. Puede que tuvieran razón, quién lo sabe. El caso es que cualquier persona que se lo pusiera encima acabaría con una lesión cervical debido al peso. Eso sí conseguía primero ajustárselo a base de darle un par de vueltas alrededor del cuello.

—Los gigantes de las *drakospita* —añadió el joven—. Era el collar de un gigante.

—Bueno, esa joya era mucho más reciente en el tiempo, joven. Si es verdad que existieron esos seres, no creo que viviese ninguno en la época en la que fue fabricada.

—¿Usted cree en la posibilidad de que existiera una raza de gigantes sobre la faz de la Tierra? —preguntó Anne sintiéndose ridícula.

—Mire. Calíope y yo pertenecemos a una familia arraigada en esta preciosa isla desde hace siglos. Las mujeres de esta familia han ido transmitiendo generación tras generación multitud de leyendas acerca de los gigantes que poblaron una vez el mundo. Aún recuerdo a mi abuela, que en paz descansa, contarnos esas historias durante las sobremesas de las comidas familiares. Nadie osaba rebatirle ni el más mínimo detalle de su discurso. ¿Saben por qué?

—¿Por qué? —reiteró Anne.

—Porque creía firmemente en ello. Todos nuestros antepasados creían sin ningún tipo de duda en la existencia real de estos seres mitológicos. En la propia cultura griega, hay varios relatos acerca de los titanes y de los propios gigantes, que eran parecidos, pero no iguales. Yo no tengo una fe tan ciega como otros de mis parientes, pero creo que detrás de toda leyenda siempre se oculta una historia real —contestó Dimitri.

—Vamos, que cuando el río suena agua lleva —puntualizó Mechero.

—¿Usted cree que esa lengua, si se le puede llamar así a esos signos esculpidos en este trozo de cerámica, era el idioma que hablaban esos gigantes? —preguntó Anne. Quería ir más allá para saber qué pensaba realmente el padre de Calíope. No podía quitarse de la cabeza el hecho de que pudiera estar en esos momentos ante una de las muestras escritas más antiguas del euskera. La idea era descabellada, pero aun así latía con fuerza en el mar revuelto de sus pensamientos.

—Mi abuela me solía contar de pequeño que la antigua lengua de los gigantes era hermosa, casi poética. Y hasta cierto punto ingenua. Deliciosamente emotiva. Ella solía decir que los gigantes tenían una mirada mágica, pero que en realidad todo su poder residía en la belleza que encerraban sus palabras. Estoy convencido de que Margarita Toledo dio en el clavo en su investigación. Lástima que la historia haya ignorado su descubrimiento.

Anne rodeó la vitrina y observó la pieza desde todos los ángulos. No quería que se le escapara ningún detalle. El códice 60 era considerado hasta el momento el testimonio más antiguo de frases completas redactadas en euskera. ¿Y si aquel pequeño trozo de vasija fuera en realidad esa primera prueba escrita de la lengua vasca o incluso de la lengua que evolucionó hasta convertirse en el euskera?

—¿Qué representa el grabado que hay en el dintel de la *drakospita* del monte Oqui? —preguntó.

—Nadie sabe a ciencia cierta lo que representa. Personas corriendo, bailando o quizá saltando de alegría. Tampoco ha podido demostrarse su antigüedad ni si es coetánea a la propia *drakospita* en sí o es posterior.

—En el dibujo aparecía alguno de esos seres tumbado en el suelo —apuntilló Mechero—. Tenían que estar muertos. Y los demás corriendo, huyendo de una nube.

—Creo que usted ve lo que quiere ver, joven —contestó Dimitri.

—Suponiendo que eso que dice Mechero sea una nube, ¿qué aparecía representado originalmente en el trozo que hay entre la nube y esos seres? ¿Tiene usted idea de por qué lo ha robado Koldo de Andrés?

—No lo sé. Supongo que lo querrá analizar por algún motivo, pero les aseguro que lo que él se ha llevado no tiene nada de especial. Ese grabado ha pasado totalmente desapercibido durante siglos, por lo menos para los forasteros. Una revista de arqueología insinuó en su día que había sido añadido mucho después de la fecha en la que las casas de dragones fueron levantadas, que tan solo se trataba de un fraude. Un recurso turístico intencionado. La gente de aquí siempre hemos sabido que estaba ahí, al igual que hay un par de ellos parecidos repartidos por otras *drakospita*. Ahora que el señor De Andrés le ha aplicado esa sustancia para hacer más visibles los trazos, me temo que ya no va a pasar tan inadvertido.

—Calíope nos dijo que el grabado que falta a la izquierda del dintel, desapareció hace tiempo, que alguien se lo llevó. ¿Sabe usted qué contenía? —preguntó Anne.

—Me temo que no —contestó él—. Como ya les he dicho no es la primera vez que ha habido saqueos de ruinas en la isla de Eubea. Ese trozo que falta fue arrebatado a la *drakospita* del monte Oqui a finales del siglo XIX, durante una incursión de varios amigos de lo ajeno. Pero no se conserva ningún registro de lo que allí había representado.

—Calíope me habló de que en las leyendas locales se cree que los gigantes pueden regresar a través de los agujeros que hay en los tejados de las *drakospita* —añadió Mechero—. ¿Usted cree que hay algo de cierto en eso?

—Sinceramente creo que dentro de nuestra rica mitología hay partes de las leyendas que son mera fantasía, añadiduras que el devenir de los siglos ha ido adicionando a los relatos originales. Quizás tenga algo que ver con esa mención que se hace en la profecía de la que me han hablado ustedes antes. La apertura de la puerta y el regreso de los gigantes. Pero ¿quién sabe a qué puede estar refiriéndose esa parte de la historia!

—Mañana nos vamos de Grecia, señor Megalos —dijo Anne—. Todo apunta a que Koldo de Andrés ha abandonado ya el país. Al menos esa es la información que le ha llegado al profesor O'Connor. Por favor, en caso de que necesitemos volver a hablar con usted, ¿podremos contar con su ayuda?

—No lo duden. Ustedes son amigos de James. Se lo debo. Eso sí, les ruego guarden la máxima discreción en cuanto a lo que les acabo de contar. No quisiera llamar la atención de los Caducos... Y tengan cuidado, por favor. Por lo que me ha contado Calíope, los vestigios hallados en la *drakospita* del monte Oqui están muy solicitados. Si hay alguien más que está buscándolos, puede que ustedes dos sean un estorbo si se encuentran en su camino.

—No se preocupe —dijo Anne—. Tendremos cuidado. Muchas gracias por todo, señor Megalos.

Se despidieron de él a la entrada del museo. Mechero sacó del bolsillo de su chaqueta una papelina y una pequeña bolsa transparente que ocultaba algún tipo de vegetal.

—¿Eso no será ...? —preguntó Anne.

—¿Un porro? No tranquila. Desde que me desmayé en la *drakospita* se me han quitado las ganas de fumar maría. Menudo cuelgue me dio. No pensaba que los efectos me iban a durar desde la noche anterior.

—Me parece bien. A ver si dejas ya esa porquería y te centras un poco —le reprendió. Se preguntó cómo se las apañaba para conseguir la droga para los canutos sin que ella se diera cuenta.

—Venga, pelirroja, no quieras ser mi madre también. Bastante tienes con lo tuyo —le dijo él señalando el vientre de la jardinera—. Por cierto, ¿qué te ha parecido el padre de Calíope?

—Un señor muy agradable. Estoy casi convencida de que esa escritura es el primer testimonio de la lengua que dio origen al euskera que conocemos hoy en día.

—Miente —dijo él de manera tajante.

—¿Cómo?

—Que miente. Dimitri miente. No me digas por qué pero lo sé. No nos ha dicho toda la verdad.

—Pues a mí me ha parecido de lo más considerado. Nos ha dado incluso más explicaciones de las que buscábamos.

—No sé. Mi instinto me dice que algo no encaja del todo. Pero bueno, que pueden ser paranoias mías. Nunca te fies de un porrero —sonrió él.

—Anda, déjate de bobadas y volvamos al hostal. El vuelo sale a las siete mañana. Tenemos que hacer la maleta y acostarnos pronto.

Mechero asintió mientras terminaba de liarse el cigarro. No le hacía ninguna gracia tener que irse tan pronto de allí. Había algo que le ataba de alguna manera a aquel lugar. A pesar de que su aventura griega no había comenzado con buen pie y de que su identidad impostada había estado a punto de ponerle en un aprieto, al final había disfrutado del viaje. Desde la muerte de Begoña y Juan Mari no había tenido prácticamente ni un momento de distracción que le hiciera olvidar, aunque fuera temporalmente, el vacío que sentía por dentro. Sus padres adoptivos habían muerto por culpa de la Fundación Petunia. Puede que por diferentes motivos, pero la causa última residía en aquella organización. Se sentía culpable por no haber tenido el valor de enfrentarse a todos y vengar su muerte. No podía olvidar que seguía perteneciendo a aquel jardín corrupto. Había hablado de ello con Anne en más de una ocasión. Ella tenía un sentimiento parecido desde que había averiguado que la muerte de su amada abuela Mary Anne Merrick no había sido fortuita, sino motivada por su posición de poder dentro de Petunia y probablemente debido a sus ideas renovadoras. Anne estaba convencida de que tarde o temprano conseguirían descubrir los verdaderos motivos que habían provocado tanto dolor y, con un poco de suerte, cambiar las cosas. Él, sin embargo, cada vez que pensaba en ello volvía a sentir aquella profunda sensación de tristeza y soledad. La isla de Eubea había limado un poco la herida. Tenía que reconocer que, a pesar de no haber conseguido dar con Koldo de Andrés, había disfrutado de aquella experiencia. Su corazón no había logrado recomponerse del todo pero sí que había vuelto a sentir crecer la esperanza en su interior. ¿Existía aún la posibilidad de ser feliz después de tanto sufrimiento? Dio una calada profunda y sonrió. Claro que sí. Por supuesto que existía. Y sabía exactamente quién era la culpable de aquel sentimiento tan agradable.

12.

Calíope miró a Mechero con cara de extrañeza. En esta ocasión dejó a un lado toda su simpatía innata con la intención de no confundir aún más al joven. Que le hubiera llamado “amigo” unas cuantas veces no significaba que quisiera nada con él ni mucho menos que sintiera algo especial. Estaba harta de que los hombres interpretaran su lenguaje corporal y su forma de ser del modo equivocado. ¿Es que acaso tenía que comportarse de manera brusca y ruda para que no hubiera malentendidos? No era la primera vez que le pasaba. Había habido un par de ocasiones en las que incluso había sido víctima de tocamientos por parte de su profesor de inglés y de un amigo de su padre por culpa de lo que ellos habían juzgado como una invitación sexual. En los dos casos Dimitri Megalos se había encargado de que pagaran caro lo que habían hecho. No había sido necesario acudir a la policía. Cuando se lo contó, su padre le dijo que la isla de Eubea era demasiado pequeña como para montar un escándalo. Lo mejor era solucionar las cosas a su manera. Lo cual se tradujo en un par de palizas que hicieron que los dos abusadores acabaran en el hospital. Y ahí se acabó el problema. No volvieron a molestarla.

Estaba harta de que la juzgaran por su físico. Cuando comenzó la pubertad, su madre le había aconsejado disimular su voluptuosidad con ropa ancha y colores poco llamativos. Pero Calíope se resistió y la desobedeció. ¿Por qué tenía ella que cambiar su forma de vestir? Por aquel entonces era mucho más tozuda y valiente que ahora. Habían pasado unos cuantos años y todas las experiencias desagradables que había vivido le habían hecho dudar. Más de una vez había llegado a pensar que quizá su madre tuviera razón. Cuando murió, estuvo a punto de tirar la ropa de su armario a la basura y comprar otra más adecuada a los ojos de su progenitora, pero su abuela paterna, que la sorprendió haciendo trizas una blusa, le quitó la idea de la cabeza. *“No permitas que nadie te diga cómo tienes que ser o cómo te tienes que vestir. Eres preciosa, Calíope, y una joven encantadora. No hay nada de malo en ello. Recuérdalo siempre, mi vida. Eres un ser libre. Vuela de la forma y tan alto como tú quieras volar”*. Las palabras de su abuela le sirvieron para recapacitar sobre lo que ella siempre había sentido. Y a pesar de los dos episodios de abusos que había sufrido y del dolor que le causaron, consiguió sobreponerse y no dejar de ser ella. Seis meses de aprendizaje en una escuela de defensa personal le ayudaron a sentirse más segura y a perder el miedo. O por lo menos a que este no dominara su vida.

—Mechero, me sabe muy mal decírtelo así pero es que no siento lo mismo —le dijo tratando de no herirle. Mechero era un buen chaval, nada que ver con los hombres malvados con los que se había cruzado en su vida. No fue del todo sincera con él. Le caía bien, eso no podía negarlo. Le parecía tremendamente inteligente e incluso guapo. Pero no hasta el punto de sentir algo más profundo por él.

—Creía que tú y que yo...

—No sigas por ese camino, por favor. Mira, si lo que pretendes es echar un polvo antes de marcharte de Grecia, lo llevas claro.

Mechero la miró con el corazón en un puño. No, por supuesto que no quería echar simplemente un polvo. No es que no lo deseara, pero no de esa manera. Las palabras y el tono de Calíope estaban borrando a marchas forzadas el cariz romántico que él había presupuesto que iba a tener aquella conversación.

—No sé si esto es amor, pero me molas —intentó argumentar—. Me molas desde que te vi la primera vez en la cafetería. No sé, y cuando me reanimaste después de que me desmayara en la *drakospita*... En serio, me pareces una tía que vale la pena. Te veo y siento algo por dentro...

—Te he dicho que pares —le interrumpió ella tapándole la boca con su mano derecha—. Hagamos una cosa. No fastidiemos esta última noche juntos. Seamos amigos. Es todo lo que puedo darte. Si hubieras sido otro, me habría marchado hace rato. Pero contigo no puedo. Tienes buen corazón. Celebremos nuestra amistad tomándonos un buen vino. Ven, voy a abrir una botella que mi padre guarda para ocasiones especiales.

Él la siguió hasta el almacén de la cafetería. Hacía casi dos horas que habían cerrado al público. Calíope extrajo el corcho con los dientes y le sirvió un poco en una copa. Mechero la observaba embelesado. Tenía unas ganas horribles de llorar y escapar de allí, pero a la vez, no quería desaprovechar esos últimos momentos con ella.

—Dime, ¿qué os ha contado mi padre en el museo? —le preguntó mientras se sentaba en un taburete.

—Nada... Bueno, quiero decir, nos ha enseñado el museo. Es muy majo tu viejo.

—¿Me puedes explicar por qué reaccionó así cuando le dijisteis que trabajabais en esa fundación? Mi padre no me quiere decir nada al respecto.

—No sé, creo que es porque ha tenido alguna mala experiencia con ellos —contestó. Empezó a ponerse nervioso. Dimitri Megalos les había dicho que Calíope no sabía nada de la Fundación Petunia.

—Pero sí que conocía a ese señor... ¿cómo se llamaba? James no sé qué...

—O'Connor. James O'Connor. Es un profesor, un lingüista, uno de los directores de la investigación de la que te hablé. Resulta que es un viejo amigo de tu padre.

—Me parece mucha casualidad, la verdad.

—Sí, un poco sí... —añadió él después de carraspear—. ¿Me echas más vino?

—¿Es que no piensas decirme la verdad?

—¿Cómo? —Mechero no sabía dónde meterse.

—No soy tonta. Sé que mi padre os ha llevado al museo para enseñaros la cerámica que apareció en la *drakospita* del monte Oqui, la que contiene esa escritura que nadie ha podido descifrar. Es por esa lengua de la que me hablaste, la lengua de los vascos. ¿El idioma vasco es la misma lengua que aparece en esa vasija? ¿Es por eso por lo que estáis aquí?

—Calíope, yo...

—Mi padre se piensa que soy una niña y que no me entero de nada, pero sé que lleva una doble vida. Hace años que lo sé. Al principio pensé que tenía una novia que no quería que yo conociera. Piensa que aún no he superado la muerte de mamá, lo cual no es cierto. El caso es que le pillé en varias mentiras o medias verdades. Y un día me dio por espiar su ordenador portátil. Se lo había

dejado encendido en el despacho y me puse a indagar en su correo electrónico. Encontré correos de todo tipo pero hubo unos que me llamaron la atención. Vi que llevaba hablando meses con una mujer, a la que él llamaba Filippa. Yo estaba convencida de que era su novia secreta. Me pudo la curiosidad, no tengo excusa, lo sé. Lo más raro no era el número tan extenso de *e-mails* que se habían mandado el uno al otro, sino que en todas sus conversaciones parecían hablar en clave. No me enteraba prácticamente de lo que se decían. Usaban términos de jardinería y agricultura, algo muy raro. Hasta que en uno de esos correos vi que ambos hablaban de algo que unas veces llamaban Petunia y otras la Fundación. Aunque jamás conseguí entender a qué se referían. Puede que bajaran la guardia en esa conversación, pero me dio la sensación de que ambos trabajaban para esa empresa, o lo que sea.

—Calíope, creo que me debería ir ya a dormir, el avión sale muy temprano y Anne me va a matar como no me despierte a tiempo...

—¿Sois vosotros, no? La fundación para la que trabajáis es la misma para la que trabajan en secreto mi padre y esa mujer, ¿verdad?

Mechero tragó saliva. Deseó con todas sus fuerzas estar en otro lugar. Anne le mataría si se lo contaba. No solo eso. Si algún jardinero se enteraba de que había violado el deber de confidencialidad, podía verse en un serio aprieto. Miró a Calíope incapaz de reaccionar.

—Dime la verdad, por favor. Estoy preocupada por mi padre. No quisiera que estuviera metido en un lío.

—No puedo, Calíope... —trató de evitar responderle mientras se ponía de pie.

—¿En serio? ¿Te vas sin decirme nada? ¿Me vas a dejar así? Pensaba que éramos amigos...

Mechero volvió a sentarse. Claro que eran amigos. Pero Calíope no entendía que precisamente lo que sentía por ella era lo que le hacía pensar que era mejor que ella no supiera nada. Por su bien. Bebió otro sorbo de la copa. La ingesta de alcohol estaba comenzando a afectarle y el autocontrol cada vez era más difícil. Durante un segundo dudó y no le pareció tan mala idea contarle la verdad. Ella lo merecía. Puede que jamás volviera a verla. No se perdonaría dejarla así, sin que conociera y comprendiera esa faceta de la vida de su padre que tanto le preocupaba. En el momento en el que ella colocó su mano sobre su pierna, la coraza que se había autoimpuesto se desmoronó.

—De acuerdo. Voy a contarte un secreto. Pero prométeme que jamás, jamás saldrá de aquí.

Calíope asintió.

13.

Una fina cortina de agua caía de manera persistente sobre los cipreses que, a pesar de los vaivenes del viento, resistían con solemnidad los envites de la tormenta estival, velando desde hacía siglos aquel territorio sagrado. El cementerio de Bilbao estaba ubicado a diez kilómetros de la ciudad, cerca pero lo suficientemente lejos como para que la mera idea de la muerte, con su indeleble cántico premonitorio, no molestara a los ciudadanos en sus quehaceres diarios. El camposanto respiraba sobriedad y recogimiento, dos cualidades que sin duda contribuían a aliviar el dolor de los amigos y familiares que acudían allí día sí y día también a despedirse de un ser querido.

Parapetado bajo un paraguas y a una prudencial distancia del objetivo, Aimar Errekamendi no dejaba de pensar en el dolor que los padres de la pequeña Ainhoa Uria tenían que estar experimentando en esos precisos momentos. Otra alma inocente arrancada de la manera más irracional y salvaje de este mundo. El entierro se estaba retrasando por culpa de las autopsias. Una tía de la pequeña era una acaudalada médica de Durango que había encargado un segundo análisis forense tras mostrarse disconforme con las primeras conclusiones de la autopsia oficial. La rabia y la incredulidad ante un hecho tan espantoso habían llevado a aquella familia a exigir cuantos exámenes fueran necesarios para recabar cualquier pista que pudiera ayudar a la *Ertzaintza* a dar con el asesino. De nuevo se había vuelto a repetir el patrón. La niña había desaparecido días atrás cuando volvía a casa con su hermana mayor en Atxondo. Las dos menores habían quedado con otras compañeras en una cercana campa, en la anteiglesia de Arrazola, donde solían jugar después de la escuela. La hermana mayor se había apartado del camino durante menos de cinco minutos para orinar detrás de unos arbustos y para cuando se había reincorporado la pequeña simplemente se había esfumado. Se habían organizado diferentes batidas por la zona los días anteriores, pero sin resultado. No era la primera vez que Ainhoa gastaba bromas de aquel tipo a su hermana, pero jamás había desaparecido durante tanto tiempo. Un excursionista que ascendía al monte Anboto había encontrado el cadáver junto a la entrada de una pequeña sima muy cerca de una borda para pastores. Vestida de blanco y aparentemente intacta, el joven había entrado en estado de *shock* tras percatarse de que el cuerpo inerte pertenecía a una niña. Afortunadamente, la llamada a los servicios de emergencia la había realizado por acto reflejo al atisbar los pies descalzos sobresaliendo de la cavidad. Al igual que en el crimen de Lorea Eguinalde en el Balcón de Bizkaia, se habían descubierto un conjunto de granos de maíz en el interior de la vagina de la pequeña que habían sido colocados con suma delicadeza para no causar ningún tipo de daño a los tejidos. La tía de Ainhoa se negaba a aceptar el hecho de que la *Ertzaintza* no hubiera dado con ninguna pista en el cuerpo de la niña, ni en el lugar donde fue encontrada, que delatase a su asesino. Había rumores de que incluso había contratado los servicios de una agencia de detectives privados para esclarecer lo sucedido. Algunos hilos de foros de Internet habían llegado a acusar al propio excursionista que había descubierto el cadáver, pero de momento todo eran meras conjeturas y la investigación se hallaba bajo secreto de sumario.

Aimar Errekamendi se ajustó la gabardina mientras una dolorosa quemazón atormentaba su interior. Los recuerdos de su propia infancia se agolpaban en su mente y no pudo evitar sentir un intenso dolor pensando en el sufrimiento de las pequeñas Lorea Eguinalde y Ainhoa Uria antes de morir. El mundo de los adultos era un lugar oscuro y siniestro que alimentaba a demonios disfrazados de seres humanos con los más sádicos instintos. Aquellas dos niñas no habían tenido oportunidad de defenderse. El hecho de que no hubieran sido violadas ni torturadas no podía aliviar el arañazo profundo que desgarraría para siempre las vidas de sus familiares. Al igual que Lorea, Ainhoa había fallecido por insuficiencia respiratoria causada por algún tipo de objeto oprimiéndole la nariz y la boca. A pesar de los esfuerzos de las autoridades por mantener la calma y no alarmar a la opinión pública, el pánico se había desatado desde el mismo momento en el que un periódico sensacionalista había publicado en portada las fotografías distorsionadas de las dos menores junto con un titular que había causado un gran impacto. “*La sorgina secuestra y mata a otra niña en Bizkaia*”. La intencionalidad insidiosa de aquellas palabras rozaba lo delictivo. De nada servía que el único sospechoso de la desaparición de Lorea Eguinalde fuera el hombre con el que algunos testigos aseguraban haberla visto caminar. La culpable de aquellos asesinatos para aquel rotativo era una *sorgina*, una bruja. Aquel personaje mitológico estaba profundamente arraigado en el acervo cultural de la zona y conectaba de manera directa con los miedos infantiles que inconscientemente muchos de los adultos aún seguían conservando. Las leyendas de las brujas robando niños para comérselos encajaban con el *modus operandi* de aquel asesino. No porque las pequeñas hubieran sido asesinadas con tales fines, sino por el mero hecho de esfumarse misteriosamente para aparecer días después, intactas a primera vista, vestidas con aquellos ropajes blancos como si hubieran sido sacrificadas en nombre del Maligno. Desde luego el titular había conseguido su objetivo. La tirada de ese día se había agotado a las pocas horas de salir a la calle y habían tenido que poner a la venta una segunda edición para primera hora de la tarde. Al final *Ama* iba a tener razón. El ser humano era despreciable.

Enfrente suyo observó a Consuelo. Diez días de seguimiento no habían dado aún los frutos que hubiera deseado. La mujer seguía siendo un absoluto misterio. A pesar de ello, había cierta familiaridad en ella que le resultaba de lo más atrayente. Se moría de ganas por hacerse el encontradizo, abordarla por la calle e invitarla a un café. Conocerla. Charlar con ella. Pero sabía que eso era sencillamente imposible. De hacerlo, todo se iría al garete y de nada serviría la investigación que le había llevado hasta ella. No quería ni imaginar la bronca que le echaría *Ama* si caía en la tentación.

Consuelo se dedicaba a salir y entrar a su casa del barrio bilbaíno de Basurto, hacer recados, dar largas caminatas por el paseo del Arenal junto a la ría y pasar un par de horas al día en la biblioteca de Bidebarrieta del casco viejo, donde nunca pedía prestados libros. También solía asistir a misa cada tarde. Le llamaba la atención que una mujer tan joven fuera tan devota. Él hacía años que no pisaba una iglesia. Por supuesto Consuelo no había regresado a la misteriosa librería-cafetería donde la había visto desaparecer. Si lo había hecho desde luego él no se había enterado.

Sin embargo, esa mañana, al verla salir de su casa y dirigirse a la cercana estación de autobuses supo que había variado su rutina. La siguió de cerca en un taxi hasta que se bajó en una parada situada junto a la entrada del cementerio. Primero se había dirigido al panteón familiar donde descansaban los restos de Begoña Argenta, su esposo Juan Mari y el hijo de ambos, Borja. Sus nombres aparecían grabados en unas peculiares placas metálicas con forma de flor abierta colocadas en la fachada principal, bajo los de otros familiares allí enterrados. Se trataba de una pequeña capilla neogótica privada de unos veinte metros cuadrados de superficie a la que entró sin problemas haciendo uso de una llave. Dos estatuas de ángeles adultos a tamaño natural y con cara de pocos amigos flanqueaban el enrejado metálico de la puerta que custodiaba el interior del sepulcro. Consuelo estuvo al menos tres cuartos de hora dentro. Al salir llamó a alguien por el teléfono móvil y, a juzgar por sus gestos y expresiones faciales, la conversación que mantuvo con su interlocutor fue de todo menos amigable. A Aimar le dio la sensación de que había colgado sin despedirse de quienquiera que fuera la persona con la que estuviera hablando. A continuación, se dirigió a la zona norte del camposanto, y se detuvo junto a una tumba mucho más sencilla que las que rodeaban el panteón de la familia de Begoña Argenta. Llevaba allí más de media hora.

Observó cómo Consuelo limpiaba la superficie con un trapo que sacó de su bolso y se hincaba de rodillas en el suelo para rezar algún tipo de oración. Creyó ver lágrimas en sus ojos cuando se incorporó minutos después y depositó un beso lleno de dulzura sobre la cruz que se alzaba en la parte central. Fue en ese momento cuando Aimar Errakamendi detectó a un hombre acechándola. Al principio no le dio mayor importancia y pensó que se trataba de un visitante más del cementerio. Pero cuando Consuelo abandonó la tumba en la que había estado rezando y vio al hombre seguirla a unos cuantos metros por detrás, confirmó sus sospechas. Aimar decidió seguir a ambos. Había algo en aquel hombre que le causaba mala impresión. No se trataba de su corpulencia ni de su forma de andar. Era algo más sutil. Como si desprendiera un halo de peligro y violencia en cada uno de sus gestos. Al pasar junto a la tumba donde se había detenido Consuelo, Aimar sacó una fotografía del epitafio lo más rápido que pudo. El difunto se llamaba Tomás Benguría. Ya averiguaría después de quién se trataba. Continuó varios metros por detrás del individuo que seguía a Consuelo. El hombre había acelerado el paso y ahora se encontraba muy cerca de ella. Le pareció ver cómo se introducía la mano en el bolsillo interior de su cazadora. ¿Era un arma lo que trataba de agarrar? Su instinto le decía que así era. Había visto demasiadas veces aquel movimiento, tanto entre sus propios compañeros como en otros sospechosos. Pensó en sacar su propia arma reglamentaria y encañonarle, pero ¿y si estaba equivocado y aquel tipo era inocente? Tenía que pensar otra cosa. Consuelo caminaba despacio, con la inocencia de una presa pastando plácidamente en la montaña ajena al lobo que está a punto de abalanzarse sobre ella. El hombre estaba a menos de cinco metros de ella. Aimar pensó en gritar pidiendo socorro con el ánimo de atraer su atención para que desistiera de lo que intentaba hacer al ver que había más gente en el cementerio. No hizo falta. En ese momento Consuelo se volvió y se dio de bruces con su acosador. Pero no hubo ni el más mínimo gesto de susto o disgusto. Ni siquiera un poco de preocupación. Al contrario. Su rostro reflejaba alegría. Aimar pudo escuchar perfectamente como Consuelo gritó el nombre y el apellido de aquel individuo, como si no esperase encontrárselo o como si hubiera pasado demasiado tiempo desde la última vez que se hubieran visto. En cualquier caso, su expresión denotaba felicidad. Se tiró a sus brazos y le plantó un par de besos en cada

mejilla. Él, a su vez, la correspondió. Se conocían. Aimar estaba desconcertado. ¿Acaso se lo había imaginado todo y ese hombre era de fiar? ¿Tal vez le había juzgado de manera incorrecta y se había dejado llevar por una primera impresión errónea? Estaba seguro de que su instinto le había puesto en alerta por alguna razón. Y casi nunca le fallaba.

Observó a Consuelo hablar con él. Compartían cierta intimidad. No tanto como para ser amantes. Ni siquiera familia. No. Era otra cosa. Aimar tuvo la sensación de que Consuelo y aquel hombre estaban conectados de otra manera, como si la vida les hubiera hecho enfrentarse juntos a algo importante y aquello les hubiera unido emocionalmente. Sí. Era eso. Consuelo y su amigo tenían que haber vivido una experiencia en su pasado que había forjado esa cercanía. Los vio alejarse en dirección a la puerta principal del camposanto. Ya no reían. Hablaban en voz baja compartiendo confidencias, con cara de preocupación. Aimar repetía una y otra vez en su mente el nombre con el que Consuelo se había dirigido a aquel hombre. Era un nombre simple, corto. Nada del otro mundo. Más bien básico. Al igual que su apellido. Nada especial. Pero aun así la amargura de la desconfianza y de los celos más irracionales emponzoñaba la imagen idílica que se había construido de ella. Tenía la dolorosa sensación de que ella le había sido desleal mostrando tal grado de afecto por ese otro hombre.

“Jon Arkaute”. Un nombre sencillo. Directo. Un rostro amigable. Un cuerpo varonil, atractivo. Una sonrisa arrebatadora. De las que engatusan fácilmente. Un nombre y una apariencia perfectas para pasar desapercibido y crear la falsa ilusión de ser alguien de quien fiarse. La mejor piel de oveja con la que un lobo podía disfrazarse. *“Nunca te fíes del chico más popular de la clase”*. Recordó el consejo que tantas veces *Ama* le había dado durante sus años de instituto, y que volvió a repetir cuando accedió a la universidad. *“Son seres astutos, encantadores. Consiguen que los demás se sientan atraídos por ellos y caigan rendidos a sus pies. Esa es su esencia. Ser las estrellas más brillantes del firmamento. Pero en realidad sus almas están vacías. Carecen de luz propia. Necesitan la de las buenas personas para arrebatarla. No dudarán en pisar a quien haga falta con tal de mantener su posición de privilegio. Y a ti, cariño mío, ya te han pisado demasiadas veces. Aléjate de ellos.”* Tal vez *Ama* tuviera razón y aquel axioma fuera real, pero por poco que le entusiasmara desobedecer a su madre, en esta ocasión no tenía otra opción. El chico más popular de la clase era amigo de Consuelo. Tal vez lo mejor fuera centrarse y recordar por qué estaba allí. Consuelo no era Consuelo. Consuelo no tenía nombre. De momento era tan solo la sospechosa. Una posible testigo. El hilo principal del que tirar en aquella maraña relacionada con Peter Magnusson y lo sucedido en el palacio de Montehermoso de Vitoria. Y él estaba allí para resolver el misterio. Lo demás era simplemente accesorio. O eso quería creer.

14.

Un alarido en mitad de la nada. La encarnación del dolor más insoportable. A lo lejos, el llanto continuo de alguien. Parece un niño. Más y más gritos comienzan a escucharse por todas partes, contagiados por el primero. Todos empiezan a ser conscientes de lo que está sucediendo. Aunque no lo entiendan. Una estampida. Ruido de carreras hacia ninguna parte, huyendo del terror. Lo que hasta hace un momento era un remanso de tranquilidad, un lugar seguro, ahora se ha convertido en la mismísima puerta del infierno. El hogar ha desaparecido. Hay cuerpos sobre el suelo. Los pies de los demás pasan sobre ellos, sin importarles lo más mínimo. Hay que escapar. Como sea. No hay tiempo de despedidas. Es ahora o nunca. Huir. Hacia adelante. Salir de allí. La angustia y la desesperanza ante el fin inevitable empuja a muchos hacia la locura. Los barrancos y los precipicios como vía para saltar y dejar de sufrir. Otros, sin embargo, deciden intentarlo. Y corren. Corren. Corren. Abandonan a sus seres queridos. El instinto de supervivencia puede con todo. Acaba con todo. Y en el firmamento, la tragedia. Rebosante, plena. Llena de furia de muerte que avanza inexorablemente aniquilándolo todo. La nube. La nube del fin del mundo.

Anne Wellington miraba con ansiedad las noticias en su teléfono móvil. Dos niñas habían sido asesinadas en el País Vasco y los periódicos habían decidido bautizar al monstruo que había cometido los crímenes como “la *sorgina*”. De nuevo, aquella palabra volvía a ser utilizada de una manera despectiva y peyorativa, como si las brujas fueran la encarnación de todo el mal que se cernía sobre el mundo. Lo mismo pensaba de ella su padre, Henry Wellington, que más de una vez la había llamado así. Antes de partir de Inglaterra, se había prometido a sí misma honrar la memoria de su abuela, Mary Anne Merrick y del antiguo linaje al que ambas pertenecían. Aquel insulto, que su padre utilizaba a menudo para referirse a ella, Anne lo había asumido como un símbolo de identidad, de pertenencia a aquella estirpe, atribuyéndole un significado totalmente distinto al que por desgracia los demás solían adjudicarle. Por eso le molestaba especialmente que aquellos rotativos hubieran denominado así a quienquiera que hubiera cometido los asesinatos. Se revolvió en su asiento y apagó el móvil. El avión comenzó a despegar del aeropuerto principal de Atenas. A su lado, Mechero cabeceaba. Un hilo de saliva brotaba de su boca abierta cayendo sobre su regazo y empapando la pantalla de su *tablet*. Casi no habían cruzado palabra desde que se habían despertado. Lo había notado raro, como si no quisiera mantener con ella más que meras conversaciones de cortesía. Estaba claro que el regreso a casa no le estaba sentando nada bien. Era la viva imagen de la apatía y el desdén. Ella tampoco estaba bien del todo. Había pasado una noche horrible de pesadillas que apenas le habían dejado pegar ojo. Había tenido un sueño extrañísimo pero curiosamente no era capaz de acordarse de ningún hecho en concreto. Tan solo recordaba un angustioso sentimiento de pánico y tormento. Y un anhelo. Escapar. Huir. La personita que crecía en su vientre tampoco le había dado tregua y no había parado de moverse hasta bien entrada la madrugada. Por si fuera poco el ardor de estómago había regresado para quedarse.

Uno de los azafatos les había anunciado que debido a una pequeña avería el avión iba a tardar en despegar al menos una hora, pero que debían permanecer dentro del aparato. De nada habían servido las quejas de la mayoría de pasajeros. Así que Anne había aprovechado para revisar su correo electrónico. Tenía varios mensajes sin leer de su hermana Elin desde hacía un par de días. En ese momento, como si hubiera presentido desde Inglaterra que Anne estaba leyéndolos, Elin Wellington se conectó a la red. Anne no tuvo tiempo de salir de la aplicación. Un mensaje emergente había ocupado la superficie de la pantalla de su móvil.

—¿Dónde te metes, Zanahoria? —le preguntó Elin. Desde que tenía uso de razón, su hermana pequeña la llamaba así, en alusión al color de su cabello. No era algo que soliera hacer siempre, tan solo recurría a ese apelativo cuando necesitaba pedir un favor a su hermana mayor o cuando estaba preocupada por ella.

—Muy lejos, ¿por qué?

—¿Cuánto de lejos? ¿Estás en las islas?

—Estoy rodeada de islas, pero no las que tú te imaginas.

—O sea, que no estás en Reino Unido. Perfecto. Pues a ver ahora qué hago.

—¿Qué ocurre? Me estás preocupando.

—Mamá, que se ha vuelto loca. No deja de acosarme a todas horas preguntándome dónde estás. Hoy me ha llamado ya tres veces. Ya le he dicho que estás de viaje, que te apetecía estar un tiempo sola y bla, bla, bla. Pero ni con esas. Quiere que le dé tu número de teléfono.

—¿Se lo has dado?

—No, tranquila —contestó Elin. Hacía unas semanas le había prometido a Anne que jamás le daría su nuevo número a Betrys ni a Henry—. Sé que le pasa algo. Hace dos días vino histérica a casa en mitad de la noche para preguntarme si yo tenía un juego de llaves de la casa de la costa. Me dijo que no encontraba las suyas. Despertó a los niños y luego no hubo manera de que Lindsay volviera a dormir.

—Sorgina Cliff.

—¿Cómo dices?

—La casa de la costa de la abuela Mary Anne. Le he puesto nombre. Sorgina Cliff.

—¿Y eso? ¿Qué significa “sor... Yina”? —preguntó Elin tratando de repetir aquella extraña palabra.

—“*Sorgina*” significa “bruja” en la lengua de los vascos.

—Y lo de *cliff* lo has puesto por los acantilados que hay bajo la casa.

—Así es.

—¿Sabías que mucha gente de Holyhead dice que la abuela Mary Anne era una bruja? ¿Te lo puedes creer?

—No me digas.

—Sí. Según me contó la madre de una amiga, Stephanie, no sé si te acuerdas de ella, el rumor lo extendieron algunos de los sirvientes que habían trabajado en Sunny House. Comentaban que la abuela hablaba lenguas extrañas, vestía con ropas extravagantes de cuya procedencia dudaban,

recibía visitas de personas siniestras y que una vez incluso había invocado al Diablo y ya nunca había podido separarse de él.

—¿Al Diablo?

—“El pequeño Tommy”. Muchos empleados hablaban de la presencia del espíritu maligno de un niño que habitaba en Sunny House. No sé quién empezaría a decir que ese niño, Tommy, era el diablo, pero el caso es que todos los rumores así lo afirmaban. Y no te lo pierdas. Dice Stephanie que hoy en día se sigue contando esa leyenda, sobre todo entre la gente mayor de Holyhead.

—No digas tonterías, Elin. Eso son supersticiones de la gente. Yo creo que se trata de pura envidia. La abuela era una mujer culta, viajada, aventurera, adelantada a su época. Jamás necesitó depender de ningún hombre para hacer lo que quiso y como quiso. Y eso, por triste que parezca, aún sigue pareciéndole mal a mucha gente.

—Tú la conocías más.

—Sí, y por eso me fastidia la visión que pueda tener la gente de Holyhead de ella. Es injusto. Hizo mucho por la ciudad. Acuérdate de cómo solía contribuir todos los años a las arcas municipales haciendo cuantiosas donaciones para el departamento de cultura. Y así se lo agradecen.

—Bueno, ¿y con lo de mamá qué hago?

—¿Has hablado con ella? ¿Te ha dicho por qué quiere contactar conmigo con esa urgencia?

—Se lo he preguntado mil veces, pero rehúsa contestarme de verdad. Solo me dice que a ver si una madre no puede preocuparse por cómo le va a su hija. No sé, no me la creo. Está claro que algo le preocupa. A lo mejor deberías volver y hablar con ella.

—No —contestó Anne de manera tajante. Aún estaba dolida con su madre. Betrys jamás le había contado nada acerca del pasado de la abuela Mary Anne y del linaje al que pertenecían. Eran descendientes de los antiguos galeses que habitaron la isla de Anglesey. La sangre de los gigantes corría por sus venas y su madre jamás había hecho nada por contárselo. Por no mencionar que había silenciado toda la actividad de la abuela al frente de la Fundación Petunia. ¿Cómo podía ignorar de aquella manera tan deliberada sus orígenes? ¿Cómo era capaz de no preocuparse lo más mínimo por la profecía que anunciaba el retorno de aquellos seres y la extinción del ser humano? El profesor O'Connor se lo había dejado bien claro. Betrys conocía perfectamente aquel augurio y el hecho de que muchos de los jardineros consideraran que Anne era la elegida, la que iba a protagonizarlo cuando llegara el momento. Su madre ni siquiera le había advertido de los peligros a los que podía enfrentarse por ello. La había abandonado a su suerte. A su propia hija. Betrys estaba totalmente subyugada por la voluntad misógina de Henry. Anne había dejado hacía mucho tiempo de considerarle como su padre, pero lo de Betrys no podía entenderlo. Tenía que reconocerlo, se avergonzaba de ella y de su actitud sumisa con él. ¿Como era posible que su madre hubiera salido tan diferente a la abuela Mary Anne?

—Zanahoria, ¿y qué pasa si realmente ocurre algo grave que a mí no quiere contarme?

—No te preocupes. Seguro que no es nada. No soporta no saber de mí. Ha pasado de mí todos estos años y ahora le entra la vena maternal. Pues que espere sentada. No tengo nada que hablar con ella.

—Ya sé que nunca te has llevado bien con ella y que ahora mismo la odias por haber vendido Sunny House, pero creo que esto es diferente. ¿Y si mamá está enferma?

—En ese caso te lo habría contado a ti.

—No lo sé, Anne. Entre mamá y yo tampoco ha habido mucha comunicación nunca. Siempre he tenido la sensación de que tú eras su hija predilecta, la que más le importaba, por mucho que tú digas que te ha tenido abandonada toda la vida. Sé que me vas a decir que son celos de hermana pequeña, pero sé que es así. Creo que si tiene algo importante que contarnos tú eres la primera a la que se lo va a contar. Puede que ni siquiera me diga nada a mí.

—Estás tonta. Anda, no te preocupes. Seguro que en unos días deja de molestarte. Volverá a su rutina y se olvidará de todo —dijo Anne. Estuvo tentada de decirle a Elin toda la verdad acerca de la familia. Estaba claro que su hermana pequeña tampoco sabía nada acerca de sus orígenes. Pero no era el momento. Quería estar a su lado cuando se lo contara.

—Si tú lo dices...

—De todas formas, mantenme informada, ¿vale?

—De acuerdo. Oye, por cierto. ¿Tú sabes lo que significa “*Amari*”?

—¿Cómo dices?

—“*Amari*” —repitió Elin con un exagerado acento—. La última vez que estuve en Cobham en casa de papá y mamá ocurrió algo muy raro. Me encontré sobre la mesa de la cocina un cuaderno. No las conté, pero más de la mitad de las hojas tenían esa palabra escrita. Varias veces en cada una. Era la letra de mamá, puedes estar segura. Le pregunté qué era eso y me mandó literalmente a la mierda. No quiso darme más explicaciones. ¿Tú sabes qué puede ser esa palabra?

—No, no sé a qué puede referirse —mintió Anne. Por supuesto que sabía a qué aludía aquella palabra. “*Amari*” era el nombre de la diosa suprema de la mitología vasca. ¿Por qué habría Betrys de escribir ese nombre tantas veces en aquella libreta?

—¿Y si mamá está perdiendo la cabeza, Anne? ¿Y si tiene Alzheimer o algo parecido?

—No le des tantas vueltas a las cosas. Seguro que es una tontería. Te tengo que dejar, Elin. Hablamos en otro momento. Un beso muy grande a los niños.

Había cortado la conversación sin darle tiempo a su hermana para despedirse. No podía dejar de pensar en lo que le acababa de decir. ¿Qué le ocurría a Betrys? ¿Por qué tenía su madre tanta urgencia en encontrarla y hablar con ella? ¿Qué hacía Betrys escribiendo tantas veces el nombre de la diosa principal del panteón mitológico vasco en aquel cuaderno? Por más que trataba de pensar en una explicación coherente, más teorías enrevesadas se le ocurrían. Como si hubiera advertido su preocupación, la criatura que llevaba en su vientre se revolvió y se dio la vuelta de manera brusca. Miró a Mechero, que seguía durmiendo. Trató de hacer lo mismo, pero fue inútil. En el momento en el que cerró los ojos, los ecos de aquel extraño sueño que había tenido la noche anterior volvieron a hacer acto de presencia. Pero esta vez pudo recordarlo mejor. Gritos. Gritos de dolor. Gritos de terror. Gritos de angustia. Alaridos de locura y desesperanza. Ella misma estuvo a punto de gritar. Pero logró contenerse. El avión por fin comenzó a moverse.

AGOSTO.

Dos meses para la vendimia.

15.

Una ligera brisa acarició su cuerpo desnudo, cubriéndolo de un lejano y tosco aroma a caliza. Engarzado en notas olfativas de corteza de tronco de haya mezcladas con un ligero matiz a musgo húmedo y tierra mojada. Al amanecer había llovido copiosamente y la atmósfera que rodeaba la casa había quedado empapada de aquel olor tan característico. Una de las ventanas se había abierto en algún lugar, probablemente en el pasillo. Aún medio dormido, se tapó el torso con la sábana encimera de seda blanca, y al hacerlo captó la fragancia del que había sido su compañero de cama. Poco a poco fue desperezándose mientras los recuerdos felices de la noche anterior se agolpaban en su mente aún embotada, devolviéndole a la realidad con un suave vaivén de imágenes y sensaciones placenteras. No quería que aquel momento acabara nunca, pero sabía muy bien que era imposible que perdurara mucho más. El dueño de aquel perfume se había marchado antes de que saliera el sol. Trató de retener su recuerdo unos segundos más, pero todo se desvaneció de manera fulminante en cuanto abrió los ojos. Se incorporó lentamente mientras reconocía a su alrededor los efectos colaterales de la noche de pasión que había desbordado la calma de aquel pequeño edificio situado en el jardín de la finca, a unos cien metros de la casa principal. Trató de encontrar su ropa interior, pero no tuvo éxito. Fue recogiendo las diferentes prendas y las dos copas de vino que se habían derramado sobre el suelo de madera. Milagrosamente ninguna de las dos se había roto al caer. Guardó la ropa sucia en una bolsa de plástico y la dejó junto a la puerta.

Al entrar al baño el corazón le dio un vuelco al advertir la presencia de una de aquellas malditas cajas. Al principio no les había dado ninguna importancia. Él mismo las había necesitado en alguna ocasión durante las épocas de más estrés en Artechnia. Pero a medida que fue comprobando que no se trataba de un uso puntual, sino que el equipaje de él estaba repleto de envases similares, su preocupación fue incrementándose. Había intentado sacar a relucir el tema más de una vez pero él simplemente se limitaba a argumentarle que había estado tomando ese tipo de pastillas desde que era muy joven, que no había que darle tanta importancia. Sabía que le mentía. Algo grave estaba ocurriendo. No era normal que ingiriera tanto narcótico y en una concentración tan elevada. Estaba seguro de que a medida que transcurrían los días, iba aumentando las dosis.

—En mi familia materna siempre hemos sido de muy poco dormir —le solía decir.

—Y una mierda, David. ¿Tú te crees que soy un crío para tragarme esa chorrada? —la última vez que habían discutido por ese motivo habían dejado de hablarse durante casi dos días seguidos.

—¡Qué pesado, de verdad! —le había respondido él—. No pasa nada, simplemente la familia de mi madre siempre ha tenido problemas de sueño. Tengo episodios de insomnio prácticamente desde que nací. Lo único que en ciertas épocas son más continuados que en otras. No te preocupes.

—¿Desde cuándo el insomnio produce esas alucinaciones que tienes?

—¿De qué estás hablando?

—No soy tonto. Te he visto más de una vez hablando a la nada, como si estuvieras viendo algo o a alguien que yo no veo. Por no decir que te he pillado varias noches andando como sonámbulo. ¿Qué te pasa David? ¿Has ido al médico para que te vea?

—Déjame en paz. No me pasa nada. Tú no lo entiendes. Soy así, ¿vale? Soy sonámbulo, hablo en sueños, duermo poco y mal y a veces tengo sueños estando despierto. Sé que es muy difícil de entender, pero te aseguro que no me pasa nada malo.

—Ya sé que es algo muy personal, pero creo que te vendría bien confiar en mí y contármelo. Por lo menos para desahogarte.

Y ahí se había acabado la conversación. Él se había cerrado en banda y no había habido manera alguna de retomar el tema. Los primeros días había pensado que David tenía un problema grave de ansiedad y que quizás el insomnio solo era uno de los síntomas. Revolvió en su equipaje en más de una ocasión en busca de antidepresivos, pero no halló ninguno. David quería convencerle de que aquella falta de sueño era algo habitual, usual, algo a lo que estaba más que acostumbrado. Y quizá llevase parte de razón. Pero desde luego aquel tipo de insomnio era de todo menos normal.

La ducha había conseguido reconfortarle. Desde que ambos habían decidido romper con todo y emprender un nuevo camino lejos de Bilbao, los momentos de tranquilidad habían escaseado. Pensó durante unos instantes en el cambio profundo que había sufrido su propia vida desde finales del año anterior. Todo había empezado a torcerse cuando había estado a punto de morir en aquel extraño accidente de coche. Inés San Juan y Alicia Rández, sus compañeras de trabajo en Artechnia, sus amigas, no habían tenido tanta suerte como él. Las dos habían muerto. Aunque cada uno de esos fallecimientos había respondido a causas naturales o accidentales según la versión oficial, él sabía que en realidad habían sido asesinadas. No tenía pruebas, pero en su corazón sabía que esa era la verdad. Las dos habían retado de alguna manera a los Bechs, los propietarios de la compañía. Las dos conocían detalles de la vida secreta de aquel linaje de holandeses. Puede que Inés San Juan no hubiera sido del todo consciente del tipo de familia que eran. Quizás no había llegado a averiguar que formaban parte de una estirpe milenaria que seguía perpetuando los ritos paganos de sus ancestros bátavos que habitaron la ribera del río holandés Waal. Tal vez no había concluido que William Dik, el sobrino de la Presidenta del Consejo de Administración, Suzanne Bechs, era en realidad Wilfried Dick, un peligroso criminal que se vio envuelto en el asesinato de una mujer en Holanda en la década de los noventa. O tal vez sí. Tal vez había descubierto algo importante entre los papeles del despacho de Suzanne Bechs, cuando David le había pedido que le ayudara a esclarecer las circunstancias de aquel accidente de coche.

Alicia Rández, en cambio, sí conocía todos esos secretos. Alicia Rández se había enfrentado directamente a los dueños de Artechnia con el objetivo de hundirles y desagrar así la muerte de Inés, pero sobre todo, para vengar el intento de acabar con su vida en aquel maldito accidente. Sonrió al recordarla. Alicia lo había conseguido. Una pequeña alegría en medio de toda la tragedia. Nada que aliviase el profundo dolor que le causó su muerte pero, al menos, había dado resultado. Alicia había logrado destapar un fraude en la contabilidad de Artechnia y la empresa había sido vapuleada por el mercado bursátil y por la opinión pública. Los efectos en los trabajadores habían sido devastadores. La sed de revancha había cegado a Alicia y no había sido consciente de lo que iba a suponer para los empleados. La compañía ya había anunciado un

expediente de regulación de empleo. La prensa especializada iba más allá y ya se rumoreaba que el cierre de la sucursal de Bilbao era inevitable. Se creía que el traslado a Francia de su sede en el sur de Europa era inminente. David había ideado aquella venganza junto con Alicia, pero al final se había arrepentido y no había participado en su ejecución.

Ander se miró en el espejo situado encima del lavabo de doble seno y extendió la espuma de afeitar por su rostro. Un nudo constante en el estómago le impedía estar en paz la mayor parte del tiempo. No podía dejar de pensar en Alicia e Inés. Estaba convencido de que habían muerto asesinadas a manos de aquel ser esquelético y de la cabra negra que a él mismo se le habían aparecido en dos ocasiones. El cuerpo inerte de Inés presentaba restos de alguna micción de animal cuando fue descubierto y el de Alicia lo habían encontrado con una extraña mordedura en el pie. Él sabía que había sido la cabra. Se sentía ridículo solo de pensar en la idea, pero estaba plenamente convencido de que era real. Aquel hombre alto, espigado y calvo, que siempre que se le había aparecido lo había hecho acompañado de aquel maldito bicho, era quien había acabado con la vida de ambas. Alicia Rández había descubierto en el libro de actas de las reuniones secretas de los Bechs que los holandeses adoraban a una especie de divinidad vinculada de alguna manera a la figura de la cabra. Estaba seguro de que los Bechs habían encargado a aquella entidad que acabara también con él. En su caso habían fracasado, pero estaba convencido de que Alicia e Inés habían sido sus víctimas. Ahora, cada vez que se quedaba solo, temía encontrarse de nuevo con aquellos dos seres del inframundo. Afortunadamente, desde que estaba con David, no habían vuelto a presentarse.

Por si todo esto no fuera suficiente, vivía con el temor constante de toparse en cualquier momento con el que era aún su marido, reclamándole que volviera con él. Manu Olabe. Agente de la guardia urbana de Vitoria y un maltratador. David tenía razón. Lo que sentía al pensar en la posibilidad de volver a verle era miedo, casi pánico. ¿Desde cuándo había empezado a temer a Manu? Siempre le había parecido celoso y agresivo, pero desde que David había aparecido en sus vidas los episodios violentos se habían incrementado. Los empujones habían dado paso a un lento pero progresivo desgaste psicológico que había sumido a Ander en un continuo estado de tensión. A ello se había unido la amenaza permanente de que Manu volviese a estallar en una de sus frecuentes discusiones y acabara golpeándole de manera más grave. Aún arrastraba una leve cojera fruto de uno de sus encontronazos con él. Afortunadamente, gracias al apoyo incondicional de David, había decidido abandonarle. Desde aquel día en el que David le ofreció dejarlo todo e irse con él, todo había ido a mejor. Su hermana Zuriñe insistía en que volviera con Manu, que estaba desesperado y le echaba de menos. Pobre Zuriñe. Atada como estaba a sus rígidos dogmas morales del catolicismo más conservador, ni siquiera le había dado la oportunidad de explicarle cuál había sido el verdadero motivo de su huida. Para ella lo importante era que Ander regresase al hogar conyugal y mantuvieran las apariencias.

—¿El señor ha terminado de asearse?

Ander se volvió asustado al escuchar la voz. Aquella insolente mujer había vuelto a acceder al edificio estando él dentro. Desde que habían llegado se había mostrado antipática y huraña,

reticente a mantener cualquier tipo de conversación con él que fuera más allá de lo estrictamente necesario. Tenía la sensación de que no quisiera saber nada de él. Lo primero que había pensado era que aquella mujer tenía problemas para aceptar su orientación sexual, pero ahora creía que había algo más. Era como si le considerase un extraño, un enemigo con el que no había que tener la más mínima consideración.

—Te he dicho mil veces que me puedes llamar Ander —contestó él con desgana.

La señora Rosa ni siquiera le miró a la cara. Se limitó a introducir la aspiradora y la fregona, dispuesta a realizar la limpieza diaria. Era una mujer parca en palabras que se había pasado media vida al servicio de Ruud Vanner, el padre de David. Tenía un hijo que vivía en Samaniego, no muy lejos de allí, con un buen puesto de trabajo como funcionario en el Ayuntamiento de Vitoria. Ander no terminaba de entender cómo la señora Rosa aceptaba seguir trabajando para Ruud Vanner. No era que le faltara salud, pero hacía tiempo que había entrado en esa etapa de la vida que muchos llamaban tercera edad. David le había contado que había sido su niñera, cuando trabajaba para su tía Sabina, y que en la actualidad era la dueña de una casa rural en la zona de Laguardia que había heredado de una tía, aunque no solía tenerla abierta al público. ¿Qué necesidad tenía a sus años de seguir trabajando como empleada doméstica para Ruud Vanner? Al parecer, el padre de David le había sugerido más de una vez que le bastaba con que hiciera las veces de guardesa o ama de llaves de la casa. Incluso había contratado a una joven ecuatoriana para realizar las labores de limpieza con la intención de disuadirla de su empeño. Pero la señora Rosa se había encargado de hacerle la vida imposible y, al final, había conseguido que la muchacha se marchara. ¿Por qué continuaba aquella mujer al servicio de Ruud Vanner si aparentemente no tenía necesidades económicas?

Ander salió al jardín. Un espectacular manto de césped cuidadosamente recortado salpicado de decenas de plantas exuberantes y un sin fin de pequeñas flores de tonalidades rojas se extendía ante él. Recorrió el trecho que separaba la residencia principal de Ruud Vanner y el edificio en el que David y él habían sido alojados. El sol brillaba con fuerza pero el fresco a esa hora de la mañana aún resultaba algo molesto. La casa del padre de David se encontraba a las afueras de Lapuebla de Labarca, una pequeña localidad vasca situada justo en la frontera entre Álava y La Rioja. Tiempo atrás, la casita del jardín había sido la vivienda de Nerea Vanner, la hija que Ruud había tenido con su segunda esposa. La hermana de David vivía ahora en Laguardia, con su marido Iñaki Arrieta, con el que había contraído matrimonio en enero. El edificio principal de la finca era una moderna construcción diseñada por un prestigioso arquitecto holandés que Ruud había contratado para la ocasión cuando decidió trasladar su residencia desde Logroño hacía ya muchos años. Cerca de ochocientos metros cuadrados desplegados sobre una única planta en medio de un terreno de casi dos hectáreas que aumentaban aún más, si cabía, la sensación de amplitud de una vivienda de por sí ideada y diseñada con un concepto abierto en el que apenas había paredes. El color casi negro de la fachada contrastaba con el verde del jardín. Ander pensaba que aquella tonalidad no era idónea para un paisaje como aquel, alegre, colorido, repleto de viñedos y donde las casas solían tender a ser más tradicionales. En su día, Ruud Vanner había escandalizado a propios y extraños con semejante elección arquitectónica. Hoy en día, en cambio, el paisaje de la comarca estaba lleno de inmuebles igual de llamativos, sobre todo bodegas y hoteles, donde los diseñadores más vanguardistas habían dejado su huella.

Entró por la puerta acristalada del salón principal.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —preguntó en voz alta sin obtener respuesta.

Dejó la estancia atrás y se internó en uno de los dos únicos pasillos que subdividían la vivienda. Dos días antes, durante otra salida de David y Ruud fuera de Lapuebla de Labarca, había hecho lo mismo y había terminado perdiéndose sin saber cómo regresar hacia la puerta por la que había accedido. Tuvo que esperar cuatro horas hasta que la señora Rosa hizo acto de presencia. Al parecer, ella misma había cerrado con llave la puerta del jardín por la que Ander había entrado al verla abierta. Estaba convencido de que lo había hecho adrede, para que le sirviera de escarmiento y no volviera a hurgar donde no debía. Aunque finalmente parecía que la mujer se había arrepentido y había acudido a liberarle de aquella fastuosa prisión antes de que David y su padre volvieran.

Muchas de las habitaciones estaban cerradas con llave e incluso en un par de ellas localizó un sistema de alarma para detectar a los intrusos. En la anterior ocasión le había parecido ver de soslayo una especie de despacho con cientos de libros colocados en estanterías que iban desde el suelo hasta el techo. Quería llegar hasta allí. Aquel pequeño oasis de cultura podía ser su salvavidas en el caso de que las salidas de David con su padre continuaran y él se siguiera quedando solo en la casa. Ruud le estaba enseñando a David el negocio que desarrollaba en varias empresas de Logroño y en la zona de La Rioja Alavesa, aunque en la actualidad intentaba expandirlo por otros municipios. David estaba entusiasmado con él. Daba gusto verle disfrutar a su lado, aprovechando el tiempo perdido durante tantos años. Sabina Elguea se había encargado

de hacer ver a David que Ruud prácticamente le había abandonado cuando María, la madre de David, había muerto siendo él un niño. Pero nada más lejos de la realidad. Ruud le había confesado que jamás había dejado de cuidar de él en la sombra. Se había alejado de él por alguna extraña razón que David aún no le había terminado de explicar del todo, algo que tenía que ver con el accidente en el que María Elguea había perdido la vida al caer despeñada desde la cumbre de una montaña de la cercana Sierra de Cantabria. En cualquier caso, se alegraba de que David pareciera más contento. Al menos parecía feliz mientras estaba junto a su padre.

Localizó el despacho que buscaba después de dar varios rodeos en torno al segundo de los pasillos. Efectivamente, todo apuntaba a que se trataba de una de las salas que en algún momento Ruud Vanner había usado para dirigir sus negocios, pero que ahora era obvio que ya no utilizaba. Las cortinas de la habitación eran excesivamente tupidas y apenas dejaban pasar la luz del exterior. Toda la estancia estaba envuelta en una especie de penumbra silenciosa, en la que hasta el polvo parecía estático mientras flotaba suspendido en el aire. Revisó las cuatro paredes repletas de libros. La mayoría eran ediciones de lujo de novelas clásicas, aunque también detectó varias enciclopedias especializadas en temáticas tan dispares como el arte en las iglesias barrocas y los agujeros negros. De hecho, le sorprendió bastante la cantidad de libros dedicados a diferentes áreas de la física. Materia condensada, biofísica, astrofísica, termodinámica, electromagnetismo... Una serie de palabras, a cada cual más rimbombante, ilustraban las sinopsis de los distintos ejemplares, muchos de ellos escritos en inglés. Una de las columnas de estantes versaba exclusivamente sobre física cuántica y la teoría de la relatividad. No recordaba que David le hubiera dicho que Ruud estuviera versado en esos campos. Lo tenía claro si pensaba que aquel reducto de conocimiento le iba a servir de disfrute intelectual. Salvo las pocas novelas clásicas que había visto al principio, el resto de libros no le atraían absolutamente para nada. El hecho de que además estuvieran alineados unos detrás de otros en cada estantería, no ayudaba mucho a encontrar alguno que le pudiera llamar la atención.

Se subió a una de las dos escaleras móviles que había dispuestas para acceder a las baldas superiores. Descubrió que la última, la más cercana al techo, no seguía el mismo patrón que las demás. Tuvo que ponerse de puntillas sobre el último peldaño para poder llegar a leer los títulos. *“Los agujeros negros y los bucles espacio-temporales como puente hacia el más allá”*, *“Teoría de los viajes astrales”*, *“El poder de la palabra en los rituales sagrados”*... Desde luego aquellos libros eran bien diferentes al resto. Mientras los de las baldas inferiores eran claramente de corte científico, estos parecían sacados de una conferencia de pseudociencia *new age* o ciencias alternativas. Extrajo varios de los ejemplares y los hojeó con cuidado de no desordenarlos. Le pareció curioso que la mayoría de ellos también estuvieran escritos en inglés, aunque la edición original fuera en holandés. Y entonces se dio cuenta. Salvo un par de ellos, el noventa por ciento de los libros de la última balda estaban escritos por el mismo autor. Jacobus Vanner. ¿Sería algún antepasado de David y de su padre? Era curioso porque en ninguno de los libros había referencia alguna al resto de obras del escritor, ni siquiera la más mínima biografía. Al cabo de casi media hora leyendo por encima dos de los ejemplares, se detuvo en una colección de cinco libros titulada *“Los sueños como espejos del otro lado”*. Leyó con atención el prólogo y los diez capítulos iniciales del primer volumen, que llevaba el mismo título que la serie. El texto

era de todo menos objetivo. Jacobus Vanner defendía sin tapujos la idea de que los sueños eran reflejos de experiencias vividas en otros planos de la realidad, incluso en el más allá. Lo cierto era que argumentaba de manera bastante razonable su teoría. Según él, desde la antigüedad se habían dado casos de personas que poseían el don de acceder a otras realidades además de ver el futuro o el pasado. En el fondo, todo se trataba de lo mismo. Esos videntes presentían lo que estaba ocurriendo en diferentes planos de la existencia. Pasado, presente, futuro, dimensiones paralelas... eran tan solo algunas de las capas que componían el universo en el que el ser humano estaba inmerso. Y como una especie de noria perpetua, todas ellas giraban una en torno a la otra, como un engranaje eterno en el que no siempre todo funcionaba a la perfección. De vez en cuando se producía una grieta en la que un plano se mezclaba con otro y las consecuencias podían ser fatales. Generalmente no sucedía nada, pero el autor defendía que la desaparición repentina e inexplicable de pueblos enteros, barcos repletos de pasajeros en alta mar, incluso civilizaciones al completo, se debían a esos fallos de aquella especie de rueda divina. Muchas de las personas que podían percibir esos resquebrajos, a quienes él llamaba “centinelas visionarios”, enloquecían al no saber interpretarlos, e incluso muchas de las visiones que sufrían eran diagnosticadas como síntomas de enfermedades mentales. Los casos más graves podían derivar en un insomnio permanente.

—¿Se le ha perdido algo en esta habitación? —preguntó una voz familiar a su espalda. Ander acababa de devolver los extraños libros de la última balda a su sitio hacía apenas un minuto. Se volvió hacia la voz con el corazón saliéndosele por la boca y la espalda empapada de un desagradable sudor frío.

—Yo... —intentó articular una respuesta convincente, pero solo consiguió balbucear como un niño pequeño. Tenía la garganta completamente reseca. Necesitaba un trago de agua.

—Tranquilo, no te preocupes. Es normal que sienta curiosidad. La única habitación de toda la casa donde los libros roban el protagonismo a los acabados de lujo y la decoración ostentosa. Pero me extraña que Ruud te deje estar aquí. No le suele gustar que nadie entre en sus dominios cuando él no está.

—En realidad, como he visto que la puerta estaba abierta...

—Claro, te entiendo. Has pensado que podías acceder libremente. Pues permítame que te diga que yo me he llevado más de un rapapolvo por hurgar entre los libros de Ruud. Algunos de los ejemplares que ha visto tú tienen un gran valor económico. Encuadernación de lujo y ediciones limitadas, te puedes imaginar. Ruud es muy estricto con quién entra o no en este despacho. Hace unos años desaparecieron algunos ejemplares de la forma más misteriosa y se llevó un gran disgusto. Estuvo tentado de denunciarlo a la policía, pero finalmente desistió. Supongo que con todo el estrés de la empresa en los últimos tiempos no ha tenido cuidado y ha dejado esta habitación abierta.

—En serio, no era mi intención hacer nada malo...

—Ander, esté tranquilo. No has hecho nada malo. La maldad y el pecado son una invención de los curas —bromeó—. Este será nuestro pequeño secreto.

Hubert Vanner le guiñó un ojo como símbolo de complicidad. Un ligero tufo etílico emanaba de su ropa. El hermano pequeño de Ruud Vanner debía de rondar los cuarenta y cinco años. Era un hombre alto y esbelto, aunque bastante más delgado que el padre de David. Aun así, la semejanza de sus rostros morenos y angulosos delataba su vínculo genético de una manera evidente. Con una pequeña diferencia. Mientras que Ruud Vanner poseía una penetrante mirada azul polar, Hubert tenía los ojos de un cálido color pardo. Por lo demás, ambos compartían una tupida cabellera negra y un marcado acento holandés. El tío de David hablaba un castellano más que aceptable, aunque de vez en cuando confundía los tratamientos, y mezclaba el tú y el usted como le venía en gana. La primera vez que habló con él tuvo la desagradable sensación de ver reflejado en muchos de sus gestos a Manu, pero fue tan solo una primera impresión errónea. Hubert Vanner era una persona liberal, abierta y extremadamente empática, actitudes totalmente alejadas de la personalidad celosa, posesiva y llena de inseguridades de su marido.

—¿Quién es Jacobus Vanner? —preguntó Ander—. He visto que hay varios libros escritos por él en este despacho.

—Oh, te refieres al viejo Jacobus. Un respetado miembro de la familia. Venerado por muchos. Pero otros pensamos que estaba un poco chiflado —dijo haciendo una mueca grotesca—. Hay rumores de que le gustaban demasiado el opio y las mujeres.

—Pues para tener una vida tan distendida tuvo una extensa carrera como escritor. He contado al menos veinte libros suyos.

—Se habrá quedado estupefacto —sonrió Hubert—. ¡Quién en su sano juicio puede creerse semejantes tonterías! Pero oiga, dejémonos de tanta charla. ¿Qué le parece si tú y yo nos vamos a comer a Elciego? Me muero por probar la comida de ese cocinero tan prestigioso.

—Hubert, lo siento. Suena tentador, pero mi economía no está como para permitirme esos lujos. Sigo de excedencia en el trabajo y creo que me queda poco allí, ahora que están despidiendo a todo el mundo.

—Ander, no se preocupe, que yo te invito. Nunca acepto un no por respuesta, así que tú decides si quieres pasarte la siguiente hora discutiendo conmigo o accedes y nos vamos cuanto antes para dar un paseo primero por Laguardia. Hay un sitio que quiero enseñarle.

Ander dudó si debía aceptar la invitación, pero Hubert tenía razón. No iba a dar el brazo a torcer hasta que accediera. Más de una vez le había visto mantener discusiones eternas con Ruud y David, y normalmente siempre conseguía imponer su criterio. Además, David y su padre no volverían hasta la noche. Le horrorizaba tener que quedarse solo otra jornada más en aquella mansión, con la única compañía de la señora Rosa. Intentaron salir por el jardín, pero de nuevo ella había vuelto a dejarle encerrado dentro de la residencia principal. Por suerte, Hubert tenía llave de la casa y, en menos de diez minutos, ya estaban montados a bordo del flamante deportivo del tío de David, rumbo a Laguardia.

El camino hasta Dorrao había supuesto una dura prueba a superar para la paciencia de Adrián Zuberoa. Concha Elguea lo observaba desde el asiento de atrás. Viajar como copiloto le parecía un riesgo absurdo que no estaba dispuesta a asumir. Prefería situarse detrás del conductor. Así lo había hecho siempre. La estadística demostraba una y otra vez que el peligro de muerte era menor allí.

Su hijo no estaba de buen ánimo. Echaba de menos los viajes a bordo de su furgoneta con los miembros del grupo de rock gótico del que era líder. Concha se lo notaba, aunque él, como siempre, tratara de no mostrar externamente los remolinos a los que hacía frente en el océano interior que llevaba dentro. Un mar bravo que pocas veces conseguía estar en calma. Dos de los guitarristas acababan de ser padres y la banda había decidido hacer una pausa en su carrera. Concha sabía lo que su hijo pensaba. Aquella pausa se convertiría irremediabilmente en el final del grupo. Había sido un acuerdo adoptado por la mayoría pero con la clara oposición de Adrián. Él, que no había sentido el instinto paternal en su vida, hacía mucho tiempo que había abandonado la idea de establecerse en un sitio y crear una familia. Sí, tenía el piso de Bilbao, pero ella sabía que últimamente prefería no pasar mucho tiempo allí. Desde que David había dejado de dar señales de vida no tenía mucho sentido conservar el ático de la Calle Iparraguirre. Jamás le había convencido la idea de tener una residencia fija. Adrián siempre había vivido en hostales, casas de amigos, albergues y cuchitriles de esos comunales que a Concha le ponían los pelos de punta. Durante un tiempo incluso durmió en su autocaravana. Por eso sabía que él no entendía el afán de los dos guitarristas por ser padres y llevar la vida que todo el mundo esperaba de ellos. Él no era así. Él estaba hecho de otra pasta. Para Adrián, su vida era mucho más interesante que las aburridas existencias de la mayoría de la gente de su entorno. Y no solo porque sintiera que su talento artístico aún no había tocado techo. El legado familiar siempre había ocupado una de las primeras posiciones en su lista de prioridades, mucho más desde que Sabina le había ofrecido cambiar el testamento para dejarle en herencia la finca donde se levantaba el caserío de Lacaverna. A veces, en la soledad de su habitación, Concha se avergonzaba de que su propio hijo fuera más fiel al legado que ella misma. Ella lo había intentado pero ahora que vivía bajo el abrazo redentor de Jesucristo, todo era mucho más fácil.

Cuando su hermana Sabina le había pedido que acudiera a Dorrao a visitar a Amelia Aizaga, una prima segunda de Véspero, jamás se hubiera imaginado lo que le costaría encontrar el caserío en el que residía aquella pariente lejana de los Elguea Leiva. Dorrao era un pequeño pueblecito del Valle de Ergoiena, en el oeste de Navarra. Con menos de doscientos habitantes, les había costado más de una hora encontrar a alguien a quien poder preguntar por dónde se llegaba a la casa. A todo esto se unía el hecho de que habían dado un rodeo considerable hasta llegar allí, por si alguien les seguía. Finalmente, y tras hacerse de rogar durante más de diez minutos, un anciano al que habían sorprendido cogiendo caracoles en una finca a las afueras de la aldea, había accedido a facilitarles la información. No sin antes santiguarse y recomendarles no internarse por

aquel lugar si no conocían el terreno. El hombre debía de tener parte de razón. A pesar de sus detalladas instrucciones, tardaron casi media hora más en encontrarla.

“Alaiz Enea” estaba ubicada en las profundidades de un frondoso bosque de hayas, muy cerca de la Sierra de Andía, en lo alto de una pequeña colina. El camino de acceso era impracticable. Por todas partes las ramas de las zarzas y los arbustos más bajos se entretejían con los troncos de los árboles formando una gruesa coraza vegetal que apenas dejaba ver el suelo. Un olor concentrado a humedad y madera podrida envolvía la atmósfera de aquel ecosistema centenario. El cielo trataba de hacerse un hueco entre las copas más altas que, apiñadas las unas con las otras, luchaban en una contienda silenciosa por alcanzar la luz del sol. Daba la sensación de que por allí no hubiera pasado nadie en años. Les costó bastante localizar el caserío, hasta que se percataron de que habían pasado por delante de él varias veces sin darse cuenta. ¿Cómo era posible? Parecía que las paredes cubiertas de musgo y hiedra silvestre tuvieran la habilidad de camuflarse entre la hojarasca y las enormes rocas que delimitaban la vivienda por la parte de atrás. Llegaron a pensar que el hombre de Dorrao les había engañado, pero no era el caso. Habían dejado el vehículo aparcado en un pequeño claro, al ver que el camino de tierra por el que habían venido se cortaba de manera inesperada, como si se tratara de un callejón sin salida. De hecho, así era. A partir de ese momento, habían intentado orientarse con el GPS del móvil de Adrián internándose en la espesura, convencidos de que el caserío tenía que encontrarse cerca, pero muy a su pesar, había dejado de funcionar. Al final lo vieron a lo lejos. A decir verdad fue Adrián quien lo vio. Concha seguía empeñada en la idea de que les habían dado indicaciones falsas. Caminaron otros cien metros sorteando las púas cortantes de la maleza hasta que se detuvieron en seco. Unos gritos espeluznantes que no supieron determinar de dónde provenían les helaron la sangre. El ruido de los pájaros y animales cesó de repente, como si el bosque al completo hubiera enmudecido. Concha Elguea pensó en el chillido final de los puercos cuando el matarife les rebanaba la garganta con su cuchillo. Aquel sonido era muy similar. Por suerte tan solo duró unos segundos.

—¿Qué narices ha sido eso? —preguntó Adrián.

—Alguna alimaña. Tú espérame aquí y vigila por si aparece alguien —ordenó Concha a su hijo.

—¿En serio? —se quejó Adrián.

—¿Qué parte es la que no entiendes exactamente? —le preguntó ella. Aún se le hacía raro ver a su hijo con el cabello tan corto. La larga melena que otrora le acompañara a todas partes había dado paso a un peinado convencional, como si Adrián se hubiera deshecho de su antiguo pelo para afrontar una nueva etapa vital con aires renovados. Definitivamente la crisis de su banda le había afectado más de lo que había imaginado.

—¿Te traigo hasta este lugar perdido en el fin del mundo y no me vas a dejar ver a la prima de la abuela?

—No.

—¿Pero por qué?

—Esto son cosas nuestras.

—Igual cuando salgas me he ido. A ver cómo vuelves a Lacaverna —dijo Adrián enrabiado por tener la sensación de haber sido utilizado por Sabina para actuar como un mero taxista.

—Como quieras. Ya le comentaré a Sabina a ver qué le parece tu actitud —trató de amenazarle ella.

Y así, sin darle ninguna opción a réplica, Concha Elguea cruzó un arroyo y comenzó el camino de ascenso del pequeño promontorio donde se levantaba el caserío, haciendo verdaderos

esfuerzos por apartar la hojarasca sin arañarse la cara y los brazos. Sabía que Adrián se había enfadado. Pero era mejor así. Ya habría tiempo de explicarle las cosas si Sabina consideraba que era lo más oportuno. De momento, cuantas menos personas se enteraran menos riesgo correrían todos. Hizo un último esfuerzo para encarar la parte más empinada de la cuesta que llevaba a la puerta principal. “Alaiz Enea” tenía dos plantas y un gran porche instalado en la fachada delantera, tan profundo que apenas podía distinguirse el contorno de la puerta en la penumbra que se creaba debido a la sombra de los tupidos árboles. Concha avanzó decidida. Aunque llegaba más tarde de la hora acordada, era casi seguro que Amelia Aizaga se encontraba en el interior. Observó la puerta con una mezcla de emociones. Justo encima del llamador manual con forma de cabeza humana que había situado en la mitad superior, una *eguzkilorre* enorme aparecía colgada advirtiéndole a los extraños y a quienes no habían sido invitados de que no eran bienvenidos a la casa. A Concha jamás le había gustado del todo la flor del sol, que ese era su significado literal en euskera. No tenía nada que ver con su belleza, que era indiscutible. Se trataba de la flor seca del cardo silvestre que crecía en las montañas de la zona y de muchos lugares de la geografía vasca, y que era habitual encontrar colgada en las puertas de las viviendas. Era una especie protegida, por lo que la mayoría de la gente optaba por utilizar una réplica artificial o la adquiría en algún vivero que contase con los permisos para cultivarla. El alto riesgo de recibir una fuerte sanción económica estaba consiguiendo que poco a poco la flor fuera recuperando terreno. Aquel vegetal ancestral había sido creado por *Amalur*, la Madre Tierra, como símbolo de protección para los seres humanos durante las noches, cuando los genios y los seres maléficos campaban a sus anchas, atemorizando a hombres y mujeres. Según la leyenda, *Amalur* había creado primero a *Ilargi*, la Luna, para alumbrar las noches, y más tarde a *Eguzki*, el Sol, para gobernar con su luz el día. A pesar de aquellos dos regalos, los seres humanos habían vuelto a pedir ayuda a *Amalur*, ya que la luz solar ahuyentaba a aquellos genios maléficos pero la luz de la Luna apenas les afectaba, así que seguían acechando a los seres humanos en cuanto llegaba el ocaso. La *eguzkilorre* se asemejaba en su forma al brillante astro rey, con lo que, si los seres humanos la colocaban en las puertas de sus casas, los genios maléficos la confundían con el sol y no se acercaban.

Aquel relato mítico era precioso, pero a Concha seguía sin convencerle. La razón principal era que aquella leyenda demonizaba a los seres de la noche, principalmente a las *lamiak* y a las *sorginak*. No era casual que ambos genios tuvieran carácter femenino. Las *lamiak* eran una suerte de ninfas con pies de oca o cabra, algunas con cola de pez, que vivían en lagos y ríos, y engañaban y engatusaban a los hombres con su extraordinaria belleza. Las *sorginak* eran las brujas, las adoradoras del Diablo, poderosas e independientes. Sabina diría que eran simplemente cosas del patriarcado, que se inmiscuía en todas partes, pero a Concha no solo le molestaba eso. Estaba convencida de que detrás de aquellos relatos había algo más. Tenía la sensación de que en su construcción a través de los siglos había habido una intencionalidad que iba más allá, tratando de desprestigiar a aquellos genios femeninos de la mitología vasca hasta acabar convirtiéndolos en la viva imagen del mal. Le enternecía aquella leyenda porque representaba la alianza divina entre *Amalur* y los seres humanos, a los cuales protegía y cuidaba pero, aun así, no podía evitar pensar en la otra parte de la historia.

Hacía ya mucho tiempo que Sabina y ella no hablaban sobre este tema. Antes, cuando Concha aún no había decidido dejar de lado la religión antigua y centrar su vida en torno al catolicismo, solían discutir a menudo al respecto. Cuando salía la conversación, Sabina siempre le argumentaba que los seres nocturnos a los que ahuyentaba la *eguzkilo* no solo eran las *lamiak* y *sorginak*, pero Concha siempre le contestaba que entonces por qué se insistía tanto en aquella imagen negativa de aquellos dos tipos de genios. Y Sabina le replicaba que *Amari*, la diosa principal, la que regía sobre todos aquellos seres, por suerte, era mujer, así que estaba claro quién mandaba. La pelea dialéctica podía alargarse horas, hasta que al final una de las dos daba el brazo a torcer. Tenía que reconocer que a veces echaba de menos la relación que antaño había tenido con su hermana.

Dentro de “Alaiz Enea” reinaba un silencio casi absoluto. Tan solo el crepitar de los troncos quemándose en la chimenea interrumpía la calma intangible de aquella atmósfera sigilosa. Un olor a acelga y coliflor recién cocinadas impregnaba el recibidor y el salón, que conectaban directamente con la cocina, situada al fondo a la izquierda. Una mesa enorme de madera oscura de roble cubierta por un mantel blanco de hilo ocupaba la parte central de la estancia. Encima de ella, dos platos, dos juegos de cubiertos y dos vasos de cristal parecían esperar que alguien se apiadara de ellos y vertiera algo de alimento y agua para hacerles compañía. A su alrededor, cuatro bancos del mismo tipo de material que la mesa la escoltaban. Sobre las paredes, varios tapices de lana con motivos naturistas como lechuzas, ciervos y diversos tipos de plantas, tejidos a mano por la propia Amelia, conferían a la casa de un toque artesanal y rústico que le otorgaba un carácter único. Concha y Sabina se habían criado en una con un ambiente muy similar, pero en pleno centro del casco urbano de Lacaverna.

Concha avanzó despacio con cuidado de no tocar nada. Sabina le había advertido que Amelia era bastante maniática con sus cosas, no le gustaba nada que los demás manosearan lo que no debían, ni siquiera lo toleraba tratándose de familia. Dejó con cuidado su bolso sobre una butaca colocada muy cerca de la puerta de entrada. No había rastro de la mujer por ninguna parte. Pero era evidente que tenía que andar cerca. Se dirigió cautelosa a la escalera que conectaba con la planta superior y dudó de si era buena idea subir arriba. No le dio tiempo a tomar una decisión.

—Llegas tarde —sonó la voz de una mujer desde detrás. Concha se volvió y descubrió a Amelia Aizaga bajo el marco de la puerta del caserío. En la mano llevaba el cadáver desollado de un conejo.

—No es fácil encontrar tu casa, Amelia. Nos hemos perdido varias veces al entrar al bosque. El GPS del coche se ha vuelto loco y nos llevaba por sitios que no eran.

—“*Gepe ese*” ni “*gepe esa*”. Si visitaras a esta vieja más a menudo recordaría perfectamente cómo llegar.

—Bueno, lo importante es que ya estoy aquí.

—Deja que te dé dos *musus* —le pidió.

Concha Elguea se dejó besar por Amelia. La anciana olía a lavanda y espliego.

—¿Cómo has llegado? No te veo conduciendo un coche.

—El hijo se ha quedado fuera, vigilando —contestó Concha—. Le he dicho que teníamos que hablar a solas.

—Pues habla, pero déjame cocinar este bicho, que se va a poner demasiado duro y luego no hay quien lo trocee.

Concha Elguea la siguió hasta la cocina. Al igual que el resto de la casa, aquel espacio parecía haber quedado anclado en las primeras décadas del siglo XX. Amelia Aizaga, a diferencia de muchos de los miembros de la familia, era una mujer baja, no debía de sobrepasar el metro cincuenta de altura. Si sus cálculos no fallaban, acababa de cumplir ochenta y nueve años hacía un mes. Tenía una piel bronceada que contrastaba con el gris plateado de su tupido cabello, cortado de una forma demasiado varonil para el gusto de Concha. Llevaba un flequillo recto cubriéndole la mitad superior de la frente. Dos pendientes plateados con forma de espiral adornaban sus orejas. Su constitución era delgada y esbelta, pero caminaba ligeramente encorvada debido a una hernia estomacal que sobresalía unos quince centímetros hacia fuera, provocando que la bata azulada que cubría su cuerpo se abombara en la zona del abdomen. Daba gusto verla trabajar despedazando el animal con la destreza de una experimentada chef y moviéndose de un lado a otro de la estancia con gran agilidad, controlando cada espacio de aquel pequeño reino de la gastronomía más tradicional. Cada pocos segundos destapaba alguno de los extraños botes de cerámica blanca y vidrio repartidos por la estantería que cubría la pared principal y extraía aromáticas especias con las que coronaba su obra. Se notaba que disfrutaba de la cocina, algo que Concha envidiaba. A ella siempre se le había dado fatal. Cuando terminó, ambas se dirigieron al salón y, tras cuatro preguntas cordiales de cortesía, comenzaron a degustar aquel manjar. Concha elogió la receta y felicitó a la anciana. Amelia la miraba con atención, como si quisiera cerciorarse de que su invitada estaba disfrutando el plato con sinceridad.

—¿Cuándo? —preguntó con resignación.

—Dentro de muy poco. En cuanto lo decida Sabina, tiene que arreglar varias cosas antes. Te avisaremos en cuanto haya llegado el momento.

—¿Tan grave es la cosa?

—Ahora que no tenemos la llave, todo se ha complicado —respondió Concha como si fuera ella la guardiana de aquel objeto sagrado. En realidad ella jamás lo había visto. Nadie veía ni tocaba la llave salvo su guardiana. Tan solo le estaba trasladando las palabras de su hermana. — Sabina está que trina. No entiende cómo David ha podido hacernos algo así. Cree que ha descubierto algo que le ha animado a actuar de esa manera, pero no sabe el qué exactamente.

—¿Crees que lo van a intentar?

—¿Quiénes?

—El clan de los holandeses —contestó Amelia refiriéndose a los Bechs, los descendientes de la tribu de los bátavos.

—Ahora que su imperio empresarial parece que está más que hundido, es casi seguro que intenten recuperar la llave con más ahínco. Están a punto de cerrar en Bilbao. Yo no tengo tan claro que lo consigan. Ya sabes que no es tan fácil como parece. Pero Sabina está convencida de que sí lo intentarán. Dice que esa mujer, la líder, Suzanne Bechs, no se va a quedar de brazos cruzados. Dice que la conoce bien y que va a hacer lo que sea con tal de hacerse con la llave. Ya

entraron en casa de David, en Bilbao, y pusieron todo patas arriba buscándola. Además, hace unos meses, uno de esos malditos holandeses fue atacado salvajemente a cuchilladas a la puerta de su casa. Sabina dice que ella no ha tenido nada que ver en eso, pero justo sucedió después de que ellos asaltaran la casa de David. Así que cree que puede ser la puntilla para que la lucha que nos viene enfrentando desde hace siglos a los dos linajes se recrudezca. Cuando me lo dijo, la noté bastante asustada. Y eso no es algo muy usual en Sabina. Dice que recuperar la llave es lo único a lo que los holandeses pueden agarrarse para lograr que su imperio no se desmorone para siempre y así, de paso, cobrar su venganza con nosotros. Ya sabes que la llave propicia riqueza y poder a quienes la custodian.

—¿Tú crees en esas pamplinas? —Amelia la miró con el ceño fruncido.

—A nuestro linaje nos ha ido francamente bien desde que la tenemos.

—Tonterías. A vuestra familia os ha ido bien gracias a los chanchullos que habéis hecho desde hace siglos. Me gustaría saber de dónde viene en origen todo ese patrimonio que habéis ido acumulando. Hay quien piensa que lo habéis conseguido todo a base de chantajes y negocios oscuros. Francisco, el marido de Véspero, se valió del miedo que causaban sus supuestas virtudes sanadoras para hacer y deshacer lo que quiso. “El brujo de Laguardia”, creo que le llamaban. Brujo no sé, pero adulador y manipulador lo era un rato.

—Basta, Amelia —la interrumpió Concha—. No permito que hables así de mi padre.

—De todas formas, me sorprende que creas en el poder de la llave. No es muy católico por tu parte.

—¿Qué quieres decir? —Concha empezaba a estar bastante irritada por la actitud insolente de la anciana.

—Pues que me parece un pensamiento un poco sacrílego para tu afición al catolicismo. Te gusta ir a misa todos los días. ¡Hasta te confiesas y comulgas! Creo que incluso eres la mano derecha del párroco de Lacaverna. Cualquiera diría que te has convertido en toda una beata. Pero a mí no me engañas, Concha. Sé que, en el fondo, tu corazón pertenece a la religión antigua. Una no puede dejar de creer porque sí en todo lo que ha mamado desde pequeña. Eres una católica de pacotilla.

—¡Tú que sabrás de mi vida! No tienes ni idea de todo por lo que he tenido que pasar. Gracias a mi fe en nuestro Señor Jesucristo he conseguido seguir adelante. ¡Cómo te atreves a juzgarme de esa manera!

—Está bien, está bien. Perdóname —intentó calmarla Amelia tomando sus manos entre las suyas—. Me he pasado. Sé que has sufrido con todo el tema de la hija. Otros la habrían ingresado en un centro psiquiátrico hace tiempo, pero tú has aguantado como una jabata a su lado. En eso, me enorgullezco de ti, ya ves.

—Gracias, pero creo que no tiene ningún mérito. Si no la cuido yo, que soy su madre, ¿quién la va a cuidar?

—No te quites méritos, Concha. Eres una mujer mucho más valiente de lo que tú te piensas. Por cierto, ¿qué tal está ahora Lucía?

—Bien, últimamente parece que está mejor.

—Me alegro, de corazón —le dijo Amelia sonriéndole.

Concha se levantó y llevó su plato a la cocina. Amelia la siguió. Se sentía culpable por todo lo que le acababa de decir a Concha. ¡Qué más le daba a ella lo que hiciese con su vida! Si el catolicismo la había ayudado a llevar su carga de otra manera, no había que buscarle tres pies al gato. Aun así, no soportaba la idea de que aquella religión hubiera subyugado la voluntad de la hija menor de Véspero. Le daba pena que Concha se hubiera apartado de las viejas creencias que los linajes que compartían el legado seguían conservando.

—De todas formas, tenemos más preocupaciones aparte de los holandeses —le dijo Concha mientras secaba con un paño el plato que acababa de fregar.

—¿Ellos también? —Amelia se sentó en uno de los taburetes situados junto a la encimera e invitó a Concha a hacer lo mismo.

—Sí. Sabina pensaba que no se atreverían, que nos dejarían en paz. Pero está visto que no. Todo se repite.

—La Fundación Petunia. Bonito nombre para enmascarar lo que realmente son. Esa panda de lunáticos “metomentodo” no aprenden. Deberían dedicarse a lo que hacen normalmente, a traducir sus viejos legajos y viajar por el mundo viviendo del cuento, y olvidarnos de una vez.

—Creo que los infravaloras, Amelia —la reprendió Concha—. Los hermanos guardianes pueden parecer una orden desfasada e inofensiva, pero nada más lejos de la realidad.

—Lo último que he escuchado de ellos es que están en plena guerra interna. A ver si se matan unos a otros y nos dejan tranquilas.

—¿Guerra interna?

—Sí. Han ocurrido cosas recientemente.

—¿Qué cosas?

—Dicen que ha habido intentos por tumbar a los dirigentes. Les llaman los Caducos. Esa corriente de misóginos está dirigida por Santiago Valls, un sinvergüenza que tiene una cadena de hoteles en Palma de Mallorca. Seguro que has oído hablar de él.

—Me suena algo, sí.

—Dicen que es un machista recalcitrante. Pues al parecer, un nuevo bando dentro de la Fundación se está enfrentando a ellos para provocar el cambio y que vuelvan a ser lo que un día fueron.

—¿Un nuevo bando?

—En realidad no es tan nuevo. Llevan siglos dando guerra. Pero digamos que últimamente están uniendo fuerzas y pasando a la acción. Ha habido varios episodios violentos. Pretenden acabar con el poder establecido y regresar a los orígenes de la orden.

—No caerá esa breva.

—¡Quién sabe! Ahora que el momento de la profecía está más cerca que nunca, puede que los astros se alíen y el cambio llegue. Puede que esté predestinado a suceder.

—Tonterías. Llevan imponiendo su dogma durante siglos. ¿Tú crees que un par de revolucionarios van a conseguir acabar con ellos?

—¡Quién sabe, Concha! Ten fe —le contestó con tono de burla.

—¿Y tú cómo sabes todo esto que está sucediendo con los hermanos guardianes? —preguntó Concha con un cierto matiz de incredulidad.

—Me lo ha dicho un *galtzagorri* —contestó la anciana con una pícaro sonrisa dibujada en sus labios.

Concha no quiso contradecirla. Habían pasado muchos años, pero Amelia Aizaga seguía recurriendo a los mismos trucos cuando no quería explicar quién era el confidente que le había contado un chisme sobre alguien o un secreto que nadie conocía. Cuando Sabina y Concha eran pequeñas, más de una vez contestó lo mismo cuando le preguntaron por la fuente de todas las leyendas y relatos maravillosos que les contaba. Amelia siempre respondía que a ella se lo había revelado un *galtzagorri*, y Sabina y Concha la creían, con el corazón revuelto por la emoción de confirmar en boca de Amelia la existencia de aquellos seres mitológicos diminutos. Los *galtzagorri* eran una suerte de duendecillos muy activos que vivían en la *etxea*, la casa, y que siempre estaban deseando llevar a cabo las órdenes de su amo, o ama en este caso. Iban ataviados con pantalones de color rojo, de ahí su nombre. Amelia solía decirles que guardaba cinco *galtzagorri* en el alfilerero que la acompañaba a todas partes, y Sabina y Concha aceptaban aquel cuento como una verdad irrefutable. Era evidente que la prima de Véspero no iba a decirle quién le había suministrado toda aquella información sobre la orden de los hermanos guardianes, así que decidió dejarlo pasar.

Se levantó y se dirigió a la butaca sobre la que había dejado su bolso nada más entrar. Lo abrió y extrajo con delicadeza el manuscrito. Sostener entre sus manos aquella reliquia de la familia siempre le causaba emoción. Imaginar a los ancestros de los Elguea Leiva leyendo a sus hijos y nietos aquellas palabras era demasiado emotivo. La parte principal había sido escrita por un monje de nombre Munio que había vivido entre los siglos X y XI y que había pertenecido a su linaje. Al igual que Sabina, Véspero, David, Adrián, Lucía... aquel religioso de la Edad Media era un descendiente de los berones que en su día custodiaron la llave en la ciudad santa conocida en la actualidad como La Hoya, en La Rioja Alavesa. Pero lo más importante no era eso, sino el hecho de que, por alguna razón, aquel cenobita había decidido compilar todos los relatos consuetudinarios acerca de la historia de la familia que se habían transmitido de manera oral de generación en generación. En algunos casos había optado por camuflarlos en aparentes narraciones ficticias, como había hecho con la vida del santo sin nombre que añadió a una de las copias del códice *Aemilianensis 60* que elaboró durante su estancia en el monasterio de San Millán de la Cogolla. Ese viejo manuscrito había sido custodiado durante años por Véspero, mientras había vivido en la residencia de Páganos y refería los enfrentamientos entre las ciudades beronas hermanas de La Hoya, así como la invasión de los bátavos cuando intentaron arrebatar la llave del templo sagrado, mucho antes del nacimiento de Cristo. En el códice 60 no se revelaba el nombre del valiente guerrero berón que consiguió escapar del ataque portando la llave y poniéndola a salvo. Pero en el libro que ella tenía ahora en sus manos se indicaba claramente su identidad, al igual que el nombre real de la ciudad santa, Luria. El centinela se llamaba Leuken. Un héroe para el linaje. Aunque la verdadera heroína de la historia era Kara, la hermana pequeña

del guerrero. Una leyenda que todos en la familia daban por cierta. En los siglos posteriores, otros antepasados habían ido añadiendo más relatos relacionados con el linaje al manuscrito original de Munio.

—Me gustaría que lo guardaras tú —dijo Concha tendiéndoselo a Amelia.

—¿Eso es lo que creo que es?

—Sí. Quiero que lo cuides tú hasta que todo se haya calmado. Con Sabina debilitada como está por el don de la vigilia, no está a salvo con nosotras. Además, ahora que no tenemos la llave, es nuestro punto débil.

—Y habéis pensado que conmigo, la pobre vascona paleta, el honorable Libro del Linaje de los Berones estará mejor, claro.

—Tú sabes que sí.

—Ya. Me tenéis abandonada media vida aquí, como si fuera una apestada, y ahora de repente soy vuestra salvación —se quejó.

—No digas esas cosas, Amelia. Tú sabes que Véspero te quería con locura. Te quiere con locura. Y nosotras también. Aun recuerdo cuando, siendo pequeñas Sabina y yo, venías a por nosotras para traernos aquí durante el solsticio de invierno y nos contabas historias del mundo antiguo y los secretos que habían perdurado a través de los milenios gracias al buen hacer de nuestros linajes. Tú le enseñaste a Véspero y a Sabina prácticamente todo lo que saben sobre las hierbas sagradas. Y yo recuerdo perfectamente cómo nos contabas todos aquellos relatos fantásticos junto al fuego de la chimenea. Parece que hubiera sucedido ayer. Aún recuerdo la moraleja que nos solías repetir cada vez que terminabas tus narraciones. *“Toda leyenda oculta una verdad.”*

—No era así la frase. La edad te está haciendo perder la memoria.

—¿No era algo así? —preguntó con curiosidad Concha.

—*“Toda leyenda oculta una tragedia. A veces más liviana, pero siempre dolorosa...”* —comenzó a recitar Amelia.

—*“Y no hay dolor más grande que perder a quienes amas”* —completó Concha.

—Hace mucho de aquello. Al principio bien que veníais a verme. Luego Véspero se pensó que lo único que me interesaba era hacerme con la llave. Y cortó la relación de cuajo.

—Portar la llave no es sencillo, Amelia. Si no pones distancia, puede acabar cegándote su poder.

—No me vengas con cuentos. Lo que cegó a Véspero es su temor a que, si alguien le arrebatara la llave, el linaje de los berones perdería su influencia sobre el resto de las familias. No hay ninguna cualidad mágica en ese objeto. Se llama ambición, estatus. Llámalo como quieras. Y mucho me temo que a Sabina puede que le esté ocurriendo lo mismo. ¿Sabe ella que me has traído el libro?

—No.

—No quiero estar delante cuando se entere.

—Ya se lo diré, cuando llegue el momento. A Sabina le queda poco tiempo en este mundo. Alguien tiene que tomar las riendas de la familia.

—Si tú lo dices... ¿Sabe tu hijo qué has venido a hacer a aquí?

—Adrián sabe que la hora se acerca, pero no quiero preocuparle antes de tiempo. No he querido que entrara a “Alaiz Enea” precisamente por eso. Últimamente anda algo desanimado. El grupo de música en el que tocaba se ha disuelto. Bastante tiene él con sus cosas. Prométeme que vas a cuidar del libro como si fuera tu mayor tesoro.

—Mi mayor tesoro ya sabes cuál es, Concha. Por encima de ella no hay nada.

—Tienes razón, disculpa. ¿Qué tal está la Niña?

—¿La Niña? ¿Aún seguís llamándola así? Creo que tiene edad suficiente como para que dejéis de referiros a ella de esa manera. Además, a ella no le gusta. Justo antes de que llegaras tú han venido para llevársela a Arantzazu. Últimamente se la llevan tres o cuatro días a la semana y me la devuelven al anochecer. Desde que murió Hipólito, se me hace cada vez más cuesta arriba encargarme de ella. Llevo demasiados años sola y ya estoy mayor, y además le viene bien cambiar de aires. No va a pasarse toda la vida aquí encerrada. Probablemente te la hayas cruzado por el camino. ¿No has visto la furgoneta?

Concha pensó en los gritos que Adrián y ella habían escuchado al llegar al bosque en el que se levantaba “Alaiz Enea”. ¿Serían de la Niña? Se le pusieron los pelos de punta solo de pensarlo.

—¿Hasta Arantzazu? ¿Estás loca? Es un camino larguísimo para ella. Es peligroso.

Amelia les había contado en una ocasión que un grupo de familiares de aquel barrio de Oñati le echaban una mano con La Niña de vez en cuando, pero jamás se les había pasado por la cabeza que fuera La Niña la que saliera de “Alaiz Enea” para acudir hasta allí. Era un riesgo innecesario.

—La llevan en una furgoneta hasta Zegama y luego desde allí cruzan por no sé qué caminos forestales que casi nadie conoce. No hay ningún riesgo. Lo han hecho cientos de veces y nunca ha ocurrido nada. Allí la cuidan bien y la educan. Y a mí me deja descansar la cabeza de vez en cuando, todo sea dicho.

—No me parece buena idea, pero bueno, no soy quién para juzgar tus decisiones.

—Pues se acabó la discusión entonces.

Y así, malhumorada por la reprimenda de Concha, Amelia Aizaga se despidió de la hija de Véspero, dándole un par de sonoros besos en las mejillas y prometiendo cuidar del Libro del Linaje con su vida si hiciera falta. Concha sabía que lo haría. Si bien el manuscrito se centraba sobre todo en la historia del linaje de los berones, también revelaba muchas otras cosas referentes a las otras familias y al legado. Amelia, a diferencia de ella, era una defensora a ultranza de la religión antigua y de los secretos que todos compartían. Aquel libro era como una especie de antiguo testamento para ella.

Al llegar hasta donde esperaba Adrián, se lo encontró lanzando una de las dagas ancestrales que habían pertenecido a la familia contra el tronco de un árbol.

—¿Estás loco? Guarda eso ahora mismo. ¿Y si te ve alguien?

—¿Quién me va a ver? Llevo aquí más de dos horas y no ha pasado ni dios. Además, no me funciona el móvil. ¿Qué quieres que haga para no aburrirme? ¿Recoger flores?

—Está bien. Se me ha ido un poco la hora, perdona. Pero guarda eso, por favor —le pidió Concha. El joven le hizo caso y se subió al vehículo.

—¿Has visto tú una furgoneta al poco de que llegáramos? —le preguntó Concha, desde el asiento de atrás.

—¿Una furgoneta? Tú estás tarada. Por aquí no ha pasado nadie. Me hubiera dado cuenta, ¿no te parece?

—Pues sí, la verdad.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada, por nada. Arranca, anda, que se nos va a hacer tarde.

19.

Esperaron pacientemente a que hubiera salido el grupo de turistas que había contratado la visita y entonces entraron ellos. Nada más acceder al recinto, Ander se quedó extasiado contemplando la armoniosa belleza de los muros de mampostería, de entre uno y tres metros de altura, que componían aquel antiguo depósito de aguas celtibérico. El color claro de la piedra contrastaba con la oscura techumbre que cubría el lugar. El estanque de La Barbacana había sido descubierto a finales del siglo XX en el casco urbano de Laguardia y llevaba siendo desde hacía años una de las principales atracciones turísticas de la villa. Hubert Vanner le había explicado que fue construido hacía unos dos mil cien años para encauzar y aprovechar las aguas que manaban de manera natural en lo alto del cerro donde se asentaba la población. De unos doscientos veinte metros de superficie, aquel lugar había hecho las veces de embalse para abastecer del preciado líquido a los primitivos moradores de la colina, pero también había albergado la celebración de ritos sagrados. Muy cerca de allí se había encontrado un ara votiva dedicada a las Matres, antiguas divinidades de la fertilidad asociadas a las fuentes y manantiales, y de clara influencia celta. Según Hubert, aquel estanque tenía la consideración de recinto sagrado para la familia de David.

—Yo no creo en todas esas chorradas en las que cree Ruud. Pero aun así, no me digas que no es bonito este sitio —le dijo Hubert mientras leían los carteles explicativos que había dispuestos en un lateral.

—¿Tú sabes si David cree de verdad en todo esto de los linajes de vuestras familias y demás? —le preguntó Ander. Desde que se habían instalado en el edificio del jardín de la casa de Ruud Vanner, David había evitado a toda costa hablarle sobre aquellos ritos paganos que los Elguea y la familia de Ruud seguían conservando y practicando hoy en día. Era un tema que le incomodaba. Ander tenía la sensación de que David trataba de no introducirle en aquellas viejas creencias y costumbres familiares. “Por tu bien”, solía decirle cada vez que Ander sacaba el asunto a colación.

—¿David? Lo dudo. David y yo somos almas libres. Hemos visto mundo. Nos pueden parecer bien algunas cosas, pero en general, y yo creo que David opina como yo, creemos que son meras supersticiones.

—David me dijo que vuestra familia y la familia de su tía Sabina han estado enfrentadas desde siempre.

—Sí, eso sí es verdad. ¿Tú cree que es razonable que después de dos mil trescientos años siga esa hostilidad? —le preguntó, volviendo a mezclar el trato de tú y de usted—. Es de locos. Nadie tiene la culpa de lo que sucedió entonces. ¡Por Dios! Invasiones, genocidios, ataques y contraataques. Era algo muy común en aquel entonces. Incluso hoy en día lo sigue siendo, por desgracia. Si todo el mundo fuera igual de rencoroso, la vida en este planeta no avanzaría. Nos hubiéramos destruido unos a otros hace tiempo.

—¿Tú sabes si David tiene algún problema crónico de insomnio? —le preguntó, aprovechando el grado de sinceridad con el que Hubert le estaba hablando.

—Eso es algo que creo que deberías hablar en privado con David. Es demasiado personal.

Estaba claro que por ahí no iba a conseguir sacarle nada. Trató de pensar rápido otra pregunta, pero en ese momento, se les acercó una mujer.

—Hola Hubert, ¿qué tal? —le saludó mientras le sonreía.

—Hola. Yo bien, y tú, ¿qué tal está?

—Bueno, tirando. No me puedo quejar. Este trabajo me ayuda a no pensar en otras cosas. Disculpad que haya entrado tan tarde. Tenía que hablar un par de cosas con el encargado. Por cierto, ¿no me vas a presentar a tu amigo?

—Sí, perdona. Ander, esta es Lucía, una buena amiga. Es una de las personas que guían a los turistas que visitan este maravilloso lugar.

—Encantada —dijo ella dando la mano también a Ander.

—Lo mismo —respondió él.

—En realidad solo es un trabajo temporal. Ayudo cuando hay un pico grande de visitas de grupos. Aunque ahora estoy sustituyendo a una compañera que está de baja. El estanque de La Barbacana es la estrella de los tours que paran aquí, junto con la Torre Abacial y el pórtico de la iglesia de Santa María de los Reyes.

—Pero tú tiene predilección por el estanque, ¿no es así? —le preguntó Hubert guiñándole un ojo.

—¡Cómo lo sabes! —sonrió ella—. Sí, le tengo un cariño especial. ¿Sabías Ander que se cree que este estanque fue construido por los berones que abandonaron el poblado de La Hoya tras el devastador incendio que lo arrasó durante sus últimos años de vida?

—Tengo entendido que el poblado sufrió un ataque de una tribu extranjera —contestó Ander mirando de reojo a Hubert.

—Sufrió un ataque, eso es seguro. Aunque los expertos discuten acerca de la identidad de los invasores —apuntó—. Pues que sepas que estás visitando uno de los lugares santos de aquellos antiguos moradores de La Rioja Alavesa. En estas aguas llevaron a cabo diversos ritos ceremoniales. Gracias a un hallazgo arqueológico, se cree que en este lugar los berones rindieron culto a las diosas celtas de la fertilidad, como ocurría en otros muchos lugares asociados al agua. Estas divinidades no solo eran veneradas por los celtas, entre los que podríamos incluir a los berones, sino también por muchos pueblos germánicos. Hay quien dice que antes de levantar este estanque, ya practicaban ese tipo de ceremonias en las lagunas próximas a Laguardia. ¿No te parece bonito?

—Sí, claro —respondió Ander.

Observó a Lucía. Aquella chica le caía bien. A pesar de la tristeza que destilaba su mirada, algo le decía que su alma era transparente. Tal vez fuera la dulzura con la que las palabras brotaban de sus labios menudos. Quizás fuera su lenguaje corporal, que mostraba una cadencia tranquila, sosegada, como si cada uno de sus gestos se dejara mecer por el vaivén suave del aire. Presentía que era una mujer sensible y con el corazón enorme. Incluso su aspecto e indumentarias ligeramente grotescos, con ropa más propia de una persona aficionada al montañismo, y un peinado que Ander ya había visto en otras mujeres de la zona, cobraban en ella otra dimensión, transformando su ruda fachada en una fina carcasa de porcelana que se rompía en mil pedazos en

cuanto comenzaba a hablar. Estuvieron hablando con ella veinte minutos más hasta que les anunció que se tenía que ir a Lacaverna. Al escuchar aquel nombre, Ander se quedó paralizado y apenas fue capaz de articular dos palabras para despedirse de ella. Miró a Hubert, que parecía divertido con la situación.

—Lucía es la prima de David. Seguramente hayas oído hablar más de su hermano, Adrián.

—Pero... ¿ella sabe que tú...?

—Sí, claro. Claro que sabe que soy el tío de David. Como te decía, no todos los miembros de estas familias nos dejamos arrastrar por el odio milenario que se supone hemos de tenernos los unos a los otros.

—¿No le habrás dicho a Lucía que David está ahora viviendo en casa de Ruud, verdad?

—No, tranquilo. Se lo prometí a David. Tampoco le he dicho que tú es su pareja. Aunque te aseguro que no me creería. Pensaría que le estoy tomando el pelo.

—Lo dices porque antes David estaba con una chica, Anne...

—Anne Wellington, sí. Yo no llegué a conocerla, pero creo que estuvieron varios años juntos antes de que David regresara de Inglaterra. Lucía me dijo una vez que David y Anne habían visitado a su tía Sabina en Lacaverna, y que Sabina la había puesto a parir cuando le contó aquel encuentro a Concha, la madre de Lucía. Que si Anne era una interesada, que si era una buscona, que si solo le interesaba sacar provecho del patrimonio de los Elguea, que si David era un ingenuo, que si era un mujeriego que no daba pie con bola... Creo que no se imaginan ninguna de ellas que David también... ya me entiendes...

—Sí, te entiendo —contestó Ander, algo molesto por el tono jocosos de Hubert.

—Y ahora dejémonos de secretos familiares y vayamos a ese restaurante, que me muero de hambre.

“Jon Arkaute es un fantasma”.

Un tirón. La mujer sonriendo tratando de aligerar la carga emocional que su cliente más especial ha traído a la sesión de esa tarde.

“Jon Arkaute es un fantasma”.

Otro tirón. Un ligero acobardamiento, como si temiera haberle hecho más daño del habitual. Él se revuelve sobre la camilla y arruga la sábana de papel desechable que ella ha colocado minutos antes de que él entrara en la sala. ¿Debería hablarle? ¿Debería preguntarle qué le pasa? Algo le ocurre. Hoy está más raro que otras veces. Hay algo oscuro que pesa demasiado en su alma, como si una idea obcecada le estuviera reconcomiendo por dentro. Como si una serpiente invisible le hubiera mordido sin darse cuenta y ahora ya fuera demasiado tarde para aplicar el antídoto. Un nuevo tirón.

“Jon Arkaute es un fantasma”.

Ella le unta más cera, esta vez en el área de su piel más cercana a sus genitales, sobre la parte interna del muslo de su pierna izquierda. Le da unos pequeños golpes con la punta de los dedos para acelerar el proceso de solidificación. Pero de repente él gira la cabeza y la mira. Ella se queda quieta. La energía negativa que han desprendido sus ojos le ha helado la sangre. ¿Qué debería hacer?

—Más caliente —le pide él.

—Pero señor, son las normas. Por seguridad no puedo subir más la temperatura a la cera.

—He dicho que más caliente. ¿Qué parte de esa frase no entiendes?

—Quizá debería hablar con la encargada. Yo me puedo meter en un lío si le provoco alguna quemadura.

—¿Qué te parecen cincuenta euros de sobresueldo por esta hora de trabajo? Creo que son más que suficientes como para convencerte.

Ella le mira tentada por la oferta. Se arriesga a que la despidan si algo sale mal, pero su niño necesita unas zapatillas nuevas. La decisión está tomada. Con cuidado le retira la cera ya fría y sube la temperatura del dosificador. Espera no pasarse demasiado y tener que llamar a una ambulancia. Tras unos segundos, la extiende con cuidado sobre el muslo. Él realiza un aspaviento y, por un instante, está a punto de pedirle que pare. Pero no lo hace. Necesita sentirlo. Necesita sentir ese dolor. Necesita sentir la sensación liberadora que lo acompaña. Necesita encontrar la paz una vez todo haya pasado. La mujer parece dudar pero, finalmente, arranca con cierta agresividad el ungüento y el sufrimiento sobreviene. Es insoportable. Pero él lo necesita. Ha encontrado esta manera de volver a encauzar los desbordamientos anímicos a los que le tiene acostumbrado su alma desde aquel campamento de verano al que acudió cuando tenía once años. En un momento todo ha terminado. La mujer remata el resto de la depilación con prisa. Está deseando acabar y marcharse a casa. Y decirle a su hijo que el sábado comprarán zapatillas nuevas. Él se queda solo en la habitación. Desnudo. Únicamente cubierto por el *boxer* blanco que

cubre sus partes íntimas. Siempre usa el mismo tipo de ropa interior y el mismo color. Así es más fácil todo.

Se incorpora y comienza a vestirse. Respira aliviado. Ahora se siente mucho mejor. *Ama* no tiene ni idea de sus aventuras depilatorias y es mejor así. No lo entendería. Termina de anudarse los cordones de los zapatos, paga la cuenta, no sin antes entregarle el billete extra de cincuenta euros que le había prometido, y sale a la calle. Comienza a andar tranquilo, se siente ligero y de buen ánimo. Pero su paz interior enseguida se turba de nuevo. Aquel pensamiento que ha estado ocupando su mente durante los últimos días vuelve a enturbiar su paz interior. Maldice en voz baja a aquel hombre que ha aparecido de la nada y que, sin saber muy bien por qué, ha alejado a Consuelo de él, por muy raro que parezca porque, en realidad, jamás ha llegado a tener contacto directo con ella.

“Jon Arkaute es un fantasma.”

Habían pasado varios días desde que había descubierto a aquel hombre siguiendo a Consuelo en el cementerio. Más que siguiéndola, persiguiéndola. Eran palabras muy similares, pero la segunda ostentaba un cariz intimidatorio, en cierta forma agresivo, de la que carecía la primera. Jon Arkaute perseguía a Consuelo con mala intención. No tenía pruebas. Tan solo un ademán, el aparente gesto de él tratando de desenfundar un arma cuando estaba a punto de alcanzarla. Pero aun así estaba convencido de su intuición. Además, por si no fuera suficiente, no había conseguido descubrir apenas nada de él. Jon Arkaute era un fantasma. No había logrado averiguar nada en los archivos policiales ni en las bases de datos de las administraciones públicas a las que había podido acceder. Por desgracia, había demasiadas personas con ese nombre y apellido, pero ninguna de las que había investigado coincidía con lo poco que sabía de él, que era más bien poco. Tan solo sabía que vivía en un apartamento en Getxo y que tenía una moto y un coche. La casa no constaba a su nombre, sino que era titularidad de Sofía Arrizabalaga, la misma anciana que poseía varios pisos colindantes con la misteriosa librería-cafetería del casco viejo donde había visto entrar a Consuelo el día que la conoció. Además, ese hombre tenía la irritante habilidad de escabullirse y desaparecer cuando le venía en gana. A diferencia de Consuelo, le había sido extremadamente difícil seguir sus pasos. Tenía la sensación de que había sido entrenado para escapar del control de posibles observadores no deseados. Desde luego, no había vuelto a verle reunirse con Consuelo, lo cual, en sí, era una buena noticia. La mujer seguía con su rutina diaria de visitas eucarísticas y tardes de lectura en la biblioteca, aunque en los últimos días había acudido al cementerio de Bilbao varias veces, más de lo que cualquiera podría considerar como normal. La primera vez que la había seguido hasta allí Consuelo había visitado la tumba de un tipo llamado Tomás Benguría que, aparentemente, no tenía conexión profesional ni familiar con ella. Lo cual implicaba casi con toda seguridad que aquello que los relacionaba era de tipo personal. Según había averiguado, Tomás Benguría se había suicidado el año anterior, tras precipitarse desde una de las plantas superiores del edificio que ocupaba una empresa holandesa en el centro de Bilbao, llamada Artechnia. Era el jefe de prensa. Su exmujer y su madre habían sido asesinadas al poco tiempo. La policía había detenido al sospechoso de estos dos crímenes, un tal Ismael García, un antiguo traficante de drogas que hasta el momento de su arresto era uno de los jefes de seguridad de la compañía. Un turbio asunto relacionado con el trapicheo de cocaína.

Esa era la conclusión a la que había llegado la instrucción judicial aunque, desafortunadamente, el detenido había fallecido al poco tiempo y el caso había entrado en vía muerta. ¿Qué tenía que ver Consuelo con aquel empleado de Artechnia? ¿Cómo una mujer beata y conservadora como ella conocía a un hombre metido hasta el fondo en un asunto de drogas? Estaba claro que Consuelo ocultaba algo. Había demasiadas aristas en la vida aparentemente aburrida de aquella mujer que le hacían desear aún más conocerla.

Algo aturdido aún por el dolorido recuerdo de su sesión de depilación del día anterior, Aimar Errakamendi comenzó una nueva jornada de seguimiento a la enigmática Consuelo. Tras desayunar en una cafetería ubicada en el barrio de Basurto, ella se dirigió hacia la estación de autobuses pasadas las nueve y media de la mañana. El *ertzaina* decidió arriesgar y se montó en el mismo vehículo que ella. Por seguridad, dejó entre ambos varias filas de asientos. Una cosa era ser osado y otra un cabeza loca. Consuelo se situó justo detrás del conductor y colocó sobre su regazo la bolsa de tela que llevaba colgada al hombro. Se trataba de una artesanía mexicana que ya le había visto en otras ocasiones. Aunque tal vez fuera una imitación. Debía de pesar bastante lo que quiera que hubiera dentro, porque la sujetaba con ambas manos como temiendo que cayera al suelo. Él optó por un asiento ubicado de espaldas al chófer, en la parte posterior del autobús, junto a la puerta trasera. Iba disfrazado con un chándal gris, una gorra con visera y unas enormes gafas de sol. Si *Ama* lo hubiera visto en ese momento probablemente no lo hubiera reconocido. Al llegar al camposanto miró hacia atrás para confirmar que Consuelo se bajaba por la puerta central y solo entonces él hizo lo mismo por la situada en la cola. Al pisar suelo, sacó el móvil del bolsillo y fingió que llamaba a alguien mientras esperaba a que ella se alejara. Junto a ellos, seis pasajeros más, la mayoría mujeres y hombres de avanzada edad, descendieron y se dirigieron hacia el cementerio. Siguió a Consuelo varios metros por detrás, parándose de vez en cuando junto a alguna de las tumbas mientras leía los epitafios. Era esencial que ella no intuyera siquiera que estaba siendo observada. En esta ocasión Consuelo pasó de largo junto a la tumba de Tomás Benguría y avanzó en dirección a la capilla donde descansaban los restos mortales de Begonia Argenta, su marido y su hijo. Introdujo la misma llave que la vez anterior y accedió cerrando la puerta tras de sí.

Aimar observó detenidamente las estatuas de los ángeles que custodiaban la entrada. La primera vez que los había visto le habían causado cierta incomodidad, como si en realidad aquellas esculturas hubieran sido dispuestas para vigilar a cualquier intruso no deseado. Era asombrosa la destreza del artista que las había moldeado. Aquellos dos seres sobrenaturales parecían estar dispuestos a abalanzarse sobre quien hiciera falta en caso de que fuera necesario. Aunque, a fuerza de haberlos visto varios días, ya no le causaban la misma impresión, se fijó en algo en lo que no había reparado hasta ese momento. Los cabellos de ambos aparecían recogidos en la parte de atrás de cada cabeza anudados con una maravillosa rosa esculpida con sumo detalle. No recordaba haber visto nunca un ángel con un adorno capilar similar. Dio un rodeo a la capilla, dejando un margen de seguridad de dos metros de diámetro, por si Consuelo salía al exterior para que le diera tiempo a ocultarse detrás de una de las tumbas. Cuando tuvo a los ángeles más cerca contempló la grandiosidad de las dos rosas. Pero lo que más le llamó la atención era que en la parte superior de la espalda, justo en la zona donde los cabellos de los dos

seres mitológicos dejaban entrever los ropajes desde donde brotaban las alas, dos extrañas figuras de lo que parecían ser dos candelabros judíos aparecían talladas como si formaran parte de las túnicas. El querubín situado a la izquierda tenía esculpida su respectiva *menorá* girada en dirección a la de su compañero, y la del ángel de la derecha estaba orientada asimismo hacia el otro candelabro. De este modo, los extremos de los seis brazos curvilíneos y el recto situado en el centro de cada lámpara parecían querer alcanzar las puntas de la de la otra. Era muy extraño que aquel símbolo de la religión judía apareciera tallado en un cementerio cristiano. Había que agudizar la vista bastante para percibir aquellos dibujos desde la distancia. La belleza de la obra volvió a deslumbrarle. Durante unos segundos logró hacerle olvidar su objetivo y no se dio cuenta de que Consuelo acababa de salir del panteón. Sin darle tiempo a reaccionar, las miradas de ambos se cruzaron durante un instante. El corazón comenzó a latirle con fuerza. *“Mierda. Me ha visto. La has fastidiado, Aimar.”*

Trató de no perder los nervios y no mostrar ningún signo de sorpresa. Ella continuó su camino como si nada. Respiró aliviado. Tan solo habían sido un par de segundos. Probablemente ella ya había olvidado su rostro. Se felicitó a sí mismo por haberse disfrazado de aquella manera esa mañana. De lo contrario toda la misión podía haberse ido al traste. No podía permitirse el lujo de que ella se diera cuenta de que la seguía. La vio alejarse hacia la puerta del recinto. Aimar estaba incómodo. No solo por el hecho del error que acababa de cometer, sino porque tenía la sensación de que había ocurrido algo en aquel lapso de tiempo. Algo había cambiado en la mujer que había visto entrar a la capilla y la que había salido minutos después. Se sentó en un banco incapaz de concentrarse. Su instinto le aseguraba que no se equivocaba en su intuición, pero no sabía de qué se trataba exactamente. Finalmente decidió irse. Era absurdo perder el tiempo de aquella manera.

Poco antes de cruzar la valla que delimitaba el camposanto, supo de qué se trataba. Estuvo a punto de pegar un grito por la emoción pero finalmente pudo retener el impulso, aunque unas gotas de orina humedecieron levemente su ropa interior. Casi corriendo, volvió a adentrarse entre las lápidas. Llegó a la cripta y, fuera de sí, sacudió violentamente la puerta. Un hombre se le acercó.

—Perdone, caballero. ¿Tiene usted algún problema con ese panteón?

Aimar se dio la vuelta y se encontró a uno de los vigilantes de seguridad que, con cara de pocos amigos, trataba de averiguar a qué se debía aquel escándalo auditivo.

—No, perdone. Ya me iba. Solo ha sido un arrebató —trató de justificarse.

—Me parece bien que se vaya usted ahora mismo —le dijo el hombre—. Esto es un lugar de paz y remanso. No queremos poligoneros ni gente rara. Ni mucho menos mangantes. No será la primera vez que alguien intenta asaltar una de estas criptas.

—Oiga, ¿usted se piensa que yo...?

—Váyase o llamo ahora mismo a la policía —le ordenó.

—Está bien, está bien, me voy.

“Maldito gilipollas. Se ha pensado que era un simple ladrón. Habráse visto. Con esa cara de lameculos que parece que solo tiene neurona y media en el cerebro.” Mientras se dirigía rápidamente hacia el exterior Aimar Errekamendi volvió a quejarse de lo injusto que era el ser humano para con sus semejantes. De nuevo, había tenido un encontronazo por culpa de una primera impresión equivocada. Aunque, a decir verdad, quizá hubiera ocurrido lo mismo si no hubiera llevado puesto aquel disfraz absurdo. La gente tendía a juzgarle de manera negativa, como si no fuera capaz de crear la más mínima empatía en los demás. Toda su vida desde aquel fatídico campamento de verano había transcurrido de esta manera así que estaba más que acostumbrado.

Se montó en un taxi y se quitó la gorra y las gafas de sol. Sacó su móvil y buscó en Internet los horarios de apertura del cementerio. ¡Cómo no se había dado cuenta antes! La bolsa. La clave estaba en la bolsa de tela con motivos mexicanos que llevaba Consuelo durante el trayecto en autobús. Había salido de la capilla sin ella. Quizás la llevaba arrugada metida en algún bolsillo de su chaqueta pero el caso era que lo que quiera que transportara en ella se había quedado en el interior del panteón. Revisó las instantáneas que le había sacado días atrás, durante las otras visitas al camposanto y confirmó sus sospechas. En varias de ellas Consuelo llevaba la misma bolsa que, misteriosamente, desaparecía en las fotos tomadas después de haber abandonado el sepulcro. Ahora entendía sus visitas asiduas al cementerio. Consuelo estaba escondiendo algo en el pequeño mausoleo de Begoña Argenta. Volvería una noche, cuando no quedaran dentro más almas que las de los que allí había sepultados, y accedería al interior. Solo esperaba no volver a encontrarse con aquel miserable vigilante de seguridad. Aunque, a decir verdad, lo que realmente temía era perturbar aquella especie de guardia sobrenatural a la que estaba sometida la capilla por parte de aquellos enormes ángeles. Y más a esas horas.

David Vanner regresó junto a su padre un poco después de las diez de la noche. Eran ya varias las jornadas que durante los últimos meses habían pasado visitando los diferentes negocios que Ruud Vanner tenía en La Rioja, Navarra, Madrid y Asturias. David parecía emocionado por estar recuperando el tiempo perdido con el hombre que le había dado la vida y Ander estaba feliz por ello. No obstante, había algo que no acababa de comprender del todo. Sí, era cierto que Ruud le había ofrecido a David formar parte de su imperio empresarial y que esa era una oportunidad que David no podía permitirse el lujo de rechazar, ahora que su futuro en Artechnia era más incierto que nunca. Pero le resultaba extraño que David hubiera pasado página tan rápido, como si todo el sufrimiento que le provocó la ausencia voluntaria de Ruud durante toda su infancia se hubiera esfumado en un segundo. Mientras David le hablaba de una de las compañías en la que su padre estaba barajando colocarle, Ander quiso averiguar hasta qué punto David se había integrado dentro del pequeño cosmos familiar que Ruud y Hubert Vanner habían creado en aquel chalet.

—¿Quién es Jacobus Vanner? —le preguntó. David hizo como que no le había oído y continuó colocando la ropa de la maleta en el armario de la habitación. Al cabo de un rato, tras haber formulado hasta dos veces más la pregunta, Ander obtuvo a su vez otra interrogante como respuesta.

—¿Por qué quieres saberlo?

—No sé, creo que es alguien importante para tu padre. Tiene varios libros escritos por él en uno de los despachos de la casa. Pero no uno ni dos. Yo creo que conté más de veinte. Me dio la sensación de que estaban colocados a propósito a desmano en la parte superior de las estanterías. Para que no fuera fácil acceder a ellos.

—Ruud tiene cientos, quizás miles de libros repartidos por la casa y por todas sus propiedades. No sé a qué viene ese interés tuyo por Jacobus Vanner—. A David le costaba todavía referirse a Ruud como su padre.

—Tú me dirás. Agujeros negros, física cuántica, universos paralelos, viajes en el tiempo... Creo que a tu padre le gustan un poquito estos temas. ¿No te parece?

—Ruud es un hombre muy culto. Además de neerlandés y castellano, habla flamenco, inglés y alemán. Y por lo que me ha comentado no es el único de los Bechs al que le gusta cultivarse.

—Espero que no incluyas a William Dik en el mismo saco.

—No. Me parece a mí que ese indeseable no entiende de cultura. Bueno, no entiende de nada. Como mucho de matar a tías inocentes.

—¿Tu padre le conoce?

—Dice que le ha visto en alguna reunión familiar, pero no ha coincidido mucho con él. De todas formas, debe de ser considerado como una oveja negra dentro del linaje. Muchos no le siguen perdonando que por culpa de aquel asesinato en los años noventa, estuvieran a punto de salir a la luz las creencias ancestrales de la familia.

—¿Qué ha sido de él?

—Sigue en Holanda. Cuando consiguió superar la fase crítica en el hospital, Suzanne Bechs movió los hilos para trasladarlo a una clínica holandesa dirigida por un primo lejano. Debe de seguir vivito y coleando, y, según parece, mucho mejor de lo que podría esperarse.

—Me parece increíble que haya conseguido salvar la vida después de lo que le pasó. ¿Cuántas puñaladas le dieron? ¿Diez?

—Fueron menos, pero aun así, sí que hay que reconocer que ha tenido suerte el cabrón. Al parecer, se han debido de gastar una millonada en el tratamiento para conseguir que vuelva a llevar una vida más o menos normal. Con la situación actual de Artechnia, te puedes imaginar el cariño que le puede tener ahora mismo Suzanne Bechs a su sobrino.

—Seguro que mucho menos que el cariño que tu tía Sabina te tiene a ti.

—¿Cariño?

—Tu tía será una manipuladora, pero es evidente que te quiere, David. Si no, no habría hecho todo lo que ha hecho por ti. A su manera, pero te quiere.

—¿A ti te parece normal que me haya ocultado en qué circunstancias murió en realidad mi madre? ¿O que jamás me haya dicho que siendo yo un crío Ruud siguió viéndome a escondidas, gracias a la ayuda de mi tía Concha?

—No la juzgues a la ligera. ¿Has hablado de esto con ella?

—¿Que no la juzgues? —David elevó el tono de su voz. Le habían molestado las palabras de Ander—. Lo único que ha querido siempre es tenerme el cerebro completamente lavado con tanta gilipollez de dioses antiguos y supersticiones más propias de una demente. Ruud se alejó de mí, eso es cierto, pero, aunque no comparto su decisión, ahora entiendo un poco mejor por qué me abandonó cuando murió mi madre. Me echó la culpa de su muerte. Según él fui yo el que atrajo a esa mujer cuando nací. Fue esa anciana la que trató de matarle a él tirándole desde la peña del León Dormido.

David le había explicado el episodio de la muerte de su madre, cuando una misteriosa anciana había tratado de tirar montaña abajo a Ruud y María Elguea se había interpuesto entre ellos para salvar al padre de su hijo, acabando despenada.

—Ya. ¿Y esas razones te parecen aceptables? Entiendo que amara a tu madre con locura, pero ¡tú eras su hijo! Su amor por ti debería haber estado por encima de cualquier otra cosa. Además, ¿quién es esa mujer que intentó asesinarle? ¿por qué dice que tú la atrajiste al nacer?

—Supongo que sería alguna pariente lejana de mi tía. O quizá de mi abuela Véspero. He intentado que Ruud me diga de una vez quién narices era esa mujer, pero no ha habido manera. Es como si le tuviera miedo al simple hecho de mencionarla.

—Creo que deberías hablar con Sabina. Si al menos tienes los dos puntos de vista, podrás juzgar mejor quién lleva la razón en todo esto. Además, de paso, le podrías pedir consejo sobre ese insomnio tuyo.

—¿De qué hablas? ¿Qué tiene que ver ahora mi insomnio con lo que estábamos hablando? —preguntó airado David.

—Lo siento, pero me preocupo por ti.

—Pues gracias, pero no hace falta que te preocupes. Para eso están los somníferos.

—Pero ¿por qué no quieres hablar del tema? Es que no lo entiendo —Ander se acercó y se colocó a medio palmo de su cara—. Cada día te tomas más pastillas y lo peor es que sé que apenas pegas ojo.

—Ya te he dicho mil veces que es algo muy común en mi familia. Estoy más que acostumbrado. Déjame en paz, por favor —intentó zanjar David alejándose hacia la puerta del cuarto de baño. Ander le siguió hasta allí.

—¿Me vas a decir que es casualidad que parte de tu familia materna tenga esta extraña variante de insomnio y que tu padre tenga en su biblioteca varios libros dedicados al tema? Entre ellos uno de Jacobus Vanner, por cierto.

David miró su propio reflejo en el espejo del tocador. Parecía aturdido ante las palabras de Ander, como si estuviera esperando a que este dejara de hablar y se olvidara del tema.

—En ese libro, Jacobus Vanner afirma que el ser humano, todos nosotros, vivimos inmersos en un plano de la realidad en el que se cruzan otras capas. Llámalo el espacio-tiempo, universos paralelos, o lo que sea. Pues bien, sostiene que desde siempre ha habido personas que eran capaces de percibir los agujeros que se producían regularmente en esos planos de la existencia y, debido a ello, experimentar visiones sobre el futuro, el pasado, u otros mundos. Normalmente esas personas clarividentes son capaces de controlar esas vivencias, pero a veces se dan casos en los que el sujeto termina padeciendo un insomnio permanente con espantosas alucinaciones.

—¡Cállate! —gritó repentinamente David dando un golpe con su puño sobre el cristal. Una pequeña grieta asomó por la esquina superior derecha del vidrio y comenzó a abrirse paso cruzando en diagonal hacia el centro de la superficie. Por suerte el espejo no se resquebrajó. Ander, lejos de asustarse, volvió a situarse a escasos centímetros de él. Sabía que el asunto del insomnio le estaba haciendo sufrir. Desde detrás, lo abrazó con fuerza, intentando transmitirle calma y tranquilidad. David se dejó hacer y pareció relajarse. Ander aprovechó para apoyar su cabeza sobre la parte superior de la espalda de David. Con un susurro apenas perceptible, le dijo lo que llevaba tanto tiempo tratando de comunicarle.

—Te quiero —dijo mientras tragaba saliva. Tenía la garganta reseca. Era la primera vez que se mostraba tan sincero con David. No podía creer que acabara de pronunciar esas dos palabras—. Quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que sea, tanto para lo bueno como para lo malo. Si no quieres contármelo, no pasa nada, no te voy a agobiar. Pero no quiero que te lo guardes para ti solo por el hecho de que no quieras preocuparme. Con todo el tema de Manu yo me abrí a ti y te confesé todo porque sentí esa conexión contigo. Me gustaría que tú sintieras la misma confianza conmigo. En cualquier caso, tenía ya ganas de decírtelo. Igual no es el momento más adecuado, pero bueno, estas cosas no se planean.

David le apartó suavemente liberándose de su abrazo. Se volvió hacia él y sujetándole por la nuca, lo besó. Ander le correspondió, y durante unos segundos, se sintió el hombre más feliz del planeta.

—Yo también te quiero —le dijo al fin. David sintió una energía arrolladora desbordándose por los poros de su piel, como si aquella confesión le hubiera llevado a alcanzar un estado superior de conciencia. Aunque se había resistido durante un segundo a pronunciar aquella frase, enseguida había llegado a la conclusión de que no había tiempo que perder. Era lo que sentía. Y no tenía miedo de decirlo. Al contrario. —No soy muy dado a decir estas cosas así que espero que no me pidas que te lo repita muy a menudo —sonrió—. Ven, siéntate en la cama.

Ander le siguió hasta el lecho con la incertidumbre de no saber si había hecho bien en insistir para que se lo contara. Dependiendo de lo que le fuera a contar, las cosas podían no volver a ser como hasta ese momento.

—Se llama “Síndrome del Insomnio Familiar Fatal”. Suena bastante mal, ¿no te parece? —trató de bromear—. Lo cierto es que a mí ya no me impresiona tanto el nombre.

—Pero... ¿qué significa lo de “fatal”? ¿Tan grave es?

—Bueno, sí. Para qué te voy a mentir. Es una enfermedad hereditaria. Aunque su origen es bastante misterioso y hay bastantes dudas acerca de las causas, parece que el problema reside en una mutación que portamos todos los que la padecemos. Se está haciendo algún ensayo clínico para preparar un fármaco que sea lo suficientemente potente, pero no es fácil la cosa.

—¿Por qué?

—Porque muchos de los miembros de las familias que históricamente han portado la mutación no quieren hacerse las pruebas, prefieren no saber nada hasta que llegue el momento. Además, te puedes imaginar el coste de la investigación. Somos muy pocas familias las que padecemos esta enfermedad.

—El problema entonces es que es una enfermedad rara —dijo Ander sintiéndose estúpido por no ocurrírsele nada mejor que decir.

—Y tan rara. Menos de cincuenta familias en todo el mundo. En el sur de Europa el protagonismo nos lo llevamos cinco familias italianas y unas doce o trece de Navarra y el País Vasco. Al parecer mi familia es una de ellas.

—¿Y no se puede hacer nada para detener el curso de la enfermedad?

—Nada. Tarde o temprano las alucinaciones serán tan continuas y el cansancio mental será tan grande que probablemente entraré en coma y moriré. No suele durar más de unos meses. Unos pocos años en los mejores casos. A mi tía Sabina le pasa lo mismo.

Ander no sabía cómo continuar la conversación. Él había insistido en que se lo contara y ahora se preguntaba si había hecho bien. Sentía unas ganas terribles de llorar, como si el corazón le fuera a estallar de dolor en cualquier momento. Pero no quería mostrarse así ante David.

—Seguro que hay algo que se pueda hacer. Una pequeña esperanza. ¿No hay nadie que haya superado la enfermedad aun teniendo los síntomas?

—Mi abuela Véspero sin ir más lejos. Empezó a sufrirlos hace años y aún vive. Pero mira en qué condiciones. Está pero no está. Vive en una especie de trance continuo.

—Quizás deberían estudiarla. Es una muestra clara de que de alguna forma se puede detener el avance de la enfermedad. ¿Nunca la habéis llevado a especialistas?

—Mis tías se dejaron un dineral llevándole a varios de los médicos más reputados, pero sin ningún resultado. Al final, lo dejaron por imposible.

—¿Tu tía Sabina sabe que a ti también te está pasando?

—No. Pero te puedo asegurar que si se lo dijera no me serviría de mucha ayuda.

—¿Por qué no? Quizás podría ser una manera de acercarte a ella. ¿Es que no la vas a volver a hablar nunca? Te recuerdo que fue ella quien te crio. ¿Qué mal puede hacerte hablar con ella?

—Sabina cree que esto no es una enfermedad sino un regalo divino.

—No entiendo.

—“El don de la vigilia”. Así lo llama. Así lo han llamado mis antepasados desde hace siglos. En nuestra tradición familiar, se considera que quienes sufrimos este mal somos una especie de bendecidos por los dioses antiguos, y estamos predestinados a ocupar un lugar especial como servidores de las Madres. Suena todo bastante a secta, ¿verdad?

—¿Las Madres? ¿A qué te refieres?

—Los portadores del don de la vigilia eran elegidos en la época de los berones como miembros del cuerpo de seguridad de un grupo de sacerdotisas que guiaban al pueblo en el ámbito espiritual. Las Madres. Mi tía Sabina piensa hoy en día, en pleno siglo XXI, que yo soy uno de esos centinelas y estoy llamado a perpetuar ese legado ancestral. Es de locos.

—Pues a mí me parece muy bonito —dijo Ander—. ¿Es que no te das cuenta? Da igual si son cuentos y leyendas. Lo importante no es eso. Lo importante es que tu tía te quiere, quiere que sigas formando parte de su familia y continúes con vuestras tradiciones. Ojalá mis padres tuvieran la décima parte de la consideración que tu tía Sabina tiene contigo. A mí, al contrario. Me repudiaron como a un perro cuando descubrieron que era gay.

—Me da mucha pena que te hicieran eso, Ander. Al menos tienes a tu hermana de tu lado. Pero es que tú no puedes entenderlo porque no sabes lo que es estar sometido durante años al influjo de Sabina. Esa mujer es capaz de absorberle el cerebro a cualquiera. Le encanta tenernos a todos a su servicio, bajo control, haciendo exactamente lo que ella quiere. Ya conseguí escapar una vez de ella, pero siempre termina arreglándoselas para volver a tenerme de su lado. Y lo que es más, contándome mentiras o medias verdades según le conviene. No le voy a perdonar jamás que no me contara la verdad sobre la muerte de mi madre ni las visitas a escondidas de mi padre cuando yo era pequeño, a pesar de la oposición de ella.

—Pues creo que lo de tu abuela Véspero no deberías dejarlo de lado. Tal vez en ella reside el secreto a la solución a este insomnio que padecéis. Y quizás en esos libros de Jacobus Vanner haya alguna idea, algo que nos lleve a dar con una solución. ¿Has hablado con Ruud de esto? Si él tiene esos libros, es porque quizá haya investigado sobre el tema.

—Déjalo, Ander. En serio. No hay solución a esta condena. No la ha habido nunca, desde hace siglos. No le digas nada ni a Ruud ni a Hubert, no saben que la enfermedad se ha activado en mí. Lo que me queda de vida quiero pasarla con mi padre. Estoy recuperando el tiempo perdido. Me está enseñando un montón de cosas y no quiero preocuparle. Me da rabia porque ahora voy a ser yo el que le abandone para siempre, pero es lo que hay.

—¿Nadie más lo sabe? Tu ex, Anne, ¿sabía lo que te pasaba? —preguntó Ander. Se estaba arriesgando al plantear ese interrogante, sabía que a David le costaba hablar de su pareja anterior, Anne Wellington. El sentimiento de culpa asomaba cada vez que ella surgía en una conversación. David le había confesado que había sido injusto y no se había portado bien con ella, que se arrepentía de no haberle contado más acerca de su vida.

—No, a Anne tampoco se lo dije nunca. Me insistió varias veces con el tema de ser padres, pero yo siempre trataba de esquivar el tema. ¿Cómo voy a ser padre yo? No condenaría a mi hijo jamás a pasar por lo que yo estoy pasando. Mira Ander, no sé si serán dos meses o cinco años, pero quiero vivir lo que me queda sin causar más preocupación a nadie. Siento de verdad habértelo contado. No tengo derecho a amargarle la vida a nadie.

—No seas tonto. No me amargas. Al contrario. Muchas gracias por contarme algo tan personal y por confiar en mí —dijo Ander tratando de disimular el desconsuelo que le corroía las entrañas

en ese momento—. Eres la ostia, David Vanner. Quién te ha visto y quién te ve.

Ander intentó convencer durante veinte minutos más a David para que explorara otras vías de investigación en busca de una posible alternativa a ese desenlace mortal que le aguardaba. Pero no lo consiguió. Él se cerró en banda. *“Olvidemos el tema”*, le insistió. Ander le prometió que así lo haría, pero en su fuero interno sabía que ese juramento iba a caer en saco roto más pronto que tarde. Aunque no consiguiera nada, tenía que intentarlo. No podía permanecer impasible ante esa maldita enfermedad. Amaba a David. Iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para evitar que muriera de esa manera.

La residencia de personas mayores “El buen amigo” estaba situada a las afueras de Pamplona, muy cerca de la Universidad Pública de Navarra y rodeada de bloques de viviendas de reciente construcción. Se trataba de un viejo caserón que en el pasado había recibido otros usos, muchos de ellos también relacionados con la hospitalidad. Erigida como casa de verano por una familia aristócrata del siglo XIX, fue abandonada a principios de la década de 1920, cuando pasó a engrosar el patrimonio de una familia de prestamistas, que pudieron cobrarse con el inmueble una deuda. En los años cuarenta albergó un hospicio que acogió a muchos niños y niñas que habían quedado huérfanos en la guerra civil. Más tarde, ya entrada la década de los sesenta, y tras una espectacular reforma, se convirtió en uno de los balnearios más lujosos de la ciudad, hasta que la empresa propietaria quebró y el edificio fue de nuevo abandonado. En los noventa, un banco suizo se hizo con él y, tras varios intentos de instalar un hotel de cinco estrellas, finalmente el proyecto fue desechado y fue vendido a un grupo inversor que lo transformó en una bonita residencia para la tercera edad. Desde entonces, numerosas personas de familias acomodadas habían residido y fallecido allí, entre sus paredes decoradas con oscura madera de roble.

Mechero había encontrado la dirección en un artículo de una revista especializada en arqueología publicada en 2010. Una periodista se había interesado por una de las residentes más célebres de aquel lugar, Margarita Toledo, que había caído en el olvido tras haber sacado a la luz una serie de artículos que en su día la doctrina calificó como ridículos y sin rigor científico alguno. Exactamente tal y como les había explicado el padre de Calíope cuando visitaron la isla de Eubea. Itziar Azurmendi, la reportera, creía que, en realidad, una mano negra había diseñado y puesto en práctica una meticulosa campaña de desprestigio que había arruinado la carrera de la arqueóloga, a la que acusaban de no estar plenamente en sus cabales. Tras haber conseguido dar con ella, comprobó que Margarita Toledo había ido a parar al asilo en 2005.

Mientras llegaban al lugar, Anne Wellington relejó la entrevista una vez más.

“—Señora Toledo, me alegro de haberla encontrado. Yo también estudié arqueología antes de empezar a ejercer como periodista y descubrí sus publicaciones casi por casualidad. Déjeme decirle que es totalmente injusto que una eminencia como usted acabara denostada de esa forma. La admiro profundamente.

—Muchas gracias, hija. Me alegro de que las nuevas generaciones sepan apreciar el trabajo de las que las precedimos.

—No hace falta dar las gracias, señora. Cualquiera con dos dedos de frente sabe valorar lo que usted descubrió. Me resulta increíble que esto no supusiera una revolución a nivel mundial.

—Cuando te enfrentas a los poderosos siempre corres el riesgo de que tu trabajo les haga perder posiciones. Y más con un asunto tan delicado. Y si eres mujer ya ni te cuento. No es de mi agrado tener que reconocerlo, pero el hecho es que fue así. La mayoría de mis colegas se referían a mí con un aire de condescendencia que para qué contarte. Yo siempre digo que cuando un profesional se refiere a ti llamándote por tu nombre de pila y no por tu apellido es que, en el fondo, no considera que estés a su altura. ¿Te parece normal que en los artículos que publicaron para contrarrestar mi descubrimiento me llamaran Margarita, a secas? Margarita ha perdido la cabeza, Margarita no entiende lo más mínimo del procedimiento científico, Margarita esto, Margarita aquello... Con un hombre jamás se hubieran referido a él de esa manera, sino que

hubieran empleado su nombre y apellido, o solo su apellido. En fin, el caso es que lograron lo que pretendían. Que mi carrera acabara de manera fulminante.

—No sabe cuánto lo siento, señora Toledo. Me parece totalmente injusto. ¿No ha pensado en relanzar sus investigaciones ahora que ha pasado un tiempo?

—No hija, ya estoy muy vieja y no tengo fuerzas para eso. Prefiero dedicarme a leer y seguir viajando por el mundo, aunque sea de manera imaginaria con mis libros.

—Señora Toledo, si no le hago la pregunta, no me puedo ir tranquila.

—Adelante, joven.

—¿Cree usted que es posible? ¿Cree usted en la existencia de una especie que se nos ha pasado por alto?

—No me cabe la menor duda.”

Mechero ayudó a bajar del coche a Anne. A regañadientes, ella aceptó su ofrecimiento. Lo cierto era que se sentía tremendamente cansada esa mañana. Llevaba un par de noches en las que no lograba encontrar la postura para dormir sin que su abdomen abultado no le molestara. A veces, tenía la sensación de que le faltaba la respiración y el mero hecho de quedarse dormida le daba pánico. La ginecóloga le había dicho que no se preocupara, que era algo normal, así que no tenía más remedio que resignarse y aguantar hasta que llegara el momento de dar a luz. Aún faltaba bastante. Mejor no pensar en ello.

Encontraron a Margarita Toledo en el jardín, que en realidad era un armónico conjunto de figuras vegetales con formas animales y geométricas, salpicadas aquí y allí por diversas fuentes ornamentales y pequeños riachuelos, y que albergaba hasta incluso un pequeño laberinto, al más puro estilo Versalles. Era una mujer muy mayor, con el cabello largo y liso completamente blanco. Tenía la piel del rostro repleta de arrugas y su cuello aparecía cubierto por un fular de seda. Margarita Toledo estaba sentada en una silla de ruedas. Anne esperaba encontrársela leyendo alguna revista científica, por lo que le sorprendió que la lectura que ocupaba su mente en esos momentos fuera una novela policíaca a la que ella ya le había echado un ojo meses atrás. Miró en derredor para asegurarse de que ninguna de las cuidadoras reparaba en ellos. Era la hora de las visitas y varias personas charlaban con sus familiares en un alegre murmullo que rompía la geometría casi perfecta de aquel pequeño ecosistema de clorofila y agua.

—Señora Toledo. Mi nombre es Anne Wellington y soy una admiradora suya. Este es mi amigo Borja —dijo señalando a Mechero. El joven la fulminó con la mirada. Hubiera preferido que le hubiera llamado Jean-Baptiste Florian antes que usar su verdadero nombre.

—Encantada —le respondió la anciana con una simpática sonrisa dibujada en sus labios.

—Señora Toledo, estoy haciendo un grado en arqueología y mi proyecto de fin de carrera versa sobre las lenguas desconocidas halladas en yacimientos a lo largo del mundo.

Mechero miró a Anne desconcertado. ¿Había ideado aquella maravillosa mentira para tratar de engatusar y caer bien a Margarita Toledo? ¿Acaso no se daba cuenta de que estaba hablando con una eminencia que en cualquier momento podía darse cuenta de todo? A veces la ingenuidad de

Anne le sacaba de quicio. La mujer sonrió de nuevo cerrando la novela que sostenía entre sus manos.

—Encantada de conocerte, joven —le dijo.

—Señora Toledo, tengo entendido que hace unos años usted realizó un gran descubrimiento sobre los restos de lo que parecía una lengua desconocida hasta ese momento en unas cuevas de Rumanía. He leído los artículos que usted publicó al respecto y estoy especialmente interesada en su tesis de que los signos que aparecieron grabados en esas grutas se corresponden con la misma lengua que se descubrió en una cerámica hallada en las casas de dragones de Grecia. Me gustaría saber cuál es su opinión al respecto. ¿Estamos hablando de la primera evidencia encontrada de la lengua más antigua del mundo?

—Itziar, ¿eres tú?

Anne y Mechero se miraron. Algo no iba bien del todo.

—No, me llamo Anne, Anne Wellington, señora.

—Itziar, no dejes que acaben contigo también, pequeña. No juegues con fuego. Mira cómo he acabado yo. Ándate con cuidado y, sobre todo, no publiques nada de lo que te he dicho en tu periódico. Te aniquilarán.

—Señora Toledo, no soy Itziar. Soy Anne, creo que se está confundiendo.

Ella la miró con los ojos húmedos de la emoción, como si acabara de ver a alguien al que no veía desde hacía mucho tiempo. Durante un segundo Anne llegó a percibir amor en esa mirada.

—Encantada de conocerte, joven —le repitió la mujer, mientras volvía a abrir la novela y se concentraba en su lectura.

Mechero hizo un gesto con la mano sobre su sien derecha, dando a entender a Anne que Margarita Toledo no estaba en sus cabales. Anne le apartó enfadada la mano, exigiéndole un poco de respeto hacia la anciana. Observó que una de las cuidadoras estaba atendiendo a otro de los residentes a apenas unos metros de distancia y se dirigió hacia ella.

—Disculpe. Soy una antigua ayudante de Margarita Toledo, aquella señora de allí —dijo apuntando con el dedo hacia la arqueóloga—. Me habían dicho que llevaba viviendo aquí unos años, y aprovechando que estaba cerca me he pasado a verla. Pero lo que nadie me había dicho era que se encontraba en el estado en el que está.

—Doña Margarita es de las mujeres más inteligentes que viven aquí. Lee a todas horas y nos cuenta de vez en cuando sus aventuras de cuando era joven. Pero lamentablemente sufre una enfermedad mental degenerativa. Desde hace unos años la pobrecita no está bien del todo, así que no le tenga en cuenta si se ha puesto algo agresiva con usted. Lo hace prácticamente con todo el mundo.

—No, si conmigo ha sido muy amable—contestó Anne.

—Pues dese por afortunada. Porque, que yo recuerde, tan solo una joven que solía visitarle hace unos años le caía bien. No me acuerdo ahora cómo se llamaba... El caso es que mirándola a usted ahora, la verdad es que tiene cierto aire a ella...

—¿Itziar Azurmendi? —preguntó Anne.

—¡Eso! ¡Itziar! —exclamó—. Una chica muy simpática. Periodista de La Luz de Navarra. Muy maja. Creo que lleva unos años de jefa de redacción. Tenía talento, la verdad. Y admiraba

muchísimo a Margarita.

En menos de cuatro horas Anne y Mechero consiguieron una reunión con Itziar Azurmendi. A pesar de que la joven administrativa que les atendió por teléfono se mostró bastante reticente a ni siquiera comunicar a su superiora la petición de los dos jardineros, finalmente, ante la insistencia de Mechero, se dio por vencida. Anne le había rogado a la muchacha que le dijera a Itziar Azurmendi que querían hablar con ella de Margarita Toledo. Y había funcionado. La redactora jefa de La Luz de Navarra les recibió en su despacho rodeada de varias tazas de café usadas y dispuesta a escuchar lo que tuvieran que decirle. Mechero no dejaba de observarla como un adolescente prendado de su profesora. Itziar Azurmendi era una mujer que rozaba los cuarenta años e iba ataviada con una sencilla camiseta blanca y unos pantalones vaqueros desgastados en las rodillas. Su cabello era rubio y corto y, aunque aparentaba estar despeinado, Anne se dio cuenta de que la periodista no hacía mucho que había pasado por la peluquería. Tenía una mirada serena, propia de las personas que han vivido experiencias duras y han aprendido a superarlas. Su lenguaje corporal y su forma tan elocuente de hablar invitaba a escucharla atentamente.

—¿De qué conocéis a Margarita? —les preguntó tras haberse presentado. Había cierto matiz rudo en el tono de su voz que contrastaba con su imagen de mujer afable.

—Soy filóloga y estoy haciendo un trabajo de investigación sobre la extraña lengua que aparece grabada sobre una cerámica en el museo de Caristo, en Grecia.

—Hogar de las famosas casas de dragones —apuntilló ella.

—Así es. No hace mucho que volvimos de allí. Un contacto local nos explicó que Margarita Toledo había realizado una exhaustiva investigación hacía unos años sobre este supuesto idioma. Al parecer, descubrió unos signos muy parecidos en una cueva de Rumanía.

—Las cuevas de Oraşul apă. Se inundaron al poco tiempo. Mala suerte.

—¿Usted cree? Nuestro contacto nos insinuó que Margarita Toledo había sido objeto de una trama de desprestigio motivada por intereses ocultos.

—¿Vosotros dos no estaréis del lado de ellos, no? —preguntó señalando a Mechero con el dedo índice de la mano derecha.

—¿Cómo? —balbuceó el joven, consternado porque su primera conversación con aquella atractiva mujer fuera de aquella manera.

—Sí, hubo grupos de presión que se encargaron de aniquilar todo el trabajo realizado por la señora Toledo. Espero que no seáis parte de esa gentuza, porque me cuesta un segundo averiguar si me estáis mintiendo o no.

—No, le aseguro que no. Al contrario, estamos interesados en defender los descubrimientos de la señora Toledo —dijo Anne.

—Trátame de tú, guapa, que no soy tu abuela —le sonrió—. Está bien. ¿Qué quieres saber?

—¿Sabes si la señora Toledo llegó a descifrar parte de esa lengua o si tenía alguna idea de a qué pueblo perteneció? —preguntó Anne. Aún le costaba tratar de tú a una desconocida.

—Margarita estaba convencida de que esa lengua era el idioma de una especie perdida en el origen de los tiempos.

—¿Una especie? —preguntó Mechero.

—Sí —contestó la periodista—. ¿Has oído hablar del *homo sapiens*? ¿Y del *homo neanderthalensis*?

—Hombre, hasta ahí llevo —respondió él enojado.

—Ya sabéis que el hombre de Neanderthal era la especie humana que reinaba en gran parte de Europa, Oriente Próximo y Medio y Asia Central durante el Pleistoceno medio y superior, hasta que desapareció del todo hace unos veintiocho mil años.

—Aniquilado por el *homo sapiens* —le interrumpió Mechero. Itziar Azurmendi le miró con desdén.

—Bueno, eso es lo que suele admitirse con carácter general, sí.

—A ver que no lo digo con ningún tipo de maldad —continuó Mechero—. Pero es que no me extraña que sucediera así. Nosotros, los *homo sapiens*, éramos más inteligentes y nos adaptábamos mejor al medio. Es normal que sucediera. Dos especies compitiendo por el mismo espacio. Selección natural.

—El caso es que hasta hace pocos años se pensaba que eran las únicas especies de homínidos modernos que habían habitado el mundo. Sin embargo, en el año 2004 se descubrió en una cueva de una isla de Indonesia los restos de una especie hasta ese momento absolutamente desconocida.

—El hombre de Flores —apuntó Mechero—. En su día los medios de comunicación los apodaron como “los hobbits”, por su baja estatura.

—Así es. Medían una media de un metro de altura, tenían el cerebro muy pequeño y los brazos largos, probablemente preparados para trepar a la seguridad de la copa de los árboles cuando avistaban el peligro. Aunque permanecieron sobre el planeta hasta hace doce mil años, mucho más que los neandertales, por cierto, se cree que su extinción fue debida también a la expansión del *homo sapiens* por su hábitat.

—Hombre, tú me dirás. Si con los neandertales ya éramos superiores, con estos pequeñajos no me quiero ni imaginar la ventaja que les llevábamos —dijo el joven jardinero.

—Mechero, un poco de respeto, estás hablando de seres humanos, no de dibujos animados —le cortó Anne, algo irritada por el tono con el que el jardinero se estaba refiriendo a todos aquellos seres.

—Pero eso no es todo —les dijo la periodista—. En 2010 se anunció el descubrimiento de los restos de una nueva especie de homínido en las cuevas siberianas de Denisova. Aunque al principio se pensó que se trataba de una subespecie del *homo sapiens* en la actualidad se cree que fue una especie totalmente diferenciada, aunque aún falta que se realicen estudios mucho más exhaustivos para determinarlo. Eso sí, los expertos afirman que convivió con el *sapiens* y con el neandertal. Además, el análisis del ADN mitocondrial concluyó que *sapiens*, neandertales y denisovanos tuvieron un ancestro común. El rastro del hombre de Denisova se pierde hace unos cuarenta mil años.

—Todos pringados —volvió a mofarse Mechero, ante la cara de incredulidad de Anne—. Primos medio bobos nuestros. A ver, no me miréis así. Las dos estáis pensando lo mismo, pero no

os atrevéis a decirlo. Pues a mí me la suda lo de ser políticamente correcto. Que no tengo nada en contra de esos seres, pero vamos, es un ejemplo más de la evolución y la selección natural. No sé qué tiene de malo lo que digo.

—Eres un absoluto ignorante —le reprendió Itziar Azurmendi.

—Mechero estudió grado de Historia, pero me parece que la parte de prehistoria se la pasó un poco por alto —intentó rebajar la tensión Anne.

—Peor me lo pones —continuó la jefa de redacción de La Luz de Navarra—. Si tuvieras un mínimo de sensibilidad no dirías las estupideces que dices. Los denisovanos, el hombre de Flores, los neandertales, nunca llegaron a desaparecer del todo. Siguen entre nosotros.

—¡Venga ya! —se rio el joven.

—Puntualizo —Itziar Azurmendi estaba realmente enfadada por la actitud de Mechero—. No es que sigan entre nosotros, es que forman parte de nosotros.

—Creo que lo que intenta decir Itziar es que su ADN permanece mezclado con el nuestro, Mechero —dijo Anne.

—Así es. Se piensa que los actuales humanos de la etnia papúa de Nueva Guinea, los aborígenes australianos, los isleños del estrecho de Torres y los melanesios tienen entre un cuatro y un seis por ciento del material genético de los denisovanos. Nosotros mismos, los europeos actuales, tenemos aproximadamente un dos y medio por ciento del genoma heredado de los neandertales. Y es de suponer que con el hombre de Flores sucediera lo mismo, aunque su área de influencia fuera mucho menor.

—Lo cual significa que hubo hibridación entre las especies —señaló Anne pensativa. Mechero permanecía en silencio, avergonzado por su desconocimiento sobre el tema.

—Sí. Esta afirmación fue todo un escándalo cuando se formuló, aunque en el caso de los hombres de Flores es más dudoso, hoy en día se da por hecho que denisovanos, neandertales y *sapiens* se mezclaron y tuvieron descendencia. Los seres humanos que vivimos hoy en día somos sus hijos mestizos. No hablamos solo de dos o tres razas de una misma especie mezcladas, sino de hibridación entre especies distintas. Lo cual deja por los suelos cualquier teoría racista de los retrógrados supremacistas que siguen hablando de la raza pura. ¿No os parece emocionante?

—Es alentador, sí —respondió Anne—. Pero entonces, ¿qué tiene que ver todo esto con lo que descubrió Margarita Toledo?

—Margarita estaba convencida de que ese lenguaje hallado en la cerámica de la *drakospita* griega y en las cuevas de Rumanía pertenecía a otra especie de homínidos distinta a todas las demás, que coexistió con todas ellas, y que alguien se estaba encargando de ocultar a toda costa.

—Pero ¿por qué esa mano negra? ¿Por qué se encontró con tanta oposición y rechazo por parte de sus colegas y de la mayoría de la comunidad científica? —preguntó Anne.

—Creo que está claro, pelirroja —dijo de repente Mechero—. Margarita defendía que esa especie homínida desconocida era la autora de aquellos signos, de aquella escritura. Pero hay un detalle muy importante que se te está pasando por alto. Los denisovanos se extinguieron hace cuarenta mil años, los últimos neandertales desaparecieron hace veintiocho mil años, y los humanos de Flores hace doce mil años.

—¿Y? —dijo ella mientras se tocaba instintivamente el vientre. El bebé acababa de pegarle una patada.

—Pues que los orígenes de la escritura son de hace seis mil años —contestó orgulloso Mechero.

—Bueno, me alegro de que no seas tan cateto como había imaginado —dijo Itziar Azurmendi suspirando—. Tu amigo tiene razón. La que se considera la primera escritura en sí, la mesopotámica, es de hace cinco mil quinientos años.

—La escritura cuneiforme de la civilización sumeria —añadió Mechero—. Aunque hay quienes consideran que los jeroglíficos del Antiguo Egipto constituyen el verdadero origen de la escritura.

—Los signos encontrados sobre la cerámica del museo de Caristo y los que descubrió Margarita en las cuevas de Rumanía, tienen cosas muy parecidas a la escritura cuneiforme. Al igual que esta, son unos pictogramas o iconos que parecen representar palabras y objetos. Los sumerios los plasmaban mediante incisiones con forma de cuña sobre la arcilla.

—Pero esto no tiene ningún sentido —dijo Anne—. Si esa supuesta especie desconocida escribió esos símbolos, entonces el origen de la escritura es mucho más antiguo de lo que se pensaba. Es absurdo.

—Sí, de ser cierto lo que sostenía Margarita, lo que ahora llamamos prehistoria en realidad ya era historia, porque ya existiría por aquel entonces un tipo de escritura, la que utilizaba esa especie desconocida de homínidos.

—No me extraña que se cargara su carrera la señora Toledo —dijo Mechero—. No es posible, sencillamente es imposible. ¿Unos homínidos cavernícolas escribiendo? Estaba flipada esa mujer.

—Mira, niñato —lo interrumpió Itziar Azurmendi—. En primer lugar, me tratas con respeto a Margarita. Nos da a ti y a todos mil vueltas en cuanto a preparación e inteligencia. Margarita fue una mujer valiente, que no temió las consecuencias de sus divulgaciones. Se enfrentó a la mayoría de sus colegas defendiendo lo que ella creía como cierto. Ya quisieras tener tú la décima parte de su valentía. Te exijo que no hables de ella en ese tono.

—Lo siento —contestó él—. No quería molestarte. Mi admiración la tiene, en eso te doy toda la razón. No es fácil hacer lo que ella hizo. Pero entenderás que estoy en mi derecho de dudar mucho de sus conclusiones. Si lo que dijo fuera cierto, ¿qué sentido tiene que se encontraran esos signos en una cerámica moldeada tantos siglos después? Las *drakospita* griegas son de hace un suspiro.

—Puede que simplemente ese conocimiento, esa lengua perdida, haya sido mantenida en secreto por algún tipo de etnia en el tiempo, Mechero —le contestó Anne—. Itziar, antes no me has contestado.

—¿Qué quieres saber?

—Te he preguntado si Margarita Toledo llegó a descifrar esos signos.

Itziar Azurmendi se dio la vuelta y se alejó hacia la ventana de su despacho. La abrió y dejó que el viento se colara dentro. Sacó un cigarrillo y se lo encendió. Mechero no daba crédito. Era evidente el estado de buena esperanza de Anne. ¿Cómo se atrevía a fumar delante de ella? La periodista permaneció alejada de ellos, mientras exhalaba el humo hacia el exterior y mordía con nerviosismo la uña del dedo anular de su mano derecha.

—Ya sé que estás embarazada, perdona —dijo tras apagar el cigarrillo contra el cristal—. Pero si no pego una calada la ansiedad que tengo con todo este tema de Margarita me acabaría matando.

—Tranquila —contestó Anne—. ¿Qué ocurre?

—Poco antes de que la enfermedad de Margarita le nublara la mente para siempre, durante una de mis visitas, me dijo que iba a revelarme un gran secreto que tenía que ver con aquella escritura. Margarita sabía que estaba enferma y que más pronto que tarde dejaría de ser ella. Me dijo que solo confiaba en mí y quería que yo hiciera lo que quisiera con aquella información. Ni siquiera se fiaba de su hija Mariona.

—¿De qué se trataba? —preguntó ansioso Mechero.

—Me dijo que todas las pruebas las tenía escondidas en su casa de toda la vida en Amezketa. Durante un tiempo su hija Mariona la llevó varios fines de semana al año hasta allí desde la residencia. Hasta que, de buenas a primeras, dejó de hacerlo. Por más que Margarita le insistió en que volviera a llevarla, ella se negó. Para entonces las piernas de Margarita comenzaban a fallarle y no se podía valer por sí misma. Poco después descubrirían lo de su enfermedad degenerativa. Margarita creía haber conseguido descifrar parte de aquel idioma. Estaba como enloquecida, y no me refiero a su estado mental. Estaba acelerada, no sé si me entendéis. Cada vez que venía a verla me insistía en que debía ir a la casa de Amezketa y recuperar lo que había escondido allí.

—¿Y no fuiste? —preguntó Anne. Notaba al ser que llevaba en su interior más alterado de lo normal.

—No pude. Su hija Mariona consiguió que Margarita firmara un poder general ante notario para representarle en todo y literalmente se apropió de la casa de Amezketa y de todas las propiedades de su madre. Por supuesto me prohibió expresamente acercarme a ella o a su familia. Ahora vive allí con sus hijos.

—Pero ¿por qué? ¿por qué ese rechazo? —quiso saber Mechero. Le estaban dando ganas de pedirle un cigarrillo pero sabía que si lo hacía la reacción de Anne podía ser de todo menos amable.

—Mariona es una mujer chapada a la antigua, muy conservadora. Margarita la tuvo de soltera y jamás la ha perdonado por ello. Para Mariona su madre ha sido poco menos que una *hippie* que ha hecho lo que ha querido con su vida salvo lo que tenía que hacer, que era sentar la cabeza y criar a su hija como Dios manda. Por eso, ha aprovechado la falta de lucidez de Margarita para hacerse con el control y poder manejarla a su antojo, que es lo que ha querido siempre.

—¿Sabía Mariona lo que su madre había descubierto?

—Conocía las ideas de Margarita respecto de esa supuesta especie desconocida de homínido, pero no llegó a saber que su madre había conseguido descifrar parcialmente aquellos signos. Veo tu mirada y sé que vas a intentar recuperar lo que quiera que Margarita ocultase en la casa de Amezketa, pero si quieres saber mi opinión, no te recomiendo que vayas. Mariona hace y deshace como quiere, y tiene a medio pueblo dominado. Si considera que sois un peligro, de cualquier tipo, no dudes que os lo hará saber y no de la manera más agradable, no sé si me explico.

—No te preocupes, Itziar, no somos tan lunáticos. No nos vamos a meter en un lío legal solo por lo que probablemente fuera una fantasía de una anciana en el comienzo de una enfermedad degenerativa —contestó rápidamente Anne.

Mechero la miró extrañado. No se esperaba aquella contestación. No ahora que estaban tan cerca de saber si la lengua de la isla de Eubea y de la cueva de Rumanía era el vestigio más antiguo que se conservaba del euskera, por muy estrambótica que pudiera parecer aquella idea. A su lado, el testimonio de la lengua vasca que contenía el código 60 se convertía en un mero apunte de pacotilla. El dibujo que había grabado sobre la puerta de la *drakospita* representaba el advenimiento de la nube que anunció la extinción de los gigantes. Quizá se tratara de una nube que no se limitó a anunciar, sino que los aniquiló. ¿Y si los signos representados en la cerámica que se conservaba en el museo de Caristo suponían una pista para interpretar cuándo llegaría la dichosa nube de nuevo? Calíope le había explicado que una de las teorías que defendían los expertos era que esa vasija había sido utilizada en algún tipo de celebración religiosa, puesto que fue hallada junto a otros elementos ceremoniales que así lo daban a entender. ¿Y si aquella casa de dragones del monte Oqui era una especie de templo levantado en honor a los gigantes y aquel dibujo de la puerta y los signos de la cerámica eran la única pista que podía llevarles a descifrar cuándo tendría lugar la llegada de la maldita nube de la profecía? Tenían que localizar al profesor Koldo de Andrés como fuera, sí. Probablemente él ya habría averiguado algo más acerca de aquella escena tallada en la casa de dragones, pero tampoco podían dejar de lado lo que les acababa de decir Itziar Azurmendi. Margarita Toledo podría haber descubierto el origen del euskera, la lengua venida de los cielos. Y no solo eso, podía haber descifrado el significado de la inscripción de la cerámica de la isla de Eubea.

Al salir del edificio donde La Luz de Navarra alumbraba a los locales la actualidad de la ciudad, Mechero detuvo a Anne en seco, agarrándola de la blusa. Ella le miró con cara de pocos amigos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Anne.

—No has dicho en serio lo de que no vamos a ir a Amezketa a buscar lo que Margarita Toledo haya podido esconder allí, ¿verdad? —le preguntó él a su vez.

—Por supuesto que no. Mira en el móvil dónde queda ese pueblo. Si no está muy lejos hoy mismo nos plantamos allí.

Mechero la miró con admiración. Por un momento había temido que Anne se hubiera acobardado, que hubiera tirado la toalla apabullada por las circunstancias. Pero no. Aquella pelirroja inglesa no se iba a dar por vencida así como así. Anne Wellington no estaba dispuesta a esperar que llegara el momento de la profecía sin saber a qué había de enfrentarse. Si el profesor O'Connor tenía razón, ella era la elegida para protagonizarla. Cualquier cosa que averiguaran previamente les serviría de ayuda. O eso quería pensar.

23.

Ander Goikoetxea no había pegado ojo en toda la noche. Era curioso que aquella pequeña incomodidad pasajera, que seguramente al día siguiente habría desaparecido, en David fuera precisamente lo que le estaba matando. No se podía quitar de la cabeza la confesión de la persona que le robaba el sueño en este momento de su vida. No había planeado que sucediera, pero el caso era que no había marcha atrás. Sentía que cada día que pasaba estaba más enamorado de él. Se conocía perfectamente. No se trataba de un capricho temporal. Algo muy parecido le ocurrió cuando el que seguía siendo su marido entró en su vida. Manu Olabe llegó como un vendaval impetuoso que consiguió arrastrarle fuera del fango donde había estado sumergido durante tanto tiempo. Quién hubiera imaginado que años después Manu acabaría convirtiéndose en la viva representación del lodo más pestilente, capaz de corroer cuanto se cruzaba en su camino. Con David estaba teniendo la misma sensación pero, a diferencia de su relación con Manu, ahora era dueño de aquel camino que estaba eligiendo, ahora estaba decidiendo libremente. Con su marido, en cambio, adoptó desde el principio una actitud sumisa. Las circunstancias entonces fueron totalmente diferentes y una cosa llevó a la otra. El amor de David era también vehemente e impulsivo pero, de momento, solo le causaba felicidad. El único dolor que aquel sentimiento llevaba aparejado era el hecho de saber que iba a acabar pronto. No podía hacerse a la idea de perder a David. David muerto. No podía concebir aquellas dos palabras juntas.

—Estoy dispuesto a pagar lo que haga falta —le dijo rotundamente a la mujer que tenía enfrente. Llevaba más de veinte minutos hablando con ella y no había manera de convencerla para que le facilitara la información.

—Ya te he dicho que no puedo hacerlo, por el tema de protección de datos. Pero aunque quisiera es que es imposible que te lo pudiera decir. En aquella época no llevábamos registro informático de los trueques con los clientes.

—Se lo ruego señora —el tono de súplica de Ander no parecía ablandar a la dueña de aquella vieja tienda de empeños—. No sabe lo importante que es para mí encontrar ese libro. Si es necesario, yo puedo ayudarla a revisar todo el papeleo de 2005. Por favor...

—¡Qué te he dicho que no, pesado! —exclamó ella—. Y ahora te pido que me dejes tranquila, tengo que hacer el inventario. Mi hija me va a matar por no llevar al día las cuentas.

—¿Qué pasa aquí, madre? ¿A qué vienen esos gritos? —preguntó de manera repentina una voz que surgió del oscuro pasillo que llevaba a la trastienda.

A los pocos segundos, Ander pudo conocer a la persona que había pronunciado aquellas palabras. Una mujer más joven que la primera y ataviada con una bata blanca, más propia de una farmacéutica que de una prestamista, apareció tras el mostrador. Lo primero que hizo al llegar hasta Ander fue mirarle de arriba a abajo, sin ningún tipo de disimulo. Incluso se relamió. Él se sintió algo intimidado por aquel atrevimiento, pero no estaba dispuesto a perder aquella oportunidad.

—¿Quién eres tú si puede saberse? —le preguntó.

—Me llamo Ander. Estoy haciendo un trabajo de fin de máster sobre mitología y culturas clásicas y necesito encontrar un libro que está ya descatalogado y no aparece por ningún lado. He leído el trabajo de un universitario holandés que hizo un estudio de esta especie de manual, y me interesa mucho leer la fuente original. Básicamente, necesito encontrar ese libro como sea para poder argumentar una de las teorías que voy a plantear en mi trabajo. Creo que ese autor y yo compartimos la misma visión.

—¿Y cómo se supone que has deducido que nosotras podemos ayudarte?

Ander la miró tratando de encontrar las palabras adecuadas para convencerla y que accediera a ayudarle. Había buscado en Internet cualquier información que pudiera ser relevante acerca de Jacobus Vanner, el pariente de David que había escrito todos aquellos extraños libros que había hojeado en el despacho de Ruud. No podía ser casual que aquel prolífico miembro del linaje de los Bechs hubiera escrito sobre el significado de los sueños. “*Los sueños como espejos del otro lado*”. Aquella obra, que defendía la teoría de que los sueños y visiones de determinadas personas eran reflejos de diferentes planos de la realidad, se había clavado a fuego en su memoria. Una de las consecuencias de ese poder era el insomnio perpetuo, la demencia y finalmente la muerte. Se parecía mucho a la enfermedad que David y su familia llevaban padeciendo desde hacía siglos. Había intentado volver a acceder al despacho para leerlo con más atención pero alguien había decidido cerrar con llave la habitación. En una de sus salidas a los restaurantes más afamados de La Rioja Alavesa, Ander le había sacado el tema a Hubert Vanner sin hablar directamente del insomnio de David, pero este había declinado ofrecerle su opinión al respecto. Hubert era un tipo pragmático, muy aferrado a la realidad, y todos aquellos libros escritos por Jacobus Vanner le parecían simplemente una tontería, una divagación sin sentido. Muy propios del gusto literario de Ruud, pero que él consideraba meras invenciones. A Ander le pareció percibir cierto matiz de desprecio por parte de Hubert hacia la figura de Jacobus Vanner, como si se avergonzara de él.

Lo único que encontró respecto de Jacobus fue un árbol genealógico que alguien había creado en un *blog* especializado en linajes de apellidos. En la misma página, se ofrecía una breve reseña que enlazaba a la *web* de una revista de ciencias que aún existía, aunque había dejado de publicarse en papel hacía tiempo. Jacobus había vivido en el siglo XX en Holanda e Inglaterra, y había tenido varios hijos con sus tres mujeres. Por supuesto, no le extrañó comprobar que dos de las tres esposas compartían ascendentes con él. La endogamia era algo bastante común en la familia Bechs, tal y como Alicia Rández y él mismo habían averiguado hacía unos meses. Jacobus fue doctor en física en una universidad de los Países Bajos y ejerció algunos años como profesor. Curiosamente nada se decía de su abundante obra. Desesperado, Ander intentó nuevas búsquedas durante dos días, sin conseguir ningún resultado. Hasta que encontró una breve referencia bibliográfica a otra obra de Jacobus Vanner en un artículo de un foro inglés dedicado a las teorías conspirativas. “*El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios*”. Aquel título resumía en pocas palabras lo que le estaba ocurriendo a David. Incluso empleaba la palabra “centinela”, que era precisamente lo que era David a los ojos de las viejas creencias de su tía. Definitivamente, los

Bechs tenían que saber bastante acerca de aquel mal que padecían los descendientes de los berones. Este segundo libro era una suerte de continuación del primero, según se indicaba en la anotación de la *web*. Había sido publicado por Jacobus Vanner en 1990. No recordaba haberlo visto en la biblioteca del padre de David, aunque se había dejado muchos libros sin hojear. Tenía que hacerse con un ejemplar como fuera. Intentó ponerse en contacto con el administrador de la página que, curiosamente, era quien había iniciado el hilo, pero no respondió a ninguno de sus mensajes. Finalmente, tras insistir con más de cinco correos electrónicos, el susodicho le contestó.

“El libro que estás buscando no es que esté descatalogado, es que en su día solo se realizó una edición de cincuenta ejemplares. Y no se ha vuelto a reeditar. La mayoría de los libros del profesor Jacobus Vanner han tenido una tirada ridícula, muy minoritaria. Da la sensación de que el señor Vanner publicaba por el mero placer de hacerlo, sin ningún tipo de interés comercial. He estado rastreando la edición que en su día se realizó. Te puedes imaginar lo costoso que es, teniendo en cuenta que estamos hablando de una época en la que no había Internet tal cual la conocemos hoy. Lo único que te puedo decir es que ese libro, como la mayoría de su obra, solo se distribuyó en Holanda, concretamente en una pequeña librería de la ciudad de Nimega. Esa librería ya no existe, pero he conseguido averiguar la identidad de su último propietario. Octavius Vanner. Parece que todo queda en familia.”

Ander se quedó paralizado al leer aquel nombre. Octavius Vanner era el padre de Ruud y Hubert. David le había contado que la esposa de Octavius era Alexandra Bechs, prima carnal de Suzanne Bechs, la presidenta del consejo de administración de Artechnia. ¿Habría servido aquella librería como elemento propagandístico para los miembros de aquella secta? Nimega era la ciudad del área de influencia económica de los Bechs donde establecieron la mayoría de sus primeros negocios. Agradecido por la información suministrada por aquel esquivo internauta, terminó de leer el *e-mail*. Sin embargo, todas sus esperanzas de que aquella persona anónima le pudiera seguir ayudando en sus pesquisas de manera altruista se esfumaron de un plumazo al leer la parte final del correo electrónico.

“Hay algo más. He visto por la IP desde la que te has dirigido a mí que estás muy cerca de la ciudad de Bilbao. Pues bien, he conseguido encontrar algo que quizá te pueda venir bien. Se trata de un rastro que alguien dejó en la burda Internet de 2005 en una página de compraventa de objetos de segunda mano. Alguien de esa zona se anunció tratando de vender tres libros de Jacobus Vanner. Quizá esa persona aún los conserva o puede ayudarte a encontrar los que tú estás buscando. Como comprenderás, aunque he de reconocer que a mí me divierte muchísimo, esto me lleva la vida averiguarlo. Así que espero que seas generoso, y me hagas una pequeña donación a este número de cuenta y estaré encantado de contártelo”.

Trescientas libras esterlinas. O lo que era lo mismo, unos trescientos veinticinco euros. Ander estuvo a punto de mandarle a la mierda. No iba a consentir que ningún *hacker* de tres al cuarto le estafase. Una pequeña donación. Lo cierto era que no era muy alta, pero se arriesgaba a que todo fuera mentira y la inversión no sirviera para nada. Sin embargo, ¿qué podía hacer? Desde luego él no era un experto informático para dar con aquella información por sí solo. Al final decidió aceptar a regañadientes. Le ingresó el dinero y, afortunadamente, al cabo de dos días el misterioso remitente le envió la información.

“El anuncio lo puso una casa de empeños de la ciudad de Logroño, muy cerca de donde tú estás. Según parece, alguien había depositado los tres libros como garantía a cambio de un préstamo de dinero.”

El *hacker* le indicaba en su mensaje el nombre del establecimiento así como la dirección. La suerte estaba de su lado, seguía abierto. Aunque ni *“Los sueños como espejos del otro lado”* ni *“El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios”* formaban parte de ese listado de tres libros, de momento era la única pista a la que se podía agarrar para tratar de averiguar algo más acerca de Jacobus Vanner y de su obra. Así que allí se había plantado, con la intención de

conseguir que le dijeran qué había sucedido con aquellos ejemplares. Era una misión abocada al fracaso. Habían pasado muchos años de aquello.

La hija de la dueña de la casa de empeños le creyó cuando le dijo que él mismo había encontrado en Internet esa referencia al anuncio que en su día publicaron tratando de vender los tres ejemplares. La mujer le dijo que probablemente lo había colgado ella misma. De hecho, era lo que solía hacer antes de 2010 con la mayoría de los objetos que finalmente no eran devueltos a los prestatarios porque no devolvían la cantidad que les habían prestado. Quedaron esa misma tarde a la hora del cierre. Ander tenía la sospecha de que detrás de aquella amabilidad la mujer ocultaba otra intención, pero no le quedaba más remedio que aceptar sus condiciones. Al llegar, enseguida se dio cuenta de que la mujer mayor, la que le había atendido en primer lugar, no estaba. La hija le recibió con una amplia sonrisa y, dejando tras de sí una estela de perfume caro, le dirigió hasta el almacén situado en la parte de atrás del establecimiento. Tras unas breves palabras de cortesía comenzaron a revisar decenas de carpetas del año 2005, donde guardaban la información relativa a los objetos empeñados.

—¿De dónde eres? —le preguntó ella.

—De Bilbao —respondió.

—Tienes que tener a todas las chicas de Bilbao loquitas por ti —dijo guiñándole un ojo—. Con ese cuerpo que tienes, hijo mío...

—Sí, bueno, supongo —balbuceó él mientras hurgaba en uno de los archivadores.

—Oye, si no tienes nada que hacer luego, si te apetece, podíamos ir a tomar un vinito y unas patatas bravas a la calle Laurel. ¿Has estado alguna vez?

—Pues la verdad es que no tengo mucho tiempo. Me tengo que ir en cuanto terminemos o se me va a hacer tarde.

—¿Tan fea soy o qué? —le preguntó ella echándose para atrás.

—No, no es eso —Ander la miró con detenimiento. La mujer era bastante atractiva—. Pero es que tengo pareja.

—Bueno, solo es tomar unos vinos. No hay nada de malo en ello.

—¿Esta se supone que es la última caja correspondiente al año 2005? —le interrumpió él, tratando de desviar el tema.

—Sí, espera que te ayudo.

Al cabo de unos minutos ella dio con lo que estaban buscando.

—¡Aquí está! Creo que es esto. ¿Cómo decías que se llamaba el escritor ese? Es este, ¿no? —dijo mostrándole un conjunto de documentos unidos con una grapa. Los títulos de los tres libros aparecían relacionados junto con una fecha, veintitrés de julio de 2005.

—A ver, déjame leer —continuó ella—. Sí, estos libros nos los trajo una señora en marzo de 2005 a cambio de cinco mil euros más los intereses remuneratorios. Mira las fotos de los libros. Tenían una encuadernación exquisita y lujosa, y pensamos que cualquier coleccionista estaría deseando hacerse con ellos. Así que debimos de probar poniendo el anuncio en Internet. Lo que me extraña es que o no comprobamos la legítima propiedad de los libros o simplemente nos

fiamos de aquella mujer, porque aquí no veo nada que acredite que ella era la dueña. Seguramente mi madre la conociese, no sé. ¡Ah, mira! No solamente dejó los libros como garantía, ya me extrañaba a mí. También un abrigo de visón, al que por cierto, sacamos bastante beneficio, según pone aquí.

—Pero ¿qué pasó con los libros? —Ander comenzaba a desesperarse.

—Pues a ver... déjame leer tranquila. Me estás poniendo nerviosa —contestó ella—. Vinieron a por ellos.

—¿Cómo dices?

—Pues eso. Que la señora que los trajo volvió a por ellos y le condonamos una pequeña parte de los intereses. Sí, se los llevó. No los llegamos a vender.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Quién?

—La señora que pidió el préstamo y luego vino a recuperar los libros. ¡Quién va a ser! —exclamó Ander malhumorado.

—No debería decírtelo. Ley de protección de datos. ¿Te suena de algo? Últimamente nos van haciendo varias inspecciones...

—Si me lo dices me tomo ese vino contigo —la interrumpió él.

—Así me gusta, chico bueno —dijo la mujer con una sonrisa pícaro dibujada en sus labios—. A ver, veamos cómo se llamaba la susodicha. Sí, mira. Aquí está la fotocopia de su D.N.I. Rosa Iturrítzu Asteguieta. Es de muy cerca de aquí, de Lacaverna. Es un pueblecito de La Rioja Alavesa. ¿Conoces la zona? Ahora, no me pidas que te dé su dirección, ¿vale? Eso sí que no puedo decírtelo. Además, seguramente ya no viva allí. Me podría meter en un lío si te lo dijera.

Ander le pidió que le enseñara la fotografía que aparecía en el documento de identidad. No hacía falta que le dijera su dirección. Ander conocía perfectamente su paradero. Así que había sido ella, la señora Rosa, la maleducada empleada de hogar de Ruud Vanner que aprovechaba la mínima ocasión para molestarle. Por fin le ponía apellidos. Se regocijó al pensar que ahora iba a tener él la sartén por el mango en aquella tormentosa relación. La señora Rosa había empeñado aquellos tres libros junto con un abrigo de visón a cambio de un préstamo de dinero. No se imaginaba al padre de David consintiendo aquella transacción. Tratándose de los libros de Jacobus Vanner era muy poco probable que Ruud Vanner hubiera dado permiso a la señora Rosa para empeñarlos. Seguramente ella los había robado. La señora Rosa no era tan servil, honesta y obediente como ella pretendía hacer ver a los demás. La señora Rosa había cometido un pequeño pecado de deslealtad. Pero ¿por qué se habría arriesgado de esa manera? Tenía que hablar con ella. La probabilidad de que aún conservara los libros no era muy alta, pero ahora que conocía su pequeño secreto, seguro que no oponía tanta resistencia a ser más amable con él y confesarle cuál había sido el destino de los tres ejemplares.

David y su padre habían vuelto a emprender uno de sus viajes empresariales, esta vez con destino a Madrid. Dos días podían parecer un plazo de tiempo lo suficientemente breve como para no sentir las puntas afiladas de la nostalgia, pero en el caso de Ander Goikoetxea cada vez que veía a David salir por la puerta, las agujas de la melancolía se clavaban en su piel e iban atravesando su carne poco a poco hasta que lo veía aparecer de nuevo. ¿Qué sentido tenía conocer los entresijos de aquel imperio levantado por Ruud Vanner cuando era posible que a David no le quedaran más que semanas, meses de vida? Ander seguía albergando en su interior la esperanza de que el don de la vigilia se comportara en David como lo llevaba haciendo desde hacía años en su abuela Véspero, pero tampoco le consolaba la idea. Tener a David a su lado de aquella manera no era lo que él esperaba de aquella relación.

El que no tenía complicaciones en su vida era Hubert. Desde que fueron presentados, el tío de David había tenido seis relaciones esporádicas con diferentes mujeres de la zona. A veces más de una durante el mismo período de tiempo. El tío de David aplicaba la máxima de “la vida son dos días” a rajatabla y no parecía sentir ningún remordimiento por ello. Al contrario, solía vanagloriarse de su éxito con el sexo opuesto. Con ánimo de echar por tierra su triunfalismo, Ander le había dicho en más de una ocasión que quizá él no fuera el conquistador, sino que a lo mejor todas aquellas mujeres, conocedoras del buen partido que era Hubert, habían hecho todo lo posible por atraerle hacia ellas. No porque lo pensara realmente, sino porque disfrutaba ver cómo durante una milésima de segundo, la apabullante seguridad en sí mismo de Hubert se desvanecía al pensar en tal posibilidad. Aunque enseguida recurría a la sorna para reírse de Ander por haber dicho aquella tontería.

Rosa Iturririxu Asteguieta llevaba tres días sin aparecer por casa de los Vanner. Algo relativo a unas alergias, según escuchó al jardinero. Resultaba curioso que aquella repentina enfermedad hubiera hecho acto de presencia justo cuando más quería hablar con ella. Así que, ni corto ni perezoso, decidió plantarse en Lacaverna. El taxi que le llevó hasta allí le dio un rodeo por Laguardia y Cripán. Ander estuvo a punto de echarle en cara al conductor aquella estratagema para cobrarle más, pero no se sintió con ánimo. La excitación por hablar con la señora Rosa pudo más en ese momento que las ganas de enzarzarse en una discusión con aquel estafador. Eran las nueve de la mañana y el silencio más absoluto gobernaba cada uno de los rincones de la villa, situada, al igual que Laguardia y muchos otros pueblos de la zona, sobre una colina. De vez en cuando, ráfagas violentas de viento se colaban entre las callejas medievales, rugiendo con fuerza mientras ascendían hacia la parte alta de la muralla para volver a bajar de manera casi instantánea. No se veía ni un alma por la calle. Antes de dirigirse a Lacaverna, había estado tentado de pasar primero por la casa rural que la señora Rosa regentó muy cerca de Laguardia. Se preguntó por qué aquella mujer seguía trabajando en casa de Ruud cuando tenía otras oportunidades económicas a su alcance. David había estado allí en alguna ocasión. Pero Jacinto, el jardinero de los Vanner, le había confirmado que hacía mucho tiempo que estaba cerrada. Según él Rosa Iturririxu jamás había servido para atender al público y no había podido competir con el

resto de las hospederías de la zona. Si quería visitar a la señora Rosa lo mejor que podía hacer era acudir a su casa en Lacaverna. No le costó encontrarla. La casa de Rosa Iturritxu y de su marido era la única de toda la muralla que aparecía cubierta por una impresionante glicinia de color malva. La flor de aquella planta trepadora desprendía un aroma que en cierta medida le recordó al del vino. De hecho, hasta su forma recordaba a la de un precioso racimo repleto de uvas. Era tal la densidad del follaje que apenas podían distinguirse las ventanas. Llamó a la puerta, situada en la parte interna del cercado, junto a uno de los pequeños túneles que conectaban el interior de la villa con el exterior. Una *eguzkilorre* de hierro colgaba de un gancho junto al número identificativo de la vivienda.

—¿Quién es usted? —le preguntó de una forma bastante arisca el hombre que salió a recibirle.

—Hola, buenos días. Me llamo Ander. Soy conocido de la señora Rosa. Estoy pasando una temporada en casa de Ruud Vanner.

—¿Y? —el hombre no daba pie a ningún tipo de conversación amigable.

—Verá, vengo a traerle un detalle a la señora Rosa a ver si se recupera pronto. Es una mezcla de manzanilla y hierbaluisa que el señor Vanner en persona ha encargado preparar a Jacinto. No sé si lo conoce usted, es el jardinero...

—Lo conozco, sí. Espera aquí —le interrumpió cerrando la puerta de golpe. Ander escuchó cómo subía por las escaleras a la planta superior de la vivienda. Al cabo de cinco minutos, volvió a percibir las pisadas ágiles descendiendo hasta la planta baja.

—Mi mujer dice que gracias —le dijo arrancándole la bolsa que llevaba en las manos—. Y ahora, si no te importa, ya te puedes ir. Tengo que ir a Oion al médico.

—Perdone, que le moleste. Pero me gustaría ver a la señora Rosa. El señor Vanner me ha encargado que le comente una cosa.

—Mira, guapito. Mi mujer está hecha un trapo. ¿No puedes esperar a que vuelva al trabajo?

—Me temo que no. No quiero molestar, pero el señor Vanner me ha insistido. Es importante.

—Bueno, yo me voy que voy a llegar tarde. Sube despacio por la escalera. Yo sé dónde hay que poner los pies, pero no serás el primero que resbala y tiene un disgusto. Y cuando salgas, por favor, asegúrate de que la puerta queda bien cerrada. Y no entretengas mucho a mi mujer, le duele la cabeza.

—No se preocupe, solo será un momento —contestó Ander mientras el hombre se alejaba calle abajo.

Rosa Iturritxu asistió atónita a la entrada de Ander en su habitación. Hasta que lo vio aparecer bajo el umbral de la puerta, estaba convencida de que quien había vuelto a subir escaleras arriba era Evaristo, su marido. Le había extrañado que él subiera tan despacio los peldaños, acostumbrado como estaba a moverse esquivando los salientes más resbaladizos. Pero quien tenía frente a ella no era otro que Ander Goikoetxea, aquel jovenzuelo que ella sabía que estaba liado con el señorito David, por mucho que todos se esforzaran por disimular delante de ella. Por

suerte, se había levantado al baño hacía apenas un minuto y llevaba su bata azul encima. Se hubiera desmayado si aquel muchacho la hubiera sorprendido con el camisón. Esas intimidades estaban exclusivamente reservadas para Evaristo.

—Hola Rosa —dijo Ander esperando que ella le diera permiso para entrar—. Tu marido me ha dejado subir a hacerte una visita.

—Voy a matar a ese hombre cuando vuelva a casa. Se va a enterar de lo que vale un peine. ¿Y si me llega usted a ver desnuda? —se sintió estúpida por reaccionar de aquella forma tan infantil.

—Bueno, tú a mí ya me has visto más de la cuenta —intentó rebajar la tensión él.

—Eso es diferente —sentenció ella—. ¿A qué ha venido usted?

—¿Por qué no me tratas de tú, Rosa? Me siento muy incómodo con tanta formalidad. Al fin y al cabo no somos unos desconocidos, aunque tú insistas en tratarme como tal cada vez que tienes oportunidad.

—Llevo dirigiéndome de usted al señorito David toda la vida. No me haga usted ahora cambiar de costumbres. ¿A qué ha venido? —volvió a preguntar mientras se recostaba entre los almohadones.

—Vengo a tener una charla contigo.

—¿Una charla? ¿De qué tendría que hablar yo con usted?

—No sé de qué te extrañas tanto. Tenemos bastantes cosas en común.

—Lo dudo mucho.

—A los dos nos gusta el mismo tipo de lectura, ¿verdad? Había pensado que tal vez me pudieras prestar uno de esos libros que tanto te gusta coleccionar.

La señora Rosa le miró sin pestañear. Ander pudo ver cómo tragaba saliva en un intento de mantener la calma y no aparentar nerviosismo.

—No sé de qué me está hablando. Y ahora, por favor, déjeme descansar. Este dolor de cabeza me está matando.

—Enseguida me voy. Hace unos días, estuve en el despacho del padre de David. Tiene una biblioteca inmensa, con decenas de títulos a cada cual más interesante. Seguro que tú también has estado allí más de una vez. Me estuve entreteniéndome durante un buen rato hojeándolos. Igual hasta me viste. Fue uno de esos días que me dejaste encerrado dentro del edificio principal.

—Ya le dije al señor Ruud que no lo hice adrede. Una tiene ya una edad, y a veces, olvido las cosas.

—No te preocupes, Rosa, si no te guardo rencor. El caso es que me interesó especialmente una serie de libros escritos por un familiar ya fallecido de David. Jacobus Vanner. ¿Te suena el nombre?

—Pues no lo sé, la verdad...

—Sí, hombre, sí. Seguro que lo recuerdas en cuanto te haga refrescar la memoria. Dejaste empeñados tres libros suyos en Logroño en el año 2005. Junto con un precioso abrigo de visón.

La señora Rosa se revolvió en su lecho y se desabrochó los tres botones superiores de la bata. Un sudor frío recorría su frente.

—¿Cómo sabe usted eso? —le espetó.

—No quiero entrar en detalles. Lo importante es que lo sé. Me pregunto si Ruud sabe que le cogiste prestados esos tres libros.

—Hice mal —trató de argumentar ella—. No tengo por qué contarle mi vida. Necesitaba dinero y aquellos libros tan lujosamente encuadernados me tentaron demasiado. Pensé que el señor Vanner no se daría cuenta. También empeñé el abrigo de visón de mi difunta madre, que Dios la tenga en su gloria. La arpía de la casa de empeños se rio en mi cara cuando le llevé solamente los libros en un principio. Así que no tuve más remedio que deshacerme también de él. ¿Qué pretende, hacerme chantaje?

—No empleemos una palabra tan fea, Rosa —dijo Ander con una sonrisa—. Creo que deberíamos empezar a llevarnos mejor. Digamos que necesito que me hagas un favor. A ti no te va a costar mucho, tranquila. A cambio, te prometo que guardaré tu secreto y no le diré a nadie que robaste esos tres libros.

—¿Qué es lo que quiere?

—Necesito un libro en concreto. Bueno, en realidad son dos. “*Los sueños como espejos del otro lado*” y “*El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios*”.

—¿Para qué quiere usted esos libros? —el tono de voz de Rosa Iturritxu se había tornado especialmente agresivo al formular aquella pregunta.

—Eso es asunto mío. No te preocupes, en cuanto los haya leído te los devolveré para que los vuelvas a dejar en la biblioteca de Ruud.

—No me suenan de nada. No tiene por qué tenerlos el señor Ruud. No creo que tenga todos los libros que escribió Jacobus Vanner. Usted está loco.

—Déjame decirte que aquel día en que se te olvidó que me habías encerrado en la casa, por casualidad accedí al despacho donde tiene la colección de Jacobus Vanner. Me pasé un buen rato hojeando aquí y allá. Muy interesante su obra. “*Los sueños como espejos del otro lado*” fue uno de los que me dio tiempo a leer por encima, pero quisiera profundizar más en él.

—Si se entera el señor Ruud de que usted estuvo ahí sin que él lo supiera, le mata.

—Sí, ya sé que es muy receloso cuando se trata de su colección de libros.

—No me refiero a eso. Hágame caso, no juegue con fuego.

—Mira Rosa, si pretendes amedrentarme metiéndome miedo lo llevas claro. Necesito que te hagas con ese libro y averigües si también tiene allí guardado “*El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios*”. Por supuesto, cualquier otra obra que esté relacionada con los sueños o el insomnio será bienvenida.

—No sabe usted dónde se está metiendo, joven —le dijo ella. Esta vez le pareció percibir cierto matiz de empatía en su mirada, como si quisiera advertirle con la mejor de las intenciones.

—Eso es problema mío, no tuyo. Por cierto, ¿qué fue de los tres libros que te llevaste?

—Los devolví al cabo de unos meses. El señor Ruud se volvió loco de alegría cuando los encontró —suspiró—. Mire, creo que voy a declinar su ofrecimiento. No tiene pruebas de lo que hice. No sé quién se lo habrá contado. El malnacido de Jacinto, seguro. No sé cómo se habrá

enterado. Me tiene una envidia que no puede con ella. No soporta que en esa casa gane más dinero yo que él.

—No, no ha sido Jacinto. Y creo que sí vas a aceptar mi oferta, Rosa.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque no solamente tengo pruebas físicas que demuestran que tú fuiste quien llevó esos libros a la casa de empeños y que, la verdad, no me gustaría tener que enseñar. Sino que además sé la razón por la que pediste aquel préstamo y te arriesgarte a perder tu trabajo.

—No le creo. Está yendo de farol...

—Logroño es una ciudad pequeña. No digamos ya Lapuebla de Labarca y Laguardia, donde todo el mundo se conoce. No he probado en Lacaverna, pero seguro que por aquí corre el mismo rumor. Me pregunto si tu marido conoce tu pequeña afición al bingo.

—No sé qué patrañas le habrán contado, pero le aseguro que es todo mentira. La gente se aburre cotilleando sobre la vida de los demás, pero no tienen idea de lo que pasa de puertas a dentro de una casa.

—¿Tú crees?

—¿Me está amenazando?

Ander la observó pensando muy bien las palabras que iba a pronunciar a continuación. La conversación era insostenible. Si no conseguía amedrentarla era probable que ella se negara a seguir hablando o, aún peor, que se pusiera a gritar pidiendo auxilio.

—Sé por qué te fuiste de casa de Sabina Elguea cuando David era pequeño. Bueno, más bien, sé por qué la tía de David te echó de su casa —Ander se estaba poniendo nervioso con aquella situación. Le incomodaba adoptar el papel de chantajista, pero era necesario que ella accediera a llevar a cabo lo que le había pedido.

—Tú no sabes nada —le dijo ella, abandonando repentinamente el trato de usted.

—Vamos, Rosa, no me hagas decirlo en voz alta.

—Vete de esta casa, descarado, pero ¿tú quién te crees que eres? Menuda pieza se ha llevado David. Primero fue aquella inglesa desvergonzada, que se le veían a la legua sus intenciones con el patrimonio del señorito. Y ahora llegas tú, un don nadie con aires de mafioso. ¿Qué le has hecho para que haya caído en tus redes? Que yo sepa jamás le han gustado los hombres. David no es así. Le has hechizado...

—¡Rosa, por favor! —le interrumpió Ander a punto de perder los papeles. Le repugnaba tener que estar hablando con aquella mujer—. No me hagas responderte a esa pregunta. Eso es algo entre David y yo.

—Yo sé que lo has hechizado...

—¿Me vas a ayudar o prefieres que Evaristo, Lacaverna y todo el planeta si hace falta se entere de lo que hiciste? —volvió a cortarla.

Rosa Iturrinxu se quedó mirando absorta a través de la ventana encajada en la muralla medieval que rodeaba la villa. Muchas de las viviendas de Lacaverna agujereaban aquel viejo cercado formando parte de él, como si hubieran estado toda la vida allí. Sus ojos se dirigían hacia una finca situada a las afueras de la localidad. David se situó detrás de ella. Reconoció a lo lejos el

caserío de Sabina Elguea en medio de los viñedos. David le había mostrado fotografías de cuando era pequeño y vivía aún allí. En la distancia, aquella casona no parecía gran cosa. Sin embargo, ella la contemplaba con cierto respeto, como si no se atreviera a fijar sus ojos en ella durante mucho tiempo. Incluso le pareció percibir un leve temblor en sus labios. La señora Rosa estaba asustada. Pero a Ander le pareció que no solo temía lo que pudiera ocurrir si salían a la luz sus secretos. Había algo más. Su mirada mostraba un miedo aún mayor. Sus pupilas dilatadas estallaban en destellos de pánico. Aunque ella tratara de disimularlo a toda costa.

El fantasma no lo era tanto. A pesar de su aparente sustancia etérea que no parecía amarrarle a nada en este universo y que se afanaba por escapar airosa de cada uno de los intentos de seguir su rastro, al final el más terrenal de los lazos le ataba al mundo de lo tangible. Jon Arkaute tenía una hija.

Elia Arkaute. Una aprendiz de enóloga que trabajaba en una conocida bodega de La Rioja Alavesa, muy cerca de Logroño. Al principio no reparó en ella cuando la vio varias veces acceder al edificio de apartamentos donde Jon Arkaute vivía en Getxo. Pero una circunstancia casual, probablemente no controlada por su padre, había delatado que entre ambos existía algún tipo de nexo. En una de sus salidas del bloque de pisos, Aimar Errekamendi se dio cuenta de que la joven llevaba en su mano el mismo casco de moto que había visto usar a su padre en tres ocasiones. Así que se había decidido a seguirla. En ese momento, el hombre no estaba en el edificio o al menos eso creía. Le dio la sensación de que Elia había decidido utilizar la moto sin su permiso. Elia Arkaute se dirigió al palacio de congresos Euskalduna de Bilbao. Un cartel enorme anunciaba en una de las fachadas la celebración de un congreso de enología en el que participaban varias empresas del sur de Europa. No le costó localizarla en una de las salas principales, conversando amigablemente con lo que suponía se trataba de otros colegas de profesión. La mayoría de ellos estaban acreditados y lucían una tarjeta identificativa colgada del cuello con su nombre y su lugar de trabajo. Cuando la tuvo delante confirmó sus sospechas. Elia Arkaute Zarate. Aquel nombre y el primer apellido no podían significar otra cosa que un vínculo familiar entre Jon Arkaute y ella. Lo más probable era que fuera su hija, tal vez una hermana pequeña. No le costó mucho averiguarlo. La joven era la hija que Jon Arkaute había tenido con Maialen Zarate, una arqueóloga ya fallecida. Gracias a este nexo de sangre, el fantasma de Jon Arkaute comenzaba a ser cada vez más nítido.

—Un hombre que le deja conducir ese aparato del diablo a su hija no es de fiar —le dijo *Ama* cuando se lo contó—. No me gustan las amistades que te estás echando últimamente.

—No son amistades, *Ama*, son las personas a las que estoy siguiendo por mi trabajo.

—No me vengas con pamplinas, ¿te crees que soy tonta? Ten cuidado, hijo mío. Tarde o temprano te llevarás un disgusto con ellas. ¿En qué trabaja ese hombre?

—No he sido capaz de averiguarlo. Estudió historia y filología vasca y francesa, pero salvo cuatro trabajos esporádicos que tuvo cuando terminó las carreras, no he conseguido saber a qué ha dedicado su vida durante los últimos quince años. Es como si jamás hubiera trabajado desde entonces. Lo cual no tiene sentido.

—Pues hijo, tu me dirás. Si vive en Getxo y tiene una moto y un coche, de algún sitio tiene que sacar el dinero.

—Ya te dije que el apartamento no estaba a su nombre sino al de esa misteriosa anciana, Sofia Arrizabalaga.

—Me da igual. Un hombre hecho y derecho como él no puede vivir del aire. Además, esa hija que tiene no ha cursado precisamente unos estudios baratos. ¿Quién se los pagó?

—Si ya sé que tienes razón. No me cuadra nada. Pero ahora por lo menos tengo dos hilos más de los que seguir tirando. Elia Arkaute y Sofia Arrizabalaga. Por cierto, esta noche no me esperes despierta.

—Ya sabes que yo no duermo, hijo.

—Lo que tú digas, *Ama*.

—¿Has quedado con alguna mujer?

—Pero ¿por qué piensas eso? Siempre estás igual.

—No lo sé, últimamente estás de lo más misterioso. Sé que no me cuentas cosas. Con lo que éramos tú y yo antes, hijo. Uña y carne.

—Es por trabajo, *Ama*. Tengo que hacer una incursión.

—¿Qué es eso?

—Nada, no puedo contártelo. Confía en mí. Tengo la sensación de que he encontrado una pista importante relacionada con Consuelo y esta noche voy a averiguarlo.

—Ay, hijo, pero ¿por qué me das estas preocupaciones? ¿Cómo me voy a quedar tranquila si sé que andas vagabundeando por ahí en mitad de la noche?

—*Ama*, por favor, que no soy un crío. Lo he hecho mil veces.

—La noche es para las brujas, cariño mío. Ten mucho cuidado. ¿Es que no tuviste suficiente con lo que te pasó de pequeño? Pobre niña mía. ¿Cómo ha podido hacerle alguien algo así! He visto esta mañana a la madre en las noticias, y estaba la pobre hecha polvo. No sé cómo se sale de una cosa así. Perder un hijo es lo más doloroso del mundo.

—Pero ¿de quién estás hablando, *Ama*?

—¿No te has enterado? Pues vaya *ertzaina* que estás tú hecho.

—¿Me lo vas a contar ahora o dentro de cuatro días? —la paciencia de Aimar a veces se agotaba cuando conversaba con su madre.

—“La *sorgina*”, el asesino ese de las niñas, ha vuelto a matar, cariño. En un pueblo de Álava, no me digas el nombre porque ya sabes que yo para eso no tengo cabeza. Dios la tenga en su gloria.

—He estado tan ensimismado con el seguimiento a la hija de Jon Arkaute que no he tenido tiempo de enterarme. Pero ¿seguro que estamos hablando del mismo *modus operandi*, o has oído campanas y no sabes dónde?

—Que sí cariño, otra vez con el camisón blanco la pobrecica. ¡Ay, Virgen Santa! ¡Cuánto monstruo hay suelto en el mundo!

Aimar Errekamendi accedió inmediatamente a Internet a través de su móvil. Todos los periódicos vascos digitales tenían la noticia en portada. La mayoría de ellos hablaban sin ningún tipo de pudor del carácter ritual de los asesinatos. “*Muere otra niña a manos de la bruja*”, “*La*

sorgina mata de nuevo”, “*¿Por qué mata la sorgina?*”, eran algunos de los titulares con los que los digitales encabezaban sus informaciones. Aimar Errekamendi suspiró. Los recuerdos del pasado volvieron a acudir a su cabeza, pero esta vez no quiso que despertaran del todo. Estaba anocheciendo y llevaba demasiado tiempo trazando el plan para acceder al panteón de Begoña Argenta. Tenía que ser esa noche. Si todo salía según lo previsto, en pocas horas conseguiría descubrir qué era lo que Consuelo había ocultado allí.

Un milano negro cruzó el firmamento batiendo brevemente sus alas y manteniéndolas extendidas la mayor parte de su recorrido mientras oteaba las vegas en busca de una presa. Su envergadura era bastante más grande de lo usual, probablemente alcanzaba los dos metros y medio. A pesar de su enorme tamaño y de su evidente intención depredadora, si uno no observaba directamente las alturas era prácticamente imposible percibir su presencia. El silencio de su vuelo era el prelude de la muerte que estaba a punto de ocurrir. Un roedor, probablemente una rata silvestre, se convirtió en su merienda a los pocos segundos de quedar al descubierto cuando trató de cruzar el camino que dividía la finca. En un instante su vida cesó de manera fulminante. La presión de las garras de la rapaz se encargó de cercenar su cuello y arrebató su alma animal. El ecosistema de aquel huerto repleto de viñedos continuó su ir y venir como si nada hubiera ocurrido. Era ley de vida. No como lo del asesino que estaba acabando con aquellas pequeñas en Bizkaia y Álava. Quienquiera que fuera había decidido salir de caza y había acabado ya con la vida de tres almas inocentes. Lorea Eguinalde, Ainhoa Uria y la última, Uxue García de Vicuña. Tres niñas que no percibieron el peligro o que simplemente fueron sorprendidas por aquella mente criminal cuando menos lo esperaban. La prensa aseguraba que la policía apenas tenía pistas con las que seguir sus pesquisas.

Sabina Elguea dio por terminado su paseo vespertino por los lindes de la finca donde se levantaba su caserío. Jamás hubiera imaginado que, a estas alturas del proceso del don de la vigilia, fuera a ser capaz de seguir caminando con buen paso. Su hermana Concha le insistía en la idea de que era posible que ella hubiera heredado los genes de Véspero, la madre de ambas, y por eso el don se ralentizaba en ella. Sabina sabía que no era así, pero no quería darle explicaciones a Concha.

Hacía unos meses había conseguido realizar el ritual de los que estaban antes para que los sueños premonitorios sobrevinieran. Se había arriesgado demasiado. No era recomendable realizarlo sin ayuda de uno o más familiares, pues a veces no resultaba sencillo escapar del trance. En otros tiempos, varias antepasadas habían fallecido por este motivo. Pero estaba tan desesperada ante el inminente fin de su vida, que no había tenido más remedio. Necesitaba concretar cómo se iba a abrir la puerta por la que los antiguos regresarían. El rito exigía llevar a cabo el levantamiento de párpados con las barras ancestrales que el linaje conservaba desde tiempos inmemoriales, y que no eran otra cosa que las agujas de hierro que las Madres heredaron a su vez de sus ancestros. Así se llevaba haciendo desde siempre. Las leyendas que habían trascendido al gran público y que mencionaban este rito hablaban sin tapujos del alzamiento de los párpados con esas barras, pero obviaban a menudo identificar esos instrumentos y jamás se referían a la poción en la que había que sumergir las agujas para alcanzar ese estado alterado de conciencia. Era un secreto que no debía salir a la luz. Su magia residía precisamente en que solo los más preparados lo conocieran.

Le había costado recuperarse tras haberle sido revelado lo que había de venir. No podía creer que todo fuera a suceder de esa manera. En su vida hubiera imaginado que lo que tantos augurios habían vaticinado se traduciría al final en lo que había soñado. Pero no había duda, las imágenes se le habían mostrado nítidas. Todo sucedería a partir del tiempo de la vendimia, hacia finales de septiembre o principios de octubre. Los hermanos guardianes serían testigos de excepción de ello. No le hacía ninguna gracia que la vieja orden estuviera implicada en la apertura, pero había sido una ingenua al pensar que se mantendrían al margen. Llevaba mucho tiempo sin saber de ellos pero eso no significaba que no siguieran en activo, por mucho que intentaran camuflarse tras aquella fachada de organización cultural con nombre de flor. La Fundación Petunia. Menudo eufemismo. Quizás los linajes se habían relajado demasiado y no les habían vigilado como hubiera sido lo apropiado. Concha le había dicho que estaban inmersos en una guerra interna por el control de la orden y se alegraba por ello. No merecían nada bueno después de todo el dolor que habían causado. La prima Amelia le había dicho que incluso había habido muertes de por medio. Una tenue llama de esperanza había surgido en el horizonte, pero aún no era lo suficientemente fuerte como para permanecer prendida y propagarse. La Fundación llevaba siglos sumida en la oscuridad y, aunque había habido épocas de luz, al final nadie había sido capaz de derrocar a quienes la controlaban. Llevaban tiempo sin saber de ellos, sí, pero no debían menospreciar su poder.

—No te creo. Eso es imposible —le había dicho Concha poco antes de partir hacia Dorrao a ver a la prima Amelia.

—Te digo que era ella —le insistió. Sabina había mantenido aquella información en secreto hasta ese momento.

—Estás loca. ¡Cómo has sido capaz de realizar tu sola ese ritual del diablo! Dios no te va a perdonar en la vida. Podías haber muerto. O enloquecido.

—Si te hubiera pedido ayuda ¿me la habrías prestado?

—Jamás. Jesucristo nuestro Señor ilumina mi camino desde hace tiempo. Haberte ayudado hubiera sido traicionar mi fe.

—Tu fe, tu fe... ¡Tonterías! —le había gritado Sabina—. Te refugias en esos ritos cristianos porque necesitas aferrarte a algo que dé sentido a tu vida. Algo que alivie el dolor que te ha carcomido desde hace años. Algo que te dé esperanza, que te haga creer que te espera un lugar mejor más allá de tanta desgracia. Esa religión tuya no ha hecho más que apartarte de tu verdadera esencia, de lo que tú eres de verdad, por más que reniegues de ello. De tu linaje, que es mucho más antiguo que esa patraña en la que crees ahora, de tu familia, de todos nosotros. De mí. Pero ¿sabes qué es lo peor? Que en el fondo no has dejado de sentir y creer en todo lo que nos enseñaron Véspero y Amelia cuando éramos unas crías, porque sabes que es cierto. Lo sientes dentro de ti y por mucho que intentes alejarte de ello, jamás podrás.

—Tú qué sabrás...

—¿Pero es que no te das cuenta de la paradoja? ¿Es que no ves que si de verdad no creyeras en el poder del legado no habrías reaccionado como lo hiciste cuando me encontraste aquí aquella noche?

—Vine porque desde Lacaverna escuchamos cómo estallaban los cristales de tu casa. ¡Pensaba que había habido una explosión de gas!

—¡Qué gas ni qué ocho cuartos! Viniste echando leches porque percibiste que algo había ocurrido. Ni siquiera llamaste a la *Ertzaintza*. Además, tú solita te hiciste cargo de tranquilizar a medio pueblo cuando aporrearon la puerta preguntando si estábamos bien. Si no creyeras, no hubieras actuado así.

—Lo que tú digas...

—Te vi.

—¿Qué quieres decir?

—Que te vi cómo te postrabas ante ella y la saludabas —había contestado Sabina—. Pensaste que estaba demasiado aturdida como para darme cuenta, pero te vi. Te inclinaste ante la estatua de *Amari* y la honraste como hacías antes de tu falsa conversión al catolicismo. Acéptalo. Jamás has dejado de creer en el legado.

Concha Elguea ni siquiera había intentado desmentir lo que Sabina le acababa de decir.

—¿Estás segura de que era ella a quien viste en tu visión? —le había preguntado—. ¿Estamos hablando de la misma Anne Wellington, la novia de David?

—¿Cuántas veces quieres que te lo repita? Sí. Era ella —había respondido Sabina—. Me acuerdo perfectamente de su cara y de esa cabellera roja. La tuve comiendo enfrente mío. Solo que David ya no está con ella. Al menos eso es lo que me dijo Adrián.

—¿Entonces?

—No te enteras de nada —le había respondido Sabina enfadada—. Ellos. Los hermanos guardianes. La han tutelado en la sombra desde que era una niña. La escena que vi así me lo confirma. Si la orden cree que ella es la elegida, te puedo asegurar que hay muy poca probabilidad de que no sea así.

—Tengo mucho miedo, Sabina. No quiero que a David le ocurra nada malo. Ni a ningún miembro de la familia. No quiero que todo aquello por lo que nuestro linaje ha luchado todos estos siglos se derrumbe en un segundo. No quiero que nos arrebaten todo lo que nos pertenece.

—Pues espabila de una vez, porque lo tenemos bastante difícil. David se llevó la llave. Además, la hermandad puede ser un problema, pero te aseguro que no será el único. Otras sombras acechaban en el sueño que tuve. Si no lo evitamos, se derramará mucha sangre.

Hacía ya unos días de aquella conversación. Había querido mostrarse segura ante Concha, necesitaba a su hermana de su lado. Pero, en el fondo, tenía tanto miedo o más que ella. Al menos, el manuscrito que narraba la epopeya de Kara y Leuken, los héroes más célebres de entre sus ancestros, estaba a salvo con Amelia. Concha le había confesado que le había llevado el Libro del Linaje para que lo custodiara lejos de Lacaverna. Al principio se había enfurecido por haber tomado esa decisión sin contar con ella, pero después lo había pensado mejor y había terminado alabando a Concha por habérselo dejado a Amelia. Ahora que se encontraba tan indefensa con el proceso del don de la vigilia en plano desarrollo, no podía arriesgarse a que alguno de los

enemigos de la familia hiciera una incursión en su casa y se lo arrebatara. Habían perdido la llave. No podían de ninguna manera perder el manuscrito.

Encendió el televisor del salón. No solía ver la televisión casi nunca. Prefería sumergirse en la lectura de alguno de los libros desperdigados por la planta superior de la casa. A veces, incluso bajaba a Logroño para buscar en alguna librería algún ejemplar que le llamara la atención. Pero esta vez tenía un propósito. Miró el reloj de la pared. El noticiero estaba a punto de comenzar. En la pantalla, la imagen de la verja junto a la que se había hallado el cadáver de la última víctima aparecía repleta de periodistas haciendo fotografías y realizando conexiones en directo.

—“La *sorgina*” ha acabado con la vida de la pequeña Uxue García de Vicuña, de siete años de edad, vecina del pueblo alavés de Murua, situado a escasos veinte minutos en coche de las cuevas de Mairuelegorreta, en pleno parque natural del Gorbeia. Tal y como ha informado la *Ertzaintza*, una pareja de senderistas ha encontrado el cuerpo de la menor esta mañana a las ocho. Según hemos podido averiguar, los padres de la pequeña pensaban que Uxue estaba pasando la noche en casa de una prima, también de Murua. Sin embargo, los padres de la otra niña aseguran que Uxue se encontraba indispuesta y decidió volver a su casa por su propio pie a eso de las ocho de la tarde. Jamás llegó a cruzar el umbral de la puerta. Apenas trescientos metros separan las dos casas, ubicadas en las afueras de la localidad. La prima de la menor ha tenido que ser hospitalizada presa de un ataque de ansiedad.

Sabina observaba las imágenes con atención, mientras el amargo regusto de la ira iba calando poco a poco en sus entrañas. No era la primera vez que veía aquella casa.

—Según los testigos el cadáver de la niña estaba colocado junto a la verja que cierra la entrada a la cueva, en su parte exterior, y aparentemente se encontraba intacto. La menor iba ataviada con una especie de camisón blanco, al igual que las otras niñas. El juez ha decretado el secreto de sumario. Los vecinos de la zona están consternados y esperan que las autoridades den pronto con quien esté llevando a cabo estos atroces crímenes. El ayuntamiento de Zigoitia, al que pertenece el concejo de Murua, ha decretado tres días de luto oficial.

Sabina apagó el televisor. La ira había ido ascendiendo desde su estómago hasta la boca en forma de reflujo. Sintió el ácido en el paladar arañando la lengua. Se dirigió a la cocina y bebió un vaso de leche. Enseguida logró que la sensación se atenuara. Cuando se hubo recuperado del todo, llamó a Concha, pero nadie descolgó al otro lado. Lo intentó también con el teléfono fijo, pero con el mismo resultado. Tenía que hablar con ella inmediatamente. No había tiempo que perder. Tan nerviosa se puso tratando de comunicarse con su hermana que olvidó ponerse los zapatos cuando salió del caserío. Seguramente Concha se encontraba en la iglesia de Lacaverna, preparando alguna de sus actividades parroquiales. Si era necesario entraría en el templo, por mucho que le desagradara hacerlo. La última vez que lo hizo don Emiliano la expulsó a gritos como si acabara de ver al mismísimo diablo. Le daba igual. Si tenía que enfrentarse al sacerdote lo haría sin miramientos. Mientras tomaba el camino que llevaba a la colina sobre la que se situaba el pueblo, maldijo el nombre con el que los periodistas habían bautizado al asesino de aquellas pequeñas. Y no solo porque tergiversaran el significado de aquella antigua palabra. Era imposible que una *sorgina* estuviera cometiendo esos crímenes. Una bruja jamás actuaría así. Y menos aún con alguien de su misma sangre.

Mariona Maeztu les había recibido con los brazos abiertos en Amezketa. Se trataba de un pueblecito de Gipuzkoa situado a una hora en coche de Pamplona, en la parte septentrional del parque natural de Aralar. En cuanto Mechero consiguió su número de teléfono y pudieron contactar con ella, enseguida se mostró disponible para lo que hiciera falta. Según les contó, a pesar de que su relación con su madre siempre había sido distante, admiraba profundamente a la mujer que le había otorgado la vida. Por eso, en cuanto Anne le había dicho que estaban realizando una investigación acerca de algunos de los asuntos sobre los que en su día Margarita Toledo había indagado, les ofreció cuanto estuviera en sus manos para ayudarles. Aquella imagen afable y hospitalaria de Mariona Maeztu contrastaba bastante con lo que les había dicho Itziar Azurmendi de ella.

La hija de Margarita Toledo era una mujer de unos sesenta años, corpulenta y rubia, como lo había sido su madre cuando era joven. Tenía un marcado acento y pronunciaba la letra erre de una forma casi gutural. Les había recibido en la casa de Margarita, donde vivía con sus dos hijos varones, los dos solteros y que ya rondaban la treintena. Mariona había enviudado años atrás, según les contó.

—Espero que no os moleste tener invitados en casa —les dijo cuando Mechero y Anne llegaron—. Es el cumpleaños de Antxon y va a venir gente del pueblo. Espero que brindéis con nosotros. He hecho *goxua* por lo menos para treinta personas. Mis hijos dicen que soy una exagerada, pero más vale prevenir.

Dicho y hecho. A la media hora de llegar, comenzaron a aparecer por la casa alrededor de veinte personas de todas las edades. La mayoría de ellas hablaba en euskera, pero Anne no era capaz de enterarse ni de la mitad de las conversaciones. Su dialecto era para ella casi incomprendible. Ante la insistencia de Mariona, degustaron varias porciones de *goxua*, un postre típico elaborado con capas superpuestas de nata, bizcocho, crema pastelera y caramelo líquido. Anne tuvo que recurrir a su embarazo para tener una excusa y no ingerir más. En realidad, estaba empezando a sufrir una indigestión.

—*Amama* Maritxu, ponte en el medio que vamos a sacar una foto —dijo Mariona dirigiéndose a una de las ancianas de más edad. Como si todos se hubieran puesto de acuerdo sin mediar palabra, los niños se colocaron en la parte delantera sentados sobre la alfombra, los adultos detrás, arrodillados, y, a continuación, las tres mujeres más mayores, en el sofá. —Anne, *jatorra*, ¿te importa sacarnos una foto con mi móvil?

Anne obtuvo varias instantáneas con el teléfono de Mariona y con el suyo propio, y luego se las envió por *WhatsApp*. Una vez hubieron degustado el pastel y los cafés, algunos de los presentes se animaron con el pacharán. La anciana que respondía al nombre de Maritxu y que, según les explicó Mariona, era una de las mujeres más respetadas y queridas de Amezketa pues sus padres,

sus abuelos, bisabuelos y tatarabuelos siempre habían residido allí, dio buena cuenta de la botella de licor. A continuación, Antxon y su hermano Joxe invitaron a todos a salir al porche. Junto a un inmenso árbol que presidía la entrada del caserío habían dispuesto dos enormes cestos cubiertos de hojas de maíz, y sobre estas, tres tablas de madera colocadas de manera paralela las unas respecto de las otras. Cada hermano se hizo con dos palos y ambos se situaron tras los maderos. Un impactante silencio se adueñó de todos los asistentes. Mechero observaba divertido la reacción de Anne, que contemplaba anonadada lo que allí estaba sucediendo. Antxon y Joxe comenzaron a golpear rítmicamente los palos sobre las tablas en una danza de envites y respuestas que iban alternando con diferentes ritmos y melodías. El sonido de aquel instrumento tradicional era hipnótico. Veinte minutos después acabaron su concierto y todos irrumpieron en un cálido aplauso. La anciana Maritxu lanzó al aire, como colofón a la fiesta, varios *irrintzi*, unos gritos agudos y largos que emocionaron a Anne hasta el punto de humedecer sus ojos. Al terminar, Mariona les hizo pasar adentro, a una salita situada al fondo de la planta baja.

—Me parece que es la primera vez que escuchas la *txalaparta*, ¿verdad? —le preguntó a Anne tras invitarles a sentarse en unos sillones—. Es un instrumento típico de aquí. Antigamente se usaba en algunas zonas durante la fabricación de la sidra. Al terminar de triturar las manzanas solía organizarse una cena. Era una forma de invitar a todos los caseríos de alrededor a unirse a la fiesta.

—No sé qué me ha impactado más, si eso o los gritos de la *amama* Maritxu —contestó Anne.

—¿Nunca habías escuchado un *irrintzi*? —le preguntó Mechero—. Pues aquí es muy típico terminar una celebración así. Aunque hay que saber hacerlos, no te pienses que cualquiera puede.

—Mi madre los hacía de maravilla. No había boda en Amezketeta en la que no le pidieran que los hiciera al salir de misa —apuntó Mariona.

—Mariona, le agradecemos que nos haya recibido de esta forma tan acogedora —dijo Anne.

—Trátame de tú, por favor.

—De acuerdo. Nos has dicho antes que admiras mucho a Margarita.

—Sí, se me parte el alma cada vez que la veo en esa silla de ruedas con la mente nublada. Si la hubierais conocido cuando estaba bien...

—Margarita fue una eminencia en su época —dijo Anne—. Es una lástima que acabara prácticamente olvidada para la historia.

—Mi madre formuló una teoría muy arriesgada. Una especie desconocida de homínidos que convivió con el *homo sapiens* y el hombre de Neanderthal, con un lenguaje propio que ya plasmaba por escrito cuando aún faltaban milenios para que se inventara la escritura. Ella sabía que se la jugaba al hacerlo, pero fue valiente y no quiso traicionarse a sí misma. Lo que hicieron con ella es imperdonable. Tuvo muchos detractores y también muchas traiciones, de gente que no se esperaba.

—¿A qué te refieres? —preguntó Mechero.

—Lo que más le dolió fue lo que le pasó en Gasteiz.

—¿En Vitoria? —preguntó Anne. El recuerdo de Peter Magnusson a punto de abalanzarse sobre ella con aquella espada en el palacio de Montehermoso la dejó fuera de juego durante un instante.

—Sí. Sucedió un año después de que mi madre publicara su primer artículo sobre los hallazgos de las cavernas de Rumanía. Los promotores de un edificio de pisos de lujo en pleno casco viejo la contrataron. Mi madre tenía que analizar unos restos que habían aparecido en el subsuelo del solar donde pretendían levantarlo. Anteriormente, esa parcela estaba ocupada por un ruinoso bloque de viviendas. Al parecer querían instalar unos cimientos especiales que soportaran la estructura del edificio que iban a construir y al excavar se encontraron con algo muy raro. Huesos.

—¿Huesos? ¿Y no llamaron a las autoridades? —preguntó Mechero.

—No. Les pareció tan extraordinario lo que habían descubierto que pensaron que podían sacar tajada en el mercado negro. Además, las excavaciones se habían realizado junto a la muralla medieval, con lo que era casi seguro que si el hallazgo salía a la luz no les habrían dejado llevar a cabo el proyecto. Pero antes que nada, lo primero que necesitaban eran arqueólogos especializados que les confirmaran qué era exactamente lo que acababan de encontrar.

—¿Y por qué llamaron a Margarita? —quiso saber Anne.

—Ellos directamente no lo hicieron. Fue un experto al que Margarita había conocido en el pasado y que los promotores del inmueble habían contratado para liderar la investigación. Koldo de Andrés.

Anne y Mechero giraron su cabeza casi a la vez para mirarse. Así que el profesor De Andrés, el célebre jardinero de la Fundación Petunia al que llevaban meses persiguiendo, era la persona que había solicitado el consejo profesional de Margarita Toledo. Demasiada casualidad.

—¿Qué tenían de raro esos huesos? —preguntó Anne temiendo la respuesta.

—La mayoría eran restos humanos de diferentes épocas, los más antiguos del siglo IX. Pero entre todos los huesos, encontraron partes de varios esqueletos que no encajaban con nada que hubieran visto antes. Varias de las tibias y húmeros que descubrieron no podían pertenecer a humanos, a pesar de su apariencia.

—¿Pero por qué?

—Porque si hubieran pertenecido a una persona, los individuos en cuestión hubieran medido en vida casi dos metros y medio de altura. En uno de los casos incluso hubiera superado ese límite. Además, eso no es todo. Junto a los restos óseos, encontraron unas extrañas inscripciones grabadas en una enorme piedra que, sencillamente, no podía estar allí.

—¿Una piedra? —Mechero estaba a punto de perder la paciencia. No soportaba la lenta cadencia con la que Mariona Maeztu les estaba dosificando la información.

—Koldo de Andrés estaba convencido de que esa piedra era un ortostato. Uno de esos bloques verticales que sustentan las losas coberteras de los dólmenes. Las inscripciones que aparecían en esa piedra contenían algunos de los extraños símbolos que mi madre había encontrado en las cuevas de Rumanía.

—Ahora entiendo la conexión —dijo Anne—. ¿Y por qué has dicho que lo que más le dolió a Margarita fue lo que le pasó en Vitoria?

—Mi madre me contó que aquella experiencia profesional fue, después de lo de las cuevas rumanas, una de las épocas más apasionantes de su carrera como arqueóloga de campo. Los promotores, previendo el dinero que podían ganar con el descubrimiento, compraron tres inmuebles más situados también junto a la muralla y que estaban ruinosos. Los echaron abajo y

excavaron el subsuelo. En los tres solares volvieron a encontrar restos óseos humanos de diferentes siglos, y en dos de ellos hallaron de nuevo huesos de seres que tenían que haber pertenecido a dos mujeres muy altas, muy por encima de la estatura media de los esqueletos de épocas posteriores. Koldo de Andrés lo llamó “cementerio de gigantes”, en parte debido al hallazgo de la enorme piedra del dolmen, un monumento funerario. Estaba convencido de que la muralla de Gasteiz había sido levantada, consciente o inconscientemente, sobre una necrópolis de esos seres.

—Pero ¿qué ocurrió con Margarita? —preguntó Anne.

—Koldo de Andrés la traicionó, aunque no ha sido la única traición que ha sufrido. Bueno, eso lo pienso yo, aunque ella jamás quiso admitirlo de esa manera. Mi madre les presentó un primer borrador del análisis que había realizado en la piedra del dolmen y de la noche a la mañana las excavaciones fueron clausuradas, los restos óseos desaparecieron y con ellos Koldo de Andrés. Nunca volvió a saber de él.

—Me da mucha rabia lo que han hecho con Margarita —dijo Anne—. Y lo peor es que ella jamás verá reparada su reputación. Por lo que has dicho, veo que consiguió interpretar esos signos ancestrales.

—Mi madre tenía aquí su despacho. Antes de que comenzara su enfermedad se pasaba horas encerrada inmersa en el análisis de diferentes lenguas, tratando de encontrar la llave que le permitiese descifrar aquel idioma. Mi madre no era lingüista, así que tuvo que recurrir a viejos amigos y contactos para su propósito. Estaba obsesionada con el hecho de que esa especie desconocida de homínidos hablaba y escribía esa extraña lengua. Cuando ya estaba viviendo en la residencia de Pamplona, yo la traía hasta aquí la mayoría de los fines de semana y en cuanto cruzaba el umbral de la puerta subía a su despacho y allí permanecía casi todo el rato. Un domingo por la mañana, muy temprano, serían las seis de la mañana, entró en mi habitación mientras yo aún dormía. Me pegó un susto de muerte cuando abrí los ojos y la vi plantada junto a la ventana, mirándome en silencio. Lo que me dijo en ese momento no se me olvidará en la vida. Nunca llegaré a saber si estaba lúcida o no, porque desde ese momento su estado empeoró de manera considerable y ya no fue capaz de mantener una conversación coherente.

Mariona Maeztu sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón y se secó las lágrimas que habían asomado a sus ojos. Anne Wellington la observaba a su vez emocionada.

—¿Qué te dijo Margarita? —le preguntó.

—Ni siquiera me dio los buenos días ni me dijo hola ni nada. Simplemente abrió la boca y con una sonrisa me dijo: “*Son ellos. Nuestros ancestros*”, a lo cual yo le repliqué que se explicara, que no la entendía. Se acercó hasta el borde de la cama y me susurró: “*El euskera, hija. He descubierto el origen del euskera*”.

Mechero se levantó del sillón y se puso a pasear alrededor de la mujer. Necesitaba un cigarro imperiosamente.

—Pero entonces, Margarita ¿consiguió descifrar esos signos?

—Sí. La clave estaba en el ortostato que se encontró en las excavaciones junto a la muralla de Gasteiz —continuó Mariona—. Según mi madre, gracias a esas inscripciones consiguió descifrar parte de aquel lenguaje y lo identificó con el euskera. Todo lo que había descubierto lo plasmó en su cuaderno de bambú. Lo llevaba con ella a todas partes.

Anne Wellington posó sus manos sobre su vientre. Notaba una presión desagradable en la parte inferior. Itziar Azurmendi, la periodista de La Luz de Navarra, les había dicho que Mariona nunca llegó a saber que su madre había descifrado la lengua de aquellos homínidos.

—Pero entonces esa piedra del dolmen de Vitoria sería una especie de piedra de Rosetta del euskera —añadió Mechero mientras hacía chasquidos con su encendedor—. ¿Cómo es posible? ¿Cómo consiguió saber que esos signos pertenecían al euskera?

—No lo sé y me temo que nunca lo sabremos —dijo Mariona—. Esa misma tarde mi madre tuvo una crisis y la tuvimos que llevar al hospital. Estuvo varios días ingresada y cuando salió nos recomendaron no moverla de la residencia de Pamplona.

—¿Y ese cuaderno dónde está? —preguntó Anne.

—Desapareció —contestó—. Mejor dicho, alguien se encargó de hacerlo desaparecer.

—¿Lo robaron?

—Poco antes de que mi madre perdiera definitivamente la cabeza, se hizo amiga de una periodista de Pamplona que a mí me dio mala espina desde el primer momento. Me parecía muy raro y muy insistente su interés por el trabajo de mi madre. Discutí más de una vez con ella, avisándole de que tuviera cuidado. Una vez sorprendí a esa mujer hurgando en el armario de la habitación de mi madre en la residencia. Ella pensaba que yo ya me había ido, pero regresé al cuarto a por el bolso, que me lo había dejado olvidado, y la pillé *in fraganti*. Me enfrenté a ella y amenacé con denunciarla a la policía, pero finalmente no quise hacerle pasar por ese mal trago a mi madre. Le dije que se desentendiera de ella, que no era de fiar, pero no me hizo caso. Otro día, mi hijo Antxon se la encontró merodeando alrededor de esta casa, en plena noche. A saber lo que pretendía. No sé cómo lo hizo, pero sé que fue ella. Sé que ella robó ese cuaderno.

—¿Cómo se llamaba esa periodista? —preguntó Mechero haciéndose el tonto. Era evidente que había llegado a la misma conclusión que Anne.

—Itziar Azurmendi. Si pretendéis acudir a ella para que os ayude con vuestro trabajo, olvidaros. Os hará creer que es una mujer amable y dispuesta a ayudar, pero se aprovechará de vosotros. Es una arpía que solo busca su propio éxito a costa de los demás, a saber con qué intenciones.

Anne apagó la radio en cuanto el programa de noticias comenzó otra vez a hablar de la tragedia de las niñas asesinadas por “la *sorgina*”. Algo nuevo había ocurrido, pero no estaba de humor para aguantar el tono despectivo y machista de dos de los comentaristas cuando se refirieron a la bruja que estaba cometiendo los crímenes. Mientras circulaban a toda velocidad de regreso a Pamplona con la intención de presentarse en la redacción de La Luz de Navarra, Mechero hurgaba en el teléfono móvil de Anne, mirando las fotografías que ella había tomado en casa de Mariona Maeztu. Anne iba al volante, a pesar de lo incómoda que estaba por culpa del tamaño de su vientre. Pero no había tenido más remedio. Antes de ni siquiera darse cuenta, Mechero había encendido un porro en cuanto se despidieron de la hija de Margarita Toledo. No estaba en condiciones de conducir.

—Itziar nos la ha colado. Hemos caído en la trampa como unos idiotas —iba murmurando mientras posaba el dedo anular de su mano derecha sobre la pantalla e iba visualizando las distintas imágenes.

—Creo que Mariona no se equivoca. Itziar Azurmendi nos ha mentido y posiblemente lo ha hecho porque tiene el cuaderno de Margarita Toledo y no se fiaba de nosotros. Supongo que ha pensado que tanto interés por nuestra parte en Margarita era demasiado sospechoso.

—Eres una pringada, pelirroja —le dijo él mientras levantaba la vista y observaba el horizonte a través de la luna delantera del coche—. Esa tía ha visto que le estorbábamos. Está claro que o bien Margarita le entregó el cuaderno o se lo robó ella, y no quiere que nadie se interponga en su camino. Ya has oído a Mariona hablar del valor que tienen este tipo de hallazgos en el mercado negro. Imagina lo que puede valer ese cuaderno si de verdad demuestra el origen del euskera y su relación con esa especie desconocida de homínidos. Será cabrona, la muy...

—¡Mechero, controla esa lengua! A ver si te crees que porque estés colocado tengo que aguantar tanta burrada —le respondió Anne de manera cortante. Aunque el joven le sacaba de quicio muchas veces, tenía que reconocer que en esta ocasión probablemente tuviera razón.

—Yo flipo, tía. Un cementerio de gigantes. Es que solo de imaginármelo me pongo cachondo. Así que tenemos bajo la muralla de Vitoria una necrópolis de esos bichos.

—No puede ser casualidad que trasladaran a Véspero Aizaga, la abuela de David, a la residencia del casco viejo de Vitoria. El edificio en el que vive está pegado a la muralla. Tiene que haber una razón para que la familia de David así lo decidiera.

—¡Joder! ¿Te parece poco motivo el hecho de que esa vieja quiera estar junto a los restos de sus ancestros? Si lo que descubrieron en las excavaciones junto a la muralla es cierto, la colina donde se levantó primero la antigua aldea de Gasteiz y más tarde la muralla de Vitoria es poco menos que el Stonehenge del País Vasco. Un lugar aún más sagrado que el poblado berón de La Hoya.

—Además, tiene sentido con lo que se narraba en la leyenda del fin de los gentiles que Peter Magnusson me reveló —dijo Anne.

—Me he perdido —dijo Mechero.

—Acuérdate lo que ocurrió después de que el viejo gigante tuviera ese sueño premonitorio. Cuando le levantaron los párpados con unas barras para que interpretara el significado de la extraña nube que los gentiles estaban viendo en el horizonte. El anciano les anunció que era el fin de su raza, aunque su lengua perduraría en el tiempo. Y a continuación les pidió que le empujaran montaña abajo para acabar con su vida.

—Y después, sus hermanos gigantes escondieron su cuerpo bajo las piedras sagradas. Y corrieron. Y nunca más se supo de ellos. Me he aprendido la leyenda esa casi al pie de la letra —dijo orgulloso el joven jardinero.

—Me sorprende que puedas acordarte de algo en el estado en el que estás ahora mismo —dijo Anne con un tono algo sarcástico—. Pero sí. Fíjate bien en lo que acabas de decir. Los gigantes escondieron el cuerpo del anciano clarividente bajo las piedras sagradas. Más claro no puede ser.

—Las piedras sagradas son los dólmenes. Esa parte de la leyenda se repite de una u otra manera en la mayoría de las versiones del mito.

—¿Y qué es lo que encontraron los arqueólogos en las excavaciones junto a la muralla aparte de restos óseos?

—La piedra esa del dolmen que contenía las inscripciones con las que supuestamente Margarita logró descifrar los signos de la lengua de los gigantes.

—Todo encaja. La leyenda del fin de los gentiles que me contó Peter Magnusson hablaba claramente del monte Gorbea, que está a pocos kilómetros de Vitoria. Hablaba de la ciudad de la alianza situada sobre una colina en mitad de una llanura presidida por ese monte. Es evidente que se está refiriendo al cerro donde se levantó la primitiva Vitoria, la aldea de Gasteiz. La llanura del relato es la Llanada Alavesa, está claro. Y además hablaba de las piedras sagradas donde enterraron el cuerpo del anciano vidente.

—¿Desde cuándo las cigüeñas vuelan en bandadas de cientos? —dijo de repente el joven, señalando la luna delantera del coche.

Anne pensó que estaba bromeando. O que estaba alucinando. Seguramente le estaba sentando mal el porro. Pero cuando dirigió su mirada hacia donde señalaba Mechero, vio exactamente lo que él le había dicho. Decenas, probablemente cientos, de cigüeñas negras y blancas, sobrevolaban por delante de ellos la carretera que los llevaba de vuelta a Pamplona, en un extraño desfile que formaba una figura armónica en el firmamento y en el que todas las aves parecían guardar exactamente la misma distancia las unas con las otras. La escena le recordó al acompañamiento que solían hacer los delfines a los barcos cuando se topaban con ellos en altamar.

—Flipo con los pájaros estos. Son súper listos —dijo al cabo de un rato mientras volvía a inspeccionar el móvil de Anne revisando la galería de fotos. La inglesa trataba de concentrarse en la conducción, a pesar de lo turbadora que era la presencia de todas aquellas aves volando juntas. —Me ha encantado la abuela esa, Maritxu. Pedazo de *irrintzi* que ha soltado al final. Para ponerle un monumento. Mírala aquí, qué maja, como sonreía con esa boca sin dientes.

—Mechero, céntrate, por favor —le dijo Anne—. Cambias de tema cada dos segundos. ¿No ves que estoy tratando de no distraerme con todas esas cigüeñas delante nuestro?

—Oye, ¿y esta otra abuela quién es? —preguntó él mostrándole una de las instantáneas que había sacado Anne cuando habían posado todos los invitados juntos en el sofá—. Tengo que estar muy colocado, sí, porque no me acuerdo para nada de ella. Mira.

Anne hizo un gesto de desagrado con la cabeza y observó la fotografía. Enseguida volvió a fijar los ojos en la carretera.

—¿A ti te suena esa mujer? No estaba, ¿no? O igual es que Mariona nos ha metido *monguis* en el *goxua* y estoy alucinando de verdad. Nunca me han gustado las setas alucinógenas, pero oye, si colocan así igual me cambio...

—¿Te quieres callar de una vez? —le gritó Anne.

—¡Vale, vale, chica, cómo te pones! Joder con la inglesita, encima que la entretengo para que no se aburra en el viaje...

—Enséñame la foto otra vez —le dijo ella. Le sudaban las manos y trató de secárselas rápidamente con el pantalón para poder seguir conduciendo. Mechero volvió a mostrársela.

—Pelirroja, ¿te encuentras bien? Te noto un poco pálida. Si quieres podemos parar en esa área de servicio...

No le dio tiempo a terminar la frase. Anne se salió de la autopista sin reducir la velocidad y tuvo que frenar en seco en medio de la curva que llevaba a la zona indicada por Mechero. El joven se golpeó la cabeza con el cristal de la puerta del copiloto pero, afortunadamente, el frenazo no tuvo mayores consecuencias. Mientras trataba de recomponerse observó a la jardinera, que parecía aterrorizada.

—¿Qué te pasa Anne? ¿Estás bien? Ni que hubieras visto un fantasma.

Anne le miró con los ojos desbordados por un turbio torrente de rabia y pánico a partes iguales. Claro que había visto un fantasma. La misteriosa anciana de la que le hablaba Mechero y que aparecía posando en la fotografía junto a la *amama* Maritxu era La Vieja. Aquel demonio que no dejaba de acosarla. Miraba fijamente a la cámara, con sus ojos perdidos y ausentes, como si estuvieran atrapados en otro lugar a muchos kilómetros de allí. Ahora entendía lo extraño de aquella multitudinaria bandada de cigüeñas. Las aves acompañaban casi siempre a La Vieja. Había pasado mucho tiempo, pero aún recordaba el primer encuentro que tuvo con ella en el museo Guggenheim de Bilbao meses atrás. Por lo visto aquella mujer tampoco se había olvidado de ella. Cogió de nuevo el móvil y volvió a observar la imagen. Una ligera sonrisa se dibujaba en los labios de aquel espectro, como si esperara que Anne la descubriera al revisar las instantáneas que había tomado. Un escalofrío la recorrió de arriba a abajo. Y en vez de alegrarse por no haber sido objeto de una nueva agresión, una pregunta sin respuesta la atormentó durante el resto del viaje. Por qué. Por qué La Vieja no la había atacado como las anteriores veces.

Mechero no dejaba de atosigarla preguntándole cada cinco minutos qué era lo que le había ocurrido. No acertaba a comprender por qué Anne había reaccionado de esa manera. Habían tenido mucha suerte de que ningún otro vehículo se topara con ellos en mitad de aquella curva. Los efectos de la droga teñían aún su visión de la realidad, por lo que no estaba siendo consciente del todo del tono agresivo con el que interrogaba a la jardinera. Nada más llegar a Pamplona habían decidido dejar el coche en un *parking* disuasorio para continuar caminando hasta la redacción de La Luz de Navarra, que no quedaba demasiado lejos. Él necesitaba dar tiempo a que los efectos narcóticos se atenuaran en su organismo y ella necesitaba pasear y aclarar las ideas. La luz crepuscular del atardecer alumbraba sus pasos, aunque Anne no fuera capaz en ese momento de dispersar las nubes cargadas de incertidumbre que no le dejaban ver su futuro más inmediato.

—Me estás vacilando, ¿verdad? —le preguntó Mechero. Anne no aguantaba más. Por un lado, necesitaba desahogarse con alguien, contarle aquel secreto que la atormentaba desde que había llegado a Bilbao, cuando aquella misteriosa mujer se le había aparecido por primera vez. Y, por otra parte, deseaba con todas sus fuerzas que Mechero se callara de una vez y la dejara tranquila, necesitaba pensar. Demasiadas emociones para el mismo día. Así que, en un momento de debilidad, le había contado todo al joven.

—Te acabo de decir la verdad. Puedes creerla o no. Ese es tu problema, no el mío —le respondió ella harta de la situación.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—No sé si tiene nombre. Begoña me dijo poco antes de la explosión del invernadero que muchos la conocían como La Vieja. Otros la llamaban La Enlutada. No soy la única que la ha visto por lo que parece.

—Yo flipo. O sea que al parecer se te está apareciendo esta vieja desde que llegaste a Bilbao y no me habías dicho nada. Me pregunto qué sabía Begoña de todo esto. Jamás me contó nada parecido. ¿Y dices que casi siempre aparece con algún pájaro?

—Sí.

—Pero ¿cómo? No entiendo nada.

—Digamos que nuestros encuentros no han sido muy agradables. La primera vez, en el Guggenheim, mató a un pájaro delante mío. Cuando estuve con David en La Rioja Alavesa, me lanzó otro al parabrisas del coche. En Vitoria, mientras recorría el casco viejo, decenas de palomas me rodearon, como si estuvieran rabiosas, antes de que ella apareciese. De una u otra forma está vinculada a las aves. No me preguntes por qué.

—Ahora me explico lo de las jodidas cigüeñas de antes —dijo él—. Así que tenemos a una vieja, un fantasma que se te aparece, normalmente acompañada de uno o varios pájaros, y hasta ahora siempre te había atacado.

—Bueno, en el casco viejo de Vitoria se echó para atrás. Estoy convencida de que iba a atacarme, pero en el último momento cambió de opinión.

—Desde luego hoy no te ha atacado. Al contrario. Parecía como si todas esas cigüeñas nos estuvieran guiando hacia Pamplona.

—¿Tú has visto bien la foto en la que aparece junto a la *amama* Maritxu en casa de Mariona? Está posando. Está sonriéndome. Sé que estaba posando para cuando yo viera después la imagen.

—A ver, pelirroja, sé que estás estresada con todo este tema de la vieja esta, pero creo que exageras un poquito, ¿no?

—Tú no lo entiendes. Va a por mí. Es su forma de decirme “No me he olvidado de ti”.

—¿Y crees que está relacionada de alguna manera con la profecía?

—¿En serio me lo preguntas? Es evidente. La primera vez sucedió el mismo día que me entrevistó Begoña Argenta para entrar en la Fundación. Es como si hubiera querido desde el primer momento hacerme desistir y no investigar el código 60.

—Pero lo que me extraña es que yo también la veo en la fotografía. ¿Cómo es posible?

—No lo sé. Como te he dicho, Begoña me dijo que yo no era la única que la había visto. Quizá ha querido que tú también la veas.

—Enséñamela otra vez. Quiero quedarme bien con su cara, por si vuelve a aparecer.

Anne sacó el móvil de su bolso y lo desbloqueó. Se lo entregó a Mechero. Se sentía libre después de haberle contado todo aquello. Mechero podía ser muchas cosas, pero una de sus virtudes era restar importancia a lo que *a priori* parecía más grave o preocupante. Era la forma que tenía de decirle que estaba con ella y la apoyaba.

—No está —dijo él tras rebuscar en la galería de fotografías del teléfono

—A ver, déjame a mí —le dijo ella arrebatándoselo. Al cabo de varios intentos infructuosos, lo volvió a guardar en el bolso. —Perfecto. Nos hemos cargado la única prueba que teníamos de su existencia.

—¿Tú crees que la hemos borrado sin querer? Para nada. Yo creo que lo ha hecho ella. Es como si hubiera permitido que yo conozca su existencia pero me estuviera advirtiendo a la vez de que no me pase de listo largándolo por ahí.

El edificio que albergaba La Luz de Navarra estaba a pleno rendimiento, a pesar de ser ya casi de noche. Varios redactores discutían en una de las salas sobre algo que acababa de ocurrir, mientras se afanaban en descolgar teléfonos. Dos de ellos miraban tres pantallas de televisión que había colgadas del techo. En todas ellas, varios canales emitían lo que parecía la misma noticia. Anne y Mechero trataban de que la mujer que atendía la recepción les hiciera caso, pero ella parecía más interesada en responder a la persona con la que hablaba por teléfono. De vez en cuando levantaba la mirada hacia las pantallas de televisión.

—Perdona, ¿nos vas a atender hoy o volvemos mañana? —preguntó Mechero perdiendo la paciencia. Anne le pisó el pie derecho, como señal para que se mantuviera callado.

—Disculpe a mi compañero. Está un poco nervioso. Nos gustaría hablar con Itziar Azurmendi, por favor. Somos conocidos suyos.

La mujer colgó por fin el teléfono. Tenía la cara desencajada.

—Madre mía, madre mía —dijo mientras echaba un ojo de nuevo a las pantallas de los televisores y mordisqueaba las uñas de su mano izquierda—. Es que no hay derecho. Es que es una vergüenza, de verdad. Pobrecitas mías. Pobrecitas mías. ¡Qué malnacido!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Anne. Estaba claro que la recepcionista quería hablar de algo.

—¿No os habéis enterado? Que está claro que es un asesino en serie. “La *sorgina*”. Que resulta que ha matado a otra chiquilla.

—Sí, lo hemos escuchado antes en el coche. Pero ya se sabía, ¿no? Una niña en no sé qué pueblo de Álava.

—Que no, que no. Esa que dices tú es la niña de Murua, sí, la que ha aparecido a la entrada de las cuevas de Mairuelegorreta, en el monte Gorbea. Uxue se llamaba. No me acuerdo ahora del apellido.

—¿Pero han matado a otra o cómo? —preguntó Mechero mientras Anne buscaba información en su teléfono móvil.

—Sí, pero no ahora —contestó la mujer—. Hasta ahora habían salido a la luz los asesinatos de las niñas del Balcón de Bizkaia, la de Atxondo y Uxue, la de Murua. Pero resulta que la policía ya sabía que “la *sorgina*” había matado antes.

—No entiendo nada —dijo Mechero.

—Al parecer Informe Criminal ha descubierto que la investigación policial contempla la muerte de otra niña a manos del mismo asesino—dijo Anne mientras leía la información en su teléfono.

—¿Qué coño es eso de Informe Criminal? —preguntó él.

—Un programa de televisión de sucesos. Esta tarde han emitido un avance de un especial que van a echar esta noche y se está armando buena. Creo que la *Ertzaintza* ha solicitado al juzgado que tome medidas cautelares para que no se emita el programa —les explicó la recepcionista.

—Aquí lo tengo. Paula Lombardo. Una niña de Orduña, hija de un empresario italiano y de una vecina del pueblo dueña de una granja ecológica bastante conocida por lo que parece. Al parecer, alguien está filtrando la información antes de que se emita el programa completo esta noche —anunció Anne.

—No me extraña. Quieren impedir su retransmisión para no alarmar más a la opinión pública, así que supongo que los de la cadena han tomado medidas para que se sepa todo antes de que el juzgado emita el auto paralizando la emisión —dijo la mujer—. Una exclusiva es una exclusiva.

—Pero ¿cuándo murió? —preguntó interesado Mechero.

—Según lo que pone aquí, hace unas semanas la niña desapareció durante una excursión a la Sierra Sálvada. Es una cordillera montañosa situada entre los límites de Bizkaia, Burgos y Álava. La policía estaba investigándolo como una desaparición hasta que encontraron su cadáver hace tres días en el interior de una sima no muy profunda, a los pies del monte Eskutxi. Parece que la pequeña se despistó del grupo con el que realizaba la actividad y acabó cayendo dentro.

—Pero entonces no sigue el mismo patrón que con las otras niñas, ¿no? ¿No se supone que las otras han aparecido con un camisón blanco y no sé qué cosas más? —preguntó Mechero.

—Ahí está el quid de la cuestión —le interrumpió la recepcionista—. Los de Informe Criminal llevan anunciando toda la tarde que esta noche van a dar más datos para explicar la conexión entre

todos los crímenes. Han tenido acceso a la autopsia que le hicieron a Uxue y resulta que la forense dictaminó que la niña había muerto por asfixia, igual que las otras.

—Lo cual no encaja para nada con la hipótesis de un supuesto accidente en la montaña —dijo Mechero.

—El mundo está lleno de hijos de puta. Pobrecicas mías. A ver si atrapan de una vez a quien quiera que esté haciendo esto, por Dios. Es que una ya no va a poder salir con los hijos de casa —añadió la mujer—. En fin, perdonad que me ponga así. Es que pienso en mi Haizea y mi Rebe y me pongo mala solo de pensar que les pueda pasar algo parecido. ¿Qué queríais?

—Somos conocidos de Itziar Azurmendi. Queríamos hablar con ella —dijo Anne mientras acariciaba su vientre. Comprendía a la mujer. Si alguien hiciera algo a la criatura que llevaba dentro no quería pensar cómo reaccionaría.

—Itziar no está.

—¿Cuándo vuelve? —preguntó Anne.

—Pues no lo sé, porque aquí como todo el mundo hace lo que le da la gana...

—¿Cómo que no lo sabes? —preguntó Anne.

—Ha venido esta tarde a primera hora a buscarle ese novio suyo que se ha echado y le ha dejado todo el marrón a Maribel, la subdirectora. Se ha cogido unos días libres que le quedaban.

—Pero ¿cuándo vuelve? —insistió Anne.

—No lo sé, maja. Ya lo siento. Donde manda la patrona... ya sabes. Maribel está que trina. Creo que ha comentado por ahí que una semana, pero no lo sé seguro. Si queréis la llamo al móvil a ver si me coge, o si preferís llamarla vosotros...

—No, tranquila. Ya volveremos en otro momento. No es urgente —dijo Anne.

Mechero la miró sin comprender muy bien qué había querido decir con lo de que no era urgente. Claro que era urgente. Tenían que recomponer todo aquel maldito rompecabezas cuanto antes. Al salir por la puerta de la redacción, el joven sacó su teléfono móvil y, volviendo sobre sus pasos, le mostró a la recepcionista una fotografía.

—Perdona que te moleste otra vez. Esto ya es cotilleo puro y duro. Si no quieres no me contestes, pero cuando has dicho lo de que había venido su novio a buscarla... ¿te refieres a Koldo? ¿ha vuelto con él? No sabía que hubieran vuelto —sonrió mientras le mostraba una instantánea de Koldo de Andrés. Anne entendió al momento qué pretendía averiguar con aquella estrategia. Mechero estaba pensando que tal vez ese hombre que había venido a buscarla no fuera su novio sino el profesor De Andrés. Puede que incluso estuviera compinchado con ella para sustraer el cuaderno de Margarita Toledo.

—No, jajaja —contestó la mujer riéndose—. Itziar tiene bastante mejor gusto con los hombres. No sé quién es ese vejestorio, pero desde luego no es Jon.

Mechero miró a Anne, que se había quedado paralizada al escuchar aquel nombre.

—¿Está con Jon? No me lo puedo creer —continuó jugando el joven—. ¿Estamos hablando del mismo Jon?

Sabía que estaba tensando demasiado la cuerda. En cualquier momento la mujer podía considerar que se habían extralimitado y no querer seguir hablando. La recepcionista observó la

segunda fotografía que le acababa de enseñar Mechero. Un sonriente Jon Arkaute posaba en la orla de la universidad. Mechero había usado aquella imagen para meterse con él más de una vez. La mujer se acercó para analizarla.

—Madre mía, vaya pintas. ¿De cuándo es esa foto? —rió—. Sí, creo que es Jon, aunque ahí tiene como veinte años menos. Yo diría que sí que es él.

—Igual esta otra foto te ayuda más —le dijo él mostrándole una imagen de Jon dentro de la biblioteca de la Fundación Petunia. Anne le miró horrorizada. ¿Cómo se atrevía a enseñar a una extraña una instantánea de la biblioteca?

Salieron al exterior tras darle las gracias por haber sido tan amable con ellos. La recepcionista les había confirmado que efectivamente el hombre que aparecía en la fotografía era Jon, el novio de Itziar Azurmendi.

—¿Sabe Jon que le has sacado esa foto sin su permiso en la biblioteca? —le preguntó airada—. ¿Te dedicas a sacarnos fotografías sin nuestro consentimiento? Y encima le enseñas la biblioteca a esa mujer. ¿Te has vuelto loco o el porro de antes te ha vuelto idiota?

—Oye, tranquila, pelirroja. Que lo he hecho todo con la mejor de las intenciones. Y ha funcionado. A ti lo que te pasa es que estás picada porque parece que Jon se ha liado con la mentirosa esa.

—Hace meses que no sé nada de él, así que tú me dirás si tiene sentido que yo esté picada. Repito. ¿Cómo se te ocurre enseñarle esa foto a una desconocida? ¿Es que no has visto cómo actúa la Fundación cuando se viola el secreto de confidencialidad?

—Estás picada porque no soportas que el padre de tu hijo te haya abandonado por otra.

El tortazo se escuchó en toda la calle. Anne no había podido contenerse. La insolencia de Mechero le había llevado hasta el límite. Enseguida se arrepintió.

—Perdóname, por favor. No sé qué me ha pasado. Estoy al borde de perder los nervios con todo esto. Perdóname, por favor.

Mechero la observaba como quien analiza una muestra de tejido orgánico desconocido bajo la lupa de un telescopio. Le había pillado totalmente por sorpresa la reacción de Anne. Pero no estaba enfadado con ella. Se había pasado. No tenía derecho a decirle aquello. Se había portado como un niño.

—Pues menos mal que aún me dura algo el efecto del porro, porque casi que me has hecho cosquillas —le contestó tratando de romper el hielo—. ¿En serio vas a enfrentarte tú al fin del mundo con esa fuerza de pringada?

Anne le abrazó. No le gustaba lo que acababa de hacer. Mechero siempre había estado a su lado. Le había apoyado casi desde el primer momento en el que le había conocido. Era una de las pocas personas en las que confiaba plenamente. Sí, Mechero era soez, un inmaduro y un maleducado. Pero no estaba dispuesta a perderlo. Lo necesitaba a su lado. Tras la muerte de Begoña Argenta y Juan Mari le había prometido que estaría siempre con él, que le cuidaría. Y no pensaba por nada del mundo faltar a su palabra.

—Perdóname tú también a mí, pelirroja. Soy un bocazas, ya me conoces —le dijo él—. Esa fotografía que le tomé a Jon sin que se diera cuenta fue casi sin querer. Estaba jugando con mi nuevo móvil y... ¡yo qué sé! Ni pensé en que estaba dentro de la biblioteca. Además, casi ni se ve. Nadie podría identificar eso como la biblioteca. Es imposible.

—Tienes razón. Solo que no quiero que te pasa nada. Ya sabes cómo las hace pagar la Fundación.

—¿Tú te crees esta historia de que Jon sea el novio de Itziar Azurmendi?

—No sé qué pensar ya. Hace mucho que me di cuenta de que no conocía de verdad a Jon. No sé prácticamente nada de él. No quiero creerme todas esas acusaciones que hacéis todos de que es el autor de la explosión del invernadero y del incendio de la biblioteca. No quiero creerlo, pero en el fondo, tengo mis dudas. Él robó todos aquellos documentos de la investigación de Koldo de Andrés en la biblioteca. Lourdes dijo que la propia abuela Sofia le había acusado de ser el asesino de Juan Mari delante de los Mayores la noche del incendio. ¿Y si es verdad que la mujer de Jon, Maialen, murió en una misión de Petunia en la que participaba también Begoña? ¿Y si se le ha ido la cabeza? ¿Y si pretende vengarse de la Fundación empleando para ello los métodos que hagan falta? No quiero ni pensar que fue él quien mató a Begoña durante el incendio de la biblioteca.

Mechero no quiso opinar al respecto. Se mantuvo en silencio hasta que llegaron al coche. Si Jon Arkaute era quien había matado a su madre adoptiva no habría nadie en el mundo que le detuviera hasta acabar con él. Le daba igual que fuera el padre del hijo de Anne. Begoña Argenta había sido su segunda madre y no iba a perdonar jamás que se la hubieran arrebatado tan pronto.

Las nubes de la tarde habían desaparecido para dejar paso a los astros nocturnos. Millones de pequeñas estrellas, planetas y otros cuerpos estelares cosían la bóveda celeste conformando una de las imágenes de la naturaleza más espectaculares que Ander Goikoetxea había visto en toda su vida. En Bilbao era imposible ver un cielo como aquel. El alumbrado de las farolas, la polución y la bruma del cercano mar impedían a menudo contemplar el firmamento de aquella forma. La noche se mostraba sobre aquellas antiguas tierras de La Rioja Alavesa de un modo salvaje, puro, virgen, como si aquel paisaje aún no hubiera sido contaminado por la acción del ser humano.

Eran casi las tres de la madrugada. El silencio que envolvía la parcela donde se levantaba la casa de Ruud Vanner era casi absoluto, salvo por el ruido de los sistemas de regadío que, a pesar de no estar encendidos, emitían una sutil señal acústica cada cierto tiempo, avisando de su presencia. En el jardín, solo cuatro lámparas dispuestas en diferentes puntos estratégicos iluminaban lo justo para que nadie se saliera del camino que llevaba desde la casita de invitados hasta la residencia principal. David y su padre seguían de viaje y Hubert Vanner llevaba varias horas acostado en uno de los dormitorios del edificio grande. Esa tarde, antes de regresar a su casa de Lacaverna, la señora Rosa le había entregado la llave del despacho donde el padre de David almacenaba todos aquellos libros. Aquel cuarto casi siempre permanecía cerrado. De hecho, ella solo lo arreglaba una vez al mes y siempre en presencia del holandés. Básicamente se dedicaba a quitar el polvo, aunque cada cierto tiempo limpiaba los cristales. Se había resistido, pero, ante su insistencia, y tras recordarle de nuevo el trato que habían hecho, aceptó dejársela. La idea era entrar al despacho a la mañana siguiente, en cuanto Hubert se fuera de la casa, pero finalmente había decidido hacerlo esa misma noche. No iba a poder dormir sabiendo que la respuesta que buscaba podía estar tan cerca.

Entró por una de las puertas del jardín, la que estaba reservada al servicio. En el interior del inmueble, la oscuridad era aún más opaca que en el exterior. Hubert dormía en el ala sur por lo que, en principio, no había riesgo de que escuchara sus pisadas por el pasillo. Avanzó lentamente guiándose por la luz de la linterna de su teléfono móvil, que procuraba no levantar demasiado. Cuando creyó haber llegado al despacho, se dio cuenta de que se había desorientado, así que trató de volver sobre sus pasos. Decidió tomar un corredor alternativo esperando que fuera el correcto. Al girar en una esquina le pareció escuchar un ruido a lo lejos. Permaneció en silencio unos segundos esperando una posible réplica de aquel sonido, pero no se produjo. Continuó caminando hasta que de nuevo volvió a escucharlo. Seco, cortante, como si alguien estuviera arrugando una hoja de papel. Se volvió y alumbró con su móvil el fondo del pasillo, pero el haz de luz no llegaba hasta el final. Apagó la linterna y miró hacia la negrura. Solo silencio.

Dentro del despacho de Ruud Vanner la atmósfera estaba aún más cargada que la vez anterior que lo había visitado. El polvo suspendido en el aire era todavía más denso y se pegaba a las fosas nasales y la boca dificultando la respiración. Ander optó por dejar la puerta entreabierta, con el ánimo de que así pudiera colarse el aire más limpio del corredor. Se dirigió directamente a las baldas situadas en la parte superior de la estantería que había registrado la última vez. Subido encima de la pequeña escalera, con cuidado de no pisar en falso debido a la oscuridad, le costó casi veinte minutos localizar *“Los sueños como espejos del otro lado”*. Le dio la sensación de que el libro no estaba colocado en el mismo lugar que la ocasión anterior. Lo dejó con cuidado sobre la mesa del escritorio y se pasó el siguiente cuarto de hora sacando fotografías del texto. El libro era bastante grueso, así que optó por dejar de lado las imágenes y se centró en la parte escrita y, aun con todo, tuvo que realizar un filtrado de lo que fotografiaba en función de lo que le parecía más interesante. No podía arriesgarse a permanecer mucho tiempo allí dentro.

Al llegar a la última hoja, se percató de que en la parte interior de la contraportada había adherido un documento, escrito en holandés, en el que se habían ido anotando desde el año 1999 una serie de nombres y apellidos, cada uno acompañado de un juego de dos fechas. Observó el tiempo que había transcurrido entre ambas. En la mayoría de los casos se trataba de quince días, en algunos casos, un mes o cuarenta y cinco días. Más del noventa y cinco por ciento de los nombres pertenecían a los Bechs o a la familia Vanner. Ander recordó el viejo sistema para apuntar los préstamos en las bibliotecas, cuando aún no estaban informatizadas, aunque lo usual era señalar solo la fecha de devolución. De hecho, hoy en día la mayoría de las bibliotecas que conocía seguían recurriendo a indicar en los propios libros las fechas en las que se suponía que los lectores debían restituirlos. ¿Serían aquellas anotaciones que tenía delante lo mismo? Lo cierto era que los períodos marcados avanzaban de quince en quince días, con lo cual era probable que obedecieran al período en el que el ejemplar había sido prestado. Cogió algunos de los otros libros escritos por Jacobus Vanner. En la mitad de ellos figuraba un documento similar en el reverso de la contraportada. Todo apuntaba a que aquella colección de obras había circulado como una especie de folleto educativo entre los miembros de la familia. Ahora entendía por qué el *hacker* que le había suministrado la información sobre la bibliografía de Jacobus Vanner le había dicho que la mayoría de sus publicaciones habían sido muy minoritarias. Los Bechs no trataban de hacer negocio con aquella pequeña librería de Nimega donde los vendían. Más bien parecía que los miembros del linaje acudían allí y tomaban prestados los ejemplares, como si se tratara de una especie de rudimentaria red de intercomunicación.

Buscó por todas partes *“El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios”* pero no lo encontró. De hecho, no localizó ninguna otra obra que mencionara en su título el tema de los sueños. Miró el reloj. Era muy tarde. No podía quedarse mucho tiempo más. Comenzó a colocar de nuevo todos los libros que había dejado sobre la mesa. Con las prisas, introdujo uno de ellos demasiado rápido haciéndolo chocar con la pared del fondo de la estantería, que estaba revestida de la misma madera que el resto del mueble. Al hacerlo, escuchó cómo se resquebrajaba algo en la habitación, como si se hubiera agrietado el techo. Alumbró a todos los lados con su móvil buscando el origen del ruido, hasta que se dio cuenta de que había ocurrido en la propia estantería. En la parte donde había golpeado el volumen que acababa de colocar, se había abierto un doble fondo que hasta ese momento había permanecido oculto a la vista. Dirigió el haz de luz hacia el interior empujando con cuidado el trozo de madera desplazado. Comprobó que se trataba

de una pequeña puerta que se doblaba hacia dentro gracias a unas bisagras. Aquel compartimento secreto tenía exactamente la misma largura que la estantería al completo, aunque su altura se limitaba al espacio comprendido entre la última balda y el techo. Acercó todo lo que pudo la escalera para observar más de cerca aquel extraño hueco. De vez en cuando giraba la cabeza hacia la puerta de la habitación, temeroso de que Hubert hubiera escuchado el ruido de aquel mecanismo al abrirse y lo sorprendiera con las manos en la masa.

Encontró diferentes documentos legales y escrituras, que prefirió no tocar. Tomó entre sus manos una carpeta clasificadora antiquísima que se caía a pedazos. Era una especie de archivador con diferentes secciones manuscritas en neerlandés que contenía una relación inmensa de libros. Cada libro tenía asociado un número. Reconoció algunos de los títulos que había en el despacho de Ruud, aunque la mayoría no le sonaban de nada. En cada sección, junto al número que correspondía a cada ejemplar, se indicaba la fecha de edición así como la relación de personas que lo habían tomado prestado a lo largo de los años y en qué período de tiempo. Dedujo que todos eran miembros de la familia. También encontró varios fajos de billetes de quinientos euros. Al parecer, Ruud utilizaba aquel escondrijo como una caja fuerte. Le pareció ver un bulto en el fondo, pegado a la pared, pero no acertaba a ver de qué se trataba. Se encaramó a la estantería esperando alargar el brazo lo suficiente como para poder extraerlo. Rezó para que el mueble no se viniera abajo y lo aplastara. No le costó mucho alcanzarlo. En realidad hubiera podido hacerlo sin abandonar la escalera. Lo bajó y lo colocó sobre la mesa. Era un objeto pesado que estaba guardado en un saco de terciopelo rojo atado con unas cuerdas de cuero negro. Se acercó a la puerta del despacho, miró hacia el pasillo para asegurarse de que Hubert no anduviera cerca y la cerró. Extrajo el objeto y confirmó, como sospechaba, que se trataba de otro libro. Su esperanza de que fuera *“El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios”* se desvaneció en un instante. Su autor era Jacobus Vanner pero la edición era mucho más lujosa. No estaba seguro del todo, pero daba la impresión de que las incrustaciones que aparecían sobre la cubierta y en el borde exterior de las hojas eran de oro. O un material que lo imitaba muy bien. Solo se le ocurrían dos razones para que aquel libro estuviera oculto en aquel escondite. O que el valor del material con el que estaba hecho fuera incalculable o que el contenido fuera de máxima importancia.

Leyó el título con atención. Estaba escrito en latín. Un sudor frío, hiriente, casi doloroso, comenzó a recorrerle la espalda a medida que notaba cómo su respiración iba entrecortándose. No tenía ni idea de aquella lengua muerta, pero no había que esforzarse mucho para entender el significado de aquellas tres palabras. Aun así fue capaz de aguantar la tensión y las tradujo con un programa de su móvil. No podía creerlo. Volteó la portada y se quedó petrificado observando un espectacular dibujo que parecía hecho de manera artesanal sobre la primera hoja. Su belleza era sobrecogedora. Recordó sus conversaciones con Alicia Rández antes de que esta muriera. Ella ya se lo había advertido entonces al analizar el libro de actas de reuniones de los Bechs. Aquella familia adoraba a una oscura deidad que asociaban a la figura de la cabra. Tragó saliva mientras las imágenes de aquellos dos seres del averno revivían en su memoria. El hombre esquelético y la maldita cabra. Su mente reprodujo fotograma a fotograma la película de los dos encuentros que había experimentado con aquellos dos seres y que habían estado a punto de costarle la vida. Notó como el aire no llegaba a sus pulmones y el pánico se adueñaba de él. Contempló de nuevo el

dibujo. Un ser antropomorfo con el torso desnudo y con cabeza de cabra aparecía sentado con las piernas cruzadas. De su espalda brotaban dos alas emplumadas de color oscuro. Levantaba en alto su brazo derecho mientras que el izquierdo permanecía estirado con la palma de la mano girada hacia el espectador. Releyó el título sobre la pantalla de su teléfono. *“De Deo cornutum”*. Simple y conciso. Era la primera vez que encontraba una referencia explícita a aquel numen adorado por los Bechs. Hojeó las páginas con el miedo de quien se adentra en la cueva del lobo y, aun sabiendo lo que le puede esperar si sigue avanzando, no puede evitar hacerlo. Aquel libro de Jacobus Vanner era una especie de tratado sobre aquella entidad adorada por los antiguos bátavos. Vio de reojo la traducción del título que su móvil había realizado. *“El Dios astado”* lo acogió entre sus brazos desnudos, dispuesto a revelarles todos sus secretos.

“*Anne, despierta*”. El reino de los sueños donde la jardinera había enterrado su consciencia desde hacía cuatro horas dio paso a aquella orden con recelo. Anne se resistió a abandonar aquel plácido limbo en el que su mente vagaba, sumergida en un relajante mar de infusión de tila y grajeas de valeriana. La supuesta relación entre Jon Arkaute e Itziar Azurmendi la había conmocionado, aunque le doliera reconocerlo. Después de desaparecer tras el incendio de la biblioteca, Jon le había mandado un *e-mail* diciéndole que le esperara, que regresaría y le despejaría todas las dudas que tenía acerca de él. Ese retorno no solo no se había producido sino que, además, si las cosas no cambiaban, parecía que jamás llegaría a producirse.

Jon había desistido de intentar que lo que había entre ellos funcionara, se había rendido. No podía dejar de pensar en la recepcionista de La Luz de Navarra refiriéndose a Jon como “el novio” de Itziar Azurmendi. El novio. ¿Había llegado alguna vez a ser Jon novio de ella? No tenía claro cómo debía responder a aquella pregunta. Unos cuantos encuentros sexuales no tenían por qué significar nada más. Sin embargo, si lo que les había dicho aquella mujer del periódico le molestaba tanto solo podía significar que Jon le importaba. Y mucho. ¡Pero si hasta había abofeteado a Mechero cuando le había descrito exactamente cómo se estaba sintiendo ella por culpa de aquella revelación! Era el primer paso para aceptar que quizá le hubiera gustado compartir algo más profundo con él. Ahora puede que fuera demasiado tarde. Se había tomado aquel brebaje de hierbas con la esperanza de que le ayudara a aliviar el dolor, pero, incluso en sueños, había vuelto a sentir aquel desgarró interior.

“*Anne, despierta*”. Sabía que era Mechero quien trataba de hacerla regresar al mundo de los vivos, pero no quería que aquel sopor inducido acabara tan pronto. ¿Qué querría a esas horas? ¿Es que no podía esperar al desayuno para contarle lo que tuviera que contarle? Un pellizco no solía funcionar para despertar a alguien de un sueño profundo. Pero cinco pellizcos seguidos, a cada cual más hiriente, fueron suficientes para que por fin abriera los ojos. Nada más hacerlo, vio cómo el joven le tapaba la boca con su mano y le hacía una señal para que guardara silencio. Cuando Anne estuvo lo suficientemente despierta como para comprender qué era lo que estaba sucediendo, Mechero le explicó lo que ocurría.

—Ha entrado alguien en la casa. Vámonos —le dijo él con un susurro. Habían alquilado una habitación en una casa rural del pueblo alavés de Araia para pasar la noche, de camino de vuelta a Bilbao. No había más huéspedes alojados.

—¿Cómo? —le preguntó ella desperezándose.

—Ponte los zapatos y vámonos. Te he metido todas tus cosas en el bolso. Ya te vestirás en el coche más tarde.

—Pero... ¿por qué piensas que ...

—Confía en mí. Luego te explico.

Anne agudizó el oído. En la planta inferior, alguien se movía sigilosamente. Era inevitable que se escucharan sus pisadas sobre aquella vieja madera. El resplandor de la luz de una linterna se colaba a través del hueco de la escalera hasta la planta donde estaban los dormitorios. Salieron por la salida de emergencia situada en la parte trasera y se dirigieron casi corriendo hasta donde habían dejado el coche. Anne estuvo a punto de desvanecerse en el último tramo. Ya dentro del vehículo, sentado en el asiento del piloto, Mechero se dio cuenta de que se había dejado las llaves en su cuarto. Anne entendió enseguida lo que ocurría.

—No te preocupes, pelirroja. Esto para mí es pan comido —dijo mientras trataba de hacer un puente sirviéndose de una navaja multiusos que acababa de sacar del bolsillo de su sudadera.

Anne, que no dejaba de observar la puerta trasera del edificio, se dio cuenta de que el haz de luz de la linterna del intruso se había apagado. Con el corazón encogido, comenzó a señalar de manera compulsiva hacia la casa para dar a entender a Mechero que había perdido el contacto visual con el asaltante. De repente una sombra hizo acto de presencia en el porche posterior. Su perfil apenas se distinguía, a pesar de estar ligeramente iluminado por una farola lejana. Camuflado en la oscuridad, el intruso comenzó a avanzar hacia el vehículo. En ese instante, Mechero logró hacerlo arrancar y, pisando el acelerador hasta el fondo, escaparon carretera abajo. No dejaba de mirar por el retrovisor esperando que el asaltante comenzara a perseguirles. Apagó las luces y se internó en un camino forestal hasta que pudo ocultar el coche detrás de un viejo almacén abandonado. Los dos aguardaron en silencio. Al cabo de cinco minutos un vehículo pasó a toda velocidad por la carretera.

—Es él —dijo Mechero—. Jódete, *pringao*. A ver si nos encuentras ahora.

—¿Me puedes explicar qué está pasando? —le rogó Anne mientras abría su bolso para ponerse el pantalón y el jersey del día anterior.

—Al poco de meternos a la cama, he recibido un mensaje del profesor O’Connor. Mira —le dijo mostrándole el teléfono.

Anne lo leyó mientras trataba de entrar en calor frotándose las manos.

“Ha ocurrido algo muy grave. Volved inmediatamente a Gales. Por favor, extremar las precauciones al máximo. El jardín ha perdido una de sus flores de un modo trágico. Podéis estar también en peligro”.

—¿Cómo no me has dicho nada antes?

—Me ha dado pena no dejarte descansar. No estoy ciego, ¿sabes? Me he dado cuenta de que estás hecha polvo. Sé que el bebé te está dando la lata, llevas unos días con una cara... He pensado que lo mejor era dejarte descansar y comentarlo por la mañana. Además, me lie un porro en la habitación a ver si me dormía rápido, una cosa llevó a la otra y ... Oye, ¿y tú qué? ¿no te mandó también a ti el mensaje?

Anne buscó su móvil. Lo tenía sin batería desde que habían salido de Pamplona. Se la había olvidado por completo ponerlo a cargar.

—¿Qué crees que ha pasado? —preguntó la jardinera terminándose de vestir en el exterior del coche.

—No lo sé. Tengo dos llamadas perdidas del profesor, le he llamado pero no me coge. El primer avión hacia Londres sale de Bilbao dentro de tres horas. Es carísimo, pero seguro que el viejo corre con los gastos. Si no perdemos el tiempo, llegaremos de sobra al aeropuerto.

Mientras circulaban sobrepasando levemente el límite máximo de velocidad, Anne no pudo evitar sucumbir al sueño. El efecto narcótico de la valeriana y la tila terminaron de cumplir su cometido y la telaraña de las visiones oníricas fue tejiéndose sobre su ser a medida que se acercaban a Bilbao, en un bamboleo de imágenes abstractas que fueron dando paso a otras mucho más nítidas. Los gritos de pánico volvieron a teñir los ecos de su cerebro dormido. Gente

corriendo, pisándose. Huyendo. El llanto de un bebé dejándose escuchar en medio de la muchedumbre aterrorizada. Ruido seco de pies sobre el suelo. Tratando de escapar de la certera muerte, buscando refugio donde ponerse a salvo.

“*Anne, despierta*”. Una voz familiar vuelve a interrumpir sus ensoñaciones. Otra vez, no. Déjame en paz, necesito dormir. “*Anne, despierta*”. La voz es insistente, como una alarma que se dispara al percibir el peligro. No quiero escucharte, déjame descansar un poco más. “*Anne, despierta*”. Y entonces se da cuenta. Aquella voz no es de Mechero. Aquella voz desprende ternura en cada uno de sus fonemas. Aquella voz calienta el alma en los momentos de angustia y desesperación. Normalmente es una voz apaciguadora, que tranquiliza y barre a un lado los temores. Pero esta vez no. En esta ocasión la voz no busca eso. La voz quiere alertarla. La voz quiere decirle algo. La voz insiste para que permanezca atenta. “*Anne, despierta*”. Se abraza a ella, la echa en falta. No te vayas todavía, abuela. No comprendo tu anhelo. La voz de Mary Anne Merrick se aleja, poco a poco, mientras la melancolía la envuelve. Hasta la próxima vez. Un suspiro y la voz ya no está. Pero no le importa. Sabe que, tarde o temprano, ella le volverá a hablar.

La soledad de la casa de invitados del jardín de Ruud Vanner se hacía más acusada a aquellas horas de la madrugada. Procesar toda la información que contenía aquel libro que había extraído del compartimento secreto del despacho de Ruud Vanner le iba a llevar más tiempo de lo que había supuesto. Afortunadamente, a pesar de que el título estaba escrito en latín, "*De Deo cornutum*" había sido redactado en inglés. Ander Goikoetxea permanecía absorto leyendo los datos que aparecían en la pantalla de su móvil, comparándolos con lo que estaba leyendo en aquel enigmático libro. El dios astado que aparecía en el dibujo del ejemplar era Baphomet, la entidad adorada por los caballeros templarios. No tenía la menor duda. La representación era casi idéntica a una de las imágenes más conocidas del dios, la utilizada por el mago y escritor francés Eliphas Lévi en su obra "Dogma y ritual de la alta magia", publicada en 1854. La figura de Baphomet había sido utilizada por los templarios, por varias corrientes masónicas y por distintos dogmas ocultistas hasta la actualidad. Se discutía acerca del origen etimológico del nombre. Había quienes defendían que era el nombre del profeta Mahoma, ya que una de las teorías acerca del conocimiento secreto adquirido por los templarios durante sus viajes a Oriente, sostenía que lo habían obtenido por contacto con las enseñanzas de la mística árabe. De hecho, se solía admitir que los templarios habían creado los fundamentos del ocultismo occidental a partir de ella, del gnosticismo, la alquimia, la cábala y el hermetismo, conocimientos todos ellos de origen oriental. Por su afinidad con estas corrientes, la Iglesia les había acusado de rendir culto a Baphomet. Otros autores discutían esa supuesta conexión islámica con el nombre de la entidad sobrenatural.

Fuera cual fuese su significado verdadero, lo que estaba claro era que el origen de la figura de Baphomet estaba directamente relacionado con diversas divinidades de mitologías muy diferentes, todas representadas por un dios con astas. El antiguo dios celta Cernunnos era tradicionalmente concebido con cuernos y sentado en "posición de loto", similar a la representación que hacía Eliphas Lévi de Baphomet, y estaba relacionado con la fertilidad, la regeneración y la abundancia. El panteón mitológico griego tenía entre sus divinidades a Pan, dios de la naturaleza que solía ser frecuentemente representado también con cuernos en la cabeza y la mitad inferior del cuerpo con forma de cabra y, al igual que Cernunnos, simbolizaba la fertilidad y la sexualidad masculina, seduciendo y acosando a ninfas y mujeres. En la mitología romana, Pan tenía su equivalente en Fauno, dios de los campos y los pastores, que hacía fértil al ganado, y que además era una divinidad oracular y profética, revelando el futuro al ser humano a través de los sueños y mediante voces de origen desconocido. En el cristianismo, la figura del diablo tenía características similares a las de todos esos dioses paganos y era representado habitualmente como un ser antropomorfo astado con patas de cabra. La Iglesia había utilizado esos atributos para personificar el mal.

Jacobus Vanner había dedicado tres capítulos de su tratado sobre el dios astado a la invocación de la entidad por las brujas y brujos durante sus reuniones secretas. En los famosos aquelarres las brujas hacían presente al dios astado, llamándole para que se mostrara ante ellas. La Iglesia

Católica y, especialmente la Inquisición, habían demonizado estas congregaciones acusándolas de rendir culto al diablo, al mal, en contra de la virtud representada por Jesucristo. Jacobus Vanner se mostraba bastante crítico con esa utilización perpetrada deliberadamente por la Iglesia para tratar de aplacar esas reuniones que, según la institución, lo único que pretendían era subvertir el orden establecido. Ander Goikoetxea leía ensimismado las palabras de aquel legendario miembro de la familia Bechs.

“El poder institucionalizado de la Iglesia ha tratado durante siglos de anular el sentimiento y el gozo de experimentación del llamamiento al dios astado en las reuniones de los hermanos y hermanas de las antiguas religiones. Ha sido tal su ímpetu en aniquilar lo que los ancestros llevaban realizando durante siglos, que no tuvo más remedio que recurrir a procesos atroces y de muy difícil justificación ética, como lo fueron los de la Inquisición. Cientos de hermanas y hermanos perecieron por causa de las condenas impuestas y, lo que es peor, muchas más personas ajenas a las antiguas creencias murieron acusadas de manera injusta. El poder solo busca poder e imponer su dogma. Es por ello que la Iglesia ha intentado por todos los medios arrasar con cualquier reminiscencia ancestral de nuestras queridas religiones antiguas las cuales, siempre desde su punto de vista, podían poner en peligro su situación de privilegio. Para la Iglesia, los paganos, los brujos y brujas, siempre han sido la viva imagen de la perversión, la desviación carnal y la maldad. Para nosotros, ese concepto nada tiene que ver con la división dual y artificial de la moral. Maldad y bondad son lo mismo, la una no podría existir sin la otra. Muchos de nuestras hermanas y hermanos descendientes de los antiguos linajes han asumido la palabra “bruja” o “pagano” como símbolo de identidad del que mostrarse orgullosos.”

Ander se quedó perplejo al leer cómo Jacobus Vanner dedicaba un capítulo especial a analizar los aquelarres de las brujas en diversas zonas de la costa cantábrica y atlántica de Europa, poniendo especial énfasis en los del País Vasco.

“Las hermanas y hermanos vascos lo llaman Aker, o Akerbeltz, que significa chivo negro en la lengua sagrada. El Dios astado adquiere la forma de macho cabrío y preside sus reuniones, haciéndoles partícipes de su poder. Los reunidos le rinden pleitesía y gozan del placer que el Dios astado les brinda. Todos juntos, se unen en gloria y disfrute para compartir el conocimiento sagrado.”

Ander buscó en Internet más información acerca de *Aker*. No le encajaba del todo la imagen diabólica o negativa de aquel genio de la mitología vasca. Recordaba haber leído varios cuentos sobre él cuando era pequeño. Aunque tal vez la figura de aquel genio podía haber sido edulcorada en aquellos relatos infantiles. La propia palabra aquelarre era una castellanización del vocablo vasco *akelarre*, que literalmente significaba “prado del macho cabrío” y hacía referencia a una campa situada junto a las cuevas de Zugarramurdi, en Navarra, donde solían reunirse las famosas brujas que fueron procesadas por la Inquisición en el auto de fe de Logroño de 1610. Sin embargo, la imagen de *Aker* que Ander tenía almacenada en su subconsciente no se correspondía con la representación terrorífica del diablo invocado por las brujas. Algo le decía que había algo más. Tras consultar varios *blogs* confirmó su intuición. Al parecer *Aker* era un genio más complejo de lo que aparentaba ser a simple vista y parecía tener una naturaleza dual. Por un lado, mostraba su lado más oscuro en aquellos antiguos aquelarres pero, por otra parte, muchas veces se le atribuían cualidades más positivas o virtuosas que correspondían de hecho a las de la diosa *Amari*, la divinidad principal del panteón vasco. Tal vez a eso se refería Jacobus Vanner cuando hablaba de que para los linajes a los que la familia de David y los Bechs pertenecían, no existía una división entre el bien y el mal, sino que, por su propia definición, eran las dos caras de una misma moneda, el uno no podría existir sin el otro.

Ander pasó las páginas buscando algo que le llamara especialmente la atención. “*De Deo cornutum*” era un tratado bastante denso. Había ocasiones en las que le costaba comprender del todo las expresiones escritas en inglés. Pensaba leérselo todo, aunque tuviera que regresar a buscar el libro las veces que hiciera falta al despacho de Ruud. Pero tampoco quería tentar a la suerte y que el padre de David lo echara en falta. Lo devolvería antes de que regresara de su viaje. Ya habría tiempo de estudiarlo a fondo.

De repente, como si el destino hubiera querido concederle un pequeño agasajo, llegó a un capítulo cuyo título le llamó poderosamente la atención. Volvió a percibir el olor putrefacto de la cabra que le había atormentado en todas sus apariciones, como una reminiscencia somatizada del terror y repugnancia que había sentido en su presencia.

“*De cómo invocar al Dios astado y protegerse ante su ira*”. El título era absolutamente descriptivo, esperaba que no le defraudara su contenido. Decidió llevarse el libro a la cama y allí, tumbado sobre la colcha, y con la única ayuda de la luz de la mesilla, leyó con avidez el texto. A medida que lo hacía, sentía cómo los latidos de su corazón aceleraban su pulso, advirtiéndole de que tenía que tranquilizarse y asumir toda aquella información con sosiego.

“*Hay muchas formas de invocar al Dios astado. La más común tiene lugar durante las celebraciones sagradas en las que se le rinde culto. Los partícipes más viejos, los más poderosos y los más experimentados conocen las oraciones secretas que lo tientan y generalmente logran traerle a su presencia.*”

El Dios astado agradece que se le experimente a través de los sentidos, por lo que, suele ser recomendable ingerir licores de alta graduación así como las tisanas elaboradas con las plantas sagradas. En algunos grupos, se suele untar la piel y los genitales con las propias plantas, o con ungüentos realizados siempre de manera artesanal a partir de las mismas. Una vez que el estado de conciencia comienza a alterarse, la música empieza a resonar, preferiblemente la flauta, el tambor o instrumentos similares, al principio en un baile frenético de notas, para luego retumbar en una melodía acompasada de golpes secos y continuos, respetando la armonía, de manera que la concentración de los partícipes aumente la conexión con lo que está oculto a los ojos. En muchas de las ceremonias, los participantes unen sus manos o sus brazos y los estiran, formando un gran círculo, o incluso más círculos concéntricos.”

Ander sintió el sudor empapando sus axilas. Lo que acababa de leer era una breve descripción de un aquelarre de brujas en toda regla. Continuó la lectura deseoso de llegar a la parte que más le interesaba, la de cómo lograr protegerse de la ira de aquel ser.

“*El Dios astado puede ser invocado directamente por la superiora o superior del grupo, sin necesidad de concurrencia del resto de los miembros. Este llamamiento solo es recomendable en casos extremos, si las circunstancias así lo requieren, pues es alto el riesgo de padecer un encuentro nefasto, padecer la ira imbatible del Dios o incluso la muerte. La experiencia demuestra que solamente los centinelas visionarios tienen la capacidad de soportar y provocar la invocación solitaria de manera generalmente inocua y de controlar los actos del ser hasta que éste regresa al lugar que está oculto a los ojos. Si por cualquier razón ese nexo que lo ata a nuestra realidad se rompe, las consecuencias son imprevisibles. Téngase en cuenta asimismo que el Dios astado no necesita de llamamiento para hacerse visible, aunque sea lo usual. En ocasiones, si se siente amenazado o si es su simple voluntad, se manifestará y obrará en consecuencia según su propio deseo, en cuyo caso será difícil detenerlo.”*

Ander se preguntó si las dos veces que había visto a aquel ser, este habría actuado de manera independiente o habría sido invocado por algún miembro de los Bechs. Estaba convencido de que al menos en el primer encuentro, cuando sufrió aquel accidente automovilístico que estuvo a punto de costarle la vida, su intención había sido eliminarle. La imagen de la presidenta de Artechnia

invocando a aquella entidad se le antojaba mucho más real que nunca. Probablemente había sido Suzanne Bechs quien lo había llamado. No costaba imaginarla como superiora de un grupo concreto de los descendientes de los bátavos, quién sabe si en realidad lo era de todo el linaje.

Jacobus Vanner afirmaba que los centinelas visionarios eran más idóneos para realizar el llamamiento y controlar al ser. Una vez más quedaba demostrado su interés por escribir acerca de los sueños proféticos y de las personas que los padecían, a los que él denominaba “centinelas visionarios”. Ander estaba casi seguro de que era la forma en la que Jacobus se refería a los miembros del linaje de David que padecían aquella terrible enfermedad, el don de la vigilia. Incluso David había citado una expresión semejante cuando le había hablado del don. Según su tradición familiar, los portadores de aquella afección eran considerados centinelas de las Madres, el grupo de sacerdotisas que guiaba el mundo espiritual de los antiguos berones. No podía ser una mera coincidencia. Jacobus Vanner tenía pleno conocimiento de la existencia de los insomnes y de aquel don. Necesitaba como fuera hacerse con un ejemplar de *“El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios”*.

Siguió leyendo. Quería llegar a la parte en la que Jacobus Vanner hablaba sobre la forma de protegerse ante la ira del dios astado. Si volvía a encontrarse con aquella entidad, quería tener al menos una probabilidad de poder salir indemne. Le parecía una locura estar admitiendo que algo así pudiera existir en realidad. Pero tenía que reconocer que creía plenamente en ello. No le había quedado más remedio. A medida que se habían ido desarrollando los acontecimientos desde que conocía a David, había aprendido a no juzgar como algo frívolo todas aquellas antiguas creencias. A diferencia de David, que parecía no querer aceptarlas, los encuentros que Ander había tenido con el dios astado le habían confirmado que quizá todo aquello que David calificaba como supersticiones y cuentos no lo fueran tanto. Por fin, llegó a los párrafos que hablaban del modo de protegerse de la entidad. Pero todas sus expectativas de dar con una posible solución se desvanecieron en un instante. No iba a ser tan fácil poder escapar de aquel ser.

“Muy escasas son las formas conocidas de hacer frente a la ira implacable del Dios astado. En consecuencia, se recomienda gozar de su presencia y servirle con humildad, sin oponer resistencia. Como ya se ha indicado con anterioridad, muchos de los superiores de los grupos de hermanas y hermanos tienen la capacidad de controlar sus actos, pero aun así el riesgo de hacerlo es muy alto y no siempre los resultados son óptimos. Es desde antiguo conocido que solo los miembros más puros de los linajes podrían detener un ataque imprevisto del Dios astado o hacer que cambie su actitud positiva o negativa respecto de un acto o una persona en concreto. Ahí radica precisamente la dificultad de hacerlo, pues es prácticamente imposible discernir quién ostenta la mayor pureza. Hay quienes afirman que únicamente los elegidos, el hombre y la mujer a los que se refiere la profecía sagrada, podrían lograrlo.

Todo apunta a que la profecía ha de cumplirse en este final de siglo o al comienzo del siguiente, aunque no son pocas las voces entre nuestros hermanos que han afirmado que la profecía en sí no está anunciando la apertura de la puerta, sino que es una fábula, una epopeya inspiradora para todos nosotros. Por desgracia, solo ha traído enfrentamientos entre nuestros linajes. Especialmente cruento ha sido nuestra guerra contra el clan de los vascos. ¿Qué dirían sus ancestros, los recios berones, y los nuestros, los honorables bátavos del río Waal, si supieran que dos milenios después seguimos luchando en vez de preservar conjuntamente nuestro legado ancestral común? En mi opinión la profecía es una mera superstición creada por nuestros antepasados para promover la unión entre nosotros y la protección conjunta de la llave, testimonio del pasado común que compartimos. Sé que mis palabras levantarán ampollas entre nuestros hermanos. En cualquier caso, la sabiduría transmitida de generación en generación en nuestro linaje, y en el de muchos de los otros, es clara: solo los

miembros más puros, solo aquellos hermanos y hermanas por los que la sangre de los antiguos dioses corre de manera más pura por sus venas, pueden controlar y manejar sin riesgo al Dios astado”.

Ander asistía estupefacto a todas las revelaciones que Jacobus Vanner hacía en aquel tratado. Al final, todo se resumía en que casi nadie sobre la faz de la tierra era capaz de enfrentarse al poder del dios astado. Tan solo los líderes de los diferentes linajes o aquelarres podían hacerlo con seguridad. Ellos y el hombre y la mujer señalados por la profecía. No entendía nada. ¿A qué se estaba refiriendo Jacobus con aquella mención a la profecía sagrada? Por como la había descrito, parecía que esa información no fuera extraña para los destinatarios a quienes se dirigía. No les estaba revelando una novedad, de lo contrario la forma en que lo hubiera dicho habría tenido un carácter diferente. No. Aquellas palabras sobre la profecía denotaban que los potenciales lectores la conocían de antemano o, al menos, sabían de su existencia. Releyó otra vez los últimos párrafos del capítulo. Jacobus Vanner hablaba sin tapujos de una guerra que llevaba enfrentando a los descendientes de los bátavos y a los de los berones desde hacía más de dos mil años. Ander recordó lo que le había contado David acerca de esa guerra desatada entre los Bechs y los Elguea desde hacía siglos. David simplemente le había dicho que esa lucha tenía su origen en aquellas viejas creencias, pero no le había especificado nada. Estaba claro que Jacobus Vanner hablaba de lo mismo.

¿Qué sería la llave que aparecía mencionada en el texto? David le había dicho que su tía Sabina había ideado una estratagema para hacerle regresar de Inglaterra y tenerlo bajo control. Su propósito, además de vengarse de los Bechs, era, según David, que él asumiera su papel esencial en el linaje de los berones como centinela de las Madres. ¿Por qué había diseñado Sabina Elguea todo aquello sabiendo el peligro al que exponía a David? ¿Por qué David no le había contado nada acerca de esa supuesta profecía que parecía estar en el origen del conflicto entre su linaje y el de los Bechs?

No podía hablar con él directamente de todo aquello. De lo contrario se delataría y David comenzaría a interrogarle para averiguar de dónde había obtenido aquella información. Lo más importante era encontrar el libro *“El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios”*. Quizás ahí estuviera la respuesta que buscaba. Quizás sus páginas revelaran un posible remedio a la condena mortal que pendía sobre David. Temió estar aferrándose a una imagen idealizada de aquel libro, como si fuera una especie de revelación divina que fuera a brindarle la ayuda que necesitaba. Tal vez no había solución. Tal vez el don de la vigilia era algo inherente al linaje de los berones que jamás podría curarse. Tal vez era inevitable que David muriera. Si al menos accediera a hablar con su tía Sabina, si aceptara investigar la posibilidad de que la solución pudiera hallarse en su abuela Véspero...

Ander miró el reloj de su muñeca. Cerró *“De Deo cornutum”* y regresó sigilosamente a la residencia principal para devolverlo al despacho de Ruud Vanner. Aparentemente, Hubert seguía durmiendo en su habitación. Colocó el libro en el hueco oculto tras la estantería pero, al hacerlo,

volvió a reparar en el archivador que contenía la relación de libros escritos por Jacobus Vanner que habían sido objeto de préstamo. Aunque la lista era interminable y no estaba ordenada alfabéticamente, se decidió a probar suerte. ¡Cómo no se le había ocurrido antes! Tras un buen rato analizándola, comenzó a perder la paciencia. “*El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios*” no aparecía mencionado en ningún lado. Tal vez ese libro en concreto jamás había llegado a formar parte de la colección de Ruud.

De repente, le pareció escuchar un ruido al fondo del pasillo. Aguardó unos segundos hasta asegurarse de que no volvía a repetirse. Desesperado, realizó un último intento avanzando hasta la parte final del archivador. No tenía mucho más tiempo. Hubert se levantaría de la cama en cualquier momento. Solía salir a correr con los primeros rayos de luz. De repente lo vio. Ante sus ojos surgió el título. Ahora comprendía por qué le había costado tanto encontrarlo. “*El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios*” era en realidad el subtítulo de otro libro denominado “*Estudios y doctrina sobre la herencia de los dioses antiguos*”. Además, a diferencia de la mayoría de los ejemplares, “*El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios*” aparecía recogido en una sección especial dedicada a los libros que Ruud no había recuperado o se habían extraviado. Analizó minuciosamente el conjunto de personas por las que había pasado a lo largo de los años. No le sonaba ninguno de aquellos nombres. Excepto uno. No podía creerlo. De nuevo aquella mujer se volvía a cruzar en su camino. Suzanne Bechs había tomado prestado el libro varias veces entre los años 1997 y 2000. El rastro de fechas se interrumpía abruptamente en el año 2005. Una nota aclaratoria manuscrita, probablemente del propio Ruud, aclaraba lo sucedido con el libro. Había sido extraviado a principios del año 2005 junto con otros dos títulos, “*El punto de no retorno de los viajes astrales*” y “*Fenómenos de la atmósfera*”. Ninguno de los tres libros había vuelto a aparecer, según rezaba el apunte. Ander sintió la ira desbordándose por cada poro de la piel de su rostro. Buscó en su teléfono móvil y confirmó lo que se temía. Los tres libros que Rosa Iturritxu Asteguieta había robado del despacho de Ruud Vanner y había entregado a la casa de empeños de Logroño en 2005 eran precisamente “*El punto de no retorno de los viajes astrales*”, “*Fenómenos de la atmósfera*” y “*Estudios y doctrina sobre la herencia de los dioses antiguos*”. La señora Rosa le había mentado. No había devuelto ninguno de los tres ejemplares.

Un arañazo que parecía provenir de lo más profundo de su ser atravesó la barrera de carne y hueso hasta el exterior, en un estallido de dolor que le provocó ganas de llorar. Pero en vez de eso gritó. Dejó escapar un alarido estremecedor que asustó a las mujeres que en ese momento utilizaban uno de los baños del aeropuerto de Bilbao. Mechero, que estaba fuera esperándola, no se lo pensó dos veces y entró asustado al escucharla. Se llevó la reprimenda de una anciana, pero en cuanto la mujer vio su cara, no se atrevió a ir más lejos en sus acusaciones. El joven jardinero abrió de una patada la puerta del aseo individual y se encontró a Anne inmóvil, sentada en el retrete, con los pantalones bajados y mirando espantada el suelo. Un reguero de sangre cubría parcialmente sus piernas.

—¡Dios mío, Anne! —exclamó él aterrorizado—. ¿Estás bien? ¿qué ha pasado?

Ella permanecía impasible, incapaz de asumir lo que le estaba sucediendo. Un torbellino de pensamientos a cada cual más contradictorio sacudía violentamente su mente.

—Voy a salir a pedir ayuda, joder. ¿Qué ostias está pasando? Anne, dime algo, por favor.

Ella le miró y le agarró del brazo con fuerza.

—¡No! —le gritó—. Estoy bien, ya se me ha pasado. Ahora me limpio y nos vamos para Inglaterra.

—¡Joder, Anne, tú estás loca! Tienes las piernas llenas de sangre. ¿Cómo nos vamos a meter a un avión así? Puede que tengas una hemorragia gorda. Voy a llamar a una ambulancia, tenemos que ir al hospital.

—Te he dicho que no —le interrumpió ella levantándose. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para fingir que no sentía dolor. Tenía que llegar a Gales como fuera.

—¿Y si le ha pasado algo al bebé? Déjame llamar a una ambulancia, por favor. No me hagas esto.

—Ya me ha pasado otra vez, tranquilo. Mi ginecóloga está al tanto. Estoy tomando medicación. Me dijo que me podía ocurrir más veces.

Mechero se quedó momentáneamente sin palabras. No podía creer lo que Anne le estaba contando. Pero sobre todo no alcanzaba a comprender la serenidad con la que ella se lo estaba tomando.

—¿Cómo que ya te ha pasado? No me habías dicho nada.

—Mi hermana Elin tuvo dos abortos antes de tener a los niños por un tema similar. Tuvo también complicaciones en el parto con el segundo. Y mi abuela Mary Anne también lo pasó mal cuando estaba dando a luz a mi madre. Es algo a lo que las mujeres de mi familia por desgracia estamos acostumbradas. Mientras solo sea un ligero reguero de sangre no hay por qué preocuparse. De verdad, créeme, está todo controlado. De todas formas, te prometo que en cuanto volvamos a Bilbao lo primero que haré es hacerme otra revisión con la ginecóloga, aunque aún no me toca.

—Creo que no deberías jugártela, pelirroja. Y no lo digo solo por tu bebé. No quiero que te pasa nada, hostia.

—Abre mi bolso y saca por favor las gasas y las toallitas. Ayúdame a limpiarme.

Mechero obedeció y la agarró mientras ella se aseaba. La situación le estaba incomodando. Tenía que reconocer que no estaba preparado para ver a Anne en aquella situación tan íntima. Salieron juntos del baño y se dirigieron a la puerta de embarque. El avión despegaba en un cuarto de hora. Mientras esperaban, Anne dio gracias mentalmente a su abuela Mery Anne. Instintivamente se llevó la mano derecha al cuello para confirmar que llevaba puesto el colgante de oro con el tisquel celta que había encontrado en El Reino de las Ánimas, la habitación secreta que Mary Anne Merrick ocultaba en su dormitorio de Sunny House. Había mentido a Mechero. Su ginecóloga le había dicho que si volvía a tener una hemorragia, por pequeña que fuera, debía ir inmediatamente al servicio de urgencias del hospital más cercano. Pero no podía arriesgarse a que la ingresaran. La sangre de los que estaban antes bullía con fuerza en la criatura que llevaba dentro y por nada del mundo deseaba que algún facultativo se empeñara en realizarle alguna analítica que pudiera revelar algo fuera de lo común. En otras circunstancias ella misma habría condenado su propia actitud, pero ahora lo veía todo de manera diferente. Quería llegar cuanto antes a Gales. El profesor O'Connor tenía que explicarles lo que había ocurrido. Pero sobre todo, se moría de ganas por hablar en persona con su hermana Elin y abrazarla. Ahora más que nunca necesitaba su apoyo y sus consejos. Aunque el hacerlo implicara la posibilidad de tener que enfrentarse a su madre.

Amelia Aizaga se levantó del suelo con cuidado de no hacer presión en la hernia estomacal que la atormentaba desde hacía años. Le gustaba salir a pasear por los alrededores de “Alaiz Enea” una hora antes de que saliera el sol. Era el mejor momento para recolectar algunas de las hierbas que utilizaba en sus recetas de cocina. A veces incluso se adentraba en el bosque en mitad de la noche, cuando las bestias nocturnas acechaban agazapadas entre los matorrales, e iba en busca de las plantas sagradas que utilizaba en sus brebajes y tinturas para los rituales heredados de los que estaban antes. Nunca le habían dado miedo las alimañas que salían a la oscuridad para cazar. Salvo con el jabalí, con el que había que tener especial cuidado en cualquier ocasión que se le avistara, en general el resto de los animales no solían atacar al ser humano si no era para defenderse. Antaño, cuando era más joven y participaba en las reuniones nocturnas que se celebraban en las praderas más próximas a las montañas de la Sierra de Andía, solía pasarlo mal durante el trayecto desde “Alaiz Enea” hasta que salía del bosque que rodeaba el caserío. Pero a medida que se fue haciendo mayor, comprendió que ella formaba parte también de aquel ecosistema ancestral, con lo que, si tomaba las precauciones necesarias, nada había de temer.

Así se lo enseñó también a Izaskun, la hija que había tenido con Hipólito. Ninguno de los dos se encontraba ya en este mundo. A pesar de los años transcurridos, el dolor la desgarraba por dentro, sobre todo las noches de luna llena durante el invierno, cuando se sentía más sola. La trágica pérdida de su única hija y la muerte del hombre que junto a ella había sabido sobrellevar la carga del legado durante tanto tiempo, eran las dos heridas profundas que aún hoy en día agrietaban su alma. Nunca había estado enamorada de Hipólito, pero no le había importado. Había sido el hombre más bueno y generoso que jamás había conocido y había sido un padre excepcional para Izaskun. Él le confesó su amor hacia ella decenas de veces y le pidió la mano hasta en cinco ocasiones. Ella le rechazó en todos los casos. Amelia no creía en la institución del matrimonio y le hubiera horrorizado haber tenido que jurar sus deberes conyugales ante un cura. A veces se arrepentía de no haber accedido. Habría hecho feliz a Hipólito. Pero qué se le iba a hacer. Nunca había sido capaz de traicionarse a sí misma. Además, había sido una ilusa al pensar en que tarde o temprano aparecería el hombre que la volvería loca, el que haría vibrar su corazón. Ese hombre idealizado jamás había llegado. Hipólito había sido el hombre de su vida y no había sido capaz de verlo hasta que ya no lo tuvo a su lado. Amelia estaba convencida de que la hernia que le había salido era una somatización de todo aquel sufrimiento no superado del todo. Por eso se había negado a operarse. Si su cuerpo había producido aquel bulto enorme que sobresalía de su estómago, ella no era quién para llevarle la contraria. Aquella carga física le ayudaba a valorar los buenos años que había pasado junto a ellos cuando vivían y a dar menos importancia a los problemas irrelevantes.

A su hija Izaskun le encantaba acompañarla a recolectar las distintas flores y vegetales. Más de una vez habían subido hasta el cercano monte Beriain, donde antes brotaba un pequeño hierbajo que todo el mundo pasaba por alto pero que resultaba ser de lo más eficaz contra los rigores de la menstruación. El último encuentro al que Izaskun acudió antes de morir había tenido lugar

precisamente en la cima de aquella montaña, junto a la ermita de San Donato y San Cayetano. Fue con las hermanas del linaje vecino de los antiguos vándulos. En aquella ocasión fueron también invitadas tres hermanas del lejano linaje de los ártabros, que habían venido expresamente desde Galicia para la ocasión. Aunque no era frecuente, no era raro que de vez en cuando alguna hermana de los clanes situados a lo largo de la costa cantábrica, incluso en tierras portuguesas y aragonesas, acudiera a alguna de las reuniones. La propia Amelia había participado en cuatro o cinco celebraciones que habían tenido lugar en Asturias y Cantabria. Su viaje más largo fue al otro lado de los Pirineos, a la zona de la Bretaña francesa, pero aquella ocasión fue extremadamente inusual. Tenía que reconocer que echaba mucho de menos aquellas reuniones nocturnas. Conocer a otras hermanas de lejanos lugares compartiendo el legado de los que estaban antes había sido una de las experiencias que más le habían satisfecho en la vida.

Se sacudió del trasero los restos de briznas de la fría hierba que cubría aquel claro del bosque. Acababa de terminar la bendición de la planta que había salido a recoger y ahora tocaba volver a casa. Había tardado más de lo previsto en encontrar ejemplares suficientes. Aquel vegetal era una especie en peligro de extinción. Por fortuna no era conocida para el gran público, pero aun así, cada vez costaba más encontrarla. Solía crecer al resguardo de algunos matorrales, aunque también las había en las laderas de algunas montañas de la zona. Fuera de allí solo las había visto brotar una vez en la cumbre del monte Toloño, cerca de Lacaverna. Su tamaño minúsculo era su mejor arma para pasar desapercibida. Eso y que su ciclo de floración era de lo más extraño, pues la flor brotaba cuando quería, sin seguir ningún tipo de patrón estacional, y el capullo solo se abría momentáneamente justo al comenzar el alba. Para cuando terminaba de salir el sol, ya se había vuelto a cerrar. Los siete pétalos eran de un precioso color blanco, con unas pequeñas motas rojas en la raíz. La madre de Amelia se la había descubierto cuando era una niña y, desde entonces, había guardado el secreto de los lugares del valle en los que crecía. Según le había contado, *Amalur*, la Madre Tierra, creó en un amanecer a la diosa *Amari* en medio de una terrible tormenta. Y se sirvió para ello de siete de esas flores. Por eso llamaba a ese momento mágico de la aurora la hora de la Diosa, aunque Amelia jamás volvió a escuchar de boca de nadie una leyenda similar. “La flor del alba”, o “*egunsentiko lorea*”, como así la llamaba su madre, se abría con el despuntar del día para saludar a *Amalur* y a *Amari* y recordar el vínculo sagrado que las unía. Aquel vegetal tenía el poder de menguar el dolor de manera instantánea, por muy extremo que este fuera, pero si se administraba la dosis equivocada, su efecto narcótico era capaz de adormecer a quien la consumiera y acabar con su vida en cuestión de minutos. El único antídoto capaz de anular y revertir los efectos letales de la planta se elaboraba a base de polvo de hoja de vid y uva fermentada, tal y como le había revelado una vez Véspero, que también conocía la existencia de la flor. Con los años aprendería de la forma más dolorosa el significado oculto de aquel bello relato que su madre trataba de transmitirle.

Guardó las flores con delicadeza en la cocina, en el tarro donde siempre las depositaba. Era muy importante cortar el tallo justo en el preciso momento en que la flor se había abierto del todo, antes de que comenzara a cerrarse. El siguiente paso era encerrarla en un bote de cristal para que no perdiera su esencia y, en la siguiente hora, preparar el ungüento o la tintura.

Caminó despacio en busca del cobijo de las hayas más altas ubicadas junto a “Alaiz Enea”, pero antes de llegar, se detuvo un momento junto al arroyo que circundaba el caserío. En uno de los meandros se formaba un pequeño estanque donde las aguas parecían quedar atrapadas en su apacible discurrir. Solía acudir allí junto a Izaskun las noches de luna llena para verse reflejadas sobre aquel espejo natural. Si se quedaban muy quietas era probable que alguna lamia se dejara ver peinando sus cabellos de oro o acariciando sus pies de pato. Jamás vieron ninguna, aunque Amelia estaba convencida de que en más de una ocasión las observaron a ella y a Izaskun desde el fondo del estanque. A la Niña también la había llevado allí en un par de ocasiones, pero siempre terminaba cansándose y desquiciándola. Muchas veces se levantaba por las mañanas deseando que la Niña no existiese. Los años que llevaba a su cargo la tenían extenuada. Pero una vez que había desayunado y el azúcar del café había bañado con su dulzor su cuerpo exhausto, recuperaba el buen humor. Al igual que su hernia estomacal, la Niña podía resultar una carga. Pero, a diferencia de la primera, la Niña era también un regalo y ella era una privilegiada por ello.

Al aproximarse a “Alaiz Enea” contempló el efecto óptico que la silueta de la montaña ubicada detrás creaba sobre el caserío y los árboles con la luz del sol. Y eso que aún no había terminado de amanecer. Daba la sensación de que la casa se camuflara en el paisaje. No había ninguna magia en aquello, pero le hacía sentirse aún más orgullosa de la *etxea* que había constituido la residencia de su familia desde hacía tantas generaciones. Mientras llegaba hasta la puerta, recordó la conversación que había mantenido recientemente con Sabina Elguea. La voz de la hermana de Concha al otro lado del teléfono había sonado aún más intimidatoria que en persona.

—Están matando a nuestras hijas —había dicho Sabina nada más iniciarse la comunicación.

—*Amari zurekin* —le había respondido Amelia Aizaga desde Dorrao. Hacía mucho tiempo que no hablaban. Aquellas dos palabras en euskera constituían la forma habitual de saludarse entre las hermanas vascas de los diferentes linajes que compartían el legado. Su significado era simple y conciso, pero resumía el sentir espiritual de todas ellas. “*Amari contigo*”.

—Déjate de pijotadas, Amelia. ¿Has oído lo que te he dicho?

—Cálmate, Sabina. Veo que con los años lo poco que te quedaba de educación ha desaparecido por completo.

—Dejemos para otro momento los reproches, que yo también tengo los míos. Esto es más importante.

—Pues entonces cálmate y cuéntamelo despacio, que ya estoy vieja para estos sofocos.

—¿Es que no ves las noticias? El asesino ese que se ha cargado a cuatro crías. Le llaman “la *sorgina*”. Ahora me dirás que no ves la tele.

—No, no la veo, pero tengo radio. ¿Cuatro? ¿No eran tres?

—No, resulta que ya había asesinado a otra antes, en el monte Eskutxi. Paula Lombardo. Lo ha sacado un programa de televisión.

—De esa no había oído aún.

—Era la nieta de Isabel Apellániz.

—¿Isabel de Orduña?

—La misma. Su hija lleva ahora la granja ecológica que le traspasó Isabel antes de jubilarse. Se casó con un italiano. Empecé a sospechar con la niña de Murua, Uxue, la que apareció muerta junto a la cueva del Gorbea. Al ver la casa familiar en la televisión comencé a atar cabos. Cuando David era pequeño, estuvimos un fin de semana visitando a Estíbaliz Elorza y nos alojamos allí. Estíbaliz es la abuela de Uxue.

—No me acuerdo de Estíbaliz. ¿Ha venido a alguna reunión del Beriain?

—Creo que sí, no estoy segura. La ha llamado Concha por teléfono y está tomando antidepresivos desde que la niña apareció muerta.

—Pobres criaturas...

—Entre Concha y Estíbaliz han conseguido contactar con las familias de las otras niñas asesinadas. Y lo que temíamos se ha confirmado. Ainhoa, la cría que encontraron en el Anbotu, es sobrina de Koro Uria. Seguro que te acuerdas de ella. Koro es gerente de esas tres clínicas privadas de Bilbao y Durango tan famosas.

—Sí, como para no acordarme de ella. Siempre metiendo el hocico donde no la llaman.

—Y la otra niña, Lorea Eguinalde, la que encontraron en el Balcón de Bizkaia, es prima segunda de Oihana Gutiérrez, de Bolibar. Todas ellas llevan en mayor o menor grado la sangre de los que estaban antes.

—¿Y por qué ha matado a esas pobres crías? ¿Por qué les pone ese vestido blanco y las asfixia? Dicen que no ha abusado de ellas.

—Creo que la policía está ocultando información acerca de los asesinatos, para no causar aún más alarma. Lo que está claro que todas ellas pertenecen a los linajes que custodiamos el legado. Eso no me lo puedes negar.

—Pero ¿quién? ¿Quién las ha matado? —había preguntado Amelia consternada por lo que estaba escuchando. Creía que lo había visto todo en sus largos años de vida, pero estaba claro que aún le quedaba mucho dolor que experimentar.

—Estoy convencida de que ha sido el clan de los holandeses. Esos bítavos malnacidos nos la tienen jurada desde hace más de dos mil años. Querrán amedrentarnos para pedirnos la llave a cambio de cesar esta sangría.

—No tiene sentido. Los holandeses son enemigos de vuestro linaje, pero ¿qué tienen que ver las niñas que han muerto con los berones? Cada una de esas crías es de un padre y una madre, pertenecen a distintos linajes. ¿Por qué habrían los holandeses de enfrentarse a tantas familias distintas?

—Tú no conoces a Suzanne Bechs. Parece una mosquita muerta con sus aires impolutos y esa guapura que parece que nunca ha roto un plato, pero es bastante poderosa. Ahora que Artechnia está dando sus últimos coletazos, puede estar desesperada por hacerse con la llave para conseguir superar el bache.

—¿Esa es la empresa donde comenzó a trabajar David en Bilbao, no?

—Sí. Están a punto de cerrar definitivamente por aquel escándalo contable que salió en los periódicos. Si no han cerrado ya.

—¿Y qué vas a hacer para encontrar a David y que te devuelva la llave?

—Déjalo de mi cuenta.

—¿Qué tienes tú contra esa mujer, Sabina? Dime la verdad. Creo que no se trata solo de esa guerra que los bátavos y los berones lleváis manteniendo desde hace más de veinte siglos. Hay algo más, ¿verdad?

Sabina se había quedado callada. Estaba claro que por alguna razón no quería responderle.

—Hay que avisar a todos los linajes. Tenemos que estar en alerta. No pueden morir más crías. Entre todas yo creo que podemos conseguir todos los teléfonos, no tiene que ser tan difícil —había dicho Sabina.

—El problema es que va a ser imposible controlar a todas las crías. Por lo que se ve, el asesino no está buscando precisamente la pureza de la sangre de los antiguos. La niña esa que encontraron en el Balcón de Bizkaia, Lorea, debía de tener muy poca si era prima segunda de Oihana Gutiérrez. Probablemente, esa pequeña y sus padres ni tengan conciencia de pertenecer a los linajes. ¿Cómo vamos a avisar a todos los familiares sin decirles el motivo? Es una locura.

—¿Y qué quieres que hagamos, que nos crucemos de brazos y dejemos hacer a ese carnicero?

—Corremos el riesgo de que el secreto del legado salga a la luz, o lo que es peor, que nos encierren a todas en un manicomio. Tal vez vaya siendo hora de convocar una reunión y ver lo que opinan los demás linajes. Entre todas algo se nos ocurrirá.

—Opinarán lo que yo quiera que opinen —había dicho Sabina de forma tajante—. Mi madre, mi hermana Concha y yo somos las descendientes de las Madres. Nuestros ancestros fueron los berones de la ciudad santa que fue La Hoya. Somos las titulares de la llave. Mi hermana María dio a luz al elegido por las profecías. Se hará lo que yo decida.

—Creo que el linaje de la otra persona que se menciona en las profecías tendrá algo que decir también, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Anne Wellington. La novia de David.

—No es su novia. Rompieron.

—Me da igual. Concha me llamó para contarme tu sueño. Esa muchacha según tú es la elegida para cumplir la profecía. Supongo que sabrás lo que eso significa.

—Puede que me haya equivocado —había dicho Sabina intentando desviar el tema.

—Veo que si yo no te saco el tema tú no ibas a contármelo. ¿Crees que puedes llevar esta carga tú sola? Estás loca si se te ha pasado eso por la cabeza. Si esa chica inglesa es la elegida por la profecía solo puede significar que ella también pertenece a uno de los linajes. Asímelo de una vez. No hay otra opción. Quisiste deshacerte de ella cuando supiste que estaba con David. Concha me ha contado las lindezas que has soltado de ella por tu boca. Creo que “lagarta” es lo más suave que la has llamado. Y ahora resulta que la necesitas. Tus dotes clarividentes no te han funcionado muy bien, me temo.

—Ya te he dicho que puede que me haya equivocado en mi visión —se había excusado Sabina. Iba a matar a Concha por haberle contado a Amelia el sueño premonitorio que había tenido utilizando el ritual del levantamiento de párpados.

—Anne Wellington es la nieta de Mary Anne Merrick —había añadido Amelia.

—¿Cómo? —había exclamado Sabina, mientras la sangre abandonaba su rostro y la sumía en una palidez casi extrema.

—Lo que has oído. Es la nieta de Mary Anne Merrick, del linaje de los antiguos galeses. Entre sus ancestros y los tuyos no sé yo cuál es el linaje más puro. La madre de Anne es Betrys Wellington. Es la única hija que le quedaba viva a Mary Anne antes de morir.

—Estás loca. Eso es imposible.

—Es ella. Lo he comprobado. Acéptalo y demos juntas el siguiente paso.

—Pero entonces...

—Sí. La hermandad de los guardianes seguro que no se va a mantener al margen. Mary Anne Merrick fue la máxima representante de la Fundación Petunia. Estuvo a punto de revolucionar la organización cuando asumió el cargo, pero ni siquiera la persona con el puesto más alto en la jerarquía de esos desgraciados consiguió que las cosas cambiaran. Todos mis respetos por ella porque te puedo asegurar que puso empeño en conseguirlo. Fue nuestra mejor embajadora y les demostró que si queríamos, no había por qué estar enfrentados.

—¿Cómo has averiguado que la inglesa es nieta de Mary Anne Merrick?

—Me lo ha dicho un *galtzagorri* —había contestado Amelia sonriendo.

Amelia Aizaga recorrió el pasillo de la planta baja de “Alaiz Enea” tras dejar el tarro de cristal con la flor del alba sobre la encimera de la cocina. Tenía menos de cuarenta minutos para preparar la pomada y la tintura pero, antes, se dirigió a la parte de atrás del caserío, donde estaba situada la pequeña habitación para invitados. Al pasar junto a la puerta trasera, escuchó un ruido y no pudo evitar abrirla para controlar la entrada a la cueva que albergaba la montaña. Apenas unos metros separaban “Alaiz Enea” de la gruta. Intentó atisbar entre el follaje que cubría el acceso pero no detectó nada raro. Regresó dentro y se dirigió al dormitorio. Abrió lentamente la puerta, como si temiera despertar a quien allí yacía. Enseguida se percató de lo absurdo de sus actos. La persona que ocupaba el cuarto llevaba mucho tiempo sin dormir, mucho más que Sabina y David. Se acercó con respeto y levantó la persiana de la ventana. La claridad del incipiente día se coló perezosa en la estancia, lo suficiente como para comprobar que su invitada no se había movido un centímetro desde que la había acostado hacía diez horas, poco después de que Adrián, el hijo de Concha, la trajera hasta allí. Una nueva carga que soportar. Un nuevo quebradero de cabeza. Su hernia, cuidar de la Niña, custodiar el manuscrito que le había traído Concha y ahora esto. Esperaba que *Amari* le echara una mano con todo.

“—Ahora que no tiene la muñeca está mucho más sumisa. No te preocupes. No te hará nada. Es como si hubiera decidido darlo todo por perdido y su mente hubiera abandonado para siempre este mundo. Ni siquiera presta atención a la muralla. Con toda la guerra que nos dio con que quería pasar el resto de sus días junto a ella cuando aún estaba bien. Las monjas de la residencia de Vitoria están encantadas con ella, mucho más tranquilas. Aunque en el fondo agradecerán que la saquemos de allí”.

Aquellas palabras de Sabina habían conseguido convencerla, aunque no del todo. Amelia intuía el poder que latía aún en su invitada. Además de primas, habían sido grandes amigas antes de que ella se quedara en estado vegetativo. Véspero le había enseñado a ser paciente y a cuidar de la Niña como requería. Entre las dos habían formulado nuevas pociones con las plantas sagradas y habían educado en la religión antigua a Sabina y Concha, a las que Amelia había querido como si

fueran sus propias hijas. Le debía mucho. Véspero había sido un gran apoyo en lo referido a la Niña. Quería pensar que ella hubiera hecho lo mismo en su situación. Así que no había tenido más remedio que aceptar. Aun así, un escalofrío recorrió su menudo cuerpo cuando contempló su cabeza sin apenas pelo. Tenía los ojos completamente abiertos, con la mirada fija. Durante un segundo le pareció que movía las pupilas, como si la hubiera reconocido. Pero tenía que haber sido un espejismo. Véspero Aizaga hacía mucho que había dejado de ser la mujer que una vez había sido. Era imposible que su cerebro dormido pudiera conservar recuerdos.

Mikel Ballesteros era un hombre recio, consecuente con sus obligaciones familiares y un ejemplar padre de familia con cuatro niños pequeños que alimentar. Su empleo como vigilante nocturno del cementerio de Bilbao no era suficiente para sufragar todos los gastos que su familia numerosa le demandaba, así que, durante el día, realizaba trabajos esporádicos como chapuzas a domicilio arreglando todo tipo de desaguisados. Sus ocupaciones anteriores como albañil y electricista le permitían rendir con excelentes resultados en esta segunda faceta profesional diurna. El turno de noche del camposanto bilbaíno comenzaba a las diez y terminaba a las seis de la mañana. Generalmente, Mikel Ballesteros cumplía a rajatabla su horario, salvo cuando ella le llamaba. Y es que Mikel Ballesteros, amante esposo y trabajador nato, tenía un pequeño secreto. Mantenía una relación extramatrimonial con una mujer de Portugalete. Aimar presentía que la había conocido durante una de sus visitas a domicilio. Así que, a veces, a eso de las cinco y veinte de la madrugada, abandonaba su puesto de trabajo para acudir raudo donde ella y así llegar a tiempo a casa para despedirse de los pequeños antes de que marcharan a la escuela. En las últimas dos semanas lo había hecho cada lunes, miércoles y jueves, siempre puntual, con la diligencia de quien sabe que no puede perder un minuto si no quiere que todo el plan se vaya al traste.

Aimar Errekamendi esperó a que Mikel Ballesteros abandonara el recinto. Lo observó mientras se montaba en su coche y se alejaba a toda velocidad. Sabía que su destino era Portugalete. Tenía menos de tres cuartos de hora para intentar acceder al panteón donde descansaban los restos mortales de Begoña Argenta y su marido. Esquivó las dos únicas cámaras de seguridad ubicadas en la puerta principal y saltó la valla. Por si acaso, había cubierto cada rincón de su cuerpo con ropa oscura, incluido un pasamontañas que tan solo dejaba al descubierto sus ojos y su boca. Varias farolas iluminaban el cementerio en diversos puntos, pero la luz que emanaban era tan tenue que en el tramo comprendido entre una y otra la oscuridad era casi absoluta. Tuvo cuidado de no tropezar con ninguna lápida. Tras deambular durante cinco minutos en el área donde se suponía que estaba la capilla, al fin la encontró. Apenas podía adivinarse el contorno de los dos ángeles guardianes que la vez anterior tanto le habían impresionado. Sus rostros eran imperceptibles debido a la falta de luz, lo cual les confería un halo aún más sobrenatural si cabía. Se percató de un detalle que no había captado la vez anterior. Uno de los dos portaba una espada de gran tamaño colgada de su cintura. Estuvo tentado de iluminarles la cara con su linterna, pero en el último momento no tuvo el valor suficiente, como si temiera encontrarse con unos ojos amenazantes advirtiéndole de que no hiciera lo que se disponía a hacer.

Miró a su alrededor. Era paradójico, pero no se veía ni un alma. Sacó la ganzúa de la pequeña mochila que llevaba a la espalda. No le hizo falta forzar la cadena del candado que había sobre la cerradura. Alguien la había dejado mal colocada. Al entrar, le pareció escuchar un pitido. Quizá era imaginación suya, pero estaba casi convencido de que algo había sonado. Una atmósfera cargada de humedad y olor a podredumbre le abofeteó como un vendaval repentino de aire caliente. Sintió arcadas, pero pudo contener las ganas de vomitar. En peores circunstancias se

había visto durante sus años de servicio. Alumbró con su linterna el mausoleo. A pesar de que por fuera no parecía muy amplio, lo cierto era que desde dentro la perspectiva cambiaba bastante. Las dos paredes laterales y la del fondo contenían en total seis tumbas apiladas unas sobre otras, una de ellas aún vacía. Begoña Argenta ocupaba el sepulcro situado justo encima del de su esposo, en el muro de la izquierda. Las sepulturas de la pared situada enfrente de la puerta aparecían ocupadas por lo que dedujo que eran los padres de ella y quizá una de sus abuelas. A la derecha reposaban los restos de Borja, el hijo de Begoña y Juan Mari. Sin saber muy bien por qué pensó en el cuerpo despedazado del muchacho, tras haber muerto en aquella explosión de las Torres Isozaki, y sintió una profunda lástima. *Ama* siempre se había opuesto a que Aimar donara sus órganos cuando muriese porque, según ella, los muertos tenían que pasar enteros al cielo. Era una de las pocas veces en las que Aimar se había enfrentado a ella. Sobre la tumba del joven, se encontraba la que aún no había sido rotulada, con lo que era de suponer que se encontrara vacía. Un pequeño altar junto con una silla y un reposapiés forrado de tela de color granate constituían el único mobiliario de la estancia. En cada una de las paredes dos portavelas vacíos colgaban repletos de cardenillo. En el suelo, una trampilla metálica del sistema de alcantarillado afeaba el espacio que, por lo demás, era excesivamente sobrio. Le llamó la atención no encontrar crucifijos o cualquier otro símbolo religioso por ningún lado. De hecho, ahora que lo pensaba, salvo los dos ángeles del exterior, nada en aquel panteón evocaba la religión cristiana. El único dibujo que detectó fue en el techo. Justo en el centro, había una escultura de una rosa enorme de color blanco tallada con un hermoso relieve en tono granate que tenía algo escrito. Acercó todo lo que pudo el haz de luz y la leyó. Era una frase en euskera. “*Arrosa iraunkor ederra gara*”. “Somos la hermosa rosa perenne”. ¿Sería un versículo del antiguo testamento?

Miró el reloj de su móvil. Le quedaban diez minutos, quizá doce, para que el vigilante del turno de mañana entrara en el camposanto a realizar la primera ronda. No podía permanecer mucho tiempo más allí. “*¿Dónde lo has escondido, Consuelo?*”, se preguntaba una y otra vez tratando de adivinar un posible lugar donde la sospechosa pudiera haber ocultado lo que había introducido en el panteón. Revisó concienzudamente cada objeto hasta que volvió a reparar en la tapa metálica de la alcantarilla del suelo. En la parte central había grabados dos candelabros judíos, semejantes a los que aparecían tallados en las espaldas de los dos ángeles de fuera, y exactamente en la misma posición. Los dos estaban girados de tal forma que las puntas de los candelabros de uno y otro parecían querer alcanzarse. No se lo pensó y forzó la cubierta hasta que consiguió abrirla. Todas sus esperanzas se desvanecieron en el mismo instante que comprobó que en aquel agujero solamente había una tubería de agua. Absolutamente nada más. Volvió a mirar en derredor. “*¿Dónde lo has escondido, Consuelo?*”, volvió a repetirse. Tuvo una corazonada y se dirigió hacia la tumba que estaba vacía. Le costó más de lo que pensaba extraer la pesada lápida. Estaba completamente vacía. Volvió a mirar el reloj. El vigilante debía de haber comenzado ya su primer paseo matutino. Tenía que salir de allí. Al volver a colocar la tapa de la tumba vacía, se dio cuenta de que la del sepulcro del hijo de Begoña, situada justo debajo, estaba ligeramente movida hacia fuera. Sin perder tiempo, decidió sacarla del todo. Rezó para que el muchacho estuviera descansando dentro de un ataúd y no encontrarse con ninguna sorpresa desagradable. Dejó la losa en el suelo con cuidado de no romperla. Enfocó dentro de la tumba. Un recipiente metálico ocupaba el lugar donde debía estar el féretro. Aturdido por la impresión, dudó de si debía

continuar. ¿Por qué aquel sarcófago estaba vacío? ¿Dónde descansaban entonces los restos mortales del hijo de Begoña Argenta?

La caja no tenía ningún mecanismo de cierre así que simplemente retiró la parte posterior para abrirla. Palpó el interior y fue extrayendo uno a uno los diferentes expedientes y carpetas que había allí almacenados. Consuelo debía de haber ido introduciéndolos poco a poco allí. El más grueso de todos parecía un compendio de diferentes artículos y se asemejaba en apariencia a una tesis doctoral. Llevaba por título “*El dogma verdadero del maestro Hugo el Potevino*”. No tenía ni idea de quién era ese hombre. Fue metiendo el resto de los documentos uno a uno en su mochila, pero se dio cuenta de que iba a ser imposible que cupieran todos, así que se limitó a llevarse los dos que parecían más voluminosos. Dejó los demás en el sepulcro, puso de nuevo la losa y se dirigió a la salida. Cuando iba a cruzar la puerta se percató de que unas fotografías habían caído sobre el pavimento. Se trataba de diferentes instantáneas de una mujer pelirroja. Algunas parecían actuales pero otras eran de cuando era más joven. Tenía pinta de ser extranjera. Las guardó en su chaqueta y por fin salió al exterior. En el último momento se acordó de manipular la cerradura para dejarla tal cual la había encontrado. Si tenía un poco de suerte tardarían en descubrir el robo.

Con la claridad del alba, observó a lo lejos la sombra del vigilante que, cigarro en mano, recorría un sector del cementerio próximo a donde él se encontraba. Corrió hacia la entrada del recinto y aún tuvo que correr trescientos metros más hasta que llegó al lugar donde había ocultado la ropa para cambiarse. En menos de quince minutos se encontraba dentro de un taxi de camino a casa. La dulce satisfacción de estar más cerca de saber quién era de verdad Consuelo le provocó una erección imprevista. *Ama* iba a estar muy orgullosa de él.

36.

El salón principal de Sunny House olía a una intensa mezcla de lavanda y cítricos, un aroma que Anne Wellington jamás había experimentado antes en aquel lugar. El profesor James O'Connor había seguido cambiando la decoración de la mansión poco a poco y había ido añadiendo su propio estilo clásico a la mayoría de las estancias. Sentada en uno de los sillones, Anne miraba en derredor detectando los cambios que se habían producido desde la última vez que había estado en la casa. Cuando comenzó a vivir allí el profesor había respetado el gusto de Mary Anne Merrick, pero ahora tenía la desagradable sensación de que aquel lugar había dejado hacía mucho de ser el hogar de su abuela. La extravagancia y exotismo de los muebles y adornos que tanto le gustaban a su abuela, y que había ido heredando de sus múltiples viajes alrededor del mundo, habían desaparecido casi por completo. Al profesor O'Connor le gustaban más las atmósferas tradicionales y en cierto modo pasadas de moda. Lo cual encajaba a la perfección con su indumentaria. Mientras hablaba con ellos, lucía un traje de *tweed beige*, su prenda favorita. Había adelgazado bastante.

—Han encontrado muerto a Dimitri Megalos en la isla de Eubea —les anunció con la misma naturalidad que hubiera empleado si les hubiera dado los buenos días.

Mechero dejó caer al suelo la taza en la que hasta ese momento degustaba el té rojo que les había servido Ms. White, el ama de llaves. La mujer apareció en el salón nada más escuchar el ruido para recoger los pedazos, pero el profesor le hizo un gesto para que se fuera.

—¿Qué ha ocurrido? —dijo Anne soltando un pequeño gemido. Aún le dolía el vientre por lo que le había ocurrido en el cuarto de baño del aeropuerto de Bilbao.

—Calíope, su hija, lo encontró muerto en su dormitorio al ir a despertarle y los servicios médicos no pudieron hacer nada por salvarle la vida. Alguien lo maniató y lo amordazó antes de golpearle en la cabeza hasta matarlo. Calíope vive en la misma casa, aunque en la planta baja. Afirma que no escuchó nada durante toda la noche. Debieron de sorprenderle desprevenido o dormido. No es fácil reducir a un hombre del tamaño de Dimitri de esa manera.

—¿Un robo? —preguntó Anne.

—Eso es lo que sostiene la policía griega. El dormitorio y un pequeño despacho contiguo estaban destrozados. Habían desaparecido varias joyas que Dimitri había heredado de su familia.

—¡Y una mierda un robo! —estalló de repente Mechero poniéndose en pie—. ¡Ha sido la Fundación! ¿Dónde está ahora Calíope?

El joven tomó su teléfono móvil e intentó llamarla, pero ella no respondió. Frustrado, comenzó a dar patadas al sillón del que se acababa de levantar. Anne se incorporó y se interpuso entre él y el mueble.

—¡Mechero, por favor! ¡Cálmate! —le gritó.

—¡Se la van a cargar a ella también, joder! Tú no lo entiendes.

—Borja, te ruego que te sientes y te tranquilices —le pidió James O'Connor. Esta vez se dirigió a él de tú en un intento de mostrar cercanía.

Anne le acompañó de nuevo hasta la butaca y le hizo sentarse mientras con su mano masajeara su espalda con la intención de sosegarle.

—Joven, creo que tu compañera Anne necesita que le expliques algo —le dijo el profesor.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Anne—. ¿Alguien me puede explicar qué está pasando?

—Calíope se ha puesto en contacto conmigo —dijo el anciano—. Al parecer, tu amigo Mechero le habló de mí con todo lujo de detalles. De mí, de ti y de la Fundación. Dimitri tenía mi número en la agenda de su teléfono móvil.

—Sí, cuando estuvimos en Grecia nos dijo que usted y él eran viejos amigos —dijo Anne.

—Así es. Calíope Megalos ha acudido a mí pidiéndome ayuda. Ella sabe lo que querían robar en el dormitorio de su padre. Estaba destrozada. Podía sentir su dolor a través del hilo del teléfono. Según me ha contado, Dimitri le había dicho en más de una ocasión que si le ocurría algo malo acudiera a mí, que yo era la única persona que podría ayudarla. Desgraciadamente no puedo hacer nada para encontrar a la persona que ha matado a su padre. Ya le he dicho que eso es trabajo de la policía.

—Ha sido la Fundación. Calíope no tenía ni idea de que su padre había pertenecido a Petunia. La última noche que pasamos en la isla de Eubea me sinceré con ella, quizás demasiado. Y le conté todo. Bueno, casi todo.

—¿Crees que lo ha hecho la Fundación como castigo por haber incumplido tu deber de confidencialidad? —le preguntó Anne.

—¿Recuerdas lo que hicieron con tu perro Júpiter cuando te llevaste fuera de la biblioteca las fotografías y la información del Códice 60? —le preguntó él a su vez.

—Pero estamos hablando de un ser humano. No me puedo creer que Petunia haya matado al padre de Calíope por venganza. Hubiera sido mucho más sencillo eliminarla a ella, ¿no te parece?

—Lo que tú digas.

—Opino igual que Anne —se pronunció el profesor—. Calíope me ha dicho que sabía que su padre ocultaba una reliquia arqueológica relacionada con las casas de gigantes de la isla de Eubea. Cuando los turistas comenzaron a visitar en masa las famosas *drakospita*, la familia de Dimitri escondió esa pieza para protegerla de los saqueadores. Según ella, se había desprendido de la casa del monte Oqui.

—Ya sé qué es esa reliquia. Es la parte izquierda del grabado que había sobre el dintel de la *drakospita*. El que representa la huida de los gigantes. Koldo de Andrés se llevó el trozo que faltaba en la parte de la derecha, entre el dibujo de los gigantes y la nube, pero Calíope nos dijo que la parte de la izquierda hacía mucho tiempo que había desaparecido. Lo que no nos dijo es que esa pieza la guardaba su familia.

—Ya te dije que esa chica no era de fiar —dijo Anne—. A mí ya me pareció que nos mentía cuando nos lo dijo.

—Calíope Megalos está dispuesta a encontrarla y aclarar todo este entuerto. He intentado hacerle cambiar de opinión pero ha sido inútil. Creo que no es consciente del peligro real que supone todo este asunto. Me ha dicho que Dimitri se deshizo hace tiempo de la pieza presintiendo el peligro que podían correr si se la quedaban. Desde hace años esa reliquia no está en Grecia.

—¿Dónde está? —preguntó Anne.

—En Cerdeña. Según Calíope, Dimitri se la hizo llegar a Filippa Costa. Vive en la isla —contestó James.

—¿Quién es esa mujer? —quiso saber Mechero.

—Es una vieja historia. Los tres somos, éramos, amigos desde hace muchos años.

—¿Es jardinera? —preguntó Anne.

—Sí, al igual que Dimitri. Filippa llegó a ser Mayor del Jardín del Mar Balear. Al parecer, renunció a su cargo al mismo tiempo que Dimitri hizo lo propio en el Jardín del Mar Adriático.

—¿El Mar Balear? ¿Eso existe? —dijo Mechero empleando un tono de mofa.

—Es el área del Mediterráneo comprendida entre la costa este de la península Ibérica y la isla de Cerdeña.

—Gracias por la lección de geografía —respondió el joven—. ¿Dónde está Calíope?

—Llegará a Cerdeña mañana.

—Está loca. La van a matar —dijo Mechero—. ¿Y si el cabrón que mató a Dimitri consiguió que le confesara el paradero de la reliquia? Tenemos que ayudarla. ¿Cuándo salimos para Cerdeña?

—Espera, Mechero. ¿Me puedes explicar por qué tenemos que ayudarla? —le preguntó Anne—. Está claro que nos mintió. ¿Cómo has sido capaz de contarle todo a esa chica? Nos has puesto en peligro a todos. Puede que incluso hasta al propio Dimitri. Hay veces que creo que tienes diez años.

—Lo siento, ¿vale? —dijo él—. Pero no voy a dejar a Calíope sola en medio de este mar de tiburones. Calíope los tiene muy bien puestos y podría defenderse ella solita en la mayoría de las ocasiones, pero no en esta. No tiene ni idea de a quién se está enfrentando.

—Creo que es buena idea que acompañes a Mechero, Anne —dijo James O'Connor—. He intentado localizar a Filippa, pero hace años que no hablamos. Supongo que habrá cambiado de número de teléfono. Y ahora mismo no se me ocurre otro jardinero de confianza que me pueda ayudar a encontrarla en Cerdeña. Lo único que he podido averiguar es que, además de ser jardinera, regenta una casa de huéspedes en la parte sur de la isla, cerca del monte Tíscali. He llamado pero parece ser que nadie sabe decirme nada en concreto. Sospecho que ha dejado instrucciones para que nadie revele su paradero. Dimitri y yo fuimos en su día amigos íntimos y si él quería que yo ayudara a su hija, no se me ocurre mejor manera que vosotros seáis mis manos para poder hacerlo. Yo estoy ocupado en otros menesteres. Por favor, Anne, te necesito.

—Me da igual si no vienes, pelirroja —dijo Mechero—. Yo voy a ayudar a Calíope. No voy a dejarla tirada. Además, tenemos que encontrar esa pieza de la *drakospita* que guarda Filippa Costa. Puede que esa mujer tenga la respuesta que buscamos. Puede que averigüemos de una vez qué es la dichosa nube de la profecía. A lo mejor incluso podemos arrojar algo más de luz sobre esa otra especie de homínidos de la que hablan los trabajos de Margarita Toledo. ¿Vas a renunciar ahora a aclarar de una vez todo este tinglado? No me vaciles, anda.

—Hay algo más —dijo el anciano—. Me han llegado informaciones de que Koldo de Andrés ha sido visto en el sur de Italia, en Nápoles. Cuando abandonó Grecia debió de viajar hasta allí. No sabemos si el profesor De Andrés está implicado en el asesinato de Dimitri, pero no podemos

descartar nada. Puede que regresara a la isla de Eubea para tratar de robar la pieza que custodiaba Dimitri y se le fuera la situación de las manos. De todas formas hay algo que se me escapa. Si Koldo de Andrés robó la parte del grabado que faltaba en el dintel de la *drakospita* del monte Oqui, ¿por qué habría de regresar a por la otra parte que guardaba Dimitri? Según Calíope ambas piezas son idénticas, o al menos eso es lo que siempre le había contado Dimitri. Calíope nunca llegó a ver la que custodiaba su padre. Nápoles no está tan lejos de Cerdeña. Debéis extremar las precauciones y advertir también a Filippa si dais con ella. No sé qué ha ido a hacer Koldo de Andrés a Nápoles, pero todo esto no me gusta nada.

—Está bien —dijo Anne sintiéndose abrumada—. Profesor O’Connor, ¿hay algo más que debemos saber de Filippa Costa? ¿Por qué Dimitri le envió precisamente a ella la pieza? No quiero más sorpresas.

—Anne, me estás pidiendo demasiado para mi rancia moral británica —bromeó el anciano—. Si Filippa quiere contaros esa parte de la historia por mí no hay problema, pero yo no voy a ser quien revele intimidades que no os conciernen. Respeto mucho a Filippa y ante todo la memoria de Dimitri.

—Yo flipo —dijo Mechero mientras leía la pantalla de su teléfono móvil—. Profesor, ¿seguro que no nos tiene que contar nada más?

Anne se acercó al joven y le arrebató el teléfono.

—¿Tumbas de gigantes? —preguntó mientras leía la información que Mechero había buscado en Internet.

—Ha sido buscar “Cerdeña” y “gigantes” y han aparecido más de cien mil resultados —apuntó Mechero—. ¿Es que no nos lo iba a contar, profesor?

—Veo que vais mucho más rápido que mis reflejos de anciano endeble —trató de excusarse James-. Sí, yo también creo que no es casualidad que la familia de Dimitri custodiara esa pieza desaparecida de la *drakospita* y que se la haya enviado precisamente a Filippa. Lo que os puedo asegurar es que yo no tenía ni idea de que Dimitri guardara una reliquia relacionada con nuestra misión ni que su familia estuviera implicada en todo esto. Por eso os pido discreción. Por Dimitri y por Calíope. Y por Filippa. Dimitri y Filippa dimitieron de sus respectivos cargos de Mayores por no estar de acuerdo con las medidas opresivas que los Caducos están imponiendo a marchas forzadas en la Fundación desde la explosión del invernadero de Bilbao. Filippa está en una situación muy delicada ahora mismo.

—¿Qué pasa en Cerdeña? ¿Qué son las *nugaras*? —quiso saber Anne—. Empiezo a estar harta de que nos suministre la información a cuentagotas. Y ahora no vaya a decirnos que también es casualidad que la Fundación tenga muchos de sus jardines alrededor de todos estos supuestos vestigios de los gigantes.

—Tenéis razón, disculpad —dijo el profesor con un hilo de voz—. Me da pánico daros más información de la necesaria y luego sentirme culpable cuando hallen vuestros cadáveres en un descampado. No me lo perdonaría en la vida. Eres la nieta de Mary Anne Merrick, se supone que mi misión es cuidarte y vigilarte. Ella así lo quiso. Si te ocurriera algo, estaría traicionando a Mary Anne, pero también me traicionaría a mí mismo. Aunque tú no lo creas, te quiero como si fueras la nieta o la hija que nunca tuve.

—James, creo que Mechero y yo hemos demostrado que nos sabemos defender solos perfectamente —dijo Anne enfadada por la actitud del profesor—. Entiendo su respeto por la memoria de mi abuela pero si no nos cuenta todo lo que sabe al final será peor. La información es poder. Piense que es la mejor forma de protegernos.

—No comparto tu punto de vista, Anne —le dijo él—. En el caso de Petunia, cuanto menos sepas de todo, mejor. Créeme. Además, aunque te cueste aceptarlo, yo no tengo todas las respuestas que buscas. El conocimiento total respecto de la Fundación solo es privilegio de unos pocos, y yo no pertenezco a ellos.

—¿Nos va a contar lo de los gigantes y Cerdeña de una vez? —preguntó irritado Mechero.

—La isla de Cerdeña es sede del Jardín del Mar Balear, sí, pero no todos los jardines de la Fundación se circunscriben alrededor de estos restos de la civilización de los gigantes. Las *nugaras* son los edificios más representativos de la cultura nurágica. Están a la vista de todo el mundo, no son ningún secreto.

—Pues no había oído hablar de ellos en mi vida —dijo Mechero.

—Son unos edificios megalíticos de gran tamaño con base circular y forma de cono partido por la mitad. Hay más de ocho mil repartidos por toda la isla. Pero hubo muchos más.

—Aquí dice que muchos de ellos tienen más de veinte metros de altura —añadió Anne—. Ahora entiendo por qué son conocidas con el sobrenombre de “tumbas de gigantes”.

—Y están contruidos sin cimientos, con decenas de bloques de piedra de forma rectangular apiñados los unos sobre los otros, sin ningún tipo de cemento que asegure la estructura —continuó el profesor.

—Igual que las *drakospita* de la isla de Eubea —puntualizó Mechero—. ¿Fueron contruidos por la misma civilización?

—Nadie lo sabe con certeza. Las *drakospita* de la isla de Eubea tienen probablemente una antigüedad de nueve mil años, aunque hay quienes dicen que son más recientes, de hace cinco mil quinientos años. En cuanto a la cultura nurágica de Cerdeña la discusión es aún mayor si cabe. Hay quienes sitúan su surgimiento al comienzo de la Edad de Bronce, es decir, en el tercer milenio antes de Cristo. Pero otros muchos autores la datan en la Edad del Bronce Medio, entorno al año 1800 antes de Cristo. El final de la civilización nurágica está más consensuado y se suele admitir que se sitúa en los últimos momentos de la Edad del Hierro, hacia el siglo tercero o segundo antes de Cristo, poco antes de que irrumpieran los romanos.

—Los gigantes de la cultura nurágica pueden ser exiliados o descendientes de los de las *drakospita* griegas —dijo Mechero.

—Eso es mucho suponer, joven —le cortó el profesor—. Nadie sabe nada con certeza. Puede que todas estas culturas estuvieran emparentadas entre sí pero, como veis, las fechas bailan.

—¿Y si todos estos supuestos pueblos de gigantes provienen del mismo tronco? —preguntó Anne.

—¿A qué te refieres, querida? —quiso saber el anciano.

—Margarita Toledo defendía la existencia de una especie desconocida de homínidos que convivió con los *sapiens*, los neandertales, los denisovanos y los hombres de Flores. Esa

supuesta especie de gigantes cavernícolas se expresaban a través de símbolos y signos que la señora Toledo asoció a la escritura descubierta en la cerámica de la *drakospita* del monte Oqui.

—El euskera —dijo Mechero—. O, al menos, una versión muy antigua del euskera.

—Sabemos que es una locura, un disparate, ya que aún faltaban milenios para que apareciera la que se considera la primera escritura, la sumeria —explicó Anne.

—O la egipcia —la interrumpió James—. Se cree que la escritura jeroglífica se comenzó a utilizar hacia el año 3300 antes de Cristo, en la misma época en la que surgió la escritura cuneiforme de los sumerios.

—Pero, olvidándonos de esa parte de la teoría de Margarita Toledo respecto del euskera, puede que todos estos supuestos vestigios o descendientes de diferentes razas de gigantes, los de la isla de Eubea, Cerdeña, los antiguos galeses, los *mouros* de Asturias y Galicia, los *homes granizos* de Aragón, los gentiles vascos, etc., provengan de esa especie desconocida de homínidos.

—Es probable que tengas razón, Anne. Tal vez el linaje de David y el de tu abuela Mary Anne tenga su origen en esa especie de la que hablaba Margarita Toledo. Si localizáramos al profesor De Andrés quizá podría corroborar tu hipótesis. Pero parece que está empeñado en no querer ser descubierto. Comienzo a pensar que jamás accederá a contarnos lo que sabe. Por eso es imprescindible que encontréis a Filippa en Cerdeña y os enseñe la pieza del grabado de la *drakospita* que le entregó Dimitri. Debemos estar preparados para cuando llegue el momento de la profecía. El tiempo se nos echa encima y no tenemos ni idea de qué es la nube y qué hemos de hacer para detener la apertura de la puerta por la que regresarán los gigantes. Y sobre todo, lo que más me preocupa es no saber cuál es tu papel y el de David en toda esta historia. La profecía afirma que la sangre del hijo de los primeros hombres y de la hija del hijo de los primeros hombres heredará el camino al reino de los que estaban antes. No puedo dejar de pensar en lo de la sangre. Me parte el corazón pensar que debas morir para impedir la apertura, Anne. Si eso es así, debemos impedirlo a toda costa. En tu estado de buena esperanza, y aunque pueda sonar algo sexista decirlo así, cada día que pasa eres más vulnerable. Si el hombre que irrumpió en la casa en la que os hospedabais Mechero y tú te llega a hacer daño...

Anne se quedó en silencio durante unos instantes mirando al anciano y se alejó lentamente hacia la ventana más grande del salón. Mientras observaba a través del cristal las rosas rojas del jardín de Sunny House y aprovechando que el profesor y Mechero conversaban entre ellos, pensó en lo que el anciano le acababa de decir. James O'Connor parecía verdaderamente preocupado por ella. Quizá era cierto que la consideraba como su hija o su nieta. Ni James ni Mechero sabían lo que ella pensaba respecto del cumplimiento de la profecía. Estaba convencida de que la criatura que albergaba en su interior era de David. Estaba segura de que su bebé era la sangre que heredaría el camino al reino de los que estaban antes, como apuntaba la profecía. Ni el profesor ni Mechero sabían que se había acostado varias veces con David hasta finales de año, poco antes de partir para Inglaterra. No le apetecía tener que dar explicaciones al respecto, al fin y al cabo David y ella ya habían terminado con anterioridad. Eso formaba parte de su intimidad y a nadie le importaba. Además, facilitarles aquella información podía poner en peligro a su bebé. No podía dejar de pensar en la advertencia que le había hecho Jon Arkaute antes de desaparecer. No debía

fiarse ni dejar que la Fundación le lavara el cerebro haciéndole creer lo que no era. No sabía hasta qué punto podía confiar en el profesor O'Connor. Incluso en Mechero. Los dos le habían dicho en varias ocasiones que Jon era el culpable de la explosión del invernadero y del incendio de la biblioteca de Bilbao. La mera idea de pensar en que Mechero pudiera estar haciendo un doble juego con ella le ponía enferma. No podía creerlo, pero el hecho era que tanto él como James habían insistido en acusar a Jon más de una vez. Aunque, por otra parte, ¿debía confiar en Jon? Hacía demasiado tiempo que no sabía de él. La última vez que se había comunicado con ella le había dicho que le esperara, que la Fundación iba tras de él y que tenía que idear un plan para resolverlo todo. Si era cierto que Jon e Itziar Azurmendi, la periodista de La Luz de Navarra, estaban juntos, ¿qué sentido tenía seguir esperando a que apareciera?

Una nube cubrió los rosales sumiéndolos en una tétrica penumbra. Anne sintió una ligera presión en el vientre. ¿Y si estaba equivocada? ¿Y si el hijo que esperaba no era de David? A lo mejor toda la historia de la profecía la estaba cegando. Si su bebé finalmente era de Jon, el profesor O'Connor podía estar en lo cierto. Si la criatura que llevaba en su vientre no era la sangre a la que se refería el augurio de la llegada de los gigantes, era probable que fuera la sangre de ella y la de David la que, de alguna manera, cumpliría el vaticinio. Ambos podían estar a punto de morir. ¿De qué le servía su facultad para ver seres invisibles si luego no era capaz de discernir algo tan importante como aquello? Deseó con todas sus fuerzas haber heredado la capacidad de ver el futuro de su abuela Mary Anne. Si tuviera también su poder clarividente, todo resultaría mucho más sencillo.

37.

Sorgina Cliff olía a tarta de manzana recién hecha. La casa de la costa de la abuela Mary Anne estaba pulcra y ordenada, libre de telarañas, a diferencia de la última vez que había estado allí. Incluso los acantilados sobre los que se asentaba el edificio parecían mucho más limpios, como si el océano se hubiera encargado personalmente de prepararlos y asearlos para aquella visita. Sobre el dintel de la puerta principal colgaba un maravilloso cartel de madera realizado por un artesano de Holyhead que anunciaba el nombre de la casa. La tipografía de las letras era tal vez excesivamente gótica, pero le daba un toque antiguo y misterioso que le pareció muy acertado. Su hermana había tenido un precioso detalle al haberlo encargado. En la cocina, Elin Wellington se afanaba por lavar a mano todos los utensilios que había empleado en la elaboración del pastel. Parecía que hubiera estado cocinando para cien personas.

—Cómete esa tarta ahora mismo. He utilizado *estevia*, para que sea más sana. No me puedo creer que me ocultaras lo del bebé.

Anne observó a su hermana pequeña con cierto sentimiento de culpabilidad. A pesar de haber sido madre, Elin tenía la extraordinaria habilidad de seguir pareciendo una quinceañera, como si el paso del tiempo no tuviera nada que ver con ella. Se había de negro teñido su precioso cabello dorado. No le quedaba mal pero le confería una imagen algo más agresiva que no casaba muy bien con su personalidad.

—Perdóname, Elin —intentó excusarse Anne—. Han sido unos meses algo confusos para mí. Necesitaba aclararme.

—Tu trabajo te debe de gustar muchísimo para largarte de aquí de esa manera. Eso lo puedo llegar a entender, pero no te voy a perdonar que no me hayas contado lo del embarazo. ¿Quién es el padre?

—Creo que es de David.

—¿De David? —exclamó Elin—. ¿Pero no le habías dejado?

—Es muy largo de explicar.

—Has dicho que crees que es de David. ¿No lo tienes claro?

—No me agobies, anda.

—¿Cuánto te falta exactamente?

—Nacerá a finales de septiembre si todo va bien.

—Me vas a decir que soy una “*metomentodo*”, pero supongo que te estará controlando un ginecólogo, ¿no?

—De eso quería hablar contigo.

Elin terminó de secar el último de los platos con un trapo de tela y se sentó junto a ella. Su rostro reflejaba preocupación.

—No me digas que a ti también te está pasando, Zanahoria.

—Es un embarazo de riesgo. Empezó muy bien, pero la cosa cambió. La ginecóloga me lo ha advertido. Estoy siguiendo sus pautas al pie de la letra pero ya he tenido un pequeño susto. El otro día en el cuarto de baño del aeropuerto tuve una pequeña hemorragia. Pero ya estoy bien.

—Bueno, estate tranquila. Yo también tuve dos o tres pequeñas hemorragias en mis embarazos, y al final salieron bien.

—Sé que tratas de tranquilizarme, pero no olvidemos que tuviste dos abortos, Elin.

—Sí, pero eso ocurre constantemente y no solo a las mujeres de nuestra familia. Aunque parezca que nadie quiera hablar de ello. Estoy harta de tanto tabú. ¿Qué te ha dicho la médica?

—Me está haciendo controles. No lo tiene claro. Dice que cree que puede ser preeclampsia, pero por otra parte la última vez me dejó caer que el bebé es macrosómico.

—No entiendo nada de lo que acabas de decir.

—El feto es algo más grande de lo que le correspondería en estos momentos, aunque me ha dicho que tampoco es determinante. Lo de la preeclampsia me preocupa más. Tengo la presión arterial algo elevada. La médica me ha dicho que no me asuste, que probablemente volverá a sus niveles normales. Pero la cosa puede complicarse. Creo que a la abuela Mary Anne le pasó lo mismo durante el embarazo de mamá.

—¿Y es peligroso?

—Si se confirma puede ser peligroso, sí, tanto para mí como para el bebé.

—Bueno, ya verás cómo todo sale bien. Aunque hemos tenido embarazos complicados, al final tanto la abuela, como mamá y yo dimos a luz perfectamente. Tranquila.

Anne entrelazó las manos de su hermana con las suyas. Elin tenía razón. Quizá estaba siendo demasiado alarmista, pero no podía quitarse de la cabeza las palabras de la profecía. La sangre a la que hacía referencia el viejo augurio podía referirse perfectamente a la de su bebé. No podía soportar la idea de que la muerte de su hijo fuera el sacrificio necesario para cumplir lo que tantas personas habían soñado a lo largo de los siglos. Si ese era el caso, haría todo lo posible por evitarlo. Su hijo nacería y crecería. Nada ni nadie podría impedirlo.

—¿Es niño o niña?

—No lo sé. No he querido saberlo —contestó.

—¿Qué vas a nacer cuando nazca? ¿Por qué no te instalas cerca para que pueda cuidarte?

—No sé lo que voy a hacer con mi vida, Elin.

—¿Vas a ir a Cobham a ver a mamá?

—No. Mañana por la mañana me voy a Cerdeña. Tema de trabajo.

—Deberías tomártelo con más calma, Zanahoria. No creo que sea bueno tanto viaje si tu embarazo es de riesgo.

—Tomo mis precauciones, tranquila. ¿Mamá ha vuelto a preguntar por mí?

—Lleva unos días bastante tranquila. Bueno, más que tranquila, desaparecida en combate. No sé si habrá vuelto ya a casa. Me imagino que sí. Lo último que sé es que se fue a pasar unos días a casa de la prima Mildred.

—¿Ha ido hasta Amesbury? No parece propio de ella viajar tan lejos de casa y dejar solo a Henry.

—Sí, al parecer la prima Mildred tenía algo urgente que decirle. Tenía que ser importante para que mamá decidiera ir a verla.

—No sé qué hace mamá allí. Mildred está mal de la cabeza. Lleva chocheando desde que la conozco.

—No digas esas cosas tan feas de ella, Anne. Te recuerdo que cuando la abuela Mary Anne estaba en alguno de sus viajes pasaste más de unas vacaciones en su casa.

—Por eso sé de lo que hablo. No es que me tratara mal, pero se le iba la cabeza. No sé cuántas veces me llevó a visitar Stonehenge, pero te puedo asegurar que fueron unas cuantas. Estaba obsesionada con ese monumento. Por no hablar de que muchas veces se olvidaba de darme la cena. No creo que estuviera capacitada para cuidar de una niña de mi edad por aquel entonces. No sé cómo mamá tuvo la brillante idea de enviarme con ella cuando no estaba la abuela. Entre eso y los veranos en Burgos, se encargó de mantenerme bien alejada. Una preocupación menos.

—Eres muy injusta con ella. Mamá se siente muy culpable por haberse separado de ti tantas veces, pero ¿qué querías que hiciera? Intentaron secuestrarte, Anne.

—¿Tú también te crees esas tonterías que cuenta mamá? Lo que pasa es que Henry no me soportaba y ella actuó en consecuencia. Priorizó su relación con él sobre mí, sobre su propia hija.

—¿Por qué te crees que a mí me mandaron al internado en cuanto tuve edad? No hace mucho que me sacó ella misma el tema cuando le conté lo que la madre de Stephanie me había dicho sobre el pequeño Tommy, el niño que se aparece en Sunny House. Creo que mamá me ha dicho la verdad, Zanahoria. En Holyhead aún hay quien cuenta la historia de vez en cuando. Intentaron raptarte en una de tus visitas a la abuela. Es un hecho, Anne, lo quieras creer o no. Tú tenías siete años. A partir de ese momento mamá se volvió una paranoica. Por eso pasaste tanto tiempo fuera de casa. Estaba convencida de que estar junto a ella podía facilitar las cosas en caso de que trataran de secuestrarte otra vez.

Anne sintió las palabras de Elin como una puñalada que desgarraba el tenue velo de sus recuerdos. ¿Tendría su hermana razón? Siempre había pensado que su madre se había dejado llevar por el control que su marido ejercía sobre ella y por eso había estado tan distante.

—Mamá jamás me ha contado cómo sucedió todo —dijo—. Y no me acuerdo de nada. Por eso te digo que es un cuento, una excusa que se ha inventado para justificar sus actos.

—Anne, por favor. No te acuerdas de nada probablemente por el estrés postraumático. Yo tampoco recuerdo nada, pero yo tenía tres años. Según mamá estuviste varias horas desaparecida. Por fortuna el cabrón que te secuestró no te hizo nada deshonesto. Fueron la abuela y mamá las que dieron contigo, aunque mamá no quiso darme muchos detalles. Después de aquello debiste de estar sin pronunciar palabra casi dos meses. Le pregunté a la madre de Stephanie y dice que apareciste ilesa. Aunque tu raptor te había vestido con una camisola blanca. La gente de Holyhead murmura que solo el diablo pudo ayudarlas a encontrarte. Ya sabes lo que opinan sobre las dotes de bruja de la abuela.

—Un momento —la interrumpió Anne—. ¿Qué acabas de decir?

—Pues eso. Ya te dije que la abuela tenía fama de bruja entre los paletos de Holyhead.

—No. No me refiero a eso. ¿Cómo has dicho que me había vestido el secuestrador?

—De blanco. No sé si era un vestido, un camisón o algo parecido. Si tanto te interesa, deberías hablar con mamá.

Anne no podía creer lo que le acababa de revelar su hermana. Salió al exterior de Sorgina Cliff mientras Elin terminaba de adecentar la cocina. Buscó en su teléfono móvil varias páginas *web* de periódicos locales del País Vasco. Las cuatro niñas que habían sido asesinadas por el monstruo que la prensa había apodado como “la *sorgina*” también llevaban un camisón o un vestido blanco. Ainhoa Uria, la niña que había aparecido muerta junto al monte Anboto, tenía siete años cuando desapareció. Trató de confirmar si el resto de pequeñas tenían la misma edad, pero ningún diario de los que consultó mencionaba aquel detalle. Revisó cada una de las noticias contrastando la información publicada en varios medios. Todas las víctimas eran niñas pequeñas cuyos cadáveres habían aparecido cubiertos por un camisón blanco. De repente se dio cuenta de otro elemento que conectaba todos los asesinatos. Era algo obvio, pero ninguno de los digitales aludía a esa conexión. Las cuatro niñas habían sido asesinadas junto a diferentes cumbres. Ainhoa Uria en el monte Anboto, Paula Lombardo en el Eskutxi, Lorea Eguinalde en el Balcón de Bizkaia, un mirador situado en las laderas del monte Oiz, y Uxue García de Vicuña en la entrada a las cuevas de Mairuelegorreta, en pleno parque natural del Gorbea. No estaba claro que hubieran muerto allí pero, al menos, sus cuerpos habían aparecido en esos lugares. En los alrededores de Holyhead solo había un pequeño monte, de apenas trescientos metros de altura, Holyhead Mountain. Intentó buscar alguna otra conexión entre los cuatro montes donde habían encontrado los cuerpos de las niñas. Lo único relevante que encontró en Internet era que el monte Anboto era considerado por la mitología vasca una de las residencias de la diosa *Amari*, quizás la más conocida. Algo que ella recordaba haber leído en los libros sobre mitología vasca que el profesor O’Connor le había regalado años atrás. De nuevo aquella divinidad hacía acto de presencia en su vida. Se acordó de que la última vez que había hablado con su hermana antes de volver a Reino Unido, Elin le contó que había encontrado un cuaderno en la cocina de la casa de sus padres, en el que su madre había escrito varias veces el nombre de *Amari*. ¿Qué estaba ocurriendo? Decidió llamar al profesor O’Connor.

—La diosa *Amari* tiene varias residencias repartidas por toda la geografía vasca y navarra — le explicó James—. Al ser una divinidad subterránea, *Amari* vive en el interior de cuevas y simas, aunque sus residencias más conocidas estén ubicadas en el interior de las montañas. Las más famosas son los montes Anboto, Oiz, Aralar y Aizkorri, pero hay varias más. Prácticamente hay una residencia de *Mari* o *Amari* en cada uno de los sistemas montañosos. Por cierto, *Amari* también forma parte del panteón mitológico aragonés, aunque allí la llaman *Mariuena*. En la tradición del Alto Aragón la diosa tiene carácter bondadoso, de ahí su nombre, *Mari-buena*, a diferencia de la mitología vasca, donde *Amari* aúna tanto la bondad como la severidad y está

asociada normalmente a las brujas y también a la figura del diablo en ciertas leyendas. Ten en cuenta además que las montañas se consideran en muchas culturas y religiones un punto de encuentro con lo divino. Si tu teoría es cierta, puede que el loco que está matando a esas niñas esté siguiendo alguna especie de ritual relacionado con *Amari*. Probablemente, lo del camisón blanco tenga que ver con la pureza o la virginidad de las víctimas.

—Gracias, profesor. Estaba comentando con mi hermana el tema de los asesinatos y de repente me ha venido la idea a la cabeza.

—No hay de qué —le contestó él—. Anne, esta noche, antes de la cena en Sunny House, quisiera hablarte en privado. Sin Mechero. Es importante. Te iba a llamar yo para pedírtelo.

—De acuerdo, no se preocupe. ¿A las seis y media en la habitación de la abuela?

—Perfecto.

Anne entró corriendo en el interior de Sorgina Cliff. Encontró a su hermana guardando lo que había sobrado de la tarta en un recipiente de plástico.

—Elin, ¿te dijo mamá dónde me encontraron ella y la abuela cuando me secuestraron? —le preguntó.

—Junto a las piedras de Penrhos Feilw. ¿Por qué? —le contestó Elin.

—¿Qué es eso? No lo he oído en mi vida —preguntó Anne decepcionada.

—Son dos menhires gemelos de unos diez pies de altura cada uno separados entre sí por otros diez pies. Están muy cerca de Holyhead Mountain, a poco más de una milla.

—¿Cómo me encontraron, Elin? Me resulta muy extraño no acordarme de nada, por mucho que el estrés postraumático me hiciera olvidarlo.

—¿Por qué quieres saberlo, Zanahoria? ¡Qué más da! Lo importante es que la abuela y mamá te encontraron.

—Dímelo —le pidió de forma tajante Anne—. Sé que siempre intentas quitar hierro a todo, pero esto es importante. ¿Te dijo mamá cómo me encontraron?

—Mamá no soltó prenda. Me lo contó la madre de Stephanie. Se supone que estabas inconsciente.

—¿Cómo que inconsciente?

—Déjalo Anne, por favor. ¿Para qué quieres saberlo? No quiero que hablemos de estas cosas. El pasado pasado está.

—Dímelo —le volvió a rogar Anne tomándola de la mano.

—Pues... a ver, que igual no fue así, ya sabes que la gente exagera las cosas cuando las va contando por ahí...

—Elin...

—Está bien, pesada. Si lo que dice la madre de Stephanie es verdad, la persona que te secuestró había intentado asfixiarte. ¿Ya estás contenta?

Anne cerró los ojos. Sintió una corriente eléctrica atravesándola desde la base del cráneo hasta los pies. Aquello no podía estar sucediendo. Había construido su relación con su madre sobre unos cimientos falsos y ahora todo se tambaleaba. Los asesinatos perpetrados por “la *sorgina*” en el País Vasco estaban relacionados de alguna forma con lo que a ella le había ocurrido de pequeña. Nunca había creído a su madre cuando le había mencionado el intento de secuestro y ahora parecía todo tan real... Necesitaba hablar con ella en persona cuanto antes. No podía ser casualidad su viaje a Amesbury a ver a la prima Mildred ni que poco después de que los asesinatos de “la *sorgina*” saltaran a los medios de comunicación, Elin se encontrara aquel cuaderno con la palabra *Amari* escrita cientos de veces por su madre. ¿Cómo se las iba a apañar para verla si a primera hora de la mañana Mechero y ella salían para Cerdeña? Ahora entendía por qué su madre quería encontrarla con tanta urgencia. Era evidente que quería contarle algo importante.

38.

El dormitorio de Mary Anne Merrick en Sunny House estaba intacto. James O'Connor no se había atrevido a cambiar la decoración, ni siquiera a renovar la vieja colcha de la cama. Al entrar al cuarto, el profesor se había parado en seco tras avanzar un metro, como si aquel lugar le trajera recuerdos dolorosos. Traía consigo uno de sus ordenadores portátiles. Había permanecido con los ojos cerrados alrededor de un minuto, ante la atónita mirada de Anne. Tal vez se trataba simplemente de respeto. Aquellas cuatro paredes conservaban de alguna manera la esencia de su antigua moradora, la mujer a la que había admirado y estimado, tal vez incluso amado, si lo que le había contado Betrys en su día era verdad.

—Gracias por venir, Anne —le dijo mientras le hacía un gesto para invitarla a sentarse en una de las dos sillas colocadas cerca del único armario.

—¿Qué era eso tan importante que quería decirme? ¿Era realmente necesario que Mechero no supiera nada de esta conversación? No me gusta mentirle.

—No tienes por qué mentirle. Simplemente no le digas nada de lo que te voy a contar, por favor.

—No hay mucha diferencia entre mentir y ocultar la verdad —le recriminó ella.

—La hay, créeme —le dijo él—. Enseguida comprenderás la razón. Mira.

El profesor abrió su ordenador y le mostró a Anne una grabación de una cámara de seguridad. Las imágenes eran en blanco y negro, pero Anne enseguida reconoció dónde habían sido tomadas. Era uno de los portales adyacentes al edificio donde se ocultaba la biblioteca de la Fundación en el casco viejo de Bilbao.

—¿Qué son esas imágenes? Parecen grabadas desde la calle.

—Así es. Pertenecen a un cajero automático situado enfrente. Nos ha costado muchísimo hacernos con ellas. El servidor donde el banco almacena las imágenes que graban las cámaras de seguridad va borrándolas cada diez días a no ser que un juez o la policía las solicite. Hemos tenido que hacer verdaderos esfuerzos para localizarlas y poder recuperarlas. El vídeo es de la tarde del día en el que tuvo lugar el incendio de la biblioteca. No pierdas detalle.

El profesor reanudó la reproducción. Anne miró con atención la pantalla. Una mujer saliendo del portal con bolsas de la compra en la mano. Una adolescente cargada con folletos publicitarios llamando al portero. Pocos segundos después vio acercarse a un hombre. La forma de caminar le resultaba familiar. Iba escondido bajo una enorme gorra que apenas dejaba ver su rostro. A la espalda llevaba una mochila que parecía bastante pesada.

—Es Jon Arkaute —sentenció el profesor. Anne no se atrevió a desmentirle. Esa forma de andar tan característica, tan varonil, podía ser la de Jon o la de alguien que estuviera tratando de imitarle.

—Mira ahora estas imágenes. Fueron tomadas por la misma cámara veinte minutos después de que se desatara el incendio en la biblioteca.

Anne volvió la vista hacia la pantalla. Una sombra salía del portal. Parecía el mismo hombre que le acababa de mostrar James, pero esta vez no llevaba la gorra puesta.

—No me diga que la Fundación piensa que ese hombre es Jon. No se le ve la cara. Es prácticamente una sombra.

—Espera, no te adelantes —dijo el anciano mientras ampliaba la imagen—. Nuestros expertos han conseguido filtrar algo el rostro del hombre. Mira.

—No puedo creerlo —dijo Anne. Los rasgos faciales del individuo, el corte de pelo, se correspondían con los de Jon, Aun así, la cara estaba algo distorsionada. Era imposible asegurar de manera irrefutable que fuera él.

—Es él, Anne. Sabemos que Jon estuvo varias veces en la biblioteca sin registrarse y sin dar aviso días antes del incendio. Las cámaras de seguridad que cubren los diferentes accesos a la biblioteca así lo certifican. Tenemos motivos para pensar que incluso la explosión del invernadero de las Torres Isozaki fue obra suya. Ese día entró de madrugada en la biblioteca de una manera totalmente irregular y tenemos constancia de que desaparecieron varios documentos. Curiosamente, el día del incendio de la biblioteca, nuestros sistemas de vigilancia habían sido inutilizados, al igual que las cámaras de seguridad de ese portal.

—No sabía que la Fundación grabara a los jardineros que entran a la biblioteca. ¿De qué sirve todo nuestro deber de confidencialidad si luego Petunia nos graba? Esas cintas podrían caer en manos no muy apropiadas.

—Yo tampoco estoy de acuerdo con esa medida. De hecho, muy pocos sabían de su existencia. Ha causado mucha polémica entre los jardineros que frecuentan la biblioteca de Bilbao.

—Aun suponiendo que ese hombre de las imágenes sea Jon, que lo dudo, eso no demuestra que sea el autor del incendio ni de la explosión. Jon cometió una infracción entrando de manera irregular en la biblioteca, pero eso no quiere decir que sea un asesino.

—Anne, ten mucho cuidado. No sabemos cuáles son las intenciones de Jon Arkaute, pero hasta que no demos con él tenemos que tomar las máximas precauciones. En el incendio murieron tres personas, Anne, incluida Begoña Argenta. No estamos hablando de una broma infantil que se le haya ido de las manos.

—Míre, yo conozco a Jon. Sé que no es un asesino, ¿de acuerdo? No sé qué pretende la Fundación incriminándole, pero le puedo asegurar que él no fue.

—Todo apunta a lo contrario, Anne. Por favor, no le cuentes nada a Mechero acerca de estas imágenes. No quiero causarle más dolor. Bastante ha sufrido ya por la muerte de Begoña. Estamos tras la pista de Jon. Tarde o temprano le encontraremos. Pero hasta entonces, no es necesario que Mechero vuelva a pasar por todo esto.

—Por supuesto, no se preocupe.

—Y cuida de él, por favor. Cuidaos los dos —le rogó el profesor—. No sabemos quién es el hombre que os siguió hasta la casa rural ni qué intenciones tenía. Hay motivos para sospechar que fue el propio Jon Arkaute.

—Está equivocado, profesor —le espetó Anne enojada, aunque, en realidad, no podía asegurar que no fuera él el intruso.

—Aún hay más. He estado investigando a Itziar Azurmendi, la periodista de la Luz de Navarra. No he conseguido averiguar mucho aún, pero me ha llamado la atención una cosa.

—¿De qué se trata?

—Me dijiste que Itziar Azurmendi había estudiado arqueología antes de comenzar a trabajar como periodista.

—Sí, en la entrevista que le hizo a Margarita Toledo antes de que enfermara, así lo afirmaba. De hecho, cuando Mechero y yo nos reunimos con ella, nos dio toda una lección de arqueología en relación con los restos descubiertos de las distintas especies de homínidos que han existido.

—Itziar Azurmendi no ha cursado ninguna licenciatura o grado universitario en arqueología.

—Eso es imposible. Usted no la oyó cómo se explicaba. Era toda una experta.

—Aún es pronto para confirmarlo del todo, pero de momento no nos consta que haya cursado ningún estudio universitario oficial al respecto.

—Tiene que haber una explicación coherente.

—Ya os engañó una vez. Quién sabe si no os ha podido mentir en más cosas. Esto es muy raro, Anne. No sé qué relación tiene Jon Arkaute con esa mujer. Por eso te pido que tengáis cuidado.

—No se preocupe.

Mechero no acudió a la cena. Al parecer, se había entretenido en una taberna de Holyhead degustando las cervezas locales. Anne rezó para que no llamara mucho la atención. Con una bebida o un porro en la mano, Mechero podía ser una bomba de relojería. Estuvo tentada de ir a buscarle y traerle a rastras hasta Sunny House. Al día siguiente tenían que madrugar para ir al aeropuerto. Filippa Costa y Calíope Megalos les aguardaban en Cerdeña. Pero luego recapacitó. Mechero tenía veinte años. Había sufrido mucho en los últimos meses. Si había decidido divertirse en un *pub* era señal de que ya se encontraba mucho mejor de ánimo. Y ella no era quién para amargarle el momento. Además, si al día siguiente amanecía con resaca, con un poco de suerte se pasaría el viaje durmiendo y no le daría la lata.

39.

Aimar Errekamendi apenas había dormido por la excitación. Llevaba varios días sin pegar ojo desde que había descubierto aquella especie de tesis doctoral en el cementerio de Bilbao. “*El dogma verdadero del maestro Hugo el Potevino*” se le aparecía constantemente en sueños, como si se tratara de una revelación divina, iluminado por un halo brillante de luz blanca. A veces, incluso se veía a sí mismo atrapado en el panteón de Begoña Argenta, asediado por los ángeles guardianes que lo custodiaban y tratando de escapar a su ira.

Hugo el Potevino había resultado todo un misterio en sí. Hugo de Poitiers, o también llamado Hugo Pictavinus, fue un monje francés que vivió en el siglo XII y perteneció a la abadía de Vézelay, un monasterio benedictino y cluniacense ubicado en Borgoña. Trabajó como escribano y su obra más famosa fue “*Historia Vizeliacensis monasterii*”. Popularmente conocida como “La crónica de Vézelay”, constituía un registro de incalculable valor de todos los cambios sociopolíticos, económicos y religiosos en la Francia de la época. La crónica, que le había sido encomendada por el abad Pons, era una narración detallada de los enfrentamientos y la lucha encarnizada que caracterizaron el establecimiento de las instituciones urbanas en Vézelay. Lo que más le había llamado la atención a Aimar era que la propia abadía, construida en 1037, estaba consagrada a María Magdalena. En la actualidad seguía funcionando como basílica y mantenía el culto a la discípula de Jesucristo. Se consideraba también que Hugo el Potevino había sido el autor de la guía del peregrino contenida en el famoso Códice Calixtino. En ella había descrito con gran detalle la catedral de Santiago de Compostela y la ciudad en sí, así como otros lugares que conformaban el popular Camino de Santiago, incluido su viaje por tierras vascas.

—Ese libro es de una secta —le dijo *Ama*-. ¿Es que no te das cuenta?

—No digas tonterías, *Ama*.

—Tira esa porquería a la basura. Al final va a resultar que Consuelo no es tan beata como me habías dicho. ¿Cómo puede esconder esa aberración en un lugar sagrado?

—*Ama*, no sabemos por qué lo guarda allí.

—Ese tal Hugo lideró una secta en la zona de los Pirineos. Ese libro lo deja bien claro, aunque no lo llame secta. Pero, vamos a ver, tú me dirás si no qué es. Un grupo de hombres y mujeres del siglo XII rechazando su fe cristiana y abrazando esas ideas del diablo. ¡Pero si hasta celebraban reuniones secretas!

—En todas las épocas y en todos los lugares ha habido grupos de personas que no han aceptado el dogma oficial establecido y han luchado por sus propias creencias.

—¡Menudas creencias! Esa gente estaba mal de la cabeza. Una cosa es que a todos nos gusten los cuentos y las leyendas y otra cosa es que nos las creamos. ¿En serio me estás diciendo que eso no era una secta? Anda con cuidado, que si esa mujer guarda eso ahí algo oscuro esconde.

—Pues a mí me parece precioso lo que defendía este grupo de personas. Sí, hablaban de sus ancestros como si hubiera habido una especie de mundo anterior al nuestro el cual la historia

había obviado. Puede resultar algo disparatado, en eso te doy la razón, pero ¿acaso no es más importante su ideología?

—Patrañas. A esa gente lo único que le interesaba era copular y vete tú a saber qué cochinas más hacían. Mujeres y hombres abandonando a sus esposos y esposas para hacerse al monte a vivir como *hippies*.

—Desde luego, *Ama*, ya te vale. Tienes el don de hacer que todo lo que se salga de lo que a ti te parece bien parezca una orgía sin desenfreno. Se llama conexión con la naturaleza. Una vuelta a los orígenes, una renovación. Abogaban por una sociedad libre, donde la religión no estuviera institucionalizada. La Iglesia y sus dogmas siempre han tenido opositores. A mí no me parece tan malo.

—¿Pero qué religión ni qué ocho cuartos! —exclamó *Ama* enfurecida—. Por lo que me has contado, no iban solo en contra de la Iglesia, sino también de esa otra cosa, ¿cómo lo has llamado antes? No sé qué de la rosa.

—La hermosa rosa perenne.

—Vaya nombrecito. Está claro que esa panda de degenerados pertenecía a eso que llamaban “La hermosa rosa perenne”. No solo formaban parte de una secta, sino que además pretendían acabar con ella. Una secta dentro de una secta. ¡Válgame Dios!

—No querían acabar con ella, *Ama*. Querían que volviera a ser lo que había sido en un principio —respondió Aimar. No quiso dar muchas explicaciones a su madre, pero el caso era que él también creía en la posibilidad de que Begoña Argenta, y quién sabe si también su marido Juan Mari y su hijo Borja, pertenecieran a esa secta. Puede que incluso Consuelo formara parte de ella. No podía ser casualidad que la frase que había visto en el techo del panteón se pareciera tanto a la denominación de aquel grupo al que pertenecían los seguidores de Hugo el Potevino. “*Arrosa iraunkor ederra gara*”. “Somos la hermosa rosa perenne”. Demasiado similar. Pero entonces, ¿qué pintaban los candelabros judíos tallados tanto en la espalda de las estatuas de los ángeles colocados a la entrada como en la trampilla del suelo?

—Anarquistas, eso es lo que eran. ¿Y me puedes decir que era eso tan importante en lo que creían? Porque en algo tendrían que creer, digo yo.

—No lo sé *Ama*, no lo deja claro. Es como si el que ha escrito este estudio sobre Hugo el Potevino no se atreviera del todo a revelar esas viejas creencias.

—La hermosa rosa perenne. Con lo que me gustan a mí las rosas. Las sectas no tienen nada de hermosas. Una vez vi en la tele un documental que hablaba sobre ese tipo de gentuza y creo que empleaban nombres parecidos. Deben de venir de muy antiguo.

—Tú te estás refiriendo a la Orden de la Rosacruz. Pero no tiene nada que ver con todo esto. Esa orden secreta fue supuestamente fundada en el siglo XIV y Hugo el Potevino vivió en el siglo XII.

—No, leches, era algo que tenía que ver con los masones.

—También lo he investigado. El término “Rosacruz” hace referencia a alguno de los grados de los ritos masones como el francés y el escocés. La expresión «Rosacruz» es también la que se suele utilizar para denominar al miembro de la masonería que ha alcanzado el grado de

"Caballero Rosacruz". Pero me temo que esto no tiene nada que ver con los masones. La masonería tiene supuestamente como objetivo el análisis filosófico del arte y la ciencia y el fomento del desarrollo personal del ser humano. Su objetivo es conseguir la evolución personal y el progreso social, un estado avanzado de nuestro ser y de la sociedad. Pero los seguidores de Hugo el Potevino no hablaban de esto, por lo que parece. Ellos creían que había existido un mundo anterior al nuestro al que había que regresar. Yo tampoco lo entiendo del todo, pero eso es lo que afirma este trabajo. No solo propugnaban una separación de la religión y los gobiernos, algo que por otra parte, viene de antiguo. Jesucristo también habló de lo mismo, ¿te acuerdas? "Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios". No, esto va más allá. Es como si protegieran un secreto ancestral que ha sido deliberadamente ocultado por la historia oficial. Creían en un culto antiguo y en su misión como vigilantes del orden en el universo. Hasta daban validez a viejas profecías sobre el advenimiento del fin del mundo conocido.

—¡Menuda sarta de herejías! Nada bueno puede venir de un monje que pertenece a un monasterio dedicado a María Magdalena.

—Me sorprende que digas eso, *Ama*. María Magdalena es considerada santa por la Iglesia católica. Se supone que sus restos mortales llegaron a la Abadía de Vézelay, donde surgieron verdaderas peregrinaciones para visitarlos.

—Entonces, si esa secta de Consuelo no es la orden de la Rosacruz ni tampoco son los masones, ¿qué es? —preguntó *Ama* airada.

—Yo llevo dándole vueltas a lo mismo varios días. Al parecer, la rosa tiene un profundo significado metafísico y ha sido utilizada por muchas culturas a lo largo del tiempo. Simboliza el poder místico, la resurrección y la eternidad, el clímax espiritual, una regeneración del ser.

—Eso coincide con lo que has dicho de que buscaban una renovación, una vuelta a los orígenes. Pero ¿a qué orígenes?

—Supongo que se referían a ese mundo anterior al nuestro, o tal vez a los valores y la espiritualidad de ese universo primigenio. Es como si se dedicaran a vigilar el correcto funcionamiento del orden cósmico. De todas formas, la rosa también tiene que ver con el sigilo, lo secreto, lo que está oculto. Las enrevesadas hojas de su flor no permiten ver su interior, simbolizando lo que no debe ser conocido o transmitido. En muchas casas consistoriales alemanas aún se conserva tras los asientos una rosa, tal y como se hacía en la Edad Media, y en sus archivos se relacionan los miembros de los consejos que no supieron silenciar acuerdos que debían permanecer ocultos.

—Eso también encaja con ese secreto ancestral que dices que quieren mantener oculto a toda costa. Pero, ¿por qué habrían de enfrentarse a la propia secta a la que pertenecían? Vaya grupo de iluminados. Virgen Santísima, lo que una tiene que escuchar.

—El autor de la tesis apunta a que esa especie de orden secreta, "la hermosa rosa perenne" o como quiera que se llamen, estaba comenzando a ser objeto de control por parte de un sector al que denomina Los Caducos. Esta corriente del grupo implantó una jerarquización de la hermandad, con diferentes cargos o castas, como las llama él, y promovieron la segregación social dentro del grupo, con los dirigentes imponiendo su dogma a los sometidos, sin posibilidad siquiera de debate y apartando a las mujeres de cualquier cargo de importancia. Más o menos lo que ha hecho la Iglesia a lo largo de la historia. Por lo que he leído, los seguidores del Potevino

abogaban por una organización más igualitaria y democrática. En el siglo XII, los Caducos comenzaron a hacerse con el poder a través de la violencia y técnicas más propias de grupos criminales.

—Pero lo caduco es precisamente lo contrario a lo perenne.

—Por eso. El autor del estudio defiende a ultranza la teoría de que los seguidores de Hugo el Potevino eran los únicos que podían salvar a la organización para que se mantuviera fiel a su espíritu.

—Y para eso ¿hace falta recurrir a la violencia? Violencia para sofocar la violencia. Pareces tonto, hijo. Esa tesis es un panfleto propagandístico de ese grupo de gente. Si siguen existiendo hoy en día, el resto de la secta les tiene que tener mucho cariño.

—No habla de violencia exactamente, *Ama* —dijo Aimar—. Habla de llevar a cabo cuantas acciones sean necesarias para volver a lo que había antes.

—No me hagas reír, hijo. Ese misterioso autor habla de fuego. El fuego como algo purificador. Que yo sepa el fuego lo único que hace es quemar y matar gente.

—Yo creo que te estás montando una película en la cabeza, *Ama*. El fuego puede ser solo un símbolo que emplea el autor como metáfora de la renovación. Deshacerse de lo malo y volver a renacer. Como sucede por ejemplo con las hogueras de la noche de San Juan.

—¿Así que te parece casual que el hijo de Begoña Argenta muriera en esa explosión de las Torres Isozaki y que su propia madre muriera en el incendio de un piso del casco viejo? Eso es fuego, hijo. Ese libro que has encontrado es el manual ideológico de unos criminales.

—No exageres, *Ama*.

—¿Y quién es esa mujer pelirroja? —*Ama* le estaba preguntando por la mujer que aparecía en las fotos que se le habían caído al suelo al salir del panteón de Begoña Argenta.

—Es la mujer que grabaron las cámaras de seguridad del casco Vvejo de Vitoria la noche en la que mataron a Peter Magnusson, el asesino del *blog*. Tiene que ser ella. Aunque las únicas imágenes que grabaron las cámaras son borrosas, su fisonomía coincide. Me atrevería a decir que incluso el color de su cabello es exacto.

—¡Qué listo eres, hijo mío! Al final vas a tener razón. Que detrás de lo que hizo ese monstruo, incluso de su propia muerte, hay algo oscuro y siniestro.

—Sí, mi intuición no me ha fallado, como siempre. Esa mujer es la conexión.

—Es más guapa que Consuelo. Deberías invitarla a tomar un café. Te vas a quedar para vestir santos.

—¿En qué quedamos, *Ama*? Unas veces me dices que no me fíe de nadie, que todo el mundo me va a traicionar o hacer daño, ¿y ahora me vienes con estas?

—No sé de qué me hablas. Llama a la pelirroja. Esa es buena. Haz caso a tu madre.

Aimar optó por no contarle a *Ama* nada acerca de otra de las teorías que el autor de aquel estudio sobre Hugo el Potevino defendía. Según él, el euskera, la lengua autóctona de los vascos, tenía un origen celestial, significara aquello lo que significase. Así lo atestiguaban diferentes oraciones religiosas en ese idioma que Hugo el Potevino había conseguido recopilar durante sus viajes por Aquitania y al otro lado de los Pirineos.

“Gracias te damos por los dones recibidos con orgullo, por la lengua que trajeron del cielo las lágrimas de los ángeles.”

“A ti venimos a adorarte, con la lengua que tú nos enseñaste y que llegó del cielo para alumbrar nuestro camino”.

Si le hubiera hablado de esto a *Ama*, ella habría insistido hasta la saciedad para que abandonara aquella peligrosa investigación. Desde su punto de vista, cualquier conato de fanatismo, por mínimo que fuese, siempre provocaba dolor y enfrentamientos. Excepto los propios de la Iglesia Católica, claro.

Aimar Errekamendi saludó a su contacto con fingida naturalidad. Siempre le había costado llevar a cabo los protocolos sociales que implicaban hacer creer a las personas con las que había entablado relación al cabo de los años que estas le caían bien. Desde aquel verano en el campamento, no había vuelto a tener un amigo. Por mucho que los demás intentaran entablar amistad con él, siempre oponía resistencia a cruzar la línea que separaba la simple cortesía de algo más profundo.

—¿De dónde has sacado las fotos de esa mujer? —le preguntó tras el apretón de manos.

—No te lo puedo decir —le contestó Aimar de manera contundente—. Forma parte de la investigación.

—¿Ahora me vienes con esas? ¿No confías en mí o qué te pasa?

—No se trata de confiar o dejar de confiar. No puedo contártelo. Por ahora es mejor así. No quiero que todo se vaya al garete.

—Es ella. Es la mujer que capturaron las cámaras de seguridad la noche en la que mataron al asesino del *blog* en el palacio de Montehermoso. He consultado con los compañeros que llevan el tema del análisis de las imágenes y están convencidos de que es la misma mujer.

—Lo sabía.

—Tenemos una testigo que la sitúa en Vitoria esa noche. Antes de que los de arriba dieran carpetazo al caso, se investigó a los vecinos de los edificios colindantes al palacio por si habían visto a los sospechosos, tanto a la mujer pelirroja como al hombre con la capucha y la gorra, pero nadie vio nada o no quisieron hablar. Enfrente de la puerta del antiguo depósito de aguas hay una pensión muy popular en la zona, aunque en esos días estaba casi sin huéspedes, por todo el asunto de los asesinatos. La encargada de vigilar el acceso esa noche se presentó a los pocos días en comisaría cuando la aparición del cadáver de Peter Magnusson saltó a los medios de comunicación. Aseguraba haber visto saliendo del antiguo depósito de aguas a varias personas poco tiempo después de la hora en la que según el forense fue asesinado Peter Magnusson. Actuaban con sigilo y rapidez, “como si fueran ladrones”. Esas fueron sus palabras exactas.

—¿Los que mataron a Peter Magnusson? —preguntó Aimar. El cadáver del asesino del *blog* había aparecido en el atrio del palacio de Montehermoso, pero no era descabellado pensar que sus ejecutores hubieran escapado a través del antiguo depósito de aguas que se conectaba con el palacio bajo tierra. De hecho, era lo más lógico ya que la puerta, cubierta de andamios, se encontró abierta.

—Eso parece. Nos dio una breve descripción de ellos, pero no nos sirvió de mucho.

—¿Se lo comunicasteis a la *Ertzaintza*? No me suena de nada.

—No. Al principio quisimos apuntarnos el tanto pero como vimos que no aportaba nada, supongo que alguien decidió no comunicarlo. De hecho, he intentado encontrar el informe de ese día y no he sido capaz.

—Perfecto. Como siempre, los “*municipas*” y la *Ertzaintza* colaborando en armonía —ironizó Aimar.

—Al parecer esa gente iba ataviada con ropas oscuras y sombreros y viseras. Todos excepto dos. Uno de los intrusos portaba en brazos el cuerpo de un chaval de unos veinte años de edad o “*veintipocos*”, que creemos que es el hombre de la capucha que captaron las cámaras de seguridad. La ropa coincide. Ropa ancha, como de *skater*.

—¿Y el otro?

—La otra. Una mujer pelirroja. Pero no supo decirnos nada más, porque enseguida se metieron todos en una furgoneta y desaparecieron como alma que lleva el diablo.

—¿Crees que era la misma mujer? —preguntó Aimar.

—No lo creo, lo afirmo. Ayer visité a la dueña de la pensión con las fotografías que me facilitaste. Asegura que se trata de la mujer que vio saliendo del depósito de aguas. Aunque no se lo dijo a la policía en su día, dice que le pareció que era extranjera cuando la vio. Y por lo que se ve en las fotos, creo que es así. Mira bien las imágenes.

—Da igual. Hasta que no averigüemos quién es de nada sirve ese testimonio.

—Por no hablar de que el caso está cerrado. Voy a seguir preguntando a vecinos de la zona mostrándoles la fotografía.

—No llates la atención, por favor. Si alguien de los de arriba se entera, ya sabes lo que te puede pasar.

—Tranquilo, se me da bien pasar desapercibido.

—Gracias —dijo Aimar.

—Lo que sea por un colega.

Aimar no supo qué decir. Aquella intimidad sobrevenida en la conversación lo había descolocado.

—Supongo que ahora me toca a mí —dijo al fin mientras extraía una carpeta del maletín que llevaba colgado al cuello. Era uno de esos bolsos informales destinados a transportar los ordenadores portátiles. A *Ama* le encantaba.

—Gracias por ayudarme poniendo en peligro tu puesto de trabajo, tío —le dijo él mientras echaba un ojo a la documentación.

—Lo que sea por un colega —le dijo a su vez Aimar fingiendo sinceridad. En aquel intercambio de favores no había otra cosa que mero interés. —He rastreado los escasos movimientos que ha realizado con su tarjeta bancaria en las últimas semanas. Apenas la ha utilizado durante todo este tiempo pero desde hace aproximadamente un mes ha vuelto a hacer un uso más o menos normal, como si hubiera bajado la guardia.

—Está en La Rioja.

—Más bien La Rioja Alavesa —aclaró Aimar—. Hay algún pago hecho en Logroño, pero hay bastantes más cargos hechos en establecimientos de Laguardia, Lapuebla de Labarca, Lacaverna y Oion. Estoy convencido de que está viviendo en uno de esos pueblos. Aunque no hay registrado pagos en ningún hotel. Donde ha hecho más gasto es en Laguardia. Espero que comprendas que no te puedo dar toda esta información sin autorización judicial. Por eso te pido la máxima discreción.

—Tranquilo, tío. Yo también me la estoy jugando con esto de la encargada de la pensión. Si se enterara alguien, te puedo asegurar que estaría en un verdadero aprieto.

—Aun así, te ruego discreción.

—Que sí, no te preocupes —le tranquilizó—. Oye, Aimar, sin ánimo de abusar. Vamos, que te agradezco todo lo que has averiguado, pero ¿no habría una forma más exacta de cercar su paradero? Seguro que tienes acceso a la localización a través del GPS del móvil, o por las antenas de telefonía de la zona.

—Vamos a ver, colega —dijo Aimar, poniendo énfasis en la pronunciación de aquella palabra que aludía a la amistad y que le resultaba extraña y carente de sentido—. Creo que no te has debido de enterar bien. Lo de la tarjeta bancaria lo he podido hacer por un favor que me debía alguien y gracias a que el banco es de aquí, pero no me hagas explicarte todas las normas que estamos violando, empezando por la ley de protección de datos. Lo que me estás proponiendo son palabras mayores. ¿Me puedes explicar cómo consigo que una compañía de teléfono me facilite esa información sin que un juez dé su autorización? Es imposible. Te dije en su día que denunciaras su desaparición. Habría sido todo mucho más fácil. No entiendo por qué no lo hiciste.

—Es algo demasiado personal, Aimar. Discutimos y se fue. Seguí una pista hasta un motel en el que deduje que se había hospedado mientras le duraba el cabreo, pero cuando llegué ya se había ido. Nunca había hecho esto antes. Pensé que se le pasaría enseguida, pero está visto que me equivoqué. No quiero que nadie en el cuerpo se entere de esto, ¿vale? Salvo mi superior nadie sabe lo nuestro. Tan solo quiero recuperarle de la manera más discreta posible.

—Me parece increíble que tengas tanto miedo a lo que tus compañeros puedan pensar. ¡Es tu marido, joder!

—Tú no lo entiendes, tío.

No, no le entendía en absoluto. Manu Olabe valoraba más su reputación de macho alfa dentro del cuerpo de la policía municipal de Vitoria que su propia relación sentimental. Aimar no entendía mucho acerca del amor, pero desde luego no le parecía natural que Manu no hubiera seguido los cauces oficiales para conseguir encontrar a su esposo. Incluso había convencido a su cuñada para que no denunciase la desaparición, haciéndole creer que él se estaba encargando personalmente del caso. Ander Goikoetxea se había ido de su domicilio conyugal de Deusto hacía demasiado tiempo. Una simple discusión no era motivo suficiente para una ausencia tan larga. ¿Le habría puesto Ander los cuernos a su marido? ¿Le habría abandonado para marcharse con otro? Era posible, pero seguía sin comprender por qué no daba señales de vida, ni siquiera a su hermana. Era como si quisiera que el que todavía era su esposo no le encontrara nunca. Manu Olabe le estaba ocultando algo.

Si *Ama* se enterara de su supuesta amistad con Manu le echaría un buen rapapolvo. Nunca le habían gustado las personas como Manu. Siempre le había advertido de que no debía fiarse de los chicos más populares de la clase. Eran los que más daño solían hacer a la gente como Aimar. Y Manu, en cierto modo, era uno de los agentes más populares de la guardia urbana de Vitoria. Amistad. No sabía exactamente qué quería decir aquel vocablo tan abstracto y vacío, pero desde

luego si ser amigo implicaba un afecto, un vínculo de cariño con alguien, eso no era lo que había entre Manu y él. Por mucho que Manu insistiera en seguir llamándole “colega”.

Evaristo Palacios entró hecho una furia en su casa de Lacaverna. De la patada que propinó a la puerta de la calle, la *eguzkilore* que había colgada sobre la misma se calló al suelo y se partió en tres pedazos. Subió dando grandes zancadas los peldaños de la escalera que llevaban a la planta superior. Buscó a su esposa por todas las habitaciones. La ira que cegaba cada uno de sus movimientos le impedía actuar con claridad. Sentía que toda su reputación y posición social, que se había construido a base de esfuerzo y muchos disgustos durante más de cincuenta años, podía estallar en mil pedazos en cualquier momento. No había sido fácil vencer la resistencia inicial de los vecinos de Lacaverna ante aquel nuevo miembro del pueblo cuando llegó proveniente de Laguardia. Y no solo por el legendario enfrentamiento entre ambas villas que, aun formando parte de la misma comarca, habían llevado a alguno de sus respectivos lugareños a protagonizar más de un desencuentro a lo largo de la historia. Ambos pueblos reivindicaban albergar el casco histórico más importante y más bello de toda la zona y además rivalizaban al presumir de ser la localidad con más relevancia desde el punto de vista turístico. Con el paso de los años, los habitantes de Lacaverna lo habían ido aceptando como uno más de ellos, a lo cual sin duda había contribuido su matrimonio con Rosa Iturritxu. La familia de la señora Rosa era originaria de Gernika pero llevaba en Lacaverna por lo menos tres generaciones. Encontró a su mujer en el cuarto de baño, secándose el pelo.

—¿Me puedes explicar qué narices es esto? —dijo blandiendo un sobre que había extraído del buzón hacía menos de cinco minutos.

La señora Rosa ni siquiera le miró. Sabía perfectamente de qué estaba hablando.

—No te preocupes —le dijo.

—¿Que no me preocupe dices? ¿Me puedes explicar quién es el cabrón que nos lleva enviando cartas toda la semana?

—Te he dicho que no te preocupes. Lo voy a solucionar, déjalo en mi mano.

—Rosa, creí que esto estaba más que olvidado. Y silenciado. ¿Cuántos años han pasado ya? ¿Me puedes explicar cómo es posible que alguien nos esté amenazando con soltar a los cuatro vientos lo que pasó? Me dijiste que esas cosas vuestras jamás saldrían a la luz.

—Cálmate de una vez. No va a hacer nada. Solo quería que tú te enteraras. Está tratando de meterme miedo. Simplemente. Pero ya te he dicho que lo voy a arreglar.

—Pero ¿quién? ¿Me quieres decir de una vez quién es este cabrón?

—Alguien que quiere algo que tengo yo.

La señora Rosa tuvo que aguantar los reproches y gritos de Evaristo durante media hora más hasta que por fin logró tranquilizarle. Tuvo que convencerle de que nadie más sabía nada. Ninguna persona en Lacaverna que no perteneciera a la familia de Sabina Elguea conocía lo que sucedió. Y de hecho así era. Aunque no paraba de darle vueltas a la cabeza pensando quién podría habérselo revelado a aquel niñato entrometido. Habían llegado tres cartas a lo largo de los días anteriores y

no estaba dispuesta a recibir ni una más. Una cosa era que la gente del pueblo supiera de su afición al bingo y otra muy distinta era que conocieran aquello. No quería ni imaginarse cómo reaccionaría la gente de Lacaverna.

Al llegar a Lapuebla de Labarca abrió la puerta de la casita del jardín de Ruud Vanner y se sentó sobre la cama. Esperaría lo que hiciera falta hasta que aquel indeseable llegara. Sabía que el señor Vanner y su hijo habían vuelto a salir de viaje, así que no era probable que nadie más la sorprendiera allí. Hubert Vanner había acudido a Laguardia a vagar, beber y disfrutar de los placeres de la vida, como él solía decir. No había sopesado bien la osadía de aquel muchacho. ¿Quién le iba a decir a ella que a su edad iría a sufrir un chantaje como aquel! Porque no se le ocurría otra forma de llamar a aquello. Aquel joven era un chantajista.

—¿Quién te ha dado permiso para entrar aquí? —le preguntó Ander Goikoetxea cuando se la encontró en su habitación.

—Trabajo aquí y tengo llave de casi todas las habitaciones. ¿Cuál es el problema? —le dijo ella empleando un tono desafiante.

—Me pregunto qué pensará David de esto.

—No voy a dejar que ningún jovencuelo como tú rompa mi matrimonio ni arruine mi reputación. ¿Quién te has creído que eres?

—No me hagas hablar, Rosa. Fuiste tú la que me mentiste. No devolviste a la biblioteca de Ruud ninguno de los tres libros que te llevaste. Entre ellos, el que yo buscaba. ¿Por qué?

—No eres más que un chantajista. El señorito David está ciego contigo. Si es que lo que no es natural no es natural. Si supiera cómo eres de verdad...

—Vamos a ver Rosa. No sigas por ahí, por favor. Me he tenido que enfrentar a gente ignorante como tú muchas veces, así que no merece la pena que vomites sobre mí tu odio. Ya no me afecta. Respétame y yo intentaré hacer lo mismo, ¿de acuerdo? Hagamos esto por las buenas. No te voy a poner un cuchillo al cuello, tranquila. No soy esa clase de persona. ¿Te crees que estoy a gusto con todo esto? Pues aunque te sorprenda no lo estoy para nada. Pero es lo que hay, ¿vale? No te pido que lo entiendas. Pero es muy importante que tenga ese libro. Créeme, de verdad. Y por favor, no te atrevas a juzgarme. Si quieres, me pongo a juzgar yo la razón por la que Sabina te echó de su casa...

—Ya te lo dije. Estás jugando con fuego. No tienes ni idea de dónde te estás metiendo.

—¿Quién es ahora el que amenaza a quién?

—Yo no tengo esos libros —le dijo. Había un halo de temor apenas perceptible reflejado en su mirada.

—No me vengas con tonterías. Dámelos de una vez o te juro que toda Lacaverna sabrá lo que hiciste.

Rosa Iturririxu se acercó a Ander, y se colocó a escasos centímetros de su cara.

—Sí, yo los robé —reconoció al fin—. Necesitaba ese dinero. La tentación era demasiado grande. Total, el señor Ruud no se iba a enterar de que le faltaban tres libros. Pero para mí suponía una más que probable entrada de dinero. Después de años tratando con prestamistas

usureros y yendo y viniendo a las casas de empeños, una adquiere cierta experiencia a la hora de tasar los objetos más caros. Y te puedo asegurar que la mayoría de los libros que el señor Ruud almacena en su biblioteca tienen un valor más alto de lo que parece. Le han acompañado a todas partes. Su colección de libros ha sido su máspreciado tesoro en cada una de las casas en las que ha vivido. Y no lo digo solo por las encuadernaciones de lujo. Sino por su contenido.

—Pero ¿qué sabrás tú de todo eso? No eres más que una ladrona de pacotilla. Dame ya los libros. Mi paciencia se está agotando.

—Te he dicho que no los tengo yo.

—No te creo.

—Al poco tiempo de dejarlos en la casa de empeños de Logroño se me ocurrió una forma mejor de ganar más dinero. Simplemente los recuperé y se los entregué a la persona más proclive a pagar lo que hiciera falta por ellos.

—¿De quién estás hablando?

—¿De verdad quieres seguir por este camino? No creo que tengas lo que hay que tener.

—Deja ya de decirme gilipolleces —le pidió Ander a punto de perder los papeles—. ¿Quién tiene los libros?

—Alguien a quien deberías conocer bien si has decidido formar parte de la familia del señorito David. Pero no creo que vaya a acceder a entregártelos así porque sí, por tu cara bonita.

—¿Los tiene Hubert? —preguntó Ander.

—Qué más quisieras. Los tiene ella. Sabina.

—¿La tía de David?

—La misma. Deberíais quedar a tomar el té, seguro que está encantada de charlar contigo —se burló la señora Rosa.

—¿Cómo sé que dices la verdad?

—No lo sabes. Pero créeme, los tiene ella.

Ander miró de arriba abajo a Rosa Iturritxu. No podía creerse estar teniendo aquella conversación con aquella mujer. Sentía repugnancia de su mera presencia física y estaba deseando que se marchara de una vez, pero lo cierto era que sentía que no le estaba mintiendo. David le había dicho que Sabina también padecía el mismo insomnio que él. ¿Sería posible que Sabina Elguea hubiera adquirido aquellos libros para tratar de encontrar un remedio a la enfermedad que ella misma podía llegar a padecer un día? ¿Podría haber estado buscando una solución al letargo en el que estaba sumida Véspero, la abuela de David? La idea no era tan descabellada. Sin embargo había algo que no terminaba de encajar.

—¿Cómo es posible que acudieras a Sabina para venderle esos libros después de lo que hiciste? No creo que estuviera por la labor de recibirte.

—No traté con ella directamente. Mandé un mensajero.

—¿Quién? ¿Quién iba a querer hacer una cosa así?

—La misma persona que se ha ido de la lengua y te ha contado a ti la razón por la que Sabina me echó de su casa.

Anne Wellington sabía que Mechero estaba preocupado. El control policial del aeropuerto de Heathrow, que se había intensificado en los últimos meses por los atentados que estaban sucediendo en diferentes ciudades occidentales, había estado a punto de dar al traste con el viaje del joven. Una de las agentes había llamado a otro colega para analizar conjuntamente la foto del pasaporte de Jean-Baptiste Florien que había vuelto a utilizar para salir del Reino Unido, aunque al final le había dejado pasar sin problemas. El vuelo que los había llevado hasta la isla italiana de Cerdeña se había retrasado más de hora y media. Mechero temía la suerte que pudiera correr Calíope enfrentándose ella sola al peligro que suponía tratar de hacerse con la pieza del grabado.

Pero había algo más. Sabía que Mechero estaba preocupado por ella y por el bebé. Era hasta gracioso ver los gestos cariñosos y casi paternales del joven hacia ella, ayudándole con las maletas y abriéndole las puertas. Se había tenido que poner firme y aclararle que estaba embarazada, no discapacitada. Era lógico que Mechero se comportara con ella de aquella manera, temeroso de que algo malo fuera a ocurrir en cualquier momento. Verla en el cuarto de baño del aeropuerto de Bilbao con las piernas cubiertas parcialmente de sangre no había tenido que ser sencillo de asumir. Mechero seguía sin entender cómo Anne había aceptado de nuevo emprender un viaje que podía suponer más que un riesgo para su estado de salud. Ella le había dicho que lo tenía todo controlado, que no se preocupara, pero él no la creía.

Anne había estado a punto de contarle que ella sabía que el bebé iba a nacer, que lo presentía, que estaba segura de ello. Tan segura como que el pequeño Tommy, su amigo invisible de la infancia, el niño diablo de Sunny House, había acabado con el asesino del *blog* en Vitoria y les había salvado a ambos. Tan segura como que estaba teniendo unas visiones nada alentadoras donde la gente corría, se oían gritos y el llanto desconsolado de un niño pequeño. Tan segura como que escuchaba a Mary Anne Merrick hablándole en sueños. Pero claro, eso suponía tener que admitir ante él que tenía todas aquellas facultades y temía que la tomara no por bruja, como ella misma se había llegado a autodenominar, sino directamente por loca. Por eso había tomado la decisión de no contarle nada acerca del *e-mail* que se había encontrado en su bandeja de entrada esa mañana al despertar. Enviado desde una dirección totalmente desconocida para ella, el remitente se dirigía a ella con total familiaridad, llamándola por su nombre e informándola, más bien advirtiéndola, de lo que estaba a punto de ocurrir en la Fundación Petunia.

“Para Anne.

Los Caducos, con Santiago Valls a la cabeza, han radicalizado su postura aún más. Hay rumores consistentes de que algunos de los jardineros que han mostrado públicamente su apoyo a los Revolucionarios han sufrido asaltos, accidentes y repentinas enfermedades que, al menos en tres de los casos, en jardines de Grecia, Bélgica y Portugal, han acabado en defunción. La guerra civil se ha desatado dentro de Petunia justo en el peor momento, cuando la profecía del retorno de los que estaban antes está a punto de materializarse y los enfrentamientos entre los distintos linajes se están agravando. Y lo peor no es eso. Lo peor es que en esta guerra interna dentro de Petunia no hay una única resistencia. La brecha que divide en dos a los Revolucionarios es cada vez más grande. Los Insurgentes reclaman acciones violentas y que rueden las cabezas de los Caducos mientras que los Originarios, como así se hacen llamar, consideran a los Insurgentes igual de peligrosos que los Caducos y optan por una solución pacífica más coherente con el espíritu original de la organización. Unos y otros reclaman un líder, alguien que logre acabar con la hegemonía de los Caducos, pero nadie parece ponerse de acuerdo en elegir a la persona adecuada ni tampoco han surgido postulantes. ¿Conoces a alguien que esté dispuesto a asumir esa responsabilidad?”

Lo primero que había pensado era que había sido Jon Arkaute quien se lo había enviado. Pero, de ser así, ¿por qué no se había dirigido a ella en otros términos? Ni hablaba de ellos dos, ni le explicaba por qué no había contactado antes con ella. Nada. Era un texto absolutamente aséptico que probablemente obedecía a una cadena de mensajes que los jardineros revolucionarios se estaban enviando entre sí para averiguar a qué bando de la resistencia apoyaban. ¿Quién se lo había mandado a ella? ¿Alguien estaba calibrando la posibilidad de que ella fuera esa persona que liderara la revolución en la Fundación? Su abuela Mary Anne había luchado de forma pacífica por cambiar las tornas y derrocar a la corriente de los Caducos. Tenía claro de qué parte estaba ella también. Cuando acabó de leer el *e-mail* había recordado uno de los persistentes sueños que estaba teniendo últimamente. Su abuela Mary Anne le pedía que despertara. “*Despierta Anne*”. ¿Cuántas veces la había escuchado pronunciando aquella orden? ¿Le estaba pidiendo la abuela que reaccionara de una vez y que pasara a la acción? No se imaginaba a la abuela propugnando el uso de la fuerza para obtener la subversión. El éxito de Mary Anne Merrick había sido precisamente el conseguir que tanto Caducos como Revolucionarios llegaran a un entendimiento, pero desde el diálogo. Al menos lo había logrado durante un tiempo. Hasta que la mataron. En su corazón se mezclaban muchos sentimientos y pensamientos enfrentados. Por un lado deseaba vengar la muerte de su abuela que, tal y como le había confirmado el profesor O’Connor, había muerto a manos de los Caducos cuando intentaba hacer que la organización volviera a sus orígenes. Deseaba con toda su alma acabar con los Caducos y hacerles pagar por todo el mal que estaban causando. Pero por otro lado, no dejaba de preguntarse por qué ella tenía que asumir semejante compromiso. Bastante tenía ya con todo el asunto de la profecía. Su prioridad era que su hijo naciera sano. Él heredaría el reino de los que estaban antes y lucharía contra quien intentara hacerle daño. ¿Tenía que ser ella también la que liderara la revolución? ¿Estaba dispuesta a asumir el riesgo de enfrentarse no solo a los Caducos sino a los revolucionarios más violentos? ¿Y si aquel *e-mail* era simplemente un cebo para engañarla y hacerla delatarse como defensora de la vía pacífica? ¿Y si aquel correo electrónico se lo había mandado precisamente un Insurgente o, lo que era peor, un Caduco?

Había intentado llamar a su madre hasta en nueve ocasiones, pero no había habido manera de contactar con ella. Betrys tenía el teléfono apagado o sin batería. Había llegado a pensar que quizá su progenitora la había bloqueado. Tenía que conseguir hablar con ella como fuera. Los asesinatos que estaban sucediendo en el País Vasco estaban relacionados con lo que le había pasado a ella cuando la secuestraron. Sentía la pesada losa de la responsabilidad aprisionándola contra el suelo cada vez que releía las noticias de los crímenes de aquellas niñas. Quizá estaba en su mano averiguar qué era lo que estaba ocurriendo y así poder ayudar a detener al asesino. De momento no se había vuelto a publicar ninguna noticia relacionada con “la *sorgina*”.

—Así que Itziar Azurmendi, según el profesor O’Connor, no está graduada en arqueología —le dijo Mechero mientras Anne conducía el coche que habían alquilado al llegar a la isla. La carretera era estrecha y de doble sentido y había que circular despacio, pues no había valla de seguridad y cualquier despiste podía hacer que terminaran cayendo por el acantilado sobre el que discurría la vía.

—Eso parece —le contestó Anne mientras trataba de colocar el cinturón de seguridad de manera que no le oprimiera tanto el abdomen.

—Ya. Y yo soy el hijo secreto del Papa.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella sin entender el súbito sarcasmo de su compañero. Tal y como le había prometido a James, no le había contado nada acerca de las grabaciones de Jon Arkaute entrando y saliendo de la biblioteca de Bilbao el día del incendio, pero nada más llegar a Cerdeña le había revelado lo que le había contado acerca de la periodista de La Luz de Navarra. Mechero ni siquiera había hecho un comentario al respecto, como si tuviera cosas más importantes en las que pensar.

—Pues que no me lo creo.

—¿Por qué?

—Ayer me pasé toda la noche hurgando en Internet en busca de una pista que nos pudiera hacer entender por qué Itziar Azurmendi nos mintió y sobre todo qué pinta Jon Arkaute en todo esto. Entre birra y birra me topé con un dato la mar de interesante. Por eso no me encaja lo que te ha dicho el profesor. No me encaja para nada.

—¿Vas a contármelo de una vez o tengo que comprar los fascículos cada semana? —le preguntó Anne. Estaba empezando a impacientarse.

—Pues que nuestra amiga formó parte de uno de los equipos internacionales de arqueólogos que estuvieron investigando sobre el terreno el yacimiento turco de Göbekli Tepe. Ahí es nada. ¿Cómo te has *quedao*?

—¿Estás seguro de que Itziar Azurmendi trabajó allí?

—Sí. Yo tampoco me lo explico, pero su nombre aparece en dos artículos de una revista de arqueología de gran prestigio en Alemania, de donde era el grupo al que pertenecía. También dudé, pero tiene que ser ella. La fecha y el lugar de nacimiento encajan perfectamente. ¿Qué probabilidad hay de que existan más pamplonesas con ese nombre, ese apellido y esa edad y que hayan cursado estudios de arqueología?

—¿Göbekli Tepe es el santuario del Neolítico que descubrieron en Turquía, no?

—Sí, bueno. Dicho así suena a muy poca cosa. Es uno de los mayores misterios de la humanidad. Solo está excavado el cinco por ciento del lugar, pero ha sido suficiente para desbaratar lo que hasta hace bien poco se consideraba el nacimiento de las civilizaciones.

—En su día escuché algo al respecto en la televisión, pero enseguida se olvidaron del tema —dijo Anne.

—Sí. Es curioso como alguien se está encargando de enmascarar todos estos yacimientos asombrosos y hacer que caigan en el olvido para el gran público o que se perciban como meras atracciones turísticas sin trasfondo alguno. Las *drakospita* de Grecia, las tumbas de gigantes de Cerdeña...

—Por no hablar de la supuesta necrópolis de gigantes que se encuentra bajo la muralla de la antigua Vitoria. En el caso de Göbekli Tepe ¿por qué es tan revolucionario lo que se ha descubierto?

—Göbekli Tepe se comenzó a construir en el año 9.000 antes de Cristo, seis mil años antes que Stonehenge y aproximadamente seis mil quinientos años antes que las grandes pirámides egipcias. Hasta ahora, se creía que la aparición de la agricultura había propiciado el asentamiento de los núcleos humanos en un lugar en concreto, dando lugar a la aparición de las primeras ciudades y los primeros reinos. Como consecuencia de ese sedentarismo, el ser humano tuvo más tiempo para divagar e imaginar su lugar en el universo, con lo que empezó a explicar la realidad a través de la religión.

—Sí, hasta ahí llegó. El surgimiento de la agricultura y la ganadería dio lugar a los asentamientos en un lugar fijo, y más tarde llegó la religión...

—Pues para nada —la interrumpió Mechero—. El yacimiento de Göbekli Tepe se considera que es el primer lugar de culto, el primer santuario de la humanidad. Lo que se ha sacado a la luz hasta ahora son varios edificios concéntricos con cientos de pilares de tres metros de altura en forma de T y siete toneladas de peso cada uno adornados con figuras de diferentes animales de la época y algún que otro símbolo que no se ha logrado descifrar.

—¿Y?

—Pues que en el momento en el que Göbekli Tepe fue construido los seres humanos eran nómadas recolectores y cazadores, aún no habían aparecido ni la agricultura ni la ganadería. Ese santuario ha dado un vuelco a la historia de la humanidad. Al contrario de lo que se creía hasta que se descubrió Göbekli Tepe, parece ser que primero surgió la espiritualidad, la religión, y ante la necesidad de crear ese conjunto de templos tan complejos y difíciles de edificar, los humanos de la época se vieron obligados a dar cobijo, alimentar y sostener a toda la gran masa de trabajadores o esclavos que los levantaron, surgiendo en ese momento las primeras técnicas de agricultura y ganadería y una sociedad mucho más compleja y asentada.

—Si es cierto que nuestra amiga Itziar Azurmendi intervino en esas excavaciones es muy raro que no esté graduada en arqueología.

—Muy raro —insistió Mechero—. Por no hablar de que esta mujer parece ligeramente obsesionada con los grandes descubrimientos arqueológicos que han dado un vuelco a lo que hasta ese momento se consideraba como historia oficial de la humanidad.

—Ya lo hablamos con el profesor O'Connor. Puede que todas estas culturas deriven de un mismo sustrato.

—La raza de gigantes constructores de grandes estructuras megalíticas. Los gentiles a los que la mitología vasca y otras mitologías europeas atribuyeron el haber edificado los dólmenes, menhires...

El joven no pudo terminar la frase. En ese instante un pequeño camión con ovejas que trataba de adelantarles se vio forzado a invadir el carril por el que circulaban ellos para evitar empotrarse contra el vehículo del sentido contrario. Anne lo vio venir y comenzó a frenar en el mismo instante en que presintió lo que se disponía a hacer. La embestida les desplazó hasta casi el borde del precipicio pero la jardinera pudo controlar el coche cuando faltaban apenas cinco metros para caer. La camioneta les rozó por todo el lateral izquierdo y pudo detenerse más adelante. El conductor salió por su propio pie y corrió hacia donde ellos. Gritaba palabras en italiano casi ininteligibles, mientras hacía aspavientos con los brazos señalando a un lateral del auto. El hombre trataba de abrir las puertas empleando sin éxito toda su fuerza. Estaban trabadas. Anne

miró a Mechero. Se había desmayado pero no parecía herido. Un aturdimiento espeso y pesado embotaba todos sus sentidos y no era capaz de entender lo que el individuo trataba de comunicarle. De repente la criatura que llevaba en su vientre se revolvió de manera violenta provocándole un dolor profundo que estuvo a punto de hacerle perder la consciencia. Y en ese momento volvió a escuchar la voz. *“Anne, despierta”*. La abuela Mary Anne le había vuelto a hablar. Como si se tratase de una alarma estallando en mil decibelios, consiguió hacerle salir de aquella suerte de trance y por fin comprendió que debía desbloquear el seguro. Al hacerlo, el hombre abrió la puerta desesperado y la ayudó a salir.

—Fuoco! Fuoco! —gritaba señalando el depósito de gasolina.

Anne observó el chorro de combustible brotando al exterior y empapando la calzada. Sin pensárselo dos veces se dirigió al asiento del copiloto y extrajo el cuerpo inconsciente de Mechero. El hombre cogió al joven en brazos y se alejaron hacia la parte delantera de la camioneta. En ese momento, el coche se incendió y provocó una explosión que hizo enmudecer a las ovejas.

Tuvieron que esperar casi veinte minutos hasta que llegó la ambulancia.

La señora Rosa le había cazado. No era que le hubiera sorprendido mucho, ya que muy pocas personas conocían aquel secreto. Hubert Vanner y Lucía Zuberoa se habían acostado varias veces, de eso no cabía duda. No sabía hasta qué punto aquello que había entre ellos era algo más serio que unos meros encuentros sexuales, pero era evidente que no eran simples conocidos.

Lo había detectado la primera vez que conoció a Lucía Zuberoa en la visita al estanque celtibérico de La Barbacana en Laguardia. Mientras la prima de David les ofrecía aquella maravillosa explicación sobre los rituales que los berones huidos del poblado de La Hoya habían realizado en aquellas aguas sagradas, había percibido cierta complicidad en las miradas de los dos. Era algo muy sutil; una sonrisa demasiado alargada en el tiempo, unas pupilas ligeramente dilatadas ante la ocurrencia graciosa del otro, un leve roce de manos sin querer que se repetía más de lo que pudiera considerarse casual... Su lenguaje corporal les delataba. No era solo simple atracción. En aquel baile de gestos había una complicidad que solo podía existir entre quienes se conocían en la intimidad. Hubert Vanner se lo había confesado tras una borrachera en la que Ander le había tenido que ayudar a meterse en la cama. Aquella camaradería entre ambos había dado paso a un súbito acercamiento por parte de Hubert, que parecía considerar a Ander como uno de sus mejores amigos en aquel despoblado rincón del sur de Europa. Ander había descubierto que el alcohol era una de las debilidades, uno de los “placeres” en palabras del propio Hubert, que controlaban los impulsos del tío de David en su quehacer diario deambulando por todas partes sin hacer nada en concreto. La otra debilidad era el sexo femenino, pero eso era algo que Ander había calado desde el primer momento. Dudaba mucho que Hubert mantuviera algún tipo de compromiso exclusivo con Lucía. Le parecía casi imposible que un mujeriego como él pudiera atarse a alguien de aquella manera. Pero tampoco pensaba que Lucía le exigiera mucho, habida cuenta de la fama de picaflor que se había ido labrando a lo largo y ancho de toda la comarca.

—Ander, no se lo cuente a nadie, por favor —le había rogado Hubert al cabo de unos días de aquella confesión, volviendo a confundir el tratamiento de usted con el de tú. —Lucía es una mujer muy especial. Ha sufrido mucho y se merece ser feliz. Yo seré un viejo dentro de muy poco y ella aún será joven, con toda la vida por delante. No quiero que su familia, que su madre Concha y su tía Sabina se enteren. La repudiarían sin dudar. ¿Sabe? Me siento un poco culpable. Lucía me rechazó varias veces hasta que por fin aceptó tener una cita conmigo. Y ahora cada vez que estamos juntos siento cómo su corazón palpita por mí mucho más rápido de lo que lo hace el mío por ella. Por eso te digo que es muy especial. No sé qué habrá visto en mí, pero se ha olvidado de todos los prejuicios que hay entre nuestras familias. Ni siquiera David sabe nada.

—¿Tú la quieres? —le había preguntado Ander.

—Yo nunca he amado a nadie —le había respondido Hubert sin dudar—. Pero no quiero hacerla sufrir. No se lo merece.

Vinieron muchas confesiones más a partir de aquella, unas más conscientes que otras. Hubert era capaz de contar aspectos tan trascendentales en la vida de alguien, como lo podía ser una

enfermedad, de la misma manera que hacía un chiste. Tenía el don de hacer que su frivolidad resultara encantadora cuando alternaba las reflexiones más metafísicas sobre la existencia humana y la muerte con la superficialidad más vacua. Jamás se le olvidaría aquella noche en la que le reveló uno de los aspectos más íntimos de Lucía.

—Lucía ha tenido depresiones la mitad de su vida —le había dicho mientras terminaba una botella de *whisky* en una taberna de Oion—. Jamás ha querido hablarme en profundidad del tema y tampoco se lo iba a contar a ti, amigo, pero yo tengo mi teoría al respecto.

—No digas tonterías, Hubert. Las depresiones es algo muy serio como para tomárselo a la ligera. Va siendo hora de que volvamos a casa.

—Lucía evita a toda costa hablar de su abuela Véspero. Le tiene pánico. Me ha insinuado que tiene que ver con un episodio que vivió durante su infancia. Yo creo que su madre y su tía Sabina le han comido la cabeza para que se mantenga alejada de ella. Ya me puede decir tú qué peligro puede tener una anciana tan mayor.

—Estás delirando. Creo que es mejor que dejes esa botella y te acompañe a dormir la mona antes de que te arrepientas de seguir hablando de algo tan personal.

Le había acompañado hasta el dormitorio y allí, mientras le descalzaba y corría la colcha para meterlo en la cama, Hubert Vanner había caído a sus pies llorando como un niño pequeño. Temiendo que se produjera un episodio de exaltación de la amistad propio de aquellas bochornosas experiencias étlicas, Ander lo había apartado y acompañado hasta el lecho.

—Todo es por culpa de la muñeca —había sentenciado Hubert mientras trataba de mantener los ojos abiertos.

—¿Qué muñeca? —le había preguntado Ander. Se tenía que referir a la misma que David llevaba en el coche cuando se marcharon de Bilbao meses atrás. Entonces, David le había dicho que era un recuerdo de su abuela. La había vuelto a ver varias veces durante las semanas siguientes pero, un buen día, dejó de verla, como si hubiera desaparecido por arte de magia.

—La muñeca de la abuela Véspero. Está maldita.

—Bueno, se acabó —había dicho Ander mientras trataba de meterle entre las sábanas—. Basta ya de tonterías, hombre.

—Amigo Ander, no son tonterías. La señora Rosa tiene la culpa.

Y así, sin haberlo previsto, Ander había escuchado aquella extraña historia acerca de Rosa Iturritxu y la muñeca de Véspero Aizaga. Hubert se había mantenido despierto el suficiente tiempo como para contarle los detalles principales, aunque había acabado durmiéndose a los diez minutos. A la mañana siguiente, mientras la señora Rosa limpiaba la casa del jardín, volvió a sacarle el tema. Pensó que era todo una broma, un cuento extravagante ideado por Hubert para mofarse de él. Pero nada más lejos de la realidad. El tío de David se ahogó en un mar de lágrimas mientras le explicaba todo lo que Lucía Vanner le había contado acerca de aquel ser inanimado y por qué pensaba que todo aquello había influido definitivamente en su estado de salud mental. No sabía si era cierto que Hubert jamás había amado a nadie, pero estaba claro que Lucía Zuberoa le importaba. Le importaba mucho. Desde aquel día, Ander había condenado a la señora Rosa para siempre sin poder evitarlo. No solo se trataba de rechazo por falta de química entre ellos. La señora Rosa le había hecho el vacío desde que se había instalado en la casa junto con David. Hacía mucho que no había sentido una reacción similar debido a su condición sexual, pero estaba

claro que aún quedaban muchas personas en el planeta con aquel problema. La repulsión que sentía hacia Rosa Iturrizxu se había transformado en algo muy parecido al desprecio más absoluto. Cualquier atisbo de solucionar las cosas con ella había desaparecido en el instante en el que Hubert le había contado su historia con aquella muñeca y Lucía Zuberoa.

La encontró en el área derecha del recinto, junto a las vitrinas donde estaban situados los expositores con la historia del yacimiento. El estanque celtibérico de La Barbacana resultaba aún más sobrecogedor alumbrado únicamente por un par de focos y envuelto en aquel silencio. Muchas zonas de los pequeños muros perimetrales que lo delimitaban quedaban inmersas en las sombras, confiriéndole al conjunto una atmósfera algo inquietante. Se acercó a ella. Vista desde atrás, Lucía Zuberoa podía pasar perfectamente por un hombre joven. Ander había esperado a que acabara la hora de visitas y una vez comprobó que el último turista había salido del lugar, accedió dispuesto a tener una charla con ella. Sabía que aquella conversación que se proponía mantener iba a delatar su identidad y su relación con David, pero no se le ocurría otra forma mejor de llegar hasta los libros que la señora Rosa había robado a Ruud Vanner. La otra opción era asaltar la casa de Sabina Elguea y buscarlos a la desesperada, lo cual era una locura.

—*Epa*, Ander, *zelan?* —le saludó ella en euskera mientras terminaba de amontonar los panfletos.

—*Aupa* —le dijo a su vez él.

—¡Qué raro tú por aquí! Hubert no está, si le estás buscando. Ha ido a visitar una finca en Samaniego, quiere comprarla y construirse allí una casa. He intentado convencerle de que lo primero que tiene que hacer es buscarse un curro, pero ya sabes lo que dice siempre...

—“Trabajar es para los que no saben vivir la vida”. Muy propio de Hubert —rio Ander—. Pero no, no he venido buscándole. Quería hablar contigo.

—¿Conmigo? —preguntó ella extrañada—. Ya sé, quieres que te explique mejor los ritos de fertilidad que se realizaban en las aguas del estanque. El otro día te vi bastante interesado.

—Sí, toda la historia de los berones me parece muy interesante —dijo Ander—. Me parece increíble que algunos de los descendientes de aquellas gentes sigan conservando las tradiciones y las creencias de aquel entonces.

—¿Cómo? —exclamó ella sorprendida—. ¿Te ha venido alguien de Laguardia con algún cuento? No hagas caso a la gente. Inventan e inventan. Ya sabes cómo son los pueblos. La etnia de los berones desapareció hace más de dos mil años.

—No creo que eso sea exactamente así. Tengo entendido que tu tía Sabina sigue practicando algunos de aquellos ritos. Si hasta a tu abuelo Francisco le llamaban El brujo de Laguardia.

Lucía se quedó inmóvil. Miró a Ander con cara de pocos amigos, pero enseguida su carácter afable echó abajo aquella máscara.

—Mira, no sé lo que te habrá contado Hubert o algún cotilla de la zona. Ya sabes lo que pasa en los pueblos pequeños. Siempre se inventan historias cuando se quiere atacar a una familia por envidias y demás. No hagas caso. Son tonterías que se van diciendo por ahí.

—Entonces también es mentira que muchos de los miembros de tu familia padecen un insomnio letal que al parecer proviene de los propios berones. “El don de la vigilia” lo llaman.

Ella volvió a guardar silencio. Aquello sí que no se lo esperaba. Lo que le ocurría a muchos de sus parientes era un secreto que habían procurado ocultar a toda costa. No le constaba que nadie en Laguardia supiera de aquella maldita enfermedad. Y mucho menos que la identificara como “el don de la vigilia”. Ni siquiera había hablado de ello con Hubert.

—¿Quién te ha contado eso, Ander? —le preguntó.

—Necesito que me ayudes, Lucía, por favor.

La siguiente media hora Lucía Zuberoa asistió recelosa a las explicaciones de Ander. No terminaba de creer que Ander fuera la pareja de David. No porque tuviera nada en contra sino porque jamás se hubiera imaginado nada parecido. Hubo un tiempo, cuando David aún era un adolescente y no había abandonado Lacaverna, en el que habían corrido rumores acerca de los gustos sexuales de su primo. Alguien le había visto en una situación algo comprometida con un compañero del instituto en el cuarto de baño, pero jamás había vuelto a escuchar nada parecido. Era irrefutable que Ander conocía a David a la perfección y que lo amaba de verdad. Cada vez que hablaba de él su mirada producía un pequeño destello de admiración, como si lo tuviera idealizado. Ella sentía algo parecido por Hubert. Solo esperaba que David le correspondiera a Ander más de lo que Hubert hacía con ella. Tenía que reconocer que desde que lo había conocido, Ander le había caído bien. Y Hubert siempre hablaba maravillas de él. Era un tipo sencillo, amable, con una sonrisa casi permanente en los labios. Por si todo eso fuera poco, además era bastante atractivo. Y eso a pesar de la ligera cojera que de vez en cuando le acompañaba al caminar, aunque no siempre. Desde luego David había elegido bien.

—No me puedo creer que también le esté pasando a David —dijo ella entre lágrimas—. Primero la abuela Véspero y la tía Sabina, ahora David... ¿hasta cuándo esta locura?

—Por eso necesito que me ayudes, por favor. No sé si hay solución a esto que le está pasando a David, pero tengo la esperanza de que así sea. Por eso necesito esos libros.

—Esos libros se los entregué a mi tía Sabina en su día. Supongo que los tendrá en casa. Me parece increíble que la señora Rosa te lo haya contado. No le gusta que se sepa su afición al bingo.

—Me he tenido que esforzar hasta que me lo ha contado, no te creas —reconoció Ander. Había optado por no sacarle el tema de la muñeca. Si Hubert tenía razón, no le convenía que Lucía rememorara ese episodio y se echara para atrás. Necesitaba su ayuda imperiosamente. Aun así, le sorprendió no percibir rencor alguno en su voz cuando mencionaba a la señora Rosa.

—Supongo que puedo buscarlos en casa de tía Sabina. No se me ocurre otra cosa. Pero si ella no ha conseguido sacar nada en claro dudo mucho que tú puedas hacerlo.

—Gracias Lucía, de verdad —le dijo Ander emocionado—. Espero que entiendas que David no sabe nada de esto. Sigue enfadado con Sabina y no quiere que sepa que estamos viviendo tan cerca de Lacaverna.

—Hombre, a mí tampoco me parece normal lo que estáis haciendo. Escondidos como si fuerais unos críos. Tía Sabina está muy preocupada por David. Todos lo estamos. Ahora por lo menos me quedo más tranquila sabiendo que está bien.

—No le eches mucha bronca a Hubert por no haberte contado dónde estamos viviendo. Tanto David como yo le pedimos que no lo hiciera. Me sorprende ver que nos hizo caso.

—Ya hablaré con Hubert. A ver, que le entiendo porque es su sobrino, pero no decirme nada... Sabe que puede confiar en mí. No sé, no me lo esperaba, la verdad.

—Por favor, no le digas nada. No quiero que sepa que ando detrás de esos libros. David me hizo prometerle que dejaría el tema aparcado. Hubert y Ruud no saben nada de que padece el don de la vigilia. Por favor. Si le dices algo a Hubert, David no me lo va a perdonar.

—Está bien, tranquilo. No diré nada. Y ahora dejémonos de tanto drama. Te invito a un *kalimotxo* en un bar de aquí al lado.

Ander quiso creerla, a sabiendas de que era muy improbable que ella mantuviera su promesa. Las parejas constituidas por dos personas que se amaban constituían una entidad verdaderamente extraña y asombrosa. Era muy poco habitual que uno de sus miembros guardara una confidencia de ese calibre al otro. Las personas emparejadas eran capaces de absorber los secretos del otro como si fueran los suyos propios. De nada servían los juramentos y los compromisos de reserva. Casi siempre, quien recibía aquel voto de confianza corría a contárselo al otro miembro de aquella rara unidad binaria. Solo le quedaba esperar que Lucía aguantara el tiempo suficiente sin revelárselo a Hubert. Hasta que llegara ese momento, tenía una oportunidad de intentar encontrar un remedio a aquel mal. Antes de que David se percatara de que se había ido de la lengua.

Aimar Errekamendi no estaba tranquilo. Solo había tres cosas en el mundo que eran capaces de turbarle de tal manera como para no pegar ojo. La primera de ellas, la principal, era que *Ama* dejara de hablarle por algún motivo o se enfadara con él. Era algo que simplemente no soportaba y que le hacía sentirse un ser desamparado e indefenso, a pesar de su edad. Cuando eso ocurría hacía todo lo posible por hacer las paces con ella cuanto antes. *Ama* era el timón de su vida, por muchas discusiones que hubiera entre ellos. Perderla sería como si le amputaran una parte esencial de su propia identidad.

La segunda cosa eran las injusticias y los ataques gratuitos a las personas inocentes. Desde que era pequeño había tenido una especial sensibilidad ante las tropelías que cometían los adultos. Detestaba las actitudes rencorosas, vengativas y violentas de quienes se suponían habían alcanzado una cierta madurez. Muchas veces había soñado con no crecer y quedarse para siempre atrapado en el cuerpo de un niño, con tal de no tener que enfrentarse a la sociedad cruel y despiadada que le esperaba a la vuelta de la esquina. Pero no tardó mucho en descubrir que aquellas actitudes no solo eran propias de los adultos. Los adolescentes podían ser aún peor. En aquel campamento de verano obtuvo la confirmación definitiva de ello. Desde entonces se sentía fuera de lugar en un mundo agresivo y malévolo, como si no encajara. Por eso se había esforzado durante años hasta lograr la plaza como *ertzaina*. Ser policía era uno de los mejores modos que había para hacer frente a las injusticias y para proteger a los inocentes. Por desgracia, descubrió que entre los miembros del cuerpo también se daban situaciones nada agradables, repletas de celos profesionales y zancadillas, que oscurecieron en gran medida la imagen que él se había construido de lo que significaba ser agente. Aun así, no tiró la toalla e incrementó su distanciamiento con todo aquel que se relacionaba con él. Por eso nadie jamás había llegado a considerarle como un amigo, por mucho que Manu Olabe insistiera en llamarle “colega”. A Manu lo había conocido por casualidad, en un encuentro que hubo entre la policía autonómica y las guardias urbanas de las principales ciudades vascas con el propósito de mejorar la colaboración entre ellas. Manu se le había acercado y había entablado conversación con él. Era el único que lo había hecho así que, en el fondo, había agradecido aquel detalle amable. Nunca le había caído bien del todo. Manu era lo que se decía un triunfador. Era algo arrogante y miraba por encima del hombro a la mayoría de sus compañeros. Pero de alguna forma conseguía que todos le rieran las gracias y estuvieran a sus pies, atrapados por el hechizo que constituía su físico espectacular y su aparente confianza en sí mismo. Como diría *Ama*, “el chico popular de la clase”. Una cosa había llevado a la otra y desde entonces se habían visto unas cuantas veces. Los dos habían tirado del otro cuando habían necesitado algún pequeño favor en alguna investigación.

La tercera cosa que le quitaba el sueño a Aimar Errekamendi eran las incógnitas sin resolver, los casos cerrados en falso. No solo le ocurría en su trabajo sino también en su día a día. No llevaba bien que alguien le ocultara información o no encontrar una explicación lógica y racional a algo en concreto. Su mente cuadrículada necesitaba tener todos los cabos atados; de lo contrario, era capaz de pasarse días, semanas, investigando aquí y allá hasta obtener las respuestas que buscaba. Cuando las conseguía, notaba una intensa energía recorriendo sus venas, impulsándole a

seguir adelante con su misión en un mundo que no estaba hecho para él. Cuando no lograba su propósito, entraba en un bucle de desánimo y ansiedad que podía durarle meses. Intentaba paliar los síntomas como podía, muchas veces en aquellas sesiones de depilación a la cera en las que el dolor solía liberarle de aquella tensión acumulada. Pero cuando el vello de sus piernas aún no era lo suficientemente largo como para librarse de él, la cosa se complicaba. Por eso trataba por todos los medios de calmar sus inquietudes haciendo lo mejor que sabía hacer, investigar y orientar sus pesquisas hasta dar con la solución que buscaba.

—Te dije que no te mezclaras con ese tipo de gente, hijo —le dijo *Ama* cuando le reveló su encuentro con Manu Olabe. No había tenido más remedio que contárselo. Ella había insistido e insistido para que le explicara todos los detalles.

—Gracias a él hemos confirmado que la chica pelirroja de las fotografías es la misma que grabaron las cámaras de seguridad y la que vio la testigo saliendo del Palacio de Montehermoso el día que mataron al asesino del *blog*.

—Ese Manu Olabe no es de fiar. ¿Por qué no ha denunciado la desaparición de su marido? Es que a veces pareces tonto, Aimar. ¿No te das cuenta de que es muy raro? Está claro lo que está pasando ahí.

—¿A qué te refieres?

—Si no ha denunciado la desaparición de su marido es porque él está implicado de alguna manera en ella.

—Esto no es una telenovela, *Ama*.

—Tú me dirás si no.

—¿Qué insinúas, que Manu ha matado a Ander y está encubriéndolo con una desaparición voluntaria del domicilio conyugal? No tiene ni pies ni cabeza. Te puedo asegurar que se le iluminó la cara cuando le dije que Ander había hecho gastos últimamente en la zona de La Rioja Alavesa.

—Lo que quiero decir es que si ¿cómo has dicho que se llamaba el marido?

—Ander.

—Que si Ander ha desaparecido quizás es porque quería huir de él. ¿Le has preguntado si le ha pegado alguna vez?

—Estás mal de la cabeza, *Ama*. ¿Cómo voy a preguntarle eso?

—Pues ahí hay gato encerrado. Haz caso a tu madre y ten cuidado con él. Por cierto, ¿has invitado ya a café a la chica pelirroja?

Aimar Errekamendi se despidió de *Ama* sin contestar aquella pregunta. Lo que más le había molestado era que seguramente tenía razón. Manu Olabe no era trigo limpio y le estaba ocultando algo. Si *Ama* estaba en lo cierto, esperaba no haber contribuido a que Manu localizara a su esposo. Sin pretenderlo, podía estar ayudando a un maltratador. Como si se tratara de una

penitencia autoimpuesta, se pasó más de seis horas encerrado en su habitación relejendo aquella especie de estudio sobre las ideas de Hugo Putevino y aquella misteriosa orden de la hermosa rosa perenne que había encontrado en el panteón del cementerio de Bilbao. ¿Por qué había guardadas aquellas fotos de la mujer pelirroja en la tumba vacía del hijo de Begoña Argenta? Continuó el seguimiento a distancia de Consuelo pero esta no volvió a reunirse con Jon Arkaute o, si lo había hecho, él no lo había presenciado. Intentó incluso entrar en su casa sin que ella se percatara, pero pronto cambió de idea. El portal y el descansillo donde se ubicaba su piso tenían cámaras de seguridad. Era desconcertante verla caminar por la orilla de la ría como si fuera lo más normal del mundo andar ocultando documentación tan extraña en un camposanto. ¿Formaría parte de aquella secta? Estaba convencido de que así era, de lo contrario no tendría sentido ser tan precavida escondiendo aquellos papeles.

Todo había dado un vuelco hacia un par de días. Aimar llevaba siguiéndola toda la mañana ataviado con un amplio chándal con capucha y unas enormes gafas de sol. Mientras Consuelo paseaba por la zona más próxima al Museo Guggenheim un hombre entrado en años y con una tupida cabellera blanca la paró. Parecía que le estuviera preguntando por alguna indicación de cómo llegar a un lugar en concreto. Ella lo acompañó unos metros mientras charlaba distendidamente con él, aunque de repente, sin venir a cuento, el hombre comenzó a increparla por algún motivo que no acertaba a entender. Incluso llegó a propinarla un pequeño empujón. Pero lo que más le extrañó fue la reacción de Consuelo. Ni siquiera se inmutó. Se quedó quieta recibiendo sus improperios hasta que él se alejó. Como si no hubiera sucedido nada, Consuelo siguió caminando. Eso sí, Aimar percibió cierto nerviosismo en ella. Sus pasos eran más ligeros, como si tuviera prisa en llegar a algún lugar. Enseguida pudo comprobar cuál era su destino. Como la vez anterior, se introdujo en la cafetería-librería por la que la había visto desaparecer antes de salir por uno de los portales contiguos al establecimiento. Esta vez no lo dudó y corrió hacia la puerta dispuesto a seguirla. La buscó y rebuscó por todas partes pero simplemente se había desvanecido en el aire. Preguntó por ella a la única camarera que había en ese momento pero esta no supo a quién se refería. De nuevo Consuelo se había esfumado como por arte de magia. Decidió entrar al portal del edificio adyacente pero enseguida advirtió la presencia de cámaras de seguridad así que, con disimulo, volvió a salir a la calle. Su instinto le decía que no abandonara, Consuelo tenía que seguir allí dentro. Pero ¿dónde? Si aquella cafetería estaba conectada de alguna forma con alguna de las viviendas de los pisos superiores era imposible saberlo. Aun sabiendo lo arriesgado que era, entró otra vez en el portal y se dirigió directamente a la vivienda donde había muerto Begoña Argenta. Era una locura pero estaba tan desesperado por aquel juego del gato y el ratón que por un instante sus sentidos se nublaron y no pudo evitar hacerlo. Al reparar de cerca en las cámaras de vigilancia, pudo comprobar que estaban fuera de servicio. A los ojos de un visitante normal podía parecer que funcionaban a pleno rendimiento, pero cualquier experto podía advertir que no era así. Una buena noticia al fin. Llamó al timbre del segundo A varias veces pero no respondió nadie. Golpeó la puerta con la mano pero tampoco obtuvo respuesta.

—¿A quién busca? —le preguntó un anciano de una vivienda contigua que había salido al descansillo al escuchar los golpes.

—¿Sabe usted si hay alguien dentro?

—¿A quién busca? —el anciano le miraba de manera inquisitiva.

—A Sofía Arrizabalaga. Soy un sobrino segundo. Hace días que no sabemos nada de ella y estoy preocupado. La he buscado en su casa pero tampoco abre la puerta —le respondió. Aquel piso figuraba a nombre de la misteriosa anciana que era propietaria a su vez de varios pisos en los edificios colindantes a la cafetería y del apartamento de Jon Arkaute en Getxo.

—Desde que ocurrió el incendio no he vuelto a ver a nadie salir de ahí.

—¿A nadie? ¿A qué se refiere?

—Ay, no sé, joven. Gente. Yo creo que este lo tenía alquilado, porque he visto a varias personas entrando y saliendo de ahí. Ya sabe lo que ocurre. Alquilas el piso y luego el arrendatario lo subalquila a otros, y así se llena la comunidad de gente extraña que lo único que hace es destrozar todo. Hasta las cámaras del portal se cargaron aquella noche. Vaya usted a saber el motivo. Ahí están, muertas de risa. Esperando la siguiente junta de vecinos para decidir si pedimos un presupuesto para unas nuevas o arreglamos estas. Gentuza.

—No será para tanto.

—Usted me dirá. El piso quemado. Enterito. A saber lo que estarían haciendo ahí dentro.

—¿Armaban mucho barullo?

—¿Barullo dice? Al contrario. Muy silenciosos todos. Demasiado. Pero no lo suficiente como para que un viejo aburrido como yo no les escuchara entrar y salir a las tantas de la noche.

—¿Recuerda algo de la noche del incendio? —Aimar comenzó a tirar del hilo. A aquel hombre le gustaba hablar y no iba a desaprovechar la ocasión.

—Yo creo que estaban celebrando una fiesta o algo parecido. A eso de las nueve y pico comenzó a llegar gente. Unos treinta o así. Aunque vinieron en varias tandas, no sabría decirle cuántos eran en total.

—¿Por qué cree que era una fiesta?

—¿Usted qué cree? ¿Qué hace una treintena de personas todos vestidos de manera elegante entrando a esas horas en casa de nadie? Pero mire cómo acabó. A eso de las doce y media yo estaba aún escuchando la radio, me cuesta dormir. Los viejos como yo no necesitamos tantas horas de sueño como ustedes los jóvenes. El caso es que de repente empecé a escuchar como en la lejanía gritos, gritos de personas, y enseguida empezó el olor a quemado. Estuve a punto de llamar a la policía, pero es que yo no me aclaro con estos teléfonos de hoy en día. No veo bien los números.

—Alguien tuvo que llamar a la policía digo yo.

—Sí, al cabo de un buen rato, no sé el tiempo que pasaría, se presentaron en mi puerta dos señores muy trajeados preguntándome si había visto algo y yo, que soy muy listo y sé cuándo me puedo meter en problemas, les dije que no, que me acababan de despertar. Pero les mentí. No quité el ojo de la mirilla —sonrió—. Lo más raro es que no vi salir por aquí a todos los que habían entrado. Pero igual me despisté. Uno también tiene que hacer sus necesidades y yo, qué quiere que le diga, visito el inodoro con la frecuencia de un niño pequeño. Al día siguiente vino

otra vez la policía, esta vez uniformados, y me hicieron unas cuantas preguntas, pero no les dije nada tampoco. Llevo toda la vida aquí, no quiero líos con nadie.

—No sabía que mi tía tuviera alquilado este piso, la verdad, estoy realmente sorprendido.

—Uy, pues este seguro que sí.

—Muchas gracias, ha sido usted muy amable.

—A mandar. De todas formas creo que es mejor que usted hable con Lourdes, la chica que *la* lleva las casas. Seguro que ella sabrá decirle mejor.

—¿Lourdes?

—Sí, suele venir bastante por aquí y por los otros pisos que Doña Sofía tiene alquilados en esta calle. Es la que se encarga de asistir a las juntas de vecinos. Una chica muy agradable. Muy calladita ella. Así muy recatada siempre vestida. Parece una monja, pero muy maja ella, oiga.

—Espere, un segundo —dijo Aimar. ¿Se podría estar refiriendo aquel hombre a Consuelo? Desde luego la descripción de aquella tal Lourdes coincidía con ella. —Creo que ya sé a quién se refiere. Es la administradora de fincas que contrató mi tía. Pero hay algo que no me cuadra, porque creo recordar que no se llamaba Lourdes.

—Se llama Lourdes, joven, he hablado alguna vez con ella. Muy agradable. Si me espera aquí le traigo ahora la copia de las actas de las reuniones que nos dejan en el buzón y le confirmo el nombre.

El anciano cerró la puerta y volvió sobre sus pasos. Aimar le esperó con impaciencia casi diez minutos hasta que volvió a aparecer. El hombre traía dibujada en sus labios una amplia sonrisa de satisfacción.

—Se lo dije. Mire. Aquí está su nombre. Lourdes del Río. Seré viejo y me mearé cada diez minutos, pero la cabeza la tengo mejor que usted.

—¿Es esta mujer? —le preguntó Aimar mientras le mostraba una de las fotografías que había tomado a Consuelo durante su seguimiento por las calles de Bilbao.

—Sí, es ella. ¿De dónde ha sacado usted esta foto de Lourdes?

—Me la mandó hace tiempo mi tía Sofía. Pero yo pensaba que se llamaba de otra forma — fingió lo mejor que pudo.

—Bueno, joven, si me permite yo tengo que volver al excusado.

—No se preocupe. Muchas gracias por todo, señor. Por cierto, ¿no sabrá en qué gestoría puedo encontrar a Lourdes?

—Pues no tengo ni idea. Pero si pregunta en la cafetería de abajo seguro que le dicen. Suele ir muchas veces allí a desayunar y merendar.

Lourdes del Río. Por fin logró poner nombre y apellido a la sospechosa. *Ama* se llevó un disgusto cuando le reveló la verdadera identidad de Consuelo. Aimar dudó de si su madre realmente llegó a comprender lo que le acababa de comunicar. Él mismo sentía una sensación muy parecida a cuando moría un familiar o un conocido. Consuelo se había ido. Había dejado de existir. La empezó a perder en el mismo instante en el que la vio abalanzarse sobre Jon Arkaute

aquel día en el cementerio, pero ahora la mujer que él había ido dibujando en su cabeza había terminado de esfumarse para siempre. Lourdes del Río, la mujer que había seguido durante tantos días, la mujer que había escondido aquellos comprometidos documentos en el mausoleo de Begoña Argenta, la mujer que custodiaba las fotografías de la misteriosa chica pelirroja, la mujer a la que Jon Arkate había estado a punto de encañonar, la mujer que hacía magia para desaparecer cada vez que entraba en aquella cafetería del casco viejo de Bilbao, se convirtió de repente en una extraña. Siempre lo había sido, pero ahora que había recuperado su identidad ante los ojos de Aimar, las incógnitas que se cernían sobre ella incrementaron aún más su habitual ansiedad. Tenía que saber quién era realmente. Tenía que averiguar qué era aquella extraña orden de la hermosa rosa perenne. Tenía que terminar de hallar la conexión con la mujer pelirroja y con el asesino del *blog* de Vitoria. Si no lo hacía, jamás volvería a encontrar la paz. Mientras se metía en la cama, se juró a sí mismo que haría todo lo posible por resolver aquellos interrogantes. Haría lo que hiciera falta y los desenmascararía. A todos.

Al abrir los ojos la vio de pie junto a él y creyó haber muerto. Aquello tenía que ser el cielo. La estancia estaba inmersa en una luminosidad casi mística y todo lo que le rodeaba olía a rosas y a pastel de chocolate. Incluso la agradable temperatura que emanaba de aquel lugar poseía un cariz espiritual, ablandando con su calidez las pequeñas heridas causadas por el accidente. Le costó darse cuenta de que no había fallecido y de que estaba en un hospital. Una enfermera sonriente le hizo gestos para que se tranquilizara mientras comprobaba su pulso y sus constantes vitales en la máquina que lo monitorizaba.

—Hola Mechero —le dijo ella con su característico acento. Él la miró como si no terminara de creerse que aquello no fuera una alucinación. Un punzante hormigueo de nervios e incertidumbre mezclado con un suave bálsamo de nostalgia bañaba sus entrañas sumiéndole en una placentera sensación de irrealidad. Ahora que volvía a tenerla a su lado, el mundo parecía mucho mejor.

—Calíope... —balbuceó él mientras miraba a su alrededor—. ¿Dónde está Anne?

—Tranquilo, Anne se encuentra perfectamente. Ha ido afuera a llamar al profesor O'Connor para contarle lo que os ha sucedido. Enseguida vuelve.

—Pero tú... ¿cómo...?

—Anne me ha llamado varias veces pero no pensaba descolgar. Hasta que me ha mandado un mensaje contándome lo que os había pasado y entonces me he venido para aquí inmediatamente.

—Siento mucho lo de tu padre —le dijo.

—Te lo agradezco —le respondió ella—. Jamás voy a olvidarme de esa mirada, Mechero. Nunca voy a poder borrar de mi cabeza sus ojos sin vida.

—Es una putada, te entiendo perfectamente. Mis padres también fueron asesinados, así que sé por lo que estás pasando.

—¿También por culpa de la Fundación?

—Sí, bueno... sí, para qué vamos a decir lo contrario. Por diferentes motivos, supongo, pero sí, todos relacionados con Petunia. Algún día cuando estemos más tranquilos espero poder contártelo, si tú quieres.

—No sé cómo puedes seguir perteneciendo a esa banda de asesinos. Porque eso es lo que son.

—Petunia es mucho más grande de lo que tú te imaginas, Calíope. El hecho de que haya unas cuantas malas hierbas que llevan tomando el control un tiempo no significa que todos seamos igual. Pero sí, somos muchos los que pensamos que el cambio es más necesario que nunca. Además no sabemos si a Dimitri lo asesinó un jardinero.

—Venga ya, no me vengas con eso ahora —dijo ella—. Llegáis vosotros y esos dos hombres preguntando por las *drakospita*, papá os enseña la cerámica del museo de Caristo con esa extraña escritura... ¿demasiada casualidad, no te parece? Por no hablar de que fui yo la que te hablé de la otra parte del grabado de la casa de gigantes, la que custodiaba en secreto papá.

—Un momento. ¿Qué dos hombres?

—Koldo de Andrés y el otro hombre, ya os lo comenté en su día.

Mechero se quedó pensativo. Era cierto. Calíope les había contado que había llegado otro hombre preguntando por la casa de gigantes del monte Oqui.

—¿Cómo era ese otro hombre?

—Pues no sé, lo vi solo un minuto. Alto, guapo. Tampoco le vi mucho. Me habló en inglés, aunque yo creo que no era su idioma nativo. Tenía bastante acento, pero no sabría decirte de dónde exactamente.

—¿Me puedes pasar mi sudadera, por favor? —le pidió. Calíope le acercó la prenda hasta la cama. La puerta de la habitación se abrió y entró una mujer de unos cincuenta años ataviada con una pulcra bata blanca. Les preguntó si sabían hablar inglés. Ambos asintieron con la cabeza.

—Todos los análisis han dado resultados satisfactorios, señor Florian —les explicó—. Usted y su compañera han tenido mucha suerte. Felicítela, porque gracias a su pericia no les ha ocurrido una desgracia. Su desmayo ha sido un simple desvanecimiento, todas las pruebas neurológicas han dado resultado positivo. Le recomiendo que descanse un par de días en la cama de su hotel, pero, puede estar tranquilo, no hay nada por lo que preocuparse.

—¿Anne está bien? Ella está ...

—Embarazada, sí. Tranquilo, tanto el bebé como ella se encuentran perfectamente. Como le digo, ninguno de ustedes ha sufrido un impacto en sí. Ni siquiera han sufrido lesiones cervicales. Dios está de su parte.

La facultativa le entregó el parte de alta y le dejó unos minutos para vestirse y abandonar el centro. Calíope prefirió esperar fuera de la habitación. Al salir, Mechero le mostró la fotografía de Jon Arkaute que llevaba en su teléfono.

—No lo sé, no estoy segura. Ya te digo que solo estuvo un minuto en la cafetería.

—¿De quién habláis vosotros dos? —les preguntó una voz familiar detrás. Mechero se volvió y se abalanzó sobre Anne.

—Cuidado, cuidado, que me duele un poco el cuello —le pidió ella.

—¿Estás bien, pelirroja?

—Sí. Ya he tramitado el tema del seguro con la agencia de alquiler del coche. Y ya he hecho las gestiones con el hospital. Podemos irnos. Veo que tú también estás bien.

—Sí. Solo me desmayé. Probablemente por algún efecto tardío de algún *peta* —se rio él con ánimo de quitarle hierro al asunto.

—Menudo susto que me has dado... ¿De quién hablabais?

—Cuando estuvimos en Grecia Calíope nos dijo que se había presentado otro hombre aparte de Koldo de Andrés preguntando por el grabado del monte Oqui. Creo que era Jon Arkaute.

—Chicos, siento mucho interrumpiros pero llegamos tarde —les dijo Calíope mirando el reloj de su muñeca.

—¿Tarde? —preguntó Mechero—. ¿A dónde? Me muero de hambre...

—Pues cómprate algo para el camino. He quedado en menos de una hora con Filippa Costa.

Anne Wellington se llevó la mano al vientre. De nuevo, el bebé había vuelto a revolverse de manera violenta e inesperada al escuchar a Mechero hablar de Jon Arkaute. Le dio la sensación de que aquella pequeña criatura estaba conectada de alguna manera con todo lo que pasaba por su cabeza, como si somatizara las dudas y la incertidumbre que la atormentaban. ¿Sería realmente Jon el que había preguntado por las *drakospita* en la cafetería de Calíope? Cada vez tenía las cosas menos claras. Trató de desechar la idea de que fuera Jon quien estuviera detrás de la muerte de Dimitri Megalos. Bastante tenía ya con la duda que el profesor O'Connor había sembrado en ella acerca de la autoría del incendio de la biblioteca y el invernadero de Bilbao. ¿Quién era realmente Jon? ¿Era uno de los revolucionarios Insurgentes de los que hablaba el misterioso *e-mail* que había recibido? ¿Estaba Jon a favor del uso de la violencia para provocar el cambio dentro de la Fundación? ¿Con qué clase de hombre había estado? ¿Había estado tan ciega como para dejarse embaucar como una niña pequeña? Quería confiar en él, con todas sus fuerzas. “*Por favor, no dejes que te laven el cerebro haciéndote creer lo que no es.*” Pero aquellas últimas palabras de Jon cada vez eran más etéreas, como si su escasa consistencia estuviera a punto de desaparecer para siempre. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no se había vuelto a poner en contacto con ella?

De camino al lugar de encuentro, vieron varios vestigios de aquella antiquísima civilización nurágica que había reinado durante siglos en aquel pequeño rincón del Mediterráneo. Pasaron de largo por al menos cuatro restos de poblados con sus característicos edificios circulares formando un conglomerado de apariencia caótica debido a los diferentes diámetros y altura de sus paredes. Se detuvieron en una de las aldeas para hacer un pequeño descanso de diez minutos y estirar las piernas. Mientras Mechero se alejaba hacia unos árboles cercanos para desahogar su vejiga, Anne y Calíope recorrieron las distintas estructuras. Una de las torres medía al menos cinco metros de altura.

—Son diferentes a las *drakospita* de Eubea —dijo Calíope mientras tomaba una instantánea con su teléfono—. Pero a la vez tan iguales... No sé cómo explicarlo.

—¿Crees que fueron obra de la misma civilización? —preguntó Anne.

—No sé qué decirte, Anne. Las *drakospita* son rectangulares y no están agrupadas como estos edificios. Pero la técnica de construcción es muy parecida. Bloques de piedra gigantes colocados unos encima de otros sin ningún tipo de argamasa que los una. Fíjate, es increíble. Y por no hablar de la altura, claro.

—Quizá las *drakospita* fueron obra de algún pueblo emparentado con esta civilización.

—No lo sé, pero mi corazón me dice que es lo mismo. No puede ser casualidad que mi padre enviara la reliquia de la casa de dragones del monte Oqui a Cerdeña para que la guardara Filippa Costa. Desde hace siglos mi familia ha creído en todas estas leyendas acerca de los gigantes de Eubea y en cierto modo ha venerado a las *drakospita*. Quizá estoy influenciada por la educación que he recibido, no lo sé. Pero dentro de mi corazón siento que estamos hablando de la misma cultura, que los gigantes de Cerdeña son los de Eubea, aunque tengan sus diferencias. No sé si me entiendes. Es como si estuviera visitando a unos primos lejanos. Pero familia, al fin y al cabo.

—Te entiendo —le respondió Anne. Ella había tenido una sensación parecida cuando había comparado los monumentos megalíticos de la isla de Anglesey y los del País Vasco. Sentía una conexión profunda entre ellos. Desde luego, si tal y como le había dicho James O'Connor, los antiguos galeses procedían de una oleada migratoria proveniente de la costa cantábrica de la Península Ibérica, ese sentimiento era más que justificado. Y ahora que tenía los restos de la cultura nurágica delante, un sentimiento de nostalgia la embargaba, como si su alma tratara de evocar la memoria de sus ancestros observando aquellas piedras. ¿Serían todas aquellas construcciones restos de aquella civilización extinta de gigantes o de sus descendientes?

La guía les recibió en la sala estrella del museo de Cabras, ubicado en la costa este de la isla. Mientras Anne y Mechero estaban en el hospital, Calíope había conseguido contactar por teléfono con Filippa Costa en la casa de huéspedes que regentaba cerca del monte Tíscali. A decir verdad, aún no había conversado directamente con ella, pero había hablado con la persona que estaba al

cargo en ese momento y tras una interminable espera de cuarenta y cinco minutos durante los cuales suponía que se había producido un cruce de llamadas con la jardinera, habían concertado una cita en el museo arqueológico de Cabras. Habían estado a punto de no llegar a tiempo por culpa de Mechero, que había tenido que pararse a vomitar un par de veces durante el trayecto. Con un par de minutos de retraso sobre la hora prevista, la mujer comenzó a explicarles con detalle las figuras más célebres que se conservaban en el recinto expositivo. Los turistas trataban de acceder a la sala, pero el vigilante de seguridad se lo impedía como podía, ya que había sido reservada exclusivamente durante aquel cuarto de hora para Anne, Calíope y Mechero. Aun así una decena de personas habían conseguido colarse.

—Ustedes están observando algunas de las colosales estatuas cuyos restos se encontraron en el Monte Prama entre 1974 y 1979. Un agricultor desenterró una de las piezas por casualidad mientras araba su finca. En total se encontraron quince cabezas y veintidós torsos. Los gigantes de Prama fueron construidos en piedra arenisca y su hallazgo sacó a la luz una importante necrópolis de la Edad del Bronce. Se considera que los restos humanos que albergaba correspondían a una élite de guerreros o nobles de clase social alta, puesto que el lugar solo había sido utilizado una vez.

Mechero contemplaba absorto las figuras antropomorfas de piedra de más de dos metros de altura que se apilaban contra las paredes negras de la estancia. Uno de los rostros pétreos le llamó poderosamente la atención. El lugar donde estaban las cuencas de los ojos aparecía cubierto por tres círculos concéntricos.

—Como pueden contemplar, algunos de los ojos de las cabezas aparecen representados por dos o tres círculos, unos dentro de los otros. Los investigadores creen que simplemente se trata de una manera de simbolizar los ojos de las figuras, pero otros muchos consideran que en realidad son una metáfora de algún poder sobrenatural que se le atribuía a la mirada de estos seres, como el acceso al inframundo o incluso la capacidad de ver el futuro. ¿Conocen ustedes a los cíclopes?

—Los gigantes de un solo ojo. Pertenecen a la mitología griega y romana —contestó Calíope.

—Bueno, sí. Esos quizá son los cíclopes más famosos. Su leyenda se extiende por muchas islas del Mediterráneo, como por ejemplo Sicilia. Se les consideraba los constructores de las grandes estructuras megalíticas. Y algunos expertos defienden que la alusión a su único ojo aludía al carácter mágico de su mirada. Muy parecido a lo que hemos dicho de los gigantes del Monte Prama.

—En el País Vasco tenemos a Tártalo —dijo Mechero alzando la voz en un tono demasiado alto para el sigilo que gobernaba la estancia. —Es un gigante de un solo ojo que tiene la afición de comerse a la gente. A diferencia de los gentiles, los otros gigantes de la mitología vasca, Tártalo era más malo que el demonio.

—En las leyendas escocesas, irlandesas y galesas también hay ataques contra seres humanos llevados a cabo por cíclopes. Puede que todas esas historias estén hablando de lo mismo —dijo la mujer.

—Oiga. No es mi intención molestarla. Me parece muy interesante todo esto que nos está contando, pero habíamos quedado aquí con Filippa Costa y vemos que no ha aparecido. ¿Ha habido algún problema? —preguntó Anne acercándose a la guía.

—La señora Filippa Costa ha organizado esta pequeña charla exclusiva para ustedes. Denle las gracias porque esto no es algo muy habitual. De hecho me sorprende que el comisario de la exposición la haya autorizado.

—¿Y ya está? ¿Es que no va a venir? —quiso saber Mechero.

—Me ha dejado esta carta para ustedes —les contestó extendiéndoles un sobre cerrado—. Y ahora, si me permiten, tengo que continuar trabajando. Me espera fuera un grupo de japoneses.

La guía les abandonó sin tiempo a reaccionar. Anne abrió el sobre y extrajo un documento de su interior. Mechero se lo arrebató de las manos y lo leyó en voz alta.

—“Pozo sagrado de Santa Cristina. 00:30 horas.”

—Me está empezando a cansar este juegucito del gato y el ratón —dijo Anne, molesta con el secretismo de Filippa Costa.

—A ver, pelirroja. Piensa que es normal que tome sus precauciones. Probablemente sabe que el padre de Calíope ha sido asesinado y que es posible que el móvil haya sido la pieza que le mandó el propio Dimitri. Yo estaría acojonado.

—Bueno, pues entonces está claro. Vamos, ¿no? —dijo Calíope—. Yo me fío de esa mujer. Si mi padre le envió el grabado de la *drakospita* era porque confiaba en ella. Lo más seguro es que ella sepa o sospeche quién ha matado a mi padre. Y por eso toda esta estrategia para asegurarse de que el asesino no anda también detrás de ella.

—El pozo sagrado de Santa Cristina es un santuario de la cultura nurágica —anunció Mechero leyendo la información que había buscado en Internet—. Recibe ese nombre por la iglesia cristiana que se levantó al lado. Está cerca de aquí, a tan solo media hora.

—¿Y qué hacemos hasta las doce y media? Aún son las siete —dijo Calíope.

—Yo no sé vosotros, pero yo quiero estar un rato tranquila —dijo Anne—. Tengo que hablar con mi madre. Y además necesito descansar un rato, hoy estoy reventada.

—De acuerdo, pelirroja —dijo Mechero—. Yo que tú me metería en una taberna de esas *indies* que hay por aquí para que puedas descansar un poco. Antes me ha parecido ver una junto a la entrada del museo. Nosotros daremos una vuelta y buscaremos más información acerca del santuario. Te recogemos dentro de un rato y luego vamos a cenar algo. Nos vamos diciendo. ¿Te parece?

Anne asintió mientras Mechero y Calíope desaparecían por la puerta de entrada. Muy cerca de ella, la guía que les había explicado la exposición de los gigantes del Monte Prama se afanaba por hacerse entender con el grupo de turistas japoneses que acababa de entrar. Decidió quedarse un rato más en el museo descansando en uno de los bancos donde los visitantes podían hacer un pequeño receso. Aún faltaba una hora para el cierre. Volvió a llamar a su madre pero, de nuevo, el teléfono dio la señal de estar apagado o fuera de cobertura. Comenzó a releer en su móvil las noticias acerca de los asesinatos de las niñas en el País Vasco. El patrón que había seguido “la *sorgina*” se parecía demasiado a lo que le había pasado a ella de pequeña. De eso no había duda. Pero por más que releía las diferentes páginas, no acertó a encontrar ninguna otra pista que le ayudara a entender mejor lo que estaba sucediendo. Optó por rastrear la red en busca de nuevas

noticias relacionadas con “la *sorgina*”. Los crímenes parecían haberse detenido, ya que no habían vuelto a encontrarse más cadáveres. De repente, leyó un titular que le llamó poderosamente la atención. “*Encuentran granos de maíz en la vagina de al menos dos de las niñas*”. La noticia era de hacía un par de días, pero lo curioso era que el periódico no volvía a hacer alusión a aquel macabro descubrimiento en los días posteriores, como si se hubieran olvidado de ello. El artículo informaba de que los forenses habían detectado que alguien había introducido en los genitales de Ainhoa Uria y Lorea Eguinalde unos granos de aquel cereal, algo que tenía desconcertados a los cuerpos de seguridad. Nada decían de las otras niñas asesinadas. ¿Le habría pasado lo mismo a ella de pequeña? Por lo demás, no encontró nada nuevo que hiciera referencia al asesino en serie. Parecía que las aguas volvían a su cauce y “la *sorgina*” se hubiera amedrentado ante la presión policial.

Un sonido agudo e irritante interrumpió sus cavilaciones. Tardó en darse cuenta de que era el sonido de su propio teléfono móvil. Tenía una llamada entrante. Había cambiado el tono antes de partir hacia Cerdeña y se había olvidado por completo de cuál había escogido. Una vigilante se le acercó y le hizo gestos para que silenciara el aparato. Miró el identificador de la pantalla. No podía creerlo. Era Betrys.

—¿Mamá?

—Hola Anne. ¿Qué tal estás? —la voz de Betrys Wellington había perdido casi por completo la entonación despectiva y acusadora de otras veces. Creyó captar en ella cierto matiz de preocupación.

—Bien, mamá. He intentado llamarte cientos de veces. Tenías todo el rato el móvil apagado. ¿Se puede saber dónde te habías metido?

—He estado muy ocupada con la prima Mildred. En su casa la cobertura va y viene que da gusto. Ya me ha dicho tu hermana que querías hablar conmigo. Pero te recuerdo que fui yo la que primero intenté contactar contigo hasta la extenuación. Y ahora te enfadas porque tardo un poco más de lo normal en responder a tus llamadas. Si no llega a ser por Elin ni siquiera sé si estás viva o muerta. ¿Hasta este punto hemos llegado, Anne?

—¿A qué te refieres? —le preguntó a su vez ella sin entender nada. Con el teléfono en la mano, salió hacia el exterior antes de que la vigilante terminara echándola.

—Ya me ha dicho tu hermana lo de tu estado de buena esperanza. ¿Cuándo ibas a contármelo?

—Tienes razón. Debería habértelo dicho antes. Os lo debería haber dicho antes. Pero ya te habrá informado Elin de que el embarazo parece que es de riesgo, y quería asegurarme de que todo continuaba adelante.

—Vente a casa. Yo te cuidaré hasta que nazca el bebé.

Anne no daba crédito a lo que estaba escuchando. Su madre acababa de ofrecerle su ayuda. No estaba acostumbrada a recibir ese tipo de atención por su parte.

—Tengo mucho trabajo mamá. Además, la ginecóloga de Bilbao me está controlando. No tienes por qué preocuparte.

—No sé ni dónde vives. ¿Cómo quieres que no me preocupe?

—Los padres de un compañero de trabajo tienen un pequeño apartamento en el casco viejo de Bilbao. Estoy viviendo allí.

—¿Qué compañero? ¿El que vino a buscarte? Jon se llamaba, ¿no?

—No, no es Jon. Es otro —le contestó tratando de no dar muchos detalles. Su madre seguía pensando que Mechero había muerto en la explosión del invernadero. Además, tampoco podía decirle que últimamente había estado viviendo en Sunny House. Su madre no tenía ni idea de que la persona que estaba detrás de la compra de la mansión de la abuela Mary Anne era James O'Connor. La relación entre ambos no había sido muy buena nunca. Si llegaba a enterarse de que él era el nuevo propietario montaría en cólera.

—Sé que no tengo derecho a preguntarte una cosa así. Ya sé que no hemos tenido mucha comunicación tú y yo, pero Anne, estoy preocupada. ¿Se puede saber quién es el padre de la criatura?

—Ya hablaremos de eso, mamá. No me apetece contarlo por teléfono —le respondió. No podía decirle de ninguna manera las dudas que tenía acerca de la paternidad del bebé. —Me gustaría hablar contigo de otra cosa.

—Ya me ha dicho tu hermana. Resulta que por fin te crees la historia del secuestro. Ha tenido que contártelo Elin para que me creas.

—Toda mi vida he pensado que era una excusa que te habías inventado para alejarme de ti, mamá. Para alejarme de papá y de ti.

—¿Cómo puedes pensar una cosa así, hija? Yo te amo con toda mi alma.

—¿Amor? ¿Y qué tengo que pensar entonces cuando sufro día sí y día también los ataques de ese hombre al que tú sigues llamando “marido” y tú no haces nada por defenderme? ¿Qué clase de amor materno es ese?

—Lo que pasa entre tu padre y yo es cosa nuestra. Y no hay más que hablar.

—Perfecto.

—Anne, soy mayorcita. Agradezco tu interés y tu preocupación, pero sé manejarme con tu padre.

—Vamos, mamá, no me hagas reír. Henry te trata como a una esclava y tú sigues con él como si nada. Me duele que no hagas ni lo más mínimo para librarte de él. Ya no te hablo del odio que manifiesta hacia mí cada vez que me ve. Hazlo por ti. Aún estás a tiempo de ser feliz.

—Ya charlaremos de eso. No me apetece hablar por aquí —le respondió Betrys utilizando unas palabras similares a las que la propia Anne había empleado hacía un momento.

—Ojo por ojo —dijo Anne—. Me merezco esa respuesta. ¿Por qué jamás me has contado en qué consistió mi secuestro, mamá? Cuando aludías a él me decías que era por el patrimonio de la abuela, pero sé que hay algo más. Elin me ha contado lo que se supone que me ocurrió. Jamás hubiera imaginado que la abuela y tú estuvierais implicadas en aquello.

—Tu abuela y yo te rescatamos —balbuceó Betrys—. Nunca he querido contarte nada de aquello porque no merece la pena. Siempre he pensado que el pasado es mejor dejarlo en su sitio.

—¿Quién, mamá? ¿Quién me secuestró?

—¿Qué más da eso? Lo importante es que te salvamos.

—Medio Holyhead anda contando historias por ahí de lo que sucedió. Todo el mundo parece tenerlo muy claro. Todos menos yo.

—Estuviste a punto de morir, cariño. Pero por suerte todo salió bien.

—Elin me dijo que me encontrasteis inconsciente junto a los menhires gemelos de Penrhos Feilw, muy cerca de la montaña de Holyhead. Y que yo estaba vestida de blanco. ¿Me puedes explicar qué pasó de verdad?

—Cariño, no es que no quiera explicártelo, es que es mejor que vengas y te lo cuente en persona. Hay tantas cosas de las que quiero advertirte.

—No me des largas otra vez, mamá. Todo esto tiene que ver con los asesinatos de las niñas en el País Vasco, ¿verdad?

—¿Cómo dices? —Betrys pareció fingir sorpresa.

—Elin me dijo que encontró en la cocina de vuestra casa un cuaderno en el que habías anotado decenas de veces la palabra *Amari*, la diosa de la mitología vasca. Y que irrumpiste en su casa en mitad de la noche preguntando histérica dónde estaba yo. Por esos días los informativos comenzaban a hablar de los asesinatos de esas niñas. ¿Qué me pasó de pequeña, mamá? ¿Qué relación hay con los crímenes que está habiendo en el País Vasco?

—Anne, tienes que tener mucho cuidado. Sé que no soportas que nadie te diga eso ni que te trate como si fueras una niña pequeña indefensa. Pero por una vez en tu vida hazme caso. No sé qué es lo que está ocurriendo exactamente, pero desde luego es un ataque a nuestra familia y a nuestro linaje.

—¿Un ataque a nuestro linaje? —preguntó. Era la primera vez que Anne escuchaba a su madre hablar de aquella manera, asumiendo sus orígenes con total naturalidad.

—Sí, nuestro linaje —continuó Betrys—. Seguramente habrás oído todos esos chismes acerca de tu abuela y del pequeño Tommy, el diablo de Sunny House.

—Sí. En Holyhead muchos creen que la abuela era una bruja.

—En cierta medida no les falta razón —sentenció Betrys.

—¿Qué quieres decir?

—Es muy difícil de explicar, Anne. Sobre todo para mí, que he estado evitando este asunto durante tantos años.

—Inténtalo —le rogó.

—Descendemos de un antiguo linaje, mucho más antiguo de lo que puedas imaginar, cariño, que veneraba a una poderosa bruja, Cerridwen.

Anne se quedó sin palabras. Había esperado que su madre le hablara de los gigantes y de la estirpe a la que los antiguos galeses, los berones y tantos pueblos pertenecían. Había esperado que le hablara incluso de la profecía del retorno de los gentiles o del origen del euskera. Pero desde luego jamás se le hubiera pasado por la cabeza que su madre le respondiera aquello.

—Cerridwen, *Amari*... Llámala como quieras —continuó—. Recibe múltiples nombres a lo largo y ancho del mundo. Pero al final, todos ellos remiten de una otra forma a la misma mujer.

—¿A una mujer? —preguntó Anne sin salir de su asombro—. No entiendo lo que estás tratando de decirme, mamá. ¿Qué quieres decir? ¿Quién fue Cerridwen?

—Los expertos te dirán que es simplemente una diosa de la mitología galesa, pero en realidad su leyenda responde al recuerdo de una reina que existió en la realidad.

—¿Una reina?

—Una reina tiene súbditos. Pues Cerridwen los tenía, y muchos. Aunque nadie sabe el nombre que realmente tuvo. Ni siquiera los galeses nos ponemos de acuerdo en cómo denominarla. Unos la llaman Cerridwen y otros Keridwen.

—Estás delirando, mamá.

—Me has dicho que te dijera la verdad, ¿no? —le reprendió Betryst.

—¿Qué tiene que ver una diosa galesa con la diosa vasca *Amari*?

—Las dos se están refiriendo a la misma mujer. Las dos diosas son una reminiscencia que quedó en el acervo cultural de los vascos y los galeses. Una alusión, un recuerdo, una evocación de una mujer de carne y hueso que existió. Una reina. Una poderosa bruja. Como te he dicho, hasta los griegos la rememoran en sus leyendas, aunque ellos la llaman Perséfone.

—Estás loca. ¿Por qué jamás he oído nada parecido salir de tu boca?

—Cuando te secuestraron de pequeña me prometí a mí misma abandonar todas aquellas creencias. Créeme que lo intenté con ... —Betryst se quedó de repente en silencio.

—¿Qué ocurre, mamá?

—Nada. Oigo ruidos en la planta de abajo.

—Pero ¿dónde estás?

—Espera cariño... voy a ...

La señal del teléfono se cortó súbitamente. Anne devolvió la llamada. De nuevo saltó aquel maldito aviso de que el aparato estaba apagado o fuera de cobertura. Tras cuatro intentos más llamó a Elin. Le contó en menos de tres minutos la conversación que acababa de tener con Betryst.

—Zanahoria, tranquilízate —le dijo su hermana tratando de calmarla—. Seguramente se ha quedado sin batería. Estás paranoica.

—¿Cómo quieres que esté después de lo que me ha dicho? Si lo que dice es cierto, alguien está atacando a nuestro linaje.

—Hablas como si estuvieras en una secta —se burló Elin—. Mira, Anne, qué quieres que te diga. Yo siempre he escuchado rumores acerca de la abuela y de esas viejas creencias, pero jamás les he dado importancia. Y tú deberías hacer lo mismo. Mucha gente en Gales cree en las hadas y los duendes. No hay nada de malo en ello. Seguramente mamá está arrepentida por el trato que te ha dado todos estos años e intenta encontrar una historia, algo con lo que empatizar contigo.

—Elin, que no —le cortó Anne—. Que esto es serio. Deberías haber escuchado cómo me lo ha dicho. Estaba preocupada de verdad. Ten cuidado, por favor. El otro día no te conté toda la verdad. Pero esto es solo la punta del iceberg.

—¿Qué está pasando, Anne?

—No he sido del todo sincera contigo. Llevo meses inmersa en una historia para no dormir. Desde que llegué a Bilbao mi vida ha cambiado por completo. He descubierto cosas que ni eres capaz de imaginar. He estado a punto de morir a manos de un loco.

—A ver, a ver, para el carro, que ahora sí que me estás asustando. ¿Cómo que has estado a punto de morir?

—La próxima vez que nos veamos prometo contártelo todo con pelos y señales.

—Todo esto tiene que ver con ese trabajo tuyo tan misterioso y todos esos viajes que estás haciendo todo el día, ¿verdad?

—Por tu seguridad no puedo contarte mucho, lo siento. Pero hazme caso, por favor. Creo que a mamá le ha pasado algo. Voy a llamar a la policía.

—¿Pero tú estás mal de la cabeza? ¿Y qué les vas a decir? ¿Que estabas hablando por teléfono con tu madre y que de repente su móvil se ha quedado sin batería?

—Algo se me ocurrirá para sonar convincente.

—No digas tonterías. Déjame que localice a la prima Mildred. Seguramente mamá estará con ella aún. Llamaré por si acaso a Cobham por si ha vuelto ya a casa y te llamaba desde allí.

—Por favor, en cuanto consigas hablar con la prima Mildred o con Henry llámame inmediatamente.

—Te lo prometo.

—Y ten cuidado, Elin.

—Subestimás a tu hermana pequeña, Zanahoria. ¿O es que acaso no recuerdas que soy cinturón rojo en taekwondo? —ironizó.

—Esto no es una broma, Elin.

—Te tomas todo demasiado a la tremenda, Anne.

Elin colgó el teléfono sin despedirse. Estaba claro que no había captado la amenaza real que se cernía sobre Betrys y sobre ella misma. ¿Qué había querido decir exactamente su madre al hablar de los asesinatos de las niñas? ¿Por qué se trataba de un ataque al linaje de la familia? Necesitaba aclarar todas aquellas preguntas como fuera. El caso era que aquella supuesta condición de bruja de *Amari* y su relación con el diablo no le resultaba del todo desconocida. Alguien le había hablado del tema hacía bien poco. Miró el reloj en el rótulo de neón de una farmacia que había al final de la calle. Esperaba que el profesor O'Connor estuviera aún despierto, últimamente se acostaba cada vez más temprano. La videollamada se estableció al primer intento sin problemas.

—Profesor, perdone que le llame tan tarde.

—Tranquila, Anne, siempre es un placer escuchar tu voz y verte. ¿Ha ocurrido algo? Tienes mala cara.

—No tengo un día muy bueno con lo del embarazo —trató de disimular ella.

—¿Habéis conseguido localizar a Filippa?

—Aún no. Pero hemos encontrado a Calíope. Esta noche nos reuniremos los tres con Filippa Costa —le contestó Anne. Decidió no contarle nada acerca del accidente para no preocuparle.

—¿Qué tal está Calíope?

—Muy afectada, pero es fuerte. Seguro que consigue sobreponerse pronto —Anne hizo una breve pausa mientras ideaba cómo sonsacar al anciano la información que necesitaba sin levantar sus sospechas. —Profesor, el otro día cuando estuvimos hablando de la posible relación de los asesinatos de “la *sorgina*” con *Amari*, usted me dijo que, a diferencia de la versión aragonesa de la diosa vasca, en *Amari* confluían tanto la bondad como la severidad.

—Así es. Lo mismo ocurre con sus hijos. *Mikelats* y *Atarrabi*, representantes del bien y del mal, respectivamente.

—Me contó que *Amari* estaba relacionada en muchos relatos con el diablo y con las brujas...

—Sí. *Amari* es diosa, pero a la vez es bruja, es la reina de las *sorginak*, las brujas, que la asisten en su labor de sacerdotisa suprema. Aunque hay muchas leyendas acerca del origen de *Amari*, hay una que destaca por perversa y ciertamente maléfica. Según este relato, un hombre y una mujer no podían tener hijos y ella prometió al diablo que si se quedaba embarazada le entregaría a su hijo o hija cuando cumpliera veinte años. El diablo le concedió lo que tanto deseaba. Cuando su hija estaba a punto de alcanzar esa edad, la metió en una urna de cristal para evitar que el diablo se la llevase, pero llegado el día del cumpleaños, el diablo rompió la caja y se la llevó al monte Anboto, donde vive desde entonces. En otra versión parecida, en medio de una fuerte pelea entre una madre y su hija, la madre la maldijo exclamando que ojalá se la llevara el diablo. En ese momento el señor de las tinieblas apareció y se la llevó al monte Anboto para siempre. Como ves, de una u otra manera, el diablo está relacionado con *Amari* en muchos mitos. Las *sorginak* son sus siervas, las que la ayudan en su sacerdocio.

—Es un poco raro que una mitología pagana tan antigua como la vasca hable del diablo cristiano —apuntó Anne.

—Efectivamente, es raro, pero la idea del diablo, como ser sobrenatural, es también muy antigua. En cualquier caso, como bien sabes, las leyendas se contaminan las unas a las otras, y es probable que, con el tiempo, la Iglesia metiera baza para demonizar la figura de la diosa y así advertir a sus fieles del peligro que podía suponer adorarla. Hay quien dice incluso que el diablo que aparece en esos relatos no es el diablo judeocristiano, sino una entidad ancestral que poco tiene que ver con Lucifer. Muchos lo denominan “el dios astado” o “el dios cornudo”.

—Jamás había escuchado esa denominación.

—“El dios astado” es una forma de unificar en un solo concepto a diferentes divinidades masculinas de diversas mitologías que comparten características físicas similares, como los cuernos o las astas, y están asociadas al arquetipo de la masculinidad, la virilidad y la fertilidad. De ahí que muchos sostengan que el diablo, el macho cabrío que invocaban las brujas en los aquelarres, en realidad era este tipo de dios de la fertilidad. En la mitología vasca está la figura de *Aker*, también llamado *Akerbeltz*. Este genio vasco vuelve a reflejar en su propio ser tanto la benevolencia como la maldad. Cuando es bondadoso, comparte muchas de las características de *Amari*, pero cuando preside las reuniones de las brujas dicen que muestra su faceta más negativa.

—Me resulta un poco tétrico que una divinidad de la naturaleza como *Amari* tenga también esa faceta diabólica —se lamentó Anne.

—La atribución de lo que es malo o negativo a una idea es una mera construcción del ser humano, de su moralidad, que va cambiando a través de los tiempos. Nada es bueno o malo porque sí, Anne. Todo forma parte de la existencia. Los propios hijos de *Amari*, *Mikelats* y *Atarrabi*, también tuvieron encuentros con el diablo. Lo negativo y lo positivo confluyen siempre.

¿A qué vienen todas estas preguntas, Anne? ¿Has descubierto algo nuevo respecto de los crímenes de las niñas?

—Intento encontrar una conexión entre todas las muertes y qué tiene que ver todo esto con *Amari*. Como el otro día me habló de ella y de su relación con el diablo, quería explorar esa idea por si acaso.

—Si consigues averiguar algo más o tienes cualquier otra pregunta no dudes en consultarme, Anne. De momento, parece que “la *sorgina*” ha dejado de matar. Quizá la policía ya ha localizado al sospechoso.

—Está bien, profesor. Así lo haré.

—En cuanto os reunáis con Filippa llamadme para contarme lo que os diga. Y extremad las precauciones. Alguien sin escrúpulos anda detrás de esa reliquia de la *drakospita* y puede seguir haciendo daño.

Anne se despidió de James O’Connor con un sabor agridulce. Le encantaba escuchar todo aquel conocimiento acerca de la cultura y mitologías vascas que el profesor parecía dominar a la perfección. Pero el resentimiento hacía también presencia en cuanto recordaba las palabras de Jon Arkaute advirtiéndole de que no se fiara de quien intentara acusarle. Se estaba volviendo loca con todo aquello. Ansiaba encontrar aquella maldita pieza del grabado de la casa de dragones pero a la vez se moría por regresar a Inglaterra y reunirse con su madre para que le terminara de explicar en persona toda la historia de Cerridwen y lo que le sucedió cuando ella era pequeña. No podía dejar de pensar en qué le ocurriría a su bebé si a ella le pasaba algo. ¿Qué clase de vida le esperaba a la criatura que llevaba en su vientre?

La comisaría de la *Ertzaintza* estaba siendo sometida a un lavado de cara en sus instalaciones. Situada en uno de los barrios más periféricos de Vitoria, el interior del edificio llevaba varias semanas invadido por andamios, cinta de carrocero, cartón cubriendo el suelo y decenas de carteles anunciando que cierta pared o puerta acababa de ser pintada. Aimar Errekamendi llegó a última hora de la tarde, cuando sabía que la presencia de agentes era menor debido al cambio de turno. Tras cruzarse con cuatro pintores y dos policías a los que no conocía, se dirigió a una de las salas destinadas a la investigación de delitos informáticos. Los ordenadores allí contaban con las últimas prestaciones del mercado y estaban configurados para rastrear la red con los sistemas más potentes y eficaces. Al menos esa era la teoría. En la práctica, probablemente cualquier pirata de veinte años podría manipular a su antojo y dejar *k.o.* a todos aquellos supuestos computadores y programas imbatibles.

Dentro de la sala solo había una mujer que ni siquiera le saludó al entrar. Ataviada con un par de enormes auriculares en sus orejas, parecía que estuviera instalando algún tipo de aplicación en dos de los ordenadores situados al fondo. Probablemente ni siquiera había advertido su presencia. Aimar se sentó en una de las mesas que quedaban más apartadas de la puerta. Buscó en su móvil el nombre que Manu Olabe, su “colega” de la policía municipal, le había facilitado. Anne Wellington. Había muchas posibilidades de que esa fuera la identidad de la misteriosa mujer que aparecía en las cámaras de seguridad del casco viejo la noche del asesinato de Peter Magnusson.

—Es ella —le había dicho Manu Olabe esa misma mañana.

—¿El trabajador de la hemeroteca está seguro de que es ella?

—Sí. Enseguida lo tuvo claro cuando le pregunté. Una chica guapa, pelirroja, inglesa. Pero que sabía hablar perfectamente castellano. Cuando le enseñé las fotografías que me diste, confirmó rotundamente que era ella.

—¿Y cómo dices que has llegado hasta ese chico?

—La testigo de la pensión. Volví a hablar con ella. Ya sabes que a esta gente le interesa quedar bien con la policía.

—Explícate.

—Nada, simplemente le aseguré que íbamos a rebajar las inspecciones por ruidos. Tiene varias quejas de los vecinos. Tal y como está el negocio últimamente, no puede permitirse nuevas sanciones.

—¿Así de fácil?

—Bueno, hay algo más. Esto no debería decírtelo, pero en alguna de esas habitaciones digamos que se producen de vez en cuando encuentros sexuales concertados.

—¿Es un burdel? No te puedo creer. ¿Has solicitado ayuda a una proxeneta?

—Yo no he dicho eso, ¿vale? No, no es un prostíbulo. Pero digamos que la encargada hace ciertas concesiones con alguna amiga que conoce y se dedica a eso...

—Ya. Y lo hace gratis, ¿verdad? Déjame adivinar. La has amenazado para que consiguiera información a cambio de no levantar la liebre. Como si lo viera.

—Siempre consigues que todo suene peor de lo que realmente ha sido. Tan solo le he pedido su colaboración desinteresada.

—No me hagas reír. Una amenaza es una amenaza, Manu —le había reprendido indignado—. Y me lo pones peor aún si esa amenaza la lleva a cabo un policía.

—Pero vamos a ver... ¿querías el nombre o qué? Pues ya está. Conseguido. Resulta que esas amiguitas que trabajan en la pensión han empezado a preguntar entre los clientes, y dos de ellos afirmaban haberla visto en Vitoria en esas fechas. Una pelirroja *pivón*. Una *guiiri buenorra*. Así la definieron. En concreto, uno la había visto en la plaza del palacio de Escoriaza-Esquível. El otro la había visto entrando en la hemeroteca de la casa de cultura del parque de La Florida. Un par de preguntas y al final di con el testigo adecuado. El chico que la atendió en la hemeroteca.

—¿Y qué hacía ella allí? ¿Para qué fue a la hemeroteca?

—Confirmé que su nombre figuraba en el registro de solicitudes. Al parecer se interesó por periódicos locales de 1985. Según me dijo el chico, quería encontrar información sobre algo que había ocurrido ese año en un pueblo de La Rioja Alavesa.

—¿Un crimen?

—No. Una estatua de no sé qué que había aparecido en la iglesia del pueblo, durante unas obras. Espera, que saqué una foto con en el móvil.

Aimar aún estaba impactado por la imagen que aparecía ilustrando la noticia del periódico que Manu Olabe le había mostrado. Un cura vestido con sotana posaba sonriente junto a una inquietante estatua de un ser antropomorfo cuya procedencia era incierta. El periodista apuntaba a una posible conexión con el pueblo berón que habitó la zona donde se ubicaba la villa antes de la era cristiana. Aquella escultura, que bien podría estar representando a un aristócrata o un rey, por estar sentado en un trono, había resultado todo un misterio en la época, tanto por su datación como por su extraño escondite en aquella iglesia católica. ¿Por qué habría de interesarse aquella extranjera, Anne Wellington, en aquel pueblo y en aquella noticia? ¿Qué conexión había entre la muerte violenta del asesino del *blog*, aquella mujer y la secta de Hugo Potevino?

El nombre de Anne Wellington no aparecía relacionado con ningún crimen que se hubiera cometido en el País Vasco. Había sido un iluso al pensar que tal vez hubiera algún rastro que la conectara con algún otro delito. Nada. Absolutamente nada. Ni siquiera una multa de tráfico. ¿Desde hacía cuánto tiempo llevaría aquella mujer por tierras vascas? Era imposible saberlo. Al igual que era inútil tratar de averiguar si constaba en alguna base de datos de otras policías. Nadie iba a ponérselo tan fácil sin hacer preguntas.

Contempló de nuevo la siniestra imagen de aquella antigua efigie que había aparecido en aquel pueblecito de La Rioja Alavesa y se le ocurrió una idea. Realizó una llamada con su teléfono móvil y bajó la voz para que la agente que había en la sala no pudiera escucharle. La mujer parecía ensimismada en su tarea mientras la música sonaba a todo volumen en sus auriculares. No consiguió aclarar sus dudas, pero por lo menos logró que su contacto le prometiera devolverle la llamada si descubría algo interesante.

—Un cajero.

—¿Cómo que un cajero? —le había preguntado Manu Olabe expectante.

—Tu marido ha sacado dinero del mismo cajero varias veces en las últimas tres semanas.

—¿Dónde está, por favor? Dime dónde está —le había rogado. Aimar había creído percibir cierta desesperación reflejada en su mirada.

—Manu, sabes que me puedo meter en un lío muy serio si alguien se entera de que te estoy revelando esta información.

—Por favor.

—Es un cajero situado en Laguardia. ¿Conoces el pueblo?

—Claro.

—Es un cajero que está junto al yacimiento del estanque celtibérico de La Barbacana. Seguro que lo encuentras fácil.

—Gracias, tío. No sabes lo que acabas de hacer.

Había sido aquella frase de Manu Olabe y el tono con el que la había pronunciado lo que había hecho saltar las alarmas en su instinto policial. Sin saber muy bien por qué, nada más decir aquello, Aimar se había acordado de las palabras de su madre cuando le había explicado la extraña conducta de Manu ante la desaparición de su marido. “¿Le has preguntado si le ha pegado alguna vez?” ¿Y si *Ama* tenía razón? ¿Y si había mandado a un posible maltratador directamente al escondrijo donde se guarecía su víctima? La mera idea de pensar que había ayudado a un monstruo de esa calaña le estaba poniendo enfermo. Él, que siempre se había vanagloriado de defender a los inocentes frente a sus hostigadores. Él, que había entrado en la policía para tratar de compensar de alguna forma el ataque constante de los poderosos y los abusadores contra los más débiles. Él, que había sufrido en sus propias carnes el acoso cuando era niño, podía estar apoyando la conducta delictiva de Manu Olabe.

Afortunadamente, Manu Olabe no tenía antecedentes penales. Lo acababa de comprobar. De lo contrario, jamás hubiera ingresado en el cuerpo de la guardia urbana de Vitoria. Igual se había preocupado en exceso. A veces la influencia de lo que *Ama* opinaba sobre alguien había llegado a confundirle. Esta podía ser una de esas ocasiones. Sin embargo... algo dentro de él le decía que algo raro sucedía en las circunstancias que rodeaban aquella desaparición. ¿Y si...? ¿Cómo no se le había ocurrido antes! Buscó rápidamente en la base de datos si Ander Goikoetxea había puesto

alguna denuncia. Al cabo de un par de minutos obtuvo la respuesta que buscaba. Hacía un par de años Ander había acusado a Manu de lesiones durante una pelea en el domicilio que compartían. Sin embargo, había vuelto al día siguiente y había retirado la denuncia. Ahí estaba. Su instinto no se había equivocado. En aquella ocasión Manu se había salvado. ¿Había vuelto a ocurrir? ¿Había vuelto Manu a pegar a su marido? Esa era la más que probable razón por la que Ander había terminado abandonando la vivienda de Deusto. Por eso Manu no había dejado en manos de la policía su desaparición. Se maldijo por no haber hecho caso antes a la intuición de *Ama*.

En ese momento la puerta de la sala se abrió y accedió a ella la *ertzaina* a la que Aimar menos le apetecía ver en ese momento. Ella se dirigió directamente a donde él se encontraba. Aimar no se atrevía a levantar la mirada de la pantalla del ordenador. La oficial Arantxa Moreno era una mujer que rondaba los sesenta años, de aspecto imponente y actitud casi marcial en todos sus movimientos. Llevaba ropa de calle perfectamente planchada sin una arruga. Su cabellera rubia la tenía recogida en una coleta alta, como en la mayoría de las ocasiones. A pesar de compartir con ella aquel gusto por la pulcritud y el orden, Aimar no se sentía nada cómodo en su presencia.

—Errekamendi, me alegro de verle —le saludó al llegar hasta él.

—Oficial Moreno, se lo agradezco.

—¿Qué tal va todo? —le preguntó mientras se apoyaba sobre la mesa de al lado. Aimar quería que aquella conversación terminara cuanto antes. No soportaba el tono condescendiente de la inspectora.

—Bien, gracias. Todo bien, señora —se limitó a decir.

—No diré que me sorprende verle aquí, conociéndole. Ya sabe que puede utilizar las instalaciones cuando quiera pero me gustaría que hiciera uso de los controles de acceso como el resto de sus compañeros —le recriminó.

—De acuerdo, señora. Así lo haré.

Ella le miró como una forense analizaría el primer cadáver del día que le tocara examinar. Aimar estaba empezando a sudar mientras trataba de idear una respuesta por si ella le preguntaba qué era lo que estaba haciendo. Pero no hizo falta. Arantxa Moreno dirigió la conversación por otros derroteros.

—¿Qué tal con Juliana?

Aquello era el colmo. No pensaba responderle. Eso era algo que pertenecía a su esfera privada. A nadie le interesaba qué era lo que ocurría en su vida fuera de las paredes de la comisaría.

—Le agradezco el interés, señora, pero ya sabe que no me gusta hablar de esas cosas.

—¿Por qué siempre es tan huraño, Errekamendi? Solo trataba de ser amable, que supiera que puede contar conmigo para lo que necesite.

—Todo bien, señora. Gracias —añadió él tratando de dar por terminado aquel encuentro.

—Aimar —se dirigió esta vez a él utilizando su nombre de pila—. ¿Se encuentra ya mejor?

—Perfectamente, señora.

Mientras salía del edificio sonó su teléfono móvil. Era Mabel Azpeitia, la persona a la que había llamado hacía unos minutos. Una vieja conocida de la academia de policía a la que destrozó el corazón cuando ella se le declaró y él no tuvo más remedio que rechazarla.

Mabel había constituido uno de los escasos conatos de relación real que había tenido en su vida con una mujer. Durante aquellos meses en los que se vieron prácticamente todos los días, Mabel se había convertido en su aliada, su salvadora, la única persona entre todos los compañeros que había sabido escarbar más allá de la primera impresión con la que se quedaban los demás. Incluso se posicionó de su lado cuando varios aspirantes trataron de hacerle la vida imposible y criticarle en todas las encuestas que se hacían periódicamente para valorar al resto de candidatos. Mabel terminó confesándole sus sentimientos pero Aimar siempre pensó que lo que ella sentía en realidad era más parecido al amor de una hermana mayor por su hermanito pequeño al que todo el mundo acosa en el colegio. Por supuesto *Ama* le aconsejó que no se fiara de ella, que algún interés oculto tendría. Y aunque le dio calabazas, no quiso desprenderse de la única persona con la que no sentía esa constante sensación de rechazo, de la única mujer con la que podía mantener una conversación de más de dos frases encadenadas sin sentirse incómodo. Afortunadamente, los dos habían sabido reconducir la situación y aún conservaban una amistad, si es que se le podía llamar así tratándose de Aimar. Una relación que retomaban cada dos o tres años con algún café o comida en algún restaurante asiático, los preferidos de ella. Mabel terminó abandonando su carrera en la *Ertzaintza* y desde hacía unos años trabajaba como funcionaria para la Seguridad Social. Se había casado con un chico de Irún y vivía allí con él desde que había nacido su segundo hijo. La vida había evolucionado para ella, pero Aimar sentía que él, a diferencia del resto de las personas que habían pasado por la suya, seguía anclado en un bucle del espacio-tiempo, sin apenas variaciones en su rutina diaria.

—Seguro que mi nombre no va a aparecer en ningún lado, ¿verdad?

—Te lo prometo Mabel. Ya sabes que yo no te haría una cosa así.

—Eso espero. Si no conocerás las consecuencias de mi ira el resto de tus días —bromeó—. Has tenido suerte. Esa mujer, Anne Wellington, aparece dada de alta. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Todo. ¿Desde cuándo? ¿Para quién trabaja? Todo lo que puedas decirme.

—¿Y no puedes utilizar los cauces habituales para obtener esta información? Me puedes meter en un lío.

—Vamos Mabel, ya sabes cómo funciona todo. Necesito esa información cuanto antes. Si utilizara los medios habituales, entre permisos, autorizaciones y demás, se demoraría demasiado. Tú me puedes ayudar en un minuto. Es una investigación muy importante. Sabes que puedes confiar en mí. ¿Alguna vez te he defraudado en ese sentido?

—Está bien, Aimar. Vamos a ver... Por lo que veo aquí es británica y está dada de alta en la Seguridad Social desde septiembre del año pasado. Y lo sigue estando. Por lo que parece es traductora, intérprete, con contrato indefinido.

—¿Cómo se llama la empresa?

—“Traducciones El Helecho Rojo, S.L.”. Es una sociedad domiciliada en Bilbao.

Aimar escuchaba perplejo a Mabel. Aquella compañía era la misma que figuraba como propietaria del piso de Las Torres Isozaki donde había muerto el hijo de Begoña Argenta. Se estremeció al recordar el espanto que sintió cuando abrió la tumba del joven en el panteón del cementerio de Bilbao. No solo porque Lourdes del Río utilizara aquel lugar sagrado para esconder aquellos documentos sobre la secta de la hermosa rosa perenne y las fotografías de Anne Wellington. Lo que más le había conmovido era que el sepulcro no contuviera los restos mortales del joven y, sin embargo, tal y como había comprobado en los registros del camposanto, allí se había procedido a darle sepultura.

—Un momento, Aimar, espera, aquí hay algo más —anunció Mabel.

—¿Qué pasa?

—Esta chica, Anne Wellington, desarrolla su actividad profesional para la empresa que te he comentado, pero hubo un alta y una baja que se produjo en otra empresa diferente, un día antes de comenzar a trabajar para “Traducciones El Helecho Rojo, S.L.”. Supongo que se trataría de algún tipo de error en el proceso de alta por parte de la compañía.

—¿Un error?

—Sí, tiene pinta de que fue un error, porque la persona que la dio de alta en ambas empresas fue la misma, una tal Lourdes del Río.

De nuevo Lourdes del Río, la desaparecida Consuelo, hacía acto de presencia en todo aquel embrollo.

—¿Cómo se llama esa otra empresa?

—Bueno, no es una empresa exactamente. Es una fundación. Fundación Petunia. Ha cambiado de nombre varias veces.

—¿Una fundación? ¿Aparece ahí dónde está domiciliada?

—Sí, en una vivienda de Bilbao.

—¿Me puedes mirar si esa fundación tiene a más trabajadores dados de alta?

—Aimar, eso ya es pedirme demasiado.

—Mabel, por favor. Si solo tienes que darle a un par de teclas. Te prometo que todo esto se queda aquí, tu nombre no va a aparecer por ningún lado.

—Como me metan presa por tu culpa, tendrás que cambiar los pañales tú de Haizea y Erlantz, y te aseguro que no es una tarea nada agradable para alguien tan pulcro como tú —bromeó.

—No me gustan los niños, ya lo sabes —dijo Aimar—. Puedes estar segura de que no te va a pasar nada.

—A ver... déjame mirar. Veamos... Pues curiosamente no aparece más que un nombre como persona contratada por esa fundación, una tal Begoña Argenta. Aunque en el pasado estuvo también contratado un hombre, Koldo de Andrés.

—¿Nadie más?

—No.

—Y esa empresa, “Traducciones El Helecho Rojo, S.L.”, ¿tiene dado de alta a algún trabajador más?

—A ver... Sí. Me sale la propia Lourdes del Río. Nadie más.

—¿Y puedes mirar si Lourdes del Río, ha dado de alta a más personas en otras empresas?

—Sí, espera. Metiendo su D.N.I. supongo que me saldrá. A ver... Sí, aquí está. Me salen otras dos empresas. Una está domiciliada en Vitoria, “Traductores Jurados Arcángel, S.L.” y otra domiciliada en Bilbao, “Antzinateko Hizkuntzalariak, S.L.”. Lingüistas de la antigüedad. ¡Qué prepotente! —se rio.

—Y ¿puedes...?

—Sí, pesado —le interrumpió ella—. Lo estaba haciendo sabiendo que me lo ibas a preguntar. No me has dado tiempo. A ver... “Antzinateko Hizkuntzalariak, S.L.” tiene dados de alta a varios trabajadores en nómina. Por un lado está Jon Arkaute, aunque según esto ha sido dado de baja no hace mucho. Luego tenemos a ese hombre que te he dicho antes, Koldo de Andrés, Agustina Fernández de Larrea, Borja Ayala, Miren Martínez de Ilarduya, Carmen Jiménez, otra vez a Lourdes del Río, y a una tal Maialen Zarate, aunque esta consta como cesada por fallecimiento. Todos con contrato indefinido. Y “Traductores Jurados Arcángel, S.L.” no tiene a nadie fijo, pero tuvo dadas de alta con dos contratos de prácticas a una tal Silvia Astorga y a una tal Macarena Ruiz de Arbulo. Y hace tiempo dio de alta con un par de contratos eventuales a un tal Peter Magnusson, un sueco por lo que veo, pero este hace muchos años que ya no forma parte de la plantilla. Me suena el nombre de este tío y no sé de qué.

—No me digas —le respondió él. No podía creerlo. Aquel conglomerado de empresas que giraban en torno a Lourdes del Río y Begoña Argenta había tenido entre sus empleados al asesino del *blog*, Peter Magnusson. No solo eso. Jon Arkaute y su mujer fallecida, Maialen Zarate, la madre de su hija Elia, también habían sido fichados por este grupo de sociedades. Incluso el hijo fallecido de Begoña Argenta, Borja, también había estado en nómina.

—Se te ha comido la lengua el gato —le dijo ella.

—Mabel, uno de los empleados que me has dicho, Borja Ayala, ¿figura como cesado por fallecimiento?

—Espera que miro... Sí, efectivamente.

—Gracias por todo Mabel, de verdad.

—Espero haberte ayudado al menos. Pero no me vuelvas a pedir esto muy a menudo. Ya me conoces, no voy a poder pegar ojo en varios días. Por cierto, hace mucho que no nos vemos. Me gustaría saber qué tal va todo. Tenemos que quedar y contarnos las vidas, ¿no?

—Ahora estoy muy liado. Pero sí, ya quedaremos.

No se lo pensó dos veces y se dirigió caminando a la sede del Gobierno Vasco, ubicada en el mismo barrio de Lakua donde se levantaba la comisaría. Por el camino, una lluvia torrencial caló

hasta el último centímetro de su piel, pero no le importó. Odiaba aquellas tormentas estivales. Un resfriado no le iba a impedir encontrar las respuestas que buscaba. Aquella fundación con aquel extraño nombre había contratado a Anne Wellington, aunque el mismo día la hubiera dado de baja. Fuese o no un error cometido por Lourdes del Río, estaba claro que aquella fundación y aquel conglomerado de empresas involucraban tanto a Jon Arkaute, Begoña Argenta e incluso a Peter Magnusson. Ahí estaba la conexión que ansiaba encontrar. No podía ser casual que todas aquellas sociedades tuvieran nombres relacionados o bien con las actividades lingüistas o bien con nombres de plantas. ¿Estarían todos ellos relacionados de alguna manera con la secta de la hermosa rosa perenne? ¿Serían todos seguidores de las ideas de Hugo el Potevino? ¿Tuvo que ver la horrible muerte de Peter Magnusson con todo ello?

Al llegar decidió no mostrar su credencial de *ertzaina* al personal de seguridad y realizó el correspondiente registro como un visitante más. Por dentro, el edificio del Gobierno Vasco le pareció aún más gigantesco que en el exterior. En realidad se trataba de dos construcciones, una más moderna y otra bastante más antigua, comunicadas entre sí bajo tierra. A pesar de las indicaciones que le habían proporcionado en la entrada, le costó bastante encontrar la oficina correspondiente al registro de fundaciones. Cientos, miles de funcionarios y visitantes se cruzaron con él mientras trataba de localizarla. Aquello era como una colmena a escala humana, con toda la cadena de abejas desplazándose por el interior y con infinitas celdas prácticamente idénticas las unas a las otras. Aturullado por la presencia de tanta gente, al fin logró dar con el registro. Tras rellenar la oportuna instancia y facilitar sus datos identificativos, el joven que le atendió le entregó la documentación que había solicitado.

Salió al exterior. A pesar de que el cielo seguía cubierto por las nubes cargadas de electricidad, la tormenta había cesado así que no esperó más y leyó ansioso la información contenida en aquel escrito. Se trataba de una copia del acta de constitución y los estatutos sociales, así como de una relación de los miembros que conformaban el patronato, el órgano de gobierno de la fundación. Abrumado por la excitación, comprobó que el último nombramiento de patronos era reciente, de enero. Begoña Argenta había sido miembro del patronato hasta su fallecimiento, pero en enero, tras su muerte, había sido sustituida por un nuevo nombre. La lista actual de miembros del órgano gubernamental de la fundación la conformaban Koldo de Andrés, Sofía Arrizabalaga y un hombre llamado James O'Connor, con pasaporte británico, que era quien había sustituido a Begoña Argenta. Así que la anciana rica, tal y como la había denominado *Ama*, no solo era propietaria de varios pisos en los portales aledaños al misterioso café-librería donde Lourdes del Río tenía la habilidad de desaparecer. También estaba a los mandos de aquella entidad. Tenía que averiguar quiénes eran Koldo de Andrés y James O'Connor.

Revisó los estatutos sociales para ver cuáles eran los fines de aquella organización. “*Promover la investigación, conservación y divulgación de las culturas antiguas y las lenguas clásicas y minoritarias del mundo*”. A continuación echó un último vistazo al resto de la información relativa a aquella extraña fundación. Reparó en el nombre de las personas que figuraban en el historial de apoderados, es decir, representantes de la organización para ciertas actuaciones pero sin llegar a ser miembros de la dirección. En un lugar destacado aparecía la omnipresente Lourdes del Río. Con facultades muy similares a las de ella, se indicaba el nombre de Jon Arkaute, cuyos

poderes habían sido revocados a principios de enero. Era curioso que tanto en “Traducciones el Helecho Rojo, S.L.” como en la Fundación Petunia, Jon Arkaute hubiera sido cesado en sus respectivas funciones. Aunque estaba claro que seguía teniendo contacto con ellos, si no no le hubiera visto en el cementerio hablando con Lourdes del Río. Un momento. Era una idea disparatada pero... ¿y si Jon Arkaute hubiera sido cesado de manera fulminante de todo aquel conglomerado de entidades? ¿y si no se había equivocado aquel día en el cementerio de Bilbao y Jon Arkaute había tratado de encañonar a Lourdes del Río? ¿y si estaba tratando de atacarla como venganza o preso de un ataque de ira por culpa de ese cese repentino en sus funciones? Sonaba a idea descabellada, pero quizás no lo era tanto.

Mientras pensaba en los posibles motivos por los que Jon Arkaute había sido despedido, se detuvo en los nombres que figuraban en el acta constitucional de la organización. Era de principios de los años noventa, cuando se había creado el registro de fundaciones del País Vasco. Sin embargo, tal y como se indicaba en el *dossier*, la entidad existía desde mucho tiempo antes. La primera fecha que constaba era 1876 aunque no había ninguna prueba documental que lo confirmase. La organización se había amoldado a la legislación de fundaciones precisamente en la primera mitad de la década de los noventa del siglo XX. Leyó los nombres que aparecían en el listado de las personas que habían llevado a cabo dicha adaptación. En el acta figuraban de nuevo los nombres de Begoña Argenta y Koldo de Andrés, pero esta vez no había ni rastro de Sofia Arrizabalaga. En su lugar, figuraba el nombre de otra mujer. Amelia Aizaga.

A la una menos veinte de la madrugada llegaron al altiplano donde se levantaba la pequeña iglesia católica de Santa Cristina que daba nombre al pozo sagrado. Mechero y Calíope habían vuelto más tarde de la hora que le habían prometido, así que Anne se las había tenido que apañar para encontrar un restaurante que permaneciera abierto hasta las once y media. Mechero estaba colado por Calíope, de eso no le cabía duda alguna. No había más que verle cómo se la quedaba mirando absorto cada vez que ella abría la boca o contaba algo acerca de su familia y de la isla de Eubea. El joven le reía todas las gracias como si intentara por todos los medios agradarla y ganar puntos. Solo esperaba que ella le correspondiera al menos un poquito. No la conocía muy bien, y aunque era simpática y amable, no terminaba de conectar con ella del todo. Seguía sin perdonarle que no les hubiera contado toda la verdad cuando estuvieron en Grecia y además, aunque le costara admitirlo, se sentía un poco celosa de la actitud de Mechero con ella al haberle revelado toda aquella información secreta acerca de la Fundación Petunia. No porque Anne sintiera nada por Mechero, pero tenía miedo de que la hija de Dimitri terminara haciéndole daño. Mechero había sufrido demasiado en los últimos tiempos, no tenía nada claro que fuera a soportar una nueva pérdida en el caso de que Calíope terminara rechazándolo.

El viento cálido soplaba con fuerza en mitad de aquella explanada envuelta en la negrura de la noche. A pesar de la cercanía de la carretera, el recinto estaba bastante aislado y quedaba lejos de los pueblos de la zona. No se veía ni un alma en los alrededores, aunque el pozo sagrado de la cultura nurágica era uno de los atractivos turísticos más demandados de la isla durante el día. Habían visto un par de vigilantes junto a la pista de acceso pero en los alrededores del yacimiento no parecía haber nadie, ni guardas ni visitantes. Al menos la luz de la luna creciente contribuía a aportar algo de luminosidad sobre el terreno.

Enseguida habían localizado la entrada al pozo. Un pequeño murete de piedra con forma de cerradura rodeaba el agujero y este a su vez estaba delimitado por otro cercado elíptico aún mayor. Daba la sensación de que quienes construyeron aquel lugar sagrado trataban de protegerlo a toda costa con algún tipo de muralla que, en su momento, tenía que haber sido mucho más alta. Su estructura y diseño imponían cierto respeto, como si lo que allí se hubiera guardado o celebrado fuera de gran importancia. El acceso al pozo estaba conformado por una escalera en forma de triángulo de veinticinco peldaños, siendo el escalón más cercano a la superficie el más ancho y disminuyendo los demás su tamaño a medida que la profundidad era mayor.

—Yo no me meto ahí ni de coña —dijo Mechero nada más asomarse a la oscuridad que emanaba de la escalinata.

—¿Tú ves a Filippa por aquí? Porque yo no —contestó Anne—. O está ahí abajo o se ha ido.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —vociferó Mechero asomándose al agujero. Creyeron escuchar un ruido en el fondo.

—Déjalo, bajo yo —dijo Anne.

—Ni de coña, pelirroja. No estás para bajar esas escaleras. ¿Tú has visto lo empinadas que están?

—¿Tú te piensas que estoy discapacitada, verdad? —le preguntó Anne bastante irritada por su comentario.

—Anne, no te enfades con Mechero —añadió Calíope— pero creo que tiene razón. Hacemos una cosa, bajo yo y os quedáis aquí los dos por si aparece. Son pocos escalones, si Filippa no está abajo enseguida me veréis otra vez aquí.

—¿Hoy es el día de quién tiene los ovarios más grandes o cómo? —preguntó Mechero indignado—. No voy a dejar que bajas ahí tú sola. ¿Y si quien está abajo esperándonos es el asesino de tu padre?

—¿Perdona? —la cara de Calíope era un poema. No daba crédito al tono paternalista de las palabras de Mechero—. ¿Alguien tiene que bajar, no? ¿Tú te crees que Filippa va a montar todo este numerito para matarme? Si lo hubiera querido hacer no me habría citado aquí, en mitad de este lugar tan turístico. Los rastros que dejaría serían incontables.

—¿Y por qué nos ha citado en mitad de la noche? ¿Es que no te das cuenta? —insistió Mechero.

—Está claro. Se está protegiendo a sí misma. Mira, que no voy a discutir más del tema. Filippa Costa no ha matado a mi padre. Bajo yo. Tú te quedas aquí con Anne.

—Bajad los dos y punto —sentenció Anne—. Si en diez minutos no dais señales de vida, llamo a la policía.

—¿Y tú te quedas aquí sola? —preguntó Mechero con preocupación.

—No seas pesado. No me va a pasar nada. Son diez minutos. Venga, bajad de una vez —dijo Anne enfadada.

Dicho y hecho, los dos jóvenes se adentraron en el pozo iluminándose con la linterna de sus teléfonos móviles. Antes de desaparecer del todo, Mechero se volvió para comprobar que Anne seguía allí. Anne abrió su bolso y corroboró que había traído consigo el pequeño puñal de sílex que la abuela Mary Anne había escondido en la habitación secreta de su dormitorio en Sunny House. Un arma que la que fuera la máxima dirigente de la Fundación Petunia había encontrado en uno de sus viajes por Centroamérica. Palpó también su cuello para asegurarse de que llevaba puesto el colgante con el trinquete celta que de igual manera Mary Anne Merrick había ocultado en el Reino de las Ánimas. Aquellos dos objetos la protegerían. Su abuela se lo había dejado bien claro cuando ella era pequeña. Si alguna vez tenía miedo y sentía el peligro cerca portaría con ella aquellos objetos sagrados. Sonrió al recordar la ternura de la abuela al contarle todas aquellas historias. Realidad o fantasía, lo cierto era que llevaba aquel collar puesto cuando el asesino del *blog* trató de acabar con ella en el palacio de Montehermoso de Vitoria. El pequeño Tommy, el niño diablo de Sunny House, había acudido a salvarla de aquel criminal. Y lo había conseguido. No estaba convencida del poder de aquellos objetos pero confiaba plenamente en su abuela.

Esperó unos tres minutos pero los jóvenes seguían sin subir a la superficie. Le pareció escuchar el eco de una conversación en el pozo, pero era imposible saberlo con certeza. De repente un halo

de luz iluminó su cabellera pelirroja desde la lejanía. Se volvió asustada y observó cómo el foco provenía de una pequeña arboleda situada a unos doscientos metros de allí. La señal lumínica cesó y al cabo de dos segundos volvió a aparecer, repitiendo aquella danza intermitente varias veces consecutivas. Anne se giró hacia el pozo. Mechero y Calíope seguían sin subir a la superficie. Aún le quedaban unos siete minutos para que se cumpliera el plazo que había pactado con ellos. El enigmático halo de luz volvió a ejecutar aquel parpadeo sobre su cabeza. Dudó un instante, pero finalmente se decidió y se dirigió hacia los árboles de donde surgía. Al llegar descubrió que entre la vegetación se erigía una de las famosas torres *nuraghi* con forma de cono partido que tantas veces habían visto salpicando el paisaje de Cerdeña desde que habían llegado. Sin embargo, en este caso se trataba de una única torre, aunque en la zona exterior se adivinaban los restos de otros edificios mucho más bajos y lo que parecían los vestigios de un poblado. Miró hacia atrás esperando divisar la entrada del pozo, pero la foresta le impedía distinguir apenas nada. Contempló la torre. Debía de medir por lo menos seis metros de altura y aparecía con una cubierta que parecía intacta. Extrajo el cuchillo de su bolso y entró con él en la mano. Sabía que era una locura hacerlo pero, por alguna razón, no tenía miedo. ¿Se habría sugestionado con el supuesto poder mágico de aquel objeto? Una vez dentro, la oscuridad era casi plena pero enseguida el manto negro que lo envolvía todo desapareció. Durante unos instantes quedó cegada por el potente foco de una linterna que alguien portaba a apenas unos pasos de distancia. Cuando se acostumbró a la claridad, observó sin entender lo que estaba sucediendo. La silueta de un hombre se dibujaba tras la luz. Sintió al bebé pegando un brinco en su interior como advirtiéndole del peligro que se cernía sobre ella. A pesar de llevar el puñal en alto se sintió desprotegida. Había sido una insensata. Aun así, ni se le pasó por la cabeza tratar de huir.

El sonido apenas perceptible de los fugaces roedores que habitaban las lindes de la finca donde se levantaba la casa de Sabina Elguea despertó los instintos depredadores del ave nocturna que se ocultaba en uno de los alerones del tejado. Era su escondite favorito. Llevaba allí desde hacía muchísimo tiempo. Ya ni siquiera se acordaba de si alguna vez había llegado a ese lugar o si su existencia siempre había estado arraigada en aquel territorio. Era su hogar, su reino, su imperio anudado de sarmientos y zarcillos. Ella era él y él era ella. Fuera de ese binomio solo la nada.

El hueco era de tamaño perfecto y lo suficientemente profundo y resguardado como para poder insertar su cuerpo sin que apenas se pudiese apreciar su silueta carnívora esperando ejecutar su sentencia de muerte al menor despiste. Excitada por el calor que despedía una presa cercana, su plumaje blanco envuelto en fingida mesura sobrevoló de manera repentina el huerto en un zumbido silencioso y mortal. Al hacerlo pasó a muy pocos centímetros de distancia por encima de la cabeza de Ander Goikoetxea, que se ocultaba entre las sombras, al final del camino. El ave se asustó durante un segundo. No esperaba encontrar allí a nadie agazapado. Su instinto animal le había fallado y todo su engranaje de sentidos adaptados a la oscuridad nocturna había fracasado estrepitosamente al no haberle advertido de la presencia de aquel ser humano. Estaba claro que el tiempo también pasaba para ella. Su pequeño corazón de rapaz brincó haciéndole perder el impulso que necesitaba para llegar hasta su víctima y no pudo evitar enfurecerse con aquel hombre invadiendo sus dominios. En un giro inesperado logró agarrarse a una rama de una de las vides y solo cuando se aseguró de no perder el equilibrio observó con detenimiento a aquel intruso. No parecía un ladrón, aunque había algo en su actitud que delataba una intención sombría. No es que fuera un aura repugnante y putrefacta como suelen tener muchos mata-hombres asalta-casas, no. Su energía era limpia y bondadosa. Pero en su mente brillaba con intensidad un punto de discordia, un minúsculo agujero negro gobernado por una obsesión, una preocupación de gran arraigo en su alma. Sí, era eso. Aquel ser humano tenía una razón imperiosa para llevar a cabo un acto deshonesto, impío, contra la ley de los hombres. Era una razón primitiva, poderosa, capaz de doblegar su conciencia para adaptarla a su objetivo. Esa razón era el amor. El ave giró la cabeza tratando de escuchar en la distancia. Agudizó su profundo radar para intentar descifrar las interferencias que su instinto aviar captaba a lo lejos. Dentro de la casa había alguien. Y no era precisamente su dueña. Dentro de aquel viejo caserío otra mujer buscaba algo desesperada. Aquel hombre tenía un cómplice.

Lucía Zuberoa había entrado en la casa de su tía Sabina por la puerta del huerto. Tanto ella como su madre Concha guardaban un juego de llaves por si necesitaban entrar en caso de una emergencia. La excusa era una posible fuga de agua o cualquier tipo de desaguisado doméstico pero, en realidad, madre e hija se habían encargado de convencerla para que les cediese las llaves porque estaban preocupadas. Tenían miedo de que en cualquier momento Sabina cayera fulminada al suelo por culpa del don de la vigilia. Y no era cuestión de tener que llamar a los bomberos para echar la puerta abajo en caso de que así ocurriese. Ningún extraño debía entrar en aquella casa. ¿Cómo explicarían la presencia de todos los cirios o las decenas de joyas que Sabina guardaba

heredadas de sus ancestros berones? ¿Cómo explicarían la presencia de la gigantesca estatua de la reina *Amari* en el desván? Por no hablar de los botes repletos de pócimas. No, no podían permitirlo de ninguna manera. Por eso su tía había terminado aceptando aquella pequeña cesión de soberanía sobre aquel hogar.

Sabina Elguea no estaba en casa. Su hermana Concha la había invitado a cenar esa noche para hablar de lo que estaba aconteciendo en las últimas fechas y de lo que estaba a punto de suceder. Debían prepararlo todo bien y asegurarse de que todo saldría como tenían planeado. Lucía también había sido citada allí junto con su hermano Adrián, pero los dos habían rechazado ir. Lucía había puesto como excusa que se encontraba bastante desanimada por culpa del último cambio de medicación, lo cual no era del todo mentira. Y Adrián directamente había rehusado aludiendo que había quedado con una chica. En los momentos de crisis, al final Sabina y Concha eran las únicas dispuestas a darlo todo con tal de proteger los intereses de la familia.

La joven subió directamente a la segunda planta. Sabía que el piso inferior, donde se ubicaban las estancias principales del caserío, no era el lugar más apropiado para esconder los libros de Jacobus Vanner.

—¿Por qué le interesaban a tu tía Sabina esos libros? —le había preguntado Ander mientras urdían el plan.

—Mi tía Sabina lleva sufriendo años por culpa del estado de salud de mi abuela Véspero. Todos hemos sufrido por esto —había dicho. Ander había percibido cierta acritud en aquella afirmación. Era evidente que Lucía hablaba de su abuela con resentimiento. —Durante mucho tiempo recorrimos hospitales y clínicas privadas en busca de un tratamiento, pero ningún médico nos dio la solución.

—Ya me dijo David. Es una enfermedad incurable. El síndrome del insomnio familiar fatal.

—No, se parece por algunos de los síntomas, pero no es lo mismo. Nos lo dejaron claro en el último centro donde la examinaron.

—¿Cómo que no es lo mismo?

—Pues eso. Tía Sabina se dejó un dineral en diferentes médicos. Todos los especialistas, salvo los de la última clínica, nos dijeron que se trataba del síndrome del insomnio familiar fatal. Los síntomas eran prácticamente iguales. Sin embargo, no encajaban con lo que le ocurría a mi abuela. En este último centro nos confirmaron que no se trataba de la misma mutación genética. Pero, aun siendo diferente, tampoco encontraron una posible cura. El síndrome del insomnio familiar fatal es una terrible enfermedad rara e incurable, pero desde hace un tiempo se sabe que el paciente cero, la primera persona que la desarrolló, fue un médico veneciano del siglo XVIII. En el caso de nuestra familia, esto viene ocurriendo desde mucho más atrás. Te puedo asegurar que el don de la vigilia lleva persiguiendo a los miembros de mi familia desde hace mucho más tiempo.

—Desde la época de los berones.

—Por lo menos desde entonces. Quién sabe si quizá empezó antes.

—¿Y cómo sabéis que eso es así?

—No sé cómo explicártelo bien sin que me tomes por una pirada.

—Inténtalo, por favor.

—El don de la vigilia forma parte de nuestra identidad, por decirlo de alguna forma. Así lo llamaban nuestros ancestros berones y desde entonces hemos conservado esa denominación. Uno de nuestros antepasados, un monje de nombre Munio que vivió en los siglos X y XI, recopiló muchas de las historias de los miembros del linaje familiar en los que se despertó el don. No solo eso, sino que se dedicó a recoger por escrito todos los relatos en torno a nuestra historia familiar que se habían ido transmitiendo de generación en generación de manera oral. Escribió varios libros, pero el más importante aún lo seguimos conservando nosotros. Este libro contiene además un par de pequeños textos originales de nuestros ancestros berones, en concreto de las Madres.

—David me habló de ellas. Era el grupo de sacerdotisas que tenían los berones —apuntilló Ander—. Me maravilla que se puedan conservar unos escritos tan antiguos.

—Sí, bueno. Eso es lo que dice mi madre y mi tía. No sabemos si ese monje, Munio, descubrió esos escritos por casualidad o ya se venían conservando desde entonces por el linaje. Yo sinceramente creo que esto es pura mitología, una fantasía que han ido construyendo mis antepasados con el paso del tiempo. Lo que sí es cierto es que desde que Munio murió, cada generación ha ido añadiendo a ese manuscrito diversos anexos con las experiencias vividas por todos los miembros que tuvieron el don. Mi abuela Véspero, mi madre y tía Sabina veneran ese libro como si fuera nuestra biblia familiar.

—¿Tú has leído ese libro? Puede que ahí esté la clave que busco para salvar a David.

—No, ese libro solo lo ha leído mi tía Sabina y supongo que mi abuela en su momento. En cada generación, un miembro se erige en custodio del libro y solo él puede leer su contenido. Y él se tiene que encargar de designar al siguiente miembro que hará lo propio. Se supone que David iba a ser el siguiente custodio por decisión de Sabina.

—¿Dónde está el libro ahora?

—No puedo decírtelo. Ese libro contiene demasiada información importante de mi familia, Ander. Si mi madre, mi hermano o tía Sabina se enteran de que te he contado todo esto, me matan. Además, tampoco lo sé con seguridad.

—Por favor, te lo ruego. Puede que la vida de David dependa de ese puto libro.

Lucía se había negado a seguir hablando del tema. De ninguna manera podía ayudarle en ese sentido. Además, ni siquiera ella sabía dónde se ocultaba el Libro del Linaje. La tía Sabina guardaba aquella ubicación en el más absoluto de los secretos. Había rumores de que en el pasado más de un miembro de la familia había sufrido accidentes por haber informado del paradero del libro a quien no debía. Una ley no escrita establecía que en el caso de revelación a personas ajenas al clan, el traidor debía ser castigado con la amputación de un miembro. En los casos más graves, debía morir. Era una ley que según le había contado su madre existía desde el siglo XII, cuando un antepasado estuvo a punto de vender el libro a un rico comerciante. Lo encontraron muerto días después, tirado en medio de un camino, con los ojos arrancados por los cuervos. Afortunadamente, en las últimas tres generaciones no se había producido ningún episodio del

estilo. No sabía si eran meras leyendas con las que amedrentar a los miembros del linaje menos comprometidos, pero no estaba dispuesta a confirmarlas en su propia carne.

Tras revisar las dos únicas estancias que contaban con armario, abrió la habitación en la que pensaba que Sabina tendría guardados los libros de Jacobus Vanner. El aroma de las velas consumidas aún se dejaba sentir. Sobre el suelo, un círculo casi perfecto realizado con sal y plumas, aparecía ennegrecido en la parte central. Sabina había estado allí no hacía mucho y había realizado uno de los rituales heredados de los ancestros. La estatua de la reina *Amari* aparecía dada la vuelta, mirando hacia la pared, y cubierta por dos viejas mantas que desdibujaban su silueta. ¿Cómo había sido capaz Sabina de mover aquella escultura por sí sola? La rodeó procurando hacer el menor ruido posible y una vez creyó tener su rostro enfrente, se persignó a la antigua usanza, como le había enseñado a hacer su madre desde que era una niña. Puso la palma de su mano izquierda sobre su abdomen para cerrarla a continuación y colocarla sobre el pecho. Luego giró hacia la izquierda el puño dos veces dibujando círculos concéntricos. Para terminar abrió de nuevo la mano, se la llevó a los labios y, sin cerrarla, la dejó caer hacia adelante en un arco de noventa grados. Después de llevar a cabo el saludo, se sintió mucho más cómoda en presencia de *Amari*, así que se dirigió directamente a los baúles que había arrimados a las paredes. Alguno de aquellos arcones tenía siglos de antigüedad. Comenzó probando suerte con los más pequeños, en un intento de acelerar el proceso de rastreo buscando aquel dichoso libro, pero enseguida comprobó que en ninguno de ellos se hallaba lo que buscaba. Así que no tuvo más remedio que abrir una de las arcas más grandes, fabricada de manera artesanal con madera de roble. Se detuvo unos instantes y permaneció en el más absoluto de los silencios. Le había parecido escuchar ruidos en la escalera. ¿Habría vuelto ya Sabina? De ser así, Ander le hubiera avisado. Se había escondido entre las vides vigilando por si Sabina volvía antes de lo previsto. De repente la puerta de la habitación se abrió. Estuvo a punto de gritar pero finalmente pudo contenerse. Era Ander.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó enfadada—. Me has dado un susto de muerte.

—Vengo a ayudarte, si no no acabaremos nunca.

—¿Estás loco? ¿y si vuelve tía Sabina y nos pilla aquí?

—Cuanto antes revisemos todo antes nos podremos ir.

Sin dar opción a réplica, Ander abrió otro de los baúles que permanecía cerrado, pero tampoco tuvo éxito. Al cabo de diez interminables minutos, Lucía llamó la atención de Ander y le pidió que se acercara.

—Mira esto —le dijo.

Ander confirmó aliviado que Lucía sostenía entre sus manos el libro de Jacobus Vanner. El título y el subtítulo aparecían escritos en latín y en inglés: *“Estudios y doctrina sobre la herencia de los dioses antiguos. El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios”*. La señora Rosa tenía razón. Aquella edición era aún más lujosa que las de otros libros que el padre de David almacenaba en su despacho. Lo hojeó y comprobó que tanto las cubiertas como el papel tenían incrustaciones de oro, o algo que se le parecía mucho. El libro era mucho menos grueso de lo que

se había esperado. De hecho podía decirse que era de extensión más bien reducida y venía dividido en capítulos con títulos bastante clarificadores de su contenido. La mayoría de ellos describían la historia de la etnia de los bátavos y otras repartidas por el mundo. No les prestó atención. Estaba escrito en inglés. Buscó con avidez algo que estuviera relacionado con los centinelas visionarios. Lo localizó en la parte final. Un único capítulo. Sus esperanzas de encontrar una forma de salvar la vida de David comenzaron a desvanecerse. Mientras tanto, Lucía leía concentrada unos documentos que había encontrado en el mismo arcón.

—¿Algo interesante? —le preguntó ella al cabo de un rato.

—No —contestó él—. Todo mi gozo en un pozo. Sí, describe muy bien lo que le pasa a David, eso sí. La falta de sueño, las alucinaciones, la degeneración mental progresiva..., pero no va más allá, es como si considerara el tema como algo tabú. Por la forma que ha utilizado para hablar de esto, parece que le impone respeto tratarlo, como si temiera hacer daño o molestar a los posibles lectores. Además, es curioso, porque no lo llama “el don de la vigilia” como tu familia sino “el insomnio de los dioses”. Da la sensación de que los bátavos se refieren a esa enfermedad de esta otra manera.

—Alucino con que ese tío haya hablado en ese libro de lo que nos pasa a mi familia. Es una cosa de la que nunca tratamos con nadie. Es nuestro secreto. Lo que nos hace especiales. Lo que hacía especiales a los centinelas de las sacerdotisas de las Madres. Por eso eran elegidos para velar por la llave y ser sus escoltas.

—Hay otra cosa que me parece aún más rara —continuó Ander—. Mira esta frase.

Lucía la leyó en alto.

—“*Las tres lunas rojas drenan el río por el que fluye el insomnio de los dioses, pero ¡ay de aquel que ose navegarlo de esa manera!*”.

—No sé qué puede significar. Es bastante raro. ¿En tu familia nunca habéis hablado de algo parecido? ¿Qué es eso de las tres lunas? —preguntó Ander.

—El caso es que algo me quiere sonar, pero no recuerdo el qué —contestó Lucía. Aquella expresión, “las tres lunas rojas”, no le era del todo desconocida. Un recuerdo depositado en lo más profundo de su psique pugnaba por subir a la superficie y revelarle su significado, pero por más que trataba de recuperarlo, no lo lograba. —Aunque para raro esto. Mira. Esta carta estaba metida dentro del libro. Tía Sabina la recibió de una mujer, Suzanne Bechs, en 1984. Está escrita en inglés.

Al escuchar aquel nombre Ander sintió cientos, miles de minúsculos pinchazos en la yema de los dedos de sus manos, como si alguien estuviera clavándole alfileres. Parecía que su cuerpo estuviera reaccionando ante la mera alusión a la Presidenta de Artechmia. Le arrebató la carta a Lucía y la leyó con atención. ¿Qué hacía Sabina Elguea hablando por carta con Suzanne Bechs en 1984? Según David, las dos eran enemigas declaradas la una de la otra. Suzanne era la líder de los descendientes de los bátavos, mientras que Sabina lo era de los de los berones. Aquellos dos linajes habían estado en guerra desde siempre. ¿A qué venía esa carta?

“*En la ciudad de Nimega, a 12 de agosto de 1984.*”

Sabina,

Corren tiempos oscuros para todos nosotros y tú bien sabes que aún será peor dentro de pocos años. Debemos estar preparados para cuando llegue la hora de la profecía. El mundo puede convertirse en un lugar muy diferente tras el retorno de los que estaban antes. Espero que cada uno sepamos el lugar que nos corresponde y actuemos en consecuencia.

Sé que te habrá sorprendido recibir esta carta, habida cuenta del enfrentamiento tan cruento que existe entre nuestras familias a pesar de compartir la misma sangre. Esta guerra empezó hace mucho tiempo y tú y yo sabemos que en el pasado hubo demasiados ataques, demasiada sangre derramada, una y otra vez. No pienso justificar los que fueron perpetrados por nuestra familia y confío en que tú tampoco lo hagas con los vuestros. Los hombres son viles por naturaleza y se envalentonan demasiado rápido. Si las mujeres hubiéramos estado al mando, las dos sabemos que todo hubiera sido diferente. Reconozco que las cosas pudieron hacerse de otra manera. Quizá sea ya demasiado tarde.

Ahora que lidero los designios de esta honorable familia, la vida vuelve a ponerme una dura prueba en el camino y es por eso que me dirijo a ti. Se trata de mi amada hermana Fiona. Le queda muy poco tiempo de vida. Si nada lo impide morirá antes de que llegue el invierno. No sabes lo que una siente cuando su propia hermana enferma ha asumido que va a morir y le pide que cuide de su hijo cuando ella se haya ido. Sé que tú también tienes una hermana y espero que comprendas mi dolor y mi desesperación. No quiero que mi sobrino Wilfried me eche en cara cuando crezca que no hice todo lo posible para ayudar a salvar a su madre. Él no me lo perdonaría nunca. Yo misma no me lo perdonaría. Si accedes a mi ruego, estoy dispuesta a cederte el cuarenta y nueve por ciento de nuestro imperio empresarial. Y tú sabes que está en plena expansión. Por favor, Sabina, necesito la llave. Los médicos han tirado la toalla. Solo el poder de la llave puede evitar que Fiona muera. Estoy dispuesta a negociar los términos, incluso a que seas tú su custodia mientras la llave permanezca aquí. Tendrías todos los gastos pagados, por supuesto. Atiende mi súplica, Sabina, te lo ruego. Ha llegado el momento de poner fin a esta guerra sin sentido. No desaproveches la oportunidad.

A la espera de tus prontas noticias, me despido atentamente.

Con respeto,

Suzanne Bechs.”

Aquella era la verdadera firma de Suzanne Bechs, estaba seguro. Conocía su letra perfectamente. Lucía le entregó una segunda carta.

“En la ciudad de Nimega, a 21 de diciembre de 1984.

Sabina,

Sé que has sido tú la que ha intentado hacerse con la empresa matriz de mi familia. No tienes vergüenza. Te di la oportunidad de que tu familia se hiciera inmensamente rica y tú la rechazaste. Y ahora lo intentas por tu cuenta sirviéndote de testafierros. ¿Hasta cuándo Sabina? ¿Hasta cuándo esta guerra?

Te informo de que hace unos días mi hermana Fiona nos dejó. Mi sobrino Wilfried llora todas las noches desde entonces. Pensaba que todavía te quedaba algo de humanidad, pero veo que tu fanatismo y tu rencor van mucho más allá. Eres un monstruo. Aprovechas un momento de debilidad personal para hacerte con todo lo que es mío. No sé si ni siquiera abres mis cartas ni me importa. Necesitaba expresar con palabras lo mucho que te desprecio.

Que tengas unas felices vacaciones navideñas en compañía de tu familia. Mientras aún viva.

Suzanne Bechs.”

Así que era cierto. Todo lo que le había contado David acerca de la guerra que enfrentaba a aquellas dos familias era cierto. Y eso no era todo. Sabina Elguea había tenido en sus manos la ocasión de firmar un armisticio y, por lo que se veía, no solo no había hecho nada para lograrlo sino que había intentado hacerse con el control de la principal empresa de los Bechs. Lucía le corroboró la historia de esa hostilidad milenaria. Ander le contó todo el pasado delictivo de William Dik, que entonces se llamaba Wilfried Dick, y su relación de parentesco con Suzanne Bechs. Le habló de Alicia Rández, su amiga, la persona con la que había investigado a los Bechs antes de que ella muriese. Al hacerlo, volvió a percatarse de lo mucho que la echaba de menos.

—Alicia y yo descubrimos que William había cambiado su identidad para tratar de escapar de lo que hizo con aquella pobre chica a la que mató en Holanda cuando era joven. Y además averiguamos que era el sobrino de Suzanne Bechs. Su madre, Fiona, la hermana de Suzanne, murió cuando William, Wilfried, era pequeño. Según David tu tía Sabina ideó una estrategia para que Artechnia, la empresa que dirigía Suzanne Bechs, contratase a David. Y lo logró. A base de donaciones encubiertas y vete a saber qué otros chanchullos. Por lo que parece, tu tía Sabina hizo caso omiso a la ayuda que le pedía Suzanne Bechs en esa carta, porque Fiona terminó muriendo. No sé si hubiera servido para algo todo el asunto de la llave, pero lo que sé es que negó al pequeño Wilfried la oportunidad de crecer junto a su madre.

Aquello era de locos. Si el sobrino de Suzanne Bechs, Wilfried, que con los años se convertiría en el miserable de William Dik, conocía aquello que sucedió entre Sabina y la Presidenta de Artechnia, no quería ni imaginar el odio que debería sentir hacia el linaje de la familia de David y hacia la propia Sabina. Sabina Elguea había podido evitar la muerte de la madre de Wilfried y no lo había hecho. Aquella espiral de hostilidad jamás se iba a detener.

—Vámonos. Por nada del mundo quisiera que tu tía nos pillara aquí.

Filippa Costa hablaba atropelladamente en un inglés bastante deficiente, mezclándolo con el italiano cuando no encontraba la palabra que buscaba. Calíope la entendía mejor que Mechero, que aguzaba el oído para tratar de descifrar lo que aquella mujer intentaba contarles con aquel fuerte acento. Aún estaba impresionado por la aparición que había hecho la jardinera en el pozo sagrado de Santa Cristina. Calíope y él habían bajado por los veinticinco escalones de piedra temiendo encontrarse cara a cara con la muerte en cuanto llegaran al último peldaño. La escalera estaba escoltada por paredes de voladizo de siete metros de altura y aparecía cubierta a su vez por otra serie de peldaños en el techo que emulaban una escalera al revés. El efecto era hipnótico. A pesar de que Mechero había alumbrado el descenso con la linterna de su teléfono móvil, había sucedido algo inesperado. Cuando faltaban siete escalones para llegar a la base del pozo, la batería de su teléfono se había agotado de una manera un tanto extraña. Calíope había intentado encender la linterna del suyo, pero había sido imposible. Su teléfono también había quedado fuera de juego. Así que, muy a su pesar, el joven había tenido que terminar el último tramo en mitad de aquella negrura que parecía que iba a tragárselos para siempre. Al menos aquella circunstancia sobrevenida había servido para que Calíope le tomara de la mano. Hacía mucho tiempo que quince segundos no le habían sabido tan a gloria.

El pozo se abría bajo tierra formando una pequeña área circular cubierta por una bóveda. La tenue luz de la luna se colaba por un agujero horadado en la cúpula iluminando débilmente los muros del interior de la cámara. Mientras se aproximaban al último escalón habían escuchado el suave rumor de un manantial brotando de las paredes. Nada más llegar al fondo, sintieron la humedad bajo sus pies. Mechero se agachó y palpó con su mano el suelo. Allí había agua. Aquel pozo seguía en funcionamiento treinta y un siglos después de que fuera construido.

—Esto no me gusta —dijo Calíope mientras escudriñaba las áreas de las paredes no iluminadas por la luz de la luna.

—Igual se ha ido. Ha visto que era la hora y no se fia de nosotros.

—¿Es que no te das cuenta de que nos hemos metido en la boca del lobo? Vámonos, esto es ridículo.

De repente escucharon un siseo que provenía de la parte central de la cúpula. Alguien se había asomado al agujero por el que se colaba el halo lunar. Era una mujer que chistaba en un tono muy bajo, como queriendo captar su atención.

—¿Eres la hija de Dimitri? —le preguntó a Calíope de manera un tanto retórica.

Ni siquiera tuvo tiempo de contestarle. Al cabo de unos segundos la vieron aparecer descendiendo por los peldaños alumbrándose con una linterna. Filippa Costa era una mujer alta y atlética, con un rostro anguloso enmarcado por una larga cabellera grisácea que llevaba atada en un doble moño. Cuando la tuvieron delante, Mechero enseguida reparó en un detalle sutil de la anatomía de su rostro. Una de sus pupilas había emitido un reflejo demasiado brillante cuando la luz del astro nocturno rebotó sobre ella. Era un ojo de cristal.

—Pensaba que erais tres —les dijo.

—Anne se ha quedado arriba. ¿Es que no la ha visto? —preguntó Calíope. Se habían olvidado por completo de avisar a Anne al cabo de diez minutos. Era evidente que había transcurrido más tiempo desde que habían descendido al pozo.

Filippa Costa negó con la cabeza tres segundos antes de que Mechero partiera a zancadas escaleras arriba. Mientras las dos mujeres le alcanzaban escucharon los gritos desesperados del joven llamando a Anne.

—¡Joder, me cago en la puta! Se la han llevado. ¡Anne! ¡Anne! —gritó Mechero corriendo de un lado para otro mientras trataba de abarcar todos los ángulos posibles del yacimiento. Calíope se acercó a él e intentó tranquilizarlo, pero le resultó imposible. Nunca le había visto tan alterado.

—Voy a llamar a la policía —anunció Calíope.

—¡Esperad! —les gritó Filippa Costa—. Creo que vuestra amiga está allí.

Mechero respiró aliviado mientras comprobaba que efectivamente era Anne la persona que estaba viniendo hacia el pozo. Al verla llegar como si nada no pudo evitar echárselo en cara.

—¿Cómo se te ocurre irte por ahí a explorar tú sola? Por poco me da un infarto cuando he visto que no estabas junto al pozo —le recriminó.

—Me ha parecido ver a alguien con una linterna a lo lejos y he ido a echar un vistazo. Falsa alarma. Habrá sido el foco de algún coche.

Ya más sosegados, los cuatro se sentaron en el pequeño murete con forma de cerradura que rodeaba la parte alta del pozo. Para su sorpresa, Filippa Costa sabía perfectamente de la existencia de la profecía del regreso de los gigantes. Algo que conocían muchos de los mayores de los jardines de Petunia repartidos por el mundo, les aseguró. De hecho estaba convencida de que los gigantes habían existido en algún momento, aunque dudaba de que los antiguos habitantes de Cerdeña pertenecieran a aquella raza. Se inclinaba por pensar que los hombres y mujeres de la civilización nurágica fueron sus descendientes, herederos de aquel legado cultural. De vez en cuando, Mechero giraba la cabeza esperando encontrarse con Koldo de Andrés acechándoles en las sombras.

—Me alegro mucho de conocerte, Calíope —dijo Filippa Costa mientras trataba de disimular su ojo de cristal mostrándoles el perfil de su cara que aún conservaba el globo ocular biológico.

—Dimitri era un *grande uomo*, no se merecía lo que le ha pasado.

—¿Sabe quién ha sido? ¿Quién ha matado a mi padre?

—Tengo mis sospechas. Koldo de Andrés fue a Eubea y robó una parte de uno de los dos grabados de la *drakospita*, y también se le ha visto no muy lejos de aquí, en Nápoles. No sería muy arriesgado decir que puede que De Andrés sea el responsable de la muerte de tu padre. Pero no lo puedo asegurar.

—¿Cómo puede usted seguir perteneciendo a la Fundación? —le recriminó ella al igual que había hecho hacía poco con Mechero.

—La *Fondazione* no es el enemigo. Sino los Caducos —le dijo mientras sacaba un cigarro y lo encendía—. Al igual que Dimitri, yo también he renunciado a mi cargo de Mayor dentro de la

Fondazione. Hay rumores de una revolución que está en marcha. Esperemos que no lleguen demasiado tarde.

—¿Tiene usted la otra parte del grabado, la que le envió Dimitri? —preguntó Anne.

—Sí. *Ecco* —contestó Filippa extrayendo tres paquetes de su bolso cubiertos con papel de burbujas y cartón. La pieza original se rompió. Ahora son tres pedazos, como un puzle.

Mechero las tomó con cuidado y tras desenvolverlas las colocó una al lado de la otra sobre el suelo. En la parte inferior aparecían de nuevo los seres antropomorfos, como escapando de algo. Muy por encima de ellos surgía la famosa nube con aquellas formas sinuosas y amenazantes. En el medio, sobre las cabezas de los gigantes, por fin, pudieron ver la parte del dibujo que correspondía a la pieza que Koldo de Andrés se había llevado de la *drakospita*.

—Eso es una jodida montaña —dijo Mechero decepcionado.

—A ver, déjame ver —dijo Anne situándose junto al joven. No había duda. Una estrecha montaña con una meseta en la cumbre se situaba entre los hombres y mujeres que huían de la nube.

—Calíope. Nos dijiste que a cada lado del dintel de la puerta de la *drakospita* se situaba el mismo grabado, repetido.

—Sí, según me contó mi padre así es.

—Entonces la pieza que se llevó Koldo de Andrés del grabado que aún permanecía junto al dintel cuando estuvimos allí representaría también a esta montaña.

—Sí.

—¿Y qué interés puede tener De Andrés en llevarse solo esa parte? —preguntó Anne—. Además, si él fue quien trató de robar esta pieza del grabado que conservaba tu padre, ¿por qué habría de querer arrebatársela si ya tenía su propia representación de la montaña? No tiene sentido.

—Tal vez quería, por alguna razón, corroborar que la pieza gemela del grabado representaba también la montaña. A lo mejor, uniendo todas las piezas es más fácil ubicar la montaña, o saber a qué país pertenece —dijo Calíope.

—¿Usted tiene alguna teoría al respecto? —le preguntó Mechero a Filippa Costa.

La mujer estuvo a punto de decir algo, pero finalmente se encogió de hombros y permaneció en silencio. Anne la observaba con desconfianza.

—¿Por qué nos ha citado aquí, Filippa? ¿No era más seguro hacerlo en Tíscali, en su casa, o incluso en un hotel?

—Os he citado *qui* porque quería enseñaros algo. Si sois amigos de Dimitri y de Jimmy sé que puedo confiar en vosotros.

—¿A qué se refiere? —Anne se sintió algo incómoda al ver cómo Filippa Costa se refería al profesor James O'Connor con aquel diminutivo. Solo podía significar que al menos habían mantenido una estrecha amistad. Quizás algo más.

—*Penso* que nada de esto es casual. Algo muy importante está a punto de ocurrir. Tras los incidentes del invernadero y la biblioteca de Bilbao, los Caducos se están reorganizando en todas partes y han emprendido una caza de brujas contra todos los jardineros sospechosos de pertenecer a la corriente de los Revolucionarios. Ha habido más muertes sospechosas en todo el mundo. A las muertes de Dimitri o Begoña Argenta se están sumando otros fallecimientos aparentemente accidentales. Creo que están acabando con quienes son sospechosos de colaborar con la revolución o al menos apoyarla. Por eso Dimitri y yo dimitimos como

Mayores, para rebajar la presión sobre nuestras cabezas. Dimitri y yo ya lo hablamos antes de que todo esto comenzara a recrudecerse. Es como si todo en el universo se alineara para lo que está a punto de suceder.

—¿Qué va a suceder? —preguntó Calíope. Sentía una conexión especial con aquella mujer que afirmaba ser la amiga de su padre.

—La profecía. El retorno de los que estuvieron aquí antes que nosotros. Os he citado aquí para explicaros por qué el pozo de Santa Cristina se considera el lugar más sagrado de la cultura nurágica. Muchos creen que los antiguos habitantes de Cerdeña y de otros muchos lugares del mundo eran descendientes de una antigua raza de gigantes. Estas gentes construyeron este santuario en torno al siglo XI antes de Cristo. Todos estos restos que veis a vuestro alrededor fueron construcciones erigidas circundando el pozo. Se cree que fueron varios edificios diferenciados, probablemente destinados a acoger a los peregrinos o incluso puede que fueran las habitaciones de los maestros y líderes del culto.

—¿Qué culto? —quiso saber Mechero.

—El culto al agua —respondió ella—. Es obvio que la construcción del pozo no es casual. Los pueblos posteriores a la cultura nurágica siguieron manteniendo este templo y lo dedicaron a diosas como Deméter y su hija Perséfone. Se dice que este pozo fue un observatorio astronómico, pero yo creo que fue mucho más que eso.

—¿Qué tipo de diosa era Deméter? —preguntó Anne. Calíope y Mechero se quedaron mirándola sin entender muy bien su interés repentino en aquella parte de la historia que acababa de contarles Filippa Costa.

—Deméter fue la diosa griega de la juventud y la agricultura, de la tierra fértil, y el símbolo del ciclo eterno de la vida y la muerte. Por eso se consideraba que era la diosa madre que traía las estaciones al planeta. Deméter y su hija Perséfone, forman parte de un culto mucho más antiguo que los famosos dioses del Olimpo.

Anne no podía creer lo que acababa de decir Filippa Costa. La hija de Démeter se llamaba Perséfone. Betrys le había hablado de la existencia de una misteriosa reina que existió de verdad a partir de la cual los antiguos galeses crearon el mito de la diosa Cerridwen, al igual que supuestamente habían hecho los vascos con *Amari*. Cerridwen y *Amari* eran dos de los distintos nombres con los que culturas de toda Europa se habían referido a aquella poderosa bruja. Betrys le había dicho que los griegos la habían llamado Perséfone. Todo tenía sentido. Al parecer, los descendientes de los gigantes repartidos por todo el territorio europeo habían seguido practicando, mucho tiempo después de la desaparición de aquella raza, una religión que por alguna razón veneraba el recuerdo de aquella reina.

—¿Es posible que los hombres y mujeres de la cultura nurágica que construyeron este pozo veneraran a una diosa con características similares a Deméter, pero mucho más antigua? —siguió preguntando Anne, para desconcierto de Mechero.

—*È probabile*. Al igual que la Iglesia católica levantó muchas de sus iglesias sobre restos de antiguos restos paganos, es probable que las gentes que llegaron aquí después adoptaran ese culto.

—Fascinante la clase de mitología —la interrumpió Mechero—. ¿Por qué cree usted que el pozo fue mucho más que un observatorio astronómico?

—En ciertas épocas del año la luna se sitúa justo encima de la apertura que hay en la bóveda del pozo creando una atmósfera casi mágica en el interior de la cámara.

—Eso no es nada sorprendente. En muchos otros lugares hay dólmenes y otras construcciones megalíticas que fueron diseñadas para que la luz del sol se colara en los solsticios creando un efecto místico. Algo parecido a lo que hacen las vidrieras de las catedrales cristianas hoy en día.

—Sí, tienes razón —asintió Filippa—. *Ma questa costruzione* es algo diferente. Los arqueólogos y los astrónomos han discutido durante años el propósito del diseño del pozo. Lo que ocurre con la luz de la luna no sucede en fechas señaladas como los solsticios de invierno o verano, es algo más aleatorio. Muchos pensamos que la intención de los ingenieros nurágicos que levantaron este templo era otra. Dimitri y yo creíamos haber dado con la respuesta. Se trataba de un diseño profético.

—¿Cómo? —preguntó Mechero.

—Los antiguos habitantes de la isla de Cerdeña diseñaron el pozo para anunciar una fecha.

—Ya estamos otra vez con las profecías a vueltas. Estoy hasta las narices —dijo Mechero con desdén.

—¿Mi padre también pensaba lo mismo? —dijo Calíope—. ¿Cómo llegó mi padre a esa conclusión?

—Ya sabes de la afición de tu padre por el cosmos, por el universo, no solo por la arqueología.

—Sí, dígamelo a mí. Tenía su despacho repleto de libros de astronomía. De pequeña, siempre que nos íbamos de vacaciones a otros países elegía las ciudades con los planetarios más prestigiosos —dijo Calíope.

—Dimitri y yo pensábamos que tanto el diseño del agujero en la bóveda del pozo de Santa Cristina como el del agujero de las *drakospita* de la isla de Eubea obedecían a un mismo fin.

—Lo cual demostraría que todos estos pueblos compartían un mismo acervo cultural o tenían un pasado común —apuntó Anne.

—En mis años de universidad en Roma asistí durante un año a las clases que impartía una prestigiosa astrónoma de *Milano*, la doctora Rafaella Rinaldi, como profesora invitada de la facultad de ciencias. Al principio fui *per curiosità*. Mi vida social era bastante deprimente por aquella época y necesitaba llenar el tiempo. Pero enseguida consiguió cautivar me con todo aquel mundo de *costellazioni*, nebulosas y estrellas de un millón de nombres. Allí conocí a Dimitri. Y gracias a Dimitri conocí más tarde a James.

—Sé que mi padre estuvo viviendo en Roma de joven pero jamás me habló de que hubiera acudido a ninguna clase de ese estilo.

—La doctora Rinaldi apenas nos sacaba diez años de edad a tu padre y a mí. Ella nos entusiasmó con todo aquel conocimiento del universo y nosotros, a cambio, la enamoramos con nuestros vaivenes amorosos y, sobre todo en el caso de Dimitri, con su conocimiento de los mejores restaurantes y bares de Roma. Los tres, los cuatro, cuando se incorporó Jimmy, nos hicimos grandes amigos. Conservamos el contacto con ella desde aquel entonces hasta que murió hace cinco años. Ella fue la que nos ofreció la solución que buscábamos poco antes de dejarnos, aunque no fuera la que nos esperábamos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Calíope.

—Cuando asistíamos a sus clases, todos los alumnos debíamos realizar un trabajo de fin de curso en el que probáramos cómo la astronomía había influido de alguna forma en el devenir de las culturas. Dimitri *e io* cooperamos en el mismo proyecto y le propusimos, medio en broma medio en serio, nuestra teoría profética acerca del pozo sagrado de Santa Cristina y la *drakospita* del monte Oqui. Pues bien, aquello que empezó como un juego pronto se convirtió en una obsesión para la doctora Rinaldi, hasta el punto de que dedicó muchos años de su vida a tratar de resolver aquel enigma y aquella posible conexión astronómica entre las dos construcciones. Rafaella llegó a la conclusión de que la *drakospita* del monte Oqui y el pozo sagrado de Santa Cristina apuntaban, cada uno desde su correspondiente latitud, al mismo punto en el cielo en un determinado momento del pasado.

—¿Del pasado? ¿Cómo que del pasado? ¿No estábamos hablando de una profecía? —la cuestionó Mechero.

—Dimitri y yo creíamos que así era, pero Rafaella llegó a la conclusión de que en realidad estaban rememorando un momento del pasado.

—¿Y hacia dónde estaban orientadas ambas construcciones? —preguntó Anne.

—A las Pléyades. Es el nombre que recibe un cúmulo estelar ubicado en la constelación de Tauro. Sus estrellas más brillantes forman un pequeño caldero o cazuela. Se cree que otras construcciones de culturas muy diferentes, como la pirámide del sol de Ciudad de México y muchos templos griegos, están orientadas hacia las Pléyades.

—Y supongo que el nombre de Pléyades no será casual para variar —ironizó Mechero.

—Las Pléyades eran siete hermanas de la mitología griega, muy anteriores a los dioses olímpicos. La más famosa de todas, la hermana mayor, que corresponde con una de las estrellas más brillantes, era Maya.

—¿Maya? —preguntó Anne—. Ese nombre me suena.

—Maya es *il nome* de varias diosas de otras culturas. En la mitología romana era la diosa de la primavera y la fertilidad. En la mitología hindú era la gran diosa madre o el principio creador de todo. En general, las Pléyades fueron un conjunto de estrellas veneradas por muchas culturas del pasado. Los aztecas y los antiguos egipcios entre otros.

—¿Y se puede saber qué momento del pasado están rememorando tanto el pozo como la *drakospita*? —preguntó ansioso Mechero.

—Según Rafaella los dos están alineados con la situación de las Pléyades en la bóveda celestial en un momento determinado de la prehistoria. No tengo ni idea de cómo llegó a esa conclusión ni de a qué fecha en concreto se refería. La datación bailó bastante en cada una de nuestras últimas conversaciones. La última que me dio creo recordar que era de hace treinta o cuarenta mil años. Una locura. *Io sinceramente penso* que fantaseaba bastante con este tema. Dimitri y yo, aunque seguíamos manteniendo la teoría romántica de que el diseño de ambas construcciones anunciaba una fecha del futuro, también valoramos la posibilidad de que en realidad tanto el pozo como la *drakospita* estuvieran alineados con las Pléyades precisamente por esa figura de caldero que conforman ese conjunto de estrellas, lo cual les debía de recordar a algo de su religión o su cultura. Pero la doctora Rinaldi iba más allá. Empezó a decir

incongruencias cuando en uno de los yacimientos nurágicos de Cerdeña, concretamente en el poblado oculto en el monte Tíscali, se encontró una pieza de bronce de la última época que reproducía exactamente la posición de la constelación de Tauro, Orión y, por supuesto, las Pléyades. A simple vista parecía un simple conjunto de puntos ornamentales de una olla ceremonial, pero el caso es que coincidía con todos esos cuerpos celestes.

—Esa mujer le daba a las drogas —soltó de repente Mechero.

—No me hagas hablar, anda —le mandó callar Anne haciendo un gesto con la mano—. Pero no entiendo, Filippa. ¿Por qué la doctora Rinaldi hablaba de un momento de la prehistoria?

—Esa representación de las constelaciones del yacimiento del monte Tíscali también ha aparecido en otros lugares del mundo. Concretamente, en la gruta de Lascaux, en el suroeste de Francia, se descubrieron en 1940 unas pinturas rupestres que llamaron poderosamente la atención, no solo por la calidad de los dibujos, sino porque enseguida muchos quisieron ver en ellas una representación astronómica en toda regla. Las figuras retrataban diversos animales de la época, como suele ser habitual en este tipo de cavernas. Pero una de esas bestias llamó poderosamente la atención de los expertos.

—Tenía forma de ovni —dijo con sorna Mechero.

—Pues no —le respondió Filippa—. Se trataba de un unicornio. ¿Cómo es posible que un animal inexistente formara parte de la mitología fantástica de unos hombres y mujeres del Paleolítico? Al parecer, lo que en realidad estaban tratando de representar era la constelación de Capricornio.

—¿Y qué tiene todo eso que ver con la olla de bronce que se encontró en el monte Tíscali? —preguntó Calíope.

—Resulta que, además del unicornio, había representado un uro, una especie de antecesor del toro, con un conjunto de puntos estratégicamente colocados a la derecha de la cabeza y otros tantos a la izquierda. La disposición de los extremos de los cuernos y de otras marcas de la cara del animal junto con esos dos grupos de estrellas situados a un lado y a otro de la cabeza coinciden perfectamente con la posición de la constelación de Tauro, Orión y las Pléyades.

—Pura casualidad —dijo Mechero—. No me creo nada.

—Ahí no acaba la cosa. Hasta cierto punto son lógicas las elucubraciones de Rafaella —dijo Filippa Costa—. Esa misma disposición de puntos que representaban a las estrellas Pléyades aparecieron dibujados en otra pintura rupestre en una cueva de los montes Cárpatos a finales del siglo pasado. Lamentablemente no queda ni rastro de ellas.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Calíope.

—Las cuevas se inundaron antes de que diera tiempo a hacer investigaciones más exhaustivas.

Anne sintió una presión en la parte alta del vientre y no pudo evitar soltar un pequeño gemido de dolor.

—¿Estás bien, pelirroja?

—Sí, tranquilo. Filippa. Esa cueva de los montes Cárpatos donde apareció esa pintura rupestre, ¿a qué país pertenecía en concreto?

—A Rumanía. Tengo el nombre de la cueva en la punta de la lengua... —le contestó la italiana.

—Orașul apă —dijo Anne.

—*Ecco!* Sí, creo que ese era el nombre. Tendría que confirmarlo, pero sí, creo que sí. ¿Conocías ya la cueva? —preguntó Filippa.

—Hemos oído hablar de ella antes, sí —dijo Mechero mientras cruzaba su mirada con la de Anne.

En aquella misma caverna de Rumanía, Margarita Toledo, la arqueóloga a la que Anne y él habían conocido hacía poco en la residencia de Pamplona, había descubierto aquella extraña escritura que ella emparentaba con la de la vasija que se encontró en la *drakospita* del monte Oqui. Los mismos signos que Margarita halló en aquel bloque de piedra enterrado bajo la muralla de Vitoria cuando el equipo de arqueólogos de Koldo de Andrés sacó a la luz los restos óseos de la supuesta necrópolis de gigantes. Era el idioma de aquella especie desconocida de homínidos. Esa era la conclusión a la que había llegado Margarita Toledo. “*La lengua santa venida de los cielos*”, como rezaba el códice 60. Así que era verdad. Así que todo aquello estaba conectado. Si aquellas cuevas de Francia y Rumanía, incluso el propio pozo sagrado de Santa Cristina y la *drakospita* del monte Oqui estaban ensalzando el grupo estelar de las Pléyades se debía a que aquel conjunto de estrellas les recordaba a algo intrínseco a su cultura. ¿Tal vez el origen de su lengua? ¿Tendría razón la doctora Rinaldi y en realidad las construcciones de Cerdeña y Eubea estaban conmemorando algo que ocurrió hacía cuarenta mil años? Observó el rostro de Anne. Tenía la sensación de que ella estaba pensando exactamente sobre lo mismo. Sin embargo, detectó algo extraño en su mirada, como si ella hubiera dado un paso más allá en sus cavilaciones. Como si Anne se hubiera adelantado y supiera algo que a él se le estaba escapando. Sí, era eso. Anne tenía reflejada en sus ojos la certeza de quien conocía algo que el resto de los mortales ignoraba. Por un momento, hasta creyó adivinar soberbia en aquella actitud. ¿Qué le estaría ocultando?

Aimar Errekamendi abrió los ojos lentamente. No era la primera vez que le pasaba. A veces se quedaba dormido mientras la empleada de la clínica de estética le depilaba el cuerpo. Sobre todo le ocurría con los brazos. No sabía muy bien la razón, pero tenía la sensación de que algún resorte de su sistema nervioso ubicado en sus extremidades superiores activaba el mecanismo para hacerle sucumbir al sueño si era presionado de cierta manera. Era una buena señal, porque eso significaba que había conseguido liberar toda la tensión anímica acumulada durante el tiempo que había pasado desde la depilación anterior. Pero esta vez al desperezarse se dio cuenta de que no estaba tumbado sobre una camilla y que la mujer que había a su lado no era su esteticista.

—Aimar, despierta. Tranquilo, estás a salvo. Nada puede causarte daño aquí.

Él se incorporó despacio mientras trataba de volver a la realidad. Le costó más de lo normal abandonar el estado de duermevela. Aún tenía la sensación de encontrarse perdido en mitad de aquel bosque, con la sombra de la montaña proyectándose sobre las copas de los árboles. Todavía podía percibir el olor del musgo y la humedad de la noche. Aún recordaba el pánico que sintió al tropezarse con aquel extraño animal.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó ella.

—Sí, creo que sí.

—Esta vez ha sido un éxito. Hemos conseguido llegar hasta ese día. Me has contado con pelos y señales lo que ocurrió y, lo más importante, te has enfrentado a tus miedos.

—No recuerdo haberle contado nada.

—Es normal, no te preocupes. Tu mente necesita asimilar toda lo que acabas de recordar. Poco a poco se irán difuminando los efectos de la hipnosis e irás recuperando el recuerdo de lo que pasó aquel día, pero lo harás de otra manera, tomando el control de la situación. Te he dado las herramientas necesarias para afrontar tus miedos.

—¿Está segura? Ya lo han intentado otros antes y siempre han fracasado.

—Esta vez estoy segura de que funcionará. Cuando llegue el momento, sabrás que ha sido un éxito. Confía en mí.

—Si usted lo dice...

—¿Qué tal llevas lo de tu madre? Hace semanas que no me cuentas nada de eso.

—No quiero hablar de ella. Se lo he dicho mil veces.

—Aimar, es importante que tratemos ese asunto también. Sé que te afecta. Sé que te hace sufrir.

—Déjeme en paz, usted no me conoce de nada.

—¿Estás tomando la medicación que te receté al pie de la letra? Tengo la sospecha de que no. ¿Me equivoco? No pasa nada, esto no es una reprimenda, pero necesito saberlo para evaluar tu progreso.

—Esas pastillas son veneno. Si me las tomo siento que no soy yo. No me dejan pensar con claridad.

—Aimar, si no colaboras es imposible que yo pueda hacerte una evaluación positiva. Sé que tu mayor deseo es reincorporarte al cuerpo, pero si no me dejas ayudarte, me temo que no podré hacer un informe a favor de tu reingreso.

—Váyase a la mierda, usted y la oficial Moreno. Estoy perfectamente. Toda mi vida he vivido con traumas y he llegado perfectamente hasta donde estoy. ¿Es que acaso mi trabajo en la *Ertzaintza* no ha sido satisfactorio?

—Al contrario. Tu carrera en el cuerpo hasta ahora es excelente. Por eso es que nos estamos tomando tantas molestias con tu caso. La oficial no es tu enemiga. Si lo fuera, no te dejaría visitar la comisaría mientras continúas de baja. Solo quiere lo mejor para ti. Quiere que te reincorpores cuanto antes, pero quiere que lo hagas sano. Además de lo que ocurrió en aquel campamento cuando eras un niño, has sufrido un trauma serio recientemente, aunque te niegues a reconocerlo. Me refiero a lo del asesino del *blog*. Sé que no es sencillo enfrentarse a una escena como la que te encontraste en el palacio de Montehermoso de Vitoria, ver toda esa sangre desparramada por el suelo, el cuerpo mutilado de Peter Magnusson... No eres el primer agente ni serás el último que sufre una conmoción por presenciar una escena del crimen de esas características.

—¿Le ha contado usted a la oficial Moreno lo que pasó en aquel campamento cuando yo era un niño?

—No, no lo he hecho, Aimar. Me debo al secreto profesional. Jamás contaría a nadie nada de lo que tú y yo hablamos en nuestras sesiones. Pero todo influye para que yo pueda hacer el informe a tu favor. Y de momento no estás colaborando mucho. Sé que auxiliar a los demás es lo que te hace feliz, Aimar. No solo porque me lo hayas contado tú, sino porque, después de todas nuestras charlas, he comprobado que es verdad. El trabajo como *ertzaina* ayuda a canalizar tu necesidad de sentirte realizado ayudando a los demás. Pero si no cooperas, si no te tomas la medicación, si no acudes a todas nuestras sesiones, no podrás seguir dentro del cuerpo. Lo cual, Aimar, significa que no podrás continuar sirviendo a la ciudadanía ni ayudando a los desprotegidos. Y creo que eso no es lo que tú quieres.

Aimar Errekamendi miró fijamente a Juliana Monroy. Era una mujer más joven que él, de cabellos cuyo color no sabría definir con exactitud, entre dorado y castaño. Ni alta ni baja, ni gruesa ni delgada, Juliana Monroy era una de las profesionales más acreditadas del Área de Salud Mental de la Policía Autónoma Vasca. Su expediente académico estaba repleto de sobresalientes y matrículas de honor. Fue la segunda de su promoción en la universidad y los hospitales privados vascos se la habían rifado tras finalizar sus estudios. Podía haber acabado en cualquiera de aquellas clínicas cobrando un dineral pero ella había preferido desempeñar su profesión en la *Ertzaintza*. Su padre había sido oficial en la comisaría de Zarautz y quizá había influido en su decisión. Pero con todo su intelecto, su pericia y su experiencia profesional, aquella psiquiatra aún no sabía quién era realmente Aimar Errekamendi. La doctora Monroy no sabía que, tal y como le había asegurado *Ama*, él estaba destinado a una misión mucho más grande que la del servicio como miembro de la policía vasca. Ni siquiera había detectado que no le hacía falta volver a reincorporarse al cuerpo para lograr su objetivo de ayudar a los más débiles. Ninguna baja laboral le impediría llevar a cabo lo que *Ama* y él consideraban su misión en la vida. Él solo se

las había arreglado para descubrir a aquella organización, a aquella secta de la hermosa rosa perenne y su relación con el asesino del *blog* de Vitoria. No tardaría en averiguar por qué las autoridades no investigaron más a fondo quién había matado a Peter Magnusson. No le hacía falta reincorporarse al cuerpo para lograrlo. Aun así, no le venía bien llamar la atención enfrentándose a la oficial Moreno y a la propia doctora Monroy. Era mejor que siguieran pensando que era un débil mental. Al fin y al cabo estaba más que acostumbrado a que los demás pensaran exactamente eso de él. Fingió una sonrisa y asintió con la cabeza. Era lo que ella esperaba así que decidió no contradecirla. Le prometió que esa misma noche retomaría la medicación. Juliana Monroy le devolvió la sonrisa y le citó para la siguiente sesión.

Lucía Zuberoa no dejaba de darle vueltas a lo que le había revelado Ander. Si el don de la vigilia se había despertado en su primo David, las esperanzas que la tía Sabina había puesto en él como líder de la familia para lo que había de suceder no tenían ningún sentido. ¿Quién se iba a hacer cargo de todo cuando David y la propia tía Sabina murieran? No veía viable la opción de que su madre asumiera esa responsabilidad. Concha podía ser tenaz, trabajadora y persistente, pero sus continuos replanteamientos morales y su modo de vida católico como integrante del consejo parroquial de Lacaverna hacían imposible que ella se erigiera en la líder de la familia. La opción de Adrián, su hermano, tampoco era la más idónea. Desde que su grupo de música se había desintegrado, Adrián no dejaba de dar tumbos sin un objetivo claro en su vida. Pasaba largas temporadas viajando a su aire durante las cuales ni siquiera contestaba a los mensajes ni a las llamadas. Su banda de música era su timón, la razón por la que despertarse cada mañana. Ahora que ese faro había dejado de alumbrar su camino, sus días se habían convertido en un *carpe diem* sin un hilo conductor, entregado a los encuentros sexuales fortuitos y a la buena vida. La tía Sabina le había donado una cuantiosa cantidad de dinero, por todo lo que le había ayudado a David durante su llegada a Bilbao. Adrián había aceptado ser los ojos de Sabina. Su misión había sido vigilar a David y lograr que asumiera su posición dentro de la familia. Había fracasado, pero su cuenta corriente había engordado lo suficiente como para permitirse vivir sin trabajar durante unos cuantos meses. Adrián, a diferencia de Concha, creía fervientemente en el legado que su familia conservaba desde tiempos inmemoriales, aunque tampoco practicaba la antigua religión como lo hacía Sabina. Al igual que muchos cristianos hacían con los dogmas católicos, Adrián no aceptaba gran parte del ideario de aquel viejo culto, sino que lo adaptaba a su modo de vida y a su parecer, eligiendo lo que más le convenía en cada momento. En cualquier caso, la vida que llevaba ahora hacía totalmente impensable que asumiera un compromiso como aquel. Ella era el único miembro de los Elguea que quedaba para hacerse con el liderazgo, pero tampoco estaba segura de querer esa responsabilidad. Últimamente se encontraba mejor y los fantasmas de la depresión parecían haberla dejado en paz, pero después de lo que había vivido con la abuela Véspero, le aterrorizaba la idea de tener que tratar o relacionarse con ella de alguna manera. La prima Amelia cuidaba ahora de ella en Dorrao. Era peligroso que la abuela permaneciera sola en la residencia de Vitoria o en cualquier otra. Con su muñeca desaparecida, su poder parecía haberse esfumado y había pasado a convertirse en la víctima perfecta para los ataques a los que estaba sometida la familia desde hacía tanto tiempo. ¡Cómo había podido David arrebatársela sabiendo las consecuencias que traería!

De todas formas, tenía otras cosas más importantes de las que preocuparse. Todavía no le había dicho nada a Hubert y lo cierto era que no sabía ni siquiera como plantearse. Lo amaba, con sus virtudes y con su lista interminable de defectos. Pero tenía la sensación de que, si le revelaba la noticia, lo perdería de manera inmediata. No se imaginaba a Hubert saltando de felicidad cuando se lo comunicara. Estaba embarazada y lo que se suponía que debía ser algo alegre se estaba convirtiendo en una auténtica tortura. Tomar aquella decisión en ese momento con todo lo que se le venía encima por culpa del legado familiar era simplemente un martirio. Ni siquiera sabía si Hubert había tenido hijos con otras mujeres en el pasado. No sabía prácticamente nada de él.

—Aupa Lucía, ¿estás bien?

Una voz familiar la sacó de su ensimismamiento. Se trataba de Nekane Fernández, una de sus mejores amigas, que acababa de entrar al recinto donde se ubicaba el yacimiento del estanque celtibérico de Laguardia. Habían ido juntas al colegio, en Oion, y más tarde al instituto, en Logroño, y aún hoy en día, formaban parte de la misma cuadrilla de amigos. Nekane era camarera en una taberna situada a unos cincuenta metros de distancia del yacimiento que era muy popular entre los habitantes más jóvenes de la villa. Casi todos los días que Lucía trabajaba en el estanque, Nekane se acercaba a traerle un café con leche. A veces también le traía un *pintxo* de tortilla que ella misma elaboraba cada mañana.

—Aupa Nekane. Sí, perdona. Es que estaba pensando en mis movidas y ni me he dado cuenta de que habías entrado. ¿Qué tal está el *txiki*? —preguntó refiriéndose a su hijo de dos años.

—Bien, bien. Hoy por fin sin fiebre se ha levantado.

—¡Qué bien!

—Oye, escucha. Que vengo porque me acaba de pasar algo que me ha dado muy mal rollo. Y no sé, intranquila que me he quedado.

—¿Qué te ha pasado?

—Hace un rato ha venido un tío, un cliente, que al principio me ha parecido súper *jatorra*, pero luego se ha comportado de una manera un poco rara. Venía preguntando por Ander.

—¿Qué Ander? ¿Mi Ander?

—Sí, sí. Goikoetxea se apellida, ¿no?

—Sí.

—Pues eso. Al principio me ha contado que vivía en Leza y que el otro día había visto a Ander por Laguardia. Que habían trabajado juntos en no sé qué narices y que hacía siglos que no le veía. Que se había acercado a saludarle pero que al final con todo el barullo de gente que salía de la Torre Abacial lo había perdido de vista.

—¿Y qué tiene eso de raro?

—Nada, pero me ha enseñado una foto en el móvil para confirmar que era él y la gilipollas de mí le he dicho que sí que era él. Y luego no me digas cómo, me ha empezado a liar y he terminado diciéndole dónde vive Ander. Y luego he pensado, ¿pero por qué no me ha pedido el teléfono? No sé. Muy raro todo. Y encima, nada más decírselo, ha cogido y se ha largado sin ni siquiera darme las gracias o decirme adiós.

—Tampoco es para tanto.

—No me ha gustado un pelo ese tío, Lucía —continuó—. Además, en la foto Ander aparecía tal cual es ahora. Si hacía tanto tiempo que no le veía, ¿por qué tiene una foto actual de Ander? Lláname paranoica si quieres, pero no sé, había algo chungo en su mirada cuando hablaba de Ander. No sé cómo he podido decirle dónde vivía.

—A ver, tranquilízate. Seguramente no será nada.

—¿Y entonces por qué no me ha pedido el teléfono? No se lo hubiera podido dar, porque yo no lo tengo, pero ¿por qué quería saber dónde vivía? Llama a Ander, anda. Avisale, por si acaso. Me quedo más tranquila.

—Vale, espera. Voy a llamarle pero, vamos, cálmate, que seguro que no es nada.

Lucía marcó el número de teléfono de Ander. Esperó a que contestase, pero tras ocho interminables tonos, cortó la llamada.

—No me coge —dijo.

—Joder, lo que faltaba. ¿Tú no puedes acercarte en un momento? Yo no puedo dejar sola la taberna.

—No puedo largarme, viene un grupo de turistas en un cuarto de hora —contestó Lucía—. Espera, que voy a llamar a Hubert.

Al cabo de unos segundos consiguió hablar con el tío de David.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó Hubert Vanner al otro lado del teléfono.

—Nekane, ¿te dijo ese tío cómo se llamaba? —preguntó a su vez Lucía.

—No, creo que no me dijo su nombre —contestó.

—¿Manu? ¿Se llamaba Manu? —insistió Hubert elevando el tono de voz para que Nekane le pudiera oír.

—¡No lo sé, joder! —respondió Nekane perdiendo la compostura—. Era un tío alto, con pinta de hacer pesas, rapado.

—Hubert ¿qué ocurre? ¿quién es ese tal Manu? —preguntó Lucía.

—Es una larga historia. Llame inmediatamente a David. Está con Ruud en una visita a una bodega de Haro. A estas horas deberían estar volviendo ya. Localícele, por lo que más quieras, y dile que vaya inmediatamente a casa de Ruud. Dile que Manu va a por Ander. Él lo entenderá. Yo estoy en Labastida. Cojo el coche y voy para allí.

—¿Me puedes decir qué es lo que está pasando, Hubert? Me estás asustando —insistió Lucía.

—No es asunto suyo —contestó él antes de colgar.

La residencia de Ruud Vanner estaba extrañamente solitaria para ser las doce de la mañana. Hubert había salido temprano hacia Labastida para hablar con la dueña de una finca ubicada en el cercano pueblo de Samaniego, donde pretendía construirse una casa. David y su padre habían llegado la tarde anterior de su último viaje. Parco en palabras como era habitual desde que se habían mudado allí, David no había querido darle muchas explicaciones acerca de qué tal les había ido a Ruud y él durante su ausencia. Según habían comentado antes de partir, habían realizado una ronda por diferentes zonas de la península con la intención de detectar nuevos mercados donde invertir y expandir el negocio de los Vanner. Aunque en las dos primeras horas tras su reencuentro David y Ander habían tratado de recuperar el tiempo perdido a base de arrumacos, confesiones susurrantes bajo las sábanas y hasta un baño juntos en el jacuzzi de la casita del jardín, enseguida la cosa se torció. Mientras David se duchaba, Ander abrió su maleta, que aún permanecía cerrada. Lo hizo sin pensarlo, de una manera casi inconsciente, aunque, en el fondo, trataba de averiguar si David había aumentado o no la dosis de somníferos. Deseaba saber si el don de la vigilia había avanzado en su proceso destructivo o se mantenía estable. Encontró restos de narcóticos, pero al hurgar entre la ropa y los papeles, descubrió un par de *tickets* de autopistas de Pontevedra y una factura de un bar situado en la localidad de San Salvador de Coiro. En el bolsillo de una sudadera encontró otro *ticket* de una gasolinera de Asturias y otro de una estación de servicio de Huesca. Llevaban fecha de hacía tres semanas, cuando se suponía que Ruud y David habían viajado hasta Madrid y Toledo. En cuanto David salió del cuarto de baño le preguntó a bocajarro por qué le había mentido y qué era lo que había ido a hacer a Galicia. Estaba harto del secretismo que envolvía los viajes de David y su padre. Quería una respuesta y se topó con el más absoluto de los silencios. David se negó a contestar alegando que le parecía increíble que le hubiera hurgado en la maleta y que le soltara todo aquello nada más volver a casa y que no confiara en él. Los intentos de Ander porque le contara cómo se sentía o si había aparecido algún otro síntoma relacionado con el don de la vigilia fueron infructuosos. David, enfadado, se había cerrado en banda y no había vuelto a abrir la boca en toda la noche.

Por su parte, la señora Rosa había pedido unos días libres porque tenía que resolver un asunto importante y necesitaba desplazarse. Casi era mejor así. No soportaba verla en la finca, con sus miradas inquisitorias y su desprecio continuo. Y además, tenía que reconocerlo, le intimidaba su presencia. Se preguntaba si sería verdad lo que Hubert le había contado acerca de ella y de las razones por las que terminó abandonando la casa de Sabina Elguea. Si aquello era cierto, lo mejor era tratar de evitarla a toda costa. Temía la respuesta que ella pudiera estar planificando al chantaje al que él la había sometido. Porque no había otra manera de denominar a aquello. Jamás hubiera imaginado llegar a comportarse de ese modo con nadie pero lo cierto era que tampoco había dudado en dar el paso. Haría todo lo que estuviera en su mano para ayudar a David.

Ander se había levantado temprano, poco después de que David abandonara la casa junto a Ruud para dirigirse a una reunión en Haro. El viaje era solo de media hora en coche pero aun así

habían decidido madrugar. Estuvo tentado de volver a realizar una incursión en la habitación donde el padre de David guardaba aquel archivo secreto con los miembros de la familia que habían pedido prestados todos aquellos libros, pero la habitación estaba cerrada con llave. La última vez que había entrado le había rogado a la señora Rosa que le dejara hacer una copia de la llave pero ella se había negado.

“Las tres lunas rojas”. Estaba obsesionado con aquella expresión desde que la había leído en el libro de Jacobus Vanner que Sabina Elguea guardaba en su caserío. *“Las tres lunas rojas drenan el río por el que fluye el insomnio de los dioses”*. Aquella afirmación podía contener el remedio que estaba buscando a la enfermedad de David. Le intimidaba la última parte en la que el autor advertía a todo aquel que osara navegar el río utilizando esa vía. Sin embargo, no podía dejar de pensar que aquello podría constituir la salvación de David. Recordó sus conversaciones con Alicia Rández, cuando investigaban el libro de actas de las reuniones de los Bechs. Los antepasados de Suzanne Bechs y compañía, los bátavos, habitaron la zona de lo que hoy eran los Países Bajos, junto al río Waal, que para ellos era sagrado. ¿Se estaba refiriendo Jacobus Vanner precisamente al río Waal cuando afirmaba que las tres lunas rojas podían secarlo? Demasiado enrevesado. Sin embargo, era evidente que la cultura de los bátavos estaba vinculada a los ríos. Alicia había descubierto que las crónicas de los antiguos historiadores romanos que narraban los primeros encuentros de sus legiones con los bátavos afirmaban que los romanos temían a aquellos bárbaros y les acusaban de hechicería. No solo eso. Les culpaban de las desapariciones de niñas y mujeres adolescentes que se venían produciendo en la ribera del río Waal periódicamente. De hecho, el cadáver de la chica joven a la que el joven William Dik y los miembros de su grupo de música habían asesinado, había aparecido flotando en las aguas del mismo río. Además había otro aspecto de las creencias bátavas que le desconcertaba. Alicia le había comentado que los bátavos creían en una antigua profecía que auguraba que los seres del abismo cruzarían la puerta y arrebatrían el mundo a los seres humanos. Se trataba de un vaticinio bastante pesimista, aunque a la vez los bátavos creían en una solución que evitaba que aquello se cumpliera, para lo cual era necesario un objeto mágico. ¿Sería el río Waal esa puerta por la que llegaría el fin del mundo? ¿Tendrían algo que ver las tres lunas rojas con todo aquello o estaba buscando conexiones en cosas que no tenían nada que ver?

Decidió salir a correr por los alrededores de la casa. Necesitaba dejar de pensar o se iba a volver loco. Tal vez si libraba a su mente de todas aquellas cavilaciones y preocupaciones, aunque solo fuera durante un rato, podría aclarar esas dudas con la cabeza despejada. Se puso unas mallas, una camiseta de tirantes y unas zapatillas deportivas, y salió afuera. Antes de emprender la carrera, optó por hacer diferentes ejercicios de calentamiento. Muy pronto tuvo el extraño presentimiento de que algo iba mal. Tenía la sensación de que no estaba solo, pero por más que miraba en derredor no veía a nadie. Cuando estaba a punto de echar a correr, volvió a sentir lo mismo. Pero esta vez pudo comprobar que no era algo subjetivo. Sus sospechas de que alguien le estaba vigilando eran ciertas.

—Hola Ander.

Al escuchar aquellas dos palabras estuvo a punto de derrumbarse y caer al suelo. Hacía mucho que no oía aquella voz pero, de repente, todo el sufrimiento de meses atrás volvió a hacer acto de presencia. No era posible. Aquello no era real. Manu le había encontrado. Pero ¿cómo?

—¿No vas a decir nada? —le preguntó él.

Ander pensó en huir despavorido. Sin embargo, por más que su cerebro trataba de dar la orden a sus piernas para escapar de allí, no fue capaz de moverse. Se quedó anclado al pavimento, como si Manu Olabe controlara su mente y su cuerpo con su mera presencia. En ese momento se dio cuenta de que tal vez así era. Había sido un iluso al pensar que todo había terminado. Incluso había llegado a olvidar que seguía casado con él. El tiempo que había pasado con David había conseguido borrar la huella del miedo pero ahora toda aquella falsa sensación de seguridad se

había esfumado en un segundo. Ni siquiera reaccionó cuando Manu Olabe comenzó a acercarse hacia él.

—¿Por qué me haces esto? —le interpeló Manu—. ¿Estás con él, verdad? En Laguardia me han dicho que vive aquí contigo. Así que de eso se trata. Has decidido ponerme los cuernos. Como si no pasara nada. Durante todo este tiempo he intentado reflexionar, he ido hasta a un psicólogo porque no quería seguir haciéndote sufrir. ¿Y tú me lo pagas así? Yo pensaba que me querías.

Ander seguía sin poder pronunciar palabra. Estaba aterrorizado.

—Eres un desgraciado hijo de puta —continuó Manu—. No vales para nada. Cuando andabas tirado por ahí metiéndote *farlopa* y follándote a todo dios, bien que me lloraste para que te ayudara. Y te ayudé, cabrón. Te ayudé porque me enamoré como un imbécil de ti. Pero a ti te va el mambo, ¿verdad? Aparece el primer mazado de turno y te tiras a por él. Con todo lo que he hecho por ti. ¡Me lo debes todo! No tienes dignidad. Eres un puto arrastrado y lo seguirás siendo toda tu vida.

Ander trataba de tragar saliva. Sentía que el aire no le llegaba a los pulmones y lo peor era el olor nauseabundo que percibía a su alrededor, como si toda la negatividad de aquel encuentro estuviera materializándose en una sustancia viscosa y húmeda que viciaba el ambiente. Los recuerdos de aquella etapa oscura de su pasado se arremolinaban en su memoria. Hacía mucho que no se sentía así. Hacía mucho que había dejado atrás aquella sensación de no saber qué rumbo tomar, de sentirse tan pequeño y perdido. Estaba claro que por mucho tiempo que hubiera pasado y por mucha terapia que hubiera hecho, todo aquel dolor no había desaparecido del todo. Estaba tan aturdido que ni siquiera se dio cuenta de que acababa de caer al suelo. Manu le había empujado y ahora lo tenía encima de él con el puño en alto. Tenía tanto miedo y se sentía tan humillado por no ser capaz de defenderse que ni siquiera le dolió el primer golpe. Sin embargo, el reguero de sangre derramándose por sus orificios nasales le escoció como si fuera ácido. Y el olor. Aquel aroma a putrefacción que lo envolvía todo era insoportable. Si continuaba así iba a perder la conciencia. Aunque quizá fuera lo mejor.

Entonces giró la cabeza y la vio. El origen de aquel olor a podrido. Al principio a lo lejos, con su pequeña silueta negra recortándose contra el horizonte. Pero en un pestañeo el animal se situó a escasos metros de ellos. Sintió unas ganas horribles de vomitar al comprobar que la cabra negra había regresado. Pero ya no era una cabra. Ahora tenía la certeza de que aquel ser representaba algo mucho más temible. Una entidad sobrenatural. Una divinidad. El dios astado de los libros de Jacobus Vanner se presentaba para asistir a su final, burlándose de su sufrimiento. Y él no podía hacer nada para controlarlo, aplacar su ira y retener su ataque. Muy pocas personas poseían la capacidad de poder hacerlo. Notó el calor de sus propios orines empapando sus piernas y cerró los ojos mientras Manu le propinaba otro puñetazo, ajeno a la presencia de aquel ser. Jamás había sentido tanto miedo. Pero inesperadamente Manu dejó de golpearle. Ander abrió los ojos. El que todavía era su esposo yacía a su lado con la mirada desorbitada y el cráneo partido en dos. Observó cómo un enorme charco de sangre brotaba de su cabeza y trató de apartarse a un lado para que no le alcanzara. A lo lejos, la cabra caminaba con decisión, dejando tras de sí las huellas de sus pequeñas pezuñas empapadas de la sangre de Manu. Ander se giró y vomitó con fuerza. Al

levantar la cabeza vio a Ruud Vanner acercarse corriendo. Detrás de él, de rodillas en el suelo, David se llevaba las manos a la cabeza. De la cabra ni rastro. Simplemente había desaparecido.

SEPTIEMBRE.

Un mes para la vendimia.

Sofía Arrizabalaga salió de su casa con prisa. Resultaba asombroso verla caminar de esa manera mientras recorría las calles del casco viejo de Bilbao con la agilidad de una persona mucho más joven. Su tamaño menudo y su rapidez esquivando a los turistas y lugareños recordaban a los de una liebre corriendo a través del bosque mientras huía de su depredador. Lo más probable era que cualquiera que se cruzara con ella solamente percibiera a una adorable anciana paseando de manera algo más acelerada de lo usual por las Siete Calles. Pero aquella mujer no era simplemente una persona de avanzada edad. Aquella mujer pertenecía al consejo rector de la Fundación Petunia, la entidad que estaba detrás de todo aquel conglomerado de empresas en las que trabajaban Lourdes del Río y Anne Wellington, y en las que hasta hacía bien poco había prestado sus servicios Jon Arkaute, el misterioso hombre sin pasado. Sin olvidar a Peter Magnusson, el asesino del *blog* que había aterrorizado Vitoria hacía unos meses.

Aimar Errekamendi la seguía a unos veinte metros de distancia haciéndose pasar por un turista con una gorra, unas enormes gafas de sol, camisa amplia repleta de flores de color rojo y unas bermudas vaqueras demasiado raídas. Hasta llevaba cámara de fotos. Tenía miedo de perderla de vista en cualquier momento. Un nuevo festival de música independiente acababa de comenzar y el tumulto de gente era mayor que la ya habitual aglomeración de turistas y lugareños. Por todos lados se escuchaban los sonidos de los pequeños conciertos repartidos por buena parte de la ciudad y la algarabía de las comparsas que amenizaban los interludios entre actuación y actuación. Sofía Arrizabalaga entró en un supermercado. Mientras esperaba fuera, Aimar pensó en los acontecimientos que habían transcurrido en su vida recientemente. La oficial Moreno no dejaba de asediarse mandándole decenas de mensajes preguntándole qué tal estaba. Mabel Azpeitia, su amiga de la academia de policía, tampoco se había quedado atrás. Las dos parecían sinceras al interesarse por su estado anímico, como si la muerte de Manu Olabe hubiera supuesto una pérdida irremplazable y él no hubiera podido superar el nuevo trauma. No sabía cómo explicarles que le daba absolutamente igual que Manu se hubiera matado en aquel barranco. Ahora que ya no estaba se daba cuenta de que realmente no sentía ningún tipo de vínculo afectivo con él. Manu le había tratado como un amigo en más de una ocasión, pero él sencillamente no había sabido ni querido corresponderle. No soportaba a los tipos como Manu.

—Ese ha tenido su merecido —le había dicho *Ama* cuando le había contado lo ocurrido.

—*Ama*, no digas esas cosas. Cualquiera puede tener un accidente con el coche.

—Tonterías. Si se ha caído montaña abajo es porque se lo merecía. Dios nuestro salvador ha evitado que hiciera el daño que se proponía hacer.

—No sabemos dónde iba, *Ama*.

—¿Pero tú te oyes? Está claro dónde iba. No me digas que es casual que su coche haya derrapado bajando el puerto de Herrera. Iba a buscar a su marido.

—No es el primer accidente que sucede en esas curvas, *Ama*.

—Lo que tú digas.

Ama probablemente tenía razón. Pero aquella muerte repentina había sido producto del azar, no el castigo de un dios celestial omnipotente. Aimar no creía en ningún dios. En toda su vida no había sentido la presencia de ninguna entidad suprema a su lado. Y si realmente existía, parecía haberse olvidado de él desde que había venido al mundo, así que tampoco había hecho mucho por salir a buscarla. Por más que su madre había intentado inculcarle sus creencias, él se había revelado contra todo aquello en cuanto alcanzó la mayoría de edad.

Vio salir del supermercado a un hombre de cabello canoso que le resultaba familiar. Aprovechó para fotografiarle y, al pasar junto a él, se dio cuenta de que era el mismo con el que Lourdes del Río se había encontrado tiempo atrás junto al museo Guggenheim. Recordaba perfectamente la escena. Los dos habían discutido por algo y al final él se había marchado sin despedirse. A los pocos segundos Sofía Arrizabalaga abandonó también el establecimiento con una carpeta en las manos que no llevaba antes de entrar. Aimar dedujo lo que acababa de suceder. El hombre de pelo blanco le había entregado aquella documentación en el interior del supermercado. Valoró a quién debía seguir y lo tuvo claro. Tenía que saber qué era lo que había recibido la anciana con tanto secretismo. La siguió aún más de cerca esperando el momento propicio para arrebatárselo sin que ella tuviese capacidad de reacción. No lo tuvo muy difícil. La mujer se vio rodeada, casi sin percatarse de ello, por la muchedumbre que seguía a una de las comparsas que animaban la calle. Decenas de personas la empujaban mientras saltaban y bailaban al ritmo de los platillos, el tambor y las trompetas, envolviéndola en una maraña de estruendo y jolgorio de la que era imposible escapar. Aprovechando el tumulto, Aimar le arrancó de la mano la carpeta. Sofía Arrizabalaga notó perfectamente cómo alguien le robaba los documentos, pero no pudo hacer nada para recuperarlos. Se dio la vuelta enseguida pero tras ella solo pudo ver los bustos de varios hombres sudorosos arremolinándose a su alrededor aderezados con los vapores del *kalimotxo* y la cerveza.

Aimar dejó de correr en el momento en el que abandonó el paseo del Arenal y se alejó del bullicio del casco viejo internándose en la Gran Vía. Encontró la tranquilidad que buscaba al cabo de un buen rato caminando. Entró en una cafetería y se sentó en una de las mesas situadas al fondo. Pidió una manzanilla al camarero y abrió con ansia el portafolios. Se trataba de tres expedientes. En el primero, se analizaba concienzudamente los pasos dados por Jon Arkaute durante los últimos meses. Aquella gente, aquella organización, aquella secta o lo que fueran, había estado siguiéndole como él mismo había hecho con Lourdes del Río. A comienzos de año Jon Arkaute había estado completamente desaparecido pero posteriormente había regresado a su apartamento de Getxo, donde su hija Elia lo visitaba con relativa frecuencia. En los últimos meses había recorrido diferentes lugares de la geografía vasca y navarra sin un motivo aparente o una lógica determinada. Es más, quienquiera que lo estuviera siguiendo solía perder su pista a menudo, como si Arkaute se esmerara en pasar desapercibido. El seguimiento fotográfico se interrumpía durante

estos viajes, y el *dossier* se limitaba a apuntar supuestos destinos y un par de declaraciones de testigos. Su pista se había perdido por completo desde hacía más de un mes.

En el siguiente expediente, se hacía lo propio con la mujer pelirroja, Anne Wellington. Los espías de aquella organización la situaban en los últimos meses en el Reino Unido, Grecia, el País Vasco, Navarra y Cerdeña. En el caso de sus viajes por tierras griegas y sardas, el seguimiento se ilustraba con alguna fotografía en las que aparecía acompañada por dos jóvenes, una mujer y un hombre, que debían de rondar los veinte años.

El tercer y último expediente correspondía a otro hombre joven llamado David Vanner. Aparecía fotografiado junto a diferentes personas que según se indicaba eran miembros de su familia materna. En la actualidad vivía en Lapuebla de Labarca, un pueblecito de La Rioja Alavesa, con su padre y su tío. Este último *dossier* era bastante más exhaustivo que los otros dos. Dos enormes árboles genealógicos de ambas ramas familiares, la materna y la paterna, aparecían ilustrados con fotografías de los distintos miembros. Era curioso ver cómo los ascendientes de la línea paterna de David se relacionaban con otra familia de origen holandés, los Bechs. Además, como si gozaran de una relevancia especial en aquel entramado de lazos familiares, los retratos de Ruud Vanner, el padre de David, el de Sabina Elguea, su tía por parte materna, y el de Suzanne Bechs, una familiar lejana por parte de padre, aparecían resaltados con una flecha roja apuntando hacia sus rostros. Sin embargo, lo que más le sorprendió fue ver a David unido, en ambos árboles genealógicos, a Anne Wellington. Se acompañaban diferentes fotografías en las que aparecían los dos juntos en Bilbao y en lo que parecía ser Londres. De la línea que enlazaba a ambos partía otra que acababa en un círculo en el que aún no figuraba ninguna fotografía. ¿Tenían un hijo en común Anne y David? ¿Qué significaba todo aquel minucioso análisis de los miembros de aquellas familias? ¿Qué pretendía aquella gente con esos seguimientos?

Lo más alarmante estaba aún por venir. En la última parte del informe de David Vanner, aparecían alusiones a diversas noticias de periódicos que aludían a los terribles asesinatos de las niñas en diferentes montes vascos. Las víctimas de “la *sorgina*”. Todos los perfiles de las menores estaban minuciosamente detallados. Sus familiares aparecían relacionados en llamativos esquemas elaborados para cada una de las pequeñas. En algunos casos se llegaba hasta más allá del quinto y sexto grado de parentesco. Al final, todos aquellos círculos de consanguinidad a los que pertenecían las menores terminaban conectados, en los grados más lejanos, con Sabina Elguea y, en última instancia, con David Vanner. ¿Qué locura era esa? ¿Acaso aquella organización había descubierto un nexo en común entre todas las víctimas que la *Ertzaintza* había pasado por alto? Esa parecía ser la conclusión a la que llegaba el informe. Por si esto fuera poco, se realizaban valoraciones, un tanto subjetivas, de los riesgos de un enfrentamiento entre los Elguea Leiva, los Vanner y los Bechs, elucubrando diferentes situaciones que podían tener lugar o que ya habían sucedido en el pasado, no quedaba claro del todo. Aimar no entendía nada. Se hablaba de robos, estafas, ataques personales, incendios... un sin fin de hechos delictivos que supuestamente los miembros de aquellas familias habían perpetrado los unos contra los otros o estaban dispuestos a llevar a cabo próximamente. Pero lo más preocupante no era eso. Lo más alarmante se reflejaba en el último folio. Se hablaba claramente de una reunión, un encuentro que iba a tener lugar dentro de muy pocos días y que la persona o personas que habían redactado aquel exhaustivo informe calificaban como “de extremo riesgo” y “oportunidad inaplazable”. El nombre de un hombre, Santiago Valls, aparecía subrayado varias veces con un rotulador fosforescente. Aimar no daba

crédito a lo que leía. Términos como “purificación”, “fuego” y “revolución” eran citados en relación con aquella reunión que estaba a punto de producirse, aunque los términos empleados eran lo suficientemente ambiguos como para no saber si se trataba del anuncio de una masacre o de un encuentro pacífico de seguidores de terapias alternativas. Una fecha y una hora enmarcadas con un círculo rojo. “15 de septiembre. 12 de la noche. Rioja Alavesa.” No se especificaba un lugar más concreto dentro de aquella comarca del sur de Álava. Junto a esos datos alguien había escrito a mano y en mayúsculas una palabra de origen vasco que había remarcado una y otra vez con un bolígrafo rojo. Aimar sintió cómo la reverberación ancestral del significado de aquel vocablo le retrotraía a tiempos lejanos que había pensado que jamás revisitaría. Los recuerdos del campamento de verano en el que su vida había dado un giro de ciento ochenta grados acudieron de manera inesperada a su mente. Un punto de dolor se situó en la parte central de su pecho y se mantuvo ahí durante varios minutos hasta que consiguió hacerlo desaparecer. Sintió un irrefrenable deseo de contárselo todo a *Ama*. Ella sabría qué debía hacer. Ella sabría cómo debía actuar ante aquella revelación. Antes de cerrar la carpeta relejó por última vez aquel vocablo y tuvo claro su destino. No pensaba permitir que los monstruos del pasado le hicieran perder aquella oportunidad de demostrar a *Ama*, a la oficial Moreno, a Mabel Azpeitia y al mundo entero que había perdido el miedo, que Aimar Errekamendi no necesitaba de la ayuda de nadie para sobrevivir, que era un hombre hecho y derecho. Que *Ama* tenía razón; que él había nacido para ayudar al débil y combatir las injusticias y que esta era la gran misión que le deparaba el destino. Los signos estaban claros. Aquella información le estaba siendo revelada con un propósito. Nada iba a impedir que él solito resolviera todo aquel misterio. Ni siquiera la amenaza de lo que implicaba en su existencia una palabra como aquella. *Akelarre*.

Sin embargo, toda su euforia se esfumó en un segundo. Al levantar la vista de toda aquella documentación se topó de bruces con él. ¿Cuánto tiempo llevaría observándole? Su expresión facial mostraba una intención, una predisposición, aunque no estaba del todo seguro de saber cuál era. Miró a su alrededor. No había nadie más que ellos dos en toda la cafetería. Ni siquiera vio al camarero, que probablemente se encontraba en la cocina. Calculó rápidamente las probabilidades que tenía de salir huyendo sin que él lo interceptara. Agarró los papeles y se incorporó rápidamente pero solo le dio tiempo a dar dos pasos. El hombre le propinó un golpe seco en el pectoral y perdió el equilibrio. Los papeles volaron por los aires mientras él se derrumbaba sobre las sillas. Lo habían descubierto. Había sido un ingenuo al pensar que aquella misteriosa secta de la hermosa rosa perenne no tuviera mecanismos suficientes como para detectar el seguimiento que él les estaba haciendo. Decidió fingir que había perdido la consciencia, así quizás su atacante lo dejara en paz. Sin embargo, el hombre no se fue. Al contrario, comprobó su pulso y cuando vio que Aimar se encontraba perfectamente lo ayudó a levantarse.

—Tranquilo, no te quiero hacer daño. Estamos en el mismo bando.

Mildred Merrick apretó a Anne Wellington contra su pecho sin importarle el estado avanzado de gestación de su pariente, en cuanto la vio en el umbral de la puerta. A continuación, cuando la joven estuvo a punto de pedirle que la soltara pues empezaba a respirar con dificultad, se había dedicado a morder sus carrillos y plasmarle sonoros besos en su rostro, como una madre lo haría con su bebé. La última vez que la había visto, Anne era una niña y apenas se acordaba de aquel encuentro. Ahora Mildred debía de rondar casi los ochenta años pero su cabello largo y abundante sin apenas canas y su cuerpo robusto y voluptuoso le hacían parecer mucho más joven. A su lado, Betrys Wellington podía pasar por la hermana mayor, aun teniendo menos edad.

Mildred vivía en una pequeña cabaña, si es que se le podía llamar así a aquella casa de campo con aspecto rústico y rudimentario un tanto destartalada, ubicada en el límite exterior de un frondoso bosque de pinos a las afueras de Amesbury. Desde la ventana del salón podían divisarse a lo lejos los gigantescos menhires que conformaban los círculos del mundialmente famoso crómlech de Stonehenge. Llevaban casi hora y media conversando sentadas en un incómodo sofá que a Anne le estaba haciendo ver las estrellas. Aun así no se había quejado. Después de la breve confesión de su madre en aquella llamada telefónica desde Cerdeña, esta era la segunda vez en su vida que un miembro de su familia reconocía abiertamente los orígenes del linaje al que pertenecían los Merrick, descendientes de una raza de gigantes que había existido hacía mucho, muchísimo tiempo, y emparentados con otras familias repartidas por el planeta que compartían ese secreto ancestral en común. Oírle hablar a la prima Mildred acerca de la profecía del retorno de los que estaban antes le resultaba extraño y casi cómico, puesto que, a diferencia del profesor O'Connor, ella le restaba todo tipo de solemnidad a aquella historia y la relataba de una forma costumbrista y natural, como si todo aquello fuera lo más normal del mundo y estuvieran hablando de viejos chascarrillos familiares.

—Cariño, no sabes lo feliz que me hace verte —le dijo trayéndole una taza de té—. Lástima no haber cuidado de ti durante todo el embarazo. Las mujeres de esta familia han tenido muchas veces problemas mientras gestaban a sus hijos.

—Y más de una ha tenido abortos o ha perdido a sus hijos al poco de nacer, lo sé —dijo Anne recordando la conversación que había mantenido con su hermana Elin.

—Me alegra saber que te encuentras bien. Tu madre me contó lo del embarazo de riesgo —dijo Mildred.

—Sí, he tenido algún susto que otro, pero por suerte parece que ahora todo va bien.

—Me emociona saber que nuestro linaje va a tener a una nueva hija entre sus miembros —dijo Mildred.

—¿Hija? —preguntó sorprendida Anne—. No he querido saber el sexo del bebé.

—Por supuesto que va a ser niña, Anne —le contestó abrazándola. Mildred era incapaz de contener sus impulsos continuos de ternura exacerbada.

Anne posó su mano sobre su vientre. La criatura que crecía en su interior se revolvió como queriendo responder a su gesto.

—Tu madre ha tratado de advertirte varias veces, pero al final por una cosa u otra no ha tenido la oportunidad. No le culpes a Betrys de no estar aquí. Hay muchas cosas que preparar.

—¿Entonces es cierto que estamos en peligro?

—Creo que tú misma puedes responderte a esa pregunta, Anne. Los horribles asesinatos de esas pobres niñas en el País Vasco hablan por sí solos. Nos están atacando, a todos nosotros. A nuestros honorables linajes.

—¿Pero quién y por qué?

—Betrys tiene claro que es un ataque a nuestras hijas, las descendientes de Cerridwen.

Anne sintió un escalofrío al volver a escuchar el nombre de aquella antigua diosa galesa de la que le había hablado su madre.

—Todos los crímenes se han producido junto a lugares sagrados de los ancestros de los linajes vascos. No hace falta que te diga el poder que reside en las montañas para la mitología vasca. Bueno, y para muchas otras culturas, incluida la nuestra. Son la morada de su diosa principal, *Amari*.

—¿Cerridwen y *Amari* son lo mismo?

—Sí y no.

—¿Qué quieres decir?

—Cada una de ellas representa a una diosa con sus características intrínsecas, pero con muchas cosas en común.

—Mamá me dijo que Cerridwen fue real, que existió. Que fue una reina, una bruja muy poderosa y que los miembros de nuestro linaje somos sus seguidores.

—Así es.

—No entiendo nada.

—Cerridwen y *Amari* son el recuerdo convertido en mito de una reina que existió hace mucho tiempo, nadie sabe exactamente cuándo. Algunos dicen que antes de que el ser humano abandonara las cavernas. La mitología galesa y la vasca adaptaron ese recuerdo que los antiguos conservaban y que fue perpetuándose a lo largo de los milenios. Otras muchas culturas hicieron lo mismo con figuras similares.

—Pero ¿qué quieres decir con reina? ¿Gobernó un reino?

—Tuvo un séquito y súbditos, muchísimos súbditos. Así que sí, se puede afirmar que fue una reina. Aunque no como te imaginas tú a una reina. Su reino no estaba delimitado por fronteras políticas.

—Pero entonces, ¿quién fue? ¿una bruja que tuvo muchos seguidores?

—Sí. Una reina. Nuestra reina bruja, y la de muchas de las familias que compartimos el legado ancestral de los gigantes.

—¿Pero qué tiene que ver Cerridwen, *Amari*, con los gigantes? —preguntó Anne sin entender la conexión.

—Cerridwen fue una de sus reinas. Una de las líderes de los gigantes. Nuestra tradición habla de una terrible guerra que sacudió a la civilización de los gigantes y que, de alguna u otra forma, se sigue perpetuando en la actualidad entre las familias que compartimos el legado. ¿Has oído lo de que el ser humano es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra? Pues eso.

—¿Una guerra? —preguntó Anne.

—Nuestros relatos afirman que cuando todo sucedió los súbditos de Cerridwen fueron aniquilados. No todos murieron en ese momento, menos mal, pero poco a poco fueron pereciendo hasta desaparecer. Aunque si lo piensas bien, nunca terminaron de irse. Su sangre, su esencia, todo lo que fueron, sigue en todos nosotros. Mucho tiempo después de aquella guerra, diferentes pueblos conservaron el legado de Cerridwen, de *Amari*, como un conocimiento sagrado, oculto, aunque poco a poco fue calando en el exterior, y al final se mezcló con todos los mitos y leyendas de esas gentes, entre ellos, los antiguos galeses.

—Pero ¿por qué fue esa guerra? ¿qué ocurrió? ¿dónde sucedió?

—Los relatos no afirman dónde ocurrió todo, hay muchas versiones distintas, pero la más plausible es que sucediera en el norte de la Península Ibérica, de donde proceden nuestros ancestros y los de los antiguos británicos. En cuanto al motivo que dio pie a la guerra, no es nada original, cariño. Todo se repite. Una y otra vez. El poder y la religión.

—¿Qué quieres decir?

—A ver si me explico bien. Cerridwen, la que existió de verdad, defendía la veneración de la Diosa, de la Madre Tierra como un ser femenino consciente y supremo, creadora de la vida, de todo lo que nos rodea y a la que sus sacerdotisas entregaban su vida. Ella misma se consideraba hija de esa entidad superior. Su magia residía en el conocimiento y el control de las fuerzas de la naturaleza. Alguna de las versiones de los relatos sostiene que incluso tenía la capacidad de adelantarse a lo que había de suceder, de ver el futuro. Todo aquel que obrara en armonía con la Diosa y se relacionara de forma pacífica con los demás y con la naturaleza alcanzaría un estado de conciencia supremo y conectaría directamente con esa entidad femenina superior. Esta preponderancia de lo femenino también se refleja en la figura de Cerridwen ya como diosa dentro de la mitología galesa. En ella se unifican los arquetipos tradicionales de la feminidad: la virginidad y la virtud de la doncella, el poder creador de la maternidad y la sabiduría infinita de la vejez donde Cerridwen aparece representada como una anciana bruja todopoderosa removiendo el caldero de la inspiración y la sabiduría.

Al escuchar aquellas palabras Anne pensó en la forma de caldero del conjunto estelar de las Pléyades, el lugar hacia donde apuntaban los observatorios del pozo sagrado de Santa Cristina y la *drakospita* del monte Oqui.

—Pero eso mismo se plasma de alguna manera en la mitología vasca —dijo Anne—. *Amari* es la hija, la personificación de *Amalur*, la Madre Tierra. Y controla las fuerzas de la naturaleza, provocando las tormentas y el resto de fenómenos atmosféricos y haciendo valer la justicia y la verdad. Además se considera que es la sacerdotisa o bruja suprema. Todas las brujas son sus asistentes.

—Ahora entiendes la conexión que hay entre ambas figuras.

—Prima Mildred, ¿es el euskera la lengua que hablaban Cerridwen y los gigantes?

—Nadie lo sabe con certeza, cariño. En nuestro linaje y en la mayoría del resto de linajes que compartimos el legado, a excepción de los vascos, muy pocos hablan ya la lengua sagrada. En nuestra tradición no se afirma en ningún sitio que ese idioma fuese hablado por los gigantes.

—¿Tú crees en todo esto que me acabas de decir? —preguntó Anne.

—¿Cómo que si creo?

—Pues eso. Que si te tragas todas estas historias. Que si crees que Cerridwen existió y que tuvo lugar esa guerra.

—Pues claro, mi niña. Creo en la Diosa, creadora y portadora de vida. Creo en ella, con toda mi alma. Y por supuesto, claro que creo que la reina Cerridwen existió.

—¿Por qué fue la guerra? Me has dicho lo que defendían los seguidores de Cerridwen, pero no en qué creían sus enemigos.

—Nuestra tradición habla de una terrible matanza que inició la guerra. Uno de los grupos de seguidoras de Cerridwen fue masacrado en una orgía de sangre y violencia. Aunque no queda claro que los enemigos de Cerridwen fueran también gigantes. Lo que sí está claro es que no estaban de acuerdo con la cosmovisión que defendía nuestra reina. Nuestras leyendas hablan por un lado de guerra de fe y por otro de un ataque a las gigantes de sexo femenino, aunque no queda claro el motivo en este segundo caso. Además, sucedió un hecho catastrófico previo que aceleró los acontecimientos. En las leyendas ese hecho catastrófico es denominado como “la nube”. En nuestro linaje creemos que la masacre de las seguidoras de Cerridwen fue un intento de aniquilar la creencia en la Diosa y de atacar a la maternidad en sí de las gigantes, que para ellas era un concepto sagrado y supremo. Yo, sinceramente, pienso que todo fue más sencillo, cariño. Los enemigos de Cerridwen no soportaban que una mujer tuviera tal poder, que contara con un séquito de adeptas que guiaran a tantos súbditos, y que además propugnara la existencia de una Diosa femenina superior. Y sencillamente quisieron exterminarla a ella y a sus seguidores.

Anne se puso de pie. No soportaba más aquella postura ni seguir escuchando todas aquellas batallas mitológicas. En el sueño que tantas veces había tenido en los últimos meses, personas, o tal vez gigantes, no era capaz de distinguirlo, corrían y corrían presas del pánico huyendo de algo. Muy parecido a la escena que aparecía en el grabado de la *drakospita* del monte Oqui. Tenía el desagradable presentimiento de que su sueño, la profecía del retorno de los que estaban antes y todo lo que acababa de escuchar estaba conectado. Ese sueño terminaba con el llanto desconsolado de un bebé. Ahora que estaba a punto de ser madre no soportaba la mera idea de que una criatura inocente pudiera haber vivido algo tan horrible, aunque por desgracia los niños eran los primeros damnificados en todas las guerras.

Mildred le ofreció salir afuera a pasear por los alrededores de la cabaña. Ya en el exterior, Anne se quedó absorta contemplando la magnificencia de los enormes bloques de piedra de Stonehenge que se divisaban a lo lejos.

—Mildred, ¿qué pasó conmigo de pequeña? Me refiero a lo del secuestro, cuando mamá y la abuela me encontraron junto a los menhires de Penrhos Feilw. ¿Quién me secuestró?

Mildred Merrick dudó unos instantes antes de responderle.

—Esas piedras que ves a lo lejos —le dijo apuntando con el dedo de su mano derecha hacia el megalito de Stonehenge— forman parte de un recinto sagrado, un lugar repleto de una magia que muy pocos saben interpretar. Solo puedo decirte que estabas protegida, cariño. Los menhires gemelos de Penrhos Feilw te protegían. Lo demás creo que deberías preguntárselo a tu madre. Ni puedo ni quiero tener esa responsabilidad. Betrys jamás ha hablado de eso conmigo. En realidad

solo ella y Mary Anne saben lo que allí ocurrió. Por muchas teorías que yo tenga al respecto, la verdad solo la conoce una persona en el mundo ahora mismo, tu madre.

En su mente, Anne ataba cabos con rapidez, pero no quiso que la prima Mildred advirtiera en su expresión facial que tenía una idea de lo que realmente había sucedido.

—Si quisiera contármelo, estaría aquí ahora mismo. Y de nuevo no está. Ni Elin ni yo conseguimos hablar con ella. Tiene el móvil apagado. ¿Dónde ha ido?

—Betrys está haciendo algo muy importante. No te preocupes, ella te lo contará cuando haya resuelto lo que tiene que resolver. Confía en mí. El tiempo de la profecía se acerca, cariño. Tu madre ha recuperado por fin el orgullo que había perdido de pertenecer al linaje de Cerridwen. Y es muy importante que esté de tu lado cuando esa criatura que llevas en tu vientre venga al mundo. De momento es mejor que permanezcas alejada de todo hasta que llegue el momento. Quédate aquí conmigo o vete con tu hermana. Pero sobre todo, aléjate del País Vasco. Ese asesino al que los periódicos llaman “la *sorgina*” no ha acabado su trabajo. Tarde o temprano volverá a despertar de su letargo y es mejor que entonces no te encuentre en su camino.

Anne miró con ternura a la anciana. Su preocupación era sincera. Dudó de si seguir tirando del hilo para desenredar la madeja de secretos familiares de los que había permanecido apartada toda su vida. Mildred Merrick pareció adivinar su pensamiento y se le adelantó.

—Dime lo que quieres saber, Anne —le dijo.

—¿Quién es el pequeño Tommy?

—Sabía que tarde o temprano me harías esa pregunta —contestó.

—¿Es un fantasma? ¿Un demonio?

—El pequeño Tommy es nuestro espíritu familiar, Anne. Siempre ha acompañado a las mujeres Merrick, sobre todo a aquellas en las que la sangre de los que estaban antes fluye con más fuerza. No sabemos su naturaleza ni cuándo o cómo surgió, pero te puedo asegurar que existe. Yo solo lo he visto una vez en Sunny House, pero tu abuela hablaba con él cuando quería. De pequeña, tú también lo veías. Pero no te dejes engañar. Aunque tiene apariencia de niño, el pequeño Tommy no tiene género. Y es mucho más viejo que tú y que yo. O al menos eso creía Mary Anne.

—¿Es posible que la abuela encargara a ese ser que me asistiera cuando yo lo necesitara?

—Es posible. Pero aun cuando no lo hubiera hecho ella, te aseguro que el pequeño Tommy te protegería en caso de que sintiera que el linaje está en peligro. ¿A qué viene tanta pregunta sobre el pequeño Tommy?

Anne estuvo a punto de contarle que había sido el pequeño Tommy quien había matado a Peter Magnusson en el palacio de Montehermoso de Vitoria y la había salvado a ella y a Mechero de ser asesinados por él, pero finalmente se echó para atrás.

—Curiosidad, Mildred. Curiosidad.

Mechero se abalanzó sobre Anne en cuanto la vio aparecer por la puerta del servicio de Sunny House. La excitación de quien acababa de descubrir algo importante se reflejaba en sus ojos. A Anne ni siquiera le dio tiempo a contarle todo lo que Mildred le había dicho en Amesbury. El joven estaba totalmente exaltado, como si se le acabara de revelar la ubicación exacta del Santo Grial. O como si estuviera sufriendo los efectos de un subidón inesperado por un canuto más cargado de lo normal. Prefirió pensar que simplemente se trataba de emoción desbordada. Anne le tranquilizó como pudo e intentó buscar en los ojos de Calíope la explicación a aquella efervescencia. La hija de Dimitri Megalos se limitaba a sonreír mientras asentía con la cabeza.

—Mira estas fotos que le ha enviado Filippa Costa a Calíope desde Cerdeña —dijo señalando la pantalla de su *tablet*.

Filippa Costa había decidido quedarse en Cerdeña y guardar la reliquia de la *drakospita* del monte Oqui en un lugar más seguro. De hecho ella misma había decidido esconderse en casa de una vieja amiga de la universidad, donde nadie que pudiera estar acechándola pensaría jamás que fuera a ocultarse. Anne tenía otra teoría acerca de la decisión que había tomado la italiana. Le habían ofrecido viajar con ellos hasta Gales y esconderla en Sunny House hasta que la situación dentro de la Fundación se tranquilizara, pero ella había rechazado la invitación poniendo mil y una excusas. Anne estaba convencida de que Filippa no quería reencontrarse con James O'Connor por algo que había ocurrido entre ellos en el pasado. Filippa les había dado a entender antes de despedirse, que entre Dimitri, el profesor O'Connor y ella hubo algo más que fiestas y juerga durante el tiempo que pasaron juntos. No estaba segura de si lo que había ocurrido había sido una traición o en realidad se trataba de un triángulo o una relación poliamorosa. En cualquier caso, era evidente que Filippa no quería saber nada del profesor.

Anne miró las imágenes que Mechero le mostraba con entusiasmo.

—¿Qué se supone que estoy viendo? —les preguntó.

—Le pedí a Filippa que nos enviara fotografías de restos arqueológicos de la cultura nurágica hallados en Cerdeña, por si encontrábamos alguna pista que nos ayudara a determinar cuál es exactamente la montaña del grabado de la *drakospita*. Esto que estás viendo son restos de cerámicas ornamentales halladas en el poblado nurágico del monte Tíscali, donde apareció también la olla que tenía trazados los puntos que representaban a las Pléyades, ¿te acuerdas? Filippa afirma que estos cuencos eran utilizados en ceremonias sagradas. Y de nuevo, vuelven a aparecer esas dichosas estrellas.

—Lo que Mechero está tratando de explicarte es que creemos que hemos encontrado una explicación a esa misteriosa mujer que apareció en la fotografía que tomasteis en casa de Mariona, la hija de Margarita Toledo, y que luego se esfumó por arte de magia.

Anne miró furiosa a Mechero. No podía creer que le hubiera contado sus experiencias con La Vieja. Estaba claro que tenía que tener mucho cuidado de ahora en adelante cuando le confiara algo, pues corría el riesgo de que Calíope se enterara al cabo de cinco minutos.

—Perdóname, pelirroja, no te enfades, anda —trató de camelarle el joven—. Creo que los dos sabemos que Calíope es de fiar.

—No se trata de eso, cabeza de chorlito —le respondió Anne enfadada—. Se trata de que si yo te cuento algo tan íntimo como lo que me pasa con ese fantasma o lo que sea esa mujer, es porque solo quiero que lo sepas tú. No es nada personal contra ti, Calíope.

—No es una fantasma psicópata —se burló Mechero—. Es algo mucho más fuerte. Vas a flipar. Mira.

Anne miró con detenimiento los dibujos de la cerámica que le estaba señalando. Enseguida distinguió el símbolo del caldero que representaba a las estrellas Pléyades. A ambos lados aparecían siete pequeños garabatos de trazado muy simple con la forma de la letra uve.

—¿Qué se supone que son esos dibujos? —preguntó.

—Son pájaros, pelirroja.

—Venga ya.

—Mira estas otras fotografías de otras de las cerámicas.

Anne observó la segunda instantánea. En ella aparecía representada de manera bastante clara la imagen icónica de la Diosa Madre paleolítica, con su vientre hinchado, sus pechos voluptuosos y la vulva perfectamente remarcada. Junto a ella estaban dibujados lo que parecían un búho, una garza y una especie de ave rapaz, de mucha mejor calidad que la propia diosa en sí. En una tercera cerámica se mostraba el mismo dibujo de la diosa junto a lo que parecían más aves.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Estás lenta, ¿eh? —dijo Mechero—. Pues lo que estás pensando. Tanto este caldero como estas diosas prehistóricas pintarrajeadas de aquí aparecen rodeados de pájaros por todas partes. Estoy convencido de que el caldero representa a esa misma diosa. Creo que Filippa tenía razón. ¿Te acuerdas de lo que dijo cuando estuvimos en Cerdeña? Para ella, tanto el pozo de Santa Cristina como la *drakospita* fueron diseñados para apuntar hacia las Pléyades porque la figura que formaban ese conjunto de estrellas, el caldero, simbolizaba algo importante para los que levantaron esas construcciones.

—El caldero simboliza su diosa —apuntó Calíope.

—La Diosa, con mayúscula —enfaticó Mechero—. Creo que el caldero representa el principio creador, el útero de la Diosa Madre del cual surgen todas las cosas.

Anne recordó lo que la prima Mildred le había contado acerca del caldero de la sabiduría y la inspiración de la diosa Cerridwen, en su forma de anciana bruja.

—¿Y qué tiene que ver eso con La Vieja?

—La Vieja no es ningún fantasma, Anne. La Vieja es la representación de la Diosa Madre. Vamos, que tu amiga acosadora es una diosa. Llamémosla Gaia o mejor *Amalur*, para que se nos haga como más de casa.

—Definitivamente se te ha ido la cabeza. Deja de tomarme el pelo, que tengo cosas más importantes en las que pensar.

—Creo que Mechero tiene razón —dijo Calíope poniendo su mano derecha sobre el hombro izquierdo de Anne—. En el Paleolítico superior la Diosa comenzó a ser representada como un

híbrido entre ser humano y ave. En muchos relatos míticos de la Edad de Bronce, el universo es concebido como un huevo puesto por la Diosa Pájaro, como fuente de vida. El huevo está relacionado con las aguas primigenias, principio de todo sobre el que comienza a crearse vida. A partir de la ruptura del huevo surge el tiempo y el espacio, el cielo y la tierra. La Diosa Pájaro es la hacedora de todo, en su útero surge el huevo del que nacerá todo lo que nos rodea.

—Mira, mira esta información que hemos buscado —dijo Mechero enseñándole la pantalla de su *tablet*—. El arquetipo de la Diosa Pájaro creadora de todo perduró unos veinticinco mil años y luego las culturas posteriores fueron adaptándolo a sus propias mitologías. La Diosa Madre fue adoptando diferentes formas de aves: grulla, cisne, pato, ganso... Atenea, la diosa griega, era representada por una lechuza y la diosa egipcia Isis por una paloma.

—La Diosa Madre Pájaro no solo es creadora de la vida, sino que también es mensajera de la muerte, al igual que otorga vida, la arrebató —apuntó Calíope.

—Fíjate si es importante que hasta los mitos de la cigüeña trayendo a los recién nacidos o los huevos de Pascua están relacionados con la Diosa Pájaro —añadió Mechero.

—Estáis locos. Los dos —dijo Anne abandonando la estancia con la intención de dirigirse hacia el área residencial de Sunny House.

—¿Pero por qué te pones así? —le gritó Mechero mientras ella se alejaba. El joven salió tras ella y la retuvo del brazo. —Es mejor esto que no que sea un espíritu malévolo o algo peor. Eres colega de la Diosa Madre, Anne. Aunque te parezca que esté cabreada contigo por algún motivo, en el fondo lo importante es que te respeta. No olvidemos que últimamente parece que está de tu lado.

—Suéltame, pesado. ¿No se os habrá ocurrido contarle algo de todo esto al profesor O'Connor, verdad?

—El profesor O'Connor no está. Ms. White nos ha dicho que salió ayer de viaje.

—No me digas.

Anne dejó atrás a Mechero y abandonó el ala del edificio que antiguamente albergaba las habitaciones del servicio de la mansión. Subió la escalera por la que los sirvientes accedían a las plantas donde se ubicaban las habitaciones de los residentes. Estaba enfadada con Mechero y con la forma jocosa e inmadura que tenía de tomarse las cosas. Colega de la Diosa Madre. ¿Cómo era capaz de bromear en las circunstancias en las que todos se encontraban? Más aún. ¿Cómo podía emplear semejante sorna al referirse a los encuentros que había mantenido con La Vieja? Mechero no entendía el terror que había sentido en cada una de esas apariciones. Para él todo se reducía a un juego de buenos contra malos, pero todo era mucho más complicado. Mechero no había sido testigo de la mirada absolutamente sobrecogedora de aquel ser en acción. Desde que había llegado a Bilbao la había acosado sin descanso aunque sí que era cierto que en los últimos tiempos simplemente se había dedicado a aparecerse como para que no se olvidara que aún seguía allí, a su lado, vigilando. Recordó la primera vez que la vio en el museo Guggenheim de Bilbao,

cuando mató delante de ella aquella ave. O cuando la persiguió hasta el cuarto de baño de la cafetería donde Begoña Argenta la citó para entrevistarla. Por no hablar de su encuentro en La Rioja Alavesa, donde la atacó lanzándole aquel horrible pájaro al parabrisas del coche. Pensándolo bien Mechero tenía razón. Sus últimas apariciones no habían acabado en una experiencia negativa del todo. En el casco viejo de Vitoria las palomas que La Vieja había dirigido contra ella finalmente no la habían atacado y su presencia en casa de la hija de Margarita Toledo tampoco había acabado mal. Al contrario. En la fotografía que había tomado en casa de Mariona, La Vieja aparecía sonriendo. Entonces había pensado que se burlaba de ella, que lo único que pretendía era decirle que aún estaba ahí, que no iba a dejarla en paz. Pero ¿y si la sonrisa fuera sincera, benévola? Es más, la experiencia que Mechero y ella habían vivido a bordo del coche que les llevaba hasta Pamplona para encontrarse con Itziar Azurmendi tampoco había sido negativa si lo pensaba bien. Decenas de cigüeñas les habían acompañado durante el trayecto, como guiándoles hacia su destino. ¿Qué era lo que había cambiado para que la actitud de La Vieja hubiera dejado de ser violenta? Las palabras de Mechero acerca del simbolismo de la cigüeña, trayendo a los recién nacidos al mundo, le dieron la respuesta. Era como si La Vieja hubiera detectado que Anne estaba embarazada. Desde ese momento su actitud hacia ella había cambiado radicalmente. Ni siquiera culminó su ataque cuando se le apareció en el avión que la trajo de vuelta a Bilbao tras haber huido a Inglaterra. ¿Y si era verdad? ¿Y si La Vieja era en realidad una representación de *Amalur*, la Diosa Madre, la Gran Diosa en la que creía Cerridwen, su antepasada, la reina de los gigantes? ¿Y si La Vieja la estaba de alguna forma escoltando desde que había sabido que estaba embarazada? Si eso era así solo podía significar que *Amalur* quería que tuviera aquel hijo, o hija, si hacía caso a la predicción de la prima Mildred. Tenía que admitir que todo encajaba. Cada vez estaba más convencida de que su pequeña era quien heredaría el camino al reino de los que estaban antes. Su hija era la clave para el cumplimiento de la profecía. Ella era la sangre de la que hablaba el viejo augurio.

Mientras pensaba en toda aquella locura, llegó a la habitación que buscaba. El dormitorio de James O'Connor. Abrió la puerta y se dirigió al escritorio. Rebuscó en todos los cajones y en las estanterías, con cuidado de que no se notara que había entrado alguien. De repente una pregunta le vino a la cabeza. La Vieja ya no la atacaba desde que había concebido a su hija, pero entonces ¿por qué la había intentado dañar previamente? Solo se le ocurrió una respuesta: cuando se produjeron los ataques, Anne acababa de entrar a formar parte de la Fundación Petunia. La Diosa, si era verdad que era ella, había tratado de amedrentarla para que no ingresara en la organización. Puede que incluso hubiera intentado herirla por el mismo motivo. Begoña Argenta le había preguntado si se le había aparecido. "*Nadie olvida su rostro*", le había dicho. Por algún motivo, la Diosa consideraba a la Fundación su enemiga. ¿Sabría *Amalur* lo que estaba a punto de suceder en Petunia? ¿Conocería La Vieja la promesa que ella había hecho hacía poco? ¿Sabría lo que ella se proponía hacer dentro de la Fundación? No quería ni imaginarse lo que podría suceder en caso de que así fuera. Solo de pensarlo se le pusieron los pelos de punta.

Ander Goikoetxea cerró su ordenador portátil de golpe y permaneció en silencio durante más de diez minutos. A continuación se desnudó, salió al jardín y se dejó caer en plancha a la piscina. Su cuerpo estalló en un alarido de dolor que estuvo a punto de hacerle perder el conocimiento de manera instantánea. Sintió su conciencia sumergirse lentamente hacia aguas mucho más profundas que el suelo que veía en el fondo. No quería morir sin ver a David por última vez pero ya no le quedaban fuerzas para enfrentarse a esa situación. Los acontecimientos de los últimos días lo habían trastocado y no solo físicamente. Los golpes de Manu le habían dejado el rostro malherido y aún tenía los pómulos hinchados. El ojo derecho ni siquiera podía abrirlo del todo. Pero era algo soportable. Los analgésicos estaban haciendo su función. Lo peor era la horrible experiencia que había vivido cuando aquel ser, el dios astado, había matado a Manu. Tenía constantes pesadillas y hasta había comenzado a robarle a David alguno de los narcóticos que él tomaba todas las noches. Ni siquiera sabía quién se había hecho cargo del cadáver y cómo se las habían arreglado para que pareciera que el coche de Manu se había despeñado por un barranco. Lo último que recordaba era a Ruud corriendo hacia él y a David en el suelo llevándose las manos a la cabeza. Después solo la oscuridad.

Cuando volvió a despertar habían transcurrido casi cuarenta y ocho horas. Estaba dentro de la casa del jardín, en su cama, con David, Ruud y Hubert a su lado. Intentaron hacerle ver que lo que había visto no había sucedido tal cual, que se trataba todo de una alucinación provocada por los golpes que Manu le estaba dando en la cabeza. Incluso David siguió el juego a su padre y a su tío. La versión que le contaron poco tenía que ver con lo que él había vivido. Según ellos Manu se había desnucado cuando Ander lo había empujado hacia atrás para defenderse. Quisieron hacerle creer que él era quien lo había matado. De forma accidental, en defensa propia, sí, pero al fin y al cabo no dejaba de ser un homicidio. Cuando Ander les dijo que había que acudir a la policía, que él podía explicar lo que había sucedido obtuvo una triple negativa. Ya era demasiado tarde. El cuerpo de Manu ya había sido localizado en un despeñadero del puerto de Herrera justo el día anterior. Era mejor así. Lo habían hecho por su bien. Y lo cierto era que había colado. O eso parecía al menos.

No se esperaba aquello por parte de David. De cualquiera se lo hubiera podido esperar, pero no de David. ¿Por qué había actuado así? Estaba convencido de que Ruud y Hubert le habían manipulado para que siguiera aquella mentira, pero el caso era que había accedido a llevar a cabo aquel maquiavélico plan. No era propio de él.

—Lo he hecho para protegerte —le había insistido David.

—¡Mentira! Lo has hecho para proteger a tu puta familia de pirados. Sois unos jodidos psicópatas. La familia de Manu tiene derecho a saber la verdad.

—¿Pero tú te das cuenta de lo que estás diciendo? Manu ha estado a punto de matarte y aún piensas en el sufrimiento de su familia. ¿Cómo quieres explicar a la policía tu versión? Nadie te va a creer Ander, nadie va a aceptar lo que tú dices que viste. La policía solo vería una pelea con resultado de muerte.

—Podría demostrar que fue en defensa propia.

—Ese es el problema, Ander. Que no podrías demostrarlo.

Mientras se hundía en la piscina, las palabras y los gritos de David iban y venían en un vaivén alucinógeno con una cadencia que cada vez era más lenta. Un placentero sueño se estaba adueñando de su organismo y por muy letal que fuese, pensaba abandonarse a él. Así toda aquella pesadilla terminaría para siempre. Pero cuando ya estaba a punto de cruzar el umbral hacia la negrura más opaca, sintió cómo unos brazos fuertes y robustos lo arrastraban hacia la superficie. Hubert Vanner consiguió que expulsara todo el agua que había tragado y lo llevó de nuevo al dormitorio. Lo secó y lo vistió y le curó las heridas del rostro que se habían vuelto a abrir. Ander se dejó hacer.

—Ander, por favor, ni se te ocurra volver a hacer lo que acaba de hacer. ¿Bañarte en tu estado? Está loco —le dijo Hubert con cara de preocupación y su característica forma de hablar.

—Ha sido una tontería. No lo he pensado. No se lo digas a David, por favor. Bastante tiene con lo que tiene.

—Tranquilo. Tu secreto está a salvo. Pero prométeme que no va a volver a hacer una estupidez así.

—Lo prometo.

Hubert fue a buscar algo a la residencia principal y al cabo de unos minutos regresó con un tazón con leche caliente y no se fue hasta que Ander se lo tomó por completo. En cuanto abandonó la habitación, Ander cogió su teléfono móvil y llamó a Lucía Zuberoa. Le costó una eternidad moverse medio metro hasta que consiguió llegar al aparato. Realizó tres intentos pero no obtuvo respuesta. Cuando estaba a punto de dormirse, el teléfono sonó. Era ella.

—¿Me has llamado? No podía responderte. Estaba con mi madre comentando lo que ha sucedido. ¿No has visto las noticias?

—¿De qué estás hablando?

—“La *sorgina*” ha vuelto a matar. Han aparecido los cuerpos de otras dos víctimas. Otra vez junto a montañas.

—Pobres niñas. Maldito hijo de puta.

—No, no han sido niñas —explicó Lucía—. La mujer del monte Aitzgorri tenía más de setenta años y la de la Sierra de Codés unos cuarenta. De Campezo era. Una tragedia.

—Pero entonces es imposible que haya sido “la *sorgina*”.

—Ha sido “la *sorgina*”. Están todos los telediarios con lo mismo. En ambos casos han aparecido vestidas de blanco y aparentemente asfixiadas. Y las dos a los pies de montañas, otra vez.

—¿Y no será un imitador? Me parece muy raro.

—No lo sé, Ander, no lo sé. ¿Para qué me llamabas? Hace siglos que no sé nada de ti. ¿Qué tal te encuentras? Sé que te había puesto la mano encima, por lo que me contó Hubert, pero supongo que no es fácil enterarte de que tu marido se ha despeñado. Es duro decirlo así, pero me alegro de que finalmente no fuera a buscarte.

—O eso o no me encontró —mintió Ander. Lucía no sabía nada de lo que había ocurrido en realidad. Hubert había mantenido el secreto.

—Bueno, lo importante es que tú estás bien. Que le den. Dicen que el karma recompensa a cada persona en función de cómo se haya comportado con los demás. ¿Qué tal lo llevas?

—No me está siendo fácil, Lucía. Sé que Manu hizo lo que hizo, pero es difícil hacerse a la idea de que ya no está.

—Es normal que te sientas así. Has dependido emocionalmente de él durante mucho tiempo. Pero ni se te ocurra sentirte culpable por lo que le ha pasado. Son cosas que pasan. Tómalo como una liberación. Una preocupación menos. Por cierto... ¿para qué me llamabas? ¿necesitas hablar? ¿quieres que quedemos?

—No, no, tranquila. Necesito tener un tiempo conmigo mismo. Cuando vuelva a reunir fuerzas te prometo que te llamo y quedamos para tomar un café. Te llamaba porque he descubierto algo que me ha dejado noqueado.

—¿Sobre las tres lunas rojas?

—No, sobre Jacobus Vanner.

—¿Qué pasa con ese hombre?

—Murió en 1985. Lo he comprobado.

—Tu amigo el *hacker* te lo ha confirmado, querrás decir —se burló Lucía al recordar que Ander le había explicado cómo había dado con la pista que le había llevado a la señora Rosa.

—No estoy para bromas, Lucía, esto es muy serio.

—No entiendo nada.

—“*El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios*”, el libro de Jacobus que encontramos en casa de tu tía Sabina, fue publicado en 1990. Y no solo eso. Prácticamente tres cuartas partes de su obra fueron publicadas años después de su muerte.

—Puede que la familia publicara sus libros después de haber muerto.

—O puede que algún miembro de los Bechs haya asumido la identidad de Jacobus Vanner para seguir publicando en su nombre. Alguien muy cercano a ti.

—¿Hubert?

—Sí.

—Estás delirando.

—Mi *hacker*, como tú lo llamas, ha conseguido averiguar quién está registrado para cobrar los derechos de autor de los libros de Jacobus Vanner. Es Hubert. Estoy convencido de que ha escrito la mayoría de esos libros él solito y que los miembros de su familia lo saben perfectamente. Por eso David era tan reticente a hablarme de Jacobus Vanner. Por eso el propio Hubert trataba de cambiar de tema cuando le hablaba de él, llamándole chiflado y no sé cuántas cosas más.

—¿Y qué interés puede tener Hubert en ocultártelo? No tiene sentido.

—No quiere que yo sepa que es un experto en todos esos temas de mundos paralelos, puertas espacio-temporales...

—Y en el don de la vigilia —añadió Lucía—. ¿Pero por qué? Sigo sin entenderlo.

—No lo sé, solo quería avisarte de que no es trigo limpio. Ten cuidado, por favor.

—Puedes estar tranquilo. Hubert rompió conmigo justo al día siguiente de que encontrarán muerto a Manu.

—Vaya, lo siento, no sabía nada.

—Es igual, tarde o temprano iba a suceder. Ninguna relación sentimental entre miembros de nuestras familias acaba bien. Es como una maldición —ironizó.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Ander—. Supongo que tendrá que ver con alguna deslealtad de Hubert, como si lo viera...

—No, no tiene nada que ver con temas de cuernos, Ander. Cuando empecé a liarme con él ya sabía a lo que me atecía. Él mismo me lo dijo, jamás podría estar con una única mujer a la vez. Yo tampoco creo mucho en la fidelidad eterna.

—¿Entonces de qué se trata?

—Estoy embarazada. No tengo aún decidido qué quiero hacer, pero el que lo tiene muy claro es él. No quiere saber nada del tema.

—¿Así sin más? ¿Y no vas a exigirle responsabilidades?

—Mira Ander, ahora mismo tengo la cabeza hecha un lío. No sé si quiero seguir adelante con el embarazo. Y aunque siguiera, no sé si quiero que Hubert lo reconozca.

—Bueno, tranquila, aún tienes tiempo para pensarlo. En lo que te pueda ayudar aquí me tienes. Tú pídemelo que necesites y, por favor, hasta que averigüe algo más respecto a lo de Jacobus, hazme caso. Ten cuidado, ¿vale?

Lucía Zuberoa colgó el teléfono haciéndole prometer que se verían pronto. Ander durmió toda la noche de un tirón y al despertar tuvo una idea. Buscó en su móvil las fotografías que había sacado del archivador oculto tras la estantería de la biblioteca de Ruud. Allí estaban anotadas las veces en las que distintos miembros de los Bechs habían solicitado a Ruud que les prestara los libros de Jacobus Vanner. Muchos de esos apuntes estaban realizados a mano. Se dirigió a la habitación de Hubert y abrió la libreta que tenía sobre el escritorio. Le había visto varias veces apuntar allí la cantidad de alcohol que consumía al día, como si eso le fuera a echar para atrás a la hora de decidir si volver o no a beber. Comparó la letra con las anotaciones del archivador. Era idéntica. Hubert Vanner era quien controlaba el préstamo de los libros de Jacobus Vanner que probablemente él mismo había escrito. Estaba claro que su posición en la familia de los Bechs era bastante importante.

De repente un pensamiento se clavó en su mente como un dardo envenenado que alguien acabara de lanzar con intención de emponzoñar su alma. Desde la muerte de Manu, no dejaba de darle vueltas a lo mismo. Por qué. Por qué la cabra, el dios astado, no le había atacado esta vez sino que de alguna manera le había salvado. No acertaba a encontrar una explicación lógica. Pero era posible que la respuesta estuviera más cerca de lo que esperaba. Revisó el resto de fotografías que había tomado aquel día durante su incursión en el despacho de Ruud. En "*De Deo cornutum*", el tratado que Jacobus Vanner había escrito sobre el dios astado, Jacobus criticaba el empeño de

la Iglesia Católica a la hora de diferenciar la maldad de la bondad. *“Para nosotros, ese concepto nada tiene que ver con la división dual y artificial de la moral. Maldad y bondad son lo mismo, la una no podría existir sin la otra”*, afirmaba. Aquella afirmación le pegaba mucho a Hubert, quien, en más de una ocasión le había reconocido que no creía en el pecado. Jacobus Vanner afirmaba que para experimentar al dios astado era recomendable ingerir licores de alta graduación, algo a lo que Hubert estaba más que acostumbrado. *“Los partícipes más viejos, los más poderosos y los más experimentados conocen las oraciones secretas que lo tientan y generalmente logran traerle a su presencia”*. Si Hubert Vanner era quien había escrito ese tratado así como la mayoría de los libros de Jacobus Vanner, quedaba claro que era experto en el dios astado. ¿Era su posición dentro de la jerarquía de los Bechs tan relevante como para invocar él solo a aquella entidad?

Por más que pensaba en otras alternativas, no las encontraba. Esa era la respuesta que buscaba. No había sido una alucinación. Manu había muerto a manos de aquel ser. Esa era la razón por la que Ruud, Hubert y David habían tapado su muerte con aquel falso accidente y le habían hecho creer que no era real lo que había visto. Hubert Vanner tenía el poder. Él había llamado al dios astado para salvarle de Manu.

El bosque de abetos que escoltaba la carretera que llevaba a Sunny House ocultaba un pequeño claro muy cerca de la mansión. Era prácticamente invisible al ojo humano desde una distancia mayor de diez metros. De pequeña, Anne lo había descubierto por casualidad mientras jugaba al escondite con la abuela Mary Anne. Desde aquel momento, se había convertido en su refugio secreto, el sitio al que acudía cada vez que se enfadaba o quería estar sola. La abuela conocía perfectamente el lugar, pero siempre respetó la privacidad de Anne cuando acudía allí.

Llevaba esperando casi media hora junto a la maleta que había preparado el día anterior. Habían quedado a las siete de la mañana, cuando las probabilidades de cruzarse con algún senderista eran escasas. Estaba nerviosa. Su mundo se había venido abajo el día anterior. No solo porque Mechero y Calíope le hubieran asegurado que La Vieja era en realidad una representación de la Diosa, de *Amalur*, de la entidad en la que creía ciegamente Cerridwen, la antepasada más importante del linaje de los Merrick. Lo que había encontrado en el dormitorio del profesor O'Connor la había hundido.

—Aupa Anne. ¿Tienes todo preparado? ¿Nos vamos?

Ella se volvió. No la había escuchado llegar. Había imaginado que se adentraría con el coche hasta el claro, pero, por lo que parecía, Itziar Azurmendi, la periodista de La Luz de Navarra, había dejado el vehículo aparcado a la entrada del camino. Jon jamás hubiera corrido un riesgo así. Cualquiera podía ver el coche al lado de la carretera y seguir el rastro hasta dar con ellas.

Cuando hacía unos días Anne había recibido un *e-mail* de Jon Arkaute y él le había comunicado que Itziar Azurmendi estaba en el Reino Unido y quería reunirse con ella de forma urgente, Anne había estado a punto de no responderle. No le perdonaba que hubiera tardado tanto tiempo en volver a saber de él. Jon le pedía perdón y le suplicaba que le facilitara su número de teléfono para darle todas las explicaciones. Parecía realmente preocupado. Sin embargo, fueron las dos últimas frases que escribió en su correo electrónico las que definitivamente le hicieron aceptar la invitación. *“Todo es por tu abuela Mary Anne. No te fíes de James O'Connor”*.

Al verle aparecer en la pantalla de su teléfono móvil lo primero que pensó fue que parecía que el tiempo hubiera pasado para Jon mucho más rápido. Se le notaba bastante desmejorado pero aun así conservaba todo su atractivo. Se fijó en que se había cambiado el pendiente casi invisible de la oreja y lo había sustituido por un pequeño aro de madera negra. Durante la casi hora y media que duró la videollamada, hubo silencios, preguntas y reproches, muchos reproches. Jon le recriminó que no le hubiera avisado de su embarazo aunque fuera con un correo electrónico y ella que no hubiera dado señales de vida en ocho meses. La situación más tensa se produjo cuando Jon le preguntó si el bebé era suyo. La primera reacción de Anne fue cerrarse en banda y decirle que eso a él no le incumbía pero al final terminó confesándole la incógnita que se cernía sobre ella. Sencillamente no lo sabía. Jon se enfureció al pensar que ella se había visto con otros mientras estaba con él, aunque no se explicaba cómo. Anne estuvo a punto de dar por terminada la conversación y no volver a hablarle en la vida, pero al final se contuvo. Jon le pidió disculpas por

haberse puesto así y Anne decidió decirle la verdad. Se había estado acostando con David hasta finales de diciembre, incluso después de haber decidido romper su relación. Fue una de las razones por las que huyó a Inglaterra. Se dio cuenta de que la conexión física con David era demasiado fuerte como para no volver a caer en la tentación de un reencuentro. Jon no daba crédito al escuchar sus explicaciones pero al final fue él quien terminó pidiéndole perdón por haber tardado tanto tiempo en cumplir su promesa de regresar a por ella. Aquellas confesiones tan íntimas dieron paso a una conversación mucho más densa. Hablaron acerca de los gigantes, de la profecía, de David, de los berones y de los bátavos, de Koldo de Andrés, de Margarita Toledo y de su hija Mariona, de la muralla de Vitoria y de todo lo que habían descubierto durante el tiempo que habían estado separados.

—¿Qué pinta Itziar Azurmendi en todo esto? —le preguntó Anne—. ¿Estás saliendo con ella?

—No, no estoy con ella. Itziar es lo más parecido a una hermana que he tenido. Era la mejor amiga de Maialen, mi mujer. Jamás se me ocurriría ver a Itziar de esa manera. A estas alturas supongo que ya sabrás lo que sucedió con Maialen, después de toda la mierda que ha ido soltando la Fundación sobre mí para acusarme de lo que pasó en la biblioteca.

—Sé que tu mujer era jardinera y que murió durante una misión de la Fundación en Holanda. Begoña Argenta lideraba el equipo y ella fue la que decidió abandonarla a su suerte. Por eso la Fundación te acusa del incendio y de la explosión del invernadero. Creen que lo hiciste para vengar la muerte de Maialen.

—Maialen no murió en ninguna misión de Petunia. Maialen murió porque los Caducos se enteraron de sus intenciones y la mataron. Begoña Argenta era su mentora, su aliada, y la abandonó en cuanto ellos la atraparon. Maialen, Begoña y otros dos jardineros se dirigían en coche hasta Brujas cuando pasó todo. Se enteraron de que los Caducos pretendían asesinar a una de las Mayores del jardín de Brujas, Linette Lyon. Esta jardinera pretendía derrocar a los Caducos haciendo una poda en un cónclave que iban a celebrar al cabo de una semana.

—¿Una poda?

—Pretendía acabar con los líderes de los Caducos en esa reunión, Anne. Linette Lyon lideraba a un grupo de revolucionarios partidarios del uso de la fuerza para provocar el cambio. Todo el mundo se refiere a ellos como los Insurgentes. Maialen, Begoña y los demás se enteraron de que los Caducos habían descubierto los planes de Linette Lyon y se citaron con ella y su gente en un pueblecito de Holanda, para avisarla y trazar un plan alternativo.

—Entonces tu mujer, Maialen, y Begoña Argenta ¿se dirigían a salvar a una mujer que pretendía causar una matanza?

—En todas las guerras llega un momento en el que hay que pasar a la acción, Anne. De lo contrario, los tiranos se perpetúan en el poder. Maialen no abogaba precisamente por el uso de la violencia pero sufrió la pérdida de una compañera por culpa de los Caducos y cuando Begoña Argenta la reclutó no dudó en unirse a los Insurgentes.

—¿Begoña Argenta formaba parte de los Insurgentes?

Jon asintió.

—¿Tú fuiste el que me envió ese *e-mail*, verdad? El que informaba de la guerra entre los Caducos, los Insurgentes y los Originarios.

—Sí.

—¿Y tú de qué parte estás Jon? ¿Quieres ser claro de una vez? —preguntó Anne, harta de tanta ambigüedad.

—Durante un tiempo estuve totalmente de acuerdo con Maialen y los Insurgentes. Ningún intento de acabar con los Caducos de manera pacífica había funcionado en el pasado. Ni siquiera tu abuela Mary Anne lo había logrado, y eso que había logrado ascender a Summa de Petunia. En cuanto vieron lo que Mary Anne estaba logrando, se la cargaron.

—Eso no hace falta que me lo cuentes, eso ya lo sé. ¿Me puedes decir de una vez de qué va todo esto? ¿Qué quieres de mí? ¿Quién eres, Jon?

—No creo que lo que buscan los Insurgentes vaya a funcionar. La historia reciente de Petunia demuestra que la violencia conlleva más violencia. Es una cadena irrompible, un círculo vicioso. Durante mucho tiempo planeé la forma de hacer volar por los aires esta organización. Quería acabar con la vida de todos los que me habían arrebatado a Maialen. Aniquilarles. Por suerte, Itziar me quitó la idea de la cabeza. Me hizo ver que si seguía por ese camino, pondría en peligro la vida de mi hija Elia.

—¿Itziar es jardinera también?

—Itziar formaba parte del grupo que lideraba Koldo de Andrés en Vitoria, los Carlinos. De cara al público eran simplemente una asociación cultural, pero muchos de ellos confraternizaban con otros grupos de Insurgentes de otras partes de Europa. Maialen lo conoció en la universidad y él la captó. Trabajó junto a él en muchos yacimientos. En Vitoria, en Turquía, en Alemania... Más tarde Itziar conocería a Maialen a través de él. Itziar consiguió abandonar la organización justo a tiempo de poder hacerlo. Fue cuando comenzó a ver lo que ocurría en Petunia. Sin embargo, Maialen continuó durante mucho más tiempo. Itziar trató de convencerla para que lo dejara mil veces, pero no lo logró. Desde la muerte de Maialen, Itziar comenzó a investigar más en profundidad a la Fundación desde fuera. Rastreó los trabajos y la actividad llevados a cabo por Koldo de Andrés y llegó hasta Margarita Toledo, a la que creo que conoces bien. Esa mujer realizó uno de los mayores descubrimientos de la historia de la arqueología. Aunque la Fundación se encargara de taparlo.

—Ya me sé la historia —lo interrumpió Anne—. También sé que Itziar le robó a Margarita el cuaderno donde ella había apuntado sus anotaciones sobre ese descubrimiento.

—Lo tuvo que hacer para proteger el legado de Margarita y para tener un arma con el que defenderse de Petunia llegado el caso. Ese cuaderno hubiera acabado en las manos más inadecuadas. Nadie debía enterarse jamás de lo que Margarita Toledo había descubierto.

—¿Qué era lo que Margarita apuntó en su cuaderno? ¿Descifró los signos de la piedra del dolmen que se encontró bajo la muralla de Vitoria?

—Eso te lo contará Itziar.

—Estupendo.

—¿Fuiste tú quien nos siguió hasta la casa rural de Araia? —preguntó Anne.

—No, no fui yo. ¿Qué os pasó, pues?

—Mientras pasábamos allí la noche Mechero y yo, entró un intruso en la casa. Tuvimos que salir corriendo.

—Tiene que ser alguien de la Fundación. Querrán tenerte controlada ahora que se acerca el momento de la profecía.

—Perfecto. Solo me faltaba eso. Tener que andar pendiente de quién me sigue o me deja de seguir. Por cierto, hay algo que no entiendo. ¿Por qué nos engañó Itziar a Mechero y a mí cuando fuimos a verla a la redacción del periódico?

—Pensó que podíais ser infiltrados de los Insurgentes. Nadie se fía de nadie en esta guerra, Anne.

Jon le sonrió con ternura y acercó más a su rostro la cámara del móvil. Durante unos segundos la imagen se distorsionó, pero enseguida volvió a aclararse. A Anne se le hizo un nudo en el estómago.

—Anne, te necesitamos. Yo te necesito.

—Venga Jon, creo que es un poco tarde ya para eso. Ha pasado demasiado tiempo. Si te interesase algo habrías dado señales de vida antes. Mucho antes.

—No solo te estoy pidiendo una oportunidad para mí. Debes entender que necesitaba saber qué estaba ocurriendo en la Fundación y cómo defenderme. Sé que no es excusa, pero necesitaba tiempo. Durante todos estos meses he estado reuniendo fuerzas en otros jardines, buscando a los jardineros que nos pudieran apoyar, tanteando si es posible llevar a cabo la revolución sin seguir las directrices de los Insurgentes. Y he llegado a una conclusión. Aunque es difícil, es posible. Los Insurgentes son un verdadero peligro, están dispuestos a todo, se llevarán por delante a todo aquel que trate de impedirles su objetivo de derrocar a los Caducos. Hay que pararles antes de que sea demasiado tarde. Por eso te necesitamos.

—¿Cuando dices que me necesitáis qué quieréis decir? ¿Que los Originarios me necesitáis?

—Sí. Necesitamos que tú lideres el cambio antes de que corra más sangre. ¿Quién mejor que la nieta de Mary Anne Merrick para ello? El respeto reverencial hacia la figura de tu abuela sigue vivo en los jardines de todo el mundo. La mayoría de jardineros confiará en ti como líder, sobre todo ahora que se ha corrido el rumor entre los Mayores de muchos de los jardines de que tú eres la elegida para dar cumplimiento a la profecía. Aúnas en ti lo mejor de Petunia, el recuerdo casi sagrado de tu abuela, y además eres la mujer de la que habla la profecía. Tienes que ser tú, Anne. No hay tiempo que perder.

—¿Pero por qué esta urgencia?

—Sabina Elguea, la tía de David Vanner, ha convocado una reunión para pasado mañana. Supongo que habrás visto las noticias sobre el asesinato de niñas en diferentes montes vascos. “La *sorgina*” ha matado a varias de las hijas de los linajes vascos que comparten el legado ancestral del secreto de los gigantes. Esas niñas pertenecen, en mayor o menor grado, a los descendientes de los berones, várdulos, caristios... algunos de los pueblos prerromanos que habitaron el actual territorio vasco. Pero ahora ha dado un paso más y ha acabado con la vida de dos mujeres adultas. Creemos que también son miembros de esos linajes. Una de setenta años, junto al monte Aitzgorri, en Gipuzkoa, y otra de unos cuarenta a los pies de la Sierra de Codés, en la frontera entre Álava y Navarra. Es probable que haya más muertes que aún no hayan sido identificadas como víctimas de “la *sorgina*”, pero el patrón que ha seguido el asesinato es similar. Muertas por asfixia, vestidas de blanco... Lo único que no cuadra es que ya no se trata de niñas. Es un ataque a todos esos linajes, aunque ni la razón ni la autoría están claras. El motivo de esa reunión es trazar una estrategia para protegerse de “la *sorgina*” y atraparla.

Sin pronunciar palabra, Anne asintió con la cabeza casi al mismo tiempo que el bebé le daba una patada.

—Van a acudir representantes de la mayoría de linajes vascos —continuó Jon—. Bueno, eso es lo que piensa Sabina Elguea. Pero va a haber unos cuantos invitados extra más. Sabemos que los Caducos de Santiago Valls se van a presentar y van a proponer tomar ellos las riendas de la situación. Van a exigir la entrega de la llave que custodia el linaje de los berones como medida de seguridad hasta que la apertura de la puerta se haya producido y “la *sorgina*” haya sido neutralizada. La llave es el objeto mágico del que estuvimos hablando tú y yo cuando seguíamos el rastro de Koldo de Andrés por La Rioja Alavesa. ¿Te acuerdas?

Anne seguía en silencio. Jon trató de no ponerla nerviosa con tanta información controlando el tono de su voz.

—Nadie sabe a ciencia cierta qué es la llave. Lo único que se puede afirmar con total seguridad es que es la misma que buscaban los bátavos que arrasaron el poblado berón de La Hoya, en La Rioja Alavesa. Esa llave ha sido reclamada por la Fundación Petunia muchas veces y no siempre mediante vías pacíficas. En la época que siguió a la destrucción de La Hoya, hubo varios intentos de arrebatarla. Los descendientes de los berones han ido acumulando toneladas de rencor desde entonces hacia la Fundación, no solo hacia los bátavos. Lo más grave es que los Insurgentes piensan acudir también a esa reunión y dar un golpe de efecto para acabar con los Caducos. Algunos creen que no van a atreverse a derramar sangre inocente de los miembros de los linajes que estén presentes, pero no opino igual. El riesgo de que ocurra una tragedia es muy alto.

—¿Y me pides a mí que acuda a esa reunión? Estás loco. Cada vez que oigo ese nombre, Santiago Valls, se me ponen los pelos de punta por todos los rumores que he oído sobre él.

—Santiago Valls es Mayor del Jardín del Mar Balear y probablemente el líder con más poder ahora mismo dentro de los Caducos. Pero aún hay más, Anne. Hemos detectado la presencia de Suzanne Bechs, la líder del linaje de los bátavos, en Bilbao, a pesar de que Artechnia está prácticamente cerrada. Si los bátavos se han enterado de esa reunión y que además la ha convocado Sabina Elguea, es muy probable que se presenten también. Ya sabes los ataques recíprocos que ha habido entre el linaje de los bátavos y los berones a lo largo de la historia. El riesgo de que Suzanne Bechs haya planificado un ataque para acabar con Sabina Elguea y su posición de predominio entre los linajes es más que evidente.

—Fantástico. ¿Y qué se supone que puedo hacer yo?

—Mostrar tu poder, tu posición dentro de toda esta historia. Hacer valer tu sangre, tu linaje y el legado de Mary Anne Merrick. Asumir el control. Y evitar un derramamiento de sangre.

—¿Por qué me dijiste en el *e-mail* que todo era por mi abuela y que no me fiara del profesor O'Connor? No termino de entenderlo.

—Tu querido profesor O'Connor es uno de ellos.

—¿El profesor pertenece a los Caducos? No te puedo creer —dijo Anne. No era posible que el profesor hubiera estado engañándola todo este tiempo.

—No. James O'Connor forma parte de la corriente de los Insurgentes del jardín del Mar del Norte. En su momento trató de convencer a tu abuela de que era necesario recurrir al uso de la fuerza para acabar con los Caducos pero supongo que Mary Anne consiguió pararle los pies. Hay rumores de que el profesor bebía los vientos por ella.

—Sí, también me ha llegado esa historia.

—Cuando vio que era imposible convencer a tu abuela, James buscó el apoyo de otros Insurgentes. Así encontró al profesor Koldo de Andrés. Su grupo de los Carlinos de Vitoria estaba empezando a cobrar cierta fama e influencia entre la corriente de los Insurgentes en el sur de Europa. Consiguió que Mary Anne se citara en Sunny House con Koldo de Andrés y con Begoña Argenta, que también comulgaba con él. Ambos pasaron unos meses alojados en la mansión, invitados por tu abuela.

Anne recordó las palabras de Begoña Argenta la primera vez que había hablado con ella en aquella cafetería del casco viejo de Bilbao donde la entrevistó antes de contratarla. Cuando Anne le había comentado que era inglesa, Begoña Argenta le había dicho que ella había estado viviendo en Gales en el pasado.

—Sigo sin entenderlo del todo —dijo Anne.

—Es sabido por muchos de los Mayores que Koldo de Andrés y tu abuela iniciaron una relación sentimental en secreto durante ese tiempo en el que él permaneció en Sunny House. Y siguieron juntos tiempo después de que Koldo y Begoña regresaran al País Vasco. Tu abuelo Joseph al parecer no se percató de nada. O lo consintió, quién sabe. El que sí se enteró fue James O'Connor, que hizo todo lo posible por desvirtuar la reputación de tu abuela. Consiguió hacerse con parte de la correspondencia que mantuvieron tu abuela y Koldo de Andrés. Supongo que le robaría esas cartas a Mary Anne. El caso es que los celos le cegaron y se las reenvió a muchos Mayores de varios jardines, con el objetivo de desprestigiar a Mary Anne y de que se iniciara un movimiento en contra de ella. El fin último era que acabara dimitiendo del cargo de Summa de Petunia por asociarse con los Insurgentes. Nada más lejos de la realidad, pues Mary Anne jamás estuvo de acuerdo con ellos, según afirman todos los Mayores que la conocieron y con los que he conseguido contactar. Mary Anne nunca dejó que su relación con Koldo de Andrés contaminara lo que ella realmente pensaba de lo que debía ser Petunia. Más tarde el profesor O'Connor se arrepintió de su comportamiento y trató de arreglarlo, pero el daño ya estaba hecho. Tu abuela murió envenenada por un cóctel letal de estramonio que alguien le puso en un vaso de mate durante un cónclave de la Fundación. Un joven miembro de los Caducos reivindicó días después su muerte, aunque nadie sabe si actuó solo o fue un verdadero complot de los Caducos para acabar de un plumazo con el movimiento de los Revolucionarios que lideraba Mary Anne.

—No tiene sentido que el profesor O'Connor reenviara esas cartas de mi abuela y Koldo de Andrés para acusarla de actuar en connivencia con los Insurgentes. ¡Si él mismo era uno de ellos!

—La estrategia era perfecta. Nadie en la Fundación hubiera pensado que James O'Connor podía pertenecer a los Insurgentes si él mismo acusaba a Mary Anne Merrick de estar confabulada con ellos —dijo Jon.

—¿Cómo sabes que fue el profesor O'Connor quien reenvió esas cartas privadas de mi abuela? Pudo ser cualquiera.

—He hablado con dos de las Mayores del jardín del Mar del Norte que simpatizan ahora con los Originarios, y afirman que James O'Connor les confesó lo que había hecho. Una de ellas incluso conserva una carta que en su día le envió el propio James arrepintiéndose de todo. Itziar está ahora en Inglaterra precisamente para que le sea entregada esa carta.

—¿A dónde quieres llegar, Jon?

—Estamos convencidos de que fue Koldo de Andrés quien hizo volar el invernadero de Bilbao por los aires y provocó el incendio de la biblioteca. Lo hizo para vengar la muerte de tu abuela a manos de los Caducos. A diferencia de Begoña, que con los años terminó abandonando a los Insurgentes y optó por defender el cambio siguiendo la estrategia pacífica de los Originarios, el odio de Koldo por los Caducos fue aumentando cada vez más hasta el punto de cometer aquellas atrocidades que intentaron cargarme a mí. Hay rumores de que Begoña Argenta se proponía delatar a Koldo de Andrés. Quizá por eso la mataron en el incendio de Bilbao aprovechando el caos.

—¿Cómo has averiguado todo eso?

—¿Te acuerdas de nuestra amiga Miren Martínez de Ilarduya, la anticuaria del casco viejo de Vitoria? Estuvimos alojados en su casa en Vitoria.

—Pensaba que Miren era la actual pareja de Koldo de Andrés.

—Ella le quiere, pero no es tan correspondida como quisiera. Ha bastado presionarle un poco para que acabe confesando el odio que Koldo de Andrés ha mostrado siempre hacia los Caducos por culpa de la muerte de tu abuela. Aunque Miren sigue sin creerse que Koldo fuera el autor de la explosión del invernadero y del incendio de la biblioteca. Dice que es incapaz de actuar así pero yo no estoy de acuerdo. Koldo de Andrés es un peligro para la Fundación. Ha estado reuniéndose con Lourdes del Río y con otros Insurgentes para planificar su estrategia de derrocar a los Caducos.

—¿Lourdes forma también parte de los Insurgentes?

—Lourdes siempre ha querido demostrar a Koldo que podía confiar en ella. Su veneración por él es tan grande que le daría igual si Koldo de Andrés se dedicara a quemar ciudades enteras o matar hadas del bosque. Lourdes lo único que quiere es tener una posición de privilegio dentro de Petunia y ganarse para siempre el favor de Koldo. He intentado sonsacarle información sobre los Insurgentes, pero no ha funcionado. Es muy precavida. Jamás me confesaría de qué parte está.

—Si lo que dices sobre Lourdes es cierto —dijo Anne— entonces Mechero tenía razón respecto a ella y a lo que ocurrió con su madre biológica, Julia Ayala. Según Mechero, Lourdes empujó a Julia a la muerte en una misión de alto riesgo y así se hizo con su puesto. Veo que Lourdes sigue haciendo méritos para trepar como sea hasta la cúspide.

—No solo está Lourdes. La abuela Sofía, la bibliotecaria de Bilbao, también está con ellos. Es la que más ha hecho para que me carguen el muerto a mí, tanto lo del invernadero como lo del incendio.

—¿Sofía Arrizabalaga? No te puedo creer.

—Sí. Koldo de Andrés se ha citado con ellas y con otros Insurgentes en los últimos meses. El caso es que James O'Connor, al igual que Koldo, quiere que los Insurgentes asuman el mando en Petunia.

—Hay algo que no entiendo —le interrumpió Anne—. Si James y Koldo forman parte de los Insurgentes, ¿por qué James está empeñado en que encontremos a Koldo? ¿No tiene contacto con él?

—Koldo de Andrés se enteró hace tiempo de que James había conspirado contra Mary Anne y que indirectamente había sido el responsable de su muerte.

—¿Te lo ha dicho Miren?

—Sí. Koldo y James O'Connor llevan mucho tiempo sin hablarse y sin saber el uno del otro. Te puedes imaginar lo que debe sentir Koldo ahora mismo por él. Sabemos que James quiere ser el líder de Petunia y para eso quiere tenerte de su parte. ¡Qué mejor manera de lograr ese liderazgo que consiguiendo la información de cómo va a tener lugar la llegada de los que estaban antes y teniéndote a ti de su lado! Cualquier jardinero que obtenga ese conocimiento conseguiría el poder y la influencia necesaria para hacer valer su posición en Petunia. Pero tiene un pequeño problema para conseguir su objetivo.

—¿Qué problema?

—Koldo de Andrés. Creo que Koldo pretende hacer lo mismo, acabar con los Caducos. Aunque es probable que Koldo esté tan cegado por el odio que simplemente quiera causar el mayor dolor a la Fundación y a los Caducos, sin pensar en el futuro de la organización. La ideología primigenia de los Revolucionarios habla del fuego como agente destructor y purificador y necesario para el cambio.

—Eso es lo que propugnaba Hugo el Potevino, el monje de la Edad Media que fundó la corriente de los Revolucionarios. Mechero me contó cuál era su ideología. Todo aparecía en esa especie de tesis que Mechero encontró en la biblioteca de la Fundación la mañana de la explosión del invernadero.

—Eso es. Aunque dudo mucho de que Hugo el Potevino se estuviera refiriendo al fuego literalmente, los Insurgentes se han tomado sus palabras como algo literal. Es posible que Koldo de Andrés pretenda llevar a cabo una acción aún más grave que lo que hizo en el invernadero y la biblioteca. Y la reunión que ha convocado Sabina Elguea es el momento perfecto para hacerlo.

Anne volvió a guardar silencio unos segundos. Todo lo que le estaba contando Jon tenía sentido. Por eso al profesor O'Connor le urgía tanto encontrar a Koldo de Andrés. Por eso había continuado con su labor vigilándola a ella todos estos años. Esa era la razón de que hubiera sido su mentor en la Universidad y hubiera cuidado de ella de alguna forma. James sentía que se lo debía a la abuela, por todo el daño que en su momento él la había causado.

—La reunión es en Rioja Alavesa —explicó Jon—. Sabina quiere jugar la baza de que ese encuentro sea en sus dominios para mostrar todo su poder.

—¿Y cómo os habéis enterado los Originarios de todo esto? ¿Cómo habéis averiguado que Lourdes y que la abuela Sofía comulgan con los Insurgentes? ¿Cómo sabéis que los Insurgentes pretenden atacar a los Caducos en la reunión de la tía de David?

—Un amigo inesperado muy conciencizado y persistente me ha hecho el trabajo sucio.

Amelia Aizaga estaba nerviosa. La Niña se había enterado de la reunión que había convocado Sabina Elguea y quería acudir. Por más que había tratado de convencerla de que eso era una locura, que ese tipo de encuentros no estaban hechos para ella, que habría demasiada gente, ella había insistido e insistido hasta que había acabado cediendo. Sus constantes gritos y sus ataques de ira habían mermado sus fuerzas y no había podido oponer resistencia. En el pasado hubiera sabido cómo manejar la situación pero ahora se sentía demasiado cansada como para hacerla frente. Ni siquiera le había avisado a Sabina de que la Niña iba a aparecer, se le hubiese echado encima y se lo hubiera impedido, amenazándola de mil formas hasta lograr hacerle cambiar de opinión. Sabina y Concha seguían pensando que algunos de los miembros del linaje de los vascones ayudaban a Amelia a cuidar en secreto de la Niña. Ella misma se había inventado aquella patraña. Si Sabina y Concha descubrían la verdad no quería ni imaginar cómo reaccionarían.

Al parecer, la Niña había escuchado a dos de las hermanas guardianas que la educaban en el santuario de Arantzazu hablar de la reunión de Sabina. El *akelarre*, como ellas habían definido a aquel encuentro. Allí mismo la Niña había montado en cólera tras solicitar a sus dos cuidadoras que la dejaran asistir y estas haberle respondido que eso era imposible, que debía permanecer oculta, como hasta ahora. Una de ellas había acabado con la muñeca de la mano derecha rota al tratar de reducirla. Hicieron falta cinco hermanos para lograr encerrarla en una de las celdas hasta que llegara Amelia. Si la Niña entraba en ese estado de alteración, solo Amelia Aizaga era capaz de sosegarla con sus cánticos y oraciones de la antigua religión. Hacía mucho tiempo, cuando comenzó a sufrir sus primeros ataques de ira, los hermanos guardianes habían decidido utilizar diferentes relajantes musculares y narcóticos para aplacarla, pero los efectos secundarios eran devastadores. La Niña entraba en un estado semicatatónico que podía durar días. El riesgo de que pudiera no sobrevivir a esa situación era demasiado alto. Así que en su día optaron por la vía que hasta ese momento había funcionado. Llamar a Amelia y hacerla venir desde Dorrao. Cuando la Niña regresaba al caserío de Amelia normalmente no padecía esos impulsos violentos. Dormía en la cueva ubicada detrás de “Alaiz Enea”, donde Amelia le había preparado una coqueta habitación con su cama, su escritorio, su mesa y su armario. Aun así, la Niña prefería descansar la mayoría de las veces sobre el suelo de la caverna, como si necesitara sentir la humedad de la tierra en contacto con su piel mientras recargaba fuerzas para el día siguiente. La entrada a la cueva estaba a un paso de la puerta trasera de “Alaiz Enea”, pero desde el exterior del edificio era imposible adivinar su existencia, con lo que aquel escondite se había convertido en el refugio perfecto para la Niña cuando no estaba en el santuario de Arantzazu. La Niña tenía también otro dormitorio preparado en el interior de “Alaiz Enea”, pero casi nunca lo utilizaba. Ahora ese cuarto lo ocupaba Véspero Aizaga.

Nada más llegar a Arantzazu, el hermano guardián que la recibió le advirtió de lo que ocurriría si no permitían que acudiese a la reunión que había convocado Sabina.

—La Niña tiene conciencia, no se la puede manipular así como así. Durante todos estos años ha aceptado vivir escondida entre “Alaiz Enea” y Arantzazu, pero es lógico que quiera acudir. Ella forma parte de los linajes, igual que tú y todas las demás. Creo sinceramente que sus ataques incontrolables de ira son la forma que tiene de resistirse y mostrar su oposición al trato que está recibiendo por parte de todos nosotros. Quiere ser libre y me temo que es prácticamente imposible anular esa ansia de libertad. Si no la dejas acudir a esa reunión, no habrá forma de volver a traerla aquí. No podremos sosegarla. Hemos recibido ya demasiados toques de atención de los de arriba. La Niña ha estado a punto de salir al exterior en varias ocasiones. Incluso se han escuchado sus gritos en la plaza de la basílica. Tarde o temprano alguien descubrirá que está escondida aquí.

—Está bien, pero si ella va yo también —había respondido Amelia. El hermano guardián tenía razón. Por mucho que todos la llamaran “la Niña”, de niña no tenía nada. Estaba reclamando atención. Necesitaba sentirse escuchada e integrada. Lo que estaban haciendo ahora con ella era prácticamente un secuestro, una detención en contra de su voluntad. —No puedo dejar que la acompañe cualquiera. Llegado el caso, solo yo puedo calmarla. No me quiero ni imaginar lo que puede ocurrir si le da uno de sus ataques y no estoy a su lado.

—¿Y qué propones?

—Necesito que un par de hermanos guardianes se queden en “Alaiz Enea” cuidando a Véspero. No dará problemas. Solo es una noche.

—¿Estás segura? Las crónicas sobre Véspero no son nada buenas. No quiero recordarte el reguero de sangre que deja allá dónde va.

—Confía en mí. Desde que la trajeron de la residencia de Vitoria es como un pajarillo, dócil y obediente. Solo duerme y toma la comida y bebida que se le sirven. Pero lógicamente no puedo dejarla sola toda una noche.

—Está bien. Hablaré con los demás y supongo que no habrá problema pero, por si acaso, enviaremos a cuatro hermanos. Dos no me parecen suficientes.

—Como quieras. ¿Puedo verla ya?

El santuario de Nuestra Señora de Arantzazu se ubicaba muy cerca del pueblo de Oñati, y estaba rodeado de montañas. De hecho, su arquitectura sobria y gris colgaba sobre profundos barrancos retando a la fuerza de la gravedad y dotándole de una apariencia milagrosa, como si fuera imposible que aquello estuviera construido en aquel lugar. El edificio actual había sido levantado en la década de los cincuenta del siglo XX y en él habían participado artistas de renombre internacional, aunque su historia se remontaba hasta mediados del siglo XV, cuando el pastor Rodrigo de Balzategi encontró la imagen de la Virgen en un espino de la zona. Su historia había sido abrupta, con varios incendios que fueron destruyendo los diferentes monasterios que se levantaron hasta llegar a la construcción actual, regentada por la orden de los franciscanos. Al llegar aquella mañana, Amelia Aizaga no había podido evitar sobrecogerse contemplando la fachada de la basílica, enmarcada por dos torres gemelas y con la imponente torre del

campanario, de cuarenta y cuatro metros de altura, alejada de ellas. Levantadas con bloques de piedra caliza tallados en punta de diamante en un claro homenaje al espino donde se había aparecido la Virgen, era asombroso que una construcción tan moderna hubiera sido aceptada en aquella época. A pesar de no creer en nada de lo que allí se honraba, Amelia Aizaga percibió el carácter sagrado del lugar flotando en el ambiente. La presencia de *Amari* se palpaba en cada roca de los montes que rodeaban el santuario. Desde luego el sitio elegido para ubicarlo no era casual.

La celda donde estaba encerrada la Niña estaba varios metros por debajo del nivel de la plaza donde se situaba la entrada a la basílica y bajo uno de los montes adyacentes. Aunque había un pasadizo que comunicaba el recinto donde los hermanos guardianes educaban a la Niña con la plaza en sí, la entrada se hacía a través de una trampilla secreta situada en uno de las laderas de la montaña, a unos setecientos metros del santuario, de modo que ambos lugares estaban totalmente separados. Los hermanos guardianes llevaban allí desde antes de que el pastor Rodrigo de Balzategi tuviera su encuentro milagroso con la Virgen. A diferencia de los monasterios que se fueron construyendo sucesivamente sobre la superficie, la orden de los hermanos guardianes había construido su galería de túneles subterráneos bajo la montaña. Se trataba de un conjunto de doce celdas, una biblioteca pequeña, una sala de reuniones que era utilizada también para las ceremonias y cuatro grandes estancias que albergaban dos laboratorios, un quirófano y un cuarto esterilizado. Todas las habitaciones estaban distribuidas en los laterales de un corredor central que contaba con varias puertas de seguridad durante su recorrido, todas ellas vigiladas por uno o dos hermanos guardianes, a veces incluso más. Con el paso de los siglos habían ido introduciéndose electricidad y diferentes mejoras para evitar un derrumbe, pero el aspecto del pasillo principal era prácticamente idéntico al original. El lugar era conocido entre los hermanos como La Madriguera y muy pocos jardineros de la actual Fundación Petunia conocían su existencia. En la actualidad, solo uno de los franciscanos que gobernaban el santuario sabía que aquel lugar existía pero jamás había podido acceder a él. Tampoco se imaginaba la clase de orden que eran los hermanos guardianes ni hacía muchas preguntas al respecto. Nadie sabía cómo habían convivido en aquel lugar durante tanto tiempo ambas organizaciones sin que se hubiera producido ningún conflicto serio. Lo cierto era que la superficie que ocupaban los hermanos guardianes quedaba lejos de los límites reconocidos legalmente para el santuario, lo cual sin duda había contribuido a la buena marcha de las relaciones entre las dos órdenes. Se rumoreaba que unas cuantiosas donaciones pecuniarias habían sido claves para el mantenimiento de la paz y para asegurar la discreción. La Fundación Petunia, como se hacían llamar en la actualidad, siempre había sido una orden silenciosa y prefería mantenerse en la sombra. La existencia de La Madriguera y su continuidad en el tiempo eran pruebas más que fehacientes de esa discreción. Tanto que aquella facción secreta de la orden era prácticamente desconocida para el noventa y nueve por ciento de los jardineros.

Los gritos comenzaron a escucharse nada más descender al primer nivel, justo al inicio de la escalinata que llevaba a las habitaciones. Cuando la vio llegar, la Niña cesó inmediatamente de chillar. No hizo falta entonar ninguna plegaria. Amelia exigió a las hermanas que cuidaban de ella que la librasen de los mecanismos de acero con los que había sido atada a la cama. Daba pena

verla inmovilizada de esa manera. La Niña se lo agradeció con un sonoro beso que plantó en su mejilla izquierda.

—Tranquila, ya estoy aquí —le susurró al oído.

—No quieren dejarme ir al *akelarre* —le indicó la Niña entre sollozos—. Estoy harta de estar encerrada aquí o en “Alaiz Enea”. No podéis tratarme como si fuera un animal. Necesito respirar. Necesito unirme a las demás. Si viviera Izaskun me dejaría ir sin dudar. Me voy a volver loca. Por favor. Necesito ir.

—Serénate, ya está todo arreglado —le dijo Amelia con los ojos llenos de lágrimas al escuchar el nombre de su difunta hija Izaskun—. Sé que echas de menos a Izaskun. Cuando estaba ella en “Alaiz Enea” no te sentías tan sola, ella sabía entenderte. Yo también la echo de menos, preciosa. No te preocupes. Tú yo vamos a ir a esa reunión. Algunos de los hermanos nos llevarán hasta allí. Pero tienes que portarte bien, ir en calma, sosegada, con ganas de disfrutar de la experiencia. La mayoría de los linajes no saben nada de ti. Déjame hablar a mí primero, presentarte como mereces.

La Niña se abalanzó sobre ella para abrazarla y Amelia estuvo a punto de caer de bruces al suelo. Era increíble la fuerza que tenía. Estaba tan orgullosa de ella... Todos aquellos años a su cargo habían sido una penitencia, aunque por suerte los hermanos guardianes de Arantzazu la habían ayudado en su misión. Siempre ocultándola a los ojos de los demás, temiendo que en cualquier momento escapara bosque a través y acabara en Dorrao o más lejos aún. Una vez que Amelia había tenido que dejarla sola durante cuatro horas en “Alaiz Enea” mientras acudía al médico en Pamplona, le había pegado un susto de muerte. Nada más salir de la clínica se la encontró allí, sobre la acera, esperando escondida tras unos contenedores de basura en un callejón adyacente. Eran las ocho de la tarde de un lunes de diciembre así que la noche ya había caído sobre la ciudad. Nunca llegó a comprender cómo hizo La Niña para recorrer ella sola los cuarenta y cinco kilómetros que separaban Dorrao de Pamplona en tan poco tiempo. Había sido milagroso que no le hubiera sucedido nada malo. Lo único que se había limitado a decir La Niña era que pensaba que se había ido para no volver. Tenía que reconocer que la quería. Amaba su vulnerabilidad y fragilidad a pesar de la rabia que impulsaba su energía vital. La quería como hubiera querido a Izaskun si aún siguiera con vida. La Niña había sido su carga y su sacrificio personal, pero aun así había sido feliz a su lado. Solo deseaba que viviera segura y contenta y que la persona que la cuidara cuando ella se hubiera ido la respetara y la amara como ella lo había hecho.

Logroño había amanecido cubierta por una envolvente capa de niebla casi opaca. Durante las primeras horas de la mañana se habían producido varios alcances entre diferentes vehículos debido a la escasa visibilidad. Sin embargo, a eso de las diez, el sol había desterrado con su brillante y cegadora luminiscencia aquel ambiente lóbrego y oscuro y la vida había retornado a las calles, devolviéndoles su habitual bullicio de los sábados.

El hotel estaba ubicado en pleno centro de la ciudad, muy cerca de la Gran Vía. Era un establecimiento hotelero de lujo que había abierto sus puertas en enero. La suite principal había sido reservada la noche anterior junto con otras veinte habitaciones repartidas por todo el edificio. Situada al final del pasillo de la planta séptima, la puerta de roble macizo con incrustaciones de oro y plata de la estancia se abrió al primer toque de nudillos. La huésped allí alojada dejó pasar a su invitado tras ordenar salir a su guardaespaldas.

Suzanne Bechs saludó a Hubert Vanner con el respeto y el protocolo que exigía la jerarquía que ambos ostentaban dentro del linaje de los bátavos. La Presidenta de Artechnia ocupaba una posición bastante por encima de él, pero aun así Hubert era uno de los miembros más respetados y envidiados de los Bechs. Su actitud ególatra y superficial escondía una educación refinada en los mejores colegios y universidades de Holanda, Estados Unidos e Inglaterra, donde había cursado sus estudios de antropología, historia y astronomía. Mientras su hermano Ruud había decidido dedicarse desde muy joven a los negocios del difunto padre de ambos, asumiendo desde muy temprano puestos de director en varias de sus empresas, Hubert había optado por la cultura y la vida bohemia. Su afición al alcohol, según solía comentar, había arraigado en él durante sus años de universidad en el Reino Unido. Siempre había sido devoto de la antigua religión, en la que creía profundamente, aunque de cara al exterior no le gustara mostrar lo que él le había confesado que consideraba como una debilidad. Su veneración por los que estaban antes le había llevado a especializarse en ámbitos de un corte demasiado esotérico como para reconocerlo en público. Sus viajes alrededor del mundo le habían servido para encontrarse con algunas de las personas con más autoridad en esos temas. Por eso había continuado con la obra de Jacobus Vanner, asumiendo su nombre como el suyo propio, en un intento de continuar con el legado que el viejo Jacobus había dejado antes de morir. Y vaya si lo había conseguido. Decenas de libros habían sido publicados a través de la pequeña editorial perteneciente a la familia. Su trabajo como escritor había sido difundido en los años noventa gracias a la librería de Nimega donde los miembros del clan acudían regularmente a hacerse con algún ejemplar, como parte importante de la educación que se impartía a los más pequeños en las reuniones trimestrales. Muy pocos sabían que bajo el pseudónimo de Jacobus Vanner se ocultaba Hubert Vanner y era mejor que así fuera. Los enemigos de la familia podrían sentirse tentados de acabar con él si averiguaban su identidad. Hubert Vanner era el bátavo más instruido y eficaz que habían tenido jamás para difundir los dogmas de la antigua religión.

Cuando Suzanne Bechs acudió a Hubert para pedirle su ayuda, él no tardó mucho en autoconvencerse de que defender el legado familiar era la opción adecuada. Se debía a las viejas creencias que sus padres y su entorno le habían inculcado desde pequeño. Ya había disfrutado la vida lo suficiente como para adoptar una postura más responsable dentro de sus obligaciones para con el linaje. Suzanne quería recuperar la llave de los antiguos berones como fuera y así se lo hizo saber en varias ocasiones. El imperio de Artechnia se estaba desmoronando rápidamente y no se le ocurrió una idea mejor para volver a hacerse con el poder y, sobre todo, para arrebatarse la posición de privilegio a Sabina Elguea dentro de la gran familia que conformaban todos los linajes.

Sabina Elguea era una mujer despreciable. Se lo había demostrado infinidad de veces. No le iba a perdonar en la vida ninguno de sus intentos por arrebatarse el imperio que su familia había conseguido levantar con tanto esfuerzo. Pero sobre todo jamás iba a olvidar cómo se comportó cuando le pidió ayuda al caer gravemente enferma su difunta hermana Fiona. Quería venganza. El honor de su familia, de sus ancestros, reclamaba una revancha. Por Fiona y por el hijo de esta, William. Suzanne Bechs ardía en deseos de hacer responder a alguien por aquel terrible asalto del que había sido víctima su sobrino. William no era precisamente el orgullo de los Bechs pero ningún miembro de la familia se merecía algo así. Se lo debía a su hermana Fiona. Sabina Elguea iba a pagar caro el haberse atrevido a ordenar aquel ataque.

Suzanne Bechs quiso aprovechar la relación estrecha que Hubert Vanner mantenía con Ruud. Mucho antes de que William sufriera aquel inhumano ataque y mientras David daba sus primeros pasos profesionales en Artechnia, Suzanne fue persuadiendo a Hubert para que este convenciera a su vez a Ruud de que hiciera todo lo posible para acercarse a David. Ningún padre podía permanecer tanto tiempo alejado de su hijo. Y Ruud, que era un sentimental, picó el anzuelo. No le deseaba ningún mal a Ruud pero no soportaba que hubiera dejado de acatar sus directrices. La profecía estaba a punto de cumplirse y Hubert, a diferencia de Ruud, sabía que era necesario defender los intereses del linaje. Era necesario proteger y preservar el legado del Dios astado y recuperar la llave. Sabina y el resto de adoradoras de la Diosa no se saldrían con la suya. Había intentado firmar la paz con ella, pero ya se había hartado. Si ella quería guerra, la tendría.

—Necesito que averigües dónde se va a llevar a cabo la reunión, Hubert —le había ordenado en holandés nada más iniciar la conversación—. Esa desgraciada ha citado a todas esas herejes y no podemos desaprovechar la ocasión. Esas mujeres tienen lavado el cerebro, la siguen y la respetan como si fuera la encarnación de la Diosa. Si supieran realmente que Sabina solo piensa en ella y en su patrimonio... Peor para ellas. Es hora de rendir homenaje a los bravos hombres que arrasaron hace dos mil trescientos años el poblado sagrado de los berones. Nos hemos preparado durante todo este tiempo. Basta ya de rifirrafes empresariales. Es el tiempo del sagrado linaje de los bátavos. El Dios astado nos guiará hasta la victoria.

—Suzanne, ¿no estarás pensando en atacarles de esa manera? No te atreverás.

—Al final va a resultar que eres más débil de lo que pensaba. Déjame a mí, que yo sé lo que tengo que hacer. Varios de nuestros hombres están llegando desde ayer desde Holanda para la gran

cita de mañana. Ellos tienen lo que hay que tener para el ataque. Tú sigue escribiendo libros, que es lo tuyo.

—Estás loca. Pensaba que nuestro plan era otro. Además, ¿cómo piensas hacerlo sin que la policía sepa que has sido tú? Se te ha ido definitivamente la cabeza. No estamos en el siglo III antes de Cristo. Acabarás detenida y en la cárcel.

—Eso no va a ocurrir, tengo todo pensando para la huida. Pero si ocurre, estoy dispuesta a asumir mi sacrificio personal.

—Sí, tú escaparás y detendrán a todos los miembros del linaje a los que has convencido para hacer esta sangría. Criticas a Sabina y tú actúas igual.

—Te exijo respeto, Hubert. Recuerda con quién estás hablando. Arréglatelas como puedas, pero averigua dónde es la reunión. Ya has fracasado al no encontrar la llave. Haz algo bien de una vez. Utiliza a esa novia tuya, la sobrina de Sabina. Sabrás cómo hacer que te diga dónde es el encuentro.

—Eso es imposible, Lucía y yo ya no somos nada. ¿Cómo quieres que me acerque a ella sin que sospeche?

—Ese no es mi problema. Hazlo y punto. No me obligues a usar otros métodos para sacarle la verdad.

—Por favor, Suzanne. Deja en paz a Lucía. Es una buena persona, no se merece tu odio ni el de nadie.

—Haz lo que tengas que hacer, Hubert, pero hazlo ya. La reunión es mañana.

—Sabina Elguea no es tonta. Ha convocado a todos los linajes de la Diosa en plena fiesta de la vendimia. Cientos y cientos de personas acuden mañana a Lacaverna desde todos los puntos de Rioja Alavesa. Eso sin contar los autobuses repletos de gente que llegarán desde Bilbao, San Sebastián y Vitoria. Es curioso, porque podría parecer que lo más prudente sería buscar una fecha no tan concurrida, un sitio más recóndito. Pero no, ha decidido mostrar su poder y su posición en sus dominios y en uno de los días grandes de la comarca. Va a ser imposible distinguir a las adoradoras de la Diosa entre toda esa muchedumbre de turistas y visitantes.

—Sabina está mal de la cabeza. Su ego es tan grande que cree que va a poder despistarnos de esa manera. Por eso es tan importante que averigüemos cuanto antes el lugar del encuentro.

—¿Y por qué no se lo encargas a otro? ¿A tu querido sobrino William, por ejemplo?

Suzanne Bechs dio dos pasos y se detuvo a un palmo del rostro de Hubert Vanner. Su piel pálida y cetrina apenas se contrajo a pesar de la ira que desbordaban sus pupilas. Con el mismo tono de voz neutral que había utilizado durante toda la conversación, se dirigió por última vez a él antes de despedirle:

—No te atrevas a volver a decirme qué es lo que tengo que hacer. ¿Me has entendido? Y ni se te ocurra volver a mentar a William. Cumple tu misión. Ahora.

Aimar Errekamendi se sentía algo incómodo con su nuevo amigo. En realidad, teniendo en cuenta que Manu Olabe jamás había llegado a serlo, por mucho que él se empeñara en llamarle “colega” todo el rato, y que Mabel Azpeitia, su amiga de la academia de policía, pertenecía al género femenino, podría decirse que Jon Arkaute no era su nuevo amigo, sino el primer amigo masculino que tenía tras aquel fatídico incidente en el campamento de verano cuando era un niño.

Jon Arkaute era todo lo contrario a él. Encantador, con don de gentes, con un punto adulator y arrogante, seguro de sí mismo... Las tres veces que habían comido juntos en un restaurante y en dos bares de carretera, las camareras habían reído sus gracias y se habían mostrado amables y receptivas. Exactamente lo opuesto a lo que habían hecho con él. Estaba más que acostumbrado, no era ninguna novedad. Si *Ama* supiera que Jon Arkaute había inaugurado su círculo de amistades masculinas, le habría dicho que se alejara de él. En el mundo dividido en castas que *Ama* tenía en su cabeza, Jon pertenecía sin duda alguna a la de los chicos populares de la clase o, lo que era lo mismo, a la del mismísimo diablo. Sin embargo, la incomodidad de Aimar no procedía de aquella personalidad arrolladora y seductora de Jon, sino precisamente de la actitud de su nuevo amigo para con él. Jon le había abierto su corazón desde el primer momento y se había mostrado admirado por todo el trabajo realizado por Aimar desenmarañando las entrañas de aquella extraña organización, la Fundación Petunia. Una sociedad secreta a la que el propio Jon pertenecía y que en esos momentos se enfrentaba a un derramamiento de sangre inminente por culpa de diferencias ideológicas relacionadas con la interpretación de lo que propugnaba aquel monje francés, Hugo el Potevino. Lourdes del Río, Sofía Arrizabalaga, Koldo de Andrés, James O’Connor... Todos ellos pertenecían a una corriente revolucionaria dentro de la Fundación Petunia que pretendía acabar con el monopolio del grupo dominante que había corrompido el espíritu original de la organización a base de mano dura y prácticas criminales. Jon también pertenecía a ese grupo de revolucionarios pero, a diferencia de Lourdes y sus amigos, que pretendían hacerles pagar a los miembros del sector dominante con su misma moneda, no defendía el uso de la fuerza para lograr el cambio.

El grupo de Lourdes se había hecho recientemente con el control del Jardín del Mar Cantábrico y pretendían hacer lo mismo con el resto de jurisdicciones de la Fundación en todo el mundo. No llegó a comprender del todo las explicaciones que Jon le dio acerca de aquella antigua orden ni tampoco de aquella extensa red de familias enfrentadas por unas viejas creencias en dioses mitológicos y un supuesto origen celestial del euskera. Anne Wellington, la mujer pelirroja, era una pieza fundamental en todo aquel rompecabezas que intentaba descifrar como podía a marchas forzadas. Jon respondía a sus preguntas en la mayor parte de las ocasiones, pero en otras prefería guardar silencio. Por su seguridad, le había dicho. Aun así, Aimar estaba feliz. No tenía ninguna duda de estar asistiendo a la misión a la que estaba destinado desde que había nacido, tal y como le había vaticinado *Ama* mil veces. Lo sentía en el fondo de su corazón maltratado durante años por la indiferencia de los demás y por sus propias inseguridades.

Jon llevaba siguiéndole desde aquel día en el cementerio de Bilbao. Los dos estaban vigilando los pasos de Lourdes del Río y sus caminos se cruzaron en aquel camposanto. A partir de ese momento, Jon comenzó a acechar a Aimar, aunque había tenido verdaderas dificultades para hacerlo. Lo había perdido de vista varias veces. Aimar se camuflaba entre la gente como un camaleón en mitad de la jungla. No sabía cómo lo conseguía, pero la gente no advertía su presencia. Sencillamente lo ignoraban. A él mismo le había costado lo suyo seguir su rastro; muchos días incluso le había perdido la pista entre la muchedumbre. Al principio Jon había pensado que se trataba uno de ellos, de los Insurgentes, como él los llamaba. Pero poco a poco se había dado cuenta de que no, de que Aimar Errekamendi era un agente de la *Ertzaintza* en baja laboral desde hacía varios meses, y que, desde hacía un tiempo, se dedicaba a perseguir, sin saberlo, a algunos de los miembros más activos de aquel grupo revolucionario. Aimar le había confesado que todo se había iniciado por su investigación extraoficial sobre la muerte de Peter Magnusson, el asesino del *blog*, y su intento de desenmascarar a la mujer pelirroja que habían captado las cámaras en el casco viejo de Vitoria la noche que había ocurrido todo. Jon asistía entusiasmado a sus explicaciones mientras Aimar se sentía pletórico por la atención que aquel hombre, que el chico popular de la clase, le estaba prestando. Jon lo elogió por todo lo que había conseguido averiguar acerca de la Fundación Petunia y por su extraordinaria facilidad para pasar desapercibido. Al final, la cruz que Aimar había llevado sobre sus espaldas toda su vida, la indiferencia que causaba en los demás, se había convertido en su más preciado don. Lo que a Aimar no le había hecho ni pizca de gracia era que Jon se hubiera enterado de sus delicadas circunstancias laborales, ni que hubiera descubierto que asistía periódicamente a las sesiones con la doctora Juliana Monroy, su psiquiatra. A pesar de todo aquello, Jon no le había juzgado. Le había agradecido haberse hecho con aquella documentación que había sustraído a Sofia Arrizabalaga y le había suplicado insistentemente su ayuda. Le necesitaba para tratar de averiguar cuándo se produciría la reunión, el *akelarre* del que hablaban aquellos papeles, y para tener vigilados a los Insurgentes. Aimar era la persona idónea para continuar siguiendo a Lourdes del Río pasando inadvertido. Había aceptado de inmediato la propuesta, emocionado y con el corazón henchido de alegría. Por primera vez en su vida se sentía sereno y confiado. Aunque jamás la había experimentado, supo que aquella sensación debía de ser lo que la gente y su psiquiatra denominaban “felicidad”.

Lourdes del Río salió de Bilbao a primera hora de la mañana de aquel sábado y se dirigió a Logroño en el autobús de línea. Al llegar, se encaminó arrastrando su pequeña maleta de cabina a un edificio de viviendas ubicado en la plaza de San Agustín, muy cerca de la calle Laurel. Al cabo de media hora abandonó la casa sin el equipaje, por lo que dedujo que se había alojado allí. Aimar la seguía de cerca pero guardando una prudencial distancia de veinte metros. De nuevo iba disfrazado de turista, con una visera enorme y unas gafas de sol que ocultaban la mitad superior de su rostro, camisa hawaiana, bermudas, zapatillas deportivas blancas y un bolso y una cámara de fotos colgados del hombro. Lourdes caminó hasta El Espolón, un céntrico parque, donde se juntó con cinco individuos absolutamente desconocidos para Aimar. “*Insurgentes*”, dedujo. Todos ellos se dirigieron a la Biblioteca Pública de La Rioja, en el centro histórico de la ciudad, donde otros diez les esperaban en la puerta. Ya en el patio central del edificio, cerca de un centenar de

personas permanecían de pie, hablando en susurros las unas con las otras. La mayoría no sobrepasaba los cuarenta años. Al entrar Lourdes en la estancia, todos callaron y la siguieron hasta una sala de conferencias cercana. Antes de que la puerta se cerrara, Aimar pudo comprobar desde la distancia que al menos otro medio centenar aguardaba dentro. Llamó inmediatamente a Jon Arkaute.

—Son unos doscientos, Jon. Tal vez más. No me dijiste que fuera a haber tantos. ¿Cómo pretendes evitar que nada malo suceda?

—Nosotros estamos intentando reunir a todos los Originarios que podemos, pero no es fácil. La mayoría pertenece a jardines de más allá de los Pirineos y todo esto nos ha cogido por sorpresa. Averigua por Dios dónde va a ser el *akelarre*. Si supiéramos el sitio, podríamos tomar ventaja.

—Llamemos a la policía. No tenemos manera de detener esta locura.

—¿La policía? ¿Y qué pretendes decirles? ¿Que va a haber una masacre? No tenemos ninguna prueba.

—Si les enseñamos la documentación que le quité a Sofia Arrizabalaga...

—Aimar, por favor, no seas ridículo. En ese panfleto no se habla de ninguna masacre, solo de un encuentro.

—Pero van a ver que guardaban información detallada de Anne, de los Bechs, de David Vanner...

—¿Y dónde pone en esos papeles quién ha obtenido la información? ¿Están firmados acaso por los Insurgentes? No tenemos nada.

—¿Y cómo pretendes parar esto?

—Ella lo hará.

—¿Quién?

—Anne Wellington.

—Creo que tienes demasiada confianza en esa mujer y en que todos vayan a acatar sin más lo que diga.

—Lo harán. Es la nieta de Mary Anne Merrick, la Revolucionaria más importante y más respetada de nuestra historia. Incluso los Insurgentes la veneran.

—¿Ha llegado ya a Bilbao?

—No, debe de haber algún problema en el aeropuerto de Heathrow. Pero llegará, tranquilo. Llegará.

Anne Wellington salió de uno de los baños del aeropuerto londinense de Heathrow tratando de disimular y que Itziar Azurmendi no notara nada extraño en ella. La llamada que acababa de mantener por teléfono la había dejado preocupada. Sentía una opresión en el vientre y el bebé no paraba de revolverse, como si presintiera lo que estaba a punto de suceder. No estaba preparada para todo aquello. Los Originarios, con Jon Arkaute e Itziar Azurmendi a la cabeza, estaban depositando demasiadas esperanzas en ella. Todos lo estaban haciendo. ¿Y si salía mal? ¿Y si al final la tragedia se consumaba? ¿Por qué tenía que pasar todo esto justo ahora que faltaba tan poco para que diera a luz?

Estaba enfurecida con el profesor O'Connor. Aunque hubiera tratado de revertir los efectos de la campaña de desprestigio que inició en contra de su abuela, no podía perdonarle que fuera el instigador indirecto de su muerte. ¿Cómo había sido capaz el profesor de mirarle a la cara durante tanto tiempo y hacer como si nada? Jon tenía razón. James O'Connor pretendía tener a Anne de su lado y utilizarla para averiguar cuanto antes cómo se abriría la puerta y se cumpliría la profecía. Anne había descubierto en uno de los armarios del dormitorio del profesor una fotografía de ella y de Mechero saliendo de la redacción de la Luz de Navarra y otra entrando en la casa rural de Araia. Junto a las instantáneas, había encontrado varios *pendrive* repletos de información y más fotografías de los pasos que Anne y Mechero habían dado en los últimos meses. El profesor había encargado a alguien que les siguiera. ¿Se podía llegar a odiar a la persona que había admirado tanto durante sus años de universidad?

También estaba enfadada consigo misma. Estaba ocultándole información a Mechero y a Calíope y se sentía culpable. Mechero era como su hermano pequeño, alguien a quien había prometido proteger y cuidar y ahora le estaba fallando. Mechero no se lo iba a perdonar en la vida.

—Han suspendido el vuelo —le anunció Itziar Azurmendi cuando la vio llegar. A su lado, tres reporteros realizaban conexiones en directo con sus respectivas cadenas de televisión para relatar el caos que comenzaba a vivir el aeropuerto.

—¿Suspendido?

—Sí. Ha habido un atentado en Francia con varios muertos. Están echándolo por la tele. Al parecer se sospecha que está relacionado con los otros atentados que ha habido hace poco. La mayoría de vuelos hacia el continente han sido cancelados. Supongo que los reanudarán en unas horas.

—Pobre gente.

—Sí, muy fuerte. Algún pirado hijo de puta. Pero como no nos pongan otro vuelo no sé cómo vamos a llegar a Bilbao. He estado hablando con la chica de información y me ha dicho que lo más probable es que se programe uno a primera hora de mañana. Creo que lo mejor es que busquemos un hotel cerca.

—Yo no me muevo de aquí. Si existe la más pequeña posibilidad de que el avión salga esta noche quiero ser la primera en la cola. Sigue contándome lo de Margarita Toledo.

—¿Por dónde iba?

—Por lo de la piedra del dolmen de Vitoria.

—¡Ah, sí! Pues eso. Que Margarita Toledo consiguió descifrar lo que había escrito en la piedra del dolmen que hallaron en el yacimiento de la muralla de Vitoria.

—Pero ¿cómo supo lo que decían esas inscripciones?

—En realidad no lo supo nunca con certeza. Bajo las inscripciones originales, alguien había cincelado, mucho tiempo después, lo que Margarita entendió que era su correspondiente traducción al latín y al hebreo.

—Entonces sí que es una especie de piedra de Rosetta.

—Bueno, yo no estoy tan segura de que Margarita lograra lo que afirmaba haber conseguido en su cuaderno.

—¿Por qué lo dices?

—El texto escrito en latín no decía exactamente lo mismo que el texto escrito en hebreo.

—Pero, ¿qué decía?

—A ver, espera. Lo tengo subido a la nube.

Itziar buscó en su móvil la traducción que había llevado a cabo Margarita Toledo.

—Aquí está. *“Los hijos de Oiraco descansan bajo las piedras sagradas, en comunión con la Gran Madre, que les susurra al oído y les acuna para siempre en su seno. Que el caldero de la Gran Madre en el que nacieron acompañe su viaje bajo la tierra y les libere de su eterno desvelo.”*

Anne notó una patada en el abdomen. El bebé acababa de moverse. Se palpó con cuidado y tuvo la sensación de que se había colocado cabeza abajo.

—En el códice 60 que investigamos Jon y yo para la Fundación Petunia —dijo—, aparecía también mencionada en euskera la palabra Oiraco junto a la de Gastehiz, la antigua Vitoria. En su día interpretamos esas palabras como los lugares a donde había marchado el guerrero que salvó la llave del ataque al poblado berón.

—Probablemente Oiraco es la forma de referirse a Vitoria o al lugar en el que posteriormente se levantó Gastehiz, que acabaría siendo Vitoria.

—Pero eso es imposible. En la colina donde comenzó a emerger la aldea de Gastehiz no había ningún asentamiento con anterioridad.

—Igual Oiraco no era ningún tipo de asentamiento sino el nombre con el que se conocía a la colina donde los gigantes crearon su necrópolis —apuntó Itziar.

—Puede ser. De todas formas eso que has dicho del caldero de la Gran Madre me es familiar —dijo Anne.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando estuvimos en Cerdeña, gracias a Filippa Costa descubrimos que tanto el pozo sagrado de la cultura nurágica como la *drakospita* del monte Oqui de la isla de Eubea apuntaban

al conjunto estelar de las Pléyades, cuyas estrellas más brillantes forman la figura de un caldero.

—Es curioso, porque el caldero es un símbolo del útero materno en muchísimas culturas y religiones. Representa el arquetipo femenino de la fertilidad. Es el símbolo del poder creador de las mujeres. Por eso se asocia con la figura de las brujas, por ejemplo. En su caldero, las brujas vertían toda su sabiduría y conocimientos ancestrales y de él surgía su magia. Es obvio que en esta inscripción se relaciona a la Gran Madre con la figura de la Diosa, como entidad creadora del universo.

—A la que los gigantes vuelven una vez han muerto, como sucede en la mitología vasca, a las entrañas de la tierra. Las cavernas eran el origen de la vida y a donde regresaban los vivos al fallecer. Pero hay algo que no entiendo, ¿por qué tenía tan claro Margarita Toledo que esas inscripciones eran una versión arcaica del euskera?

—Las supuestas traducciones en latín y hebreo presentaban una peculiaridad. Los verbos estaban siempre ubicados en el final de la frase, algo que es más propio del euskera. De hecho, toda la estructura de las frases seguía el patrón del euskera, que tiene una sintaxis gramatical distinta a esas dos lenguas. Pero sobre todo Margarita estaba obsesionada con la traducción al latín y al hebreo que se había llevado a cabo de las palabras “Gran Madre”.

—¿Por qué?

—Pues porque mientras en la primera alusión a esa entidad superior, en latín y en hebreo sí que se empleaban literalmente las palabras “Gran Madre” para traducir los símbolos del supuesto euskera arcaico usados para denominarla, la segunda vez que se refieren a la Diosa en el texto, no lo hacen utilizando esas mismas palabras. En ambos idiomas utilizan un término que no pertenece ni al latín ni al hebreo.

—¿Cuál? —preguntó ansiosa Anne.

—“*Eusc*”.

—¿Me estás vacilando, no? —dijo Anne algo irritada.

—No. Según Margarita esa era la demostración del verdadero origen etimológico de la palabra “*eusk*”, que siempre se ha asociado con “lo vasco”, y de la que proviene el término “*eusk-ara*”, que ella traduce como “a la manera vasca”. Según Margarita, el origen del vocablo “*eusk*”, del que derivan varias palabras como “*euskaldun*” o “*euskal*”, en realidad está refiriéndose a esa entidad superior, la Gran Madre, la Diosa, “*Eusc*”. Si te fijas tiene sentido. Toda la mitología vasca, la propia idiosincrasia de los vascos, tiene un marcado carácter femenino. De este modo, todas las palabras que definen esa esencia vasca se estarían refiriendo al mismo concepto sagrado, la Diosa como entidad suprema femenina. Los símbolos empleados por esa antigua escritura para la palabra “*Eusc*” aparecían también en la cerámica hallada en la *drakospita* del monte Oqui y, según Margarita, en la cueva de Rumanía que se inundó, aunque de eso no queda prueba alguna. La expresión usada en el códice 60 para definir al euskera, “*la lengua venida de los cielos*”, no haría otra cosa más que enfatizar ese origen divino de la lengua.

—Aun así, esto no demuestra el origen del euskera. De ser cierto lo que afirmaba Margarita, simplemente demostraría que esos símbolos de la piedra de la muralla de Vitoria eran un euskera primitivo, nada más. Lo cual en sí ya es una locura. Te recuerdo que la escritura fue inventada

miles de años después. Y tampoco nos da pistas sobre la procedencia de los gigantes. Es curioso, porque tras las explicaciones de Filippa Costa, Mechero y yo llegamos a pensar en Cerdeña que los gigantes provenían de las estrellas Pléyades. Extraterrestres. ¡Qué idiotas fuimos al creernos semejante tontería! Resulta que al final, lo único que me queda claro es que los descendientes de los gigantes de Cerdeña y Grecia rendían culto a las Pléyades porque la figura que dibujaban esas estrellas en el cielo se asemejaba a un caldero y, por lo tanto, les recordaba a la Diosa.

—Quizá ahí resida el misterio y la magia del euskera, Anne, en que el origen de los seres que lo hablaban y el de la propia lengua en sí jamás será desvelado.

Pasaron dos horas sentadas junto a una máquina de café, esperando noticias. Anne notó en dos ocasiones un ligero dolor en el vientre. ¿Era el preludio de una contracción? Imposible. Según la ginecóloga aún le faltaban dos semanas para salir de cuentas. Afortunadamente en los dos casos duraron solo un segundo. Mientras miraban las pantallas que anunciaban los vuelos que continuaban retrasados o suspendidos, dos figuras llegaron corriendo desde la otra punta de la terminal. Anne los reconoció enseguida. Eran Mechero y Calíope.

Ander Goikoetxea abrió la puerta del jardín de Ruud Vanner a Lucía Zuberoa. Era la una y media de la madrugada y la humedad del cercano río Ebro acariciaba las plantas y el césped de la parcela. A pesar de ser verano aquellas temperaturas tan bajas eran más propias de las noches otoñales. Lucía entró en la casita donde se alojaban David y Ander desde que se hubieran mudado a Lapuebla de Labarca. Ander le ofreció algo de beber de la pequeña nevera que David había mandado instalar recientemente en el vestíbulo, pero ella rechazó su ofrecimiento. Observó las cicatrices del rostro de Ander que, aunque bastante recuperado, aún mostraba las señales de su fatal encuentro con Manu Olabe.

—Deberías haber ido a la policía —le dijo.

—Tranquila, no es nada. No te creas, que yo también le di lo suyo —mintió Ander.

—No es propio de ti. ¿Y si te llega a sacar una navaja o algo?

Ander la había engañado inventándose un atraco en Logroño para justificar las magulladuras.

—Nunca sabes cómo vas a reaccionar en una situación así.

—Podría haberte matado.

—No seas exagerada.

—¿Qué tal llevas lo de Manu?

—Prefiero no hablar del tema. Intento no pensar mucho en ello.

—Tienes razón, perdona.

—¿Qué era eso tan urgente que me querías contar? —la interrumpió él—. Me has asustado antes cuando me has llamado.

—“Las tres lunas rojas”. Creo que ya sé lo que es.

A Ander se le iluminó el rostro al pensar que por fin habían dado con la solución a la enfermedad de David.

—Hoy he cenado pronto, estaba cansadísima —continuó Lucía—. El caso es que me he quedado dormida mientras veía la tele y he tenido una pesadilla horrible. En el sueño veía a todas esas niñas asesinadas por “la *sorgina*” minutos antes de morir, vagando solas por las inmediaciones de los montes donde sus cuerpos fueron encontrados. Ha sido muy extraño. Era como si estuviera viviendo en mis carnes sus últimos instantes en este mundo.

—¿Y qué tiene que ver eso con “las tres lunas rojas”?

—Una de las niñas, la última que he visto en el sueño, era yo.

—¿Cómo?

—Pues eso, que era yo de pequeña. Era mi cara, mi pelo... era yo. Me he dado un susto de muerte al mirarla de frente. Y justo cuando “la *sorgina*” iba a atraparme, me he despertado.

—Pero no entiendo nada. ¿Te pasó algo parecido de pequeña?

—No, qué va. Pero ya sé por qué lo he soñado. ¿Te acuerdas de que te dije que me sonaba lo de “las tres lunas rojas” pero no sabía de qué?

—Sí.

—Cuando éramos pequeños, la prima Amelia nos contó la leyenda de las tres lunas rojas más de una vez a David, a mi hermano y a mí. Según mi madre, de pequeña tuve muchas pesadillas por culpa de esa historia.

—¿La prima Amelia?

—Sí, es una prima de mi abuela Véspero. Vive en un caserío en un pueblecito de Navarra, Dorrao.

—¿Es también del linaje de los berones como vosotros?

—No, pertenece a la línea vasca. Pero nuestros linajes están emparentados, como la mayoría de los linajes vascos.

—¿Y de qué iba esa leyenda?

—Era una especie de cuento del estilo de Caperucita Roja. Su objetivo era asustar a los niños para que tuviéramos cuidado con los desconocidos.

—Sigo sin entenderlo.

—Las protagonistas eran tres niñas que pertenecían a tres de los linajes que creemos en todas estas cosas. Y el lobo en este caso era un hechicero con cuernos que las perseguía durante tres noches, las engañaba, las atrapaba, las mataba y se bebía su sangre para conseguir vencer a la muerte.

—¿Y lo de “las tres lunas rojas” a qué viene?

—A una de las niñas la mataba cuando había luna creciente, a otra cuando había luna llena y a otra cuando la luna era menguante. Lo de “rojas” supongo que sería por lo de la sangre de las víctimas. La prima Amelia nos aterrorizaba cada vez que nos contaba esa historia. Recuerdo que mi madre me explicó, cuando ya fui algo más mayor para entenderlo, el significado del cuento. Era una advertencia para que respetáramos y temiéramos la magia de los ritos de los ancestros.

—¿Pero por qué? ¿Qué rito era ese?

—Nuestras familias veneran a la Diosa.

—¿La Diosa?

—Sí, en femenino. *Amalur*, la Madre Tierra, Gaia, tiene múltiples nombres. Los cristianos creen en un padre celestial. Nuestras familias creen que esa entidad suprema es femenina. Las tres lunas es la metáfora que utiliza el cuento para explicar que las tres niñas pertenecen a estas familias que creen en la Diosa. La luna creciente, la luna llena y la luna menguante es uno de los símbolos más poderosos para representar a la Diosa.

—No he oído hablar de ese símbolo en la vida.

—Mira —dijo Lucía tomando un rotulador negro y un pañuelo de papel que había sobre una de las mesillas—. Seguro que lo has visto por ahí mil veces en colgantes, *posters*...

Lucía dibujó primero una media luna creciente, abierta hacia la izquierda. A continuación, pegada a ella, trazó un círculo que emulaba a la luna llena y por último, adosado a este, dibujó

media luna menguante mirando hacia la derecha.

—Cada una de las lunas representa a uno de los tres arquetipos de la Diosa. La luna creciente a la doncella, la luna llena a la madre y la luna menguante a la anciana.

—Pero en el cuento las tres niñas son pequeñas, ¿no?

—Sí. Ya te he dicho que es una historia que se cuenta a los niños pequeños de nuestras familias para que tengan cuidado con los rituales ancestrales, con nuestros enemigos y, en general, con los desconocidos. La sangre de las tres niñas, acabar con sus vidas, es lo que busca el hechicero para a su vez vencer él a la muerte. Es una forma de invocar el poder omnipotente de la Diosa para conseguirlo. Que el hechicero tenga cuernos tampoco es casualidad, supongo. Es el símbolo del Dios astado. Entre nosotros hay ciertos linajes, como la familia paterna de David, que creen que el dios masculino de la fecundidad prevalece sobre la Diosa ya que, según ellos, sin él la Diosa no es capaz de crear vida, por lo que ella ocuparía un escalón por debajo de su Dios. En general todos los linajes reconocemos la importancia de las dos entidades como dos caras de la misma moneda y la preeminencia de la Diosa como fuente creadora y originaria de todo, y la que arrebató a la vez la vida. Pero algunos de estos adoradores del Dios astado niegan ese predominio de la Diosa simplemente porque es una entidad femenina. Y punto. Por mucho que inventen excusas o traten de argumentar su doctrina con miles de razonamientos, al final todo se resume en eso. No soportan que una entidad femenina sea la divinidad suprema. Así de simple. Es uno de los principales motivos por los que ha habido enfrentamientos entre nuestras familias durante siglos.

Así que de eso se trataba. Algunos de aquellos linajes defendían la supremacía del Dios astado frente a los que veneraban a la Diosa como entidad suprema. Una guerra de religión en toda regla.

—Entonces —dijo Ander— ese hechicero con cuernos que mata a las niñas del cuento lo hace para conseguir esa magia ancestral de la Diosa que es capaz de vencer a la muerte. Ahora entiendo lo que Jacobus Vanner decía en su libro. Si las tres lunas rojas drenan el río por el que fluye el insomnio de los dioses, eso quiere decir que la solución para vencer el don de la vigilia y no morir pasa por conseguir ese poder de la sangre y de la muerte de las veneradoras de la Diosa. Las tres lunas rojas es ese ritual de magia. Por eso la advertencia que hace Jacobus: “*¡Ay de aquel que ose navegarlo de esa manera!*”. Porque el rito implica matar y las consecuencias pueden ser imprevisibles. Creo que está claro.

Los dos se miraron fijamente recapacitando sobre las últimas palabras de Ander.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Ander. Lucía estaba extremadamente pálida, como si la sangre hubiera huido de manera súbita de su rostro. Se levantó y comenzó a andar de manera errática por la habitación, mientras la respiración se le aceleraba. Ander se le acercó y la detuvo.

—¿Qué te ocurre? ¿Te encuentras bien? —le volvió a preguntar. Lucía le miró con la sombra de la desesperación nublando su mirada.

—Joder, eso que acabas de decir es lo que está haciendo “la *sorgina*”. Joder, joder, joder... Tengo que avisar a mi madre.

—¿Te quieres calmar? ¿De qué estás hablando?

—“La *sorgina*”, joder. El puto asesino de las niñas. Está siguiendo al pie de la letra el ritual de las tres lunas rojas. ¿Es que no te das cuenta? Ese hijo de puta está matándolas para consumir el rito.

—Pero, esas niñas que ha matado “la *sorgina*”... ¿son familiares tuyas? No entiendo nada. Acabas de decir que las niñas del cuento representan a miembros de las familias que creéis en la Diosa.

—No, todas esas pobres crías que ha matado ese degenerado no son familiares mías. Ni tampoco las mujeres adultas que se ha cargado. Pero según tía Sabina y mi madre sí que pertenecían, en mayor o menor grado, a los linajes que creemos en la Diosa. Nos está matando para conseguir el poder de la Diosa con ese jodido ritual.

—¿Pero para qué? No tiene sentido.

—¿Pero estás tonto o qué te pasa? —le recriminó Lucía a punto de perder el control—. Creo que está claro. Ese hijo de puta, sea quien sea, tiene el don de la vigilia. O el putito insomnio de los dioses, como lo llama Jacobus Vanner. Está desesperado y no quiere morir. ¿Es que no lo ves? Tengo que avisar a mi madre pero ya. Sin quererlo se lo hemos puesto a huevo. Como no hagamos algo ese cabrón va a tener dónde elegir mañana en Lacaverna.

—¿Qué quieres decir? ¿Quieres hablar claro, por favor? —Ander comenzaba a sentir los latidos de la ansiedad repiqueteando en su sien derecha.

—Mi tía ha convocado una reunión con varias representantes de los linajes que creen en la Diosa mañana durante la fiesta de la vendimia en Lacaverna. ¿No lo entiendes? Van a venir decenas de mujeres que creen en la Diosa. Si ese cabrón anda cerca se va a poner las botas.

Lucía abandonó corriendo la casita del jardín y la finca de Ruud Vanner sin despedirse de él. Tenía que llegar cuanto antes a Lacaverna y avisar a la tía Sabina. Había que suspender el encuentro como fuera. Ander cerró la puerta y se sentó sobre la cama. David y su padre llegarían a media mañana de otro de sus viajes, a tiempo de celebrar la fiesta de la vendimia, y quería estar descansado. De repente un oscuro pensamiento se aferró a su corazón como el prelude de la tragedia que parecía destinada a desencadenarse. Trató de desecharlo pero no pudo. La mera idea de pensar algo tan horrible le hizo sentirse un miserable pero en el fondo tenía que reconocer que todo encajaba. Todos esos viajes que habían realizado David y Ruud durante los meses anteriores podían no ser más que una coartada. Ya había sorprendido a David mintiéndole sobre algunos de los lugares en los que habían estado. No sería descabellado que el engaño fuera mucho más profundo de lo que le había parecido. No quería creerlo. Era imposible. Y sin embargo no podía dejar de pensar en ello. ¿Sería David el culpable de todas esas muertes? ¿Conocería David el ritual de las tres lunas rojas? ¿Se lo habría contado su padre? ¿Se habrían vuelto locos los dos y habrían decidido ejecutar el rito para salvar a David? Se levantó y fue directo al cuarto de baño. El vómito y las náuseas no despejaron sus dudas. Regresó a la cama y trató de imaginar otro culpable. Pero no fue capaz. Todo apuntaba a que David, actuando solo o con su padre, era “la *sorgina*”.

Lacaverna se despertó mucho más temprano de lo que solía ser habitual en un domingo cualquiera del mes de septiembre. Las semanas anteriores habían sido una locura de idas y venidas, de decenas de reuniones con el Ayuntamiento, la Diputación Foral y las asociaciones vecinales de la comarca, de encuentros con los comerciantes y los patrocinadores oficiales. Todo el mundo deseaba que, como venía sucediendo desde hacía un cuarto de siglo, la fiesta itinerante de la vendimia de La Rioja Alavesa fuera un éxito. Y habían trabajado muy duro para conseguirlo. Habían logrado reunir uno de los mayores presupuestos de todas las ediciones y la responsabilidad por no defraudar a lugareños y visitantes era enorme. Las máximas autoridades de Álava y el País Vasco se iban a dar cita esa mañana en la villa. Esta era la segunda vez que Lacaverna organizaba el evento aunque la fiesta de este año no tenía nada que ver con aquella pequeña celebración de los años noventa. El festejo no había dejado de crecer tanto en actividades programadas como en número de asistentes y se había convertido con el paso de los años en una de las citas imprescindibles de aquel bucólico rincón del sur del País Vasco y en el momento idóneo para reivindicar y fomentar la identidad cultural de la comarca en torno a su bien máspreciado, el vino.

El movimiento de gente comenzó a notarse a eso de las diez de la mañana, cuando los primeros autobuses empezaron a ocupar los seis aparcamientos que se habían dispuesto tanto en la parte más baja del propio pueblo como en las fincas que lo rodeaban. La imagen de la localidad en lo alto de la colina, con sus murallas fortificadas engalanadas con cientos de parras y diferentes motivos relacionados con la uva era impactante. Decenas de agentes de la *Ertzaintza* y voluntarios se afanaban por dirigir el continuo goteo de coches y autobuses. El sol lucía con fuerza en el firmamento con lo que era de esperar que el buen tiempo animase a miles de personas a acudir a la cita. Había cierta inquietud por los recientes acontecimientos ocurridos en diferentes partes de la geografía vasca. “La *sorgina*” había acabado con la vida de varias niñas y de al menos dos mujeres, y se sospechaba que podía estar detrás de la muerte de otra mujer cuyo cuerpo había aparecido en las laderas del monte Txindoki, en Gipuzkoa, muy cerca de la ermita de Nuestra Señora de los Remedios de Larraitz, aunque las circunstancias de su muerte no estaban del todo claras. En un intento de crear un clima de mayor seguridad, el número de agentes había aumentado considerablemente respecto de la edición del año anterior.

Lucía Zuberoa se despertó a eso de las siete. El estanque celtibérico de Laguardia debía abrir sus puertas esa mañana, como todos los domingos. El trayecto desde Lacaverna hasta Laguardia duraba aproximadamente veinticinco minutos en coche, así que era probable que muchos de los asistentes a la fiesta de la vendimia se pasaran en algún momento por Laguardia para completar su visita turística. Observó las horribles ojeras bajo sus ojos mientras analizaba su rostro con la cámara de su teléfono móvil. No había podido dormir en toda la noche. Nada más abandonar la casa de Ruud Vanner fue directa a la de Sabina Elguea para advertirla de lo que podía ocurrir al

día siguiente con “la *sorgina*”. Sabina la recibió con pasmosa tranquilidad, como si nada en el mundo fuera capaz de hacerle cambiar de idea sobre el encuentro.

—No voy a suspender nada. La reunión se celebrará tal y como estaba prevista —le había dicho de manera tajante mientras le calentaba un vaso de leche. Sabina Elguea estaba escuálida. Su piel tenía una pigmentación cetrina que dejaba entrever las venas violáceas de su rostro y su aliento era ciertamente desagradable. Parecía haber envejecido diez años de golpe. Hasta su cabello aparecía cubierto con decenas de canas que hasta hacía bien poco no tenía. El don de la vigilia estaba dando sus últimos coletazos en su organismo, pero ella se aferraba con determinación a lo poco que le quedaba de vida.

—Estás loca. Tienes que suspenderla, dejarla para otro momento —le había suplicado Lucía.

—No voy a cancelar la reunión. No va a ocurrir nada, va a haber muchos *ertzainas* repartidos por toda Lacaverna. No va a pasar nada. Todo va a seguir según lo previsto. Llevo preparando esto durante mucho tiempo. Ni tú ni Concha lo entendéis. Es el tiempo de la profecía. No pienso permitir que ninguna de esas descaradas que van a venir mañana me arrebaté, nos arrebaté nuestra posición dentro de los linajes.

—Ni siquiera tienes la llave. Se te ha ido la cabeza, tía. Es hora de parar y reconocer que necesitas la ayuda de todos los linajes. Tú sola, nosotros solos, no podemos sobrellevar esta carga.

—¡Cállate, insensata! Nuestro linaje lo lleva haciendo con honor desde hace más de dos mil años. Y antes que nosotros lo hicieron las Madres. ¡Cómo te atreves! Mañana se va a celebrar la reunión, honraremos a *Amalur*, elevaremos nuestros cánticos y la reina *Amari* nos bendecirá con su gracia. Todas verán que yo sigo siendo la que manda aquí y tú y tus hijos tendréis asegurado vuestro futuro dentro de la gran familia de linajes.

Lucía se subió a la bicicleta. La había dejado aparcada en un sendero que atravesaba la finca de Sabina Elguea, encadenada a un poste que advertía de que se trataba de una propiedad privada. No había recorrido ni dos kilómetros cuando el coche de Hubert se colocó a su lado y él le hizo gestos para que parara. Lucía se detuvo junto a la entrada de una pista sin asfaltar. Hubert hizo lo mismo y se acercó andando hasta ella. Tenía la cara desencajada, como si acabara de recibir una terrible noticia y aún no le hubiera dado tiempo a gestionarla.

—Perdóneme, por favor. He sido un gilipollas, perdóneme Lucía —le dijo nada más tenerla delante. Ella trataba de aparentar indiferencia. —Me asusté cuando me lo dijiste, yo no nací para ser padre. Nunca se me pasó por la cabeza el tener hijos. Pero he estado pensando que tal vez la vida te haya puesto en mi camino por algo. Quizá tú es, nuestro hijo sea eso que siento que me falta. Perdóneme, por favor.

Lucía no sabía qué pensar. Estaba claro que la cara de Hubert denotaba preocupación, casi angustia. Hubert había decidido romper con ella cuando le anunció que estaba embarazada. ¿Se habría arrepentido de su reacción?

—¿Y qué se supone que tengo que hacer, Hubert? ¿Actuar como si no hubiera pasado nada? Me dejaste de lado sin pensártelo dos veces cuando te lo dije.

—Lo sé, Lucía, lo sé. Soy un idiota. Sé que no merezco que me perdone y que ha perdido tu confianza en mí. No sé si lo nuestro tiene futuro o no. Ya me conoces. Yo estoy dispuesto a intentarlo si tú quiere. Pero si prefieres no continuar, lo entenderé. Solo te pido que me dejes estar a tu lado para criar a nuestro hijo. Por favor.

—Mira Hubert, tengo que pensarlo, de verdad. No me parece normal que me persigas en coche como un acosador para hablar de esto. Hay otras formas.

—Te he ido a buscar a casa pero ya te habías ido. Te he visto a lo lejos entrando en la finca de tu tía y he venido corriendo a buscarte. ¿Hoy te toca trabajar también? ¿No va a celebrar la fiesta de la vendimia en Lacaverna?

—Sí, tengo que trabajar. Y en cuanto salga tengo que volver echando leches.

—¿Y eso?

—Tengo que ayudar a mi madre. Vienen unos familiares y tenemos que organizar todo.

—¿Vais a ir a cenar a algún sitio?

Lucía estuvo a punto de revelarle el lugar donde se iba a celebrar la reunión que había organizado Sabina pero, en el último momento, se contuvo y guardó silencio. Hubert era experto en adular a las personas y hacer que se sintieran especiales, únicas. Lo cual era un eufemismo para expresar lo que realmente era, un encantador de serpientes. Siempre lo había sido. Ahora mismo no se fiaba de él. Si Ander tenía razón, era Hubert quien se ocultaba tras el pseudónimo de Jacobus Vanner. Lo cual significaba que Hubert conocía el ritual de las tres lunas rojas y podía ser “la *sorgina*”. Se despidió de él como pudo procurando no mostrarse demasiado arisca. Estaba claro que Hubert quería ser amable con ella y recuperarla, pero no sabía hasta qué punto este repentino cambio de actitud era sincero.

Mechero y Calíope aceptaron las disculpas de Anne Wellington a regañadientes. Mechero había visto a Anne y a Itziar Azurmendi en una de los noticieros que estaba retransmitiendo el caos que se estaba viviendo en el aeropuerto de Heathrow debido a la cancelación de los vuelos. Gracias a eso consiguieron localizarlas en la terminal. Anne tuvo que hablar con él a solas para pedirle perdón por no haberle comunicado su viaje al País Vasco. Al final tuvo que contarle la verdad sobre Jon Arkaute, Itziar Azurmendi, los Insurgentes y los Originarios. El joven terminó comprendiendo que Anne no le hubiera dicho nada por la opinión que él tenía de Jon. Tras escuchar sus explicaciones, admitió el hecho de que pudiera estar equivocado y que Jon probablemente no había tenido nada que ver con la explosión del invernadero y con el incendio de la biblioteca. Ni siquiera con la muerte de Begoña Argenta. Se sintió como un estúpido al haber confiado tan ciegamente en el profesor James O'Connor, que se había dedicado durante todos esos meses a lavarle el cerebro para que pensara que Jon era el enemigo número uno de la Fundación. Anne se empleó a fondo para argumentar su decisión de acudir a la reunión que Sabina Elguea había convocado en Lacaverna. Mechero, por su parte, también se esforzó en explicarle bien todo lo que tenía que contarle. Durante el vuelo a Bilbao, Calíope viajó sentada varias filas por detrás de él, de Anne y de Itziar, que ocuparon asientos contiguos. Filippa Costa había llamado por teléfono a Calíope. Estaba convencida de haber hallado la conexión entre los descendientes de los gigantes de la isla de Eubea, los de Cerdeña y los gentiles vascos.

—Tienen que ser los neandertales —dijo Mechero—. Filippa Costa está segura de que el descubrimiento de la doctora Rinaldi acerca del pozo sagrado de Santa Cristina y la *drakospita* del monte Oqui está relacionado con la desaparición de los neandertales.

—Los neandertales comenzaron a desaparecer rápidamente de Europa hace unos cuarenta mil años —apuntó Itziar Azurmendi.

—Justo el tiempo al que según las investigaciones de la Doctora Rinaldi apuntaban los observatorios de Santa Cristina y del monte Oqui. Según Rafaella Rinaldi, tanto el pozo como la *drakospita* estaban diseñados para conmemorar la situación en el firmamento de las Pléyades hace unos cuarenta mil años.

—Una casualidad sin más —dijo Anne.

—No, pelirroja. ¿Te acuerdas de lo que nos dijo el profesor O'Connor sobre Koldo de Andrés cuando fuimos a Cerdeña?

—Que Koldo estaba en Nápoles.

—Vale. ¿Y qué podía haber en Nápoles que le interesara tanto?

—Al grano, Mechero.

—Los Campos Flégreos. Un supervolcán, la montaña que aparecía dibujada en el grabado de la *drakospita*, Anne. Son un conjunto de calderas volcánicas situadas en la zona de Nápoles, muchas

de ellas bajo las aguas del mar. Hace cuarenta mil años entró en una masiva erupción en cadena de proporciones catastróficas. Es una de las teorías que explican la extinción masiva de los neandertales de una forma tan brusca. Se supone que las cenizas se extendieron desde Italia hasta Rusia provocando una alteración súbita del clima que acabó con nuestros amigos neandertales.

—Creía que había sido la llegada del *homo sapiens* lo que acabó con los neandertales —dijo Anne.

—Seguramente fue un cúmulo de muchas circunstancias —dijo Itziar—. Pero puede que Mechero tenga razón. En una excavación reciente en una cueva de Rusia, se descubrió una capa de cenizas de hace unos cuarenta mil años que se suele relacionar con la erupción del supervolcán que dice Mechero. Por debajo de esa capa de cenizas se encontraron cientos de restos óseos de los neandertales, pero por encima de ella ni uno solo. Esa nube de cenizas hizo de barrera natural consiguiendo que durante unos cuantos miles de años más después de la erupción del supervolcán los neandertales de la Península Ibérica resistieran el empuje del *homo sapiens* que llegaba del este. Se cree que los *homo sapiens* frenaron su llegada a la península por ese motivo, convirtiéndola en el último refugio de los neandertales hasta su completa desaparición.

—Es la montaña y la nube del grabado, Anne. Todo encaja —dijo Mechero.

—La explosión de los Campos Flégreos lanzó roca fundida hasta setenta kilómetros de altura y la nube de cenizas llegó hasta doce mil kilómetros de distancia. Desde luego tuvo que quedar marcado para siempre en el recuerdo de aquellas gentes y la noticia tuvo que expandirse por toda Europa —añadió Itziar.

—Pero eso no explica lo de los gigantes. Los neandertales no eran gigantes —insistió Anne.

—Puede que el mito del fin de los gentiles no hable del fin de los neandertales, de acuerdo —reconoció Mechero—. Pero ¿y si Margarita Toledo tenía razón y junto con los neandertales, *sapiens* y denisovanos coexistió otra raza de homínidos? Puede que esa otra especie, los gigantes, quedara aislada durante un tiempo en el norte de la Península Ibérica por culpa de la súper erupción y terminó desapareciendo, al igual que hicieron sus vecinos los neandertales.

—Mechero puede estar en lo cierto. Eso explicaría todo, Anne —dijo Itziar.

—Calíope y yo hemos buscado en Internet y resulta que los medios de comunicación no nos están contando lo que parece una posibilidad más que segura. Los expertos creen que los Campos Flégreos van a volver a entrar en erupción en breve. Desde hace setenta años la actividad sísmica en la zona se ha vuelto mucho más intensa y desde el año 2005 se ha acrecentado aún más. En 2012 las autoridades italianas elevaron la alerta de verde a amarilla. Los estudios científicos apuntan a que puede erupcionar en cualquier momento. Puede que la profecía del regreso de los gigantes esté anunciando una nueva explosión inminente y el fin de la humanidad, o de una buena parte de ella.

—Hace setenta y cuatro mil años explotó en Sumatra el supervolcán Toba, lo que provocó un invierno volcánico que causó una gigantesca hambruna en todo el mundo. La humanidad corrió un serio peligro y pudo haber desaparecido —añadió Itziar.

—Muy bien —dijo Anne—, pero no todo encaja. Todo eso no explica por qué esa supuesta raza de gigantes ya usaba la escritura y, lo más importante, la profecía habla del fin de la humanidad

pero también anuncia el regreso de los que estaban antes. ¿Me podéis explicar por dónde van a regresar?

—Tal vez esa mega explosión del volcán provoque algo que haga que regresen —dijo Mechero—. No lo sé, Anne, pero tiene que ser eso. No se me ocurre otra explicación que encaje con todo.

—Y si eso sucede, ¿me puedes decir cómo voy a ser capaz de impedirlo yo, que se supone que soy la elegida por la profecía?

—Eso me mismo me pregunté yo y Calíope me ha dado la respuesta. Inconscientemente hemos dado por supuesto que había que impedir el regreso de los que estaban antes. Pero la profecía no dice en ningún sitio que tú o que David tengáis que impedir nada. Mira —dijo mientras buscaba el texto del augurio en su teléfono móvil—. *“La sangre del hijo de los primeros hombres y de la hija del hijo de los primeros hombres heredará el camino al reino de los que estaban antes”*. Ahí está la clave, Anne.

68.

La plaza central de Lacaverna se situaba en el punto más alto del cerro, junto a la iglesia donde en los años ochenta había aparecido oculta en el techo la estatua del Demonio Azul. Aunque su tamaño no era lo suficientemente grande como para acoger a los miles de visitantes que se esperaba recibir durante la fiesta de la vendimia, finalmente se había decidido que fuera ese punto el lugar donde habrían de celebrarse los actos centrales del día. Entre ellos destacaba la danza del vino. Se trataba de una coreografía en la que, acompañados del tambor, el *txistu* y una guitarra, diversos bailarines saludaban de manera grácil y ceremonial a la cosecha de uva que habría de transformarse en el preciado primer mosto.

Tras el oportuno discurso de las autoridades y el pregón de bienvenida, tal y como estaba previsto, a eso de las doce menos cuarto del mediodía comenzaron a sonar las primeras notas de la danza del vino. El silencio se adueñó de todos los asistentes. Debido a la falta de espacio, cientos de visitantes se habían tenido que quedar fuera del recinto en las calles aledañas. Los hombres y mujeres que allí se habían congregado contemplaban emocionados los pasos acrobáticos de los *dantzaris* mientras comenzaban a sonar los primeros acordes de la melodía. Era realmente sobrecogedor ver a los bailarines danzar a la vez que realizaban saltos y piruetas en el aire con diversos elementos relacionados con la vendimia, como cestos repletos de uva e incluso parras atiborradas de fruto. A continuación, se dio paso a la ceremonia del pisado de la uva. En el escenario erigido junto a la puerta de la iglesia, un hombre y una mujer ataviados con trajes tradicionales típicos de la comarca, esperaban con los pies descalzos dentro de una enorme tina repleta de uva. Poco a poco fueron acercándose a ella niños y niñas vestidos a su vez con diferentes versiones del traje de *neska* y blusa. Iban en parejas y cada una de ellas representaba a uno de los pueblos que conformaban la comarca de La Rioja Alavesa. Para que no hubiera confusión, portaban consigo una enorme pancarta con el nombre de dichas localidades. Labraza, Barriobusto, Párganos, Kripan, Moreta, Yécora, Lanciego, Laguardia, Samaniego, Oyón... todos los representantes de cada uno de los pueblos fueron pasando ante la pareja de pisadores que aguardaba dentro del barril y depositaron los racimos de uva que portaban en sus respectivos cestos.

La mujer que, micrófono en mano y acompañada del párroco de Lacaverna, iba anunciando los diversos pueblos a medida que los niños llegaban al escenario, animaba al público a vitorear y aplaudir a los pequeños, aunque no lo hacía con especial entusiasmo. Su tono de voz sonaba anquilosado y demasiado forzado. Daba la sensación de que alguien la hubiera obligado a desempeñar un papel con el que no se sentía cómoda. Su cara reflejaba una mezcla a partes iguales de preocupación y ansiedad. De vez en cuando observaba a los asistentes, como si estuviera escaneándolos con un radar invisible. A unos treinta metros de ella, camuflada entre el gentío, otra mujer, de aspecto mucho más refinado y vestida con una elegante estola de lino que la cubría hasta los tobillos, la observaba con una clara mueca de desprecio. Era Koro Uria, la tía de

Ainhoa Uria, la niña que había muerto a manos de “la *sorgina*” en las inmediaciones del monte Anboto. Observaba con resentimiento a Concha Elguea. El afán de protagonismo de los Elguea era ciertamente irritante. En medio del escenario, la voz de Concha presentando a aquellos críos era una demostración más del empeño del clan de los berones en hacerse notar. A pesar de su reticencia inicial a asistir a la reunión convocada por Sabina Elguea, finalmente había decidido acudir. Hacía muchísimo tiempo que los linajes no se reunían para honrar a la Diosa. El último encuentro había sido en el monte Beriain, aunque en aquella ocasión la anfitriona había sido Amelia Aizaga. Esta vez el motivo de la reunión iba mucho más allá de celebrar una ceremonia. En su comunicado, que por supuesto no había firmado, Sabina Elguea reclamaba una acción conjunta de todas las familias para enfrentarse a “la *sorgina*”. Sabina, al igual que muchas de las líderes de varias familias, creían que los asesinatos eran una forma de menoscabar el honor de las hijas de la Diosa, como a veces se autodenominaban algunas de las familias. Y que, de alguna forma que no acertaba a comprender, todo ello estaba relacionado con el inminente cumplimiento de la profecía del retorno de los que estaban antes.

Koro siempre se había enfrentado a Amelia y a Véspero Aizaga. Con la primera simplemente se trataba de una reacción química o una incompatibilidad de caracteres; sencillamente no la soportaba; siempre tan misteriosa, con ínfulas de superioridad mística, como si la vida fuera una pesada carga que solo ella fuera capaz de asumir. En el caso de Véspero, el conflicto era más profundo. Le llevaban los demonios cada vez que la había escuchado defender en público al linaje berón como el elegido por la Diosa y el único destinado a conservar la llave. Cuando Véspero dejó de hablar como consecuencia de su parálisis, el resentimiento de Koro se trasladó a su hija. Sabina Elguea encarnaba lo peor del orgullo fanático de los descendientes de los berones. Sus aires de grandeza la habían llevado a vivir una fantasía épica alejada completamente de la realidad, en la que ella y solo ella era la protagonista. Koro había contactado con las líderes de otras familias para sopesar la posibilidad de llevar a cabo una especie de moción de censura contra la gestión realizada por Sabina. Durante mucho tiempo había conspirado en la sombra para lograr su objetivo, pero desde que había muerto su sobrina Ainhoa de aquella forma tan cruel, sus prioridades habían cambiado. Detestaba la línea de investigación seguida por la *Ertzaintza*, porque simplemente estaban totalmente equivocados pensando que “la *sorgina*” era un psicópata, un asesino en serie al uso. Habían muerto varias niñas y mujeres adultas y no se habían producido prácticamente avances. Ella misma había tenido que encargar una segunda autopsia privada ante las dudas que le había suscitado la primera que se le había practicado de manera oficial a Ainhoa. El resultado del segundo examen forense era prácticamente igual al primero: muerte por asfixia y ausencia de violación, con una sutil diferencia. El nuevo análisis había detectado el rastro de una pequeña incisión en uno de los dedos de Ainhoa, “hecho con una aguja u objeto punzante, probablemente para obtener su sangre”. Había que parar a aquel animal como fuera. La policía había sido incapaz. Por suerte, una llama de esperanza había comenzado a arder hacía un tiempo y desde entonces no había dejado de crecer. Si su plan salía bien, el liderazgo de Sabina estaba a punto de quedar en entredicho. Era hora de que el resto de los linajes actuaran. Estaba deseando que llegara la hora de la reunión para ver la cara que se le quedaba a Sabina.

En el escenario Concha Elguea continuó con su labor presentando a las diferentes parejas de niños. Llegó el turno de Lacaverna. El público se enardeció aún más y los aplausos aumentaron de

decibelios. Era el pueblo anfitrión y los lugareños querían hacerse notar. Abajo, en medio de la multitud, y a apenas veinte metros a la izquierda de Koro Uria, Lourdes del Río y Sofía Arrizabalaga observaban atentamente a un hombre fornido, de unos cuarenta y cinco años, situado junto a la fuente ornamental que presidía la plaza. Su considerable altura, sus ojos grises, su nariz aguileña, su cabello corto perfectamente peinado y su tupida barba salpicada aquí y a allá con alguna que otra cana le conferían un aspecto regio, casi aristocrático. Era Santiago Valls, mayor del Jardín del Mar Balear y uno de los defensores más acérrimos del dogma más extremo de la corriente de los Caducos. Según él, la Fundación Petunia no necesitaba más participación de los jardineros rasos ni mucho menos la intervención de las mujeres en los órganos de control. Si por él fuera, todas ellas serían expulsadas de manera fulminante. La orden de los hermanos guardianes había sido una sociedad eminentemente masculina hasta hacía relativamente bien poco y así debía seguir siendo. La estratificación en diferentes estamentos jerárquicos había contribuido además al buen funcionamiento y al cumplimiento del canon desde tiempos inmemoriales. La democratización y la participación igualitaria de las mujeres que defendían los Revolucionarios eran sencillamente basura propagandística de los enemigos de la orden, o lo que era lo mismo, de todas aquellas veneradoras fanáticas de la Diosa, que habían contaminado a buena parte de los jardineros con sus fábulas *new age* sobre aquella divinidad suprema de la naturaleza. Mary Anne Merrick había sido el ejemplo más claro de toda aquella aberración, pero por fortuna, su mandato al frente de la orden había acabado de manera fulminante sin llegar a conseguir el cambio que pretendía. Alrededor de él, Lourdes contó hasta treinta hombres que probablemente formaban parte de su séquito. Al igual que su líder, todos ellos portaban barba de aspecto pulcro y recortada de manera cuidadosa. Pero a diferencia de él, llevaban las cabezas rapadas, como la tradición aseguraba que antiguamente hacían los hermanos guardianes cuando entraban en guerra. Ninguno de ellos mostraba el más mínimo interés en lo que estaba sucediendo en el escenario. Al contrario. Parecían más preocupados por localizar entre el público a posibles enemigos de su líder.

Santiago Valls había adiestrado a sus jardineros como si se tratara de su ejército personal de guerreros. La mayoría de ellos eran jóvenes que habían sido entrenados para la lucha cuerpo a cuerpo y eran expertos en el manejo de diferentes tipos de armas. Muchos de ellos procedían de la pobreza más absoluta y habían encontrado en la Fundación Petunia y en su líder una balsa a la que agarrarse para labrarse un futuro mejor. Pero otros tantos eran hombres cultos que habían estudiado en las universidades más prestigiosas. Lo que les unía era una fe ciega en el dogma de los Caducos, a pesar de no conocer del todo los entresijos de la orden ni tan siquiera sus orígenes. Pero no les había hecho falta. Santiago Valls y otros tantos Caducos se habían encargado de moldear sus mentes a su antojo con técnicas de control psíquico. En su día, un antecesor de aquellos jóvenes había acabado con la vida de Mary Anne Merrick y, sin quererlo, se había convertido en un icono a seguir para las nuevas generaciones de Caducos más extremistas.

Detrás de Lourdes del Río, a muy poca distancia, Aimar Errekamendi se camuflaba como un camaleón en el vapor etílico que desprendían los caldos que la mayoría de los presentes degustaban en ese momento. Seguía ataviado con su disfraz de turista, pero le había incorporado un pañuelo morado al cuello, como muchos de los locales y, al igual que ellos, llevaba en la mano una copa de cristal rellena de vino tinto. Le resultaba increíble que Lourdes se hubiera formado como novicia de una congregación de monjas. Por más que trataba de creer lo que Jon Arkaute le

había dicho, no vislumbraba en ella ningún ápice de caridad cristiana. Al contrario. Su mirada denotaba fiereza y sobre todo ambición, demasiada. Su apariencia de mojigata y sus costumbres como feligresa disimulaban lo que realmente escondía su corazón. Ansia de poder. Lo mismo podía decirse de Sofia Arrizabalaga. Una anciana que propugnaba acciones contundentes para derrocar a los Caducos. ¿En qué momento una mujer de su edad había acabado inmersa en la actividad de los Insurgentes? Jon le había dicho que Sofia había sido una de las Insurgentes que se había empleado con más virulencia para acusarle de la explosión del invernadero y el incendio de la biblioteca de Bilbao. Según él, lo único que pretendía era culpar al grupo de Jon, los Originarios, de todas aquellas acciones violentas para que los Caducos centraran sus esfuerzos en perseguirles. Jon estaba convencido de que los Caducos no eran del todo conscientes de la división que existía en el seno de los Revolucionarios, ni mucho menos de los planes de Koldo de Andrés de hacerse con el poder en la Fundación Petunia.

Alrededor de las ocho de la tarde, Aimar llamó a Jon. Concha Elguea había participado en todos y cada uno de los eventos organizados por el ayuntamiento de Lacaverna. Era el primer año que se había decidido alargar la fiesta hasta última hora de la tarde a pesar de ser domingo y era previsible que los locales la continuaran hasta bien entrada la noche. Tras la comida popular, en una de las campas adyacentes a la colina sobre la que se erigía la villa, habían tenido lugar diferentes actos. Deportes como el levantamiento de piedras, el cortado de troncos o las carreras con sacos se habían sucedido en un frenesí de competiciones mientras los espectadores degustaban los vinos de la comarca. En muchas de ellas, diversos grupos de mujeres se habían enfrentado a cuadrillas de hombres o mixtas, a pesar de la oposición de buena parte de los lugareños. Detrás de aquel empeño porque las mujeres de la comarca pudieran participar en igualdad de condiciones que los hombres se encontraba la propia Concha Elguea que, desde su posición de poder dentro del consejo parroquial, había conseguido derribar muros durante los años precedentes.

—Estoy siguiendo a Concha Elguea —le dijo Aimar en cuanto Jon descolgó—. Espero que no se me escape con tanta gente. Acaba de abandonar la Plaza Mayor y se dirige hacia la muralla del pueblo. Lourdes del Río va detrás de ella también.

—No la pierdas, Aimar. Es probable que se dirija ya al lugar donde se va a celebrar el aquelarre. ¿Has visto a Sabina?

—No me metas presión, ¿vale? Hago lo que puedo. No, no he visto a Sabina Elguea en todo el día. Esto está hasta los topes de gente. ¿Y vosotros qué? ¿Dónde os habéis metido? ¿No deberíais estar ya aquí? —preguntó Aimar mirando el reloj de su muñeca.

—Aún estoy esperando en el aeropuerto de Bilbao. Anne e Itziar acaban de salir de Londres. Por fin las han colocado en un vuelo. Espero que no haya problemas aquí cuando lleguen. No te imaginas cómo está esto de policías. Dicen en la tele que es por el riesgo inminente de otros atentados.

—Pero no vais a llegar. Faltan menos de cuatro horas para que empiece el aquelarre.

—Si todo va bien, llegaremos a tiempo.

—Ya puedes correr por la autopista. Si el vuelo acaba de salir de Londres, llegará a Bilbao sobre las diez, y desde el aeropuerto de Bilbao hasta Lacaverna hay casi otras dos horas.

—Confía en mí —dijo Jon—. La mayoría de los Originarios que hemos conseguido reunir ya están en los alrededores de Lacaverna.

—Por Dios, Jon. Daos prisa. Durante todo el día he visto a varios de los Insurgentes que Lourdes del Río había convocado en Logroño. Me ha parecido ver hasta a la mujer rubia que aparecía en el informe que le robé a Sofía Arrizabalaga.

—¿Suzanne Bechs? —preguntó Jon.

—Sí, la líder de los bátavos, aunque no estoy seguro de que fuera ella. Hay varias personas por aquí con aspecto de *guiris*. Esto está plagado de turistas. Daos prisa, Jon. Todo esto me huele muy mal. No sé cómo explicártelo, pero es como si el aire estuviera viciado por tanto rencor acumulado. Casi puedes sentir el peso de tanto odio.

El tumulto de gente comenzó a danzar y saltar de manera desaforada cuando los primeros *irrintzis* empezaron a escucharse a través de los altavoces dispuestos por toda Lacaverna. Se trataba de la esperadísima actuación del grupo de folclore de la comarca que se hacía llamar Las Hechiceras. Tras los primeros compases, la música comenzó a sonar varios decibelios por encima de lo aconsejable. Era imposible escuchar nada que no fuera la estridente melodía en la que se combinaban diferentes instrumentos como la *trikitixa*, el acordeón, el pandero y el *txistu*, mientras las voces de las cantantes, todas mujeres, cantaban elaborados versos en euskera que hablaban de venganza y de justicia en la batalla. El bullicio, animado por los vapores del alcohol, era sobrecogedor.

Aimar Errekamendi trataba de no perder de vista a Concha Elguea, mientras esta se abría paso entre la gente varios metros por delante de él. Lourdes del Río la seguía también empujando a codazos a la gente. La tía de David Vanner llegó por fin a la muralla que rodeaba la villa y se introdujo en uno de los portales de las viviendas construidas sobre ella. La fachada de aquella casa, a diferencia del resto de edificios adosados al muro, era la única que aparecía cubierta por una espectacular alfombra de plantas trepadoras rebosantes de flores moradas con un intenso aroma. Aimar vio cómo Lourdes del Río pasaba de largo al llegar allí. No había visto cómo Concha Elguea se había introducido en el interior. Aceleró el ritmo y, aprovechando que la puerta había quedado entreabierta, se coló dentro. Escuchó voces en la planta baja, concretamente al fondo del pasillo que partía del propio vestíbulo. Dejando a un lado la escalera de madera que llevaba al piso superior, se aproximó todo lo que pudo hasta que fue capaz de visualizar lo que estaba ocurriendo sin ser detectado. Concha Elguea hablaba con una mujer mayor que ella y mucho más baja de estatura. Aimar aguzó el oído oculto tras una columna pegada a la pared situada a medio camino del corredor.

—Rosa, ¿se puede saber por qué has tardado tanto? —dijo Concha imponiendo su altura en un gesto intimidatorio dirigido hacia la otra mujer—. Sabes que se lo debes a Sabina y a mi madre. A todos nosotros.

—Concha, acabo de llegar a Lacaverna. Déjame respirar —suplicó.

—No hay tiempo de respirar. ¿Tienes o no tienes la muñeca?

Rosa Iturriztu fulminó con la mirada a Concha. La hermana de Concha no tenía ni idea de a qué se enfrentaba. Sintió pena por ella. Concha había sido toda la vida un títere de Sabina y siempre seguiría siéndolo.

—Sí, la tengo —dijo mientras le señalaba con el dedo un arcón situado a la izquierda.

—¿Es igual que la muñeca que te hizo para mi madre?

—Kassandra la ha ungido de la misma manera, sí.

—Después de todos estos años, ¿aún sigues manteniendo contacto con ella?

—Sigue pasando consulta privada en su casa de Biarritz. Y no veas cómo le va. Antes solo acudían a ella clientes nigerianos como ella, pero ahora atiende a todo tipo de personas. Dicen

que es la mejor chamana de Francia. Si la gente supiera las capacidades que tiene Cassandra de verdad se asustaría y no volverían a pisar su casa. Mi familia ha acudido a ella en varias ocasiones.

—Me parece increíble que compartáis nuestros secretos con esa mujer. No me extraña que los várdulos seáis la oveja negra entre todos los linajes. Ninguno de los otros clanes se fía de vosotros.

—Tenemos la mente abierta, no como vosotras. No solo existe la hechicería que practicamos nosotras, Concha. El mundo es muy extenso. Los ancestros de Cassandra son tan antiguos como lo pueden ser los nuestros. Deberías aprender a no creerte el ombligo del mundo, como hacéis la mayoría de vosotras.

—¿Me hablas tú a mí de tener la mente abierta? No me hagas reír, Rosa. No tengo tiempo de discutir contigo. ¿Funcionará la muñeca?

—Con Véspero funcionó. Cassandra me ha asegurado que con Sabina sucederá lo mismo. Con Sabina y con cualquiera que unja los cabellos de la muñeca con su sangre. Por cierto, en todos estos años aún no te he escuchado darme las gracias por haberle salvado la vida a tu madre.

—Le salvaste la vida a mi madre, sí. Pero mira a qué precio. Por tu culpa, mi hija Lucía ha vivido con depresiones desde entonces. Y mi madre ha quedado paralizada en vida para siempre. Ningún médico ha podido ayudarla.

—Es vergonzoso que hables con esa frivolidad de algo tan serio, Concha. Tu hija ha tenido depresiones toda la vida. Además, yo no tengo la culpa de que Lucía interrumpiera el ritual. Si vigilaras mejor a tus hijos, no hubiera sucedido. Da gracias a que la magia de la muñeca no la mató.

—Eres una miserable. No tienes alma, Rosa. ¿Cómo puedes decir eso de Lucía después de todo lo que ha sufrido! Me alegro de que Sabina te echara de casa.

—Pues bien que te utiliza ahora a ti para pedirme ayuda.

—No sabes de lo que hablas. Dame la muñeca de una vez. No aguanto ni un minuto más entre estas cuatro paredes.

Aimar volvió sobre sus pasos rápidamente y salió al exterior. Buscó un sitio donde esconderse pero no encontró un lugar propicio para pasar inadvertido. Cuando Concha Elguea salió de la vivienda de la señora Rosa tan solo vio a un turista que mapa en mano parecía buscar la forma de volver a la plaza. Aimar esperó a que ella se alejara unos metros y reanudó su seguimiento. Concha Elguea portaba en sus manos un bolso de tela. ¿Había guardado allí la muñeca? Atravesó la muralla a través de una de las puertas principales y se dirigió con paso firme a las afueras de la localidad, dejando tras de sí a los cientos de visitantes que aún disfrutaban de la fiesta a pesar de la hora. Al cabo de diez minutos siguió el breve trazado de una carretera secundaria que la llevó directamente hasta una finca repleta de viñedos. De vez en cuando miraba hacia atrás como queriendo cerciorarse de que no la seguían. Era increíble la seguridad con la que caminaba entre las vides cubiertas por la más absoluta oscuridad, solo interrumpida por el halo de luz de la luna llena que de vez en cuando asomaba entre las nubes. Aimar temblaba de frío pero a ella no parecía que la baja temperatura le afectase lo más mínimo. La siguió durante casi veinte minutos

más hasta que por fin supo donde se dirigía. En el horizonte divisó la silueta de una enorme bodega cuya forma recordaba a la de uno de los dólmenes más famosos que salpicaban el paisaje de La Rioja Alavesa, la Chabola de La Hechicera. Era un edificio imponente, diseñado seguramente por un arquitecto de prestigio, pero que, a pesar de su estructura vanguardista, parecía envuelto en una atmósfera de tradición y espiritualidad, muy acorde con el entorno. Se trataba de una construcción rectangular, cubierta de algún material gris, que se asemejaba a la cámara de un dolmen. El techo lo conformaban seis o siete placas de acero que simulaban ser enormes bloques pétreos. En las paredes, unos gigantes ventanales dejaban ver el interior de al menos tres salones que parecían destinados a acoger actividades turísticas y congresuales. Detrás del inmueble partía una senda que se internaba en un frondoso bosque que servía de antesala a la cordillera que separaba la comarca del resto de Álava. La pendiente de ascenso a la Sierra de Cantabria comenzaba en el interior de la arboleda, que abrazaba a la montaña hasta varias decenas de metros por encima de la bodega. Aimar aceleró el paso y consiguió acortar la distancia que le separaba de Concha Elguea. El inmueble parecía estar sumido en una penumbra espectral, únicamente iluminado por la luz de las farolas que alumbraban el perímetro.

Concha Elguea entró en el edificio y bajó unas escaleras ubicadas en el vestíbulo. Aimar la siguió dentro. Si allí iba a celebrarse un aquelarre desde luego no había indicios de ello en el exterior. No había ningún tipo de vehículo aparcado en la finca, a excepción de una furgoneta de grandes dimensiones que había visto a la entrada de uno de los caminos que la atravesaban, y no parecía que hubiera nadie dentro. Antes de bajar las escaleras mandó un mensaje a Jon Arkaute con la localización de la bodega. Si no se daban prisa, no llegarían a tiempo. Miró a su alrededor y por primera vez desde que se había embarcado en aquella misión, su misión, sintió miedo. La oscuridad que engullía los escalones por los que la hermana de Sabina había descendido le recordó a aquella noche en el campamento de verano cuando era un crío. Maldijo a Juliana Monroy, su psiquiatra. No tenía que haberse prestado a revivir con ella lo que le ocurrió. El objetivo de aquellas sesiones de hipnosis era ayudarle a localizar el origen de sus fobias y enfrentarse a ellas. Una vez llegado al origen encontraría la serenidad que le había faltado desde entonces. La doctora Monroy le había asegurado que cuando llegara el momento sabría actuar de la manera correcta. Pero por más que miraba y miraba aquel agujero negro que se abría a sus pies no acertaba a entender cómo demonios iba a ser capaz de sumergirse en aquel abismo. Si *Ama* supiera dónde estaba y lo que se proponía hacer le ordenaría que se alejara de allí lo antes posible. Pero *Ama* sencillamente no estaba.

Cuatro llamadas frustradas y David Vanner seguía sin responderle. Más de veinte mensajes en los que Ander le preguntaba dónde se había metido y le decía que estaba realmente preocupado por él, no fueron suficientes para que el que se suponía que era su pareja reaccionara y diera señales de vida. Otro tanto ocurrió con el teléfono de Ruud Vanner. Los dos habían desaparecido de la faz de la tierra. Hubert, que llevaba todo el día en Lacaverna, tampoco contestó a sus llamadas, aunque al menos le mandó un mensaje para decirle que no se preocupara, que no era la primera vez que ocurría. Al final aparecerían. “*O no*”, pensó Ander. No podía dejar de imaginarse a David ejecutando a todas aquellas niñas y mujeres inocentes para llevar a cabo el ritual de las tres lunas rojas. Tenía que haber sido Ruud. Ruud le había comido la cabeza y le había convencido de que aquella era la única solución posible. ¿Habrían decidido huir? ¿O se estaban preparando para dar el golpe final esa noche durante la reunión de la que le había hablado Lucía?

En el garaje de la casa de Ruud, vio que Hubert se había llevado a Lacaverna la moto de su hermano pero había dejado allí un viejo coche de segunda mano que a veces utilizaba en sus desplazamientos cortos por la zona. Las llaves del vehículo estaban colgadas junto a la puerta, como siempre. Observó los mapas que adornaban una de las paredes. La mayoría eran piezas de coleccionista, algunos con varios siglos de antigüedad. El padre de David era un amante de aquellas viejas cartografías, muchas de las cuales representaban a los Países Bajos y al área del río Waal donde los báltavos habían reinado en su tiempo. Pero también había mapas de otras zonas de Europa, todos de formas y tamaños diversos, que cubrían la pared creando una especie de mapamundi caótico donde faltaban cientos de países. Se fijó en el correspondiente a la costa cantábrica. En él aparecían reflejados los ríos y demás accidentes geográficos de aquellas tierras, con su correspondiente nombre y, en el caso de los montes, con su altitud anotada sobre la cumbre. Sin poder evitarlo, sus ojos se dirigieron a las montañas donde habían aparecido los cadáveres de las víctimas de “*la sorgina*”. El monte Eskutxi, el Gorbea, el Anboto, el Oiz, el Aitzgorri, la Sierra de Codés, el Txindoki... muchos de ellos formaban parte del imaginario vasco como lugares sagrados, pero a partir de ahora llevarían marcado para siempre el estigma de haber sido la escena de aquellos terribles crímenes, o al menos de haber sido el lugar donde “*la sorgina*” había decidido abandonar los cuerpos. ¿La elección de aquellas montañas era aleatoria o había algo más?

Cogió un bloque de pegatinas amarillas que había sobre una de las mesas donde Ruud trabajaba con sus maquetas de barcos fluviales, otra de sus aficiones, y fue colocando una sobre cada uno de aquellos montes. Cuando hubo terminado observó con detenimiento aquel mapa del horror. La línea imaginaria trazada de cumbre a cumbre formaba dos claras curvas. La primera de ellas se ubicaba en la parte occidental del mapa y dibujaba un arco ascendente abierto hacia la izquierda, partiendo del monte Eskutxi en el sur hasta llegar a las dos cimas más septentrionales, las vizcaínas del Anboto y el Oiz, en el otro extremo. Ambas montañas eran compartidas por la

segunda curva, que se situaba en la zona más oriental del mapa y formaba un arco descendente abierto hacia la derecha que comenzaba en el citado monte Oiz e iba bajando hacia el Anboto para girar a continuación hacia el Aitzgorri y el Txindoki. Bajo las dos curvas, la Sierra de Codés quedaba suelta, fuera de aquel trazado curvilíneo, como si “la *sorgina*” hubiera decidido salirse del plan inicial e improvisar.

Le vibró el teléfono móvil y, esperanzado por si se trataba de David, miró la pantalla. Era un correo electrónico. El remitente era su amigo *hacker*, como hubiera dicho Lucía, el pirata informático que le había ayudado a localizar los libros de Jacobus Vanner. Junto al mensaje, aparecía una señal verde que indicaba que se encontraba en ese momento *on line*. De nuevo tuvo que pagar doscientos euros para que le facilitara la información que le había solicitado. Leyó la respuesta con atención.

“Fiona Bechs, la hermana de Suzanne Bechs, murió en un hospital psiquiátrico de Amsterdam, el St. Johannes. Es una clínica privada especializada en esquizofrenia y bipolaridad, aunque el doctor que la trató, Christian von Adel, es especialista en trastornos del sueño y episodios alucinógenos asociados al insomnio. No he podido acceder a todo el historial, pero le hicieron varias pruebas de vigilancia nocturna del sueño.”

El don de la vigilia. Ander sintió un ligero vahído que le obligó a apoyarse en la pared donde se ubicaban los mapas. Continuó leyendo el *e-mail*.

“Otro miembro de los Bechs estuvo ingresado en la misma clínica en los años noventa. Phillippe Bechs. Era el guitarrista de un grupo de música, los HVBV. Murió a los tres meses de ingresar.”

Ander estaba aturdido. Los HVBV era la banda de música a la que había pertenecido William Dik cuando aún se llamaba Wilfried Dick, antes de que cometieran el horrible asesinato de aquella chica en las aguas del río Waal y fueran detenidos. ¿Había padecido Phillippe Bechs también el don de la vigilia, al igual que Fiona Bechs? ¿Cometieron los HVBV aquel asesinato con la intención de llevar al cabo el ritual de las tres lunas rojas y salvar así a su líder? Los antiguos bátavos eran temidos por los romanos, quienes les acusaban de practicar hechicería y de ser responsables de la desaparición de mujeres en su área de influencia. ¿Conocían ya por aquel entonces los bátavos el ritual de las tres lunas rojas? De ser así, Lucía estaba en lo cierto. Era muy probable que “la *sorgina*” padeciera el don de la vigilia. Pero a la vez eso solo podía significar que Lucía estaba equivocada, ya que esa enfermedad no era algo exclusivo de los berones y de sus descendientes, sino que era compartida también por los bátavos. “El insomnio de los dioses”, tal y como lo denominaba Jacobus Vanner. Tal vez incluso aquel mal no solo afectase a los berones y a los bátavos, sino que fuera algo congénito a todos aquellos linajes de los que David le había hablado. Probablemente ni siquiera todas las víctimas de los antiguos bátavos habrían sido mujeres miembros de los linajes. Quizá el estúpido de William Dick y sus amigos de HVBV no conocían ese requisito para que el ritual funcionase. En cualquier caso era imposible saberlo. Escribió un correo electrónico al *hacker* preguntándole si habían sido ingresados más miembros de los Bechs en aquella clínica. El pirata continuaba en línea. No tardó más de cinco minutos en responderle, no sin antes exigirle el pago de otros cien euros.

“En la base de datos no figura que haya sido ingresada ninguna otra persona con el apellido Bechs, Vanner o Dick. Pero este pasado mes de abril Suzanne Bechs acudió a realizarse una de las mismas pruebas que en su día se hiciera su hermana Fiona con el doctor Van Adel. No he podido conseguir el resultado del diagnóstico.”

Ander cortó la comunicación y observó de nuevo el mapa con las pegatinas amarillas. El corazón le latía a mil por hora. Una minúscula llama de esperanza acababa de prenderse en su interior. Cabía la posibilidad de que David y Ruud no estuvieran detrás de los asesinatos. Aunque no sabía si prefería esa opción. Eso significaría que el destino final de David estaba cada vez más cerca. ¿Estaba acaso Suzanne Bechs experimentando los primeros síntomas del don de la vigilia? La idea no era descabellada. Su propia hermana Fiona lo había padecido. ¿Era Suzanne la responsable de los crímenes? ¿Estaría William Dick ayudando a su tía a ejecutar el ritual? Su larga ausencia de Artechnia para recuperarse de aquellas puñaladas podía en realidad estar encubriendo a lo que realmente se había estado dedicando durante los últimos meses. Desde luego era una buena coartada, además de una cruel venganza hacia Sabina Elguea y todas aquellas familias que creían en la Diosa, si Suzanne Bechs pensaba de verdad que Sabina Elguea estaba detrás del ataque que había sufrido William.

Analizó una vez más el mapa y visualizó mentalmente las dos curvas que conformaba el trazado imaginario que unía todas aquellas cimas. De repente tuvo una revelación. Buscó rápidamente la información en Internet y confirmó sus sospechas. Las víctimas cuyos cadáveres habían aparecido en los montes de la curva situada a la izquierda, eran todas menores de edad. Por contra, las víctimas que habían aparecido en los montes que trazaba la curva de la derecha eran mujeres de edad avanzada. Era el símbolo de la Diosa. “La *sorgina*” estaba dibujando a través de los escenarios de sus crímenes el símbolo de la Diosa del que le había hablado Lucía. El emblema de las tres lunas. La curva de la izquierda era la luna creciente que representaba al arquetipo de la doncella, de ahí que todas las víctimas de esa zona del mapa fueran niñas pequeñas. La curva de la derecha era la luna menguante que simbolizaba al arquetipo de la anciana; por eso todas las mujeres asesinadas en esa otra área del mapa eran de edad avanzada. Pero, ¿dónde estaba representada la luna llena que ocupaba la posición central en el símbolo de la triple luna? Sin poder evitar el impulso, arrancó de la pared el mapa físico de la costa cantábrica y lo colocó sobre el suelo. Tuvo una idea. Cogió un rotulador negro y unió las cumbres del monte más situado al oeste, el Eskutxi, la del monte Oiz, que era el que estaba ubicado más al norte y la del Txindoki, el más oriental. El mapa le devolvió la figura de una semicircunferencia casi perfecta. Necesitaba un círculo, una circunferencia completa. Un momento. ¿Y si unía a su vez el Txindoki del extremo este con la Sierra de Codés situada al sur y esta a su vez con el Eskutxi del oeste? La figura que se creaba era una semicircunferencia, pero bastante atrofiada. Faltaba algo, la mitad sur del círculo tenía que abrirse más para que fuera simétrica con la del norte. Y entonces lo vio. Volvió a trazar la semicircunferencia del sur uniendo de nuevo el monte Txindoki del este, con la sureña Sierra de Codés, pero esta vez, antes de cerrar el círculo con el Eskutxi del oeste, amplió un poco el arco para hacerlo pasar por el monte Toloño, situado en el sur de Álava. Ahí estaba el símbolo de la luna llena. Un círculo casi perfecto. No podía ser casualidad que el último monte que faltaba para completar el símbolo de la Diosa fuera el Toloño, probablemente el monte más conocido de La Rioja Alavesa. Se fijó en que la parte más al sur del círculo recorría buena parte de la Sierra de Cantabria que vertebraba la comarca, por lo que cualquiera de las cumbres que conformaban

aquella cordillera riojana alavesa podía acoger el escenario del último crimen. Si es que el asesino pensaba detenerse. “*Fantástico*”. Tenía que llamar a Lucía y ponerla sobre aviso. Ella tenía razón. El asesino iba a tener dónde elegir en la reunión que había convocado su tía Sabina.

Mientras se incorporaba reparó en otro detalle. El círculo central que representaba a la luna llena en el emblema de la Diosa simbolizaba el arquetipo de la maternidad. Si las víctimas de la luna creciente eran todas niñas y las de la luna menguante eran todas ancianas, solo podía significar que la mujer asesinada en la Sierra de Codés tenía que ser madre. Buscó la noticia de su muerte en Internet y enseguida halló la respuesta que buscaba. La víctima de la Sierra de Codés estaba embarazada en el momento de su muerte y, al igual que las demás, estaba vestida de blanco. Sin embargo, la policía había encontrado un elemento discordante respecto al resto de las víctimas. Sobre su cadáver habían aparecido tres mazorcas de maíz repletas de grano, a diferencia de los cuerpos de algunas de las niñas, en cuyas vaginas se habían localizado granos de dicha planta.

Un escalofrío erizó todo el vello de sus brazos. Sentía que le iba a estallar la cabeza. El asesino no solo estaba matando a sus víctimas en función de los tres arquetipos de la diosa, sino que, por si quedaba alguna duda, estaba remarcándolos utilizando las fases de crecimiento de aquella gramínea. Ander estaba convencido de que junto a los cuerpos de las ancianas del Aitzgorri y el Txindoki habían tenido que aparecer restos de la planta seca del maíz, pero no encontró nada en ningún periódico. Una cosa estaba clara. La última víctima de “la *sorgina*”, la que completaría el ritual de las tres lunas rojas, seguramente también estaría esperando un hijo. Desbloqueó el móvil y llamó a Lucía. Ella estaba embarazada y el padre de la criatura lo sabía. ¿Podía ser Hubert Vanner y no William Dick quien estaba ayudando a Suzanne Bechs a llevar a cabo aquel siniestro ritual? ¿Era Hubert Vanner “la *sorgina*”? Tras cuatro intentos fallidos desistió. Lucía tenía el móvil apagado. Descolgó de la pared las llaves del coche y abrió la puerta del garaje. Tenía que encontrarla como fuera.

El ruido del silbato se dejó escuchar en todo el valle. Las aves nocturnas enmudecieron sorprendidas por el estruendo provocado por aquel sonido amplificado con un altavoz.

—Aimar, tú también tienes que gritar. Si no, no nos va a encontrar ni Dios. ¿Me estás oyendo, atontado?

—Me da vergüenza gritar eso.

—No seas gilipollas. Tú eres el que grita, yo el que entrego las cucharas cuando nos encuentren. Si grito yo, nos van a descalificar.

—No voy a gritar eso. *Ama* no me deja decir esas cosas guarras en voz alta.

—¿Quieres dejar de decir tonterías? ¿No ves que las otras parejas que están escondidas también están gritando chorradas?

—Te he dicho que no. *Ama* me va a oír y me da mucha vergüenza.

—Tu madre está con el resto de viejos en el campamento. No va a saber que eres tú. ¿Pero es que no te das cuenta de que todos los padres están escuchando a los demás gritar las contraseñas? Todos están diciendo guarradas. ¡Serás *maricón*! Como vuelva a sonar el silbato y no grites, te juro que te pego un par de ostias.

Aimar odiaba con toda su alma el juego del “Ojo Biriki”. Le daba miedo la oscuridad, por mucho que les dejaran alumbrarse con linternas cuando los demás participantes no andaban cerca. A Hugo y a él les había tocado ser una de las diez parejas que debían esconderse en el bosque que rodeaba el campamento. Su misión era pasar desapercibidos, que los demás jugadores no les encontrasen. Para ello debían camuflarse como pudieran. Ellos dos se habían escondido bajo unos helechos y se habían cubierto con una manta. Cada vez que el silbato sonaba en el campamento, cada pareja debía gritar su contraseña diez veces consecutivas para que los demás les escuchasen y pudiesen encontrarles guiándose por los chillidos. Si les localizaban, debían entregarles una recompensa. A Hugo y a Aimar les habían asignado las cucharillas del postre. Aimar temía a Hugo. Todos y cada uno de los cinco días que llevaban juntos, Hugo y sus amigos le habían hecho la vida imposible, tirándole a la poza vestido, empujándole al interior de la letrina y ridiculizándole cada vez que tenían ocasión delante de los demás chavales. Estaba deseando que terminara aquella tortura y poder regresar con *Ama*. Esa tarde los padres de todos los niños habían llegado para pasar “la noche en familia”, la única velada en la que los parientes visitaban a los menores durante los quince días que duraba el campamento. Aimar no había visto llegar a su madre. Había tenido que ir a buscar su escondrijo junto con Hugo antes de que acabaran de llegar todos los padres. Pero sabía que estaba ahí, esperando a que el juego terminara para abrazar a su amado hijo. De ninguna manera pensaba gritar la cochinada que Hugo le había dicho que vociferara.

De nuevo el ruido del silbato tronó por todo el valle.

—¡Te he dicho que grites la contraseña, retrasado! —le gritó Hugo al oído. Aimar no respondió. Su corazón brincaba demasiado acelerado en su pecho. Notaba que le faltaba el aire.

Nunca había sentido una tensión así.

—¡Que grites, pedazo de mierda! —volvió a chillarle. Ante la falta de respuesta de Aimar, Hugo la emprendió a puñetazos contra su barriga. Aimar notó cómo los macarrones de la cena le subían por el esófago. Si Hugo no se detenía iba a vomitar.

—¡Ahí te quedas nenaza!

Hugo recogió la manta y las cucharillas y abandonó el escondite corriendo. En el suelo, Aimar se retorció de dolor. Al cabo de unos minutos fue consciente de que estaba solo en mitad de la negrura. Como pudo, se levantó y trató de orientarse. Hugo había insistido en ir hasta la otra punta del bosque para dificultar la labor de búsqueda del resto de jugadores. Trató de distinguir en la distancia la luz del campamento pero, a pesar de que oía el ruido lejano de los padres hablando entre sí, no logró divisar la acampada. Comenzó a caminar entre la espesura de la vegetación, mientras las ramas puntiagudas de las zarzas y las lacerantes hojas de las ortigas herían la piel de sus manos y cara. El dolor del estómago apenas le dejaba caminar. Pasó más de media hora y cada vez escuchaba más lejano el rumor de las voces del campamento. Hasta que dejó de oírlo. Sabía que se estaba adentrando más y más en el bosque, pero no conseguía encontrar la forma de salir de allí. Una alimaña nocturna pasó corriendo a su lado y le rozó la pierna derecha. Aimar se quedó paralizado por el miedo. Su madre le había contado mil historias acerca de los seres malignos que habitaban la noche. *Sorginas*, lamias y demonios pululaban a sus anchas en cuanto se ponía el sol. Observó a aquel ser detenerse en seco unos metros más adelante y horrorizado, lo contempló mientras se erguía hasta ponerse completamente de pie. Le pareció distinguir una sonrisa repleta de dientes a la altura de donde debía situarse el rostro. Aimar gritó y comenzó a correr presa del pánico. Solo quería llegar donde estaba *Ama* y refugiarse entre sus brazos. Pero eso jamás volvería a suceder.

Cayó por un terraplén y se rompió la pierna. Ni siquiera tuvo fuerzas para gritar. El dolor era tan intenso que le hizo perder la consciencia. Tuvo suerte de caer en una hondonada cubierta de maleza. Al cabo de un rato volvió en sí durante un par de minutos y le pareció escuchar la sirena de una ambulancia. ¿O era la policía? Volvió a desmayarse. La siguiente vez que abrió los ojos estaba en la camilla de un hospital. Nada más despertarse buscó con la mirada a *Ama* pero no la encontró. Preguntó por ella a la enfermera que le estaba atendiendo en ese momento pero la joven no le respondió. En su lugar, le tomó la mano con dulzura y le dijo que lo sentía. Algo muy malo le había sucedido a *Ama* cuando se había enterado de que su hijo se había perdido en el bosque. La enfermera tenía lágrimas en los ojos. Pero Aimar no lloró. Se sintió el niño más miserable y cobarde del mundo. Si hubiera gritado cuando era su turno, Hugo no se habría marchado y él no se habría perdido. Odió a Hugo y a todos los chicos del campamento, pero sobre todo se odió a sí mismo por ser un miedica. Un vacío inmenso se abrió paso en su corazón y jamás quiso volver a rellenarlo. Decidió que ese hueco sería por siempre para *Ama*, su madre. Lo reservaría para que ella regresase cuando quisiera y tuviera un sitio donde quedarse.

Un intenso aroma a incienso y madera mezclado con algún tipo de aceite esencial impregnaba cada rincón de la estancia. El aturdimiento provocado por aquel olor desaparecía al cabo de unos minutos de haber entrado, pero aun así la sensación de irrealidad permanecía suspendida en aquella lúgubre atmósfera. En las paredes situadas en el espacio que había nada más cruzar las puertas aparecían colgadas unas veinte antorchas de mecha corta colocadas sobre unos recipientes metálicos que difundían por todas partes aquel embriagador perfume. La luz era escasa, lo que hacía que todo pareciera envuelto en una siniestra penumbra. En la sala había capacidad al menos para quinientos invitados. Era la joya de la corona de aquella bodega conocida entre los lugareños como “El dolmen” y que pertenecía a Alejandro Zuberoya, el padre de los hijos de Concha Elguea. La estructura del salón recordaba a la de un teatro clásico romano, con su forma semicircular en torno a un escenario que ocupaba la zona central de la parte inferior, mientras las gradas iban ascendiendo en diferentes niveles de altura en torno a él. Los asientos estaban forrados de un terciopelo granate, confortable y cálido al contacto con la piel. Un poco más de la mitad estaban ocupados. La acústica era casi perfecta y había sido diseñada para acoger recitales de música clásica y pequeños congresos enológicos. A pesar de ocupar la planta inferior del edificio, los techos eran altos e incluso las gradas superiores aparecían rodeadas por un enorme ventanal que hacía de muga con el jardín exterior. Bajo el escenario se situaba el área denominada orquesta, donde normalmente se ubicaban las autoridades o los invitados de renombre.

Aimar Errekamendi se había colado sin que nadie le preguntara qué hacía allí. Le extrañó la aparente ausencia de vigilantes que controlaran quién accedía al evento. Había hecho acopio de valor para descender por la oscura escalera por la que había bajado Concha Elguea. Sorprendentemente, no le había costado hacerlo. Al parecer, la terapia de la doctora Juliana Monroy había funcionado para superar su fobia. *Ama* estaría orgullosa de él. Antes de decidirse a bajar, cubrió su cuerpo con la gabardina que llevaba plegada en su bolso. El atuendo de turista no era el más adecuado para asistir a un acto como aquel y pasar inadvertido. Los asistentes fueron llegando paulatinamente, muchos de ellos después de la hora acordada.

Observó atentamente a Santiago Valls, el Mayor del Jardín del Mar Balear y líder de los Caducos. Jon Arkaute le había advertido sobre su más que probable presencia allí, a pesar de no estar invitado. Había decidido sentarse junto con alguno de sus secuaces en aquella zona especial reservada a los invitados de renombre. Estaba visto que se consideraba a sí mismo lo suficientemente importante como para ocupar un lugar tan privilegiado. En las fotografías que le había mostrado Jon, Santiago Valls resumaba autoridad por los cuatro costados pero en persona era aún más intimidatorio. Por detrás de él, decenas de hombres y mujeres debatían en voz baja. Concha Elguea acababa de pronunciar un discurso de bienvenida desde el escenario, donde alrededor de otros veinte dispositivos similares a los de la entrada, alumbraban con el resplandor de sus llamas aquel espacio. Afortunadamente el sistema de ventilación ayudaba a que la temperatura no aumentara en exceso. El efecto del juego de sombras creadas por el fuego sobre la

silueta de la hermana de Sabina Elguea aumentaba aún más la sensación de irrealidad. Su voz había sonado de manera nítida a través de los altavoces repartidos por el suelo del escenario. Concha había hablado sin tapujos de todo lo que le había contado Jon Arkaute, como si los gigantes y la profecía del retorno de los que estaban antes fuera algo sobre lo que todos los asistentes estuvieran más que acostumbrados a escuchar hablar.

—No tenéis derecho a seguir custodiando la llave. Nosotros somos los guardianes. Es nuestra misión sagrada. Entregádnosla de una vez o ateneos a las consecuencias —le espetó Santiago Valls.

—Estimado como te llares —lo interrumpió Concha exponiendo de manera rotunda su desprecio hacia el líder de los Caducos. Aimar percibió cierto tono enrevesado en sus palabras, como si se hubiera tomado algún tipo de bebida alcohólica que le impidiera hablar con soltura. —Deberías mostrar algo más de respeto hacia nosotras y nuestro linaje. Somos las descendientes de Kara, la portadora de la sangre. Somos las descendientes de Leuken, el centinela que arriesgó su vida para salvar el legado. Somos las descendientes de las Madres, transmisoras de ese legado. Descendemos directamente de quienes habitaron Luria, la ciudad santa. Nosotras llevamos la sangre de los que estaban antes. Somos las súbditas de la reina *Amari*. Somos las guardianas de la llave. Siempre lo hemos sido. Exijo respeto para nosotras y nuestros ancestros. ¿Qué sois vosotros, aparte de una panda de fanáticos misóginos?

Un rumor se extendió entre los asistentes. Nadie recordaba que alguien se hubiera enfrentado a los Caducos de esa manera tan beligerante en público. La ira se desbordaba por las cuencas de los ojos de Santiago Valls.

—No entiendes nada, mujer —dijo—. Sois un mero accidente, una casualidad. Un error a enmendar. Vuestras costumbres son aberrantes, vuestros ritos hechicería barata. Esa bruja en la que creéis no es hija de ninguna diosa. Solo fue una loca que captó a unos cuantos adeptos para su secta de tres al cuarto. Me río de vuestra diosa. La orden de la hermosa rosa perenne es mil veces más antigua que vuestro estúpido linaje. Os creéis el centro del universo y solo sois un pequeño grano de la inmensa playa del espacio y el tiempo. Nuestra orden procede de un mundo que tú ni siquiera eres capaz de concebir. Entrégnos la llave antes de que se desate el caos.

—*Amalur* existe, desgraciado —dijo alguien desde el fondo del escenario. Muchos de los presentes se pusieron de pie para tratar de descubrir quién había hablado. Esperaban la entrada de Sabina Elguea, la líder del linaje de los berones. Sin embargo, quien apareció ante sus miradas atónitas era una mujer mucho más baja y de más edad. Algunos la reconocieron pero la mayoría no tenían ni idea de quién se trataba.

—¿Quién eres tú, mujer? —preguntó Santiago Valls indignado por la interrupción.

—Soy más vieja que tú, chaval —contestó ella—. Y tengo bastantes más ovarios que tú, así que trátame de usted si no te importa.

—Amelia, espera, no... —trató de disuadirla Concha. Amelia no debía estar allí.

—Soy Amelia Aizaga, prima de Véspero Aizaga, la madre de esta señora que está a mi lado —contestó apartando a un lado a Concha. Le había indignado que en su discurso de bienvenida Concha hubiera hablado como si nada del legado de los linajes, como si todos los presentes lo conocieran en su totalidad, lo cual era poco probable, y no hubiera hecho ni una mención a los asesinatos de “la *sorgina*”, que se suponía era el motivo de la reunión. Seguramente de ese tema se encargaría Sabina después. —Yo sí que he visto cosas que tú ni te imaginas, así que no te las

des de resabido. *Amari*, esa bruja loca según tú, existió. Claro que existió. Fíjate si existió que su recuerdo aún permanece en las leyendas de nuestra querida mitología. Y no solo en la nuestra, chaval, también en la de muchos otros lugares. Ella fue nuestra reina. Y lo más importante, nos enseñó a amar y respetar a *Amalur*. ¿Cómo te atreves a ridiculizar a la Diosa? *Amalur* existe desde el principio, ella es la fuente de todo, la hacedora, la creadora, el pájaro que puso el huevo cósmico del cual surgió todo lo que ves. Pero eso tú y todos esos calvos barbudos que te rodean ya lo sabéis.

—Amelia, por favor, no sigas... —volvió a insistir Concha.

—Sois la mala hierba de la Fundación Petunia —prosiguió Amelia—. Sois el cáncer de la orden de la hermosa rosa perenne. Deberíais cumplir con vuestra función de guardianes y velar por el orden del universo, pero en estas condiciones, es imposible permitirlo. A vosotros lo que os pasa es que no soportáis que nosotras, ¿cómo nos has llamado? ¿hechiceras de tres al cuarto?, seamos las custodias de la llave. No podéis soportar que la reina *Amari*, una mujer, trajera la verdad al mundo. Nunca lo habéis querido aceptar. Por eso animales como tú masacrasteis a las Madres en aquella matanza, por el poder que estaban acumulando, porque estabais perdiendo el control. Acabasteis con Kara, la Madre de Madres, la suma sacerdotisa. Las aniquilasteis a todas como si fueran una plaga de ratas. Mujeres inocentes. Mujeres de bien. Las hijas de *Amalur*. Fíjate que muchos otros como vosotros han tratado de aniquilar nuestras creencias a lo largo de la historia y no lo han conseguido. Ni mil inquisiciones podrían haber acabado con el legado de *Amalur*. ¿Sabes por qué? Porque la Diosa lo es todo, está en todas partes, también dentro de vosotros, incluso de ti. Imposible acabar con ella.

Lucía Zuberoa cerró con llave la puerta del yacimiento del estanque celtibérico de Laguardia. En el exterior, la noche había descendido hacía rato sobre las murallas de aquella antigua villa. Se había tenido que quedar más de la cuenta debido a un problema en el sistema de megafonía. Había esperado a que llegara el técnico que había elegido la compañía aseguradora y el tiempo se le había echado encima. Si no se daba prisa, llegaría a la reunión cuando ya hubiera terminado.

Se montó en la bicicleta y abandonó a buen ritmo la colina sobre la que se levantaba la localidad. Enseguida tomó la carretera que la llevaría hacia su destino. La temperatura había bajado de manera drástica y sintió el gélido abrazo del viento chocando contra su cuerpo. En el firmamento, la luna llena brillaba con fuerza iluminando la calzada y los campos de vides. No se veía ni un alma por la carretera, a pesar de que era previsible que la fiesta aún no hubiera terminado en Lacaverna.

Cuando le faltaban apenas dos kilómetros para llegar un coche se situó detrás de ella a escasa distancia. Sintió las luces largas del vehículo sobre su cogote, como si tratara de deslumbrarla. Se volvió para hacerle algún tipo de gesto y demostrarle que estaba creando una situación de peligro, pero al hacerlo la luz intensa de los focos la cegó y perdió el control de la bicicleta. Pudo frenar a tiempo antes de estamparse contra una señal de *stop* que había en uno de los laterales de la vía, pero terminó cayendo en la cuneta. El coche se detuvo y alguien se bajó corriendo.

—¡Lucía, Lucía! ¿Estás bien?

—Sí, creo que sí —dijo ella incorporándose. Instintivamente se llevó la mano al vientre, pero no notó nada en especial.

—¡Joder! Perdóname, por favor, no era mi intención que te la pegaras. ¿Seguro que estás bien? ¿Vamos a urgencias a Logroño?

Lucía se frotó los ojos y se concentró en la silueta del hombre que le hablaba. Estaba algo aturdida pero aparentemente no se había hecho nada, tan solo un rasguño en la pierna derecha.

—Por poco me matas, joder. ¿A qué viene esto, Ander?

—Creo que Hubert es “la *sorgina*”. Al principio pensé que podría tratarse de William Dick, el sobrino de Suzanne Bechs, pero ahora creo que es Hubert. Puede que Suzanne Bechs tenga el don de la vigilia, se ha hecho una prueba clínica hace poco por insomnio. Te he llamado mil veces. ¿No has visto mis mensajes? He ido hasta Laguardia y he visto que te habías ido ya. Menos mal que te he encontrado —soltó Ander atropelladamente.

Había estado demasiado ocupada con el técnico del seguro como para andar mirando el móvil.

—Estás mal de la cabeza, Ander.

—He descubierto algo en lo que no habíamos caído. El asesino está trazando el dibujo de las tres lunas, el símbolo de la Diosa del que me hablaste, con cada uno de los asesinatos. He unido sobre un mapa las cumbres de todos los montes donde aparecieron los cuerpos y encajan perfectamente. Es más, las víctimas de los montes que quedan unidos por la media luna creciente son todas niñas, al contrario que los de la media luna menguante, en su mayoría ancianas. Le falta

completar el círculo, la luna llena, por el sur. Y creo que lo va a hacer con algún punto de la Sierra de Cantabria. Estás en peligro, Lucía.

—¿Yo?

—La mujer que mató en la Sierra de Codés, también en la línea del círculo que falta por cerrar, estaba embarazada, como tú. Un periódico ha publicado la noticia de que sobre su cadáver la policía encontró tres mazorcas de maíz repletas de grano. Creo que lo ha hecho para remarcar que era madre, que iba a dar fruto, a diferencia de las niñas, en las que simplemente introdujo granos de maíz en sus partes, porque ellas aún no podían hacerlo. Le falta cerrar el círculo y completar la luna central del símbolo de la Diosa, la que representa el arquetipo de la maternidad. Piénsalo bien. ¿Quién cómo él conoce mejor el ritual de las tres lunas? Ha escrito libros hablando sobre el insomnio de los dioses e incluso en uno de ellos menciona el ritual. Si Suzanne Bechs tiene el don de la vigilia, puede que lo esté utilizando para ayudar a salvarla.

—No sé cómo has averiguado eso de Suzanne Bechs pero Hubert no es un asesino. ¿Qué me dices de David? Si nos ponemos así, David tiene más probabilidades de ser “la *sorgina*”. Y Ruud puede estar ayudándole.

—Sí, eso pensé en un principio. Pero hay algo que no te he contado y que inclina la balanza a favor de Hubert. Dices que no es un asesino, pero yo te aseguro que ya ha matado antes, aunque no él directamente. A Manu.

—¿Qué me estás contando, Ander? ¿Se te ha ido la olla?—preguntó ella incrédula.

—Manu no murió despeñado con el coche. Te mentí. Vino a buscarme a casa de Ruud y si no hubiera ocurrido lo que ocurrió me habría matado a golpes.

—¿Qué pasó?

—El Dios astado acabó con él y me salvó. Ese ser surgió de la nada y mató a Manu. Sé que fue Hubert quien dirigió al Dios astado contra Manu para salvarme.

Lucía lo miró como si estuviera loco.

—Estás diciendo gilipolces, Ander, y me estás cabreando.

—Lucía, créeme, por favor. Me conoces bien, sabes que no te mentaría en algo así. Cuando Manu me estaba golpeando, apareció ese ser y en un segundo Manu había muerto con el cráneo partido. Hubert y Ruud se deshicieron del cuerpo simulando lo del accidente. Sé que suena increíble, pero créeme, por favor. Era el Dios astado. Quise creer que todo había sido una alucinación por culpa de los golpes, pero sé que era esa entidad. Estoy convencido de que Hubert tiene la capacidad de invocarlo. Desde luego tiene los conocimientos necesarios para ello.

Ander le contó brevemente sus encuentros anteriores con aquel ser. Lucía le creyó. Sabía que Ander le estaba diciendo la verdad. El dolor y el miedo se reflejaban en cada una de sus palabras mientras describía aquellas experiencias. Ander era transparente. No lo conocía desde hacía mucho pero jamás había tenido ningún tipo de duda respecto de su honestidad. Había escuchado mil veces a su madre y a la prima Amelia contarle viejas historias sobre esa entidad, mitad hombre, mitad cabra, al que en los antiguos aquelarres se invocaba junto a *Amalur*. Era *Aker*, el Dios astado. Venerado por algunos de los linajes por encima del culto a la propia Diosa. Ella misma se lo había explicado a Ander. Las mujeres más viejas de los linajes vascos aún reclamaban la presencia de *Aker* en las reuniones que se organizaban de vez en cuando de manera

clandestina. La tía Sabina y muchas otras se negaban a hacerlo, pues consideraban un insulto invocar a un ser al que los bátavos atribuían mayor jerarquía que a *Amalur*. No porque tuvieran nada en contra de él, sino porque el dolor y el rencor por los enfrentamientos del pasado emponzoñaba cualquier intento de acercamiento a aquella entidad.

Lucía abandonó la bicicleta y se metió en el coche. Las lágrimas de rabia bañaban su rostro y apenas le dejaban pensar con claridad. Ahora entendía los silencios que se producían cuando le pedía explicaciones a Hubert por haber desaparecido durante dos, tres, cuatro días, sin dar señales de vida. Ahora se explicaba por qué Hubert jamás hablaba del futuro de ellos dos. Ahora comprendía por qué Hubert se negaba a hablar de la guerra milenaria entre los Bechs y los Elguea y le cambiaba de tema cada vez que “la *sorgina*” salía en la conversación. Se preguntó si ella también formaba parte del plan, si Hubert sería capaz de acabar con ella y con el hijo que ambos habían engendrado. ¿Había sido tan estúpida como para no verlo venir?

—¿Estás bien? —le preguntó Ander reduciendo la velocidad.

—Acelera de una vez. Tengo que avisar a mi tía. Soy idiota.

—¿Qué pasa?

—Hubert me ha llamado esta tarde. Lloraba como un niño. Me ha suplicado que le perdonara y que tuviéramos al bebé, que todo saldría bien.

—¿Y?

—Me ha ablandado, Ander, y he incumplido la promesa que le hice a mi madre y mi tía de no revelar a nadie el lugar. Hubert sabe dónde se está celebrando la reunión.

El murmullo de voces aumentó de decibelios en el graderío. Un hombre de las últimas filas se levantó y comenzó a descender por la escalera de uno de los extremos. Su cabello blanco relucía en medio de la penumbra. Aimar Errekamendi lo reconoció enseguida. Era el tipo al que había visto reunirse con Lourdes del Río, el mismo al que había visto entrar en aquel supermercado para entregar a Sofía Arrizabalaga el expediente sobre el aquelarre. Koldo de Andrés. Cuando Jon Arkaute le había mostrado fotografías de aquel escurridizo profesor universitario enseguida lo había reconocido. Debía de haber llegado en el último momento a Lacaverna porque no lo había visto durante las celebraciones diurnas. Jon y la propia Anne Wellington habían tratado de localizarle en los últimos meses pero su búsqueda había sido infructuosa. Parecía que siempre caminaba un paso por delante de ellos. Koldo de Andrés había investigado en profundidad el legado de los berones, la llave y la profecía del retorno de los que estaban antes. Había trabajado en multitud de excavaciones arqueológicas relacionadas con culturas ancestrales que escapaban a la lógica admitida por la historia y la ciencia oficiales. Incluso había participado en las excavaciones de la muralla de Vitoria donde habían aparecido restos óseos de supuestos gigantes. Probablemente nadie en el mundo tenía los conocimientos que él poseía acerca de esos seres y de la profecía.

Aimar giró la cabeza en busca de Lourdes del Río. La descubrió sentada cerca de la entrada, junto a Sofía Arrizabalaga. Siete filas por debajo de ellos vio a un hombre que parecía extranjero. Pensó en el profesor James O'Connor. Sí, tenía que ser él. Desde su posición Aimar no distinguía bien su rostro, pero su ropa y su apariencia física claramente anglosajona le delataban. Miró su teléfono móvil. No tenía cobertura. ¿Le habría mandado Jon Arkaute algún mensaje? ¿Estarían llegando? Si no se daban prisa, toda la estrategia ideada por los Originarios para detener la masacre de los Insurgentes se iría al traste.

—Dejad de hacer el ridículo —dijo Koldo de Andrés al llegar a la zona de la orquesta—. Amelia Aizaga dio un paso al frente.

—No me lo puedo creer —dijo Amelia al ver a Koldo subiendo al escenario—. Don Koldo de Andrés se ha dignado a aparecer. Mis *galtzagorris* me han transmitido más de una vez rumores que aseguraban que estabas vivo, pero no me lo quería creer hasta verlo con mis propios ojos. ¿Quién te ha visto y quién te ve? Has envejecido muy mal.

—Deja de hacer el ridículo, Amelia. Y no reniegues tanto de la Fundación Petunia. Tú estuviste cuando la constituimos. Formas también parte de ella.

—Eso fue hace más de veinte años, Koldo. Si no supiera que eres de Labastida pensaría que eres de Bilbao por lo que acabas de decir. Nosotros no fundamos nada. No engañes a la gente. La Fundación Petunia es solo el nombre que tiene la orden desde hace relativamente poco. Nosotros nos limitamos a darle forma jurídica en los años noventa.

—Y luego la abandonaste —dijo él.

—La dejé en cuánto empecé a ver de qué iba esto, quiénes estaban al mando. Y me alegro de haberlo hecho. Tengo entendido que no todo el mundo consigue salirse tan alegremente. Pero ¿te cuento un secreto? Jamás la he abandonado del todo —le reveló.

Los hermanos guardianes de la facción secreta de Arantzazu la habían ayudado a cuidar de La Niña durante muchos años, pero eso Koldo no lo sabía. Dudaba mucho que hubiera alguien en la sala que supiera de la existencia de La Madriguera. El profesor Koldo de Andrés se quedó mirándola como si tratara de discernir qué había querido decir exactamente.

—Te escucho hablar y sigues sonándome igual de ridícula que antaño, Amelia. Y me da pena. Mucha pena. Porque te aprecio. Pero no tienes ni idea de qué es esto que defiendes con tanto ahínco. Hablas de *Amari* como si hubiera sido la reina de los que estaban antes, como si hubiera gobernado un ejército de gentiles o hubiera sido la dirigente de una iglesia ancestral de gigantes.

—No se te ocurra difamar a *Amari*, te lo advierto —le dijo ella.

—No se trata de difamar, Amelia. Se trata de conocer la verdad. Tú y todos estos linajes que afirmáis descender de un mundo anterior, de unos gigantes que existieron en una civilización idílica, sencillamente no tenéis ni idea de qué estáis hablando. ¿Cómo llamáis a esa civilización? ¡Ah, sí! Oiraco —dijo pronunciando el nombre con dramatismo—. Bonito nombre. Suena casi mejor que Camelot.

—Tú qué sabrás.

—Habláis de la profecía del retorno de los que estaban antes como si fuera una suerte de biblia. Estáis convencidos de que algunos de vuestros hijos van a protagonizarla, que están llamados a ello. Y en el fondo tenéis razón. Pero no en el sentido místico que tú te piensas, Amelia. Dejad de comportaros como pueblerinos. No se va a abrir ninguna puerta mágica a ningún mundo paralelo ni a otra dimensión. Habéis construido una mitología, una interpretación fantasiosa a partir de algo que ocurrió hace mucho, muchísimo tiempo. No te estoy acusando a ti. Ni siquiera a vuestro linaje. Probablemente esta construcción legendaria comenzó hace milenios. Pero estamos en el siglo XXI, Amelia. La arqueología y la ciencia me han dado la clave para saber la verdad.

Un silencio abrumador arrebató el aliento de casi todos los asistentes a la reunión. Aimar Errekamendi volvió la cabeza hacia las puertas. Dudó de si salir al exterior y llamar a Jon Arkaute. La situación estaba derivando en algo que no habían previsto. ¿Por qué tardaban tanto en llegar?

—Deja de poner en duda a nuestros ancestros —le pidió Amelia Aizaga—. ¿Cómo te atreves?

—No los pongo en duda. Eso no lo voy a negar. Pero vuestra historia no es tan antigua como creéis, Amelia. Y no pertenece a ningún mundo legendario, sino a nuestro querido planeta Tierra.

—No sigas por ahí —le pidió Amelia.

—¡Déjale hablar! —gritaron unas mujeres sentadas en las filas más cercanas al escenario. Amelia estuvo a punto de reprenderlas, pero finalmente hizo un gesto con la mano cediendo la palabra a Koldo de Andrés.

—Existió una especie, no una raza, de homínidos que ciertamente eran demasiado altos para su época —anunció Koldo—. Sobre todo si los comparamos con sus coetáneos los *homo sapiens*, los neandertales, o incluso los denisovanos. No digamos ya si los comparamos con los hombres de Flores. Son vuestros gigantes, Amelia. Los gentiles de la mitología vasca. No hay otra conclusión posible. He dedicado demasiados años a investigarlo. Estos gigantes surgieron en algún lugar de la costa atlántica de Europa y su rastro se expandió rápidamente por el área cantábrica. La zona del actual País Vasco parece ser que fue su predilecta, aunque se ha encontrado su rastro biológico en las islas británicas, en algunas islas del Mediterráneo y en otros puntos de Europa. Estoy convencido además de que eran una subespecie de los neandertales.

—No tienes ni idea —le espetó Amelia—. No sabes de lo que hablas. La reina *Amari* existió, enseñó a su pueblo, los gigantes, a vivir y experimentar a la Diosa. Lo lideró y lo defendió con uñas y dientes en una guerra iniciada por quienes trataron de exterminar la fe en *Amalur*. Esta guerra estuvo a punto de acabar con nuestros ancestros. La leyenda del fin de los gentiles habla sobre este acontecimiento. Hubo un ataque, un intento de genocidio que en la leyenda es descrita como la nube, y supuso el principio del fin de Oiraco, de la civilización de los gigantes.

—¿Tú te escuchas lo que dices, Amelia? —la interpeló él—. Estás hablando de un cuento de hadas como si fuera realidad. ¿Pero es que no te das cuenta de lo infantil de tus creencias? Eso que tú llamas “la nube” no fue ningún ataque, ninguna bomba, ninguna guerra química. La nube de la profecía no es más que la erupción del súper volcán del golfo de Nápoles, conocido como los Campos Flégreos, ocurrido hace cuarenta mil años. Fíjate si fue grande la nube que se formó, que las cenizas de la erupción se extendieron desde el sur de Italia hasta Rusia. Las culturas que perpetuaron y conservaron ese culto a la Diosa en torno al mito de los gigantes han conmemorado dicho acontecimiento en muchas de sus representaciones artísticas. Las casas de dragones de la isla griega de Eubea, el pozo de Santa Cristina de Cerdeña, la propia leyenda vasca del fin de los gigantes... todas esas culturas hablan de lo mismo. De la erupción del súper volcán de Nápoles que supuso el principio del fin de los neandertales y, junto a ellos, de los homínidos gigantes de la costa cantábrica. La profecía del retorno de los que estaban antes no habla del regreso de los gigantes a través de una puerta mágica interdimensional. Esa puerta que se va a abrir es muy diferente. Esa llave que custodiáis no tiene el poder que creéis que tiene.

—Eres un maldito hereje —dijo de repente Santiago Valls, que había permanecido en silencio hasta ese momento—. ¿Cómo te atreves a decir semejante sarta de mentiras? En una ocasión alguien me habló de ti. Fuiste uno de los jardineros más respetados y ahora mira en qué te has convertido. En un pelele agnóstico.

—El profesor De Andrés no es ningún pelele —dijo una mujer desde el público.

Todo el mundo se volvió hacia ella. Aimar confirmó que quien había hablado era Lourdes del Río, que fue bajando lentamente los escalones hasta situarse junto al líder de los Insurgentes. Los hombres de Santiago Valls se pusieron en pie y adoptaron una posición corporal amenazante, con una pierna adelantada a la otra, como si estuvieran esperando una orden de su líder para ejecutar algún tipo de ataque previamente ensayado.

—Esa puerta que se va a abrir no es más que una mutación, una combinación de genes que dará pie al retorno de una especie, la de los gigantes. O a una muy parecida a la original —prosiguió Lourdes del Río.

—Estás loca —dijo Amelia.

—No estoy loca —dijo Lourdes—. El profesor De Andrés tiene razón. Han tenido que pasar cientos, miles de años para llegar hasta este momento. Lo que profetizaron los viejos augurios de todos vuestros linajes no es más que el comienzo de lo que traerá de vuelta a la raza de los gigantes, de esa subespecie de los neandertales de la costa cantábrica. Todos los que estamos aquí conservamos en nuestro interior la huella genética de los neandertales. En eso no hay discusión que valga. Pero vosotros, los berones y el resto de linajes que creéis en los relatos mitológicos de *Amari* y los gigantes, tenéis además en vuestro interior la huella genética no solo de los neandertales, sino de esa subespecie, la de los gigantes. De ahí las palabras de la profecía. “*La sangre del hijo de los primeros hombres y de la hija del hijo de los primeros hombres heredará el camino al reino de los que estaban antes. La puerta se habrá abierto y todo volverá al principio.*”

—Se te olvida una parte muy importante de la profecía —le recriminó Amelia—. “*Y el linaje de los hombres será aniquilado.*” ¿Cómo explicas eso?

—Es lo que va a ocurrir, aunque no literalmente. Cuando se produzca esa mutación, el ser humano ya no volverá a ser el mismo. Si esa alteración de la secuencia del ADN tiene lugar y se transmite, poco a poco el genoma de todos los hombres y mujeres del mundo se modificará. Los gigantes habrán retornado y habrán acabado con la especie humana tal y como la concebimos ahora.

Anne Wellington miró la luna llena alumbrando desde el firmamento repleto de estrellas que cubría Lacaverna. Casi había olvidado la sensación de espiritualidad y misticismo que había percibido en su última visita a La Rioja Alavesa. Le bastaron solo diez minutos para recordar aquella conexión tan especial que sentía con aquel imponente paisaje de viñedos y piedra caliza. La Sierra de Cantabria estaba especialmente bonita aquella noche, como si todos los astros del cosmos hubieran decidido dirigir sus haces de luz hacia aquel punto del universo, envolviéndolo en un delicado y frío manto cargado de vibrante energía estelar. El suave vaivén del aire fresco proveniente de las montañas le hizo recordar los momentos que había vivido en aquellas antiguas tierras, primero junto a David y después con Jon. Revivió el misterio que emanaba de aquel antiguo país de los berones, al que sentía que de algún modo pertenecía. Por sus venas corría el rumor ancestral de las mujeres y los hombres que habían nacido, vivido y muerto en aquel lugar y que habían luchado por conservar el sagrado legado de los que estaban antes, por mantener viva la memoria de un mundo primigenio cargado de superstición y magia. Mujeres y hombres que habían expandido por el planeta no solo su herencia genética, sino sus costumbres, su cultura, su lengua milenaria y su adoración por unos dioses de los que ya casi nadie se acordaba. Incluso la criatura que portaba en su seno parecía afectada por aquella atmósfera de efervescencia pagana, como si deseara salir de una vez y contemplar con sus ojitos aquel enigmático entorno por el que los gigantes, los gentiles de la mitología vasca, habían caminado. El bebé no paraba de revolverse, inquieto, como si reconociera el lugar al que su progenitora había ido a parar. Según los cálculos de la ginecóloga, aún faltaban unos días para que llegara el momento. Aunque ella no estaba tan segura. Comprobó los mensajes que tenía en su teléfono móvil. Al final todo se había precipitado pero, en el fondo, se alegraba de estar ya allí.

—No me fastidies, pelirroja. ¿Nos estás vacilando? —le preguntó Mechero enojado.

—Llegamos casi una hora más tarde de lo previsto, no creo que por cinco minutos más vaya a pasar nada —contestó Anne.

—¿En serio tienes que mear ahora? Hemos parado dos veces en la autopista por lo mismo — insistió el joven. ¿Cómo podía estar Anne pensando en tales quehaceres fisiológicos cuando era más que probable que los Insurgentes y los Caducos estuvieran rebanándose el cuello unos a otros en esos momentos?

—Mechero, déjala en paz —intervino Calíope—. Mi tía Iria se pasó en el baño los últimos quince días del embarazo de mi prima Nella. Es algo normal. Además, tenemos que esperar a que regresen Jon e Itziar, así que ¿qué más te da?

Jon Arkaute e Itziar Azurmendi habían quedado con otros Originarios a la entrada del pueblo. Aimar Errekamendi había enviado un mensaje desde su teléfono móvil con la ubicación del sitio donde se estaba celebrando el aquelarre, pero algo extraño había ocurrido porque no habían sido capaces de localizar el lugar exacto.

—Está bien, pelirroja. Pero date prisa. Tengo un mal presentimiento.

Anne entró en un bar ubicado a escasos cien metros de la plaza mayor. Tuvo que esquivar a más de un vecino que había tomado alguna copa de más y trataba de mantenerse en pie a duras penas. Aunque el número de visitantes se había reducido considerablemente respecto del gentío que había vivido la fiesta durante el día, todavía quedaban cientos de lugareños, sobre todo jóvenes, tanto de Lacaverna como de los pueblos limítrofes enardecidos por el vino y el buen humor. La culpa la tenía un grupo de *rock* vasco llegado desde Lapurdi para poner el broche final a los actos programados. Mechero no dejaba de frotarse las manos mientras miraba a su alrededor buscando desesperadamente a Jon Arkaute e Itziar Azurmendi.

—¿Te quieres tranquilizar? —le pidió Calíope—. Me estás poniendo de los nervios.

—Necesito un peta —dijo él.

—Ven, dame la mano —le dijo ella acercándose. En vez de eso, Mechero la besó tímidamente en los labios. Fue un beso fugaz, casi un roce, pero suficiente para que ella se diera cuenta de que había significado más que un simple *pico*.

—¿Y esto? —preguntó Calíope. No le había molestado pero estaba sorprendida por el arrebato.

—Me molas Calíope, muchísimo. Lo sabes de sobra. Y si estamos a punto de morir, solo quiero que lo sepas. Ya sabes que me pillé por ti en aquella visita a la *drakospita* del monte Oqui. Sé que soy un bruto y que no sé muy bien cómo tengo que actuar contigo la mayoría de las veces. Joder, si parezco un *bobochorra* cada vez que nos quedamos a solas. Pero no puedo evitarlo. Sé que eres demasiada mujer para mí y que pasas de un *pringao* como yo pero es que o lo decía ya o iba a estallar...

—¡Cállate idiota! Tú también me gustas —le dijo ella devolviéndole el beso. Mechero notó algo muy parecido a una corriente eléctrica que le atravesaba el cuerpo y no pudo evitar excitarse. Ella se dio cuenta y le apretó contra su pecho. Aquello era mil veces mejor que un colocón. Mechero se arrepintió de no habérselo dicho antes.

—Esto... perdón si interrumpimos, chicos —dijo una voz a espaldas de Calíope—. Tenemos un problema.

Mechero y Calíope se apartaron como si fueran unos adolescentes metiéndose mano a quienes acabara de sorprender el director del colegio. Itziar Azurmendi sonrió de manera forzada para romper el hielo.

—Aimar no responde a mis llamadas —dijo Jon Arkaute con un gesto de evidente preocupación dibujado en su rostro—. Su móvil no da señal. No debe de tener cobertura. Además, la ubicación que me mandó tiene que tener algún error.

—¿Por qué? —preguntó Mechero mientras intentaba disimular su bochorno.

—En esa zona solo hay bosque. Está pegando a la Sierra de Cantabria. Lo malo es que la mayoría de los nuestros tienen que estar en el aquelarre porque sus móviles tampoco dan señal. Es como si se los hubiera tragado la tierra. He mandado a los que nos estaban esperando aquí a investigar, a ver si averiguan algo.

Calíope le pidió que le mostrara en el móvil el área del mapa desde donde se suponía que Aimar había mandado la ubicación. Efectivamente, era una zona de bosque que limitaba al norte con las montañas y al sur con vastas fincas de viñedos. El modo satélite del mapa tampoco daba ninguna pista de que allí hubiera ningún lugar donde celebrar una reunión con tantos asistentes. De repente tuvo una idea. Se acercó a un grupo de jóvenes que bromeaban sentados en un banco mientras degustaban cerveza y *kalimotxo*. Mechero sintió la dolorosa aguja de los celos cuando la vio reír a carcajada limpia con ellos. Calíope hablaba bien castellano pero no recordaba que tuviera tal soltura como para mantener una conversación tan coloquial. Al cabo de tres minutos la joven regresó.

—Ya sé dónde están —les anunció señalando un punto en concreto del mapa—. Es una bodega inaugurada este año. Es normal que no aparezca en la visión de satélite. Está justo en el límite sur del bosque que hay donde empiezan las montañas. La apodan “El Dolmen”. Debe de tener un diseño que recuerda en su forma a uno que está por aquí cerca. Uno de los chicos dice que su padre estuvo en la inauguración y que tenía una sala subterránea. Tiene que ser ahí. Por eso no tienen cobertura.

—Vamos entonces —dijo Itziar.

—Sí, tiene que ser ahí —dijo Jon. Acababa de consultar algo en su teléfono móvil. —Esa bodega se llama “Herencia de Zuberoa”. Pertenece a Alejandro Zuberoa. Es el padre de los hijos de Concha Elguea, la hermana de Sabina. No hay tiempo que perder. ¿Dónde está Anne?

—Ha ido a mear, voy a buscarla. Está tardando —respondió Mechero.

Mientras se dirigía a la taberna, notó un extraño cosquilleo en la nuca y volvió a tener la certeza de que algo no iba bien del todo. Aceleró el paso. Había transcurrido demasiado tiempo desde que Anne había entrado al bar. Al cabo de dos minutos salió vociferando y haciendo aspavientos con los brazos para llamar la atención de los demás, que no entendían lo que estaba pasando. Mechero entró de nuevo. Volvió a buscarla en la barra, en el baño masculino y en el femenino. Nada. Hasta se coló en la cocina y el pequeño almacén situado junto a la máquina de café. Preguntó a los parroquianos pero nadie supo decirle nada en concreto. Uno creía recordar haber visto a una mujer pelirroja embarazada, pero hacía bastante rato. No podía creerlo. Anne había desaparecido.

Aimar Errekamendi se llevó la mano a la cabeza. Desde hacía un buen rato una fuerte migraña le estaba martirizando. Observó a Concha Elguea. Estaba pálida y se tambaleaba ligeramente hacia la derecha, como si no fuera capaz de mantenerse en posición vertical.

—Hubo un enfrentamiento, sí —añadió Lourdes del Río—. Creéis que se trató de una guerra de religión pero el profesor De Andrés ha llegado a otra conclusión. No sabemos si hubo un choque de ideologías. Puede que así fuera, pero el profesor De Andrés tiene otra visión al respecto.

A pesar del dolor de cabeza, Aimar escuchaba atentamente a Lourdes. La ambición que había detectado anteriormente en ella iba acompañada de cierta arrogancia en la forma de expresarse que, unidas a su apariencia de beata, inexplicablemente le resultaba atrayente.

—El don de la vigilia —dijo Koldo de Andrés—. El enfrentamiento fue por el don de la vigilia. O el insomnio de los dioses, como lo llama el linaje de los bátavos. O la perpetua noche en vela, como lo llamaban los antiguos galeses. Recibe muchos nombres.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó Concha. Por un momento pareció totalmente lúcida y sobria.

—Amelia me lo contó en su día —contestó él.

—¿Cómo has podido, Amelia? —la interpeló Concha tambaleándose.

Amelia Aizaga hizo caso omiso a la pregunta de su pariente. Una extraña sonrisa se había dibujado en su rostro impertérrito mientras escuchaba las explicaciones de Koldo de Andrés. Aimar dedujo que aquella inesperada reacción en ella era provocada por la incredulidad, por el nerviosismo, por la indignación, o por una mezcla de todo a la vez.

—En muchas de las versiones de la profecía se habla de una u otra forma del don de la vigilia —explicó él—. En algunos manuscritos, como en la copia que analizó la Fundación del Códice 60 del monasterio de San Millán de la Cogolla, se habla de *“la noche más larga con los ojos abiertos”*. En otros, como en el de la abadía sueca de Dragsmark, se habla de *“la perpetua noche en vela”*. Entre los restos óseos encontrados en la excavación de la muralla de Vitoria, también se hallaron vestigios pétreos de un dolmen en el que había una inscripción que algunos han identificado como un primigenio euskera, y que se refiere al don de la vigilia como *“el eterno desvelo”*. ¿Por qué? Porque el don de la vigilia es algo intrínseco a todos vuestros linajes. Es una enfermedad genética heredada probablemente de esos homínidos. Un mal que se transmitía a los descendientes. Por eso empezó la guerra. Porque en el momento en el que los homínidos gigantes comenzaron a emparejarse con los neandertales, o incluso con los *sapiens*, los niños concebidos de esas uniones comenzaron a morir o a transmitir a su vez la enfermedad a sus vástagos. En algún momento, alguien decidió que había que cortar de raíz el problema. Y atacó a los gigantes con la intención de exterminarlos. Creo que ese momento coincide en el tiempo con la explosión del súper volcán de los Campos Flégreos de Nápoles. En las crónicas recogidas en el manuscrito de la abadía de Dragsmark se indica claramente que la nube fue el castigo de los dioses a los hombres, por haber procreado con los gigantes. La explosión del súper volcán de Nápoles fue interpretado por aquellos seres humanos primitivos como un castigo divino por aquella

abominación. Y entonces sucedió el ataque. Hasta el antiguo testamento de la biblia judeocristiana habla de este suceso.

Amelia Aizaga sintió un dolor punzante en su hernia estomacal y unas náuseas aún más desagradables que cuando estuvo encinta de su hija Izaskun. Cada vez que escuchaba hablar a alguien sobre la biblia se le revolvía el estómago, pero la sensación ahora era diferente, sentía que estaba a punto de desvanecerse.

—“Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después que se llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos” —recitó Lourdes de memoria. No había nadie en toda la sala que conociera los relatos bíblicos mejor que ella. —“Y se corrompió la tierra delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia.”

—¡Cállate, mujer! —gritó uno de los jóvenes secuaces de Santiago Valls.

Pero Lourdes no calló. Al contrario, levantó aún más la voz para que los asistentes a la reunión la escucharan perfectamente. —La llave ha sido perseguida y ansiada por muchos durante siglos, incluidos los servicios secretos de la Alemania nazi. Los mismos bátavos que atacaron el poblado berón de La Hoya la buscaban. Creían que el éxito y el poder de los berones residía en ese objeto. La llave fue idealizándose generación tras generación hasta creer que tenía la capacidad de sanar o ser la clave para curar el don de la vigilia o incluso para traer de vuelta a los que estaban antes. Si los berones la custodiaban y tenían el honor de ser los guardianes del legado, tenía que ser porque en ella residía un gran poder capaz de lo imposible.

—Sin embargo, el manuscrito de la abadía de Dragsmark que mi buen amigo James O’Connor ha conservado durante los últimos años —dijo Koldo de Andrés señalando con el dedo al profesor O’Connor, que parecía no estar enterándose de nada debido a la barrera idiomática — define a la llave en tres ocasiones como “*la voz de Eusc*”. *Eusc* es la forma en la que los gigantes denominaban a la Diosa.

James O’Connor observaba a Koldo de Andrés con impaciencia. Alguien a su lado le acababa de traducir sus palabras. Nada bueno presagiaba que Koldo se hubiera dirigido a él empleando la expresión “mi buen amigo”.

—La versión del propio Códice 60 que la Fundación Petunia tuvo el honor de analizar se refiere a la llave en términos parecidos —apuntó Lourdes—. Una de las glosas escritas en euskera aparece junto a la frase “*El hijo preferido del hombre bueno huyó de su lado portando la llave de la casa del Altísimo*”. Esa glosa simplemente aclara que la llave es “*Ich santuec*”, o lo que es lo mismo, “*las palabras sagradas*”.

—¿Qué pretendéis con todo esto? —preguntó Amelia sin comprender cómo Concha no era capaz de reaccionar a aquel atropello. ¿Por qué Sabina no hacía ya la entrada triunfal que seguramente había ensayado y planificado al detalle? ¿A qué esperaban para acallar a aquellos insolentes? —Solo queréis desvirtuar el significado de la llave y hacernos creer que no reside en ella ningún poder.

—La llave no es ningún amuleto mágico, abandonad ya esta mentira —insistió Lourdes—. No quisimos verlo entonces, pero el texto del Códice 60 lo deja bien claro. “*Y el espectro no pudo encontrar la llave ni tampoco al hijo mártir. El hijo mártir construyó una nueva casa, y puso la llave en custodia.*”

—Habla claro de una vez, mujer —le espetó el propio Santiago Valls.

—La llave no es más que el euskera. Las palabras sagradas. La voz de la Diosa —dijo Koldo de Andrés—. Por eso los invasores de La Hoya no localizaron la llave, porque no existía físicamente como tal. Lo que nos está contando el Códice 60 es que los berones, a pesar de la invasión de aquellos extranjeros, con unas costumbres y un idioma tan diferentes, consiguieron poner a salvo la lengua sagrada y, de alguna manera, consiguieron que se conservara hasta la actualidad. Ese es su legado. Algo extraordinario, sí, pero no hay nada mágico en ello.

De nuevo un murmullo de voces mezclado con continuas toses se dejó escuchar en todo el teatro. Aimar sentía que le iba a estallar la cabeza.

—Reniego de todos vosotros —dijo Amelia mientras trataba de mitigar el dolor cada vez más agudo de su hernia estomacal—. Vivimos en una época en la que la razón y la ciencia han acabado con lo divino, con la magia. Y no sabéis lo equivocados que estáis. No rechazo vuestras conclusiones e investigaciones, no seré yo quien diga si lo que habéis dicho es o no verdad. Pero no es toda la verdad. Reniego de ti, Koldo, y de todos tus amigos revolucionarios. Pretendéis derrocar a estos barbudos con vuestra luz agnóstica que borra de un plumazo todas estas boberías supersticiosas en las que creemos los linajes ¿verdad? Acusáis a esta panda de lunáticos de ser unos tiranos fanáticos, y razón no os falta. Pero sois igual de monstruosos que ellos. Habéis tramado mil formas violentas de acabar con ellos pero no os dais cuenta de que sois las dos caras de la misma moneda. No tenéis ni idea, pero creedme si os digo que eso que llamáis “especie de homínidos” no lo es. Los gigantes existieron. La llave existe. Me llamas a mí ridícula por creer en la reina *Amari* y en *Amalur*, la única y verdadera Diosa. Los ridículos sois vosotros. E igual de peligrosos que estos mafiosos de aquí.

—No te atrevas a faltar el respeto a la orden —le exigió Santiago Valls. Su voz tenía un tono menos intimidatorio de lo habitual. Su rostro denotaba evidentes síntomas de cansancio y su locuacidad se había tornado en una voz lenta y pastosa. Sus secuaces comenzaron a avanzar lentamente en dirección al escenario.

—¿Faltar al respeto? ¿Tú quién te crees que eres, chaval? —le gritó Amelia a punto de desmayarse por el dolor de la hernia—. Tú no representas a la orden de la hermosa rosa perenne. Los Caducos no sois la Fundación Petunia. Y los Insurgentes tampoco. Tienes razón. No tengo ni idea de cuánto tiempo lleva la orden sobre la Tierra ni de dónde procede, pero te puedo asegurar que es mucho más importante y más grande que tú, que todos vosotros. Antes nos has dicho que nuestros linajes éramos un mero accidente, un error a enmendar. Pero lo que no sabes es que con esas palabras te estás definiendo a ti mismo y a todos esos que te idolatran. Sois el mal...

Amelia no pudo terminar la frase. Detrás de ella Concha Elguea se derrumbó sobre la tarima del escenario. Al caer, se golpeó la parte posterior de la cabeza con uno de los altavoces dispuestos por el suelo y se desnucó. Alguien gritó que se encendieran las luces. A pocos metros de Amelia, los jóvenes que conformaban el séquito de Santiago Valls fueron cayendo uno a uno al suelo, como si el sueño les hubiera sobrevenido de repente. Por todas partes se escuchaban toses y el golpe seco de los cuerpos de muchos de los asistentes desplomándose sobre el parqué. ¿Qué estaba ocurriendo? Amelia miró hacia las filas de asientos superiores. Había gente gritando y golpeando las puertas tratando de abrirlas, pero parecía que alguien las hubiera bloqueado desde fuera. Una mujer cubierta de vómitos se partió el cuello al tratar de trepar por uno de los ventanales. No creía en el infierno, pero si existía, tenía que ser muy parecido a lo que estaba viendo.

Trató de buscar una salida en la parte de atrás del escenario, pero la oscuridad iba tornándose más opaca a medida que intentaba dar un paso. Se dio cuenta de que no se trataba de la iluminación de la sala, sino de ella misma. Se estaba muriendo. Se acercó a uno de los dispositivos metálicos sobre los que aún prendía una de las antorchas. Al tenerlo delante comprendió lo que estaba sucediendo. El aroma que desprendía el recipiente le era familiar, demasiado familiar. El mismo perfume que su hija Izaskun percibió minutos antes de morir tras dar a luz a su nieto, Jokin, que apenas respiró media hora en este mundo. Ella misma le había colocado el ungüento bajo las fosas nasales para aliviar su dolor y hacerle el tránsito al otro lado más soportable. *Egunsentiko lorea*. La flor del alba. La flor con la que según la leyenda *Amalur* creó a *Amari* en un amanecer, tal y como le había contado mil veces su madre. Concha se la debía de haber robado de la cocina la última vez que había estado en “Alaiz Enea” y la había colocado en todos y cada uno de los pebeteros de la sala. Había tratado de disimular su perfume con incienso, pero el efecto letal de la planta era imbatible. Se volvió y entre las sombras observó los cuerpos moribundos de los hombres y mujeres que habían acudido a la reunión. Y entonces supo la razón. Supo el motivo de aquel asesinato en masa que Concha Elguea acababa de ejecutar. Aquel no era el encuentro que había convocado Sabina. Aquellos cuerpos no pertenecían a ninguna de las mujeres y hombres que creían en *Amalur*. Habían hecho creer a los hermanos guardianes que ese era el lugar donde iban a reunirse los linajes. Y todos ellos, los Caducos y los Revolucionarios, habían caído en la trampa. Al igual que ella. Por eso Concha había tratado de disuadirla nada más verla aparecer sobre el escenario. Amelia no debía estar allí. Debía de haber ocurrido algún error de comunicación. ¿O tal vez Sabina se había enterado de que había permanecido en contacto con la Fundación durante todos estos años y la estaba castigando por ello?

Concha acababa de llevar a cabo la mayor de las venganzas. Las veneradoras de *Amari* habían sido atacadas y aniquiladas demasiadas veces a lo largo de la historia. Todo se repetía, como una rueda maldita que giraba sobre el mismo eje una y otra vez sin que nadie fuera capaz de detenerla. Los adoradores prehistóricos del Dios astado, la Iglesia Católica y los procesos contra las brujas, los bátavos... Hasta la propia orden de los hermanos guardianes había masacrado hacía dos mil años a las Madres, las sacerdotisas de los berones. Ahora Concha había vengado la muerte de todas ellas y alguien había pagado por tanto dolor causado. Ojo por ojo.

Horrorizada, Amelia se tumbó sobre el suelo dispuesta a entregar su último aliento y regresar al seno de *Amalur*. Pero en ese momento un grito desgarrador se escuchó al otro lado de los ventanales. La sombra alargada de La Niña cerniéndose desde el exterior sobre el cristal y rompiéndolo en mil pedazos mientras se abalanzaba sobre los asientos aterrizó a los pocos que aún quedaban con vida. La bocanada de aire fresco y limpio que se coló por el enorme boquete ayudó a purificar la atmósfera envenenada por la flor del alba. La mirada agonizante de Aimar Errekamendi contempló espantada a aquel ser sobrenatural avanzando entre las gradas mientras ejecutaba unos saltos imposibles en el aire que abarcaban dos o incluso tres filas de asientos. En un segundo llegó hasta el escenario y recogió con delicadeza a Amelia Aizaga del suelo. La anciana se abrazaba a ella como si la conociera de toda la vida. Aimar se incorporó como pudo

para cerciorarse de que no estaba teniendo una alucinación. Aquel ser debía de medir cerca de los dos metros y medio de altura. Era una mujer ataviada con una especie de túnica blanca que le cubría la mayor parte del cuerpo salvo las extremidades, que quedaban al aire. En los pies lucía algún tipo de alpargata hecha a medida. Los músculos y tendones de brazos y piernas parecían los de una atleta olímpica de halterofilia. Sin embargo, su cabellera larga y suelta, de color claro, y su rostro de rasgos infantiles y delicados la asemejaban más a una estatua de alguna diosa de la Grecia clásica. Era incapaz de determinar la edad que tenía. Durante un instante cruzó la mirada con ella. Angustia. Desesperación. Aquel ser tenía alma. Aquel ser había irrumpido en aquel salón para socorrer a Amelia. Y tal y como había entrado, volvió a salir hacia el exterior impulsándose sobre uno de los asientos de la fila superior y sin soltar a la anciana. Aimar no podía creer lo que acababa de ver. Aquel ser había dado un salto enorme para salvar una altura de más de dos metros y había huido a través del agujero que ella misma había creado en el ventanal. Amelia Aizaga tenía razón. Los gigantes habían existido. Pero no había contado toda la verdad. Los gigantes aún existían. Aquel ser que acababa de salvar a Amelia era la prueba viviente de ello.

Sabina Elguea se encontraba pletórica a pesar de no haber dormido prácticamente nada en los últimos meses. El don de la vigilia estaba a punto de llevarla de nuevo al útero de *Amalur*, pero no se iba a ir de este mundo sin dar su golpe de gracia. Se había pasado media vida sola, liderando al linaje y procurando que el patrimonio familiar no mermara. Al contrario, había logrado incrementar la riqueza de los Elguea Leiva como nunca antes había sucedido. Se había enfrentado a los ataques del clan de los bátavos y a los intentos de la Fundación Petunia por arrebatarse su posición. Incluso había tenido que neutralizar más de un conato de motín dentro de la familia de las hijas de la Diosa. Todos ansiaban lo que ella tenía. Todos querían ser la asistente principal de la Reina. Pero solo ella ostentaba ese honor, solo ella había sido capaz de coronarse como *sorgina* de *Amari*, su mano derecha. Se lo había ganado a pulso. Sabía que los demás la envidiaban por ello y, en el fondo, le encantaba. Se merecía estar donde estaba en ese momento, presidiendo la que probablemente fuera la reunión más importante de los últimos siglos. Las hijas de *Amalur* habían respondido en su gran mayoría a su llamada y no podía estar más orgullosa.

Había preparado un tónico perteneciente al recetario antiguo de las Madres para a continuación bendecirlo con una oración en memoria de los ancestros. De momento estaba funcionando. Le había devuelto temporalmente la energía que había ido escapando de su organismo en los últimos tiempos. Pensó en mostrarse desnuda ante las demás, como había hecho en muchas ocasiones en el pasado y como era costumbre entre las más jóvenes, pero en el último momento decidió ponerse un viejo vestido que Véspero solía utilizar en las reuniones de antaño. No era un momento de celebración. El motivo de la reunión era otro. El tiempo de la profecía estaba a punto de cumplirse. Ella misma lo había visto en el sueño que había tenido hacía unos meses, cuando ejecutó el ritual del levantamiento de párpados de los que estaban antes. Corrió un gran riesgo llevándolo a cabo en solitario, pero no tuvo más remedio. En su visión premonitrice Anne Wellington, la nieta de Mary Anne Merrick, aparecía rodeada por los hermanos guardianes, pero no fue capaz de saber si David también estaba a su lado. El fulgor vibrante de la llave cegaba con destellos de poder la imagen. Sabía que era una metáfora del propio augurio, la llave jamás había vibrado ni desprendido ese halo mágico. Sin embargo, era indudablemente una pieza clave para el desarrollo de la escena y ella sabía lo que eso significaba. Solo esperaba que Concha hubiera cumplido a rajatabla con la otra parte del plan y que, por su bien, hubiera entretenido el tiempo suficiente a todos esos malditos hermanos guardianes que pretendían meter baza donde no les incumbía. Si todo salía bien, creerían que estaban asistiendo a la reunión que ella había convocado. De manera bastante sorprendente, Concha se había mostrado dispuesta a hacer todo lo que hiciera falta para conseguirlo. Le había parecido algo sospechoso que aceptara sus órdenes sin poner ningún reparo, como siempre solía hacer, pero en el fondo se alegraba del cambio que había experimentado su hermana. Había vuelto a sus orígenes y parecía importarles ya poco la fe en Jesucristo. Sabía que aquello no duraría mucho. Concha era una persona débil y bastante voluble. En cuanto el padre Emiliano insistiera en volver a confesarla, ella regresaría de nuevo al

seno de la Iglesia Católica como una hija pródiga y se flagelaría durante meses con absurdas penitencias.

Tras encomendarse a *Amalur* ante la estatua de la reina *Amari* en la planta superior de su caserío, decidió que había llegado el momento. Las demás llevaban un buen rato esperándola. Salió al jardín y localizó a oscuras la trampilla de la cripta, que estaba situada a escasos treinta metros de la casa. Concha y ella habían eliminado la tierra que la cubría días atrás. Descendió las escaleras con cuidado de no darse con la cabeza en el techo. No entendía cómo se habían diseñado aquellos peldaños con tan poca altura. Menos mal que una vez se llegaba a la estancia principal la bóveda se alzaba casi un metro por encima de ella.

La luz era más bien escasa, a pesar de que en su día el padre de Sabina hubiera instalado un rudimentario sistema de iluminación eléctrica que, junto con el de ventilación, le había costado un ojo de la cara. El Brujo de Laguardia había invertido una gran parte del patrimonio familiar de su mujer en hacerse con la finca y recuperar aquellas viejas ruinas. Y lo había conseguido. Aquel antiquísimo templo berón había sobrevivido desde entonces a inundaciones, a una plaga de topillos y hasta a un pequeño terremoto que sacudió la comarca en 1977. Gracias a la historia narrada en el Libro del Linaje y a la suerte, o el destino en palabras de Francisco Elguea Leiva, se consiguió localizar la ubicación exacta del lugar donde los restos mortales de Kara, la sacerdotisa más célebre de las Madres, habían sido incinerados y depositados. Sobre él, Véspero Aizaga y su marido levantaron el caserío que con los años acabaría convirtiéndose en la residencia de Sabina.

—*Amari zuekin* —saludó Sabina a todos los presentes después de colocarse junto al pequeño pozo subterráneo que presidía el espacio y del que nunca había dejado de manar un hilo de agua.

A pesar de la amplitud del recinto, era evidente que se había quedado pequeño. Concha y ella no habían calculado bien el número de asistentes a la reunión. Resultaba un tanto agobiante estar rodeada de al menos cincuenta personas, puede que incluso más, la mayoría de ellas mujeres. En las primeras filas reconoció algunas caras familiares, como las de Koro Uria y Estíbaliz Elorza. La sobrina de la primera y la nieta de la segunda eran dos de las niñas asesinadas por “la *sorgina*”. Se acercó a Estíbaliz y la abrazó, pero con Koro no tuvo ningún gesto de afecto. Le pareció distinguir a alguna que otra conocida en las siguientes filas pero no consiguió localizar a sus sobrinos Adrián y Lucía. ¿Habían sido capaces de ignorar aquel trascendental encuentro? Tampoco vio a David, pero no le causó ninguna sorpresa que no hubiera acudido. Aunque Concha y ella le habían llamado varias veces e incluso le habían enviado diversos mensajes con la fecha, la hora y el lugar, era evidente que seguía sin querer saber nada de ellas. Se preguntó si habría conseguido ser feliz dondequiera que se encontrara en ese momento. Todo el tiempo y dinero que había empleado en traerle de vuelta a la familia no habían servido para nada. Había fracasado estrepitosamente con él. A pesar de estar rodeada de gente, Sabina se sintió completamente sola. Durante un instante se arrepintió de no haber informado a Amelia. Pero alguien tenía que quedarse cuidando de Véspero. ¿A quién pretendía engañar? Tenía que reconocer que en el fondo no la había avisado porque no podía soportar que Amelia eclipsara su gran momento.

— Vivimos tiempos oscuros —les dijo—, pero las hijas de *Amalur* hemos pasado por esto más veces, y siempre hemos sobrevivido. El monstruo que está asesinando a nuestras hermanas no se va a ir de rositas. Hay que localizarlo y acabar con él, visto que la policía no es capaz. Intentaría yo sola averiguar quién es pero me temo que no sobreviviría. Algunas de vosotras conocéis la existencia del ritual del levantamiento de párpados de los que estaban antes. Nuestro linaje tiene el honor de conservar las agujas con las que las Madres lo practicaban. Las visiones que proporciona el ritual suelen ser tramposas y metafóricas y muchas veces cuesta discernir qué es realidad y qué simbolismo. Estoy convencida de que si unimos nuestras fuerzas, entre todas conseguiremos focalizar la premonición y descubrir a ese miserable. Tengo en esta caja las agujas y el brebaje necesario para el trance. Si estáis de acuerdo, podemos comenzar ya. Yo os guiaré paso a paso.

—No hacen falta tus agujas para tener los sueños, Sabina —dijo Estíbaliz Elorza dando un paso al frente—. Y lo sabes perfectamente.

—No, no son necesarias —dijo ella a regañadientes— pero son el único instrumento que tenemos para dirigir la premonición hacia un punto en concreto. ¿Qué esperas, que nos sobrevenga el sueño porque sí y se nos revele la identidad de ese criminal así sin más?

—Eso no es del todo cierto, Sabina —dijo otra mujer desde el fondo. Era Isabel Apellániz, la abuela de Paula Lombardo, la niña que había aparecido muerta en el monte Eskutxi. —Yo misma fui capaz una vez de encontrar a nuestro perro Itzela que llevaba dos días desaparecido.

—Pues mira de qué te ha servido para encontrar a tu nieta antes de que ese animal la matara —le dijo Sabina. No lo iba a tener nada fácil para revalidar su posición al frente del legado. Maldijo a David por no haber querido asumir su papel.

—Eres una hija de puta —dijo Oihana Gutiérrez, la prima de Lorea Eguinalde, la niña que había aparecido muerta en el Balcón de Bizkaia—. ¿Cómo le puedes decir semejante barbaridad a Isabel? ¿Tú no sabes lo que hemos sufrido todas por nuestras niñas?

—Yo solo quiero acabar con ese miserable cuanto antes, antes de que llegue el momento de la profecía —dijo Sabina—. El ritual del levantamiento de párpados es la forma más sencilla y directa para averiguar quién es y tener una oportunidad de detenerle, pero yo sola no puedo en mis circunstancias.

—Tú lo que quieres es apuntarte un tanto y quedar como la salvadora de todas —dijo Oihana—. Déjalo ya, Sabina. Te mueres, reconócelo de una vez. Tu tiempo ha pasado. Deja que las demás asumamos el control. Retírate y déjanos hacer.

—Por encima de mi cadáver —la interrumpió Sabina—. Estáis en el mausoleo de Kara, nuestra gran sacerdotisa, y aun así tenéis la desfachatez de faltarme el respeto de esa manera. Mi linaje descende directamente de ella. Si no hubiera sido por ella ninguna estaríais hoy aquí. Las agujas, la llave, han pertenecido al linaje de los berones durante milenios. No hay nadie más legitimado que yo para liderar el legado. Cuando yo muera, serán mi hermana y mis sobrinos quienes asuman ese liderazgo.

—¿Dónde están, Sabina? —preguntó Isabel señalando hacia las demás asistentes—. Si realmente les importara algo el legado, estarían aquí.

—Hay alguien más legitimada que tú, Sabina —sentenció de manera inesperada Koro Uria, que había permanecido en silencio hasta el momento. Se hizo a un lado y tomó de la mano a una mujer situada dos pasos por detrás de ella y cuyo rostro dejaba patente que no se estaba enterando de nada de lo que allí se estaba debatiendo.

—Te presento a Betrys Wellington, la hija de Mary Anne Merrick. Es la madre de Anne Wellington, la elegida por la profecía. Si hay alguien aquí con el mismo derecho que tú o más es ella —dijo Koro con una sonrisa dibujada en sus labios.

Un silencio sobrecogedor se adueñó de la estancia. Sabina Elguea y Betrys Wellington cruzaron sus miradas. Betrys Wellington parecía algo retraída y asustada. Ni en sus peores pesadillas Sabina hubiera imaginado la presencia de aquella mujer en la reunión. Koro Uria y las demás se habían esforzado a conciencia para arrebatarse el mando.

—Betrys no sabe hablar castellano, pero ni falta que hace. Me entiendo perfectamente en inglés con ella. Entre varias de las hermanas hemos conseguido contactar con Mildred Merrick, del linaje de los antiguos galeses. Mildred es prima de Mary Anne Merrick y ella nos ha conducido hasta Betrys. Ha accedido a responder a tu convocatoria, Sabina. Ella es la madre de la elegida. ¿Quién mejor que ella para custodiar la llave y asumir el liderazgo de los linajes? Betrys me ha dicho que está dispuesta a compartir su responsabilidad con el resto de los clanes, no como has hecho tú durante todos estos años.

Un murmullo de aprobación se extendió entre los presentes. Si Koro Uria decía la verdad, Betrys Wellington era la persona idónea para sustituir a Sabina.

—Abdica ya, Sabina —insistió Koro—. Estás acabada y no te queda mucho. Aprovecha lo poco que te queda para hacer algo bueno. ¿Has probado a donar tu patrimonio a la beneficencia? Te pega mucho.

—Me la tenías guardada desde hace tiempo, ¿verdad? —se defendió Sabina. A Koro siempre le había molestado que fuera el linaje de los berones quien detentara el privilegio de liderar al resto de clanes. —Pues si pensáis que voy a tirar la toalla tan fácilmente estáis muy equivocadas.

—Entrégnos la llave, Sabina —exigió Koro—. Entrégasela a Betrys y acabemos esto cuanto antes. Entre todas encontraremos la forma de dar con el asesino. Pero de momento, asume tu derrota. Tu hora ha llegado.

—No tengo la llave, idiota —contestó Sabina a punto de perder los estribos. Se arrepintió al momento de haber pronunciado aquellas palabras.

—¿Cómo?

—No la tengo yo. La llave la tiene David, mi sobrino. Id a buscarle a ver si le convencéis para que os ceda el liderazgo. Yo he sido incapaz —dijo Sabina entre lágrimas. De repente se sintió derrotada y cansada, casi al borde de la extenuación. La habían vencido.

—No me lo puedo creer —dijo Oihana—. Nos has hecho creer que seguías custodiando la llave y resulta que has sido incapaz de conservarla. ¿Cómo se te ocurre entregársela a David?

—No se la he entregado, averiguó dónde la escondía y se la llevó.

Comenzaron a escucharse voces en el fondo. Alguien acababa de bajar por las escaleras. Sabina no alcanzaba a ver de quién se trataba y a qué se debía tal barullo. Se sentía humillada. Acababa de confesar ante todos los linajes que había perdido el control de la llave. Estaba profanando con su deshonor el mausoleo de Kara. Deseó que la muerte le llegara en ese momento y no tener que pasar por ese trago.

—Nosotros tenemos la llave —dijo alguien en voz alta.

Todos los asistentes enmudecieron súbitamente. Hasta Koro Uria guardó silencio atónita por lo que estaba sucediendo. De manera espontánea se formó un pasillo natural por el que fueron acercándose la persona que había hablado, que iba acompañada por otra que caminaba a su lado, seguidas de un grupo de unos veinte hombres y mujeres. Sabina tuvo que esperar a tenerlos a

menos de un metro distancia para comprender la situación. Eran Anne Wellington y David, su desaparecido sobrino. En la mano portaba la muñeca de Véspero, donde ella misma había introducido la llave meses atrás. Betrys Wellington se abalanzó sobre su hija y ambas se fundieron en un emotivo abrazo. Anne la besó en los labios y la apartó con delicadeza a un lado.

—Mi nombre es Anne Wellington, hija de Betrys Wellington y nieta de Mary Anne Merrick, del linaje de los antiguos galeses de la isla de Anglesey. Ante vosotros hablo con la sabiduría de la reina Cerridwen y la protección de la Diosa —dijo mientras trataba de imbuir de solemnidad cada una de sus palabras. Había pensado que, una vez llegado el momento, no iba a ser capaz de dirigirse a tal cantidad de gente con la autoridad que muchos le presuponían, pero se sentía tranquila y segura. Mientras hablaba, percibió algo muy similar a un *déjà vu*, como si ya hubiera vivido esa situación antes.

David la tomó de la mano.

—Mi nombre es David Vanner, hijo de María Elguea, nieto de Véspero Aizaga, del linaje de los hombres y mujeres de la sagrada tierra de Beronia—dijo él—. Ante vosotros hablo con la sabiduría de la reina *Amari* y la protección de la Diosa. *Amari zuekin*.

David había deseado durante meses que llegara ese momento. Ruud tenía razón. No podía escapar a su destino. Su padre le había hecho ver el sacrificio que, de manera involuntaria, su madre había llevado a cabo. Su muerte fue una tragedia, pero lo hizo para salvar a Ruud. Porque lo amaba. Y él a ella. Ruud le contó cómo era María Elguea, pero no solo se detuvo a describir los buenos momentos que había vivido junto a ella sino que le explicó cómo era su madre por dentro, lo comprometida que estaba con el legado familiar y la felicidad que la embargó el día que supo que estaba embarazada. Ruud le enseñó los cientos de fotografías que María y él se tomaron juntos desde que comenzaron su relación, muchas de ellas ya con el pequeño David en brazos. Lo que hubo entre ellos fue puro amor, cualquiera podía percibirlo analizando sus miradas y las cartas que se enviaron durante mucho tiempo. Su padre las conservaba todas.

Ruud le habló del entusiasmo con el que María asumió siempre el legado y que su más ferviente deseo fue llegar a un entendimiento entre todos los linajes, tanto los adoradores del Dios astado como los veneradores de la Diosa. María Elguea no lo dudó ni un instante cuando se enamoró de Ruud Vanner. Vio en ese amor prohibido una prueba fehaciente de que la paz era posible, de que podían caminar juntos unos al lado de los otros, por mucho que su hermana Sabina insistiera en ver al clan de los bátavos como el eterno enemigo a batir y por mucho que Suzanne Bechs considerara al linaje de los berones como un tumor maligno, dentro de aquella red de stirpes ancestrales, que había que eliminar. María Elguea creyó firmemente en la profecía, con una fe que rozaba una ingenuidad casi infantil. Estaba plenamente convencida de que Ruud y ella eran los llamados a cumplir aquel antiguo presagio y quizá no estuviera del todo equivocada. David era el fruto de su unión y la mayoría de los linajes lo consideraban hoy en día un firme candidato a ser el elegido. Ruud amó a María con el mismo ímpetu con el que David amaba ahora a Ander, y aún lo seguía haciendo, a pesar de los años transcurridos y de que otras mujeres habían pasado por su vida. Por primera vez en toda su existencia, David había sentido muy cerca la presencia de su madre a través de los recuerdos de Ruud. Era como si la conociera, como si hubiera crecido junto a ella.

David sabía que iba a morir, el don de la vigilia era implacable. Por suerte el proceso no estaba siendo tan rápido como había supuesto en un principio y las alucinaciones y visiones no eran tan continuas. No pensaba malgastar lo poco que le quedaba de vida en lamentaciones que no llevaban a ningún lado. Durante mucho tiempo la ira y el pesimismo le cegaron. No aguantaba ver a Ander preocuparse por él mientras buscaba una solución inexistente a un mal que llevaba aquejando a su familia y a sus antepasados desde hacía siglos. Le quería tanto que incluso pensó en desaparecer drásticamente de su vida para que Ander no sufriera ni desperdiciara su tiempo junto a él. Sin embargo, le daba pánico dejarle solo tan pronto. No podía soportar la idea de que Ander acabara muriendo a manos de la peligrosa Suzanne Bechs, que podía tratar de deshacerse de él otra vez, tal y como estaba convencido de que había intentado con aquel extraño accidente de tráfico.

El amor por Ander y la relación que comenzaba a recuperar con su padre fueron limando poco a poco las aristas de la desesperación ante el fatal desenlace que le esperaba. Ruud se convirtió en su faro en mitad de aquella noche eterna en la que jamás volvería a amanecer del todo. Jamás le había revelado a su padre que el don de la vigilia se había despertado en él; no quería que Ruud pasara por lo que estaba pasando Ander. Prefería disfrutar de él lo poco que le quedara sin causarle ningún dolor. Había revivido a su madre a través de Ruud, quería seguir descubriéndola, deseaba con toda su alma que Ruud siguiera trayéndola a la vida a través de todos aquellos recuerdos. Y así, lo que Sabina no había conseguido durante más de treinta años fue convirtiéndose en una realidad.

A pesar de su reticencia inicial, Ruud le enseñó a adorar al Dios astado, la entidad suprema en la que creían los bátavos y muchos de los otros linajes repartidos por el mundo. Pero también quiso mostrarle el respeto y veneración que su madre María sentía por la Diosa, a la que ella llamaba *Amalur*. Y así, durante todos aquellos meses, fue aprendiendo a querer y hacer suyas todas aquellas viejas creencias y supersticiones. Ruud le instruyó incluso sobre cómo invocar al Dios cornudo “*pero solo para situaciones de necesidad extrema, nunca por codicia*”, le insistió. Su padre tenía una colección inmensa de tratados y manuales que ilustraban cómo hacerlo con seguridad. Al principio David rehusó adquirir ese conocimiento ancestral. Temía al Dios astado. Aquella entidad había tratado de acabar con la vida de Ander por lo menos en dos ocasiones, pero Ruud le convenció de que el Dios astado no era en sí ni bueno ni malo. Las personas que lo invocaban eran las responsables de traerlo desde su reino oculto y utilizarlo de manera correcta. Aunque había que ser precavidos porque a veces él actuaba por su cuenta. El ataque de Manu Olabe a Ander había sido la prueba de fuego. Previendo que Ander podía estar en peligro y de que no había tiempo suficiente para que Ruud y él llegaran para socorrerle, de manera casi inconsciente David había provocado la presencia del Dios astado y le había rogado que ayudara a Ander. Cuando vio el resultado de aquella invocación comprendió los peligros de los que le había advertido su padre. Hubert y Ruud se ocuparon de simular el accidente de coche para que pareciera que Manu se había despeñado por un barranco. David estuvo sin probar bocado dos días. Aunque lo peor de todo fue su cerrazón con Ander. No quiso explicarle que había sido él quien había reclamado la presencia de aquel viejo dios. Había sido un cobarde. Por su falta de sinceridad, Ander se había distanciado de él, incapaz de asumir lo que había sucedido. Debía de pensar que aquella familia de locos era peor que una banda de mafiosos.

—Somos el hijo y la hija de los primeros hombres y mujeres. Nuestra sangre heredará el camino al reino de los que estaban antes —dijo Anne señalando intencionadamente su abdomen abultado. Sentía que no era ella quien hablaba; durante un momento incluso le pareció observarse a sí misma a través de los ojos sorprendidos de todas aquellas personas que la miraban como si se tratara de una aparición. —Nuestra hija que está a punto de nacer es la respuesta que buscabais. Ella abrirá la puerta y aliviará nuestro tormento. Ya lo anunciaron los oráculos de los antiguos. Ella traerá de vuelta a los que estaban antes y cumplirá la profecía. Hoy es un día histórico para nuestros linajes.

Sabina Elguea contempló los rostros anonadados de quienes estaban más próximos a ella. Examinaban a Anne y a su sobrino David con una mezcla de incredulidad y devoción que le puso los pelos de punta. Su corazón había estallado de felicidad al escuchar a David reconocer y asumir el legado. No sabía cómo se había producido el milagro pero no pensaba dejar escapar aquella oportunidad. Sin embargo, Koro Uria se le adelantó.

—Soy Koro Uria, del clan de los caristios. En nombre de mi linaje sed bienvenidos. ¿Cuál es ese tormento del que hablas, Anne?

Detrás de ella, otras mujeres levantaron la voz para formular preguntas similares. Querían una explicación. Anne miró a David abrumada. Él se acercó a una de las personas que habían bajado con ellos por las escaleras. Era una mujer casi tan alta como Sabina y al igual que ella sus extremidades no eran lo suficientemente proporcionadas como para crear una silueta armónica. David le hizo un gesto para que hablara.

—Mi nombre es Anxela Cerqueiro —dijo la mujer con un marcado acento gallego—. Soy de un pueblecito de Pontevedra, San Salvador de Coiro. Lidero el clan de los grovios. David fue a buscarme a mi tierra expresamente. Que la Santa Compañía tarde lo más posible en visitarle. Mi hija Andreia padece “*o insomnio dos mortos*”, como allí lo llamamos. Una malísima enfermedad que de vez en cuando sufre algún miembro *da miña familia*. Insomnio, alucinaciones, imágenes horribles de muertos y espíritus, y luego *a morte*. Siempre habíamos oído rumores de que no éramos los únicos, de que en el País Vasco y en otros lugares algunos de los linajes tenían el mismo tormento, pero jamás supimos de que hubiera una solución. Hasta que David nos visitó.

—Me llamo Susana Allué, del linaje de los jacetanos de las tierras de Aragón —se presentó otra de las mujeres que habían entrado con David y Anne—. En Huesca a esa enfermedad la conocemos como “la pena de las ánimas”. Mi madre murió por ese tormento, y antes que ella su abuela. Tengo dos hijos pequeños y no quiero que les pase lo mismo. De pequeña, mi abuela me contaba leyendas sobre una profecía que traería la salvación a este sufrimiento, pero siempre pensé que eran meros cuentos de viejas. Hasta que David y su padre Ruud vinieron a buscarme. Rezo a la diosa *Mariuena* todas las noches para que sea verdad lo que dice.

Durante casi un cuarto de hora, varias mujeres de diferentes linajes repartidos por Galicia, Asturias, Cantabria y Aragón expusieron casos similares. Hasta Oihana Gutiérrez contó una experiencia familiar parecida, sucedida no hacía mucho con un tío suyo, aunque jamás habían conseguido identificar la enfermedad. David y Ruud habían acudido en su búsqueda durante los meses precedentes. Sabina las escuchó estupefacta. Una dolorosa grieta se abrió paso en el sólido muro de orgullo que hasta ese momento había levantado en torno al linaje de sus ancestros. Así que el don de la vigilia no era exclusivo del clan de los berones. Toda su vida le habían hecho creer que aquel horrible mal era propio de los custodios de la llave, el honorable pueblo berón. Por eso las Madres nombraban a sus centinelas entre quienes padecían la enfermedad. Ellos eran los elegidos, los únicos que ostentaban la gloria de servir al legado. Nada más lejos de la realidad.

Sintió que todo aquello en lo que había creído durante tanto tiempo comenzaba a resquebrajarse. En su momento le había pasado algo parecido con el señor de la montaña al que

adoraban los berones. El Libro del Linaje sostenía sin tapujos que aquella creencia era una farsa, que aquel dios berón provenía de su antiguo origen celta, que era un dios extranjero y por tanto no era verdadero. Aquellas afirmaciones causaron una profunda crisis de fe en la entonces joven Sabina, que toda su vida había rendido culto al señor de la montaña de los berones como su dios doméstico, más cercano y manejable que la inmensidad de *Amalur*. ¿Quién había decidido que aquel dios era una burda mentira? ¿En qué momento se había llegado a esa conclusión? Pensó incluso en apostatar. Durante varios meses dudó de todo. ¿Quién decidía en qué creer y en qué no? Pero al final Véspero le hizo entrar en razón. Un dios en el que creyeron tantas personas no podía ser falso. Las Madres, como herederas del legado, creían en *Amalur*, sí, pero debido a su origen celtíbero y berón también creían en el señor de la montaña. Una creencia no excluía a la otra. Solo se trataba de un complemento, una forma de entender el mundo, tan válida como otra cualquiera.

—Mi abuela Mary Anne Merrick también padeció la enfermedad —dijo Anne dirigiéndose a su madre— aunque mi familia tratara de mantenerlo también en secreto, ¿verdad, mamá?

Koro Uria tradujo las palabras de Anne a Betrys Wellington, que enmudeció al instante y bajó la mirada, esquivando la de su hija. No sabía cómo, pero Anne había averiguado que el supuesto conato de secuestro que había sufrido de pequeña en realidad fue un burdo intento de Betrys de salvar la vida a la abuela Mary Anne. Poco antes de ser asesinada, Mary Anne comenzó a sufrir los primeros síntomas de aquella enfermedad maldita que habían sufrido varios de su antepasados. Betrys había oído rumores acerca de la existencia de un antiguo ritual cuya magia era capaz de anular el desenlace fatal de aquel mal mediante la invocación de la Diosa con la sangre y el aliento de una doncella. Fue idea suya utilizar a Anne en aquel peligroso rito que a punto estuvo de costarle la vida. En ese momento ni siquiera sabía que no bastaba solo con la sangre de una hija de la Diosa. Afortunadamente Mary Anne descubrió los planes de Betrys y pudo llegar a tiempo para salvar a la pequeña Anne. Desde aquel momento Betrys y Mary Anne dejaron prácticamente de hablarse y Betrys decidió alejarse de aquel mundo de brujería y prácticas ancestrales. Se prometió a sí misma que Anne jamás tendría acceso a aquellas viejas creencias. Nunca se lo había contado a Anne, a pesar de saber el destino que la esperaba. Solo había querido salvar a Mary Anne de la muerte, pero había estado a punto de acabar con la vida de su propia hija.

Aimar Errekamendi arrastraba su cuerpo envenenado por el húmedo suelo del bosque de hayas que lindaba por el norte con la bodega. Mientras trataba de conservar el aliento y no sucumbir a la muerte, los nudos que formaban las raíces de los árboles le impedían avanzar. Sentía una necesidad imperiosa de beber agua. De vez en cuando recobraba las fuerzas y lograba ponerse a gatas para avanzar unos cuantos metros, pero enseguida volvía a derrumbarse. Si no lograba llegar a un hospital rápido sería su fin. Había conseguido salir del edificio trepando por uno de los descomunales cristales desprendidos de los ventanales. Había sido toda una hazaña y no se explicaba muy bien cómo había logrado salir por su propio pie. Cuando observó la tragedia desde lo alto estuvo a punto de sufrir un colapso por la impresión. Todos estaban muertos. Concha Elguea, Santiago Valls, James O'Connor, Lourdes del Río, Koldo de Andrés... decenas de hombres y mujeres yacían sin vida sobre el hemiciclo, la mayoría junto a las puertas de entrada. La escena era escalofriante, casi tanto como aquel ser que había irrumpido en mitad del caos y que con una agilidad y fuerza asombrosas había rescatado a Amelia Aizaga. Una gigante. Casi no podía ni concebir lo que acababa de ver. El discurso de Koldo de Andrés y de Lourdes del Río echando por tierra la teoría de un retorno real de aquellos seres gigantes había quedado reducido al más absoluto de los ridículos. Aunque tal vez no habían andado tan desencaminados en sus conclusiones y aquel ser gigantesco no tenía nada que ver con el regreso del que hablaba la profecía. ¿De dónde procedía aquella criatura? ¿Cuál era su edad? ¿Había más como ella?

Se tendió boca arriba y contempló la luz de la luna colándose a través de las tupidas copas de los árboles. Y entonces supo la respuesta. Supo por qué había sobrevivido y había sido capaz de escapar de aquel infierno. Tenía que dar testimonio de lo que allí había ocurrido. Tenía que contarles a Jon Arkaute y a los demás la tragedia y el milagro que había presenciado. *Ama* tenía razón. Su destino era casi divino. Aimar se había convertido en el testigo de un hecho extraordinario, inexplicable. Sin embargo, ¿cómo iba a lograr culminar su misión si estaba a las puertas de la muerte? Giró la cabeza y escudriñó la espesura, en busca de una solución a su delicada situación. Le pareció escuchar un ruido a lo lejos. Una bestia nocturna, seguramente. La doctora Juliana Monroy tenía razón. El miedo a la oscuridad y a la profundidad del bosque había desaparecido. Tenía la certeza de que aquella fobia se había desvanecido para siempre aunque el recuerdo de aquel traumático campamento de verano perdurase. Era gracioso y a la vez humillante el hecho de que hubiera superado aquel miedo precisamente en aquel momento. Sus probabilidades de sobrevivir eran nulas. Sus pulmones apenas eran capaces de procesar el oxígeno del aire puro proveniente de la montaña.

Volvió a escuchar el ruido y de repente ella volvió a aparecer. En un instante la tuvo a su lado. Al contemplarla, sintió como si una serpiente mordiera su corazón y le arrebatara rápidamente la vida. ¿Estaba dándole un infarto? La mujer gigante le sonrió con la dulzura de una niña pequeña y de alguna forma consiguió infundirle la calma suficiente como para no desfallecer de la impresión. Oía a miel de flores, a tierra mojada y a musgo, y llevaba en las manos unos hermosos racimos de uva que sin duda acababa de recolectar de alguna finca cercana. Apretó los frutos con su mano derecha y con la izquierda introdujo las hojas de la vid en su boca. A continuación mezcló la pasta resultante con las uvas que acababa de triturar y volvió a meter la mixtura en su propia boca. Al

cabo de unos segundos abrió con delicadeza los labios de Aimar y le besó, depositando sobre ellos aquel engrudo.

—Trágalo y te salvarás —le dijo.

Aimar fue incapaz de resistirse a aquella orden. La obedeció al momento e ingirió aquella oscura pasta. Tuvo la sensación de estar bebiendo alcohol puro. La mujer gigante había fermentado la uva en su boca, pero ¿cómo? Enseguida notó una clara mejoría en su organismo, como si la vida hubiera decidido regresar a sus células y darle una segunda oportunidad. El aire entraba y salía de sus pulmones con la misma facilidad que antes. En menos de dos minutos logró reponerse lo suficiente como para incorporarse. Al hacerlo, descubrió tras la criatura a Amelia Aizaga, que se sostenía apoyada en un bastón improvisado con la rama seca de un árbol. Parecía totalmente recuperada. Quiso preguntarle cómo había obrado aquel milagro, pero no le dio tiempo. La mujer gigante volvió a levantar a la anciana en volandas y se alejó con ella lentamente. Y entonces lo hizo. Aimar fue consciente de que podía registrar aquel encuentro y no lo dudó. Encendió la cámara de su móvil y grabó a aquel ser mientras se internaba en la profundidad del bosque.

Uno de los hombres que había entrado en la cripta con Anne, David y el grupo de mujeres que Ruud y su hijo habían ido reuniendo por todo el norte peninsular, se adelantó y se colocó junto a Sabina. Tendría alrededor de los cincuenta años y llevaba puesta una espectacular túnica con capucha color granate que le llegaba hasta los tobillos.

—¿Qué hace este aquí? —gritó enfurecida Sabina—. Esto es una reunión de los linajes. Los hermanos guardianes no estáis invitados.

—Déjale hablar, Sabina —le pidió Koro Uria.

—Le he invitado yo —dijo David desafiando a su tía.

El jardinero dejó su cabeza al descubierto y aclaró la garganta antes de hablar.

—Fraxinus os saluda, hijas de la Diosa. Sé que muchas consideráis mi presencia aquí una intromisión y no os culpo por ello. Y no pienso justificar los mil atropellos y abusos que ha cometido la orden de la hermosa rosa perenne contra vosotras, pero os ruego que me dejéis decir lo que mis hermanos y yo hemos venido a decir.

Junto a él, cuatro hombres y cinco mujeres ataviados con la misma indumentaria se quitaron las capuchas dejando al descubierto sus rostros.

—Déjate de tanta cursilada y habla de una vez —le exigió Oihana Gutiérrez.

—Esa enfermedad, de la que la mayoría habéis oído rumores y de la cual acabáis de escuchar dolorosos testimonios de vuestras hermanas, es el origen de todos los males que os acechan. Durante milenios, la orden de la hermosa rosa perenne, como parte de nuestra misión sagrada, hemos custodiado y vigilado el legado de vuestros linajes. Todas conocéis el secreto de esa civilización de gigantes anterior a nuestro mundo y de la cual todas procedéis. Todas creéis en *Amari*, Cerridwen, llamadla como queráis, reina de los gigantes y fundadora de la religión de la Diosa. Habéis estado enfrentadas a los linajes que veneran al Dios astado desde entonces y los habéis aborrecido con toda vuestra alma. Vuestros antepasados os han enseñado a odiar a quienes os han atacado tantas veces pero ninguno de ellos os ha contado nunca la verdad al completo. Y sin embargo, la teníais delante todo el tiempo.

—¿A qué te refieres? Habla claro, chico —le pidió Koro Uria. Aquel modo tan coloquial de dirigirse a él era su manera de decirle que no aceptaba su autoridad.

—La profecía del retorno de los que estaban antes —continuó él—. Los oráculos de la mayoría de los linajes predijeron que este momento que ahora estamos viviendo llegaría. El regreso de los gentiles. Muchas habéis esperado que los gigantes aparecieran de la nada y reclamaran su sitio, pero eso no va a ocurrir. Lo que la profecía está anunciando es el nacimiento de la persona que os salvará de esta enfermedad. Han tenido que pasar todos estos siglos para que llegara este momento. La sangre de los que estaban antes ha ido perpetuándose, generación tras generación, y expandiéndose por todo el mundo. Todos los linajes que compartís el legado estáis conectados por ella. De alguna forma todos sois familia, todos lleváis la marca de los genes de los que estaban antes. En la era en la que vivió la reina *Amari*, ocurrió una tragedia. La raza de los gigantes a los

que lideraba *Amari* había comenzado a procrear con la raza de los hombres, pero las criaturas concebidas de esas relaciones mixtas empezaron a manifestar y transmitir a sus congéneres una horrible enfermedad que provocaba un insomnio permanente, sueños y visiones infernales, y finalmente la muerte. La raza de los hombres decidió aniquilar a los gigantes para acabar con esa maldición e inició una terrible guerra que casi los masacró por completo. Los gigantes no sufrían los síntomas de la enfermedad del insomnio porque sus organismos estaban diseñados para anularlos, cosa que no ocurría con la raza de los hombres ni con las criaturas híbridas que les engendraron. Ha tenido que pasar todo este tiempo desde entonces para que surja la solución natural que acabará con este terrible mal. La sangre de los elegidos de la que habla la profecía es en realidad su vástago, el hijo de Anne y David que está a punto de venir al mundo. Este pequeño nacerá con la mutación genética gracias a la cual podrá encontrarse una cura. Este es uno de los mayores secretos que tutelamos la orden de la hermosa rosa perenne. Llevamos preparándonos para este momento histórico desde hace mucho tiempo. Tenemos los laboratorios y los conocimientos científicos para hacernos cargo de ello. Los hermanos guardianes hemos tratado durante siglos de arrebatarnos el control del legado y de frenar la expansión de la marca de los gigantes, como la denominamos nosotros. En el pasado hubo raptos, masacres y traiciones debido a este oscuro secreto. La orden se comportó como una auténtica mafia tratando de imponer su criterio y que la marca de los gigantes no se globalizara. Si este mal llegaba a todo el mundo, sería el fin de la raza humana. Por eso es imprescindible que el hijo de Anne y David nazca sano y salvo para que nosotros podamos sintetizar la cura.

—Hija —apuntó Anne.

—La orden descubrió que yo me alojaba en casa de mi padre y el hermano Fraxinus contactó con él cuando comenzaron a producirse los primeros asesinatos de “la *sorgina*” —explicó David—. Fraxinus pertenece a una facción secreta dentro de la Fundación Petunia que muy pocos conocían hasta ahora. Tras haber intentado frenar la expansión de la enfermedad sin éxito, llevan reuniendo y perfeccionando la tecnología y los avances científicos necesarios para el momento en el que nazca nuestra hija, la niña de la que habla la profecía, y así encontrar la cura al don de la vigilia. Así es como lo llamamos nosotros en mi familia. En sus instalaciones secretas, disponen de un equipo que ha estado preparándose para este momento desde hace mucho tiempo.

—El hermano Fraxinus consiguió localizarme en la isla de Cerdeña. Él fue quien nos puso en contacto a David y a mí. —dijo Anne. Aún se le ponía la piel de gallina cada vez que recordaba su encuentro con el jardinero en aquella torre abandonada junto al pozo de Santa Cristina mientras Mechero y Calíope hablaban con Filippa Costa. Fue Fraxinus quien le informó acerca de la enfermedad de la abuela Mary Anne, aunque ella no había querido creerle en ese momento.

—“La *sorgina*” está tratando de salvarse a sí misma o a alguien muy cercano —dijo Fraxinus—. Existe un poderoso ritual ancestral que asegura que puede anularse el efecto letal de la enfermedad. Para conseguirlo, es necesario el aliento y la sangre de no menos de siete hijas de *Amalur* que representen las tres caras de la Diosa, es decir, la virginidad, la maternidad y la ancianidad. No hace falta que os explique lo que eso significa. “La *sorgina*” no dejará de matar hasta que vea que funciona esa antigua magia. Por eso es necesario detenerla.

—¿Quién creó esa magia? —preguntó Koro.

—Nadie lo sabe con exactitud, pero creemos que proviene de la época de las Madres del linaje de los berones —explicó él.

Sabina le miró con desprecio. ¿Cómo era posible que la orden de los hermanos guardianes conociera los secretos que tan celosamente había custodiado el clan de los berones desde tiempos inmemoriales? Según el Libro del Linaje, aquella poderosa magia había sido creada por la anciana ermitaña de las montañas a la que acudió Kara, la Madre de Madres, para pedirle que la ayudara a salvar a su hija Edereta, que comenzaba entonces a padecer los primeros síntomas del don de la vigilia. No pensaba compartir con las demás aquella parte de la historia.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Koro.

—Es el ritual de las tres lunas rojas —dijo Sabina queriendo recuperar el protagonismo—. Ese rito aparece mencionado en el Libro de Linaje de nuestra familia, como muchos otros que a lo largo de los milenios se han ido recopilando para tratar de vencer al don de la vigilia. Su magia es peligrosa. Muy peligrosa. Si es verdad que ese animal está ejecutándolo, tiene que estar o muy seguro de sí mismo o estar desesperado, porque no es sencillo controlar su poder.

—¿Tú ya sabías esto? Me parece increíble que no hayas dicho nada —la recriminó Koro Uria.

—No me habéis dejado —respondió ella.

—¿Y cómo vamos a saber quién es “la *sorgina*”? —preguntó Isabel Apellániz.

—Con el rito del levantamiento de párpados de los gentiles —dijo Sabina—. No hay otra forma más rápida. Os lo he dicho. Necesitáis que yo dirija el rito. Vosotras no sabríais ni cómo empezar.

—Mi tía tiene razón —dijo David. Sabina sintió que el corazón le daba un vuelco al escucharle. Había esperado tantos años para que su sobrino aceptara su misión y la apoyara, que aquella afirmación de David le pareció casi irreal.

—Pero para que funcione de la manera adecuada, es necesaria la intervención de las hijas de *Amalur* en las que el don de la vigilia esté más arraigado en sus genes —explicó Fraxinus—. De esta forma podrán detectar más rápido a “la *sorgina*” reduciendo al máximo el margen de error .

—Por eso estamos nosotras aquí —dijo Anxela Cerqueiro—. Dejémonos de tanta palabrería y empecemos de una vez. Somos mucho más fuertes que ese monstruo. Unámonos y acabemos con él.

—Anxela tiene razón —dijo Isabel Apellániz—. Dejemos de lado nuestras rencillas. Ahora lo importante es encontrar y detener a ese criminal.

—Está bien —dijo Koro Uria—. Unidas le venceremos.

—Eso es —la refrendó Anxela Cerqueiro con una sonrisa dibujada en su rostro—. Somos *as fillas da Deusa*. Las hijas de *Amalur*, como decís vosotras. Juntémonos todas en una fraternal *compaña*.

—La hermandad de la Diosa —sentenció Anne.

Ander Goikoetxea hizo un gesto para que Lucía guardara silencio. La finca donde se levantaba el caserío de Sabina Elguea había quedado engullida por decenas de coches aparcados sin ningún tipo de orden tanto en la parte trasera del edificio como en los caminos de tierra que separaban los viñedos. Nada extraño teniendo en cuenta que la mayoría de los asistentes a la reunión convocada por Sabina habrían accedido hasta allí a bordo de aquellos vehículos. No obstante, había algo que no encajaba en la aparente tranquilidad que envolvía la escena.

—La entrada al mausoleo está detrás del pozo que hay en el huerto. ¿Lo puedes ver desde aquí? —preguntó Lucía. Estaban escondidos detrás de un pequeño cobertizo donde Sabina guardaba la leña para la chimenea.

Ander no contestó. Parecía estar escudriñando el paisaje como lo haría un ave rapaz buscando una presa.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lucía sin entender nada.

—Mira allí, dentro de la casa.

Lucía dirigió su mirada hacia las ventanas de la segunda planta. Los haces de luz de varias linternas iluminaban desde el interior los cristales. Intrusos. Un total de doce personas se afanaban por encontrar algo dentro de la casa de su tía. Volvió a llamar a su madre pero de nuevo el teléfono no dio señal. Lo intentó con Sabina pero con el mismo resultado.

—¿Ese de allí no es Hubert? —preguntó Ander señalando a un hombre que acababa de asomar por la puerta que daba al jardín.

Lucía lo observó detenidamente. Ander no había errado en su suposición. Efectivamente era Hubert. Por mucho que fuera vestido con ropas oscuras y llevara la cabeza cubierta por un gorro, su fisonomía y su lenguaje corporal le delataban. Otras cinco personas salieron al exterior llevando en volandas un objeto voluminoso cubierto por una sábana. Intentaron meterlo al maletero de una furgoneta pero uno de ellos tropezó y el bulto acabó en el suelo, quedando más de la mitad de su superficie al descubierto.

—¿Qué leches es esa cosa? ¿Eso estaba en casa de tu tía cuando estuvimos? —preguntó Ander.

—No serán capaces...

—¿Pero qué es?

—Si se entera Sabina le da algo. Es la estatua de la antepasada más célebre de los berones. Una antigua reina.

—Esto es ridículo. ¿Qué pretenden? ¿Secuestrarla como si fuera una broma entre fraternidades de un campus?

—Ojalá fuera una broma— dijo ella. Se sentía ofendida por el trato que estaba sufriendo la reina *Amari* en manos de aquellos animales.

Hubert Vanner ordenó sustituir al hombre que se había tambaleado y esta vez consiguieron introducir la estatua en el maletero. El vehículo se alejó lentamente en dirección a la carretera que comunicaba la finca con Lacaverna. Hubert reunió al resto de los intrusos frente a la puerta principal del caserío y les dio consignas para que se dispersaran entre los viñedos. Cuando se hubieron alejado, entró en la casa. Ander siguió el rastro lumínico de la linterna del tío de David merodeando arriba y abajo en las dos plantas durante casi cinco minutos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ander—. Esto no me gusta nada.

No obtuvo respuesta. Lucía había desaparecido. Ander miró a un lado y a otro buscándola desesperadamente y al fin la localizó a escasos metros del inmueble. Definitivamente se había vuelto loca. Hubert tenía todas las papeletas para ser “la *sorgina*” y sin embargo a ella parecía darle igual. ¿Qué pretendía? ¿Charlar amigablemente con él y convencerle para que devolviera aquella escultura y dejara de matar a mujeres inocentes?

Lucía llegó en el preciso instante en el que Hubert salía hacia el huerto. La cara de él era un poema.

—Lucía... ¿qué hace aquí? —le preguntó con su característica forma de hablar.

—Esto sí que tiene gracia —dijo ella. Hubert había bebido. Su aliento etílico lo delataba. — ¿Qué haces tú aquí, Hubert? ¿Se puede saber qué coño estáis haciendo?

—Debería irse Lucía. Si ella se entera que estás aquí...

—Devuelve ahora mismo la estatua. ¿Quién te crees que eres para entrar en casa de mi tía y robarle?

—No empeores las cosas, Lucía. Aún estamos a tiempo de que esto acabe bien.

—¿Me estás amenazando? ¿Me vas a hacer lo mismo que a esas pobres niñas?

De repente los cristales de las ventanas de dos de las habitaciones del piso superior estallaron en mil pedazos. Uno de los trozos se clavó en la mejilla derecha de Hubert pero no le causó un corte demasiado profundo. Lucía estuvo a punto de ayudarlo a extraerlo pero cambió de opinión cuando vio salir las llamas por los huecos que había dejado el vidrio al caer.

—Hubert ¿qué has hecho...? —le preguntó dos segundos antes de que alguien la golpeará por detrás en la cabeza. Cayó desplomada al suelo.

Suzanne Bechs había surgido de entre las sombras que envolvían la parcela enfundada en un pantalón y un jersey de color azul marino. Llevaba su inconfundible melena rubia oculta bajo una gorra y sostenía en sus manos una daga de pequeñas dimensiones labrada en hierro cuya empuñadura aparecía decorada con delicados trazos que recordaban a los cuernos de una cabra. Con la parte roma del mango había noqueado a Lucía ante la mirada atónita de Hubert.

—No me mires así, no está muerta —le dijo en holandés—. Sé valorar que hayas conseguido que te dijera dónde se iba a celebrar la reunión. Llévatela de aquí antes de que cambie de opinión. Vete de aquí Hubert, ha terminado tu misión. Ahora déjanos a los demás.

—¿Qué estás diciendo, Suzanne? Ya me he encargado de incendiar la casa y llevarnos a la reina. Es hora de irnos.

—Yo no me voy a ninguna parte.

—No te entiendo.

—Esto no ha hecho más que empezar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hubert.

—No te he dicho toda la verdad. William murió la semana pasada. Lo encontraron medio congelado en Haastad, tirado en la calle, como si fuera un perro. Murió de repente. Mi pequeño Wilfried.

Le había ocultado la muerte de William deliberadamente. Derrame cerebral. El informe del forense había determinado que probablemente la hemorragia se había derivado de los múltiples traumatismos que había sufrido durante aquel horrible asalto del que fue víctima a las puertas de su casa en Bilbao.

—Siento su muerte —mintió Hubert.

—¿De verdad pensabas que nuestro trabajo aquí se iba a limitar a llevarnos ese viejo trasto y a quemar la casa de esa víbora?

Ander no veía a Lucía. Había desaparecido de su campo de visión y ni siquiera sabía si había llegado a hablar con Hubert. Estaba preocupado por el estruendo que acababa de escuchar, muy similar al que haría un enorme acuario que hubiera explotado desparramando el agua por todas partes. Era un pensamiento absurdo pero no podía evitar que su mente realizara esa comparación. Buscó con la mirada el pozo que le había indicado Lucía. Junto a él se encontraba la trampilla por la que se descendía a aquellas viejas ruinas donde se estaba celebrando la reunión. Rastreó visualmente el terreno tratando de localizarla, pero las nubes que tapaban la luna le impedían distinguirla entre el resto de bultos y siluetas oscuras que tenía delante de él y que probablemente en su mayoría eran vides. Le pareció percibir cierto aroma a café tostado, lo cual era del todo ridículo. Y entonces se dio cuenta de dónde provenía aquel olor. Del tejado de la casa de Sabina Elguea salía una espesa humareda. El incipiente resplandor de las llamas le ayudó a encontrar la ubicación del pozo. Llamó a David pero tenía el teléfono sin cobertura. Le envió un mensaje. Si David y los demás asistentes a la reunión estaban bajo tierra era imposible que recibieran llamadas.

Escuchó no muy lejos de donde se encontraba el ruido de un vehículo aparcando, probablemente una furgoneta. Y casi al mismo tiempo se fueron encendiendo diferentes puntos de luz desperdigados por toda la finca, como si una decena de luciérnagas gigantescas hubiera decidido hacer brillar sus cuerpos de manera simultánea. Era fuego. Diez focos diferentes que iban aumentando de intensidad por segundos. La finca entera estaba quemándose. Su mente dibujó el rostro de David carbonizado y los latidos de la ansiedad volvieron a hacer acto de presencia repiqueteando en su sien derecha. Tenía que avisar a David y a los demás o se iban a abrasar vivos. No podía perder a David de aquella manera. Si corría llegaría al pozo en pocos segundos, antes de que fuera demasiado tarde. Cuando se disponía a hacerlo, detectó la sombra de alguien caminando a paso rápido hacia él. Se trataba de un tipo alto con cara de pocos amigos. Se giró

con la intención de echar a correr y escapar pero los nervios le jugaron una mala pasada y acabó tropezándose con la hilera de vides que tenía a la derecha. Al caer se golpeó la cabeza contra la fría tierra. Mientras su consciencia se evadía en sueños abstractos repletos de brillantes luciérnagas y racimos de uvas incandescentes, tuvo la extraña sensación de que conocía a aquel hombre, pero enseguida aquella alucinación sensorial desapareció para dar paso a la más absoluta oscuridad.

Cinco integrantes de la hermandad de la Diosa rodearon a Sabina Elguea y a Anne Wellington formando un círculo casi perfecto con ellas dos en el centro. Otros dos grupos de cuatro mujeres cada uno de ellos se colocaron, uno a cada lado, formando dos semicircunferencias, una abierta hacia la izquierda y otra hacia la derecha. Todas habían entrelazado sus manos, salvo las situadas en los extremos, que sostenían en su puño cerrado tierra del propio mausoleo. Había sido idea de Sabina formar el símbolo de las tres lunas que representaba a *Amalur*. No sabía si contribuiría o no a que el ritual del levantamiento de párpados funcionara mejor pero cualquier ayuda era bienvenida.

Tenía que reconocer que tenía miedo a morir, a dejar de existir sin tener ni idea del futuro que le esperaba al linaje. Era una insensatez intentar guiar el rito en su situación, con el don de la vigilia tan avanzado. Pero no podía hacer otra cosa, solo ella sabía ejecutarlo del modo correcto. Además quería que David liderara a los linajes, aunque fuera de manera conjunta con la inglesa. El clan de los berones no podía perder su posición privilegiada. Le asustaba el hecho de que en la visión premonitoria que ella había tenido meses atrás no había sido capaz de ver si David estaba o no presente en la apertura de la puerta, pero muchas veces los sueños no eran completos. Quería ayudar a David a asegurar su liderazgo al frente de los linajes, pero también quería ayudar a las hijas de la Diosa. Durante mucho tiempo había caminado sola enfrentándose a todo el mundo y no deseaba que David tuviera que pasar por lo mismo. Aquella hermandad recién constituida parecía aceptar la autoridad de David y Anne, con lo que se había convertido en la mejor garantía para que el clan berón continuase liderando los designios del legado. Con un poco de suerte, todas unidas conseguirían visualizar el rostro de “la *sorgina*”. Con un poco de suerte ella no moriría en el intento.

—*Amari, zeu gurekin* —comenzó a recitar Sabina en voz alta invitando a la reina de los que estaban antes a bendecir el ritual.

—*Amari gurekin* —repitieron todas. El sabor amargo de la poción que les había suministrado Sabina caía de forma pesada por sus gargantas quemando todo a su paso en su descenso por el esófago.

Anne observaba a la tía de David con una mezcla de asombro y repugnancia. Las agujas de las Madres insertadas en los párpados superior e inferior de los ojos de Sabina no constituían precisamente una visión tranquilizadora. La tía de David se había hecho una profunda herida en el ojo derecho al introducir una de las agujas y un hilo de sangre brotaba sin cesar manchando su ropa. Anne sintió náuseas y ganas de vomitar, pero se contuvo. De nuevo tuvo la sensación de que no estaba viviendo aquella escena, como si otra persona la estuviera protagonizando y ella fuera una mera espectadora. Se acordó del día que conoció a Sabina, cuando acompañó a David hasta Lacaverna para visitarla porque supuestamente había enfermado de cáncer. Salvo con Henry, su padre, jamás había sentido que nadie la despreciara tanto como hizo entonces Sabina. Y allí estaban las dos ahora, sin apenas haber cruzado palabra, compartiendo un momento íntimo de magia ancestral, la una junta a la otra, hombro con hombro.

La hermandad de la Diosa recitó en susurros algunos de los salmos y oraciones de la antigua religión mientras trataban de focalizar su energía en Sabina. Al cabo de un par de minutos la tía de David puso los ojos en blanco. El trance había llegado. Pero no del modo lo suficientemente profundo como para no ser consciente del lugar en el que se encontraba e ir dirigiendo a las demás.

—Anne, del linaje de los galeses —dijo Sabina dirigiéndose a ella— descubre el velo que oculta a “la *sorgina*”.

Una contracción. ¿Acababa de sufrir otra contracción? Desde luego la situación era más que estresante. Tenía que relajarse, aún faltaban días para el nacimiento.

—Betrys, del linaje de los galeses —dijo dirigiéndose a la madre de Anne, que formaba parte del grupo de la luna menguante— descubre el velo que oculta a “la *sorgina*”.

Koro Uria repitió las mismas palabras en inglés al oído de la madre de Anne.

Y así, una a una, fue llamándolas y solicitando su ayuda para desenmascarar a “la *sorgina*”, mientras David, Fraxinus y el resto de invitados observaban en silencio el proceso. Habían pasado unos tres minutos cuando Anne dejó de ver a Sabina y en su lugar se dibujó la silueta de un hombre suspendida en mitad de la nada. A medida que los segundos transcurrían, aquella figura iba ganando consistencia y su contorno iba adquiriendo mayor solidez. Era “la *sorgina*”. Era plenamente consciente de que aquel era el asesino de las hijas de *Amalur*. Dentro de la visión, sintió a su bebé revolviéndose en su vientre, como si temiera que Anne averiguara la identidad del asesino, como si quisiera advertirla del peligro. Y de repente una explosión líquida. Un latigazo sacudiendo cada una de las células de su organismo. El hombre del sueño comenzaba a desdibujarse sin haber alcanzado su forma definitiva. Anne se resistió a que la visión la abandonara tan pronto. “*Anne, despierta*”. De nuevo la voz de su abuela Mary Anne la llamaba y el asesino cada vez era más transparente, desvaneciéndose a marchas forzadas. “*Anne, despierta*”. Un momento. Aquella no era la voz de su abuela. Alguien más la estaba conminando a abandonar aquel estado alterado de conciencia. Era David. ¿Pero por qué trataba de despertarla si aún no había conseguido ver la cara del asesino?

—¡Anne, despierta de una vez! —volvió a gritar él.

Todas las integrantes de la hermandad de la Diosa volvieron en sí a la vez. Sabina yacía derrumbada en el suelo, pero parecía que había sobrevivido al ritual. Anne se palpó instintivamente el vientre y chilló.

—¡Ha roto aguas! —exclamó Anxela Cerqueiro al descubrir la humedad que empapaba las piernas de Anne—. ¡Hay que llevarla a un hospital!

Fue en ese momento cuando Anne fue consciente de lo que acababa de ocurrir. La bolsa amniótica que resguardaba al bebé se había roto y el líquido se había desparramado por el suelo.

—¡Rápido! ¡Ayudadme a subirla por las escaleras! —gritó David.

Koro Uria y Betrys Wellington le ayudaron en el ascenso, pero al llegar al último peldaño y tratar de retirar la cubierta metálica de la trampilla David pegó un alarido.

—¿Qué te pasa? —preguntó alarmada Koro.

—¡La tapa está quemando, joder! —gritó él. Se quitó el jersey, se envolvió la mano derecha con él y trató de agarrarla y levantarla pero le fue imposible.

—¡Déjame a mí! —exclamó Koro mientras empujaba con todas sus fuerzas la tapa sirviéndose de su bolso. La trampilla no cedió ni un centímetro.

—¿Tía, qué cojones está pasando? —preguntó David a punto de perder el juicio. Anne estaba lívida y no paraba de retorcerse de dolor. A su lado, Betrys trataba de consolarla susurrándole palabras de aliento en inglés.

Sabina Elguea se incorporó y recogió la muñeca de Véspero del suelo. Avanzó lentamente hacia otra zona del mausoleo, muy próxima al lugar donde se suponía que habían sido depositadas las cenizas de la sacerdotisa Kara. Buscaba un minúsculo respiradero que su padre había mandado abrir en su día y por el que a veces se colaba el agua de la lluvia. Miró hacia arriba y enseguida bajó la mirada aturdida. Lo que acababa de ver la había dejado sin palabras.

—Hay fuego —les anunció—. Los viñedos están ardiendo.

—¿Pero habrá otra salida, no? —preguntó Isabel Apellániz.

—No, no hay más salidas. Esto es un yacimiento de un templo de la época de los berones. ¿Qué otra salida quieres que haya?

Anne chilló. Sentía al bebé presionando para escapar de su cárcel uterina, desgarrando todo cuanto encontraba a su paso. David volvió a empujar la tapa de la trampilla y en ese momento la puerta cedió. Alguien la había retirado desde el exterior mientras otra persona utilizaba un pequeño extintor para apagar el fuego que rodeaba el pozo. A medida que el humo se fue disipando David ayudó a Anne a subir a la superficie y a continuación salieron todos los demás.

—¡David, corre hacia aquella parte del camino! Rápido, no vamos a poder contener mucho más tiempo el fuego —le rogó una voz familiar.

David no daba crédito a lo que veía. Ander, Hubert y sus primos Lucía y Adrián trataban de contener las llamas haciendo uso de aquel minúsculo matafuego y de varias mantas viejas. Un fuerte olor a combustible emanaba de las vides. Todos los asistentes a la reunión fueron escapando del mausoleo hacia el cortafuegos que se había formado de manera natural en uno de los senderos que separaban las viñas. Adrián había aparcado su autocaravana allí. El extintor debía de ser el que su primo llevaba a bordo. David ayudó a montar a Anne en la parte de atrás junto con Betrys, Sabina, Ander, Lucía, Koro, Anxela, Isabel, Fraxinus y dos hermanos guardianes más. Los demás corrieron buscando el refugio de la cercana carretera. David abrazó a Ander y le dio las gracias sin entender cómo habían acabado Hubert y él allí.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó Lucía al no ver a Concha Elguea por ninguna parte.

—Tu madre ha tenido que encargarse de otros asuntos antes de venir —respondió Sabina—. No ha llegado aún, tranquila.

—No te esperábamos —le dijo Lucía a Adrián—. Como no hay quien te tosa últimamente con lo de tu banda...

—No me perdería nunca una reunión de los linajes. ¿Qué ostias ha pasado aquí? Acabo de llegar y me he encontrado el panorama. Han quemado el caserío de la tía y la finca está prácticamente arrasada —dijo Adrián tras poner en marcha el vehículo.

—Ha sido ella —dijo Lucía.

—¿Quién? —preguntó Sabina.

—Suzanne Bechs.

Al oír aquel nombre Sabina sintió algo muy parecido a una puñalada desgarrando sus entrañas. La líder de los holandeses se había cobrado su venganza.

—Pretendía dejaros ahí abajo encerrados —dijo Hubert—. Se ha vuelto loca cuando sus hombres han empezado a desertar al ver que el fuego se les había ido de las manos.

—¡Acelera, joder! Hay que llegar a Logroño pero ya —gritó David—. Anne está muy pálida.

—La niña no va a nacer en un hospital —dijo Sabina—. Nadie lo entendería.

Adrián detuvo el vehículo. Lucía miraba a su tía intentando vislumbrar si Sabina había perdido definitivamente el juicio.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó David—. Adrián, como si tienes que ponerte a ciento cuarenta, pero al hospital ¡ya!

—Anne morirá si la llevas a Logroño —dijo Sabina—. Ningún médico está preparado para un parto así.

—Sabina, ¿se puede saber de qué demonios hablas? —preguntó Koro.

—La apertura de la puerta de la profecía no es otra cosa que el nacimiento de la niña. Ya habéis oído a Fraxinus. Y la puerta solo se abrirá con la llave —dijo señalando la vieja muñeca de Véspero que descansaba sobre su regazo.

—¡Estás loca! —gritó David—. Adrián, al hospital de Logroño. ¡Ahora!

—David —dijo Sabina mirando de reojo las llamadas que asolaban la casa en la que había pasado media vida—. Nuestros ancestros han estado preparándose para este momento desde hace más de dos mil años. Solo te pido que tengas fe. Si llevas a Anne a Logroño, vuestro bebé morirá. Y Anne probablemente también. Las mujeres de nuestros linajes solemos tener partos complicados pero en este caso puede ser incluso peor. La llave es necesaria para abrir la puerta. Así lo vaticinaron los oráculos. Solo hay un lugar ahora mismo donde podemos llevarla para que todo salga bien.

—¿Dónde? —preguntó Lucía.

—Al estanque celtibérico de Laguardia. Es un lugar sagrado. Servirá —contestó Sabina.

Lucía miró a su tía. Sabina estaba plenamente convencida de lo que decía.

—¡Cállate de una puta vez! —gritó David—. ¿Es que no ves cómo está Anne?

Koro arrebató la muñeca a Sabina y le arrancó la cabeza. Extrajo de su interior un objeto protegido con una funda de cuero que despedía un fuerte olor a rancio. Retiró el envoltorio y lo dejó al descubierto. Desde luego aquella cosa tenía forma de llave. Los antepasados del linaje lo habían denominado así con muy buen criterio. Era alargada y estrecha y tenía dos empuñaduras con forma de arandela en vez de una. El extremo opuesto aparecía ligeramente abombado. Parecía más bien una tenaza, vista desde la perspectiva del siglo XXI. El material era probablemente hierro y llevaba unos signos indescifrables esculpidos en un costado. Sabina se la quitó a Koro de las manos y, ante la mirada atónita de todos, la forzó hasta prácticamente partirla en dos, aunque sin llegar a separar del todo las dos piezas resultantes, que seguían unidas por el centro. Betryst

Wellington y Koro Uria comprendieron al instante de qué se trataba y la emoción empapó sus miradas.

—¿Qué es eso? —preguntó David.

—Es algo que hoy en día aún se utiliza en los partos complicados —dijo Koro—. Aunque este está claro que está diseñado de una forma especial.

—Es un *fórceps* para ayudar a extraer al bebé —anunció Sabina—. Tú mismo tuviste que nacer asistido por uno.

Itziar Azurmendi y Calíope escuchaban atentas las explicaciones de Aimar Errekamendi. Mechero hacía rato que había dejado de prestar atención y no dejaba de reproducir una y otra vez las imágenes que Aimar había grabado en el bosque. Eran solo diez segundos pero suficientes para apreciar la magnificencia de aquel ser que Aimar había descrito como una niña adulta, con la mirada rebotante de sabiduría y cierta fiereza imprevisible que le conferían un aire de espiritualidad y misticismo que contrastaba con su imponente rotundidad física. Aimar había conseguido salir por su propio pie del bosque que lindaba con la bodega donde se había perpetrado la matanza y enseguida había podido establecer comunicación con Jon. Cuando el grupo de jardineros lo vio llegar a Lacaverna se encontraron a un hombre distinto al que habían conocido. Aimar estaba exultante, seguro de sí mismo, sabedor de que había sido testigo en primera persona de un encuentro con lo extraordinario y además había sobrevivido. Hasta su lenguaje corporal había cambiado, como si aquella experiencia hubiese supuesto una catarsis que lo hubiera hecho salir finalmente de la pupa y abandonar definitivamente el estado de crisálida para convertirse en quien realmente había querido ser toda su vida.

—No hay supervivientes, o eso creemos —dijo Jon. La escasa decena de Originarios que no habían participado en la reunión de la bodega se habían acercado a comprobar la veracidad del relato de Aimar. Desde el jardín pudieron observar a través de la cristalera rota de la ventana, decenas de cuerpos tendidos sobre el suelo del anfiteatro.

—¿Se sabe algo de Anne? —preguntó Itziar mientras consultaba su móvil para ver si la noticia había saltado ya a los medios de comunicación. Se dio cuenta de que era imposible, probablemente nadie más habría encontrado los cadáveres.

—No. Su móvil no da señal —contestó él—. Y eso no es todo. La finca de Sabina Elguea está ardiendo por los cuatro costados.

—¿Has contactado con la Fundación? —preguntó Calíope.

—Eso estoy intentando, pero ahora mismo la confusión es total. Nadie se atreve a hablar aunque sí me están llegando mensajes anónimos. Comienzan a correr rumores de que han sido los Insurgentes quienes han provocado la masacre en la bodega.

El teléfono móvil de Jon Arkaute vibró en el bolsillo derecho de su pantalón vaquero. El jardinero se alejó unos metros para atender la llamada.

—No han sido ni los Insurgentes ni los Originarios. Ni siquiera los Caducos —dijo de repente Mechero—. Creo que los linajes nos la han jugado. A todos. Y creo que Anne está en el ajo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Calíope.

—Desde que estuvimos en Cerdeña la noto diferente, como si no me estuviera diciendo toda la verdad o me ocultara algo.

—Sí, ya me lo comentaste —dijo Calíope.

—¿Te acuerdas cuando estábamos en el pozo de Santa Cristina y no la encontrábamos?

—Sí, Anne dijo que le había parecido ver la luz de una linterna a lo lejos y había ido a mirar, pero que era una falsa alarma.

—Estoy convencido de que nos mintió. Yo también vi a lo lejos el destello de una linterna pero pensé que se trataba del faro de algún coche. Creo que Anne se encontró con alguien y no nos lo dijo.

—Estás paranoico —dijo Calíope—. ¿Con quién se iba a encontrar?

—No lo sé, pero desde entonces Anne está rara de cojones. ¿Y si la reunión de la bodega no era la verdadera reunión que había convocado Sabina? Puede que todo haya sido una trampa de los linajes para vengarse de Petunia.

—No seas tan dramático. Igual simplemente han tratado de despistar a la Fundación para que no interviniera en el verdadero aquelarre y al final la situación se les ha ido de las manos —dijo Calíope.

—Creo que el chaval tiene razón —dijo Aimar—. En la bodega no estaba la anfitriona, Sabina Elguea. Y tampoco vi a Suzanne Bechs. Yo también noté algo raro. Creo que solo Concha Elguea y Amelia Aizaga, la anciana que escapó con la gigante, pertenecían a los linajes. El resto de asistentes eran jardineros de las distintas corrientes.

—¡Chicos, chicos! —gritó Itziar Azurmendi llamando la atención del resto.

—¿Qué pasa? —preguntó Calíope. Itziar tenía la cara desencajada.

—Mirad esto. Está por todas partes —les dijo tendiéndoles el teléfono móvil.

Mechero observó la imagen que aparecía en la pantalla del dispositivo y se quedó sin palabras. Buscó rápidamente la noticia en el suyo. Efectivamente, todos los periódicos digitales mostraban en su portada la misma imagen. Acababa de producirse una explosión en la central nuclear de Limerick de Pennsylvania, muy cerca de la ciudad de Nueva York. Una gigantesca nube con forma de hongo se abría paso en el cielo y los titulares comenzaban ya a relacionarlo con la cadena de atentados que venían ocurriendo en diferentes ciudades del mundo desde hacía unos meses. Al parecer una organización de extrema derecha acababa de reconocer la autoría. Se estimaba que los muertos podían ascender al millar.

Su corazón comenzó a latir a gran velocidad. Las palabras de la profecía del regreso de los que estaban antes acudieron raudas a su memoria. “*La nube anunciará la llegada*”. ¿Era posible que aquello fuera la nube que coincidiría con la llegada de los gigantes? Desde luego tenía que tratarse de un acontecimiento grave y con la repercusión suficiente como para que todos los oráculos se hubieran referido a él para contextualizar el momento en el que se abriría la puerta. Uno de los periódicos mostraba las imágenes del antes y el después de la central nuclear. Y entonces supo que estaba en lo cierto. Se acordó de los dos grabados gemelos del dintel de la puerta de la *drakospita* del monte Oqui. En su día no habían atinado a comprender por qué los moradores de aquella vieja construcción habían hecho dos dibujos casi idénticos a ambos lados de la puerta. Ahora lo entendía. ¿Y si la montaña que aparecía en los dos grabados no fuera una montaña tal y como habían supuesto? ¿Y si lo que en realidad había allí representado eran dos reactores nucleares gemelos vistos desde la perspectiva de unos profetas de hacía miles de años?

¿Y si aquellos antiguos oráculos habían previsto que cuando se abriera la puerta tendría lugar aquella catástrofe?

Jon Arkate se acercó corriendo a ellos con el teléfono móvil aún en la mano.

—Me voy —les dijo—. Anne está en peligro.

—¿Qué está pasando, Jon? —preguntó Mechero.

—Me acaba de llamar un viejo amigo. Anne está a punto de tener al bebé.

—¿Pero dónde? ¿Quién coño te ha llamado, Jon? —Mechero estaba fuera de sí. La profecía se estaba cumpliendo al pie de la letra.

—No tengo tiempo para explicaciones. “La *sorgina*” está con ella. ¿Alguien más viene conmigo?

El hermano Fraxinus guardó su teléfono móvil. El resto de los hermanos guardianes se habían despojado de las túnicas granates pero él había decidido dejársela puesta. Lo que le acababa de contar Jon Arkaute le había dejado trastocado. Aún no podía creerse lo que había sucedido en esa bodega propiedad del que fuera pareja sentimental de Concha Elguea. Una masacre. Además de ella, decenas de jardineros habían perecido y él sabía quién podía ser la responsable. La tenía a muy pocos metros de distancia. Todo apuntaba a que Sabina Elguea había diseñado aquella estratagema para quitarse de en medio a la orden y que no interfiriera en el encuentro de los linajes. ¿Había también planeado que la reunión falsa acabara así o había sido cosa de su hermana Concha? Él mismo y el resto de los hermanos guardianes que le habían acompañado podrían estar muertos si no fuera porque David les había indicado en el último momento la auténtica ubicación del cónclave.

Ni siquiera le había dado tiempo a avisar a la Fundación, aunque tampoco hubiera servido de mucho. La facción secreta a la que él pertenecía no se relacionaba con ninguna de las corrientes que luchaban entre sí dentro de la orden. Ni los Caducos, ni los Originarios ni los Insurgentes habían contactado jamás con ella, aunque siempre había habido rumores sobre la existencia de aquella élite dentro de Petunia. Jon Arkaute era uno de los pocos jardineros que la conocían, aunque apenas sabía nada acerca de aquel grupúsculo y ni siquiera había oído hablar sobre La Madriguera, el refugio secreto situado junto al santuario de Arantzazu. Jon y Fraxinus se habían iniciado en la Fundación casi a la vez y ambos habían sido tentados para formar parte de aquel impenetrable bando, pero Jon había rehusado la invitación. Aunque sus caminos se habían separado con el paso de los años, no le había quedado más remedio que confiar en él. Anne Wellington había accedido a llevar a cabo el plan de Fraxinus con una condición. Si la cosa se torcía y algo le pasaba a ella, al bebé o a David, o si se encontraban en peligro, debía dirigirse inmediatamente a Jon Arkaute y a Borja Ayala, el hijo de Begoña Argenta, al que ella llamaba Mechero, con los que había viajado hasta Lacaverna. Ella misma le había facilitado sus teléfonos.

El yacimiento del estanque celtibérico de La Barbacana estaba sumido en un extraño silencio que de vez en cuando era interrumpido por los gemidos de dolor de Anne Wellington.

—¿Qué vais a hacer? —le preguntó Koro Uria en cuanto Fraxinus le contó lo que había sucedido en la bodega. Koro se había alejado de los demás para hablar con él.

—Por desgracia ya no podemos hacer nada. Ahora hay que procurar que el parto salga bien. ¿Has podido averiguar quién de ellos es “la *sorgina*”? —preguntó Fraxinus mirando al lugar donde se encontraba el resto.

—No —se lamentó Koro— pero he hablado antes con Isabel y Anxela y ellas también lo tienen claro. Ese hombre está aquí. Su aroma, su vibración, su esencia es la misma que en la visión que tuvimos todas en el mausoleo. Tal vez si todas volviéramos a darnos la mano y nos concentráramos unos minutos, podríamos terminar de descubrir quién de ellos es.

—No hay tiempo. Ninguno de los hermanos tenemos armas. He pedido ayuda, está de camino. Estad atentas y ante la más mínima sospecha avisadme. Y, por favor, tened cuidado. Ese desgraciado quiere completar el ritual de las tres lunas rojas y hará cualquier cosa para conseguirlo.

Anne Wellington gritó como nunca antes lo había hecho. Su hermana Elin le había hablado de los dolores que acompañaban al parto pero jamás en la vida se hubiera imaginado que serían así. Lucía había cogido los dos asientos del viejo sofá que había en el despacho de la pequeña oficina situada en el yacimiento y los había trasladado hasta la zona del estanque donde en su día los antiguos moradores de Laguardia habían almacenado el agua que abastecía al poblado. Sobre el suelo había colocado una manta. Anne estaba tumbada encima de ella justo en el centro de la alberca. Sabina había insistido en que tenía que ser allí. Anne miró a su alrededor y distinguió los muretes bajos de aquella antigua construcción berona. A su izquierda estaban Isabel Apellániz y Anxela Cerqueiro, que la guiaban en las respiraciones que tantas veces ella misma había visto practicar a otras mujeres en los *DVD* de preparación al parto que su hermana le había dejado. A su derecha Betrys le sostenía la mano y le sonreía en un intento de tranquilizarla. David estaba a sus pies, junto a Sabina, esperando a ejecutar cualquier orden que su tía le diera. Había traído tres cubos con agua, dos toallas y cuatro rollos de papel de cocina que había localizado en el armario de la limpieza. Detrás de David y Sabina se encontraban tres de los hermanos guardianes, Ander, los primos, el tío y el padre de David. Alguien había avisado a Ruud Vanner, que había llegado incluso antes que ellos al estanque equipado con un botiquín de emergencia. Fraxinus y Koro se acercaron hasta donde estaba Anne.

—Anne, esto te va a doler —le dijo Sabina después de haber lavado a conciencia la llave en uno de los cubos de agua con jabón que David había traído.

—Anne, mírame —le dijo David—. Todo va a salir bien, tranquila. Es nuestra hija. La niña de la profecía. Ella heredará el camino de los que estaban antes. Solo puede salir bien. Estate tranquila.

Anne quiso mandarle a la mierda pero no pudo reunir las fuerzas necesarias. Si David supiera que el embarazo era de riesgo y que muchas mujeres de su familia materna habían muerto en el parto, no se atrevería a ser tan optimista. Aun así, agradeció sus palabras de ánimo.

—*Amari* nos está ayudando —dijo Sabina—. La criatura está perfectamente colocada, puedo palpar su cabeza, pero no soy capaz de extraerla. Es hora de utilizar la llave.

—¿Y si lo intento yo? —preguntó Ruud abriéndose paso—. Yo estuve presente en el parto de mi hija Nerea.

—Aparta —le ordenó Sabina—. Ni se te ocurra poner las manos encima de ella.

—Sabina, hazlo de una vez —le dijo Koro—. ¿No ves cómo está la pobre?

David se levantó y salió del estanque. Todos pudieron escuchar cómo vomitaba sobre uno de los carteles que explicaban los motivos por los que se había construido aquel embalse.

Sabina fue consciente de que su premonición se estaba cumpliendo. En su sueño, no había podido ver a David junto a Anne en la escena de la apertura de la puerta. Ahora sabía el motivo. Era el momento. Se encomendó a *Amalur* y abrió las dos palas del *fórceps*. Introdujo el instrumento con suavidad y colocó las dos partes curvadas sobre la cabeza del bebé.

—No puedo —dijo de repente—. No sé hacerlo. No quiero hacerle daño.

—Déjame a mí —dijo Koro. Era gerente de tres clínicas privadas pero hacía más de diez años que no pisaba un quirófano y jamás había atendido un parto. Aun así alguien tenía que hacerlo.

Sabina Elguea colocó su mano derecha sobre la espalda de Koro en señal de agradecimiento y apoyo, y tendió la otra mano a Isabel, que hizo lo mismo con Betrys. Durante un instante las cuatro se miraron las unas a las otras. Desde la distancia, David percibió algo raro en sus miradas, como si hubieran hablado entre ellas sin pronunciar palabra.

Koro repitió los pasos que había llevado a cabo Sabina e introdujo de nuevo el *fórceps*. Para su sorpresa, al cabo de unos segundos la criatura salió con relativa facilidad.

—Es una niña, Anne —anunció Koro. La pequeña tenía los ojos completamente abiertos y no lloraba. Durante un segundo pensó que había nacido muerta, pero enseguida la vio moverse y respirar con normalidad. Debía de rondar los cuatro kilos de peso.

Anne trató de incorporarse para ver a su hija pero no pudo. Se sentía derrotada, como si el parto hubiera acabado de manera fulminante con todas sus reservas de energía.

—Hay que cortar el cordón umbilical —dijo Sabina.

—Voy a buscar a la oficina. Creo que tengo unas tijeras por ahí —dijo Lucía. Ander la acompañó.

Koro colocó al bebé sobre el pecho de Anne. En cuanto lo depositó allí, la niña hizo ademán de buscar la mama para alimentarse. Anne la observó con curiosidad y preocupación mientras David regresaba a su lado y rompía a llorar incapaz de contener la emoción. Amor. Aquello que Anne estaba experimentando al tener a su hija sobre ella tenía que ser amor. No era un amor como el que había llegado a sentir por David y había empezado a experimentar junto a Jon. No. Aquello era distinto. Aquel sentimiento era mucho más intenso, casi inabarcable. Una explosión de adrenalina había impactado en su corazón en cuanto vio el rostro de su pequeña y aún seguía allí, en un constante vaivén de microestallidos que se activaban cada vez que ella se movía o la miraba.

—¿Dónde las has podido meter? —preguntó Ander mientras rebuscaba en uno de los armarios del pequeño despacho.

—No lo sé, juraría que estaban encima de esa mesa cuando hemos entrado antes a por el agua —contestó Lucía.

—Espera, voy a mirar en el cuarto de baño, no vaya a ser que las hayas dejado inconscientemente allí —dijo él.

Ander buscó en la estantería y dentro de una caja que solo contenía productos de limpieza, pero allí no había ni rastro de las tijeras. Le pareció escuchar un golpe seco al otro lado de la puerta. Al salir descubrió el cuerpo de Lucía desangrándose sobre el suelo. Una daga de grandes

dimensiones aparecía insertada en su abdomen. A su lado, el hombre que la acababa de apuñalar rezaba en voz baja lo que parecía una plegaria ininteligible. Ander sintió miedo. No el miedo que había sentido durante sus primeros encuentros con el Dios astado y que era consecuencia del temor hacia lo desconocido, hacia lo incomprensible. El terror que estrangulaba su corazón en ese momento era mucho más palpable, más físico. Un asesino, un depredador sediento de sangre acababa de arrebatar la vida a Lucía como si fuera un matarife que acabara de sacrificar un animal y lo peor era que no parecía mostrar ningún tipo de remordimiento. El hombre terminó su oración y con su mano izquierda recogió parte de la sangre que había brotado del vientre de la joven y se la llevó a la boca. Todo sucedió en menos de diez segundos, pero a Ander le parecieron horas.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó por fin tras superar el primer impacto.

El asesino abandonó súbitamente el trance espiritual en el que parecía hallarse inmerso y se puso de pie con intención de huir. Al girarse buscando la salida del despacho, se topó de bruces con Koro Uria que le impidió el paso.

—¿Dónde te crees que vas, hijo de puta? —le dijo.

Él no lo dudó y la golpeó con el puño en la cara derribándola. Detrás de ella llegaron corriendo Isabel y Anxela. Al verse acorralado arrancó el puñal del cuerpo de Lucía. Con su brazo izquierdo rodeó a Ander por el cuello y colocó el filo del arma a la altura de la nuez. Ander pensó en pegarle un codazo o incluso pisarle, pero estaba completamente paralizado por el miedo. Ambos salieron lentamente de la oficina hacia la puerta de entrada del recinto.

—¡Adrián! —gritó Sabina fuera de sí cuando vio lo que sucedía. Él se detuvo un instante, como si temiera la reacción de su tía, pero enseguida reanudó el paso.

Sabina, Anxela, Isabel, Koro y Betrys habían visualizado el rostro de Adrián en el momento en el que se habían tocado durante el parto. Había sido un segundo, una visión fugaz, pero lo bastante intensa como para tener la certeza de que él era “la *sorgina*”. El ritual del levantamiento de párpados, aunque con retardo, había funcionado. Sabina tenía que admitir que en el fondo no le había sorprendido del todo. Adrián le había confesado meses atrás que él fue quien apuñaló a William Dick, el sobrino de Suzanne Bechs, a la puerta de su casa. Sabina le dejó de hablar durante más de dos semanas por haber puesto en peligro a la familia con esa acción incontrolada pero después le perdonó. Adrián, a su manera, había demostrado ser fiel a los intereses del legado. Tuvo suerte y se libró de la policía pero le hizo prometer que no volvería a actuar por su cuenta. Ella era la que lideraba al linaje y era ella quien debía autorizar cualquier tipo de actuación. Además, a Sabina le horrorizaba la idea de mancharse las manos con la sangre de un ser humano, por mucha repugnancia que este le causara. Al contrario que Suzanne Bechs, que acababa de cobrarse su venganza personal con ella abrasando su casa y su finca. Suzanne la odiaba desde que no quiso prestarle la llave y ayudarla con la enfermedad de su hermana Fiona, que terminó muriendo. Pero no había tenido otra opción. La llave, ese objeto que el resto de linajes consideraba como un amuleto mágico, no lo era. No residía ningún tipo de magia en él. La riqueza y la supremacía del clan de los berones se había edificado en base a lo que los demás creían que era la llave. De ninguna manera podía explicárselo y que la frágil torre de naipes sobre la que se sustentaba el poder de los Elguea se derrumbara en un segundo. Además, ella tampoco se había comportado bien. Aquella debilidad mostrada por Suzanne le había supuesto un aliciente

para intentar arrebatarle el control de su imperio empresarial. Podía considerarse afortunada de que el mausoleo de Kara no se hubiera convertido también en su propia tumba.

—¡Suelta al chico, Adrián! —le ordenó Sabina. Se sentía culpable de haber convertido a su sobrino en el monstruo que era. —Acaba con esta locura, por favor.

David, Ruud, Hubert y los hermanos guardianes se aproximaron al joven con intención de intimidarlo pero él continuó avanzando con Ander hacia la puerta de entrada. Si conseguía salir a la calle tendría alguna posibilidad de huir.

Fuera, la temperatura había descendido varios grados. El estanque celtibérico estaba ubicado en una zona bastante tranquila de Laguardia y más a esas horas de la noche. No se veía ni un alma. Adrián había aparcado la autocaravana en el arcén de la carretera de acceso al cerro donde se erigía la parte vieja de la villa. Solo tenía que cruzar la puerta de la muralla situada al final de la calle y bajar una escalera. Sin embargo todas sus esperanzas de escapar rápidamente se desvanecieron en un instante. A escasos diez metros de la puerta del recinto arqueológico un tipo le apuntaba con una pistola. Detrás de él otros dos hombres y dos mujeres impedían el paso hacia la muralla.

—¡Policía! Tira el puñal al suelo y deja marchar al chaval —le ordenó.

Jon Arkaute se estremeció al escuchar pronunciar aquellas palabras a Aimar Errekamendi. Definitivamente no era el hombre al que había conocido en aquella cafetería de Bilbao.

—¡Ha matado a su propia hermana! —gritó Koro desde la puerta del estanque con lágrimas de rabia desbordándose por sus ojos. Junto a ella, David, Ruud y Hubert permanecían inmóviles mientras miraban fijamente a Adrián, como esperando que sucediera algo.

—¡Suelta el puñal! ¡Ahora! —le volvió a exigir Aimar.

Adrián hizo caso omiso. Ahora que acababa de completar el ritual de las tres lunas rojas no pensaba ceder tan rápido. En ese momento una sombra alargada apareció de la nada por detrás de él. Percibió un nauseabundo olor a podrido y giró la cabeza. A escasos metros de donde se encontraba, una cabra negra maloliente había clavado su mirada en la de él. Junto al animal, la silueta de un hombre alto y huesudo, sin pelo en la cabeza y cubierto por ropa de color negro, acariciaba la cabeza del cuadrúpedo. Era la viva imagen de la muerte. Nadie excepto Adrián parecía estar viendo a aquellos dos seres. Tenía que ser alguna especie de magia.

Comenzó a notar que el brazo con el que rodeaba a Ander por el cuello le escocía, como si estuviera ardiendo, pero por más que lo miraba no parecía ocurrirle nada extraño. Enseguida el dolor se hizo insoportable y se vio impelido a soltar a Ander, que corrió hacia donde se encontraba David. Aprovechó ese pequeño instante de distracción para escapar por una estrecha callejuela adyacente con intención de llegar a la carretera que le llevaría hacia su *roulotte*. Escuchó tras de sí los pasos de varias personas persiguiéndole, pero tuvo suerte. En menos tiempo de lo que había calculado llegó al vehículo y puso en marcha el motor. Piso el acelerador y emprendió la huida en dirección a Labastida. A la altura de Páganos se dio cuenta de que un coche le perseguía. Por el retrovisor vio que se trataba del tipo que lo había encañonado. Si no hacía algo le iba a alcanzar. Tenía que abandonar la autocaravana.

Decidió desviarse hacia el puerto de Herrera. Se refugiaría en las montañas. Sí, eso era lo mejor. Conocía perfectamente la Sierra de Cantabria. Encontraría un lugar donde esconderse y al amanecer huiría. Mientras ascendía tuvo la sensación de que no estaba solo dentro del vehículo, pero por más que miró por todas partes no vio nada extraño. Llegó a la altura del Balcón de La Rioja, el mirador donde su madre Concha solía llevarle a él y a su hermana cuando era pequeños

y desde el cual se veían algunos de los pueblos de la comarca. Aparcó y salió del vehículo con la bolsa que le había dado su madre en la bodega. Pensó en Lucía y entonces fue consciente de lo que acababa de hacer. Con las otras niñas y mujeres no había tenido ningún tipo de remordimiento, eran el medio necesario para llegar al fin que perseguía. Pero con Lucía la cosa cambiaba. Su idea inicial había sido encontrar en la reunión de los linajes a otra hija de *Amalur* que estuviera embarazada y luego dejar el cuerpo junto a cualquiera de las cumbres que formaban parte de aquella cadena montañosa, como había hecho con las demás. Tenía dos candidatas más pero el incendio de la finca de la tía Sabina había echado por tierra su plan de localizarlas. Incluso había pensado en matar a Anne Wellington durante el parto, pero no hubiera salido vivo de allí. Así que cuando vio a Lucía alejarse hacia la oficina del yacimiento se dejó llevar por un impulso irrefrenable. Ella era su única y última oportunidad.

Avanzó unos pasos entre la maleza que rodeaba el mirador. Pensó en su madre. Cuando Concha le había contado que Lucía le había confesado que estaba embarazada, ni siquiera se le había pasado por la cabeza considerar a su hermana como el último sacrificio que necesitaba llevar a cabo para terminar de ejecutar el ritual de las tres lunas. Pobre madre. Si supiera que había leído el Libro del Linaje antes de que se lo llevaran a Amelia a Dorrao se moriría del disgusto. Solo esperaba que cuando todo pasara, pudiera llamarla desde algún país lejano y pedirle perdón.

No había tiempo para sentimentalismos. Extrajo el objeto de la bolsa. Era una muñeca horrible pero Concha le había asegurado que funcionaría llegado el caso. A diferencia de la de la abuela Véspero, esta era mucho más rudimentaria y primitiva, pero había sido bendecida de una forma similar. Si Véspero seguía viva después de tantos años a pesar de tener el don de la vigilia, con él también funcionaría. Su madre se la había encargado a la señora Rosa diciéndole que era para la tía Sabina, aunque ella le había asegurado que funcionaría con cualquiera que ungiera los cabellos de la muñeca con su sangre. Adrián la había recibido con esperanza cuando su madre se la había entregado al llegar a la bodega. Si no conseguía cumplimentar el ritual de las tres lunas rojas, tendría una segunda oportunidad de sobrevivir con la magia de ese primitivo títere. No sabía si el ritual había funcionado o no así que, por si acaso, decidió utilizar también esta otra vía. Concha había removido cielo y tierra para ayudarlo cuando descubrió todos los somníferos que guardaba en la autocaravana y Adrián le había reconocido que el don de la vigilia se había despertado en él. A cambio, Adrián se había comprometido a ayudarla bloqueando las puertas de la bodega para que los hermanos guardianes no pudieran salir y no entorpecieran la reunión de los linajes. A estas horas ya se habrían dado cuenta del engaño. Su madre no tenía ni idea de que su amado hijo era “la *sorgina*”. No había tenido el valor de confesárselo. Solo esperaba que algún día le perdonara por lo que acababa de hacer con Lucía.

De repente escuchó el ruido de un motor acercándose al mirador y se detuvo en seco. Escondido entre el follaje, observó que un coche aparcaba junto a su autocaravana. De él bajó un hombre con una pistola en la mano. Era el mismo tipo que le había encañonado a la salida del estanque. Lo vio entrar en la *roulotte* y salir poco tiempo después para comenzar a caminar hacia donde él se ocultaba. El imbécil estaba siguiendo el rastro de sus huellas sobre la tierra. No iba a tener tan fácil esconderse en la montaña con aquel tipo acechándole. No podía permitirlo. No iba a tolerar que nadie se interpusiera en su camino.

Aimar Errekamendi estaba nervioso. Intentaba controlar la adrenalina y pensar con la cabeza fría para no cometer ningún error. “La *sorgina*” andaba cerca. Sus pisadas llegaban hasta el borde del mirador y luego se internaban en la maleza. Aquel miserable trataba de huir a través de las montañas. Tal vez si se adentraba en la vegetación por otro lado conseguiría sorprenderle entre el follaje. Pero por más que miraba la oscura masa de árboles y arbustos que rodeaban el mirador, no era capaz de reunir el valor suficiente para hacerlo. Por un instante los viejos fantasmas de la experiencia traumática que vivió en aquel campamento siendo un niño volvieron a hacer acto de presencia. Pero entonces se acordó de su salvadora. La mujer gigante. Aquella maravillosa criatura había conseguido devolverle la vida por un motivo. Su objetivo, la misión para la que Aimar había venido al mundo, aún no se había cumplido. Todos los pasos que había ido dando durante los últimos meses lo habían llevado hasta donde estaba ahora, a punto de dar caza a un cruel asesino en serie que había acabado con la vida de niñas y mujeres inocentes. Lograría atraparle y haría justicia.

Analizó la espesura tratando de detectar el más mínimo movimiento que pudiera delatar la posición de “la *sorgina*”, pero la quietud de aquella inhóspita naturaleza que lo rodeaba era casi total. Le pareció escuchar pisadas detrás de él pero al girar la cabeza no vio nada sospechoso. Avanzó hacia la arboleda despacio, con el arma en alto apuntando hacia adelante. De nuevo escuchó pisadas pero esta vez no tuvo tiempo de volverse. “La *sorgina*” surgió de entre las sombras y le propinó un golpe en la nuca con una piedra. Cayó al suelo y fue capaz de ponerse boca arriba. No podía apenas respirar y sentía que la cabeza le había estallado en mil pedazos. “La *sorgina*” se abalanzó sobre él y comenzó a estrangularle con sus manos. Aimar trató de defenderse pero estaba tan conmocionado que apenas podía resistir el ataque.

—Aimar, hijo mío, aguanta —le dijo de repente *Ama*—. No permitas que este animal se salga con la suya.

Aimar cerró los ojos. Apenas podía respirar.

—No puedo, *Ama* —le dijo él sin hablar.

Su mente se nubló y la oscuridad se cernió sobre él.

Adrián dejó de apretarle el cuello. Le había costado acabar con aquel tipo. Sacudió su cabeza a un lado y a otro para comprobar que no reaccionaba y se puso de pie. Una lechuza pasó volando sobre su cabeza y se posó sobre la barandilla del mirador. Ni siquiera le había oído batir las alas. El ave le miraba de una forma extraña, como si estuviera dotada de una inteligencia casi humana. Decidió no prestarle atención y, sin abandonar la muñeca, se dispuso a buscar un camino por el que perderse entre los riscos. Otras cinco lechuzas volaron por encima de él, a escaso medio metro de su cabeza y fueron a reunirse con la primera. En menos de un minuto, más de cincuenta aves habían copado toda la barandilla del balcón y lo escudriñaban con sus pupilas dilatadas. La

luz de la luna se reflejaba en su plumaje lechoso creando un efecto casi fantasmagórico. ¿Qué estaba ocurriendo? Les dio la espalda y comenzó a caminar pero enseguida se detuvo.

Delante de él, una mujer ataviada con un vestido negro lo observaba en mitad de la oscuridad. Durante unos segundos le pareció ver el rostro de Sabina Elguea reflejado en el de la mujer, recitando versos en euskera, pero enseguida la ilusión se deshizo y pudo contemplar su verdadera cara. Era una anciana. ¿Qué hacía a esas horas allí? Se fijó en sus ojos. Su mirada parecía ausente pero aun así tenía la certeza de que le estaba escudriñando. Intentó moverse pero por alguna razón sus pies no le obedecieron. La mujer comenzó a desplazarse lentamente hacia él mientras decenas de aves nocturnas se congregaban junto a las lechuzas y en torno a él, rodeándole por los cuatro costados. Miró en derredor y sintió pánico. Posados en el suelo había por lo menos cien pájaros, quizá más, todos inmóviles, clavando sus ojos en él. De un modo inexplicable, algo le forzó a abrir la mano en la que sostenía la muñeca. La vio caer sobre la tierra y partirse en dos. Al levantar la mirada se encontró cara a cara con la anciana. Ella abrió la boca como si fuera a gritar, pero en su lugar escuchó el zumbido lejano de un enjambre de abejas. En ese momento recordó los rostros de todas y cada una de las niñas y mujeres que había asesinado, incluida Lucía, y comenzó a sentir una leve opresión en el pecho. La mujer levantó los brazos formando una uve y entonces las lechuzas y el resto de las aves alzaron el vuelo y se reunieron a escaso medio metro por encima de la cabeza de Adrián, en un frenesí de excrementos, lamentos y chirridos. Notó que le faltaba el aire. Su corazón le latía muy deprisa y era incapaz de controlarlo. Los pájaros incrementaron los decibelios de los sonidos mientras la mujer permanecía impassible mirándole. En menos de medio minuto Adrián cayó fulminado al suelo y murió. Ni siquiera le dio tiempo a ver las bandadas de cuervos que llegaron desde la cumbre más cercana para arrancarle los ojos de las cuencas y devorarlos.

LA MUJER CON EL

CABELLO DE COLOR ROJO

COMO EL FUEGO

Nunca le habían gustado las salas de espera. Le ponían nervioso aquellos espacios impersonales repletos de máquinas expendedoras de dulces y bebidas de dudosa calidad. Por no hablar de las caras de la gente, observándose unas a otras en un festín de soporífero aburrimiento mientras aguardaban su turno. Normalmente él era de los que prefería hacerlo en el pasillo, donde podía esquivar mejor las miradas. Sin embargo, ahora parecía que esto también había cambiado. Sentado en aquella chirriante silla de plástico, estaba disfrutando como un niño reproduciendo una y otra vez en su teléfono las imágenes que él mismo había grabado de aquel maravilloso ser. La mujer gigante. Su salvadora.

La enfermera le abrió la puerta y entró dentro de la habitación. Un intenso aroma a rosas frescas le dio la bienvenida. Él mismo había encargado hacía dos días que cambiaran la decoración floral y la renovaran por completo. Normalmente solía hacerlo en Navidad y al comienzo de la primavera, pero si detectaba durante una de sus visitas que alguna planta se había marchitado, traía otra para sustituirla cuando regresaba la siguiente vez. Los primeros quince años el hospital se había negado a aceptar aquella ornamentación alegando motivos de higiene y seguridad, pero desde hacía varios años, con el cambio de gerencia, había conseguido que el cuarto estuviera siempre rebosante de vegetación. Estaba nervioso, había pasado mucho tiempo desde la última vez. Tenía tantas ganas de hablar con ella, de contarle todo lo que había sucedido en su vida, que no sabía por dónde empezar. Se acercó lentamente a la cama y se sentó en la silla que le había traído la enfermera.

—¿Dónde te habías metido? Me tienes abandonada —le dijo ella a modo de saludo.

—Es verdad, lo siento. Ha pasado demasiado tiempo.

—Te noto rara la voz, ¿qué te ha pasado? Si no fuera porque sé que te estrenaste con Mabel Azpeitia, diría que acabas de perder la virginidad. O que se te ha aparecido Nuestra Señora la Virgen María.

—Soy otro hombre, sí —sonrió él. Estuvo tentado de hablarle de la mujer gigante, de que aquel encuentro con lo extraordinario había supuesto una catarsis en su atormentada vida, de que ahora era feliz. Entrelazó sus manos con las de ella y se las acarició suavemente.

—No me asustes, que una tiene ya una edad. ¿Qué te ha pasado?

—Tenías razón, *Ama*. Tú sabías que el destino me tenía reservada una gran misión. Me lo dijiste mil veces y no quise creerte.

—¿Te han ascendido en la *Ertzaintza*? Me tienes en ascuas, hijo.

—No, pero me reincorporaré muy pronto. La doctora Monroy ha dado su visto bueno para que me readmitan.

—Me alegro mucho. No sé por qué han tardado tanto en darse cuenta de tu valía. Entonces, ¿por qué dices que ahora eres otro hombre?

—He hecho amigos, *Ama* —dijo él con lágrimas en los ojos.

—Ten cuidado, Aimar, ya sabes que la gente al final te termina traicionando.

—Estos son amigos de verdad, *Ama*. No sé si me acabarán traicionando o no, pero me han cambiado la vida. Ahora estoy más tranquilo, más seguro de mí mismo.

—¿Te respetan?

—Sí.

—¿Te quieren por cómo eres?

—Sí.

—Entonces no dejes que nadie te los arrebatte. Cuídalos y respétalos tú también. ¿Cuál es esa misión de la que me hablas entonces?

—Vigilar, servir y proteger.

—Pero eso ya lo hacías como *ertzaina*. No lo entiendo. ¿Qué diferencia hay?

—Ninguna, *Ama* —le sonrió—. No hay ninguna diferencia.

—Oye, ¿qué fue de tu amiga Consuelo y de esa secta de degenerados?

—Se llamaba Lourdes, *Ama*. Murió.

—¡Qué penica! Era tan joven... ¿Y qué pasó con los demás? ¡Ay, hijo! Ten cuidado con ellos, esa gente es peligrosa.

—Tranquila, *Ama*. No son tan malos como parecían.

—Aún así, ten cuidado.

—No te preocupes más por mí, *Ama*.

—Yo siempre me preocuparé por ti, Aimar. Una madre nunca deja de pensar en cómo le irá a su hijo. Y una cosa. ¿Me prometes que no vas a dejar pasar tanto tiempo sin venir a verme?

—Te lo prometo, *Ama*. Además, ya sabes que tú y yo no necesitamos estar en la misma habitación para hablar. Siempre que tú hablas, yo puedo escucharte.

—Ya lo sé —rio ella—. Pero no se lo digas a esa, la enfermera que te ha abierto la puerta. Se piensa que no sé que está liada con el celador. ¡No veas qué revolcones se dan en el cuarto de la limpieza!

Aimar soltó una carcajada y se puso de pie. Estuvo a punto de contarle que había estado a punto de morir estrangulado a manos de “la *sorgina*”, pero al final se contuvo. No merecía la pena. Había tenido mucha suerte. No quería que se llevara un disgusto.

—Te quiero mucho, *Ama* —le dijo.

—Yo también, hijo mío. Con toda mi alma.

La besó en la cara y le atusó el cabello. Desde aquel fatídico día en el campamento de verano *Ama* llevaba más de treinta años postrada en esa cama del hospital, sumida en un estado comatoso del que no había visos de que despertara. No le había dicho a su psiquiatra, la doctora Monroy, que *Ama* hablaba con él, que durante todos esos años le había acompañado en su día a día, que jamás le había abandonado, tal y como le había prometido de pequeño. Tampoco le había mencionado que, a pesar de su estado, su madre había comenzado a padecer los primeros síntomas de la vejez en forma de incongruencias y falta de memoria. Sabía que era un disparate, que la doctora Monroy no iba a creerle. No iba a permitir que vetara su reincorporación al cuerpo por ese motivo. Que *Ama* se comunicara con él era una locura, sí, pero era su locura, y no estaba dispuesto a compartirla con nadie.

La Madriguera estaba demasiado habitada para lo que solía ser habitual. Nada más acceder confirmó que la noticia debía de ser cierta. Los hermanos guardianes de aquella facción secreta de la Fundación Petunia hablaban animadamente con los rostros enmarcados con amplias sonrisas y miradas de satisfacción. Todo apuntaba a que era verdad lo que Mechero le había comunicado a través de un mensaje. Aceleró el paso y sorteó como pudo a otros cinco jardineros que celebraban la noticia con entusiasmo vertido en copas de champán. Llegó a la sala donde ella se encontraba. Conocía aquel lugar perfectamente. Después de recuperarse del ataque de “la *sorgina*”, durante los últimos cinco meses no había dejado de visitar aquel rincón oculto bajo el santuario de Arantzazu.

Al entrar en la habitación se encontró a David Vanner y a Jon Arkaute jugando con la pequeña al fondo. Era increíble ver el milagro que constituía aquella personita. Su aspecto era el de un hermoso bebé de un año. Nadie diría que había venido al mundo hacía menos de seis meses. Al lado de David, Ander Goikoetxea trataba de atraer su atención con un caramelo, pero sin mucho éxito. David y Jon se burlaban de él y de su poca maña con los niños. Cerca de ellos, Anne Wellington estaba apoyada en la mesa de su escritorio bromeando con Mechero y Calíope. Anne irradiaba felicidad. Hacía unas semanas se había abierto el testamento de James O’Connor y el viejo profesor le había dejado en herencia la mayor parte de sus pertenencias, incluida Sunny House. A pesar de la traición que había supuesto para ella lo que el profesor James O’Connor había hecho con Mary Anne Merrick, al menos había conseguido recuperar la mansión de su abuela. Al ver llegar a Aimar, se abalanzó sobre él y lo abrazó.

—¿Así que es verdad? —preguntó él—. ¿Ha funcionado?

—Sí, los resultados de los análisis son concluyentes. David ha tenido mucha suerte. Los hermanos dicen que jamás se recuperará del todo y que puede que siga teniendo alucinaciones esporádicas el resto de su vida, pero el desarrollo de la enfermedad se ha frenado.

—David me ha dicho que lleva una semana durmiendo cuatro horas seguidas, lo que es todo un logro —apuntó Mechero.

—Es un milagro —dijo Aimar—. Lástima que los hermanos guardianes no llegaran a tiempo con Sabina.

—En el caso de Sabina era imposible que funcionara. El don de la vigilia estaba demasiado avanzado en ella. No había nada que hacer. Después de lo del estanque se quedó muy debilitada la pobre. Los linajes le estaremos eternamente agradecidos por lo que hizo. Igual que a ti. Sin vosotros puede que Adrián se hubiera escapado.

—Entonces... ¿fue ella la que invocó a...? —Aimar no se atrevía casi ni a mencionarla.

—A *Amalur*, sí. No tengas miedo a pronunciar su nombre. La Vieja sabe que tú eres bueno —le dijo Mechero guiñándole un ojo.

—Todas vimos lo mismo, Aimar —afirmó Anne—. He hablado con Anxela Cerqueiro. Tanto ella como Koro, Isabel, mi madre y yo vimos lo que La Vieja hizo con Adrián. Sabina la invocó y le suplicó que lo detuviera. Y vaya que sí lo hizo.

Aimar sonrió. La muerte por parada cardiorrespiratoria de “la *sorgina*” tras haber asesinado a su propia hermana fue portada en los periódicos durante una semana. La *Ertzaintza* encontró en la autocaravana de Adrián decenas de somníferos que atribuyeron al *modus operandi* que utilizaba para inmovilizar a sus víctimas, así como rastros de ADN de al menos dos de las niñas y de la anciana del Aitzgorri. En su casa de Bilbao hallaron almacenadas varias mazorcas de maíz en un arcón y dos camisones blancos. Según David, ese era el color de las túnicas que usaban las Madres de los antiguos berones. O al menos así lo afirmaba el Libro del Linaje.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Aimar—. ¿Cómo se las va a apañar la Fundación para hacer llegar la vacuna a todos los linajes?

—Para eso estamos nosotros, Aimar. Pero primero los hermanos tienen que conseguir sintetizarla a gran escala. Poco a poco. Creen que ahora que han descubierto cómo impedir el avance de la enfermedad les será más fácil producirla.

—¿Y qué hay de Véspero, la abuela de David? ¿Por qué no ha funcionado la vacuna en ella y aun así sigue viva? —preguntó Calíope.

Mechero le acarició suavemente la mano derecha. Aimar los observó con cierta envidia. Se habían ido a vivir juntos a un apartamento en Bilbao, muy cerca de la biblioteca de la Fundación. Se alegraba por ellos. Se merecían ser felices. El asesino del padre de Calíope finalmente había resultado ser un delincuente común que había entrado a robar y aunque el asesinato de Begoña Argenta no había sido esclarecido, Mechero estaba convencido de que había sido cosa de los Caducos. Al menos le quedaba el consuelo de haber encontrado a una mujer tan excepcional como Calíope.

—La abuela de David sigue viva gracias a la muñeca —contestó Anne—. Amelia Aizaga dice que es todo lo que necesita Véspero para vivir durante muchos años más. En esa muñeca reside una magia muy poderosa. Pero jamás volverá a ser la que era antes.

—Esperemos que nos dé tiempo a distribuir la vacuna entre los clanes antes de que vuelva la guerra a Petunia —dijo Aimar. Anne lo había nombrado su mano derecha en el gobierno de la Fundación y desde ese momento él no había dejado de aconsejarla haciéndole ver lo que creía más conveniente para ella y para la organización.

—Pensaba que con mi designación como Summa habíamos conseguido pacificar la orden —dijo Anne—. Todos contentos. Los linajes, los Insurgentes, los Originarios... todos me han mostrado su lealtad. Y los Caducos han sido expulsados. No seas cenizo y disfruta de este momento de alegría, Aimar.

—Estás loca si piensas que esto va a acabar así. En algún momento algún zumbado comenzará a expandir la idea de que las veneradoras de la Diosa masacraron a los hermanos guardianes en aquella bodega, que no fue un accidente con la combustión de los pebeteros y el monóxido de

carbono como concluyó la investigación policial. Te convertirás en el enemigo a batir, Anne. Todo se repite.

—Bueno, pues hasta que llegue ese momento no pienso tolerar que nadie me tosa —zanjó ella alejándose.

Anne pensó en las palabras de Aimar. Él tenía razón. Amelia Aizaga la había visitado hacía un par de meses para revelarles que Concha Elguea había cometido aquella barbarie sirviéndose del veneno de una extraña planta mortífera cuyo rastro desaparecía en muy pocos minutos. Las dos se habían prometido guardar el secreto. Sabía que aquella paz era transitoria pero no iba a permitir que nadie le amargara el dulce momento que ella y la Fundación estaban viviendo. Se acercó hasta donde estaban Jon y David y recuperó a su hija de los brazos de Ander, que seguía intentando ganarse el favor de la pequeña a base de carantoñas, sin ningún éxito.

—Kara, cariño —le dijo—. Hazle un poco de caso al tío Ander. ¿No ves que él también te quiere mucho?

—Gracias Anne —dijo Ander—. Jamás se me han dado bien los niños. Yo creo que les doy alergia.

—No seas tonto —dijo David agarrándole por la cintura y plantándole un beso en el carrillo izquierdo—. ¿Quién te va a tener alergia a ti?

Anne observó a David y se sintió feliz por él. Había sido idea de él llamarle Kara a la pequeña, en honor a la gran sacerdotisa de las Madres de los berones que, según el Libro del Linaje, había sido asesinada por la orden hacía más de dos mil años. A Anne le había parecido perfecto. No solo era una forma de perpetuar su recuerdo y rendirle homenaje ahora que el mausoleo donde descansaban sus cenizas había quedado arrasado por el fuego. Los linajes y la Fundación acababan de firmar la paz gracias a su nombramiento como Summa. Llamarle a su hija Kara, era la mejor manera de recordarle a todo el mundo que los errores cometidos en el pasado no podían volver a repetirse.

David le guiñó un ojo como señal de complicidad. A pesar del dolor por la reciente tragedia vivida en su familia, desde que sabía que el avance del don de la vigilia se había detenido gracias a la vacuna, David parecía otra persona, mucho más optimista y vitalista. Y Ander era un buen hombre. Se alegraba de que se hubiera cruzado en su camino. Estaban hechos el uno para el otro, no había más que ver cómo se miraban. Ahora que David se había salvado, tenían todo el tiempo del mundo para disfrutar del patrimonio que David había heredado de Sabina y de Concha. Tras la muerte de Lucía, Hubert Vanner había huido a Holanda para evitar que la policía le pisara los talones. Ante la insistencia de Ruud, David había decidido no denunciarle por el incendio del caserío de Sabina y, por el momento, no parecía que la *Ertzaintza* hubiera encontrado pruebas de la autoría. A Suzanne Bechs se la había tragado la tierra y se había desatado una pugna entre los bátavos por arrebatarse el puesto y hacerse con el control del linaje antes de que reapareciera. Con la marcha de Hubert, David y Ander se habían instalado definitivamente en casa de Ruud, aunque pasaban más de un fin de semana en el *loft* que Ander tenía en Deusto. Cuando Jon le había preguntado si no le había sorprendido lo de David y Ander, ella le había respondido que siempre había intuido que a David le gustaban también los hombres, aunque nunca le hubiera

hablado directamente de ello. David y Ander se amaban. Eso era lo que importaba. Ella también había querido mucho a David, pero eso había quedado ya muy atrás.

—Me llevo a Kara un momento a la sala cuatro. Le toca ya comer.

—¿Vais a venir hoy a merendar a casa? —le preguntó Jon guiñándole un ojo.

Anne se lo llevó del brazo lejos de David y Ander.

—Me parece que no, Jon, lo siento —le dijo—. Te agradezco lo bien que te portas con Kara y sé que la quieres con locura pero creo que no busco lo mismo que tú.

—Solo te estoy invitando a merendar —trató de disimular él—. Va a venir también mi hija.

—Jon —le dijo mirándole fijamente a los ojos—. Han pasado demasiadas cosas en mi vida y lo que menos me apetece ahora es estar con nadie. Solo quiero centrarme en Kara y en la Fundación. Entiéndelo.

—Te esperaré —le dijo él—. Tú me esperaste. Ahora me toca a mí.

—No te prometo nada —añadió Anne—. No quiero que te hagas ilusiones, Jon. Eres libre. Si aparece otra mujer, no te lo pienses.

—Pero Anne, yo...

—No, Jon. No lo estropees, por favor —le pidió ella interrumpiéndole.

Anne salió al corredor y se dirigió a la sala cuatro. Les había mentido. Aún faltaba una hora para la siguiente comida de Kara. Al entrar descubrió al hermano Fraxinus esperándola. Había llegado antes de tiempo. A su lado estaba la gigante que Aimar había grabado con su móvil. Su nombre era Ur, que, en euskera significaba “agua”. Debía de haber entrado por algún otro acceso secreto que ella todavía no conocía.

—*Amari zurekin* —la saludó. Ur respondió con una sonrisa y acarició a Kara en la cabeza.

—Hola, Anne —dijo Fraxinus.

—¿Qué tal está Amelia? —preguntó ella.

—Regular —dijo Ur—. Aún no ha superado la muerte de Sabina, Concha y Lucía. Le llevará su tiempo. Me da un poco de cargo de conciencia irme, pero no puedo esperar más. Cuando vuelva de mi viaje regresaré a su lado para seguir mimándola. Ella ha cuidado de mí todos estos años. Yo cuidaré de ella y de Véspero. Fraxinus me ha prometido que durante mi ausencia dos de los hermanos guardianes acudirán regularmente a Alaiz Enea para echarle una mano con Véspero.

—¿Tu viaje? —preguntó Anne.

—Sí, Anne, ya lo sabías —contestó ella.

—Pero no pensé que te irías tan pronto. No hasta que las cosas se hubieran asentado más. ¿Y si te ve alguien o te capturan?

—Sé apañármelas, tranquila. Pero entiende que necesito ver a los míos. Me he pasado la vida pensando que yo era la última de mi especie. Ahora que sé que hay más como yo, necesito

encontrarles. Tú harías lo mismo.

—Está bien. Tienes mi bendición, pero prométeme que tendrás cuidado —dijo Anne.

—Lo prometo.

Ur se despidió de ellos y pasó a la habitación contigua a través de un espejo falso que había en la pared. En cuanto la vio desaparecer, Kara comenzó a llorar.

—Déjame a mí —le pidió Fraxinus. Anne depositó a Kara en sus brazos y al instante se calmó.

—Se te dan bien los bebés —dijo Anne.

—He criado a tres, creo que ya soy un experto —sonrió él.

—¿Por qué le has dicho a Ur que hay otros gigantes como ella?

—Tenía derecho a saberlo. Salvó a Amelia y a Aimar. Creo que era hora de que conociera la verdad. No podíamos retenerla más aquí. Nos pidió que la dejáramos acudir al aquelarre y aunque sabíamos que era peligroso no tuvimos otra opción. Sus niveles de ira estaban a punto de desbordarse. Tarde o temprano alguien resultaría herido. Los hermanos guardianes somos humanos, Anne. No somos dioses ni ninguna raza superior. ¿Con qué derecho la hemos tenido aquí encerrada todos estos años?

La Fundación había encontrado a Ur en 1873 en Bilbao. Unos desaprensivos la utilizaban como mono de feria en un circo ambulante. Al parecer la habían comprado a un casero de la zona de Zuia, en Álava, pero jamás localizaron al supuesto vendedor. Ur se encontraba en un estado lamentable y la habían sometido a todo tipo de vejaciones. No sabía quién era ni de dónde provenía. Casi no hablaba ni reaccionaba a ningún tipo de estímulo. Padeecía un caso severo del síndrome de los gigantes, como lo había bautizado la Fundación. Se trataba de un estado de desorientación mental extrema que sufría la mayoría de los pocos ejemplares de su especie que quedaban sobre el planeta y que los abocaba a morir desamparados o a ser víctimas de todo tipo de abusos. Ur había permanecido durante décadas confinada en La Madriguera, donde los hermanos guardianes la habían cuidado, alimentado y educado. Poco a poco su estado de salud fue mejorando y durante mucho tiempo fue feliz aprendiendo y estudiando entre aquellas paredes. Hasta que surgieron los problemas. Comenzó a mostrarse agresiva hacia 1920, cuando empezó a recordar quién era y a tomar conciencia de su naturaleza. Reclamó una y otra vez una vida en libertad. Quería salir al exterior, ver el mundo. Le mintieron y le hicieron creer que era la última de su estirpe y que los seres humanos le harían daño en cuanto la descubrieran. Al final tuvieron que buscar un lugar en el exterior al que pudiera acudir de vez en cuando para calmar su ansiedad. Recurrieron a Joaquina Aizaga, abuela de Amelia Aizaga, del linaje de los vascones, que acababa de heredar “Alaiz Enea” de su difunto padre. El caserío estaba ubicado en un bosque recóndito apenas transitado de Navarra y no quedaba tan lejos de Arantzazu. Ella aceptó de buen grado a cambio de una renta vitalicia para ella y sus descendientes. Ellos le exigieron guardar el secreto o se encargarían de que su familia cayera en desgracia. Ur se escapó en cuanto tuvo oportunidad, pero al poco tiempo regresó a La Madriguera. El mundo que había visto la atormentaba y los humanos le daban miedo. A pesar de su inteligencia, de su tamaño y de su descomunal fuerza, no fue capaz de valerse por sí misma en aquella sociedad del siglo XX.

—Su seguridad y la de Petunia se puede ver comprometida—argumentó Anne.

—La Niña no nos traicionará. Ama a Amelia y yo creo que, aunque le cueste reconocerlo, también me quiere a mí. Tú también podrías delatarnos, ahora que conoces la verdad sobre Petunia, y sin embargo no lo haces.

—¿Quién me creería? —bromeó Anne—. Además, juré solemnemente mantener el secreto el día de mi nombramiento como Summa.

—Más te vale que así sea, si no tendrás a unos cuantos encapuchados vestidos de granate persiguiéndote hasta los confines del mundo —se burló él.

Anne le correspondió con una sonrisa. Sabía que detrás de aquel tono jocoso de Fraxinus se escondía una amenaza implícita. La Fundación Petunia era un viejo tronco del que partían muchas ramas, demasiadas, y cuyas raíces se extendían por todo el planeta. De momento, la situación se había calmado, pero más le valía ser precavida.

—Nos ha tocado vivir tiempos oscuros —dijo Fraxinus—. Lo que está ocurriendo en el mundo con todos esos atentados no presagia nada bueno. Has tomado el control de la orden en un momento muy delicado. Espero que tus ancestros iluminen tu criterio para que nuestra misión continúe.

—Puedes estar seguro —afirmó Anne, acordándose del recurrente sueño que la había atormentado hasta hacía bien poco. Cientos, miles de personas gritando, mientras corrían despavoridas para escapar del horror. Aún no tenía claro si había sido una premonición. —No pienso dejar que unos fanáticos arruinen el futuro de mi hija y el de la humanidad. Somos muchos más los buenos que los malos, Fraxinus. Les venceremos.

Kara reanudó su llanto y esta vez fue Anne la que pudo calmarla. Fraxinus se despidió de ella y salió de la habitación por donde lo había hecho Ur.

Anne abandonó la estancia y se dirigió hasta la sala siete. Para entrar tuvo que teclear una clave de seguridad y utilizar un lector de iris. En el interior se encontraba la cámara acorazada de La Madriguera. Tras asegurarse de que había cerrado la puerta de la habitación, volvió a teclear un nuevo código de acceso para conseguir abrir aquella especie de caja fuerte de treinta metros cuadrados de superficie. Siempre que se metía allí con Kara, la pequeña permanecía en el más absoluto de los silencios, impresionada por la luz azulada que lo envolvía todo.

Observó la piedra original del dolmen que había sido hallada en las excavaciones de la muralla de Vitoria. La primera vez que Fraxinus se la había mostrado había estado a punto de desvanecerse por la emoción. Aquellos extraños símbolos que alguien había grabado hacía miles de años eran probablemente el testimonio más antiguo del euskera. A su lado, dentro de una vitrina, descansaba la llave de los berones. Gracias a aquel antiquísimo fórceps había conseguido alumbrar a su hija. Contempló los signos que había grabados sobre él. Eran los mismos que se habían utilizado en la piedra del dolmen para referirse a Eusc, la palabra con la que los gigantes denominaban a la Diosa. La propia Ur le había asegurado que ese era el nombre verdadero de *Amalur*. Según ella, había tenido que ser alguien de su especie quien había cincelado sobre la piedra la traducción de aquellos signos al latín y al hebreo.

A continuación, abrió uno de los cuatro armarios cerrados con llave electrónica que había en la cámara. Extrajo de él un cofre de metal ignífugo que depositó sobre la mesa. Dos preciosos candelabros judíos de color plateado aparecían grabados sobre la tapa, tumbados en posición horizontal, uno orientado hacia la izquierda y el otro hacia la derecha, de modo que los extremos de los siete brazos curvos de cada una de las lámparas se juntaban formando un espectacular dibujo de tres círculos concéntricos. El mismo dibujo que habían visto en los ojos de las estatuas de los gigantes de Cerdeña. El símbolo del mundo al que pertenecía la Fundación Petunia. El jardín antiguo. La civilización de la hermosa rosa perenne. Aún le costaba aceptar aquella verdad ancestral que le había sido revelada como consecuencia de su nombramiento como Summa y que, tal y como le había dicho Fraxinus, su abuela Mary Anne también conoció. Sacó del interior el bastón de mando que le había sido entregado durante la ceremonia en la que asumió el cargo. La parte superior de aquel pequeño cayado era una esfera de latón dorado que contenía algún tipo de piezas minúsculas que producían un siseo agradable si se agitaba. Se había convertido en el sonajero oficial de Kara. La niña abrió los ojos como platos cuando vio su juguete favorito.

—Algún día, cuando seas mayor para entenderlo, te contaré un gran secreto, Kara —le dijo mientras la entretenía haciendo sonar el cetro—. Te contaré que existe una entidad invisible con apariencia de niño que asiste a las mujeres de nuestro linaje y que algunas podemos verla. Te contaré que tu abuela Mary Anne fue una gran mujer y que podía ver el futuro, al igual que muchas otras mujeres de los linajes. Te contaré que esas mujeres una vez se unieron, formaron una hermandad sagrada y juraron prestarse auxilio recíproco siempre que lo necesitaran. Te contaré quién es Eusc, la Diosa Madre, y también quién es el Dios astado, y que hay que respetarlos y temerlos. Te contaré que hubo gigantes y que tu padre, tú y yo descendemos de ellos. Te contaré que los gigantes tuvieron una poderosa reina bruja y que esa reina fundó la religión antigua. Nuestra fe. Te contaré que aún hay gigantes sobre la Tierra y que no tienen edad, o al menos no como nosotros. Te contaré que salvaste la vida a tu padre, tal y como predijeron los oráculos de los linajes. Te contaré que gracias a ti esos linajes y los hermanos guardianes aceptaron caminar de la mano.

Kara dejó de prestar atención al cetro y se quedó quieta escuchándola atentamente como si estuviera entendiendo cada una de sus palabras.

—Te contaré que existe una lengua tan antigua como el tiempo —continuó Anne—. Te contaré que el euskera no es el idioma de los gigantes, aunque sí lo trajeron ellos hasta nosotros. Te contaré que hay quienes aseguran que su origen está en un hermoso mundo, del cual procede la Fundación. Te contaré que en ese mundo surgió la primera humanidad y que su capital era una maravillosa ciudad rodeada por el ancho mar. Te contaré que esa ciudad la conformaban tres círculos concéntricos de tierra intercalados con otros tres de agua. Te contaré que aquel fue el primer jardín, al que muchos llamaron Edén y otros “la hermosa rosa perenne”, pues a día de hoy su legado permanece. Te contaré que por ese motivo los jardines de la Fundación se vinculan a los mares que los circundan, en honor a ese pasado glorioso. Te contaré que tu padre, que tú, que yo, que todos los seres humanos procedemos de ese mundo en última instancia. Te contaré que la misión de la Fundación Petunia es sagrada y que gracias a ella se mantiene el equilibrio y la armonía en el espacio y el tiempo. Te contaré que su objetivo es custodiar los secretos ancestrales de los seres humanos y vigilar que no se produzcan alteraciones que los pongan en peligro. Te contaré que la orden de la hermosa rosa perenne ha tenido muchos otros nombres a lo largo de su longeva existencia, pero solo uno es el original y verdadero. Y tú me pedirás que te diga cuál es

ese nombre. Y yo te responderé, porque una madre no debe engañar a su hija. Y cuando te lo revele sonreirás, porque en el fondo de tu alma ya lo sabías. Y juntas compartiremos ese conocimiento, que nos llevaremos a la tumba. Y los hijos y las hijas de la Atlántida seguirán velando por el mundo, en silencio, siempre en alerta, rindiendo pleitesía al jardín antiguo, cumpliendo su divina encomienda como guardianes eternos del orden del universo. Hasta el fin de los tiempos.

En recuerdo de mis abuelas Consuelo y Juliana